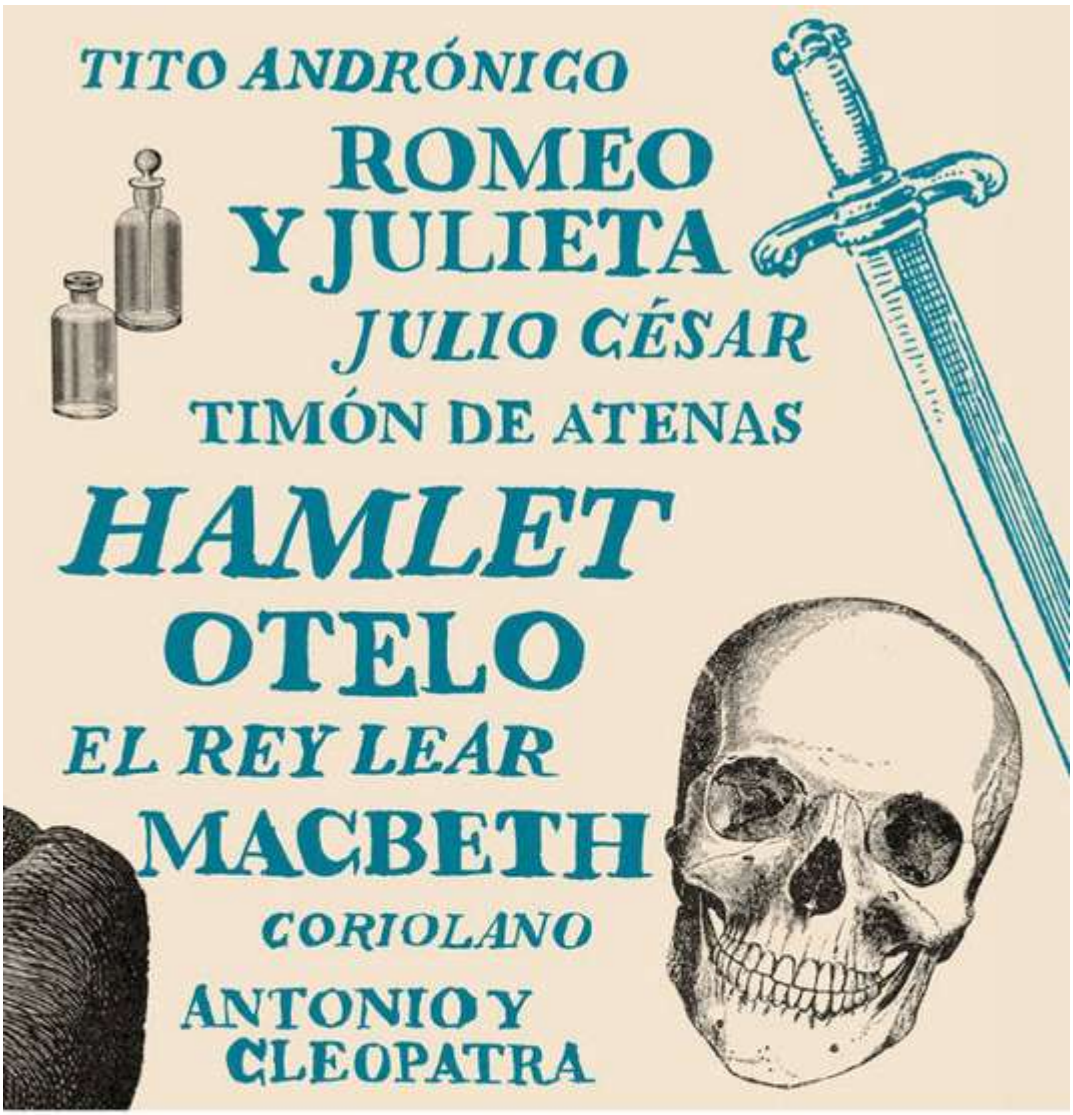


WILLIAM SHAKESPEARE

Tragedias

Obras completas 2

Edición de ANDREU JAUME

Las tragedias de Shakespeare representan una de las cumbres de la literatura universal. Su grandeza radica en una mirada visionaria de la condición humana, en la honestidad al mostrar las pasiones más oscuras, en su forma de tratar el amor, la muerte, el destino, los lazos familiares, la locura, la amistad o el afán de poder. En ellas se trazan complejos laberintos de emoción y reflexión que han convertido a sus personajes en arquetipos literarios: de Hamlet a Lear, de Macbeth a Yago, de Ofelia a Lady Macbeth.

Tragedias es el segundo volumen de una colección de cinco que reúne la obra completa de Shakespeare. Aquí se incluyen *Tito Andrónico* , *Romeo y Julieta* , *Julio César* , *Hamlet* , *Otelo* , *El rey Lear* , *Macbeth* , *Antonio y Cleopatra* , *Timón de Atenas* y *Coriolano* . Esta edición, a cargo de Andreu Jaume, quien firma también la introducción, presenta las mejores traducciones contemporáneas, respetando el verso y la prosa originales. Un festín para los amantes de las buenas letras.

William Shakespeare

Tragedias

Penguin Clásicos: Obras completas - 2

ePub r1.2

Titivillus 19.12.17

William Shakespeare, 2016

Traducción: Agustín García Calvo, María Enriqueta González Padilla, Josep Maria Jaumà, Vicente Molina Foix, Alejandra Rojas, Alejandro Salas, Tomás Segovia & Nicolás Suescún

Editor: Andreu Jaume

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

A LA MEMORIA DEL AUTOR,

MI QUERIDO SEÑOR

WILLIAM SHAKESPEARE,

Y

A LO QUE NOS HA DEJADO

Para no levantar envidias en tu nombre,
será bastante, Shakespeare, cuando honre
tu libro y fama, si confieso que tus obras
no pueden de hombre o musa agotar sus loas.
Es verdad conocida, pero no quisiera
que fuera mi alabanza por tal senda,
transida a veces de ignorancia leve
y, aunque sonora, apenas te merece.
Y el amor ciego la verdad oculta,
avanza a tientas y con prisa abruma.
O la astuta malicia en falso alaba
y piensa en la ruïna cuando ensalza.
Así elogian rufianes y putas infames
a una matrona: lo que más puede dañarle.
Pero tú estás a prueba de ellos, en verdad
más allá de su mal fario o de su ruindad.

Empiezo sin más: ¡Alma de nuestra era!
¡Aplauso, encanto, prodigio de nuestra escena!
Mi Shakespeare, arriba. No pienso hospedarte
con Chaucer o Spenser, o a Beaumont apartarle
para que le haga un sitio a tu figura.
Eres un monumento sin su tumba.
Y vives aún mientras viva tu libro,
maravillas leemos y loas proferimos.
Que no te asocie así, se disculpa mi mente,
con grandes pero desiguales musas, se entiende.
Pues si mi juicio fuera todavía antiguo,
junto a tus pares te pondría de continuo
y más que nuestro Lyly diría que brillas,
más que el audaz Kyd, que de Marlowe la poesía.
Y aunque tenías poco latín y menos griego,
no buscaría nombres de entre aquellos
para elogiarte, sino que al tonante Esquilo,
a Sófocles y Eurípides, de nuevo vivos,
junto a Pacuvius, Accius y el de Córdoba muerto,
tu coturno mostrara sacudir el proscenio.
O cuando el gorro de bufón lucieras,
te mediría a solas con la estela
de la insolente Grecia y de la Roma altiva,
de todo aquello que surgió de sus cenizas.
Triunfas, Bretaña mía, puedes mostrar a uno

a quien las tablas de Europa deben tributo.
Él era para siempre, más que del momento.
Y las musas estaban aún en su apogeo
cuando llegó cual Apolo para regalarnos
los oídos, o cual Mercurio para encantarnos.
Natura estaba orgullosa de sus creaciones
y vestía feliz las ropas de sus canciones,
tan bien cortadas y con tanto primor tejidas
que ya nunca otras iguales alumbraría.
El mordaz Aristófanes, griego jocoso,
Terencio el pulcro y Plauto el ingenioso,
no gustan ya y anticuados se alejan
como si no fueran fruto de la naturaleza.
Pero no es todo gracias a Natura: tu arte,
buen Shakespeare, tiene asimismo su parte.
Y aunque natura sea materia de poetas,
el arte da la forma y el que crea
obras con vida, cual son en verdad las tuyas,
suda y golpea fuerte el yunque de las musas
y se vuelve uno y lo mismo con lo que fragua.
De lo contrario, ya no hay laurel sino guasa,
pues un buen poeta se hace tanto como nace,
cual fue tu caso. Mirad cómo el rostro del padre
vive en el hijo, así la estirpe de la mente
y las formas de Shakespeare resplandece

en sus bien torneados y esculpidos versos,

donde, en todos y cada uno de ellos,

parece sacudir y blandir una lanza

frente a los ojos de la misma ignorancia.

¡Oh, dulce cisne de Avon! Qué visión sería

verte sobre las aguas volar todavía

y sobre el Támesis hacer aquellos vuelos

que tanto cautivaron a Isa y Jaime primero.

Quédate, puedo verte en la bóveda elevado,

una constelación formas ya en lo alto.

Ilumínanos, ¡oh, astro de los poetas!

y con furia o influjo anima o amonesta

la escena decaída que, desde tu partida,

pena como la noche y desespera el día.

Nos queda solo el calor que recibimos

con la luz que se guarda en este libro.

BEN JONSON

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla de Shakespeare, lo primero que suele decirse, con la seguridad que procuran los lugares comunes de más honda raigambre, es que de su vida no se sabe casi nada y que su personalidad constituye uno de los enigmas más insondables de la historia de la literatura. Como siempre, el tópico esconde algo de verdad y, al mismo tiempo, simplifica un asunto bastante más complejo. Es cierto que de Shakespeare no se sabe mucho, de acuerdo con nuestra moderna concepción de la biografía, pero es indudable que, de todos los dramaturgos isabelinos, con la notable excepción de Ben Jonson, de quien más sabemos, con diferencia, es de William Shakespeare. De Christopher Marlowe, el gran rival del Bardo en sus inicios, *we know next to nothing* («no sabemos prácticamente nada»), como asegura su más reciente biógrafo, por no hablar de Thomas Kyd, John Webster o John Fletcher, sombras furtivas y temblorosas en el gran escenario de la época.[1]

De este primer tópico se deriva el otro gran mito que persigue a Shakespeare: el proteico fantasma de la autoría de sus obras. Es realmente increíble que a estas alturas se siga especulando, desde las más altas hasta las más bajas instancias, con la propiedad intelectual del canon shakespeariano. Son bien conocidas las hipótesis que, a lo largo de mucho tiempo, han atribuido sus obras a Francis Bacon, el conde de Oxford, a la mismísima reina Isabel, a una asamblea de eruditos neoplatónicos o a Christopher Marlowe, el candidato que ha gozado de un favor más sólido y continuado. ¿Cómo se explica tan obsesiva y enfermiza insistencia en desautorizar al poeta de Stratford-upon-Avon? Para desestimar todas esas herejías, bastaría con apelar al oído y señalar las enormes diferencias prosódicas que separan, por ejemplo, el plúmbeo estilo de Bacon de la profunda levedad del verso shakespeariano o, en el caso de Marlowe, no solo las diferencias formales, sino también las divergencias conceptuales: las preocupaciones filosóficas y teológicas del autor de *Doctor Fausto* están evidentemente muy alejadas del temperamento y la sensibilidad de Shakespeare. Pero no hay modo, las dudas y las suspicacias se suceden y se actualizan en cada generación.

Como bien ha demostrado James Shapiro, la manía persecutoria se inicia a finales del siglo XVIII y se consolida a lo largo del XIX.[2] Al parecer, fue un tal James Wilmot, un erudito oxoniense que vivía a unos pocos kilómetros de Stratford, quien, en 1785, empezó a buscar papeles, libros y enseres del poeta y, corroído por el fracaso y la impotencia, decidió que ahí había gato encerrado y, en un arrebato de furia, atribuyó el corpus a Francis Bacon. La ecuación mental resulta muy elocuente y se ha repetido en todas y cada una de las atribuciones, hasta el punto de que podemos considerar a todos los conspiradores dignos herederos de Wilmot.

Hasta entonces, a nadie se le había pasado por la cabeza desacreditar a Shakespeare. No lo hizo, para muestra, ninguno de sus contemporáneos. El poema que escribió Ben Jonson a modo de homenaje y que se estampó en las primeras páginas de la primera edición de su teatro completo —el llamado Primer Folio de 1623— deja bien claras tanto la autenticidad de la firma como la realidad de la persona que había tras ella: el dulce cisne de Avon, el alma de aquella era. Si hubiera habido la más mínima sospecha, el primer interesado en airearla habría sido el propio Ben Jonson, buen amigo de Shakespeare, pero muy receloso y envidioso del prodigioso talento de su colega.[3]

Podríamos definir lo que le ocurrió a Wilmot —y con él a todos sus sucesores— como la «ansiedad del vacío biográfico». Como género, la biografía no se desarrolló hasta bien entrado el siglo XVIII, del cual acabó siendo algo así como un espejo. Para nuestra desgracia, en la época isabelina apenas se escribieron diarios, memorias o crónicas. Además, durante el Romanticismo se acuñó el concepto de «genio», normalmente asociado a una vida intensa, a ser posible rocambolesca, suculenta y pública, capaz de explicar la génesis de la obra literaria y acorde con la grandeza de esta. Byron sería el epítome de ello. Por el contrario, además de insoportablemente banales, los hechos conocidos de la vida de Shakespeare traslucían un olímpico desprecio por su posteridad y una escasísima conciencia de su genio: algo inadmisible para los hijos del romanticismo que de algún modo somos todavía. Cuando en 1747 se descubrió su testamento —vulgar como todos—, la perplejidad dio paso a la indignación: ni una sola mención a su obra, tan solo dinero, propiedades y la famosa y desconcertante —aunque no tanto, según las costumbres de la época— «segunda mejor cama» para su esposa, Anne Hathaway.[4]

Nuestro desconcierto se explica por la incapacidad de aceptar —o de restaurar— las categorías literarias, sociales, políticas y morales de la época, de las que nos separó la Ilustración, algo que también ha determinado el moderno juicio crítico sobre su literatura. Para empezar, en el siglo XVI, no se había instituido aún la figura del autor, tal y como ahora la entendemos y la vendemos. Las obras teatrales pertenecían a la compañía que las explotaba, y los impresores, si se hacían con una copia del manuscrito, podían publicar cualquier pieza, por defectuosa o mutilada que estuviera, sin temor a sanciones. Además, muchos dramas eran fruto de la colaboración a cuatro o a seis manos —en muchas obras de Shakespeare la filología trata de elucidar todavía dónde está su verdadera mano— y el auténtico prestigio literario se ganaba en la lírica y no en el teatro, considerado por los espíritus más sofisticados un simple entretenimiento para las masas.

A la luz de todo esto, es interesante notar cómo Ben Jonson, en el poema laudatorio antes mencionado y que se incluye en el frontispicio de esta edición, se esfuerza en subrayar, ya desde el título mismo, la condición de *autor* de William Shakespeare, y la dignidad que ello conlleva. Sin menoscabo de sus nobles propósitos, hay que decir que aquí Jonson está

defendiendo su propia idea de autoría contra la convención de su tiempo, e incluso quién sabe si contra las propias convicciones de Shakespeare. Jonson fue el primero de los dramaturgos de su hora en desarrollar una aguda conciencia de su propia relevancia literaria y, de hecho, recopiló en vida sus obras en un volumen en folio —en 1616, año de la muerte de Shakespeare—, algo absolutamente inusitado por aquel entonces. A pesar de que ahora parece un mero ejercicio de pompa y circunstancia, el poema de Jonson constituye un documento de extraordinaria trascendencia: nada menos que la primera valoración crítica del canon shakespeariano y la prueba más fehaciente de la legitimidad de su autoría.

La frustración por la vulgaridad, más que por la escasez, de los hechos de la vida de Shakespeare llevó a los cada vez más ansiosos biógrafos a tratar de encontrar algo de su vida en su obra. Fue en el Romanticismo cuando se generalizó la práctica de tratar de llenar las lagunas biográficas mediante el descifre de las presuntas alusiones encriptadas en los dramas y en los poemas. Wordsworth, por ejemplo, consideró que los *Sonetos* eran la llave con que el autor había abierto los secretos de su corazón. Y en realidad fue la llave que destapó la caja de Pandora de las más absurdas y fantasiosas interpretaciones: Shakespeare como gay en el armario, como bisexual, como criptocatólico, como amante de la reina. Lo cierto es que la crítica biográfica ha resultado a la postre muy insatisfactoria. Es verdad, probablemente, que se pueden deducir una serie de detalles biográficos de la lectura de los *Sonetos* , pero no se puede descartar que la voz que habla en ellos sea una invención más entre todas las prodigiosas impersonaciones a las que dio vida y que, por tanto, estemos haciendo el ridículo cada vez que tratamos de identificar a los personajes aludidos en los poemas. Sea como sea, lo cierto es que la profundización en la versatilidad y la riqueza apabullantes de la obra shakespeariana fue engordando esa «angustia del vacío biográfico» hasta extremos paranoicos. Llegó un momento —sobre todo a partir de la remilgada era victoriana— en que se decidió que una obra tan descomunal no podía haber sido escrita por un hombre de pueblo, que había abandonado el colegio en la adolescencia, sin título universitario y con una evidencia biográfica tan ordinaria. Quizá por eso la candidatura de Marlowe ha tenido tantos adeptos. Como hemos dicho, de él se sabe mucho menos, pero al menos hay indicios de que tuvo una vida más subversiva: probablemente fue espía doble —algo así como un Anthony Blunt de su tiempo, pero sustituyendo el comunismo por el catolicismo—, murió en extrañas circunstancias —le clavaron una daga en el ojo durante una reyerta tabernaria— y sobre todo —sobre todo— había estudiado en Cambridge. Más adelante abundaremos en ello, pero resulta hilarante esa arrogancia académica, como si no bastaran decenas de ejemplos parecidos o una somera idea de lo que es la creación literaria para acabar con semejante prejuicio.

Tanto desconcierto, tanta frustración y suspicacia derivó en una industria que todavía no ha cesado. No es de extrañar que muchos biógrafos de Shakespeare, desde el siglo XVIII hasta bien entrado el XX, hayan terminado como farsantes. Fue el caso de William-Henry Ireland, que llegó a producir un manuscrito apócrifo de *El rey Lear* a finales del

siglo XVIII o, ya en el XIX, y de John Payne Collier, que empezó su carrera como respetable erudito shakespeariano y terminó como delincuente, falsificando documentos y arruinado por la plaga de la ansiedad. Aunque quizá el caso más extremo sea el de Hulda y Charles Wallace, un matrimonio estadounidense que, en los albores del novecientos, se mudó a Londres con el firme propósito de encontrar pruebas de la vida de Shakespeare en la Oficina del Registro Público. La pareja peinó cientos de legajos y encontró algunas pruebas curiosas e iluminadoras, pero todas relativas a hechos menores: su intervención en un litigio entre un vendedor de pelucas y su yerno, y algún que otro título de propiedad. La meridiana banalidad de los hallazgos empezó a corroer la cordura de los Wallace, quienes finalmente regresaron a Estados Unidos convencidos de que eran víctimas de una conjura que les escatimaba información.

No queda más remedio, pues, que resignarse a los hechos que conocemos y aceptar que William Shakespeare, el poeta con el que nunca dejamos de indagarnos, fue alguien tan extraordinario y a la vez tan común como un ser humano.

Una interpretación un tanto forzada de su partida de nacimiento ha querido que William Shakespeare naciera un 23 de abril de 1564, en Stratford-upon-Avon, en el condado de Warwick, a unos ciento treinta kilómetros de Londres. Y lo primero que habría que resaltar en su biografía es que Shakespeare se sintió toda la vida muy ligado a su pueblo natal. A juzgar por los indicios que nos han llegado, parece que su relación con la capital, a pesar de haber sido larga e intensa, fue puramente comercial. Tan solo en sus años finales —y como simple inversión— adquirió una propiedad en Londres, donde siempre vivió de alquiler. En cambio, ya en 1597, cuando empezaba a ser bastante conocido y suponemos que bien remunerado, se compró una de las casas más grandes de Stratford, New Place, que todavía podríamos visitar si no fuera porque en 1759 su dueño, un atrabiliario párroco, decidió demolerla, harto del incordio de los turistas.

En 1564, Inglaterra se vio azotada por un brote de peste bubónica, cuyas recurrentes epidemias habían diezmado la población del país hasta dejarla en apenas cinco millones. Fue un verdadero milagro que Shakespeare lograra sobrevivir. William fue el tercero de los ocho hijos de Mary Arden y John Shakespeare. Mary era hija de una familia de acomodados granjeros, y John, de orígenes más inciertos, se dedicó a la fabricación de guantes y al curtido. Ocupó también varios cargos municipales, como el de catador de cerveza de la comuna y, en algún momento de su vida, fue procesado por usura. De los ocho hermanos, hubo cuatro mujeres, de las cuales solo una, Joan, llegó a la edad adulta. De los cuatro varones, solo sabemos que William fue el único que se casó y que los demás se llamaban Gilbert, Richard y Edmund, el benjamín, que también fue actor de teatro en Londres, pero del que nada más se sabe salvo que murió a los veintisiete años, en diciembre de 1607.

Shakespeare nació bajo el reinado de Isabel I Tudor, hija de Enrique VIII, la cual, en 1564, tenía treinta años y hacía un lustro que había sido coronada. La era isabelina está ya para siempre asociada a Shakespeare y en general a la efervescencia que conoció Inglaterra tanto en la política como en las artes. Isabel, conocida como la reina virgen, nunca se casó y no dio a luz a ningún heredero, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de la reina María de Escocia, a quien Isabel había mandado ejecutar por haber conspirado contra su vida. María, además, había sido una ferviente católica, e Isabel se había erigido en la pesadilla de los papistas, en especial de Felipe II. Más que una fanática protestante, la reina Isabel fue sobre todo una acérrima defensora de la independencia política de Inglaterra, algo que al final de su largo reinado había conseguido con creces, sobre todo después de la clamorosa humillación a la que había sometido a los españoles en 1588, con la derrota de su Armada Invencible.

Como decíamos, la era isabelina se recuerda sobre todo por la eclosión del Renacimiento. No solo el teatro, sino también la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, las artes decorativas, la teología y la filosofía conocieron un esplendor inigualado. La propia reina Isabel era una verdadera intelectual melancólica —la melancolía fue el mal del siglo XVI—, autora ella misma de poemas, cartas y traducciones notables. Se cuenta que en una ocasión le soltó una andanada en latín a un embajador insolente, al que dejó estupefacto. Gracias a su corte y a sus personales gustos, la música, además de la literatura, vivió también un momento irrepetible en Inglaterra. En este sentido, la labor que hicieron músicos como Thomas Morley, William Byrd o John Dowland fue extraordinaria. Algunas de las canciones de este último, como «In Darkness Let me Dwell», capturan, del modo a la vez más primario y elevado, el espíritu de su tiempo. Dowland, por cierto, estaba, en 1601, año de composición de *Hamlet* , trabajando en Elsinore, en la corte del rey de Dinamarca. Quién sabe si fue amigo de Shakespeare, para quien indudablemente la música constituyó un arte paralelo imprescindible. En sus obras abundan las referencias y las metáforas musicales, así como las canciones, muchas de ellas musicadas en su época. De hecho, una parte de la fascinación que produce Shakespeare estriba en vislumbrar el espectro de la melodía que acompañó muchas de sus composiciones, como en las canciones de Ariel de *La tempestad* : la música se ha desvaído, pero late aún en la niebla de la métrica.

Aunque el archivo del colegio se ha perdido, es muy probable que Shakespeare se educara en el colegio local de Stratford, el King’s New School, donde los niños de aquel tiempo aprendían casi exclusivamente retórica y literatura latinas, en la gramática de William Lyly, abuelo de John Lyly, uno de los dramaturgos coetáneos del Bardo. La afirmación de Ben Jonson, en el poema ya citado del Primer Folio, según la cual Shakespeare tuvo «poco latín y menos griego» no parece que fuera del todo justa, sobre todo en lo que respecta a su formación latina. Es posible que después del empacho infantil de figuras retóricas no mantuviera vivo su latín, pero es indiscutible que el modelo romano ejerció una profunda y evidente influencia en su obra. En *Las alegres*

casadas de Windsor hay, por cierto, una breve escena, forzadamente intercalada, en que un niño llamado William sufre los rigores de las declinaciones, una evidente parodia de sus propios años escolares.

Se ha especulado mucho con la formación intelectual, con el bagaje cultural de Shakespeare. Ya hemos visto cómo en el siglo XIX se concluyó que alguien con tan poca ilustración no podía haber engendrado una obra tan enorme. Y parece verdad que Shakespeare no fue en puridad un erudito, a la manera en que lo fueron otros contemporáneos como George Chapman, traductor de Homero, Ben Jonson, que si bien no estudió en la universidad se procuró una sólida cultura clásica, o Christopher Marlowe. En cambio, una lectura atenta a las influencias de su obra nos permite imaginar que el autor de *Hamlet* fue un lector voraz, con un olfato infalible para husmear las corrientes de su tiempo, capaz de transformar cualquier cita latina en un largo y reverberante monólogo, extraordinariamente intuitivo, virtuoso del plagio —una palabra que Ben Jonson incorporó al inglés en aquella época, no por casualidad—, dueño, en fin, de una prodigiosa alquimia —la memoria— con la que transformaba el poso de sus lecturas en una nueva materia.

Si bien no se ha podido encontrar ningún libro de su biblioteca personal, es posible hacerse una idea aproximada de sus principales lecturas. Entre los clásicos, predominaban los romanos muy por encima de los griegos, que en el siglo XVI todavía no habían escapado de las manos de los eruditos y se conocían, mayoritariamente, solo a través de sus versiones latinas. El primer autor que deslumbró al joven poeta y que le acompañó durante toda su vida fue, sin ningún género de dudas, Ovidio, especialmente el de las *Metamorfosis* y —para darle la razón a Jonson—, más que en el original, en la traducción que hizo Arthur Golding y que se publicó completa por primera vez en 1567. Shakespeare no solo se dejó deslumbrar por la mitología evocada por Ovidio, sino también por el envolvente fraseo en heptámetros yámbicos de Golding, como demuestra la lectura comparada de varios pasajes. En cuanto a la literatura dramática, quizá los primeros autores que oyó recitar en clase, o que incluso representó en montajes escolares, fueron los comediógrafos Terencio y Plauto, que por otra parte constituyen el sustrato sobre el que se levantó la comedia italiana del siglo XVI, que tanto influyó en el teatro isabelino. En el campo de la tragedia, el autor hegemónico fue Séneca, que durante el Renacimiento inglés actuó como mediador entre el drama sacro, heredero de las representaciones litúrgicas, y la tragedia secular, cuyas bases ayudó a sentar. La convención de dividir el drama en cinco actos es de indudable raíz senequista. Por último, el escritor clásico cuya huella es más visible en el canon shakespeariano es Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* Shakespeare leyó en la traducción de sir Thomas North, publicada por primera vez en 1579, hecha, por cierto, a partir de una traducción francesa y no del original griego. La sombra del Plutarco de North se aprecia ya en obras tan tempranas como *Tito Andrónico* o *Sueño de noche de verano* y fue desde luego el mármol con el que esculpió tragedias como *Julio César* , *Antonio y Cleopatra* o *Coriolano* .

Para completar el mapa de las lecturas básicas de Shakespeare a lo largo de su vida, habría que citar inevitablemente la Biblia, no tanto la llamada Versión Autorizada del rey Jacobo —publicada en 1611, demasiado tarde, por tanto, para que ejerciera un influjo real en el poeta—, cuanto la Biblia de Ginebra de 1599, en realidad una revisión del primer gran texto bíblico en inglés, debido a William Tyndale, responsable, junto a Shakespeare, del alumbramiento de la moderna lengua inglesa.

A los anaqueles de Shakespeare se les pueden añadir muchos títulos más, pero hay uno que ha ido cobrando mayor nitidez a lo largo del último siglo: los *Ensayos* de Montaigne, que se publicaron en inglés en 1603, según la versión de John Florio. Florio era amigo de Shakespeare y es muy posible que le diera a conocer la obra de Montaigne mucho antes de que se publicara; de hecho era bastante habitual en la época el tráfico constante de manuscritos. Sea como fuere, lo cierto es que la voz de Montaigne ayudó a moldear el pensamiento renacentista de Shakespeare. Uno de los pasatiempos favoritos de los eruditos shakespearianos consiste en tratar de detectar ecos de Montaigne en tal o cual pasaje, como en *Hamlet* , en cuyo trasluz parecen adivinarse las aguas de la «Apología de Ramón Sibiuda».

Sin que sepamos por qué, Shakespeare abandonó la escuela a los quince años. La época que antecede a su irrupción en la escena londinense, los años comprendidos entre 1585 y 1592, se conoce justamente como «los años perdidos», pues ahí nos movemos completamente a ciegas. Sabemos que antes, hacia 1582, se había casado precipitadamente con Anne Hathaway, una mujer ocho años mayor que él y a la que había dejado embarazada de su primera hija, Susanna, que nació en mayo de 1583. De ese matrimonio solo sabemos a ciencia cierta que tuvo dos hijos más, los gemelos Hamnet y Judith, nacidos en febrero de 1585. Hamnet —nombre sospechosamente parecido a Hamlet— moriría prematuramente a los once años. Desgraciadamente, la estirpe de Shakespeare se extinguió muy pronto, en 1670, con la muerte de la única nieta que llegó a la vejez, la hija de Susanna, Elizabeth Hall, quien murió sin descendencia. Para los biógrafos ansiosos, no solo esa interrupción infausta de la descendencia constituye una maldición, sino también la lentitud con que despertó el interés biográfico por Shakespeare. La pequeña, Judith, murió en 1662 y sobrevivió a sus tres hijos. Si John Aubrey, uno de los primeros en esbozar un perfil biográfico del poeta, se hubiera preocupado en ir a verla, en vez de escribir vaguedades, hoy sabríamos muchas cosas que se han desvanecido para siempre.[5]

Sobre los años perdidos hay varias y pintorescas hipótesis. El citado Aubrey —y se trata de una creencia que ha ido tomando cada vez más cuerpo— asegura que en sus años mozos Shakespeare había sido maestro de escuela. Otros dicen que vivió en Escocia como católico recusante (otro de los enigmas más mareados de su biografía es su credo religioso, sobre todo desde que, aparentemente, se descubrió que su padre había muerto convertido al catolicismo). En realidad, podemos

hacer las conjeturas que queramos: quizá estuvo en Escocia o en Italia, aunque lo más sensato es que estuviera en Stratford cuidando de sus hijos y desahogándose por las noches en la taberna, mientras soñaba con triunfar en la escena y convertirse en uno de los actores de esas compañías que de niño había visto actuar de gira en su pueblo.

El Londres que conoció Shakespeare en los últimos años ochenta o principios de los noventa del siglo XVI era una ciudad terrible, peligrosa, sucia, ruidosa y fascinante. Se agrupaba en lo que hoy se conoce como la City, y uno de sus rasgos más ominosos era la frecuente exhibición de cabezas cortadas por orden judicial, festoneadas de cuervos. En Inglaterra no había té aún y la gente bebía cantidades ingentes de cerveza: un galón —ocho pintas— era la habitual dosis diaria, costumbre que muchos ingleses mantienen hoy día.

Shakespeare, de todos modos, se pasó buena parte de su vida en las afueras de la ciudad, en los descampados donde se levantaban los teatros de la época, el Red Lion, el más antiguo, el Theatre de James Burbage (padre de Richard, compañero de Shakespeare y uno de los que primero encarnó a sus grandes personajes), el Curtain o el Fortune de Philip Henslowe, un empresario teatral gracias a cuyo diario (en realidad un libro de cuentas con comentarios) conocemos hoy muchos detalles valiosos sobre el oficio. Otros teatros importantes fueron los situados en la orilla izquierda del Támesis: el Rose, el Swan y, sobre todo, el Globe, el escenario por antonomasia de Shakespeare, quien en numerosas ocasiones evoca en sus obras esas salas, como cuando el coro de *Enrique V* habla de «esta O de madera», pues a menudo eran de planta octogonal y daban la impresión de ser edificios circulares. Si tenemos una vaga idea de cómo eran esos teatros es gracias a Johannes de Witt, un turista holandés que en 1596 dibujó un esbozo del Swan: cielo abierto, espacio efectivamente circular, escenario rectangular y flanqueado a los tres lados por el público, dos puertas al fondo de la escena, entre las que solía haber una cortina (donde tal vez Hamlet apuñaló por primera vez a Polonio) y una galería por encima del escenario que no se sabe con certeza si albergaba a público distinguido o se utilizaba para necesidades de la obra, como la aparición del espectro en *Hamlet* o la escena del balcón en *Romeo y Julieta* . El público que atendía esas obras de teatro también acostumbraba a asistir a otro de los espectáculos más populares de su tiempo: el suplicio del oso o del toro, que consistía en situar en medio de un escenario al animal atado con cadenas y arrojarle perros rabiosos para ver cómo se defendía. Lejos de ser tan solo un entretenimiento para la plebe era considerado un deporte refinado, al que asistía la propia reina Isabel, a menudo acompañada de legaciones diplomáticas. Hay en las obras de Shakespeare numerosas referencias a ese espectáculo.

Ya hemos apuntado al principio que William Shakespeare fue, antes que autor, un verdadero hombre de teatro (Jonson, como veremos, no sería el primero en jugar con su apellido y llamarle *shakestage* , literalmente sacude-escenas). De hecho, además de actor y guionista —suena mal, pero esa era entonces la categoría del dramaturgo—, hizo las veces de

director y productor. A partir de 1595 —cuando aparece la primera referencia— y hasta su presunto retiro en 1613, estuvo asociado a una compañía, Lord Chamberlain's Men, que, con el ascenso de Jacobo I, se convertiría en The King's Men, sin duda una de las más prestigiosas y preciadas de la época, que además contribuyó decididamente al ennoblecimiento de la profesión, hasta entonces considerada una ocupación de maleantes. Su hombre fuerte fue Richard Burbage, quien, aunque cueste creerlo, tuvo el privilegio de encarnar por primera vez a Hamlet, Otelo y Lear. También fueron importantes en la compañía los cómicos, especialmente Will Kemp y Robert Armin, que dio vida por primera vez al bufón de *El rey Lear* . No había aún actrices y los personajes femeninos eran interpretados siempre por chicos jóvenes, los llamados «boy actors».

En tanto que intérprete, hoy diríamos que Shakespeare era un actor de reparto, pues, de acuerdo con las noticias que nos han llegado, se reservó siempre los papeles menores de sus propias obras. Sabemos con seguridad que encarnó al fantasma del rey en *Hamlet* y al personaje del viejo Adán en *Como les guste* . Y la leyenda quiere que también interpretara al coro al principio de *Enrique V* , hipótesis irresistible donde las haya.

Gracias a un panfleto que escribió el dramaturgo Robert Greene hacia 1593, sabemos que a la altura de esos años William Shakespeare era ya un nombre conocido y polémico en el mundo del teatro. Greene era dramaturgo y formó parte de los llamados University Wits, un grupo de sofisticados dramaturgos universitarios, perdidamente *oxbridge* , entre los que también se contaban John Lyly, George Peele o Thomas Nashe. Greene fue un precursor de los que considerarían inadmisible que un asilvestrado provinciano fuera capaz de escribir lo que escribió y se sintió ultrajado, como si aquel chico hubiera aparecido para quitarles el pan de la boca. Aunque no se sabe qué motivó el encono de Greene —probablemente tan solo la envidia—, lo cierto es que en el panfleto aludió veladamente a él en los siguientes términos: «No os confiéis: hay un Cuervo advenedizo, ornado con nuestras plumas, que, con su corazón de Tigre bajo la piel de actor, se cree tan capaz de esbozar verso blanco como el mejor y siendo un perfecto *Johannes factotum* , su arrogancia le convierte en el único sacude-escenas [*shake-scene*] de un país». La prueba de que se refería a Shakespeare, aparte del juego de palabras con su apellido, es que la frase «corazón de Tigre bajo la piel de actor» es una burla de unos versos de *Enrique VI, tercera parte* , una de sus obras más tempranas.

La datación de las obras de Shakespeare es problemática. Hay un consenso generalizado según el cual las primeras obras son comedias románticas, como *Los dos caballeros de Verona* , *La comedia de los errores* o *La doma de la fiera* , o bien los primeros dramas históricos, como las tres partes de *Enrique VI* o *Ricardo III* . Cuando Shakespeare llegó a Londres, la joven revelación del momento era a todas luces Christopher Marlowe, un brillante, lenguaraz, impertinente y descreído poeta que muy probablemente debió de ejercer una profunda

fascinación, a la vez personal y literaria, en el recién llegado. Podemos por tanto imaginar a Shakespeare tratando de afinar su propia voz bajo el encanto de Marlowe, a quien sin duda imitó en sus primeros dramas históricos, sobre todo en *Ricardo II* , escrito con la falsilla del *Eduardo II* marloviano. El primer poema narrativo de Shakespeare, *Venus y Adonis* , está escrito también como emulación del inacabado *Hero y Leandro* de Marlowe, que si bien se publicó más tarde que *Venus* , en 1598 y finalizado por George Chapman, es muy probable que hubiera circulado ya en manuscrito. De acuerdo con todo esto, podemos aventurar la teoría de que la única puerta que encontró Shakespeare para escapar de la arrolladora sombra de Kit Marlowe fue la comedia, un género que este no había ensayado y al que su propio talento se plegaba de un modo más natural.

Un año antes de que Marlowe muriera en la reyerta de Deptford, en 1593, se decretó el cierre temporal de los teatros por uno de los periódicos brotes de peste. Shakespeare, que ya empezaba a saborear sus primeros triunfos, aprovechó el paréntesis para dedicarse a la lírica y empezó a escribir los *Sonetos* , que no terminaría hasta 1603 y que no se publicarían hasta 1609, probablemente sin su consentimiento y con el añadido de otro poema largo: «Lamento de una amante». El soneto había sido popularizado en Inglaterra por sir Philip Sidney en su *Astrophil y Stella* , que se había publicado en 1591, aunque la forma poética se había incorporado a la literatura inglesa mucho antes, en tiempos de Enrique VIII, gracias a Thomas Wyatt, un poeta que hizo memorables versiones de Petrarca. Además de los sonetos, Shakespeare emprendió la redacción de su primer poema narrativo, *Venus y Adonis* , su mayor éxito editorial —llegó a ver diez reimpresiones—, basado en las *Metamorfosis* de Ovidio y publicado por Richard Field, oriundo también de Stratford. El éxito de *Venus* le animó a escribir una continuación, *La violación de Lucrecia* , inspirada en los *Fasti* ovidianos, aunque ya no obtuvo el favor comercial del primero.

Los dos poemas están fervorosamente dedicados a un aristócrata que al parecer el poeta quería convertir en su patrón. Se trataba de Henry Wriothesley, conde Southampton y barón de Titchfield, un joven bello y afeminado, ahijado de lord Burghley, primer ministro de la reina y amigo del conde de Essex (uno de los personajes más notorios de la época, protagonista de una conjura contra la monarca que le costaría el cuello). Si bien Southampton es el candidato más votado en los últimos sesenta años para ser el joven al que se dirige el poeta en los *Sonetos* , no se sabe nada de su relación ni hay pruebas de que, como aseguran algunos biógrafos, hubieran mantenido una relación íntima. A. L. Rowse, uno de los más conspicuos —y arrogantes— eruditos shakespearianos del siglo XX, estaba convencido de que no hubo intimidad real entre ambos. Para él, Southampton se había enamorado de Shakespeare quien, siendo un heterosexual convencido, le había consolado y aconsejado con esa serie de sonetos privados. En cualquier caso, la relación entre aristócratas y plebeyos no era en aquel siglo tan cercana y fácil como la imaginación novelística y cinematográfica ha

supuesto, algo que explicaría la embarazosa zalamería de las dedicatorias que Shakespeare escribió a Southampton.

En los últimos años del siglo XVI, la vida y la obra de Shakespeare fue adquiriendo una progresiva y trabajosa madurez. Hemos visto cómo se zafó de la influencia de Marlowe, también que posiblemente consiguió la protección de un aristócrata, y sabemos que su actividad teatral siguió siendo continuada y febril hasta el final de la centuria. En 1598, un tal Francis Meres publicó un *common-place book* , un libro de citas, muy del gusto de la época, que no hubiera tenido ninguna importancia si no fuera porque incluía un breve listado de algunas obras que Shakespeare había publicado hasta entonces. Meres citaba, entre las comedias, *Los dos caballeros de Verona* , *La comedia de los errores* , *Trabajos de amor en vano* , *Trabajos de amor ganados* , *Sueño de noche de verano* y *El mercader de Venecia* . Entre las tragedias hablaba de *Ricardo II* , *Ricardo III* , *Enrique IV* , *El rey Juan* , *Tito Andrónico* y *Romeo y Julieta* . Desde que se descubrió, el catálogo de Meres ha servido para datar muchas obras y jugar con algunos supuestos, como por ejemplo la identidad de esa misteriosa comedia, *Trabajos de amor ganados* , probablemente extraviada. Pero sobre todo nos sirve para ir perfilando la geografía de su imaginación. Mientras se acercaba el fin de siglo e Inglaterra contemplaba el lento crepúsculo de la era isabelina, Shakespeare se había consolidado como un brillante comediógrafo y un esforzado autor de tragedias, aunque todavía no había alcanzado su plena madurez en el género. Había escrito, eso sí, su drama histórico más perfecto: *Enrique IV* , donde sobresalía sir John Falstaff, una de sus criaturas más maravillosas, para algunos un precursor de Hamlet, como el mismo príncipe Hal. Falstaff supone de algún modo la culminación de su talento cómico a la vez que la preparación para la década de las grandes tragedias, cuyo tono ensayó prometedoramente en *Romeo y Julieta* .

Uno de los rasgos de la personalidad de Shakespeare que más incomodaban a los románticos era su descarada tendencia al aburguesamiento, esa aparente sumisión a las convenciones de su tiempo y su presunta condición de arribista, violentamente opuesta a la ética romántica. En 1596, por ejemplo, consiguió para su apellido un escudo de armas, bajo el lema «Non Sans Droicz», veleidad de la que ya Ben Jonson se burló en su obra *Every Man Out of His Humor* , a uno de cuyos personajes se le concede también un blasón donde aparece una cabeza de jabalí con la leyenda «No sin mostaza». Un año más tarde, como se ha indicado al principio, Shakespeare se compró la casa más grande de Stratford, New House, consumando así su lento ascenso hacia el tratamiento de *gentleman* .

Quizá el período más importante de la vida y la obra de Shakespeare sea el de la transición entre los siglos XVI y XVII, donde su obra experimenta también una convulsión que determinará el tono y la evolución de su obra madura y tardía. Para empezar, el cambio de siglo supuso la consolidación de un nuevo teatro, el Globe. El propietario del solar donde se erigía el Theatre se negó a renovar contrato y los

Chamberlain’s Men decidieron desmontar el edificio pieza por pieza y volver a levantarlo en otro espacio, al otro lado del Támesis. Así, hacia 1599, nació el Globe, el teatro que gestaría en sus entrañas uno de los momentos estelares del arte de todos los tiempos y que también propiciaría, por cierto, el fin del mismo, pues fue durante una representación de *Enrique VIII* , en 1613, una de las dos obras últimas que Shakespeare escribió en colaboración con John Fletcher, cuando, tras un cañonazo, la estructura de madera se incendió y el teatro se convirtió en ceniza. Aunque se reconstruyó en 1614, Shakespeare y sus colegas debieron de vivir el accidente como una metáfora del fin de una época.

En torno a 1600 y 1601, Shakespeare escribió y estrenó *Hamlet* , su primera gran tragedia, una obra en la que indagó con especial fervor en una de sus obsesiones: la relación entre padres e hijos. Su hijo Hamnet había muerto en 1596, y su padre, John Shakespeare, en 1601. A partir de la tragedia del príncipe de Dinamarca, hay sin duda un cambio de tono en su obra, un lento proceso de apropiación de un nuevo género a la vez que la despedida de otro: la comedia ligera y sentimental. El tránsito supone asimismo la formulación de un nuevo lenguaje poético, cada vez más hondo, matizado, ambiguo, elíptico y polisémico. Contemporáneo de esa gran tragedia es el portentoso poema *El tórtolo y fénix* , publicado en 1601 como complemento a *Love’s Martyr* de Robert Chester, junto a otras colaboraciones de Ben Jonson o George Chapman. Es un poema breve e incomprensiblemente no suele citarse entre sus obras más destacadas, quizá debido a su hermetismo y a su naturaleza aparentemente excéntrica dentro del canon, pero lo cierto es que es una de sus máximas creaciones, un preludio de la poesía metafísica de John Donne o George Herbert. Su lectura nos sirve para comprobar en qué punto de visionario virtuosismo estaba el estilo de Shakespeare en los albores del siglo XVII. Entre *Hamlet* y *Fénix* parece vislumbrarse entre brumas el paisaje de su obra madura, ese bosque de símbolos, alegorías y tragedias que forman, como un único poema sin fin, *Otelo* , *El rey Lear* , *Macbeth* , *Antonio y Cleopatra* , *Cuento de invierno* o *La tempestad* .

Después de *Hamlet* llegaron, además de las grandes tragedias, las llamadas comedias problemáticas, como *Bien está todo lo que bien acaba* o *Medida por medida* , algo sombrías y alejadas ya de la alegría de sus primeros años de carrera. Sus últimas obras, denominadas «romances» a falta de un nombre propio para el género híbrido que inventó, entreverado de comedia, tragedia y alegoría, destilan una complejidad y una, digamos, luminosa oscuridad que ha llevado a algunos críticos a especular con la posibilidad de que Shakespeare hubiera sido un seguidor de la estética hermética del neoplatonismo renacentista.

Los hechos de su vida durante el período de composición del último tramo de su obra son escasos. En 1607 su hija Susanna se casó con John Hall, un médico de Stratford. Aquel mismo año murió su hermano pequeño, el también actor Edmund. Al año siguiente murió su madre y

nació su nieta Elizabeth, según hemos visto la última de sus descendientes. En 1603 había muerto la reina Isabel y había subido al trono Jacobo I, que resultó ser un monarca muy propicio para Shakespeare, culto y amante de las artes e impulsor de la nueva Biblia inglesa. Fue también muy partidario del teatro y concedió a los Chamberlain's Men la patente real, convirtiéndolos en los King's Men, la compañía con la que Shakespeare estrenaría muchas de sus obras maestras y que en 1608 alquiló el teatro de Blackfriars, techado y seguramente más parecido a las salas modernas. Allí cerca, en 1613, Shakespeare compró la única casa que tuvo en Londres, posiblemente, como se decía al principio, como inversión.

La última obra que Shakespeare escribió en solitario fue *La tempestad* , que tiene cierto aire de síntesis, sublimación y despedida de su arte, por mucho que algunos críticos actuales digan que el poeta no pensaba retirarse. Resulta difícil de creer. Es verdad que el Bardo escribiría aún dos obras en colaboración con John Fletcher, un dramaturgo más joven: *Enrique VIII* y *Dos nobles de la misma sangre* ; pero se puede considerar que el canon termina con *La tempestad* . Es realmente muy difícil resistirse a interpretar el último monólogo de Próspero, cuando se dirige al público, se despoja de su arte y pide un aplauso liberador, como el adiós del propio Shakespeare a su magia.

Aparte de la colaboración con Fletcher y el incendio del Globe, de los últimos años de vida de William Shakespeare solo sabemos que aparentemente dejó de escribir y que en el momento de su muerte estaba en Stratford, adonde presumimos que se retiró. Murió en 1616, el mismo día de su nacimiento, el 23 de abril, festividad de San Jorge, patrón de Inglaterra. Según una anotación del diario de John Ward, vicario de la iglesia de la Sagrada Trinidad de Stratford, donde el poeta está enterrado, Shakespeare habría muerto de unas fiebres tifoideas contraídas durante una juerga con los poetas Ben Jonson y Michael Drayton. Es verdad que esa entrada de diario fue escrita cincuenta años después de la muerte del Bardo, así que tiene un valor histórico muy relativo, pero al mismo tiempo nos consuela, aunque sea nada más que un instante, de la inevitable ansiedad biográfica.

El acontecimiento más importante acaecido en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Shakespeare fue sin duda la publicación de su teatro completo en el llamado Primer Folio. Fue en 1623, y la edición estuvo al cuidado de los actores John Heminges y Henry Condell, compañeros de Shakespeare desde los tiempos de la Chamberlain's Men y probablemente amigos íntimos.

Nunca les agradeceremos lo suficiente a Heminges y Condell que se tomaran el trabajo de reunir la obra dispersa y pirateada de Shakespeare y trataran de publicarla dignamente. En vida del poeta se habían editado muchas de sus obras en un formato barato, los llamados Cuartos, a veces con el consentimiento de la compañía y otras de manera furtiva y de la mano, muy a menudo, de impresores sin escrúpulos que lanzaban al mercado versiones defectuosas, mutiladas y

adulteradas, los llamados «malos cuartos», para diferenciarlos de los «buenos cuartos», impresos en ocasiones por orden de la compañía —que, como hemos visto, ostentaba los derechos de las obras—, para desmentir las versiones divulgadas por los cuartos fraudulentos. Algunas de esas ediciones se vendieron muy bien y con frecuencia las diferencias que median entre el texto de los diversos cuartos y el texto del Primer Folio son muy difíciles de salvar y desde entonces han llevado de cabeza a muchos editores, como en el caso, por ejemplo, de *El rey Lear* , cuya fijación resulta enormemente problemática.

De las treinta y ocho obras que conforman el canon shakespeariano, nada menos que dieciocho se imprimieron por primera vez en el Primer Folio.[6] Sin la labor de Heminges y Condell no tendríamos hoy piezas como *Macbeth* , *La tempestad* , *Antonio y Cleopatra* , *El cuento de invierno* o *Cimbelino* . Poco importa que no fueran editores profesionales y dejaran cientos de problemas por resolver y otros tantos irresolubles: su trabajo —que se presume arduo, pues supuso la localización de manuscritos y el cotejo de distintas versiones— es suficiente para que merezcan nuestra devoción perpetua.

El prestigio de Shakespeare, curiosamente, se fue apagando a lo largo del siglo XVII, quizá debido a la decadencia que sufrió el teatro, inducida sobre todo por los ataques de los cada vez más poderosos puritanos, que lo consideraban un entretenimiento pecaminoso y corruptor. El 29 de septiembre de 1662, por ejemplo, Samuel Pepys anotó elocuentemente en su diario: «Después de cenar asistimos al teatro del Rey, donde daban *Sueño de noche de verano* . No la había visto y no la volveré a ver jamás. Es la pieza más insípida y ridícula que existe».[7] La moderna trascendencia de Shakespeare tardó todavía mucho tiempo en establecerse.

La historia de la construcción crítica de Shakespeare empieza en el siglo XVIII. Se suele considerar la edición de 1709 de Nicholas Rowe la primera gran contribución a la fijación y la interpretación del corpus shakespeariano. Rowe marcó el camino que seguirían otros eruditos como Edmond Malone o Alexander Pope, que hizo una edición de la obra completa en 1725, luego muy discutida y enmendada. Quien sin duda establece los criterios modernos de Shakespeare, tanto filológicos como críticos, es el doctor Samuel Johnson, en su edición de 1765. El prefacio —y las notas— de ese trabajo constituyó la primera y más ambiciosa tarea hermenéutica en torno al autor de *Hamlet* . Muchos de los juicios de Johnson han sido luego matizados o aun rebatidos, pero su lectura dictó el gusto del siglo XVIII y su edición preparó el ingreso del Bardo en la modernidad, es decir, en el romanticismo.

El juicio de Johnson, extraordinariamente lúcido, no supone todavía —no podría serlo en ningún caso, viniendo de donde venía— una consagración incondicional. Además de admitir la grandeza del autor, no se priva de señalar los muchos defectos que a su entender tiene Shakespeare como dramaturgo. El romanticismo, en cambio, inauguraría la bardolatría y, a partir de entonces, ya serían contadas las

excepciones entre los críticos que se atreverían a relativizar la importancia del poeta.

Se puede trazar una gruesa línea crítica que va desde Coleridge, pasando por Charles Lamb y William Hazlitt, y que desemboca en la lectura victoriana de Swinburne, a su vez puerta de entrada a la efervescencia exegética suscitada por Shakespeare a lo largo de todo el siglo XX, en cuya estela todavía bogamos.

Resulta ciertamente muy difícil tratar de sintetizar la importancia de Shakespeare. Para empezar, hay que decir que contribuyó como ningún otro escritor a la consolidación del inglés como lengua moderna. Como dijo T. S. Eliot, hizo el trabajo de dos poetas, pues a un tiempo simplificó y complicó el idioma, una buena parte de cuyo léxico fue inventado por él. En su teatro conviven armónicamente el estilo elevado y el demótico. En este sentido, hizo lo mismo que Dante por el italiano, es decir, moldear un habla y construirle una casa en la que pudiera habitar. En época de Shakespeare, el inglés estaba todavía en una fase amorfa, no había criterios ortográficos —su propio nombre se escribía de las maneras más variadas y absurdas, y faltaba mucho para que Samuel Johnson pusiera orden con el primer Diccionario—, ni por supuesto gramaticales o sintácticos. La *koiné* cultural era aún el latín, lengua en la que se escribía la teología y la filosofía. Con su prodigiosa intuición, Shakespeare operó en una tierra prácticamente virgen. Y con el eco de Grecia y Roma y la ayuda de algunos predecesores, creó un mundo nuevo.

Los principales antecesores de Shakespeare en su tarea son, por un lado, el medieval Chaucer y, por otro, Edmund Spenser, el poeta isabelino, autor de *La reina de las hadas* , el poema épico de su tiempo. A ellos habría que añadir sin duda el ejemplo de Christopher Marlowe que, según hemos visto, probablemente deslumbró al joven poeta a su llegada a Londres a finales de los años ochenta del siglo XVI. Marlowe creó la moderna tragedia inglesa en obras como *Tamerlán* , *El judío de Malta* , *Doctor Fausto* o *Eduardo II* y elevó el verso blanco a la categoría dramática que aún no tenía. El *blank verse* —verso contado pero no rimado—, el principal instrumento de Shakespeare (aunque no el único, pues a menudo, y no solo en la poesía, utilizó la rima y otros metros), no fue un invento de Marlowe ni de Shakespeare sino de Henry Howard, conde de Surrey, en su traducción parcial de la *Eneida* , publicada en 1554, de tal modo que la herramienta principal del Bardo se forjó según un modelo latino, como tantos otros elementos de su estética.

Tampoco la tragedia inglesa fue una ocurrencia de Marlowe. La historia del teatro inglés hunde sus raíces en la noche medieval, concretamente en la liturgia de la Iglesia, de la que se derivó el drama religioso, especialmente en los llamados milagros y en las moralidades, piezas edificantes y alegóricas sobre asuntos como el amor divino, la muerte o la resurrección. Tras ello, el drama, tanto en la comedia como en la tragedia, sufre un lento proceso de secularización bajo la disciplina

clásica, con traducciones e imitaciones de autores latinos, principalmente, como Terencio, Plauto y, sobre todo, Séneca. El modelo senequista provocó una doble alteración: por un lado permitió el tratamiento de motivos seculares a la manera del viejo drama sacro y por otro propició la aparición de un teatro que aunaba a un tiempo lo artístico y lo popular. Y es precisamente ahí donde llega Shakespeare para llevar el género a su apoteosis y, con ello, a su extinción.

Cada generación tiene su propia lectura crítica de los clásicos en general y de Shakespeare en particular. Nosotros, en buena medida, todavía hablamos críticamente el lenguaje de los románticos, es decir, nuestra consideración de Shakespeare es aún deudora del método y del sistema de ideas con que el romanticismo revistió a Shakespeare para convertirlo en un espejo de ellos mismos y en un ejemplo de la literatura que trataban de llevar a cabo. No es casual que el crítico shakespeariano por excelencia de la segunda mitad del siglo XX, Harold Bloom, haya sido también el mejor intérprete del romanticismo. Su entronización de Shakespeare como centro del canon es de cuño netamente romántico.

Del otro lado, a principios del siglo XX, surgió una crítica que reaccionó contra esos postulados, una corriente que creía necesario restaurar el horizonte moral en que se había gestado la obra de Shakespeare para comprenderla cabalmente. Si los románticos, por así decirlo, habían arrancado a los personajes del argumento —si habían segregado el carácter de la acción— y se habían apropiado de los monólogos shakespearianos como precursores de su propia idea del monólogo dramático y de su particular concepción poética, sin tener en cuenta el código moral, social y político con que esas obras se habían construido y que el público de su tiempo compartía y entendía, estos otros críticos, como E. E. Stoll, en cambio, pedían una restitución de esas categorías y una reinserción de los personajes en su mundo: entender a Falstaff de acuerdo con el sentido de honor de la época, reconocer que Hamlet sabe que está infringiendo la ley o que Yago es muy consciente de su malignidad y de la transgresión que está cometiendo. Desde entonces, toda la crítica shakespeariana se ha movido entre esos dos polos aparentemente irreconciliables. ¿Con cuál quedarnos? Es verdad que la lectura romántica es excesiva, partidista y excesivamente psicológica, pero no es menos cierto que la tentativa de restauración del horizonte moral es muy difícil y problemática, si no imposible. Sin duda es factible averiguar algunos de los presupuestos morales de los isabelinos y arrojar así otra luz en los personajes y las tramas shakespearianas, pero al mismo tiempo nos topamos con el problema de que una buena parte del trasfondo intelectual, espiritual, filosófico, ético y moral —pensemos sobre todo en los llamados «romances»— se ha perdido para siempre y no podemos sino conjeturarlo. Por otro lado, todo ejercicio crítico tiene siempre algo de subversión, de traición al alma original de la obra. La historia de la transmisión literaria es una cadena de lecturas aviesas, interesadas, amoldadas al propio tiempo, que denuncian precisamente la naturaleza proteica del clásico, de lectura infinita. El camino opuesto, el del estricto respeto al aura prístina de la obra, es el de la filología, enormemente necesaria y loable, pero que, sin el

complemento de la interpretación, conduce al silencio y la esterilidad. Habría que preguntarse si no es lo que ha ocurrido en España, por ejemplo, con Cervantes, cuya obra no ha suscitado entre nosotros el corpus hermenéutico que soporta ya Shakespeare, sino tan solo una retahíla de ediciones críticas, todas admirables, eso sí.

Y ya puestos en tesitura romántica, habría que aludir, para terminar, a la gran cuestión que late en toda la obra de Shakespeare. Se ha dicho desde diversos frentes que la modernidad del Bardo radica en que acierta a formular una visión del mundo desacralizado, que Hamlet, por ejemplo, escenifica en sí mismo la irrupción de la conciencia del Renacimiento, una idea ciertamente saturada de romanticismo. Quizá lo que ocurre —y por eso su lectura es eterna— es que más que un mundo desacralizado, lo que Shakespeare convoca en su obra es algo así como un oxímoron espiritual, una imposible conciliación entre el viejo mundo de la religión, la superstición y el teocentrismo y el nuevo mundo del humanismo, la razón y la trascendencia secular. Hamlet, pues, no sería tanto un embajador del Renacimiento cuanto una conciencia escindida entre dos universos, aquel de su padre que se aleja y el nuevo de su hora que apenas acierta a entender y por el que sin embargo muere: lo mismo que nos ocurre a todo nosotros ahora, en este comienzo del siglo XXI.

ANDREU JAUME

LA TRAGEDIA DE SHAKESPEARE

La radical universalidad de Shakespeare estriba, mucho más que en cualquier otro género, sobre todo en la tragedia, un mundo sacudido por el viento de la desolación, poblado de fantasmagorías verbales que avanzan en la penumbra y donde se muestra, acaso por primera vez, la condición humana en su desnuda soledad. Si en algunas comedias y en los romances tardíos se ha perdido a lo largo del tiempo una fracción del código con que las obras fueron compuestas, las tragedias, aun a pesar de su complejidad, conservan intacto su poder de persuasión y la capacidad de atrapar sin aviso al público en una telaraña de emociones y matices de pensamiento. Julieta, Bruto, Hamlet, Yago, Cordelia o Lady Macbeth son personajes moldeados con una extraña materia especular donde el lector o el espectador ve cómo se abisma su virtualidad al infinito.

Como hizo siempre a lo largo de toda su carrera, Shakespeare se adueñó de la tragedia para construir una versión propia del género donde se burlan todas las reglas y convenciones, derivadas de un modelo clásico que constituye tan sólo el sustrato sobre el que se levanta una arquitectura única y excepcional. En muy pocos años, Shakespeare llevó la tragedia a su apoteosis y a la extenuación. Es verdad, por otra parte, que el género trágico fue la cima que más trabajo le costó alcanzar, tras haberse desfogado primero en la comedia y luego en los dramas históricos, en un lento y doloroso viaje hacia el infierno.

A pesar de su excepcionalidad, la tragedia de Shakespeare no se puede entender sin el historial del teatro isabelino, bajo cuya superficie magmática y efervescente se hunden las raíces de la extraña luz que brotó en *Hamlet* o *El rey Lear* . En su noche más profunda, el teatro inglés se inaugura con la liturgia cristiana, la escenificación de las moralidades —piezas alegóricas sobre la muerte o el amor divino, como *Everyman* —, los primeros dramas sacros y la domesticación de los clásicos latinos, de Séneca en especial. La evolución supone un paulatino viraje de lo sacro a lo secular, de la nave de la iglesia al cielo abierto de los atrios y de ahí a la construcción de los primeros teatros al aire libre. Por el camino, el teatro inglés se despojó de muchos de sus elementos primitivos pero conservó otros, grabados a fuego en su sangre, de tal manera que siempre mantuvo una vocación popular, de espectáculo democrático y experiencia compartida, y con ello una pretensión edificante de la que ni siquiera Shakespeare logró sustraerse. Al mismo tiempo, el tránsito a lo profano impregnó al género de una nostalgia espiritual que en parte —pero solo en parte— explica la turbadora y desordenada pulsión metafísica que late en las mejores tragedias de la época.

A ese árbol de teatro popular con restos de savia religiosa, se le injertó, ya en el quinientos, la rama de Séneca, a la que, a lo largo de los siglos, se han agarrado muchos críticos para explicar la génesis de Shakespeare, quizá exageradamente. Lo cierto es que el patrón senequista y estoico sirvió para dotar al teatro isabelino de una elevación genuina y aristocratizante que formuló los estatutos básicos de la tragedia en los que Shakespeare se formaría. Séneca ejerció una influencia notable no solo en Inglaterra, sino también, por supuesto, en Italia y en Francia; y en cada país de una forma distinta, de acuerdo con la genealogía de las respectivas tradiciones. Desde las primeras horas, por ejemplo, la tragedia inglesa mostró un elocuente desprecio por las unidades aristotélicas de acción, tiempo y lugar. En contra de lo que a veces se afirma, la libertad formal de las obras de Shakespeare no es un invento propio ni aislado sino que surge de una anarquía fundacional, una ausencia de legislación dramática de la que solo un talento tan descomunal como el de Shakespeare podía beneficiarse. Como bien señaló W. H. Auden, los talentos menores necesitan, para no caerse de bruces, andamios muy firmes. Shakespeare, en cambio, hizo del desorden una virtud en la que el fuego de su arte prendió con mucha más rapidez que si se hubiera visto obligado a reventar primero el encorsetamiento que oprime, pongamos por caso, a la tragedia francesa.

Por otra parte, la huella de Séneca ayuda quizá a explicar otros rasgos evolutivos del teatro inglés en general y de la tragedia shakespeariana en particular. El de Córdoba constituyó para los isabelinos —y aun para los europeos— el portavoz de toda la tradición dramática grecolatina. Los autores griegos se conocían muy defectuosamente y solo a través de versiones en latín. En ese sentido, Séneca es el responsable de una fértil y sintética simplificación del teatro clásico que paradójicamente contribuyó a que el drama isabelino madurara con mayor rapidez. Si convenimos en que la tragedia griega sufre una significativa e irreversible metamorfosis en la secuencia que va de Esquilo y Sófocles hasta Eurípides o, lo que es lo mismo, desde el mito hasta su problematización y encarnación puramente humana, y si tenemos en cuenta que la principal influencia griega en el teatro de Séneca es precisamente Eurípides, podemos arriesgarnos a detectar, aunque sea tan solo tangencialmente, como un lejano soplo, el aliento de Eurípides en el viento que azota el páramo de *El rey Lear* , por mucho que Shakespeare no fuera consciente de ello.

En la estela de la imitación senequista, surgió, a finales del siglo XVI, un subgénero llamado «tragedia de venganza» o, en su versión más cruenta, «tragedia de sangre», cuyos principales y más populares representantes eran Thomas Kyd, autor de *La tragedia española* , muy exitosa en la época, y Christopher Marlowe, el dramaturgo que fue capaz de transgredir los límites, todavía muy provincianos, de la literatura de su país para dotar a la escena inglesa de unos personajes con vocación universal, ya visiblemente emancipados de sus progenitores clásicos y demóticos.

Cuando el joven Shakespeare, en los años ochenta del siglo XVI, llegó a Londres, procedente de su Stratford natal, la figura descollante en la escena debía de ser sin duda Marlowe, quien ejerció un encanto perdurable y agónico en su obra del que le costó mucho esfuerzo desprenderse. *Tamerlán* , *Doctor Fausto* , *El judío de Malta* o *Eduardo II* constituyen sin duda una sombra posesiva en las primeras obras de Shakespeare, hasta el punto de que algunos han querido ver la mano de Marlowe en algunas de sus tragedias incipientes, como *Tito Andrónico* , uno de sus primeros y menos conseguidos ensayos, deudor de la versificación de Marlowe y víctima —no dueño todavía— del gusto popular, concretamente por la tragedia sangrienta, decididamente *gore* , un vicio, por cierto, a menudo achacado injustamente a la influencia perniciosa de Séneca, cuando ya los primitivos dramas sacros eran considerablemente sanguinolentos.

Desde ese puerto, Shakespeare iniciaría su febril travesía al fondo del enigma humano. Si al principio destacó con facilidad en la comedia, donde brilló con una luz solo suya y chispeantemente juvenil, el tono trágico, como se ha dicho, le costó más trabajo y probablemente más dolor, pues además de una superación técnica, en su apropiación de la tragedia también se trasluce un severo aprendizaje moral. Los primeros dramas históricos le sirvieron como ejercicio al dictado, sobre todo *Ricardo III* , *El rey Juan* y *Ricardo II* . En todos ellos, escritos en las últimas décadas del siglo XVI, el período que podríamos llamar pretrágico, Shakespeare lucha todavía con sus influencias al tiempo que afina ya su voz, experimenta con la métrica y la prosa —un vaivén, el del verso a la prosa, esencial para entender la intensidad de su poesía— y esculpe a veces, en mitad de una comparsa aún arquetípica, algunos personajes que preludian ya sus grandes creaciones, como es el caso de Ricardo III o Falconbridge.

Durante toda su época de aprendizaje, Shakespeare también se acostumbró a jugar con las fuentes, de las que muy pronto se declaró fértilmente insumiso. Ya fueran las populares *Crónicas* de Holinshed, de las que sacó el material para muchos de sus dramas históricos, las *Vidas paralelas* de Plutarco, cantera de sus tragedias romanas, u obras contemporáneas y con la misma trama, caso de *El rey Lear* o *Hamlet* , Shakespeare siempre supo romper las cadenas y volar a sus anchas en un espectáculo de traición y libertad que convierte dichas fuentes en meras excusas para la creación de unas obras que de pronto son, en puridad, originales.

Sin duda el punto de inflexión, con respecto a la tragedia, se produce en su obra entre 1595, año de la probable composición de *Romeo y Julieta* , y 1601, cuando se escribió *Hamlet. Romeo y Julieta* es todavía una obra, para entendernos, juvenil, donde Shakespeare se atreve a someter a unos personajes y una atmósfera, propios de sus comedias, al suplicio de la tragedia. Hasta cierto punto, la historia de los amantes de Verona constituye el contrapunto trágico de *Sueño de noche de verano* , un intento de explorar el otro lado de esa luz. Y el resultado fue prodigioso:

el subrepticio oscurecimiento del lenguaje preludia ya la tiniebla fonética de *Otelo* , *Macbeth* o *El rey Lear* .

Tras ese primer éxito como tragediógrafo, Shakespeare se sometió a un, digamos, rito de paso con *Enrique IV* , quizá su primera obra maestra y donde supo aprovechar y perfeccionar todas las lecciones aprendidas en la comedia, al tiempo que empezaba a añadirles la hiel de la tragedia, hasta llegar, a través de *Enrique V* , a *Julio César* , su obra de formación más madura. Muchos de los personajes de esas piezas finales del período isabelino parecen a veces bocetos preparatorios para *Hamlet* , una obra que funciona como bisagra entre dos épocas muy diferenciadas, como verdadero corazón de todo el corpus shakespeareano. Algo hay en Bruto, en Falstaff y en el príncipe Hal que luego se complicó —se desgajó del horizonte moral de su tiempo— para alumbrar al príncipe de Dinamarca.

Más que una contundente tragedia, como lo serán *Macbeth* o *El rey Lear* , podría decirse que *Hamlet* constituye una preparación para el ingreso en el género, una obra que en su morosidad parece describir un *desplazamiento* hacia lo trágico que culmina apoteósicamente en el último acto, preludio a su vez de la sinfonía tenebrosa que va de *Otelo* a *Coriolano* . La insondable complejidad del príncipe, quizá la más alta creación de Shakespeare, desborda los límites de la obra, cuya lectura supone siempre una meditación infinita sobre la naturaleza y el lenguaje del protagonista, en el escenario de cuya conciencia parece representarse una íntima escisión, la agonía del final de una era. Por un lado se aleja el espíritu feudal y supersticioso del padre y por otro despunta el amanecer de una nueva visión del mundo, sostenida por las dudas de la razón, fuente de un nuevo idioma que Hamlet, hijo de Saturno, habla sin llegar a entender del todo. La trascendencia secular que Shakespeare parece perseguir siempre en su obra se resume aquí en una difícil aceptación de la muerte por parte del príncipe que solo se consumará en el último acto, cuando, antes del combate final y ante las prevenciones del buen Horacio, Hamlet dice:

Nada de eso, desafiamos a los augurios. Hay una providencia especial en la caída de un gorrión. Si ha de ser ahora, no estará por venir; si está por venir, será ahora; si no es ahora, llegará sin embargo. Estar preparado es todo, puesto que ningún hombre tiene nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo pronto?[8]

Toda la obra es de hecho un viaje hacia ese «estar preparado es todo» (*readiness is all*), una de las ideas obsesivas, por otro lado, en la obra de Shakespeare, quien al mismo tiempo parece con ello estar diciéndose a sí mismo que ya está dispuesto para ahondar en lo más terrible de la especie.

En el período comprendido entre los años 1604 y 1608, Shakespeare no solo alcanzó su plena madurez artística sino que parió uno de los milagros de la imaginación humana. Cuesta creer que en tan poco tiempo pudiera escribir *Otelo* , *El rey Lear* , *Macbeth* , *Antonio y*

Cleopatra y *Coriolano* , una secuencia donde Shakespeare compone toda la escala de las emociones, desde los más recónditos sótanos del alma hasta las tribunas de lo público, como en *Coriolano* , la tragedia más austera y política. La intimidad entre el odio y el amor, la razón y la locura, el bien y el mal recorre como un espinazo la anatomía fulgurante de estas obras.

La descripción de todos los grados del amor —y no solo en las tragedias— es sin duda uno de los máximos logros de Shakespeare. La expresión inglesa *to fall in love* («enamorarse») se generalizó gracias a *Romeo y Julieta* , la primera obra en la que el poeta indagó en un asunto que luego exploraría en todas sus variaciones. En *Otelo* se definen los demonios mentales que viven en una pareja. *Macbeth* presenta uno de los matrimonios más siniestros de la historia, devorado por un amor destructivo y estéril y reflejado en el negativo de los Macduff, en la aniquilación de cuya felicidad la pareja encuentra el momentáneo y horrible alivio de su fracaso. Por su parte, *Antonio y Cleopatra* , quizá la tragedia sentimentalmente más adulta, analiza la destrucción y la ceguera de la pasión desatada, el precio que siempre hay que pagar por habitar el paraíso.

Otra de las obsesiones motrices en toda la obra de Shakespeare es la relación entre padres e hijos. Y en este sentido, después de *Hamlet* , la tragedia que ahonda con más brutalidad en ese aspecto es sin duda *El rey Lear* , no solo en el conflicto entre Lear y Cordelia, sino también en la subtrama protagonizada por Gloucester y sus dos hijos, el bastardo Edmund y el legítimo Edgar. Quizá la escena más turbadoramente bella que Shakespeare compuso jamás es aquella en que Edgar, aún disfrazado, en el cuarto acto, acompaña a su padre, ciego ya, a un acantilado imaginario para que cometa un suicidio falso. Hay en el diálogo y en la naturaleza eminentemente mental del episodio, transido de una inventada e inolvidable luz marina, algo que logra representar el misterio de los hilos de sangre como nada que se haya escrito.

En esta cúspide trágica, Shakespeare también alcanzó un grado de virtuosismo verbal que ya no se repetiría. Para entender cabalmente su obra, hay que juzgarla, antes que desde el punto de vista de la construcción dramática o narrativa, sobre todo a la luz de su condición de poeta. A lo largo de la singladura de su obra, Shakespeare experimenta con el lenguaje, el verso y la prosa hasta crear una genuina subespecie de poesía que ya no depende de ninguna ley y cuya máxima efusión se produce tanto en el pentámetro yámbico más perfecto como en la traición más descarada de este o incluso en la prosa, forma para la que a veces reserva algunos de sus instantes de más depurada lírica.

En última instancia, la grandeza de Shakespeare radica en la visionaria capacidad de definir la condición del hombre en toda su desnudez. A diferencia de lo que ocurre en la tragedia clásica, en Shakespeare la contingencia humana no descansa en una ley divina, cuyo cumplimiento o desacato todo lo condiciona, sino que se apoya ya solo en sí misma,

abandonada a su suerte, rodeada de cadáveres de dioses, devorada por su propia naturaleza en el páramo del mundo, sin que importe demasiado el tiempo histórico o el lugar en el que ocurre la obra. La intervención de lo sobrenatural, ya sea el espectro en *Hamlet* o las brujas en *Macbeth* , no determina el curso de los acontecimientos, sino que sirve tan solo para desencadenar la tormenta de lo humano, con sus constantes sacudidas y vaivenes entre el mal absoluto y el bien ideal, cuya sublimación más representativa quizá sea el amor que Lear, a despecho del mundo, reconoce en brazos de Cordelia tras su purgatorio.

Por todo ello, se entiende que Shakespeare, ya en sus comedias más tempranas, jugara con el concepto de la «nada» como sustancia de su particular idea de la trascendencia, en tanto que causa y finalidad de aquella. Ya al final de *Sueño de noche de verano* y en boca de Teseo, el poeta ofrecía toda una declaración de intenciones:

El lunático, el enamorado y el poeta

son todos ensamblados de imaginación:

uno ve más diablos que en el vasto infierno quepan:

ese es el loco; el enamorado, igual de orate,

ve la beldad de Helena en un ceño moruno;

ojo de poeta, en puro frenesí girando,

mira de cielo a tierra, de la tierra al cielo,

y según la imaginación va incorporando ideas

de cosas nunca vistas, la pluma del poeta

las torna en formas, y le da a la aérea nada

un punto de localidad y un nombre propio.[9]

En estos versos parece anunciarse efectivamente el proyecto estético que culminará en las tragedias, donde los vientos de esa «aérea nada» soplan con una furia que resulta alucinadamente devastadora en *Macbeth* y *El rey Lear* , los dos picos más altos de esta isla trágica. Se podría incluso decir que Shakespeare consigue formular, a lo largo de toda su obra, pero sobre todo en las tragedias, una auténtica metafísica de la nada, definida mejor que nunca en las últimas palabras de Lear, tal vez los versos más exactos que jamás se han escrito:

Y quien me hacía reír, en la horca. ¿Nada de vida, nada, nada?

¿Por qué un perro, un caballo, una rata, tienen vida,

y tú ni un suspiro? Ya no volverás.

Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca.[10]

A. J.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición, meramente divulgativa, abriga la intención de ofrecer al lector en español del siglo XXI una obra completa de Shakespeare para su propio tiempo. Para ello, se ha llevado a cabo una selección de las mejores traducciones disponibles en castellano con dos criterios: que las traducciones fueran todas de la segunda mitad del siglo XX y que respetaran la diferencia entre verso y prosa, un requisito fundamental para la comprensión cabal de Shakespeare, quien utiliza los más variados registros estilísticos en su obra. El instrumento característico del verso shakespeariano es el llamado pentámetro yámbico —cinco acentos fuertes en sílaba par— con el que el autor juega y experimenta a lo largo de toda su obra. Cada traductor elige una solución distinta para adaptar ese metro al castellano, desde la opción más clásica, el endecasílabo yámbico, hasta el verso de ritmo endecasilábico pero de metro variable, el verso irregular o la versión rítmica. Y aunque en Shakespeare predomina el verso blanco, también es verdad que a menudo acude a la rima, regla que asimismo se ha observado en estas versiones.

Al tratarse de una edición divulgativa, se han eliminado todas las notas que no fueran estrictamente necesarias y se han dejado solo aquellas referidas a cuestiones de traducción.

Los criterios de división de escenas, entradas y acotaciones se han unificado de acuerdo a la siguiente edición: *The Oxford Shakespeare. The Complete Works* , Stanley Wells y Gary Taylor, eds. (Oxford, Oxford University Press, 1988), aunque no se ha considerado necesario, dada la naturaleza de nuestro texto, mantener los corchetes que en esa edición indican las acotaciones o las entradas que son añadidos de ediciones modernas.

A. J.

CRONOLOGÍA APROXIMADA

DE LA OBRA DE SHAKESPEARE

AÑO

OBRA

1589-1590

Enrique VI, parte primera

1590-1591

Enrique VI, parte segunda

1590-1591

Enrique VI, parte tercera

1592-1593

Ricardo III

1592-1593

Los dos caballeros de Verona

1592-1593

Venus y Adonis

1593

La comedia de los errores

1593-1609

Sonetos y Lamento de una amante

1593-1594

La violación de Lucrecia

1593-1594

Tito Andrónico

1593-1594

La doma de la fiera

1594-1595

Trabajos de amor en vano

1594-1596

El rey Juan

1595

Ricardo II

1595-1596

Romeo y Julieta

1595-1596

Sueño de noche de verano

1596-1597

El mercader de Venecia

1596-1597

Enrique IV, parte primera

1597

Las alegres casadas de Windsor

1598

Enrique IV, parte segunda

1598-1599

Mucho ruido y pocas nueces

1599

Enrique V

1599

Julio César

1599

Como les guste

1600-1601

Hamlet

1601

El fénix y el tórtolo

1601-1602

Noche de Epifanía o Lo que queráis

1601-1602

Troilo y Crésida

1602-1603

Bien está todo lo que bien acaba

1604

Medida por medida

1604

Otelo

1605

El rey Lear

1606

Macbeth

1606

Antonio y Cleopatra

1607-1608

Coriolano

1607-1608

Timón de Atenas

1607-1608

Pericles, príncipe de Tiro

1609-1610

Cimbelino

1610-1611

Cuento de invierno

1611

La tempestad

1612-1613

Enrique VIII

1613

Dos nobles de la misma sangre

TITO ANDRÓNICO

versión de

Alejandro Salas

Escrita entre 1591 y 1593, quizá revisada en 1594. Para algunos editores, el primer acto y el principio del segundo muestras rasgos estilísticos de George Peele, otro dramaturgo de la época, aunque tanto Francis Meres, en su catálogo de 1598, como Heminges y Condell, en el Primer Folio de 1623, no dudan en atribuir la autoría íntegramente a Shakespeare, quien tal vez reescribió una versión más antigua del citado Peele. Fue representada en el teatro Rose en enero de 1594.

DRAMATIS PERSONAE

SATURNINO, hijo mayor del último emperador de Roma, futuro emperador

BASIANO, su hermano

TITO ANDRÓNICO, general romano, victorioso ante los godos

LUCIO, hijo de Tito

QUINTO, hijo de Tito

MARCIO, hijo de Tito

MUCIO, hijo de Tito

LAVINIA, hija de Tito

El JOVEN LUCIO, hijo de Lucio

MARCO ANDRÓNICO, tribuno, hermano de Tito

PUBLIO, hijo de Marco

SEMPRONIO, pariente de Tito

CAYO, pariente de Tito

VALENTÍN, pariente de Tito

EMILIO, noble romano

Un CAPITÁN

TAMORA, reina de los godos, futura mujer de Saturnino

ALARBO, hijo de Tamora

DEMETRIO, hijo de Tamora

QUIRÓN, hijo de Tamora

AARÓN, un moro, amante de Tamora

NODRIZA

BUFÓN

MENSAJERO

Senadores, tribunos, soldados, otros romanos, godos y sirvientes

PRIMER ACTO

ESCENA I

Fanfarria . Entran arriba los tribunos y los senadores; luego, abajo, por una puerta SATURNINO *y sus seguidores y por otra* BASIANO *y los suyos, con tambores y estandartes* .

SATURNINO (*A sus seguidores* .)

Nobles patricios, protectores de mis derechos,

defiendan la verdad de mi causa con las armas;

y ustedes, compatriotas, mis amados seguidores,

aboguen por mi título de sucesión con sus espadas.

Yo soy el primogénito del último

que portó la diadema imperial de Roma;

dejen pues que el honor de mi padre viva en mí,

y no ultrajen mi mayorazgo con este agravio.

BASIANO (*A sus seguidores* .)

Romanos, amigos, seguidores,

defensores de mis derechos,

si alguna vez Basiano, hijo de César,

fue visto con gracia por la real Roma,

cuiden entonces este paso al Capitolio,

y no padezcan el deshonor de acercarse

al trono imperial, consagrado a la virtud,

la justicia, la continencia, la nobleza;

dejen que el mérito brille en elección transparente,

y, romanos, peleen por su libertad de decidir.

Entra arriba MARCO ANDRÓNICO *con la corona* .

MARCO Príncipes que disputan con facciones y amigos
la ambición de regir y gobernar el imperio:
sepan que el pueblo de Roma, por quien tomamos
especial partido, ha escogido para el imperio romano,
por petición unánime, a Andrónico, llamado el Pío,
por sus muchos y grandes servicios a Roma.
No hay hombre más noble, ni guerrero más valiente
que viva hoy día entre las murallas de la ciudad.
Él a quien el Senado ha llamado a casa
tras agotadoras guerras contra los bárbaros godos,
y que con sus hijos, terror de nuestros enemigos,
ha sometido a una fuerte nación, diestra con las armas.
Diez años han pasado desde que emprendió
esta causa para Roma, y castigó con las armas
el orgullo de nuestros enemigos; cinco veces ha vuelto
a Roma sangrando desde el campo de batalla
cargando a sus bravos hijos en sarcófagos.
Y ahora, por fin, abrumado con las heridas del honor,
el buen Andrónico regresa a Roma,
el renombrado Tito, con sus armas triunfantes.
Les ruego, por el honor del nombre
de ese a quien ya han favorecido dignamente,
y por los derechos del Capitolio y del Senado,

que dicen honrar y adorar,

que se retiren y cesen la resistencia,

disuelvan a sus seguidores y, como postulantes,

defiendan sus méritos en paz y con humildad.

SATURNINO

¡Qué bien habla el tribuno para calmar mis pensamientos!

BASIANO Marco Andrónico, así pues confío

en tu rectitud e integridad,

y como te amo y honro a ti y a los tuyos,

a tu noble hermano Tito y sus hijos,

y a aquella a quien pretendo humildemente,

la gentil Lavinia, la joya más rica de Roma,

dispersaré a mis afectuosos amigos,

y pondré mi causa en la balanza de la fortuna

y del favor del pueblo, donde será sopesada.

Salen sus soldados y seguidores .

SATURNINO

Amigos que han llegado aquí para defender mis derechos,

les agradezco a todos, y ahora les pido se retiren,

y pongan en mí, en mi persona y en la causa

el amor y favor de mi patria.

Salen sus soldados y seguidores.

A los tribunos y al Senado.

Roma, sé tan justa y llena de gracia con mi persona

como soy yo confiado y benévolo contigo.

Abre las puertas y déjame entrar.

BASIANO Y a mí, tribunos, un pobre contendiente.

Fanfarria . SATURNINO *y* BASIANO *suben hacia el Senado.*

Entra un CAPITÁN.

CAPITÁN Romanos, abran paso, El buen Andrónico,

patrón de la virtud, el mejor campeón de Roma,

exitoso en las batallas que libra,

con honor y con fortuna ha regresado

de donde ha circunscrito con su espada,

y sojuzgado a los enemigos de Roma.

Sonido de tambores y trompetas. Entran dos de los hijos de TITO*,* MARCIO *y* MUCIO*, y luego hombres con mantos negros cargando féretros; luego dos hijos más,* LUCIO *y* QUINTO*,* TITO ANDRÓNICO *en una carroza y luego* TAMORA*, la reina de los godos, y sus tres hijos,* ALARBO*,* QUIRÓN *y* DEMETRIO*, con* AARÓN *el Moro, y tantos más como sea posible. Depositan el féretro, y* TITO *habla* .

TITO ¡Salud, Roma, victoriosa en tus mortajas de duelo!

He aquí que, como la barca que libró su carga

y regresa con una preciosa provisión a la bahía

de donde primero levó anclas,

viene Andrónico, coronado con ramas de laurel,

a saludar de nuevo a su país con llanto,

llanto de verdadero goce por su regreso a Roma.

Oh tú, gran defensor de este Capitolio,

preside con gracia los ritos que llevaremos a cabo.

Romanos, contemplen de veinticinco valientes hijos,

la mitad en número de los que tuvo el rey Príamo,

los pobres restos vivos y muertos.

Que Roma recompense con amor a los que sobreviven;

y a aquellos que he traído a su último hogar,

con un entierro entre sus ancestros.

Los godos me han permitido enfundar mi espada.

Tito, cruel e insensible con los tuyos,

¿por qué toleras que tus hijos, aún sin enterrar,

ronden por las terribles orillas de la Estigia?

Abran paso para que yazgan con sus hermanos.

Abren la tumba .

Allí saludan en silencio, como acostumbran los muertos,

y duermen en paz, caídos en las guerras de su patria.

Oh, sagrado receptáculo de mis goces,

dulce santuario de virtud y nobleza,

¡cuántos hijos míos tienes guardados,

que jamás has de devolverme!

LUCIO Entréganos al más arrogante de los prisioneros godos,

que le cortaremos los miembros y, en una pila,

ad manes fratrum [11] sacrificaremos su carne

ante esta prisión terrenal de los huesos de los nuestros;

así las sombras serán aplacadas

y no nos inquietarán en la tierra oscuros presagios.

TITO Te entrego al superviviente más noble,

el hijo mayor de esta reina en desgracia.

TAMORA (*De rodillas* .)

¡Alto, hermanos romanos! Conquistador compasivo,
victorioso Tito, lamento las lágrimas que vierto,
lágrimas de madre que sufre por su hijo;
y si has querido siempre a los tuyos,
piensa cuán querido es mi hijo para mí.
¿No es suficiente que nos hayan traído a Roma
para embellecer tus triunfos, y regresar
como cautivos tuyos y bajo yugo romano?
¿Deben mis hijos además ser asesinados en las calles
por sus valerosos actos en defensa de su país?
Oh, si pelear por el rey y la nación
es sagrado para ti, también lo es para ellos.
Andrónico, no manches tu tumba con sangre.
¿Deseas acercarte a la naturaleza divina?
Hazlo pues, siendo compasivo; la dulce compasión
es la auténtica divisa de la nobleza;
tres veces noble Tito, perdona a mi primogénito.
TITO Cálmate, noble dama, y perdóname.
Estos son los hermanos de aquellos
a quienes tus godos contemplaron
vivos y muertos, y por sus hermanos asesinados
exigen religiosamente un sacrificio.
Tu hijo ha sido señalado, y debe morir,
para apaciguar las sombras gimientes de los idos.
LUCIO Terminen con él, y prendan de una vez el fuego,

y con nuestras espadas sobre una pila de madera

cortemos sus miembros hasta que estén consumidos.

Salen los hijos de TITO *con* ALARBO.

TAMORA (*Levantándose* .) ¡Ah, qué devoción tan cruel y sacrílega!

QUIRÓN Escitia no fue ni la mitad de bárbara.

DEMETRIO No compares a Escitia con la ambiciosa Roma.

Alarbo va a descansar y nosotros sobrevivimos

para temblar bajo la amenazante mirada de Tito.

Mantente firme, pues, noble dama, pero espera además

que los mismos dioses que dieron a la reina de Troya

la oportunidad de una venganza severa

sobre el tirano de Tracia en su tienda,

tal vez permitan a Tamora, reina de los godos

(cuando los godos eran godos, y Tamora era reina),

vengar los sangrientos agravios de sus enemigos.

Entran de nuevo los hijos de TITO,

con las espadas ensangrentadas .

LUCIO Mira, padre y señor, cómo hemos ejecutado

los ritos romanos. Hemos cortado los miembros a Alarbo,

y sus entrañas alimentan el fuego del sacrificio,

cuyo humo perfuma el cielo cual incienso.

No nos queda más que sepultar a nuestros hermanos,

y con fanfarrias resonantes recibirlos en Roma.

TITO Que así sea, y deja que Andrónico

cumpla este último adiós a sus almas.

Fanfarria. Luego suenan trompetas, y colocan

los féretros en la tumba .

Descansen en paz y con honor, hijos míos,

los campeones más dispuestos de Roma. ¡Reposen en paz,

protegidos de azares y contratiempos mundanos!

Aquí no acecha la traición, no se inflama la envidia,

aquí no se cultivan venenos detestables,

no hay temporales ni ruido, sino silencio y sueño eterno.

¡Descansen aquí, hijos míos, en paz y con honor!

Entra LAVINIA.

LAVINIA Que en paz y con honor viva por años el noble Tito.

Mi noble señor y padre: ¡vive en la gloria!

Mira, mis lágrimas de tributo derramo

en esta tumba como obsequio a mis hermanos,

y a tus pies me arrodillo, con llanto gozoso

vertido en esta tierra por tu retorno a Roma.

Ah, bendíceme con tu mano victoriosa,

cuya suerte aplauden los mejores ciudadanos de Roma.

TITO Gentil Roma, ¡qué amorosamente has guardado

el consuelo de mi vejez, para alegrarme el corazón!

Lavinia, ¡vive, y sobrevive a los días de tu padre,

y a la eterna duración de la gloria, con el renombre de la virtud!

LAVINIA *se levanta* .

Entran abajo MARCO ANDRÓNICO, SATURNINO, BASIANO, *los tribunos y otros* .

MARCO ¡Larga vida, noble Tito, hermano querido,

benigno triunfador a los ojos de Roma!

TITO Gracias, gentil tribuno, noble hermano Marco.

MARCO ¡Y bienvenidos, sobrinos que regresan de guerras exitosas,

que han sobrevivido, y duermen en la gloria!

Nobles señores, que desenvainaron sus espadas

para servir a la patria, todos con igual fortuna,

aunque triunfo más seguro es esta pompa fúnebre,

que elevada a la felicidad de Solón,

triunfa sobre el azar en el lecho del honor.

Tito Andrónico, el pueblo de Roma,

en quien has tenido siempre un amigo justo,

te envía a través de mí, su tribuno y garante,

este palio de un inmaculado blanco,

y te propone en la elección al imperio

con los hijos de nuestro emperador recién fallecido.

Sé entonces *candidatus,* y vístelo,

y ayuda a colocar una cabeza en la Roma sin cabeza.

TITO Una cabeza mejor le encaja a tan glorioso cuerpo

que esta que tiembla de vejez y debilidad.

¿Por qué he de vestir como un título esta túnica y perturbar a todos?

¿Por qué ser escogido hoy con proclamas,

mañana entregar el mando, renunciar a mi vida,

e iniciar nuevos cometidos para el bien de todos ustedes?

Roma, he sido soldado por cuarenta años,

dirigí con éxito el ejército de mi patria,

y enterré a veintiún valientes hijos,

ennoblecidos en el campo de batalla,

muertos con hombría alzando sus armas

al servicio de su país y defendiendo sus derechos.

Denme un honroso bastón para mi vejez,

pero no un cetro para controlar el mundo.

El último que lo sostuvo, nobles señores, lo hizo rectamente.

MARCO Tito, deberías reclamar y obtener el imperio.

SATURNINO Orgulloso y enérgico tribuno, ¿puedes tú decirlo?

TITO Calma, príncipe Saturnino.

SATURNINO Romanos, háganme justicia.

Patricios, levanten sus espadas, y no las envainen

hasta que Saturnino sea emperador de Roma.

¡Andrónico, deberías embarcarte al infierno,

antes que robarme el corazón de la gente!

LUCIO ¡Orgulloso Saturnino, interrumpes el bien

que Tito te desea con la intención más noble!

TITO Contente, príncipe; recuperaré para ti

el corazón del pueblo. Haré que desista

de sus intenciones.

BASIANO Andrónico, no te adulo,

solo te honro, y lo haré hasta que muera.

Te estaré reconocido si fortaleces mi facción

con tus amigos, y entre hombres de corazón noble

la gratitud es una honorable recompensa.

TITO Pueblo de Roma, y tribunos del pueblo aquí reunidos,

les pido sus votos y su sufragio.

¿Se los otorgarán pacíficamente a Andrónico?

TRIBUNOS Para gratificar al buen Andrónico

y celebrar su regreso a salvo a Roma,

el pueblo aceptará lo que él decida.

TITO Les doy gracias, tribunos, y hago esta petición:

elijan al hijo mayor de nuestro emperador,

el noble Saturnino, cuyas virtudes, yo espero,

se reflejarán en Roma como los rayos de Titán

sobre la tierra, y harán madurar la justicia

en esta patria. Si eligen por consejo mío, pues,

corónenlo y repitan «¡Larga vida a nuestro emperador!».

MARCO Con voces y aplausos de toda suerte,

patricios y plebeyos elegimos

al noble Saturnino gran emperador de Roma,

y repetimos «¡Larga vida al emperador Saturnino!».

Una larga fanfarria hasta que bajan .

SATURNINO

Por tu apoyo en la elección de este día te doy gracias,

Tito Andrónico, como merecen tus méritos,

y recompensaré tu gentileza con hechos.

Para comenzar, Tito, y para hacer que tu nombre

y el de tu honorable familia progrese,

liaré mi emperatriz a Lavinia,

real dueña de Roma, dueña de mi corazón,

y en el sagrado Panteón la desposaré.

Dime, Andrónico, ¿te complace la propuesta?

TITO Sí, mi digno señor, y el matrimonio

me honra realmente, Su Excelencia.

Aquí, ante los ojos de Roma a Saturnino,

rey y comandante de nuestra mancomunidad,

emperador del ancho mundo, consagro

mi espada, mi carruaje, y mis prisioneros,

dignos presentes para el señor imperial de Roma.

Recibe entonces, como el tributo que te debo,

mis insignias de gloria, que humillo a tus pies.

SATURNINO Gracias, noble Tito, padre de mi vida.

Qué orgulloso estoy de ti y de tus regalos,

que Roma ha de recordar. Y cuando yo olvide, romanos,

el menor de estos méritos inexpresables,

olviden ustedes la lealtad que me conceden.

TITO (*A* TAMORA.) Ahora, digna dama, eres prisionera

de un emperador, que, por tu honor y tu rango

te tratará a ti y a tus seguidores con nobleza.

SATURNINO Agraciada dama, créeme: si tuviera que escoger

de nuevo, te escogería por tu apariencia.

Despeja, bella reina, ese nublado semblante;

aunque el azar de la guerra ha oscurecido tu rostro,

no has venido a Roma a recibir escarnios.

Principesco será el trato que recibas en todo momento.

Confía en mi palabra, y no dejes que la desdicha

espante tus esperanzas. Quien te consuela, señora,

puede hacerte más que reina de los godos.

Lavinia, ¿no te desagrado con esto?

LAVINIA No, mi señor, ya que la verdadera nobleza

justifica esas palabras de cortesía principesca.

SATURNINO Gracias, dulce Lavinia. Vámonos, romanos;

liberemos a nuestros prisioneros sin cobrar rescate.

Proclamen nuestra gloria, nobles señores,

con trompetas y tambores.

Fanfarria. Salen SATURNINO*,* TAMORA*,* DEMETRIO*,* QUIRÓN *y* AARÓN *el Moro* .

BASIANO (*Agarrando a* LAVINIA.)

Noble Tito, con tu licencia, esta joven será para mí.

TITO ¿Cómo, noble señor? ¿Hablas en serio?

BASIANO Sí, noble Tito, y estoy resuelto además

a ejecutar yo mismo esta premisa y este derecho.

MARCO *Suum cuique* [12] dice nuestra justicia romana;

el príncipe tiene derecho a tomar lo que es suyo.

LUCIO Y eso quiere y hará si Lucio vive.

TITO Traidores, ¡atrás! ¿Dónde está la guardia del emperador?

MUCIO Hermanos, ayúdenme a llevarla fuera de aquí,

que con mi espada mantendré segura esta entrada.

Salen BASIANO, MARCO, QUINTO *y* MARCIO *con* LAVINIA.

MUCIO (*A* TITO.) Mi señor, no pasarás por aquí.

TITO ¿Qué dices, muchacho insolente,

cerrarme a mí el paso en Roma?

MUCIO ¡Ayuda, Lucio, ayuda!

TITO *lo mata* .

LUCIO Mi señor, qué injusto has sido, y más que injusto,

matando a tu hijo en una disputa perniciosa.

TITO Ni tú ni él son ya hijos míos;

mis hijos no me habrían deshonrado.

Traidor, devuelve a Lavinia al emperador.

LUCIO Muerta, si quieres, pero no para que sea su esposa,

porque es la amada prometida y legítima de otro.

Sale con el cadáver de MUCIO.

Aparece arriba SATURNINO *con* TAMORA *y sus dos hijos,* QUIRÓN *y* DEMETRIO, *y* AARÓN *el Moro* .

SATURNINO No, Tito, no, el emperador no necesita de ella;

ni de ella, ni de ti, ni de ninguno de tu estirpe.

No confiaré a la ligera en quien se burló de mí una vez,

ni en tus arrogantes y traicioneros hijos,

confabulados todos para deshonrarme.

¿No había nadie más que Saturnino

de quien burlarse en Roma? Pues bien, Andrónico,

estos hechos concuerdan con tu orgullosa jactancia,

y declaran que mendigué el imperio de tus manos.

TITO

¡Ah, qué monstruosidad! ¿Qué palabras de reproche son esas?

SATURNINO Ve, sigue con tu proceder; entrega tu muchacha

veleidosa a ese que levanta su espada por ella.

Valiente yerno vas a tener,

perfecto para armar refriegas con tus pendencieros hijos,

y buscar pelea en la república de Roma.

TITO Estas palabras son navajas para mi corazón herido.

SATURNINO Y por tanto, adorable Tamora, reina de los godos,

que como la sublime Febe entre sus ninfas

eclipsa a las damas más corteses de Roma,

si estás satisfecha con mi elección repentina,

escucha, Tamora, te elijo como prometida,

y te haré emperatriz de Roma.

Habla, reina de los godos, ¿aplaudes mi elección?

Y juro aquí por todos los dioses romanos,

con el sacerdote y el agua sagrada tan cerca,

y los cirios ardiendo con tanto brillo, y todo

preparado para celebrar el himeneo,

no volver a saludar las calles de Roma,

ni coronar mi palacio, hasta que en este lugar

tome a mi prometida como esposa.

TAMORA Y aquí a la vista del cielo de Roma yo juro,

que si Saturnino favorece a la reina de los godos,

esta será una sirvienta presta a sus deseos,

una amante nodriza, una madre para su juventud.

SATURNINO Sube, bella reina, al Panteón. Señores, acompañen

al noble emperador y a su adorable prometida,

destinada por los cielos para el príncipe Saturnino,

cuya sabiduría ha conquistado su fortuna.

Allí serán consumados nuestros ritos nupciales.

Salen todos menos TITO.

TITO No se me ha pedido escoltar a la prometida.

Tito, ¿cómo es que has terminado solo,

deshonrado y acusado de agravio?

Entran MARCO *y los hijos de* TITO*,* LUCIO*,* QUINTO *y* MARCIO *con el cadáver de* MUCIO.

MARCO ¡Mira Tito, mira lo que has hecho!

En una mala disputa mataste a un hijo virtuoso.

TITO ¡No, ingenuo tribuno, no; no es hijo mío,

ni lo eres tú, ni esos, confabulados en los actos

que han deshonrado a toda nuestra familia!

¡Hermano indigno e indignos hijos!

LUCIO Pero démosle un entierro adecuado,

sepultemos a Mucio con nuestros hermanos.

TITO ¡Traidores, atrás! Él no descansará en esta tumba.

Este monumento, que suntuosamente he restaurado,

ha permanecido en pie por quinientos años.

Aquí solo soldados y servidores de Roma

descansan en la gloria; ninguno

vilmente asesinado en una reyerta.

Entiérrenlo donde sea; aquí no entrará.

MARCO Mi señor, es una falta de piedad.

Los actos de mi sobrino Mucio abogan por él,

y debe ser enterrado con sus hermanos.

MARCIO Y QUINTO Y así debe ser, o lo acompañaremos.

TITO «¿Y así debe ser?» ¿Qué malvado pronunció esas palabras?

QUINTO Quien responderá por ellas en cualquier lugar

excepto aquí.

TITO Qué, ¿lo enterrarán a mi pesar?

MARCO No, noble Tito, pero te rogamos

que perdones a Mucio y lo sepultes.

TITO Marco, incluso tú has golpeado mi cimera,

y con estos muchachos has herido mi honor.

A cada uno de ustedes lo considero enemigo;

dejen de importunarme, pues.

MARCIO Está fuera de sí; retirémonos.

QUINTO

No yo, mientras los huesos de Mucio no reciban entierro.

MARCO, LUCIO, QUINTO *y* MARCIO

se arrodillan .

MARCO Hermano, la naturaleza te ruega por su nombre…

QUINTO Padre, y por ese nombre la naturaleza te habla.

TITO No hablen más, si no todos me convencerán…

MARCO Ilustre Tito, más que la mitad de mi alma…

LUCIO Padre querido, alma y sustancia de todos nosotros…

MARCO Permite que tu hermano Marco sepulte

a su noble sobrino aquí en el nido de la virtud,

después de morir con honor y por defender a Lavinia.

Eres romano; no seas bárbaro:

los griegos en consejo decidieron enterrar a Áyax,

quien se dio muerte a sí mismo; y el sabio hijo de Laertes

pidió cortésmente su funeral;

no dejes pues que al joven Mucio, que fue tu alegría,

le sea impedido entrar aquí.

TITO Levántate, Marco, levántate.

Este es el día más funesto que he visto nunca;

fui deshonrado por mis hijos en Roma.

Bien, entiérrenlo, y entiérrenme después a mí.

Ponen a MUCIO *en la tumba* .

LUCIO Aquí yacen tus huesos, dulce Mucio, con tus amigos,

hasta que nosotros adornemos con trofeos tu tumba.

Todos excepto TITO *se arrodillan* .

MARCO, LUCIO, MARCIO, QUINTO

Nadie derramó lágrimas por el noble Mucio,

que vive en la gloria, pues murió defendiendo la virtud.

Salen todos excepto TITO *y* MARCO.

MARCO Mi señor, apartándonos de estos tristes tormentos,

¿cómo fue que la sutil reina de los godos

alcanzó de repente el poder en Roma?

TITO No lo sé, Marco, pero sé que es así.

Si fue por artimañas o no, solo los cielos pueden decirlo.

¿No está ella pues en deuda con el hombre

que la trajo a situación tan alta y favorable?

MARCO Sí, y debiera recompensarlo noblemente.

Fanfarria. Entran por una puerta SATURNINO*,* TAMORA*, y sus dos hijos, con el Moro* .

Entran por otra puerta BASIANO *y* LAVINIA*, con* LUCIO*,* QUINTO *y* MARCIO*.*

SATURNINO Así, Basiano, has cobrado tu presa,

¡Dios te dé dicha, señor, por tu hermosa prometida!

BASIANO ¡Y a ti por la tuya, mi señor! Y no digo más,

ni deseo menos, y así me despido.

SATURNINO Traidor, si Roma tiene ley o yo tengo poder,

tú y tu facción se arrepentirán de este rapto.

BASIANO ¿«Rapto» llamas, señor, a tomar lo que es mío,

a mi amada, y ahora mi esposa?

Deja que las leyes de Roma lo determinen;

mientras tanto torno posesión de lo que es mío.

SATURNINO Está bien, noble señor; eres muy cortante;

pero si vivimos seremos igual de penetrantes contigo.

BASIANO Mi señor, por lo que he hecho, responderé

lo menor que pueda, y lo haré con mi vida.

Solo así te hago saber, Excelencia,

por toda la obediencia que le debo a Roma,

que a este noble caballero, el noble Tito,

se lo ha mancillado en su reputación y su honor;

por rescatar a Lavinia,

mató por mano propia al menor de sus hijos

y por fervor a ti, llegó al extremo de la ira

cuando retuvieron a quien entregó francamente.

Concede entonces tu favor, Saturnino,

a quien se ha expresado en todas sus acciones

como padre y amigo para ti y para Roma.

TITO Príncipe Basiano, deja de defender mis actos;

han sido tú y estos los que me han deshonrado.

Se arrodilla .

¡Roma y el justo cielo serán jueces

de cómo he amado y honrado a Saturnino!

TAMORA (*A* SATURNINO.)

Mi digno señor, si Tamora fue alguna vez

merecedora de gracia a tus ojos principescos,

óyeme hablar imparcialmente por todos;

y te ruego, dulce señor, perdona lo pasado.

SATURNINO ¿Qué, señora, exponerme a la deshonra,

y guardar vilmente las armas sin vengarme?

TAMORA No, mi señor; los dioses de Roma prohíben

que yo sea autora de tu deshonra.

Pero por mi honor me atrevo a responder

por la completa inocencia del digno Tito,

cuya furia no disimulada habla por su dolor.

Te suplico que lo veas con ojos benévolos;

no pierdas a tan noble amigo por una vana sospecha,

ni aflijas con miradas agrias su gentil corazón.

Aparte, a SATURNINO.

Mi señor, déjame guiarte, déjate vencer,

disimula tus dolores y descontentos.

Acabas de subir al trono;

si no quieres que el pueblo, y los patricios también,

en un examen justo se alineen con Tito,

y te suplanten por ingratitud,

lo que Roma considera un pecado atroz,

cede a los ruegos; y luego déjame sola;

ya encontraré el día en que los masacre a todos,

y arrase sus facciones y familias

(al cruel padre y a sus hijos traicioneros,

a quien rogué por la vida de mi querido hijo),

y les haga saber lo que es dejar que una reina

se arrodille por las calles y mendigue

en vano un poco de piedad.

En voz alta .

Ven, ven, dulce emperador; ven, Andrónico;

alza a este buen amigo, y alegra el corazón

que muere en la tempestad de tu ceño fruncido.

SATURNINO Levántate, Tito; mi emperatriz me ha persuadido.

TITO (*Levantándose* .) Te lo agradezco, Majestad; y a ti, mi señor.

Estas palabras, estas miradas me infunden nueva vida.

TAMORA Tito, estoy incorporada a Roma,

soy una romana felizmente adoptada,

y debo aconsejarle al emperador por su bien.

Que mueran hoy todas las rencillas, Andrónico.

Y que sea honor mío, mi digno señor,

reconciliarte con tus amigos.

En cuanto a ti, príncipe Basiano, he dado

mi palabra y le he prometido al emperador

que serás más moderado y benigno.

Y no teman, nobles señores, ni tú, Lavinia;

como consejo mío, todos de rodillas,

pedirán humilde perdón a Su Majestad.

BASIANO, LAVINIA, LUCIO, QUINTO *y* MARCIO *se arrodillan* .

LUCIO Así sea, y juramos ante el cielo y Su Alteza

que fuimos tan moderados como pudimos,

defendiendo el honor de nuestra hermana y el propio.

MARCO Y yo por mi honor aquí protesto.

SATURNINO Aléjate, y no hables; no crees más problemas.

TAMORA No, dulce emperador, debemos ser todos amigos.

El tribuno, y sus sobrinos esperan hincados tu gracia.

No me negaré. Mi corazón, reflexiona.

SATURNINO Marco, por consideración a ti, y a tu hermano,

y por los ruegos de mi adorable Tamora,

perdono las nefandas faltas de estos jóvenes.

De pie. (*Se levantan*) Lavinia, aunque me dejaste como un tonto,

encontré un amigo, y seguro como la muerte juro

que no apartaré al novio del sacerdote.

Ven, si la corte del emperador puede celebrar dos noviazgos,

serás mi invitada, Lavinia, y tus amigos también.

Este será un día del amor, Tamora.

TITO Mañana, si a Su Majestad le complace,

cazaremos la pantera y el ciervo juntos,

y con cuernos y sabuesos daremos a su gracia *bonjour* .

SATURNINO Que así sea, Tito, y a ti también gracias.

Suenan trompetas.

Salen .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entra AARÓN *solo* .

AARÓN Ahora encumbra Tamora la cima del Olimpo,
a salvo de la fortuna, y se sienta en lo alto, segura
del bramido del trueno y el resplandor del rayo,
por encima de la amenazadora y pálida envidia.
Como el dorado sol que saluda el alba,
y cubre el océano con su oropel de rayos,
galopa el zodíaco con su destellante carruaje,
y domina con su mirada las más altas cumbres,
así es Tamora.
Ante su ingenio presenta respetos la gloria mundana,
y la virtud se inclina y tiembla ante su ceño;
por tanto, Aarón, fortalece tu temple,
y dispón tus pensamientos para elevarte
con tu querida imperial a su más alto vuelo;
ella, la prisionera que has conseguido mantener
tanto tiempo encadenada en amorosos grilletes,
y tan sujeta a los encantadores ojos de Aarón
como lo está Prometeo al Cáucaso.
¡Basta de harapos de esclavo y pensamientos serviles!
Estaré envuelto en brillo, y rutilaré con perlas y oro,

para servir a esta flamante emperatriz.

¿Servir, dije? Para desatar mi lujuria en esta reina,

esta diosa, esta Semíramis, esta ninfa,

esta sirena que hechizará a la Roma de Saturnino,

y lo verá zozobrar con toda su nación.

Y bien, ¿qué tormenta es esta?

Entran QUIRÓN *y* DEMETRIO

desafiantes .

DEMETRIO Quirón, tu juventud carece de agudeza,

y tus agudezas carecen de filo y modales,

para entrometerte donde me ven con gracia,

y acaso, como bien sabes, sea amado.

QUIRÓN Eres presuntuoso en todo, Demetrio,

y también en esto; crees intimidarme con tus bravatas.

No es la diferencia de un año o dos lo que me hace

menos favorecido o a ti más afortunado;

soy tan capaz y tan apto como tú

para servir, y merecer los favores de mi dama.

Mi espada te lo probará,

y defenderá con pasión mi amor por Lavinia.

AARÓN (*Aparte* .)

¡En guardia! Estos amantes no mantendrán la paz.

DEMETRIO ¿Por qué, muchacho, aunque nuestra madre,

sin saberlo, te colgara la espada de adorno,

te urge tanto amenazar a tus amigos?

Ve, pega tu espada de madera en su funda,

hasta que sepas mejor cómo usarla.

QUIRÓN A pesar de mi poca habilidad, señor,

ya habrás notado de qué soy capaz.

DEMETRIO Ay, muchacho, ¿tan disgustado estás?

Se adelantan .

AARÓN ¿Cómo es esto, nobles señores?

¿Tan cerca del palacio del emperador

se atreven a desenvainar sus armas,

y mantener sin discreción semejante reyerta?

Conozco muy bien el fondo de esta inquina.

Ni por un millón de piezas de oro

daría a conocer la causa a quienes más concierne,

ni por mucho más será deshonrada la noble madre

de ambos en la corte de Roma.

Por pudor, guarden sus armas.

DEMETRIO No yo, hasta que haya hundido

mi estoque en su pecho, y además haya embestido

contra los reproches que salen de la garganta

de quien ha echado aliento en mi deshonra.

QUIRÓN Estoy preparado y muy decidido,

cobarde hablador, que ruges con la lengua

y no te atreves a nada con el arma.

AARÓN ¡Apártense, les digo!

Por los dioses que los belicosos godos adoran;

esta mezquina disputa nos destruirá a todos.
¿Por qué, nobles señores? Piensen qué peligroso
es inmiscuirse en los derechos de un príncipe.
¿Qué, se ha vuelto entonces Lavinia tan disoluta,
o Basiano tan degenerado,
que por el amor de ella puede haber tales peleas
sin restricción, justicia ni venganza?
Jóvenes señores, ¡cuídense! Si hasta la emperatriz
llegara este bajo continuo de discordia,
la música no la complacería en absoluto.
QUIRÓN No me importa, que lo sepan ella y todo el mundo;
yo amo a Lavinia más que a nadie.
DEMETRIO Pequeño, aprende a escoger con más modestia;
Lavinia es la esperanza de tu hermano mayor.
AARÓN ¿Pero, estás loco? ¿O no sabes que en Roma
están tan furiosos e impacientes
que no pueden soportar competencia en el amor?
Les digo, señores, no hacen sino tramar sus muertes
por este enredo.
QUIRÓN Aarón, enfrentaría mil muertes
para conseguir a aquella a quien amo.
AARÓN ¿Conseguirla, cómo?
DEMETRIO ¿Por qué te sorprendes tanto?
Ella es mujer, por tanto puede ser cortejada;
es una mujer, por tanto puede ser seducida;

ella es Lavinia, por tanto debe ser amada.

¡Qué, hombre! Más agua corre por el molino

que la que ve el molinero, y sabemos que es más fácil

robar una rebanada de una hogaza de pan cortado.

Aunque Basiano sea hermano del emperador,

mas le vale usar la divisa de Vulcano.

AARÓN (*Aparte* .) Ay, y de hecho también a Saturnino.

DEMETRIO

¿Por qué ha de desesperarse pues el que sabe hacer la corte

con palabras, bellas miradas y generosidad?

¿Qué, no has abatido liebres con frecuencia,

y te las has llevado en las narices del guardabosque?

AARÓN Bien, entonces, parece que a tus impulsos

los sacia un arrebato o algo por el estilo.

QUIRÓN Sí, así saciaría mis impulsos.

DEMETRIO Aarón, has tocado el punto.

AARÓN ¡Lo hubieras tocado tú también!

Vamos, no estaríamos fatigándonos con tanta vuelta.

Oigan, oigan, ¿son tan tontos

como para pelear por esto? ¿Se ofenderían

si consiguieran ambos su cometido?

QUIRÓN La verdad, yo no.

DEMETRIO Ni yo, si fuera uno de ellos.

AARÓN Qué vergüenza, amíguense, y únanse en vez de pelear.

Ambos deben tener este plan de acción

y esta estratagema, y por eso acordar
que lo que no puedan llevar a cabo,
deben por fuerza lograrlo como puedan.
Reciban esto de mí: Lucrecia no era más casta
que esta Lavinia, el amor de Basiano.
Debemos seguir un camino más rápido
que este largo languidecimiento, y yo he encontrado la vía.
Nobles señores, se anuncia una solemne cacería.
Allí se apiñarán las adorables damas romanas.
Las sendas del bosque son amplias y espaciosas,
y hay muchos lugares poco frecuentados,
aptos por su naturaleza a la violación y la villanía.
Persigan entonces a esa delicada liebre
y ataquen su nicho por la fuerza, no con palabras;
esta vía, y ninguna otra, los mantendrá con esperanzas.
Vamos, vamos, consagremos a nuestra emperatriz
y su devota sabiduría la villanía y la venganza;
le haremos saber cuanto nos proponemos,
y ella aguzará nuestras maquinaciones con consejos;
no tolerará que se peleen entre sí,
sino que ambos cumplan sus deseos a placer.
La corte del emperador es como la casa de la fama,
el palacio está lleno de lenguas, de ojos y oídos;
el bosque es despiadado, terrible, sordo y sombrío.
Hablen allí, y den su golpe, valientes, y sigan sus inclinaciones;

satisfagan allí su lujuria, a la sombra de los ojos del cielo,

y gocen del tesoro de Lavinia.

QUIRÓN Tu consejo, amigo, no huele a cobardía.

DEMETRIO *Sit fas aut nefas,* [13] hasta que encuentre una corriente

que enfríe este ardor, un encanto que calme este arrebato,

per Stygia, per manes vehor. [14]

Salen .

ESCENA II

Entran TITO ANDRÓNICO *y sus tres hijos,* LUCIO, QUINTO *y* MARCIO, *con sonido de jauría y cuernos de caza, y* MARCO.

TITO Ha comenzado la caza, la mañana es clara y azul,

los campos están fragantes y los bosques verdes.

Déjenlos aquí; que sus profundos aullidos,

despierten al emperador y a su adorable prometida,

y levanten al príncipe; que suene el cuerno de caza,

y toda la corte haga eco al sonido.

Hijos, es obligación de ambos, como lo es nuestra,

atender la persona del emperador con esmero.

He estado inquieto en mi sueño de anoche,

pero el día que se anuncia me inspira nueva calma.

Aquí el aullido de la jauría, y cuernos de caza en un carrillón; luego entran SATURNINO, TAMORA, BASIANO, LAVINIA, QUIRÓN, DEMETRIO *y sus asistentes* .

Muy buenos días, Su Majestad;

y a ti, noble dama, igual de buenos.

Te prometí, Excelencia, un llamado de caza.

SATURNINO Y ha sonado con vigor, nobles señores,

aunque algo temprano para las recién casadas.

BASIANO Lavinia, ¿qué dices tú?

LAVINIA No digo nada;

estoy despierta desde hace dos horas.

SATURNINO Vengan pues; traigan caballos y carros,

y empecemos la caza. (*A* TAMORA.) Ahora, noble dama,

verás una cacería romana.

MARCO Tengo perros, mi señor,

que excitarán a la pantera más soberbia,

y coronarán la cima del promontorio más alto.

TITO Y yo tengo caballos que seguirán a la presa

por donde vaya como vencejos sobre la llanura.

DEMETRIO (*A* QUIRÓN.) Quirón, nosotros no cazaremos ni con

caballos ni perros, pero espero derribar una liebre delicada.

Salen .

ESCENA III

Entra AARÓN*, solo, con una bolsa de oro* .

AARÓN Alguien con ingenio pensaría que yo no lo tengo,

para enterrar tanto oro bajo un árbol,

y no tomar posesión de él.

Dejemos que quien opine de mí tan pobremente

sepa que este oro puede acuñar un ardid,

que, llevado a cabo con disimulo, producirá

una excelente moneda de vileza.

Reposa entonces, dulce oro, para inquietud de aquellos

que reciben sus limosnas de las arcas de la emperatriz.

Esconde el oro.

Entra TAMORA.

TAMORA Mi adorable Aarón, ¿por qué estás triste,

cuando todo expresa una felicidad gozosa?

Los pájaros cantan melodías en cada arbusto,

la serpiente yace enroscada bajo el alegre sol,

las verdes hojas se estremecen al fresco,

y hacen mosaicos de sombra en el suelo.

Sentémonos bajo esta dulce sombra, Aarón,

mientras el eco murmurante enfurece a la jauría,

que responde con aullidos a los bien templados cuernos,

como si un doble llamado se oyera de un golpe.

Sentémonos y marquemos el compás de los ladridos,

para que, tras una pelea como la que se supone

tuvieron una vez el errante príncipe y Dido

cuando los sorprendió una afortunada tormenta,

acortinados en una cueva que mantenía el secreto,

podamos, cada uno enlazado en los brazos del otro,

concluir nuestro pasatiempo, y entregarnos a un dorado sueño,

mientras perros y cuernos y dulces aves melodiosas

están sobre nosotros como la canción de cuna

de una nodriza que duerme a su bebé.

AARÓN Noble dama, aunque Venus gobierna tus deseos,

Saturno es el regente de los míos.

¿Qué significan mi mirada mortalmente fija,

mi silencio y mi nublada melancolía,

mi vellón de lanudo pelo que ya se desenrula,

como una víbora que se desenrosca

presta a dar un golpe fatal?

No, señora, no son signos de Venus;

llevo la venganza en el corazón, la muerte en la mano,

y el desagravio y la sangre baten en mi cabeza.

Oye, Tamora, emperadora de mi alma

que no espera más cielo que yacer contigo,

este es para Basiano el día fatídico:

su Filomela debe perder hoy la lengua;

tus hijos deben saquear su castidad,

y lavar sus manos con la sangre de Basiano.

Le da una carta .

¿Ves esta carta? Tómala, te lo ruego,

y dale al rey este rollo y su plan fatal.

Ahora no me preguntes más; nos espían.

Aquí viene una porción de nuestro botín de esperanzas;

aun así no temen la destrucción de sus vidas.

Entran BASIANO *y* LAVINIA.

TAMORA ¡Ah, dulce moro, para mí más dulce que la vida!

AARÓN No digas más, gran emperatriz; viene Basiano.

Enfréntalo y yo convenceré a tus hijos

para que apoyen tus causas, cualesquiera sean.

Sale .

BASIANO ¿A quién tenemos aquí? ¿La real emperatriz de Roma,

desprovista de su bien formada escolta?

¿O es Diana, que vestida como ella,

ha abandonado sus sagradas alamedas

para ver la cacería en este bosque?

TAMORA ¡Insolente espía de mis pasos privados,

si tuviera el poder que tuvo Diana una vez,

a tus sienes les crecerían cuernos de inmediato,

como los de Acteón, y la jauría

se arrojaría tras tus miembros recién transformados,

por ser un intruso sin modales!

LAVINIA Si me permites decirlo, gentil emperatriz,

podría pensarse que tienes el don de hacer cuernos,

y sospecharse que tu moro y tú

se han retirado a probar tus experimentos.

¡Júpiter escuda hoy a tu marido de las jaurías!

Sería una lástima que lo tomaran por un ciervo.

BASIANO Créeme, reina, tu atezado cimerio

te hace honor con el color de su cuerpo,

tiznado, odiado y abominable.

¿Por qué te has apartado de tu comitiva,

te has apeado de tu níveo corcel,

y vagas por un oscuro solar,

sin más compañía que un moro bárbaro,

si no porque te guía un bajo deseo?

LAVINIA Interrumpirte en tu juego

es una buena razón para pechar a mi noble señor

por insolencia. (*A* BASIANO.) Te lo ruego, deja el asunto aquí,

y déjala que disfrute de su amor negro como el cuervo;

este valle se ajusta bien a ese propósito.

BASIANO El rey mi hermano será informado de esto.

LAVINIA Ya está informado de estos deslices hace tiempo.

¡Buen rey, tan poderosamente engañado!

TAMORA ¿Por qué tendré paciencia para soportar todo esto?

Entran QUIRÓN *y* DEMETRIO.

DEMETRIO ¿Cómo, cómo, querida soberana y digna madre?

¿Por qué Su Alteza está tan pálida y decaída?

TAMORA ¿Creen ustedes que no tengo razón para estar pálida?

Esos dos me tentaron a venir a este lugar,

un valle árido y detestable, como ven;

los árboles, aunque es verano, están secos y encorvados,

cubiertos con musgo y muérdago funesto.

Aquí nunca brilla el sol, aquí nada retoña,

excepto el búho nocturno o el cuervo fatal;

y cuando me mostraban este lugar abominable,

me contaron que, a una hora muerta de la noche,

miles de espíritus diabólicos, de serpientes siseantes,

diez mil sapos hinchados, e igual cantidad de erizos,

producen gemidos tan atroces y estridentes

que cualquier cuerpo mortal, si los oyese

enloquecería de inmediato, o moriría de golpe.

Después de contarme este cuento infernal

de inmediato me dijeron que me atarían

al tronco de un lúgubre tejo,

y allí me dejarían morir una muerte miserable.

Y luego me llamaron adúltera inmunda,

goda lasciva, y otros nombres acerbos

que jamás había oído nadie.

Y si por un raro azar no hubieran venido ustedes

habrían ejecutado esta venganza contra mí.

Vénguense pues, si aman la vida de su madre,

o en adelante resígnense a no llamarse hijos míos.

DEMETRIO He aquí la prueba de que soy tu hijo.

Apuñala a BASIANO.

QUIRÓN

Y esta es la mía. Un puñal bien hundido que muestra mi fuerza.

También apuñala a BASIANO*, que muere* .

TAMORA *se vuelve hacia* LAVINIA.

LAVINIA ¡Sí, ven Semíramis…! No, ¡bárbara Tamora,

pues no hay nombre que siente a tu naturaleza como el tuyo!

TAMORA (*A* QUIRÓN.) Dame el puñal. Ahora verán, hijos míos,

cómo la mano de su madre

hace justicia a la maldad de su madre.

DEMETRIO Quédate, mi señora; esto te concierne.

Primero se trilla el grano, luego se quema la paja.

Esta tunante alardeó de su castidad,

de su voto nupcial y su lealtad,

y con esa maquillada esperanza enfurece a Su Excelencia;

¿debe llevarla hasta la tumba?

QUIRÓN Y si lo hace, que sea yo un eunuco.

Arrastremos a su esposo fuera de aquí,

hasta algún hueco secreto, y hagamos

de su tronco muerto almohada de nuestra lujuria.

TAMORA Pero cuando tengan la miel que desean,

no dejen que sobreviva la avispa,

pues puede picarlos a ambos.

QUIRÓN Te lo garantizo, señora; nos cuidaremos de eso.

Ven, querida, ahora disfrutaremos a la fuerza

de tu honestidad bonitamente preservada.

LAVINIA Oh, Tamora, tú que tienes rostro de mujer…

TAMORA No la oiré hablar. ¡Largo con ella!

LAVINIA Dignos señores, les ruego que oigan solo una palabra.

DEMETRIO (*A* TAMORA.) Oye, bella señora: que sea gloria para ti

ver sus lágrimas, pero que tu corazón sienta por ellas

lo que las piedras sienten por las gotas de lluvia.

LAVINIA

¿Desde cuándo los retoños del tigre aleccionan a la madre?

Ah, no le enseñes la ira; es ella quien te la enseñó;

la leche que mamaste de ella se ha vuelto mármol;

ya en el pezón conociste su tiranía.

Aun así, no todas las madres

alimentan a sus hijos del mismo modo.

(*A* QUIRÓN.) Ruégale que muestre piedad de mujer.

QUIRÓN ¿Qué, acaso quieres probar que soy un bastardo?

LAVINIA Es verdad; el cuervo no engendra alondras.

Sin embargo he oído (¡ah, si encontrase la prueba ahora!)

que el león, movido por la piedad,

se deja arrancar de cuajo las garras majestuosas.

Algunos dicen que los cuervos crían

niños abandonados mientras sus propios pichones

mueren de hambre en el nido.

Oh, ten por mí, aunque tu duro corazón diga que no,

si no benevolencia al menos un poco de piedad.

TAMORA No sé qué quiere decir eso. ¡Llévensela!

LAVINIA Por el amor de mi padre, que te dio la vida

cuando pudo haberte matado, déjame enseñarte

a no ser inflexible. Abre tus sordos oídos.

TAMORA Aunque tú no me has ofendido,

precisamente por él seré despiadada.

Recuerden, muchachos, vertí lágrimas en vano

para salvar a su hermano del sacrificio,

pero el cruel Andrónico no cedió.

Por tanto llévensela, y úsenla como les plazca;

lo peor para ella es lo que yo más quiero.

LAVINIA (*Abrazando las rodillas de* TAMORA.)

Oh, Tamora, merecerás llamarte reina benigna,

si con tus propias manos me matas aquí mismo.

No es vida que siga rogando tanto;

fui malamente asesinada cuando murió Basiano.

TAMORA ¿Qué ruegas entonces, insensata? Déjame ir.

LAVINIA Es la muerte inmediata lo que te ruego, y algo

que mi condición de mujer impide que mi lengua pronuncie.

Oh, apártame de la lujuria de ellos, que es peor que la muerte,

y tírame en algún foso repugnante,

donde nunca un ojo humano vuelva a contemplar mi cuerpo;

haz lo que te pido, y sé una asesina compasiva.

TAMORA ¿Y robar la recompensa a mis dulces hijos?

No, que satisfagan su lujuria contigo.

DEMETRIO ¡Vamos! Ya nos has retenido aquí mucho tiempo.

LAVINIA ¿Ni un poco de benevolencia, ni un poco

de lástima femenina? ¡Ah, criatura bestial,

mancha y enemigo de nuestro género!

Que caiga la destrucción…

QUIRÓN Basta, te cerraré la boca. (*A* DEMETRIO.) Trae a su esposo…

Este es el hueco donde Aarón pidió que lo escondiéramos.

DEMETRIO *arroja el cuerpo de* BASIANO *al foso y cubre la entrada con ramas; luego salen* QUIRÓN *y* DEMETRIO *con* LAVINIA.

TAMORA Adiós, hijos; asegúrense de dejarla sana y salva.

Que mi corazón conozca la verdadera alegría

hasta que todos los Andrónicos hayan sido asesinados.

Ahora iré en busca de mi adorable moro,

y dejaré que mis lujuriosos hijos desfloren a esta prostituta.

Sale .

Entra AARÓN *con dos hijos de* TITO*,* QUINTO *y* MARCIO.

AARÓN Caminen, nobles señores, con buen pie;

los llevaré de inmediato al repugnante foso

donde descubrí una pantera profundamente dormida.

QUINTO Tengo la vista muy nublada, y casi nada veo.

MARCIO Ni yo, lo juro. Si no fuera por vergüenza

ya habría abandonado la caza para dormir un rato.

Cae en el foso .

QUINTO ¿Qué, has caído? ¿Qué hueco traicionero es este,

cubierto de zarzas que han crecido bruscamente,

y hojas con sangre recién vertida, tan fresca como rocío

matutino destilado sobre las flores?

Me parece un lugar fatídico.

Habla, hermano, ¿te has herido al caer?

MARCIO Ah, hermano, me he herido con la más lúgubre escena

que haya destrozado un corazón.

AARÓN (*Aparte* .)

Ahora iré en busca del rey para que los encuentre aquí,

y pueda concluir con motivo

que fueron quienes mataron a su hermano.

Sale .

MARCIO ¿Por qué no me animas y me ayudas a salir

de este hoyo profanado y tinto en sangre?

QUINTO Me aturde un terror pavoroso.

Un sudor frío recorre mis miembros temblorosos;

mi corazón sospecha más de lo que mis ojos ven.

MARCIO Para probarte que tienes un corazón que adivina,

miren tú y Aarón dentro de este foso

y vean esta pavorosa imagen de sangre y muerte.

QUINTO Aarón se ha ido, y mi corazón compasivo

no permitirá a mis ojos contemplar ni una sola vez

eso que lo hace temblar con solo imaginárselo.

Oh, dime quién es, porque nunca hasta ahora

he sido como un niño que teme a lo que desconoce.

MARCIO El noble Basiano yace cubierto de sangre,

postrado, como una oveja tras la matanza,

en esta fosa detestable, oscura y ebria de sangre.

QUINTO Si es oscura, ¿cómo sabes que es él?

MARCIO En el dedo ensangrentado lleva

un precioso anillo que alumbra todo el agujero,

y que, como la llama de un monumento fúnebre,

relumbra en las pálidas mejillas del muerto,

y muestra las rasgadas entrañas del foso.

Así de pálida brillaba la luna sobre Píramo

la noche en que yacía bañado en sangre virgen.

Ah, hermano, ayúdame con tu desfalleciente mano,

(si desfalleces de miedo como yo),

a salir de este receptáculo devorador y atroz,

tan odioso como la brumosa boca de Cocito.

QUINTO Alcánzame tu mano, tras que te ayude a salir,

y si no tengo la fuerza para hacerte tal bien,

tal vez me halen al fondo las devoradoras entrañas

de este profundo foso, pobre tumba de Basiano.

No tengo fuerzas para halarte hacia el borde.

MARCIO Ni yo tengo fuerzas para trepar sin tu ayuda.

QUINTO Dame tu mano una vez más; no la perderé de nuevo

hasta que estés aquí arriba o yo abajo.

Si no puedes venir hasta donde estoy, iré yo adonde estás tú.

Cae adentro .

Entran SATURNINO *y* AARÓN *el Moro* .

SATURNINO ¡Vengan conmigo! Déjenme ver qué hueco es este, y quién es el que ahora ha caído en él.

Habla dentro del foso .

Dime, ¿quién eres tú que acabas de caer

en esta ahuecada grieta de la tierra?

MARCIO Somos los infelices hijos del viejo Andrónico,

traídos aquí en la hora más aciaga,

para encontrar muerto a tu hermano Basiano.

SATURNINO ¡Mi hermano muerto! Sé que es una broma.

Él y su noble dama están en el pabellón de caza,

al lado norte de este agradable coto.

No ha pasado una hora desde que los dejé allá.

MARCIO No sabemos dónde los dejaste aún vivos,

pero, ¡ay!, a él lo hemos encontrado muerto.

Entran TAMORA*, con sirvientes,* TITO ANDRÓNICO *y* LUCIO.

TAMORA ¿Dónde está mi señor el rey?

SATURNINO

Aquí, Tamora, aunque abrumado por una aflicción mortal.

TAMORA ¿Dónde está tu hermano Basiano?

SATURNINO Acabas de hurgar en el fondo de mi herida.

El pobre Basiano yace aquí asesinado.

TAMORA Entonces traigo demasiado tarde este escrito fatal,

el plan de esta tragedia intempestiva,

y me sorprende mucho que el rostro de un hombre pueda

esconder con sonrisas tan asesina tiranía.

Le da a SATURNINO *la carta* .

SATURNINO (*Lee la carta* .)

«Y si no nos encontramos con él como conviene,

querido cazador (es de Basiano de quien hablamos)

comprométete a cavar su tumba;

sabes lo que queremos decir; busca tu recompensa

entre las ortigas del árbol más viejo

que da sombra a la boca de ese mismo foso

donde decidimos enterrar a Basiano.

Haz esto y obtén nuestra amistad duradera.»

Ah, Tamora, ¿oíste alguna vez algo parecido?

Este es el foso, y este el árbol más viejo.

Vean nobles señores, si pueden atrapar al cazador

que vino a asesinar aquí a Basiano.

AARÓN Mi benigno señor, aquí está la bolsa de oro.

SATURNINO (*A* TITO.)

Dos de tus cachorros, perros de raza sanguinaria,

despojaron aquí a mi hermano de su vida.

Sáquenlos del foso, señores y llévenlos a prisión;

déjenlos sufriendo allí mientras planeamos para ellos

el tormento más doloroso que pueda concebirse.

Unos sirvientes sacan del foso a QUINTO *y* MARCIO

y el cadáver de BASIANO.

TAMORA ¿Qué, están en el foso? ¡Qué maravilla!

¡Qué fácil ha sido descubrir este asesinato!

TITO (*De rodillas* .)

Gran emperador, sobre mis débiles rodillas te ruego,

con lágrimas no derramadas a la ligera,

que esta feroz falta de mis execrables hijos,

execrables si se prueba la falta…

SATURNINO ¿Si se prueba? Ya ves que está clara.

¿Quién encontró esta carta? Tamora, ¿fuiste tú?

TAMORA Andrónico mismo la tomó.

TITO Sí, mi señor, déjame pues ser garante de ambos;

por la venerable tumba de mi padre juro

solemnemente que estarán dispuestos,

no bien lo diga Su Alteza, a responder

con sus vidas por la sospecha que recae sobre ambos.

SATURNINO No debes servirles de garante. Ven, sígueme.

Que unos traigan el cuerpo asesinado, y otros a los asesinos.

No los dejen pronunciar palabra; la culpa es evidente;

por mi alma que si ese final fue peor que la muerte,

este mismo final se ejecutará contra ellos.

TAMORA Andrónico, le suplicaré al emperador.

No temas por tus hijos; estarán bien protegidos.

TITO (*Levantándose* .)

Ven, Lucio, ven, no te quedes a hablar con ellos.

Salen .

ESCENA IV

Entran los hijos de Tamora, QUIRÓN *y* DEMETRIO*, con* LAVINIA*, violada y cortadas las manos y la lengua* .

DEMETRIO Ahora ven y di, si tu lengua puede hablar,

quién te cortó la lengua y te ultrajó.

QUIRÓN Transcribe tus pensamientos, revela su significado,

y si tus muñones te dejan juega el papel de escriba.

DEMETRIO Mira cómo puede garabatear signos y claves.

QUIRÓN Ve a casa, pide agua perfumada y lávate las manos.

DEMETRIO No tiene lengua para pedir, ni manos que lavar;

déjala pues que siga con sus silenciosas caminatas.

QUIRÓN Si fuera mi caso, me colgaría.

DEMETRIO Siempre que tuvieras manos para sujetar la cuerda.

Salen QUIRÓN *y* DEMETRIO.

Cuernos de caza .

Entra MARCO *proveniente de la cacería* .

MARCO ¿Quién es? ¿Es mi sobrina, que huye tan rápido?

Querida, dime algo, ¿dónde está tu esposo?

Si sueño, ¡ni toda mi riqueza me despertaría!

Si estoy despierto, ¡que algún planeta

caiga sobre mí y me haga dormir un sueño eterno!

Habla, dulce sobrina, ¿qué torvas y duras manos

te han desmembrado, cortado y dejado el cuerpo

sin sus dos ramas, sus dos dulces ornamentos,

en cuyas sombras envolventes hasta los reyes

habrían buscado dormir, impotentes ya

de ganar una felicidad del tamaño de la mitad de tu amor?

¿Por qué no me hablas? Ah, un río púrpura de tibia sangre,

como una fuente burbujeante sacudida por el viento,

se agita y apaga entre tus labios rosados,

subiendo y bajando con tu aliento de miel.

Seguro algún Tereo te ha desflorado,

y para que no lo descubrieras, te cortó la lengua.

Ah, ahora volteas tu rostro de vergüenza;

y a pesar de toda la sangre que has perdido,

como un conducto con tres espitas abiertas,

tus mejillas lucen rojas como el rostro de Titán,

sonrojándose al tropezarse con una nube.
¿Debería hablar por ti? ¿Decir que es así?
¡Ojalá supiera lo que piensas,
y conociera a la bestia, para poder
ensañarme con él y apaciguar mis pensamientos!
El dolor encubierto, como un horno obstruido,
quema el corazón hasta convertirlo en cenizas.
La bella Filomela, que no perdió sino la lengua,
bordó sus pensamientos en un fino brocado;
pero a ti ese recurso se te niega, adorable sobrina.
Te encontraste con un Tereo más hábil, querida,
que cercenó los bellos dedos
que habrían bordado mejor que Filomela.
Oh, si el monstruo hubiera visto temblar esas manos
de lirio, como hojas de álamo, sobre un laúd,
y deleitar las sedosas cuerdas al besarlas,
no las habría tocado sino a precio de su vida.
Pues si hubiera oído la armonía celestial
que poseía esa dulce lengua,
habría bajado su cuchillo y caído rendido,
como Cerbero a los pies del poeta traciano.
Ven, vamos y enceguece a tu padre,
porque a todo padre cegaría semejante visión.
Una tormenta de una hora anega prados fragantes;
¿qué harán meses de llanto con los ojos de tu padre?

No te retires, que nos lamentaremos contigo.

¡Ojalá que nuestro lamento pueda calmar tu dolor!

Salen .

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran los jueces, tribunos, y senadores, con los dos hijos de TITO*,* MARCIO *y* QUINTO*, atados. Cruzan el escenario hacia el patíbulo.*

TITO *se adelanta a rogar* .

TITO Óiganme, solemnes padres. Nobles tribunos, alto.

Por respeto a mi edad, cuya juventud se prodigó

en peligrosas guerras, mientras ustedes dormían a salvo;

por mi sangre derramada en grandes luchas de Roma,

por todas las frías noches en las que pasé vigilante,

y por las amargas lágrimas que ahora ven

llenando las añosas arrugas de mis mejillas,

sean clementes con mis hijos condenados,

cuyas almas no son corruptas como se piensa.

No lloré por ninguno de veintidós hijos míos,

porque murieron en el excelso lecho del honor.

TITO *se postra, y los jueces y otros pasan sobre él.*

Por estos dos tribunos, escribo en el polvo

la profunda postración de mi corazón

y las tristes lágrimas de mi alma.

Que mi llanto sacie el seco apetito de la tierra;

la dulce sangre de mis hijos la llenarán de pena y rubor.

Ah, tierra, te favoreceré con más lluvia,

Salen los jueces y otros con los prisioneros .

destilada por estas dos antiguas ruinas,

que toda la que puede derramar el abril joven.

En el seco verano gotearé sin cesar sobre ti;

en invierno derretiré la nieve con tibias lágrimas,

y mantendré un eterno verano en tu rostro,

con la condición de que rechaces

beber la sangre de mis queridos hijos.

Entra LUCIO *con su arma en la mano* .

¡Reverendos tribunos! ¡Ancianos bondadosos!

Desaten a mis hijos, inviertan el sino de la muerte,

y déjenme decir, a mí que nunca antes lloré,

que mis lágrimas son la mejor defensa.

LUCIO Noble, padre, te lamentas en vano;

los tribunos no te oyen. No hay nadie que te oiga,

y le cuentas tus penas a las piedras.

TITO Déjame, Lucio, rogar por tus hermanos:

severos tribunos, les suplico una vez más…

LUCIO Mi noble señor, ningún tribuno te escucha.

TITO No importa, hombre; si oyeran no me señalarían;

si me señalaran, no me tendrían lástima;

aun así debo rogarles en vano.

Por tanto le cuento mis penas a las piedras,

que, aunque no pueden responder a mi angustia,

en cierto modo son mejores que los tribunos,

pues no interrumpen mi discurso.

Cuando lloro, humildemente reciben

el llanto a mis pies y pareciera que lloraran conmigo;

si estuvieran ataviadas con sobrias ropas,

Roma no podría darse el lujo de tribunos como estos.

La piedra es suave como la cera; los tribunos duros como piedras.

La piedra es silenciosa y no ofende,

y las lenguas de los tribunos condenan a los hombres

a la muerte. Pero ¿por qué llevas así la espada?

LUCIO Por tratar de rescatar a mis dos hermanos

de la muerte, los jueces han pronunciado

mi sentencia de eterno destierro.

TITO *Levantándose.* ¡Ah, hombre feliz! Te han favorecido.

¿Qué, loco Lucio, no ves que Roma

no es sino una selva de tigres? Los tigres deben

devorar la presa, y Roma no tiene otra presa

que yo y los míos. ¡Qué suerte la tuya entonces

que te envíen lejos de estos devoradores!

Pero ¿quién viene aquí con nuestro hermano Marco?

Entra MARCO *con* LAVINIA.

MARCO Tito, prepara tus viejos ojos a llorar,

o si no, tu corazón para que estalle.

Te traigo un dolor que te consumirá en tu vejez.

TITO ¿Me consumirá? Déjame verlo entonces.

MARCO Esta fue tu hija.

TITO Bueno, Marco, aún lo es.

LUCIO (*Cayendo de rodillas* .) ¡Ay de mí! Esta escena me mata.

TITO Muchacho pusilánime, levántate, y mírala.

LUCIO *se levanta* .

Habla, Lavinia, ¿qué mano execrable

te presenta sin manos a la vista de tu padre?

¿Qué tonto agregó agua al mar,

o trajo una gavilla a la llameante Troya?

Mi dolor era insoportable antes de que llegaras,

y ahora, como el Nilo, desdeña su cauce.

Denme una espada; me cortaré también las manos,

que han peleado por Roma y en vano,

han amamantado esta angustia dándole vida,

se han alzado con plegarias inservibles,

y me han servido de manera ineficaz.

Ahora todo el servicio que requiero de ellas

es que una ayude a cortar la otra.

Poco importa, Lavinia, que no tengas manos,

porque es vano tenerlas para servir a Roma.

LUCIO Habla, dulce hermana, ¿quién te mutiló?

MARCO Ese delicioso motor de sus pensamientos,

que los pronunciaba con tan placentera elocuencia,

ha sido arrancado de su bella jaula vacía,

donde como un dulce pájaro cantaba

variadas melodías que hechizaban los oídos.

LUCIO Dilo tú por ella, ¿quién cometió esta bajeza?

MARCO Así la encontré errando en el campo,
buscando esconderse, como lo hace el corzo
que ha recibido una herida incurable.
TITO Ella era mi corza, y ese que la ha herido
me ha herido más que si me hubiera matado;
pues ahora soy como el sobreviviente que en una roca,
rodeado por la inmensidad del mar,
mira la marea ascendente crecer ola a ola,
esperando siempre el momento en que un oleaje envidioso
lo engulla en sus entrañas salobres.
Este camino a la muerte es el que han seguido
mis desdichados hijos; aquí está el otro,
llorando por mi dolor; mas lo que le da a mi corazón
el golpe mortal es Lavinia, la más querida.
Si te hubiera visto como estás en una pintura,
me habría vuelto loco; ¿qué haré
ahora que contemplo así tu cuerpo en persona?
No tienes manos para secarte el llanto,
ni lengua para decirme quién te ha mutilado.
Tu esposo está muerto, y por su muerte están condenados
tus hermanos, y muertos estarán a esta hora.
Mira, Marco. Ah, Lucio, hijo, mírala.
Cuando nombré a sus hermanos, frescas lágrimas
rociaron por sus mejillas, como dulce rocío
sobre un segado lirio casi marchito.

MARCO Tal vez llora porque asesinaron a su esposo,

tal vez porque sabe que ellos son inocentes.

TITO (*A* LAVINIA.) Si asesinaron a tu esposo, puedes estar feliz,

porque la ley ya cumplió su venganza.

No, no, ellos no harían algo tan bajo,

observen cómo se lamenta su hermana.

Dulce Lavinia, déjame besar tus labios,

y dime con alguna señal cómo tranquilizarte.

¿Nos sentaremos tu buen tío y tu hermano Lucio

y tú y yo alrededor de alguna fuente,

a mirarnos cabizbajos las mejillas

manchadas, como prados todavía húmedos

por limo fangoso que dejó una inundación?

¿Y miraremos la fuente fijamente

hasta que la frescura de su transparencia

se vuelva pozo salado con nuestro amargo llanto?

¿Nos cortaremos las manos como ella?

¿O nos morderemos las lenguas, y pasaremos

el resto de nuestros odiosos días haciendo gestos mudos?

¿Qué haremos? Nosotros que tenemos lenguas

idearemos un plan que produzca tal dolor,

que nos maraville en el futuro venidero.

LUCIO Dulce padre, detén tus lágrimas, ve cómo

mi desgraciada hermana solloza por tu dolor.

MARCO Paciencia, querida sobrina. Buen Tito, sécate los ojos.

TITO ¡Ah, Marco, Marco! Hermano, bien sé
que tu pañuelo no puede beber ni una lágrima mía,
porque tú, pobre hombre, lo has ahogado con las tuyas.
LUCIO Ah, mi Lavinia, voy a secar tus mejillas.
TITO Mira, Marco, mira. Entiendo sus gestos;
si tuviera lengua para hablar, ahora le diría
a su hermano lo que le digo yo.
Su pañuelo, mojado por sus lágrimas sinceras,
no puede servir a sus mejillas afligidas.
¡Ah, qué dolor compartido es este, tan lejano
de cualquier ayuda como el limbo de la gloria!
Entra AARÓN *el Moro, solo* .
AARÓN Tito Andrónico, mi señor el emperador
te envía estas palabras: si amas a tus hijos,
deja que a Marco, a Lucio, o a ti mismo, Tito,
o a cualquiera de tu familia, le sea cortada
una mano y sea enviada al rey; él a cambio
te enviará acá a tus dos hijos vivos;
ese será el precio por sus faltas.
TITO ¡Oh noble emperador! ¡Oh gentil Aarón!
¿Alguna vez el cuervo cantó una melodía como esta,
que da dulces nuevas a la salida del sol?
Con todo el corazón enviaré al emperador mi mano.
Buen Aarón, ¿me ayudarás a cortarla?
LUCIO Tranquilo, padre, no enviaremos tu noble mano,

que ha abatido a tantos enemigos. La mía
servirá en esta ocasión. Mi juventud
puede disponer de su sangre más que tú,
y por eso la mía salvará a mis hermanos.
MARCO ¿Qué mano tuya no ha defendido a Roma,
o levantado la sangrienta hacha de batalla,
escribiendo la destrucción en el castillo enemigo?
Oh, ambas han tenido gran mérito.
Mi mano no ha sido más que inútil; deja que sirva
para salvar a mis dos sobrinos de la muerte;
la habré guardado entonces para un digno fin.
AARÓN Bien, vamos, decidan qué mano enviarán,
pues temo que mueran antes de recibir el perdón.
MARCO Envíen mi mano.
LUCIO Por los cielos, ¡no esa!
TITO Nobles señores, no peleen más; hierbas marchitas
como estas son las que más se prestan
a ser arrancadas. Que sea la mía, por lo tanto.
LUCIO Dulce padre, si he de considerarme hijo tuyo,
deja que redima a mis dos hermanos de la muerte.
MARCO
Y por amor a nuestro padre, y la estima a nuestra madre,
deja que te muestre mi amor de hermano.
TITO Pónganse de acuerdo; no desperdiciaré mi mano.
LUCIO Entonces alzaré el hacha yo.

MARCO No, yo.

Salen LUCIO *y* MARCO.

TITO Ven aquí, Aarón. Los engañaré a ambos;

préstame tu mano, y yo te daré la mía.

AARÓN (*A un lado* .) Si a esto llaman engaño, seré honesto,

y nunca mientras viva engañaré a otros así;

pero te engañaré a ti de otra manera,

y eso dirás de aquí a solo media hora.

Corta la mano izquierda de TITO.

Entran LUCIO *y* MARCO *de nuevo* .

TITO Dejen ya de discutir. Lo que debía ser ya está hecho.

Buen Aarón, dale a Su Majestad mi mano.

Dile que fue una mano que lo defendió

de miles de peligros; pídele que la entierre.

Merecía más; que lo tenga. En cuanto a mis hijos,

diles que los considero como joyas compradas

a bajo precio, y por tanto preciadas también,

porque compré lo que es mío.

AARÓN Ya voy Andrónico; en cuanto a tu mano

espera a cambio tener de nuevo a tus hijos.

(*A un lado* .) Sus cabezas, digo. ¡Ah, cómo me alimenta

esta bajeza con solo pensar en ella!

Dejen que los tontos hagan el bien,

y que los hombres justos exijan corrección;

Aarón tendrá el alma tan negra como el rostro.

Sale .

TITO (*De rodillas* .) Aquí alzo esta sola mano a los cielos,

e inclino esta endeble ruina hasta la tierra;

si algún poder se apiada de lágrimas desdichadas,

a él le imploro. (*A* LAVINIA*, que se arrodilla* .) ¿Qué, te arrodillarás conmigo?

Hazlo, mi corazón, que el cielo oirá nuestras plegarias,

o nublaremos el firmamento con suspiros

y mancharemos el sol con niebla, como esas nubes que a veces

lo abrazan entre sus desvanecientes senos.

MARCO Oh, hermano, habla con sensatez;

no caigas en esos profundos extremos.

TITO ¿No es profunda mi pena, y sin fondo?

Que tampoco pues tenga fondo mi rabia.

MARCO Aun así deja que la razón rija tu lamento.

TITO Si hubiera razón para estos sufrimientos,

yo podría poner límites a mi pena.

Cuando el cielo llora, ¿no se inunda la tierra?

Si los vientos braman, ¿no enloquece el mar

y amenaza el firmamento con su rostro inflamado?

¿Y tú tendrías una razón para estos gemidos?

Yo soy el alar. ¡Escucha los suspiros de Lavinia!

Ella es el firmamento que llora, yo soy la tierra;

entonces mi mar debe moverse con sus suspiros;

entonces mi tierra debe, con el diluvio

de su continuo llanto inundarse y ahogarse;

pues mis entrañas no pueden guardar esos lamentos,

y como un ebrio debo vomitarlos.

Déjame entonces, que los perdedores tienen libertad

de aliviar sus tripas con lengua amarga.

Entra un MENSAJERO *con dos cabezas y una mano* .

MENSAJERO Digno Andrónico, te han pagado mal

la buena mano que enviaste al emperador.

He aquí las cabezas de tus dos nobles hijos,

y aquí está tu mano, devuelta con desprecio:

tu dolor es la diversión de ellos;

tu determinación, causa de burla.

Sufro cuando pienso en tus sufrimientos,

más que al recordar la muerte de mi padre.

Sale .

MARCO ¡Que se enfríe en Sicilia el Etna candente,

y mi corazón sea un infierno de llamas por siempre!

Este dolor es más de lo que puede soportarse.

Llorar con los que lloran debe consolar un poco,

pero la pena burlada es una muerte doble.

LUCIO ¡Que la muerte imponga su nombre a la vida

mientras la vida no tenga otro interés que respirar!

¡Ah, cómo puede esta visión hervir tanto

sin que la odiosa vida retroceda!

LAVINIA *besa a* TITO.

MARCO Ah, pobre corazón, al que los besos consuelan tan poco
como el agua helada a la serpiente aterida.
TITO ¿Cuándo acabará este sueño espantoso?
MARCO Ahora, adiós a la ilusión; muere, Andrónico.
No sueñas: mira aquí las cabezas de tus dos hijos,
tu mano marcial, tu hija mutilada;
tu otro hijo desterrado, pálido y exangüe
con este espectáculo penoso y a mí, tu hermano,
como una imagen pétrea, fría e inmóvil.
Ah, ya no intentaré contener tu pena;
arráncate el pelo plateado, rasgándote
a dentelladas la otra mano, y que esta escena funesta
cierre ojos tan desdichados.
Ya es hora de que estalle la tormenta.
¿Por qué callas?
TITO ¡Ja, ja, ja!
MARCO ¿Por qué ríes? No es momento para eso.
TITO Porque no me queda ya más llanto que verter;
además, este dolor es un enemigo,
y usurparía mis ojos húmedos,
y los enceguecería con lágrimas de tributo.
¿Y dónde encontraré después la cueva de la venganza?
Porque estas dos cabezas parecen hablarme,
y amenazarme con no lograr el descanso eterno
hasta que todos estos agravios sean vengados

con las gargantas mismas de quienes los han cometido.

Ven, veamos qué tarea debo cumplir.

TITO *y* LAVINIA *se levantan* .

Rodéenme, gente afligida,

para que me enfrente a cada uno de ustedes,

y jure de corazón enmendar sus agravios.

MARCO*,* LUCIO *y* LAVINIA *rodean a* TITO*. Este les hace una promesa* .

Ya he jurado. Ven, hermano, toma una cabeza,

que con esta mano yo sostendré la otra.

Y tú, Lavinia, también participarás:

sujeta mi mano, dulce hija, entre tus dientes.

(*A* LUCIO.) En cuanto a ti, sal de mi vista;

estás exiliado; y no debes quedarte;

ve adonde están los godos, y levanta allá un ejército;

y si me amas, como creo que lo haces,

besémonos y parte, que hay mucho que hacer.

Salen todos excepto LUCIO.

LUCIO Adiós, Andrónico, mi noble padre,

el hombre más desdichado que jamás vivió en Roma.

Adiós, orgullosa Roma, hasta que regrese Lucio,

que ama sus votos más que a su vida.

Adiós, Lavinia, mi noble hermana:

ya no eres lo que fuiste antes.

Pero ahora ni Lucio ni Lavinia viven

sino en el olvido y en odiosos pesares.

Si Lucio vive, vengará los agravios,

y hará que el altivo Saturnino y su señora

rueguen ante la ciudad como Tarquino y su reina.

Marcho a la patria de los godos a levantar un ejército

para vengarme de Roma y Saturnino.

Sale LUCIO.

ESCENA II

Un banquete. Entran TITO ANDRÓNICO*,* MARCO*,* LAVINIA *y el* JOVEN LUCIO (*hijo de Lucio*).

TITO Bien, bien, siéntense, y no vayan a comer más

que lo justo para conservar la fuerza

necesaria para vengar nuestras amargas penas.

Se sientan .

Marco, desata lo que ha anudado la pena;

tu sobrina y yo, pobres criaturas, faltos de manos,

no podemos expresar nuestro quíntuple dolor

con los brazos doblados. Me queda la pobre mano derecha

para tiranizarme a golpes el pecho,

y cuando mi corazón, loco de dolor,

palpite en la vacía prisión de mi carne,

lo golpearé así para serenarlo.

Se golpea el pecho .

(*A* LAVINIA.) Tú, mapa de penas, que hablas con gestos,

cuando tu pobre corazón late atrozmente,

no puedes golpearlo y aplacarlo de este modo.

Hiérelo con suspiros, mátalo gimiendo,
o busca un pequeño cuchillo entre tus dientes,
y hazte en el corazón un hueco, muchacha,
para que el llanto que han derramado tus pobres ojos
corra hacia esa zanja, e inundándote,
ahogue en agua salada al necio que se queja.
MARCO ¡Uf, hermano, uf! No le enseñes a tratar
su tierna vida con mano tan violenta.
TITO ¿Cómo, cómo? ¿Ya te hace flaquear el dolor?
Ah, Marco, nadie debería estar más loco que yo.
¿Con qué mano dura puede ella injuriar su tierna vida?
¿Por qué te inquieta nombrar las manos,
como si le pidieras a Eneas que cuente dos veces
cómo Troya fue quemada y él se hizo desdichado?
Que evites el asunto, que no hables de manos,
nos hace recordar sin cesar lo que nos falta.
Uf, qué frenéticamente ordeno mi lenguaje;
¡como si debiéramos olvidar que no tenemos manos
si Marco se empeña en no nombrarlas!
Ven, vamos a empezar; dulce muchacha, come esto.
¡Aquí no hay bebida! Oye, Marco, lo que dice ella
(puedo interpretar sus martirizados gestos).
Dice que no bebe otra cosa que lágrimas,
fermentadas en dolor, remojadas en sus mejillas.
Te quejas sin palabras, pero yo aprenderé

tu modo de pensar; tendré una comprensión

tan perfecta de tus mudos ademanes

como los ermitaños de sus súplicas sagradas.

No suspirarás, ni alzarás tus muñones al cielo,

ni pestañearás, ni moverás la cabeza, ni te arrodillarás,

ni harás gesto alguno del que no extraiga yo un alfabeto,

y aprenda por práctica constante a saber qué expresas.

JOVEN LUCIO Buen abuelo, deja esos amargos y sentidos lamentos;

haz feliz a mi tía con algún cuento alegre.

MARCO Ah, el tierno muchacho, conmovido,

llora al ver la angustia de su abuelo.

TITO ¡Calma, tierno mozalbete! Estás hecho un mar de llanto,

y las lágrimas diluirán tu vida pronto.

MARCO *golpea el plato con un cuchillo* .

¿Qué golpeas, Marco, con un cuchillo?

MARCO Lo que he matado, mi señor: una mosca.

TITO ¡Fuera de aquí, asesino! Me matas el corazón;

se me cierran los ojos ante cualquier tiranía;

asesinar a un inocente no es propio

de un hermano de Tito. Vete de aquí;

no mereces estar conmigo.

MARCO Mi señor, solo maté una mosca.

TITO «¿Solo?» ¿Y si esa mosca tenía un padre, hermano?

¡Cómo batirá las finas alas doradas,

y zumbará gestos de pena en el aire!

¡Pobre mosca inocente,

que con su bella melodía zumbadora

había venido a hacernos felices! Y tú la mataste.

MARCO Perdón, mi señor; era una mala mosca negra,

parecida al moro de la emperatriz; por eso la maté.

TITO ¡Ah, caramba!

Entonces perdóname por reprenderte,

porque cumpliste un acto de caridad.

Dame tu cuchillo, que me voy a regodear un poco.

Me haré la ilusión de que es el moro

que vino aquí con el fin de envenenarme.

Esto es para ti (*da un golpe a la mosca*),

y esto para Tamora. ¡Ah, granuja!

Pienso con todo que no hemos caído tan bajo

para matar entre dos una mosca

con apariencia de un moro negro como el carbón.

MARCO ¡Ah, pobre hombre! El dolor lo ha trabajado tanto,

que toma falsas sombras por materia verdadera.

TITO Ven, levántate, Lavinia, ven conmigo;

voy al aposento, a leer junto a ti

tristes historias, sucedidas en tiempos antiguos.

Ven, muchacho, ven conmigo. Tú, que tienes vista joven,

leerás mientras la mía comienza a nublarse.

Salen .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran el JOVEN LUCIO *y* LAVINIA *corriendo detrás de él, y el muchacho huye de ella con sus libros bajo el brazo* .

Entran TITO *y* MARCO.

JOVEN LUCIO ¡Ayúdame, abuelo, ayúdame! Mi tía Lavinia

me sigue a todas partes, no sé por qué.

Buen tío Marco, mira qué rápido viene.

Ah, dulce tía, no sé qué te propones.

Arroja los libros .

MARCO Ven a mi lado, Lucio; no le temas a tu tía.

TITO Te ama demasiado, muchacho, para hacerte daño.

JOVEN LUCIO Sí, así era cuando mi padre estaba en Roma.

MARCO ¿Qué quiere decir mi sobrina con esos gestos?

TITO No le temas, Lucio; algo quiere decir.

MARCO Ve, Lucio, ve cómo gesticula;

te querrá llevar a alguna parte.

Ay, muchacho; ni Cornelia les leía a sus hijos

con tanto apego como ella te ha leído a ti

dulce poesía y *El orador* de Cicerón.

¿No puedes adivinar por qué te acosa tanto?

JOVEN LUCIO Mi señor, no lo sé ni puedo adivinarlo,

a menos que la posea un frenesí o un paroxismo;

porque a menudo oí decir a mi abuelo

que el exceso de dolor vuelve locos a los hombres.

Y he leído que Hécuba de Troya

se volvió loca de pena. Eso me dio miedo,

aunque, mi señor, sé que mi noble tía

me ama tanto como me amaba mi madre,

y solo cegada por la locura habría de asustarme,

lo que me hizo arrojar mis libros y huir,

tal vez sin razón; pero perdóname, dulce tía,

y si mi tío Marco parte,

le serviré muy gustosamente a mi noble señora.

MARCO Lucio, lo haré.

LAVINIA *voltea con los muñones los libros*

que el JOVEN LUCIO *dejó caer* .

TITO ¿Qué, Lavinia? Marco, ¿qué quiere decir eso?

Desea ver alguno de los libros.

¿Cuál es, muchacha, de todos? Ábrelos, muchacho.

(*A* LAVINIA.) Eres una lectora más profunda y mejor preparada;

ve y escoge entre los que están en mi biblioteca,

y engaña así tu dolor, hasta que el cielo

revele al maldito que urdió tu desgracia.

¿Por qué alza sus brazos en esta secuencia?

MARCO Creo que quiere decir que había más de uno

aliado en el crimen. Sí, más de uno;

o tal vez alza los brazos al cielo pidiendo venganza.

TITO Lucio, ¿qué libro agita tanto?

JOVEN LUCIO La *Metamorfosis* de Ovidio, abuelo;

mi madre me lo dio.

MARCO Tal vez lo escogió de entre los otros

por amor a la que ha muerto.

TITO Con calma pero con diligencia pasa las páginas.

Ayúdala. ¿Qué encontrará? Lavinia, ¿debo leer?

Este es el trágico cuento de Filomela,

que trata de la traición de Tereo y la violación que cometió,

y la violación, me temo, es la raíz de tu ultraje.

MARCO Mira, hermano, cómo encuentra citas en las páginas.

TITO Lavinia, ¿fuiste así sorprendida entonces, dulce muchacha,

violada, agraviada, como Filomela,

forzada en el bosque vasto, sombrío y despiadado?

Vean, vean. Sí, un lugar como aquel, donde cazábamos…

Ah, ¡que nunca más tengamos que cazar allí!

Concebido para tal acto lo describe aquí el poeta,

hecho por la naturaleza para el asesinato y la violación.

MARCO ¿Por qué la naturaleza levantaría

un escondrijo tan inmundo,

si no es porque los dioses se deleitan en las tragedias?

TITO Continúa con tus gestos, dulce muchacha,

que aquí no hay sino amigos,

¿qué noble romano osó cometer semejante acto?

¿O no se escabulló Saturnino, como una vez Tarquino,

que dejó el campo tras pecar en el lecho de Lucrecia?

MARCO Siéntate, dulce sobrina. Hermano, siéntate a mi lado.

Que Apolo, Palas, Júpiter o Mercurio

me inspiren, pues debo descubrir esta traición.

Mi señor, mira aquí; mira aquí, Lavinia;

Escribe su nombre con un bastón, y lo guía con sus pies y su boca .

este suelo arenoso es liso; guía el báculo, si puedes,

como yo. Escribí mi nombre

sin la ayuda de ninguna mano.

¡Maldito el corazón que nos obliga a esta argucia!

Escribe, sobrina, y descubre aquí por fin

al que Dios desea descubrir para que haya venganza.

¡El cielo guíe esta pluma para que imprima sus dolores,

y podamos conocer a los traidores y la verdad!

Ella toma el bastón en su boca, lo guía con los muñones y escribe .

¿Oh, lees tú, mi señor, lo que ha escrito?

TITO «*Stuprum* , Quirón, Demetrio.»

MARCO ¿Qué? ¿Qué? ¿Los lascivos hijos de Tamora

son los autores de esta sangrienta atrocidad?

TITO *Magni dominator poli* ,

tam lentus audis scelera, tam lentus vides? [15]

MARCO Serénate, noble señor, aunque sé

que sobre esta tierra se ha escrito suficiente

para levantar un motín en el pensamiento

más pacífico y armar de gritos el corazón de un niño.

Mi señor, arrodíllate conmigo; Lavinia, de rodillas;

y tú, de rodillas, dulce muchacho,

esperanza romana de Héctor.

Se arrodillan .

Juren conmigo, como lo hizo el afligido esposo

y padre de aquella casta dama deshonrada,

el noble Junio Bruto; tras la violación de Lucrecia,

que luego de planearla con cuidado, ejecutaremos

una venganza mortal contra esos godos traicioneros,

y veremos su sangre, o moriremos con reproche.

Se levantan .

TITO Esto es seguro, y tú sabes cómo;

pero si cazas a esos oseznos, ten cuidado.

La hembra despertará si te huele una sola vez;

está siempre en estrecha alianza con el león,

y lo arrulla mientras juega en su lomo;

y mientras él duerme ella hace lo que le place.

Eres un cazador novato, Marco. Deja eso

y ven. Iré a buscar una lámina de cobre,

y con una punta de acero escribiré estas palabras,

y las guardaré. El furioso viento del norte

dispersará estas arenas como las hojas de Sibila,

¿y adónde irá pues nuestra lección? Muchacho, ¿qué dices?

JOVEN LUCIO Digo, mi señor, que si fuera un hombre,

no estaría a salvo la alcoba de la madre

de esos viles siervos del yugo Roma.

MARCO ¡Ese es mi muchacho! Tu padre habría hecho

lo mismo por su ingrato país.

JOVEN LUCIO Y así lo haré yo, tío, sí vivo.

TITO Ven, ven conmigo a mi sala de armas.

Lucio, te equiparé, y tú, mi muchacho,

llevarás de mi parte a los hijos

de la emperatriz los presentes que pienso enviarles.

Ven, ven; enviarás mi mensaje, ¿o no?

JOVEN LUCIO Sí. Lo dejaré en sus pechos, con mi daga, abuelo.

TITO No, muchacho, no así; te enseñaré otra forma.

Lavinia, ven; Marco, ve a mi casa;

Lucio y yo nos burlaremos de la corte.

Ah, en verdad lo haremos, mi señor, y observaremos.

Salen TITO, LAVINIA *y el* JOVEN LUCIO.

MARCO Oh, cielo, ¿puedes oír gemir a un buen hombre,

y no ablandarte, o compadecerte por él?

Marco, atiéndelo en su rapto de locura,

que lleva en el corazón más cicatrices de dolor

que marcas del enemigo en su armadura abatida,

y aun así es tan justo que no se vengará.

¡Que se vengue el cielo por el viejo Andrónico!

Sale .

ESCENA II

Entran AARÓN, QUIRÓN *y* DEMETRIO *por una puerta; y por otra el* JOVEN LUCIO *y otro con un puñado de armas, y versos escritos en ellas* .

QUIRÓN Demetrio, aquí está el hijo de Lucio;

tiene un mensaje que entregarnos.

AARÓN Sí, un loco mensaje de su abuelo loco.

JOVEN LUCIO

Nobles señores, con toda la humildad que puedo tener,

los saludo con honores de parte de Andrónico.

A un lado .

Ruego a los dioses romanos que los destruyan a ambos.

DEMETRIO Gracias, querido Lucio. ¿Cuáles son las nuevas?

JOVEN LUCIO (*A un lado* .)

Que las marcas de violación que han dejado,

han sido descubiertas, malditos. (*En voz alta* .) Les placerá saber

que mi abuelo, tras pensarlo bien, les envía conmigo

las mejores armas de su arsenal

para complacer la honorable juventud de ambos,

esperanza de Roma. Esto es lo que me rogó decir,

y así lo hago, y con sus regalos me presento

a Sus Señorías, que, cuando sea necesario,

podrán estar bien armados y equipados.

Así los dejo a ambos (*a un lado*), villanos sanguinarios.

Sale con su sirviente .

DEMETRIO ¿Qué hay aquí? Un rollo, escrito y cerrado. Veamos:

«Integer vitae, scelerisque purus ,

non eget Mauri iaculis, nec arcu». [16]

QUIRÓN Oh, es un verso de Horacio; lo conozco bien;

lo leí en la gramática hace mucho tiempo.

AARÓN Exacto, un verso de Horacio; bien, lo tienes.

(*A un lado* .) Bueno, ¡qué cosa es ser un asno!

¡Buena broma! El viejo encontró a los culpables,

y les envía armas envueltas con versos

que hieren vivamente, aunque ellos no los sientan.

Pero si nuestra aguda emperatriz estuviera en pie,

aplaudiría la ironía de Andrónico;

pero dejemos que descanse su inquietud por un rato.

A QUIRÓN *y* DEMETRIO.

Y ahora, jóvenes señores, ¿no fue una estrella feliz

la que nos llevó a Roma, extranjeros, y más que eso,

cautivos, para ascender hasta esta altura?

Me dio placer despreciar ante la entrada del palacio

al bravo tribuno en la audiencia de su hermano.

DEMETRIO A mí me da más placer, ver a un noble tan poderoso

buscar tan burdamente favores con regalos.

AARÓN ¿No tenía sus razones, noble Demetrio?

No trataste a su hija muy afectuosamente.

DEMETRIO Quisiera que tuviéramos mil damas romanas

para acorralarlas y saciar nuestra lujuria.

QUIRÓN ¡Caritativo deseo, y lleno de amor!

AARÓN Solo falta tu madre para decir amén.

QUIRÓN Y por ella que fueran cien mil más.

DEMETRIO Ven, vayamos a rogar a todos los dioses

por nuestra madre entregada a sus penosas faenas.

AARÓN (*A un lado* .)

Rueguen a los demonios; los dioses nos han abandonado.

Sonido de trompetas .

DEMETRIO ¿Por qué las trompetas del emperador suenan así?

QUIRÓN Posiblemente de alegría porque el emperador tuvo un hijo.

DEMETRIO Calma, ¿quién viene aquí?

Entra la NODRIZA *con un niño negro como un moro* .

NODRIZA Buen día, nobles señores.

Díganme, ¿han visto a Aarón el Moro?

AARÓN Bien, más o menos, o ni un ápice.

Aquí está Aarón, ¿y ahora qué pasa con él?

NODRIZA Oh, gentil Aarón, estamos perdidos.

¡Ayúdanos, o la desgracia caiga por siempre sobre ti!

AARÓN ¡Ah, qué maullido es ese!

¿Qué apañas y acurrucas en tus brazos?

NODRIZA Lo que quiero ocultar de los ojos del cielo.

La vergüenza de la emperatriz

y la desgracia de la majestuosa Roma.

Ella ha alumbrado, señores, ha alumbrado.

AARÓN ¿Qué cosa?

NODRIZA Quiero decir que está en cama después de parir.

AARÓN Bien, que Dios le dé reposo. ¿Qué le envió?

NODRIZA Un demonio.

AARÓN Vaya, entonces es madre de un demonio; feliz engendro.

NODRIZA Infeliz, funesto, negro y lamentable engendro.

Aquí está el bebé, tan repugnante como un sapo

comparado con las hermosas criaturas de nuestro país.

La emperatriz te lo envía, tu marca, tu sello,

y te encomienda bautizarlo con la punta de tu daga.

AARÓN ¡Rayos, qué perra! ¿Es el negro un color tan ruin?

Dulce primor, eres un bello capullo, seguro.

DEMETRIO Maldito, ¿qué has hecho?

AARÓN Lo que ya no puedes deshacer.

QUIRÓN Has deshecho a nuestra madre.

AARÓN Maldito, lo hice con tu madre.

DEMETRIO Y con eso, perro infernal, la has destruido.

¡Pobre suerte la de ella y maldita su detestable elección!

¡Maldita la progenie de tan detestable demonio!

QUIRÓN No vivirá.

AARÓN No morirá.

NODRIZA Debe morir, Aarón. La madre así lo desea.

AARÓN ¿Que debe morir, nodriza? Entonces no dejen que nadie

sino yo sea el verdugo de mi carne y mi sangre.

DEMETRIO Empalaré al renacuajo en la punta de mi estoque.

Nodriza, dámelo; mi espada lo despachará pronto.

AARÓN (*Tomando al niño y sacando la espada* .)

Pronto esta espada horadará tus entrañas.

Quietos, malditos asesinos; ¿matarán a su hermano?

Ah, por los cirios ardientes del cielo,

que refulgían cuando nació este niño,

que morirá bajo el filo de mi cimitarra

que ya lo toca, primogénito mío y heredero.

Les digo, pequeñuelos, que ni Encelado,

con toda su amenazante banda de críos de Tifón,

ni el gran Alcides, ni el dios de la guerra

arrancarán esta presa de las manos de su padre.

Vamos, muchachos sonrosados y cobardes,

¡muros encalados, pancartas de taberna!

El negro carbón es mejor que otro color,

porque desprecia cargar otro color.

Ni toda el agua del océano

podrá blanquear nunca las negras patas del cisne,

aunque las lave cada hora con la corriente.

Díganle a la emperatriz de mi parte,

que tengo suficiente edad para decidir

por mí mismo, y que me perdone como pueda.

DEMETRIO ¿Traicionarás entonces a tu noble señora?

AARÓN Mi señora es mi señora, y este niño soy yo mismo,

genio y figura de mi juventud.

Lo prefiero a todo el mundo;

a pesar de todo el mundo lo mantendré a salvo,

o alguno de ustedes arderá en Roma.

DEMETRIO

Por este hijo nuestra madre perderá su honor para siempre.

QUIRÓN Roma la despreciará por esta sucia correría.

NODRIZA El emperador, ciego de rabia, la sentenciará a muerte.

QUIRÓN Me ruborizo al pensar en esta ignominia.

AARÓN Sí; es el privilegio que conlleva la belleza.

¡Aj, color traicionero, que traiciona con rubor

los decretos y designios más secretos del corazón!

He aquí un muchacho forjado con otra tez.

Miren cómo el negro esclavo le sonríe al padre,

como si dijera, «Viejo amigo, soy tu obra».

Es su hermano, señores, dotado de sensaciones

por la misma sangre que les dio la vida a ambos,

y de ese vientre donde estuvieron prisioneros

fue liberado para ver la luz.

No, es hermano de ambos por el lado seguro,

aunque en el rostro lleve estampado mi sello.

NODRIZA Aarón, ¿qué le diré a la emperatriz?

DEMETRIO Notifícanos, Aarón, lo que debe hacerse,

y apoyaremos todos tu consejo.

Salva al niño, y así estaremos todos a salvo.

AARÓN Sentémonos, pues, y discutamos el caso.

Mi hijo y yo estaremos acechando.

Quédense allí; ahora, hablen a placer sobre cómo salvarse.

DEMETRIO (*A la* NODRIZA.) ¿Cuántas mujeres vieron a su hijo?

AARÓN ¡Ah, qué nobles tan valientes!

Cuando nos unimos por una causa común,

soy un cordero, pero si desafían al moro,

ni el verraco enfurecido, ni la leona de montaña,

ni el océano se enardecen tanto como el Aarón tempestuoso.

(*A la* NODRIZA.) Pero dilo de nuevo, ¿cuántos vieron al niño?

NODRIZA Cornelia, la partera y yo misma,

y nadie más excepto la emperatriz parturienta.

AARÓN La emperatriz, la partera y tú.

Dos pueden mantener la prudencia si falta una tercera;

ve adonde la emperatriz, y dile que he dicho esto.

La mata .

¡Cuic, cuic! Así llora el cerdo listo para el asador.

DEMETRIO ¿Qué pretendes, Aarón? ¿Por qué has hecho eso?

AARÓN Noble señor, es un acto calculado.

¿Debía vivir para delatarnos

esta chismosa lengua larga? No, señores, no.

Y ahora entérense de mi plan completo.

No lejos de aquí, la esposa de un cierto Muliteo,

compatriota mío, dio a luz solo anoche.

Su hijo es como ella, blanco como ustedes.

Vayan a negociar con él, denle oro a la madre

y díganle a ambos todos los detalles:

cómo su hijo progresará por esto,

y será recibido como heredero del emperador,

y sustituido por el mío,

para calmar la tempestad que azota la corte.

Y dejen que el emperador lo acune

como si fuera suyo. Escuchen, señores

(*señalando a la* NODRIZA) ya vieron cómo le di su medicina,

ahora deben proporcionarle un funeral;

los campos están cerca, y ustedes son corteses.

No vayan a tardar muchos días, y cuando terminen

envíenme de inmediato a la partera.

Con la partera y la nodriza eliminadas,

que luego las mujeres murmuren lo que quieran.

QUIRÓN Veo, Aarón, que no confiarías un secreto

ni al aire.

DEMETRIO Tu cuidado por Tamora

la dejarán a ella y los suyos en deuda contigo.

Salen QUIRÓN *y* DEMETRIO *llevándose el cadáver de la* NODRIZA.

AARÓN Ahora a la región de los godos,

tan rápido como vuela una golondrina,

a disponer allá de este tesoro que tengo en brazos,

y saludar secretamente a los amigos de la emperatriz.

Ven, esclavo de labios gruesos, te llevaré allá;

porque eres tú quien nos obliga a estas artimañas.

Te haré alimentar con moras y raíces,

y con cuajadas y suero, y mamar de la cabra,

y te haré albergar en una cueva, y serás educado

como guerrero, para que comandes un campamento.

Sale con el niño .

ESCENA III

Entran TITO*, el viejo* MARCO*, su hijo* PUBLIO*, el* JOVEN LUCIO*, otros señores* (SEMPRONIO*,* CAYO) *con arcos.* TITO *lleva las flechas con cartas en las puntas* .

TITO Ven, Marco, ven; parientes, este es el camino.

Pequeño señor, muéstrame tu talento con el arco.

Veamos, extiéndelo todo, y endereza esto hacia aquí.

Terras Astrae reliquit .[17] Recuerda, Marco,

que ella se ha ido, voló. Señores, preparen sus armas.

Ustedes, primos, sondeen el océano,

y arrojen sus redes;

con suerte tal vez la atrapen en el mar;

aunque allí hay tan poca justicia como en la tierra.

No; Publio y Sempronio, deben hacerlo;

deben cavar con pico y pala,

y taladrar el más recóndito centro de la tierra.

Entonces, cuando lleguen al reino de Plutón,

les ruego que le entreguen este pedido:

díganle que imploro justicia y ayuda,

y que el ruego proviene del viejo Andrónico,

estremecido de dolor en la desagradecida Roma.

¡Ah, Roma! Bien, bien, te hice infeliz

cuando arrojé los sufragios del pueblo

a favor de aquel que desde entonces me tiraniza.

Vayan, partan, y les ruego que pongan cuidado,

y no dejen a ningún guerrero sin registrar.

Tal vez ese ruin emperador la haya embarcado,

y, parientes míos, estemos buscando justicia en vano.

MARCO Publio, ¿no es tristísimo

ver así demente a tu noble tío?

PUBLIO Por eso, nobles señores, nos compete en alto grado

atenderlo día y noche y cuidarlo,

y alimentar su ánimo con toda la bondad posible,

hasta que el tiempo provea un cuidadoso remedio.

MARCO Parientes, su dolor no tiene remedio.

Pero […]

únanse a los godos, y con una guerra vengativa

descarguen su cólera sobre la ingrata Roma,

y vénguense del traidor Saturnino.

TITO Publio, ¿y bien? ¿Qué, mis amos, la han encontrado?

PUBLIO No, mi señor, pero Plutón te manda a decir

que si has de obtener venganza del infierno, la tendrás.

En cuanto a la justicia, está muy ocupada.

Él cree que está con Júpiter en los cielos, o en otra parte,

de modo que debes esperar un tiempo.

TITO Me ha hecho mal alimentarme de retrasos.

Me hundiré bajo el ardiente lago,

y la sacaré del Aqueronte por los talones.

Marco, no somos cedros, sino arbustos,

no hombres de grandes huesos como los Cíclopes,

sino metal, Marco, acero hasta el espinazo,

aquejados de más pesares que los que pueden

cargar nuestras espaldas; y desde que no hay justicia

ni en la tierra ni en el infierno,

rogamos al cielo y buscamos conmover a los dioses

para que nos envíen justicia y venguen nuestros pesares.

Ven, vamos a nuestros asuntos. Eres buen arquero, Marco.

Le da las flechas .

«Ad Jovem», estas son para ti. Aquí, *«Ad Apollinem»* :

«Ad Martem» ,[18] estas son para mí.

Ten, muchacho, «A Palas». Aquí, «A Mercurio».

«A Saturno», Cayo, no a Saturnino.

Bien pueden dispararlas contra el viento.

¡Hacia allí, muchacho! Marco, suéltala cuando te lo pida.

Palabra que las he escrito para que surtan efecto.

No hay dios a quien no le hayamos rogado.

MARCO Parientes, disparen todas sus saetas hacia la corte.

Heriremos al emperador en su orgullo.

TITO Ahora, nobles señores, disparen. ¡Bien hecho, Lucio!

Disparan .

¡Bien, muchacho, en el regazo de Virgo! Dale a Palas.

MARCO Mi señor, yo apunto a una milla más allá de la luna.

Tu carta ya está con Júpiter.

TITO ¡Ja, ja! Publio, Publio, ¿qué has hecho?

Mira, le has dado a Tauro en un cuerno.

MARCO Fue por diversión, mi señor: cuando Publio disparó,

el toro, irritado, le dio a Aries un golpe tal

que tumbó los cuernos del carnero en la corte.

¿Y quién los encontrará sino ese lacayo de la emperatriz?

Ella rió, y le dijo al moro que no hiciera otra cosa

que dárselos a su señor como regalo.

TITO Bien, allí va; ¡Dios le dé dicha a su señoría!

Entra el BUFÓN *con una cesta y dos palomas dentro* .

¡Nuevas, nuevas del cielo! Marco, ha llegado el correo.

Hombrecito, ¿qué noticias hay? ¿Traes cartas?

¿Tendré justicia? ¿Qué dice Júpiter?

BUFÓN Ja, ¿el dios de las horcas? Te manda a decir que las desmontó de nuevo,

y que no colgarán al hombre hasta la semana que viene.

TITO Pero ¿qué dice Júpiter, te pregunto?

BUFÓN Ay, señor, no conozco a ese Júrquiter. No he bebido con él

en toda mi vida.

TITO Qué, bellaco, ¿no eres tú el mensajero?

BUFÓN Sí, de mis palomas, señor, solamente.

TITO ¿Cómo, no vienes del cielo?

BUFÓN ¿Del cielo? Lo siento, señor, nunca estuve allá. Dios me impidió ser tan audaz como para abrumar al cielo en mi juventud.

Vea, yo voy con mis palomas al tribunal del pueblo, para arreglar una disputa entre mi tío y uno de los hombres del emperador.

TITO Ven aquí, granuja. No hagas más alharaca;

solo dale tus palomas al emperador.

Por mí obtendrás justicia de sus manos.

Aguanta, aguanta; (*le da dinero*) ten mientras tanto dinero

para tus gastos. Denme pluma y tinta.

¿Puedes hacer llegar con mis respetos

una petición al emperador?

BUFÓN Sí, señor.

TITO (*Escribe y le da el papel* .)

Pues aquí tienes una petición para ti, y cuando

estés delante de él primero debes arrodillarte,

luego besarle los pies, luego entregar las

palomas y por fin buscar tu paga.

Yo estaré cerca; mira de hacerlo con gallardía.

BUFÓN Te lo aseguro, señor. Déjame a mí.

TITO Hombrecito, ¿tienes un cuchillo? Ven, déjame verlo.

Toma el cuchillo y se lo da a MARCO.

Ten, Marco, envuélvelo en la petición

pues habrás hecho como un humilde suplicante.

Y cuando se lo hayas dado al emperador,

toca a mi puerta, y dime qué te dijo.

BUFÓN Dios esté contigo, señor; así lo haré.

Sale .

TITO Ven, Marco, vámonos. Publio, sígueme.

Salen .

ESCENA IV

Entran SATURNINO, TAMORA*, sus dos hijos,* QUIRÓN *y* DEMETRIO*, y sirvientes;* SATURNINO *trae en sus manos las flechas que arrojó* TITO.

SATURNINO Bien, señores, ¡qué agravios estos! ¿Se ha visto
alguna vez un emperador tan agobiado,
perturbado, enfrentado de tal modo, y por ejercer
una justicia igualitaria, tratado
con tanto desprecio? Dignos señores, ustedes saben,
como lo saben los poderosos dioses,
que aunque estos perturbadores de la paz
zumben en los oídos del pueblo, todo cuanto se ha hecho
contra los tercos hijos del viejo Andrónico
ha sido con anuencia de la ley. ¿Y qué
si sus pesares han sobrepasado su juicio?
¿Nos dejaremos afligir por su cólera,
sus arranques de ira, su furor y su amargura?
Y ahora le escribe al cielo pidiendo justicia.
Vean, aquí a Júpiter, y esta a Mercurio,
esta a Apolo, esta al dios de la guerra
(¡dulces libelos que vuelan sobre las calles de Roma!).
¿Qué es esto sino difamar al Senado,
y proclamar nuestra injusticia en todas partes?
Un enorme capricho, ¿no es así, nobles señores?,
como si uno dijera que en Roma no hay justicia.
Pero si yo vivo, sus fingidos arrebatos
no deben ser cobijo de sus ultrajes;
él y los suyos deben saber que la justicia vive
en el cuerdo Saturnino, quien, aunque duerma,

estará tan despierto como furioso

para segar la vida del conspirador más orgulloso.

TAMORA Gracioso señor, adorable Saturnino,

señor de mi vida, comandante de mis pensamientos,

calma tu cólera, y tolera los achaques de Tito,

los efectos del dolor por sus valerosos hijos,

cuya pérdida lo ha herido profundamente

y le ha marcado el corazón;

y más bien consuela su angustia

en vez de perseguirlo para mejor o peor

por esos menosprecios. (*A un lado* .) Bien, así le conviene

a la preclara Tamora usar palabras justas en todo.

Pero Tito, te he tocado en lo más hondo.

Una vez que tu sangre corra, si Aarón es astuto,

todo estará a salvo, y el ancla en el puerto.

Entra el BUFÓN.

¿Qué hay, buen amigo? ¿Quieres hablar con nosotros?

BUFON Sí, así es, Su Señoría imperial.

TAMORA Emperatriz soy, pero allí sentado está el emperador.

BUFÓN Es él. Dios y san Esteban te den buenas tardes. Te he traído

aquí una carta y un par de palomas.

SATURNINO *lee la carta* .

SATURNINO (*A un asistente* .) Ve, llévatelo y cuélgalo ahora mismo.

BUFÓN ¿Cuánto dinero he de recibir?

TAMORA Ve, granuja, te ahorcarán.

BUFÓN ¡Ahorcado por nuestra señora! Qué adecuado entonces que

he traído un cuello.

Sale escoltado .

SATURNINO ¡Odiosos e intolerables agravios!

¿Soportaré esta monstruosa bajeza?

Sé de dónde procede este plan.

¿Debo tolerarlo? ¡Como si sus traidores hijos,

que murieron justamente por matar a nuestro hermano,

hubieran sido asesinados

equivocadamente por decisión mía!

Vayan, arrastren al bellaco hasta aquí por los pelos.

No hay edad ni honor que conceda privilegios;

por este orgulloso escarnio seré tu verdugo,

pérfido y rabioso infeliz, que ayudaste a hacerme grande,

con la esperanza de gobernarme a mí y a Roma.

Entra el mensajero, EMILIO.

SATURNINO ¿Qué nuevas traes, Emilio?

EMILIO ¡A las armas, señor! Roma nunca tuvo mayor motivo:

los godos han fruncido el ceño, y con un ejército

de hombres bien resueltos, ávidos de saqueo,

marchan hacia aquí con vehemencia, guiados

por Lucio, hijo del viejo Andrónico,

quien amenaza, en el curso de su venganza,

con hacer tanto como hizo Coriolano.

SATURNINO ¿Es el belicoso Lucio general de los godos?

Estas noticias me hielan, y la cabeza me cuelga

como flores con escarcha, o hierba abatida

por la tormenta. Ah, ya se acercan nuestros males.

Es a él a quien la gente común ama tanto;

yo mismo los he oído decir con frecuencia,

cuando camino como un hombre corriente,

que el destierro de Lucio fue injusto,

y que deseaban que Lucio fuera emperador.

TAMORA ¿Por qué has de temer? ¿No es fuerte tu ciudad?

SATURNINO Sí, pero los ciudadanos favorecen a Lucio,

y se rebelarán para socorrerlo.

TAMORA

Rey, que tu pensamiento sea imperioso como tu nombre.

¿Se opaca el sol si vuelan frente a él los mosquitos?

El águila tolera el canto de los pequeños pájaros,

sin importarle qué quieren decir,

sabiendo que con la sombra de sus alas

puede eclipsar cuando quiera esas melodías;

así puedes tú con las inconstantes gentes de Roma.

Por eso anímate; debes saber, emperador,

que encantaré al viejo Andrónico

con palabras más dulces y aun así más peligrosas

que carnadas para el pez, o tallos melosos para la oveja,

pues sabes que mientras a uno lo hiere la carnada,

la otra enferma con la deliciosa comida.

SATURNINO Pero él no le implorará a su hijo por nosotros.

TAMORA Lo hará si Tamora le suplica.

Pues puedo enternecer y contentar sus oídos de anciano

con doradas promesas, y aunque su corazón sea

casi inexpugnable, y sus viejos oídos sordos,

tanto oídos como corazón obedecerán a mi lengua.

(*A* EMILIO.) Ve como embajador nuestro.

Di que el emperador exige una conferencia

con el belicoso Lucio, y arregla un encuentro

en la misma casa de su padre, el viejo Andrónico.

SATURNINO Emilio, entrega este mensaje con respeto,

y si él insiste en una garantía por su seguridad,

ofrécele que pida el rehén que más le plazca.

EMILIO Ejecutaré tu mandato con eficacia.

Sale .

TAMORA Ahora, yo buscaré al viejo Andrónico,

y lo calmaré con todas las artes que tengo,

para arrancar al soberbio Lucio de los belicosos godos.

Y tú, dulce emperador, recupera la calma,

y entierra todo temor en mis ardides.

SATURNINO Vayan de inmediato, y persuádanlo.

Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Fanfarria. Entra LUCIO *con un ejército de godos*

con tambores y soldados .

LUCIO Guerreros fogueados y fieles amigos míos,

he recibido cartas de la gran Roma

que prueban el odio que tienen allí por el emperador,

y cuánto desean nuestra presencia.

Por tanto, poderosos señores, sean,

como prueban sus títulos, imperiosos,

e impacientes de vengar los agravios;

y por cada injuria que Roma les ha causado,

exíjanle triple satisfacción.

UN GODO Bravo vástago brotado del gran Andrónico,

cuyo nombre fue una vez nuestro terror,

y ahora es nuestro consuelo, cuyas grandes proezas

y honorables actos la ingrata Roma

recompensa con desprecio, confía en nosotros.

Te seguiremos adonde nos conduzcas

y, como abejas ponzoñosas guiadas

por su señor a campos floridos

en el más caliente día de verano,

nos vengaremos de la maldita Tamora.

TODOS LOS GODOS Y como él dice, así decimos todos con él.

LUCIO Les agradezco humildemente a todos.

Pero ¿quién viene aquí, escoltado por un robusto godo?

Entra un godo, guiando a AARÓN *con un niño en brazos* .

SEGUNDO GODO Ilustre Lucio, me alejé de nuestras, tropas

para atisbar un monasterio en ruinas,

y mientras fijaba atentamente los ojos

en el edificio derruido, de repente

oí llorar a un niño bajo un muro.

Prestaba atención al ruido, cuando pronto oí

que este discurso calmaba al niño:

«¡Calma, negro esclavito, mitad mío

y mitad de tu señora madre! Si tu color

no revelara de quién eres hijo,

si la naturaleza solo te hubiera dejado

la apariencia de tu madre, bellaco,

habrías sido emperador. Pero cuando el toro

y la vaca son blancos los dos como la leche,

no engendran un ternero negro como carbón.

¡Calma, maldito, calma!». Así regañaba al bebé:

«que debo llevarte donde un godo de confianza

que, cuando sepa que eres hijo de la emperatriz,

te alzará con cariño por amor a tu madre».

Tras esto, bajé mi arma, me abalancé hacia él,

lo sorprendí de repente, y lo traje aquí,

para que trates al hombre como creas necesario.

LUCIO ¡Digno godo! Este es el diablo encarnado

que le robó a Andrónico su noble mano.

Esta es la perla que agradaban los ojos de tu emperatriz;

y aquí está el fruto infame de su ardiente lujuria.

Habla, esclavo de ojos penetrantes, ¿adónde

pensabas llevar esta imagen creciente

de tu rostro perverso? ¿Por qué no hablas?

¿Estás sordo? ¿Ni una palabra? Un dogal, soldados;

cuélguenlo de este árbol, y a su lado a este fruto de bastardía.

AARÓN No toquen al niño; lleva sangre real.

LUCIO Demasiado parecido al señor para ser bueno.

Cuelguen primero al niño, para que lo vea retorcerse

(una escena para atormentar además

el alma del padre). Tráiganme una escalera.

Los godos traen una escalera,

a la que sube AARÓN.

AARÓN Lucio, perdona al niño

y llévalo de mi parte a la emperatriz.

Si lo haces, te contaré cosas sorprendentes,

que te será de sumo provecho oír.

Si no, que pase lo que ha de pasar,

y solo diré, «Que la venganza los pudra a todos».

LUCIO Habla, y si me satisface lo que dices,

el niño vivirá, y me encargaré de criarlo.

AARÓN ¿Si te satisface? Ah, te lo aseguro, Lucio,
te afligirá el alma oír lo que diré;
porque hablaré de asesinatos, violaciones y masacres,
actos de negra noche, actos abominables,
conjuras de injurias, traiciones, villanías
lamentables de oír, y ejecutadas
sin embargo para despertar piedad,
y todo esto será enterrado con mi muerte,
a menos que jures que mi hijo vivirá.
LUCIO Di lo que sabes. Te digo que el niño vivirá.
AARÓN Jura que vivirá, y entonces empezaré.
LUCIO ¿Por quién jurar? No crees en ningún dios.
¿Cómo puedes creer pues en un juramento?
AARÓN ¿Y qué si no? Por cierto que no creo.
Sin embargo, sé que eres religioso,
y tienes algo dentro que llamas conciencia,
con veinte tramoyas y ceremonias papales,
que te he visto observar cuidadosamente.
Por eso te exijo juramento. Pues como sé
que un idiota blande su báculo por un dios,
y respeta el juramento que por ese dios ha hecho,
a ese dios le exigiré. Por tanto harás votos
por ese mismo dios, sea el que fuere,
que adoras y guardas con reverencia,
de salvar a mi hijo, alimentarlo y criarlo,

o no te revelaré nada.

LUCIO Te juro por mi dios que lo haré.

AARÓN Lo primero que tienes que saber

es que lo engendré en la emperatriz.

LUCIO ¡Ah, mujer insaciable y lasciva!

AARÓN Bah, Lucio, no fue sino un acto de caridad,

en comparación con lo que vas a oír ahora:

fueron sus dos hijos los que asesinaron a Basiano.

Ellos le cortaron la lengua a tu hermana y la violaron,

y le cortaron sus manos y la vistieron como la encontraste.

LUCIO ¡Malvado detestable! ¿Llamas a eso vestir?

AARÓN Bueno, fue lavada, mutilada y vestida,

y vestida diversión fue para ellos que lo hicieron.

LUCIO ¡Bárbaros, animales malvados como tú!

AARÓN Cierto, fui yo el tutor que los instruyó.

Ese ánimo lúbrico les viene de su madre,

tan seguro como una carta que siempre gana.

Los pensamientos sanguinarios los aprendieron de mí, creo,

tan verdad como un perro que siempre ataca al cuello.

Bien, deja que mis actos testimonien de valía.

Atraje a tus hermanos al engañoso hueco

en donde yacía el cadáver de Basiano.

Escribí la carta que encontró tu padre,

y escondí el oro mencionado en esa carta,

confabulado con la reina y sus dos hijos;

¿y qué no he hecho, que tengas razón de lamentar,

sin causar mi dosis de daño?

Jugué al engaño para tener la mano de tu padre,

y cuando la tuve, me retiré,

y el corazón casi se me rompe de tanto reír.

Atisbaba por la grieta de un muro,

mientras, de su mano, recibía las cabezas de sus dos hijos;

contemplaba sus lágrimas, y reía de tal modo

que mis dos ojos se inundaron como los de él;

y cuando le conté a la emperatriz esta treta,

ella casi se desmaya con mi agradable cuento,

y me pagó las nuevas con veinte besos.

UN GODO ¿No puedes contar esto sin abochornarte?

AARÓN Sí, como un perro negro, como dice el proverbio.

LUCIO ¿No te lamentas de estos hechos atroces?

AARÓN Sí, como si no hubiera cometido mil más.

Incluso ahora maldigo el día (pero pienso

que son pocos los que caben en la maldición)

en que no hice alguna maldad de importancia

como matar a un hombre, o planear cómo hacerlo;

acusar a un inocente, y jurar en vano;

cultivar una enemistad mortal entre dos amigos;

hacer que el ganado de los pobres se rompiera el cuello;

incendiar graneros y hacinas en la noche,

y llevar a los dueños a apagar el fuego con su llanto.

Con frecuencia he desenterrado muertos de sus tumbas,

y los he dejado a la puerta de sus amigos queridos,

cuando la pena estaba casi olvidada,

después de tallar en sus pieles,

como sobre la corteza de un árbol,

con mi cuchillo y en letras romanas,

«No dejes morir tu dolor, aunque esté muerto».

Aunque he hecho mil cosas espantosas

con tanto gusto como quien mata una mosca,

nada sin embargo me aflige tan sinceramente

como no poder hacer diez mil más.

LUCIO (*A un godo* .) Bajen a este diablo, morir en la horca

es una muerte demasiado dulce para él.

Bajan a AARÓN.

AARÓN Si existieran los diablos, ojalá yo fuese uno,

para vivir y arder en un fuego eterno;

así podría tener tu compañía en el infierno,

solo para atormentarte con mi lengua venenosa.

LUCIO Señores, tápenle la boca. Que no hable más.

AARÓN *es amordazado* .

Entra EMILIO.

UN GODO Mi señor, hay un mensajero de Roma

que desea ser admitido a tu presencia.

LUCIO Déjenlo acercarse. Bienvenido, Emilio.

¿Qué noticias traes de Roma?

EMILIO Noble Lucio, y ustedes príncipes de los godos:

el emperador romano les manda sus respetos,

y, sabiendo que están alzados en armas,

anhela un encuentro en la casa de tu padre;

desea que reclamen ustedes sus rehenes,

que les serán entregados de inmediato.

UN GODO ¿Qué dice nuestro general?

LUCIO Emilio, que el emperador entregue sus reos

en prenda a mi padre y a mi tío Marco,

y nosotros iremos. Márchate.

Fanfarria. Sale .

ESCENA II

Entran TAMORA *y sus dos hijos,* QUIRÓN *y* DEMETRIO*,*

los tres disfrazados .

TAMORA Bien, en este extraño y triste atavío

me encontraré con Andrónico,

y le diré que soy la Venganza,

enviada de abajo para reunirme con él

y hacer justicia por sus horribles males.

Toquen a la puerta de su estudio, donde dicen

que rumian raros planes de horrendas venganzas;

díganle que la Venganza ha venido a reunirse con él,

y obrar la confusión entre sus enemigos.

Golpean, y TITO *abre la puerta de su estudio arriba* .

TITO ¿Quién interrumpe mi contemplación?

¿Es truco tuyo hacerme abrir la puerta,

para que mis tristes determinaciones huyan volando,

y todo mi estudio quede sin efecto?

Te engañas, pues lo que me propongo hacer

está trazado aquí con líneas de sangre;

y lo que está escrito debe ser ejecutado.

TAMORA Tito, he venido a hablar contigo.

TITO No, ni una palabra; ¿qué gracia tienen mis palabras

sin una mano que les dé acción?

Tienes ventaja sobre mí; por tanto, no digas más.

TAMORA Si me conocieras, hablarías conmigo.

TITO No estoy loco; te conozco lo bastante:

este muñón miserable es testigo,

estas líneas carmesíes son testigos,

estos surcos causados por la pena y la zozobra,

y el fatigoso día y la pesada noche, son testigos;

todo el dolor es testigo de que te conozco bien

como nuestra altiva emperatriz, poderosa Tamora.

¿No vienes por mi otra mano?

TAMORA Sabes, triste hombre, no soy Tamora;

ella es tu enemiga, y yo tu aliada.

Soy la Venganza, enviada desde el reino infernal

para tranquilizar al corrosivo buitre

de tu pensamiento desatando la aliviadora

venganza sobre tus enemigos.

Baja y recíbeme en la luz de este mundo;
decretemos juntos asesinato y muerte.
No hay caverna o escondite,
ni vasta oscuridad ni valle brumoso
donde el sangriento Asesinato o la odiosa Violación
puedan encubrirse sin que yo los encuentre
y diga en sus oídos mi temible nombre,
Venganza, que hace temblar al ruin ofensor.
TITO ¿Eres la Venganza? ¿Te han enviado
para atormentar a mis enemigos?
TAMORA Sí. Baja, entonces, y recíbeme.
TITO Antes hazme un favor. Allí, a tu lado,
están la Violación y el Asesinato.
Para asegurarme de que eres la Venganza,
apuñálalos, o desgárralos bajo las ruedas
del carruaje, e iré y seré tu cochero,
y daré vueltas por el globo contigo,
te proveeré de dos palafreneros
adecuados, negros como azabache,
para que tiren rápido de tu carro vengativo,
y encuentres asesinos en sus cuevas culpables;
y cuando el carro cargue sus cabezas,
desmontaré, y al lado de la rueda
marcharé todo el día como un lacayo servil,
desde que se alza Hiperión por el este

hasta su puesta en el mar.

Día a día haré esta dura tarea,

si destruyes al Asesinato y el Ultraje.

TAMORA Son mis ministros; vienen conmigo.

TITO ¿Tus ministros? ¿Cómo se llaman?

TAMORA Violación y Asesinato. Se llaman así

porque se vengan de esa calaña de hombres.

TITO Dios, cómo se parecen a los hijos de la emperatriz.

¡Y tú a la emperatriz! Pero los hombres mundanos

tenemos ojos desdichados, dementes y engañadores.

Ah, dulce Venganza, bajo ya hacia ti,

y si te hace feliz el apretón de un solo brazo,

te abrazaré luego.

Sale de arriba .

TAMORA Este acuerdo confirma su locura.

Cualquier cosa que invente para alimentar

los delirios de su cerebro enfermo

apóyenlo y sosténganlo con sus palabras,

pues ahora cree firmemente que soy la Venganza,

y, siendo crédulo de este loco pensamiento,

haré que mande a buscar a Lucio, su hijo;

y mientras me aseguro de que esté en el banquete,

tramaré algún ardid para regar y dispersar

en su momento a los volubles godos,

o al menos volverlos contra él.

Vea, ya viene. Debo seguir con mi asunto.

Entra TITO *abajo* .

TITO Hace tiempo que vivo abandonado, y todo por ti.

Bienvenida, temible Furia, a mi afligido hogar;

Ultraje y Asesinato, sean también bienvenidos.

¡Qué parecidos son a la emperatriz y sus hijos!

Tendrías todas las condiciones, si tuvieras un moro;

¿no te proporcionó el infierno un diablo así?

Bien sé que la emperatriz nunca se mueve

sin tener a su moro por compañía;

y si representaras a nuestra reina,

te convendría tener un diablo semejante.

Pero bienvenida seas. ¿Qué hacemos?

TAMORA ¿Qué quieres que hagamos, Andrónico?

DEMETRIO Muéstrame a un asesino y me encargaré de él.

QUIRÓN Muéstrame a un malvado que haya violado,

y acudiré a vengarme de él.

TAMORA Muéstrame a mil que hayan hecho daño,

y me vengaré de todos ellos.

TITO (*A* DEMETRIO.)

Mira alrededor, en las perversas calles de Roma

y, cuando encuentres a un hombre como tú,

buen Asesinato, apuñálalo; es un asesino.

(*A* QUIRÓN.) Ve con él, y cuando sea tu suerte

encontrar a otro igual a ti,

buen Ultraje, apuñálalo; es un violador.

(*A* TAMORA.) Tú ve con ellos. En la corte del emperador

hay una reina atendida por un moro;

la reconocerás sin duda por tu propia figura,

pues se te parece de arriba abajo;

te lo ruego, cáusales una muerte violenta;

ellos han sido violentos conmigo y los míos.

TAMORA Tus instrucciones son precisas; eso haremos.

Pero podrías antes, buen Andrónico,

mandar a buscar a Lucio, tu tres veces valiente hijo,

que conduce hacia Roma una tropa de belicosos godos,

y rogarle que venga a un banquete en tu hogar.

Cuando esté aquí, en tu solemne fiesta,

yo traeré a la emperatriz y sus dos hijos,

al emperador mismo, y a todos tus enemigos,

para que se inclinen y arrodillen a tu merced,

y tú descargues sobre ellos la furia de tu corazón.

¿Qué dices, Andrónico, de este plan?

TITO (*Llamando* .)

Marco hermano mío, es el triste Tito quien te llama.

Entra MARCO.

Ve, gentil Marco, adonde tu sobrino Lucio;

búscalo entre los godos.

Pídele que venga aquí trayendo con él

a algunos de los príncipes más importantes;

que haga acampar a sus soldados donde están.

Dile que el emperador y también la emperatriz

festejan en mi casa, y festejarán con él.

Haz esto por amor a mí, y que él haga lo mismo

si respeta la vida de su anciano padre.

MARCO Lo haré, y pronto estaré de vuelta.

Sale .

TAMORA Ahora me encargaré de tus asuntos,

acompañada de mis ministros.

TITO No, no, que el Ultraje y el Asesinato se queden conmigo,

o haré que mi hermano regrese,

y no habrá otra venganza en marcha que la de Lucio.

TAMORA (*A un lado a sus hijos* .)

¿Qué dicen, muchachos? ¿Esperarán con él

mientras voy a decirle al emperador

cómo he manejado nuestra conspiración?

Complazcan su ánimo, haláguenlo y díganle cosas bellas,

y no se muevan de aquí hasta que yo regrese.

TITO (*A un lado* .)

Aunque me creían loco, los he reconocido a todos.

Los atraparé con sus propios ardides,

a su madre y a ustedes, par de sabuesos infernales.

DEMETRIO Noble señora, parte cuando quieras; déjanos aquí.

TAMORA Adiós, Andrónico; la Venganza se va ahora

a urdir un plan que descubra a tus enemigos.

TITO Lo sé. Adiós, dulce Venganza.

Sale TAMORA.

QUIRÓN Di, anciano, ¿qué quieres que hagamos?

TITO Ah, tengo harto trabajo para ustedes.

Publio, ven aquí. Vengan, Cayo y Valentín.

Entran PUBLIO*,* CAYO *y* VALENTÍN.

PUBLIO ¿Qué quieres?

TITO ¿Conoces a estos dos?

PUBLIO Son los hijos de la emperatriz. Quirón, Demetrio: a mí no

me engañan.

TITO ¡Caramba, Publio! Te confundes.

Este es el Asesinato y el otro se llama Violación.

Átalos, gentil Publio; Cayo y Valentín, sujétenlos.

Con frecuencia me han oído desear esta hora,

y ahora ha llegado; átenlos con firmeza,

y si empiezan a gritar tápenles la boca.

Sale .

QUIRÓN ¡Alto, malditos! Somos los hijos de la emperatriz.

PUBLIO Hagamos lo que nos han ordenado.

Tápenles la boca; que no digan ni una sola palabra.

Cuídense de sujetarlos bien.

Entran TITO ANDRÓNICO *con un cuchillo y* LAVINIA *con un cuenco* .

TITO Ven, ven, Lavinia. Tus enemigos están atados.

Tápenles la boca. Que en vez de hablar

oigan las temibles palabras que he de decir yo.

Suframos, Quirón y Demetrio:

he aquí el manantial que ustedes mancharon con lodo,

el buen verano que mezclaron con su invierno.

Mataron a su esposo, y por esa vil bajeza

dos de sus hermanos fueron condenados a muerte,

y mi mano cortada fue objeto de burla.

Las dos dulces manos de ella,

su lengua y, más preciada que las manos o la lengua,

forzaron su inmaculada castidad, traidores inhumanos.

¿Qué dirían si los dejara hablar?

Malvados, por vergüenza no deberían implorar piedad.

Escuchen, infelices, qué martirio he concebido:

me queda aún esta mano para degollarlos,

mientras Lavinia sostiene entre sus muñones

el cuenco que recibirá la culpable sangre de ambos.

Saben que su madre se propone festejar conmigo,

y se hace llamar Venganza, y cree que estoy loco.

Oigan, malvados, les moleré los huesos

y con la sangre de ambos haré una masa,

y daré a la mesa forma de ataúd,

y haré dos pasteles de carne con sus vergonzosas cabezas,

y le pediré a esa ramera, la profana madre de ambos,

que, como la tierra, se trague sus propios retoños.

Este es el festín al que la he de convidar,

y este el banquete que la ha de hartar,

porque ustedes trataron a mi hija peor que a Filomela,

y peor que Progne me he de vengar yo.

Y ahora preparen las gargantas. Lavinia, ven,

recibe la sangre, y cuando estén muertos,

déjame moler sus huesos hasta volverlos polvo fino,

y macerarlos en este odioso licor,

y dejar que sus cabezas se cuezan en esa masa.

Vengan, vengan, participen todos

en la confección del banquete, que deseo sea

más severo y sangriento que el festín de los centauros.

Les corta la garganta .

Ahora tráiganlos, que debo cocinarlos,

y tenerlos a punto para cuando venga su madre.

Salen cargando los cadáveres .

ESCENA III

Entran LUCIO*,* MARCO *y los godos, con* AARÓN *prisionero*

y su hijo en brazos de un sirviente .

LUCIO Tío Marco, ya que es deseo de mi padre

que regrese a Roma, estoy contento.

UN GODO Y nosotros contigo. Que sea lo que la fortuna quiera.

LUCIO Buen tío, llévate adentro a este bárbaro moro,

este tigre rapaz, este diablo maldito.

No dejes que reciba alimento, engríllalo,

hasta que sea llevado ante la emperatriz

para que dé testimonio de sus bajas acciones.

Y ve que nuestros amigos estén emboscados.

Me temo que el emperador no nos desea ningún bien.

AARÓN Algún demonio me susurra maldiciones al oído,

e incita mi lengua a proferir

la venenosa maldad de mi corazón inflamado.

LUCIO ¡Fuera, perro inhumano, esclavo impío!

Nobles señores, ayuden a nuestro tío a llevarlo adentro.

Fanfarrias dentro .

Las trompetas señalan que el emperador se acerca.

Salen los godos con AARÓN.

Suenan trompetas. Entran SATURNINO *y* TAMORA

con EMILIO*, tribunos y otros* .

SATURNINO ¿Qué, tiene el firmamento más de un sol?

LUCIO ¿Qué bien te haces llamándote sol a ti mismo?

MARCO Emperador de Roma, sobrino, basta de hablar.

Estas querellas deben debatirse con calma.

Está listo el festín que el afligido Tito ha ordenado

con una intención honorable,

por la paz, el amor, la unión, y el bien de Roma.

Les ruego, por tanto, que se muevan y tomen sus sitios.

SATURNINO Lo haremos, Marco.

Traen una mesa servida. Los convidados se sientan.

Entran TITO *vestido de cocinero a poner los platos, y* LAVINIA *con un velo sobre el rostro, el* JOVEN LUCIO *y otros* .

TITO Bienvenido, mi señor; bienvenida, temible reina;

bienvenidos, godos guerreros; bienvenido, Lucio;

y bienvenidos todos. Aunque sea pobre el obsequio,

llenará sus estómagos; por favor, coman.

SATURNINO ¿Por qué estás tan ataviado, Andrónico?

TITO Porque quiero estar seguro de tenerlo todo a la altura

para obsequiar a Su Alteza y a su emperatriz.

TAMORA Te estamos agradecidos, buen Andrónico.

TITO Y bien lo estaría Su Alteza, si conociera mi intención.

Mi señor, emperador, resuélveme esta duda:

¿actuó bien el impetuoso Virginio

asesinando a la hija con su propia mano derecha,

porque había sido forzada, mancillada y desflorada?

SATURNINO Sí, Andrónico.

TITO ¿Por qué razón, poderoso señor?

SATURNINO

Porque la muchacha no habría sobrevivido a su vergüenza,

y porque su presencia renovaba el dolor de él.

TITO Una razón poderosa, firme, y eficaz;

modelo, precedente y viva justificación

para que yo, el más miserable de los hombres,

ejecute algo parecido.

Muere, muere, Lavinia, y contigo tu vergüenza,

y con tu vergüenza que muera el dolor de tu padre.

La matan .

SATURNINO ¿Qué has hecho, degenerado inhumano?

TITO Matarla porque mis lágrimas me han enceguecido.

Estoy tan dolorido como estaba Virginio,

y tengo mil veces más razón que él

para cometer esta atrocidad, que ahora ya está hecha.

SATURNINO ¿Cómo, la habían violado? Dime quién hizo esa bajeza.

TITO ¿Tendrás el gusto de comer? ¿Querrá Su Alteza alimentarse?

TAMORA ¿Por qué mataste así a tu única hija?

TITO Yo no; fueron Quirón y Demetrio.

Ellos la forzaron y le cortaron la lengua,

y ellos, ellos fueron los que le causaron tanto mal.

SATURNINO Vayan a traerlos ahora mismo ante nosotros.

TITO Bueno, ya están aquí, horneados los dos en este pastel,

del cual su madre tan delicadamente se ha servido,

para comer la carne que ella misma engendró.

Es verdad, es verdad; el filo de mi cuchillo es testigo.

Apuñala a TAMORA.

SATURNINO Muere, frenético infeliz, por esta detestable bajeza.

Mata a TITO.

LUCIO ¿Puede un hijo ver correr la sangre de su padre?

Ojo por ojo, muerte por muerte.

Mata a SATURNINO. *Gran tumulto.*

Entran los godos. LUCIO, MARCO *y otros arriba* .

MARCO Ustedes, hombres de rostro triste,

pueblo e hijos de Roma, separados por reyertas

como una bandada de aves

dispersadas por vientos y borrascas,

déjenme enseñarles cómo atar de nuevo

estas espigas dispersas en una única gavilla,

y reunir estos miembros rotos en un cuerpo.

UN NOBLE ROMANO No dejen que Roma se envenene,

y ella sola, a quien reinos poderosos rinden reverencia,

como un proscrito abandonado y desesperado,

se condene a sí misma a muerte

si es que mis marcas otoñales y mis arrugas de viejo,

severos testigos de verdadera experiencia,

pueden inducirlos a atender mis palabras.

(*A* LUCIO.) Habla, querido amigo de Roma,

como una vez lo hizo nuestro ancestro,

cuando con voz solemne pronunció

al oído atento de Dido, herida de amor,

la historia de aquella funesta noche flameante

en que los sutiles griegos sorprendieron

la Troya del rey Príamo.

Dinos qué Sinón encantó nuestros oídos,

o quién introdujo aquí el fatal artefacto

que abre en nuestra Troya, nuestra Roma, la herida civil.

Mi corazón no es de pedernal ni de acero,

ni yo puedo expresar todo nuestro amargo dolor,

porque diluvios de llanto inundarían mi discurso

e interrumpirían mi declaración ya en el momento

en que les pido su mayor atención,
y los obligo a sentir lástima.
Aquí está el joven capitán de Roma. Que él cuente el cuento,
mientras yo me aparto y lloro oyéndolo hablar.
LUCIO Bien, gentil auditorio, deben saber
que Quirón y el maldito Demetrio
fueron los que asesinaron al hermano del emperador,
y los que violaron a nuestra hermana.
Por sus crueles crímenes nuestros hermanos
fueron decapitados, despreciadas las lágrimas
de nuestro padre, y le fue vilmente arrancada
esa mano leal que peleó hasta el fin por Roma,
y envió sus enemigos a la tumba.
En fin, yo mismo fui injustamente desterrado,
se cerraron las puertas, y en llanto me vi arrojado,
a mendigar consuelo entre los enemigos de Roma,
que ahogaron su enemistad en mis lágrimas sinceras,
y abrieron los brazos para estrecharme como a un amigo.
Soy el execrado, sépanlo,
que ha preservado el bienestar de Roma con su sangre,
y que sacó del seno de ella el filo del enemigo,
para envainar la espada en su propio cuerpo temerario.
Ah, ustedes saben que no me jacto;
mis cicatrices son testigo, aunque sean mudas,
de que mi declaración es justa y sincera.

Pero calma, creo que he divagado mucho,

haciéndome inútiles alabanzas. Perdónenme:

cuando no hay amigos cerca, los hombres se elogian a sí

[mismos.

MARCO Ahora es mi turno de hablar. Vean a ese niño:

Tamora lo trajo al mundo,

engendro de un moro profano,

arquitecto principal y maquinador de esta pena.

El maldito se encuentra vivo en casa de Tito,

y, como puede atestiguar, todo esto es verdad.

Juzguen ahora si Tito tuvo razón para vengarse

de estos agravios impronunciables

que sobrepasan lo que se puede resistir

o lo que cualquier ser viviente habría soportado.

Ya han oído la verdad. ¿Qué dicen, romanos?

¿Hemos hecho algo impropio? Muéstrennos en qué,

y desde aquí desde donde nos ven,

defendiendo lo que resta de los Andrónicos,

tomados de la mano nos arrojaremos todos sin pensarlo,

y sobre las piedras rugosas reventaremos nuestras almas,

y con nosotros se clausurará nuestra casa.

Hablen, romanos, hablen y, si dicen que lo hagamos,

mano con mano, Lucio y yo nos precipitaremos.

EMILIO Ven, ven, reverendo hombre de Roma,

y trae suavemente a nuestro emperador de la mano:

a Lucio, nuestro emperador; porque bien sé

que la voz del pueblo grita que así sea.

ROMANOS ¡Salve, Lucio, real emperador de Roma!

MARCO (*A sirvientes* .)

Vayan, vayan a la desconsolada casa del viejo Tito

y arrastren hasta acá a ese moro profano

para condenarlo a una muerte terrible y sangrienta

como castigo por su vida execrable.

MARCO *y* LUCIO *bajan. Salen los sirvientes* .

ROMANOS ¡Salve, Lucio, digno gobernador de Roma!

LUCIO Gracias, amables romanos. ¡Así debo gobernar,

para curar las heridas de Roma y borrar sus males!

Pero, querido pueblo, denme apoyo por un tiempo,

porque la naturaleza me ha impuesto una dura tarea.

Manténganse todos apartados, pero tú, tío, acércate

a compartir respetuosas lágrimas sobre este cuerpo.

Oh, recibe este tibio beso en tus labios pálidos y fríos,

(*besa a* TITO) estas desconsoladas lágrimas en tu rostro ensangrentado,

último y sincero deber de tu noble hijo.

MARCO (*Besando a* TITO.)

Lágrimas y más lágrimas y besos y más besos

amorosos ofrece tu hermano Marco

como pago a tus labios. Ah, si lo que debiera cancelar

fuera una suma incontable e infinita

de besos y lágrimas, aun así la pagaría.

LUCIO (*A su hijo* .) Ven aquí, muchacho, ven, y aprende de nosotros

a fundirte en torrentes. Tu abuelo te amó bien;

muchas veces te hizo bailar en sus rodillas,

y te arrulló para que te durmieras,

y te puso su amoroso pecho como almohada;

te contó muchas historias,

y te hizo guardar sus bellos cuentos en la memoria,

para que los contaras cuando estuviera muerto y enterrado.

MARCO ¡Cuántas miles de veces estos pobres labios,

cuando estaban vivos, se calentaron en los tuyos!

Dulce muchacho, dales ahora el último beso.

Dile adiós; encomiéndalo a la tumba;

hazles esa bondad, y despídete de ellos.

JOVEN LUCIO ¡Abuelo, abuelo, de todo corazón

moriría para que tú vivieras de nuevo!

Nobles señores, el llanto no me deja hablarle,

las lágrimas me ahogarán si abro la boca.

Entran sirvientes con AARÓN.

UN ROMANO A ustedes, tristes Andrónicos, el dolor los ha acabado.

Sentencien a este ser despreciable

que ha engendrado estos sucesos deplorables.

LUCIO Entiérrenlo hasta el pecho y que muera de hambre.

Que sufra y llore clamando por comida.

Si alguien se atreve a aliviar su castigo o se conduele,

morirá por esa ofensa. Este es nuestro designio.

Que algunos se queden a verlo clavado a la tierra.

AARÓN Ah, ¿por qué debe callar la ira y la furia enmudecer?

No soy un niño, yo, que con ruines plegarias se arrepiente

de las maldades que ha hecho;

si estuviera en mi poder haría diez mil aún

más malignas de las que ya he cometido.

Si he hecho una sola buena acción en mi vida,

me arrepentiría de ella con todo el corazón.

LUCIO Que algunos amigos trasladen al emperador fuera de aquí,

y le den entierro en la tumba de su padre.

Mi padre y Lavinia serán llevados de inmediato

al monumento de nuestra familia.

En cuanto a ese tigre rapaz, Tamora,

no tendrá rito fúnebre, ni nadie que mantenga duelo,

ni campana que toque a muerte en su entierro;

arrójenla para saciar bestias y aves de rapiña;

su vida fue bestial y exenta de piedad,

y ya que está muerta, que las aves se apiaden de ella.

Salen con los cadáveres .

ROMEO Y JULIETA

versión de

Josep Maria Jaumà

Íntimamente relacionada con *Sueño de noche de verano* , los comentarios astrológicos y la referencia a un terremoto que aparecen en la obra sugieren que fue escrita entre 1595 y 1596. Hay un primer Cuarto de 1597, mal impreso y defectuoso. El segundo Cuarto de 1599 es más largo y está mejor editado. Hubo un tercer Cuarto en 1609, reimpresión del segundo, y un cuarto en 1622, a su vez reimpresión del tercero. El texto del Primer Folio de 1623 se compuso a partir del tercer Cuarto, con nuevas correcciones, indicaciones escénicas y también algunos errores añadidos.

DRAMATIS PERSONAE

Escala, PRÍNCIPE de Verona

PARIS, joven noble, pariente del Príncipe

MONTESCO, cabezas de dos familias enemistadas

CAPULETO, cabezas de dos familias enemistadas

ROMEO, hijo de Montesco

MERCUCIO, pariente del Príncipe y amigo de Romeo

BENVOLIO, sobrino de Montesco y amigo de Romeo

TEOBALDO, sobrino de la señora Capuleto

FRAY LORENZO, franciscano

FRAY JUAN, franciscano

BALTASAR, criado de Romeo

ABRAM, criado de Montesco

SANSÓN, criado de Capuleto

GREGORIO, criado de Capuleto

PEDRO, criado de la nodriza de Julieta

PAJE de Paris

BOTICARIO

Tres MÚSICOS

SEÑORA MONTESCO, esposa de Montesco

SEÑORA CAPULETO, esposa de Capuleto

JULIETA, hija de Capuleto

NODRIZA de Julieta

Un OFICIAL de la Guardia, CIUDADANOS de Verona, PARIENTES de ambas familias, Petrucio, enmascarados, portadores de antorchas, CRIADOS y séquito

CORO

Escena: La acción transcurre en Verona y en Mantua

PRÓLOGO

Entra el CORO.

CORO Dos casas, semejantes en grandeza,
en la Verona de nuestro escenario,
de antiguos pleitos urden nuevas riñas
y con sangre civil manchan sus manos.
De la entraña fatal de estos rivales
cobran vida, marcada por los astros,
dos amantes; su triste desventura
y muerte enterrarán viejos agravios.
Los pavorosos lances de este amor
lastrado por la muerte y por el odio
familiar, implacable hasta su fin,
llenarán por dos horas el teatro.
Escuchad con benévolos oídos,
y, si hay defectos, serán corregidos.
Sale.

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran SANSÓN *y* GREGORIO,

de la casa Capuleto,

con espadas y escudos .

SANSÓN Te juro, Gregorio, que no vamos a tragar más quina.

GREGORIO No, porque con tantas tragaderas nos tomarían por cloacas.

SANSÓN Y si se nos atragantan, desenvainamos.

GREGORIO Sí, mientras vivas, procura desenvainar la garganta.

SANSÓN Si me provocan, la saco fácilmente.

GREGORIO Pero no resulta fácil provocarte para que la saques.

SANSÓN Un perro de la casa Montesco me saca de quicio.

GREGORIO Salirse de quicio es moverse de sitio, mientras que ser valiente es aguantar a pie firme: por tanto, si te sales de quicio es que te escurres.

SANSÓN Un perro de esa casa me saca de quicio hasta hacerme aguantar tieso: no cederé la acera a ningún hombre ni muchacha de los Montesco.

GREGORIO En eso se ve que eres un gallina, porque solo los cobardes se refugian en la pared.

SANSÓN Cierto, y por eso a las mujeres, como son del sexo débil, siempre las acorralan contra la pared; por tanto, sacaré a los hombres de los Montesco de la acera y empujaré a sus muchachas contra la pared.

GREGORIO La lucha es entre nuestros amos; nosotros somos los criados.

SANSÓN Da lo mismo, seré un tirano: cuando haya luchado con los hombres, seré refinado con las muchachas, y les cortaré el pescuezo.

GREGORIO ¿El pescuezo de las muchachas?

SANSÓN Sí, el pescuezo o lo que más les escueza, tómalo en el sentido que quieras.

GREGORIO Ellas sí que lo van a sentir.

SANSÓN Van a sentirme mientras pueda aguantarme tieso, y ya se sabe que soy un bonito cacho de carne.

GREGORIO Suerte que no lo eres de pescado, porque en ese caso serías un arenque seco. Y ahora saca el arma, que ahí vienen los de la casa Montesco.

Entran ABRAM

y otro CRIADO *de la casa Montesco* .

SANSÓN Mi arma desnuda está lista. Pelea, que yo te respaldo.

GREGORIO ¿Cómo? ¿Ahora me vas a dar la espalda?

SANSÓN No temas por mí.

GREGORIO ¡No, pardiez, te temo a ti!

SANSÓN Asegurémonos que la ley está de nuestra parte; que empiecen ellos.

GREGORIO Les pondré mala cara, y que se lo tomen como quieran.

SANSÓN No, como puedan. Les haré la higa, y, si lo aguantan, quedarán afrentados.

ABRAM ¿Nos hacéis la higa, señor?

SANSÓN Sí, hago la higa, señor.

ABRAM ¿Nos la hacéis a nosotros, señor?

SANSÓN (*Aparte, a* GREGORIO.) ¿Está la ley de nuestra parte si digo que sí?

GREGORIO (*Aparte, a* SANSÓN.) No.

SANSÓN No, señor; no os hago la higa a vos, señor, pero hago la higa, señor.

GREGORIO ¿Buscáis pelea, señor?

ABRAM ¿Buscar pelea, señor? No, señor.

SANSÓN Si lo hacéis, señor, yo estoy a punto. Sirvo a un amo tan bueno como el vuestro.

ABRAM Pero no mejor.

SANSÓN De acuerdo, señor.

Entra BENVOLIO.

GREGORIO (*Aparte, a* SANSÓN.) Di «mejor», que aquí viene un pariente del amo.

SANSÓN Sí, mejor, señor.

ABRAM Mentís.

SANSÓN Desenvainad, si sois hombres. Gregorio, acuérdate de tu estocada magistral.

BENVOLIO ¡Separaos, locos!

Deponed las armas, no sabéis lo que hacéis.

Los obliga a arrojar al suelo sus espadas.

Entra TEOBALDO.

TEOBALDO ¿La espada en alto y contra unos villanos?

Vamos, Benvolio, disponte a morir.

BENVOLIO Solo ponía paz. Guarda esa espada,

o ven aquí y ayúdame a separarlos.

TEOBALDO ¿Armado hablas de paz? Odio ese término

como al infierno, a ti y a los Montesco.

¡En guardia, cobarde!

Luchan, entran gentes de ambas casas que se unen a la refriega, y tres o cuatro ciudadanos como OFICIALES *de la Guardia, con picas y alabardas* .

OFICIALES ¡Atacad, palos, picas, alabardas!

¡Abajo Capuleto y Montesco!

Entran el viejo CAPULETO,

en bata, y su esposa, la SEÑORA CAPULETO.

CAPULETO ¿Qué ruido es este? ¡Traedme la espada!

SEÑORA CAPULETO ¡Una muleta es lo que necesitas!

CAPULETO ¡Mi espada, digo! Ahí está el viejo Montesco

enarbolando su arma rencorosa.

Entran el viejo MONTESCO *y su esposa,*

la SEÑORA MONTESCO.

MONTESCO ¡Capuleto, villano…! ¡No me sujetes! ¡Suéltame!

SEÑORA MONTESCO No moverás ni un pie hacia tu enemigo.

Entra el PRÍNCIPE ESCALA

con su séquito .

PRÍNCIPE ¡Súbditos, enemigos de la paz,

profanadores de la sangre humana…!

¿Nadie me escucha…? ¡Basta, hombres, bestias,

que sofocáis vuestro rabioso fuego

con las purpúreas fuentes de las venas!

Arrojad esas armas destempladas

de las manos sangrientas, y escuchad,

so pena de tortura, a vuestro Príncipe.

Tres reyertas civiles, causadas por palabras

vanas, viejos Montesco y Capuleto,

han perturbado la paz de estas calles

forzando a sus ancianos ciudadanos

a abandonar sus graves ornamentos

y a enarbolar, aun viejos, viejas armas

enmohecidas, con odio enmohecido.

Si provocáis de nuevo más disturbios,

pagaréis el ultraje a la paz con vuestras vidas.

Por esta vez podéis iros a casa:

vos, Capuleto, me acompañaréis,

y vos, Montesco, venid esta tarde

al Casal Franco, sede de los juicios,

para saber lo que hemos decidido.

¡Bajo pena de muerte, marchaos todos!

Salen todos, excepto MONTESCO*, la* SEÑORA MONTESCO

y BENVOLIO.

MONTESCO ¿Quién ha avivado la vieja discordia?

Sobrino, ¿estabas tú cuando empezó?

BENVOLIO Aquí estaban luchando los criados

de las dos casas, cuando yo llegué.

Los separé, pero al instante vino

el rabioso Teobaldo con su espada

y, mientras me lanzaba desafíos,

cortaba, volteándola, los vientos

que, no heridos, silbaban con desprecio;

intercambiamos golpes y sablazos,

se unió más gente de una y de otra parte,

hasta que el Príncipe nos separó.

SEÑORA MONTESCO ¿Y dónde está Romeo? ¿Lo has visto hoy?

¡Menos mal que no estuvo en la pelea!

BENVOLIO Ya antes, señora, que el divino sol

apareciese en su balcón dorado,

con la mente afligida salí al campo,

y, bajo una espesura de sicómoros

que crecen al oeste de la villa,

vi a vuestro hijo paseando tan temprano;

hacia él me dirigí y, al percatarse,

se ocultó tras las frondas del boscaje.

Midiendo sus pasiones por las mías,

que anhelaban también la soledad

(pues me bastaba ya con mi tristeza),

seguí mi humor y no perseguí el suyo,

contento de rehuir a quien me huía.

MONTESCO Muchos lo han visto, en las madrugadas,

aumentar el rocío con su llanto

y las nubes con nubes de suspiros;

pero apenas el sol esplendoroso

comienza a recoger por el oriente

las oscuras cortinas de la Aurora,

regresa a casa, de la luz huyendo,

para encerrarse a solas en su alcoba,

dejando fuera el esplendor del día

y fabricando una noche ficticia.

Ese humor puede resultar funesto

si un buen consejo no extirpa la causa.

BENVOLIO Mi noble tío, ¿conocéis la causa?

MONTESCO Ni la sé, ni consigo que la diga.

BENVOLIO ¿Le habéis importunado con preguntas?

MONTESCO Sí, lo he hecho, y también muchos amigos;

pero es tan precavido y tan celoso

guardián de sus afectos (aunque puede

que en esto se equivoque) que se aísla

y evita que le vean o pregunten,

como el capullo que el gusano muerde

antes que aquel sus pétalos despliegue

y ofrezca toda su belleza al sol.

Si del dolor supiésemos la causa,

seguro que sabríamos curarla.

Entra ROMEO.

BENVOLIO Por ahí llega. Dejadnos a solas.

Me ofenderá si no se me sincera.

MONTESCO Ojalá tengas suerte y te confiese

su secreto dolor. Vamos, señora.

Salen MONTESCO *y la* SEÑORA MONTESCO.

BENVOLIO Buenos días, primo.

ROMEO ¿Es el día aún tan joven?

BENVOLIO Ya son las nueve.

ROMEO ¡Qué lentas son las horas tristes!

¿Era mi padre aquel que se alejaba?

BENVOLIO Sí. ¿Qué tristeza eterniza tus horas?

ROMEO Me falta lo que las haría breves.

BENVOLIO ¿Amor?

ROMEO Sin…

BENVOLIO ¿Sin amor?

ROMEO Sin el favor de la que amo.

BENVOLIO ¡Ay, que el Amor, tan dulce que parece,

sea tan déspota y rudo cuando actúa!

ROMEO ¡Ay, que el Amor, con sus ojos vendados,

vea siempre el modo de hacer su capricho!

¿Dónde comemos? ¿Qué ha ocurrido aquí?

No me lo digas, que ya lo he advertido:

aquí el amor da más guerra que el odio.

¡Oh pendenciero amor, odio amoroso,

oh absoluto que nace de la nada!

¡Liviandad grave, vanidad sensata,

monstruoso caos de hermosa apariencia,

plúmbea pluma, humo claro, fuego frío,

sueño despierto en que nada es lo que es!

Siento este amor que me sienta tan mal.

¿No te ríes?

BENVOLIO No, primo; más bien lloro.

ROMEO ¿Por qué, amigo?

BENVOLIO Por mi abrumado amigo.

ROMEO ¡Así son los excesos del amor!

Mis propias penas me oprimen el pecho

y tú las multiplicas oprimiéndolo

con las tuyas; el amor que me muestras

acrecienta mi desmedida pena.

Amor es humo urdido de suspiros:

prendido, es un relámpago en los ojos;

sofocado, es un mar lleno de lágrimas.

¿Y qué más? Es locura muy sensata,

es hiel que ahoga, dulce que da vida.

Adiós, primo.

BENVOLIO Espera, que te acompaño;

me agravias si me dejas solo aquí.

ROMEO Qué va, yo no soy yo, no estoy aquí.

Romeo no está aquí, está en otra parte.

BENVOLIO Ahora dime en serio a quién pretendes.

ROMEO ¿En serio? ¿Habré de decirlo llorando?

BENVOLIO ¿Llorando? No; pero dímelo en serio.

ROMEO Pide a un enfermo en serio el testamento…,

palabra inoportuna a un moribundo.

En serio, primo, amo a una mujer.

BENVOLIO Pues hacia eso apuntaban mis sospechas.

ROMEO ¡Qué puntería, primo! Y es muy bella.

BENVOLIO Un buen blanco se acierta más deprisa.

ROMEO En este tiro yerras; a ella no

la acierta ni Cupido; es una Diana
acorazada tras su castidad;
el débil arco de Amor no la hechiza,
las palabras de afecto no la asedian.
No la inmuta el asalto de unos ojos
ni abre el regazo a una lluvia dorada.
Es muy rica en belleza; su pobreza
es que al morir todo se irá con ella.
BENVOLIO ¿No habrá jurado vivir siempre casta?
ROMEO Sí, mas con ese ahorro se malgasta;
pues la belleza crudamente avara
se priva de una bella descendencia.
Es demasiado discreta y hermosa
para ser por mis penas venturosa.
Ha jurado no amar, y eso me tiene
muerto en vida; tan solo vivo para
poder contártelo.
BENVOLIO Olvídala, no pienses más en ella.
ROMEO ¿Cómo podré olvidarme de pensar?
BENVOLIO Liberando a tus ojos; que examinen
a otras bellezas.
ROMEO ¿Para, al compararla,
deslumbrarme aún más con su hermosura?
Los negros antifaces de las damas
nos recuerdan mejor sus claros rostros.

Quien quede ciego nunca olvidará

el tesoro perdido de su vista.

Enséñame a la dama más hermosa:

su belleza me hará evocar a aquella

cuya hermosura excede a las demás.

Adiós, tú no me enseñas a olvidar.

BENVOLIO Te enseñaré, o moriré en el intento.

Salen .

ESCENA II

Entran CAPULETO, PARIS

y un CRIADO *de Capuleto* .

CAPULETO Montesco está obligado como yo,

so pena de castigo. A nuestra edad,

hacer las paces resultará fácil.

PARIS Los dos sois honorables, y es muy triste

que dure tanto vuestra enemistad.

Y bien, señor, ¿qué decís a mi ruego?

CAPULETO Repito lo que ya os he dicho antes;

mi hija es aún inexperta en esta vida:

aún no ha cumplido los catorce años;

dejemos que se agosten dos veranos

y ella madure para desposarse.

PARIS Las hay más jóvenes que ya han sido madres.

CAPULETO Pronto se pierden las que corren mucho.

Menos a ella, todo lo he perdido:

es mi única esperanza en este mundo.
Festejadla, buen Paris, convencedla;
yo no soy sino parte del acuerdo.
Quienquiera que ella elija, si es que accede,
gozará de mi apoyo y bendición.
Hoy celebramos una antigua fiesta
y he convidado a algunos conocidos,
gente que aprecio mucho; vos seréis
muy bienvenido si os sumáis al grupo.
En mi sencilla casa observaréis
estrellas terrenales que iluminan el cielo.
Y un placer semejante al de los mozos
cuando el fasto de abril sobre el invierno
añoso triunfa, una dulzura igual,
entre estas tiernas flores sentiréis
esta noche en mi casa; contemplad, escuchad
y escoged a quien más méritos tenga;
pues, la mía, quizá entre las otras
sea un número simple que no cuenta.
Acompañadme. (*Al* CRIADO.) Chico, ve por toda
Verona, y localiza a las personas
cuyos nombres están aquí (*Le da un papel* .), y les dices
que serán bienvenidos en mi casa.
Sale CAPULETO *con* PARIS.

CRIADO ¡Busca a esos cuyos nombres están escritos aquí! Está escrito que el zapatero se las componga con la vara de medir y el sastre con la horma, el pescador con el pincel y el pintor con las redes; pero a mí me mandan buscar a unas personas cuyos nombres están escritos aquí y no puedo saber qué nombres ha escrito aquí quien lo haya hecho. He de acudir a algún sabio. ¡En buena hora!

Entran BENVOLIO *y* ROMEO.

BENVOLIO Vamos, que un fuego se apaga con otro

y un dolor nuevo alivia otro dolor;

si te mareas, gira en otro sentido;

un desaliento se cura con otro.

Que otra mujer infecte tu mirada

y el pus de la anterior se esfumará.

ROMEO La piel de plátano va muy bien para eso.

BENVOLIO ¿Para qué? Dime.

ROMEO Como cataplasma.

BENVOLIO ¿Estás loco, Romeo?

ROMEO Loco no, pero más atado que ellos,

recluido en prisión, sin alimento,

torturado, azotado y… ¡Hola, chico!

CRIADO Buenas tardes, señor. ¿Sabéis leer?

ROMEO Sé leer mi fortuna en mi desgracia.

CRIADO Para esto no creo que necesitéis libro alguno; pero, os lo

ruego, ¿sabéis leer cualquier cosa que veáis?

ROMEO Sí, si entiendo las letras y el idioma.

CRIADO Claro… Que Dios os conserve el humor.

ROMEO Espera un poco, hombre; sí que sé leer.

Lee la carta .

«Signor Martino y su esposa e hijas,

el conde Anselmo y sus bellas hermanas,

la señora viuda de Vitrubio,

signor Placencio y sus lindas sobrinas,

Mercucio y su hermano Valentín,

mi tío Capuleto, esposa e hijas,

mi hermosa sobrina Rosalina y Livia;

signor Valencio y su primo Teobaldo;

Lucio y la jovial Elena.»

Bonita reunión. ¿Adónde han de acudir?

CRIADO Arriba.

ROMEO ¿Adónde? ¿A una cena?

CRIADO A nuestra casa.

ROMEO ¿Qué casa?

CRIADO La de mi amo.

ROMEO Claro, debí preguntártelo antes.

CRIADO Ahora os lo diré sin que preguntéis. Mi amo es el rico Capuleto, y si no sois de la casa Montesco os ruego que vengáis a tomar una copa. Quedad en paz.

Sale .

BENVOLIO En esta fiesta de los Capuleto

cenará Rosalina, a quien tanto amas,

con todas las bellezas de Verona.

Ve allí, y, con ojos desapasionados,

compárala a las que te mostraré:

pensarás que tu cisne es solo un cuervo.

ROMEO La religión devota de mis ojos

no mentiría así, o que ardan mis lágrimas;

los ojos, que, aunque ahogados, nunca mueren,

como herejes notorios sean quemados.

¡Más bella que mi amor! El sol no ha visto

a nadie igual desde que el mundo existe.

BENVOLIO ¡Bah! Te parece bella porque solo

consigo misma compite en tus ojos;

pero, en estas balanzas de cristal,

contrapésala a alguna otra doncella

de entre las que te muestre yo en la fiesta.

La que juzgas mejor será una sombra.

ROMEO Iré, no para ver lo que prometes,

sino a la bella que así me somete.

ESCENA III

Entran la SEÑORA CAPULETO *y la* NODRIZA.

SEÑORA CAPULETO Llama a mi hija, nodriza. ¿Dónde está?

NODRIZA Por mi virginidad a los doce años,

ya la he llamado. ¡Cordera! ¡Pimpollo!

Por amor de Dios, ¿dónde está esta niña?

Entra JULIETA.

JULIETA ¿Qué pasa? ¿Quién me llama?

NODRIZA Tu madre.

JULIETA Señora, estoy aquí. ¿Qué deseáis?

SEÑORA CAPULETO Verás, se trata de… Nodriza, sal,

que hemos de hablar a solas. No, regresa,

pues creo que es mejor que estés presente.

Tú sabes que mi hija es ya mayor.

NODRIZA Os podría decir la edad exacta.

SEÑORA CAPULETO Aún no ha cumplido los catorce años.

NODRIZA Me apostaría unos catorce dientes

(aunque, ¡ay de mí!, no tengo sino cuatro)

a que aún no los tiene. ¿Cuánto falta

para agosto?

SEÑORA CAPULETO Poco más de quince días.

NODRIZA No importa los que falten: cumplirá

el primero de agosto los catorce.

Ella y Susana (¡que esté con Dios!) eran

iguales. Mi Susana está en el cielo;

fue demasiado buena para mí.

Y el primero de agosto cumplirá

los catorce, ¡cómo no he de acordarme!

Hará once años desde el terremoto:

fuimos a destetarla justamente

aquel día; jamás lo olvidaré

porque me puse ajenjo en el pezón

y me senté al sol, bajo el palomar.

Vos y mi amo habíais ido a Mantua…

¡Si tengo una cabeza…! Como digo,

cuando probó el ajenjo en el pezón

y lo encontró tan amargo, ¡la boba

se enfadó mucho y no quiso chuparlo!

«¡Crac!», hizo el palomar; no fue preciso

que nadie me empujase.

Eso pasó hará unos once años.

Ya sabía andar sola, ¡ay, Jesús!,

y correr y trotar por todas partes.

La víspera se dio un golpe en la frente;

mi marido (Dios le tenga en la gloria,

¡era tan divertido!) la cogió

y le dijo: «Te caes de frente, ¿eh?

Pues cuando seas mayor caerás de espaldas,

¿verdad, Juli?». Y, por Dios, que la tontita

va, deja de llorar y dice: «Sí».

¡No vaya a resultar cierta la chanza!

Aunque cumpliese mil años, jamás

lo olvidaré: «¿Verdad, Juli?». Y la tonta

va, deja de llorar y dice: «Sí».

SEÑORA CAPULETO Bien, basta ya, te lo suplico, cállate.

NODRIZA Es que no puedo aguantarme la risa

al recordar que dejó de llorar

y dijo: «Sí». Se había hecho un chichón

grande como el testículo de un pollo,

un mal golpe, y lloraba amargamente.

«¿Te caes de frente?», dijo mi marido;

«pues cuando seas mayor caerás de espaldas,

¿no, Juli?» y se calló y le dijo: «Sí».

JULIETA Cállate tú, nodriza, por favor.

NODRIZA Ya está, ya acabo. Dios te dé su gracia,

pues no he criado niña más bonita.

Me conformo con verte un día casada,

no pido más.

SEÑORA CAPULETO De casamiento es, precisamente,

de lo que quiero hablarte. Dime, hija,

¿estás pensando ya en el matrimonio?

JULIETA Es un honor en el que no he soñado.

NODRIZA ¡Un honor! Si no fuese tu nodriza

diría que has mamado erudición.

SEÑORA CAPULETO Pues empieza a pensarlo; otras más jóvenes,

aquí en Verona, damas distinguidas,

ya han sido madres. Y, según mis cálculos,

yo era ya madre a la edad en que aún

tú eres doncella. En pocas palabras:

el noble Paris quiere hacerte suya.

NODRIZA ¡Vaya hombre, señorita! Uno de esos

a quien todo el mundo… ¡Un hombre cabal!

SEÑORA CAPULETO No hay un galán mejor que él en Verona.

NODRIZA Una flor, una verdadera flor.

SEÑORA CAPULETO ¿Qué me dices? ¿Podrías llegar a amarlo?

Le verás esta noche en nuestra fiesta.

Lee bien en el libro de su rostro

los deleites que allí escribió Belleza.

Observa en la armonía de sus rasgos

la proporción con que se complementan;

y si algo oscuro hubiese en este tomo,

lee lo escrito al margen de sus ojos.

Pero este libro de amor, este amante,

aún carece de un forro que lo tape.

El pez vive en el mar, y la belleza

interior necesita quien la envuelva.

Un libro bien ceñido en broches de oro

encierra, para muchos, un tesoro.

Así compartirás cuanto él posee

y, tomándole a él, tú nada pierdes.

NODRIZA ¿Perder? ¡Si una se engorda con un hombre!

SEÑORA CAPULETO En resumen, ¿podrás corresponderle?

JULIETA Haré por que me guste, si el mirar

mueve a gustar; pero sin traspasar

los límites que ponga vuestro celo.

Entra un CRIADO.

CRIADO Señora, han llegado los invitados, la cena está servida, os llaman, preguntan por la señorita, en la despensa maldicen a la nodriza, y todo con prisas y gritos. Yo he de volver al servicio; os ruego que vengáis enseguida.

Sale .

SEÑORA CAPULETO Te seguimos. Julieta, el conde espera.

NODRIZA ¡Corre, muchacha, que te aguardan

días felices y felices noches!

Salen .

ESCENA IV

Entran ROMEO*,* MERCUCIO *y* BENVOLIO*, con otros cinco o seis enmascarados y portadores de antorchas* .

ROMEO ¿Qué? ¿Les largamos un sermón de disculpa

o entramos todos sin más ceremonia?

BENVOLIO No están los tiempos para peroratas.

No hemos traído un Cupido vendado,

con su arco de madera y decorado

(que a las damas, seguro, espantaría),

ni un prólogo aprendido de memoria

para poder declamarlo al entrar;

que piensen lo que quieran de nosotros:

bailamos con sus chicas y nos vamos.

ROMEO A mí, dadme una antorcha; yo no bailo.

Tan apagado estoy que me urge luz.

MERCUCIO Te hemos de hacer bailar, gentil Romeo.

ROMEO Disculpadme. Vosotros lleváis suelas

ligeras, mientras yo estoy por los suelos;

mi alma de plomo impide que me mueva.

MERCUCIO ¿No estás enamorado? Con las alas

de Cupido podrás volar muy alto.

ROMEO Tanto me ha herido su flecha que para

nada me sirven sus alas. Y ahora estoy

muy embotado para ir a botar.

Me hundo bajo el peso del amor.

MERCUCIO Eso es porque lo cargas con tu peso;

demasiada opresión para algo tan tierno.

ROMEO ¿Tierno el amor? Es demasiado rudo,

tan brusco, tan punzante y turbulento…

MERCUCIO Si él es brusco contigo, selo tú igual con él.

Y si él te pincha, pínchalo tú y túmbalo.

Dadme una máscara para cubrirme. (*Se pone una máscara* .)

¡Una careta para un malcarado!

¡Van a burlarse igual de un rostro u otro…!

¡Que se sonroje este rostro postizo!

BENVOLIO Llamad y entremos y, una vez dentro,

que cada cual haga bailar sus piernas.

ROMEO A mí, dadme una antorcha; que los frívolos

le hagan cosquillas al entarimado

con sus pies; yo prefiero ir a la antigua:

alumbrar con la antorcha y observar;

ese es el mejor juego. Ya estoy listo.

MERCUCIO ¿Listo? ¡Estás al olor y no al sabor!

Si estás listo, sacúdete ese lodo

(ay, perdón: ese amor) en que te enfangas

del todo. Vamos, que se va la luz.

ROMEO No es verdad.

MERCUCIO Quiero decir que estamos

despilfarrando luz en pleno día.

Entiéndeme: este sentido es cinco

veces mejor que los cinco sentidos.

ROMEO Entiendo vuestras ganas de ir al baile,

pero acudir carece de sentido.

MERCUCIO ¿Y eso?

ROMEO Anoche tuve un sueño…

MERCUCIO También yo.

ROMEO ¿Cuál fue el tuyo?

MERCUCIO Que los que sueñan duermen.

ROMEO Claro, es verdad; y sueñan en sus camas.

MERCUCIO Ya veo que la partera de las hadas,

la reina Mab, te ha visitado: viene

(más diminuta que una piedra ágata

en el dedo anular de un concejal)

conducida por una recua de átomos

y entra por la nariz de los que duermen.

Su carro es una cáscara de nuez

que la ardilla ebanista o que la larva

(las carroceras de hadas) construyeron;

sus radios son las patas de una araña,

y su capota, alas de cigarras;

las riendas son de tenue telaraña,

y la argolla, de rayos de agua y luna;
es la tralla de hueso y piel de grillo,
y, el cochero, un mosquito con librea
y de menor tamaño que el gusano
en el dedo holgazán de una muchacha.
Cada noche cabalga con gran fasto
por cerebros de amantes, que sueñan con amores,
por rodillas de hidalgos, que sueñan con doblarse,
por dedos de abogados, que sueñan con minutas,
por labios de señoras, que sueñan con los besos,
y que la airada Mab cubre de pústulas
porque el aliento les huele a confites.
Cabalga a veces por la nariz de un cortesano,
que sueña que olfatea algún favor;
o, con el rabo de un lechón del diezmo,
le hace cosquillas en la cara a un clérigo,
que sueña con lograr un beneficio.
Cabalga a veces por el cuello de un soldado,
que sueña con cortarle el cuello a sus enemigos,
con emboscadas, con luchas, con armas
españolas, con brindis de diez brazas;
y si un tambor le espanta y le despierta,
sobresaltado, jura unas plegarias
y se duerme. Este es la misma Mab
que trenza las crines de los caballos

y enmaraña a los duendes en las greñas

que, alisadas, traerán mala fortuna.

Y, a las doncellas que duermen de espaldas,

las aplasta y enseña a soportar,

haciéndolas mujeres de buen porte.

Ella es la que…

ROMEO ¡Basta, basta, Mercucio!

Hablas sin sentido.

MERCUCIO Cierto, hablo de sueños,

que son los hijos de una mente ociosa,

engendrados de vanas fantasías,

de sustancia tan fina como el aire,

más volubles que el viento, que tan pronto

corteja el seno del helado norte

como, enfadado, vuela a soplar lejos

y va hacia el sur cargado de rocío.

BENVOLIO Este viento nos ha llevado lejos:

la cena ha terminado; y se hace tarde.

ROMEO Me temo que es temprano, pues presiento

que de los astros penden consecuencias

que me traerán su terrible destino

con esta fiesta de hoy, y pondrán fin

a mi indeseada y miserable vida

con una muerte inoportuna. Pero,

¡que quien gobierna el rumbo de mi nave

hinche mi vela! ¡Vamos, caballeros!

BENVOLIO ¡Suena, tambor!

ESCENA V

Entran SIRVIENTES*, con manteles* .

SIRVIENTE PRIMERO ¿Dónde está Cazuelo, que no nos ayuda a sacar las cosas? Ni trae las bandejas ni limpia nada.

SIRVIENTE SEGUNDO Cuando los buenos modales están solo en manos de uno o dos, y esos, encima, las tienen sucias, mal asunto.

SIRVIENTE PRIMERO ¡Llevaos los bancos, sacad el bufete, vigilad la vajilla! Anda, chico, sé bueno, guárdame un trozo de mazapán, y, si en algo me aprecias, dile al portero que deje entrar a Susana Lamuela y a Nell.

Sale el SIRVIENTE SEGUNDO.

¡Antonio! ¡Cazuelo!

Entran dos SIRVIENTES *más* .

SIRVIENTE TERCERO Aquí estamos.

SIRVIENTE PRIMERO Os buscan, os llaman, preguntan por vosotros

y os necesitan en el salón.

SIRVIENTE CUARTO No podemos estar aquí y allí al mismo tiempo.

Vamos, chicos, moveos rápido, que mientras dura, vida y dulzura.

Salen .

Entran CAPULETO*, la* SEÑORA CAPULETO*,* JULIETA*,* TEOBALDO *y su* PAJE*, la* NODRIZA *y todos los invitados y las damas de los enmascarados* .

CAPULETO ¡Bienvenidos, señores! Las señoras

sin juanetes bailarán con vosotros.

Y ahora, queridas damas, ¿quién de vosotras

se negará a bailar? Si alguna es tímida,

diré que tiene callos. Qué, ¿he acertado?

¡Bienvenidos, amigos! Ya pasó

el día en que también yo llevé máscara

y susurré al oído de una dama

bellas palabras: ya pasó, pasó…

Sed bienvenidos. ¡Músicos, tocad!

Suena la música .

¡Dejad paso! ¡Al salón! ¡A bailar, chicas!

Bailan .

¡Más luz, bribones! Retirad las mesas.

¡Apaga el fuego, que nos sofocamos!

¡Oh, qué alegría tan inesperada!

No, no, siéntate, primo Capuleto:

tú y yo no estamos ya para más bailes.

¿Sabes cuánto hace que no nos ponemos

una máscara?

PRIMO CAPULETO ¡Virgen Santa, treinta años!

CAPULETO ¡Qué va! No hace tanto, hombre, no hace tanto;

fue el día de la boda de Lucencio.

Que Pentecostés caiga cuando quiera:

me disfracé hace unos veinticinco años.

PRIMO CAPULETO Hace más, hace más, su hijo es mayor;

ya tiene treinta.

CAPULETO ¿Pero qué me dices?

¡Si hace dos años era solo un niño!

ROMEO ¿Quién es aquella dama que engalana

la mano de aquel caballero?

CRIADO Lo ignoro, señor.

ROMEO ¡Oh, ella enseña a brillar a las antorchas!

Parece suspendida del rostro de la noche

como una joya en la oreja de un negro.

Demasiado ideal para este mundo.

Va la doncella entre sus compañeras

como blanca paloma entre unos cuervos.

Cuando se acabe el baile iré a tocar

su mano, y que bendiga así la mía.

Corazón, ¿has amado alguna vez?

Jamás he visto una belleza igual.

TEOBALDO Por la voz, creo que este es un Montesco.

Dame la espada, chico.

Sale el PAJE.

¿Cómo osa

un villano escondido en burda máscara

venir aquí a burlarse de la fiesta?

Por mi honor y linaje, creo que no es

pecado darle muerte en este instante.

CAPULETO ¿Qué te pasa, sobrino, por qué gritas?

TEOBALDO Tío, hay aquí un Montesco, un enemigo:

un villano venido a molestarnos

y a profanar nuestra celebración.

CAPULETO ¿No es el joven Romeo?

TEOBALDO Sí, un villano.

CAPULETO Cálmate, amigo, déjalo tranquilo;

se porta como todo un caballero.

Lo cierto es que Verona reconoce

que es un joven virtuoso y educado.

No quiero que lo ofendan en mi casa

ni por todo el oro de esta ciudad;

así que ten paciencia; y te lo ordeno:

olvídate de él; si me respetas,

pon buena cara y retira ese ceño,

que no es nada apropiado para un baile.

TEOBALDO Es el que se merece ese villano.

No lo toleraré.

CAPULETO Tendrás que hacerlo

porque lo digo yo. ¡Y no se hable más!

¿Quién manda aquí, tú o yo? ¡Esto es el colmo!

¿No lo has de tolerar? ¡Que Dios te valga

si armas un alboroto entre mis huéspedes!

¡Vaya gallito! ¿Vas a hacerte el héroe?

TEOBALDO Es insultante, tío.

CAPULETO ¡Basta ya!

¿Pero qué estás diciendo, descarado?

Esto te saldrá caro, te lo advierto.

¡Llevarme la contraria a mí! ¡Ya basta!

Bravo, muy bien, amigos. ¡Vete, estúpido!

¡Cállate, o…! ¡Luces, más luces! ¡Por Dios,

que he de hacerte callar! ¡Ánimo, amigos!

TEOBALDO Tenerme que aguantar toda esta furia

me descompone y revuelve las tripas.

Me iré, pero esta intromisión, que ahora

parece dulce, traerá amarga hiel.

Sale .

ROMEO (*A* JULIETA.) Si con mi mano indigna profano

tu santuario, será dulce el castigo:

mis labios borrarán su rudo tacto

como dos sonrojados peregrinos.

JULIETA Buen peregrino, habláis de vuestra mano

cruelmente, cuando actúa con respeto;

también las palmas de los santos besan,

juntando palmas, las de los romeros.

ROMEO ¿No tienen labios romeros y santos?

JULIETA Sí, peregrino, son para rezar.

ROMEO ¿Pueden mis labios, pues, como las manos,

rezarte para no desesperar?

JULIETA El santo no se mueve, aunque conceda.

ROMEO Pues no te muevas tú mientras te rezan.

Besándola .

Así tus labios borran mi pecado.

JULIETA ¿Y ese pecado quedará en los míos?

ROMEO ¿Pecado de mis labios? ¡Dulce agravio!

Devuélveme el pecado.

La besa de nuevo .

JULIETA Besas como un experto.

NODRIZA Señora, vuestra madre quiere hablaros.

ROMEO ¿Quién es su madre?

NODRIZA Vaya pregunta, joven;

su madre es la señora de la casa,

una dama virtuosa, sabia y buena.

Yo le crié a la hija, a quien hablabais.

Os aseguro que quien la consiga

se llevará una joya.

ROMEO ¿Es una Capuleto? ¡Qué elevado

precio! Debo la vida a mi enemiga.

BENVOLIO Vámonos ya, que es hora de partir.

ROMEO Para mí empieza la hora de sufrir.

CAPULETO No, caballeros, no os marchéis aún.

Tenemos preparados unos postres.

Le susurran algo al oído .

¿De verdad? Bien, os lo agradezco a todos.

Gracias y buenas noches, caballeros.

¡Que traigan más antorchas, rápido! Vámonos

a la cama. A fe que se ha hecho tarde;

yo me retiro.

Salen todos, menos JULIETA *y la* NODRIZA.

JULIETA Nodriza, ¿quién es ese caballero?

NODRIZA El heredero del viejo Tiberio.

JULIETA ¿Y aquel que sale ahora por la puerta?

NODRIZA Demonios, ese creo que es Petrucio.

JULIETA ¿Y aquel de allí, que no quería bailar?

NODRIZA No lo sé.

JULIETA Ve a preguntar su nombre. Si es casado,

mi tálamo será también mi tumba.

NODRIZA Es Romeo, un Montesco, el hijo único

y el heredero de vuestro enemigo.

JULIETA ¡Oh, que mi único amor nazca de mi único odio!

Ya es demasiado tarde para volverme atrás.

¡Oh amor nacido de extraño prodigio:

tener que amar a un odiado enemigo!

NODRIZA ¿Qué dices? ¿Qué dices?

JULIETA Solo unos versos

que he aprendido en el baile.

Alguien llama dentro: «¡Julieta!» .

NODRIZA ¡Ya va, ya va!

Vamos, que ya no quedan invitados.

Salen .

SEGUNDO ACTO

Entra el CORO.

CORO Mientras el viejo afecto aún agoniza,

el nuevo amor espera ya la herencia.

La beldad por quien tanto suspiró

no es nada comparada con Julieta.

Ahora Romeo ama y es amado,

y está hechizado por dos ojos nuevos;

pero él ha de implorar a una enemiga

y ella hurtar al anzuelo el dulce cebo.

Como ella es su enemiga, él no puede

susurrarle como hacen los amantes.

Y ella, también enamorada, tiene

aún más dificultades para hablarle.

Pero fuerzas les dan pasión y tiempo,

recompensadas con placer extremo.

Sale .

ESCENA I

Entra ROMEO*, solo* .

ROMEO ¿Adónde iré, si mi alma vive aquí?

Vuelve atrás, cuerpo; encuentra aquí tu centro.

Sale .

Entran BENVOLIO *y* MERCUCIO.

BENVOLIO ¡Romeo! ¡Eh, primo Romeo!

MERCUCIO Es tan sensato

que juraría que ya está en la cama.

BENVOLIO Corría por aquí y saltó ese muro.

Llámale, buen Mercucio.

MERCUCIO Sí, le haré un conjuro.

¡Romeo! ¡Caprichoso! ¡Loco! ¡Amante!

Aparécete en forma de suspiro:

di un solo verso y ya tendré bastante;

grita: «¡Ay de mí!», «paloma», «amada mía»,

háblale a Venus con bellas palabras,

échale un buen piropo a su heredero,

aquel ciego Cupido tan certero

con el rey Copetua y la mendiga.

No me oye; no contesta; no se mueve;

el mono ha muerto: habré de conjurarlo.

Yo te conjuro por tu Rosalina,

por sus ojos y labios de escarlata,

por su pie fino, por su muslo trémulo

y firme y sus parajes adyacentes,

para que aquí aparezca tu figura.

BENVOLIO Si te escucha, seguro que se enoja.

MERCUCIO ¿Enojarse? ¡Qué va! Le enojaría

ver a un fantasma penetrar el círculo

de su amada y que aguantase tieso

hasta que ella lo hiciese doblegarse:

eso le enrabiaría; no mi súplica,

que es justa y es decente. En el nombre

de su amada, le pido que se yerga.

BENVOLIO Se habrá escondido por entre esos árboles

para unirse a la noche melancólica;

al ciego amor le sienta bien lo oscuro.

MERCUCIO Un amor ciego nunca da en el blanco.

Ahora se sentará bajo una higuera

y soñará que su amada es el fruto

que las doncellas llaman «higo» en broma.

¡Oh, Romeo, Romeo, si ella fuese

un higo abierto, y tú un meloso plátano!

Buenas noches Romeo, me voy al catre,

que no quiero dormir a la intemperie.

Qué, ¿nos vamos?

BENVOLIO Vámonos, es inútil

buscar a quien no quiere que le encuentren.

Salen.

Entra ROMEO.

ROMEO Se ríe del dolor quien no está herido.

Pero, ¡oh!, ¿qué luz asoma a esa ventana?

Viene de oriente, y Julieta es el sol.

Sal, sol, y mata a la envidiosa luna,

que enferma de tristeza al ver que tú,

su dama, eres más bella que su luz.

No la sirvas, Julieta, que es celosa;

su traje virginal es enfermizo,

y solo para necias; quítatelo.

JULIETA *aparece arriba, como en un balcón* .

¡Oh, es mi señora, es mi amor!

¡Ojalá que ella lo supiese!

Habla y no puedo oírla, ¿qué he de hacer?

Sus ojos hablan: les responderé.

Soy muy osado: no es a mí a quien hablan.

Las dos estrellas más bellas del cielo

se han ido y le han rogado que, en su ausencia,

sus ojos brillen allí hasta su vuelta.

¿Están ellos allí, y aquí están ellas?

Su claro rostro las humillaría

como el día a la lámpara; y sus ojos

relucirían tanto allá en el cielo

que las aves creerían que es de día.

Ahora apoya la mejilla en la mano.

¡Ah, si yo fuera el guante de esa mano

y rozara su mejilla!

JULIETA ¡Ay de mí!

ROMEO (*Aparte* .) ¡Habla!

Habla de nuevo, ángel mío, porque

refulges allá en lo alto tan gloriosa

como un alado heraldo celestial

a los ojos mortales, que, asombrados,

se elevan a mirarle, y se desploman

al verle navegar por el regazo

del aire, entre las nubes perezosas.

JULIETA Oh, Romeo, Romeo, ¿por qué has de ser Romeo?

Niega a tus padres, rechaza tu nombre;

o, si no quieres, júrame tu amor

y yo renunciaré a ser Capuleto.

ROMEO (*Aparte* .) ¿Sigo escuchando, o debo responderle?

JULIETA Mi enemigo no es otro que tu nombre;

tú eres tú mismo, ¿qué importa el Montesco?

¿Qué es ser Montesco? No es mano, ni pie,

ni brazo, ni facción, ni parte alguna

que pertenezca a un hombre. ¡Sé otro nombre!

¿Qué vale un nombre? Lo que llaman rosa

con otro nombre olería igual.

Y si Romeo no se llamase así,

¿no sería la misma su excelencia

sin ese nombre? Renuncia a tu nombre,

que no forma parte de ti, y, a cambio,

tómame a mí.

ROMEO Te tomo la palabra:

llámame «Amor», bautízame de nuevo;

no volveré jamás a ser Romeo.

JULIETA ¿Quién eres tú, que, oculto por la noche,

perturbas mi secreto?

ROMEO Con un nombre

yo no sabría decirte quién soy.

Mi nombre, oh adorada, me es odioso

porque es el mismo de tus enemigos.

Escrito en un papel, lo rompería.

JULIETA Aún no he oído cien palabras tuyas

y ya conozco el eco de tu voz.

¿No eres Romeo y, además, Montesco?

ROMEO No, hermosa dama, si eso te disgusta.

JULIETA ¿Cómo has entrado, dime, y para qué?

Estos muros son altos, peligrosos,

y este lugar, tu muerte, siendo el que eres,

si te descubren aquí mis parientes.

ROMEO Con alas del amor salté este muro;

jamás la piedra detendrá al amor,

pues todo lo que él puede, oso intentarlo:

así que no me asustan tus parientes.

JULIETA Si te viesen aquí, te matarían.

ROMEO Tus dos ojos encierran más peligro

que veinte de sus dagas. Sé tú dulce

y estaré a salvo de su hostilidad.

JULIETA Por nada desearía que te vieran.

ROMEO El manto de la noche me protege:

si no me amas, mejor es que me vean;

prefiero que me maten con su odio

a morir lentamente sin tu amor.

JULIETA ¿Quién te ha indicado el camino hasta aquí?

ROMEO Amor me ha estimulado a preguntar;

él pone los consejos; yo, los ojos.

No soy piloto, pero si estuvieras

en la playa del más remoto mar,

me embarcaría a por ese tesoro.

JULIETA Sabes bien que la noche con su máscara

me cubre; si no, me sonrojaría

por lo que acabas de oírme decir.

Quisiera ser más cauta y desdecirme

de lo dicho; mas ¡basta de cumplidos!

Di, ¿me quieres? Ya sé que dirás «sí»,

y yo te creeré; y aunque lo jures,

puede que sea en falso: sé que Júpiter

se ríe de los perjurios amorosos.

Buen Romeo, si me amas, dilo en serio;

si me crees presa fácil, frunciré

el ceño, te diré «no» y seré cruel solo

para que me implores, o no lo haría.

Oh, buen Montesco, te deseo tanto

que quizá malentiendas mi conducta;

pero confía en mí, seré más fiel

que aquellas que aparentan ser más tímidas.

Debí ser más esquiva, lo confieso,

pero, sin yo advertirlo, me has oído;

te ruego, amor, que seas benevolente

y no atribuyas a mi ligereza

lo que la oscura noche ha desvelado.

ROMEO Señora, yo te juro por la luna

que corona de plata estos frutales…

JULIETA No jures, ay, por la inconstante luna,

que cambia cada mes de trayectoria,

no vaya a ser tu amor tan poco estable.

ROMEO ¿Por qué he de jurar?

JULIETA No jures nada;

o, si quieres jurar, jura por ti,

que eres el dios de mi veneración,

y yo te creeré.

ROMEO Si el amor de mi corazón…

JULIETA No insistas… Aunque siento gozo al verte,

no quisiera hacer tratos esta noche;

todo es tan brusco, repentino y súbito

como un rayo que brilla de repente

sin dar tiempo a decir: «Relampaguea».

Buenas noches, amor: este retoño

quizá florezca cuando, en el verano,

nos reencontremos. Ve con Dios: que duerman

tu corazón y el mío dulcemente.

ROMEO ¿Así me dejas, tan insatisfecho?

JULIETA ¿Qué otra satisfacción pretendías hoy?

ROMEO Intercambiarnos promesas de amor.

JULIETA Te di la mía sin que la rogases;

y ahora quisiera no habértela dado.

ROMEO ¿Retirarías la promesa? ¿Por qué?

JULIETA Para ser generosa y devolvértela.

Y, no obstante, ya tengo lo que anhelo:

mi corazón es ancho como el mar,

y mi amor, tan profundo; cuanto más

doy, más tengo; los dos son infinitos.

La NODRIZA *llama desde dentro* .

Oigo ruido en la casa; ¡adiós, amor…!

¡Ya voy, nodriza…! Ámame, Montesco.

Pero… espera un momento, que ahora vuelvo.

Sale .

ROMEO ¡Qué noche tan feliz! Mas temo que,

como es de noche, todo sea un sueño

tan dulce que no pueda ser real.

Entra JULIETA *arriba* .

JULIETA Dos palabras, Romeo, y buenas noches.

Si el amor que me muestras es honesto

y tu propósito es el matrimonio,

dile mañana a quien te enviaré

dónde cumplir el rito y a qué hora,

y yo pondré a tus pies mi vida entera

y seguiré a mi amor por todo el mundo.

NODRIZA (*Dentro* .) ¡Señora!

JULIETA ¡Ya va! Mas si no es bueno tu propósito,

te lo ruego…

NODRIZA (*Dentro* .) ¡Señora!

JULIETA ¡Voy enseguida!

… déjame con mi pena y no te esfuerces.

Mañana te envío a alguien.

ROMEO Por mi alma…

JULIETA ¡Mil veces buenas noches!

Sale .

ROMEO Mil veces malas si se va tu luz.

Lento parte el amor, como el niño va a la escuela.

Veloz vuelve el amor, como el niño huye de ella.

Se retira poco a poco.

Entra de nuevo JULIETA *arriba* .

JULIETA ¡Chist, Romeo! ¡No tener voz de halconero

para hacer regresar a aquel halcón…!

Mi voz cautiva es ronca y no le alcanza,

pero podría desgarrar al Eco

y lograr que su voz enronqueciera

de tanto repetir «¡Romeo!», «¡Romeo!».

ROMEO Es mi alma, que me llama por mi nombre.

¡Qué dulces son, por las noches, las voces

del amor! ¡Son como una suave música!

JULIETA ¡Romeo!

ROMEO ¿Paloma mía?

JULIETA ¿A qué hora

te envío a un mensajero mañana?

ROMEO Hacia las nueve.

JULIETA Así lo haré; faltan como cien años…

Ya ni me acuerdo por qué te llamaba.

ROMEO Deja que me quede hasta que te acuerdes.

JULIETA Me olvidaré para así retenerte

y recordar cuánto amo tu compañía.

ROMEO Me quedaré para que no recuerdes

y yo olvide cualquier otro lugar.

JULIETA Casi es de día, y te querría lejos,

aunque no más que el pájaro ligado,

que, atado como un pobre prisionero,

el niño deja saltar libremente

para obligarlo a regresar con su hilo,

cual amante celoso de su huida.

ROMEO Quisiera ser tu pajarillo.

JULIETA Y yo,

pero te asfixiarían mis caricias.

¡Adiós! Qué dulce es esta despedida:

diría adiós hasta que sea de día.

Sale .

ROMEO ¡Que haya paz en tus ojos y en tu pecho!

¡Si yo pudiese ser tu dulce sueño!

Iré a la celda del buen fraile para

pedirle ayuda y mostrarle mi gozo.

Sale .

ESCENA II

Entra FRAY LORENZO *solo,*

con una cesta .

FRAY LORENZO La aurora de ojos claros se ríe de la noche

coloreando las nubes de oriente con el sol;

la oscuridad, jaspeada, vacila cual borracho

saliéndose del rumbo del día y de Titán.

Antes que el sol avance su gran ojo de fuego,

que secará el rocío y el día alegrará,

he de llenar la cesta de hierbas venenosas

y de mágicas flores de néctar sanador.

La tierra, que es la madre de la naturaleza,

es a la vez su tumba, su vientre y su sepulcro;

muchos hijos distintos salieron de su seno

y a todos amamanta la savia de su pecho:

por sus virtudes, muchos resultan excelentes;

ninguno hay sin alguna, y todos diferentes.

¡Qué rica y abundante es la gracia que anida

en plantas, hierbas, piedras! ¡Cuán grande es su eficacia!

Pues no hay cosa tan vil que palpite en la tierra

que no nos dé algún fruto que algún valor no tenga;

ni existe nada bueno que, forzado,

no provoque un actuar desordenado.

Virtud mal encauzada puede tornarse en vicio,

y el vicio controlado al hombre vuelve digno.

Entra ROMEO.

En la débil corteza de esta pequeña flor

residen a la vez veneno y curación;

su olor es agradable y alegra los sentidos;

su sabor deja a estos y al corazón dormidos.

Al igual que a las plantas les sucede a los hombres:

se enfrentan, enemigas, gracia y voluntad torpe;

y donde predomine el ingrediente peor,

la muerte, como un cáncer, consumirá la flor.

ROMEO Buenos días, padre.

FRAY LORENZO *¡Benedicite!*

¿Qué voz madrugadora me saluda?

Algo ha de haber, hijito, descompuesto,

cuando tan pronto sales de tu lecho:

los cuidados son propios de los viejos,

y donde ellos anidan huye el sueño;

pero no de los jóvenes alegres,

cuyos ojos el sueño rinde siempre.

Tu temprana visita me infunde la sospecha

de que algún misterioso desorden te atormenta;

si eso no es así, seguro que lo acierto:

Romeo no ha dormido esta noche en su lecho.

ROMEO Así es, mas mi descanso ha sido dulce.

FRAY LORENZO ¡Dios te valga! ¿Has estado con tu Rosalina?

ROMEO ¿Con Rosalina, santo fraile? No;

ya he olvidado ese nombre y su dolor.

FRAY LORENZO Así me gusta. ¿Dónde te has metido?

ROMEO Lo diré sin hacerme de rogar:

en una fiesta, con mis enemigos,

donde por uno de ellos fui herido

y a quien yo herí también; nuestro remedio

está en tus manos y medicamentos.

No hay odio alguno, santo anciano: mira

que suplico por mí y por mi enemigo.

FRAY LORENZO Hijo, habla claro y ve al grano, que una confesión

confusa encuentra solo una absolución confusa.

ROMEO Has de saber que el corazón he puesto

en la hija del rico Capuleto.

Yo le di el mío y ella me dio el suyo:

todo está a punto, excepto el matrimonio,

que tú has de consagrar. Cuándo, dónde y cómo

nos vimos, cortejamos, prometimos,

ya te lo contaré; solo te pido

que consientas en casarnos hoy mismo.

FRAY LORENZO ¡Por san Francisco, qué mudanza es este!

¿Has olvidado ya a tu Rosalina,

a quien tanto querías? ¡Vuestro amor

vive en los ojos, no en los corazones!

¡Jesús, María! ¡Las saladas lágrimas

que has derramado por tu Rosalina!

¡Cuánta sal derrochada para nada,

sazonando un amor que ahora te desagrada!

El sol aún no ha aclarado del cielo tus suspiros,

aún resuenan tus quejas en mis viejos oídos,

aún puedo contemplar en tu rostro las manchas

de lágrimas antiguas que aún no han sido lavadas.

¿No eras tú mismo, aquel? ¿No eran tuyas las penas?

¿No os debíais a Rosalina tanto tú como ellas?

¿Y has cambiado? Cuán cierto es el adagio:

¡Pobre de la mujer, si el hombre es tan liviano!

ROMEO No aprobabas mi amor por Rosalina.

FRAY LORENZO Por tu loca pasión, no por tu amor.

ROMEO Querías enterrarlo.

FRAY LORENZO No en la tumba,

para meter a uno y sacar otro.

ROMEO No me regañes más. La que amo ahora

me corresponde con su amor y gracia.

La otra, no.

FRAY LORENZO Porque ella sabía que leías

sin entender el sentido de la letra.

Pero ven, veleidoso, ven conmigo

que te voy a ayudar por un motivo:

esta alianza podría ser feliz

si convierte en amor vuestro odio mutuo.

ROMEO Vámonos ya de aquí, que tengo prisa.

FRAY LORENZO Despacio y buena letra, que quien corre tropieza.

Salen .

ESCENA III

Entran BENVOLIO *y* MERCUCIO.

MERCUCIO ¿Dónde diablos se esconde este Romeo?

¿No fue a su casa anoche?

BENVOLIO No, no fue: me lo ha dicho su paje.

MERCUCIO Esa pálida y dura Rosalina

le tortura y le hará volverse loco.

BENVOLIO Teobaldo, el pariente de Capuleto, le ha enviado una carta a casa de su padre.

MERCUCIO Un duelo, estoy seguro.

BENVOLIO Romeo responderá.

MERCUCIO Cualquiera que sepa escribir puede responder a una carta.

BENVOLIO No, quiero decir que responderá a quien le desafía; mostrará su valor, si le provocan.

MERCUCIO ¡Ay, pobre Romeo! ¡Pero si ya está muerto, apuñalado por los ojos negros de una blanca moza, su oído atravesado por canciones de amor, la diana de su corazón partida por la flecha del ciego niño arquero! ¿Es ese el hombre que ha de enfrentarse con Teobaldo?

BENVOLIO ¿Por qué no? ¿Quién es Teobaldo?

MERCUCIO Más que el Príncipe de los Gatos: es el valiente capitán de los cumplidos; se bate igual que otros cantan: lleva el compás, la distancia y el ritmo; hace los mínimos movimientos: uno, dos, y al tercero te da en el pecho; puede trinchar un botón de seda, es un auténtico duelista, un caballero de la mejor escuela, por una causa o por la otra. ¡Ah, el inmortal *passado* , el *punto reverso* , el *hai* !

BENVOLIO ¿El qué?

MERCUCIO ¡Al infierno con esos bufones afectados, fantasmones ceceantes de acento amanerado! «¡Ay, Jesús, qué buen acero, qué hombre tan alto, qué buena puta!» ¿No es lamentable, señor, que nos veamos afligidos por estos parásitos, estos figurines de moda, estos *pardonnez-moi* , tan apegados a las nuevas formas que no se encuentran cómodos sentados en un banco antiguo? ¡Ay, sus huesos, sus pobres huesos!

BENVOLIO Aquí viene Romeo.

Entra ROMEO.

MERCUCIO Más escurrido y seco que un arenque. ¡Oh, carne, carne, cómo te has apescado! Ahora solo está para los versos en que Petrarca navegaba. Laura, comparada con su dama, era una fregona (pero a fe que aquella tenía un amante más capaz de hacerle rimas). Dido, una descuidada; Cleopatra, una gitana; Elena y Hero, fulanas inútiles; Tisbe tenía los ojos algo claros, pero sin comparación. Signior Romeo, *bonjour* !: un saludo francés a tu aspecto desgabachado. Buena nos la hiciste anoche.

ROMEO Buenos días a los dos. ¿Qué os hice anoche?

MERCUCIO La despedida a la francesa, hombre, que no te enteras.

ROMEO Perdón, buen Mercucio, pero mi asunto era grave, y, en esas circunstancias, puede uno despedir la cortesía.

MERCUCIO Que es tanto como decir que tu asunto es de los que obliga a doblar las ancas.

ROMEO Quería decir a no hacer reverencias.

MERCUCIO Has dado reverentemente en el clavo.

ROMEO Una manera de hablar muy cortés.

MERCUCIO Claro, yo soy la flor de la cortesía.

ROMEO La flor y nata.

MERCUCIO Exacto.

ROMEO Pues cuando me hagas tú la reverencia, dejarás mis zapatos de un blanco floreado.

MERCUCIO ¡Florido ingenio! Ve siguiéndome la broma hasta que se te desgasten los zapatos, que, una vez sin suelas, resultarán graciosos, aunque queden *desolados* .

ROMEO Una broma burda y gastada, como esas suelas que dices de tanto arrastrarse por el suelo.

MERCUCIO Haz de árbitro, Benvolio, mi ingenio desfallece.

ROMEO ¡Pues espoléalo, espoléalo, o cantaré victoria!

MERCUCIO No, si se trata de hacer el ganso, me rindo, pues hay más de ganso salvaje en uno solo de tus sentidos que en los cinco míos juntos. ¿Qué te parece esa gansada?

ROMEO Muy propia de quien habla por boca de ganso.

MERCUCIO Te voy a dar en la cresta por ese chiste.

ROMEO ¿Cómo en la cresta? ¿Pues no soy ganso?

MERCUCIO Tu ingenio es mermelada muy amarga, salsa muy picante.

ROMEO Entonces, ¿no resulta apropiado echarlo sobre un empalagoso ganso?

MERCUCIO He aquí un ingenio elástico que se estira desde una pulgada hasta una braza.

ROMEO Lo estiro por esta palabra «braza», que, unida a ganso, demuestra que eres, de todas todas, un ganso *a la braza* .

MERCUCIO Bueno: ¿no es mejor eso que gemir de amor? Ahora eres sociable, ahora eres Romeo; ahora eres como eres, por arte y por naturaleza, porque el amor babeante es, naturalmente, como un bobalicón con la lengua colgando e intentando meterla en el agujero.

BENVOLIO Para ya, para ya.

MERCUCIO ¿Y ahora quieres que pare mi lengua a contrapelo?

BENVOLIO Antes de que se te haga más larga.

MERCUCIO Te engañas: se habría acortado, porque estaba llegando ya al fondo del asunto y no pretendía seguir profundizando.

ROMEO ¡Vaya marcha!

Entran la NODRIZA

y su criado PEDRO.

¡Viento en las velas!

MERCUCIO ¡Y en la popa de unos calzones!

NODRIZA ¡Pedro!

PEDRO Voy.

NODRIZA Mi abanico, Pedro.

MERCUCIO Buen Pedro, tápale la cara; la del abanico es mejor.

NODRIZA Buenos días, caballeros.

MERCUCIO Dios nos dé buenas tardes, bella dama.

NODRIZA ¿Ya es por la tarde?

MERCUCIO Ya lo creo: la puta manecilla de la esfera ya está rozando las partes del mediodía.

NODRIZA ¡Fuera de aquí! ¿Qué clase de hombre eres tú?

ROMEO Uno que Dios ha hecho, buena dama, para echarse a perder a sí mismo.

NODRIZA A fe que ha dicho bien: «Para echarse a perder a sí mismo». Caballeros, ¿puede alguno de ustedes decirme dónde puedo encontrar al joven Romeo?

ROMEO Yo mismo, pero el joven Romeo ya no será tan joven cuando lo encontréis como cuando lo buscabais: soy el más joven de este nombre, a falta de otro peor.

NODRIZA Decís bien.

MERCUCIO ¿Cómo? ¿Lo peor está bien? A fe que lo ha entendido bien, sí, muy bien, muy bien.

NODRIZA Si sois vos, señor, quisiera *entrevestirme* con vos.

BENVOLIO Ahora le *incitará* a cenar.

MERCUCIO ¡Un conejo, un conejo, un conejo! ¡Atrapadle!

ROMEO ¿Qué has visto?

MERCUCIO Un conejo no, señor, sino el conejo de una coneja en una empanada de cuaresma, es decir, algo viejo y rancio antes ya de comerlo.

Canta paseándose .

Un conejo viejo y rancio

y un conejo rancio y viejo,

es buena carne en cuaresma;

pero si es coneja

no vale la pena,

se enrancia antes de comerla.

Romeo, ¿irás a casa de tu padre? Vamos a cenar allí.

ROMEO Ahora iré.

MERCUCIO Páselo bien, anciana señora, páselo bien, señora, (*cantando*) «señora, señora».

Salen MERCUCIO

y

BENVOLIO.

NODRIZA Decidme, señor, ¿quién era ese descarado mercachifle que no decía más que indecencias?

ROMEO Un caballero, nodriza, a quien le gusta oírse hablar, y que habla más en un minuto de lo que deja que le digan en un mes.

NODRIZA Si vuelve a decir algo contra mí, lo tumbo, por forzudo que sea; a él y a veinte bribones de su especie; y si yo no puedo, ya encontraré quien lo haga. ¡Insolente bellaco, yo no soy una de sus furcias ni de sus mujerzuelas! (*Se vuelve hacia su criado* PEDRO.) ¡Y tú te quedas ahí parado y dejas que cualquier granuja se despache a gusto conmigo!

PEDRO No he visto que ningún hombre se despachase a gusto con vos; si no, habría sacado el arma en el acto. Os aseguro que me atrevo a sacarla tan rápido como cualquiera, si se presenta la ocasión de una buena pelea y la ley está de mi parte.

NODRIZA ¡Por Dios, estoy tan irritada que me tiembla todo! ¡Bellaco insolente! Os lo ruego, señor, solo dos palabras. Como os decía, mi joven señora me ha pedido que os busque; lo que me ha pedido que os diga, me lo callo. Pero antes dejadme que os diga que si la engañaseis con (como suele decirse) falsas promesas, cometeríais un (como se dice) acto muy grosero; porque la dama es joven y, por tanto, si jugáis con ella un doble juego, realmente sería una cosa fea para hacerle a una dama, y un comportamiento muy rastrero.

ROMEO Nodriza, encomiéndame a tu ama y señora. Te prometo que…

NODRIZA ¡Oh, tesoro mío, claro que se lo diré! ¡Oh, santo Dios, qué feliz va a ser!

ROMEO ¿Qué le dirás, nodriza, si no me dejas hablar?

NODRIZA Le diré, señor, que prometéis, que me parece una oferta digna de un caballero.

ROMEO Dile que se las ingenie

para ir esta tarde a confesarse

con fray Lorenzo. Y que allí será

confesada y casada. Toma, y gracias.

NODRIZA No, señor, de veras, ni un penique.

ROMEO Vamos, te digo que sí.

NODRIZA ¿Esta tarde, señor? Muy bien, allí estará.

ROMEO Un momento, nodriza: detrás de la abadía

mi paje te traerá, de aquí a una hora,

unas cuerdas que, a modo de escalera,

me llevarán a lo alto de mi gozo

y me guiarán en la secreta noche.

Adiós. Sé fiel: te recompensaré.

Ve con Dios y encomiéndame a tu ama.

NODRIZA ¡Dios os bendiga! Escuchadme, señor.

ROMEO Dime, buena nodriza.

NODRIZA ¿Vuestro paje es de fiar? ¿No habéis oído

que «a quien confías tu secreto le das tu libertad»?

ROMEO Te juro que es más firme que el acero.

NODRIZA Señor, mi señora es la dama más dulce… ¡Dios mío, lo charlatana que era cuando aprendió a hablar…! Hay un noble en la ciudad, un tal Paris, dispuesto a entrar al abordaje; pero ella, angelito, antes preferiría ver a un sapo, a un sapo de verdad, que verle a él. A veces la hago enfadar y le digo que Paris le conviene más, pero os aseguro que cuando se lo digo se pone más pálida que la cera. ¿No empiezan con la misma letra romero y Romeo?

ROMEO Sí, nodriza, ¿y qué? Empiezan con erre.

NODRIZA Ah, pillo, la letra de perro. La erre es de… No, ya sé que empieza con otra letra… y ella dice las cosas más bonitas sobre ello, de vos y del romero, os daría gusto oírlas.

ROMEO Encomiéndame a tu señora.

NODRIZA Sí, un millar de veces.

Sale ROMEO.

¡Pedro!

PEDRO Voy.

NODRIZA (*Dándole el abanico* .) Ve delante y apresúrate.

Sale detrás de PEDRO.

ESCENA IV

Entra JULIETA.

JULIETA Daban las nueve cuando la envié

y prometió volver en media hora.

Quizá no lo ha encontrado. ¡Qué va, es que

cojea! Los recados del amor

deberían volar mucho más rápido

que la luz cuando ahuyenta las tinieblas;

por eso a Amor lo llevan las palomas

y por eso Cupido tiene alas.

El sol se encuentra ahora en lo más alto

de su jornada; hay, de nueve a doce,

tres largas horas… y aún no ha regresado.

Si me tuviese afecto, y sangre joven,

sería más veloz que una pelota;

mi voz la lanzaría hacia mi amor

y él me la devolvería.

Pero los viejos son como los muertos:

pesados como el plomo, torpes, lentos.

Entra la NODRIZA *con* PEDRO.

¡Ya están aquí! Dulce ama, ¿qué noticias

traes? ¿Lo has visto? Despide a tu sirviente.

NODRIZA Pedro, espérame en la puerta.

Sale PEDRO.

JULIETA Buena ama… Mas ¡oh, Dios! ¿por qué estás triste?

Si traes malas nuevas, dilas alegremente,

y si son buenas, estropeas su música

al tocarla con ese rostro agrio.

NODRIZA ¡Déjame respirar! Estoy cansada.

¡Qué caminata! ¡Ay, mis pobres huesos!

JULIETA Ojalá fuesen míos, y supiese

lo que me has de contar. Por favor, habla.

NODRIZA ¡Jesús, qué prisa! ¡Espérate un momento!

¿No ves que me he quedado sin aliento?

JULIETA ¿Cómo que sin aliento, si lo tienes

para decirme que estás sin aliento?

La excusa que me das para no hablar

dura más que decirme lo que excusas.

¿Son buenas o son malas? Di solo eso.

«Sí», o «no», y me espero a los detalles.

Contéstame si son buenas o malas.

NODRIZA Pues bien, te diré que has elegido muy tontamente; no sabes escoger a un hombre. ¿Romeo? No, ese ni hablar, aunque su cara sea mejor que la de cualquier otro y sus piernas superen a las de todos; y en cuanto a las manos, los pies y el cuerpo, aunque no son dignos de ser mencionados, no admiten comparación. No es precisamente la flor de la cortesía, pero te aseguro que es manso como un cordero. Tú a lo tuyo, muchacha, y pórtate bien. ¿Qué, habéis comido en casa?

JULIETA ¡No, no! Lo que me cuentas ya lo sé.

¿Qué dice de casarnos, qué te ha dicho?

NODRIZA ¡Señor, cómo me duele la cabeza!

¡Me va a estallar en más de mil pedazos!

Y este costado de la espalda, ¡ay, ay!

Te vas a arrepentir de haberme enviado

a la muerte, trotando sin parar.

JULIETA Lamento de verdad que no estés bien.

Pero, dulce ama, ¿qué dice mi amor?

NODRIZA Tu amor, como un honesto caballero,

cortés y amable, guapo y (te aseguro)

virtuoso, dice… ¿Dónde está tu madre?

JULIETA ¿Que dónde está mi madre? Está en la casa,

¿dónde va a estar? Qué respuestas tan raras:

«Tu amor, como un honesto caballero,

dice: ¿dónde está tu madre?»

NODRIZA ¡Pardiez,

qué ardor! Te lo ruego, serénate.

¡Buen remedio eres tú para mis huesos!

En adelante, hazte tus encargos.

JULIETA ¡Vaya enredo! ¿Qué dice mi Romeo?

NODRIZA ¿Te dejarán ir hoy a confesarte?

JULIETA Sí.

NODRIZA Pues ve corriendo a la celda del fraile,

donde un marido espera a hacerte esposa.

¡Por fin sube la sangre a tus mejillas!

¡Oh, cómo se sonrojan con las nuevas!

Corre a la iglesia, que yo iré a buscar

una escalera con la que tu amor

trepará por la noche hasta tu nido.

Me afano y sudo para darte gusto;

de noche cargarás tú con el peso.

Voy a comer; y tú, ¡corre a la celda!

JULIETA ¡Corro a buscar mi dicha! ¡Adiós, buena ama!

Salen .

ESCENA V

Entran FRAY LORENZO *y* ROMEO.

FRAY LORENZO ¡Que Dios bendiga este rito sagrado

y no nos colme luego de pesares!

ROMEO ¡Amén, amén! Por más males que vengan

jamás extinguirán esta alegría

de poder contemplarla un breve instante.

Tú une nuestras manos con tus rezos,

y que la muerte lo devore todo;

me basta con poder llamarla mía.

FRAY LORENZO Los placeres violentos tienen fines violentos

y en su triunfo perecen, como pólvora y fuego

que, al besarse, se extinguen. Hasta la miel más fina

acaba siendo odiosa por su extrema delicia,

y su dulce sabor termina empalagando.

Un amor moderado siempre es más duradero:

tan tarde llegan los raudos como los lentos.

Entra JULIETA.

Aquí llega la dama. ¡Oh, ese pie tan ligero

jamás desgastará el duro pedernal!

Un amante podría montar en las ociosas

telarañas que flotan al aire del verano

y no caerse; pues tan ligera es la dicha.

JULIETA Muy buenas tardes, santo confesor.

FRAY LORENZO Romeo te dará las gracias por los dos.

ROMEO *besa a* JULIETA.

JULIETA Y las que sobran, yo se las devuelvo.

JULIETA *le devuelve el beso* .

ROMEO Julieta, si el raudal de tu alegría

es grande como el mío, y si tú sabes

celebrarlo mejor, endulza el aire

con tu aliento, dejando que su música

despliegue las imágenes felices

que los dos recibimos de este encuentro.

JULIETA El pensamiento rico en contenido

presume de sustancia, no de ornato.

Solo los pobres cuentan su dinero;

tan desmedido es mi amor que no puedo

contar ni la mitad de mi fortuna.

FRAY LORENZO Venid, venid conmigo y abreviemos.

Con vuestra venia, no podéis quedaros

a solas hasta que os una la Iglesia.

Salen .

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran MERCUCIO *y su* PAJE*,*

BENVOLIO *y otros* .

BENVOLIO Te lo ruego, Mercucio, retirémonos:

hace calor, los Capuleto andan

por ahí; y si nos encuentran, pelearemos,

porque con el calor las sangres hierven.

MERCUCIO Eres como uno de esos tipos que, al entrar en una taberna, dejan de un golpe la espada en la mesa, diciendo: «Dios quiera que no te necesite», y cuando la segunda copa se les ha subido a la cabeza, desenvainan y amenazan al camarero sin motivo alguno.

BENVOLIO ¿Soy como uno de esos?

MERCUCIO Vamos, vamos, tienes el carácter más acalorado de toda Italia, y tan dispuesto a que te provoquen para enfurecerte como a enfurecerte para que te provoquen.

BENVOLIO ¿Y qué más?

MERCUCIO En verdad que, si hubiese dos como tú, pronto no quedaría ninguno, porque os mataríais mutuamente. ¡Sí, tú! Tú serías capaz de pelearte con cualquiera solo porque tuviese un pelo más o menos que tú en la barba; te pelearías con cualquiera que cascase avellanas, por la sola razón de que tienes los ojos avellanados. ¿Qué otros ojos sino los tuyos verían en eso motivo de pelea? Tienes la cabeza tan llena de peleas como un huevo de sustancia, a pesar de que con los golpes que ha recibido no valga más que un huevo podrido. Te has llegado a pelear con un hombre solo porque tosió en la calle y despertó a tu perro, que dormía al sol. ¿No rompiste en una ocasión con un sastre por haberse puesto la chaqueta nueva antes de Pascua? ¿O con aquel otro por atarse los zapatos nuevos con cordones viejos? ¿Y aún pretendes darme lecciones para que no pelee?

BENVOLIO Si yo fuese tan pendenciero como tú, los derechos de mi vida podrían comprarse por el precio de una hora y cuarto.

MERCUCIO ¿Los derechos de tu vida? ¡Qué bobada!

Entran TEOBALDO*, Petrucio y otros* .

BENVOLIO ¡Por mi alma! Aquí vienen los Capuleto.

MERCUCIO ¡Por mi pellejo! Me importan un rábano.

TEOBALDO Quedaos junto a mí, que quiero hablarles.

Una palabra a uno de vosotros, señores.

MERCUCIO ¿Solo una? ¿Y con uno solo? Aderezadla con algo: que sean una palabra y un golpe.

TEOBALDO Me encontraréis dispuesto para eso, señor, si me dais ocasión.

MERCUCIO ¿No podríais tomaros la ocasión sin que os la dé?

TEOBALDO Mercucio, tú estás concertado con Romeo.

MERCUCIO ¿Concertado? ¿Acaso crees que somos músicos? Si lo crees así, no esperes oír otra cosa que discordancias. Aquí está el arco de mi violín, que te hará bailar. ¡Rayos, «concertado»!

BENVOLIO Estamos discutiendo en lugar público;

vayamos a un rincón más apartado:

razonemos con calma los agravios

o partamos; aquí todos nos miran.

MERCUCIO Los ojos son para eso: pues que miren;

no me muevo por darle gusto a nadie.

Entra ROMEO.

TEOBALDO Quedad en paz, señor, ahí viene mi hombre.

MERCUCIO Que me cuelguen, si es uno de los vuestros.

Si empezáis la pelea y él os sigue,

su señoría podrá llamarle vuestro.

TEOBALDO Mi amor por ti, Romeo, no me permite

decirte sino que eres un villano.

ROMEO Las razones que tengo para amarte

disculpan esa rabia que acompaña

tus palabras. No soy ningún villano.

Adiós, ya veo que no me conoces.

TEOBALDO Muchacho, eso no excusa los agravios

que tú me has hecho. Vuelve y desenvaina.

ROMEO Te aseguro que nunca te he agraviado;

te aprecio más de lo que te imaginas,

aunque no sepas la causa. Por tanto,

buen Capuleto (y aprecio este nombre

como el mío), date por satisfecho.

MERCUCIO ¡Ah, vil y deshonrosa sumisión!

Alla stocata lo arreglará pronto. (*Desenvaina* .)

Teobaldo, cazarratas, ¿buscas guerra?

TEOBALDO ¿Qué quieres de mí?

MERCUCIO Buen Rey de los Gatos: solo quiero una de tus siete vidas, con la que pretendo enfrentarme y, según como te portes, dejar secas las seis restantes. ¿Quieres tirar de las orejas a tu espada y desenvainarla? Rápido, no sea que la mía te corte las tuyas antes de que la saques.

TEOBALDO Cuando quieras. (*Desenvaina* .)

ROMEO Gentil Mercucio, aparta la espada.

MERCUCIO ¡Vamos, señor, veamos vuestro *passado* !

Luchan .

ROMEO Desenvaina, Benvolio, desarmémosles.

¡Reprimid vuestra cólera, señores!

¡Teobaldo, buen Mercucio, nuestro Príncipe

ha prohibido las riñas en las calles!

ROMEO *se interpone entre los dos* .

¡Deteneos! ¡Teobaldo! ¡Buen Mercucio!

TEOBALDO *hiere a* MERCUCIO

por debajo del brazo de ROMEO *y huye con los suyos* .

MERCUCIO Estoy herido. ¡Malditas familias!

Me han despachado, ¿y ese tan campante?

BENVOLIO ¿Estás herido?

MERCUCIO Sí, un rasguño, un rasguño; pero sobra.

¿Dónde está mi paje? ¡Ve a por un médico!

Sale el PAJE.

ROMEO Ánimo, hombre, la herida no es muy grande.

MERCUCIO No, no es tan profunda como un pozo, ni tan ancha como la puerta de una iglesia, pero es más que suficiente para cumplir su cometido. Preguntad por mí mañana y me encontraréis de un humor negro y apestoso. Os aseguro que soy ya un fiambre para este mundo. ¡Malditas familias! ¡Rayos! ¡Que un perro, una rata, un ratón, un gato, le arañe a uno de muerte! ¡Un fanfarrón, un granuja, un canalla que pelea según el libro de aritmética! ¿Por qué diablos te interpusiste entre nosotros? Me hirió por debajo de tu brazo.

ROMEO Lo hice con la mejor intención.

MERCUCIO Llévame a alguna casa, buen Benvolio,

que me desmayo. ¡Malditas familias!

Me han convertido en carne de gusanos.

Estoy perdido. ¡Malditas familias!

Sale con BENVOLIO.

ROMEO Mi buen amigo, el pariente del Príncipe,

ha recibido una herida mortal

por mi causa; y mi nombre está manchado

por culpa de Teobaldo, que desde hace

solo una hora es mi primo. ¡Oh, amor mío,

tu belleza me ha vuelto afeminado

y ha ablandado mi acero y mi valor!

Entra BENVOLIO.

BENVOLIO ¡Oh, Romeo, Romeo! ¡Mercucio ha muerto!

Su audaz espíritu ha subido al cielo

menospreciando el mundo antes de tiempo.

ROMEO A esta negra fortuna otras sucederán;

nace ahora un dolor que solo el tiempo aplacará.

Entra TEOBALDO.

BENVOLIO Aquí vuelve ese loco de Teobaldo.

ROMEO ¿Mercucio está muerto y él va triunfante?

¡Basta de angelical benevolencia!

¡Ahora actuaré con encendida furia!

Teobaldo, te devuelvo aquel «villano»

que me lanzaste; el alma de Mercucio

está flotando aún sobre nosotros

esperando a que le hagas compañía:

tú, yo, o los dos habremos de ir con él.

TEOBALDO ¡Maldito imberbe! Estabas concertado

con él, ¡pues ve con él!

ROMEO Esto lo decidirá.

Luchan. Cae TEOBALDO.

BENVOLIO ¡Corre, Romeo! ¡Teobaldo ha muerto!

¡Los ciudadanos se han alzado en armas!

No te quedes pasmado. ¡Huye! El Príncipe

te condenará a muerte si te cogen.

ROMEO ¡Soy un juguete del destino!

BENVOLIO ¿Qué esperas?

Sale ROMEO.

Entran ciudadanos y OFICIALES *de la Guardia* .

OFICIAL ¿Adónde ha huido el que mató a Mercucio?

¿Dónde ha ido Teobaldo, el asesino?

BENVOLIO Ahí está Teobaldo.

OFICIAL Levantaos, señor,

y venid. Responderéis ante el Príncipe.

Entran el PRÍNCIPE*, el viejo* MONTESCO*,* CAPULETO*,*

sus ESPOSAS *y séquito* .

PRÍNCIPE ¿Qué villano ha causado esta reyerta?

BENVOLIO Yo puedo, noble Príncipe, explicaros

el fatídico curso de esta riña.

Ahí yace, asesinado por Romeo,

quien mató a vuestro primo, el buen Mercucio.

SEÑORA CAPULETO ¡Es mi Teobaldo, el hijo de mi hermano!

¡Oh, Príncipe! ¡Oh, marido! ¡Han derramado

nuestra sangre! Si sois justo, buen Príncipe,

habréis de derramar sangre de los Montesco.

¡Oh, sobrino, sobrino!

PRÍNCIPE Benvolio, ¿quién empezó esta pelea?

BENVOLIO Teobaldo, a quien Romeo mató luego.
Romeo, amablemente, le hizo ver
cuán necio es pelear, y recordole
vuestra prohibición; eso le dijo
dulcemente, con calma, de rodillas,
pero sin obtener la paz del ánimo
inquieto de Teobaldo, que se lanza
con la espada hacia el pecho de Mercucio,
y este, exaltado como él, contraataca,
y, con desdén marcial, con una mano
aparta la fría muerte, y con la otra
se la arroja a Teobaldo, quien, experto,
se la devuelve. Mientras, Romeo grita:
«¡Basta, amigos, partíos!» y, aún más rápido,
su brazo se interpone entre los dos
y los detiene; pero, bajo el brazo,
un malévolo golpe de Teobaldo
quita la vida a Mercucio, y Teobaldo
huye; pero regresa ante Romeo,
que ahora ya solo piensa en la venganza;
se embisten como rayos y, antes que
pudiera separarlos, ya Teobaldo
había muerto y Romeo escapado.

Si eso no es cierto, matad a Benvolio.

SEÑORA CAPULETO Ese es pariente de los Montesco;

no dice la verdad porque los quiere.

Veinte lucharon en esa reyerta,

veinte, y solo segaron una vida.

Príncipe, pido que se haga justicia:

Romeo mató a Teobaldo: ¡Muera Romeo!

PRÍNCIPE Romeo mató a Teobaldo; este a Mercucio;

¿quién paga el precio de tan noble sangre?

MONTESCO Romeo, no, Príncipe: era su amigo;

su culpa ha sido hacer lo que habría hecho

la ley: matar a Teobaldo.

PRÍNCIPE Por este agravio,

de Verona en el acto lo exiliamos.

También a mí me afectan vuestras luchas:

mi sangre se ha vertido por su culpa;

pero os castigaré con tal dureza

que habréis de arrepentiros de esta pérdida

mía; seré sordo a excusas y súplicas;

ni lágrimas ni ruegos repararán la ofensa.

Olvidadlas, por tanto; y que se marche

Romeo, o morirá si se le encuentra.

Retirad el cadáver y seguidnos.

El perdón asesina si perdona a asesinos.

Salen .

ESCENA II

Entra JULIETA.

JULIETA Galopad raudos, corceles de fuego,
a la morada de Febo; un auriga
como Faetón os lanzaría al oeste
a latigazos, y traería la noche.
Corre tus velos, noche del amor,
para que todos entornen los ojos
y Romeo venga en secreto a abrazarme.
El esplendor de los propios amantes
ya ilumina sus ritos; y a Amor, ciego,
le va mejor la noche. Ven, matrona
grave, noche de negro y sobrio atuendo,
y enséñame a perder en el ganado
juego de dos puras virginidades.
Cubre la sangre que arde en mis mejillas
con tu manto sombrío hasta que el amor
pierda el rubor y actúe sin recato.
Ven, noche, ven, amor, día en la noche,
pues serás, en las alas de la noche,
más blanco que la nieve sobre un cuervo.
Ven, dulce noche, amor de negro rostro,
y entrégame a Romeo, y, cuando yo
me muera, córtamelo en estrellitas
y el firmamento lucirá tan bello

que todo el mundo se enamorará

de la noche, olvidando al sol de fuego.

¡Oh, he comprado el palacio de un amor

que no poseo aún y, aunque vendida,

aún no he sido gozada! Oh, día lento

como la víspera de un día de fiesta

para el niño que tiene un traje nuevo

y aún no puede estrenarlo. Ahí está el ama.

Entra la NODRIZA *con la escala de*

cuerdas entre los faldones .

Y trae noticias; solo oír «Romeo»

en cualquier boca es celestial poesía.

¿Qué nuevas hay, nodriza? ¿Qué me traes?

¿Las cuerdas que Romeo te ha mandado?

NODRIZA Sí, sí, las cuerdas.

Las arroja .

JULIETA ¿Qué te pasa? ¿Por qué agitas las manos?

NODRIZA ¡Maldito día! ¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto!

Señora, estamos perdidas, perdidas.

¡Dios mío! ¡Lo han matado y está muerto!

JULIETA ¿El cielo es tan maligno?

NODRIZA Romeo, sí,

si el cielo no lo es. ¡Romeo, Romeo!

¿Quién iba a imaginarlo? ¡Tu Romeo!

JULIETA ¿Por qué me atormentas como un demonio?

Más cruel es tu tortura que el infierno.

¿Se ha matado a sí mismo? Si dices «sí»,

en la sílaba «sí» habrá más veneno

que en el ojo fatal del basilisco.

Yo no seré yo si dices que sí,

o si murió quien te hace decir «sí».

Si está muerto, di «sí», y si no, «no»:

Breves sonidos traerán mi dicha o mi dolor.

NODRIZA Yo la vi con mis ojos, vi la herida

(¡que Dios me asista!) en su esforzado pecho:

Un cadáver sangriento y lamentable,

cubierto en sangre coagulada, blanco

como la cera. Me desmayé al verlo.

JULIETA ¡Rómpete, corazón ya destrozado!

¡Ojos, no busquéis más la libertad!

¡Vuelve a la tierra, tierra vil, y ocupa

junto a Romeo un pesado féretro!

NODRIZA ¡Oh, Teobaldo, Teobaldo, buen amigo!

Cortés Teobaldo, honrado caballero,

¡que yo haya de vivir para verte muerto…!

JULIETA ¿Qué opuestas tempestades me atormentan?

¿Muerto Romeo? ¿Teobaldo asesinado?

¿Mi primo amado y mi adorado dueño?

¡Llama al Juicio Final, trompeta horrible!

¿Quién vive aún, si ya han muerto esos dos?

NODRIZA Teobaldo ha muerto; Romeo está exiliado;

Romeo lo mató y está exiliado.

JULIETA ¿Vertió Romeo la sangre de Teobaldo?

NODRIZA Fue así, fue así, por desgracia, fue así.

JULIETA ¡Corazón de serpiente en rostro de ángel!

¿Hubo jamás dragón en cueva tan hermosa?

¡Bello tirano, diablo angelical!

¡Lobo con piel de oveja, cuervo blanco!

¡Sustancia ruin de apariencia divina!

¡Justo lo opuesto a lo que parecías,

santo infernal, villano respetable!

¿Qué harás, naturaleza, en el infierno,

si cobijaste un alma demoníaca

en paraíso de tan dulce carne?

¿Ha habido jamás libro tan perverso

tan bien encuadernado? ¡Oh, que el fraude

habite en un palacio tan suntuoso!

NODRIZA No queda ya verdad,

ni honradez, ni confianza entre los hombres.

Todos son engañosos y embusteros.

¿Dónde está mi criado? Dame aguardiente.

Tanta aflicción y penas me envejecen.

¡Que la vergüenza caiga sobre Romeo!

JULIETA ¡Que se te llague la lengua por tu maldición!

Él no ha nacido para la vergüenza.

La vergüenza se sonroja al posarse

en su frente, que es trono en que el honor

fue coronado rey del universo.

¡Oh, qué inhumana he sido al criticarle!

NODRIZA ¿Vas a hablar bien de quien mató a tu primo?

JULIETA ¿Y qué? ¿Voy a hablar mal de mi marido?

Pobre amor mío, ¿quién te alabará

si, esposa de tres horas, ya te ofendo?

¿Por qué has dado a mi primo muerte vil?

¡Ah, el primo vil te habría matado a ti!

Volved a vuestra fuente, necias lágrimas;

vuestro tributo es propio del dolor

y estáis manando por una alegría.

Mi esposo vive, no lo mató Teobaldo;

Teobaldo ha muerto, y él quería matarlo.

Y si esto me consuela, ¿por qué lloro?

Se ha dicho una palabra peor que «muerte»

que quisiera olvidar, pues me ha matado,

y ahora es un lastre para mi memoria,

cual negro crimen para un pecador:

«Teobaldo, muerto, y Romeo, exiliado.

Esta sola palabra, este «exiliado»,

mata a diez mil Teobaldos. Ya bastante

aflicción ha traído la muerte del primo.

O, si el dolor no viene nunca solo

y reclama infligir otros dolores,
¿por qué al decir «Teobaldo ha muerto» no
dice también «tu padre», o «tu madre», o
los dos, y lloraría como debo?
El «Romeo exiliado» ha rematado
la muerte de Teobaldo; en dos palabras,
padres, Teobaldo, Romeo, Julieta,
todos, todos han muerto. ¡Oh, exiliado!
No hay límite, final, medida o término
al poder criminal de esta palabra.
Nodriza, ¿dónde están ahora mis padres?
NODRIZA Junto al cadáver, llorando y gimiendo.
¿Quieres estar con ellos? Te acompaño.
JULIETA ¿Le lavan las heridas con lamentos?
Más habré de llorar yo por Romeo.
Coge las cuerdas, víctimas de engaño
como yo, pues Romeo está exiliado.
Iban a ser sendero hasta mi cama,
mas moriré doncella y enviudada.
Nodriza y cuerdas, venid: que la muerte,
y no Romeo, me tome en el lecho.
NODRIZA Vete a tu alcoba. Te traeré a Romeo
para que te consuele. Yo sé dónde
se esconde. Tu Romeo vendrá esta noche.
Voy a buscarle a la celda del fraile.

JULIETA ¡Oh, ve a por él, y entrégale este anillo!

Que me venga a decir su último adiós.

Salen .

ESCENA III

Entra FRAY LORENZO.

FRAY LORENZO Entra, Romeo; ven aquí, apocado:

de ti se ha enamorado la aflicción,

y con el infortunio estás casado.

Entra ROMEO.

ROMEO ¿Hay nuevas? ¿Qué sentencia dictó el Príncipe?

¿Qué otro dolor, que todavía ignoro,

se cierne sobre mí?

FRAY LORENZO ¡Demasiado sabes,

querido hijo, de tan agrios trances!

Te traigo nuevas del fallo del Príncipe.

ROMEO ¿Y es más benigno que el juicio final?

FRAY LORENZO Algo más leve vino de sus labios:

no la muerte del cuerpo: su destierro.

ROMEO ¿Destierro, dices? Por piedad, di «muerte».

El rostro del destierro es más horrible

que la muerte. ¡No digas más «destierro»!

FRAY LORENZO Solo estás desterrado de Verona.

Sé paciente, que el mundo es largo y ancho.

ROMEO Fuera de estas murallas no hay más mundo,

solo tormento, purgatorio, infierno;

«desterrado» es proscrito de este mundo
y equivale a estar muerto; «desterrar»
es nombrar mal la muerte. Este «destierro»
me decapita con un hacha de oro
y se ríe del golpe que me mata.
FRAY LORENZO ¡Oh, pecado mortal! ¡Oh, ingratitud!
Merecías morir, pero el buen Príncipe,
infringiendo la ley, está de tu parte,
y ha cambiado la «muerte» por «destierro».
¿No te das cuenta que eso es una gracia?
ROMEO Es tormento, y no gracia. El cielo está
donde vive Julieta y donde cada
perro, gato, ratón y cosa indigna
pueden mirarla y sentirse en el cielo.
Solo Romeo no puede. Hay más valor,
más cortesía y más honor en unos
moscones carroñeros que en Romeo;
ellos se posan en su blanca mano
y hurtan la dicha eterna de sus labios,
los cuales son tan puros y modestos
que se sonrojan con sus propios besos.
Solo Romeo no puede: está exiliado.
Las moscas pueden, y yo he de huir volando;
ellas son gente libre: yo, exiliado.
¿Y dices que el destierro no es la muerte?

¿No tienes un veneno o un cuchillo,

un modo de morir, sea el que sea,

mejor que este «destierro» que me mata?

Padre, los condenados del infierno

dicen «destierro» aullando. ¿Cómo osas

tú, padre y confesor espiritual,

buen hombre que perdonas los pecados,

destrozarme llamándome «exiliado»?

FRAY LORENZO Escúchame un momento, loco estúpido.

ROMEO Y volverás a hablarme de destierro.

FRAY LORENZO Contra ese nombre te daré un antídoto:

la dulce miel de la filosofía,

que da consuelo y fuerza al desterrado.

ROMEO ¿De nuevo? ¡Al cuerno tu filosofía!

Si no puede crear a una Julieta,

cambiar una ciudad o una sentencia,

no me convence ni me ayuda; guárdatela.

FRAY LORENZO Ya veo que los locos están sordos.

ROMEO ¿Por qué no, si los cuerdos están ciegos?

FRAY LORENZO Déjame hablarte de tu situación.

ROMEO ¿Y vas a hablarme de lo que no sientes?

Si fueses joven, de Julieta esclavo,

recién casado, y con Teobaldo muerto,

demente como yo, y desterrado,

podrías hablar, mesarte los cabellos,

o echarte sobre el suelo como yo

para tomar medidas a mi tumba.

Llaman dentro .

FRAY LORENZO Llaman: Romeo, levántate y escóndete.

ROMEO No. Que el aliento enfermo de mis quejas,

como la niebla, me envuelva y me cubra.

Vuelven a llamar dentro .

FRAY LORENZO ¡Qué golpes dan! ¿Quién es? ¡Romeo, levántate, que te van a prender! ¡Ya va! ¡Levántate!

Llaman con fuerza .

Escóndete en mi estudio. ¡Va, ya va!

¡Qué locura, Dios mío! ¡Ya voy, ya voy!

Llaman .

¿Quién llama así? ¿Quién eres y a qué vienes?

NODRIZA (*Dentro* .) Dejadme entrar y sabréis a qué vengo.

Me envía mi señora Julieta.

FRAY LORENZO Sed bienvenida, entonces.

Entra la NODRIZA.

NODRIZA Santo fraile, decidme, santo fraile:

¿está Romeo aquí, el señor de mi ama?

FRAY LORENZO Está en el suelo, embriagado de lágrimas.

NODRIZA Pues está igual que mi señora. Igual.

¡Oh, compenetración de los que sufren!

¡Estado lastimoso! Así está ella.

Gimiendo y sollozando sin parar.

¡Ea, levantaos! ¡Comportaos como un hombre!

Hacedlo al menos por ella; levantaos.

¿Por qué caer en un «¡Oh!» tan profundo?

ROMEO ¡Nodriza! (*Se levanta* .)

NODRIZA Señor, todo se acaba con la muerte.

ROMEO ¿Qué cuentas de Julieta? ¿Cómo está?

¿No pensará que soy un asesino

porque manché nuestro feliz comienzo

con sangre emparentada con la suya?

¿Se encuentra bien? ¿Dónde está? ¿Qué dice mi

secreta esposa de este amor truncado?

NODRIZA Señor, no dice nada, solo llora,

se echa en la cama y luego se levanta,

llama a Teobaldo, llama a su Romeo

y luego vuelve a echarse.

ROMEO Es como si

mi nombre, disparado por un arma,

la matase, lo mismo que mi mano

mató a su primo. Oh, dime, padre, dime,

¿en qué vil parte de mi anatomía

vive mi nombre? Quisiera saquear

esa mansión odiosa.

Intenta apuñalarse a sí mismo;

la NODRIZA *le arrebata el puñal* .

FRAY LORENZO ¡Quieto, desesperado!

¿Y tú eres hombre? Lo pareces, pero
tu llanto es de mujer, y tus salvajes
actos, de bestia bárbara y furiosa.
Mujer extraña con aspecto de hombre,
bestia antinatural que a ambos semeja:
me desconciertas. Por mi santa orden,
que te creí de acero más templado.
Has matado a Teobaldo, ¿y ahora quieres
matarte tú y a la dama que en ti vive
con ese odio horroroso hacia ti mismo?
¿Ultrajas nacimiento, cielo y tierra?
Tu nacimiento, tierra y cielo están
los tres en ti, y a todos perderías.
¡Por Dios!, ofendes tu cuerpo, tu amor,
tu talento, usurero rico en todo,
y no los usas en lo que debieras,
para adornar tu cuerpo, tu amor y tu talento.
Tu noble cuerpo no es sino de cera,
y, así, carece del valor de un hombre;
el amor que juraste fue perjurio,
pues mata a aquello que juraba amar;
tu talento, del cuerpo y del amor ornato,
por tu actitud innoble es maltratado;
como un torpe soldado a quien la pólvora,
por su propia torpeza, se le inflama,

tú te destruyes con tus propias armas.
¡Levanta el ánimo! Julieta vive,
por cuyo amor morías hace poco:
tienes suerte. Teobaldo iba a matarte
y lo has matado tú: sí, tienes suerte.
La ley acusadora te condena
solo al destierro: en eso tienes suerte.
Tus hombros acarrean bendiciones,
la dicha te corteja con sus galas,
pero, como una moza malcriada,
te quejas de tu suerte y de tu amor.
Cuida, que así se muere miserable.
Ve a buscar a tu amor como acordamos,
trepa a su cuarto, entra a consolarla;
pero vete antes que la Guardia forme
pues, si no, ya no podrías huir a Mantua.
Quédate allí hasta que encuentre el modo
de revelar tu boda, unir parientes,
pedir perdón al Príncipe y volver
con júbilo cien mil veces mayor
que todos tus lamentos al marcharte.
Ve, nodriza, encomiéndame a tu ama;
que haga que todos se acuesten temprano:
les inclinará a ello su tristeza.
Ahora va Romeo.

NODRIZA Señor, podría estar toda la noche

oyendo esos consejos. ¡Cuánta ciencia!

(*A* ROMEO.) Le diré a mi señora que ya vais.

ROMEO Dile que se prepare a regañarme.

La NODRIZA *hace ademán de salir,*

pero vuelve .

NODRIZA Señor, me rogó que os diera este anillo.

Apresuraos, que se está haciendo tarde.

ROMEO Cuánto me reconforta todo esto.

Sale la NODRIZA.

FRAY LORENZO Vete de aquí, y piensa bien en lo que haces:

márchate antes que la Guardia forme,

o huye, disfrazado, antes del alba.

Llégate a Mantua. Buscaré a tu paje

y él irá transmitiéndote las nuevas

de cuanto ocurra que te favorezca.

Dame tu mano. Es tarde. Buenas noches.

ROMEO Si una dicha mayor no me aguardase,

me dolería marcharme tan pronto.

Adiós.

Salen .

ESCENA IV

Entran el viejo CAPULETO,

su ESPOSA *y* PARIS.

CAPULETO Todo lo ha malogrado el infortunio,

y aún no he podido hablar de vos con mi hija.

Ella amaba a Teobaldo tanto como yo.

En fin, que todos hemos de morir.

Es tarde ya, y Julieta no bajará esta noche.

Palabra que, si no fuera por vos,

ya estaría en la cama hace una hora.

PARIS La aflicción no se presta a hablar de amor.

Señora, encomendadme a vuestra hija.

SEÑORA CAPULETO Lo haré por la mañana bien temprano;

ahora se ha recluido con su pena.

PARIS *empieza a retirarse*

y CAPULETO *le llama de nuevo* .

CAPULETO Conde Paris, yo puedo responder

del amor de mi hija: creo que hará

todo cuanto le ordene; es más, lo sé.

Esposa, ve a verla antes de acostarte

y dile cuánto la ama mi hijo Paris;

dile (¿me escuchas?) que este mismo miércoles…,

pero, ¿qué día es hoy?

PARIS Lunes, señor.

CAPULETO Lunes; a ver… El miércoles es pronto,

que sea el jueves… Dile, pues, que el jueves

se casará con este noble conde.

¿Estarás lista? ¿Es demasiado rápido?

No haremos mucha fiesta…, unos amigos…

La muerte de Teobaldo es muy reciente,

y todos pensarán que no nos duele

si hacemos una gran celebración.

Solo media docena de amistades,

y basta. ¿Qué opináis vos de este jueves?

PARIS Que ojalá fuese jueves ya mañana.

CAPULETO Muy bien, podéis marcharos. Que sea el jueves.

Esposa, tú sube a ver a Julieta;

prepárala para ese feliz día.

Adiós, señor. ¡Vamos, traedme luz!

A fe que es ya tan tarde que muy pronto

diremos que es temprano. Buenas noches.

Sale .

ESCENA V

Entran ROMEO *y* JULIETA *arriba* .

JULIETA ¿Quieres marcharte ya? Aún no es de día:

no era la alondra, sino el ruiseñor,

el que horadó tu oído temeroso;

canta en aquel granado cada noche.

Créeme, amor, ha sido el ruiseñor.

ROMEO Era la alondra, la que anuncia el alba,

no el ruiseñor. Los rayos que engalanan

esas nubes, celosos, las separan.

El día jovial apaga las candelas

y asoma tras la niebla de esos cerros.

Si me voy, viviré, y si me quedo, moriré.

JULIETA Esa luz no es del día, bien lo sé;

es un meteoro que el sol ha exhalado

para servirte de antorcha esta noche

e iluminarte el camino hasta Mantua.

Quédate un poco más. Aún es temprano.

ROMEO Que me prendan y a muerte me condenen;

todo lo acepto, si eso es lo que quieres.

Diré que aquella luz no es la mañana

sino el reflejo pálido de Cintia;

y que no son las notas de la alondra

las que hieren el arco celestial.

Yo prefiero quedarme que partir:

¡Ven, muerte! Mi Julieta así lo quiere.

¿Qué tal, amor? Hablemos, no es de día.

JULIETA ¡Sí que lo es! ¡Huye, márchate de aquí!

Es una alondra la que desafina

con notas irritantes y discordes.

Dicen que es dulce el canto de la alondra,

mas no es verdad, puesto que nos separa;

o que trueca sus ojos con el sapo:

¡ojalá intercambiasen también voces,

pues la suya separa nuestro abrazo

como una albada cruel de son amargo!

Oh, vete ya, que aclara por momentos.

ROMEO Cuanta más luz, más negra es nuestra pena.

Entra la NODRIZA *corriendo* .

NODRIZA ¡Señora!

JULIETA ¿Nodriza?

NODRIZA ¡Tu madre se dirige hacia tu alcoba!

¡Ya es de día, tened mucho cuidado!

Sale .

JULIETA Por donde entra la luz huye mi vida.

ROMEO ¡Adiós, adiós! Otro beso y me voy.

Desciende .

JULIETA ¿Así te vas, amor, marido, amigo?

Hazme saber de ti a todas horas,

porque un minuto se me antoja un día.

¡Ay, que con esa cuenta seré vieja

antes de ver de nuevo a mi Romeo!

ROMEO (*Desde abajo* .) ¡Adiós!

No dejaré pasar ni una ocasión

sin enviarte, amor, noticias mías.

JULIETA ¿Crees que volveremos a encontrarnos?

ROMEO Sin duda, y estas penas servirán

en el futuro para dulces charlas.

JULIETA ¡Oh, Dios! ¡Mi alma presiente tantos males!

Me parece estar viéndote allá abajo

como un muerto en el fondo de una tumba.

O me falla la vista, o estás pálido.

ROMEO Y tú también, amor, me lo pareces:

la pena nos desangra. ¡Adiós, adiós!

Sale .

JULIETA ¡Oh Fortuna! Te llaman veleidosa.

Si eres voluble, ¿qué tienes que ver

con quien es fiel? Pero sé veleidosa:

de ese modo quizá lo dejes pronto,

y me lo devuelvas.

Entra la SEÑORA CAPULETO *abajo* .

SEÑORA CAPULETO ¿Aún no te has acostado, hija?

JULIETA ¿Quién me llama? Es mi madre. ¿Todavía

no se ha acostado, o ya se ha levantado?

¿Qué inusitada causa la trae aquí?

JULIETA *entra abajo* .

SEÑORA CAPULETO ¿Qué hay, Julieta?

JULIETA No estoy bien, señora.

SEÑORA CAPULETO ¿Aún estás llorando por tu primo?

¿Piensas sacarlo de la tumba con lágrimas?

Y, aunque así fuese, ¿no sería sin vida?

Un dolor sobrio es síntoma de afecto;

si es excesivo es solo desvarío.

JULIETA Dejadme, pues, que llore por su pérdida.

SEÑORA CAPULETO Pues sentirás la pérdida, mas no

al amigo por quien lloras.

JULIETA Esa pérdida

me hace seguir llorando por mi amigo.

SEÑORA CAPULETO No lloras tanto por su muerte como

porque el villano aquel aún sigue vivo.

JULIETA ¿Qué villano, señora?

SEÑORA CAPULETO Aquel Romeo.

JULIETA (*Aparte* .) Romeo está lejos de ser un villano.

Dios le perdone, como lo hago yo:

aunque nadie como él me apene tanto.

SEÑORA CAPULETO Eso es porque el traidor criminal vive.

JULIETA Sí, señora, y muy lejos de mis manos.

¡Si yo pudiese vengar a mi primo!

SEÑORA CAPULETO Nos vengaremos, sí; no te preocupes.

Y no llores ya más; enviaré a Mantua,

donde está desterrado ese canalla,

a alguien con un extraño bebedizo,

el cual le hará reunirse con Teobaldo;

espero que así quedes satisfecha.

JULIETA No habré de quedar nunca satisfecha

con Romeo, hasta que le vea… muerto…

está mi corazón… por mi buen primo.

Señora, si encontráis a alguien que lleve

el veneno, yo puedo depurarlo

de modo tal que, al tomarlo, Romeo

se quede bien dormido. ¡Oh, aborrezco

nombrarle y no tenerlo junto a mí

para mostrarle mi amor por Teobaldo

sobre el cuerpo de quien le asesinó!

SEÑORA CAPULETO Tú encuentra la manera, y yo quien lo haga.

Pero he de darte alegres nuevas, hija.

JULIETA Nos harán bien en tiempos de dolor.

Señora, decid, pues, ¿de qué se trata?

SEÑORA CAPULETO Tienes un padre diligente, niña;

para sacarte de tu pesadumbre

te ha preparado un día muy alegre

que ni tú esperas ni yo sospechaba.

JULIETA En buena hora; ¿de qué día se trata?

SEÑORA CAPULETO Hija, el próximo jueves, bien temprano,

el joven, el galante y noble conde

Paris, en la capilla de san Pedro,

hará de ti su afortunada esposa.

JULIETA ¡Por la capilla y por san Pedro, nadie

va a hacer de mí su afortunada esposa!

Qué extraña es esta prisa por casarme

antes de que el marido me corteje.

Decidle a mi señor padre, señora,

que aún no pienso casarme, y cuando lo haga

será con Romeo, a quien sabéis que odio,

antes que con Paris. ¡Vaya nuevas!

SEÑORA CAPULETO He ahí a tu padre. Díselo tú misma,

y ya veremos cómo se lo toma.

Entran CAPULETO *y la* NODRIZA.

CAPULETO Cuando se pone el sol, llora el rocío,

pero el ocaso de mi buen sobrino

trae un diluvio.

¡Vaya una fuente, niña! ¿Aún llorando?

¿Toda empapada? Con tu cuerpecillo

imitas una barca, un viento, un mar,

pues tus ojos, igual que las mareas,

se inundan con tu llanto; tu cuerpo es

la barca que navega y tus suspiros

los vientos que pelean sin descanso

con tus sollozos, y que harán hundirse

tu maltratado cuerpo. Bien, esposa,

¿le has hecho ya saber mi voluntad?

SEÑORA CAPULETO Sí, y ella lo agradece, mas no acepta.

¡Que la boba se case con su tumba!

CAPULETO Vamos a ver, esposa, más despacio.

¿Qué dices? ¿Que no acepta? ¿No da gracias?

¿No está orgullosa? ¿No le hace feliz

que, indigna como es, le haya encontrado

un caballero tan digno por marido?

JULIETA No, orgullosa, no; mas sí agradecida:

¿cómo sentir orgullo de lo que odio?

Gratitud, sí, aun del odio, por amor.

CAPULETO ¿Qué, qué? ¡Qué extraña lógica! ¿Qué es eso

de «orgullo», «gratitud, sí, aun del odio»

y «no orgullosa», doña malcriada?

Deja tus «gracias» y tus «orgullosas»

y prepárate bien para acudir

este jueves con Paris a san Pedro,

o yo te llevaré hasta allí a rastras.

¡Ahora, fuera, viciosa, trasto inútil,

cara de sebo!

SEÑORA CAPULETO Ea, ea, ¿estás loco?

JULIETA Buen padre, te lo pido de rodillas,

escúchame con calma, por favor.

Se arrodilla .

CAPULETO ¡Que te ahorquen, zafia, desobediente!

Te lo he advertido: ve a la iglesia el jueves,

o no vuelvas a mirarme a la cara.

¡Ni una palabra más! ¡No me repliques!

¡Estoy que no me tengo! ¡Y nos creíamos

dichosos al tener a esta hija única!

Mas veo que una sola es demasiado,

y que tenerla es nuestra maldición.

¡Fuera, ramera!

NODRIZA ¡Que Dios la bendiga!

Hacéis mal en hablarle así, señor.

CAPULETO ¿Y por qué, mi señora sabihonda?

¡Lárgate a cotillear con las comadres!

NODRIZA No he dicho nada malo.

CAPULETO ¡Fuera, lárgate!

NODRIZA ¿No puede una ni hablar?

CAPULETO ¡Basta, farsante!

¡Y larga a las comadres las sentencias,

que aquí ninguna falta hacen!

SEÑORA CAPULETO Te excedes.

CAPULETO ¡Es que me vuelve loco! Días, noches, a solas

o acompañado, en el trabajo o fuera de él,

he intentado casarla bien, y ahora

que encuentro a todo un noble caballero,

joven, con posesiones y linaje,

y lleno, según dicen, de virtudes,

tal y como deseas que sea un hombre,

aparece una estúpida mocosa,

un muñeco llorón y afortunado

que replica: «lo siento, no me caso»

«no puedo amar», «soy joven», «perdonadme».

Si no te casas, este es mi perdón:

ve a pacer donde quieras, no en mi casa.

Piénsalo bien, que no estoy para bromas.

El jueves está cerca; te conviene:

si me haces caso, te entregaré al conde.

Si no, cuélgate, pide por las calles,

pasa hambre y muérete; juro no reconocerte,

y jamás gozarás de lo que es mío.

No me retractaré, piénsalo bien.

Sale .

JULIETA ¿No habrá piedad más allá de las nubes

que vea el fondo de mi desconsuelo?

¡Oh, dulce madre, no me rechacéis!

Retrasad esa boda solo un mes,

o una semana; si no, haced mi cama

en el negro sepulcro de Teobaldo.

SEÑORA CAPULETO No me hables, que no voy a contestarte.

Haz lo que quieras, hemos terminado.

Sale .

JULIETA ¡Oh, Dios! Nodriza, ¿cómo evitar esto?

Mi esposo está en la tierra, y en el cielo

mi fe. ¿Cómo podré hacerla bajar

si del cielo mi esposo no la envía

abandonando el mundo? Oh, aconséjame.

¿Por qué utiliza el cielo argucias con

una débil criatura como yo?

¿No dices nada? ¿Ni una sola palabra alegre?

Consuélame, nodriza.

NODRIZA Bien, ahí va:

Romeo está exiliado y es probable

que no vuelva a buscarte nunca más.

Y, si viene, será solo a escondidas.

Ya que las cosas están de este modo,

lo mejor es casarte con el conde.

¡Él es todo un galante caballero!

A su lado, Romeo es un guiñapo.

El águila no tiene ojos tan vivos

ni tan verdes como Paris. Créeme:

este marido te conviene más

que el anterior, porque, si no es mejor,

el otro está ya muerto, o como si

lo estuviera: no puede serte útil.

JULIETA ¿Hablas de corazón?

NODRIZA Con toda el alma, o si no, que me muera.

JULIETA Amén.

NODRIZA ¿Qué?

JULIETA Me has consolado magníficamente.

Ve a decirle a mi madre que me he ido

a ver al fraile para que me absuelva

del pecado de ofender a mi padre.

NODRIZA A fe que se lo digo; eso está bien.

Sale .

JULIETA ¡Maldita vieja! ¡Pérfido demonio!

¿Qué es peor vileza: hacerme perjurar,

o denigrar a mi señor así,

ella, que lo ha alabado más que nadie

miles de veces? Vete, consejera:

mi corazón y tú sois dos extraños;

me acercaré a pedir consejo al fraile:

si todo falla, yo sabré morir.

Sale .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entran FRAY LORENZO

y PARIS.

FRAY LORENZO ¿Este jueves? Apenas queda tiempo.

PARIS Mi padre Capuleto así lo quiere,

y no deseo estorbar su premura.

FRAY LORENZO ¿Y decís que ignoráis lo que ella siente?

No es modo de proceder, no me gusta.

PARIS No para de llorar por Teobaldo;

aún no he podido hablarle de mi amor:

Venus no ríe en una casa en lágrimas.

Y su padre, señor, cree peligroso

que se deje vencer por el dolor;

sabiamente acelera el casamiento

para atajar el río de sus lágrimas,

pues, sola, se ensimisma demasiado

y, estando acompañada, olvidaría.

Ahora sabéis la causa de estas prisas.

FRAY LORENZO (*Aparte* .) Pues ojalá ignorase por qué debe

retrasarse. Mirad, señor, ahí viene la dama.

Entra JULIETA.

PARIS ¡Mi señora y esposa, bienvenida!

JULIETA Si pudiese casarme, así sería.

PARIS Este «sería», amor, será este jueves.

JULIETA Lo que ha de ser, será.

FRAY LORENZO Eso es muy cierto.

PARIS ¿Venís a confesaros con el padre?

JULIETA Si os contesto, me confieso con vos.

PARIS No le neguéis lo mucho que me amáis.

JULIETA Os confesaré a vos que le amo a él.

PARIS Pero también, claro está, que me amáis.

JULIETA Si lo hago así, será de más valor

dicho a vuestras espaldas que a la cara.

PARIS Las lágrimas os han dañado la cara.

JULIETA Pobre victoria es esa de las lágrimas;

ya estaba mal antes que la dañasen.

PARIS La agravian más aún vuestras palabras.

JULIETA No hay ofensa, señor, en la verdad,

y cuanto digo, lo digo a la cara.

PARIS Mas vuestra cara es mía y la ofendéis.

JULIETA Quizá, pues en verdad que ya no es mía.

Padre, ¿estáis ahora libre, o preferís

que vuelva tras la misa vespertina?

FRAY LORENZO Apenada hija, ahora tengo tiempo.

Señor, hemos de estar un rato a solas.

PARIS ¡No quiera Dios que estorbe la piedad!

Julieta, el jueves iré a despertaros.

Adiós, pues. Aceptad un casto beso.

Sale .

JULIETA ¡Cierra la puerta y, cuando esté cerrada,

lloremos sin remedio ni esperanza!

FRAY LORENZO Conozco bien, Julieta, tu dolor,

que supera las fuerzas de mi mente.

Dicen que el jueves tienes que casarte,

sin prórroga posible, con el conde.

JULIETA No me cuentes qué dicen, santo fraile,

si no me explicas cómo he de evitarlo.

Si tu saber no puede socorrerme,

dime que es sabia mi resolución

y mi daga la ejecutará al punto.

Dios unió corazones, tú, las manos,

y antes de que mi mano, a él prometida,

selle otro trato, o que mi corazón

fiel se entregue a traición a otra persona,

con esta daga morirán los dos.

Así que extrae de tu larga experiencia

algún útil consejo, o, si no, mira:

entre mí y mis angustias, el puñal

hará de mediador y arbitrará

lo que tu habilidad y tu experiencia

resolver no supieron con honor.

Contesta aprisa, pues deseo morir

si en lo que dices no hallo algún remedio.
FRAY LORENZO Detente; se me ocurre cierta idea
que exige un proceder desesperado,
como desesperada es nuestra causa.
Ya que, antes que casarte con el conde,
estarías dispuesta a darte muerte,
también es muy probable que acometas
una especie de muerte que te exima
de ese horror: ver la Muerte y escapar.
Si tú te atreves, yo tengo el remedio.
JULIETA Dime que salte desde las almenas
de aquella torre y no que me una a Paris;
que vaya por caminos de ladrones
o cuevas de serpientes; encadéname
a un oso; haz que duerma en un osario,
cubierta con despojos de los muertos,
calaveras sin dientes, huesos fétidos;
o dime que entre en una tumba nueva
y me oculte en la mortaja de un muerto…
Lo que me ha hecho temblar solo de oírlo
lo sabré ejecutar sin vacilar:
seré la esposa pura de mi amor.
FRAY LORENZO Bravo, bien; ve a casa y di que aceptas
casarte con Paris. Mañana es miércoles;
procura estar a solas por la noche;

que la nodriza no duerma en tu alcoba.
Toma el frasco y, una vez en la cama,
bébete el destilado que contiene;
advertirás que corre por tus venas
un humor frío y somnoliento; el pulso
demorará su marcha natural;
ni aliento ni calor dirán que vives;
se mustiarán las rosas de tu cara
cual pálidas cenizas, y tus ojos
parecerán cerrados por la muerte;
tus miembros, desprovistos de gobierno,
se pondrán tensos, fríos, como muertos;
y así estarás por cuarenta y dos horas,
en esa forma idéntica a la muerte,
y, al despertar, creerás que ha sido un sueño.
Por la mañana, cuando el novio venga
a despertarte, te encontrará muerta.
Luego, siguiendo una vieja costumbre,
te llevarán con tus mejores galas,
en ataúd descubierto, al panteón
donde reposan tus antepasados.
Yo, mientras tanto, y antes que despiertes,
escribiré nuestro plan a Romeo,
y él volverá hasta aquí, y los dos veremos
cómo despiertas, y esa misma noche

Romeo te llevará consigo a Mantua.

Eso te librará de esta deshonra,

si la inconstancia o el miedo de mujer

no menguan tu valor mientras lo haces.

JULIETA ¡No me hables de temor! ¡Dámelo, dámelo!

FRAY LORENZO Basta; vete, sé fuerte y persevera

en tu intención. Enviaré a Mantua a un fraile

con una carta para tu señor.

JULIETA Amor me dará fuerza, y esa, ayuda.

Adiós, buen padre.

Salen .

ESCENA II

Entran CAPULETO*, la* SEÑORA CAPULETO*, la* NODRIZA

y dos o tres CRIADOS.

CAPULETO Invita a las personas de esta lista.

Sale el CRIADO.

Tú busca a veinte buenos cocineros.

CRIADO No traeré a ninguno malo, señor, porque comprobaré si se lamen los dedos.

CAPULETO ¿Cómo es eso?

CRIADO Pardiez, señor, mal cocinero es aquel que no se lame los dedos: por tanto, quien no se los lama no viene conmigo.

CAPULETO Anda, vete ya.

Sale el CRIADO.

Creo que vamos a estar muy mal provistos.

¿Ha ido mi hija a ver a fray Lorenzo?

NODRIZA Ya lo creo.

CAPULETO Quizá encuentre el modo de ayudarla.

¡Vaya una puñetera testaruda!

NODRIZA Ahí viene, tan feliz, de confesarse.

CAPULETO ¿Qué tal, tozuda? ¿Dónde te has metido?

JULIETA Allí donde he aprendido a arrepentirme

de mi pecado de desobediencia

a vos y a vuestras órdenes.

Me manda fray Lorenzo que me postre

y que os pida perdón.

Se arrodilla .

¡Perdón os pido!

Seré más obediente en adelante.

CAPULETO Llamad al conde y dadle la noticia;

mañana mismo atamos este nudo.

JULIETA He visto al conde en la celda del fraile

y le he ofrecido cuanto el amor puede otorgar

sin traspasar los límites que exige el pudor.

CAPULETO Eso me alegra. Bien, muy bien; levántate.

Así es como ha de ser. Que venga el conde.

Ea, salid a buscarlo y lo traéis.

¡Válgame Dios! Esta ciudad está

muy en deuda con este santo fraile.

JULIETA Nodriza, ¿me acompañas a mi alcoba

para ayudarme a escoger los adornos

más apropiados para el casamiento?

SEÑORA CAPULETO No, que hasta el jueves hay tiempo de sobra.

CAPULETO Ve, ve con ella; y mañana, a la iglesia.

Salen JULIETA

y la NODRIZA.

SEÑORA CAPULETO No tendremos bastantes provisiones.

Casi es de noche.

CAPULETO Calma, yo me ocupo,

y todo irá muy bien, te lo aseguro.

Ve con Julieta, ayúdala a vestirse.

Hoy no voy a dormir, déjame a solas;

por una vez haré de ama de casa.

¡Oíd! Se han ido todos. Bien. Yo mismo

buscaré al conde para prepararle

para mañana. ¡Me siento tan ágil

desde que esta rebelde se ha aplacado!

Salen .

ESCENA III

Entran JULIETA

y la NODRIZA.

JULIETA Sí, este traje está bien; pero, nodriza,

esta noche prefiero estar a solas:

necesito rezar para lograr

que el cielo me sonría en mis pesares;

ya sabes que estoy llena de pecado.

Entra la SEÑORA CAPULETO.

SEÑORA CAPULETO Qué, ¿atareadas? ¿Os hace falta ayuda?

JULIETA No, señora, he escogido lo necesario

para la ceremonia de mañana.

Así que os ruego que me dejéis sola;

la nodriza esta noche irá con vos;

estoy segura que tendréis trabajo;

¡todo es tan repentino!

SEÑORA CAPULETO Buenas noches.

Acuéstate y descansa, te conviene.

Salen la SEÑORA CAPULETO

y la NODRIZA.

JULIETA ¡Adiós! Dios sabe cuándo volveremos

a vernos. Un espanto me estremece

y en mí congela el calor de la vida.

Las volveré a llamar, que me consuelen.

¡Nodriza! Pero no, ¿de qué valdría?

Yo sola tengo que representar

la amarga escena. ¡Ven, frasco!

¿Y si este filtro no me hiciese efecto?

¿Me tendré que casar por la mañana?

No, esto lo impedirá; tú, quieta aquí.

Deja la daga .

¿Y si el astuto fraile me ha entregado

un veneno fatal para matarme,

temiendo que la boda le deshonre
por haberme casado con Romeo?
Temo al fraile, y también confío en él,
pues siempre ha demostrado ser un santo.
¿Y si, una vez ya dentro de la tumba,
me despertase antes de que Romeo
pueda salvarme? ¡Horrible pensamiento!
¿No voy a ahogarme dentro de la bóveda
de horrenda boca y aire nauseabundo,
y a morirme, asfixiada, sin Romeo?
O, si viviese, ¿no sería probable
que la tétrica idea de la muerte,
la noche y el terror de aquel lugar,
la bóveda, el antiguo mausoleo,
donde yacen desde hace cientos de años
los osarios de mis antepasados;
donde Teobaldo, verde aún en la tierra,
se pudre en su mortaja y, según dicen,
a ciertas horas vienen los espíritus
de la noche…? ¡Ay de mí! ¿No es muy probable
que, al despertar, olores nauseabundos
y aullidos de mandrágora arrancada,
que hacen enloquecer a quien los oye…?
¿Y si me vuelvo loca al despertar
encerrada entre monstruos pavorosos,

y me pongo a jugar con sus despojos,

le arranco al pobre Teobaldo el sudario,

y, en mi delirio, me aplasto los sesos

con el hueso de algún antepasado?

¡Oh! Estoy viendo al fantasma de mi primo

que busca a mi Romeo por haberle

pinchado con su estoque. ¡Quieto, Teobaldo!

¡Romeo, Romeo…! Por ti bebo este filtro.

Cae en la cama,

detrás de las cortinas .

ESCENA IV

Entran la SEÑORA CAPULETO

y la NODRIZA.

SEÑORA CAPULETO Toma esta llave y trae las especias.

NODRIZA Abajo piden más membrillo y dátiles.

Entra el viejo CAPULETO.

CAPULETO ¡Vamos, moveos! Ha cantado el segundo gallo

y las campanas han dado las tres.

Cuida las empanadas, buena Angélica:

no repares en gastos.

NODRIZA ¡Ea, mandón, ya basta!

¡A la cama! Mañana estaréis malo

de no dormir.

CAPULETO Qué va. He pasado noches sin dormir

aun sin tanto motivo y no he enfermado.

SEÑORA CAPULETO Ya sabemos que has sido un calavera;

ahora vigilo yo bien tus vigilias.

Salen la SEÑORA CAPULETO

y la NODRIZA.

CAPULETO ¡Cuántos celos! ¡Cuántos celos!

Entran tres o cuatro CRIADOS

con asadores, leños y cestas .

¿Qué traes,

chico?

CRIADO No lo sé; cosas para el cocinero.

CAPULETO Vamos, aprisa.

Sale el CRIADO PRIMERO.

Tú, trae leños secos.

Ve, y que Pedro te diga dónde están.

CRIADO SEGUNDO Mi cabeza sabrá encontrarlos sola,

no me hace falta Pedro para un leño.

CAPULETO ¡A fe que dices bien, hijo de puta!

Tienes un buen tarugo por cabeza.

Salen el CRIADO SEGUNDO

y todos los demás .

Ya es de día.

Pronto llegará el conde con la música;

así dijo que haría.

Suena la música dentro .

Ya está aquí.

¡Nodriza! ¡Esposa! ¿No me oís? ¡Nodriza!

Entra la NODRIZA.

Ve, despierta a Julieta y engalánala.

Yo iré a charlar con Paris. ¡Ea, deprisa,

más deprisa, que el novio ya está aquí!

¡Deprisa, he dicho!

Sale .

NODRIZA ¡Julieta, arriba! Nada, como un tronco.

¡Corderito! ¡Señora! ¡Dormilona!

¡Corazón! ¡Amor mío! ¡Vamos, novia!

¿Ni una palabra? ¡Cómo te aprovechas!

Tú duerme a pierna suelta, que, de noche,

el conde Paris no descansará

para que no descanses. ¡Dios me ampare!

¡Amén, amén! ¡Qué sueño tan profundo!

Tendré que despertarla. ¡Eh, señora!

¡Ay, si el conde te coge así en la cama…!

Te va a dar un buen susto, ya verás…

Corre las cortinas .

¿Cómo, vestida y te has vuelto a dormir?

Tendré que despertarte. ¡Ama, señora!

¡Socorro! ¡Ay! ¡Mi señora está muerta!

¡Maldito sea el día en que nací!

¡Dadme aguardiente! ¡Ay, señor! ¡Señora!

Entra la SEÑORA CAPULETO.

SEÑORA CAPULETO ¿Qué ruido es ese?

NODRIZA ¡Oh, día aciago!

SEÑORA CAPULETO ¿Qué pasa?

NODRIZA ¡Mirad, mirad! ¡Oh, negro día!

SEÑORA CAPULETO ¡Ay de mí! ¡Vida mía, abre los ojos!

¡Despierta, cielo, o moriré contigo!

¡Ayudadme! ¡Socorro! ¡Pide ayuda!

Entra CAPULETO.

CAPULETO ¡Traed a Julieta, que ya está aquí el novio!

NODRIZA ¡Ha muerto, ha muerto! ¡Infortunado día!

SEÑORA CAPULETO ¡Oh, día infortunado! ¡Ha muerto, ha muerto!

CAPULETO ¿Cómo? Dejadme ver. Oh, sí, está fría;

su sangre no circula. Y está rígida;

ha escapado la vida de sus labios,

y la muerte, imprevista, se ha posado

como la escarcha en la más dulce flor.

NODRIZA ¡Oh, día funesto!

SEÑORA CAPULETO ¡Oh, triste hora!

CAPULETO La muerte me la quita, me acongoja,

me ata la lengua y no me deja hablar.

Entran FRAY LORENZO *y* PARIS,

con los MÚSICOS.

FRAY LORENZO ¿Está la novia lista para irnos?

CAPULETO Para ir, sí, mas no para volver…

(*A* PARIS.) Hijo, la noche anterior a tus nupcias

ha yacido la muerte con tu esposa,

una flor que la muerte ha desflorado.

La muerte es ya mi yerno, mi heredero;

ha desposado a mi hija. Moriré

dejándoselo todo; todo es suyo.

PARIS ¿He ansiado tanto verle el rostro a este

día, para encontrarme este espectáculo?

SEÑORA CAPULETO ¡Maldito, infortunado, horrible día!

Jamás se ha visto una hora tan horrenda

en el peregrinaje de este mundo.

¡Mi hija, nuestra pobre y sola hija,

la única cosa en que regocijarnos,

por la monstruosa muerte arrebatada!

NODRIZA ¡Oh doloroso, doloroso día!

¡Oh día lamentable y doloroso,

ojalá no te hubiese conocido!

¡Oh día, oh día, oh funesto día!

Jamás se ha visto un día como este.

¡Oh día horrible, horrible!

PARIS ¡Burlado, divorciado, herido, muerto!

¡Me has engañado, muerte despreciable!

¡Oh, cruel, cruel muerte, que me has suplantado!

¡Amor! ¡Vida! ¡No vida, amor en muerte!

CAPULETO ¡Herido, triste, odiado, mártir, muerto!

Oh, tiempo inoportuno, ¿por qué vienes

a asesinar nuestra solemnidad?

¡Hija, hija! ¡Eras mi alma y no mi hija!

Estás muerta. Ay de mí, mi hija está muerta,

y con ella mi gozo está en la tumba.

FRAY LORENZO Ea, callad, por decoro; nada arreglan

todos estos lamentos. Compartíais

la hija con el cielo; toda ella

es ahora del cielo: así es mejor;

vuestra parte tenía que morir,

la del cielo ya está en la vida eterna.

Deseabais para ella una encumbrada

posición, y ese era vuestro cielo.

¿Y ahora lloráis, al ver cómo ha ascendido

sobre las nubes, hasta el cielo mismo?

Amáis muy mal a vuestra hija, pues

enloquecéis de ver que ella está bien.

Estar casada muchos años no es

mejor que morir joven y bien casada.

Secad las lágrimas y echad romero

sobre el cadáver y, como es costumbre,

llevadla al templo con su mejor traje;

porque, aunque el débil corazón la llore,

nuestra razón nos induce a alegrarnos.

CAPULETO ¡Pobres preparativos de la fiesta,

que ahora verán su función transformada!:

los instrumentos, en campanas tristes,

las alegrías, en penoso entierro;

los himnos, en endechas taciturnas;

las guirnaldas adornan un cadáver

y todo se transforma en su contrario.

FRAY LORENZO Entrad, señores. Y vos, conde Paris,

entrad también. Que todos se dispongan

a acompañar los restos a la tumba.

Por algún mal que habéis hecho os castiga el cielo;

no provoquemos ya más sus designios supremos.

Salen todos, excepto la NODRIZA *y los* MÚSICOS*, echando romero sobre* JULIETA*, y cierran las cortinas* .

MÚSICO PRIMERO Guardemos nuestras flautas y vayámonos.

NODRIZA Guardadlas, buenos hombres, sí, guardadlas;

pues, como veis, es un caso muy triste.

Sale .

MÚSICO PRIMERO Mejor podría haber sido, en verdad.

Entra PEDRO.

PEDRO Músicos, oh, músicos, tocad «Corazón aliviado», «Corazón aliviado». Oh, reconfortadme tocando «Corazón aliviado».

MÚSICO PRIMERO ¿Por qué «Corazón aliviado»?

PEDRO Oh, músicos, porque hasta mi corazón canta: «Estoy apesadumbrado». Tocadme una endecha alegre para consolarme.

MÚSICOS Nada de endechas, no es momento para tocar nada.

PEDRO ¿No vais a tocar?

MÚSICO PRIMERO No.

PEDRO Pues yo os la daré sonada.

MÚSICO PRIMERO ¿Nos daréis qué?

PEDRO Dinero no, desde luego; os haré un buen corte de mangas y os llamaré saltimbanquis.

MÚSICO PRIMERO Pues yo os llamaré lacayo.

PEDRO Y yo os plantaré la daga de lacayo en el coco. No estoy para corcheas. Os haré el «re» y el «fa». ¿Notáis lo que digo?

MÚSICO PRIMERO Si nos hacéis el «re» y el «fa» sois vos quien da la nota.

MÚSICO SEGUNDO Os lo ruego, guardad la daga y sacad el ingenio.

PEDRO Pues preparaos, que ahí va mi ingenio. Guardaré mi daga de acero y os dejaré secos con mi ingenio acerado. Responded como hombres:

Cuando doliente pena te ataca

y triste tribulación te oprime,

la música, con su son de plata…

¿Por qué es el «son de plata»? ¿Por qué «música con su son de plata»? ¿Qué decís, Simón Cuerdón?

MÚSICO PRIMERO Diantre, señor, porque la plata produce un dulce sonido.

PEDRO Bobadas. ¿Qué decís vos, Hugo Violo?

MÚSICO SEGUNDO Digo que el «son es de plata» porque los músicos tocan por la plata.

PEDRO Más bobadas. ¿Qué decís vos, Tristán Traste?

MÚSICO TERCERO A fe que no sé qué decir.

PEDRO Oh, perdonadme, claro, vos solo cantáis; yo lo diré por vos: es «música, con su son de plata» porque los músicos no tienen oro para hacerlo sonar.

La música, con su son de plata,

rápidamente te redime.

Sale .

MÚSICO PRIMERO ¡Ese tipo es un bribón pestilente!

MÚSICO SEGUNDO Que lo ahorquen, Jack. Entremos, esperemos a que venga el duelo y nos quedamos a comer.

Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entra ROMEO.

ROMEO Si he de hacer caso al sueño lisonjero,

mis ensueños presagian buenas nuevas.

Mi corazón alegre está en su trono,

y todo el día, con extraño impulso,

me alzan en vuelo alegres pensamientos.

He soñado que mi amor me encontraba

muerto (¡qué extraño que los muertos sueñen!)

y sus besos me daban vida, y yo

resucitaba y era emperador.

¡Oh qué dulce será el goce de amar

si sus sombras ya dan tanta alegría!

Entra el criado de Romeo, BALTASAR,

que calza botas .

¡Noticias de Verona! Baltasar,

¿te ha dado alguna carta fray Lorenzo?

¿Cómo está mi señora? ¿Y mi buen padre?

¿Y mi Julieta? Lo repito porque

nada puede estar mal si ella está bien.

BALTASAR Si es así, ella está bien; nada está mal.

Su cuerpo duerme dentro del sepulcro

y su espíritu vive con los ángeles.

Vi cómo la enterraban en la cripta

y enseguida acudí para decíroslo.

Perdonadme que os traiga estas noticias:

vos me encargasteis este cometido.

ROMEO ¿Es verdad eso? ¡Os desafío, estrellas!

Vete a mi casa: trae papel y tinta

y alquila unos caballos; parto hoy mismo.

BALTASAR Os lo ruego, señor, tened paciencia.

Vuestro rostro excitado está muy pálido

y temo una desgracia.

ROMEO ¡Bah, te engañas!

Déjame solo y haz lo que te ordeno.

¿No te ha dado ninguna carta el fraile?

BALTASAR No, buen señor.

ROMEO Bueno, no importa. Vete

y alquila esos caballos; yo iré pronto.

Sale BALTASAR.

Julieta, hoy mismo yaceré contigo;

ya veré el modo. ¡Oh, malicia, qué

rápida acudes a un desesperado!

Me viene al pensamiento un boticario

harapiento que vive por aquí

y pasa a diario con semblante triste

y aspecto hambriento, recogiendo hierbas.

Su miseria le ha dejado en los huesos;

en su pobre botica, disecados,

hay caimanes, tortugas y pellejos

de peces monstruosos; los estantes

tienen cajones vacíos y míseros,

vejigas, tiestos y semillas rancias,

restos de cuerda y pétalos de rosas

marchitos y esparcidos: ¡qué espectáculo!

Al ver tanta miseria, yo me dije:

«Si alguien necesitase de un veneno

cuyo comercio en Mantua fuera un crimen,

este piojoso se lo vendería.»

¡Oh, cómo se anticipa el pensamiento!

El desgraciado me lo venderá.

Si no recuerdo mal, esta es la casa.

Hoy es fiesta y la tienda está cerrada.

¡Eh, boticario!

Entra el BOTICARIO.

BOTICARIO ¿Quién me llama a gritos?

ROMEO Ven acá, amigo. Veo que eres pobre.

Toma: aquí tienes cuarenta ducados

a cambio de un veneno que disperse

entre las venas su poder de modo

que quien lo tome, de vivir hastiado,

caiga muerto, y se quede sin aliento

con tanta rapidez como la pólvora

provoca el fogonazo del cañón.

BOTICARIO Tengo drogas así, pero aquí en Mantua

la ley condena a muerte a quien las vende.

ROMEO ¿Estás tan pobre, hambriento y miserable

y aún tienes miedo de morir? El hambre

y la pobreza asoman en tus ojos;

te cubren el desprecio y la miseria;

la humanidad y sus leyes no te estiman;

no habrá nunca una ley que te haga rico.

Olvida tu pobreza y acepta esto.

BOTICARIO Lo acepta la pobreza, no el deseo.

ROMEO Compraré la pobreza, no el deseo.

BOTICARIO Verted esto en un líquido cualquiera

y tomadlo; aunque fueseis más robusto

que veinte hombres, al punto os mataría.

ROMEO Ahí tienes el oro, que es peor veneno

y a este mundo perverso trae más muertes

que estos pobres potingues tan prohibidos.

Soy yo, y no tú, quien vende ahora veneno.

Ve con Dios, aliméntate y engorda.

Ven conmigo, licor, que no veneno:

te necesitaré en la tumba de Julieta.

ESCENA II

Entra FRAY JUAN.

FRAY JUAN ¡Hermano franciscano! ¡Santo fraile!

Entra FRAY LORENZO.

FRAY LORENZO Esa parece la voz de fray Juan.

¡Bienvenido! ¿Qué te ha dicho Romeo?

O, si me ha escrito, enséñame su carta.

FRAY JUAN Al marchar salí en busca de otro fraile

descalzo, para que me acompañase

(pues él estaba aquí cuidando enfermos),

pero la guardia le identificó

y, sospechando que los dos veníamos

de una casa infectada por la peste,

no nos dejaron seguir adelante,

y allí acabó nuestro viaje a Mantua.

FRAY LORENZO ¿Y quién le llevó la carta a Romeo?

FRAY JUAN No la pude mandar…; la tengo aquí;

no conseguí que nadie la llevase,

tanto miedo tenían a la peste.

FRAY LORENZO ¡Oh fatal suerte! Por mi santa orden

que era una carta de extrema importancia,

y, si no llega a su destinatario,

puede causar un gran daño. Fray Juan,

corre a buscar una buena palanca

y tráemela enseguida.

FRAY JUAN Voy a por ella.

Sale .

FRAY LORENZO He de marchar corriendo al panteón.

Dentro de tres horas despertará

Julieta, y va a enojarse cuando sepa

que Romeo ignora cuanto ha sucedido.

Pero le escribiré de nuevo a Mantua

y ocultaré a Julieta en mi celda hasta que él venga.

¡Pobre cadáver vivo, en la tumba y con los muertos!

Sale .

ESCENA III

Entran PARIS *y su* PAJE *con flores, agua perfumada*

y una antorcha .

PARIS Dame la antorcha, chico, y sal afuera.

No; apágala, no quiero que me vean.

Ve y tiéndete al pie de aquellos tejos,

y aplica bien tu oído sobre el suelo;

de esa manera, no habrá pie que pise

la tierra removida entre las fosas

que tú no oigas; tu silbido, entonces,

me advertirá que hay alguien que se acerca.

Dame las flores y haz lo que te he dicho.

PAJE (*Aparte* .) Casi me espanta quedarme tan solo

entre las tumbas…, mas me arriesgaré.

Sale. PARIS *esparce flores en la tumba* .

PARIS ¡Oh, dulce flor, voy a cubrir con flores

tu lecho nupcial pétreo y polvoriento!

Cada noche vendré para rociarte

con agua perfumada o con mis lágrimas.

Este será mi rito cada noche:

cubrir tu tumba con llantos y flores.

El chico silba .

El chico silba: alguien se está acercando.

¿Qué condenados pies vienen ahora

a interrumpir los ritos de mi amor?

¡Y lleva una antorcha! Noche, ocúltame.

Se retira. Entran ROMEO *y* BALTASAR *con una antorcha,*

un azadón y una palanca de hierro .

ROMEO Alcánzame la azada y la palanca.

Toma esta carta; apenas amanezca,

entrégala sin falta a mi buen padre.

Dame la luz. No importa lo que veas

u oigas: te ordeno, por tu vida, que

no vengas ni interrumpas lo que hago.

¿Por qué desciendo a este lugar de muerte?

En parte es para ver a mi señora,

pero también porque he de rescatar

un anillo valioso que me urge

en un asunto grave. Vete, pues.

Y si, indiscreto, vienes a espiar

lo que pretendo hacer, juro por Dios

que he de hacerte pedazos y esparcir

todos tus huesos por el cementerio.

Mi intención y la hora son salvajes,

mucho más fieros, más inexorables

que un tigre hambriento o que el rugiente mar.

BALTASAR Me voy, señor; no os molestaré más.

ROMEO Así me muestras tu amistad. Toma esto.

Le da una bolsa .

Adiós, vive y prospera, buen muchacho.

BALTASAR (*Aparte* .) Más vale que me esconda; su mirada

me estremece y sospecho de sus actos.

Se retira .

ROMEO ¡Oh, buche horrible, estómago de muerte

saciado del mejor de los bocados:

voy a abrirte las fauces putrefactas

y, a tu pesar, hacerte tragar más!

ROMEO *empieza a abrir la tumba* .

PARIS Ese Montesco altivo y desterrado

que mató al primo de mi amada y fue,

según dicen, la causa de su muerte,

viene a hacer algún acto abominable

con los muertos; y tengo que impedírselo.

Se adelanta .

¡Detén tu sacrilegio, vil Montesco!

¿Buscas venganza aún? ¿No te basta con la muerte?

Condenado villano, te he atrapado.

Canalla, ven aquí: vas a morir.

ROMEO Claro que sí, y para eso he venido.

Joven, no tientes a un desesperado;

huye y déjame. Piensa en estos muertos:

que ellos te espanten. Te lo ruego, chico,

no cargues mi conciencia con más culpas

haciendo que me enoje. ¡Por Dios, vete!,

que aprecio más tu vida que la mía,

pues traigo contra mí mis propias armas.

Vete de aquí; vive y podrás decir

que un loco compasivo te hizo huir.

PARIS ¡Esos conjuros no me atemorizan,

y te detengo como vil traidor!

ROMEO ¿Me provocas? ¡Prepárate, muchacho!

Luchan .

PAJE ¡Dios mío, se pelean! ¡A mí, la Guardia!

Sale el PAJE.

PARIS ¡Oh, me muero! (*Cae* .) Si tienes compasión,

abre la tumba y ponme con Julieta. (*Muere* .)

ROMEO Así lo haré. Veámosle la cara.

¡El primo de Mercucio, el conde Paris!

¿Qué me contó mi paje en el camino

que mi alma, perturbada, no escuchó?

Dijo algo de que el conde iba a casarse

con Julieta. ¿No era eso? ¿O lo soñé?

¿O, al mencionar «Julieta», enloquecí
y yo lo entendí así? ¡Dame tu mano,
compañero de amargos infortunios!
Te enterraré en un túmulo glorioso.
¿Un túmulo? ¡No! ¡Un faro, pobre joven!,
pues yace aquí Julieta, y su belleza
llena esta bóveda de luz festiva.
Yace, muerte, enterrada por un muerto.
Dejando a PARIS *en la tumba* .
¡Cuántos hombres se han sentido felices
a punto de morir! A eso lo llaman
el último relámpago. ¿Mas, cómo
llamarle así? Oh, esposa mía, amor,
la muerte te ha robado el dulce aliento,
mas no ha podido hurtarte la belleza;
no te ha vencido: tu belleza luce
carmesí en tus mejillas y en tus labios;
no ondea en ti la enseña de la muerte.
Teobaldo, ¿estás ahí en tu atroz mortaja?
¿Qué servicio mejor podría hacerte
que, con la mano que segó tu vida,
quebrar ahora la de tu enemigo?
Perdóname, buen primo. ¡Ah, Julieta!
¿Cómo estás aún tan bella? ¿He de creer
que la fantasmal Muerte te desea

y que ese flaco monstruo horrendo quiere

convertirte en su amante y prisionera?

Voy a quedarme aquí para evitarlo,

y nunca más saldré de este palacio

de oscura noche. Me quedaré aquí

con los gusanos, que son tus criados;

me instalaré en ese descanso eterno,

sacudiéndome el yugo de los astros

de esta carne, hastiada ya del mundo.

¡Ojos, brazos y labios, despedíos!

¡Oh, puertas del aliento, con un beso

sellad un pacto eterno con la Muerte!

¡Ven, guía amargo, consejero fétido!

¡Desesperado timonel, arroja

contra las rocas tu extenuada barca!

¡Por mi amada! (*Bebe* .) ¡Oh, honrado boticario!

Tu remedio es veloz… Un beso… y muero. (*Muere* .)

Entra FRAY LORENZO *con una linterna,*

una palanca y una azada .

FRAY LORENZO ¡San Francisco me valga! ¡Ya estoy harto

de tropezar con tumbas! ¿Quién anda ahí?

BALTASAR Soy un amigo que os conoce bien.

FRAY LORENZO ¡Dios te bendiga! Buen amigo, dime:

¿por qué esa antorcha inútil ilumina

a gusanos y ciegas calaveras?

¿No está en la tumba de los Capuleto?

BALTASAR Así es, santo fraile, es mi señor,

a quien vos apreciáis.

FRAY LORENZO ¿Quién es tu amo?

BALTASAR Romeo.

FRAY LORENZO ¿Cuánto hace que está aquí?

BALTASAR Una media hora.

FRAY LORENZO Entremos en la tumba.

BALTASAR No me atrevo.

Mi amo se imagina que me he ido

y amenazó furioso con matarme

si me quedaba a ver lo que él hacía.

FRAY LORENZO Pues quédate. Iré solo, aunque me espante.

¡Oh, cómo temo algún triste infortunio!

BALTASAR Me he dormido debajo de este tejo

y he soñado que mi amo peleaba

con otro, y lo mataba.

Se retira .

FRAY LORENZO ¡Romeo!

FRAY LORENZO *se agacha y ve la sangre y las armas* .

¡Pobre de mí! ¿Qué sangre es la que tiñe

la pétrea entrada de la sepultura?

¿Qué hacen estas espadas sin su dueño,

llenas de sangre en un lugar de paz?

Entra en la tumba .

¡Romeo! ¡Qué pálido está! ¿Y también Paris?

¡Y empapado de sangre! ¿Qué abyecta hora

es culpable de este hecho lastimoso?

JULIETA *se incorpora* .

La dama se mueve.

JULIETA Fraile consolador, ¿dónde está mi amo?

Recuerdo bien dónde debo encontrarme…

y aquí estoy. Pero ¿dónde está Romeo?

Se oye ruido dentro .

FRAY LORENZO Oigo ruidos, señora. Sal de este antro

de muerte, peste y engañoso sueño.

Algún poder muy superior al nuestro

ha malogrado nuestro intento. ¡Vámonos!

Tu esposo yace aquí, muerto en tu seno,

y también Paris. Ven, te alojaré

en el convento de unas santas monjas.

La Guardia se aproxima, no preguntes.

¡Julieta, ven! No me atrevo a quedarme.

Sale FRAY LORENZO.

JULIETA Pues vete tú; yo no me moveré.

Pero ¿qué es eso? ¿Una copa en su mano?

Algún veneno ha acabado con él.

Oh, avaro, ¿no has dejado ni una sola

gota para mí? Pues te besaré:

en tus labios quizá quede veneno

que, como un bálsamo, me haga morir.

Lo besa .

Están calientes.

CAPITÁN DE LA GUARDIA (*Dentro* .) Guíanos, muchacho.

JULIETA Alguien viene. Seré breve. ¡Oh dulce daga,

Cogiendo la daga de ROMEO.

este es tu vaina! (*Se la clava* .) Oxídate aquí

y ayúdame a morir.

Cae sobre el cuerpo de ROMEO *y muere* .

Entran el PAJE *de Paris y la Guardia* .

PAJE Este es el sitio: donde está la antorcha.

CAPITÁN Hay sangre; rastread el cementerio

y detened a todo el que encontréis.

Salen algunos miembros de la Guardia .

El CAPITÁN *entra en la tumba y vuelve* .

¡Visión horrible! El conde asesinado

y Julieta sangrando, recién muerta,

después de estar dos días enterrada.

Llamad al Príncipe, a los Capuleto

y a los Montesco, y seguid buscando.

Salen otros miembros de la Guardia .

He aquí una visión desgarradora,

pero no adivinamos el motivo

de tal dolor, si nadie nos lo explica.

Entra un miembro de la Guardia

con el PAJE *de Romeo,* BALTASAR.

VIGILANTE SEGUNDO Hemos hallado al paje de Romeo.

CAPITÁN No lo soltéis hasta que venga el Príncipe.

Entran FRAY LORENZO

y otro VIGILANTE.

VIGILANTE TERCERO Aquí hay un fraile temblando y llorando;

salía de esta parte del recinto

llevando este azadón y esta palanca.

CAPITÁN También es sospechoso. Detenedlo.

Entran el PRÍNCIPE

y su séquito .

PRÍNCIPE ¿Qué desgracia ha ocurrido tan temprano

que a estas horas del alba nos requiere?

Entran CAPULETO

y la SEÑORA CAPULETO.

CAPULETO ¿A qué se debe tanto griterío?

SEÑORA CAPULETO Unos gritan «Romeo» por las calles,

otros «Julieta» o «Paris», y, voceando,

se dirigen a nuestro panteón.

PRÍNCIPE ¿Qué temor nos asalta los oídos?

CAPITÁN Yacen aquí, señor, Romeo, muerto,

Paris, asesinado, y Julieta,

muerta ya antes, y ahora asesinada.

PRÍNCIPE Averiguad la causa de estos crímenes.

CAPITÁN Este fraile y el paje de Romeo

llevaban herramientas para abrir

la tumba de estos muertos.

CAPULETO *y la* SEÑORA CAPULETO

entran en el panteón .

CAPULETO ¡Oh, cielos! ¡Nuestra hija desangrándose!

La daga erró su curso, pues la vaina

de Montesco está vacía y la daga

se ha envainado en el pecho de nuestra hija.

SEÑORA CAPULETO ¡Dios mío! Esta visión es la campana

que llama a mi vejez hacia el sepulcro.

Salen de la tumba.

Entra MONTESCO.

PRÍNCIPE Montesco, ven: has madrugado para

ver la temprana muerte de tu hijo.

MONTESCO ¡Pobre de mí! Mi esposa murió anoche

por el dolor del hijo desterrado.

¿Qué más conspira contra mi vejez?

PRÍNCIPE Ven, y tú mismo lo comprobarás.

MONTESCO *entra en el panteón*

y regresa .

MONTESCO ¡Oh, descortés! ¿Qué modales son esos:

entrar antes que el padre en el sepulcro?

PRÍNCIPE Cese tu indignación por un instante

hasta que esclarezcamos este enigma,

y conozcamos la causa y los detalles.

Yo haré justicia a vuestro dolor hasta

la pena capital. Mas, entretanto,

que la desdicha se arme de paciencia.

Que me traigan aquí a los sospechosos.

FRAY LORENZO Yo soy el principal, aunque incapaz

de cometer tan espantoso crimen;

tiempo y lugar me acusan, sin embargo.

Vengo para acusarme y defenderme,

inocente y culpable al mismo tiempo.

PRÍNCIPE Cuéntanos lo que sabes de este asunto.

FRAY LORENZO Seré breve, pues no me queda aliento

para contar una historia tan larga.

Romeo era el marido de Julieta,

y ella, la fiel esposa de Romeo:

yo celebré sus nupcias en secreto

el día en que murió Teobaldo; y esto

ocasionó el destierro de Romeo;

por él lloraba ella, no por Teobaldo.

Para aplacar su terrible dolor

concedisteis su mano, por la fuerza,

al conde Paris. Ella vino a verme

y me rogó desesperadamente

que impidiera el segundo matrimonio,

o se daría muerte allí en mi celda.

Le ofrecí, con la ayuda de mis artes,

una poción somnífera que hizo
el pretendido efecto y que le dio
apariencia de muerta. Yo escribí
a Romeo que viniese aquella noche
a sacarla de su prestada tumba,
cuando cediese el efecto del filtro.
Pero fray Juan, que llevaba el mensaje,
fue detenido por error, y anoche
me devolvió la carta. Vine solo
a la hora prevista para verla
despertar, rescatarla de esa bóveda
y conducirla en secreto a mi celda
hasta poder decírselo a Romeo.
Pero cuando llegué, poco antes que
Julieta despertase, vi en el suelo,
muertos, al noble Paris y a Romeo.
Despertó, le rogué que me siguiera
y aceptase los hechos resignada.
Pero un extraño ruido me hizo huir,
y ella, desesperada, se quedó.
Y, al parecer, se dio muerte violenta.
Es cuanto sé; el ama fue testigo
del casamiento. Y si alguna cosa
falló por culpa mía, que mi vida
sea sacrificada antes de tiempo

bajo el rigor de la ley más severa.

PRÍNCIPE Siempre te hemos tenido por un santo.

¿Y qué declara el paje de Romeo?

BALTASAR Di nuevas a mi amo de la muerte

de Julieta, y apresuradamente

vino aquí desde Mantua, a este panteón.

Me dio esta carta para su buen padre

y amenazó, si no me retiraba

y le dejaba solo, con matarme.

PRÍNCIPE Dame esa carta; yo la leeré.

¿Dónde está el chico que alertó a la Guardia?

¿Qué hacía tu amo, el conde, en este sitio?

PAJE Vino a cubrir de flores el sepulcro

de su dama, y mandó que me alejara:

cuando salí vi que alguien se acercaba,

y mi amo al instante le atacó,

y yo corrí a avisar a la Guardia.

PRÍNCIPE La carta de Romeo avala al fraile.

Cuenta su amor y cómo tuvo nuevas

de la muerte; cómo compró un veneno

a un pobre boticario, y con el mismo

vino a morir aquí, junto a Julieta.

¡Oh, enemistad! Montesco, Capuleto:

¡cómo castiga el cielo vuestro odio

y mata vuestros gozos con amor!

Y yo, por tolerar vuestras disputas,

he perdido también a dos parientes.

El castigo ha caído sobre todos.

CAPULETO Tiéndeme la mano, hermano Montesco.

Va en la mía la dote de mi hija;

no puedo pedir más.

MONTESCO Yo sí te daré más:

erigiré su estatua en oro puro,

y, en tanto que Verona sea Verona,

figura no ha de haber de tal riqueza

como la de la leal y fiel Julieta.

CAPULETO Y yo a Romeo erigiré otra igual

en expiación de nuestra enemistad.

PRÍNCIPE El nuevo día trae una paz lóbrega:

ni el mustio sol asoma la cabeza.

Reflexionemos sobre estas desgracias,

absueltas unas, y otras castigadas.

Pues jamás hubo tan triste suceso

como este de Julieta y de Romeo.

Salen todos .

JULIO CÉSAR

versión de

Alejandra Rojas

Escrita en 1599, sabemos que Thomas Platter, un turista suizo, la vio representada en el Globe en septiembre de 1599. Se publicó por primera vez en el Primer Folio de 1623, con una impresión excepcionalmente buena.

DRAMATIS PERSONAE

JULIO CÉSAR, triunviro después de la muerte de César

Marco ANTONIO, triunviro después de la muerte de César

OCTAVIO César, triunviro después de la muerte de César

LÉPIDO, triunviro después de la muerte de César

Marco BRUTO, conspirador contra César

Cayo CASIO, conspirador contra César

CASCA, conspirador contra César

DECIO Bruto, conspirador contra César

CINNA, conspirador contra César

METELO Cimbro, conspirador contra César

TREBONIO, conspirador contra César

Cayo LIGARIO, conspirador contra César

PORCIA, esposa de Bruto

CALPURNIA, esposa de César

FLAVIO, tribuno del pueblo

MARULO, tribuno del pueblo

CICERÓN, senador

PUBLIO, senador

POPILIO Lena, senador

Un ADIVINO

ARTEMIDORO, profesor de retórica

CINNA (Cayo Helvio Cinna), poeta

Otro POETA

LUCIO, sirviente de Bruto

LUCILIO, amigo y seguidor en los ejércitos de Bruto y Casio

TITINIO, amigo y seguidor en los ejércitos de Bruto y Casio

MESALA, amigo y seguidor en los ejércitos de Bruto y Casio

El joven CATÓN, amigo y seguidor en los ejércitos de Bruto y Casio

VOLUMNIO, amigo y seguidor en los ejércitos de Bruto y Casio

ESTRATÓN

VARRÓN, soldado en los ejércitos de Bruto y Casio

CLAUDIO, soldado en los ejércitos de Bruto y Casio

CLITO, soldado en los ejércitos de Bruto y Casio

Un criado de César

Un criado de Antonio

Un criado de Octavio

PÍNDARO, esclavo de Casio, liberado tras su muerte

DARDANIO, sirviente de Bruto en el ejército

Un CARPINTERO, plebeyo

Un zapatero REMENDÓN, plebeyo

Cinco CIUDADANOS, plebeyos

Tres soldados del ejército de Bruto, plebeyos

Dos soldados del ejército de Marco Antonio, plebeyos

Un MENSAJERO, plebeyo

Labeo, oficial del ejército de Bruto

Flavio, oficial del ejército de Bruto

Otros senadores, plebeyos, soldados y acompañamiento

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran FLAVIO *y* MARULO*. Algunos plebeyos, un* CARPINTERO *y un* ZAPATERO REMENDÓN *ocupan el escenario* .

FLAVIO ¡Fuera de aquí, tropa de vagos!

¡Vuelvan a sus sucios hogares!

¿Es día de fiesta hoy? Respeten la ley, artesanos.

Nadie puede pasear en día de trabajo

sin llevar a la vista el emblema de su oficio.

A ver, dime, ¿qué haces tú?

CARPINTERO ¿Yo? Soy carpintero, señor.

MARULO ¿Y dónde perdiste la escuadra? ¿Dónde quedó tu martillo?

¿Por qué tan enseñorado, entonces?

Y este otro… Tú, ¿a qué te dedicas?

REMENDÓN En verdad, tribuno, más que un artesano, soy lo que podría llamarse un… un… un…

MARULO Un… un… ¡Qué mierda de oficio es ese?

REMENDÓN Mi oficio, señor, lo confieso con orgullo. Soy especialista en todo lo que anda mal.

FLAVIO ¿Pero que dice este patán? Deja de hacerte el payaso y explica a qué te dedicas.

REMENDÓN No os enojéis conmigo, os lo ruego. No soy un clavo en vuestro zapato, pero si tal fuera la problemática, quizá podría ayudaros.

MARULO ¡Lo que hay que oír! ¿Ayudarme tú a mí, pedazo de escoria?

REMENDÓN Quiero decir, remendar.

FLAVIO Ah, un zapatero remendón… ¿Ese es el misterioso oficio?

REMENDÓN La verdad, señor, solo vivo para el punzón. Ni en cosas de gremios me lío, ni en líos de faldas me enredo. Eso es todo, oficial. Soy un médico del calzado. Cuando su salud peligra, yo le devuelvo la vida. Los hombres más dignos que jamás honraran suelo romano han descansado el pie sobre el fruto de mis manos.

FLAVIO Pero hoy no estás en tu taller…

¿Y por qué marchan estos por las calles?

REMENDÓN Francamente, señor, si quiero tener trabajo alguien debe gastar sus suelas… Pero, en honor a la verdad, nos hemos dado el día libre para ver a César y celebrar su triunfo.

MARULO Celebrar… ¿y qué habría que celebrar?

¿Con qué victoria honra a Roma?

¿Dónde están los prisioneros… Dónde los derrotados

que adornen, cautivos, las ruedas de su carruaje?

Ay, romanos sin sentimiento. ¿Quién talló estos corazones

más duros que la dura piedra? ¡Sois unas bestias sin alma!

¿Ya olvidasteis a Pompeyo? Cuántas y cuántas veces

treparon muros y almenas hasta llegar a las torres,

a las ventanas, sí… A las más altas chimeneas,

con sus fétidos críos a cuestas, y ahí pasaron las horas

de sol a sol, paciente e ilusionada la plebe,

para observar a Pompeyo cruzar las calles de Roma.

¿No lanzaron entonces un clamor universal

que hizo temblar al Tíber en su lecho,

para llevar hasta lejanos rincones esos gloriosos ecos?

¿Y hoy visten sus mejores galas?

¿Y hoy eligen estar de fiesta?

¿Y hoy cubren de flores el paso de aquel que alzó

su triunfo sobre la sangre de Pompeyo?

¡Fuera de aquí, basura!

Vuelvan a casa arrepentidos

y rueguen a los dioses para que los libren

de las mil plagas que merecen por ingratos.

FLAVIO Vayan, compatriotas, vayan. Y para reparar esta ofensa

reúnan a todos los gusanos de su calaña.

Vayan a las riberas del Tíber a desaguar la desdicha

en su cauce, hasta que la ola más baja

bese la orilla más alta.

Se retiran los plebeyos .

¿Ves que en el fondo se conmueven,

o al menos guardan la lengua?

Baja tú hacia el Capitolio; yo iré por otro camino.

Desviste las estatuas que han cubierto de trofeos, estos cretinos.

MARULO ¿Estará bien? Hoy es la fiesta de las Lupercales, ya sabes.

FLAVIO ¡Y a quién le importa! Que no quede efigie adornada para César.

Yo espantaré a la chusma de las calles. Tú haz lo propio:

donde veas que hacen nata, los desbandas.

Estas plumas incipientes arrancadas de sus alas,

mantendrán a César en su sitio, que ya se encumbra muy alto.

Tal como vamos, desde el cielo nos verá sometidos

por la servidumbre del miedo.

Salen .

ESCENA II

Música. Entran CÉSAR, ANTONIO *preparado para la carrera,* CALPURNIA, PORCIA, DECIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO, CASCA, *un* ADIVINO, *una multitud de ciudadanos; les siguen* MARULO *y* FLAVIO.

CÉSAR ¡Calpurnia!

CASCA ¡Atentos! Habla César.

Cesa la música .

CÉSAR Calpurnia.

CALPURNIA Aquí estoy, señor mío.

CÉSAR Cuando veas correr a Antonio

crúzate en su camino.

¡Antonio!

ANTONIO Mande, señor.

CÉSAR No olvides, en tu premura, rozar a Calpurnia.

Nuestros ancestros dicen que una mujer sin fruto

puede engendrar descendencia si le rozan en la carrera.

ANTONIO Así será, señor.

Lo que César disponga, puede darlo por hecho.

CÉSAR A ello, pues, y sin descuidar los rituales.

Música .

ADIVINO ¡César!

CÉSAR ¿Eh? ¿Quién me llama?

CASCA Silencio, plebeyos. Que acabe ese bullicio.

Cesa la música .

CÉSAR ¿Quién me llama?

Desde la multitud me alcanza una voz aguda

que mi nombre invoca. Habla. César te escucha.

ADIVINO Debes temer, señor, a los idus de marzo.

CÉSAR ¿Quién habla?

BRUTO Un visionario que bien te quiere.

Ten cuidado, señor, de los idus de marzo.

CÉSAR Tráiganlo ante mí. Quiero verle esa cara.

CASIO Acércate, amigo. Mira a César.

CÉSAR ¿Qué me dirás ahora? Repite lo que has dicho.

ADIVINO Ten cuidado, señor, de los idus de marzo.

CÉSAR Al demonio con este. Está delirando. ¡Adelante!

Clarines, salen todos .

menos BRUTO *y* CASIO.

CASIO ¿Te harás cargo de las carreras?

BRUTO Ni pensarlo.

CASIO Te lo ruego, ven conmigo.

BRUTO Nunca me han gustado los juegos. Me falta

la rapidez de Antonio y su presteza.

Pero te dejo, Casio. Tú a lo tuyo.

CASIO Hace un tiempo que te observo, Bruto.

Ya no veo en tus ojos la ternura y el afecto

que antes daba por míos.

Tan hosco y tan seco conmigo. ¿Por qué?

Para quien tanto te quiere es muy difícil.

BRUTO No te engañes, Casio.

Si me notas reservado, será porque cargo

a solas mis problemas. De un tiempo a esta parte
me desgarran sentimientos enfrentados,
ideas que solo a mí conciernen,
que dan pasto, quizá, a esta conducta huraña.
Pero no quiero herir a mis buenos amigos,
entre los que, por cierto, te incluyo.
No busques más razón para mi olvido.
Solo este pobre Bruto que, en guerra consigo mismo,
ha descuidado su deuda con los que son más queridos.
CASIO Entonces, Bruto, juzgué mal tus sentimientos.
Y por eso guardé en secreto mis grandes planes,
hondas reflexiones dignas de tomarse en cuenta.
Dime, buen amigo, ¿puedes verte la cara?
BRUTO No, Casio. El ojo no se ve a sí mismo
más que por reflejo en otros.
CASIO Precisamente. Y mucho se lamenta, Bruto,
que no tengas a mano los espejos
que revelen esa grandeza escondida,
para descubrir, ante ti, tu verdadera imagen.
Dejando de lado al inmortal César,
he oído a romanos muy nobles nombrarte,
y, quejándose del yugo de los tiempos,
pedían que el noble Bruto hiciera uso de sus ojos.
BRUTO ¿Qué trampas me tiendes, Casio,
llevándome a ver en mí lo que no existe?

CASIO Escucha bien, Bruto querido.

Puesto que, como dices, solo puedes ver tu reflejo,

acepta que yo, tu espejo, con modestia

te revele lo que aún no sabes de ti.

Y no desconfíes de mí, Bruto,

que si yo fuera un tipo que trata de caer en gracia,

o jurara mi amor con añejas promesas

al primero que me solicitara; si creyeras

que alabo y busco a los hombres

para luego difamarlos; o peor,

que me vendo a la chusma por un plato de comida,

entonces podrías llamarme peligroso.

Clarines y aclamaciones dentro .

BRUTO ¿Por qué tanto griterío?

Temo que el pueblo ha aclamado a César como rey.

CASIO ¿Lo temes? Supongo, por lo tanto,

que no deseas verlo coronado.

BRUTO No, Casio. No lo deseo. Y, pese a todo, bien le quiero.

Pero ¿para qué alargar este tema?

¿Qué historia me vas a contar?

Si hablamos de servir al bien común,

pon de un lado el honor, del otro lado la muerte.

Y fríamente mediré a ambos,

pues, que me castiguen los dioses, si no valoro el honor

más de lo que temo a la muerte.

CASIO He visto tu virtuoso fondo, Bruto,

tanto como conozco tu rostro.

Pues bien, el honor es el tema de mi historia.

No sé lo que tú o el resto piensan de esta vida.

Por lo que a mí toca, antes moriría que vivir a la sombra

de un sujeto que no es mejor que yo.

Nací tan libre como César, igual que tú.

Vigorosos los dos, y tan capaces de soportar

el gélido invierno como él lo hace.

Recuerdo un día frío y borrascoso,

en que el Tíber luchaba salvaje contra su cauce.

César me dijo: «¿Te atreves, Casio, a zambullirte conmigo

en estas olas furiosas y nadar hasta la punta aquella?».

Tan pronto lo propuso, me lancé, coraza y todo,

y le pedí que me siguiera. Así lo hizo.

El torrente rugía contra nuestro avance,

pero con nervio entusiasta lo atacamos

y con corazón valiente embestimos.

Pero antes de llegar a nuestra meta,

César suplicó: «¡Sálvame, Casio, que me hundo!».

Y tal como nuestro gran Eneas,

cargó al viejo Anquises en sus hombros,

para librarlo de las llamas de Troya,

así de las olas del Tíber

tuve que rescatar a un César derrotado.

¿Y este mismo hombre hoy se ha vuelto un dios? ¿Mientras Casio
es un pobre patán que debe hacer una venia
si César, por descuido, deja caer un saludo?
Te contaré otra historia.
Estando en España le vino un padecimiento
y yo vi bien cómo temblaba de fiebre.
Este dios se agitaba de veras.
Sus labios cobardes palidecían,
y el mismo ojo que aterra al mundo entero
había perdido su brillo. Lo oí quejarse, sí,
y ese vozarrón suyo, que convoca a los romanos a seguirlo
y a inscribir cada discurso suyo en los tratados,
lloriqueaba como una niña. «Dame algo de beber, Titinio».
¡Oh, dioses! ¡Me asusta que tal desperdicio de hombre
marche al mando de un mundo majestuoso
y cargue él solo con la gloria!
Aclamaciones y clarines dentro .
BRUTO ¿Más gritos de la plebe? ¿Más aplausos?
Están cubriendo a César de honores, de seguro.
CASIO ¡Seguro! Él se eleva sobre el mundo
como un coloso. Y nosotros, míseros lacayos,
debemos caminar bajo su planta y preguntar
dónde está la tumba innoble que nos espera.
Los hombres son dueños de su destino,
y no culpemos a la mala estrella de nuestras faltas,

cuando nosotros mismos nos dejamos someter.

Bruto y César… Bruto y César…

¿Qué tiene el nombre de César

que convoca más que el tuyo? Escríbelos juntos:

el tuyo es tan digno como el suyo.

Pronúncialos: suenan igual en la boca.

Pésalos: son del mismo calibre. Invoca a los espíritus:

el nombre de Bruto puede lo que puede César.

¡Ay, dioses! ¿De qué carne se alimenta nuestro César

que se ha vuelto tan grandioso?

Tiempos de ignominia, cuando en Roma

ya no queda sangre noble en su linaje.

¿Cuándo, desde el diluvio, existió una era

que guardara fama para un solo nombre?

¿Cuándo, hasta ahora, pudo decirse

que dentro de los muros de Roma

solo un hombre tuviera cabida?

Roma sigue siendo Roma, y sobra espacio,

cuando en ella domina un solo hombre.

Tú y yo aprendimos la historia

de nuestros padres. Existió una vez un tal Bruto

que habría dejado al diablo mudar su corte a Roma,

antes que someterse a un tirano.

BRUTO Que me quieres, Casio, no lo dudo.

Tus planes para mí, por cierto, intuyo.

Lo que creo, sobre este tema y estos tiempos,

te lo haré saber cuando convenga.

Por lo pronto, en nombre de mi afecto,

te rogaría que dejaras de apremiarme.

Tomaré en cuenta lo dicho. Lo que falte,

lo escucharé con paciencia. Me haré un tiempo

para discutir contigo estos graves problemas.

Hasta entonces, amigo mío, piensa lo siguiente:

Bruto preferiría no haber nacido

antes que llamarse hijo de Roma

en las indignas condiciones del presente.

CASIO Me alegra que mis débiles palabras

encendieran en ti esa chispa de fuego, Bruto.

Entran CÉSAR *y su séquito* .

BRUTO Ya han terminado los juegos; vuelve César.

CASIO Cuando pasen, tironea a Casca de la manga.

En su venenoso estilo nos contará

lo que deba saberse de lo ocurrido.

BRUTO Muy bien. Pero fíjate, Casio,

cómo arde de rabia la faz de César

y su séquito tampoco ha disfrutado el momento.

Calpurnia está muy pálida, y Cicerón

tiene ese semblante atroz que le hemos visto

cuando los senadores lo enfurecen en los debates.

CASIO Casca nos explicará el problema.

CÉSAR ¡Antonio!

ANTONIO ¿César?

CÉSAR Permíteme rodearme de hombres rozagantes,

de rostros tersos, que gocen de buen sueño.

Ese Casio tiene un aire magro, famélico y

piensa demasiado. Tipos peligrosos, los flacos.

ANTONIO No le temas, César, no es peligroso.

Es un romano noble, hombre de bien.

CÉSAR ¡Ojalá fuera más gordo! No es que le tema.

Pero si, siendo César, pudiera ceder al miedo

no sé a quién evitaría más que al escuálido Casio.

Lee demasiado, es un gran observador y tiene

un ojo certero que traspasa las acciones humanas.

Ningún juego le gusta como a ti, no escucha música;

es raro que se alegre, Antonio, y cuando lo hace

pareciera burlarse y despreciarse a sí mismo

por ceder a la tentación de una sonrisa.

Los hombres como él nunca están a gusto

frente a sus superiores y,

son, por lo mismo, muy peligrosos.

Prefiero decirte lo que debería temer

y no lo que temo, pues siempre seré César.

Pero ponte a mi derecha, que este es mi lado sordo

y dime de verdad lo que piensas de él.

Clarines. Salen CÉSAR *y su séquito* .

Quedan BRUTO*,* CASIO *y* CASCA.

CASCA Has tirado de mi toga. ¿Querías hablar conmigo?

BRUTO Sí, Casca. Cuéntanos qué ocurrió

que César se ve tan decaído.

CASCA ¿No estaban con él, acaso?

BRUTO Entonces no estaríamos preguntándote.

CASCA Bueno, le ofrecieron una corona; y cuando se la acercaron, la apartó con el dorso de la mano, así. Entonces la plebe armó un bullicio.

BRUTO Y el segundo estruendo, fue por…

CASCA Por lo mismo, claro.

CASIO Gritaron tres veces. ¿Y la última?

CASCA Misma cosa, otra vez.

BRUTO ¿Tres veces le ofrecieron la corona?

CASCA Tres veces, te lo juro. Y cada vez él la apartaba con menos ganas, y con cada rechazo mis queridos compatriotas más celebraban.

BRUTO ¿Quién le ofrecía la corona?

CASCA Antonio, ¿quién más?

BRUTO Cuéntanos el modo preciso, amable Casca.

CASCA Que me cuelguen si entiendo el modo. Todo fue una farsa, apenas me fijé. Vi a Marco Antonio ofrecerle una corona (que tampoco era una corona de las buenas, más bien una diadema) y, como ya les dije, César la apartó, pero a mí nadie me quita que se moría por tenerla. Entonces se la ofreció otra vez, de nuevo la rechazó; pero ¡cómo le costaba quitarle los dedos de encima! Y entonces, por tercera vez, se la ofreció. Por tercera vez, César la apartó; y mientras más la rechazaba, la chusma gritaba y aplaudía con sus manos curtidas, lanzaba al aire sus gorros apestosos y arrojaba una bocanada de tufo tan insufrible, mientras César rechazaba y rechazaba la corona, que por poco lo asfixian. Hasta que cayó al suelo desmayado. Yo por mi parte, ni a reírme me atrevía, porque de solo abrir mis labios habría podido intoxicarme con esa fetidez.

CASIO Más lento, Casca. ¿Oí bien? ¿César se desmayó?

CASCA Bueno, cayó al suelo en el foro, echando espuma por la boca, sin habla.

BRUTO Es muy posible. César sufre el mal de los vahídos.

CASIO No, no es César quien sufre de ese mal. Somos tú y yo y el buen Casca, los que rodamos por los suelos.

CASCA No entiendo qué quieres insinuar, pero no hay duda de que César se cayó. Y si el populacho no le aplaudía y silbaba, según él los complacía o disgustaba, como hacen los actores, entonces soy un embustero.

BRUTO ¿Qué dijo al volver en sí?

CASCA Antes de caer, cuando vio que esa tropa de plebeyos se alegraba de que rechazara la corona, desgarró sus vestiduras y ofreció su garganta al sacrificio. De ser yo un hombre de acción, le habría tomado la palabra y al infierno me voy derecho con la plebe. Ahí fue que cayó. Cuando se recobró, murmuró que, si había cometido un acto impropio, fuera de palabra o acción, rogaba que sus señorías lo achacaran a su enfermedad. Tres o cuatro muchachas a mi lado gritaban «Ay, si es un hombre tan bueno», y de todo corazón le perdonaban. Pero no hay que tomarlas en serio. Así César hubiera apuñalado a sus madres, habrían hecho lo mismo.

BRUTO ¿Y tan triste se retiró después de eso?

CASIO ¿Dijo algo Cicerón?

CASCA Por supuesto. Habló en griego.

CASIO ¿Para decir…?

CASCA Si te contara eso, no podría enfrentar tus ojos por farsante. Los que sí entendieron algo, se miraban unos a otros sonriendo y sacudían la cabeza, pero… para mí fue como… ¡como si hablara en griego! Y tengo más noticias todavía. Por sacar los adornos de las estatuas de César, a Marulo y a Flavio les dejaron sin derecho a voz. Me despido, mis mejores deseos para ustedes. Pero, si mal no recuerdo, hubo aún más escándalo.

CASIO ¿Quieres cenar conmigo, Casca?

CASCA Con el mayor gusto, si sigo vivo, si no te has arrepentido y tu comida vale la pena.

CASIO Bueno, entonces te espero.

CASCA Ahí estaré. Hasta la vista.

Sale .

BRUTO ¡Qué torpe se ha vuelto este tipo!

Solía ser tan astuto en el colegio.

CASIO Y todavía lo es, para cualquier empresa

noble o de cierto riesgo. Por muy lerdo que lo veas,

esa crudeza es la salsa de su ingenio,

que ayuda a tragar con gusto las venenosas palabras.

BRUTO Así será. Y por ahora te dejo.

Si mañana quieres hablar conmigo

te veré en tu casa, o si lo prefieres,

te espero en la mía.

CASIO De acuerdo. Mientras tanto, piensa en el mundo.

Sale BRUTO.

Bien, Bruto, eres noble. Sin embargo

tu noble materia puede ser moldeada,

para eso las almas puras tienen amigos.

Pues, ¿quién, por recio que sea, no se deja seducir?

El problema es que César ama a Bruto. A mí me odia.

Si yo estuviera en el lugar de Bruto

no me mimaría tanto, estoy seguro.

Ah, Bruto. Esta noche lanzaré en tu ventana

mensajes con mi letra disfrazada,

supuestas cartas de diversos ciudadanos,

testimonios de la pura devoción

con que Roma honra tu nombre;

y, entrelíneas, translucirá cuán ambicioso es César,

tras lo cual, más le vale a César ir con tiento.

O lo derrotamos, o nos hundimos todos.

Sale .

ESCENA III

Truenos. Se encuentran CASCA,

espada en mano, y CICERÓN.

CICERÓN Buenas noches, Casca. ¿Llevaste a César a casa?

¿Por qué vienes sin aliento y con los ojos en blanco?

CASCA ¿No te asusta cuando todo el reino de la tierra

se agita como una pluma? Ah, Cicerón,

he visto tempestades rasgar los robles nudosos; he visto

al ambicioso mar hincharse de espuma y furia,

tratando de rozar las atroces nubes;

pero nunca hasta esta noche, nunca antes,

crucé una tempestad que escupiera fuego.

Te digo, o están de guerra civil en el cielo

o el mundo se ha insolentado tanto

que los dioses nos mandan la destrucción.

CICERÓN ¿Y eso? ¿Hubo algo más que te asombrara?

CASCA Un esclavo común (le debes conocer de vista)

levantó su mano izquierda, que ardía en llamas

como veinte antorchas juntas; y, con todo,

¿me creerás?, no estaba siquiera chamuscada.

Aún peor, frente al Capitolio encontré un león

(desde entonces no guardo la espada)

que me clavó los ojos y se alejó ofendido

sin molestarme. Y en un montículo, reunidas,

había unas cien mujeres pálidas como fantasmas,

aterradas, que juraban haber visto correr,

calle arriba y calle abajo, a hombres vestidos de fuego.

Y ayer, el pájaro de la noche se instaló sobre el foro

a chillar y graznar en pleno mediodía.

Cuando estas rarezas coinciden, que nadie me venga

con que son fenómenos naturales

pues yo sé que traen presagios

funestos para el sitio señalado.

CICERÓN No dudo que vivimos un tiempo extraño.

Pero el hombre lee en las cosas

lo que no siempre llevan escrito.

¿Vendrá César mañana al Capitolio?

CASCA Debería, pues le ha pedido a Antonio

que te avisara que estará allí.

CICERÓN Buenas noches entonces, Casca. Este cielo turbio

no está para andar paseando.

CASCA Adiós, Cicerón.

Entra CASIO.

Sale CICERÓN.

CASIO ¿Quién va?

CASCA Un romano.

CASIO Por la voz eres tú, Casca.

CASCA Buen oído tienes. ¡Qué noche esta, Casio!

CASIO Grata noche para los hombres de bien.

CASCA ¿Quién ha visto antes cielos tan amenazantes?

CASIO Los mismos que han visto a Roma tan llena de lacras.
Por lo que a mí respecta, me he paseado por las calles
entregado a los peligros de la noche. Tanto así
que, como ves, he abierto mi pecho al rayo
y, cuando el azul relámpago quería rasgar el cielo,
me ofrecí gustoso a su disparo.

CASCA ¿Por qué desafiar a las alturas?
Es humano temblar y sentir miedo
cuando el poder de los dioses nos sorprende
con presagios de horribles mensajeros.

CASIO ¡Qué tonto eres, Casca! No te tocó esa chispa de ingenio
de todo buen romano, o si la tienes, no la usas.
Palideces y te espantas, y te maravillas
ante la extraña furia de los cielos.
Pero si te preguntaras por la verdadera causa
de esos fuegos y esos fantasmas errantes,
por qué aves y bestias pierden instinto y razón,
o por qué viejos idiotas y niños devienen profetas,
o por qué todo se escapa de sus normas,
sus límites naturales, sus habituales talentos
hasta volverse una monstruosa aberración,

entonces comprenderías que el cielo los ha poseído
para hacerlos instrumentos del horror
y signo de algún monstruoso estado.
Ahora podría, Casca, darte el nombre de aquel
que, como esta noche abominable,
truena, fulmina, abre las tumbas y ruge
igual que el león del Capitolio.
Un hombre cuyos actos no nos superan,
pero se ha convertido en un portento
tan temible como estos extraños entuertos
de la naturaleza.
CASCA ¿Hablas de César? ¿Es él, Casio?
CASIO ¡O quien sea! Los romanos de estos tiempos
tienen el cuerpo y miembros de sus ancestros,
pero el coraje de sus padres ha muerto.
Hoy nos gobierna el espíritu de nuestras madres y
así vamos, sometidos y sufrientes, como ellas.
CASCA Se dice, de hecho, que mañana los senadores
coronarán a César como rey.
Paseará la corona en el mundo entero,
por mar y por tierra, salvo acá, en Italia.
CASIO Ya sé, pues, dónde empuñaré esta daga,
Casio librará a Casio de sus cadenas.
Con esto, dioses, los débiles se hacen fuertes.
Con esto, dioses, se derrota a los tiranos.

Ni torres de piedra, ni muros de bronce,

ni insanas mazmorras ni argollas de fierro

pueden someter la fuerza del espíritu,

pues harta la vida de prisiones terrenas,

siempre hallará forma de liberarse.

Digámoslo de este modo y

que lo sepa el mundo entero:

la cuota de tiranía que soporto,

¡puedo sacudírmela cuando me plazca!

Siguen los truenos .

CASCA También yo, si es por eso.

Todo esclavo tiene en sus manos

la fuerza para romper sus cadenas.

CASIO Y entonces ¿por qué habría

de convertirse César en tirano?

¡Pobre tipo! Yo sé que no sería lobo

si no viera a los romanos como ovejas;

ni sería león, de no ser los romanos tan pacientes.

Una gran hoguera empieza por pequeñas chispas.

¡Qué porquería es Roma, qué basura, qué viruta,

si sirve para alumbrar a un fuego tan mísero como César!

¡Ah, furia! ¿Dónde me has llevado?

Quizá me excedí frente a un corazón cautivo.

De ser así, tendré que dar la cara. ¿Y qué?

Poco me ata el peligro, para eso voy armado.

CASCA Hablas con Casca, que no es ningún soplón.

Ahora ten, mi mano.

Se dan un apretón de manos .

Inicia el movimiento que repare estos agravios

y mi pie irá tan lejos como el del más valiente.

CASIO Trato hecho.

Y puedo por fin confiarte, Casca, que he convencido

a algunos de los más dignos romanos

para intentar juntos una empresa de efectos

tan nobles como apremiantes.

Sé que ahora me esperan en el Atrio de Pompeyo,

pues esta terrible noche nada se agita o mueve

en las calles, y el ánimo del cielo es tan propicio

como el plan que nos traemos entre manos.

Sangriento, feroz, horripilante.

Entra CINNA.

CASCA Escóndete un momento, que acá viene uno con prisa.

CASIO Es Cinna, lo conozco por su andar.

Un buen amigo. ¿Dónde vas tan apurado, Cinna?

CINNA A encontrarte. ¿Quién es ese? ¿Metelo Cimbro?

CASIO No, es Casca, que se ha sumado

a nuestra empresa. ¿No me esperan, Cinna?

CINNA Me alegro de saberlo, Casca. ¡Qué noche espantosa!

Algunos hemos visto cosas increíbles.

CASIO Pero, dime, ¿no me esperan?

CINNA Así es.

Bueno sería, Casio, si pudieras convencer

al noble Bruto de sumarse a nuestro intento.

CASIO Ten confianza. Toma esta nota, buen Cinna,

y déjala en la silla pretorial, donde Bruto

esté obligado a verla; y esta

tírala a su ventana. Esta, pégala con cera

en la estatua del viejo Bruto. Todo hecho,

vuelve al Atrio de Pompeyo donde hemos convenido.

¿Ya están allí Decio Bruto y Trebonio?

CINNA Todos, salvo Metelo Cimbro, que fue a buscarte a tu casa.

Ahora me apuro con las cartas, como has pedido.

CASIO Una vez libre, ve al teatro de Pompeyo.

Sale CINNA.

Y tú, Casca, sígueme. Todavía hay tiempo

de ver a Bruto en su casa. Tres partes suyas

ya son nuestras. Un nuevo encuentro,

y se habrá entregado por completo.

CASCA ¡Qué alto lugar le otorgan a Bruto los romanos!

Lo que en nosotros sería una bajeza

su apoyo, como una alquimia,

transformará en virtud y grandeza.

CASIO Él, su valor y la falta que nos hace: todo

lo has calculado en justa medida. Vamos.

Es pasada medianoche, y antes que llegue el día

lo tendremos, despierto y de nuestra parte.

Salen .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entra BRUTO *a su huerta* .

BRUTO ¡Vamos, Lucio! ¡Arriba!

Las estrellas no brillan para indicarme

cuánto falta para el amanecer. ¡Anda, Lucio!

Qué no daría por dormir largo y tendido como este.

¡Hasta cuándo, muchacho! ¡Despierta de una vez!

LUCIO ¿Llamaba, mi señor?

BRUTO Lleva una vela a mi estudio, Lucio.

Cuando esté encendida, vuelve a buscarme.

LUCIO Así lo haré, señor.

Sale .

BRUTO Tendrá que ser con su muerte. Por mi parte,

no tengo más motivo para dañarle que el bien del pueblo.

Le coronarán, ¡qué duda cabe!

Cómo cambiará su temple es otra historia.

Solo a la luz del día la serpiente se despierta,

y eso exige estar alerta. Entréguenle la corona

y, me temo, le habremos dado un aguijón

que usará para herirnos a su antojo.

El abuso de grandeza es el desgarro

entre conciencia y poder. Siendo honestos,

no puedo decir que, en César, las pasiones sometieran
su razón. Mas es sabido
que la humildad es el primer peldaño en la ambición
que el trepador pone en su mira,
y el primero que olvida, cuando en la cima,
al ver las nubes, de espalda a la pendiente,
desprecia el inicio de su ascenso.
Eso puede hacer César, y por dicho «puede»,
habrá que tomar medidas. Puesto que el caso
contra él no tiene mucho peso, digámoslo de este modo:
aquello que es él, acrecentado,
llegará a tal y cual peligroso extremo.
Mirémosle como a una serpiente que,
al salir del cascarón, escupe el veneno de su especie;
y, por lo mismo, debe morir en el embrión.
Entra LUCIO.
LUCIO Señor, la vela arde en tu despacho.
Buscando con qué encenderla, en tu ventana
hallé esta carta sellada; y estoy seguro
de que no estaba ahí cuando fui a la cama.
Le da la carta .
BRUTO Vuelve a acostarte, que aún no amanece.
¿No son mañana los idus de marzo?
LUCIO No tengo idea, señor.
BRUTO Mira el calendario y dímelo.

LUCIO Como ordene.

Sale .

BRUTO Los meteoros que silban en el aire

dan tanta luz que puedo leer con ellos.

Abre la carta y lee .

«Bruto, estás dormido. ¡Despierta y mírate!

¿Debería Roma, etcétera? ¡Habla, ataca, haz justicia…!»

«Bruto, estás dormido. ¡Despierta!»

A menudo me incitan con estas notas

que dejan a mis pies para que tropiece.

«¿Debería Roma, etcétera?» Así debo completarlo:

¿debería Roma someterse al terror de un solo hombre?

¡Roma! Cuando Tarquinio fue proclamado rey

mis ancestros lo barrieron de nuestras calles.

«¡Habla, ataca, haz justicia!» ¿Para eso me requieren?

¿Para sacar la voz y dar un golpe? Te prometo, Roma,

que si esto restituye tu honor perdido,

con mi propia mano he de cumplir este mandato.

LUCIO Quince días de marzo ya se han ido.

Llaman dentro .

BRUTO Muy bien, muchacho. Ve a la puerta; alguien llama.

Sale LUCIO.

Desde que Casio me agitara contra César,

desde esa primera vez, no he dormido.

Entre ese primer gesto y el horrible acto consumado,

el interregno es como el fantasma de un sueño.

El espíritu y las herramientas mortales

entran en disputa y, como un pequeño reino,

el estado humano sufre una reyerta interna.

Entra LUCIO.

LUCIO Señor, en la puerta está tu cuñado Casio

y pide verte.

BRUTO ¿Viene solo?

LUCIO No, señor, otros patricios lo acompañan.

BRUTO ¿Los conoces?

LUCIO No, señor. Se esconden bajo sus gorras,

media cara oculta en las capas;

no hay modo en que pueda distinguirlos

por seña alguna en sus rostros.

BRUTO Déjalos entrar.

Sale LUCIO.

Son los conspiradores.

¡Ah, sedición!

¿Te avergüenza lucir tu siniestra cara en plena noche

cuando la maldad ronda? Entonces

¿dónde hallarás, de día, cueva tan oscura

que esconda tu semblante abominable?

No la busques, conjura;

más te vale ocultarte en falsas cortesías;

pues si sales con tu rostro verdadero

ni las tinieblas del Erebo podrían

impedir que delatases tu secreto.

Entran los conspiradores embozados:

CASIO, CASCA, DECIO,

CINNA, METELO CIMBRO *y* TREBONIO.

CASIO Temo haber interrumpido tu descanso.

Buenas noches, Bruto. ¿Molestamos?

BRUTO Llevo una hora levantado y toda la noche en vela.

¿Conozco a alguno de los que te acompañan?

CASIO A todos. Y cada uno de ellos

no hace más que honrarte, y cada uno desea

que tu opinión de ti sea la misma

que te reserva cada noble romano.

Este es Trebonio.

BRUTO Bienvenido.

CASIO Este, Decio Bruto.

BRUTO Valga para ti lo mismo.

CASIO Este Casca; este Cinna; por último, este es Metelo Cimbro.

BRUTO Sean todos bienvenidos.

¿Qué inquietudes los desvelan esta noche?

CASIO ¿Puedo decirte algo?

BRUTO *y* CASIO *susurran aparte* .

DECIO Ese es el oriente. ¿No sale el sol por ahí?

CASCA No.

CINNA

Perdóname, señor, pero por allí amanece. Y esas líneas grises

entretejidas con las nubes son los heraldos del día.

CASCA Los dos están equivocados, admítanlo.

Acá, donde apunta mi espada, el sol se levanta,

lo que, en esta época del año, es un buen tanto hacia el sur.

En dos meses más, su primer fulgor brillará hacia el norte.

Ahora bien, el alto oriente se encuentra allá,

en línea con el Capitolio.

BRUTO (*Aproximándose* .) Estrechen otra vez mi mano, uno a uno.

CASIO Y juremos cumplir nuestro destino.

BRUTO No, nada de juramentos. Si la cara del pueblo,

si nuestro padecer, si el abuso de estos tiempos

no bastan como razones, dejemos lo dicho hasta acá,

y vuelva cada uno a su ocioso lecho.

Permitamos que el tirano cumpla su voluntad

hasta que cada hombre muera por sorteo. Pero si lo dicho

(y estoy seguro que basta) carga suficiente ardor

para encender al cobarde, y armar de coraje

los débiles corazones, entonces, compatriotas,

¿qué espolón precisamos, más allá de esta causa,

para movernos al desagravio? ¿Qué más alianza

que los romanos que han dado su secreta palabra

y la sostienen? ¿Qué más juramento

que la honestidad, a la honestidad entregada,

de cumplir nuestro deber o morir por ello?

Que juren los sacerdotes y los cobardes, los medrosos,
las carroñas viejas, las almas resignadas al ultraje.
Por bajas causas que juren aquellos que merecen duda,
pero no ensuciemos la dignidad de esta empresa,
ni el valor irrefrenable de nuestro empeño
pensando que esta causa o este intento
precisan de juramentos. Cada gota de sangre
que lleva todo romano, y lleva noblemente,
sería culpable de varias ignominias
si rompiera la menor parte de su promesa.
CASIO ¿Y qué hay de Cicerón? ¿No deberíamos preguntarle?
Creo que nos apoyará sin reservas.
CASCA No le dejemos fuera.
CINNA Por ningún motivo.
METELO ¡Oh! Que se una a la causa, porque su pelo cano
nos ganará apoyo y agregará voces
que alaben nuestro proceder.
Nuestra fiereza juvenil quedará oculta
bajo el manto de su severidad. Dirán
que fue su sabiduría la que guió estas manos.
BRUTO ¡No le nombren! No exageremos nuestra franqueza,
pues él jamás seguirá planes ajenos.
CASIO Entonces le dejamos fuera.
CASCA Sin duda, no serviría.
DECIO ¿Nadie más caerá? ¿Solo César?

CASIO Bien pensado, Decio. No creo prudente
que Marco Antonio, tan querido de César,
deba sobrevivirle. Tendríamos en él
un estratega hábil, un enemigo de peso.
Mejorando sus intrigas, puede llevarlas tan lejos
que acabaremos todos condenados. Para prevenirlo,
Antonio debiera caer junto a César.
BRUTO Si cortamos la cabeza, Cayo Casio,
y luego descuartizamos miembro a miembro,
nuestro proceder resultará brutal:
furia en la muerte y luego ensañamiento.
Pues ¿qué es Antonio, más que un brazo de César?
Un sacrificio es preciso, Cayo, pero no una masacre.
Nos levantamos contra el espíritu de César
y en el espíritu humano no hay sangre.
¡Si solo pudiéramos liquidar su alma
sin desmembrar su cuerpo! Por desgracia,
César deberá morir por entero. Amigos míos,
matémosle con valor, pero no con saña.
Rebanémosle como bocado digno de los dioses,
no como un despojo de carne para los perros.
Que nuestro corazón, cual astuto amo,
incite en sus criados la violencia
para luego castigarles sus excesos. Este afán
debe parecer un acto de necesidad, mas no de inquina.

De este modo, a los ojos del pueblo,

seremos redentores más que asesinos.

Respecto a Marco Antonio, no piensen más,

que él no puede lo que no podrá el brazo de César

cuando haya rodado su cabeza.

CASIO Así y todo, tengo mis temores,

por el genuino amor que Antonio siente por César.

BRUTO No pienses más en él, querido Casio.

Si tanto le adora, todo lo que puede hacer

es lamentarse y morir de melancolía:

y eso sería pedir bastante de su parte

porque es muy dado a las diversiones,

al desenfreno y las malas compañías.

TREBONIO Nada hay que temer, entonces. No le matemos,

porque tras sobrevivir su pena,

se reirá de todo esto.

Suenan las campanas

de un reloj .

BRUTO ¡Silencio! Cuenten las horas.

CASIO Han dado las tres.

TREBONIO Hora de partir.

CASIO Pero todavía no es seguro

que César vaya a asomarse hoy día.

Se ha puesto supersticioso últimamente,

muy lejos de la severa opinión que tenía antes

de los sueños, los rituales y presagios.

Puede que estos portentos evidentes,

el horror jamás visto de esta noche,

y el prudente consejo de sus augures

le impidan acercarse al Capitolio.

DECIO No hay razón de alarma. Si decidiera tal cosa

le haré cambiar de opinión. Pues le encanta oír

que los unicornios se atrapan con árboles,

los osos con espejos, los elefantes con trampas,

los leones con redes, y los hombres con elogios.

Cuando le digo que odia a los aduladores,

me jura que sí, sumamente adulado.

Déjenmelo a mí, puedo torcer sus deseos

para llevarle al Capitolio.

CASIO No, iremos todos a buscarle.

BRUTO A las ocho a más tardar, ¿están de acuerdo?

CINNA Que sea a las ocho y sin tardanza.

METELO Cayo Ligario aborrece a César

desde que lo censuró por alabar a Pompeyo.

Me sorprende que no hayamos pensado en él.

BRUTO Ve tú a su casa, buen Metelo, de inmediato.

Por muy buenas razones me es devoto.

Dile que venga y yo conseguiré su apoyo.

CASIO Se acerca la mañana. Te dejamos, Bruto.

Y ustedes, amigos, cada uno por su lado,

pero sin olvidar lo dicho, como romanos de veras.

BRUTO Señores, luzcan frescos y risueños.

Que no delate el semblante nuestra empresa;

llevémosla oculta, como haría un buen actor,

con presencia de ánimo y con decoro.

Y ahora, buenas noches para todos.

Salen todos, salvo BRUTO.

¡Muchacho! ¿Dormido de nuevo? No importa, Lucio.

Goza del dulce rocío del sueño,

tú, que no sufres las visiones ni los fantasmas

que el ansia dibuja en el cerebro del hombre.

¡Cómo no habrías de dormir a gusto!

Entra PORCIA.

PORCIA Bruto, señor mío.

BRUTO ¡Porcia! ¿En qué andas? ¡A esta hora levantada!

No debes exponer tu delicada salud

al áspero frío de la madrugada.

PORCIA Tampoco a ti te conviene. Con poca galantería

te escapaste de mi cama, Bruto, y en la cena de ayer

te levantaste de golpe, para dar vueltas

cruzado de brazos, meditando, suspirando…

Y cuando quise saber si algo te había molestado,

me lanzaste una mirada descortés.

Pese a todo, insistí; esta vez te rascaste la cabeza,

golpeando el suelo en tu impaciencia.

Como volví a preguntarte, repetiste que no,

pero, desechando mi inquietud con un gesto,

me ordenaste retirarme. ¿Qué podía hacer?

Retirarme, pues, con temor de aumentar tu enojo

que ya subía de tono, y confiar que fuera

una racha pasajera de fastidio

de esas que cada hombre tiene en su momento.

No te deja comer, ni hablar, ni dormir.

Y si afectara tu aspecto, Bruto,

como ha cambiado tu modo de ser,

ya no te reconocería. Amor, déjame compartir

la causa de tu tristeza.

BRUTO No me siento bien, eso es todo.

PORCIA Bruto es inteligente, y de sentirse mal

haría lo necesario para curarse.

BRUTO Bueno, eso hago. Querida Porcia, vuelve a la cama.

PORCIA ¿Está enfermo Bruto? ¿Y es juicioso

pasearse a medio vestir y respirar

los húmedos vahos de la madrugada? ¿Bruto está enfermo

y abandona su lecho confortable

para exponerse al roce malsano de la noche,

y desafiar este aire saturado e impuro

para sumarlo a sus dolencias? No, Bruto mío.

Tú sufres de un tormento de la mente,

que por virtud y derecho de mi título

debo conocer en su detalle. Y de rodillas

Se arrodilla .

te conmino por mi celebrada belleza

por todas tus promesas de amor, y la mayor de todas,

por esa que nos entretejió en un solo cuerpo,

a que descubras ante mí, tu sombra, tu mitad,

aquello que tanto te desvela. Y te invito a decirme

qué querían de ti esos hombres; he visto llegar a seis o siete

con las caras ocultas de la propia oscuridad.

BRUTO No supliques, dulce Porcia.

La levanta .

PORCIA No tendría necesidad, si tú fueras el dulce Bruto.

Pero dime, Bruto, ¿en qué cláusula del contrato conyugal,

me está vedado conocer los secretos que te conciernen?

Soy parte de ti, o eso creo, mas ¿solo cuando te conviene?

Acompañarte a la mesa, complacerte en la cama,

hablarte de vez en cuando, rondar los márgenes de tu deseo,

¿ese es mi lugar en tu vida? Entonces, podría decirse

que Porcia es la ramera de Bruto, pero jamás su esposa.

BRUTO Eres mi verdadera y legítima esposa,

tan querida como las rojas gotas

que visitan mi atribulado corazón.

PORCIA De ser así, conocería tu secreto.

Soy mujer, lo admito, pero con todo

soy la mujer que Bruto eligió por esposa.

Soy mujer, lo admito, pero insisto,

una mujer de respeto, la hija de Catón.

Con semejante padre y semejante esposo

¿no tengo, acaso, más fuerza que mis congéneres?

Confíame tus proyectos, no los revelaré.

Como prueba de entereza, me he infligido

una herida aquí, en el muslo. ¿Podré cargar eso

con discreción, y no los secretos del señor?

BRUTO Ah, dioses,

háganme merecedor de esta mujer tan noble.

Se oyen golpes .

¡Escucha, escucha! Alguien llama, Porcia.

Entra un momento. Muy pronto tu pecho sabrá

qué esconde mi alma; te explicaré esas obligaciones

que lees en la inquietud de mi frente.

Pero ahora date prisa, vete.

Sale PORCIA.

Entran LUCIO *y* CAYO LIGARIO.

¿Quién llama, Lucio?

LUCIO Acá hay un hombre enfermo que quiere hablarte.

BRUTO Cayo Ligario, de quien hablaba Metelo.

Muchacho, retírate. Cayo Ligario, ¿qué hay?

LIGARIO Acepta los buenos días de esta lengua alicaída.

BRUTO ¡Qué momento elegiste, valiente tú,

para andar con pañuelos! ¡Ojalá no estuvieras enfermo!

LIGARIO Pues no lo estoy, si Bruto se trae entre manos

cualquier hazaña digna de gloria.

BRUTO En eso ando, Ligario,

si tu oído está en condiciones de enterarse.

LIGARIO Por los dioses que en Roma veneramos,

de golpe me declaro bueno y sano.

Bota su pañuelo .

¡Alma de Roma!,

hijo dilecto, heredero de la sangre más noble,

como un exorcista has conjurado mis males.

Ordéname de inmediato lo imposible y me empeñaré

hasta verlo ejecutado. ¿De qué se trata?

BRUTO De un trabajo que devolverá la entereza a los que sufren.

LIGARIO ¿Y acaso de algunos enteros que deberán sufrir?

BRUTO Algo de eso hay, también. Nuestro objetivo, Cayo mío,

te lo haré saber camino a casa de aquel

a quien el martirio espera.

LIGARIO Ponte en marcha,

yo te sigo con mi ánimo robustecido.

No sé bien a qué, pero me basta con saber

que es Bruto quien me guía.

BRUTO Bien, entonces sígueme.

Salen .

ESCENA II

Truenos y relámpagos .

Entra JULIO CÉSAR *en camisa de dormir* .

CÉSAR Ni cielo ni tierra están en paz esta noche.

Tres veces Calpurnia ha gritado en sueños

«¡Socorro! ¡Matan a César!». ¿Quién viene?

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE ¿Señor?

CÉSAR Pide a los sacerdotes que ofrezcan

sus sacrificios y tráeme de regreso sus augurios.

SIRVIENTE Como mande, señor mío.

Sale .

Entra CALPURNIA.

CALPURNIA ¿En qué estás, César? ¿Piensas salir?

Hoy no debes moverte de la casa.

CÉSAR César debe salir. Nunca las amenazas

le tocan de frente. Al verme la cara, se desvanecen.

CALPURNIA César, jamás di fe a los presagios. Pero,

más allá de lo que hemos visto y oído,

uno de nuestros hombres cuenta

los horrores que ha presenciado la guardia.

Una leona parió en mitad de la calle

y las tumbas abrían sus bocas para escupir muertos.

Feroces guerreros combatían entre las nubes,

dispuestos en filas, escuadrones y todo el orden militar,

lanzaba sobre el Capitolio una llovizna de sangre.

En el fragor de la lucha, tronaban en los aires,

junto a un relinchar de caballos, agónicos lamentos,

y alaridos de fantasmas que destemplaban las calles.

¡Ay, César! Todo esto es tan extraño.

Tengo mucho miedo.

CÉSAR ¡Qué poco podemos evitar

de los designios de los dioses poderosos!

Así y todo, tengo que salir, porque estos presagios

afectan tanto a César como al mundo entero.

CALPURNIA Cuando mueren los mendigos no llueven cometas.

Es la muerte de un príncipe la que encandila los cielos.

CÉSAR Mil veces muere un cobarde antes de muerto;

los valientes prueban ese sabor una sola vez.

De todos los prodigios que he escuchado,

el más raro es que los hombres deban temer,

pues la muerte, un final inevitable,

llega solo cuando su momento llega.

Entra el SIRVIENTE.

¿Qué dicen los augures?

SIRVIENTE Que no salgas hoy, anuncian.

Escarbando las entrañas de la bestia

no pudieron encontrarle un corazón.

CÉSAR Así se burlan los dioses de la cobardía.

César sería una bestia sin corazón

si se quedara en casa, prisionero de su miedo.

No, César no hará tal. De sobra sabe el peligro

que César es más peligroso que él.

Somos dos leones nacidos el mismo día,

yo el mayor y más terrible.

Por eso he de salir.

CALPURNIA Por desdicha, señor mío,

tu arrogancia puede más que tu prudencia.

No vayas. Culpa a mi miedo, no al tuyo,

por mantenerte encerrado en casa.

Mandaremos al Senado a Marco Antonio,

él dirá que no has amanecido bien.

Deja que te lo pida de rodillas.

Se hinca .

CÉSAR Marco Antonio dirá que estoy enfermo

y, para darte gusto, me quedaré en casa.

La levanta .

Entra DECIO.

Aquí está Decio Bruto, él puede llevar mi mensaje.

DECIO ¡Salud, César! Buenos días, noble César.

Vengo a buscarte para ir al Senado.

CÉSAR En buen momento llegas

para enviar mis saludos a los senadores

e informarles que hoy no iré al Capitolio, Decio.

Decir que no puedo, es falso; decir que no me atrevo lo es más.

Diles, sin más razones, que hoy no iré.

CALPURNIA Diles que amaneció enfermo.

CÉSAR ¿César amparado en mentirillas?

¿Tanto he extendido el brazo en mi conquista

que debo esconder la verdad de estos ancianos?

Decio, diles que César no irá, y punto.

DECIO César todopoderoso, si no quieres que se burlen

en mi cara, dame algo que asemeje una razón.

CÉSAR La causa es mi voluntad; no quiero ir.

Eso bastará para contentar al Senado.

Pero para tu propio beneficio,

porque te estimo, te digo.

Calpurnia, mi esposa, me quiere en casa.

Soñó anoche que mi estatua,

como una fuente de cien bocas,

chorreaba sangre pura, y muchos romanos fornidos

sonreían, mientras bañaban sus manos en la sangre.

Este sueño lo toma por presagio

de peligros inminentes, y me ha rogado

de rodillas que hoy me quede en nuestra casa.

DECIO Ese sueño ha sido mal interpretado.

Es una visión muy dulce y auspiciosa

la de tu estatua chorreando por cien caños una sangre

en la cual tantos romanos sonrientes se bañaban.

Significa que Roma absorberá de ti

la savia fortalecedora, y que todos los notables

se pelearán por sus tintes, sus reliquias y blasones.

Esto es lo que encierra el sueño de Calpurnia.

CÉSAR ¡Y qué bien lo has interpretado!

DECIO Más lo creerás cuando sepas esto.

Escúchame: el Senado ha decidido

honrar hoy mismo al gran César con la corona.

Si avisas que no irás pueden cambiar de opinión.

Por otro lado, sería inevitable que alguien dijera en broma:

«El Senado suspende su sesión hasta

que la esposa de César tenga un buen sueño».

Si César se esconde, ¿no irán a murmurar

«¡Uy! ¿César tiene miedo?»?

Perdóname, César, por hablarte con franqueza,

pero el hondo y sincero deseo de tu ascenso

mueve a mi cariño más que a mi razón.

CÉSAR ¡Qué ridículos parecen tus temores, Calpurnia!

Ahora me avergüenzo de haber cedido a ellos.

Tráeme mi toga, que ya parto.

Entran BRUTO, CAYO LIGARIO, METELO CIMBRO, CASCA, TREBONIO, CINNA *y* PUBLIO.

Y mira, ¡hasta Publio viene a buscarme!

PUBLIO Buenos días, César.

CÉSAR Bienvenido, Publio.

¿Y tú, tan temprano levantado, Bruto?

Buen día, Casca. Cayo Ligario,

César nunca fue un enemigo tan cruel

como la fiebre que te aqueja.

¿Qué hora es?

BRUTO Han dado las ocho, César.

CÉSAR Agradezco las molestias que se han tomado en mi nombre.

Entra ANTONIO.

Milagro, Antonio el gran trasnochador

logró madrugar esta mañana. Buen día, Antonio.

ANTONIO Lo mismo te deseo, querido César.

CÉSAR (*A* CALPURNIA.) Que se preparen dentro, por favor.

No es justo hacer esperar a mis amigos.

(*Sale* CALPURNIA.)

¡Bueno, Cinna! ¡Y Metelo! ¡Vaya, Trebonio!

Contigo tengo charla para rato;

no te olvides de pasar a verme hoy

y mantente cerca, para no olvidarme yo.

TREBONIO Lo haré, César. (*Aparte* .) De hecho, tan cerca

que tus mejores amigos me habrían querido lejos.

CÉSAR Pasen, queridos míos, y gustemos de un buen vino.

Luego, como amigos que somos, saldremos juntos.

BRUTO (*Aparte* .) Ser amigos y parecerlo no es lo mismo.

¡Ay, César! El alma se me rompe de pensarlo.

Salen .

ESCENA III

Entra ARTEMIDORO*, leyendo un papel* .

ARTEMIDORO

«César, cuídate de Bruto. Ojo con Casio. No apartes la vista de Casca. No confíes en Trebonio. Haz seguir a Metelo Cimbro. Decio Bruto te quiere poco. Has herido a Cayo Ligario. En esos hombres hay un solo deseo y está dirigido contra ti, César. Si no eres inmortal, ve con cautela. La confianza da paso a la conjura. ¡Que los dioses te protejan! Tu devoto, Artemidoro.»

Aquí me quedaré hasta que pase César
y como un enamorado le entregaré esta nota.
Triste es que la grandeza no pueda sobrevivir
al ponzoñoso mordisco de la envidia.
Si lees esto, César, te habrás salvado.
Si no, los Hados están con los traidores.

Sale .

ESCENA IV

Entran PORCIA *y* LUCIO.

PORCIA Te lo ruego, muchacho, corre al Senado.
No te pares a responderme y date prisa.
Bien, ¿qué esperas?

LUCIO Que me des el encargo, señora.

PORCIA Ojalá estuvieras de vuelta,
sin tener que decir qué preciso de ti.

Aparte .

¡Cuánta entereza necesito de mi lado,
para poner una montaña entre lengua y corazón!
Tengo cabeza de hombre, mas flaquezas de mujer.

¡Y cuánto cuesta a las mujeres guardar secretos!

A LUCIO.

¿Todavía acá?

LUCIO ¿Qué quieres que haga, señora?

Correr al Capitolio ¿y nada más?

Volver así, ¿y nada más?

PORCIA Cierto. Cuéntame muchacho, si tu señor se ve bien,

porque salió enfermo; presta atención

a lo que hace César, qué súplicas le presentan.

¡Date prisa! ¿Qué es ese ruido?

LUCIO No oigo ninguno, señora.

PORCIA Fíjate bien, te ruego.

He oído un ruido de lucha, turbulento,

que trae el viento desde el Capitolio.

LUCIO ¡Calma, señora! Nada se oye.

Entra un ADIVINO.

PORCIA Acércate, hombre. ¿Dónde has estado?

ADIVINO En mi casa, señora.

PORCIA ¿Qué hora es?

ADIVINO Cerca de las nueve, señora.

PORCIA ¿Ya ha llegado César al Capitolio?

ADIVINO Todavía no.

Voy a tomar mi puesto para verle pasar.

PORCIA Tienes algo que pedir a César, ¿no es así?

ADIVINO Algo tengo que pedir, señora. Y si César

hace el honor de escucharme,

le rogaré que se cuide a sí mismo.

PORCIA ¿Por qué? ¿Sabes de alguna conjura en su contra?

ADIVINO Ninguna a ciencia cierta, pero temo a muchas.

Buen día para ti. La calle acá es estrecha

y la turba que pisa a César sus talones,

entre prétores, senadores y pedigüeños,

aplastaría a un hombre débil hasta matarlo.

Tengo que buscar un puesto con cierta holgura

para hablar a César tan pronto llegue.

PORCIA Debo entrar, pobre de mí. ¡Qué cosa débil

es el corazón de una mujer! ¡Ay, Bruto,

que los cielos te ayuden en tu intento!

De seguro este niño me escuchó. Bruto tiene una petición

que César no atenderá. Me siento desmayar.

Corre, Lucio, saluda de mi parte a tu señor,

dile que estoy contenta. Cuando vuelvas

repíteme lo que él te haya dicho.

Salen por separado .

TERCER ACTO

ESCENA I

Clarines. Entran CÉSAR, BRUTO, CASIO, CASCA, DECIO, METELO, TREBONIO, CINNA, ANTONIO, LÉPIDO, POPILIO, PUBLIO *y otros senadores,* ARTEMIDORO *y el* ADIVINO *los reciben* .

CÉSAR (*Al* ADIVINO.) Ya llegaron los idus de marzo.

ADIVINO Cierto, César. Pero aun no terminan.

ARTEMIDORO ¡Salve, César! Lee este escrito.

DECIO Para cuando mejor te plazca, Trebonio pide

que eches una mirada a esta humilde petición.

ARTEMIDORO Por favor, César, lee primero lo mío,

que es un asunto que te toca muy de cerca.

¡Léelo, noble César!

CÉSAR Lo que nos toca de cerca debe atenderse al final.

ARTEMIDORO No pierdas más tiempo, César, ¡léelo!

CÉSAR ¿Qué? ¿Está loco este tipo?

PUBLIO ¡Apártate, infeliz!

CASIO ¿Cómo? ¿Pidiendo favores en la calle?

Vamos al Capitolio.

CÉSAR *y sus seguidores avanzan*

Él se sienta a presidir la sesión .

POPILIO (*A* CASIO.) Les deseo éxito en su empresa.

CASIO ¿Qué gestión, Popilio?

POPILIO (*A* CASIO.) Buena suerte.

BRUTO ¿Qué dijo Popilio Lena?

CASIO Nos deseó éxito en nuestra empresa.

Sospecho que han descubierto nuestro plan.

BRUTO Fíjate en cómo habla con César. ¡Mírale!

POPILIO *habla con* CÉSAR *aparte* .

CASIO Deprisa, Casca, que pueden anticiparse.

¿Qué haremos, Bruto? Si esto se sabe,

ni Casio ni César han de regresar

porque me quitaré la vida.

BRUTO ¡No pierdas la cabeza, Casio!

Popilio Lena no habla de nuestra empresa.

Míralo bien: él sonríe y César no se inmuta.

CASIO Trebonio aprovecha su tiempo, ¿lo ves, Bruto?

Ya ha quitado a Marco Antonio de en medio.

Salen TREBONIO *y* ANTONIO.

DECIO ¿Dónde está Metelo Cimbro? Que empiece ahora mismo

a hacer sus peticiones a César.

BRUTO Está preparado. Acércate a él y apóyalo.

CINNA Casca, eres el primero en levantar la mano.

CÉSAR ¿Todos listos? ¿Cuál es el problema

que César y el Senado deben resolver?

METELO (*De rodillas* .) Alto, más grande, poderosísimo César:

Metelo Cimbro arroja ante tus pies

un corazón humilde…

CÉSAR Debo advertirte, Cimbro,

que estas cortesías y alabanzas desmedidas

pueden encender la pasión del vulgo

hasta convertir en juego de niños

lo ordenado y previamente decretado.

Mas no te engañes, César no lleva esa sangre voluble

que puede derretirle hasta olvidar su posición

con aquello que conmueve a los idiotas; vale decir

encorvadas reverencias, lisonjas de perro, palabrería.

Tu hermano está desterrado por decreto.

Si te inclinas, ruegas y me adulas,

te apartaré como a un canalla del camino.

Entiéndelo bien, Metelo: ni César inflige males por descuido,

ni se da por satisfecho sin motivo.

METELO ¿No hay una voz más digna que la mía,

tan dulce de palabra al oído de César

que ayude a revocar el destierro de mi hermano?

BRUTO (*Hincado* .) Beso tu mano, César, mas no para halagarte,

sino para pedir que Publio Cimbro

sea absuelto ahora mismo de su condena.

CÉSAR ¿Qué dices, Bruto?

CASIO (*Hincado* .) ¡Perdón, César! ¡Concede el perdón!

Casio se arrastra más bajo que tu pie para rogarte

que restaures los derechos de Publio Cimbro.

CÉSAR De estar yo donde ustedes, me sentiría conmovido.

Si se me permitiera rogar, los ruegos me conmoverían.

Pero soy tan constante como la estrella del norte,

cuyas coordenadas fijas la destacan en el firmamento.

Los cielos se alumbran con chispas incontables,

y todas son de fuego y tienen brillo;

pero solo una de ellas mantiene su lugar.

Lo mismo el mundo: está plagado de hombres,

y el hombre es sangre y carne, y entendimiento;

pero entre esos muchos, solo conozco a uno

que se sostiene inalterable en su sitio,

ajeno al movimiento; y ese soy yo.

Déjenme que lo demuestre, incluso en esto.

Dije con firmeza que Cimbro sería desterrado

y con igual firmeza digo: desterrado Cimbro ha de seguir.

CINNA (*Hincado* .) Te lo ruego, César.

CÉSAR ¡Fuera! ¿Quieres alzar el Olimpo?

DECIO (*Hincado* .) Grandioso César…

CÉSAR ¿No malgasta ya Bruto sus rodillas?

CASCA ¡Que mis manos hablen por mí!

Apuñalan a CÉSAR*,*

primero CASCA*,* BRUTO *el último* .

CÉSAR *¿Et tu, Brute?* ¡Caiga entonces, César!

Muere .

CINNA ¡Libertad! ¡Somos libres! ¡Ha muerto la tiranía!

¡Corran, proclámenlo, vocéenlo en las calles!

CASIO Vayan a las tribunas y griten:

«¡Libertad! ¡Libertad restablecida!».

La muchedumbre da señas de pánico .

BRUTO Pueblo, senadores, no tengan miedo…

Estén tranquilos, no hay de qué huir.

La deuda de la ambición ya está pagada.

CASCA Corre a la tribuna, Bruto.

DECIO Y lo mismo, Casio.

BRUTO ¿Dónde está Publio?

CINNA Acá, muy confundido con el tumulto.

METELO Montemos guardia, por si algún amigo de César

intentara…

BRUTO Ni hablar de guardias. Anímate, Publio;

nadie tocará tu persona, ni a un solo romano más.

Así se lo dirás a todos, Publio.

CASIO Y vete ahora, no vaya a ser que el pueblo,

levantado en contra nuestra, pase por encima de tu edad.

BRUTO Hazlo, y no permitas que nadie pague por esto,

salvo sus autores.

Salen todos menos los conspiradores .

Entra TREBONIO.

CASIO ¿Dónde está Antonio?

TREBONIO Voló a su casa, espantado.

Hombres, mujeres y niños corren y gritan,

perplejos, como si el mundo llegara a su fin

BRUTO Destino, revela tu voluntad.

Que hemos de morir es obvio. La hora precisa,
los días que faltan, es lo que cuenta.
CASCA Así es. Quien pierde veinte años de su vida
veinte años evita el temerle a la muerte.
BRUTO Concedido; la muerte es un servicio.
Y de tal modo, los amigos de César le ahorramos
la servidumbre del miedo. Postrémonos, romanos,
bañemos nuestras manos en su sangre
hasta los codos, y hundamos en ella las espadas.
Salgamos luego hacia el foro y, saludando,
con las armas rojas en alto,
gritemos todos juntos: «¡Paz y Libertad!».
CASIO Postrémonos, pues, a lavarnos.
¡Cuántas veces los siglos venideros
verán representar esta sublime escena
en países y lenguajes aún desconocidos!
BRUTO Cuántas veces no será un espectáculo
ver a César desangrado. Reducido a polvo,
como ahora, a los pies de la estatua de Pompeyo.
CASIO Tan a menudo se repetirá esta escena,
tan a menudo, que nuestro grupo será llamado
los Hombres que Liberaron a su Patria.
DECIO ¿Qué? ¿Salimos?
CASIO Sí, todos. Bruto adelante
y como escolta nosotros, los corazones

más audaces, los mejores de toda Roma.

Entra el SIRVIENTE *de Antonio* .

BRUTO ¡Alto! ¿Quién viene? Un amigo de Antonio.

SIRVIENTE Así es. Bruto, ordenó mi amo que me arrodillara,

así, Marco Antonio ordenó que me postrara

y ya postrado, me pidió que repitiera:

«Bruto es noble, prudente, valeroso y honrado;

César fue magnífico, audaz, poderoso y afable.

Dile a Bruto que lo aprecio y que lo honro;

dile que temí a César, aunque lo honré y bien le quise.

Si Bruto asegura a Antonio que puede visitarle

sin peligro, y llegar a entender por qué César mereció morir,

Marco Antonio no amará tanto a César en su muerte

como a Bruto en vida; y respetará lealmente

la fortuna y rumbo de los asuntos del noble Bruto

a través de esta azarosa coyuntura». Así ha dicho mi señor.

BRUTO Tu señor es un romano valiente y juicioso,

hecho que jamás puse en duda.

Si le place venir a este lugar, dile,

se lo explicaré todo. Y, por mi honor,

prometo que regresará sano y salvo.

SIRVIENTE Voy por él ahora mismo.

Sale .

BRUTO Sé que podremos contar con Antonio como amigo.

CASIO Bueno sería. Pero algo me advierte

que debemos temerle, y mis sospechas

suelen dar en el blanco.

Entra ANTONIO.

BRUTO Aquí viene Antonio. ¡Bienvenido Marco Antonio!

ANTONIO ¡Oh, César poderoso! ¿Tan bajo has caído?

Todas tus hazañas y glorias, y botines y victorias

¿reducidos a esta nada miserable? De ti me despido.

Sobre ustedes, señores, no sé qué buscan.

¿Quién más debe verter su sangre? ¿A quién le toca?

De ser yo, no veo mejor momento

que aquel en que ha muerto César,

ni instrumento mejor que esas espadas,

teñidas con la sangre más digna de este mundo.

Si quieren seguir conmigo, les suplico,

dense el placer ahora que rojas sus manos

humean vapor de sangre. Así viva mil años

no estaré más preparado a morir.

No habrá lugar, ni forma más noble de muerte

que esta. Aquí, junto a César, herido por ustedes,

escogidos y diestros espíritus de esta época.

BRUTO ¡Ah, Antonio, no nos pidas la muerte!

Aunque ahora nos juzgues crueles y sanguinarios

por nuestras manos rojas y este acto,

tú solo ves nuestras manos

y la brutal hazaña por ellas cometida.

No ves nuestros corazones piadosos,
dolidos por el agravio hecho a Roma.
Así como el fuego apaga el fuego, la piedad apaga a la piedad
—y ha causado este mal a César. Por lo que a ti respecta,
nuestras espadas son romas, Marco Antonio.
En la fuerza de su violencia, nuestros brazos te reciben,
como te acoge nuestro espíritu,
con amor fraterno, respeto y aprecio.
CASIO Tu voz tendrá la misma fuerza que cualquiera
en el reparto de las nuevas dignidades.
BRUTO Solo ten paciencia hasta que la multitud,
fuera de sí de miedo, logre calmarse.
Entonces te explicaré por qué yo,
quien amaba a César aun mientras le apuñalaba,
me comporté de tal modo.
ANTONIO No dudo de tu prudencia.
Que cada cual me dé su mano ensangrentada.
Primero, Marco Bruto, estrecharé la tuya;
luego Cayo Casio, te tomo la mano a ti;
ahora a ti, Decio Bruto; y a ti, Metelo;
sigamos, Cinna, y también tú, valiente Casca,
y por fin, aunque no último en mi afecto,
dame la mano, mi buen Trebonio.
Caballeros, en fin, ¿qué puedo decir?
Mi prestigio se alza en suelo tan resbaladizo

que ustedes me juzgarán como una de dos escorias:

o como un adulador o como un cobarde.

Que te amé, César, es la verdad.

Si tu espíritu pudiera verme en este instante

¿no te dolería más que la muerte

ver a tu Antonio sellar la paz

con los dedos sangrientos de tus enemigos

ante tus propios restos? ¡Alma querida!

Si yo tuviera tantos ojos como tú heridas,

y lloraran tan deprisa como ellas sangran,

no estaría más dolido que entregando

mi amistad a quienes fueron tus verdugos.

¿Podrás perdonarme, noble Julio?

Aquí fuiste acorralado, valiente ciervo,

aquí caíste; y aquí tus cazadores se levantan,

dueños de tus despojos, en tu sangre teñidos.

¡Oh, mundo! Fuiste el bosque para esta presa,

como ella fue tu corazón. Derribado como un ciervo,

por muchos príncipes herido, ¡aquí yaces!

CASIO Marco Antonio…

ANTONIO Perdóname, Cayo Casio,

esto lo diría hasta un enemigo de César.

En labios de un amigo es fría moderación.

CASIO No te culpo por alabar a César en ese tono,

pero ¿qué pacto piensas hacer con nosotros?

¿Podremos contarte entre nuestros amigos,

o seguimos adelante sin depender de ti?

ANTONIO Por algo he estrechado sus manos,

pero al ver a César tirado, vacilé un momento.

Soy amigo de ustedes y los estimo a todos,

porque confío que podrán explicarme

cómo, y por qué, era César peligroso.

BRUTO De no ser así, este sería un espectáculo brutal.

Nuestros motivos están tan llenos de buen juicio

que aun si fueras hijo de César

sabrías darte por satisfecho.

ANTONIO No pido más,

salvo el permiso necesario, que suplico,

para trasladar su cuerpo al foro

y, como es deber de un buen amigo,

hablar desde la tribuna en su funeral.

BRUTO Concedido, Marco Antonio.

CASIO Bruto, déjame decirte algo.

Aparte a BRUTO.

No tienes idea de lo que haces

no consientas que Antonio hable en el funeral.

¿Sabes cuánto afectará al pueblo su discurso?

BRUTO (*Aparte a* CASIO.)

Si me permites, primero ocuparé la tribuna yo,

y explicaré nuestras razones para acabar con César.

Haré saber también que cuanto Antonio diga,

lo hace con nuestra venia y permiso.

La disposición de rendir los honores

y debidas ceremonias a César

será una ventaja al fin, más que un perjuicio.

CASIO (*Aparte a* BRUTO.)

No sé qué saldrá de esto, pero no me gusta.

BRUTO Lleva contigo, Marco Antonio, el cadáver de César.

Abstente de culparnos en tu discurso fúnebre;

dedícate a enunciar todo lo que honra a César,

y señala que lo haces con permiso nuestro.

Si te opones, no tendrás parte en el funeral.

Te dirigirás al pueblo en la misma tribuna

que ocuparé yo, una vez acabe mi discurso.

ANTONIO Así será. No deseo más que eso.

BRUTO Prepara su cuerpo pues, y síguenos.

Salen todos menos ANTONIO.

ANTONIO ¡Perdóname, tú, sangriento trozo de arcilla,

ruina del hombre más noble

que jamás la historia del tiempo conociera.

¡Ay de las manos que tu sangre augusta derramaron!

Ante ellos he sido dócil, mas

sobre tus heridas (que, como bocas mudas

de abiertos labios rojos convocan

mi voz y mi palabra) hago esta profecía:

sobre la materia humana caerá una maldición.

Debacles internas y una cruel guerra civil

mortificarán a Italia entera.

Tan comunes serán la sangre y el estrago,

y las escenas de muerte tan familiares,

que las madres sonreirán al contemplar

los despojos de sus hijos, desmembrados por la guerra,

toda compasión agotada en la barbarie.

Con Atis a su lado, escapada del infierno,

el alma de César marchará en pos de venganza

para clamar con un grito soberano: «Destrucción».

Y en estos confines campearán las bestias de la guerra,

hasta que el hedor de la infamia se eleve sobre la tierra

como el de la carroña humana que reclama sepultura.

Entra el SIRVIENTE *de Octavio* .

Sirves para Octavio César, ¿no es verdad?

SIRVIENTE Así es, Marco Antonio.

ANTONIO César le escribió para que viniera a Roma.

SIRVIENTE Sí, recibió sus cartas y viene en camino.

Y me ruega que te entregue este mensaje en persona…

¡Oh, César!

ANTONIO Tu corazón se desborda. Hazte a un lado y llora.

La emoción se contagia, porque mis ojos

se inundan al ver las gotas de congoja

que corren de los tuyos. Pero tu amo, ¿ya viene?

SIRVIENTE Acampará esta noche a unas siete leguas de Roma.

ANTONIO Vuelve a él de prisa y cuéntale lo ocurrido.

Nuestra Roma está enlutada, una Roma peligrosa…

No es ciudad segura todavía para Octavio.

Ve pronto y díselo. Pero espera un momento…

No te retires hasta que yo haya llevado

este cadáver al foro. Ahí juzgaré,

con mi discurso, cómo recibe el pueblo

la brutal proeza de estos canallas.

De acuerdo a lo cual, tú informarás

al joven Octavio cómo van las cosas.

Ahora ayúdame.

Salen con el cuerpo de CÉSAR.

ESCENA II

Entran BRUTO *y* CASIO

con los CIUDADANOS.

CIUDADANOS ¡Queremos una razón! ¡Dennos una razón!

BRUTO Síganme pues y presten atención, amigos.

Casio, tú ve a la otra calle

y dividamos los grupos.

Los que quieran oírme, quédense acá;

los que prefieran a Casio, síganlo a él.

No tengan dudas: la muerte de César será pública

y debidamente justificada.

BRUTO *sube a la tribuna* .

PRIMER CIUDADANO Yo quiero oír a Bruto.

SEGUNDO CIUDADANO Yo escucharé a Casio y luego comparamos razones.

Sale CASIO *con algunos* CIUDADANOS.

TERCER CIUDADANO El noble Bruto ocupa la tribuna. ¡Silencio!

BRUTO Tengan paciencia hasta el final.

Romanos, compatriotas y amigos queridos, permítanme defender mi causa y guarden silencio para oírme bien. Créanme, por mi honor, y en mi honor crean. Censúrenme con su sabiduría y aviven los sentidos, pues así serán mejores jueces. Si en esta asamblea está algún dilecto amigo de César, a él le digo: que el amor de Bruto por César nunca fue menor que el suyo. Si este amigo, entonces, preguntara por qué Bruto se levantó contra César, mi respuesta sería: no porque Bruto amara menos a César, sino porque más ama a Roma. ¿Preferirían que César viviera y morir todos como esclavos o vivir en libertad con César muerto? Puesto que César me quiso, lloro por él; porque tuvo fortuna, se la celebro; porque fue valiente, le honro, porque fue ambicioso, hube de darle muerte. Hay lágrimas para su amor, alegría para su fortuna, honra para su coraje y muerte para su ambición. ¿Quién, entre ustedes, es tan abyecto que querría ser esclavo? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. ¿Quién tan bárbaro que no quisiera ser romano? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. ¿Quién tan vil que no ama a su patria? Si hay alguno, que hable, pues lo he ofendido. Espero en silencio una respuesta.

CIUDADANOS Ninguno, Bruto, ninguno.

BRUTO Entonces nadie ha sido ofendido. No hice con César más que lo que ustedes harán con Bruto. Los motivos de su muerte están inscritos en el Capitolio, sin rebajar los méritos que le dieran gloria, ni exagerar las culpas por las que sufrió la muerte.

Entran MARCO ANTONIO *y otros*

con el cadáver de CÉSAR.

Acá llega su cuerpo, honrado por Marco Antonio, que no tomó parte en su caída. Pese a todo, de ella se beneficiará con un lugar en la asamblea, lo mismo que todos y cada uno de ustedes. Con esto me despido. Puesto que asesiné a mi amado amigo por el bien de Roma, con esta misma daga pondré fin a mis días cuando el pueblo así lo estime necesario.

CIUDADANOS ¡Viva, Bruto! ¡Viva! ¡Viva!

BRUTO *baja de la tribuna* .

PRIMER CIUDADANO Llevémosle a su casa en triunfo.

QUINTO CIUDADANO Que tenga una estatua junto a las de sus ancestros.

TERCER CIUDADANO Que sea César.

CUARTO CIUDADANO Que lo mejor de César se corone en Bruto.

PRIMER CIUDADANO Acompañémosle a casa con vítores y clamores.

BRUTO Compatriotas…

CUARTO CIUDADANO ¡Quietos! ¡Silencio! ¡Habla Bruto!

PRIMER CIUDADANO ¡A callar!

BRUTO Queridos compatriotas, déjenme ir solo,

y por mi bien, les ruego acompañen a Antonio.

Que se honre el cuerpo de César, tanto como las palabras

que Antonio dirigirá a ustedes, para exaltar su gloria,

con nuestra aprobación y permiso. Salvo yo,

ni un solo hombre debe retirarse, les suplico,

hasta que Antonio haya hecho su discurso.

Sale .

PRIMER CIUDADANO ¡Quedémonos! Escuchemos a Marco Antonio.

TERCER CIUDADANO ¡Que suba a la tribuna! Le oiremos. Sube, noble Antonio.

ANTONIO Por gracia de Bruto, me dirijo a ustedes.

Sube a la tribuna .

QUINTO CIUDADANO ¿Qué dijo de Bruto?

TERCER CIUDADANO Que gracias a él se dirige a nosotros.

QUINTO CIUDADANO Más le conviene no hablar mal de Bruto, entonces.

PRIMER CIUDADANO Este César era un tirano.

TERCER CIUDADANO ¡Eso seguro! Es una bendición que Roma se lo quitara de encima.

CUARTO CIUDADANO ¡Silencio! Oigamos los que Antonio tiene que decir.

ANTONIO Ustedes, buenos romanos…

CIUDADANOS ¡Silencio! Escuchémosle.

ANTONIO Amigos, romanos, compatriotas; préstenme oídos.

He venido a enterrar a César, no a alabarlo.

El mal que hacen los hombres les sobrevive;

el bien queda a menudo sepultado con sus huesos.

Que así sea con César. El noble Bruto

les ha dicho que César era ambicioso.

De ser cierto, habría sido una falta grave,

y gravemente César ha pagado por ella.

Aquí, con la venia de Bruto y los suyos

(porque Bruto es un hombre honorable;

como lo son todos ellos, hombres de honor)

vengo a hablar en el funeral de César.

Era mi amigo, justo y leal hacia mí,

pero Bruto dice que era ambicioso,

y Bruto es un hombre honorable.

Trajo rehenes a Roma que

colmaron nuestras arcas con sus rescates.

¿Por esto se pensó que César era ambicioso?

Cuando los pobres lloraban, César lloraba con ellos;

¿no se forja la ambición en la materia más dura?

Pero Bruto dice que era ambicioso,

y Bruto es un hombre honorable.

Todos vieron en las Lupercales

que tres veces le ofrecí la corona real,

y tres veces la rechazó. ¿Esa era su ambición?

Pero Bruto dice que era ambicioso,

y, seguro, él es un hombre honorable.

No hablo para refutar las palabras de Bruto,

sino para declarar lo que yo sé.

En vida todos le amaron, y no sin causa.

¿Qué causa puede impedirles honrarle en muerte?

¡Ah, sensatez! Te has alojado en bestias sin alma

y dejado a los hombres sin razón… Perdónenme,

pero mi corazón está en el féretro con César,

y debo esperar hasta que vuelva a mí.

PRIMER CIUDADANO Yo creo que le sobra razón en lo que dice.

CUARTO CIUDADANO Si lo piensas bien, con César han hecho una bajeza.

TERCER CIUDADANO ¿Verdad que sí, caballeros?

Me temo que su lugar lo ocupará uno peor.

QUINTO CIUDADANO ¿Le oyeron bien? Dijo que no quería la corona.

Entonces no era ambicioso.

PRIMER CIUDADANO Si fuera así, algunos pagarán por ello.

CUARTO CIUDADANO Pobre Antonio, le arden los ojos de tanto llorar.

TERCER CIUDADANO No hay en Roma un hombre más noble que él.

QUINTO CIUDADANO Atentos, que empieza a hablar de nuevo.

ANTONIO Hasta ayer la palabra de César podía
desafiar al mundo entero. Hoy yace entre nosotros,
sin que nadie se rebaje a homenajearle.
Señores, si fuera mi intención incitar sus mentes
y corazones al motín y la revuelta,
sería injusto con Bruto, e injusto también con Casio
quienes, ustedes bien saben, son hombres honorables.
No seré injusto con ellos. Elijo en cambio,
ser injusto con quien ha muerto, con ustedes y conmigo,
antes que agraviar en modo alguno a hombres de tanto honor.
Pero tengo aquí un pergamino, con el sello de César,
que hallé en su despacho: es su testamento.
Si conociera el pueblo este testamento,
que, con perdón de ustedes, no me propongo leer,
correrían todos a besar las heridas de César,
y empapar sus pañuelos en la sagrada sangre,
y suplicar, sí, suplicar de recuerdo un cabello suyo,
que al morir dejarían,
como el valioso legado a su descendencia.

QUINTO CIUDADANO ¡Oigamos el testamento! ¡Léelo, Marco Antonio!

CIUDADANOS ¡Queremos oír! ¡Queremos oír! Lee su testamento.

ANTONIO Paciencia, buenos amigos; no debo leerlo.

No es recomendable que sepan cuánto les amaba César.

No son ustedes leños ni piedra, sino hombres;

y como buenos hombres, al conocer su testamento,

se encenderían de justa ira hasta volverse locos.

Mejor es que ignoren que los nombra herederos,

pues de otro modo… ¡qué barbaridad no cometerían!

QUINTO CIUDADANO ¡Léelo, Antonio! ¡Queremos oírlo!

¡Lee el testamento de César!

ANTONIO ¿Tendrán paciencia? ¿Podrán estarse quietos?

He ido demasiado lejos al hablarles de esto.

Me temo haber sido injusto con esos hombres de honor

que clavaron en César sus puñales. Mucho me temo.

QUINTO CIUDADANO ¡Qué honor ni qué honor! ¡Eso se llama traición!

CIUDADANOS ¡El testamento! ¡El testamento!

CUARTO CIUDADANO ¡Son unos canallas, unos asesinos! ¡El testamento! ¡Léelo de una vez!

ANTONIO ¿Me obligarán, pues, a leer el testamento de César?

Hagan un ruedo alrededor de sus restos,

y permitan que les enseñe a aquel que lo escribió.

¿Puedo bajar, pues? ¿Me está concedido?

CIUDADANOS Sí, baja.

TERCER CIUDADANO Tienes permiso.

ANTONIO *baja* .

QUINTO CIUDADANO Formen un círculo alrededor de su cuerpo.

PRIMER CIUDADANO Apártense del féretro, aléjense del cadáver.

CUARTO CIUDADANO Hagan lugar a Antonio, al noble y respetado Antonio.

ANTONIO No me aplasten. Retrocedan, por favor.

CIUDADANOS ¡Atrás! ¡Hagan lugar!

ANTONIO Si tienen lágrimas, prepárense a derramarlas.

Todos conocen este manto. Recuerdo

la primera vez que César lo llevaba encima.

Fue en su tienda, una noche de verano,

el mismo día en que había vencido a los nervos.

Mírenlo bien, en este sitio se hundió el puñal de Casio.

Vean el tajo que abrió el rencoroso Casca.

A través de este, el amadísimo Bruto cargó su daga,

y al retirar su maldito acero, dejó un rastro

de sangre de César, que le seguía

como a través de puertas para cerciorarse

si podía ser su Bruto quien tan arteramente le golpeaba…

Porque Bruto, ustedes saben, era un ángel para César.

¡Juzguen ustedes, dioses, cuán tiernamente César le amaba!

Esta fue la herida más honda, la peor de todas,

pues cuando César vio que era Bruto quien le atacaba,

pudo más la ingratitud que los brazos traidores,

y se dio por vencido. Entonces su enorme corazón estalló,

y cubriéndose el rostro con el manto,

ahí, al pie de la estatua de Pompeyo,

que no paraba de llorar sangre, el gran César cayó.

¡Y qué caída esa, compatriota!

En ese momento, ustedes y yo, caímos juntos,

mientras una traición infame florecía.

¡Ah, ahora lloran! Veo que ha calado en ustedes

la piedad. Son lágrimas generosas.

Almas frágiles, ¿por qué lloran si apenas han visto

la túnica de César desgarrada? ¡Miren esto!

Retira

el manto .

Acá lo tienen desfigurado, como ven, por los traidores.

PRIMER CIUDADANO ¡Qué espectáculo terrible!

CUARTO CIUDADANO ¡Noble César!

TERCER CIUDADANO ¡Qué día aciago!

QUINTO CIUDADANO ¡Traidores! ¡Villanos!

PRIMER CIUDADANO ¡Un asco!

CUARTO CIUDADANO ¡Queremos venganza!

CIUDADANOS ¡Venganza! ¡A correr tras ellos! ¡Incendiemos! ¡Matemos! Que no quede un traidor vivo.

ANTONIO Alto, compatriotas.

PRIMER CIUDADANO ¡Quietos! Escuchemos al noble Antonio.

CUARTO CIUDADANO Le oiremos, le seguiremos, ¡moriremos por él!

ANTONIO

Amigos míos, queridos amigos, no dejen que mis palabras

los conduzcan a un motín sangriento.

Los autores de este hecho son romanos honorables
cuyos agravios secretos, por desgracia, desconozco,
pues no estoy al tanto de sus razones. Juiciosos y honrados
como son, sin duda responderán por sus acciones.
No he venido, amigos, a conquistar pasiones.
No soy un gran orador, como lo es Bruto,
sino lo que todos saben: un hombre franco y sencillo
que amaba a su amigo. Y ellos lo saben muy bien;
por eso me permiten rendirle homenaje.
Porque no tengo ingenio, ni palabras, ni mérito,
y me faltan recursos, elocuencia y dicción
para agitar la sangre de los hombres,
solo puedo hablarles con llaneza.
No digo más que aquello que es bien sabido,
les muestro las heridas del buen César, pobres bocas mudas,
y ruego que ellas hablen por mí. Pero, si fuera yo Bruto,
y Bruto, Antonio, entonces este Antonio
podría estremecer los ánimos y dar
a cada herida de César una lengua, que alzara
hasta las piedras de Roma en rebelión.
CIUDADANOS ¡Rebelión!
PRIMER CIUDADANO ¡A quemar la casa de Bruto!
TERCER CIUDADANO ¡En marcha! ¡A buscar a los conspiradores!
ANTONIO
Escuchen un poco más, compatriotas, aún tengo algo que decir.

CIUDADANOS ¡Silencio! Oigamos al noble Antonio.

ANTONIO ¿Por qué, amigos, marchan sin ton ni son?

¿Qué hizo César que justificara este fervor?

Eso, todavía no lo saben. Debo contarles entonces;

¿han olvidado ya que les hablé de un testamento?

CIUDADANOS ¡Cierto! Quedémonos a oír el testamento.

ANTONIO Acá pueden verlo; y, bajo el sello de César,

a cada ciudadano de Roma, a cada uno de ustedes,

le concede setenta y cinco dracmas.

CUARTO CIUDADANO ¡Grandioso César! Vengaremos tu muerte.

TERCER CIUDADANO ¡Espléndido César!

ANTONIO Escúchenme con paciencia.

CIUDADANOS ¡Silencio!

ANTONIO Más aún, les deja todos sus paseos,

sus glorietas privadas, los huertos recién plantados

de este lado del Tíber. Les deja a perpetuidad

a ustedes y a sus herederos,

parques públicos para goce y diversión.

¡Este sí era un César! ¿Cuándo habrá otro igual?

PRIMER CIUDADANO ¡Nunca, jamás! ¡Vamos!

Quemaremos su cuerpo en el lugar sagrado

y en las mismas llamas arderán las casas de los traidores.

Levanten el cadáver.

CUARTO CIUDADANO ¡Traigan fuego!

TERCER CIUDADANO ¡Hagamos leña de los bancos!

PRIMER CIUDADANO ¡Asientos, ventanas, lo que sea!

Salen los plebeyos

con el cuerpo de CÉSAR.

ANTONIO

¡Y ahora, que sigan solos! Destrucción, ya estás en marcha;

toma el curso que prefieras.

Entra el SIRVIENTE *de Octavio* .

¿Qué hay, hombre?

SIRVIENTE Octavio ha llegado a Roma, señor.

ANTONIO ¿Dónde está?

SIRVIENTE Lépido y él están en la casa de César.

ANTONIO Voy ahora mismo a visitarlo.

Llega como por deseo. La fortuna está contenta

y, en este humor, nos dará lo que pidamos.

SIRVIENTE Le oí decir a Octavio que Bruto y Casio

cruzaron como locos las puertas de Roma.

ANTONIO Seguro que han oído los planes del pueblo;

cómo los conmoví. Llévame donde Octavio.

Salen .

ESCENA III

Entra el poeta CINNA *y, tras él, los plebeyos* .

CINNA Anoche soñé que estaba en un banquete junto a César,

y mi fantasía ve en esto un mal augurio.

Qué pocas ganas tengo de salir a las calles y,

sin embargo, aquí me encuentro.

PRIMER CIUDADANO ¿Cómo te llamas?

SEGUNDO CIUDADANO ¿Dónde crees que vas?

TERCER CIUDADANO ¿Dónde vives?

CUARTO CIUDADANO ¿Casado o solterón?

SEGUNDO CIUDADANO Responde con claridad a cada uno.

PRIMER CIUDADANO Y con precisión.

CUARTO CIUDADANO Y prudencia.

TERCER CIUDADANO Y sinceridad, más te vale.

CINNA ¿Cómo me llamo? ¿Adónde voy? ¿Dónde vivo? ¿Casado o soltero? Pues para contestar a cada uno directa y precisamente, prudente y sinceramente, sabiamente diré: soy soltero.

SEGUNDO CIUDADANO Eso es como decir que los que se casan son tontos. Te va a costar un trompazo, me temo. Sigue y habla sin rodeos.

CINNA Sin rodeos, voy al funeral de César.

PRIMER CIUDADANO ¿Como amigo o enemigo?

CINNA Como amigo.

SEGUNDO CIUDADANO Respondió directo a la pregunta.

CUARTO CIUDADANO ¿Dónde vives? Sé breve.

CINNA Brevemente, vivo en el Capitolio.

TERCER CIUDADANO Tu nombre, señor, dí la verdad.

CINNA Verdaderamente, me llamo Cinna.

PRIMER CIUDADANO ¡A destrozarlo! Es un conspirador.

CINNA ¡No! Soy Cinna el poeta. ¡Cinna, el poeta!

CUARTO CIUDADANO ¡Descuartícenlo entonces por sus versos!

¡Son malísimos!

CINNA No soy el de los conjurados, ese es otro Cinna.

CUARTO CIUDADANO ¡Y qué importa! Se llama Cinna. Arránquenle el nombre del corazón y que se largue.

TERCER CIUDADANO ¡Hagámosle pedazos!

Se lanzan sobre él .

¡Vengan las teas y el fuego! ¡Vamos por Bruto y Casio! ¡A quemarlo todo! ¡Vamos unos a casa de Decio, otros a la de Casca, otros donde Ligario! ¡Por allá!

Salen los plebeyos,

arrastrando a CINNA.

CUARTO ACTO

ESCENA 1

Entran ANTONIO, OCTAVIO *y* LÉPIDO.

ANTONIO Todos estos deben morir; sus nombre están marcados.

OCTAVIO (*A* LÉPIDO)

Tu hermano también. ¿Estás de acuerdo, Lépido?

LÉPIDO De acuerdo…

OCTAVIO Márcalo, Antonio.

LÉPIDO A condición de que no se salve Publio,

el hijo de tu hermana, Marco Antonio.

ANTONIO También morirá. Observa, con una cruz lo condeno.

Pero tú, Lépido, ve a casa de César.

Trae el testamento y veremos la forma

de ahorrar algunos costos en la herencia.

LÉPIDO ¿Te encontraré acá?

OCTAVIO Acá o en el Capitolio.

Sale LÉPIDO.

ANTONIO Qué poco vale este tipo;

apenas sirve de mensajero. ¿Te parece justo

que al dividir el mundo en tercios sea él

uno de los llamados a compartirlo?

OCTAVIO Si tan mal le ves,

¿cómo aceptaste su opinión sobre quién deberá sufrir

la sentencia de muerte o destierro?

ANTONIO He vivido más que tú, Octavio;

y si hoy gastamos honores en este hombre

para librarnos de tareas fatigosas,

él las llevará a cuestas como un burro carga el oro,

gimiendo y sudando en su faena,

tirado o guiado por nuestras riendas.

Pero una vez que nuestro tesoro llegue a puerto,

partirá despachado sin su carga

a sacudir las orejas, como un asno ocioso

y masticar la hierba de los montes.

OCTAVIO Como quieras,

pero es un soldado valiente y leal.

ANTONIO Tanto lo es mi caballo, Octavio, y por lo mismo

le doy una ración de pienso generosa.

Es una bestia a la que enseñé a pelear,

dar la vuelta, frenar, avanzar sin detenerse,

manejando sus movimientos con mi mente,

y en cierto modo Lépido no es tan distinto.

Hay que enseñarle, entrenarle, empujarle;

tiene una cabeza despoblada que se nutre

de estilos, pequeñeces y bagatelas

ya despreciados por el resto, pero que para él

son la última moda. No es más que un tonto útil.

Y ahora, Octavio, a cosas importantes:

Bruto y Casio están reclutando sus tropas.

Tenemos que adelantarnos.

Reforcemos, por consiguiente, nuestra alianza,

unamos a nuestros mejores amigos y,

con todos los recursos combinados,

resolvamos sin tardanza en un consejo

cómo desentrañar los planes encubiertos

y responder los peligros que nos acechan.

OCTAVIO De acuerdo. Por ahora estamos en la trinchera,

y acorralados por muchos enemigos

que bajo amables sonrisas, me temo,

albergan las peores intenciones.

Salen .

ESCENA II

Tambores. Entran BRUTO*,* LUCILIO *y el ejército.*

TITINIO *y* PÍNDARO *van a su encuentro* .

BRUTO ¡Alto!

LUCILIO Den la orden. ¡Alto!

BRUTO ¿Qué pasa, Lucilio? ¿Casio está cerca?

LUCILIO Está por llegar, y Píndaro ha venido

a traerte el saludo de su señor.

BRUTO Un digno enviado. Tu señor, Píndaro,

sea por idea propia, o de sus ineptos oficiales,

me ha hecho desear, con buen motivo,

no haber hecho lo que hice. Pero

si ya se acerca, me daré por satisfecho.

PÍNDARO Descuida,

que mi noble señor se mostrará

digno de honor y de respeto, como siempre.

BRUTO Sobre él no hay dudas.

Aparte .

Dime, Lucilio.

¿Qué tal te recibió? Más me vale saberlo.

LUCILIO ¿Cómo me recibió? Como es debido,

con respeto y cortesía. Pero eché de menos

el trato fraternal, esa charla abierta y amistosa,

que antes me dedicaba.

BRUTO Ese es el retrato

de una ardiente amistad camino al hielo.

¿Has notado, Lucilio, cómo siempre

que el afecto enfermo empieza a decaer

se esconde en forzada gentileza?

Donde hay buena fe no caben las reverencias.

Pero los hipócritas son como caballos de corto tiro:

hacen despliegue y promesas de bravura,

Marcha de tropas a distancia .

hasta que sienten picar la espuela

y entonces, como mulas, bajan la cabeza sin brío,

vencidos en la prueba. ¿Avanzan algo sus tropas?

LUCILIO Planean acampar esta noche en Sardis.

El grueso del ejército y la caballería

vienen con Casio.

BRUTO Escucha. Ha llegado.

Entra CASIO *con sus tropas* .

Marcha despacio a su encuentro.

CASIO ¡Alto!

BRUTO ¡Alto! Pasa la orden.

PRIMER SOLDADO ¡Alto!

SEGUNDO SOLDADO ¡Alto!

TERCER SOLDADO ¡Alto!

CASIO Nobilísimo hermano, has sido injusto conmigo.

BRUTO

¡Que los dioses me juzguen! ¿Soy acaso injusto con mis enemigos?

Y si no lo soy, ¿por qué habría de serlo con mi hermano?

CASIO Bruto, tu compostura esconde ofensas

y cuando salen a relucir…

BRUTO Serénate, Casio.

Haz tus reclamos en voz baja, mira que te conozco bien.

No discutamos ante los ojos de la tropa,

que no debería ver sino mutuo aprecio.

Pídeles que se alejen. Una vez que estemos en mi tienda,

puedes dar rienda suelta a tus protestas, Casio,

y yo prestaré oídos.

CASIO Píndaro,

ordena a nuestros comandantes que dispersen

la tropa en los alrededores.

BRUTO Lo mismo vale para ti, Lucilio, y que nadie

entre a nuestra tienda hasta que haya terminado la entrevista.

Que Lucio y Titinio monten guardia en la puerta.

Salen todos

salvo BRUTO *y* CASIO.

CASIO Me has ofendido, sí. Y se nota en esto:

condenaste y difamaste a Lucio Pela

por aceptar sobornos de los saridinios.

Y cuando en mis cartas, supliqué en su favor,

porque conozco al hombre, hiciste caso omiso de mis ruegos.

BRUTO En tal caso, te ofendiste a ti mismo al escribirlas.

CASIO En tiempos como este no es prudente

que cada mísero delito sufra un castigo.

BRUTO Déjame que te diga, Casio, que ni tú mismo

eres tan firme de mano o impoluto,

para negarte a vender altos cargos

a unos ineptos por un puñado de oro.

CASIO ¡Corrupto, yo!

Si no fueras tú, Bruto, el que ha dicho esas palabras,

¡créanme, dioses!, serían las últimas que te oyera.

BRUTO El nombre de Casio dignifica esa corrupción

y, por tanto, el castigo esconde su cabeza.

CASIO ¿Castigo?

BRUTO Acuérdate de marzo, Casio. Los idus de marzo.

¿No sangró el gran Julio por bien de la justicia?

¿Qué villano tocó su cuerpo y lo acuchilló,

si no por la justicia? Tras derribar al hombre

más digno de este mundo, solo porque amparaba ladrones,

¿podrá alguno de nosotros, siquiera uno,

ensuciarse los dedos con viles sobornos,

y vender el supremo dominio de altos cargos

por la basura que cabe en esta mano?

Preferiría ser un perro que aúlla a la luna

que contarme entre esa especie de romanos.

CASIO Bruto, no me tientes,

que no lo aguantaré. Te olvidas de lo que eres

al ponerme límites. Aquí me tienes, un soldado,

bastante más antiguo y capaz

de imponer condiciones.

BRUTO ¡Desde cuándo! No lo eres, Casio.

CASIO Lo soy.

BRUTO A mi entender no.

CASIO No me azuces, que no respondo.

Cuida mejor tu salud. No me tientes.

BRUTO ¡Lárgate, escoria!

CASIO ¿Será posible?

BRUTO Escúchame, que voy a hablar.

¿He de tolerar tu tosca cólera?

¿Debo bajar la mirada solo porque grita un loco?

CASIO ¡Santos dioses! ¿Debo soportar todo esto?

BRUTO ¡Esto y mucho más!

Enfurece hasta el filo de tu soberbia,

ve y muestra a tus esclavos lo fiero que puedes ser,

haz que tus siervos tiemblen. Pero ¿debo yo retroceder,

hacer acto de contemplación, morderme los labios,

porque Casio está de mal humor? Por el cielo

que digerirás el veneno de tu bilis

aunque que te parta en dos. Desde hoy

te tomaré como bufón, Casio; me reiré de ti

cuando andes de malas pulgas.

CASIO ¿A esto hemos llegado?

BRUTO Dices ser mejor soldado que yo.

Demuéstralo; pon en práctica tus amenazas

y estaré satisfecho. Por mi parte,

me alegraría aprender de hombres más dignos.

CASIO Bruto, eres injusto conmigo en todo.

Dije que era soldado más antiguo, no mejor.

A ver, ¿dije «mejor»?

BRUTO Si lo dijiste, tanto importa.

CASIO Ni César, cuando vivía, me habría tratado así.

BRUTO Calla, calla. Tampoco tú te atrevías a provocarlo.

CASIO ¿Que no me atrevía?

BRUTO No.

CASIO ¿Cómo dices?

BRUTO Por tu vida, que no te atrevías.

CASIO No abuses tanto de mi afecto,

que puedo hacer algo que luego me pese…

BRUTO Ya tienes de qué arrepentirte.

Porque estoy bien defendido en mi honradez,

tus amenazas no me asustan, Casio;

apenas me rozan como una brisa,

sin alterarme. Tuve que pedirte

cierta suma de oro que me negaste,

pues yo soy incapaz de proveerme fondos

por medios indecorosos. ¡Santo cielo! Empeñaría el corazón

y sacaría dracmas de mi sangre, antes que extorsionar

a los aldeanos y exprimirles las manos

para robar una miseria. Te envié un mensaje

pidiendo oro para pagar mis legiones,

y me lo negaste. ¿Fue un acto digno de ti?

¿Habría hecho yo tal cosa a Cayo Casio?

Cuando Marco Bruto se vuelva tan codicioso,

que niegue una limosna a sus amigos,

¡preparen, dioses, sus rayos

para deshacer este cuerpo en mil pedazos!

CASIO No te lo negué.

BRUTO Claro que sí.

CASIO Te digo que no. Fue un imbécil

quien te llevó la respuesta. Bruto ha roto mi alma.

Si es deber de lealtad soportar las flaquezas de un amigo,

Bruto exagera la medida de las mías.

BRUTO No, hasta que las ejercitas sobre mí.

CASIO No me aprecias.

BRUTO No aprecio tus faltas.

CASIO El ojo de un amigo no las vería nunca.

BRUTO No las vería un ojo adulador, así fueran

enormes como el alto Olimpo.

CASIO Vengan Antonio y joven Octavio. Vengan ya.

Tomen revancha solo en Casio

porque Casio está hastiado del mundo:

odiado por uno a quien ama; desafiado por su hermano;

regañado como un esclavo; cada falta suya en la mira,

apuntada, aprendida y repetida de memoria

para echársela en cara. ¡Ah, llanto,

si pudiera escupir el alma por los ojos! He aquí mi puñal,

he aquí mi pecho desnudo, y dentro un corazón

más rico que las minas de Plutón, más valioso que el oro.

Si eres romano, ¡tómalo!

Te lo doy yo, que según dices te negué el oro.

Hiere, como heriste a César; pues yo sé

que aun cuando más le odiabas, le amabas más

de lo que jamás querrás a Casio.

BRUTO Envaina esa daga.

Enójate cuanto te plazca, no te lo impido.

Haz lo que quieras; llamemos arrebato a la deshonra.

¡Oh, Casio! Vas unido a un cordero

que lleva su furia como la piedra el fuego:

a punta de golpes, suelta una chispa fugaz

y queda fría antes de ver la llama.

CASIO ¿Ha vivido Casio

para ser pasatiempo y bufón de su Bruto,

cuando lo atormentan la angustia y la cólera?

BRUTO Cuando dije eso, la furia también hablaba por mí.

CASIO ¿Lo admites? ¡Dame tu mano!

BRUTO Y el corazón.

CASIO ¡Oh, Bruto!

BRUTO ¿Qué pasa ahora?

CASIO ¿No me quieres lo bastante para soportar

este humor tosco que me legó mi madre

y me lleva, a veces, a olvidarlo todo?

BRUTO Sí, Casio.

De ahora en más, cada vez que te sobreactúes con tu Bruto,

pensaré que quien me fastidia es tu madre, y te dejaré en paz.

Entra un POETA *peleando con* LUCILIO *y* TITINIO*;*

los sigue LUCIO.

POETA ¡Dejen que entre a ver a los generales!

Hay recelo entre ellos y no conviene

que estén solos.

LUCILIO No puedes entrar, te digo.

POETA Nada sino la muerte podrá impedirlo.

CASIO ¿Qué pasa? ¿Algún problema?

POETA ¡Qué vergüenza, generales! ¿Qué pretenden?

Hagan las paces, como debe ser,

pues yo he vivido mucho, y algo he de saber.

CASIO ¡Puf! ¡Qué rima espantosa la de este vago!

BRUTO ¡Lárgate, descarado! ¡Fuera de aquí!

CASIO Ten paciencia, Bruto, que es su estilo.

BRUTO Apreciaré su estilo cuando venga a cuento.

¿Pero qué hacen en medio de la guerra

estos bufones de la rima? ¡Fuera, hombre!

CASIO ¡Largo! ¡Te fuiste!

Sale el POETA.

BRUTO Lucilio y Titinio, avisen a los comandantes

que acampen las tropas por la noche.

CASIO Y luego vuelvan acá, y traigan a Mesala

ante nosotros.

Salen LUCILIO *y* TITINIO.

BRUTO Una jarra de vino, Lucio.

Sale LUCIO.

CASIO Jamás pensé que te vería tan enojado.

BRUTO ¡Ah, Casio! Son muchas mis desgracias.

CASIO Busca otra filosofía, entonces,

si esta no te ayuda ante la desgracia.

BRUTO Nadie cargaría el dolor mejor que yo. Porcia ha muerto.

CASIO ¿Qué dices? ¡Porcia!

BRUTO Ha muerto.

CASIO ¿Cómo no me mataste cuándo te irrité?

¿Habrá pérdida más áspera e insoportable que la tuya?

¿De qué murió?

BRUTO Incapaz de soportar mi ausencia,

y afligida porque Octavio y Antonio unieron fuerzas,

(pues esta noticia me llegó junto a la de su muerte)

con todo junto perdió la razón y,

no estando con sus criadas, tragó brasas.

CASIO ¿Y así murió?

BRUTO Así.

CASIO ¡Dioses inmortales!

Entra LUCIO *con vino y velas* .

BRUTO No hablemos más de ella. Dame una jarra de vino,

Casio, donde ahogar nuestra discordia.

Bebe .

CASIO Sedienta está mi alma por este noble brindis.

Llena los vasos, Lucio, hasta que desborden.

De tu amor, Bruto, nunca tendré bastante.

Bebe .

Sale LUCIO*. Entran* TITINIO *y* MESALA.

BRUTO Entra, Titinio. Bienvenido, querido Mesala.

Siéntense, acá, junto a la luz de vela,

y discutamos nuestras urgencias.

CASIO (*Aparte* .) Porcia, ¿te has ido?

BRUTO (*Aparte a* CASIO.) Ya basta, te lo ruego.

Mesala, según cartas que he recibido,

el joven Octavio y Marco Antonio avanzan

con fuerzas poderosas en nuestra contra

y dirigen su expedición a Filipo.

MESALA Yo tengo mensajes de igual tenor.

BRUTO ¿Y algo más?

MESALA Sí. Que por proscripción o por decretarlos ilícitos

Octavio, Antonio y Lépido

han dado muerte a cien senadores.

BRUTO En ese punto nuestros mensajes no coinciden.

Según los míos, solo setenta senadores han muerto

por proscripción, Cicerón entre ellos.

CASIO ¡Cicerón!

MESALA Sí, ha muerto,

proscrito por la misma orden.

Señor, ¿has recibido carta de tu esposa?

BRUTO No, Mesala.

MESALA ¿Y no te han dicho nada de ella?

BRUTO Nada.

MESALA Me parece raro.

BRUTO ¿Por qué preguntas? ¿Has recibido, tú, noticias suyas?

MESALA No, señor.

BRUTO Anda, dime la verdad como buen romano.

MESALA Y tú como romano soporta entonces la verdad.

Pues sin duda ha muerto, y de extraña manera.

BRUTO Adiós, entonces, Porcia. Tenemos que morir, Mesala.

Saber que alguna vez ella habría de morir

me da valor para sobrellevar la pérdida.

MESALA Ni los grandes hombres se libran de grandes dolores.

CASIO En teoría, sé eso tan bien como tú,

pero poco consuela esto a mi carácter.

BRUTO Bien, cumplamos nuestro deber hacia los vivos.

¿Qué les parece marchar a Filipo de inmediato?

CASIO No lo creo conveniente.

BRUTO ¿Por qué razón?

CASIO Por esta:

Es mejor que el enemigo nos busque;

que consuma sus medios y se agote

a costa de sus propias filas; mientras nosotros,

sin movernos, acumulamos reposo,

presteza y capacidad defensiva.

BRUTO Toda buena razón se somete a una mejor.

Entre Filipo y esta región, los pueblos

se mantienen de nuestro lado a la fuerza

y entregan su tributo de mala gana.

Cuando el enemigo marche sobre ellos

engrosará su ejército con gente fresca,

recién unida a sus filas, llena de bríos;

ventaja que evitaríamos

dejando atrás a esta región adversa

para salirles al encuentro en Filipo.

CASIO Escucha, hermano mío…

BRUTO Si me permites… Debes también notar

que nuestra gente se ha dado por entero;

nuestras legiones son fuertes, nuestra causa está madura.

El enemigo aumenta día a día. Para nosotros,

en nuestra cima, solo se anuncia el declive.

En los asuntos humanos hay una marea

que, tomada a favor, trae ventura.

Déjala pasar, y el viaje de la vida

va de infortunio en infortunio. Flotamos ahora en pleamar:

aprovechemos la corriente cuando empuja,

o demos nuestra empresa por perdida.

CASIO Entonces será como dices. ¡Adelante!

Iremos hacia su encuentro en Filipo.

BRUTO Mientras discutíamos, ha caído la noche.

Dócil ante la necesidad, la naturaleza

nos concede un pequeño reposo.

¿Nada más que hablar?

CASIO Nada. Buenas noches.

A primera hora estaremos de pie y en marcha.

BRUTO ¡Lucio!

Entra LUCIO.

Mi capa.

Sale LUCIO.

Adiós, querido Mesala.

Buenas noches, Titinio. Noble, mi noble Casio,

buenas noches para ti, y que descanses.

CASIO Ah, querido hermano,

¡qué mal inicio el de esta noche!

Jamás nuestras almas estuvieron

tan separadas. ¡No lo permitamos, Bruto!

Entra LUCIO *con la capa* .

BRUTO Todo está bien.

CASIO Buenas noches, mi señor.

BRUTO Buenas noches, querido hermano.

TITINIO Y MESALA Buenas noches, señor.

BRUTO De ustedes me despido.

Salen CASIO*,* TITINIO *y* MESALA.

Dame la capa. ¿Dónde está tu instrumento?

LUCIO Acá, en la tienda.

BRUTO ¿Qué? ¡Ya adormilado?

¡Pobre críо! ¿Cómo culparte? Estarás rendido.

Llama a Claudio y a algunos de mis hombres

para que duerman sobre cojines en mi tienda.

LUCIO ¡Varrón! ¡Claudio!

Entran VARRÓN *y* CLAUDIO.

VARRÓN ¿Nos llamabas, señor?

BRUTO Les ruego, señores, que se queden a dormir a mi lado.

Puede que los moleste enseguida

para enviar un mensaje a mi cuñado Casio.

VARRÓN Si lo prefieres, esperaremos tus órdenes despiertos.

BRUTO Ni pensarlo. Descansen, amigos míos,

antes que cambie de idea.

VARRÓN *y* CLAUDIO *se acuestan* .

Mira, Lucio, acá esta el libro que tanto buscaba;

lo puse en el bolsillo de mi capa.

LUCIO ¿Ve, su señoría, que no me lo había dado?

BRUTO Sé paciente, muchacho, con mis olvidos.

¿Puedes mantener abiertos esos párpados cansados

y tocar una tonada o dos en tu laúd?

LUCIO Si eso place a mi señor.

BRUTO Me place, Lucio.

Harto trabajo te doy, pero lo haces con gusto.

LUCIO Es mi deber, señor.

BRUTO Pasada esta noche no te exigiré más de lo debido.

Sé que la juventud pide un poco de descanso.

LUCIO Ya dormí lo mío, señor.

BRUTO Buena cosa, y luego volverás a dormir;

no te retendré por mucho tiempo. Si vivo

prometo ser justo contigo.

Música y una canción.

LUCIO *se duerme* .

¡Qué canción letárgica! ¡Ah, sueño asesino!

¿Dejas caer tu maza de plomo sobre mi muchacho

cuando canta en tu honor? Buenas noches, dulce crío,

no te fastidiaré despertándote de nuevo.

Pero si cabeceas puedes romper el laúd;

mejor te lo quito. Buenas noches, niño querido.

A ver… A ver… ¿No había yo doblado la página

donde dejé la lectura? Aquí estaba, creo…

Aparece el FANTASMA *de César* .

¡Qué poco arde esta vela! ¿Ah? ¿Quién viene?

Supongo que es la fatiga de mis ojos

que dibuja esta aparición monstruosa.

¡Se me acerca! ¿Eres algo, alguna cosa?

¿Eres dios, ángel o demonio

que la piel eriza y la sangre hiela?

Dime, qué eres.

FANTASMA Soy tu espíritu del mal, Bruto.

BRUTO ¿Y a qué vienes?

FANTASMA A anunciarte que me verás en Filipo.

BRUTO Bueno, ¿entonces te veré de nuevo?

FANTASMA Sí, en Filipo.

BRUTO Sea. Allí nos encontraremos.

Sale el FANTASMA.

Ahora que me recobro te desvaneces.

Malvado espíritu, ¿no podíamos hablar un poco más?

¡Muchacho! ¡Lucio! ¡Varrón! ¡Claudio! ¡Despierten, señores!

¡Claudio!

LUCIO Las cuerdas están desafinadas, señor.

BRUTO Este cree que sigue tocando.

¡Despierta, Lucio!

LUCIO ¿Señor mío?

BRUTO ¿Estabas soñando, acaso, que diste un grito?

LUCIO Que yo sepa, señor, no he gritado.

BRUTO Pues lo hiciste. ¿Has visto algo?

LUCIO Nada, señor.

BRUTO Duérmete de nuevo, Lucio. ¡Arriba, Claudio!

A VARRÓN.

¡Despierta, compañero!

VARRÓN ¿Mi señor?

CLAUDIO ¿Mi señor?

BRUTO Díganme, ¿por qué gritaban en sueños?

VARRÓN Y CLAUDIO ¿Gritábamos, señor?

BRUTO Sí. ¿Vieron algo?

VARRÓN No, señor, yo no vi nada.

CLAUDIO Tampoco yo, mi señor.

BRUTO Vayan, y saluden en mi nombre a mi hermano Casio.

Díganle que avance con sus tropas cuanto antes,

y que nosotros le seguiremos.

VARRÓN Y CLAUDIO Así se hará, señor.

Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran OCTAVIO, ANTONIO

y su ejército .

OCTAVIO Ahora, Antonio, se cumple nuestro deseo.

Dijiste que el enemigo esperaría,

escondido en los cerros y las cumbres más altas.

Demostrado está que no es el caso. Sus tropas bajan.

Quieren desafiarnos en Filipo

para responder a un ataque que aún no empieza.

ANTONIO ¡Bah! Conozco sus secretos, y sé

por qué lo hacen. Más contentos estarían

en otros lugares. Si montan esta bravata y bajan,

con tembloroso valor, es para

convencernos de su coraje,

que, en verdad, no es tanto.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Prepárense, generales:

el enemigo avanza con despliegue imponente.

Ha enarbolado su estandarte sangriento

y hay que hacer algo de inmediato.

ANTONIO Octavio, mueve despacio tus tropas

hacia la izquierda del terreno llano.

OCTAVIO A la derecha, mejor. Quédate tú con la izquierda.

ANTONIO ¿Por qué me contradices en este trance?

OCTAVIO No te contradigo; pero haré lo dicho.

Tambores en son de marcha. Entran BRUTO*,* CASIO *y sus ejércitos, junto con* LUCILIO*,* TITINIO *y* MESALA.

BRUTO Se han detenido y quieren parlamentar.

CASIO ¡Firmes, Titinio! Debemos salir a conferenciar.

OCTAVIO Marco Antonio, ¿damos señal de combate?

ANTONIO No ahora, César. Responderemos a su ataque

adelantando. Los generales quieren dialogar un rato.

OCTAVIO No se muevan hasta la señal.

BRUTO Palabras antes que golpes. ¿De acuerdo, compatriotas?

OCTAVIO No todos preferimos las palabras como tú.

BRUTO Más vale una palabra justa que un golpe bajo, Octavio.

ANTONIO

Cuando tú golpeas bajo, Bruto, no ahorras palabras dulces.

Mira el forado que hiciste en el corazón de César,

mientras gritabas «¡Salve César! ¡Larga vida!»

CASIO Antonio,

la calidad de tus golpes es todavía un misterio,

pero tu elocuencia deja a las abejas de Hibla

sin su mejor miel.

ANTONIO Pero no sin aguijón.

BRUTO Claro que sí. ¡Sin aguijón y también sin ruido!

Les has robado el zumbido, Antonio,

y astutamente amenazas antes de picar.

ANTONIO

¡Miserables! No lo hicieron ustedes cuando sus sucios puñales

se enredaron uno y otro en el costado de César.

Sonrisas de monos, colas de perros mansos,

inclinados como siervos, besando su augusto pie,

mientras atrás, ese maldito lebrel de Casca

mordía a César en el cuello. ¡Ah, aduladores!

CASIO ¿Aduladores? ¡Felicítate, Bruto!

Esta lengua no nos ofendería ahora

si hubiera prevalecido la opinión de Casio.

OCTAVIO Vamos, vamos, a lo nuestro. Si apenas discutir

los acalora, la batalla transformará en sangre

cada gota de sudor. Miren,

levanto mi espada contra los conjurados.

¿Cuándo creen ustedes que volveré a envainarla?

Nunca, mientras las treinta y tres heridas de César

no hayan sido vengadas o mientras no se sume

la sangre del nuevo César al acero mortal de los traidores.

BRUTO Tú no morirás a manos de traidores, César.

Como no sean los que has traído contigo.

OCTAVIO Eso espero.

No nací para morir bajo la espada de Bruto.

BRUTO Jovencito, ni siendo el más noble de tu linaje

podrías pedir muerte más honrosa.

CASIO ¡Un colegial imberbe, indigno de tanta gloria,

asociado a un farsante y a un vividor!

ANTONIO ¡Calla ya, viejo Casio!

OCTAVIO ¡Basta! ¡Vamos, Antonio!

Lanzamos el reto, traidores, a su propia cara.

Salgan al campo hoy, si se atreven.

Si no, cuando tengan agallas.

Salen OCTAVIO*,* ANTONIO *y su ejército* .

CASIO Bien. ¡Que sople el viento, se inflame el mar,

y partan las naves! Hay tormenta y el azar dirá.

BRUTO Eh, Lucilio, una palabra.

LUCILIO (*Acercándose* .) ¿Mi señor?

BRUTO *y* LUCILIO *hablan aparte* .

CASIO Mesala.

MESALA (*Acercándose* .) ¿Qué dice, mi general?

CASIO Mesala,

hoy es mi cumpleaños; en este día preciso

nació Casio. Dame tu mano, Mesala.

Sé testigo de que, contra mi voluntad

(como ocurrió a Pompeyo), tengo que arriesgar

toda nuestra libertad en una sola batalla.

Tú bien sabes que concuerdo con Epicúreo

y su doctrina. Ahora he cambiado de opinión,

y creo, en parte, que existen los presagios.

Viniendo de Sardis, dos águilas formidables

se posaron en nuestros estandartes de vanguardia,
y, comiendo voraces de la palma de los soldados,
nos escoltaron hasta Filipo.
Esta mañana emprendieron vuelo y en su lugar
vi volar cuervos, buitres y aves de carroña,
sobre nuestras cabezas y, desde la altura,
nos miraban como a presas moribundas.
Bóveda siniestra, la de sus sombras, bajo la cual
nuestro ejército descansa, listo para entregar el alma.
MESALA No creas eso.
CASIO Solo en parte lo creo;
mi espíritu se mantiene abierto y decidido
a hacer frente a todos los riesgos.
BRUTO Aunque así fuera, Lucilio.
Vuelve a CASIO.
CASIO Bien, nobilísimo amigo.
Que los dioses de hoy nos sean favorables, para que
la vejez nos sorprenda unidos en la paz.
Mas, puesto que la suerte humana es siempre incierta,
supongamos que ocurriera lo peor.
Si perdemos esta batalla, esta será
la última vez que hable contigo, Bruto.
¿Has decidido qué harás en ese caso?
BRUTO Seguiré el dictado de aquella filosofía
por la cual culpé a Catón de infligirse

su propia muerte… No sé muy bien por qué,

pero creo bajo y cobarde acortar

el tiempo de esta vida. Me armaré de entereza

para aceptar la providencia de los altos poderes

que gobiernan los destinos.

CASIO Entonces, si nos toca la derrota,

¿dejarás que te paseen por las calles de Roma

como un botín de guerra?

BRUTO No, Casio, no. Da por descontado, noble romano,

que Bruto nunca irá a Roma en cadenas.

Le sobra grandeza de alma. Pero este mismo día

concluirá lo que empezó en los idus de marzo,

y si hemos de vernos de nuevo, no lo sé.

Démonos, por tanto, un adiós imperecedero.

¡Por siempre y hasta siempre, Casio!

Si nos encontramos otra vez, será en la dicha.

Si no, habremos hecho bien en despedirnos.

CASIO ¡Por siempre y hasta siempre, Bruto! ¡Adiós!

Si volvemos a encontrarnos, sin duda, será en la dicha.

Si no, bien habremos hecho en despedirnos.

BRUTO De acuerdo. ¡Avancemos ya! ¡Quién puede anticipar

lo que traerá el final de este día! Baste con saber

que el día acabará y se conocerá el final. ¡En marcha!

Salen .

ESCENA II

Ruido de combate .

Entran BRUTO *y* MESALA.

BRUTO Deprisa, Mesala, galopa y lleva estas órdenes

a las legiones del otro flanco.

Ruido de combate más intenso .

Que se lancen de una vez, pues creo ver

poco entusiasmo en el ala de Octavio,

y un embate súbito puede derribarlos.

¡Galopa, Mesala, galopa! ¡Que bajen todos!

Salen .

ESCENA III

Ruido de combate .

Entran CASIO *y* TITINIO.

CASIO ¡Mira, Titinio! ¡Mira cómo huyen los gallinas!

Me he vuelto enemigo de mis propios hombres.

Este portaestandarte retrocedía;

maté al cobarde, y tomé su insignia.

TITINIO ¡Ay, Casio! Bruto dio la orden antes de tiempo.

Tenía cierta ventaja sobre Octavio

pero lo tomó muy a pecho. Sus soldados ya se dan al saqueo,

mientras nosotros aún estamos bajo el cerco de Antonio.

Entra PÍNDARO.

PÍNDARO ¡Huye, señor mío, aléjate enseguida!

Marco Antonio está en tus tiendas, mi señor.

¡Vuela, noble Casio! ¡Ponte a salvo!

CASIO Bastante lejos estamos en el cerro. Mira, mira, Titinio,

¿no son mis tiendas aquellas que arden?

TITINIO Lo son, mi señor.

CASIO Si en algo me aprecias, Titinio

monta mi caballo y clávale las espuelas,

hasta que hayas alcanzado a esas tropas.

Luego vuelve a decirme con certeza

si son amigas o enemigas.

TITINIO Regresaré antes que lo pienses.

Sale .

CASIO Tú, Píndaro, ve a aquel cerro más arriba,

que siempre he sido corto de vista. Observa a Titinio

y dime lo que veas en el campo de batalla.

PÍNDARO *sube* .

Un día como hoy tuve mi primer aliento; el tiempo ha dado la vuelta

y, donde comencé, termino;

mi vida cierra el círculo. (*A* PÍNDARO.) ¿Qué noticias hay?

PÍNDARO (*Desde arriba* .) Titinio está rodeado de jinetes

que se le acercan a galope tendido, no obstante

avanza… Ahora casi le han dado alcance.

¡Valor, Titinio! Algunos desmontan. ¡Él hace lo mismo!

¡Está perdido!

Gritos .

¿Oyes? ¡Gritan de alegría!

CASIO Baja, no mires más.

Sale PÍNDARO *por arriba* .

¿Qué clase de cobarde vive para ver

a su mejor amigo encadenado?

Entra PÍNDARO.

Tú, ven acá.

En Parsia te tomé prisionero

y, al perdonarte la vida juraste

que aquello que te ordenase, lo cumplirías.

Ahora te recuerdo esa promesa.

¡Sé libre! Con la recia espada

que atravesó la entraña de César, abre este pecho.

No discutas. Aquí, coge la empuñadura

y, cuando haya cubierto mi rostro,

guía la hoja.

PÍNDARO *le clava la espada.*

César, te ha vengado

la misma espada que te dio muerte.

Muere .

PÍNDARO Soy libre, pues; mas no lo sería

de haber tenido el valor de negarme. ¡Oh, Casio!

Píndaro correrá tan lejos de este tierra,

que ningún romano volverá a saber de él.

Sale.

Entran TITINIO*, coronado con un laurel, y* MESALA.

MESALA Es solo un trueque, Titinio. Las tropas

del noble Bruto han vencido a Octavio,

mientras las legiones de Casio caían frente a Antonio.

TITINIO La noticia será un consuelo para Casio.

MESALA ¿Dónde lo dejaste?

TITINIO Estaba desconsolado en este cerro,

junto a Píndaro, su esclavo.

MESALA ¿No es ese que está allí en el suelo?

TITINIO No yace como los vivos. ¡Ay, alma mía!

MESALA ¿Es aquel?

TITINIO No, Mesala. Era aquel.

De Casio ya nada queda. Sol del crepúsculo,

como tus rojos rayos te hunden en la noche,

en su sangre acaba el día para Casio.

¡Se ha puesto el sol de Roma! Es el fin de nuestro día.

¡Nubes, escarcha, tinieblas, vengan todas!

Todo ha acabado. La causa fue su temor a mi suerte.

MESALA Temor a la buena suerte; esa fue la causa.

Odioso Error, hijo de la Melancolía,

¿por qué confundes el entendimiento

humano con sombras impalpables? Ah, Error,

tan deprisa concebido; no ves nunca la luz,

porque matas a la madre que te engendra.

TITINIO ¡Píndaro! ¿Dónde estás, Píndaro?

MESALA Búscale, Titinio, mientras yo voy

al encuentro del noble Bruto para clavar

mi informe en sus oídos. Clavar, digo,

porque ni el punzante acero, ni flechas venenosas

podrían herirle más que esta noticia.

TITINIO Ve tú; Mesala,

yo en tanto buscaré a Píndaro.

Sale MESALA.

¿Por qué tenías que enviarme, valiente Casio?

¿No alcancé a tus amigos, no pusieron en mi frente

esta guirnalda de la victoria, rogándome que la hiciera tuya?

¿No escuchaste sus gritos? Pero, ay desgracia,

interpretaste mal los signos. Ten, toma esta guirnalda;

tu querido Bruto me pidió que te la diera, y yo

cumpliré el mandato. Bruto, ven pronto

y mira cómo supe respetar a Cayo Casio.

Con el perdón de los dioses; este es un acto de romanos.

¡Ven, espada de Casio! ¡Aquí está mi corazón!

Se clava la espada y muere. Ruido de combate.

Entran BRUTO*,* MESALA *el joven,* CATÓN*,* ESTRATÓN*,* VOLUMNIO*,* LUCILIO*, Labeo y Flavio* .

BRUTO ¿Dónde, Mesala, dónde yace su cuerpo?

MESALA Allá. Y Titinio está velándolo.

BRUTO Titinio está boca arriba.

CATÓN Está muerto.

BRUTO ¡Ah, Julio César! ¡Aún eres poderoso!

Tu espíritu ronda la tierra volviendo la espada

contra nuestra propia entraña.

Ruidos apagados .

CATÓN ¡Valiente Titinio!

Vean cómo coronó a Casio ya muerto.

BRUTO ¿Quedarán dos romanos como estos?

Adiós para ti, último de los romanos.

Roma nunca volverá a producir un hombre

semejante. Señores, debo más lágrimas

a este amigo muerto que las que me verán pagar.

Me haré tiempo, Casio, me haré tiempo.

Pero ahora vamos, que envíen su cuerpo a Tasos.

El funeral no puede hacerse en nuestro campo,

pues caería la moral. Ven, Lucilio,

ven, joven Catón; volvamos al frente.

Labeo y Flavio, dispongan los batallones.

Son las tres; antes que caiga la noche, romanos,

probaremos suerte en un nuevo combate.

Salen llevando los cuerpos .

ESCENA IV

Ruido de combate. Entran peleando soldados de ambos frentes; luego BRUTO*,* MESALA*, el joven* CATÓN*,* LUCILIO *y* FLAVIO.

BRUTO Resistan compatriotas, ¡la frente en alto!

Sale combatiendo, seguido por MESALA *y* FLAVIO.

CATÓN ¿Y qué bastardo no lo haría? ¿Quién me sigue?

Proclamaré mi nombre en todo el campo.

¡Soy el hijo de Marco Catón,

terror de los tiranos y amigo de mi patria!

Soy el hijo de Marco Catón, ¡ahí tienen!

Entran más soldados y luchan .

LUCILIO ¡Y yo soy Bruto, Marco Bruto!

Bruto, amigo de mi patria. ¡Sepan que soy Bruto!

Matan a CATÓN.

¡Joven y noble Catón! ¿Has caído?

Bien, has muerto con tanto valor como Titinio

y como hijo de Catón debes ser honrado.

Capturan a LUCILIO.

PRIMER SOLDADO ¡Ríndete o estás muerto!

LUCILIO Solo me rendiré para morir.

Ofreciendo dinero .

Aquí tienen; hay de sobra para que me maten de una vez.

Asesinen a Bruto, y cúbranse de gloria con su muerte.

PRIMER SOLDADO No podemos. ¡Es un prisionero noble!

SEGUNDO SOLDADO ¡Paso! Avisen a Antonio que hemos capturado a Bruto.

PRIMER SOLDADO Llevaré la noticia.

Entra ANTONIO.

Acá viene el general. ¡Bruto es nuestro! ¡Ha caído prisionero,

mi señor!

ANTONIO ¿Dónde está?

LUCILIO A salvo, Antonio. Bruto está a salvo.

Y te puedo asegurar que, mientras él viva,

ningún enemigo le pondrá la mano encima.

Los dioses le protegen de ese oprobio.

Cuando ustedes le encuentren, vivo o muerto,

encontrarán al único Bruto, el mismo de siempre.

ANTONIO Este no es Bruto, amigos; pero, les aseguro,

no es un trofeo menos valioso. Manténgalo a salvo,

y trátenlo con gentileza. A un hombre así lo prefiero

de amigo y no en mi contra. Vayan,

vean si Bruto ha muerto o sigue vivo;

y esperaré sus noticias en la tienda de Octavio.

Salen .

ESCENA V

Entran BRUTO*,* DARDANIO*,* CLITO*,* ESTRATÓN *y* VOLUMNIO.

BRUTO Acá, mi pobre resto de amigos. Descansen en esta roca.

CLITO Hemos visto la antorcha de Estalacio, mi señor,

pero él no ha vuelto. O está preso, o le han dado muerte.

BRUTO Siéntate, Clito: matar es la consigna,

la hazaña que está de moda. Escucha, Clito.

Susurra .

CLITO ¿Yo, mi señor? ¡Por nada en el mundo!

BRUTO Calla, pues. Ni una palabra.

CLITO Antes me mataría a mí mismo.

BRUTO ¡Escucha, Dardanio!

Susurra .

DARDANIO ¿Tendré que ser yo quien lo haga?

CLITO ¡Dardanio!

DARDANIO ¡Ay, Clito!

CLITO ¿Qué horrenda proposición te ha hecho Bruto?

DARDANIO Me pidió que le matara, Clito. Mírale meditar.

CLITO Tan lleno de dolor está ese noble vaso

que escurre hasta por los ojos.

BRUTO Ven acá, buen Volumnio. Escúchame.

VOLUMNIO ¿Qué dices, señor?

BRUTO Te digo, Volumnio

que el fantasma de César apareció ante mí

dos veces en la noche: una en Sardis

y esta última acá, en los campos de Filipo.

Ha llegado mi hora, lo sé.

VOLUMNIO No lo creas, mi señor.

BRUTO Estoy seguro que sí, Volumnio.

Ya ves el mundo, Volumnio, y lo que ocurre.

El enemigo nos ha empujado al abismo.

Ruido de combate, poco intenso .

Hay más honra en saltar por nuestro pie

que en recibir el golpe de sus manos.

Volumnio, fuimos juntos al colegio; tú lo sabes.

Por ese cariño antiguo, te lo ruego:

sostén firme mi espada mientras me lanzo sobre ella.

VOLUMNIO Así no se sirve a un amigo, señor.

Sigue el ruido de combate .

CLITO ¡Huye, señor, huye! Acá no hay nada que nos detenga.

BRUTO Adiós a ti, y a ti; y a ti, Volumnio.

Estratón, has dormido todo este tiempo;

adiós a ti también. Compatriotas,

mi corazón se alegra de que en toda mi vida

ni un solo hombre me fuera desleal.

Más gloria alcanzaré hoy con mi derrota,

que Octavio y Antonio con sus infames victorias.

Me despido de todos juntos, pues la lengua de Bruto

ha concluido ya la historia de su vida.

La noche pende sobre mis ojos, mis huesos piden descanso,

pues mucho se han afanado para llegar a esta hora.

Ruido de combate.

Alguien grita «¡A huir, a huir, a huir!» .

CLITO ¡Escapa, señor, escapa!

BRUTO ¡Salgan! Yo los seguiré.

Salen CLITO*,* DARDANIO *y* VOLUMNIO.

Estratón, te suplico que sigas junto a tu señor.

Eres un hombre de respeto, la vida te ha dado honor.

Sostén mi espada, y vuelve tu cara

mientras me lanzo sobre ella. ¿Lo harás, Estratón?

ESTRATÓN Primero estrecha mi mano. Adiós, mi señor.

BRUTO Adiós, buen Estratón. César, descansa ahora,

que no quise tu muerte tanto como deseo la mía.

Se lanza sobre su espada y muere .

Ruido de combate. Entran ANTONIO, OCTAVIO, MESALA, LUCILIO *y el ejército* .

OCTAVIO ¿Quién es ese?

MESALA El sirviente de mi señor. Estratón, ¿dónde está tu amo?

ESTRATÓN Libre de las cadenas que a ti te amarran, Mesala.

Los vencedores no sacarán de su cuerpo más que fuego,

porque Bruto solo se rindió a sí mismo.

Nadie podrá ungirse con la gloria de su muerte.

LUCILIO Qué menos esperar de él. Gracias te doy, Bruto,

por probar que Lucilio decía la verdad.

OCTAVIO Llevaré conmigo a todos lo que sirvieron a Bruto.

Amigo, ¿quieres consagrar tu tiempo a mí?

ESTRATÓN Si Mesala tiene a bien recomendarme…

OCTAVIO Hazlo, buen Mesala.

MESALA ¿Cómo murió mi señor, Estratón?

ESTRATÓN Corrió contra su espada mientras yo la sostenía.

MESALA Octavio, puedes llevar contigo

a quien prestó el último servicio a mi señor.

ANTONIO De todos los nobles romanos, este fue el más noble.

Salvo él, todos los conspiradores

mataron a César por envidia.

Al unirse a la conjura, solo a él guió

un pensamiento honesto y el deseo del bien común.

Tan pura fue su vida, y equilibrados sus rasgos

que la naturaleza podría enfrentar al mundo

y decir con orgullo: «¡Este fue un hombre!».

OCTAVIO Rindámosle el homenaje y los ritos fúnebres

que esa virtud reclama.

Esta noche sus restos descansarán en mi tienda

con los honores debidos a un gran soldado.

Llamen, pues, la tropa a descanso, y compartamos

las glorias de un feliz día que ha terminado.

Salen .

HAMLET

versión de

Tomás Segovia

Escrita entre 1600 y 1601, fue inscrita en el registro de publicaciones en el verano de 1602. A finales de 1580 y principios de 1590, circuló una primera versión de *Hamlet* , de autoría desconocida y hoy perdida, aunque algunos críticos la atribuyen a Thomas Kyd o incluso al propio Shakespeare, quien habría reelaborado su propia obra en el texto que hoy conocemos. Un primer Cuarto se publicó en 1603, mucho más corto que las ediciones posteriores, quizá una reconstrucción de la versión representada. En 1604, vio la luz un segundo Cuarto, que probablemente sea la versión autorizada de la compañía para desplazar al primer e incompleto Cuarto y que tal vez, según algunos editores, se compuso directamente a partir del manuscrito de Shakespeare. El texto del Primer Folio de 1623 parece basado en el guión teatral —la versión que se ponía en escena y que a menudo abreviaba considerablemente el manuscrito original—, pues tiene muchas más indicaciones escénicas que el segundo Cuarto y setenta versos nuevos, al tiempo que omite doscientos treinta versos del segundo Cuarto. Casi todas las ediciones modernas suelen añadir a la versión del Primer Folio los versos omitidos del segundo Cuarto, como hizo Tomás Segovia en la versión que aquí publicamos.

DRAMATIS PERSONAE

Claudio, REY de Dinamarca

HAMLET, príncipe, hijo del difunto rey de Dinamarca, y sobrino del actual

POLONIO, lord Chambelán

HORACIO, amigo de Hamlet

LAERTES, hijo de Polonio

VOLTEMAND, cortesano

CORNELIO, cortesano

ROSENCRANTZ, cortesano

OSRIC, cortesano

Un CABALLERO, cortesano

Un SACERDOTE, cortesano

MARCELO, soldado

BERNARDO, soldado

FRANCISCO, soldado

REINALDO, criado de Polonio

Los ACTORES

Dos aldeanos, sepultureros

FORTINBRÁS, príncipe de Noruega

Un CAPITÁN

EMBAJADORES ingleses

Gertrudis, REINA de Dinamarca y madre de Hamlet

OFELIA, hija de Polonio

ESPECTRO del padre de Hamlet

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran BERNARDO *y* FRANCISCO*,*

dos centinelas .

BERNARDO ¿Quién va?

FRANCISCO No, contesta tú. Detente y descúbrete.

BERNARDO Viva el rey.

FRANCISCO ¿Bernardo?

BERNARDO El mismo.

FRANCISCO Llegas muy puntualmente a tu hora.

BERNARDO Acaban de dar las doce, vete a la cama, Francisco.

FRANCISCO Por este relevo muchas gracias,

hace un frío que pela, y estoy desalentado.

BERNARDO ¿Tuviste una guardia tranquila?

FRANCISCO No se movió un ratón.

BERNARDO Bueno, buenas noches.

Si te encuentras a Horacio y a Marcelo,

los compañeros de mi guardia,

diles que se den prisa.

Entran HORACIO *y* MARCELO.

FRANCISCO Me parece escucharlos.

Alto: ¿quién anda ahí?

HORACIO Amigos del país.

MARCELO Vasallos del danés.

FRANCISCO Buenas noches tengáis.

MARCELO Que os vaya bien, nobles soldados.

¿Quién os ha relevado?

FRANCISCO Bernardo toma mi lugar.

Buenas noches tengáis.

Sale FRANCISCO.

MARCELO Hola, Bernardo.

BERNARDO Dime, ¿es ese Horacio?

HORACIO Lo que queda de él.

BERNARDO Sed bienvenido, Horacio; bienvenido, buen Marcelo.

MARCELO Dime, ¿apareció otra vez esta noche esa cosa?

BERNARDO No he visto nada.

MARCELO Según Horacio, es solo nuestra fantasía,

y no se deja ganar por la creencia

en cuanto a esa visión horrible

que hemos visto dos veces;

por eso le invité a venir con nosotros

a velar los minutos de esta noche,

para que, si otra vez la aparición viniera,

dé fe de nuestros ojos, y le hable.

HORACIO Bah, bah, no habrá de aparecer.

BERNARDO Siéntate un rato

y deja que asaltemos de nuevo tus oídos,

que tan fortificados se han mostrado

contra nuestro relato

de lo que ya dos noches hemos visto.

HORACIO Está bien, sentémonos

y oigamos a Bernardo hablar de eso.

BERNARDO Esta noche pasada,

cuando esa misma estrella al oeste del polo

había hecho su curso

para ir a iluminar esa parte del cielo

donde ahora está ardiendo,

marcelo y yo, al dar la una…

MARCELO Silencio, cállate:

Entra el ESPECTRO.

mira por dónde viene una vez más.

BERNARDO En la misma figura del difunto rey.

MARCELO Tú eres letrado, háblale, Horacio.

BERNARDO ¿No se parece al rey? Fíjate, Horacio.

HORACIO Muchísimo: me pasma de temor y asombro.

BERNARDO Quiere que hablen con él.

MARCELO Háblale, Horacio.

HORACIO ¿Quién eres tú que usurpas las horas de la noche,

unido al bello y belicoso aspecto

con que la majestad del difunto danés

marchaba a veces? Te conmino

por los cielos a hablar.

MARCELO Está ofendido.

BERNARDO Míralo, se aparta.

HORACIO Espera, habla; habla: te conmino, habla.

Sale el ESPECTRO.

MARCELO Se ha ido, y ya no nos contestará.

BERNARDO ¿Qué pasa, Horacio? Estás temblando y pálido.

¿No es esa cosa algo más que ilusión?

¿Qué piensas de esto?

HORACIO Dios me valga, jamás podría yo creerlo

sin el aval sensible y verdadero

de estos mis propios ojos.

MARCELO ¿No se parece al rey?

HORACIO Igual que tú a ti mismo,

así era la coraza exacta que llevaba

cuando contra el noruego ambicioso luchó;

así fruncía el ceño aquella vez

que en una airada plática

hirió con su maciza hacha el hielo.

Es extraño.

MARCELO Así ya dos veces,

y justo en esta misma hora mortal,

con marcial andadura

ha pasado delante de nuestra vigilancia.

HORACIO Con qué idea particular quedarme, no lo sé,

mas cuanto alcanza mi opinión en general

es que esto augura a nuestro Estado

algún suceso extraño.

MARCELO Bueno, ahora sentémonos, y dígame el que sepa

por qué esta vela, igual e igual de atenta,

agobia cada noche

al súbdito de este país,

y por qué esa diaria fundición

de cañones de bronce,

y el mercado extranjero de pertrechos de guerra:

por qué ese apremio a los navieros

cuya amarga tarea

no distingue el domingo del día de semana.

¿Adónde va a parar esta afanosa prisa

Que de la noche hace compañera del día?

¿Quién me puede informar?

HORACIO Yo puedo.

Al menos esto dicen los rumores:

nuestro último rey, cuya imagen acaba

de aparecérsenos hace un momento,

fue (como bien sabéis) por Fortinbrás, rey de Noruega

(empujado a tal cosa por una fatua envidia)

retado a combatir. Y al combatir,

nuestro valiente Hamlet (pues mucho estas regiones

del mundo conocido lo estimaban)

dio muerte al Fortinbrás:

el cual, por un contrato bajo sello,

ratificado por la ley y por la heráldica,
perdió (junto a la vida) todas aquellas tierras
de que era poseedor, a favor del triunfante:
contra lo cual un tanto equivalente
dio en prenda nuestro rey: el cual habría pasado
a ser la propiedad de Fortinbrás
de haber vencido él, como por el convenio
y a consecuencia del citado artículo,
el suyo pasó a Hamlet.
Pues ahora, señor, Fortinbrás hijo,
de inculto ardor repleto y encendido,
aquí y allá a lo largo de Noruega
ha logrado apañar una turba de gentes
desheredadas y atrevidas,
por la comida y algún sueldo, para una empresa
que exigía valor: y que no es otra
(como lo entiende claramente nuestro Estado)
que la de recobrar a costa nuestra,
con mano firme y términos conminatorios,
las mencionadas tierras que así perdió su padre:
y eso (diría yo) es la causa mayor
de los preparativos nuestros,
el origen de nuestra vigilancia
y el motivo central de esta gran prisa
y estos trastornos en las tierras.

BERNARDO Yo creo que no es otro sino ese;

y cuadra bien con ello que esta figura portentosa

venga armada a mitad de nuestra vela

tan igual que aquel rey

que fue y es el asunto de estas guerras.

HORACIO Es una mota que perturba

el ojo del espíritu:

en lo más alto y victorioso del estado de Roma,

poco antes de que cayera aquel tan poderoso Julio,

las tumbas se quedaron sin sus inquilinos,

mientras los muertos bajo sus mortajas

chillaban y balbuceaban por las calles romanas;

y estrellas con un rastro llameante

y rocíos de sangre, desastres en el Sol;

y la húmeda estrella

bajo cuya influencia caen los dominios de Neptuno

enfermó de un eclipse como el Día del Juicio.

Y un mismo anuncio de terríficos sucesos,

como de esos heraldos que a los hados preceden

y son el prólogo de la amenaza en ciernes,

demostraron unidos los cielos y la tierra

a estas regiones y a nuestros paisanos.

Entra de nuevo el ESPECTRO.

Pero basta, mirad: vedle por dónde viene nuevamente.

Le saldré al paso, aunque me infecte.

Alto, ilusión.

Si con algún sonido cuentas,

o con el uso de una voz cualquiera,

háblame.

Si alguna cosa puede hacerse

que a ti te alivie y que me plazca a mí,

háblame.

Si es que estás enterado de un sino de tu patria

que pueda por ventura

de antemano sabiéndose evitarse,

oh, habla.

O si has acumulado en vida

tesoros usurpados al vientre de la tierra

(por lo cual, dicen, los espíritus soléis

caminar en la muerte),

Canta el cuervo .

habla de ello. Detente y háblame.

Detenlo tú, Marcelo.

MARCELO ¿Le doy con mi alabarda?

HORACIO Sí, si no quiere detenerse.

BERNARDO Aquí está.

HORACIO Aquí está.

Sale el ESPECTRO.

MARCELO Se ha ido.

Hacemos mal, siendo tan majestuoso,

en oponerle muestras de violencia,

pues él es como el aire, invulnerable,

y nuestros vanos golpes una maldita burla.

BERNARDO Ya estaba por hablar cuando el gallo cantó.

HORACIO Y entonces escapó como el culpable

ante un terrible citatorio.

He escuchado decir que el gallo

es la trompeta de la luna.

Con su garganta estridente y altiva

despierta al dios del día, y que ante su advertencia,

ya en el mar o en el fuego, o ya en la tierra o aire,

el espíritu extraño y vagabundo huye

a su guarida; y de que eso es cierto

ese objeto presente nos da prueba.

MARCELO Con el canto del gallo se ha esfumado.

Dicen algunos que al venir la época

en la que el nacimiento del Salvador festejan,

el pájaro del alba canta toda la noche:

y entonces, según dicen,

ningún espíritu podría andar errante,

que las noches son sanas, ningún planeta hiere,

ningún hada seduce,

ninguna bruja tiene poder para encantar,

de tan santos que son

y tan llenos de gracia aquellos tiempos.

HORACIO Eso me han dicho, y yo lo creo en parte.

Pero mirad: el alba, en rojo manto atavïada,

marcha sobre el rocío de aquel cerro hacia el este;

rompamos nuestra guardia, y según mi opinión,

vayamos a impartir lo que esta noche vimos

al joven Hamlet. Porque, por mi fe,

el espectro que fue para nosotros mudo

a él sí le hablará.

¿Estáis de acuerdo en que se lo contemos,

tal como nos lo pide nuestro amor

y como casa con nuestro deber?

MARCELO Ruego que así lo hagamos, y yo sé esta mañana

dónde lo encontraremos fácilmente.

ESCENA II

Trompetas. Entran Claudio, REY *de Dinamarca, Gertrudis, la* REINA*; el Consejo, que incluye a* POLONIO *y su hijo* LAERTES*,* HAMLET *y otros* .

REY Aunque aún de la muerte

de Hamlet nuestro amado hermano

la memoria esté fresca,

y nos convenga pues tener el corazón en duelo,

y a nuestro reino todo

fruncir un único entrecejo dolorido,

con todo, ha combatido tanto

la discreción con la naturaleza,

que con más sabia pena pensaremos en él

sin dejar de acordarnos de nosotros.
Así pues, la que fue nuestra hermana, ahora nuestra reina,
imperial heredera de este marcial Estado,
hemos tomado (con vencido júbilo,
podríamos decir), con un ojo auspicioso
y el otro en lágrimas,
con gozo en las exequias y endechas en las bodas,
en fiel balanza sopesando el deleite y el luto,
por nuestra esposa; no excluyendo en esto
vuestro mejor consejo, que siguió libremente
los pasos de este asunto; por todo ello,
nuestro agradecimiento.
Y ahora debéis saber que el joven Fortinbrás,
no sabiendo apreciar nuestra valía,
o creyendo que a causa de la muerte
de nuestro amado hermano
nuestro Estado se encuentra desmembrado
y fuera de sus goznes,
casado con el sueño de conseguir ventaja,
nos viene atosigando sin descanso
con mensajes que piden la entrega de las tierras
que su padre, con todas las de la ley, perdió
y que ganara nuestro muy valiente hermano.
Pero basta ya de eso.
Entran VOLTEMAND

y CORNELIO.

En cuanto a nos, y en cuanto a nuestro encuentro

para el que os hemos convocado,

se trata de esto: hemos escrito

al rey noruego, tío del joven Fortinbrás,

que, inválido y en cama, casi no está enterado

de los propósitos de su sobrino,

que detenga sus pasos. Pues las levas

y enlistamientos y los suministros

se hacen todos a costa de sus súbditos;

y ahora os despachamos a uno y otro,

buen Cornelio y Voltemand,

para llevar este saludo al viejo rey noruego,

otorgándoos tan solo el poder personal

para tratar con él

que en detalle autorizan sus artículos.

Adiós, y que vuestra premura

dé fe de vuestro celo.

CORNELIO En eso, como en todo, se verá nuestro celo.

REY No nos cabe de ello duda alguna.

Adiós de corazón.

Salen VOLTEMAND *y* CORNELIO.

Y ahora pues, Laertes, ¿qué novedades tienes?

Nos hablaste de cierta petición,

¿cuál es, Laertes? No podrías tú

hablar de modo razonable al rey de Dinamarca
y en vano usar tu voz. ¿Qué pedirás, Laertes,
que no sea, más que tu petición, mi oferta?
no pertenece más naturalmente
nuestra cabeza a nuestro corazón,
no es la mano más útil a la boca
que este trono danés para tu padre.
¿Qué es lo que quieres conseguir, Laertes?
LAERTES Formidable señor, vuestro favor y venia
para volver a Francia.
De donde, aunque de buena gana vine,
mostrando mi deber, a presenciar
vuestra coronación,
tengo que confesar que ahora,
cumplido ese deber, mi pensamiento
y mis deseos vuelven a inclinarse hacia Francia,
y los someto a vuestra venia
y graciosa licencia.
REY ¿Tienes la venia de tu padre?
¿Qué nos dice Polonio?
POLONIO La tiene, mi señor,
que me arrancó mi renüente venia
con laboriosa petición, y al fin
puse a su voluntad el arduo sello
de mi consentimiento;

y en efecto suplico le deis licencia de partir.

REY Goza, Laertes, de tu hermosa hora,

y dispón de tu tiempo

y tus mejores prendas lo gasten a su gusto.

Y ahora, Hamlet, primo e hijo mío…

HAMLET Algo más que pariente, pero menos que deudo.

REY ¿… cómo es que estáis aún bajo esos nubarrones?

HAMLET Nada de eso, señor, estoy en pleno sol.

REINA Mi buen Hamlet, destierra esos tintes nocturnos,

y que tus ojos miren como amigo

al rey de Dinamarca.

No sigas para siempre, con apretados párpados,

por entre el polvo, buscando a tu noble padre.

Bien sabes que es la ley común

que todo lo que vive ha de morir,

ha de pasar de la naturaleza

hacia la eternidad.

HAMLET En efecto, señora, es lo común.

REINA Pues si es así, ¿por qué a tus ojos

parece tan inusüal?

HAMLET ¿Que parece decís, señora?

No hay tal: es; yo no sé de pareceres,

no es tan solo mi capa color tinta,

mi buena madre, ni mi usual ropaje

solemnemente negro, ni el suspirar ruidoso

con forzado resuello.

No, ni el copioso río de los ojos,

ni el aspecto abatido de mi rostro,

junto a todas las formas

y talantes y muestras de dolor,

lo que puede de veras expresarme.

Todo eso en efecto es parecer,

pues son actos que un hombre muy bien puede fingir,

pero yo llevo dentro lo que va más allá

de cualquier apariencia;

lo otro son los arreos y galas de la pena.

REY Se muestra grata y muy recomendable

vuestra naturaleza, Hamlet,

rindiendo tal tributo de duelo a vuestro padre;

pero debéis saber

que vuestro padre perdió un padre,

y ese padre perdido perdió al suyo,

y que el sobreviviente está obligado,

por el deber filial, durante un tiempo,

a dar muestra obsequiosa de su pena.

Pero perseverar en obstinada condolencia

es un comportamiento de terquedad impía.

Es un dolor nada viril, que muestra

alguna voluntad descortés con los cielos,

un corazón sin fuerza, una mente impaciente,

un criterio bien simple y sin educación,
pues eso que sabemos que ha de ser,
y es tan común como la cosa
más familiar al buen sentido, ¿por qué tendríamos,
en nuestra oposición pueril, que tomárnosla a pecho?
¡Bah!, es faltarle al cielo, y a la naturaleza,
es un absurdo para la razón,
para quien es tema corriente la muerte de los padres,
y que ha gritado siempre, desde el primer cadáver
hasta el que ha muerto hoy mismo,
que esto ha de ser así.
Os rogamos echar por tierra este dolor indigno,
y que penséis en nos como en un padre;
pues tome nota el mundo
de que sois vos el más cercano a nuestro trono,
y de que con amor no menos noble
que el que un padre amadísimo pueda dar a su hijo,
os considero yo. En cuanto a vuestra idea
de volver a la escuela en Wittenberg,
nada podría chocar más contra nuestro deseo,
y yo os suplico que os sirváis
permanecer aquí bajo la dicha
y la molicie de nuestra mirada,
como el más importante de nuestros cortesanos
y nuestro primo y nuestro hijo.

REINA No dejes que resulten vanas

las preces de tu madre, Hamlet:

te ruego que te quedes con nosotros,

que no vayas a Wittenberg.

HAMLET Os obedeceré, señora, lo mejor que pueda.

REY Vaya, es una respuesta afectüosa y justa.

Sed igual que nos mismo en Dinamarca.

Venid, señora, este acuerdo cortés

y espontáneo de Hamlet ante mi corazón

se presenta sonriente; en gracia de lo cual,

ningún brindis jocundo

que el rey de Dinamarca haga hoy

dejará de anunciarlo hasta las nubes

el gran cañón, y cada trago regio

habrán de proclamarlo nuevamente los cielos

haciendo eco al atronar terrestre.

Venid conmigo.

Trompetas .

Salen todos menos HAMLET.

HAMLET Ah, que esta carne demasiado,

demasiado compacta se fundiese,

se derritiese y resolviese en un rocío,

o que el Eterno no hubiera fijado

su canon contra aquel que a sí se da la muerte.

¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué fatigosos, rancios,

vanos y sin provecho

me parecen los usos de este mundo!

¡Qué asco da! ¡Oh, asco, asco!

Es un jardín sin desbrozar

que crece hasta dar grano.

Solo cosas vulgares

y de índole grosera lo poseen.

Haber tenido que llegar a esto:

dos meses muerto apenas; no, ni siquiera dos;

un rey tan excelente, que al lado de este otro

era Hiperión junto a algún sátiro;

tan amoroso con mi madre,

que no permitiría que los vientos del cielo

visitaran su rostro con rudeza.

Cielo y tierra, ¿tendré que recordarlo?

Ah, sí, se colgaba de él

cual si hubiera crecido su apetito

con eso mismo que lo alimentaba.

¡Y sin embargo, en solo un mes…!

No quiero ni pensarlo:

fragilidad, mujer te llamas.

Un breve mes. O antes de haber gastado

esos mismos zapatos con los cuales siguió

el cuerpo de ese pobre padre mío

como Níobe, hecha un mar de lágrimas.

¡Ay, Dios, y ella, ella misma (¡oh, cielos!, una bestia

privada de la luz de la razón

habría prolongado más su luto),

casada con mi tío, hermano de mi padre,

pero tan poco parecido a él

como yo mismo a Hércules. ¡Solo al cabo de un mes!

Antes aún de que la sal

de las más indebidas lágrimas

hubiera abandonado el flujo

de sus enrojecidos ojos,

se casó. Ah, pervertida prisa,

correr tan diestramente al lecho incestüoso:

ni esto es bueno, ni puede acabar bien.

Pero que se me rompa el corazón,

pues debo retener mi lengua.

Entran HORACIO*,* BERNARDO *y* MARCELO.

HORACIO Saludo a vuestra alteza.

HAMLET Me alegro de encontrarte bien.

¿Horacio? ¿O ya no sé lo que me digo?

HORACIO El mismo, señor mío,

y siempre vuestro humilde servidor.

HAMLET Señor amigo mío: es el nombre que os daré a cambio.

¿Y qué os trae desde Wittenberg, Horacio?

Marcelo…

MARCELO Mi Señor…

HAMLET Me alegra veros, buenas noches, señor mío.

Pero en efecto, ¿qué os trae desde Wittenberg?

HORACIO Una tendencia a la vagancia, buen señor.

HAMLET No quisiera escuchar tal cosa

ni aun en los labios de vuestro enemigo,

y no hagáis a mi oído la violencia

de hacerle atestiguar ese dictamen vuestro.

Sé que no sois un vago.

Mas, ¿qué tenéis que hacer en Elsinor?

Os hemos de enseñar a beber de verdad

antes de que os vayáis.

HORACIO Señor, vine a asistir al funeral de vuestro padre.

HAMLET Por favor, no te burles de mí, compañero.

Creo que fue a la boda de mi madre.

HORACIO Ciertamente, señor, sucedió de inmediato.

HAMLET Ahorro, ahorro, Horacio:

la carne asada de los funerales

fue el fiambre en las mesas de la boda;

más me valiera haber topado

a mi más entrañable enemigo en los cielos

antes que presenciar tal día, Horacio.

Mi padre, me parece que veo a mi padre.

HORACIO Ah, ¿dónde, señor?

HAMLET En la mirada de mi espíritu,

mi buen Horacio.

HORACIO Yo lo vi alguna vez; era un rey excelente.

HAMLET Era un hombre, de todo a todo:

nunca volveré a ver quien se le iguale.

HORACIO Señor, creo que lo vi anoche.

HAMLET ¿Lo viste? ¿A quién?

HORACIO Señor, a vuestro padre el rey.

HAMLET ¿El rey mi padre?

HORACIO Retened un momento vuestro asombro

con un oído atento, mientras os relato,

con estos caballeros por testigos,

ese portento.

HAMLET Por amor de Dios,

déjame oírlo.

HORACIO Dos noches seguidas

estos dos caballeros (Marcelo y Bernardo)

tuvieron en su guardia, en el mortal vacío

y en medio de la noche, el encuentro siguiente:

una figura parecida a vuestro padre,

armada en todo punto exactamente,

de punta en blanco, aparece ante ellos,

y con marcha solemne,

avanza lento y majestuoso;

por tres veces marchó cerca de ellos,

cerca de sus ansiosos ojos

aterradoramente sorprendidos,

a la distancia del bastón de mando
que llevaba, mientras que ellos,
reblandecidos casi como gelatina
por efecto del miedo, permanecían mudos
y sin decirle nada. Y esto a mí,
en terrible secreto, me contaron,
y yo con ellos la tercera noche
hice la guardia, durante la cual,
como me habían dicho ambos,
en esa forma misma, haciendo verdadera
con toda exactitud cada palabra,
llega la aparición.
Yo había conocido a vuestro padre:
no son más parecidas entre sí estas manos.
HAMLET Pero esto, ¿dónde fue?
HORACIO Señor, en la explanada donde hacíamos guardia.
HAMLET ¿No le hablasteis?
MARCELO Señor, le hablé;
pero no dio respuesta alguna.
Me parece no obstante que una vez
levantó la cabeza, e hizo un ademán
como si fuera a hablar,
pero en ese momento el gallo mañanero
cantó con fuerza, y ante aquel sonido
se dio a la retirada apresuradamente

y se esfumó de nuestra vista.

HAMLET Es muy extraño.

HORACIO Tan verdad,

mi honorable señor, como que estoy vivo.

Nos pareció que era nuestro deber,

como está escrito, hacéroslo saber.

HAMLET Ciertamente, señores, ciertamente;

pero esto me ha turbado. ¿Hacéis guardia esta noche?

AMBOS Así es, señor mío.

HAMLET ¿Habéis dicho que armado?

AMBOS Armado, sí, señor.

HAMLET ¿De punta en blanco?

AMBOS Sí, señor, de los pies a la cabeza.

HAMLET ¿Entonces no le habéis visto la cara?

HORACIO Oh, sí, señor, llevaba la visera alzada.

HAMLET ¿Y qué? ¿Fruncía el ceño?

HORACIO Una expresión más dolorida que colérica.

HAMLET ¿Pálido, o encendido?

HORACIO No, muy pálido.

HAMLET ¿Y fijaba los ojos en vosotros?

HORACIO Constantemente.

HAMLET Ojalá hubiera estado allí.

HORACIO Mucho os hubiera sorprendido.

HAMLET Es muy probable, es muy probable.

¿Se quedó mucho tiempo?

HORACIO Lo que uno tardaría, sin demasiada prisa,

en contar hasta ciento.

AMBOS No, más tiempo, más tiempo.

HORACIO No cuando yo lo vi.

HAMLET Su barba era entrecana, ¿no?

HORACIO En efecto, tal cual

la había visto en vida suya yo.

Negro y plata.

HAMLET Yo haré guardia esta noche.

Tal vez salga de nuevo.

HORACIO Os garantizo que saldrá.

HAMLET Si asume la persona de mi noble padre,

le hablaré, aunque el infierno mismo

abra las fauces para mandarme callar.

Os suplico a los tres, si hasta el momento

habéis tenido oculta esta visión,

siga guardada aún bajo vuestro silencio;

y cualquier cosa que esta noche ocurra,

halle lugar en vuestro entendimiento,

pero no en vuestra lengua;

sabré corresponder a vuestro amor.

Y dicho esto, adiós; en la explanada,

entre once y doce, os haré una visita.

TODOS Nuestra obediencia, señoría.

Salen .

HAMLET Vuestro amor, como el mío

para todos vosotros. Id con Dios.

¿La sombra de mi padre armada?

Algo anda mal. Sospecho alguna sucia treta;

ojalá fuera ya de noche;

hasta entonces, serénate, alma mía;

las perfidias saldrán a plena luz

aunque la tierra entera las sepulte

a la mirada humana.

ESCENA III

Entran LAERTES *y* OFELIA.

LAERTES Mi equipaje está ya embarcado; adiós;

y hermana: cuando sean favorables los vientos

y el transporte se preste, no te duermas,

dame noticias tuyas.

OFELIA ¿Es que acaso lo dudas?

LAERTES En cuanto a Hamlet, y a ese devaneo

de sus favores, considéralo una moda,

solo un capricho de su lozanía,

una violeta que en su juventud

da la naturaleza primeriza;

precoz, no permanente; dulce, no duradera,

el perfume y deleite de un minuto,

no más.

OFELIA ¿Eso y no más?

LAERTES No pienses que es más que eso.

Pues la naturaleza en crecimiento

no crece solo en músculos y en bulto,

sino a medida que ese templo medra,

el servicio interior de la mente y el alma

se dilata también. Tal vez te ama ahora,

y ahora ni una mancha ni un engaño

empañan la virtud de su intención;

pero debes temer, si piensas en el peso

de su grandeza, que su voluntad

no esté en su mano: pues él mismo

está sujeto a su linaje: no le es dado,

como a personas sin valor, darse gusto a sí mismo,

pues de aquello que escoja él depende

la santidad y la salud de nuestro Estado entero,

y por lo tanto su elección tiene que estar

circunscrita a la voz y asentimiento

de ese cuerpo del que él es la cabeza.

De modo que si dice que te ama,

a tu prudencia corresponde

creerle en la medida en que él pudiera,

desde su sitio y en su acción precisa,

poner en hechos sus palabras:

o sea, solo en la medida en que coincida

con la voz general de Dinamarca.

Sopesa pues la pérdida que tu honor sufriría
si con oídos demasiado crédulos
llegaras a escuchar sus cantos,
o a entregarle tu corazón,
o si abres el tesoro de tu castidad
a su importunidad desenfrenada.
Témelo, Ofelia, témelo, querida hermana,
y quédate tras el baluarte de tu afecto,
lejos del dardo y el peligro del deseo.
La más escrupulosa de las vírgenes
es demasiado pródiga
si destapa a la luna su belleza:
la virtud misma no se libra
del látigo de la calumnia,
el gusano corroe muchas veces
los vástagos primaverales
antes que abran sus brotes, y en el alba
y el líquido rocío de la juventud
los contagiosos soplos son inminentes siempre.
Sé pues desconfiada;
la mejor salvaguarda es el temor;
la juventud ante sí misma se subleva
aunque no tenga a nadie enfrente.
OFELIA Guardaré la sustancia de esta buena lección
como vigía de mi corazón.

Pero, mi buen hermano, no hagas tú
lo que ciertos pastores desafortunados:
mostrarme el escarpado y espinoso camino
que lleva al cielo, mientras él,
como un desenfrenado y fatuo libertino,
pisa la senda florecida
de los deleites, y no acata sus preceptos.
LAERTES Oh, no temas por mí.
Entra POLONIO.
Se me está haciendo tarde;
pero mi padre viene.
La doble bendición es una gracia doble;
la ocasión me sonríe con un segundo adiós.
POLONIO ¿Aún aquí, Laertes?
A bordo, a bordo, ¿no te da vergüenza?
El viento da en la espalda de tu vela,
y te están esperando; vamos, toma mi bendición;
y estos pocos preceptos cuida que en tu memoria
queden grabados. No te muestres lenguaraz
para tus pensamientos, ni pongas en acto
un pensamiento desproporcionado.
Sé natural; pero vulgar, de ningún modo.
Los amigos que tengas,
y puesta a prueba su adopción,
aférralos a tu alma con anillas de acero;

pero no hagas callosa la palma de tu mano
agasajando a cada camarada imberbe
y no salido aún del cascarón;
cuídate de meterte en una riña,
pero una vez metido, llévala de tal modo
que sea tu oponente quien se cuide de ti.
Presta a todos tu oído, pero a pocos tu voz;
recibe las censuras de cualquiera,
pero resérvate tu juicio;
tu ropa tan costosa como alcance tu bolsa,
mas no manifestada estrafalariamente:
rica sí, no ostentosa,
pues muchas veces por el atavío
se ve lo que es un hombre,
y en Francia los de más alcurnia y rango
del modo más selecto y generoso
sobresalen en esto. Nunca pidas prestado
ni prestes tú, que un préstamo casi siempre te lleva
a perder el dinero y el amigo.
Y el pedir mella el filo de tu buen gobierno.
Y sobre todo esto: sé sincero
contigo mismo, y de ello ha de seguirse,
como la noche sigue al día, que no podrás entonces
ser falso con ninguno. Adiós. Mi bendición
haga que arraigue todo eso en ti.

LAERTES Con entera humildad me despido, señor.

POLONIO Te invita el tiempo, ve, tus criados te esperan.

LAERTES Adiós, Ofelia, y que recuerdes bien

lo que te acabo de decir.

OFELIA Guardado queda

en mi memoria bajo un buen cerrojo

del que tú mismo guardarás la llave.

LAERTES Adiós.

Sale LAERTES.

POLONIO ¿Qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA Con vuestra venia, algo que se refiere

al señor Hamlet.

POLONIO Vaya, bien pensado.

Me han dicho que a menudo últimamente

te ha dedicado mucho tiempo,

y que tú misma has sido muy liberal y pródiga

con tus audiencias. Si es así,

y así me lo han contado,

a manera de aviso, te tengo que decir

que no entiendes para ti misma

con suficiente claridad lo que conviene

a una hija mía, y a tu honor.

¿Qué hay entre él y tú? Y dime la verdad.

OFELIA Recientemente, mi señor,

me ha hecho muchas proposiciones

de su afecto hacia mí.

POLONIO Afecto, puah. Hablas igual que una mocosa

nada afinada para circunstancias

de un peligro tan grande.

¿Crees en sus proposiciones,

como las llamas tú?

OFELIA No sé, señor, lo que debo pensar.

POLONIO Yo por ventura te lo enseñaré.

Comprende que has sido una niña

para haber recibido sus proposiciones

como oro de ley, siendo falsa moneda.

Proponte tú a más alto precio;

o para que la pobre frasecita

no reviente de tanto ir y venir,

a mí me propondrás de estúpido.

OFELIA Señor, me ha requebrado de manera honesta.

POLONIO Sí, sí, puedes llamarlo moda, anda, anda.

OFELIA Y ha dado autoridad a su discurso

con casi todos los sagrados juramentos del cielo.

POLONIO Sí, trampas para bobos. Bien sé yo

cuando abrasa la sangre, con qué soltura el alma

presta promesas a la lengua;

estas pavesas, hija, con más luz que calor,

que una y otra se extinguen en su promesa misma

mientras aún está haciéndose,

no debes confundirlas con el fuego.

De ahora en adelante escatima algo más

tu virginal presencia;

pon mayor precio a tus invitaciones

que el de una orden de parlamentar.

En cuanto al señor Hamlet,

lo que debes creer es que es bien joven,

y que puede moverse

con una rienda mucho más abierta

que la que se te puede dar a ti.

En resumen, Ofelia, no creas sus promesas,

pues son agentes, no del tinte

que muestra su atavío,

sino solicitantes de impías peticiones

que hablan como si fueran

procuradores santos y piadosos

para engañar mejor. Y para terminar,

no voy a permitir, lo digo claramente,

de ahora en adelante,

que despilfarres tanto cada rato de ocio

como para envïar recados

o para estar hablando con el príncipe Hamlet:

fíjate en eso, te lo encargo. Y vete ya.

OFELIA Seré obediente a mi señor.

Salen .

ESCENA IV

Entran HAMLET, HORACIO *y* MARCELO.

HAMLET El aire corta como una navaja:

hace un gran frío.

HORACIO Es un aire que pincha.

Que muerde.

HAMLET ¿Qué hora es ya?

HORACIO Creo que cerca de las doce.

MARCELO No, dieron ya.

HORACIO Pues yo no las oí.

Entonces ya es casi la hora

en que el espectro ha demostrado

que acostumbra salir.

Un sonar de trompetas y dos cañones disparan .

¿Qué significa eso, mi señor?

HAMLET El rey trasnocha hoy, y vacía sus copas,

el rey está de juerga,

y los escandalosos arribistas

andan haciendo eses; y cada vez que él

se echa al goleto un trago de su vino del Rin,

cornetas y timbales rebuznan de este modo

el triunfo de su brindis.

HORACIO ¿Es eso una costumbre?

HAMLET Y vaya si lo es.

Pero a mi juicio, aunque yo sea

natural de estas tierras, y nacido
en medio de estos hábitos,
es costumbre que se honra más
rompiéndola que respetándola.
Este obtuso festejo a oriente y a poniente
nos hace ser juzgados
y censurados por otras naciones:
nos tildan de borrachos, y con grosera frase
manchan nuestro buen nombre; y en verdad esto quita
a nuestros méritos, por muy altos que sean,
la médula y la miga de nuestra nombradía.
Así sucede muchas veces
con ciertos individuos, que por algún lunar
de su naturaleza, como de nacimiento,
del cual no son culpables (pues la naturaleza
no podría escoger su origen),
por el exceso de un temperamento
que suele derribarle a la razón
sus fuertes y baluartes, o bien por algún hábito
que es como demasiada levadura
para la forma de la buena educación;
que esos hombres, marcados, como digo,
con un solo defecto, que es librea
de la naturaleza, o astro de la fortuna,
aun siendo sus virtudes de otra parte

más puras que la gracia,

tan infinitas como le es posible a un hombre,

en la censura general quedarán corrompidos

por esa falta única: el adarme de mal

hace dudar de toda la sustancia noble

para su propio escándalo.

Entra el ESPECTRO.

HORACIO Mirad, señor, ahí viene.

HAMLET Que los ángeles

y los ministros de la gracia nos defiendan.

Ya seas un espíritu benéfico,

o un trasgo maldecido,

ya nos traigas los aires celestiales

o bien los miasmas del infierno,

ya sea tu intención malvada o bondadosa,

vienes de modo tan afable

que te hablaré. He de llamarte Hamlet,

rey mío, padre mío, soberano de Dinamarca.

Ah, contesta, no dejes que me abrase la duda,

sino dime por qué tus huesos sacrosantos,

sepultos en la muerte, han rasgado el sudario,

y el sepulcro, en el cual te vimos

tan tranquilo en tu urna,

ha abierto sus pesadas mandíbulas de mármol

para arrojarte aquí arriba de nuevo.

¿Qué significa esto?

¿Que tú, cadáver muerto, recubierto otra vez

de acero todo tú, vuelvas a visitar

de este modo el reflejo de la luna,

haciendo así a la noche repulsiva?

Y a nosotros, bufones de la naturaleza,

sacudir tan horrendamente nuestro ser

con pensamientos fuera del alcance

de nuestras almas. Di, ¿por qué tal cosa?

¿A qué obedece? ¿Qué tenemos que hacer?

El ESPECTRO *hace una seña a* HAMLET.

HORACIO Os hace seña de partir con él.

Como si deseara tener un conciliábulo

con vos a solas.

MARCELO Ved con qué fineza

os conduce a un lugar más apartado.

Mas no vayáis con él.

HORACIO De ninguna manera.

HAMLET No quiere hablar. He de seguirle pues.

HORACIO No le sigáis, señor.

HAMLET ¿Y por qué no? ¿Qué tengo que temer?

Yo no doy una higa por mi vida;

en cuanto al alma, ¿qué podría hacerle a ella,

que es una cosa de por sí inmortal?

Otra vez me hace seña de que avance;

voy a seguirle.

HORACIO ¿Y si os atrae, señor,

hacia las ondas? ¿O a la cima horrible

de los acantilados que se ciernen

encima de su base sobre el mar,

y asume allí una forma horrible,

diferente, y que os prive

de la soberanía de la razón

y que os arroje en la locura?

Pensad en ello: el solo sitio

sugiere fantasías de desesperación

sin más motivo, ante cualquier cerebro

que mire tantas brazas hasta el mar

y lo escuche rugir abajo.

HAMLET Sigue llamándome. Adelante,

te seguiré.

MARCELO No debéis ir, señor.

HAMLET Quita tus manos.

HORACIO Haced caso, no debéis ir.

HAMLET Mi destino me llama

y hace a cada pequeña arteria de este cuerpo

más audaz que los nervios del león de Nemea.

¿Todavía me llama? Soltadme ya, señores,

por Dios santo, he de hacer un fantasma

de quien me estorbe.

Digo, adelante, vamos,

he de seguirte.

Salen el ESPECTRO *y* HAMLET.

HORACIO Se pone desesperado

con la imaginación.

MARCELO Sigámosle.

No es adecuado obedecerle ahora.

HORACIO Vamos tras él. ¿En qué acabará esto?

MARCELO Algo podrido hay en el reino de Dinamarca.

HORACIO Los cielos lo guiarán.

MARCELO No, no, sigámosle.

Salen .

ESCENA V

Entran el ESPECTRO

y HAMLET *detrás* .

HAMLET ¿Adónde quieres conducirme? Habla.

No iré más adelante.

ESPECTRO Escúchame.

HAMLET Te escucho.

ESPECTRO Casi es ya la hora

en que a las sulfurosas llamas de mi tormento

me debo someter.

HAMLET Ay dolor, pobre espectro.

ESPECTRO No te apiades de mí, sino más bien

presta un oído atento a lo que voy a revelarte.

HAMLET Habla. Yo estoy dispuesto a oír.

ESPECTRO También tendrás que estarlo a la venganza,

cuando me hayas oído.

HAMLET ¿Qué?

ESPECTRO Yo soy el espectro de tu padre.

Condenado durante cierto tiempo

a vagar en la noche, y en el día

confinado a ayunar entre las llamas

mientras son consumidos y purgados

los crímenes soeces

que llenaron mis días naturales.

Si no estuviera para mí vedado

revelar los secretos de mi cárcel,

podría hacerte tal relato

que la menor de sus palabras

llenaría de horror tu alma,

helaría tu sangre juvenil,

te pondría los ojos como estrellas

saltando de sus órbitas,

desharía tus rizos enredados

y pondría de punta cada pelo

como las púas del airado puercoespín.

Mas no debe decirse ese pregón eterno

a un oído carnal. Escucha, Hamlet,

oh escucha: si una vez

amaste a tu querido padre…

HAMLET ¡Oh, Dios!

ESPECTRO … venga su repugnante asesinato,

más antinatural que ningún otro.

HAMLET ¿Asesinato?

ESPECTRO Asesinato infame,

como lo es el mejor de ellos,

pero este el más infame, el más extraño

y menos natural.

HAMLET Pronto, dímelo pronto, para que con alas

tan raudas como la cavilación

o el pensamiento del amor,

me precipite hacia mi venganza.

ESPECTRO Te veo preparado,

y más lerdo tendrías que haber sido

que la pesada hierba

que echa raíz a gusto a orillas del Leteo,

para que no te hubiera estremecido esto.

Ahora escucha, Hamlet: se ha corrido la voz

de que durmiendo yo en mi huerto,

me picó una serpiente; todo oído danés

está engañado burdamente así

con una historia falsa de mi muerte.

Pero tú, noble joven,

has de saber que la serpiente

que en efecto mordió la vida de tu padre
hoy lleva su corona.
HAMLET Oh, alma mía profética, ¿mi tío?
ESPECTRO Sí; esa bestia incestüosa, adúltera,
con malas artes de su ingenio,
con regalos traidores (¡oh, malhadado ingenio
y malvados regalos, que tienen el poder
de seducir así!),
para su vergonzosa lascivia conquistó
el albedrío de mi reina
que tan virtuosa parecía.
Oh, Hamlet, qué caída hubo con eso,
desde mí, cuyo amor fue de tal dignidad,
que iba a la par de aquellos votos
que le hice en su boda; y para declinar
hacia un malvado cuyas dotes naturales
eran bien pobres comparadas con las mías.
Pero así como la virtud
no se dejará nunca conmover
por más que la lujuria la corteje
bajo una forma celestial,
del mismo modo el apetito, incluso unido
a algún ángel radiante,
se hastiará en una cama celestial
y se abalanzará sobre las inmundicias.

Pero basta, que pienso que olfateo ya el aire
de la mañana; seré breve.
Durmiendo yo en mi huerto,
como fue siempre mi costumbre por las tardes,
en mi momento de abandono
se deslizó tu tío, con un jugo
de maldito beleño en un frasquete
y en los portales de mi oído echó
la leprífica pócima, cuyos efectos
tan enemigos son de la sangre del hombre,
que rápidos como el azogue corren
a través de las puertas y avenidas
naturales del cuerpo, y con brusco vigor
ponen espesa y cuajan,
como unas gotas agrias en la leche,
la sangre leve y sana; eso hizo a la mía
y una súbita costra endureció,
al modo de la lepra,
con una vil y repugnante cáscara
todo mi suave cuerpo.
Así quedé, mientras dormía,
por obra de un hermano,
de vida, de corona y de reina privado;
segado en plena flor de mis pecados,
impreparado, sin extremaunción, sin viático,

sin haber hecho cuentas, sino enviado a darlas

con mis imperfecciones

pesando todas sobre mi cabeza;

ay, horrible, ay, horrible; más que horrible.

Si tienes algo dentro, no lo admitas;

no permitas que el tálamo real de Dinamarca

sirva de lecho a la lujuria y al incesto maldito.

Mas como quiera que te aboques a esta acción,

no ensucies tu conciencia,

ni dejes que tu alma trame nada

contra tu madre; déjasela al cielo,

y a esas espinas que se alojan en su pecho:

que la pinchen y arañen. Ve con Dios cuanto antes;

la luciérnaga muestra que el alba ya se acerca,

ya empieza a hacerse pálido su fuego inefectivo.

Adiós, Hamlet, adiós; acuérdate de mí.

Sale .

HAMLET ¡Ah, huestes celestiales todas!

¡Ah, Tierra! ¿Y qué otra cosa?

¿Y tendré que añadir además el infierno?

Oh, enemigo. Oh, aguanta, corazón;

y vosotros, mis nervios, no envejezcáis de pronto,

sostenedme en pie firme. ¿Que me acuerde de ti?

sí, pobre espectro, mientras tenga asiento

en este mundo desquiciado la memoria.

¿Que me acuerde ti? Ah, sí, de las tablillas
de mi memoria he de borrar
todo recuerdo frívolo y trivial,
todas las máximas que traen los libros,
todas las formas que grabó el pasado,
que allí la juventud y observación copiaron,
y solo tu mandato ha de vivir
en el libro y volumen de mis sesos,
sin mezcla de materias más vulgares,
sí, sí, en nombre de los cielos.
¡Oh, mujer más que perniciosa!
¡Oh, villano, villano,
sonrïente villano condenado!
Ah, mi libreta, mi libreta,
es conveniente que lo anote:
que puede sonreírse y sonreírse
y ser un hombre vil. Por lo menos me consta
que tal cosa es posible en Dinamarca.
Así que en esas andas, tío.
Ahora mi consigna. Que sea: adiós, adiós,
acuérdate de mí. Lo he jurado.
MARCELO Y HORACIO (*Dentro* .) Señor, señor.
Entran HORACIO *y* MARCELO.
MARCELO Señor Hamlet.
HORACIO El cielo le ampare.

HAMLET Así sea.

HORACIO Ohé, ahé, ahé, señor.

HAMLET Ohé, ahé, ahé, chiquillo; ven, pajarito, ven.

MARCELO ¿Cómo va eso, noble señor?

HORACIO ¿Qué noticias hay?

HAMLET ¡Oh, estupendas!

HORACIO Mi buen señor, decídnoslas.

HAMLET No, las revelaréis.

HORACIO Yo no, señor, por los cielos.

MARCELO Ni yo, señor mío.

HAMLET Pues, ¿qué os parece entonces?

¿Lo pensaría alguna vez la mente humana?

Pero ¿sabréis guardar este secreto?

AMBOS Sí, por los cielos, señor mío.

HAMLET Nunca ha habido un villano que viva en Dinamarca

que no sea un bribón de siete suelas.

HORACIO No hace falta, señor, que salga de la tumba

ningún espíritu para decirnos eso.

HAMLET Pues sí, tienes razón; y así,

sin otra circunstancia, me parece

que nos conviene ahora estrecharnos las manos

y separarnos; id vosotros

donde vuestro negocio y deseo os indiquen,

puesto que todo hombre

tiene negocios y deseos,

tal como son las cosas. En cuanto a mí, fijaos,

iré a rezar.

HORACIO Eso no son más que palabras

absurdas y liosas, mi señor.

HAMLET Lamento que os ofendan, de todo corazón;

a fe mía, de todo corazón.

HORACIO No hay ofensa, señor.

HAMLET Por san Patricio, sí; pero la hay, Horacio,

y muy grande además,

en lo que se refiere a esta visión:

es un espectro honesto, permitid que os lo diga.

en cuanto a vuestro anhelo

de saber lo que hay entre nosotros,

tendréis que dominarlo lo mejor que podáis.

Y ahora, amigos míos, puesto que sois amigos,

y hombres leídos, y soldados,

hacedme un pequeñísimo favor.

HORACIO ¿Qué es, señor? Lo haremos.

HAMLET Nunca dejéis saber lo que esta noche visteis.

AMBOS Señor, así lo haremos.

HAMLET No así, sino jurándolo.

HORACIO Por mi fe, señor mío,

yo no hablaré.

MARCELO Ni yo, señor,

yo también por mi fe.

HAMLET Sobre mi espada.

MARCELO Señor, ya hemos jurado.

HAMLET Insisto, por mi espada, insisto.

El ESPECTRO *grita bajo el escenario* .

ESPECTRO Jurad.

HAMLET Ah, ah, muchacho, ¿tú lo dices?

¿Estás ahí, buen camarada?

Vamos, habéis oído a ese chico en el sótano,

consentid en jurar.

HORACIO Proponed vos, señor, el juramento.

HAMLET No hablar nunca de esto que habéis visto.

Juradlo por mi espada.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET ¿*Hic et ubique* ? Entonces,

cambiemos nuestras posiciones.

Venid aquí, señores,

y posad vuestras manos en mi espada.

No hablar nunca de esto que habéis visto.

Juradlo por mi espada.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET Bien dicho, viejo topo,

¿puedes cavar la tierra tan aprisa?

Notable zapador. Una vez más,

cambiemos de lugar, amigos.

HORACIO Oh, día y noche;

pero qué prodigiosamente extraño es esto.

HAMLET Y por lo tanto acógelo como a un extraño.

Más cosas hay en el cielo y la tierra,

horacio, que las que se sueñan en tu filosofía.

Pero venid aquí como antes: nunca,

así os ampare la misericordia,

por muy raro o extraño que pueda yo portarme

(pues acaso más tarde me parezca adecuado

tomar una actitud extravagante),

que viéndome en momentos tales, nunca,

cruzando así los brazos,

o así, moviendo la cabeza,

o pronunciando una frase dudosa,

tal como «Bueno, ya sabemos…»;

o «Bien podríamos si es que quisiéramos…»;

o «Si nos diera por hablar…»;

o «Nunca habrá de faltar quién, y si fuera posible…»;

u otras ambigüedades tales

para dar a entender que algo sabéis de mí,

nunca lo haréis;

así la gracia y la misericordia

en el rigor más fuerte os salven:

jurad.

ESPECTRO Jurad.

HAMLET Descansa ya, descansa,

espíritu turbado. Pues bien, señores míos,

con todo amor me encomiendo a vosotros,

y lo que un hombre tan humilde como es Hamlet

pueda lograr para expresar su amor

y su amistad hacia vosotros,

no ha de faltar la buena voluntad.

Entremos juntos, y tened el dedo

sobre los labios, os lo ruego.

El tiempo está fuera de quicio.

Oh, amarga maldición, que naciera yo un día

para poner en orden su estropicio.

Pero no, marchémonos juntos.

Salen .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entran POLONIO *y* REINALDO.

POLONIO Le das este dinero y estas notas, Reinaldo.

REINALDO Así lo haré, señor.

POLONIO Sería de una gran prudencia,

mi buen Reinaldo, que antes de que le visites

indagases un poco cómo está comportándose.

REINALDO Señor, tal era mi intención.

POLONIO Qué bueno, muy bien dicho; de veras, muy bien dicho.

Escucha, amigo mío, indágame primero

qué daneses se encuentran en París,

y cómo, y cuáles son, y con qué medios cuentan,

y dónde viven, y en qué compañía;

y averiguando gracias a estos circunloquios

y preguntas sesgadas

si es que conocen a mi hijo,

llegarás más allá de lo que llegarías

con tus preguntas más precisas.

Haz como si le hubieras conocido de lejos,

algo así como «Conocí a su padre

y a sus amigos, y a él en parte».

¿Te estás fijando bien, Reinaldo?

REINALDO Sí, mi señor, muy bien.

POLONIO «Y en parte a él», y puedes añadir: «No mucho,

pero si es ese en el que estoy pensando,

está bien loco; dado a esto y a lo otro».

Y entonces le atribuyes los infundios que quieras.

Pero oye: ninguno tan horrible

que pueda deshonrarlo. Toma nota de eso.

Pero sí, amigo mío, esas locuras,

caprichos y deslices

que solemos juzgar los compañeros

inseparables de la juventud

y de la libertad.

REINALDO ¿Como jugar, señor?

POLONIO Sí; o beber,

o batirse, decir malas palabras,

pelear, ir detrás de mujeres perdidas.

A eso puedes llegar.

REINALDO Pero, señor, eso lo deshonraría.

POLONIO A fe que no; tú puedes suavizarlo

mientras le haces los cargos.

No debes atribuirle ningún otro escándalo,

que caiga a veces en la incontinencia;

no es esa mi intención. Pero revela sus defectos

tan agradablemente que parezcan

simples lunares de la libertad,

la llamarada y los arranques

de un espíritu ardiente, y la selvatiquez

de una sangre indomada

que se abalanza sobre cualquier cosa.

REINALDO Pero, mi buen señor…

POLONIO ¿Por qué hacer eso?

REINALDO Sí, señor mío, me gustaría saberlo.

POLONIO Muy bien, amigo, este es mi blanco,

y en mi opinión es una astucia lícita:

al echarle a mi hijo encima

esos leves defectos, como si fuera algo

que se ha manchado un poco en el proceso,

fíjate en esto: tu interlocutor,

ese al que quieres sondear,

si alguna vez ha visto en los mentados crímenes

al joven cuyas culpas enumeras,

ten por seguro que estará de acuerdo

de esta manera: «señor mío», o algo así…

o «amigo mío», o «caballero…»,

según sea la frase que convenga a la gracia

del hombre y del país.

REINALDO Está muy bien, señor.

POLONIO Y después, «Señor, hace esto, hace…», ¿qué iba yo a decir?
Por Cristo que iba yo a decir algo; ¿en qué me quedé?

REINALDO En «acuerdo de esta manera»;

en «amigo mío, o algo así, o caballero…».

POLONIO En «de acuerdo de esta manera»;

en «sí qué bien…». Está de acuerdo

contigo de este modo: «Conozco al caballero,

lo he visto ayer, o el otro día;

o en tal momento; o en una ocasión

con fulano de tal; y como vos decís,

se jugaba, podía sorprendérsele allí

en plena francachela, o allá jugando al tenis»;

o a lo mejor: «Yo lo vi entrando

en una casa del pecado,

videlicet , en un burdel»,

u otras cosas así. Pero ¿te fijas?

tu cebo de falsía

pesca una carpa que es una verdad;

y así nosotros, los que somos

sabios y habilidosos,

con rodeos y pruebas de soslayo,

por vías indirectas descubrimos

lo más directo: y así tú,

siguiendo estas lección y este consejo,

debes portarte con mi hijo;

me has entendido, ¿no es verdad?

REINALDO Señor, os he entendido.

POLONIO Dios te acompañe; y buen vïaje.

REINALDO Mi buen señor…

POLONIO Observa

personalmente sus inclinaciones.

REINALDO Así lo haré, señor.

POLONIO Y que estudie su música.

REINALDO Está bien, señor mío.

Sale .

POLONIO Adiós.

Entra OFELIA.

Y ahora, Ofelia, ¿qué te ocurre?

OFELIA Ay, señor, me he asustado tanto…

POLONIO ¿Con qué, en nombre del cielo?

OFELIA Señor, mientras estaba cosiendo en mi aposento,

su Alteza Hamlet, entreabierto su jubón,

con la cabeza sin sombrero,

con las medias manchadas y sin ligas,

que le caían hasta los tobillos

como si fueran aros de grilletes,

más pálido que su camisa,

las rodillas chocando una con otra,

y con una mirada de aire tan lastimero

como si hubiera escapado del infierno

para contar horrores, se presenta ante mí.

POLONIO ¿Enloquecido por su amor a ti?

OFELIA Mi señor, no lo sé,

pero en verdad lo temo.

POLONIO ¿Qué te dijo?

OFELIA Me tomó la muñeca, y la apretó bien fuerte;

luego me aparta a la distancia de su brazo,

y con su otra mano así sobre la frente,

se pone a contemplar mi rostro de tal modo

como si fuera a dibujarlo.

Se queda así un gran rato; y por fin,

sacudiéndome el brazo levemente

y moviendo la cabeza así

hacia arriba y abajo por tres veces,

lanzó un suspiro tan lastimero y hondo

que pareció resquebrajar todo su cuerpo

y acabar con su ser. Hecho lo cual, me suelta,

y vuelta la cabeza por encima del hombro,

pareció que encontraba sin ojos su camino,

pues salió por la puerta sin su ayuda,

y hasta el fin dirigió solo hacia mí su luz.

POLONIO Vamos, vente conmigo, voy a buscar al rey.

Esto no es otra cosa que el éxtasis de amor,

cuya virtud violenta se destruye a sí misma

y empuja al albedrío a actos desesperados

con la misma frecuencia que toda otra pasión

que en este mundo afecte nuestra naturaleza.

Lo siento. Pero ¿qué? ¿Es que lo has tratado

con alguna dureza últimamente?

OFELIA Buen señor, no; pero tal como vos

me lo mandasteis, rechacé sus cartas,

y no le permití acercárseme.

POLONIO Eso lo volvió loco. Debí haberle observado

con mayor atención y mejor juicio.

Temí que no quisiera sino divertirse

e intentara arruinarte; mas malhaya mi celo,

parece que es tan propio de los de nuestra edad

el extralimitarnos en nuestras opiniones

como es común que en los más jóvenes

falte la discreción. Ven, vamos con el rey,

esto debe saberse, que si queda escondido

puede dar pie a más penas que ocultar

de las que desearía la renüencia a hablar.

Vamos.

ESCENA II

Fanfarria. Entran el REY *y la* REINA*,* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN*, con otros* .

REY Bienvenidos seáis,

queridos Rosencrantz y Guildenstern.

Además de lo mucho que anhelábamos veros,

nuestra necesidad de utilizaros

fue causa de esta urgencia en convocaros.

Algo habréis escuchado referente

a la transformación de Hamlet.

Así la llamo, porque ni por dentro

ni por fuera ese hombre se parece al que fue.

Qué otra cosa pudiera

más que la muerte de su padre

haberle puesto así fuera de sus cabales,

no puedo figurármelo. Os ruego a uno y otro

que, puesto que os crïasteis con él desde tan jóvenes,

y pues sois tan cercanos a su edad y su humor,

tengáis a bien quedaros en esta corte nuestra

durante un breve trecho,

para que vuestra compañía

lo incline a los placeres, y tratar de inferir,

por lo que hayáis podido recoger sobre él,

si es algo que nos es desconocido

lo que le aflige así.

Que, una vez conocido, podamos remediarlo.

REINA Gentiles caballeros, él nos ha hablado mucho

de vosotros, y estoy más que segura

de que no hay hoy dos hombres vivos

por quienes sienta más apego. Y si os complace

mostrarnos tanta gentileza y buen talante

como para pasar durante un lapso

en nuestra compañía vuestro tiempo,

en apoyo y provecho de nuestras esperanzas,

vuestra visita se agradecerá

como conviene a un rey y a su memoria.

ROSENCRANTZ Vuestras dos majestades bien podrían,

por el poder que tienen soberano

sobre nosotros, expresar

su imponente deseo más como una orden

que como un ruego.

GUILDENSTERN Obedecemos ambos

y aquí nos ofrecemos plenamente

a poner libremente a vuestros pies

nuestros servicios, y acatar vuestras órdenes.

REY Gracias, buen Rosencrantz y gentil Guildenstern.

REINA Gracias, buen Guildenstern y gentil Rosencrantz,

y os encarezco visitar de inmediato

a ese hijo mío tan cambiado.

Que algunos de vosotros

conduzcan a estos caballeros

adonde se halla Hamlet.

GUILDENSTERN Quieran los cielos que nuestra presencia

y nuestras prácticas le sean gratas

y le resulten útiles.

Salen con los demás .

REINA Amén.

Entra POLONIO.

POLONIO Los envïados a Noruega, señor mío,

han regresado felizmente.

REY Una vez más resultáis ser el padre

de las buenas noticias.

POLONIO ¿De veras, mi señor? Os aseguro,

buen soberano mío,

que mi deber, como mi alma,

los consagro a mi Dios y a mi gracioso rey.

Y me parece, a menos que este caletre mío

no les siga ya el rastro a las intrigas

como solía hacerlo, que he encontrado

propiamente la causa del delirio de Hamlet.

REY Oh, hablad de eso que tanto ansié oír.

POLONIO Dad primero licencia a los embajadores,

mi noticia ha de ser fruto de esa gran fiesta.

REY Vos mismo hacedles los honores

y traedlos aquí.

Sale POLONIO.

Me dice,

mi amada reina, que ha encontrado

la fuente y el origen

de la indisposición de vuestro hijo.

REINA Dudo que sea otra que la más sustancial,

la muerte de su padre, y nuestra boda

precipitada.

Entran POLONIO, VOLTEMAND

y CORNELIO.

REY Bienvenidos, amigos:

decidme, Voltemand, ¿qué hay de nuestro hermano,

el rey noruego?

VOLTEMAND La respuesta más cumplida

a vuestros parabienes y saludos.

De buenas a primeras nos dijo que suprime

las levas del sobrino, que a él le parecía

que eran preparativos contra el rey de Polonia,

pero indagando más, encontró que en verdad

se dirigían contra vuestra alteza,

y apenado por ello

de que su enfermedad, su edad e invalidez

fueran manipuladas falsamente,

manda orden de arresto

a Fortinbrás, la cual él pronto acata,

acepta los regaños del monarca noruego,

promete ante su tío nunca más

alzarse en armas contra vuestra alteza,

tras de lo cual el viejo rey noruego,

exultando de dicha, le da tres mil coronas

anüales de renta, y le encomienda

usar esos soldados ya enrolados

contra el rey de Polonia;

con el ruego, que aquí viene explicado,

de que tengáis a bien dar libre paso

por vuestras tierras a esa empresa suya

en lo que atañe a la seguridad

y a los permisos, como aquí se asienta.

REY Nos parece muy bien,

y en un momento más propicio

leeremos, y contestaremos,

y pensaremos en este negocio.

Entre tanto os queremos dar las gracias

por la tarea bien cumplida.

Id a tomar descanso, que esta noche

festejaremos juntos.

Y sed muy bienvenidos de vuelta a vuestra tierra.

Salen los embajadores .

POLONIO Este negocio terminó muy bien.

Mi soberano, y vos, señora:

exponer yo qué debe ser la majestad,

qué es el deber, o por qué el día es día,

la noche noche, el tiempo tiempo,

sería simplemente

perder el día y la noche y el tiempo.

Por tanto, puesto que la brevedad

el alma del ingenio es,

y la prolijidad sus miembros y ornamentos,

voy a ser breve: vuestro noble hijo está loco.

Locura llamo a eso,

pues definir qué cosa en verdad es locura,

¿qué otra cosa sería, sino solo estar loco?

Pero dejemos eso.

REINA Más sustancia, y con menos arte.

POLONIO Juro, señora, que no estoy usando

en absoluto ningún arte:

que está loco, es verdad;

y también es verdad que es una lástima,

y es una lástima que sea verdad.

Figura estúpida, mas desechadla,

porque no quiero usar de ningún arte.

Concedámosle entonces que está loco;

y ahora falta que encontremos

la causa de ese efecto, o mejor dicho,

de ese defecto, pues sin duda

para este efecto defectivo hay una causa.

Esto queda asentado, y lo que queda es esto.

Mucho ojo:

tengo una hija (digo,

la tengo mientras sea mía),

la cual, siguiendo su deber y su obediencia,

me ha dado esto: ahora,

enteraos e imaginad un poco.

Lee .

«A la celestial, e ídolo de mi alma, la bellífica Ofelia»,

esa es una frase horrible, una frase repulsiva, bellífica es una frase repulsiva; pero tenéis que oír esto:

«Estos en su excelso pecho, estos, etc.»

REINA ¿Eso lo recibió ella de Hamlet?

POLONIO Señora mía, aguardad un momento.

Seré fiel.

«Duda de que arda el lucero,

o el sol salga por oriente,

duda si la Verdad miente,

mas no dudes que te quiero.

Oh, querida Ofelia, soy torpe con estos metros, no domino el arte con que dar cuenta de mis gemidos; pero que te quiero mucho, ay, muchísimo, créelo. Adiós.

Tuyo cada vez más, querida dama,

mientras dure esta máquina, Hamlet.»

Esto obedientemente me ha enseñado mi hija,

además de sus galanteos,

tal como acontecieron,

según el tiempo, el medio y el lugar,

todos confiados a mi oído.

REY ¿Y cómo ha recibido ella su amor?

POLONIO ¿Pues qué pensáis de mí?

REY Que sois un hombre honorable y leal.

POLONIO Bien espero probarlo. Pero ¿qué pensaríais

una vez que hube visto a ese amor

tomar vuelo, como en efecto vi,
debo decirlo, antes de oírselo a mi hija;
qué es lo que vos, o mi querida majestad
vuestra reina aquí presente,
podríais pues pensar, si hubiera obrado
como escritorio o como hoja de memoria,
o si guiñándole el ojo a mi corazón,
me hubiera hecho el sordomudo,
o si hubiera observado aquel amor
con miradas ociosas? ¿Qué iríais a pensar?
No: puse manos a la obra,
y le hablé así a mi joven señorita:
Su Alteza Hamlet es un gran príncipe
que tu estrella no alcanza.
Esto no debe ser. Y entonces
le expresé unos preceptos
de que tenía que encerrarse
lejos de sus visitas, no aceptar mensajeros
y no recibir prendas.
Hecho lo cual, cosecho el fruto
de mis buenos consejos, y él, rechazado,
para no hacer el cuento largo,
cayó en una tristeza, después en un ayuno,
de ahí en la vigilia, de ahí en la flaqueza,
de ahí en el delirio, y por esa pendiente,

en la locura en la que ahora desvaría

y que todos nosotros deploramos.

REY ¿Creéis que es eso?

REINA Es muy posible que así sea.

POLONIO ¿Ha sucedido alguna vez,

me gustaría a mí saberlo,

que haya yo dicho positivamente

«Esto es así», y que haya sido de otro modo?

REY No que yo sepa.

POLONIO Que me quiten

esta de aquí, si me equivoco.

Cuando las circunstancias me dirigen,

hallaré la verdad, aunque se esconda

propiamente en el centro.

REY ¿Cómo podemos confirmar esto más?

POLONIO Sabéis que a veces deambula

cuatro horas seguidas por la sala.

REINA Así es, en efecto.

POLONIO Cuando eso suceda,

le soltaré a mi hija;

pongámonos entonces vos y yo

detrás de una tapicería;

espïemos su encuentro: si él no la ama,

y no ha perdido la razón por ello,

deje yo de ejercer

de consejero del Estado, y pase

a cuidar una granja y sus arrieros.

REY Lo probaremos.

Entra HAMLET*, leyendo un libro* .

REINA Pero mirad por dónde viene

tristemente, leyendo, el desdichado.

POLONIO Salid, os ruego, salid ambos,

voy a abordarlo ya.

Salen el REY *y la* REINA.

Oh, permitidme,

¿Cómo está vuestra alteza el buen Hamlet?

HAMLET Bien, a Dios gracias.

POLONIO ¿Me conocéis, señor?

HAMLET Perfectamente, perfectamente, sois un pescadero.

POLONIO Yo no, señor.

HAMLET Entonces quisiera que fuerais un hombre igual de honrado.

POLONIO ¿Honrado, señor?

HAMLET Sí, señor, ser honrado tal como anda el mundo es ser un hombre escogido entre dos mil.

POLONIO Es muy cierto, señor.

HAMLET Porque si el sol cría gusanos en un perro muerto, que es una carroña buena de besar… ¿Tenéis una hija?

POLONIO Tengo una, señor.

HAMLET No la dejéis andar al sol: la concepción es una bendición, pero no del modo en que podría concebir vuestra hija. Cuidad de ello, amigo.

POLONIO ¿Qué les parece eso? Siempre con la monserga de mi hija. Sin embargo no me conoció al principio, dijo que era un pescadero. Está completamente ido, completamente ido, y en verdad en mi juventud yo

sufrí grandes extremos por amor, muy parecidos a estos. Le hablaré otra vez. ¿Qué leéis, señor mío?

HAMLET Palabras, palabras, palabras.

POLONIO ¿De qué se trata, señor?

HAMLET ¿Entre quiénes?

POLONIO Quiero decir el asunto que leéis, alteza.

HAMLET Calumnias, señor: el villano satírico dice que los ancianos tienen barbas grises; que sus caras están arrugadas; sus ojos escurren espeso ámbar o goma de ciruelo; y que tienen abundante falta de criterio, junto con la corva débil. Todo lo cual, señor, aunque yo lo creo fuerte y vigorosamente, considero que no es honesto explayarlo así. Pues vos mismo, señor, seríais de mi misma edad si como un cangrejo pudierais ir hacia atrás.

POLONIO Aunque esto sea locura, sin embargo su método

no lo es. ¿Quisierais ir donde no dé el aire?

HAMLET ¿A mi tumba?

POLONIO En efecto, allí no da el aire; ¡qué llenas de sentido son (a veces) sus respuestas! Un feliz hallazgo con el que la locura tropieza a menudo, que la razón y la cordura no podrían dar a luz con tan buena fortuna. Voy a dejarlo para ponerme a idear de inmediato los medios del encuentro entre mi hija y él. Honorable señor mío, pido muy humildemente licencia para dejaros.

HAMLET No podéis, señor, pedir nada de lo que me desprenda yo más gustosamente, excepto mi vida.

POLONIO Quedad con Dios, alteza.

HAMLET Estos tediosos viejos tontos.

Entran ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.

POLONIO ¿Buscáis a Su Alteza Hamlet? Allí está.

ROSENCRANTZ Dios os salve, señor

Sale POLONIO.

GUILDENSTERN ¡Mi honorable señor!

ROSENCRANTZ ¡Mi muy querido señor!

HAMLET ¡Mis excelentes amigos! ¿Cómo estás, Guildenstern? ¡Ah, Rosencrantz! Buenos chicos, ¿cómo estáis ambos?

ROSENCRANTZ Como los hijos comunes de la tierra.

GUILDENSTERN Felices por cuanto no somos demasiado felices.

En el gorro de la fortuna, no somos propiamente el botón.

HAMLET ¿Ni tampoco la suela de sus zapatos?

ROSENCRANTZ Tampoco, señor.

HAMLET ¿Entonces vivís más o menos en su cintura, o en la mitad de su favor?

GUILDENSTERN A fe mía, sus privados en persona.

HAMLET ¿Estáis en la intimidad de la fortuna? Ah, muy bien dicho: es una ramera. ¿Qué noticias hay?

ROSENCRANTZ Ninguna, señor, salvo que el mundo se ha vuelto honrado.

HAMLET Entonces está cerca el Día del Juicio. Pero vuestra noticia no es verdadera. Permitidme preguntar más en particular: ¿qué habéis merecido, queridos amigos, de manos de la fortuna, que os ha mandado aquí a la cárcel?

GUILDENSTERN ¿A la cárcel, señor?

HAMLET Dinamarca es una cárcel.

ROSENCRANTZ Entonces el mundo es otra.

HAMLET Y muy buena, en la que hay muchas celdas, calabozos y mazmorras; y Dinamarca es una de las peores.

ROSENCRANTZ No pensamos eso, señor.

HAMLET Bueno, entonces no lo es para vosotros; pues no hay nada bueno o malo, sino que el pensamiento lo hace tal: para mí es una cárcel.

ROSENCRANTZ Bueno, entonces es que vuestra ambición la hace tal, es demasiado estrecha para vuestro espíritu.

HAMLET Oh, Dios, podría estar constreñido en una nuez, y me tendría por rey de un espacio infinito; si no fuera porque tengo malos sueños.

GUILDENSTERN Cuyos sueños son en efecto la ambición, porque la sustancia misma del ambicioso es meramente la sombra de un sueño.

HAMLET Un sueño a su vez no es más que una sombra.

ROSENCRANTZ Cierto, y tengo a la ambición por una cualidad tan aérea y leve, que no es sino la sombra de una sombra.

HAMLET Entonces nuestros pordioseros son cuerpos, y nuestros monarcas y grandiosos héroes las sombras de nuestros pordioseros. ¿Vamos a la corte? Pues por mi fe que no puedo razonar.

AMBOS Os esperamos.

HAMLET Nada de eso. No os colocaré con el resto de mis sirvientes, pues hablando con franqueza, mi servicio es pésimo. Pero aquí entre amigos, ¿qué hacéis en Elsinore?

ROSENCRANTZ Visitaros, señor, no hay otro motivo.

HAMLET Pordiosero como soy, tengo mucha penuria de agradecimientos, pero os lo agradezco; y sin duda, queridos amigos, mi agradecimiento no vale medio penique. ¿No os han mandado buscar? ¿Es por vuestra propia inclinación? ¿Es una visita libre? Vamos, tratadme con justicia; vamos, vamos, hablad pues.

GUILDENSTERN ¿Qué hemos de decir, señor?

HAMLET Hombre, cualquier cosa, pero que venga a cuento. Os han mandado llamar; y hay una especie de confesión en vuestras miradas, que vuestro pudor no es bastante hábil para colorear. Sé que el rey y la reina os han mandado llamar.

ROSENCRANTZ ¿Con qué fin, señor?

HAMLET Eso debéis decírmelo vosotros. Pero permitid que os conjure por los derechos de nuestra camaradería, por la lealtad de nuestra juventud, por la obligación de nuestro amor siempre preservado, y por lo más encarecido que mejor abogado pudiera encargaros, sed francos conmigo: ¿os enviaron o no?

ROSENCRANTZ ¿Qué dices tú?

HAMLET Ah, entonces os tendré vigilados. Si me amáis no me deis de lado.

GUILDENSTERN Señor, nos mandaron llamar.

HAMLET Yo os diré por qué; que mi anticipación evite vuestro descubrimiento y que vuestro secreto para el rey y la reina no pierda ni

una pluma. Últimamente, pero no sé por qué, he perdido la alegría, he abandonado todo hábito de ejercicio, y en efecto mi disposición está tan afectada, que esta estupenda fábrica que es la tierra me parece un promontorio inútil; este excelente dosel, el aire, fijaos, este magnífico firmamento que se cierne, este techo majestuoso, tachonado de fuegos de oro: pues a mí no me parece otra cosa que una sucia y pestilente congregación de vapores. ¡Qué espléndida obra es un hombre! ¡Qué noble en su razón! ¡Qué infinito en su facultad!; en su forma y movimiento, ¡qué expresivo y admirable!; en su acción, ¡qué parecido a un ángel!; en comprensión, ¡qué parecido a un dios!; belleza del mundo, parangón de los animales; y sin embargo para mí, ¿qué es esa quinta esencia del polvo? El hombre no me deleita; no, ni tampoco la mujer, aunque por vuestra sonrisa parezca que decís que sí.

ROSENCRANTZ Señor, no había nada de eso en mi pensamiento.

HAMLET ¿Por qué te reíste cuando dije que el hombre no me deleita?

ROSENCRANTZ De pensar, señor, que si no os deleitáis en el hombre, qué flaco recibimiento tendrán de vos los cómicos, los dejamos atrás en el camino, y hacia acá vienen a ofreceros sus servicios.

HAMLET El que haga de rey será bienvenido; Su Majestad recibirá mi tributo; el caballero andante usará su espada y escudo; el amante no suspirará gratis; el gracioso terminará su papel en paz; el payaso hará reír a aquellos cuyos pulmones tienen el gatillo fácil; y la dama dirá libremente sus pensamientos, o el verso blanco cojeará por ello. ¿Qué cómicos son?

ROSENCRANTZ Los mismos que solían deleitaros, los trágicos de la ciudad.

HAMLET ¿Cómo es que andan viajando? Su permanencia sería mejor tanto para su reputación como para su provecho.

ROSENCRANTZ Creo que su exclusión viene gracias a las últimas disposiciones.

HAMLET ¿Siguen teniendo el mismo prestigio que cuando yo estaba en la ciudad? ¿Tienen igual de seguidores?

ROSENCRANTZ No, en realidad ya no los tienen.

HAMLET ¿A qué se debe? ¿Están enmohecidos?

ROSENCRANTZ Para nada; su esfuerzo sigue al paso acostumbrado; pero hay, señor, una nidada de aguiluchos, polluelos en el nido que gritan como desaforados, y les aplauden por ello del modo más violento. Estos están de moda ahora, y vituperan de tal manera los escenarios

vulgares (así los llaman), que muchos portadores de espada tienen miedo de las plumas de ganso y apenas osan salir allí.

HAMLET ¿Cómo, son niños? ¿Quién los sostiene? ¿Cómo se financian? ¿Seguirán en la profesión solo mientras puedan cantar? ¿No dirán más tarde, si llegan a ser actores normales (como es probable si no tienen mejor oportunidad) que sus escritores los perjudican al hacerles exclamar contra su propia sucesión?

ROSENCRANTZ A fe mía que ha habido mucho que hacer de ambos lados, y a la nación no le parece ningún pecado azuzarlos a la controversia. Durante un tiempo no hubo dinero alguno ofrecido por un argumento sin que el poeta y el actor llegaran a las manos sobre la cuestión.

HAMLET ¿Es posible?

GUILDENSTERN Oh, ha habido mucho despilfarro de sesos.

HAMLET ¿Llevan los muchachos las de ganar?

ROSENCRANTZ Sí que las llevan, señor, y de paso a Hércules con toda su carga.

HAMLET No es extraño, pues mi tío es rey de Dinamarca, y los que le ponían mala cara cuando vivía mi padre pagan a veinte, cuarenta, cien ducados por pieza su retrato en miniatura. Por la sangre de Cristo, que hay algo en esto que es más que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

Fanfarria .

GUILDENSTERN Ahí vienen los cómicos.

HAMLET Señores, sois bienvenidos a Elsinore. Vengan vuestras manos, lo que corresponde a la bienvenida es la cortesía y la ceremonia. Permitidme cumplir con vosotros de esta guisa, no sea que mi actitud con los cómicos (que os digo que debe ostentarse claramente) pueda parecer mayor hospitalidad que con vosotros. Sois bienvenidos, pero mi tío-padre y mi tía-madre se equivocan.

GUILDENSTERN ¿En qué, querido señor?

HAMLET Solo estoy loco al nor-noroeste; cuando hay viento del sur, sé distinguir un halcón de un serrucho.

Entra POLONIO.

POLONIO Que os vaya bien, caballeros.

HAMLET Pon atención, Guildenstern, y tú también, un oído a cada oyente: ese niñote que veis ahí todavía no ha dejado los pañales.

ROSENCRANTZ Tal vez es la segunda vez que está en ellos, pues dicen que un anciano es dos veces un niño.

HAMLET Voy a profetizar. Viene a decirme lo de los cómicos. Fijaos. Decís bien, señor, porque era ciertamente un lunes por la mañana.

POLONIO Señor, tengo noticias que daros.

HAMLET Señor, tengo noticias que daros: cuando Roscio era actor en Roma…

POLONIO Los actores han venido aquí, señor.

HAMLET Bah, bah.

POLONIO Por mi honor.

HAMLET Entonces cada actor venía en su burro.

POLONIO Los mejores cómicos del mundo, ya sea para la tragedia, la comedia, la historia, la pastoral, la pastoral-comedia, la histórico-pastoral, la trágico-historia, la trágico-histórico-cómico-pastoral; escena indivisible o poema ilimitado. Séneca no puede ser demasiado pesado ni Plauto demasiado ligero para las reglas del arte y para la libertad. Estos hombres son los únicos.

HAMLET Oh, Jefté juez de Israel, ¿qué tesoro poseías?

POLONIO ¿Qué tesoro poseía, señor?

HAMLET Hombre:

una hija hermosa y nada más,

a la cual amaba por demás.

POLONIO Otra vez con mi hija.

HAMLET ¿No tengo razón, viejo Jefté?

POLONIO Si me llamáis Jefté, mi señor, tengo una hija

a la que amo por demás.

HAMLET No, no es eso lo que sigue.

POLONIO ¿Qué sigue entonces, señor?

HAMLET Hombre:

Si a adivinanza va,

Dios lo sabrá;

y después, ya lo sabéis:

sucede de esa manera,

que es como se espera.

El primer verso de esta canción piadosa os dirá más;

pero ved por dónde llega mi abreviatura.

Entran cuatro o cinco cómicos .

Sois bienvenidos, maestros, bienvenidos todos. Me alegro de verte bien. Bienvenidos amigos. Ah, mi viejo amigo, tu cara está orlada desde la última vez que te vi: ¿vienes a afeitarme a Dinamarca? Vaya, señorita y dueña mía, vuestra señoría está más cerca del cielo que la última vez que la vi a la altura de un chapín. Ruego a Dios que vuestra voz como una pieza de oro fuera de curso no se raje dentro del círculo. Maestros, sois bienvenidos, haremos como halconeros franceses: volaremos tras todo lo que veamos. Tengamos una tirada de una vez. Vamos, dadnos una probada de vuestra calidad: vamos, una tirada apasionada.

PRIMER CÓMICO ¿Qué tirada, señor?

HAMLET Te oí decirme una vez una tirada, pero no la actuaste; o si lo hiciste no fue más de una vez, pues la obra según recuerdo no gustó a la multitud, era caviar para el vulgo. Pero era (tal como yo la estimé, y otros cuyos juicios en estos asuntos estaban por encima de los míos) una obra excelente; bien dispuesta en las escenas, realizada con tanta sobriedad como habilidad. Recuerdo que alguien dijo que no había ensalada en los versos para dar sabor al asunto, ni nada en las frases que hiciera al autor culpable de afectación, sino que lo llamaba un método honrado. Tan sano como dulce, y mucho más hermoso que bonito. Me gustó particularmente una tirada particular, era el relato de Eneas a Dido, y en esa parte en especial el lugar donde habla de la muerte de Príamo.

Si está vivo aún en tu memoria, empieza en este verso, déjame ver, déjame ver:

El erizado Pirro, cual la bestia Hircania…

No es así, empieza con Pirro…

El erizado Pirro, aquel que con sus sables armas, negras cual sus propósitos,

semejaba la noche cuando echado

yacía en el fatal corcel,

ha embadurnado ahora su hórrida negra tez

de una heráldica aún más espantosa:

ahora de los pies a la cabeza

puro gules es ya: horriblemente

chorreante de sangre

de padres, madres, hijas, hijos,

recocida y pastosa por las calles en llamas

que arrojan un fulgor violento y condenado

sobre sus viles asesinos

asados por la ira y por el fuego,

y este, inflado de sangre coagulada,

con ojos cual carbúnculos, el demoníaco Pirro

busca al gran señor Príamo.

POLONIO Vive Dios, señor, bien dicho, con buen acento y con mucha discreción.

PRIMER CÓMICO

Pronto lo encuentra

lanzando vanos golpes a los griegos.

Su anciana espada, rebelde ante su brazo,

se queda donde cae, renüente a sus órdenes.

Uno del otro desiguales,

Pirro se lanza sobre Príamo;
de rabia yerra el golpe,
mas con el viento y bocanada
de su espada feroz
el enervado viejo cae.
Y entonces la insensible Ilión,
como si hubiese resentido el golpe,
con la cúspide en llamas se derrumba en su base,
y con horrible estrépito
del oído de Pirro hace su presa.
Pues ved, su espada, a punto
de descargarse sobre la cabeza
lechosa del muy reverendo Príamo,
parece que se clava en pleno aire:
así como un tirano pintado quedó Pirro,
y cual si él mismo hubiera sido
neutral para su propia voluntad
y cometido, nada hacía.
Pero tal como vemos muchas veces
frente a alguna tormenta
un silencio en los cielos,
las nubes quietas, mudo el viento audaz,
y todo el orbe abajo callado cual la muerte;
y de repente el trueno aterrador
hiende el espacio; así tras la pausa de Pirro,

despierta, la venganza lo vuelve a la tarea,

y nunca los martillos del Cíclope cayeron

tan sin remordimiento sobre la armadura,

forjada para eterna resistencia, de Marte

como ahora la espada de Pirro ensangrentada

cae sobre Príamo.

Atrás, atrás, fortuna, oh ramera,

y vosotros los dioses todos

en sínodo común quitadle su poder:

romped todos los rayos y llantas de su rueda,

arrojad el pivote redondo cuesta abajo

de la colina de los cielos

hasta la misma casa del demonio.

POLONIO Eso es demasiado largo.

HAMLET Tendrá que ir al barbero, junto con vuestra barba. Te ruego que prosigas, este busca una jiga o un cuento salaz, y si no, se duerme. Prosigue: lleguemos a Hécuba.

PRIMER CÓMICO «Mas quién, oh quién ha visto a la reina arropada…»

HAMLET ¿«La reina arropada»?

POLONIO Eso es bueno; «la reina arropada» es bueno.

PRIMER CÓMICO

… correr descalza aquí y allá,

y amenazar las llamas con su llanto cegato,

cubierta con un trapo la cabeza

que hace poco ostentaba la diadema,

y por vestido en torno de su flanco

y sus riñones de parir exhaustos,

una manta en la alarma del miedo arrebatada.

Quien tal hubiera visto,

con lengua empapada de veneno

contra el poder de la fortuna

hubiera denunciado la traición;

mas si los dioses mismos la hubieran visto entonces,

cuando vio a Pirro hallar perverso regocijo

en triturar al filo de su espada

los miembros de su esposo,

la explosión inmediata que hizo de clamores

(a menos que no los conmuevan

de ningún modo las cosas mortales)

hubieran hecho parecer lechosos

los llameantes ojos de los cielos

y apasionados a los dioses.

POLONIO Mirad: ¡si ha cambiado de color, y tiene lágrimas en los ojos! Por favor, no sigas.

HAMLET Está bien, pronto te haré recitar lo demás. Buen señor, ¿queréis cuidar de que los actores queden bien alojados? ¿Me escucháis? Que los traten bien, porque ellos son los resúmenes y breves crónicas de los tiempos. Después de vuestra muerte, más os valdría tener un mal epitafio que un mal informe de ellos mientras vivís.

POLONIO Señor, los trataré como merecen.

HAMLET No, hombre de Dios: mejor. Tratad a cada hombre según su merecimiento, y ¿quién escapará a los azotes? Tratadlos según vuestro honor y dignidad. Cuanto menos merezcan, mayor mérito habrá en vuestra munificencia. Conducidlos.

POLONIO Venid, señores.

HAMLET Seguidle, amigos, escucharemos una comedia mañana.

Salen POLONIO *y los cómicos excepto el* PRIMER CÓMICO.

¿Me oyes, viejo amigo? ¿Puedes representar

el asesinato de Gonzago?

PRIMER CÓMICO Sí, mi señor.

HAMLET Lo veremos mañana por la noche. ¿Podrías en caso necesario estudiar un parlamento de una docena o dieciséis versos que yo establecería, e insertarlo en la obra? ¿No podrías hacer eso?

PRIMER CÓMICO Sí, mi señor.

HAMLET Muy bien. Sigue a ese caballero, y ten cuidado de no burlarte de él. Mis buenos amigos, os dejaré hasta esta noche. Sois bienvenidos en Elsinore.

Salen .

HAMLET *se queda* .

HAMLET Sí pues, id con Dios. Ahora estoy solo.

¡Ah, qué bribón y vil granuja soy!

¿No es monstrüoso que un actor como este,

solo en una ficción,

solo en el sueño de una pasión,

pueda forzar su alma de tal modo

hasta su idea entera;

que por su efecto palidezca

todo su rostro, haya en sus ojos lágrimas

y desvarío en su expresión,

se le quiebre la voz, y todas sus funciones

se ajusten, con sus formas, a su idea?

¿Y todo eso por nada?

¿Por Hécuba?

¿Qué es para él Hécuba, o que es él para Hécuba,

que pueda él llorar por ella?

¿Qué haría si tuviera los motivos

y la consigna para la pasión

que tengo yo? Anegaría

en lágrimas el escenario

y rajaría el aire general

con un discurso horrendo;

a los culpables volvería locos

y aterraría al inocente,

confundiría al ignorante

y dejaría en la perplejidad

las facultades mismas de los ojos y oídos.

En cambio yo, granuja obtuso

y embrutecido, me escabullo

como un buen papanatas, descuidado

de mi causa, y no puedo decir nada.

No, nada por un rey

sobre cuya persona y su querida vida

se realizó una destrucción perversa.

¿Soy un cobarde?

¿Quién me llama villano? ¿Me parte la cabeza?

¿O me arranca la barba y me la tira al rostro?

¿Me tuerce la nariz? ¿Me echa en cara mi embuste

y me lo embute en el gaznate

hasta lo hondo del pulmón?

¿Quién me hace nada de eso?

¿Eh? Por Dios, debería soportarlo,

porque no cabe duda de que tengo

el hígado de una paloma,

y me falta la hiel

para hacer que se vuelva amarga la opresión,

o a estas alturas habría ya cebado

a todos los milanos del espacio

con los despojos de este vil malvado,

¡sangriento, lúbrico villano!

¡Sin conciencia, traidor, lascivo,

desalmado villano! ¡Oh, venganza!

¡Ay, Dios, qué burro soy! Por cierto,

es una gran valentía que yo,

hijo de aquel querido asesinado,

llamado a la venganza por el cielo

como por el infierno, tenga (como una puta)

que desahogar mi corazón

con palabras, y caiga en maldición

igual que una ramera,

¡una fregona! Qué asqueroso, puah.

A la tarea, sesos míos.

He escuchado decir que unos seres culpables

que habían asistido a una comedia,
gracias al artificio mismo de la escena
quedaron tan heridos hasta el alma
que de inmediato proclamaron sus maldades.
Porque el asesinato,
aunque no tiene lengua, habrá de hablar
gracias al más maravilloso órgano.
Mandaré que estos comediantes
ante mi tío representen una cosa
que parezca algo así
como el asesinato de mi padre.
Observaré su aspecto, lo palparé en lo vivo.
Con que tan solo se estremezca,
sé lo que debo hacer.
Aquel espíritu que vi
puede ser el demonio, y el demonio
tiene el poder de revestir
alguna forma placentera,
sí, y tal vez, por mi debilidad
y mi melancolía,
como él es potentísimo ante tales espíritus,
me engañe a fin de condenarme.
Tendré que hallar más pertinentes bases.
La comedia es el medio que me trazo
para tender al alma del monarca un lazo.

TERCER ACTO

ESCENA I

Entran el REY*, la* REINA*,* POLONIO*,* OFELIA*,* ROSENCRANTZ*,*

GUILDENSTERN *y caballeros* .

REY ¿Y no podéis, mediante algún arreglo

de circunstancias, sonsacarle

por qué organiza semejante confusión,

resquebrajando tan violentamente

todos sus días de quietud

con una peligrosa y agitada demencia?

ROSENCRANTZ Confiesa, sí, sentirse trastornado,

pero se niega en firme a discutir las causas.

GUILDENSTERN Ni encontramos el modo de sondearlo más,

sino que con astutas chifladuras

se nos escurre si queremos

llevarle a alguna confesión de su estado real.

REY ¿Pero os recibió bien?

ROSENCRANTZ Exactamente como un caballero.

GUILDENSTERN Pero forzando mucho su disposición.

ROSENCRANTZ Avaro de preguntas, pero ante las nuestras

muy liberal en sus contestaciones.

REINA ¿No le habéis inducido a alguna distracción?

ROSENCRANTZ Señora, sucedió que a ciertos cómicos

adelantamos de camino;
le hablamos de ellos y aparentemente
despertó en él cierta alegría escuchar eso.
Andan ahora por la corte y, según creo,
tienen ya órdenes de presentarse
ante él esta noche.
POLONIO Verdad es,
y me pidió que invite a vuestras majestades
a oír y presenciar la obra.
REY De todo corazón, y me da mucho gusto
saber que muestra esas inclinaciones.
Gentiles caballeros, azuzadlo aún más
y llevad su propósito hacia deleites tales.
ROSENCRANTZ Así lo haremos, señor mío.
Salen ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.
REY Dulce Gertrudis, vos también dejadnos,
pues hemos convocado subrepticiamente
a Hamlet a que venga aquí,
para que, como por casualidad,
pueda encontrarse con Ofelia.
Su padre, así como yo mismo
(legítimos espías) nos pondremos
de manera que, viendo sin ser vistos,
podamos valorar francamente ese encuentro
y concluïr de él, según cómo se porte,

si es o no es por la aflicción de amor

por lo que sufre así.

REINA Os obedeceré.

Y en cuanto a ti, Ofelia,

ojalá tu magnífica belleza

sea la feliz causa del delirio de Hamlet.

Podré esperar así que tus virtudes

lo traigan otra vez a su humor usüal

para honor de ambos dos.

OFELIA Ojalá, sí, señora.

Sale la REINA.

POLONIO Ofelia, ven acá. Majestad, si os complace

iremos a escondernos. Tú lee en este libro,

para que la apariencia de esa práctica

explique el que estés sola. En esto muchas veces

se nos puede juzgar, pues está bien probado

que bajo el rostro de la devoción

y de acciones piadosas, endulzamos

al demonio en persona.

REY ¡Ay, qué verdad es eso!

¡Qué vivo latigazo ese discurso

ha dado a mi conciencia!

No es la mejilla de la prostituta

embellecida con afeite artificioso

más fea entre sus trucos

que mis acciones entre mis palabras

tan pintadas. ¡Oh, fardo insoportable!

POLONIO Le oigo acercarse, señor; retirémonos.

Salen .

Entra HAMLET.

HAMLET Ser o no ser, de eso se trata;

si para nuestro espíritu es más noble sufrir

las pedradas y dardos de la atroz fortuna

o levantarse en armas contra un mar de aflicciones

y oponiéndose a ellas darles fin.

Morir para dormir, no más; ¿y con dormirnos

decir que damos fin a la congoja

y a los mil choques naturales

de que la carne es heredera?

Es la consumación

que habría que anhelar devotamente.

Morir para dormir. Dormir, soñar acaso;

sí, ahí está el tropiezo: que en ese sueño de la muerte

qué sueños puedan visitarnos,

cuando ya hayamos desechado

el tráfago mortal,

tiene que darnos que pensar.

Esta es la reflexión que hace

que la calamidad tenga tan larga vida,

pues, ¿quién soportaría los azotes

y escarnios de los tiempos, el daño del tirano,
el desprecio del fatuo, las angustias
del amor despechado, las largas de la ley,
la insolencia de aquel que posee el poder
y las pullas que el mérito paciente
recibe del indigno, cuando él mismo podría
dirimir ese pleito con un simple punzón?
¿Quién querría cargar con fardos,
rezongar y sudar en una vida fatigosa,
si no es porque algo teme tras la muerte?
Esa región no descubierta,
de cuyos límites ningún viajero
retorna nunca, desconcierta
nuestro albedrío, y nos inclina
a soportar los males que tenemos
antes que abalanzarnos a otros que no sabemos.
De esta manera la conciencia
hace de todos nosotros cobardes,
y así el matiz nativo de la resolución
se opaca con el pálido reflejo del pensar,
y empresas de gran miga y de mucho momento
por tal motivo tuercen sus caudales
y dejan de llamarse acciones.
Pero calla. ¿La bella Ofelia?
Ninfa, en tus oraciones, recuerda todos mis pecados.

OFELIA Mi buen señor, ¿qué tal ha estado

vuestra alteza todo este tiempo?

HAMLET Te lo agradezco humildemente: bien, bien, bien.

OFELIA Señor, tengo recuerdos vuestros

que hace mucho que quiero devolveros.

Recibidlos ahora, os lo suplico.

HAMLET No, no, nunca te he dado nada.

OFELIA Mi honorable señor, sabéis muy bien que sí,

y con ellos, palabras compuestas con tan dulce aliento

que daban a las cosas mayor precio.

Ya que han dejado su perfume,

volvedlas a tomar, pues para un noble espíritu

los ricos dones menguan y se vuelven pobres

cuando quienes los dan se muestran poco amables.

Aquí están, mi señor.

HAMLET Ha, ha, ¿eres honesta?

OFELIA ¡Señor…!

HAMLET ¿Eres hermosa?

OFELIA ¿Qué quiere decir vuestra señoría?

HAMLET Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debería

aceptar ningún trato con tu hermosura.

OFELIA ¿Podría la hermosura, señor, tener mejor comercio que con la honestidad?

HAMLET Sí, cierto; pues el poder de la belleza transformará a la honestidad, de lo que es, en una alcahueta, antes que la fuerza de la honestidad pueda transformar a la belleza a semejanza suya. Esto era

en otro tiempo una paradoja, pero ahora los tiempos lo han probado. Una vez te amé.

OFELIA Ciertamente, señor, así me lo hicisteis creer.

HAMLET No debiste creerme. Pues la virtud no puede contagiar nuestra vieja cepa sin que nos quede algún regusto. No te amé.

OFELIA Tanto más me dejé engañar.

HAMLET Métete a un convento. ¿Por qué querrías ser procreadora de pecadores? Yo mismo soy bastante honesto, y sin embargo podría acusarme de cosas tales, que más valdría que mi madre no me hubiera parido. Soy muy orgulloso, vengativo, ambicioso, con más delitos a mi cuenta que pensamientos en que ponerlos, imaginación para darles forma o tiempo para llevarlos a efecto. ¿Qué tienen que hacer sujetos como yo arrastrándose entre el cielo y la tierra? Somos todos astutos bribones, no creas a ninguno de nosotros. Vete a un convento, anda. ¿Dónde está tu padre?

OFELIA En casa, señor.

HAMLET Que estén cerradas las puertas a su alrededor, para que solo pueda hacer el tonto en su propia casa. Adiós.

OFELIA Oh, ayudadle, dulces cielos.

HAMLET Si llegas a casarte, te doy como dote esta maldición: aunque seas tan casta como el hielo, tan pura como la nieve, no escaparás a la calumnia. Vete a un convento. Anda, adiós. O, si quieres necesariamente casarte, cásate con un tonto, pues los hombres inteligentes saben muy bien qué monstruos hacéis de ellos. A un convento, vamos, y aprisa además. Adiós.

OFELIA Oh, poderes celestiales, restauradle.

HAMLET Muy claro tengo oído también sobre vuestras pinturas. Dios os ha dado una cara, y os hacéis otra. Brincáis, os contoneáis y bisbiseáis, ponéis apodos a las criaturas de Dios y hacéis de vuestro capricho vuestra ignorancia. Vete, ya no me interesa, eso me ha vuelto loco. Digo que no tendremos más matrimonios. Los que ya están casados, todos menos uno vivirán, los demás tendrán que seguir como están. A un convento, anda.

Sale HAMLET.

OFELIA ¡Ay, qué espíritu este tan noble destruïdo!

El ojo, lengua, espada

del cortesano, del soldado, del sapiente;
la esperanza y la flor del justo Estado;
espejo de la moda y molde de la forma,
observado por todos los observadores
por los suelos, del todo por los suelos.
Y yo, de entre las damas todas
la más hundida y desdichada,
que he sorbido la miel
de sus promesas melodiosas,
veo ahora a esa noble, soberana razón,
como dulces campanas
tañendo destempladamente y roncas;
esa forma y figura incomparables
de una florida juventud, marchitas
gracias a la demencia.
Pobre de mí;
ay, haber visto lo que vi
y ver ahora lo que veo.
Entran el REY *y* POLONIO.
REY ¿Amor? Sus sentimientos a tal cosa no tienden,
ni lo que habló, aunque carecía
de forma un tanto, se parecía
a la locura. Hay algo en su alma
que su melancolía incuba, y me sospecho
que su eclosión y su desnudamiento

será de algún peligro, en vista de lo cual,
con brusca decisión, dispongo
lo siguiente: saldrá sin dilación
hacia Inglaterra, a demandar
nuestro tributo demorado.
Con suerte, los distintos mares y países,
sus variados objetos,
expulsarán ese algo que se asienta
sobre su corazón, con lo cual,
apaleando sin cesar sus sesos,
lo pone hasta tal punto fuera
de su ser usüal. ¿Qué pensáis vos?
POLONIO Es buena idea. Pero creo
que el origen e inicio de su mal
vino de amor no respondido. Bueno, Ofelia,
no tienes que contarnos lo que Su Alteza Hamlet dijo,
lo hemos oído todo. Mi señor,
haced lo que gustéis, mas si os parece bien,
después de la función,
que la reina su madre, a solas,
le conmine a mostrarle su aflicción;
que hable con él sin tapujos,
y yo me situaré, con vuestra venia,
donde pueda escuchar su conferencia entera.
Si ella no logra desenmascararlo,

envïadlo a Inglaterra,

o confinadlo donde vuestro juicio

decida que es mejor.

REY Así se hará;

la locura en los grandes es una circunstancia

que no debe pasar sin vigilancia.

ESCENA II

Entran HAMLET *y dos o tres de los comediantes* .

HAMLET Recita el parlamento, te lo ruego, como te lo pronuncié yo con agilidad de la lengua; pero si lo vociferas, me parecería como si hubiese pronunciado las líneas el pregonero. Tampoco cortes demasiado el aire con las manos así, sino hazlo todo con suavidad; pues en el mismísimo torrente, tempestad y (podría yo decir) torbellino de la pasión, debes conseguir y tener una templanza que les dé suavidad. Ay, me duele hasta el alma oír a un robusto individuo con peluca hacer pedazos una pasión, dejarla en verdaderos jirones para romperle los oídos al vulgo del corral que (en su mayor parte) no atiende a nada salvo a las pantomimas inexplicables y al ruido. Podría mandar azotar a ese individuo por superar a Tergamante: es más Herodes que Herodes. Te ruego que evites eso.

COMEDIANTE Se lo garantizo a vuestra señoría.

HAMLET No seas tampoco demasiado manso; sino que tu propia discreción sea tu tutor. Adapta la acción a la palabra, la palabra a la acción, con esta observación especial: que no atropelle la moderación de la Naturaleza: pues todo lo que así se exagera se aleja del propósito de la actuación, cuyo fin, lo mismo al principio que ahora, fue y es presentarle como quien dice un espejo a la Naturaleza; mostrar a la Virtud sus propios rasgos, al Desdén su propia imagen, y a la edad y al cuerpo mismo del tiempo su forma y su sello. Ahora bien, si esto se exagera, o se hace con torpeza, aunque haga reír al ignorante, no puede sino disgustar al juicioso; cuya censura debe en tu apreciación pesar más que todo un teatro de los otros. Oh, hay actores que he visto actuar, y otros a quienes he oído alabar y de manera altisonante, que (para no decirlo a lo profano), no teniendo ni acento de cristianos, ni porte de cristianos, paganos o humanos, se pavoneaban y berreaban de tal manera que me hacían pensar que los había hecho algún jornalero de la Naturaleza, y no los había hecho bien, de tan abominablemente que imitaban la humanidad.

PRIMER COMEDIANTE Espero que en nuestro caso hemos corregido eso un poco.

HAMLET Oh, corregidlo del todo. Y que los que hacen el papel de vuestros payasos no hablen más que lo que les está asignado. Porque los hay que se reirán ellos mismos para hacer que cierto número de zafios se rían también, aunque durante ese tiempo tenga que considerarse algún asunto necesario de la obra; eso es infame y manifiesta una muy lamentable ambición en el payaso que lo acostumbra. Id a prepararos.

Salen los comediantes .

Entran POLONIO*,* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.

¿Qué hay de nuevo, señor? ¿Asistirá el rey a esta obra de teatro?

POLONIO Y la reina también, y de inmediato.

HAMLET Pedid a los actores que se den prisa.

Sale POLONIO.

¿Queréis ayudar a apresurarlos?

AMBOS Sí, mi señor.

Salen .

Entra HORACIO.

HAMLET ¿Qué tal, Horacio?

HORACIO Aquí, dulce señor,

a vuestras órdenes.

HAMLET Horacio,

eres un hombre tan cabal

como pudo jamás hallar mi trato.

HORACIO Oh, querido señor.

HAMLET No, no imagines

que te adulo; pues ¿qué ventajas podría yo esperar de ti,

que no tienes más rentas que tu buen talante

para hallar tu alimento y tu vestido?
¿A qué adular al pobre?
No; que la lengua almibarada
lama la pompa absurda, y que los goznes
de las rodillas serviciales
se doblen donde un don
pueda seguir a las genuflexiones.
Escucha bien: desde que mi alma amada
pudo ser dueña de mis preferencias
y distinguir entre los hombres,
su elección te marcó para sí misma.
Pues tú has sido, sufriendo todo
como quien nada sufre, un hombre
que toma los reveses de fortuna
y sus favores con la misma gratitud.
Y benditos aquellos cuya sangre
y cuyo juicio tan bien se entrelazan,
que no son flauta para que los dedos
de la fortuna toquen el registro
que se le antoje. Dadme un hombre tal
que no sea esclavo de pasión alguna,
y yo lo llevaré
en lo profundo de mi corazón,
sí, en el corazón del corazón,
como te llevo a ti. Pero ya basta de eso.

Hay una obra de teatro esta noche ante el rey.

Una de sus escenas se acerca a aquella circunstancia

de que te he hablado de la muerte de mi padre.

Te suplico que, al ver acercarse el momento,

con el criterio todo de tu alma

observes a mi tío: si su culpa escondida

no asoma las orejas frente a ese discurso,

fue un fantasma maldito lo que vimos,

y tan turbias están mis imaginaciones

como la fragua de Vulcano.

Ponle mucha atención,

que yo tendré los ojos bien clavados

en su rostro; y después

reüniremos nuestros juicios

para dictaminar sobre su disimulo.

HORACIO Está bien, señor mío.

Y si logra hurtar algo,

mientras se está representando el drama,

que escape a la atención, yo pago el robo.

Entran trompetas y timbales .

HAMLET Vienen ya a ver la obra.

Yo tengo que mostrarme disponible,

tú búscate un lugar.

Entran el REY, *la* REINA, POLONIO, OFELIA, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN *y otros caballeros del séquito, con su guardia llevando antorchas. Marcha danesa. Suena una fanfarria* .

REY ¿Cómo va nuestro primo Hamlet?

HAMLET Magníficamente, a fe mía, con la dieta del camaleón: como aire, embutido de promesas; no puede cebarse mejor un capón.

REY Yo no tengo qué hacer con esa respuesta, Hamlet. Esas palabras no son cosa mía.

HAMLET No, ni mía. Bien, señor, alguna vez actuasteis en la universidad, según decís.

POLONIO Así es, milord, y se me consideraba buen actor.

HAMLET ¿Qué papel hacíais?

POLONIO Hice el papel de Julio César, y fui asesinado en el Capitolio. Bruto me mató.

HAMLET Fue una brutalidad de su parte, matar allí un ternero tan principal. ¿Están listos los actores?

ROSENCRANTZ Sí, milord, esperan vuestra orden.

REINA Ven aquí, mi buen Hamlet, siéntate a mi lado.

HAMLET No, mi buena madre, aquí hay un metal más atractivo.

POLONIO Ah-ha, ¿notasteis eso?

HAMLET Señora, ¿puedo echarme en vuestro regazo?

OFELIA No, señor.

HAMLET Quiero decir: mi cabeza en vuestro regazo.

OFELIA Sí, mi señor.

HAMLET ¿Pensáis que me refería a cosas bajas?

OFELIA No pienso nada, señor.

HAMLET Vaya lindo pensamiento, echarse entre las piernas de una doncella.

OFELIA ¿Qué queréis decir, señor?

HAMLET Nada.

OFELIA ¿Estáis alegre, señor?

HAMLET ¿Quién? ¿Yo?

OFELIA Sí, mi señor.

HAMLET Ay, Dios, soy vuestro único hacedor de chascarrillos. ¿Qué puede hacer uno sino estar alegre? Pues fijaos qué contenta parece mi madre, y mi padre murió hace dos horas.

OFELIA No, hace dos veces dos meses, señor.

HAMLET ¿Tanto tiempo? Ah, entonces que se vista de negro el diablo, que yo llevaré un traje de martas. ¡Oh, cielos! ¿Muerto hace dos meses, y no olvidado aún? Entonces hay esperanza, la memoria de un gran hombre puede sobrevivir a su muerte medio año; pero, por la virgen, entonces tiene que construir iglesias: si no, no hará que piensen en él, como el caballito de madera cuyo epitafio dice: «Porque, oh, Dios, porque, oh, Dios, el caballito se olvidó».

Música de oboes. Entra la pantomima .

Entran el REY *y la* REINA*, muy amorosos; la* REINA *abrazándolo a él, y él a ella. Ella se arrodilla y hace gestos de solemne promesa hacia él. Él la hace levantar y reclina su cabeza contra el cuello de ella, que le hace recostarse sobre un lecho de flores. Viéndolo dormido, se aleja de él. Enseguida llega un individuo, le quita la corona, la besa, y vierte veneno en el oído del* REY*, y se va. Regresa la* REINA*, encuentra muerto al* REY *y actúa apasionadamente* . *El envenenador, con dos o tres mudos, vuelve a entrar y parece lamentarse con ella. Se llevan el cadáver. El envenenador corteja a la* REINA *con regalos, ella parece despectiva y desinteresada durante un rato, pero al final acepta el amor de él* .

Salen .

OFELIA ¿Qué significa eso, señor?

HAMLET Hombre, es una fechoría solapada, lo cual significa maldad.

OFELIA Tal vez esta escena contiene el argumento de la obra.

HAMLET Lo sabremos por estos amigos. Los cómicos no saben guardar secretos: todo lo cuentan.

OFELIA ¿Nos dirá este lo que significa este espectáculo?

HAMLET Sí, o cualquier espectáculo que le mostréis. No os avergoncéis de mostrar, y él no se avergonzará de deciros lo que significa.

OFELIA Sois malo, sois malo; voy a mirar la obra.

Entra el PRÓLOGO.

PRÓLOGO Con gran respeto a esta noble asistencia

nuestro drama y nosotros le pedimos clemencia

para que nos escuchen con paciencia.

HAMLET ¿Es esto un prólogo, o la inscripción de una sortija?

OFELIA Es breve, milord.

HAMLET Como el amor de la mujer.

Entran dos actores:

el REY *y la* REINA.

ACTOR REY Son treinta veces ya las que de nuevo

el carruaje de Febo

ha circundado la salobre onda

de Neptuno, y la circunferencia

de Telus ha seguido a la redonda,

y ya treinta docenas

de veces, con prestado

fulgor, doce treintenas

de lunas sobre el mundo han transitado,

desde que mutuamente Amor uniera

nuestros dos corazones,

y nuestras manos Himeneo hiciera,

prodigando sus dones,

con santo lazo unirse ambas a una.

ACTOR REINA Pues el sol y la luna

permitan que contemos todavía

otras tantas jornadas

antes que llegue el día
que se acabe el amor. Mas malhadadas
mis horas, pues os veo últimamente
enfermo, y alejado
de los placeres, y tan diferente
del que solíais ser, que vuestro estado
me tiene preocupada; mas si yo
me preocupo, señor, no estéis vos, no,
en ninguna medida incomodado,
porque miedo y amor en la mujer
siempre tienen que ser
o nimios, o de un monto exagerado.
Mas de cuánto es mi amor, habéis tenido
prueba de sobra, y por ese amor mido
cuán grande es mi temor, pues acontece
que si el amor es grande, da temor
la más pequeña duda, y el amor
cuando el temor es grande, también crece.
ACTOR REY Es cierto, amor, que tengo que dejarte,
y bien pronto además,
mientras que por tu parte
tú sobrevivirás
en esta tierra hermosa,
y habrás de ser en ella celebrada
y querida y dichosa,

y un buen marido habrás…

ACTOR REINA Ay, el demonio

se lleve lo que sigue de esa frase.

Sería menester que traicionase

para hacer tal, y si otro matrimonio

pudiera yo tener, maldita sea:

la que un segundo esposo haya tomado,

será que antes al otro habrá matado.

HAMLET Acíbar, acíbar.

ACTOR REINA Todos los galardones que desea

una segunda boda en su impudor

son solo de codicia, no de amor.

A mi marido muerto nuevamente,

cada vez que el segundo, complaciente,

me da en la cama un beso,

vuelvo a matar con eso.

ACTOR REY Que crees lo que dices, no lo dudo,

mas sé que quebrantamos a menudo

las más firmes de nuestras decisiones.

Un propósito nuestro, al fin y al cabo,

es de nuestra memoria un simple esclavo,

fuerte al nacer, mas cuyas pretensiones

pronto decaen, y su virtud se pierde

igual que un fruto verde

que por un tiempo, duro,

a la rama se aferra, mas maduro,
sin que haga falta sacudirlo, cae.
Necesario es que demos al olvido
lo que a nosotros mismos
de nuestra parte nos quedó debido;
esos fines que en nuestros paroxismos
nos propusimos, terminados estos,
dejaremos pospuestos.
Lo mismo la violencia del pesar
que la de la alegría,
los destruye a uno y otra, y a la par,
lo que el uno o la otra pretendía,
que donde la alegría más se alegra,
más lamenta el pesar su suerte negra,
y la pena festeja
y la dicha se queja
so pretexto del más leve accidente.
No es eterno este mundo, y no es sorpresa
que nuestro mismo amor se nos presente
de la fortuna presa,
pues nadie ha averiguado todavía
si es la fortuna la que al amor guía,
o es el amor quien guía a la fortuna,
porque hasta al noble de más alta cuna,
si está en desgracia, el cortesano le huye,

y cuando el pobre avanza,

su enemigo anterior se constituye

en su mejor amigo sin tardanza;

el amor a tal grado

persigue a la fortuna,

que al hombre que no está necesitado

no le falta un amigo,

mas cuando le va mal, sin duda alguna,

si a un amigo fingido pone a prueba,

hace de él sin remedio un enemigo.

Mas comoquiera que el buen orden deba

llevar siempre al final nuestro discurso

al mismo punto que inició su curso,

nuestro albedrío y nuestro sino, tan

a contrapelo uno del otro van,

que si vamos a usar un expediente,

se nos derrumbará infaliblemente,

pues si son nuestros pensamientos,

sus fines no lo son.

Así que, en conclusión,

piensa hoy que jamás

un segundo marido tomarás:

tendrá tu pensamiento otro color

una vez que haya muerto tu señor.

ACTOR REINA Que ni la tierra me dé ya alimento,

ni luz el firmamento;

que día y noche todo esparcimiento,

todo reposo me sean vedados;

que hundida en un estrecho calabozo,

no aspire yo a más gozo

que el que pueda tener un ermitaño;

que los inconvenientes malhadados

que oscurecen el rostro de la dicha

impidan y destruyan por mi daño

todo lo que yo quiera,

y que sea el destino que me espera,

lo mismo aquí que allá, mi vida entera,

la adversidad celosa,

si siendo viuda, vuelvo a ser esposa.

HAMLET Si lo rompiera ahora.

ACTOR REY Es sin duda un profundo juramento.

Ahora, mi amor, déjame aquí un momento;

estoy amodorrado, y bien querría

disimular el tedio de este día

durmiendo un poco.

Duerme .

ACTOR REINA Duérmete en calma,

y el sueño meza tu alma,

y que jamás la desgracia destruya

el lazo que ata mi alma con la tuya.

Sale .

HAMLET Señora, ¿qué os parece esta obra?

REINA La señora protesta demasiado, me parece.

HAMLET Ah, pero mantendrá su palabra.

REY ¿Habéis oído el argumento? ¿No hay ninguna ofensa en él?

HAMLET No, no, no hacen más que bromear, envenenan en broma, ninguna ofensa en absoluto.

REY ¿Cómo llamáis a la obra?

HAMLET *La ratonera* , ¿que cómo? En sentido figurado: esta obra es imagen de un asesinato cometido en Viena. Gonzago es el nombre del duque, su esposa Baptista. Enseguida veréis, es una acción repugnante, pero ¿qué importa? A vuestra majestad, y a los que tenemos el alma en paz, no nos toca; que se encoja el jamelgo escocido, nuestros pescuezos están limpios.

Entra LUCIANO.

Este es un tal Luciano, sobrino del rey.

OFELIA Sois un buen coro, milord.

HAMLET Podría hacer de intérprete entre vos y vuestro amor si pudiera ver a las marionetas retozando.

OFELIA Sois agudo, milord, sois agudo.

HAMLET Os costaría un gemido quitarme el filo.

OFELIA Vais de mal en peor.

HAMLET Así debéis juzgar a los maridos. Empieza, asesino. Maldita sea, deja tus condenadas muecas y empieza. Vamos, el cuervo graznador está clamando venganza.

LUCIANO Negros los pensamientos, la mano emprendedora,

adecuadas las drogas, conveniente la hora,

favorable además la circunstancia,

a salvo de cualquiera vigilancia;

oh, virulenta mezcla de hierbas homicidas,

a medianoche recogidas,

que por Hécate han sido maldecidas,

tres veces machacadas,

tres veces infectadas,

tu magia natural y espantosa virtud

la vida ahora usurpen en su mayor salud.

HAMLET Lo envenena en su jardín para arrebatarle sus estados. Su nombre es Gonzago: la historia pervive aún y está escrita en un italiano elegante. Enseguida verás cómo el asesino gana el amor de la esposa de Gonzago.

OFELIA El rey se levanta.

HAMLET ¿Qué? ¿Asustado de un falso fuego?

REINA ¿Cómo está mi señor?

POLONIO Que se suspenda la función.

REY Dadme luz. Vámonos.

TODOS Luz, luz, luz.

Salen todos menos HORACIO

y HAMLET.

HAMLET Pues bien, que el ciervo herido se dedique a gemir

y a retozar la corza ilesa,

que unos deben velar y otros deben dormir,

y es así como el mundo progresa.

¿No bastaría esto, señor mío, y un bosque de plumas, si el resto de mis fortunas me hiciera una judiada, con dos rosas de Provenza en mis zapatos calados, para asegurarme una participación en una jauría de cómicos?

HORACIO Media ración.

HAMLET Para mí una entera,

pues sabes bien, Damón querido,

que hemos llegado a que este reino pierda

al mismísimo Jove, y le ha seguido

en este trono una auténtica… urraca.

HORACIO Podríais haber rimado.

HAMLET Ah, mi buen Horacio, considero que la palabra del espectro vale mil libras. ¿Te diste cuenta?

HORACIO Perfectamente, milord.

HAMLET ¿Cuando se habló del envenenamiento?

HORACIO Lo noté muy bien en él.

Entran ROSENCRANTZ

y GUILDENSTERN.

HAMLET ¿Ah? ¿Eh? Venga una música. Vengan las flautas,

que si al rey no le gusta nuestra obra,

es que tal es su gusto, y basta y sobra.

Venga un poco de música.

GUILDENSTERN Mi buen señor, permitidme una palabra.

HAMLET Señor, toda una historia.

GUILDENSTERN El rey, señor…

HAMLET Sí, señor, ¿qué hay con él?

GUILDENSTERN Está en sus aposentos, enormemente alterado.

HAMLET ¿Por el vino, señor?

GUILDENSTERN No, milord, más bien por la cólera.

HAMLET Vuestra prudencia debería mostrarse lo bastante segura para que le contéis eso a su doctor, porque si le doy yo la purga tal vez le hundiría más en la cólera.

GUILDENSTERN Mi buen señor, poned algún orden en vuestro discurso, y no os salgáis de mi asunto de esa manera tan desbocada.

HAMLET Estoy domesticado, señor. Hablad.

GUILDENSTERN La reina vuestra madre, en la mayor aflicción de espíritu, me ha enviado ante vos.

HAMLET Sois bienvenido.

GUILDENSTERN No, milord, esa cortesía no es de buena cepa. Si os ha de complacer darme una respuesta cuerda, cumpliré el encargo de vuestra madre; si no, pido vuestro perdón y mi regreso será el final de mi negocio.

HAMLET Señor, no puedo.

GUILDENSTERN ¿Qué, milord?

HAMLET Daros una respuesta cuerda, mi juicio está desquiciado. Pero, señor, la respuesta que pueda yo dar, está a vuestras órdenes. O más bien, como decís, a las de mi madre. Por consiguiente, atengámonos únicamente a la cuestión: Mi madre, decís…

ROSENCRANTZ Entonces, ella dice así: vuestro comportamiento la ha dejado asombrada y admirada.

HAMLET Oh, hijo maravilloso, que puede asombrar así a una madre. Pero ¿no hay alguna secuela pisándole los talones a la admiración de esa madre?

ROSENCRANTZ Desea hablar con vos en su alcoba, antes de que os acostéis.

HAMLET Obedeceremos, aunque fuera diez veces nuestra madre. ¿Tenéis algo más que tratar con nos?

ROSENCRANTZ Milord, en otro tiempo me teníais afecto.

HAMLET Y todavía os lo tengo, lo juro por estas manos pecadoras.

ROSENCRANTZ Mi buen señor, ¿qué motivo tenéis para vuestra destemplanza? Es claro que cerráis la puerta a vuestra propia libertad si negáis vuestras penas a vuestros amigos.

HAMLET Señor, me falta adelanto.

ROSENCRANTZ ¿Cómo puede ser eso, cuando tenéis la palabra del rey mismo para su sucesión en el trono de Dinamarca?

HAMLET Sí, pero del plato a la boca… el refrán enmohece.

Entra uno con una flauta .

Ah, la flauta. Veamos, aquí entre nos, ¿por qué andáis olisqueándome, como si quisierais llevarme a una trampa?

GUILDENSTERN Oh, milord, si mi deber resulta demasiado atrevido, es que mi afecto no guarda mucho las formas.

HAMLET No entiendo bien eso. ¿Queréis tocar esta flauta?

GUILDENSTERN Milord, no puedo.

HAMLET Os lo ruego.

GUILDENSTERN Creedme, no puedo.

HAMLET Os lo imploro.

GUILDENSTERN No sé ni cómo tomarla, milord.

HAMLET Es tan fácil como mentir. Gobernad estos orificios con el dedo y el pulgar, dad un soplido con la boca, y producirá la música más elocuente. Mirad, estos son los registros.

GUILDENSTERN Pero no los puedo dominar para producir ninguna armonía, no tengo la destreza.

HAMLET Pues mirad entonces la indignidad que hacéis conmigo: queréis sacarme música como si conocieseis mis registros; queréis arrancar el corazón de mi misterio; queréis sondearme desde mi nota más baja hasta el tope de mi escala. Hay mucha música, una voz excelente, en este pequeño órgano, pero no podéis hacerle hablar. ¿Por qué pensáis que es más fácil hacerme sonar a mí que a una flauta? Llamadme con el nombre del instrumento que queráis: aunque podéis estirarme las cuerdas, no podéis tocar conmigo.

Dios os bendiga, señor.

Entra POLONIO.

POLONIO Milord, la reina quiere hablar con vos, y de inmediato.

HAMLET ¿Veis esa nube? Tiene casi la forma de un camello.

POLONIO Por los clavos de Cristo, de veras que es como un camello.

HAMLET Creo que es como una comadreja.

POLONIO Tiene la espalda como una comadreja.

HAMLET ¿O como una ballena?

POLONIO Muy parecida a una ballena.

HAMLET Entonces iré a ver a mi madre más tarde. Se burlan de mí a más no poder. Iré más tarde.

POLONIO Se lo diré.

Sale .

HAMLET Más tarde se dice pronto. Dejadme, amigos.

Salen todos menos HAMLET.

Este momento de la noche

es más que ningún otro el de las brujas,

cuando los camposantos dan bostezos

y el propio infierno echa su vaho contagioso hacia el mundo.

En este instante yo podría

beber sangre caliente, y hacer cosas

tan amargas, que el día temblaría de verlas.

Pero ahora ya basta, voy a ver a mi madre:

corazón mío, no flaquees;

no dejes que entre nunca el alma de Nerón

en este pecho firme; pueda yo ser crüel,

mas no antinatural. Que mis palabras

sean cual dagas para ella,

pero yo no usaré ninguna.

Que mi lengua y mi alma sean en esto hipócritas.

Por más que mis palabras lluevan oprobio en ella,

mi alma no aceptará el acto que las sella.

Sale .

ESCENA III

Entran el REY*,* ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.

REY No me gusta ese hombre,

ni es conveniente para nos

dejar a su demencia campar por sus respetos.

Así que preparaos, que voy a despachar

vuestra misión rápidamente,

y él partirá a Inglaterra con vosotros.

Las condiciones de mi estado no permiten

correr peligros tan imprevisibles

como los que provocan sin cesar sus locuras.

GUILDENSTERN Estaremos dispuestos.

Es un temor por demás santo y religioso

el que se inquieta de poner a salvo

tantos y tantos seres que viven y que se alimentan

gracias a vuestra majestad.

ROSENCRANTZ Una vida privada y personal

está obligada, con la fuerza toda

y con todas las armas del espíritu,

a defenderse de lo que la daña;

y mucho más aquel espíritu

de cuyo bienestar dependen,

y en él se apoyan, tantas vidas;

porque la muerte de la majestad

no muere sola: como el remolino,

chupa consigo lo que hay cerca de ella.

Es una vasta rueda

puesta en la cúspide del monte más subido,

en cuyos grandes rayos diez mil cosas menores

van clavadas y adjuntas, y cuando ella cae,

cada pequeño anexo y nimia consecuencia

contribuye al estruendo de su ruina.

No va solo el suspiro que exhala un soberano,

un general quejido trae siempre de la mano.

REY Pertrechaos, os ruego, para el viaje inminente,

pues hemos de aherrojar estos temores

que ahora corren con pie por demás suelto.

AMBOS Nos apresuraremos.

Salen .

Entra POLONIO.

POLONIO Milord, va hacia los aposentos de su madre.

Me esconderé tras los tapices

para oír lo que digan.

Estoy seguro de que va a reñirle a fondo,

y como vos dijisteis, y estuvo muy bien dicho,

es conveniente que junto a una madre,

pues por naturaleza tienden a ser parciales,

alguien oiga también esa conversación.

Id con Dios, majestad,

os buscaré antes que os acostéis

y os contaré lo que haya averiguado.

REY Gracias, querido señor mío.

Sale POLONIO.

Ay, mi delito es maloliente.

hiede hasta el cielo, y sobre él cae

la maldición primera y más antigua,

la muerte de un hermano.

Rezar me es imposible, aunque la inclinación

fuera tan fuerte como el albedrío,

es más fuerte mi culpa, y vence a mi intención,

y como un hombre atado a un propósito doble,

estoy paralizado, no sabiendo

por dónde debo comenzar,

y así a la una y a la otra desatiendo.

¿Qué importa que esta mano maldecida

esté engrosada con la sangre de un hermano?

¿No hay lluvia suficiente en los amables cielos

para dejarla blanca como nieve?

¿Para qué sirve la misericordia,

sino para enfrentarse con el rostro del crimen?

¿Y qué contiene la oración si no es la doble fuerza
para advertirnos antes de que sucumbamos
o perdonarnos cuando hemos caído?
Alzaré pues los ojos: mi culpa es ya pasada;
mas, ¡ay!, ¿qué clase de oración
podrá servir para mi caso? ¿Perdonadme
mi repulsivo crimen? No puede ser,
puesto que sigo en posesión de esos efectos
por los que cometí el asesinato:
mi corona, mis propias ambiciones, mi reina.
¿Puede ser perdonado uno, y a la vez
retener el delito? En los cursos
corruptos de este mundo,
puede, cubierta de oro, la mano del delito
hacer a un lado a la justicia,
y vemos a menudo que el precio infecto mismo
compra a la ley; mas no es así en lo alto,
allí no se hace trampa; allí la acción se muestra
en su naturaleza verdadera,
y allí nosotros mismos nos vemos obligados
a rendir nuestras pruebas de nuestros delitos
a rostro descubierto. ¿Entonces qué? ¿Qué queda?
Intentar todo el arrepentimiento
que me sea posible. ¿Qué no logrará eso?
Pero ¿qué logrará si uno no puede

arrepentirse? ¡Oh, estado miserable!

¡Oh, pecho mío, negro cual la muerte!

Oh, alma atrapada que al querer luchar

por su liberación, queda más presa.

Oh, ángeles auxiliadores, intentadlo;

doblaos pues, tercas rodillas,

y tú, corazón mío con tus cuerdas de acero,

hazte tan blando como los tendones

de algún recién nacido; todo puede arreglarse.

Entra HAMLET.

HAMLET Ahora lo podría hacer perfectamente,

ahora que está rezando; lo haré ahora,

y así me habré vengado. Habría que pensarlo:

un villano mató a mi padre, y por ese motivo

yo, su único hijo, mando a dicho villano

al paraíso.

Esto es premio y salario, no venganza.

él despachó a mi padre en un momento turbio,

ahíto de su pan, y con todos sus crímenes

en plena floración, lozanos como mayo;

cuál será el saldo de su cuenta,

nadie puede saberlo, salvo el cielo,

pero en medio de nuestra circunstancia

y del curso de nuestro pensamiento,

pesada debe ser su carga.

¿Y quedaré vengado entonces

dando cuenta de él en el momento

que está purificando su alma,

que está listo y maduro para dar ese paso?

No.

Detente, espada, y piensa un golpe más horrendo,

cuando duerma borracho, o en medio de su ira,

o en el placer incestüoso de su lecho,

cuando juegue, o blasfeme, o se entregue a algún acto

donde no haya el menor regusto a salvación;

échale entonces una zancadilla,

y que dé taconazos contra el cielo,

y que su alma esté tan condenada y negra

como el infierno adonde va derecho.

Mi madre está esperando.

Con esta medicina lo único que has logrado

es prolongar un poco tu vivir ya infectado.

Sale .

REY Si mis palabras vuelan,

mi pensamiento en cambio permanece en el suelo;

palabras sin ideas nunca alcanzan el cielo.

ESCENA IV

Entran la REINA *y* POLONIO.

POLONIO Enseguida vendrá. Cuidad de regañarle en serio.

Decidle que ha llegado con sus chifladuras

a un punto que no puede tolerarse,

que vuestra Gracia ha sido mediadora

entre él y un violento ardor.

yo me estaré callado aquí:

os pido que seáis clara con él.

HAMLET Madre, madre, madre.

REINA Os lo aseguro, confiad en mí.

retiraos, le oigo acercarse.

Entra HAMLET.

HAMLET Bueno, madre, ¿de qué se trata?

REINA Hamlet, has ofendido grandemente a tu padre.

HAMLET Madre, habéis ofendido grandemente a mi padre.

REINA Vamos, vamos, contestáis con una lengua absurda.

HAMLET Bien, bien, interrogáis con una lengua absurda.

REINA ¿Qué pretendes ahora, Hamlet?

HAMLET ¿De qué se trata ahora?

REINA ¿Olvidáis quién soy?

HAMLET No, ni un momento, por la Santa Cruz:

sois la reina, la esposa

del hermano de vuestro esposo,

pero ojalá no fuera así. Y sois mi madre.

REINA No, os pondré enfrente quienes sepan hablaros.

HAMLET Vamos, vamos, sentaos, y no os mováis.

No partiréis antes de que os enfrente

a un espejo en el cual podáis mirar

vuestra parte más íntima.

REINA ¿Qué vas a hacer? ¿No irás a asesinarme?

Socorro, ah, socorro.

POLONIO ¿Qué? Socorro, socorro, ah, socorro.

HAMLET ¿Qué pasa? ¿Es una rata?

Un ducado a que muere.

Mata a POLONIO.

POLONIO Ay, me han matado.

REINA Válgame, ¿qué has hecho?

HAMLET No lo sé. ¿Es el rey?

REINA ¡Ah, qué estropicio, y qué acto sangriento!

HAMLET Acto sangriento, casi igual de malo,

madre querida, que matar a un rey

y que casarse con su hermano.

REINA ¿Matar a un rey?

HAMLET Pues sí señora,

eso fue lo que dije. Tú, bobo entrometido,

mísero, atolondrado, adiós.

Te confundí con otro superior a ti:

acepta tu fortuna;

ya ves que ajetrearse demasiado

puede ser peligroso.

No sigáis retorciéndoos las manos,

estad quieta, sentaos,

dejad que yo os retuerza el corazón,

que es lo que haré si es que está hecho
de una sustancia penetrable,
si la costumbre condenada no lo ha hecho tan duro
que se haya convertido en un bastión a prueba
de todo sentimiento.
REINA ¿Qué he hecho yo
para que así te atrevas a agitar la lengua
con tan cruel sonido contra mí?
HAMLET Un acto tal, que mancha
toda gracia y rubor en la decencia,
moteja a la virtud de hipócrita,
despoja de su rosa
la linda frente de un amor ingenuo
y en su lugar deja una pústula,
hace tan falsos a los votos conyugales
como los juramentos de un jugador de dados.
Ay, una hazaña tal
como para arrancar al cuerpo del contrato
su mismísima alma, y para hacer
de la acariciadora religión
una rapsodia de palabras.
El rostro de los cielos se sonroja.
Sí, esta sólida y variada masa
está, con gesto triste, como si estuviera
ante el Día del Juicio,

enferma de pensar en ese acto.

REINA Ay de mí, pues ¿qué acto,

que clame tanto y que atruene en el índice?

HAMLET Mirad este retrato, y este otro,

fingida contrahechura

y representación de dos hermanos.

Mirad qué gracia habita en esta frente,

los rizos de Hiperión,

el semblante de Jove propiamente,

el ojo parecido a los de Marte

lo mismo en la amenaza que en el mando;

un porte como aquel del heraldo Mercurio

recién posado encima de una cumbre

que besa el firmamento.

Una combinación y una forma sin duda

en las que cada dios parece

haber puesto su sello

para mostrar al mundo el espejo de un hombre.

Tal fue vuestro marido. Mirad qué sigue ahora.

Vuestro marido es este, como espiga con moho

infectando su aliento saludable.

¿No tenéis ojos? ¿Es posible

que hayáis dejado de pacer

en este hermoso monte

y que trisquéis ahora en esta ciénaga?

¿Eh? ¿Tenéis ojos? No podéis llamarlo amor;
a vuestros años el tumulto de la sangre
está domesticado, se ha hecho humilde
y se somete al juicio; ¿y qué juicio
saltaría de aquí hasta aquí?
No cabe duda que tenéis sentido,
no podríais, si no, moveros,
pero se ve que ese sentido está paralizado,
pues no erraría la locura, ni el sentido
fue nunca tan esclavo del delirio
que no se reservase algún discernimiento
que se aplique a tan grande diferencia.
¿Cuál fue el demonio
que os engañó como a gallina ciega?
Los ojos sin el tacto,
el tacto sin la vista,
los oídos sin manos, o sin ojos,
sin olfato, sin nada,
o con solo la parte enferma
de un único sentido verdadero,
nunca se hubieran ofuscado tanto.
Vergüenza, di, ¿dónde está tu sonrojo?
Rebelde infierno, si es posible
que entres y te amotines en los huesos
de una matrona, sea la virtud,

para los jóvenes ardientes, como cera,
y que en su propio fuego se derrita.
No proclames vergüenza alguna
cuando el ardor irresistible
se abalance a la carga,
pues con la misma actividad
la propia escarcha arde, y la razón
prostituye a la voluntad.
REINA Ay, Hamlet, no hables más.
Me haces volver los ojos al fondo mismo de mi alma,
y veo allí unas manchas
tan negras en sus fibras íntimas,
que nunca perderán su tinte.
HAMLET No, sino por vivir
en el rancio sudor de una cama enlodada,
cociéndose en la corrupción
entre mil arrumacos y haciendo el amor
en la sucia pocilga.
REINA Ay, no me digas más,
esas palabras entran en mis oídos como dagas.
Basta ya, dulce Hamlet.
HAMLET Un asesino, un hombre vil,
un rufián que no es
la vigésima parte de la décima parte
del que antes fue vuestro señor.

Un remedo de rey,

un ratero ladrón del imperio y la ley,

que ha hurtado de un estante la preciosa diadema

y se la lleva en el bolsillo.

Entra el ESPECTRO.

REINA No más.

HAMLET Un rey de parches y remiendos.

Salvadme; oh, cerneos sobre mí

con vuestras alas, guardias celestiales.

¿Qué deseas, figura venerable?

REINA Dios me valga, está loco.

HAMLET ¿Verdad que venís a dar un regaño

a vuestro hijo moroso que se atarda,

tanto en el tiempo como en la pasión,

y que deja en suspenso

el importante acto de vuestra horrible orden?

Ah, dímelo.

ESPECTRO No olvides.

Esta visita es solo para afilar de nuevo

tu propósito ya casi embotado.

Pero mira: el asombro domina a tu madre;

oh, sirve tú de intermediario

entre ella y el combate de su alma.

En los cuerpos más débiles

dejan más huella las cavilaciones.

Háblale, Hamlet.

HAMLET ¿Cómo estáis, señora?

REINA Oh, por Dios, ¿cómo estáis vos?

Vos que volvéis los ojos al vacío

y al incorpóreo aire dirigís un discurso.

Por vuestros ojos locamente

se asoma vuestro espíritu

y como ante la alarma los soldados dormidos,

vuestro cabello liso

a modo de excrecencias de la vida

se levanta y se queda tieso.

Oh, amable hijo, esparce

sobre el calor y el fuego de tu desvarío

una fresca paciencia. ¿Qué es lo que estáis mirando?

HAMLET A él, a él: mirad qué pálida mirada

es la que me echa encima.

Su forma aunada con su causa

predicando a las piedras las ablandaría.

No me mires así, no vaya a ser

que con esa piadosa acción conviertas

mi ánimo decidido, porque entonces

lo que tengo que hacer quedaría falto

de los colores de lo verdadero:

acaso en vez de sangre lágrimas.

REINA ¿A quién le decís eso?

HAMLET ¿Es que allí no veis nada?

REINA No, nada en absoluto, y sin embargo

todo lo que hay lo veo.

HAMLET ¿Ni habéis oído nada?

REINA Solamente a nosotros.

HAMLET Ah, mirad hacia allá: ved cómo se escabulle.

Mi padre con sus ropas, tal como fue en su vida,

mirad cómo ahora mismo sale por el cancel.

Sale el ESPECTRO.

REINA Todo eso hechura solo de vuestros sesos.

Esta incorpórea creación del éxtasis

es muy astuta.

HAMLET ¿Éxtasis?

Mi pulso como el vuestro

sigue el compás con toda su templanza,

y su música igual cordura muestra.

Lo que he expresado no es locura:

ponedme a prueba y volveré a decir

con las mismas palabras eso mismo,

cosa que a la locura le haría dar respingos.

Madre, por el amor de Dios,

no untéis en vuestra alma ningún aceite halagador

que en vez de hablar de vuestra muerte

hable de mi locura.

Eso pondrá una piel o una película

sobre el sitio ulcerado,
mientras la vigorosa corrupción,
minándolo por dentro todo,
infecta sin ser vista. Confesaos al cielo,
arrepentíos de lo sucedido,
evitad lo que viene
y no abonéis la mala hierba para hacerla más fuerte.
Perdonadme por esta virtud mía,
pues en la grosería de estos zafios tiempos
la propia virtud tiene que implorar el perdón
y que inclinarse, sí, y hacer la corte
para que le permitan hacer bien.
REINA Oh, Hamlet, me has partido en dos el corazón.
HAMLET Oh, deshaceos de su peor parte
y vivid con la otra mitad tanto más pura.
Buenas noches, mas no vayáis
al lecho de mi tío. Fingid una virtud
si es que no la tenéis.
La costumbre, ese monstruo que se come
todos nuestros sentidos, demonio de los hábitos,
en esto es sin embargo un ángel,
que al uso de los actos justos y bondadosos
le da también un traje, si es que no una librea,
que puede revestir como es debido.
Aguantad esta noche, y eso hará más holgada

de algún modo la próxima abstinencia,

más fácil todavía la siguiente;

pues la costumbre puede cambiar casi el semblante

de la naturaleza, y o bien doma al demonio,

o lo echa afuera vigorosamente.

De nuevo buenas noches,

y cuando deseéis ser bendecida,

yo os pediré la bendición.

En cuanto a este señor que está ahí, me arrepiento,

pero los cielos lo han querido así,

a fin de castigarme a mí con esto,

y a este conmigo,

para que sea yo su azote y su ministro.

Lo arrumbaré y responderé debidamente

por esta muerte que le di.

Así que buenas noches otra vez.

Tengo que ser crüel, solo para ser bueno.

Ahora empieza lo malo, y falta lo peor.

Una palabra más, señora.

REINA ¿Qué debo hacer?

HAMLET Nada de aquello, por ningún motivo,

que os he pedido hacer.

Que el borracho del rey

os tiente una vez más a ir a su cama,

os pellizque jugando la mejilla,

os llame ratoncita, y con un par
de malolientes besos, o con unas palmadas
en vuestra espalda con sus dedos maldecidos,
os lleve a devanar todo este asunto;
que yo no estoy de veras loco,
sino hábilmente loco. Bueno fuera
que le contarais esto, pues ¿quién más que una reina,
bella, sobria, prudente,
le podría ocultar a un sapo,
a un murciélago, a un viejo gato
lo que tanto le importa? ¿Quién podría? No;
a pesar del sentido común y del secreto,
soltad el cesto que cuelga del techo,
y que vuelen los pájaros;
y como aquel famoso mono,
para probar las consecuencias del canasto,
arrastraos adentro y rompeos el cuello.
REINA Puedes estar seguro de que, si las palabras
están hechas de aliento, y el aliento de vida,
no tengo vida para dar aliento
a lo que tú me has dicho.
HAMLET Debo irme a Inglaterra, ¿lo sabíais?
REINA Ay, Dios, lo había olvidado.
Se ha decidido así.
HAMLET Hay cartas ya selladas,

y mis dos compañeros de colegio,

de los cuales me fío como de serpientes

de afilados colmillos, llevan orden

de allanarme el camino y llevarme al desastre.

Así se haga, que lo divertido

es ver al ingeniero

con el propio petardo reventado,

y muy mal ha de ser si yo no excavo

diez codos por debajo de sus minas,

y los hago volar hasta la luna.

Ah, nada es más dulce

que dos astucias que de frente chocan directamente.

Este hombre me hará empacar.

Arrastraré sus restos hasta el cuarto de al lado.

Madre, muy buenas noches.

Por cierto que este canciller

se ha vuelto bien discreto, tranquilo, grave al fin,

él que en vida fue un pobre fantoche parlanchín.

Vamos, señor, acabemos con vos.

Y buenas noches, madre.

Sale HAMLET *arrastrando a* POLONIO.

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entra el REY.

REY Algo debe de haber detrás de esos suspiros.

Esos hondos ahogos tenéis que traducirlos;

es conveniente que los entendamos.

¿Dónde está vuestro hijo?

REINA Ay, mi dueño y señor, ¡lo que he visto esta noche!

REY ¿Qué, Gertrudis? ¿Qué pasa pues con Hamlet?

REINA Loco como la mar y el viento

cuando luchan a ver cuál es más poderoso.

En su desaforado paroxismo,

detrás de los tapices oyendo algo moverse,

saca su espada, grita «Un ratón, un ratón»,

y en esa loca imaginación, mata

al buen anciano oculto.

REY ¡Acción funesta!

Lo mismo nos habría sucedido a nos

de haber estado allí.

Su libertad nos amenaza a todos,

a vos misma, y a nos, y a cada uno.

Ah, ¿cómo habrá que responder

de este hecho sangriento?

Lo achacarán a nos, que nuestra providencia

debió tener a raya, restringido

y alejado del público a ese joven demente.

Pero era tanto nuestro amor, que no supimos

qué hubiera convenido más,

sino que fuimos como el que, aquejado

de alguna fea enfermedad, con tal

de evitar que se sepa, la deja que se cebe

en la médula misma de la vida.

¿Adónde ha ido ahora?

REINA A retirar el cuerpo que ha matado,

sobre el cual su locura misma,

como un fino metal mezclado a minerales

de baja escoria, se muestra pura.

Llora por lo que ha hecho.

REY Venid aquí, Gertrudis.

No bien el sol haya rozado el monte,

lo mandaremos lejos, y este acto vil,

con toda nuestra majestad y nuestro tacto, deberemos

a la vez sostenerlo y excusarlo.

Ey, Guildenstern.

Entran ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.

Amigos ambos,

id a juntar alguna ayuda más:

Hamlet en su locura ha matado a Polonio,

y de la alcoba de su madre lo ha sacado arrastrando.

Id a buscarle, habladle con franqueza,

y traed a la capilla el cuerpo.

Os ruego que os deis prisa.

Salen ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN*.*

Venid, Gertrudis, reuniremos

a todos los amigos más prudentes

para comunicarles a la vez

lo que nos proponemos

y lo que en mala hora ha sido hecho,

cuyo rumor, por todo el diámetro terrestre,

con tanta rectitud como el cañón

transporta hacia su blanco su tiro envenenado,

ojalá yerre nuestra nombradía

y hiera al aire indemne.

Vámonos ya, que siento

llena mi alma de azoro y desaliento.

Salen .

ESCENA II

Entra HAMLET.

HAMLET Puesto a buen recaudo.

ROSENCRANTZ y GUILDENSTERN (*Dentro* .) Hamlet, señor Hamlet.

HAMLET ¿Qué ruido es ese? ¿Quién llama a Hamlet?

Ah, ahí vienen.

Entran ROSENCRANTZ *y* GUILDENSTERN.

ROSENCRANTZ ¿Qué habéis hecho, milord, del cuerpo muerto?

HAMLET Mezclarlo con el polvo, con el que estaba emparentado.

ROSENCRANTZ Decidnos dónde está para que lo llevemos desde allá a la capilla.

HAMLET No lo creáis.

ROSENCRANTZ ¿Creer qué?

HAMLET Que pueda seguir vuestro consejo y no el mío. Además, si le hace preguntas una esponja, ¿qué respuesta puede dar el hijo de un rey?

ROSENCRANTZ ¿Me tomáis por una esponja, milord?

HAMLET Sí, señor, que chupa la autoridad del rey, sus recompensas, sus atribuciones. Pero esos subalternos dan al rey el mejor servicio al final. Los guarda, como un mono, en el rincón de su quijada: lo primero que mastica y lo último que traga; cuando necesita lo que habéis recogido, solo tiene que exprimiros, y vosotros, esponjas, quedáis otra vez secos.

ROSENCRANTZ No os entiendo, milord.

HAMLET Me alegro de ello: los discursos canallas duermen en los oídos necios.

ROSENCRANTZ Milord, tenéis que decirnos dónde está el cuerpo, y acompañarnos ante el rey.

HAMLET El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es una cosa…

GUILDENSTERN ¿Una cosa, milord?

HAMLET De nada. Llevadme con él. Escóndete, zorro, y todos tras él.

Salen .

ESCENA III

Entra el REY.

REY Le he mandado buscar, y que encuentren el cuerpo.

Qué peligroso es que este hombre ande suelto.

Con todo, no debemos aplicarle

el rigor de la ley.

Lo ama la multitud chiflada, que se guía

no por el juicio sino por los ojos.

Y cuando esto sucede, se sopesa el castigo

del delincuente, y jamás el delito.

Para llevarlo todo a cabo

con equilibrio y suavidad,

esta súbita orden de enviarlo a otro sitio

tiene que parecer

que es una reflexión deliberada.

Cuando los males llegan a ser desesperados,

el remedio que puede aliviar de ellos

o es a su vez desesperado, o bien no existe.

Entra ROSENCRANTZ.

¿Qué nuevas hay? ¿Qué ha sucedido ahora?

ROSENCRANTZ Dónde haya puesto el cuerpo,

no podemos, milord, lograr que nos lo diga.

REY ¿Pero dónde está él?

ROSENCRANTZ Aquí fuera, milord, guardado,

en espera de vuestras órdenes.

REY Presentadlo ante nos.

ROSENCRANTZ Eh, Guildenstern, trae a Su Alteza.

Entran HAMLET *y* GUILDENSTERN.

REY Veamos, Hamlet, ¿dónde está Polonio?

HAMLET En una cena.

REY ¿En una cena? ¿Dónde?

HAMLET No una donde come, sino donde lo comen a él; cierta reunión de gusanos políticos está ahora mismo con él. El gusano es vuestro único emperador de la dieta. Nosotros engordamos a todas las demás criaturas para que nos engorden, y nos engordamos a nosotros mismos para los gusanos. Vuestro gordo rey y vuestro flaco pordiosero no son más que diversos manjares, dos platos para una misma mesa; ese es el fin.

REY Ay Dios, ay Dios.

HAMLET Un hombre puede pescar con un gusano que se ha comido a un rey, y comerse al pez que se ha zampado ese gusano.

REY ¿Qué queréis decir con eso?

HAMLET Nada, sino mostraros cómo un rey puede ir en desfile por las tripas de un mendigo.

REY ¿Dónde está Polonio?

HAMLET En el cielo, mandad mirar allá. Si vuestro mensajero no lo encuentra allí, buscadlo en el otro lugar vos mismo. Pero en verdad, si no lo encontráis en el curso de este mes, podréis olerlo al subir la escalera hacia la galería.

REY Id a buscarlo allí.

HAMLET No se moverá hasta que lleguéis.

REY Hamlet, este suceso,

por tu seguridad particular,

de la que siempre estamos preocupados,

pues lamentamos cariñosamente

lo que tú has hecho, tiene que alejarte

con la mayor premura. Por lo tanto, prepárate,

el bajel está listo, el viento es favorable,

los que han de acompañarte esperan ya,

y todo está dispuesto para ir a Inglaterra.

HAMLET ¿A Inglaterra?

REY Sí, Hamlet.

HAMLET Está bien.

REY Lo está, en efecto, si miras mis propósitos.

HAMLET Veo un querubín que los mira. Pero adelante: a Inglaterra.

Adiós, querida madre.

REY Tu afectuoso padre, Hamlet.

HAMLET Mi madre; padre y madre son marido y mujer; marido y mujer con una sola carne, y así, es mi madre. Adelante: a Inglaterra.

Sale .

REY Pisadle los talones, inducidlo a embarcarse

sin dilación, no os demoréis. Quiero que zarpe

esta noche sin falta.

En marcha, que está ya sellado y concluïdo

todo lo que a este asunto se refiere.

Os ruego que os deis prisa.

Y tú, Inglaterra, si en alguna estima

tienes mi amor, como puede indicártelo

mi gran poder, pues todavía

se muestra en carne viva y roja

la cicatriz que debes a la espada danesa,

y tu libre respeto nos rinde aún homenaje,

no acojas fríamente nuestro real mandato,

el cual implica finalmente,

mediante cartas que a ese efecto imploran,

la muerte sin tardar de Hamlet.

Hazlo, Inglaterra, que está devastándome

como fiebre en mi sangre, y tú debes curarme;

hasta que sepa yo que todo se ha cumplido,

y pase lo que pase, dichoso no habré sido.

Sale .

ESCENA IV

Entra FORTINBRÁS *con su ejército al escenario* .

FORTINBRÁS Id, capitán, y de mi parte

saludaréis al rey danés,

y le diréis que con licencia suya,

Fortinbrás pide el prometido paso franco

para su marcha por esta región.

Ya conocéis el sitio de la cita,

y si su majestad quiere algo de nos,

en su presencia manifestaremos

nuestro deber, y así debéis decírselo.

CAPITÁN Así lo haré, milord.

FORTINBRÁS Id adelante.

Salen FORTINBRÁS *y los soldados* .

Entran HAMLET, ROSENCRANTZ *y otros* .

HAMLET Mi buen señor, ¿qué fuerzas son estas?

CAPITÁN Son de Noruega, señor.

HAMLET ¿Qué se proponen, señor, por favor?

CAPITÁN Van contra alguna parte de Polonia.

HAMLET ¿Quién las manda, señor?

CAPITÁN El sobrino del anciano rey de Noruega, Fortinbrás.

HAMLET ¿Van contra el centro de Polonia,

o contra una frontera?

CAPITÁN Hablando con verdad, y no añadiendo nada,

vamos a conquistar un pedazo de tierra

sin más provecho que su nombre:

yo por cinco ducados,

por cinco, no lo arrendaría,

ni rendirá al noruego ni al polaco

una renta mayor si se vende en arriendo.

HAMLET Bueno, entonces, jamás

habrán de defenderlo los polacos.

CAPITÁN Sí, tiene ya su guarnición.

HAMLET Dos mil almas y veinte mil ducados

no deciden el pleito de esta bagatela.

Esta es la pústula de todo exceso

de riqueza y de paz, que revienta por dentro

pero no muestra fuera por qué el hombre se muere.

Os doy las gracias muy humildemente.

CAPITÁN Quedad con Dios, señor.

Sale .

ROSENCRANTZ ¿Tenéis a bien partir, milord?

HAMLET Estaré con vosotros enseguida,

id un poco adelante.

Salen todos menos HAMLET.

Cómo las ocasiones hablan todas
en contra mía y son un acicate
a la morosidad de mi venganza.
¿Qué es pues un hombre si su bien más importante
y el negocio más grande de su tiempo
es dormir y comer? No más que un animal.
Sin duda quien nos hizo con tanta discreción,
mirando al antes y al después,
no nos dotó de esa capacidad
ni nos dio esa razón de apariencia divina
para que la dejemos sin uso enmohecerse.
Ahora bien, ya sea por olvido bestial,
o por algún cobarde escrúpulo
de meditar con demasiada precisión
sobre el asunto, pensamiento
que, de partirlo en cuatro, mostraría
solo una parte de prudencia
por tres de cobardía, yo no sé
por qué sigo viviendo
para decir: la cosa está aún por hacerse,
puesto que tengo causa, y voluntad, y fuerza,
y medios para hacerlo.
Hallo para exhortarme ejemplos
del tamaño del mundo.

Testigo de ello es este ejército

tan masivo y costoso

mandado por un príncipe tan tierno y delicado,

cuyo espíritu, de ambición divina henchido,

saca la lengua al invisible azar,

y expone aquello que es mortal e incierto

a todo lo que la fortuna,

la muerte y el peligro osan,

solo por una cáscara de huevo.

Ciertamente ser grande

no es agitarse sin un buen motivo,

sino buscar querella con grandeza

por un quítame allá esas pajas si está en juego el honor.

¿Qué suelo piso entonces yo

que tengo un padre asesinado,

una madre manchada,

y que me acicatean la razón y la sangre,

y todo eso lo dejo dormir,

mientras para vergüenza mía

presencio la inminente muerte de estos veinte mil hombres

que en aras de una fantasía y de un engaño de la gloria

van a la tumba como ir a la cama,

luchan por un pedazo de terreno

donde no pueden tantos hombres

dirimir su contienda,

que no es bastante sepultura y continente

para ocultar los muertos?

Oh, desde ahora, si no son sangrientos

no valgan nada ya mis pensamientos.

Sale .

ESCENA V

Entran la REINA *y* HORACIO.

REINA No quiero hablar con ella.

HORACIO Insiste. Está sin duda trastornada,

su estado es lastimoso.

REINA ¿Qué desea?

HORACIO Habla constantemente de su padre;

dice que se ha enterado de que en el mundo hay trampas,

y gime, y se golpea el corazón,

patalea ofendida por cualquier nimiedad,

dice cosas dudosas que solo muy a medias

tienen algún sentido; su discurso no es nada,

pero el informe uso que de él hace

induce a sus oyentes a mil suposiciones;

tratan de adivinar y parchan las palabras

para hacerlas conformes a sus propias ideas,

que tal como sus guiños, cabeceos

y muecas las presentan,

nos hacen ciertamente creer que hay pensamiento,

sin duda incierto, pero muy aciago.

REINA Sería bueno hablar con ella,

pues podría sembrar

alguna peligrosa conjetura

en mentes mal nacidas.

Dejadla entrar. A mi alma enferma

(tal es la verdadera naturaleza del pecado)

cualquier nimio suceso le parece

preludiar algún hecho desastroso.

Así la culpa suspicaz se ofusca,

temiendo que la arruinen, su propia ruina busca.

Entra OFELIA*, extraviada* .

OFELIA ¿En dónde está la hermosa majestad danesa?

REINA ¿Qué hay, Ofelia?

OFELIA (*Canta* .)

¿Quién me dirá sino tú

tu amor sincero?

Su sandalia y bastón y la concha

de su sombrero.

REINA Ay Dios, dulce doncella,

¿qué significa esa canción?

OFELIA ¿Qué decís? Nada, por favor notadlo.

Ya se ha ido, ya está muerto,

muerto ya, señora mía.

Verde hierba a su cabeza,

a su pie una piedra fría.

Entra el REY.

REINA Pero no, Ofelia…

OFELIA Por favor oíd.

Blanco era su sudario

como la nieve…

REINA Ay, ved esto, señor.

OFELIA

Lleno de dulces flores

como se debe.

Mas pobre él:

no le lloró en su tumba

un amor fiel.

REY ¿Cómo estáis, bella niña?

OFELIA Bien, muchas gracias. Dicen que la lechuza era la hija de un panadero. Señor, sabemos lo que somos pero no sabemos lo que podríamos ser. Dios se siente a vuestra mesa.

REY Lucubraciones sobre su padre.

OFELIA Os ruego, no hablemos de ello, pero si os preguntan qué significa, decid esto:

Mañana es el día de San Valentín,

mañana es el día,

y yo virgencita frente a tu ventana

tu novia sería.

Despierta la rosa, reviste sus galas,

ha abierto su puerta;

entre la doncella, que nunca saldrá

por la puerta abierta.

REY Bella Ofelia.

OFELIA Seguro que sí, sin ningún juramento terminaré:

Por Cristo y la santa caridad,

ay, qué vergüenza le ha dado;

lo harán los mozos si pueden,

y por Dios que es gran pecado.

Antes de tumbarme me juraste

que tu esposa me habrías hecho;

por el sol que me alumbra lo hiciera, y no entrarías en mi lecho.

REY ¿Cuánto tiempo ha estado así?

OFELIA Espero que me pondré bien. Tenemos que ser pacientes, pero no tengo más remedio que llorar, de pensar que lo van a acostar en la fría tierra; mi hermano debe saberlo, y por eso os agradezco vuestros buenos consejos. Venga mi coche. Buenas noches, señoras; buenas noches, dulces señoras; buenas noches, buenas noches.

Sale .

REY Seguidla estrechamente, vigiladla de cerca,

os lo encarezco.

Sale HORACIO.

Ah, este es el veneno

de una pena profunda, todo esto lo origina

la muerte de su padre. Oh, Gertrudis, Gertrudis,

cuando llegan las penas, nunca vienen

como algún solitario explorador:

vienen en batallones.

Para empezar, la muerte de su padre,

tras eso, vuestro hijo que se va,
autor él mismo violentísimo
de su propia fundada ausencia;
la gente turbia, torpe y retorcida
en sus ideas, y rumores
en torno de la muerte de nuestro buen Polonio;
y nos hemos portado puerilmente
al enterrarlo así a la chita callando.
La pobre Ofelia desgarrada de sí misma
y de su sano juicio, sin el cual
no somos más que estampas o meramente bestias.
Y finalmente, y de tanta importancia
como todo esto junto, su hermano que ha llegado
en secreto de Francia, y se ceba en su asombro,
se mantiene en la niebla, y no le ha de faltar
algún chismoso que le infecte los oídos
con fétidos discursos
en torno de la muerte de su padre,
y a todo esto, la necesidad,
falta de asunto, no vacilará
de oído a oído
en colocarnos sobre la picota.
Ay, querida Gertrudis, esto,
a modo de metralla, en mil lugares
me da más de una muerte.

Ruido dentro .

Entra un MENSAJERO.

REINA Ay, Dios mío, ¿qué ruido es este?

REY ¿En dónde están mis suizos? Que custodien la puerta.

¿Qué sucede?

MENSAJERO Salvaos, milord.

El océano (rebasando sus orillas)

no devora las playas con más impetüosa prisa

que ese joven Laertes, con un ejército rebelde,

arrasa a vuestros capitanes;

la multitud lo llama su señor,

y como si ahora mismo

hubiera comenzado el mundo,

la Antigüedad estuviera olvidada

y no se conocieran las costumbres,

confirmaciones y soportes

de todas las palabras, gritan:

¡Escojamos nosotros! ¡Laertes será rey!

Gorros, manos y lenguas

lo aplauden levantándolo a las nubes:

Laertes será rey, Laertes será rey.

REINA Con qué entusiasmo gritan

tras una pista falsa.

Corréis a contrapelo, falsos perros daneses.

Ruido dentro .

REY Han roto ya las puertas.

Entra LAERTES *con otros* .

LAERTES ¿En dónde está ese rey, señores?

Vosotros quedad fuera.

TODOS No; entremos.

LAERTES Os ruego permitirme…

TODOS Está bien, está bien.

Salen .

LAERTES Os doy las gracias. Vigilad la puerta.

Oh, rey villano, entrégame a mi padre.

REINA Cálmate, buen Laertes.

LAERTES Cada gota de sangre que esté en calma

proclama que yo soy un vil bastardo,

a mi padre le grita que es cornudo,

pone la marca de ramera aquí,

sobre la casta frente inmaculada

de mi bendita madre.

REY ¿Por qué razón, Laertes,

tu rebelión se ve tan gigantesca?

Dejadle en paz, Gertrudis,

no tengáis miedo de nuestra persona,

que la divinidad que guarda a un rey es tal,

que la traición solo podrá asomarse

a lo que busca, y muy poco podrá

hacer su voluntad. Dime, Laertes,

¿por qué estás tan furioso? Dejadle en paz, Gertrudis.

Habla pues, hombre.

LAERTES ¿Dónde está mi padre?

REY Muerto.

REINA Pero no ha sido él.

REY Dejadle que pregunte a su manera.

LAERTES ¿Cómo es que está muerto?

No vayan a engañarme.

Que se vaya al infierno la lealtad;

mando al más negro demonio mis votos,

la conciencia y la gracia al pozo más profundo.

Me atrevo a la condenación.

He llegado a tal punto, que ambos mundos desdeño,

y venga lo que venga: solo quiero vengarme

a fondo por mi padre.

REY ¿Quién habrá de impedírtelo?

LAERTES Mi voluntad, no el mundo entero.

En lo que hace a mis medios,

los administraré tan bien, que con muy poco

he de llegar muy lejos.

REY Mi buen Laertes, si deseas conocer

la verdad de la muerte de tu querido padre,

¿está grabado en tu venganza

que arramblarás con todo, amigo o enemigo,

lo mismo el ganador que el perdedor?

LAERTES Solo sus enemigos.

REY ¿Quieres saber entonces quiénes son?

LAERTES A sus buenos amigos les abro así los brazos,

y como el buen pelícano que da su vida,

yo les daré a comer mi propia sangre.

REY Vaya, al fin hablas como un buen muchacho

y como un verdadero caballero.

Que yo soy inocente de la muerte

de tu padre, y estoy

sentidamente adolorido de ella,

lo haré tan claramente mostrarse ante tu juicio

como se muestra el sol ante tus ojos.

Se oye ruido dentro: «Dejadla entrar» .

Entra OFELIA.

LAERTES ¿Qué pasa ahora? ¿Quién hace ese ruido?

Oh, calor, sécame los sesos,

oh, lágrimas salobres siete veces,

abrasad el sentido y virtud de mis ojos.

Por mi fe, tu locura será pagada al peso

hasta que la balanza haya invertido el fiel.

Oh, mi rosa de mayo, mi doncella querida,

mi buena hermana, dulce Ofelia.

Oh, cielos, ¿es posible que el buen juicio

de una joven doncella resulte tan mortal

como la vida de un anciano?

Sutil en el amor

se muestra siempre la naturaleza,

y allí donde es sutil, envía

una u otra preciosa figura de sí misma

tras aquello que ama.

OFELIA (*Canta* .)

Con la cara desnuda

dejan que se lo lleven,

que sí, que no, que no, que sí,

infinitas las lágrimas

que en su sepulcro llueven.

Adiós, palomo mío.

LAERTES Si en tu juicio estuvieras y clamaras venganza, menos que así conmoverías.

OFELIA Debéis cantar «Abajo iré, abajo iré», y llamar al que abajo irá. ¡Ah, qué bien le va ese estribillo! Fue el falso mayordomo el que robó a la hija de su amo.

LAERTES Esa nadería es más que un argumento.

OFELIA Aquí hay romero, es para los recuerdos. Por favor, amor, recuerda. Y aquí hay pensamientos, son para pensar.

LAERTES Una instrucción en plena locura, los pensamientos y los recuerdos adecuados.

OFELIA Aquí hay hinojo para vos, y pajarillas; aquí hay ruda para vos, y un poco para mí. Podemos llamarla hierba de la gracia de los domingos. Ah, debéis llevar la ruda de modo diferente. Aquí hay una margarita, quería daros unas violetas, pero se marchitaron todas cuando mi padre murió: dicen que tuvo un buen fin.

Porque el lindo petirrojo

ha de ser mi único amor.

LAERTES El pensamiento, y la aflicción,

y la pasión, y el mismo infierno,

todo lo vuelve dulzura y minucia.

OFELIA

¿Y ya nunca volverá,

y ya nunca volverá?

Nunca, nunca, que está muerto, quédate en tu cama yerto,

que ya nunca volverá;

como nieve era su barba,

como lino era su pelo,

ya se ha ido, ya se ha ido,

no haya llanto ni gemido,

y Dios lo tenga en su cielo.

Y a todas las almas de todos los cristianos

es lo que pido a Dios. Buenas noches a todos.

Sale OFELIA.

LAERTES ¿Ves esto, oh, Dios?

REY Laertes,

tengo que tomar parte en tu aflicción,

o me habrás denegado mis derechos.

Apártate y escoge,

como tú quieras, entre tus amigos

a los más sabios, y que nos escuchen

y nos juzguen a ti y a mí;

si de modo directo o colateralmente,

nos hallan implicados, cederemos

nuestro reino y corona, y nuestra vida,

junto a cuanto podemos llamar nuestro

en tu favor, en prenda de ello.

Pero si no, conténtate

con concedernos tu paciencia,

y nos esforzaremos a tu lado

en contentarte tal como es debido.

LAERTES Así sea. La forma de su muerte,

su oscuro enterramiento: ni un trofeo,

ni una espada o escudo de armas sobre sus huesos,

ni un noble rito, ni ninguna

ostentación formal, están gritando,

para que lo oigan todos,

como a la tierra desde el cielo, que debo pedir cuentas.

REY Está claro que debes.

Y donde esté la ofensa, que caiga la gran hacha.

Te ruego acompañarme.

Salen .

ESCENA VI

Entra HORACIO*, con un* CRIADO.

HORACIO ¿Quiénes son esos que quieren hablar conmigo?

CRIADO Marineros, señor,

dicen que tienen cartas para vos.

HORACIO Déjalos entrar.

No sé de qué lugar del mundo

podría recibir noticias,

si no son de Su Alteza Hamlet.

Entra un MARINERO.

MARINERO Dios os bendiga, señor.

HORACIO Que te bendiga a ti también.

MARINERO Me bendecirá, si le place. Hay una carta para vos, señor, viene de los embajadores que fueron enviados a Inglaterra, si vuestro nombre es Horacio, como me han dado a entender que es.

HORACIO (*Lee la carta* .) «Horacio: cuando hayas recorrido esto, dales a estos amigos los medios para llegar hasta el rey; tienen cartas para él. Antes que leváramos dos días en el mar, un pirata de aparejo muy guerrero nos persiguió. Viendo que éramos demasiado poco veleros, nos revestimos de una obligada valentía. En la pelea, los abordé; enseguida se soltaron de nuestra nave, y así yo solo quedé prisionero de ellos. Me han tratado como ladrones misericordiosos, pero sabían lo que hacían. Tengo que corresponderles ampliamente. Que el rey reciba las carta que he enviado, y reúnete conmigo con tanta prisa como si huyeras de la muerte. Tengo cosas que decirte al oído que te dejarán estupefacto, y sin embargo son demasiado ligeras para el calibre de la cosa. Estos buenos muchachos te traerán adonde estoy. Rosencrantz y Guildenstern siguen rumbo a Inglaterra. De ellos tengo mucho que contarte, adiós. Tuyo como bien sabes, Hamlet.»

Ven, yo hallaré el camino para estas cartas tuyas,

y date prisa, para acompañarme luego

a ver a aquel de quien las has traído.

Salen .

ESCENA VII

Entran el REY *y* LAERTES.

REY Ahora tu conciencia debe

sellar mi absolución, y tienes que ponerme

dentro del pecho como amigo tuyo,

puesto que has escuchado, y con oído inteligente,

que quien mató a tu noble padre

apuntaba a mi vida.

LAERTES Así parece.

Mas decidme, ¿por qué no procedisteis

contra tan criminales actos,

y de índole tan grave,

tal como os empujaba a hacerlo sobre todo

vuestra seguridad, y la prudencia,

y todo lo demás?

REY Bueno, por dos razones especiales

que tú (tal vez) encontrarás endebles,

y sin embargo para mí son fuertes.

Primeramente,

que la reina su madre solo ve por sus ojos,

y en cuanto a mí (por mi bien o mi mal,

no sabría decirlo), es tan consustancial

a mi vida y mi alma, que así como la estrella

se mueve solo dentro de su esfera,

yo no puedo moverme sino en la esfera de ella.

La otra razón de que no pueda yo

ir ante un pleito público

es el profundo amor que la gente común le tiene,

y que bañando en ese afecto

todas sus faltas, como aquella fuente

que convertía la madera en piedra,

convertiría en gracia todas sus cadenas.

De tal manera que mis flechas,

de demasiado leve hechura

para tan fuerte viento, se revolverían

contra mi propio arco, en vez de contra aquello

adonde yo las disparaba.

LAERTES Y entonces, yo he perdido un noble padre,

tengo una hermana que se encuentra

en una situación desesperada,

cuyo valor (si la alabanza puede volver el rostro atrás)

desafïaba ventajosamente

a la época entera por sus perfecciones.

Mas mi venganza llegará.

REY Eso no deberá quitarte el sueño,

pues no debes pensar que estemos hechos

de una sustancia tal, tan llana y torpe,

que podamos dejar que agite nuestra barba

cualquier peligro, sin tomarlo en serio.

Pronto sabrás más cosas.

Yo le tuve a tu padre amor,

y nos tenemos a nos mismo amor,

y espero que eso te haga imaginar…

Entra un MENSAJERO.

¿Qué pasa ahora? ¿Qué noticias?

MENSAJERO Cartas, milord, de Hamlet.

Hay esta para vuestra majestad

y esta para la reina.

REY ¿De Hamlet? ¿Quién las trajo?

MENSAJERO Marineros, milord, por lo que dicen;

yo no los vi, a mí me las dio Claudio,

y a él se las dio el mismo que las trajo.

REY Laertes, tú también has de escucharlas.

Déjanos.

Sale el MENSAJERO.

«Alto y poderoso señor: Habéis de saber que me he plantado desnudo en vuestro reino. Mañana pediré la venia para ver vuestros reales ojos. Entonces (pidiéndoos primero perdón por ello) relataré la ocasión de mi súbito y muy extraño regreso. Hamlet.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Han vuelto los demás?

¿O es un engaño?, ¿o no hay tal cosa?

LAERTES ¿Reconocéis la letra?

REY Es del puño de Hamlet.

«Desnudo». Y más abajo

dice en una posdata: «Solo».

¿Puedes darme consejo?

LAERTES Estoy perdido en todo ello, mi señor.

Pero dejad que venga.

Me reconforta el corazón enfermo

que pueda yo vivir

y decirle en su cara: «Así lo hiciste».

REY Si así es, Laertes, como debe ser,

y no de otra manera, ¿quieres que yo te guíe?

LAERTES Siempre que no queráis forzarme a hacer la paz.

REY Solo tu propia paz. Si ha vuelto ahora,

desbandándose así de su vïaje

sin intención de reanudarlo,

le induciré a meterse en una hazaña

que tengo ya madura en mi cabeza,

en la cual no podrá sino enredarse.

Y por su muerte no habrá ni un soplo de condena,

sino que hasta su madre aprobará la práctica

y dirá que es un accidente.

LAERTES Me dejaré guïar, señor,

en especial si lo podéis hacer

de modo que yo sea el instrumento.

REY Eso viene de perlas.

Se ha hablado mucho, desde tu vïaje,

y en presencia de Hamlet, de cierta cualidad

en la que dicen que tú brillas;

todas tus prendas juntas no le dan tanta envidia

como le dio esa sola, y eso que en mi opinión

es de muy bajo rango.

LAERTES ¿Qué cualidad es esa, señor mío?

REY Nada más que una cinta en la gorra de un joven,

mas también necesaria, porque la juventud

casa tan bien con aquella librea
ligera y descuidada que reviste,
como la edad madura con sus pieles
y sus grandes ropajes,
signos de bienestar y gravedad.
No hace ni un par de meses
que estuvo aquí un caballero de Normandía;
yo mismo he visto a los franceses,
y he servido en su contra,
y son grandes jinetes; pero aquel galán
parecía embrujado; se crecía en la silla,
y hacía hacer a su caballo
tales prodigios
cual si formara parte de su cuerpo
y poseyera una mitad
de la naturaleza de aquel noble animal;
superó de tal modo mi imaginación,
que no puedo forjar tantas formas y mañas
como él ejecutó.
LAERTES ¿Era un normando?
REY Eso es: normando.
LAERTES Por vida mía: Lamord.
REY Exactamente.
LAERTES Lo conozco bien,
es ciertamente el broche

y la gema de toda su nación.

REY Hizo una extensa apreciación de tu persona,

y dio de ti un informe tan excelso

en cuanto al arte y ejercicio de la espada,

especialmente del florete,

que exclamó que sería digno de observarse

que alguien pudiera equiparársete;

los esgrimistas de su nación

juró que no tenían ni agilidad, ni guardia,

ni vista, si contigo se enfrentaban;

pues señor, este informe suyo

envenenó de envidia hasta tal punto a Hamlet,

que solo pudo desear y suplicar

tu rápido retorno para enfrentarte a él;

ahora bien, siendo así…

LAERTES Siendo así, ¿qué, señor?

REY Laertes, ¿tú tenías a tu padre afecto,

o eres como la estampa del dolor,

una cara sin alma?

LAERTES ¿Por qué preguntáis eso?

REY No es que yo crea que no amabas a tu padre,

pero sé que el amor en el tiempo comienza

y veo en casos comprobados

que el tiempo califica sus llamas y su chispa.

Vive en la llama misma del amor

una especie de mecha o de pabilo
que ha de abatirlo, y nada queda quieto
en su misma bondad, pues la bondad,
creciendo hasta la plétora,
muere en su propio exceso.
Lo que quisiéramos hacer
debiéramos hacerlo cuando estamos queriéndolo,
pues ese querer cambia, y tiene tantas menguas
y tantas dilaciones como lenguas existen,
y manos, y accidentes; y ese deber entonces
es como un pródigo suspiro
que duele al exhalarse.
Pero vayamos a lo vivo de la llaga.
Hamlet regresa: ¿qué piensas emprender
para mostrar que eres de veras
el hijo de tu padre, no solo en las palabras?
LAERTES Cortarle el cuello en plena iglesia.
REY Ningún lugar debería en efecto
ser el santuario del asesinato;
la venganza no debe tener límite.
Pero, mi buen Laertes, si quieres hacer eso,
permanece encerrado en tu aposento.
Una vez que haya vuelto Hamlet,
sabrá que tú también has regresado;
pondremos a actüar

a los que alabarán tus excelencias,

redoblando el barniz que te daba el francés;

os pondré juntos finalmente

para apostar sobre vuestras cabezas,

y siendo él descuidado, generoso

y desprovisto de maquinaciones,

no querrá examinar las armas,

de manera que fácilmente,

o haciendo un poco trampa,

puedes escoger tú un arma sin botón,

y con un lance diestro

cobrarle por tu padre.

LAERTES Así lo haré,

y para ese propósito untaré mi florete:

compré un ungüento a un charlatán,

que es tan mortal, que con meter en él

la punta de un cuchillo, si hace sangre,

no hay cataplasma tan perfecta,

hecha juntando cuantos simples tienen virtud bajo la luna,

que salve de la muerte a quien reciba de él

tan solo un arañazo; pondré en mi punta un toque

de esa infección, que si le rozo apenas,

bien puede ser la muerte.

REY Pensemos más en ello,

examinemos bien las circunstancias

de tiempo y de lugar que más convienen
a nuestro plan. Si es que fallamos
y en nuestra mala actuación se trasluce
nuestra intención, más nos vale no intentarlo;
por consiguiente este proyecto
debe contar con un respaldo
o con una segunda solución
que se sostenga en caso de que la primera
se venga abajo una vez puesta a prueba;
calma, déjame ver,
solemnemente apostaremos
sobre vuestras destrezas.
Ah, ya lo tengo:
cuando en vuestro ajetreo
estéis acalorados y con sed,
(y tú para ese fin
harás tus lances más violentos),
y él pida de beber,
mandaré que preparen para él
un cáliz para el caso, en el cual si tan solo
llega a mojar los labios, si por casualidad
ha escapado a tu herida envenenada,
nuestro propósito puede quedar cumplido.
Hola, mi dulce reina.
Entra la REINA.

REINA Un dolor pisa al otro los talones,

tan de cerca se siguen uno a otro:

pobre Laertes, tu hermana se ha ahogado.

LAERTES ¿Ahogado? Oh, ¿dónde?

REINA Hay un sauce

que ha crecido torcido al borde de un arroyo

y sus pálidas hojas copia

en la corriente cristalina.

Allá con guirnaldas fantásticas fue ella,

tejidas de ranúnculos, ortigas, margaritas,

y esas largas orquídeas

a las que los pastores desenvueltos

dan un nombre más burdo,

pero que nuestras castas doncellas conocen

bajo el nombre de dedos de muerto;

allí por las pendientes ramas,

para colgar sus hierbas en corona

intentando trepar, una envidiosa rama

se rompió, y los trofeos que con hierbas tejiera,

y ella misma, cayeron en el lloroso arroyo;

sus vestidos se abrieron, y a modo de sirena,

la mantuvieron por un tiempo a flote,

durante el cual ella cantaba

trozos de antiguas melodías,

como quien no se percatase de su propia desdicha

o como una criatura

nativa y destinada a ese elemento.

Mas no podía transcurrir gran rato

antes de que sus ropas,

pesadas con el agua que las empapaba,

hundieran a la pobre desdichada

desde su canto melodioso

hasta su cenagosa muerte.

LAERTES ¡Ay! ¿Así que está ahogada?

REINA Ahogada, ahogada.

LAERTES Demasiada agua

tienes tú, pobre Ofelia,

y por eso reprimo yo mis lágrimas;

y sin embargo es ese nuestro hábito,

no mudan las costumbres de la naturaleza

por más que diga la vergüenza;

cuando estas hayan terminado,

habré sacado a la mujer de mí.

Adiós, milord, tengo un discurso en llamas

que bien querría abrasar todo

si este desfogue no lo apaga.

Sale .

REY Sigámosle, Gertrudis.

Cuánto tuve que hacer para calmar su rabia.

Temo ahora que esto la encienda nuevamente.

Vamos pues tras de él.

Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran dos PATANES.

PRIMER PATÁN ¿Hay que enterrar con entierro cristiano a la que voluntariamente busca su propia salvación?

SEGUNDO PATÁN Te digo que lo es, y por lo tanto haz su tumba derecha, el alguacil ha indagado sobre ella, y encuentra que debe ser un entierro cristiano.

PRIMER PATÁN ¿Cómo es posible eso, a menos que se haya ahogado en defensa propia?

SEGUNDO PATÁN Bueno, así se ha visto.

PRIMER PATÁN Debe ser *se offendendo* , no puede ser de otra manera; porque ahí está el asunto: si me ahogo voluntariamente, eso supone un acto, y un acto tiene tres ramas, que son actuar, hacer y ejecutar; érgolis, se ahogó voluntariamente.

SEGUNDO PATÁN No, pero escúchame, señor zapador.

PRIMER PATÁN Permíteme: aquí está el agua; bien. Aquí está el hombre; bien. Si el hombre va hacia esa agua y se ahoga, es, quieras que no, que él va, ¿te das cuenta? Pero si el agua viene a él y lo ahoga, no se ahoga a sí mismo. Érgolis, el que no es culpable de su propia muerte no acorta su propia vida.

SEGUNDO PATÁN ¿Pero es eso legal?

PRIMER PATÁN Claro que lo es, es la ley de la encuesta del alguacil.

SEGUNDO PATÁN ¿Quieres saber la verdad del asunto? Si no hubiera sido una mujer principal, se la hubiera enterrado fuera de un entierro cristiano.

PRIMER PATÁN Tú lo has dicho. Y lo más triste es que los poderosos tengan autorización en este mundo para ahogarse o colgarse ellos mismos, más que sus hermanos cristianos. Vamos, mi pala; no hay nobles más antiguos que los jardineros, zapadores y cavadores de fosas; ejercen la profesión de Adán.

SEGUNDO PATÁN ¿Era un caballero?

PRIMER PATÁN Fue el primero que llevó armas.

SEGUNDO PATÁN Pero si no tenía ninguna.

PRIMER PATÁN ¿Qué? ¿Eres un pagano? ¿Cómo entiendes tú las Escrituras? Las Escrituras dicen que Adán cavaba: ¿podía cavar sin armas? Te voy a hacer otra pregunta, si no me contestas adecuadamente, confiesa que eres un…

SEGUNDO PATÁN Adelante.

PRIMER PATÁN ¿Quién es el que construye más fuertemente que el albañil o el calafate o el carpintero?

SEGUNDO PATÁN El que hace horcas, porque esa fábrica sobrevive a mil inquilinos.

PRIMER PATÁN Me gusta de lo lindo tu ingenio, la horca está bien; pero ¿en qué está bien? Hace el bien a los que hacen el mal. Ahora bien, haces mal en decir que la horca está construida más sólidamente que la iglesia; érgolis, la horca te vendría bien a ti. Vamos, trata otra vez.

SEGUNDO PATÁN ¿Quién construye más fuertemente que el albañil, el calafate o el carpintero?

PRIMER PATÁN Sí, dímelo, y levanta el yugo.

SEGUNDO PATÁN Vaya, ya lo sé.

PRIMER PATÁN Vamos.

SEGUNDO PATÁN Malhaya, no puedo decirlo.

Entran HAMLET *y* HORACIO *a lo lejos* .

PRIMER PATÁN No te aporrees los sesos con eso, que el torpe de tu burro no enmendará el paso pegándole; y la próxima vez que te pregunten eso, di que el sepulturero: las casas que él hace duran hasta el Día del Juicio. Anda, llégate adonde Yaughan y tráeme un jarro de licor.

Sale el SEGUNDO PATÁN.

Canta .

De joven cuando amaba, amaba,

bien pensé que era cosa buena;

el tiempo por mi bien me ha dicho que eso no valía la pena.

HAMLET ¿No tiene este hombre ningún sentimiento de su tarea, para cantar mientras cava tumbas?

HORACIO La costumbre lo ha transformado para él en una cuestión de desenfado.

HAMLET Así es en efecto: la mano poco usada tiene la sensibilidad más delicada.

PRIMER PATÁN (*Canta* .)

Pero la edad con pasos quedos

con su garra me acarició,

e ha embarcado hacia la tierra

cual si no fuese tierra yo.

HAMLET Esta calavera tuvo dentro una lengua, y en otro tiempo podía cantar. Cómo la tira al suelo el villano, como si fuera la quijada de Caín, que hizo el primer asesinato. Podría ser la mollera de un político eso que este asno manipula ahora; uno que hubiera podido enredar a Dios, ¿no es cierto?

HORACIO Cierto, milord.

HAMLET O de un cortesano que podría decir «Buen día, dulce señor, ¿cómo estás, buen señor?». Este podría ser mi señor Fulano que alababa el caballo del señor Mengano cuando pensaba pedírselo prestado, ¿no es cierto?

HORACIO Sí, milord.

HAMLET En fin, así es. Y ahora es de doña Gusana, sin quijada y golpeado en la mollera con la pala de un sacristán. Hay aquí una buena revolución, si tuviéramos modo de verla. Estos huesos, ¿costó tan poco criarlos como para jugar a los bolos con ellos? Me duele pensarlo.

PRIMER PATÁN (*Canta* .)

Un pico y una pala, pala,

ay, y un buen sudario de lino,

ay, un hoyo cavado en la arcilla

para alojar a este inquilino.

HAMLET Aquí hay otra. ¿No podría bien ser esta la calavera de un abogado? ¿Dónde están ahora sus tiquismiquis?, ¿sus chicanas?, ¿sus casos?, ¿sus títulos y sus trampas? ¿Por qué tolera ahora que este burdo bribón le golpee la mollera con su azada sucia, y no le habla de su acto de asalto? Hmm. Este sujeto pudo ser en sus tiempos un gran comprador de tierras, con sus contratos, sus pagarés, sus arriendos, sus dobles avales, sus cobranzas: ¿es esto el arriendo de sus arriendos, y la cobranza de sus cobranzas, tener su estupenda mollera llena de estupenda tierra? ¿Sus avales, incluso los dobles, avalarán ahora sus compras menos que lo largo y ancho de un par de acuerdos de esos que se rasgan en dos? Los puros pergaminos de sus tierras cabrían apenas en esta caja; ¿y el heredero mismo no debe tener más?, ¿eh?

HORACIO Ni una pizca más, milord.

HAMLET ¿No se hace el pergamino con pieles de borrego?

HORACIO Sí, milord, y con pieles de becerro también.

HAMLET Son borregos y becerros los que buscan seguridad en eso. Voy a hablar con ese hombre. ¿De quién es esa tumba, señor?

PRIMER PATÁN Mía, señor.

Ay, un hoyo cavado en la arcilla

para alojar a este inquilino.

HAMLET Pienso que es efectivamente tuya, porque estás dentro de ella.

PRIMER PATÁN Vos estáis fuera de ella y por lo tanto no es vuestra. Por mi parte, yo no me echo en ella; y sin embargo es mía.

HAMLET Sí te echas: echas mentiras diciendo que estás en ella y es tuya; es para los muertos, no para los vivos, por consiguiente echas mentiras.

PRIMER PATÁN Es una mentira viva, señor; volverá a echarse de mí a vos.

HAMLET ¿Para qué hombre la cavas?

PRIMER PATÁN Para ningún hombre, señor.

HAMLET ¿Para qué mujer entonces?

PRIMER PATÁN Para ninguna tampoco.

HAMLET ¿Quién va a ser enterrado en ella?

PRIMER PATÁN Una que fue mujer, señor; pero descanse en paz, ha muerto.

HAMLET ¡Qué exacto es este bribón! Tenemos que hablar según la carta, o el equívoco nos extraviará. Por Dios, Horacio, estos últimos tres años lo he notado: la época se está volviendo tan remilgada, que el dedo gordo de un campesino se acerca tanto al talón de nuestro cortesano como para arañarle los sabañones. ¿Cuánto tiempo llevas de sepulturero?

PRIMER PATÁN De todos los días del año, me puse a ello el día que nuestro difunto rey Hamlet venció a Fortinbrás.

HAMLET ¿Cuánto hace de eso?

PRIMER PATÁN ¿No podéis decirlo vos? Cualquier bobo puede decirlo: fue el día mismo que nació el joven Hamlet, el que está loco y lo han mandado a Inglaterra.

HAMLET Ah, caray, ¿por qué lo han mandado a Inglaterra?

PRIMER PATÁN Hombre, porque estaba loco; recobrará el juicio allá; y si no, allá no importará mucho.

HAMLET ¿Por qué?

PRIMER PATÁN No se le notará allá, allá los hombres están tan locos como él.

HAMLET ¿Cómo es que se volvió loco?

PRIMER PATÁN De manera muy extraña, dicen.

HAMLET ¿De qué manera extraña?

PRIMER PATÁN A fe mía, perdiendo el juicio.

HAMLET ¿De dónde vino eso?

PRIMER PATÁN Hombre, de aquí de Dinamarca. Yo he sido sepulturero aquí, de niño y de hombre, treinta años.

HAMLET ¿Cuánto tiempo puede estar un hombre en la tierra antes de pudrirse?

PRIMER PATÁN Por vida mía, si no está ya podrido antes de morir (como muchos cuerpos sifilíticos hoy en día, que apenas pueden

depositarse en la fosa), os durará unos ocho años, o nueve años. Un curtidor os durará nueve años.

HAMLET ¿Por qué él más que otros?

PRIMER PATÁN Bueno, señor mío, su cuero está tan curtido a causa de su oficio, que no deja entrar el agua durante mucho tiempo. Y esa agua vuestra es un feo destructor de vuestro cuerpo muerto hijo de puta. Aquí tenéis una calavera: esta calavera ha estado en la tierra veintitrés años.

HAMLET ¿De quién es?

PRIMER PATÁN Fue la de un loco hijo de puta; ¿de quién creéis que es?

HAMLET No sé.

PRIMER PATÁN Mala peste le caiga encima al loco bribón: me echó una botella de vino del Rin en la cabeza una vez. Esta calavera misma, esta precisa calavera fue la calavera de Yorick, el bufón del rey.

HAMLET ¿Esta?

PRIMER PATÁN Mismamente esta.

HAMLET Déjame ver. Ay, pobre Yorick; yo lo conocí, Horacio, un sujeto de una gracia infinita, de excelente fantasía; me llevó en su espalda mil veces; y ahora qué aborrecible aparece en mi imaginación; se me hace un nudo en la garganta de pensarlo. De aquí colgaban esos labios que besé no sé cuántas veces. ¿Dónde están tus bromas?, ¿tus piruetas? ¿tus canciones?, ¿tus chispas de diversión que solían provocar las carcajadas de toda la mesa? ¿No hay ahora ninguna para burlarte de tu propia gracia? ¿Tienes un poco caída la mandíbula? Vete ahora a la alcoba de mi señora y dile que bien puede ponerse pintura de una pulgada de grueso, a esta figura ha de llegar. Hazla reír con eso. Por favor, Horacio, dime una cosa.

HORACIO ¿Qué es ello, milord?

HAMLET ¿Crees tú que Alejandro tenía este aspecto en la tierra?

HORACIO Ni más ni menos.

HAMLET ¿Y que olía así? Puah.

HORACIO Exactamente, milord.

HAMLET A qué bajos usos podemos regresar, Horacio. Caray, ¿no puede la imaginación seguir el rastro del noble polvo de Alejandro hasta encontrarlo tapando el agujero de un tonel?

HORACIO Sería examinar demasiado minuciosamente examinar así.

HAMLET No, a fe mía, ni un ápice. Sino seguirlo hasta allí con mucha discreción y verosimilitud para llevarlo a cabo. De esta manera: Alejandro murió; Alejandro fue enterrado; Alejandro volvió al polvo; el polvo es tierra; con la tierra hacemos barro, y ¿por qué con un poco de ese barro (en el que quedó convertido) no podrían tapar un barril de cerveza?

César imperial, muerto y vuelto tierra fría

pudo tapar un hoyo donde el aire corría.

Pensar que aquella tierra de inmenso poderío

ahora parcha un muro para ahuyentar el frío.

Mas silencio, silencio, y hazte a un lado,

que viene el rey…,

Entran portadores con un ataúd, el REY *y la* REINA, LAERTES

y otros nobles, seguidos por un sacerdote .

… la reina; cortesanos.

¿A quién es a quien siguen con ritos tan mermados?

Eso nos da a entender que el cadáver que siguen

fue por su propia mano como puso

desesperado fin a su existencia.

Era de cierta calidad.

Vamos a agazaparnos un rato y observar.

LAERTES ¿Qué otra ceremonia?

HAMLET Ese es Laertes,

un joven de alta alcurnia, fíjate.

LAERTES ¿Qué otra ceremonia?

SACERDOTE Sus exequias las hemos extendido

hasta donde nos es legítimo;
su muerte fue dudosa
y si no hubiera habido un mandato supremo
que privó sobre el orden,
nunca debió depositarse en tierra consagrada
hasta la última trompeta.
A modo de oración caritativa,
cascotes, pedernales y guijarros
se deben arrojar sobre ella.
No obstante le hemos concedido aquí
su guirnalda de virgen, sus prendas de doncella
y el paso hasta su última morada
con toque de campanas y servicio de entierro.
LAERTES ¿Y no se tiene que hacer más?
SACERDOTE No más tiene que hacerse, profanaríamos
el servicio a los muertos si cantáramos
el grave réquiem y el responso
que se reza a las almas que partieron en paz.
LAERTES Depositadla en tierra,
y de su hermosa e impoluta carne
pueden brotar violetas. Yo te digo,
sacerdote insolente,
que mi hermana ha de ser un ángel mediador
cuando tú yazgas dando aullidos.
HAMLET ¿Cómo, la hermosa Ofelia?

REINA Dulces flores para la dulce; adiós.
Esperaba que fueras la esposa de mi Hamlet;
pensé que adornaría tu lecho nupcial,
dulce doncella, y no que esparciría
sobre tu tumba flores.
LAERTES Oh, dolor triplicado,
diez veces triplicado caigas
sobre aquella cabeza maldecida
cuyo acto malvado
de tu más claro juicio te privó.
Deja un momento de echar tierra
mientras una vez más la estrecho entre mis brazos.
Salta dentro de la sepultura .
Echa ahora tu polvo sobre el vivo y la muerta
hasta que tengas hecho un monte de este llano
que sobrepase al antiguo Pelión
o a la cabeza al cielo alzada
del azuloso Olimpo.
HAMLET ¿Quién es ese
cuyo dolor puede mostrar tal énfasis;
cuya frase doliente conjura a los errantes astros
y los hace asistir como escuchando
heridos de estupor? Este soy yo,
soy Hamlet el danés.
HAMLET *salta adentro tras* LAERTES.

LAERTES El demonio te lleve.

HAMLET No rezas bien; te suplico que quites

tus dedos de mi cuello; aunque yo, señor mío,

no soy impetüoso ni violento,

hay sin embargo en mí algo que es peligroso,

que a tu prudencia más le valdría temer.

Quita la mano.

REY Separadlos.

REINA Hamlet, Hamlet.

HORACIO Señor, estaos quieto.

HAMLET Por Dios, pelearé con él sobre este asunto

hasta que dejen de parpadear mis párpados.

REINA Hijo mío, ¿qué asunto?

HAMLET Yo amé a Ofelia.

Cuarenta mil hermanos

(con su gran cantidad de amor)

no podrán igualar mi suma.

¿Qué harías tú por ella?

REY Está loco, Laertes.

REINA Por el amor de Dios, suéltalo, Hamlet.

HAMLET Ven, muéstrame qué es lo que harías.

¿Pedirías llorar? ¿Pedirías luchar?

¿Pedirías beber vinagre?

¿O comer cocodrilo?

Yo lo haré. ¿Has venido aquí a gemir?

¿A provocarme saltando a su tumba?

Hazte enterrar con ella, y lo mismo haré yo.

Y si de montes hablas, que nos echen encima

millones de fanegas, hasta que nuestro suelo,

chamuscando su crisma contra la zona ardiente,

haga que el monte Ossa parezca una verruga.

Sí, que si tú te pones a dar voces,

bramaré igual que tú.

REINA Esto es pura locura,

y así durante un rato lo agitará el ataque;

después, con la paciencia de la paloma hembra

viendo a su parejita de oro

romper el cascarón, se asentará

su silencio agachando la cabeza.

HAMLET Señor, oídme: ¿qué razón tenéis

para tratarme así? Pero no importa,

haga lo que haga Hércules mismo,

maullará el gato e irá a lo suyo el perro.

Sale .

REY Os ruego, buen Horacio, ocupaos de él.

Sale HORACIO.

Refuerza tu paciencia con la charla

que tuvimos anoche. Puliremos el plan

con este último empujón.

Mi querida Gertrudis,

poned alguna vigilancia a vuestro hijo.

Esta tumba tendrá un monumento vivo:

una hora de calma nos será dada en breve;

mientras, que la paciencia nos haga el tiempo leve.

Salen .

ESCENA II

Entran HAMLET *y* HORACIO.

HAMLET Basta ya de eso; ahora escucha el resto.

¿Recuerdas bien todas las circunstancias?

HORACIO Las recuerdo, milord.

HAMLET Pues señor, en mi alma

se libraba una especie de combate

que no me permitía dormir.

Creo yo que las noches las pasaba peor

que los amotinados puestos en los grilletes.

Apresuradamente (y alabado sea

por casos como este el apresuramiento,

pues conviene saber

que nuestra indiscreción a veces nos es útil,

cuando nuestros profundos proyectos palidecen,

y eso debe enseñarnos

que una divinidad da forma a nuestros fines,

por mucho que nosotros

los desbastemos malamente…)

HORACIO Bien cierto es eso.

HAMLET … de mi camarote,

después de echarme encima a oscuras

mi capa de marino, salí a tientas

y me puse a buscarlos; se cumplió mi deseo:

palpé su bulto, y finalmente

me retiré de nuevo en mi aposento,

y llegó a tanto mi osadía

(pues mi miedo olvidaba los modales)

como para romper los sellos de su grave mandato,

donde encontré, Horacio,

(oh, regia granujada) un mandamiento exacto,

relleno de abundantes y diversas razones

en cuanto a la salud de Dinamarca,

y también de Inglaterra,

con (¡uf!) ¡tamañas pesadillas y trasgos en mi vida!

que apenas revisadas, y sin mediar tardanza,

sin esperar siquiera a que se afile el hacha,

había que cortarme la cabeza.

HORACIO ¿Es posible?

HAMLET Aquí está el mandato,

ya lo leerás con calma.

Pero ¿quieres oír lo que hice después?

HORACIO Os lo suplico.

HAMLET Encontrándome así

rodeado de trampas de villanos,

antes de que pudiera exponerles un prólogo,
mis sesos se habían puesto ya a la obra.
Me senté y pergeñé un nuevo mandato;
lo escribí con cuidado (en otros tiempos
pensaba, igual que nuestros estadistas,
que era vil escribir con cuidado,
y mucho me esforcé
para olvidar aquel aprendizaje);
pero señor, ahora me hizo muy buen servicio.
¿Quieres saber qué fue lo que escribí?
HORACIO Sí, buen señor.
HAMLET Una conminación
llena de gravedad de nuestro rey,
ya que Inglaterra era su leal tributaria,
ya que el amor reinaba entre los dos,
ya que debía florecer la palma,
ya que la paz debía llevar siempre
su guirnalda de espigas, sin siquiera una coma
entrometida en su amistad,
y muchos otros «yaques» de importancia,
que visto y conocido lo que allí estaba escrito,
sin ulterior debate y sin más y sin menos,
debían recibir súbita muerte
los portadores, sin otorgarles tiempo
para la confesión.

HORACIO ¿Y cómo lo sellasteis?

HAMLET Bueno, también en esto fue providente el cielo:

yo tenía el anillo de mi padre en mi bolsa,

que sirvió de modelo a aquel sello danés.

doblé el escrito de la misma forma

que estaba el otro, lo firmé, imprimí en él el sello,

lo puse a buen recaudo.

Nunca se supo el cambalache.

Pues bien, al otro día

tuvimos la batalla en alta mar

y lo que acarreó, como lo sabes ya.

HORACIO Así que Guildenstern y Rosencrantz

van allá de cabeza.

HAMLET Hombre, sí,

no hay duda que ellos mismos cortejaron

una situación tal.

No son un peso para mi conciencia;

su derrota es producto de sus instigaciones:

es peligroso cuando una naturaleza

de poca altura se entromete entre las cuchilladas

y las puntas de espadas furibundas

de contendientes poderosos.

HORACIO Por Dios, ¿qué rey es este?

HAMLET ¿No piensas (ponte en mi lugar)

que ahora es cosa mía?

El que mató a mi rey, prostituyó a mi madre,

metió su baza entre mis esperanzas

y la elección, echó su anzuelo

en busca de mi propia vida,

y con tales embustes, ¿no es conforme a conciencia

ponerle fin con este brazo? ¿Y no equivale a condenarse

permitir que este cáncer que corroe

nuestra naturaleza perpetre más maldades?

HORACIO Pronto le avisarán desde Inglaterra

de cuál fue el desenlace de su gestión allí.

HAMLET Pronto, sí; pero es mío el ínterin,

y la vida de un hombre

no es mucho más que contar hasta uno.

Pero lamento mucho, mi querido Horacio,

haber perdido ante Laertes los estribos,

pues por la imagen de mi causa, veo

retratada la suya;

haré la corte a sus favores,

pero está claro que la petulancia

de su dolor provocó en mí

una pasión indomeñable.

HORACIO Callad, ¿quién viene aquí?

Entra el joven OSRIC.

OSRIC Que sea vuestra alteza bienvenida

de vuelta en Dinamarca.

HAMLET Señor, os lo agradezco humildemente.

(¿Conoces a este mosquito?).

HORACIO No, milord.

HAMLET Eso llevas ganado, porque es una lacra conocerlo: tiene mucha tierra, y fértil; pon como señor de las bestias a una bestia, y el pesebre de este sujeto estará en la mesa del rey. Es una cacatúa. Pero, como digo, bien provisto en la posesión de estercoleros.

OSRIC Amable señor, si vuestra amistad está bien dispuesta, os transmitiría yo algo de parte de Su Majestad.

HAMLET Lo recibiré con la mayor diligencia de espíritu. Haced de vuestro gorro el uso que es debido: es para la cabeza.

OSRIC Doy las gracias a vuestra alteza, hace mucho calor.

HAMLET No, creedme, hace mucho frío, el viento sopla del norte.

OSRIC Hace algo de frío, milord, efectivamente.

HAMLET Pienso que está muy bochornoso, y cálido para mi constitución.

OSRIC Enormemente, milord, hace mucho bochorno, como si fuera no sé qué. Pero milord, Su Majestad me pidió que os hiciera saber que ha hecho una gran apuesta en vuestro favor, señor, de eso se trata.

HAMLET Recordad, os lo ruego.

OSRIC No, de buena fe, es por mi gusto, de buena fe. Señor, está aquí, recién regresado, Laertes; creedme, absolutamente un caballero, lleno de excelentes distinciones, de muy agradable trato y magnífica apariencia; en verdad, para hablar de él cabalmente, es la brújula o el calendario de la hidalguía, pues en él hallaréis el epítome de cuantas partes quisiera tener un caballero.

HAMLET Señor, su definición no sufre en vuestras manos ninguna pérdida, aunque yo sé que dividirlo a modo de inventario daría mareos a la aritmética de la memoria, y solo iría a bandazos respecto a su raudo rumbo, pero en la pura verdad de la alabanza, lo tengo por un alma de gran rango, y sus prendas de tanta escasez y rareza que, para hablar de él con justeza, su semejante es su espejo, y el único que podría seguir sus pasos su propia sombra y nada más.

OSRIC Vuestra alteza habla de él de manera infalibilísima.

HAMLET Al grano, señor: ¿por qué envolvemos al caballero en nuestro aliento más tosco?

OSRIC Señor.

HORACIO ¿No es posible entenderse en otro lenguaje? Intentadlo, señor, de veras.

HAMLET ¿Qué pasa con el nombramiento de este caballero?

OSRIC ¿De Laertes?

HORACIO Su bolsa se ha quedado ya vacía, ha gastado todas sus palabras de oro.

HAMLET De ese, señor.

OSRIC Sé que no sois ignorante.

HAMLET Eso quisiera que supierais, pero a fe mía, si así fuera, eso no hablaría muy bien de mí. ¿Pues bien, señor?

OSRIC No sois ignorante de cuánta es la excelencia de Laertes.

HAMLET No me atrevo a confesar eso, no vaya a compararme yo con él en excelencia, a menos que conocer bien a un hombre sea conocerse uno mismo.

OSRIC Me refiero, señor, a su arma, pero por la reputación que hay de él, no tiene igual en ese mérito.

HAMLET ¿Cuál es su arma?

OSRIC Florete y daga.

HAMLET Eso son dos armas suyas; pero bueno.

OSRIC El rey, señor, ha apostado contra él seis caballos de Berbería, contra los cuales él impone, por lo que yo sé, seis floretes y puñales franceses, con sus aditamentos, como cintos, tahalíes y cosas así; tres de esos correajes, a fe mía, son muy dignos de admirarse, muy correlativos a las empuñaduras, delicadísimos correajes, y de muy libre fantasía.

HAMLET ¿A qué llamáis «correajes»?

HORACIO Ya sabía yo que os edificaría con sus notas al margen antes de que os escaparais.

OSRIC Los correajes, señor, son los tahalíes.

HAMLET Eso de «correajes» sería más afín al asunto si pudiéramos llevar cañones a un lado; mientras tanto, quisiera que fueran tahalíes. Pero sigamos: seis caballos de Berbería contra seis espadas francesas, sus aditamentos y tres «correajes» libreconcebidos, eso es la puesta francesa contra la danesa. ¿Sobre qué se «impone» esto, como decís vos?

OSRIC El rey, señor, ha apostado que en una docena de asaltos entre vos y él, no os superará en más de tres golpes; ha apostado doce contra nueve, y eso se ha de poner a prueba inmediatamente, si vuestra alteza tiene a bien dar su respuesta.

HAMLET ¿Y si contesto que no?

OSRIC Me refiero, señor, la puesta a prueba de vuestra persona.

HAMLET Señor, me pasearé por aquí en el salón; si le place a Su Majestad, es mi hora de hacer ejercicio; que traigan las espadas, si el caballero lo desea y el rey sostiene su propósito, ganaré para él si puedo; si no, no ganaré sino mi vergüenza y las estocadas de más.

OSRIC ¿Debo retransmitirlo así?

HAMLET En efecto, señor, con cuantos adornos desee vuestra naturaleza.

OSRIC Encomiendo mi reverencia a vuestra alteza.

Sale .

HAMLET Todo vuestro, todo vuestro; hace bien

en encomendarse a sí mismo, no hay

otras lenguas para esa tarea.

HORACIO Esta ave fría huye con el cascarón sobre la cabeza.

HAMLET Le hacía cumplidos a la teta antes de chuparla: así este y muchos más de la misma manada que conozco, que hacen chochear a esta frívola época, no hicieron más que seguir la tonada de los tiempos, y el hábito exterior del buen trato, una especie de inflada inferencia que los lleva más y más lejos en las opiniones más triviales y pasadas por el cedazo; pero sopla tan solo sobre ellas para probarlas, y se van en burbujas.

Entra un CABALLERO.

CABALLERO Milord, Su Majestad os envió sus saludos por medio de Osric, que le informó de vuelta de que le esperáis en el salón. Manda preguntar si seguís queriendo esgrimir con Laertes, o si queréis tomaros más tiempo.

HAMLET Sigo constante en mis propósitos, que se acoplan al deseo del rey: si habla su disposición, la mía está lista; ahora o en cualquier momento, siempre que yo esté tan en condiciones como ahora.

CABALLERO El rey, la reina, y toda la compañía bajan ya.

HAMLET En buena hora.

CABALLERO La Reina desea que hagáis algún amable cumplido a Laertes antes de que empiece el encuentro.

HAMLET Es una buena instrucción.

Sale el CABALLERO.

HORACIO Vais a perder esta apuesta, milord.

HAMLET No lo creo; desde que él se fue a Francia, yo he estado practicando continuamente; ganaré con la ventaja que me dan. Pero

no te imaginas lo mal que está todo aquí en mi corazón; pero no

importa.

HORACIO No, mi buen señor.

HAMLET Son tonterías, pero es una premonición de esas que perturbarían quizá a una mujer.

HORACIO Si a vuestro ánimo le disgusta algo, obedecedle. Impediré que lleguen aquí y diré que no estáis bien.

HAMLET Nada de eso, desafiamos a los augurios. Hay una providencia especial en la caída de un gorrión. Si ha de ser ahora, no estará por venir; si está por venir, será ahora; si no es ahora, llegará

sin embargo. Estar preparado es todo, puesto que ningún hombre tiene nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo pronto?

Entran trompetas, tambores y un funcionario con un cojín; el REY*, la* REINA *y toda la corte; asistentes con espadas y dagas;* LAERTES*; una mesa preparada y frascos de vino sobre ella .*

REY Venid, Hamlet, venid, y tomadnos la mano.

HAMLET Pido perdón, señor, os he hecho agravio,

mas perdonadlo, puesto que sois un caballero.

Ya los aquí presentes saben,

y vos debéis haber oído, cómo fui castigado

con un amargo desvarío.

Lo que hice, y que pudo

airadamente sublevar vuestra naturaleza,

y vuestro honor y desaprobación,

proclamo aquí que fue locura.

¿Ha sido acaso Hamlet quien agravió a Laertes?

Nunca Hamlet; si Hamlet de sí mismo está ausente,

y cuando no es él mismo hace agravio a Laertes,

no es él entonces quien lo ha hecho,

Hamlet lo niega. Entonces, ¿quién lo hizo?

Lo hizo su locura, y si es así,

Hamlet está del lado de los agraviados,

y su locura es la enemiga

de ese pobre de Hamlet. Señor, ante esta audiencia,

séame dado proclamar que no quise hacer daño,

absuélveme en tus generosos pensamientos

haciendo cuenta que lancé mi flecha

por sobre mi tejado y que a mi hermano herí.

LAERTES Me doy por satisfecho en mi naturaleza,

cuyo motivo en este caso

debiera ser lo que me incita más

a la venganza. Pero en lo que hace al honor,

mantengo mi reserva, y no me reconcilio

mientras algún viejo maestro de honor reconocido

no me dé su opinión

y un precedente de esas paces

que no manche mi nombre. Pero hasta ese momento,

tendré en efecto por amor

el amor que me proponéis,

y no he de defraudarlo.

HAMLET Lo acepto libremente,

y cumpliré sin reticencia esta apuesta entre hermanos.

dadnos las armas. Vamos.

LAERTES A ver; para mí una.

HAMLET Laertes, voy a ser tu engaste,

pues ante mi ignorancia

tu habilidad como una estrella

en lo más negro de la noche

destellará brillantemente.

LAERTES Os burláis, señor mío.

HAMLET Por esta mano, no.

REY Dadles ya las espadas, joven Osric.

ya conocéis, primo Hamlet, la apuesta.

HAMLET Perfectamente, señor mío:

vuestra gracia ha inclinado la ventaja

del lado del más débil.

REY No tengo ningún miedo:

os he visto a los dos, mas si él es favorito,

jugaremos nosotros con ventaja.

LAERTES No; esta pesa demasiado;

mostradme otra.

HAMLET A mí me cuadra esta,

¿tienen las dos el mismo largo?

Se preparan para esgrimir .

OSRIC Sí, mi señor.

REY Colocadme los jarros de vino en esta mesa;

si Hamlet da la primera estocada,

o la segunda, o la desquita

en el tercer asalto, que todas las almenas

disparen sus cañones mientras bebe el rey

a la salud de Hamlet, y en la copa

se arrojará una perla más preciosa

que la que cuatro reyes sucesivos

de Dinamarca han ostentado.

Dadme las copas, y los atabales

digan a la trompeta, y la trompeta

diga allá fuera al artillero,

y los cañones a los cielos,

y a la tierra los cielos que el rey bebe

a la salud de Hamlet. Vamos, comenzad ya,

y vosotros los jueces abrid un ojo alerta.

Trompetas todo este tiempo .

HAMLET Adelante, señor.

LAERTES Venid, milord.

Esgrimen .

HAMLET Uno.

LAERTES No.

HAMLET ¡Jueces!

OSRIC Estocada,

estocada muy clara.

LAERTES Bien: vamos otra vez.

REY Un momento, esperad; dadme una copa.

Para ti es esta perla, Hamlet: a tu salud.

Dadle la copa.

Tambores, trompetas y salvas .

Fanfarrias. Se dispara un cañón .

HAMLET Terminaré este asalto antes,

dejadla ahí por el momento.

Vamos. Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES Sí, tocado, tocado, lo confieso.

REY Ganará nuestro hijo.

REINA Está gordo y le falta el aire.

Ven, Hamlet, toma mi pañuelo,

enjúgate la frente,

la reina brinda por tu suerte, Hamlet.

HAMLET Bien, señora.

REY Gertrudis, no bebáis.

REINA Sí beberé, señor, ruego me perdonéis.

REY Era la copa envenenada,

ya es demasiado tarde.

HAMLET No me atrevo a beber todavía,

más tarde.

REINA Ven, deja enjugar tu cara.

LAERTES Milord, ahora sí voy a herirle.

REY No lo creo.

LAERTES Y no obstante,

es casi contra mi conciencia.

HAMLET Venid por el tercero.

Laertes, solo estás jugando,

os ruego combatir con entera violencia,

temo que hagas de mí un fantoche.

LAERTES ¿Eso decís? Pues vamos.

Esgrimen .

OSRIC Nada por ningún lado.

LAERTES Cuídate ahora.

En la refriega cada uno agarra el estoque del otro

y los dos quedan heridos .

REY Apartadlos, están enfurecidos.

HAMLET No, ven de nuevo.

Cae LAERTES*; cae la* REINA*,*

moribunda .

OSRIC Atended a la reina; allí, oh, ah.

HORACIO Los dos están sangrando. ¿Cómo os sentís, señor?

OSRIC ¿Cómo os sentís, Laertes?

LAERTES Bueno, pues como un pájaro atrapado

en mi propia lazada, Osric:

me mata, como es justo, mi propia falsedad.

HAMLET ¿Qué le pasa a la reina?

REY Se ha desmayado de veros sangrar.

REINA No, no, no, la bebida, la bebida.

Oh, mi querido Hamlet, la bebida,

la bebida,

estoy envenenada.

Muere .

HAMLET ¡Oh, villanía! ¿Cómo?

Que se cierren las puertas.

Traición. Busquemos dónde.

LAERTES Aquí está, Hamlet: Hamlet, te han matado,

no hay en el mundo medicina

que te pueda hacer bien. Ya no hay en ti

media hora de vida; el instrumento

de la traición está en tu mano,

sin botón en la punta y untada de veneno:

el repugnante plan se ha vuelto contra mí.

Ay, aquí yazgo, y nunca más volveré a levantarme.

Tu madre ha sido envenenada.

No puedo más. El rey, el rey es el culpable.

HAMLET ¿También la punta envenenada?

Pues entonces, veneno, haz tu obra.

Acuchilla al REY.

TODOS Traición, traición.

REY Oh, defendedme aún, amigos,

tan solo estoy herido.

HAMLET Ven aquí, incestüoso,

asesino danés maldito,

bébete este veneno. ¿Está tu perla ahí?

Sigue a mi madre.

Muere el REY.

LAERTES Bien merecido lo tiene.

Es un veneno que ha mezclado él mismo.

Intercambia conmigo el perdón, noble Hamlet;

mi muerte, así como la muerte de mi padre,

no caigan sobre ti, ni sobre mí la tuya.

Muere .

HAMLET Que los cielos te absuelvan de ella;

yo te sigo. Estoy muerto, Horacio.

Infeliz reina, adiós. Vosotros,

que parecéis tan pálidos, que tembláis ante el hecho

y sois solo comparsas o audiencia de este acto;

si yo tuviera tiempo (pues el feroz esbirro

que es la muerte es estricto con sus presos),

oh, qué cosas podría relataros.

Pero dejémoslo. Me muero, Horacio,

vive tú; lleva rectamente

noticia mía y de mi causa

a los que estén dudosos.

HORACIO No penséis eso ni un momento.

tengo más de romano antiguo

que de danés, queda un poco de vino.

HAMLET Como que eres un hombre,

dame esa copa; déjala, por Dios.

Oh, buen Horacio, qué mermado nombre

(pues tantas cosas quedan no sabidas)

vivirá tras de mí. Si alguna vez

me has alojado dentro de tu corazón,

desentiéndete un tiempo de la felicidad

y en este duro mundo

reserva con dolor tu aliento para contar mi historia.

Marcha a lo lejos, y salvas dentro .

¿Qué ruido belicoso es ese?

Entra OSRIC.

OSRIC El joven Fortinbrás,

de regreso triunfante de Polonia,

a los embajadores de Inglaterra

les ofrece esta salva militar.

HAMLET Ay, Horacio, me muero; el potente veneno

subyuga ya mi espíritu. No alcanzaré a vivir

para oír las noticias de Inglaterra,

mas vaticino que la votación

recaerá en Fortinbrás;

tiene mi voto moribundo.

Díselo pues, así como las circunstancias

mayores y menores que me solicitaron.

Lo demás es silencio.

Muere .

HORACIO Aquí se quiebra un noble corazón.

Buenas noches tengáis, oh dulce príncipe,

y que vuelos de ángeles te acompañen cantando

a tu final descanso.

¿Por qué viene hasta aquí el tambor?

Entran FORTINBRÁS *y los embajadores de Inglaterra,*

con tambores, estandartes y asistentes .

FORTINBRÁS ¿Dónde está ese espectáculo?

HORACIO ¿Qué es lo que queréis ver? Si es cosa de dolor,

de espanto, no sigáis buscando.

FORTINBRÁS Este amontonamiento de cadáveres

denuncia una matanza. Ay, orgullosa muerte,

¿qué fiesta se prepara en tu eterna mazmorra,

para que tantos príncipes

de un solo golpe tan sangrientamente

hayas hecho caer?

EMBAJADOR El espectáculo es desolador,

y nuestra comisión desde Inglaterra

tarde ha llegado; sin sentido

quedaron los oídos que habían de escucharnos

para decirle que sus órdenes han quedado cumplidas:

que Rosencrantz y Guildenstern han muerto.

¿Quién nos dará las gracias?

HORACIO No sería su boca,

aunque tuviese aún capacidad de vida.

Él nunca dio la orden de su muerte.

Pero si tan a punto,

en medio de esta situación sangrienta

vos de la guerra de Polonia

y vos desde Inglaterra habéis llegado,

ordenad que estos cuerpos

en un alto tablado sean expuestos,

y dejad que relate al mundo aún ignorante

cómo es que sucedieron estas cosas.

Sabréis así de acciones carnales y sangrientas

y que van contra natura,

de irreflexivos juicios, de homicidios casuales,

de muertes conseguidas con astucia

y causadas por fuerza, y en esta conclusión,

propósitos errados que cayeron

en las cabezas de sus inventores.

Todo esto puedo yo contaros verazmente.

FORTINBRÁS Apresurémonos a oírlo,

y llamad a la audiencia a los más nobles.

En cuanto a mí, con pena abrazo mi fortuna:

tengo algunos derechos

sobre este reino, de los que hay memoria,

que mi provecho ahora me invita a reclamar.

HORACIO También de eso yo tengo

motivo para hablar, y de su boca,

a cuya voz seguirán muchas otras.

Pero hágase lo que antes dije,

mientras las mentes están aún desconcertadas,

no vaya a ser que alguna otra desgracia

con intrigas y errores sobrevenga.

FORTINBRÁS Que cuatro capitanes lleven,

como a un soldado, a Hamlet al tablado,

porque sin duda, puesto a ello,

se hubiera comportado con toda majestad.

Y que a su paso suene música de soldados,

y los ritos de guerra hablen por él bien alto.

Subid el cuerpo, un rito como este

conviene al campo de batalla,

pero resulta aquí muy desplazado.

Andad, decid a los soldados que disparen.

Salen marchando, después de lo cual se produce

un estruendo de cañones .

OTELO

versión de

María Enriqueta González Padilla

Escrita en 1604 y representada en la corte en noviembre de 1604. Hay un solo Cuarto de 1622 y la versión publicada en el Primer Folio de 1623. El texto del Folio contiene más de cien versos que no están en el Cuarto, que a su vez tiene más indicaciones escénicas y unos pocos versos que no están en el Folio.

DRAMATIS PERSONAE

OTELO, el moro, general al servicio de Venecia

BRABANCIO, padre de Desdémona y senador veneciano

CASIO, lugarteniente de Otelo

YAGO, su alférez

RODRIGO, hidalgo veneciano muy joven

El DUQUE de Venecia

SENADORES venecianos

MONTANO, predecesor de Otelo en el gobierno de Chipre

CABALLEROS chipriotas

LUDOVICO, pariente de Brabancio; primo de Desdémona

GRACIANO, pariente de Brabancio; tío de Desdémona

MARINERO

BUFÓN, sirviente de Otelo

DESDÉMONA, esposa de Otelo e hija de Brabancio

EMILIA, esposa de Yago

BLANCA, prostituta, amante de Casio

MENSAJERO, HERALDO, OFICIALES, CABALLEROS, MÚSICOS y acompañantes

Escena: en el primer acto, Venecia; en los demás, un puerto de Chipre

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran YAGO *y* RODRIGO.

RODRIGO Calla, no me hables de ello; siento mucho que tú,

Yago, que has tenido mi bolsa

como si sus cordeles fueran tuyos,

sepas de eso.

YAGO Pero si no quieres oírme.

Si alguna vez imaginarlo pude,

aborréceme.

RODRIGO ¿No dijiste acaso

que en odio lo tenías?

YAGO Sí, despréciame

si digo lo contrario.

Tres grandes de esta ciudad le rogaron,

sombrero en mano y personalmente,

que me designara teniente suyo,

y a fe de buen soldado, conozco mi valía,

y el puesto me compete.

Pero él, enamorado de su orgullo,

y tenaz en su intento, se los quitó de encima

con ampulosos ambages,

horriblemente henchidos de epítetos de guerra,

y en conclusión rechaza a mis intercesores.

Porque «de cierto», dice, «ya tengo mi oficial».

¿Y quién era él?

Por vida mía, un gran aritmético,

un tal Miguel Casio, un florentino,

un sujeto que casi se condena

por desear una bonita esposa,

que al campo un escuadrón no sacó nunca

ni sabe cómo disponer se debe

una batalla mejor que cualquier solterona,

a no ser que se trate de teorías librescas

en las cuales los cónsules togados saben tanto como él.

Su ciencia militar no es más que charla

sin práctica ninguna. Y a él elige,

y yo, señor, a quien sus ojos vieron

dar pruebas en Rodas, Chipre y otros territorios

cristianos y paganos,

debo ir a sotavento y retrasado

por el haber y el deber de este tenedor de libros

que será en mala hora su teniente,

mientras que yo (que Dios bendiga el título)

soy solo alférez de su señoría moruna.

RODRIGO ¡Por mi parte, mejor fuera su verdugo!

YAGO Ya no hay remedio. Tal es el servicio.

La promoción se obtiene por favor e inflüencia

y no como antes, por escalafón,
donde venía a ser cada subalterno
heredero de su predecesor.
Juzga tú mismo ahora si en justicia
tengo motivos para amar al moro.
RODRIGO Yo no lo seguiría en ese caso.
YAGO Tranquilízate. Lo sirvo para desquitarme.
No es posible que todos sean señores
ni todos los señores
pueden ser servidos con lealtad.
Verás no pocos siervos que doblan las rodillas,
que enamorados de su estado abyecto,
van pasando el tiempo como el asno de su amo,
por el forraje no más, y que cuando envejecen
quedan despedidos. ¡Por mí que azoten
a esos honrados mensos! Pero hay otros,
que ostentando formas y visajes obedientes,
guardan su corazón para sí propios
y solo aparentando servir a sus señores,
medran a costa suya,
y en haciendo su agosto,
se sirven a sí mismos.
Esta es la gente lista, y de esta especie
profeso ser yo mismo.
Porque tan cierto como eres Rodrigo,

a ser yo el moro, no sería Yago.

Mas al servirlo a él, a mí mismo me sirvo,

júzgueme el cielo, no por afecto y obediencia,

sino fingiendo para mi fin particular.

Pues cuando mis acciones exteriores

manifiesten la inclinación nativa

y la figura de mi corazón

con cumplidos externos,

poco tiempo pasará sin que traiga en la mano

mi corazón cual pasto para grajos.

Y es que no soy lo que parezco ser.

RODRIGO ¡Qué suerte tendrá el de los labios gruesos

si la consigue así!

YAGO ¡Llama a su padre,

despiértalo, ve tras él, envenena su dicha,

pregónalo en la calle y que arda toda

su parentela en ira,

y aunque habite en un clima propicio,

echa sobre él una plaga de moscas!

Aunque sea verdadero su gozo,

abrúmalo con tales vejaciones,

que algo de su color lo hagan perder.

RODRIGO Aquí está la casa de su padre.

Voy a llamarlo a gritos.

YAGO Sí, llámalo

con pavoroso acento y lamentable grito

como cuando de noche por negligencia el fuego

se descubre en ciudades populosas.

RODRIGO ¡Eh, señor Brabancio, señor Brabancio!

¡Despertad, eh, Brabancio!

¡Ladrones… hay ladrones!

¡Mirad por vuestra casa, vuestra hija

y vuestras talegas!…

¡Ladrones, eh, ladrones!

BRABANCIO *se asoma a una ventana arriba* .

BRABANCIO ¿Qué motivo

hay para tal estruendo? ¿Qué sucede?

RODRIGO Señor, ¿está toda vuestra familia en casa?

YAGO ¿Están cerradas vuestras puertas?

BRABANCIO ¿Por qué lo preguntáis?

YAGO ¡Señor, os han robado! Por decencia

poneos el manto. ¡Os va a estallar el corazón!

Habéis perdido la mitad del alma.

Ahora mismo, en este mismo instante,

topetea a vuestra blanca oveja

un viejo morueco negro. Aprisa,

despertad a rebato a los vecinos

si no queréis que abuelo os haga el diablo.

¡Aprisa, digo!

BRABANCIO ¿Pero que habéis perdido el seso?

RODRIGO Reverendísimo señor, ¿conocéis mi voz?

BRABANCIO No, ¿quién eres?

RODRIGO Señor, yo soy Rodrigo.

BRABANCIO ¡Tanto peor!

Te he dicho que no quiero que rondes más mi casa.

Oíste francamente que mi hija

no es para ti. Y ahora, en tu locura,

después de cenar y de beber hasta embriagarte,

con malicioso atrevimiento vienes

a turbar mi reposo.

RODRIGO Señor, señor…

BRABANCIO Pero sabrás de cierto

que mi condición y carácter tienen medios

para hacer que te pese lo que has hecho.

RODRIGO ¡Paciencia, buen señor!

BRABANCIO ¿Qué vienes a contarme tú de robos?

Esta es Venecia: mi casa no está en una granja.

RODRIGO Honorable Brabancio, a vos acudo

con fin honrado. Mi intención es sana.

YAGO Vaya, señor, sois de los que no quieren servir a Dios si os lo manda el diablo. Venimos a serviros y pensáis que somos malhechores. ¿Queréis que vuestros nietos os relinchen? ¿Queréis que sean corceles vuestros primos y jacas vuestros sobrinos?

BRABANCIO ¿Quién eres tú, deslenguado miserable?

YAGO Soy, señor, el que vengo a deciros que vuestra hija y el moro están haciendo ahora la bestia de dos espaldas.

BRABANCIO ¡Eres un sinvergüenza!

YAGO ¡Vos sois un senador!

BRABANCIO La pagarás. Rodrigo, te conozco.

RODRIGO Pagaré cuanto queráis. Pero decidme, os ruego,

si es con vuestro consentimiento y beneplácito,

como en parte lo creo, que vuestra hermosa hija

a hora tan entrada de la noche

y sin otro guardián

que no sea un mercenario del servicio público,

un gondolero,

se entrega a los groseros abrazos

de un moro lascivo.

Si en esto consentisteis a sabiendas,

os hemos hecho osado e insolente ultraje.

Mas si tal no sabéis, mi educación me dice

que vuestro reproche es muy injusto. No creáis

que haya olvidado yo al sentimiento

de la buena crianza

como para juzgar y bromear

con vuestra reverencia.

Vuestra hija, os lo repito, se ha rebelado

vilmente, a menos que permiso

le dieses para tanto,

uniendo aleve su deber, belleza,

su ingenio y su fortuna

a la de un vagabundo aventurero

sin patria y sin hogar. Comprobadlo vos mismo.

Si está en su alcoba o dentro de la casa,

castíguenme las leyes del Estado

por vil engañador.

BRABANCIO ¡Prended la yesca!

¡Dadme una vela! ¡Despertad a toda mi gente!

Se parece a mi sueño esta desgracia

cuya sospecha pesa sobre mí.

¡Luz!, digo, ¡luz!

Se retira de la ventana .

YAGO (*A* RODRIGO.) Adiós, debo dejarte.

No es conveniente, ni conforme al puesto que ocupo,

que sea yo testigo

(como sucederá si aquí me quedo)

contra mi amo el moro. Puesto que,

por más que este suceso

lo veje con alguna reprimenda,

no puede el Estado sin peligro desecharlo,

porque está embarcado por motivos poderosos

en la guerra de Chipre que arde ahora,

y a ningún precio otro hombre encontrarían

tan útil para el mando de esta empresa.

Por cuya razón, aunque lo aborrezco

como a las mismas penas del infierno,

con todo, al presente mi situación exige

que ice la bandera y la insignia del afecto,

que en verdad no es otra cosa que insignia.

Para poder hallarlo con seguridad,

conduce a quien lo busque al Sagitario,

y ahí estaré con él. Hasta la vista.

Sale .

Entran BRABANCIO *y criados con antorchas* .

BRABANCIO Es por desgracia demasiado cierto; se ha ido,

y lo que me resta de mi despreciable vida

no es sino amargura. Y bien, Rodrigo,

¿dónde la viste? ¡Desdichada niña!

¿Con el moro, dices? (Oh, ¿quién querría ser padre?)

¿Cómo supiste que era ella? Ay, me engañaba

más allá de todo lo que pueda imaginarse.

Dime, ¿qué te dijo? Traed más luces,

despertad a toda mi parentela.

¿Crees que se hayan casado?

RODRIGO Sí, lo creo.

BRABANCIO ¡Cielos! ¿Cómo se fugó? ¡Oh, traición de la sangre!

(Padres, en adelante no confiéis en el ánimo

de vuestras hijas por lo que las veáis hacer)

¿No existen hechizos con los que la juventud

y la inocencia sean pervertidas?

¿No has leído, Rodrigo

algo sobre esto?

RODRIGO Sí, señor, en verdad.

BRABANCIO Despierten a mi hermano. ¡Ojalá fuera tuya!

Vayan unos por aquí y otros por allá.

¿Sabes en dónde podríamos cogerlos

a ella y al moro al mismo tiempo?

RODRIGO Creo que podré descubrirlo, si os place

llevar buena guardia y acompañarme.

BRABANCIO Guíanos por favor. Llamaré doquiera.

Puedo hacer que me abran.

Traigan armas acá y algunos jefes

de la ronda nocturna. Adelante, Rodrigo.

Yo sabré recompensar tus desvelos.

Salen .

ESCENA II

Otra calle. Entran OTELO*,* YAGO *y acompañantes con antorchas* .

YAGO Aunque a muchos maté en el guerrero oficio,

tengo sin embargo por caso de conciencia

el matar por crimen premeditado.

Carezco de maldad

a veces con perjuicio de mí mismo.

Estuve ocho o diez veces

a punto de pincharlo en las costillas.

OTELO Más vale así.

YAGO No, pero es que alegaba,

usó términos tan sucios y provocativos

contra vuestra merced, que con el poco
temor de Dios que tengo, apenas pude
contener mi enojo. Pero decidme, os ruego,
¿estáis de veras casados? Porque os aseguro
que el magnífico es de todos bienquisto,
y posee inclusive voto como el duque.
Querrá el divorcio.
O por lo menos para molestaros
jalará por cuantos medios pueda
el cable de la ley.
OTELO Déjalo; que su rencor tome vuelo.
Mis servicios, los que he hecho a la signoría,
acallarán sus quejas. Aún ha de saberse
(y lo proclamaré
cuando sepa que es un honor jactarse)
que desciendo de hombres de regia estirpe
y que mis méritos no se quitan el sombrero
ante la alta fortuna que he alcanzado.
Créeme, Yago, si a la gentil Desdémona
no amara, mi libre condición independiente,
sin límites y sin morada fija,
no habría de trocar
ni por todos los tesoros que la mar esconde.
Pero mira: ¿qué luces son aquellas?
YAGO Son el airado padre y sus amigos.

Idos dentro.

OTELO No, deben encontrarme.

Mis prendas y mi rango y mi alma entera

me mostrarán tal como soy. ¿Son ellos?

YAGO Por Jano, creo que no.

Entran CASIO *y algunos oficiales con antorchas* .

OTELO ¿Los criados del duque y mi teniente?

Que lo mejor de la noche sobre vosotros caiga,

amigos. ¿Qué nuevas hay?

CASIO Que el duque os saluda, general,

y reclama que al instante y sin demora

vayáis a verlo.

OTELO ¿Qué creéis que ocurre?

CASIO Algo sobre Chipre, según puedo adivinar.

Es cosa de premura. Las galeras

han enviado una docena seguida

de mensajeros esta misma noche,

casi pisándose el uno al otro los talones

y muchos de los cónsules están ya levantados

y reunidos con el duque.

Se os ha llamado apresuradamente

cuando, no hallándoos en vuestro albergue,

envió el Senado tres embajadas a buscaros.

OTELO Me alegro que seas tú el que me encuentre.

Deja que una palabra en casa diga

y te sigo al punto.

Sale .

CASIO ¿Qué hace él aquí, alférez?

YAGO A fe mía,

ha abordado esta noche una carraca.

Si prueba ser legal la ganancia, ya ganó.

CASIO No acierto a comprender.

YAGO Que se ha casado.

CASIO ¿Con quién?

YAGO Con…

Entra OTELO.

¿Vamos, capitán?

OTELO Estoy presto.

CASIO Aquí viene otra tropa en busca vuestra.

Entran BRABANCIO*,* RODRIGO *y* OFICIALES *con antorchas y armas* .

YAGO Es Brabancio. Sed cauto, general.

Viene con malas intenciones.

OTELO ¡Alto ahí!

RODRIGO Señor, es el moro.

BRABANCIO ¡Ladrón! Matadlo.

Desenvainan ambos bandos.

YAGO ¿Qué tal Rodrigo? Aquí te espero.

OTELO Envainad vuestras brillantes espadas

porque el rocío puede enmohecerlas.

Buen señor, más pueden vuestros años que las armas.

BRABANCIO ¡Asqueroso ladrón! ¿Dónde has metido a mi hija?

Maldito como eres, has debido hechizarla.

Apelo a todo ser que tenga juicio,

si a no estar cautiva con mágicas cadenas

¿podría una doncella

tan tierna, tan bella y tan dichosa,

tan contraria a casarse que se esquivaba

los más ricos y apuestos galanes del país,

haber huido, a riesgo de incurrir

en la burla universal,

de la patria potestad para ir a ampararse

en el tiznado seno de alguien como tú,

que temor y no deleite inspira?

Juzgue el mundo si no es evidente

que practicaste con ella odiosos encantamientos,

que engañaste su tierna juventud

con viles drogas o con minerales

que entorpecen la sensibilidad.

Haré que esto se investigue:

es probable, es palpable al pensamiento.

Por tanto aquí te prendo y te denuncio

por vil embaucador y practicante

de artes prohibidas y sin garantía.

¡Echadle mano, y si se resiste,

sometedlo a costa suya!

OTELO Deténganse,

amigos y adversarios.

Si mi papel fuera pelear lo habría sabido

aun sin apuntador. ¿Dónde queréis que vaya

a responder por el cargo?

BRABANCIO A un calabozo.

Hasta que se cumpla el plazo, y el curso

regular de la justicia te llame

a declarar.

OTELO ¿Mas cómo obedeceros?

¿Cómo podrá el duque quedar satisfecho

si aquí a mi lado están sus mensajeros

por un asunto urgente del Estado

para llevarme a él?

OFICIAL (*A* BRABANCIO.) Es muy cierto, dignísimo señor,

el duque está en consejo

y a él os habrán citado, estoy seguro.

BRABANCIO ¡Cómo! ¿En consejo el duque? ¿A medianoche?

La mía no es causa ociosa; es seguro

que el dux mismo y mis colegas de Estado

sentirán este ultraje como propio.

Si han de quedar impunes tales hechos,

a esclavos y paganos

habrán de pasar nuestros derechos.

Salen .

ESCENA III

Sala del Consejo. El DUQUE *y varios* SENADORES *sentados a la mesa.* OFICIALES *a su servicio* .

DUQUE Carecen de consistencia estas nuevas

para darles crédito.

PRIMER SENADOR Es verdad,

son muy divergentes. Según mis cartas

a ciento siete llegarán las galeras.

DUQUE Las mías, ciento cuarenta.

SEGUNDO SENADOR Y las mías, doscientas. Sin embargo,

aunque no estén conformes con el número

(como a menudo ocurre en tales casos

en que la conjetura se equivoca),

todas están acordes en una armada turca

que navega hacia Chipre.

DUQUE Bien mirado, parece muy probable.

No me fío tanto de las inexactitudes

que no juzgue fundada la parte principal,

la cual me da temor.

Dentro .

MARINO ¡Hola, señores!

Entra el MARINO.

PRIMER OFICIAL Noticias de la flota.

DUQUE ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

MARINO La flota turca se dirige a Rodas.

Tal fue lo que me mandó anunciaros

el señor Ángelo.

DUQUE ¿Qué os parece el cambio?

PRIMER SENADOR Que es imposible

por todos motivos. Es un ardid

con el fin de distraer nuestra atención.

Cuando consideramos la importancia de Chipre

para el turco y además comprendemos

que no solo le importa más al turco

que Rodas, sino que puede tomarla

con más facilidad, pues no está armada

de semejantes medios de defensa

sino que carece de los pertrechos

que guarnecen a Rodas, bien pensado,

no debemos creer tan torpe al turco

que deje al final lo que primero le concierne,

descuidando una conquista gananciosa y fácil

para arriesgarse en un peligro inútil.

DUQUE No, es seguro que no piensa en Rodas.

OFICIAL Llegan noticias frescas.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Los otomanos, ilustre Senado,

navegando con rumbo fijo a Rodas,

se han unido a naves de refuerzo.

PRIMER SENADOR Lo supuse. ¿Cuántas según tu cálculo?

MENSAJERO Treinta. Y están retomando ahora
su curso de regreso, con manifiesto intento
de llevar sus designios hacia Chipre.
Tal recado os manda el señor Montano,
vuestro fiel y valiente servidor,
que os presenta sus respetos, e informa
del hecho, suplicándoos que queráis creerle.
DUQUE A Chipre van sin duda.
¿Se encuentra en la ciudad Marcos Luccicos?
PRIMER SENADOR Está ahora en Florencia.
DUQUE Escribidle que vuelva sin demora.
PRIMER SENADOR Aquí llegan Brabancio y el valiente moro.
Entran BRABANCIO*,* OTELO*,* CASIO*,* YAGO*,* RODRIGO *y oficiales.*
DUQUE Valiente Otelo, debemos al punto emplearos
contra nuestro común enemigo, el otomano.
(*A* BRABANCIO.) No os vi. Sed bienvenido, señor.
Faltonos esta noche vuestra ayuda
y buen consejo.
BRABANCIO A mí faltome el vuestro,
perdone vuestra gracia.
Ni mi puesto ni nada que a negocios concierna
me sacaron del lecho, ni los cuidados públicos
tienen influencia en mí, porque mi dolor personal
me inunda y me domina de tal modo,
que engulle y traga cualquier otra pena

y se queda en un ser.

DUQUE ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

BRABANCIO ¡Mi hija, oh, mi hija!

DUQUE ¿Muerta?

BRABANCIO Sí, para mí.

Fue engañada, robada de mi lado

y pervertida con sortilegios y específicos

comprados a charlatanes; pues sin brujería

es imposible que natura errara

de modo tan absurdo, no siendo ella

falta de juicio, ciega ni demente.

DUQUE Sea quien fuere el vil que de tal modo

privó del propio ser a vuestra hija,

y a vos de ella, aplicaréis vos mismo

al pie de la letra y con dureza

el sanguinario libro de la ley,

como queráis hacerlo;

sí, aunque recayera ese castigo

en nuestro propio hijo.

BRABANCIO Humildes gracias doy

a vuestra alteza. Aquí está el hombre, este moro,

a quien ahora, de modo especial

según parece, habéis hecho venir

para asuntos de Estado.

TODOS Lo lamentamos mucho.

DUQUE (*A* OTELO.) Por vuestra parte, ¿qué decís a esto?

BRABANCIO Nada, que es verdad.

OTELO Poderosos, graves y reverendos señores,

mis muy nobles y estimados patronos:

es por demás cierto que me he llevado

a la hija de este anciano.

También es cierto que me casé con ella.

La suma y extensión de mi delito

de ahí no pasan.

Soy rudo de lenguaje y mal dotado

de blandas frases que la paz enseña,

pues desde que tuvieron estos brazos

el brío y la fuerza de los siete años,

hasta hace alrededor de nueve lunas,

han dedicado su acción predilecta

al campo de batalla,

y poco puedo decir de este gran mundo

que no sea de hazañas y contiendas,

y por lo tanto poco favor haré a mi causa

hablando de mí mismo.

Con todo, con vuestra graciosa venia,

os contaré una historia cabal y sin barnices

del curso completo de mi amor, de cuáles drogas,

cuáles sortilegios, cuáles conjuros

y qué potente magia (pues me acusan

de esos procedimientos) utilicé

para ganar a su hija.

BRABANCIO Que es una niña nunca desenvuelta,

de un carácter tan apacible y tímido,

que al menor movimiento enrojecía;

y ella, pese a su naturaleza,

sus años, su país, su reputación y tofo,

¿caer enamorada de quien tenía miedo

de mirar? Será un juicio maltrecho

y defectüoso el que confiese

que pueda la perfección cometer

error tan torpe contra toda regla

de natura, y fuerza es confesar

que a no ser por la ayuda

de las astutas artes del infierno

esto no fuera nunca.

Yo por tanto declaro nuevamente

que ha operado sobre ella mixturas

o con algún tósigo al efecto preparado.

DUQUE Afirmarlo no es prueba,

sin más certero y patente examen

de lo que estas débiles apariencias

y probabilidades de orden común

puedan aportar contra él.

PRIMER SENADOR Mas hablad, Otelo.

¿Sometisteis vos y envenenasteis el afecto

de esta doncella

de modos indirectos o forzados,

o nació ello de una petición

y de la instancia que un corazón dirige a otro?

OTELO Os suplico que enviéis por la dama al Sagitario,

y la dejéis que hable de mí ante su padre.

Si en su relato me encontráis culpable,

no solo retirad la confianza y el empleo,

sino dejad que caiga la sentencia

aun sobre mi vida.

DUQUE Traed acá a Desdémona.

OTELO Guiadlos, alférez; conocéis bien el lugar.

Salen YAGO

y acompañamiento .

Y mientras llega, tan sinceramente

como confieso al cielo los vicios de mi sangre,

presentaré a vuestros graves oídos

cómo prosperé en el amor de esta hermosa dama

y ella en el mío.

DUQUE Hablad pues, Otelo.

OTELO Su padre me quería, me invitaba a menudo;

interrogábame siempre sobre la historia de mi vida,

año por año: de las batallas,

sitios y peligros que he pasado.

Yo se lo narraba, desde mis años de infancia
hasta el momento mismo en que me ordenó contárselo.
Y hube de hablar de lances desastrosos,
de accidentes conmovedores por mar y tierra;
de cómo había escapado por un punto
de una muerte inminente en peligroso asalto,
de mi captura a manos de insolente enemigo
que esclavo me vendió, de mi rescate,
de mi comportamiento
a lo largo de mi penosa historia,
y hube de hacer mención de vastos antros
y estériles desiertos, de escarpadas canteras,
peñascos y montañas cuyas cimas
tocan el cielo, y se los describía,
y de los caníbales que se comen uno a otro,
los antropófagos, y de hombres cuyas cabezas
bajo los hombros crecen.
Inclinábase hacia mí al oír esto
Desdémona, y si los quehaceres
de la casa la apartaban de ahí,
los despachaba como podía con presteza,
regresaba y sus ávidos oídos
devoraban mi discurso. Lo cual,
notado que fue por mí,
aproveché una vez una hora favorable,

y hallé los medios de obtener de ella
una súplica ardiente de que le relatara
todo mi peregrinaje, del que había oído
solo pedazos, pero no del todo.
Consentí, y a menudo le robé incluso lágrimas
cuando relataba algún desgraciado incidente
que en mi juventud había sufrido.
Terminada mi historia,
me premió con un mundo de suspiros;
juró que a fe era extraño, más que extraño;
que era lamentable, más que lamentable;
que deseaba no haberla oído, mas con todo
quisiera que el cielo la hubiera hecho
un hombre como yo. Me dio las gracias
y me pidió que si tenía un amigo
que deseara amarla,
solo debía enseñarle cómo contar mi historia
y que con eso la conquistaría.
Entonces fue cuando hablé. Me amó ella
por los peligros que corrido había;
la amé yo por condolerse de ellos.
Tal fue la única brujería que usé.
Entran DESDÉMONA*,* YAGO
y acompañantes .
Aquí viene la dama; dejad que ella atestigüe.

DUQUE Creo que una historia así seduciría
también a una hija mía. Buen Brabancio,
tomad la ofensa por do menos duele:
pues vale más reñir con armas rotas
que con desnuda mano.
BRABANCIO Oídla hablar, os ruego.
Si confiesa que anduvo la mitad del camino,
caiga la ruina sobre mi cabeza
si queja alguna contra él levanto.
Ven acá, jovencita. ¿Te das cuenta
a quién en esta noble compañía
debes más obediencia?
DESDÉMONA Noble padre,
advierto aquí que mi deber es doble.
Estoy en deuda con vos por la vida y la crianza.
Una y otra me enseñan a guardaros respeto;
sois el dueño de mi obediencia, pues hasta ahora
he sido vuestra hija. Pero aquí está mi esposo,
y el mismo deber que os mostró mi madre
prefiriéndoos antes que a su padre,
tanto también es justo que yo muestre
al moro mi señor.
BRABANCIO ¡Que Dios te valga!
No tengo más que decir. Sírvase vuestra alteza
seguir con los asuntos del Estado.

Más me hubiera valido adoptar una hija
que engendrarla. Ven, acércate, moro.
De todo corazón te doy ahora
lo que, a no ser porque ya lo tienes,
con toda el alma te negara. A causa tuya,
prenda, me alegra el no tener más hijos;
me enseñaría tu huida a ser tirano
y les pusiera trabas. Señor, he terminado.
DUQUE Dejadme que hable y diga una sentencia
que como puente ayude a estos amantes
a recobrar vuestro favor perdido.
Inútil es llorar si la esperanza
no ofrece al mal alivio ni bonanza.
El lamentarse cuando no hay remedio
es de aumentar el mal seguro medio,
del hado engañador se burla el alma
que opone a sus agravios quieta calma.
Robar podrá al ladrón quien de él se ría:
roba a sí mismo el que en llorar porfía.
BRABANCIO Mientras a Chipre el turco de esta suerte
nos robe, estemos con el brazo inerte:
nada perdemos, pues en quieta calma,
la risa al labio asoma y paz al alma.
Al que se aparta libre de condena
nada le importa la sentencia ajena,

y deja el tribunal edificado;

no así se aleja el triste condenado,

que carga con su duelo y su sentencia,

sin más remedio que el tener paciencia.

Doble sentido tales dichos tienen,

y en gozo o duelo siempre a cuento vienen;

mas dichos, dichos son: nunca he leído

que por la oreja sane el pecho herido.

Os ruego humildemente que pasemos a negocios de Estado.

DUQUE El turco con poderosos preparativos se acerca a Chipre. Otelo, vos mejor que nadie conocéis la fortaleza de aquella plaza, y aunque tenemos ahí un sustituto de reconocida capacidad, sin embargo, la opinión, soberana absoluta del éxito, halla en vos competencia más segura. Debéis pues resignaros a empañar el brillo de vuestra reciente dicha con esta difícil y turbulenta empresa.

OTELO La costumbre tirana, ilustres senadores,

me han convertido el lecho de acero y pedernal

en blanda cama de plumas tres veces cernidas.

Confieso afrontar las dificultades

con natural alegre y expedito,

y así emprendo esta guerra

contra el otomano.

Humildemente entonces,

sometiéndome a vuestras órdenes,

protección adecuada para mi esposa pido,

alojamiento, manutención

y los acompañantes que a su crianza convengan.

DUQUE Pues en casa de su padre.

BRABANCIO Yo no lo consiento.

OTELO Ni yo.

DESDÉMONA Ni residiría yo ahí,

para ahorrarle a mi padre la impaciencia

de tenerme delante. Oh, bondadoso duque,

a mi planteamiento prestad benigno oído

y mi simpleza halle en vuestra amiga voz

apoyo.

DUQUE ¿Qué pretendéis, Desdémona?

DESDÉMONA Que al moro amé para vivir con él

pregonarán al mundo claramente

de mi fortuna la tormenta fiera

y la violencia de mi proceder.

Mi corazón se halla sometido

a la profesión misma de mi esposo.

El rostro vi de Otelo en su alma noble

y a sus proezas y a sus valientes atributos

les consagré mi alma y fortuna.

Por tanto, venerables senadores,

si él a la guerra parte, mientras yo

cual polilla de paz atrás me quedo,

se me priva de los ritos por los que lo amo,

y tendré que soportar un penoso intervalo

por su dura ausencia. Dejadme pues ir con él.

OTELO Su súplica otorgad.

Séame testigo el cielo que tal merced no imploro

para satisfacer el paladar de mi apetito,

ni para acceder a la pasión, ya que el ardor

de la juventud y la satisfacción propia

en mí han fenecido,

sino para ser con ella liberal y pródigo.

Y líbreme el cielo de que penséis

que descuidaré el grave negocio que me fiáis

porque ella esté conmigo.

¡Oh, no! Cuando los frívolos juguetes

del alado Cupido

emboten con su voluptüosa somnolencia

mi facultad de pensar y decidir

al grado de que mis placeres corrompan

y manchen mi negocio,

dejad que las comadres hagan olla

de mi casco, y que bajas e indignas

adversidades se alcen contra mi renombre.

DUQUE Se quede o parta, decididlo ahora

en privado; el asunto apura

y con prontitud debe enfrentarse.

PRIMER SENADOR Debéis partir esta noche.

DESDÉMONA ¿Esta noche, señor?

DUQUE Esta noche.

OTELO Con toda mi alma.

DUQUE Nos reuniremos aquí a las nueve.

Dejad, Otelo, a un oficial vuestro

con quien podamos remitirnos un despacho,

con las demás ordenanzas de títulos

y rango que os conciernen.

OTELO Si os place, alteza, quédese mi alférez,

un hombre que es honesto y de confianza.

Dejo a su cuidado la conducción de mi esposa

con todo lo demás que vuestra gracia

juzgue oportuno enviarme.

DUQUE Que así sea.

Buenas noches a todos. (*A* BRABANCIO.) Noble señor,

si la virtud, cual dicen embellece,

vuestro yerno es más blanco que atezado.

PRIMER SENADOR A Desdémona honrad, valiente moro.

BRABANCIO Célala moro, si tienes ojos para ver;

que te engañe como a mí bien puede suceder.

Salen el DUQUE*,* BRABANCIO*, senadores y oficiales* .

OTELO ¡Mi vida apuesto en prenda de su fe!

A ti, honrado Yago, te confío mi Desdémona.

Te suplico, deja que tu esposa la acompañe

y llévalas a las dos en cuanto haya ocasión.

Ven Desdémona,

solo tengo una hora para platicar contigo

de amor, de asuntos domésticos y dar mis órdenes.

Es fuerza obedecer la ley del tiempo.

Salen OTELO *y* DESDÉMONA.

RODRIGO ¡Yago!

YAGO ¿Qué dices, buen corazón?

RODRIGO ¿Qué piensas que debo hacer?

YAGO Pues irte a la cama y dormir.

RODRIGO Voy a ir a ahogarme inmediatamente.

YAGO Si lo haces, ya nunca te querré después. ¡Oh, galán sin sesos!

RODRIGO Es estúpido vivir cuando la vida es un tormento; y además tenemos la receta de morir cuando la muerte es nuestro médico.

YAGO ¡Qué herejía! He contemplado el mundo por espacio de cuatro veces siete años y desde que puedo distinguir entre un beneficio y un perjuicio nunca hallé un hombre que supiera amarse a sí mismo. Antes de decir que querría ir a ahogarme por el amor de una prostituta, trocara mi humildad con un mandril.

RODRIGO ¿Qué debo hacer? Confieso que es una vergüenza estar tan enamorado, pero no tengo virtud para enmendarme.

YAGO ¿Virtud? ¡Bobada! Está en nosotros mismos el ser así o asá. Nuestros cuerpos son como huertos cuyos hortelanos son nuestros albedríos. Así es que si queremos plantar ortigas o sembrar lechugas, plantar hisopo y escardar tomillo, proveerlos con un género de yerbas o dividirlos en muchos, dejarlos estériles sin cultivo o abonarlos con industria, el poder y la capacidad correctiva están en nuestras manos. Si la balanza de nuestras vidas no tuviera un platillo de razón para equilibrar otro de sensualidad, la sangre y la bajeza de nuestros instintos nos conducirán a las más absurdas conclusiones. Pero tenemos la razón para templar nuestras airadas pasiones, el aguijón carnal, nuestros apetitos desenfrenados, entre los cuales considero que este que ustedes llaman amor no es sino una estaca o vástago.

RODRIGO No puede ser.

YAGO No es más que un deseo de la carne y una licencia del albedrío. ¡Vamos, sé hombre! ¿Ir a ahogarte? Ahoga gatos y cachorros ciegos. He hecho profesión de ser tu amigo y confieso que estoy ligado a tus méritos con cables de tenacísima fuerza. Nunca podría servirte mejor que ahora. Échale dinero a tu bolsa, vente con nosotros a la guerra,

disfraza tu rostro con una barba postiza; te digo, échale dinero a tu bolsa. No puede ser que Desdémona continúe mucho tiempo amando al moro (échale dinero a tu bolsa) ni él a ella. Su amor tuvo un comienzo violento, y verás cómo el desenlace corresponde al principio (solo échale dinero a tu bolsa). Estos moros son veleidosos de carácter (llena tu bolsa de dinero). El manjar que ahora le sabe dulce como la algarroba, en poco tiempo le sabrá amargo como la coloquíntida. Preferirá ella a otro más joven, y cuando se hastíe de su cuerpo verá la locura de su elección; por fuerza va a cambiar, por fuerza. Por consiguiente, échale dinero a tu bolsa. Si te empeñas en irte al infierno, hazlo de un modo más delicado que con ahogarte. Hazte con todo el dinero que puedas. Si la devoción fingida y un frágil voto entre un bárbaro errante y una veneciana que se pasa de astuta no son demasiado difíciles para mi ingenio y para toda la tribu del infierno, la gozarás. Por tanto hazte de dinero. ¡Al diablo el ahogarte! Está fuera de discusión. Procura más bien que te cuelguen después de haberla gozado que ahogarte y renunciar a ella.

RODRIGO ¿No defraudarás mis esperanzas si trato de realizarlas?

YAGO Cuenta conmigo; ve, hazte de dinero. Te he dicho una y otra vez y te lo volveré a decir que odio al moro. Mi causa tiene fundados motivos, lo mismo que la tuya; actuemos juntos en nuestra venganza contra él. Si logras ponerle cuernos cumples tu deseo y me diviertes a mí. Hay muchos acontecimientos en las entrañas del tiempo que tendrán que descubrirse. ¡En marcha! Ve y provéete de dinero. Hablaremos más de esto mañana. ¡Adiós!

RODRIGO ¿Dónde nos encontraremos por la mañana?

YAGO En mi alojamiento.

RODRIGO Estaré contigo temprano.

YAGO Ándale, adiós. ¿Sabes, Rodrigo?

RODRIGO ¿Qué dices?

YAGO Nada de ahogarte, ¿me entiendes?

RODRIGO He cambiado de propósito. Voy a vender todas mis tierras.

YAGO Sí, ándale, adiós. Pon suficiente dinero en tu bolsa.

Sale RODRIGO.

Así es como convierto a un imbécil en mi bolsa

porque profanaría la ciencia que he adquirido

si con un tonto así perdiera el tiempo
a no ser por diversión y provecho.
Odio al moro, y dicen por ahí
que ha hecho sus oficios en mis sábanas.
Ignoro si sea cierto,
mas yo en tal caso por sospechas obro
cual si fuera verdad. En tanto que me estima
tanto mejor efecto surtirá mi propósito.
Casio es bien parecido. Déjenme ver ahora:
arrebatarle el puesto y ufanarme
realizando una doble maldad. ¿Cómo?
¿Cómo? Veamos. Pasado algún tiempo
en los oídos de Otelo ir susurrando
que Casio es demasiado familiar
con su esposa.
Son sospechosos su apariencia y trato,
propios a seducir a las mujeres.
El moro es hombre de alma noble y franca
y creen que son honestos
aquellos que aparentan solo serlo,
y dócil se dejará conducir
por la nariz igual que los borricos.
¡Lo tengo! Ya está engendrado. A la luz del día
lo parirán infierno y noche impía.
Sale .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Un puerto de Chipre. Explanada cerca del mar.

Entran MONTANO *y dos* CABALLEROS.

MONTANO ¿Qué se distingue en el mar desde el cabo?

PRIMER CABALLERO Nada en absoluto. La tormenta arrecia.

No puedo entre el puerto y el océano divisar una vela.

MONTANO Creo que el viento ha soplado duro en tierra;

un huracán tan fuerte

no sacudió jamás nuestras murallas.

Si alborotó la mar de esa manera

¿qué viga de roble habrá que no se descoyunte

cuando sobre ella montes de agua se disüelven?

¿Qué resultas tendrá?

SEGUNDO CABALLERO La disolución de la flota turca,

pues acercaos a la espumosa orilla

y ved cómo las olas rechazadas

parecen como golpear las nubes;

cómo la onda agitada por el viento

con su alta y monstrüosa melena

parece arrojar agua en la flameante osa

y apagar los dos guardias del encendido polo.

No vi nunca perturbación igual

en mar enfurecida.

MONTANO Si es que la flota turca

no se ha ensenado en alguna bahía,

de cierto ha zozobrado.

Es imposible que se tenga a flote.

Entra un TERCER CABALLERO.

TERCER CABALLERO ¡Nuevas, muchachos! ¡Terminó la guerra!

La desesperada tempestad golpeó a los turcos

de tal manera, que cesó su empeño.

Una gallarda nave veneciana

vio naufragar, y en desastre completo,

la mayor parte de su flota.

MONTANO ¿Cómo? ¿Es cierto?

TERCER CABALLERO La nave ya está aquí y es veronesa.

Un cierto Miguel Casio,

lugarteniente del belicoso moro, Otelo,

ha desembarcado; el moro mismo

está en el mar y viene

con rumbo a Chipre con poderes amplios.

MONTANO Me alegro de ello; será un digno gobernante.

TERCER CABALLERO Pero este mismo Casio, aunque habla tan contento,

Entra CASIO.

por lo que hace a los turcos, con todo se ve triste

y reza porque el moro esté seguro,

pues separolos tempestad violenta.

MONTANO Ojalá sea así, porque lo he servido

y el hombre manda como buen soldado.

¡Eh!, vamos a la playa,

tanto para ver la nave que acaba de entrar,

como para escudriñar el mar de Otelo en busca,

hasta que se conviertan el océano

y el aéreo azul en la misma cosa.

TERCER CABALLERO Hagámoslo así,

porque a cada minuto hay esperanza

de nuevos arribos.

CASIO Gracias, valientes de esta fuerte isla,

que tanto al moro amáis. Oh, defiéndalo el cielo

contra estos elementos,

porque lo he perdido en una mar muy peligrosa.

MONTANO ¿Viaja bien equipado?

CASIO Su navío

está sólidamente construido

y su piloto es en verdad experto

y de reputación reconocida.

Por tanto mi esperanza aún no ahíta de muerte,

todavía admite cura.

VOZ (*Dentro* .) ¡Una vela,

una vela, una vela!

CASIO ¿Qué ruido es ese?

SEGUNDO CABALLERO El pueblo está desierto y en la orilla del mar

hay hileras de gente que gritan «¡Una vela!».

CASIO Mi esperanza me dice que es el gobernador.

Un disparo .

SEGUNDO CABALLERO Hacen salvas de cortesía,

son amigos nuestros.

CASIO Adelantaos, os ruego,

y decidnos de cierto quiénes han arribado.

SEGUNDO CABALLERO Voy enseguida.

Sale .

MONTANO Decidme, teniente, ¿está casado

vuestro general?

CASIO Sí, y con gran suerte.

Ha logrado una dama

que en vano a describir la fama aspira;

supera en hermosura los elogios

de lisonjeras plumas y en riqueza

de galas naturales fatiga al ingeniero.

Entra el SEGUNDO CABALLERO.

¿Qué hay? ¿Quién ha llegado?

SEGUNDO CABALLERO Es un tal Yago, del general alférez.

CASIO Ha tenido rauda y próspera travesía.

Las mismas tempestades, la marea,

los vientos mugidores, las arenas

amontonadas y las estriadas rocas,

traidores sumergidos para obstruir
la inocente quilla, han suspendido,
como si poseyera sentido de lo bello,
su natural mortífero, dejando pasar
segura a nuestra divina Desdémona.
MONTANO ¿Quién es ella?
CASIO La de quien os hablé,
la que es la capitana
de nuestro gran capitán, remitida
a la conducción del bravo Yago,
cuyo desembarco aquí anticipa
en siete días nuestra expectativa.
¡Oh, gran Júpiter, protege a Otelo,
hincha su velamen con tu potente soplo
y haz que bendiga su gallarda nave
pronto esta playa y como amante tierno
en brazos de Desdémona suspire,
renueve el fuego en nuestras almas
tibias y alivio traiga a Chipre!
Entran DESDÉMONA*,* YAGO*,* RODRIGO *disfrazado y* EMILIA*.*
Oh, ved cómo
a tierra echó la nave sus riquezas.
¡Hombres de Chipre, arrodillaos humildes!
¡Salve, señora, la gracia del cielo
por delante y por detrás y por todas partes

te circunde!

DESDÉMONA Te doy las gracias, valiente Casio.

¿Qué nuevas puedes darme de mi esposo?

CASIO Todavía no llega, ni sé otra cosa

sino que se halla bien y que estará aquí en breve.

DESDÉMONA No obstante temo… ¿Cómo os separasteis?

CASIO El gran combate del mar y los cielos

nos separó. (*Voz dentro:* «¡Una vela, una vela!».)

¡Mas oíd! ¡Una vela!

Se oyen disparos.

SEGUNDO CBALLERO Están saludando a la citadela:

También amigos son.

CASIO Ved qué hay de nuevo.

Sale el CABALLERO.

Alférez, bienvenido. (*A* EMILIA.) Bienvenida, señora.

No dejéis que irrite vuestra paciencia, buen Yago,

la libertad que tomo:

mi crianza tolera tan audaz atrevimiento.

Besa a EMILIA.

YAGO Si os regalara con sus labios tanto

como a mí con su lengua muchas veces

tendríais bastante.

DESDÉMONA Ay, si no se la oye apenas.

YAGO ¡De veras, demasiado!

Así lo siento cuando tengo ganas

de dormir. Cuando vuestra merced está presente

se recata ella un poco y solo riñe

con el pensamiento.

EMILIA ¡Qué poca razón tienes de decirlo!

YAGO Vamos, vamos.

Sois como dechados fuera de casa,

cual cascabeles en vuestros estrados,

cual gatas montescas en la cocina,

santas cuando hacéis agravios, demonios

cuando recibís ofensas, jugáis

a manejar la casa

y trabajáis duro en el lecho.

DESDÉMONA ¡Calumniador!

YAGO No, es que es verdad, de lo contrario, seré un turco.

Os levantáis para jugar y al lecho

os vais a trabajar.

EMILIA No escribirás mi elogio.

YAGO No, más vale.

DESDÉMONA ¿Qué diríais de mí si me alabarais?

YAGO No me pongáis a ello, gentil dama,

pues nada soy si criticar no puedo.

DESDÉMONA No estoy alegre sino que entretengo

lo que soy pareciéndome a otra cosa.

Vamos pues; ¿cómo me alabaríais?

YAGO Estoy en eso, pero mi inventiva

como liga de frisa se desprende

de mi cabeza; me arranca seso y todo;

pero mi musa está de parto y esto pare:

«Si es de alba tez y lista, su hermosura

engendra gozo que discreta apura».

DESDÉMONA Buen elogio. ¿Y si es morena y lista?

YAGO «Siendo morena y lista, esté segura

que a un blanco hechizará su donosura.»

DESDÉMONA ¡Peor, peor!

EMILIA ¿Y si es hermosa y necia?

YAGO «Jamás fue necia la que fuera hermosa;

pues la más necia logra ser esposa.»

DESDÉMONA Estas son viejas paradojas para hacer reír a los tontos en la taberna. ¿Qué miserable elogio tendrás para la que es fea y tonta?

YAGO «Ninguna hay a la vez tan necia y fea

que como bella no haga travesuras.»

DESDÉMONA ¡Oh, crasa ignorancia! Elogias más a la que menos vale. Pero ¿qué alabanza podrías hacer de una mujer que de veras la mereciera? ¿La que con la autoridad de su virtud obligara a la malicia misma a reconocer su bondad?

YAGO «La que fue hermosa siempre y nunca vana,

que tuvo lengua y no de usarla gana,

que rica, no gastó lujoso arreo,

que tuvo la ocasión y no el deseo,

la que ofendida, y la venganza a mano,

guardó la ofensa y no rencor insano,

la que jamás trocó con ligereza

la cola del salmón por la cabeza,

medita mucho y loca no delira,

ve que la siguen y hacia atrás no mira,

fuera esta una criatura, si tal habrá existido»…

DESDÉMONA ¿Para ocuparse en qué?

YAGO «En criar necios y en otras fruslerías.»

DESDÉMONA ¡Oh, tristísima y coja conclusión! No aprendas de él, Emilia aunque sea tu marido. ¿Qué decís, Casio? ¿No es por demás profano y desvergonzado este censor?

CASIO Habla con franqueza, señora. Os agradaría más como soldado que como hombre de letras.

YAGO (*Aparte* .) Le coge la mano; sí, bien dicho, cuchichead. Con una telaraña tan delgada como esta, atraparé a una mosca tan grande como Casio. Sí, sonríele, anda. Te cogeré en el lazo de tus propios galanteos. Tienes razón, así es en verdad. Si con mañas como estas consigues perder tu tenencia, más te valiera no haber besado tantas veces tus tres dedos, con los cuales estás a punto de volver a hacer el galante. ¡Magnífico! ¡bien besado y excelente cortesía! No hay duda que así es. Y vuelta con llevar los dedos a la boca. Ojalá pudieran servirte de cánulas de jeringa.

Suena una trompeta .

¡El moro! ¡Conozco su trompeta!

CASIO De seguro es él.

DESDÉMONA Salgamos a su encuentro a recibirlo.

CASIO Mirad, aquí viene.

Entran OTELO *y acompañantes.*

OTELO ¡Oh, mi guerrera hermosa!

DESDÉMONA ¡Otelo mío!

OTELO Grande cual mi contento es mi sorpresa

de verte aquí antes que yo. Oh gozo de mi alma,

si a toda tempestad tal calma sigue,

que soplen los vientos hasta despertar la muerte,

y deja que la barca laboriosa

escale las colinas de las olas

altas como el Olimpo

y se sumerja luego tan abajo

como dista el cielo del infierno.

Si fuera ahora tiempo de morir

ello sería el colmo de la dicha

porque siente mi alma contento[19] tan cabal

que temo que el destino misterioso

otro como este para mí no guarde.

DESDÉMONA ¡Los cielos no permitan

que nuestro amor y nuestra dicha cesen

de crecer con los años!

OTELO ¡Amén, respondo a eso,

poderes celestiales!

Me falta aliento para tanta dicha,

me ahoga aquí, es demasiado gozo.

Ah, sean las mayores disonancias

que entre nosotros suenen estos besos.

Se besan .

YAGO (*Aparte* .) Oh, estáis ahora bien templados, pero yo,

honrado como soy, aflojaré las clavijas

que templan esa música.

OTELO Vamos al castillo.

Noticias, amigos: terminan nuestras guerras,

los turcos se han ahogado.

¿Cómo están mis viejos conocidos de esta isla?

Mi bien, tendrás buena acogida en Chipre.

Entre ellos he hallado mucho afecto.

Hablo sin ton ni son, amada mía,

y me complazco en mis satisfacciones.

Buen Yago, te lo ruego, vete al puerto,

desembarca mis cofres y al castillo

conduce al capitán; es un valiente,

merece su valía gran respeto.

Ven Desdémona, bienvenida seas

te digo nuevamente a Chipre.

Salen todos menos YAGO*,* RODRIGO

y un CRIADO*.*

YAGO (*Al* CRIADO.) Ve enseguida al puerto y espérame ahí. (*Sale el* CRIADO*. A* RODRIGO.) Ven acá. Si eres valiente (y dicen que hasta los cobardes cuando están enamorados adquieren una nobleza en su carácter que no les es propia), escúchame. Esta noche vela el teniente el patio del castillo. Pero antes tengo que decirte esto: Desdémona está perdidamente enamorada de él.

RODRIGO ¿De él? No es posible.

YAGO Pon el dedo así y déjate aconsejar. Fíjate con qué violencia primero se enamoró del moro solo por echárselas de valiente y contarle mentiras fantásticas. ¿Y crees tú que va a seguir amándolo por su charlatanería? No lo crea así tu corazón discreto. Debe tener con qué nutrir sus miradas ¿y qué deleite tendrá en mirar al diablo? Cuando la sangre se vuelva sosa a fuerza de gozar, debe existir, para inflamarla de nuevo y darle a la saciedad nuevo apetito, atractivo en el aspecto, semejanza en la edad, costumbres y encantos, de todo lo cual carece el moro. Ahora, por falta de estas cualidades, su delicada juventud se

sentirá engañada, empezará a sentir náuseas, a detestar y aborrecer al moro; su misma naturaleza la instruirá y la empujará a alguna segunda elección. Concedido esto, señor, lo cual es una posición evidente y normal, ¿quién se halla tan cerca de lograr esta dicha como Casio?, un bribón por demás voluble, sin mayores escrúpulos que los que llevan a adoptar las formas de la apariencia social para alcanzar mejor su salaz y más secreta inclinación. Pues nadie, pues nadie: un bribón sutil y resbaloso que se aprovecha de las ocasiones, que tiene abierto el ojo para acuñar y falsificar oportunidades, aunque la verdadera oportunidad no se le presente nunca, un sujeto diabólico. Además, el pillo es guapo, joven y reúne todos los requisitos por que se afanan la liviandad y la falta de experiencia. Un pícaro redomado, y ella ya le ha echado el ojo.

RODRIGO No puedo creer eso de ella; está llena de los sentimientos más virtuosos.

YAGO ¡Virtuosísimas narices! El vino que bebe está hecho de uvas. Si hubiera sido virtuosa, nunca habría amado al moro. ¡Dale con la virtud! ¿No la viste cómo le manoseaba la palma de la mano? ¿No te fijaste?

RODRIGO Sí, sí, lo vi, pero eso fue pura cortesía.

YAGO ¡Liviandad, por esta mano! Índice y obscuro prólogo a una historia de lujuria y malos pensamientos. Se acercaron el uno a la otra tanto que sus alientos se abrazaban. Pensamientos villanos, Rodrigo: cuando estas intimidades abren la marcha, muy pronto llega el general y el grueso del ejército, y la conclusión definitiva es que quedan incorporados. Calla y déjate guiar por mí. Yo te traje de Venecia: vela esta noche. Yo te designaré tu puesto. Casio no te conoce, yo no estaré lejos de ti. Busca alguna ocasión de hacer enojar a Casio, ya sea hablándole recio o rebajando su disciplina, o de cualquier otro modo que gustes y de que en un momento dado puedas echar mano.

RODRIGO Bueno.

YAGO Es atrabancado y se enfada pronto, y puede llegar a golpearte. Provócalo a que lo haga, porque precisamente de ahí sacaré yo motivo para que se amotinen los chipriotas, los cuales no se apaciguarán sin haber logrado la destitución de Casio. Así puedes llegar por camino más corto a lograr tus deseos por los medios que tendré para favorecerte, ya con el impedimento removido provechosamente, sin lo cual no habría esperanza de prosperar.

RODRIGO Haré eso si puedes proporcionarme la ocasión.

YAGO No lo dudes. Espérame en la ciudadela. Tengo que traer su equipaje a tierra. Adiós.

RODRIGO Adiós.

Sale .

YAGO Que Casio la ama, bien que lo creo,

que ella lo ame es lógico y probable.

El moro, aunque yo no lo soporto,

es hombre de amable condición, constante y noble,

y me atrevo a pensar que ha de ser para Desdémona

un excelente esposo. A fe, yo también la quiero

(no con lascivo intento, aunque tal vez el pecado

en que ahora incurro sea igual de grave)

sino para alimentar mi venganza,

porque sospecho que el lascivo moro

se sentó en mi lugar: cuya idea,

cual mineral venenoso me roe las entrañas…

Y nunca me daré por satisfecho

hasta que me empareje con él,

esposa por esposa…

O fallando eso, incite al moro

cuando menos a celos tan feroces

que no logre curarle la razón.

Con cuyo objeto,

si este pobre galgo de Venecia

a quien señalo el rastro para su ardiente caza

sigue la pista, le pondré una llave

a Miguel Casio y lo delataré ante el moro

de lascivo (porque temo que él también se ha puesto

mi gorro de dormir).

Haré que el moro agradecido me ame,

y me recompense por hacerlo un asno insigne

y turbar su quietud y su reposo

hasta volverlo loco. Aquí lo tengo,

mas todavía confuso. Lo bellaco

tan solo se descubre en el acto.

Sale .

ESCENA II

Una plaza. Entra el HERALDO *de Otelo con una proclama.*

El pueblo lo sigue .

HERALDO Es la voluntad de Otelo, nuestro noble y valiente general, que al llegar noticias ciertas sobre la total destrucción de la armada turca, todo el mundo se dedique a festejar, algunos a bailar, otros a encender hogueras, cada cual a la diversión y regocijo que le sugiera su inclinación. Porque además de estas felices noticias, celebra hoy sus nupcias. Esto es lo que por su mandato se proclama. Todas las cocinas y bodegas del castillo estarán abiertas y hay completa libertad de festejar desde la hora presente de las cinco hasta que la campana haya dado las once. ¡Que el cielo bendiga la isla de Chipre y a nuestro noble general Otelo!

Sale .

ESCENA III

Sala del castillo.

Entran OTELO*,* CASIO *y* DESDÉMONA.

OTELO Mi buen Miguel, hazte cargo esta noche

de la guardia.

Sepamos poner a nuestros placeres

estos honrados límites,

no rebasar la discreción.

CASIO Yago tiene instrucciones de qué hacer,

pero sin embargo, personalmente

vigilaré yo mismo.

OTELO Yago es honradísimo. Buenas noches.

Mañana a primera hora quiero hablar contigo.

Vamos, amada mía. Realizada la compra,

se siguen los frutos. Esa ganancia

está aún por llegar entre tú y yo. Buenas noches.

Salen OTELO *y* DESDÉMONA.

CASIO Bienvenido, Yago, debemos atender a la guardia.

YAGO Todavía no es hora, teniente; no son ni las diez. Nuestro general nos abandonó tan pronto por amor a su Desdémona, lo cual no debemos tomar a mal; no ha gozado todavía ni una noche con ella, y ella es digna de Júpiter.

CASIO Es una dama exquisita.

YAGO Y os garantizo que gusta del amor.

CASIO En verdad es una criatura de lo más fresco y delicado.

YAGO ¡Qué ojos tiene! Parecen un cartel de desafío.

CASIO Sí, tiene ojos que convidan, y con todo, modestos.

YAGO Y cuando habla ¿no suena un toque de rebato al amor?

CASIO En verdad es la misma perfección.

YAGO ¡Bien, que la felicidad sea entre sus sábanas! Vamos teniente, tengo un barrilito de vino y aquí fuera está un par de galanes chipriotas que con gusto tomarán una copa a la salud del negro Otelo.

CASIO Hoy en la noche no, buen Yago. Tengo una cabeza de lo más débil y desdichada para la bebida. Quisiera que la cortesía inventara algún otro modo de entretenimiento.

YAGO Oh, son amigos. Solo una copa; yo beberé por vos.

CASIO Ya bebí solo una copa esta noche, y estaba bastante rebajada y mirad qué novedad produce en mí. Por desgracia tengo esa debilidad y no me atrevo a arriesgarme a beber más.

YAGO Pero hombre, es noche de festejos, los galanes lo desean.

CASIO ¿Dónde están?

YAGO Aquí en la puerta; por favor decidles que entren.

CASIO Lo haré, pero de mala gana.

Sale .

YAGO Si logro que al menos beba una copa,

junto con la que ya bebió esta noche,

se pondrá pendenciero y más rabioso

que perrillo de dama.

Por su parte, mi doliente tonto de Rodrigo,

a quien el amor casi ha volteado al revés,

esta noche ha bebido en honor de Desdémona

tragos de medio galón, y hará guardia.

Tres galanes chipriotas, muy nobles y valientes,

que mantienen su honor a prudente distancia,

y que son como los elementos

de esta guerrera isla,

he calentado yo con sendas copas

y están también de guardia.

Ahora entre esta banda de borrachos

voy a meter a Casio,

de tal modo que cometa una acción

que agravie a la isla.

Entran CASIO*,* MONTANO *y* CABALLEROS.

Pero aquí vienen.

Si los resultados cumplen mi sueño,

viento en popa navegará mi idea.

CASIO Vaya que ya me han dado un vaso lleno.

MONTANO A fe de buen soldado, no pasa de un cuartillo.

YAGO ¡Eh, que traigan vino!

Canta .

Las copas chocad, retintín,

las copas chocad, retintín,

el soldado es mortal

y la vida fugaz:

beba pues el soldado sin fin.

¡Vino muchachos!

CASIO ¡Vaya, una excelente canción!

YAGO La aprendí en Inglaterra, donde en verdad son buenos para empinar el codo. Vuestro danés, vuestro alemán y vuestro holandés panzudo (¡vino acá!) no son nada comparados con vuestro inglés.

CASIO ¿Es vuestro inglés tan exquisito para beber?

YAGO Pues se bebe con facilidad a vuestro danés muerto de borracho; no suda para derribar a vuestro alemán; y antes de llenar otra botella hará echar las tripas a vuestro holandés.

CASIO ¡A la salud de nuestro general!

MONTANO Estoy con vos, teniente, y os haré justicia.

YAGO ¡Oh, amable Inglaterra!

Canta .

Esteban fue un noble caballero,

costábanle sus calzas un doblón;

dolíale gastar tanto dinero,

y regañaba al sastre por ladrón.

Él fue un monarca grande y poderoso;

y tú eres de baja condición;

más de uno se perdió por orgulloso,

échate pues encima el capotón.

¡Eh! ¡Vino acá!

CASIO De veras que esta canción es más exquisita que la otra.

YAGO ¿Queréis oírla otra vez?

CASIO No, porque creo que es indigno de su puesto el que hace… esas cosas.

Bueno, Dios está por encima de todos y hay almas que se salvarán y almas que no se salvarán.

YAGO Es cierto, buen teniente.

CASIO Por lo que a mí toca, sin ofender al jefe ni a ningún hombre de calidad, espero salvarme.

YAGO Lo mismo yo, teniente.

CASIO Sí, pero con vuestro permiso, no antes que yo. El teniente debe salvarse antes que el alférez. Basta ya de esto. Vayamos a nuestro asunto. ¡Dios nos perdone nuestros pecados! Caballeros, a nuestro negocio. No penséis, caballeros, que estoy ebrio; este es mi alférez, esta es mi mano derecha y esta mi izquierda. No estoy ebrio ahora: puedo tenerme en pie y hablo bastante bien.

CABALLERO Perfectamente bien.

CASIO Pues sí, perfectamente. No penséis pues que estoy borracho.

Sale .

MONTANO A la explanada, amigos, a montar la guardia.

YAGO ¿Veis este sujeto que se fue ahora mismo?

Es un soldado digno

de estar junto a César y dictar órdenes.

Pero mirad su vicio

que es de su virtud el equinoccio,

el uno tan largo como la otra.

Es una lástima, temo que la confianza

que Otelo pone en él

en mala hora, por su enfermedad,

perturbe esta isla.

MONTANO ¿Pero está así con frecuencia?

YAGO Siempre sirve de prólogo a su sueño.

Será capaz de no cerrar los ojos

mientras da dos vueltas el reloj,

si no mece su cuna la bebida.

MONTANO Fuera bueno que informareis de ello

a vuestro jefe. Quizá no lo ha advertido,

y su bondad natural tiene en cuenta

tan solo la virtud que advierte en Casio

y no mira sus errores. ¿No es cierto?

Entra RODRIGO.

YAGO (*Aparte* .) ¿Qué tal, Rodrigo?

¡Corre tras el teniente: pronto, vamos!

Sale RODRIGO.

MONTANO Y es una lástima que el noble moro

aventure el cargo de su segundo

con alguien a quien domina el vicio.

Fuera loable acción hablarle al moro.

YAGO Mas por esta isla, no seré yo

quien lo haga, pues quiero a Casio

y cualquier cosa hiciera

para curarlo. (*Grito fuera:* «¡Auxilio, auxilio!».)

¿Mas qué ruido es ese?

Entra CASIO *persiguiendo a* RODRIGO.

CASIO ¡Sinvergüenza, canalla!

MONTANO ¿Qué sucede, teniente?

CASIO ¿Darme a mí lecciones un bribón? ¡A palos dejaré al villano como tela de mimbre!

RODRIGO ¿A palos?

CASIO ¿De qué hablas, canalla?

MONTANO ¡No, buen teniente! Os ruego, tened la mano.

CASIO ¡Dejadme, os digo u os aporrearé la cholla!

MONTANO Vamos, vamos, estáis borracho.

CASIO ¿Borracho yo?

Riñen .

YAGO (*Aparte a* RODRIGO.)

¡Fuera, digo, corre y grita por doquier alarma!

Sale RODRIGO.

¡No, buen teniente! Vamos, caballeros…

¡Auxilio! ¡Teniente! ¡Señor… Montano… señor!

¡Auxilio, señores! ¡Buena guardia hacemos!

Suena una campana .

¿Quién es el que toca la campana? ¡Qué diablos!

¡Querrán alborotar al pueblo entero!

Por Dios teneos, teniente. ¡Qué vergüenza!

¡Os perdéis para siempre!

Entra OTELO *con acompañamiento.*

OTELO ¿Qué sucede aquí?

MONTANO Sangro sin cesar.

¡Estoy de muerte herido!

Embiste a CASIO.

OTELO ¡Teneos por vida vuestra!

YAGO ¡Teneos, eh, teniente! ¡Señor Montano! ¡Caballeros!

¿Os olvidáis en dónde y por qué estáis?

¡Teneos, el general os habla! ¡Qué vergüenza!

OTELO ¿Qué ocurre aquí? ¿De qué nació la riña?

¿Somos turcos acaso y nos hacemos

con nuestras propias manos lo que el cielo

no permitió que hiciera el otomano?

Por el honor cristiano

cesad en esta bárbara pelea.

El que se mueva para herir colérico

o dé un paso, tiene en poco su vida,

en el instante muere.

Silenciad esa hórrida campana

que amedrenta y arrebata el sosiego
a la isla entera. ¿Qué pasa, hidalgos?
Honrado Yago, que pareces morir de pena,
habla. ¿Quién empezó? De tu lealtad lo exijo.
YAGO Lo ignoro, amigos eran todos ha un instante,
en conducta y palabras como novios
que se preparan para entrar al lecho,
y luego, ahora mismo, como si un planeta
les hubiera robado el juicio, sacan la espada
y apúntanse al pecho unos de otros
en sanguinaria lucha. No puedo señalar
cómo empezó reyerta tan extraña,
y quisiera que en una acción gloriosa
hubiese yo perdido estas piernas
que me han traído aquí para que la presencie.
OTELO ¿Cómo fue, Miguel, que te olvidaste de ti mismo?
CASIO Ruego me perdonéis; no puedo hablar.
OTELO Y vos, Montano, siempre habéis sido correcto.
El mundo había notado
la gravedad serena de vuestra juventud
y es grande vuestro nombre
en boca de la más sabia censura.
¿Qué sucede que así echáis a perder
vuestra reputación ganando fama
de reñidor nocturno y pendenciero?

MONTANO Ilustre Otelo, estoy herido de peligro.

Yago, vuestro oficial, puede informaros

(en tanto que yo callo, pues me duele

el mucho hablar) de cuanto sé, e ignoro

que haya podido cometer ofensa

de obra o de palabra esta noche,

a menos que el tener caridad con uno mismo

sea a veces vicio, y pecado defenderse

cuando la violencia nos ataca.

OTELO Por el cielo,

la sangre empieza ya a regirme

haciendo a un lado mis facultades más tranquilas,

y la pasión, oscureciendo mi mejor juicio,

trata de conducirme en el camino.

Si me altero,

si solo llego a levantar el brazo,

el mejor de vosotros sucumbirá a mi castigo.

Hacedme saber cómo dio principio

esta vil riña, quién la inició,

y el que sea señalado en esta ofensa

aunque fuere gemelo mío de nacimiento,

me perderá. ¿Cómo alimentar una rencilla,

particular y doméstica,

en una población recién en guerra,

todavía enardecida y salvaje,

cuando los corazones de las gentes

aún rebosan de miedo,

de noche, y en la fortaleza que velar debe

por la seguridad?

Es monstruoso. Di, Yago, ¿quién empezó?

MONTANO Si por camaradería o por liga de oficio

faltas a la verdad, no eres soldado.

YAGO No me toques tan de cerca.

Primero que ofender a Miguel Casio,

querría que me cortaran la lengua de la boca.

Mas estoy convencido que decir la verdad

no ha de perjudicarlo para nada.

Así pasó la cosa, general:

cuando estábamos hablando Montano y yo,

un individuo viene pidiendo auxilio

perseguido por Casio, espada en mano

para ejecutarlo. Señor, este caballero

se interpuso entonces para detenerlo

mientras yo perseguía al que gritaba,

no fuera con su clamor, tal como sucedió,

a sembrar el terror en la ciudad;

mas ligero de pies, burló mi intento

y yo volvime al punto, habiendo oído

el choque y rumor de espadas, y a Casio

jurando en altas voces, lo que nunca

le había oído antes hacer hasta esta noche.
Cuando regresé, pues esto fue breve,
los hallé el uno contra el otro en guardia
y esgrimiendo, igual que como estaban
cuando vos mismo los separasteis.
Más no puedo decir sobre este asunto;
los hombres, hombres son y los mejores
alguna vez se olvidan,
pues aunque Casio le hizo algún daño,
a guisa del que pega en su locura
a su mejor amigo,
sin embargo es seguro que Casio, creo yo,
recibió del que huía algún ultraje
que su paciencia no pudo soportar.
OTELO Tu afecto, Yago, y tu honradez te mueven
a disculpar a Casio. Casio, te tengo afecto,
Entra DESDÉMONA *acompañada* .
mas nunca más serás teniente mío.
¡Mira cómo mi amor se ha levantado!
Haré contigo un escarmiento.
DESDÉMONA ¿Qué sucede, amor mío?
OTELO Todo acabó, mi bien.
Volvamos al lecho. Señor, de vuestras heridas,
yo mismo seré el médico. Lleváoslo.
Se llevan algunos a MONTANO.

Yago, recorre la ciudad y trata

de calmar a quienes esta vil riña

ha perturbado. Vámonos Desdémona.

Es vida de soldado

despertar de sus sueños agitado.

Salen todos menos YAGO *y* CASIO*.*

YAGO ¿Estáis herido, mi teniente?

CASIO Sí, y no hay cirujano capaz de curarme.

YAGO ¡Oh, no lo permita el cielo!

CASIO ¡Reputación, reputación, reputación! ¡Oh, he perdido mí reputación! He perdido la parte inmortal de mí mismo y lo que queda es bestial. ¡Mi reputación, Yago, mi reputación!

YAGO A fe de hombre honrado, pensé que habíais recibido alguna herida corporal, lo cual importaría más que la reputación. La reputación es una vaga y engañosísima impostura, conseguida a menudo sin mérito y perdida sin culpa. No habéis perdido para nada vuestra reputación, a menos que la creáis perdida. ¡Ánimo, hombre! Hay modos de recuperar la estima del general. Habéis caído momentáneamente de su gracia, lo cual es un castigo más de táctica que de mala voluntad, igual que cuando alguien le pega a su perro inocente para asustar a un león feroz. Suplicadle otra vez y será vuestro.

CASIO Más bien le pediré que me desprecie, antes que engañar a tan buen comandante con un tan liviano, borracho e indiscreto oficial. ¿Ebrio?, ¿y hablando como perico? ¿Reñir? ¿Armar pendencias? ¿Jurar?, ¿y disputar bobadas con la propia sombra? ¡Oh, tú, espíritu invisible del vino, si no se te conoce por otro nombre, llamémoste demonio!

YAGO ¿Quién era el que seguíais con vuestra espada? ¿Qué os había hecho?

CASIO No sé.

YAGO ¿Es posible?

CASIO Recuerdo un cúmulo de cosas, pero nada distintamente; una riña, pero no la causa de ella. ¡Oh, Dios mío, que pongan los hombres un enemigo en su boca para que les robe los sesos! ¡Que con gozo, placer, alborozo y aplauso nos transformemos en bestias!

YAGO Pero ahora estáis bastante bien. ¿Cómo os habéis restablecido tan pronto?

CASIO Le plugo al demonio de la embriaguez dejar el sitio al demonio de la ira; una imperfección me muestra otra, hasta hacerme de plano despreciable a mí mismo.

YAGO Vamos, sois un moralista muy severo. Tal como están los tiempos, el lugar y la situación de este país, desearía que esto no hubiera sucedido; pero una vez que es así, tratad de enmendar la falta en provecho propio.

CASIO Si le solicito de nuevo mi empleo, me dirá que soy un borracho. Aunque tuviera tantas bocas como la Hidra, tal respuesta las taparía todas. ¡Ser ahora un hombre sensato, poco después un tonto y hace un momento una bestia! ¡Oh, qué extraño! Cada copa de más es una maldición y el ingrediente, un demonio.

YAGO Vamos, vamos, el buen vino es una cosa buena y sociable, cuando de él no se abusa. Ya no lo maldigáis. Creo mi teniente, que no dudáis de mi afecto hacia vos.

CASIO Bien lo he experimentado, señor. ¡Borracho yo!

YAGO Vos o cualquier hombre viviente puede emborracharse alguna vez, hombre. Os diré qué debéis hacer. La esposa de nuestro general es ahora la generala. Puedo decirlo en este sentido, porque él se ha embebecido y completamente entregado a la contemplación, admiración y culto de sus cualidades y gracias. Confesaos francamente con ella, importunadla que os preste su ayuda para que recuperéis vuestro empleo. Es ella de un carácter tan generoso, tan amable, tan bien dispuesto, tan angelical, que considera que peca contra la bondad si no hace lo que le solicitan. Rogadle que entablille esta coyuntura rota entre vos y su marido, y apuesto mi fortuna contra lo que sea que valga la pena de nombrarse, que vuestro afecto recíproco se volverá más fuerte de lo que era antes de la fractura.

CASIO Me aconsejáis bien.

YAGO Os lo digo con toda la sinceridad de mi afecto y buena voluntad.

CASIO Lo creo francamente, y temprano por la mañana le rogaré a la virtuosa Desdémona que interceda por mí. Desespero de mi suerte si aquí me abandona.

YAGO Tenéis razón. Buenas noches, teniente. Debo ir a hacer guardia.

CASIO Buenas noches honrado Yago.

Sale .

YAGO ¿Y quién es el que dice que la hago de villano
cuando el consejo que doy es honrado y sincero,
plausible al pensamiento
y el medio en verdad de aplacar al moro?
Porque es fácil inclinar a Desdémona
a cualquier ruego honesto; es tan complaciente.
Tiene una índole tan generosa
como los libres elementos.
¿Y qué le ha de costar ganar al moro?
Aun cuando le exigiera que abjurara
su bautismo, los símbolos y sellos
que redimen la culpa,
le tiene de tal suerte encadenada
el alma con su amor, que está en su mano
llevarlo, traerlo, hacer de él a su antojo
lo que mejor le plazca: su capricho
es hoy el dios que manda en su flaqueza.
¿En qué soy entonces yo villano si aconsejo
a Casio este camino paralelo
que pronto lo ha de llevar directamente a su bien?
¡Diabólica deidad! Cuando el demonio
quiere inducir los más negros pecados,
sugiere primero visiones celestiales
como yo hago ahora.
Porque mientras este honrado baboso

procure de Desdémona el apoyo

y ella por él ruegue insistentemente al moro,

destilaré en su oído mi ponzoña

diciendo que lo apoya por lascivia.

Y cuanto más trate de defenderlo,

tanto más destruirá su crédito ante el moro.

Convertiré así su virtud en negro alquitrán

y haré con su bondad misma una red

en que juntos caerán.

Entra RODRIGO.

¿Qué tal, Rodrigo?

RODRIGO Sigo aquí en la cacería no como galgo de caza, sino como el que solo aúlla en la jauría. Ya casi se me acabó el dinero, esta noche he sido apaleado de lo lindo y creo que el resultado va a ser la experiencia que saque a costa de tantos sinsabores. Y así sin nada de dinero y con un poco más de seso, regresarme a Venecia.

YAGO ¡Pobre de aquel que no tiene paciencia!

¿Curose alguna herida de repente?

No por ensalmo, por ingenio obramos

y el ingenio madura con el tiempo.

¿Qué no te sientes bien? Casio te ha apaleado,

y a costa de molestia muy pequeña,

tú has hecho que pierda el puesto Casio.

Aunque cunden sin sol algunas cosas,

los frutos que primero han florecido

antes maduran. Tu ansiedad aplaca.

¡Por vida!, ya es de día.

La actividad y el placer nos acortan las horas.

Retírate, vete a tu alojamiento.

Anda, márchate, sabrás más después.

Mas por favor, ve, vete.

Sale RODRIGO.

Dos cosas hay que hacer.

Mi esposa debe interceder por Casio

ante su ama. Voy a prepararla.

Y yo entretanto llamo aparte al moro

y lo traigo justo cuando halle a Casio

solicitando a su mujer. ¡Sí, ese es el modo!

Así ha de ser. Ahora

obremos sin tibieza y sin demora.

Sale .

TERCER ACTO

ESCENA I

Delante del castillo.

CASIO Tocad aquí, señores, que yo os pago:

una tonada breve y de esa suerte

daréis al general los buenos días.

Música. Entra el BUFÓN.

BUFÓN ¿Qué es esto, señores? ¿Han estado en Nápoles vuestros instrumentos que hablan por la nariz?

PRIMER MÚSICO ¿Cómo, señor, cómo?

BUFÓN Por favor, ¿son de aire esos instrumentos?

PRIMER MÚSICO Sí, por supuesto, lo son, señor.

BUFÓN ¡Oh! Entonces ¿van a traer cola?

PRIMER MÚSICO ¿Dónde cuelga la cola, señor?

BUFÓN Pues señor, en muchos instrumentos que conozco. Pero maestros, aquí tenéis dinero: le agrada tanto al general vuestra música que desea, por amor de Dios, que ya no hagáis más ruido con ella.

PRIMER MÚSICO Bueno, señor, así lo haremos.

BUFÓN Si tenéis algo de música que no se oiga, tocadla; pero en cuanto a oír música, como quien dice al general no le interesa.

MÚSICOS No tenemos música de esa clase, señor.

BUFÓN Entonces meted las flautas en sus bolsas, porque yo me voy. ¡Vamos, desvaneceos en el aire! Partid.

Salen los músicos.

CASIO ¿Oyes, mi buen amigo?

BUFÓN No oigo a vuestro buen amigo. Lo oigo a usted.

CASIO Por favor guárdate tus sutilezas; aquí tienes una monedita de oro. Si ya se ha levantado la dama que sirve a la esposa del general, dile que hay un tal Casio que solicita que lo deje hablar con ella un instante. ¿Se lo dirás?

BUFÓN Ya anda levantada, señor, y si anda por aquí, lo haré con gusto.

Entra YAGO.

CASIO Díselo, amigo. (*Sale el* BUFÓN.) Bien hallado, Yago.

YAGO ¿Entonces no os fuisteis a la cama?

CASIO No: despuntó el día antes de que nos separáramos.

Me he atrevido, Yago,

a mandarle a tu mujer un recado.

Mi asunto con ella es que se sirva

darme acceso a la virtuosa Desdémona.

YAGO Os la envío enseguida

y discurriré algún medio de alejar al moro

para que vuestra plática y negocio

puedan tener libertad.

CASIO Te lo agradece el alma.

Sale YAGO.

Nunca hallé más amable y honrado florentino.

Entra EMILIA.

EMILIA Buenos días, teniente. Siento mucho

vuestra desgracia, pero de seguro

todo saldrá bien. El general y su esposa

están hablando de ello,

y ella os defiende con calor: el moro

replica que el hidalgo a quien heriste
goza de buena fama en Chipre y tiene
una muy poderosa parentela,
y que habría sido harto imprudente de su parte
dejar de destituiros;
mas protesta que os tiene afecto y no requiere
nada, sino sus propias preferencias
para asir de los cabellos la primera ocasión
que tenga de volveros al empleo.
CASIO Con todo os suplico, si lo juzgáis propicio
y factible, que hable yo a solas con Desdémona
un momento.
EMILIA Oh sí, venid conmigo;
yo os colocaré donde podáis tener tiempo
de hablarle libremente.
CASIO Os quedo obligado.
Salen .
ESCENA II
Una sala del castillo.
Entran OTELO*,* YAGO *y* CABALLEROS.
OTELO Dale, Yago, estas cartas al piloto,
que ofrezca mis respetos al Senado;
yo en tanto me dirijo a las murallas;
ahí me encontrarás.
YAGO Así lo haré, señor.

OTELO ¿Vamos a inspeccionar ese fuerte, caballeros?

CABALLERO Estamos a vuestra disposición.

Salen .

ESCENA III

El jardín del castillo.

Entran DESDÉMONA*,* CASIO *y* EMILIA*.*

DESDÉMONA Estad seguro de que haré, buen Casio,

cuanto pueda por vos.

EMILIA Hacedlo así, señora; mi marido

lamenta el lance como cosa propia.

DESDÉMONA ¡Qué hombre tan honrado! Créedme, Casio,

que haré que mi señor y vos de nuevo

estén tan amistosos como antes.

CASIO Generosa señora,

sea Miguel Casio lo que fuere,

nunca será otra cosa que vuestro leal sirviente.

DESDÉMONA Lo sé y os lo agradezco. Queréis a mi marido;

tiempo ha que os conocéis, y estad seguro

se apartará de vos tan solo mientras

que la prudencia lo aconseje.

CASIO Sí, empero

esa distancia puede durar tanto,

de sustento tan ruin podrá nutrirse,

o retrasarse por tan leve causa,

que estando ausente y otro en mi destino

olvide el general mi amor y celo.

DESDÉMONA No temáis nada. Emilia me es testigo

de que respondo de ese empleo: creedme,

si prometo amistad, lo cumpliré

hasta el último artículo.

Mi señor no tendrá nunca reposo;

en vela lo tendré hasta que lo dome

y lo importunaré hasta que pierda la paciencia.

Convertiré su lecho en una escuela,

y su mesa en un confesionario.

Sabré mezclar la pretensión de Casio

en todo lo que haga.

Alegraos, por tanto, pues os juro

que esta abogada morirá primero

que abandonar la causa.

Entran OTELO *y* YAGO.

EMILIA Mi amo viene.

CASIO Señora, me despido.

DESDÉMONA No, quedaos

y oídme hablar.

CASIO No puede ser ahora;

estoy desazonado y mal dispuesto

a promover mi causa.

DESDÉMONA Como os plazca.

Sale CASIO.

YAGO ¡Ah! No me gusta esto.

OTELO ¿Qué murmuras?

YAGO Nada, mi señor; o si… no sé qué dije.

OTELO ¿Pues no era Casio el que dejó a mi esposa?

YAGO ¿Casio, señor? No; no puedo creer

que se escurriera tan furtivamente

al veros llegar.

OTELO Creo que era él.

DESDÉMONA ¿Qué tal, mi señor?

He estado hablando aquí con un solicitante;

un hombre que se consume por tu desagrado.

OTELO ¿A quién te refieres?

DESDÉMONA Pues a tu lugarteniente, Casio.

Buen señor: si poseo alguna gracia,

o la capacidad de conmoverte,

admite sin demora sus excusas,

pues si no es alguien que en verdad te quiere,

que yerra por ignorancia y no por malicia,

será que yo no entiendo al ver una cara honrada.

Te suplico, reintégralo en su empleo.

OTELO ¿Salió de aquí ahora?

DESDÉMONA Sí, en verdad, tan humillado

que me dejó una parte de su pena

para sufrirla con él. Dueño mío,

llámalo que regrese.

OTELO No ahora, querida Desdémona, otra vez.

DESDÉMONA ¿Pero será muy pronto?

OTELO Lo antes posible, gracias a tu ruego.

DESDÉMONA ¿Será hoy en la noche en la cena?

OTELO No, no esta noche.

DESDÉMONA Pues mañana entonces

a la hora de comer.

OTELO No como en casa.

Voy a reunirme con los capitanes

en la ciudadela.

DESDÉMONA Ah, pues entonces

mañana por la noche o el martes por la mañana;

el martes a mediodía o en la noche;

o a primera hora el miércoles.

Te ruego fijar la hora, pero que no exceda

de tres días. De veras, está arrepentido,

y con todo su falta

(por más que dicen que la guerra exige

que sirvan de escarmiento los mejores)

no es más que un pecadillo, digno solo

de represión privada. ¿Cuándo viene?

Dime, Otelo. Me pregunto a mí misma

qué podrías tú pedirme que yo te negara

o estuviera así tartamudeando.

¡Cómo! ¡Miguel Casio que te acompañaba

cuando venías tú a cortejarme

y que tantas veces cuando yo hablaba

de ti con menosprecio te defendió!

Pues ¿cómo cuesta tanto el perdonarlo?

Créeme, no sé qué haría.

OTELO Por favor ya basta. Deja que venga

cuando quiera. No te negaré nada.

DESDÉMONA Pero si esto no es gracia,

es como si te pidiese que usases

guantes y que te alimentaras

de platos nutritivos, que te abrigaras bien,

o que te suplicara

que le hicieses un servicio a tu propia persona.

No; cuando me proponga realmente

medir tu amor de veras,

será con una cosa importante,

que te sea difícil conceder.

OTELO No te negaré nada. En cambio solo

te pido que una súplica me otorgues:

déjame un instante conmigo a solas.

DESDÉMONA ¿Podría acaso negarlo? No: adiós, mi dueño.

OTELO Mi Desdémona, adiós: te sigo en breve.

DESDÉMONA Ven, Emilia.

(*A* OTELO.) Haz lo que la inclinación te dicte.

Sea lo que fuere, siempre me hallarás sumisa.

Salen DESDÉMONA *y* EMILIA.

OTELO ¡Adorable criatura! ¡Que mi alma se pierda

si no te quiero!

Y cuando no te ame, vuelva el caos.

YAGO Noble señor…

OTELO ¿Qué dices, Yago?

YAGO ¿Supo Miguel Casio de vuestro amor

cuando la corte a mi señora hacíais?

OTELO Sí, de principio a fin. ¿Por qué preguntas?

YAGO Para calmar mi preocupación.

No hay nada malo.

OTELO Yago, ¿qué recelas?

YAGO Pues no creía yo que la trataba.

OTELO Oh sí, más de una vez medió entre ambos.

YAGO ¿De veras?

OTELO ¿De veras? Sí, en verdad. ¿Ves algo malo en eso?

¿No es honrado?

YAGO ¿Honrado, señor?

OTELO ¿Honrado? Sí, honrado.

YAGO Que yo sepa…

OTELO ¿Qué piensas?

YAGO ¿Pienso, mi señor?

OTELO ¡Piensas! ¡Vive el cielo!

Repites como el eco mis palabras

cual si en tu mente hubiera oculto un monstruo

asaz horrible para revelarlo.

Algo quieres decir… Te oí decir ahora,

al separarse de Casio mi esposa,

que no te gustaba eso. ¿Qué no te gustaba?

Y cuando dije que él había sido

en mi cortejo parte y consejero,

exclamaste, ¿de veras?,

y caviloso contrajiste el ceño

y cual bolsa lo frunciste como si quisieras

encerrar en tu mente alguna idea terrible.

Si me estimas, muéstrame lo que piensas.

YAGO Oh, mi señor, sabéis cuanto os estimo.

OTELO Así lo creo,

y porque lo sé, y que eres honrado

y pesas las palabras antes de pronunciarlas,

estas pausas tuyas me asustan más.

Pues tales cosas en un pícaro desleal

son mañas habituales, pero en un hombre justo

son indicios de secretos que del alma

a pesar suyo brotan

y la emoción no puede contenerlos.

YAGO En cuanto a Miguel Casio,

me atrevería a jurar, pienso que es hombre honrado.

OTELO Eso creo yo también.

YAGO Los hombres deben ser lo que parecen,

y cuando no, no aparentarlo.

OTELO Cierto,

los hombres deben ser lo que parecen.

YAGO Pues entonces yo creo que Casio es hombre honrado.

OTELO No, hay otra cosa en esto:

te ruego que me hables como piensas,

tal como rumias tu pensar interiormente

y digas lo peor con las peores palabras.

YAGO Buen señor mío, perdonadme; bien sé que en todo

estoy comprometido a cumplir mi deber,

mas no en aquello en que el esclavo es libre…

¿Revelar lo que pienso? ¿Qué tal si es vil y falso?

Porque ¿dónde está ese palacio

en que las inmundicias a veces

no se inmiscuyan? ¿Y quién tiene un pecho

tan puro que nunca diera cabida a torpe duda?

¿En dónde aleve sesión no celebrara,

junta o juicio,

con el discurso recto la vileza?

OTELO Contra tu amigo conspirarás, Yago,

si crees que se le injuria y vuelves su oído

extraño a tus pensamientos.

YAGO Os ruego

que aunque acaso viciosa pueda ser

mi conjetura,

pues lo confieso, me atormenta el ansia

de averiguar delitos y a menudo mi celo

ve faltas que no existen, vuestra sabiduría

no haga caso de alguien tan propenso a juzgar mal,

ni la quietud os roben

observaciones vagas e inseguras.

Ni a vuestro bienestar, ni a vuestra calma,

ni a mi honradez, mi seso y valentía

conviene revelaros lo que pienso.

OTELO ¿Qué me quieres decir?

YAGO Buen señor, el buen nombre en hombre y en mujer

es el mayor tesoro de sus almas.

Quien me roba la bolsa roba cieno.

Es algo, es nada y ha sido esclavo de millares…

pero el que hurta mi buen nombre me roba

lo que no lo enriquece a él

y a mí en verdad me deja pobre.

OTELO ¿Qué piensas? ¡Vive el cielo!

¡Lo he de saber!

YAGO Será imposible aun cuando

mi corazón tuvierais en la mano,

ni podréis, mientras esté en mi custodia.

OTELO ¡Cómo!

YAGO ¡Señor, cuidado con los celos!,

el monstruo de ojos verdes que se burla

de la carne con la que se alimenta.

Vive feliz el cornudo que cierto

de su suerte detesta a quien lo ultraja,

¡pero ay!, ¡qué infernales minutos va contando

el que ama con exceso, pero duda,

sospecha, mas no deja de amar!

OTELO ¡Oh, qué suplicio!

YAGO El pobre satisfecho es rico, y más que rico,

mas la riqueza sin fin es ser pobre

como el invierno para aquel que teme

empobrecer. ¡Defienda el cielo mi casta

de los celos!

OTELO ¿Mas por qué, por qué es esto?

¿Crees tú que yo me avendría a vida de celoso

para ir siguiendo siempre las fases de la luna

con renovadas sospechas? ¡Ah no! Todo uno

en mí será dudar y resolverme.

Truécame por un macho cabrío

aquel día que abandone mi alma

a tales conjeturas vagas y etéreas

como las que tú haces. No me pone celoso

que digan que es bella mi mujer, que se regala,

que gusta de tertulias y de bromas,

que canta con primor, que baila y tañe.

Donde hay virtud, mayor será con eso.

Ni he de sacar de mis pocos méritos
el más pequeño temor o sospecha
de que llegara a rebelarse, pues ojos tuvo
y me eligió. No, Yago,
sin ver no he de dudar, y estando en duda,
he de tener la prueba,
y adquirida, no queda más que esto:
al instante acabar con el amor y los celos.
YAGO Me alegro de ello, porque ahora veo motivo
de mostrar el afecto y el deber que os profeso
con ánimo más franco. Recibidlo
cual cumplimiento de un deber: de pruebas
no hablo todavía. Cuidad a vuestra esposa,
miradla atento cuando esté con Casio
con ojos no confiados ni celosos;
no querría ver vuestra naturaleza
noble y generosa víctima de su bondad.
Poned cuidado en esto. Conozco yo a mi gente:
allá en Venecia la mujer descubre
al cielo cosas que al marido oculta,
y su buena conciencia estriba en esto,
no en no pecar, sino en guardar secreto.
OTELO ¿Eso me dices?
YAGO A su padre engañó al desposaros,
y cuando esquiva al parecer temblaba

de vuestro aspecto, os adoraba más.

OTELO Sí, por cierto.

YAGO ¡Entonces!

La que fingir tan niña supo artera,

vendar así los ojos de su padre

como los de un halcón,

y hasta hacerle pensar que era un hechizo…

Mas ¿qué hago?

Perdón humilde os pido, soy culpable

de amaros con exceso.

OTELO Te quedo para siempre obligado.

YAGO Advierto que os han desconcertado mis palabras.

OTELO Ni por asomo; nada.

YAGO En verdad esto temo.

Espero que penséis que lo que he dicho

procede de mi afecto. Mas veo que estáis turbado.

Os ruego que no queráis prestar a mi discurso

peor sentido ni mayor alcance

del que conviene dar a una sospecha.

OTELO No lo haré.

YAGO Si lo hicierais, mi señor,

tendría lo que os dije funesto resultado,

cosa que no pensé. Casio es mi digno amigo.

Veo que estáis turbado.

OTELO No, no mucho.

Yo no pienso sino que Desdémona es honrada.

YAGO Viva así largos años

y vos también para creerlo.

OTELO Mas sin embargo,

cuando naturaleza a errar comienza…

YAGO Ahí está el mal; y para seros franco,

el desdeñar partidos ventajosos

con hombres de su país, color y condición,

a los que vemos que en todas las cosas

por sí se inclina la naturaleza,

¡hum!, ¿no revela gusto corrompido,

sucia desproporción, pensamientos anormales?

Mas perdonad: no me refiero a ella

precisamente, no obstante que tema

que su voluntad, al recobrar su mejor juicio,

pudiera compararos con los tipos

de su país, y acaso se arrepienta.

OTELO Adiós, adiós; y si algo más adviertes,

házmelo saber. Dile a tu mujer

que la observe. Déjame; ve, Yago.

YAGO Señor, ya me despido.

OTELO ¿Por qué me habré casado?

Esta criatura honrada, no hay duda,

ve y sabe mucho más de lo que dice.

YAGO Señor, quisiera rogarle a vuestra señoría

que no escudriñe más la cosa. Dejadla al tiempo;
aunque es bueno que Casio recobre su empleo,
pues bien lo desempeña ciertamente,
no obstante, si os parece, posponedlo
por algún tiempo más, y de ese modo
sondeadlo a él y sus procedimientos.
Notad si vuestra esposa insiste mucho
y con vehemencia para que regrese.
Mucho hay que ver en eso. Entretanto
dejadme parecer oficioso en mis temores
(como tengo razón para creerlo),
y a ella, os ruego, juzgadla inocente.
OTELO No temas nada.
YAGO Vuelvo a despedirme.
Sale .
OTELO Este es un hombre por extremo honrado
y penetra con espíritu docto
en las honduras del trato humano. Si descubro
que ella es halcón salvaje, aunque tenga por grillos
las fibras más entrañables de mi corazón,
la soltaría con un silbido
y la dejaría a merced del viento
para que cazara al azar. Acaso
porque soy negro y no poseo suaves dotes
de conversación fácil como los cortesanos,

o porque ya declino en el valle de la vida

(aunque no mucho), se ha ido, me engaña,

y mi único consuelo será odiarla.

¡Oh cruel maldición del casamiento:

llamarse uno dueño de un ser tan tierno

y no de su apetito!

Mejor quisiera ser hediondo sapo

y aspirar el vapor de un calabozo

que dejar un rincón en la que amo

para provecho de otros.

Mas tal es el castigo de los grandes

menos afortunados que la plebe;

este es el destino ineluctable cual la muerte…

Desde el primer aliento que inhalamos

se cierne horcada sobre nuestra frente

tal maldición. Mas mira cómo llega.

Entran DESDÉMONA

y EMILIA.

¡Si ella es infiel, de sí se burla el cielo,

no he de creerlo!

DESDÉMONA Ven, Otelo mío.

Te esperan la comida y los isleños

que al banquete convidaste.

OTELO ¡Oh, necio de mí!

DESDÉMONA ¿Por qué hablas tan quedo? ¿Te sientes mal?

OTELO Me duele aquí la frente.

DESDÉMONA Es de velar sin duda. No te apures.

Déjame atarla fuerte y en una hora

te sentirás bien.

OTELO Es muy chico tu pañuelo.

Aparta de sí el pañuelo que cae .

Déjalo. Ven. Vamos allá adentro.

DESDÉMONA Verte sufrir me causa pena.

Salen OTELO *y* DESDÉMONA.

EMILIA Me alegro de encontrar este pañuelo.

Fue lo primero que le dio el moro.

Mi terco esposo me ha un ciento de veces

rogado que lo hurtara, pero lo quiere tanto

(él le encargó que lo guardara siempre)

que no lo suelta nunca y lo besa y lo mima…

Haré que saquen copia del bordado

y se lo entrego a Yago.

Qué hará con él no sé. Sábelo el cielo.

Mi único intento es contentar su anhelo.

Entra YAGO.

YAGO ¿Qué haces aquí tan sola?

EMILIA No me riñas.

Tengo algo para ti…

YAGO ¿Algo para mí? Será algo vulgar.

EMILIA ¿Qué?

YAGO Tener esposa boba.

EMILIA ¿Y nada más? ¿Qué vas a darme ahora

por el pañuelo aquel?

YAGO ¿Por qué pañuelo?

EMILIA Pues el que el moro le dio a Desdémona primero,

el que tantas veces me has pedido que robara.

YAGO ¿Y se lo has robado?

EMILIA Claro que no; lo dejó caer por descuido,

y yo lista, que estaba aquí lo recogí. Mira

aquí está.

YAGO ¡Qué buena chica, dámelo!

EMILIA ¿Qué vas a hacer con él que me has rogado tanto

que lo hurtara?

Arrebatándolo.

YAGO ¿Y qué te importa? Venga.

EMILIA Si no es para un asunto de importancia,

dámelo. Pobre señora, se volverá loca

cuando lo eche de menos.

YAGO No digas nada.

Tengo necesidad de él. Ya vete.

Sale EMILIA.

Voy a perder en el cuarto de Casio

este pañuelo para dejar que él lo encuentre.

Fruslerías ligeras como el aire

son para los celosos pruebas irrefutables

como los Evangelios. Esto va a funcionar.

Mi ponzoña ya produce cambios en el moro.

Veneno son las pérfidas sospechas

que en un principio no causan disgusto,

pero a poco que obran sobre la sangre

abrasan como cráteres de azufre.

Entra OTELO.

Lo dicho: vedle ahí. ¡Ni adormidera

ni mandrágora, ni todas las drogas

soporíferas del mundo podrán devolverte

el dulce sueño que tuviste ayer!

OTELO ¡Ah! ¡Ah! ¡Infiel conmigo…!

YAGO ¡Cómo general! ¡Ya basta de eso!

OTELO ¡Atrás! ¡Lárgate! ¡Me has puesto en el potro!

Juro que vale más ser engañado

del todo que abrigar solo una duda.

YAGO ¿Qué es esto, mi señor?

OTELO ¿Qué importancia tenían para mí

sus torpes ratos de lascivia oculta?

No los veía, no pensaba en ellos,

dormía bien de noche, me alimentaba bien,

era libre y alegre;

no encontraba los besos de Casio en sus labios.

Pues al robado, si no advierte el robo,

y no lo sabe, no le roban nada.

YAGO ¡Cuánto siento oír esto!

OTELO Feliz habría sido si todo el campamento,

zapadores y todos la hubieran gozado,

con tal de no saberlo. ¡Ora por siempre,

adiós, quietud del alma! ¡Adiós contento!

¡Adiós a las empenachadas tropas

y a las potentes guerras

que hacen una virtud de la ambición!

¡Adiós a los corceles relinchantes,

y a la aguda trompeta,

al tambor que los ánimos incita

y al pífano que traspasa los oídos,

al estandarte real y a toda pompa, esencia,

orgullo y aparato de la gloriosa guerra!

Y a vosotras, mortíferas máquinas

cuyas gargantas crueles

imitan el horrísono estruendo

del clamor de Júpiter inmortal,

¡adiós! ¡Cesó la ocupación de Otelo!

YAGO ¡Señor, será posible!

OTELO ¡Ruin villano,

pruébame que es adúltera mi amada!

¿Lo entiendes bien? ¡Prueba palpable exijo!

Lo agarra con firmeza .

Si no, por la salud de mi alma eterna,

¡más te valiera haber nacido perro,

que el arrostrar mi cólera encendida!

YAGO ¿A esto hemos llegado?

OTELO Házmelo ver o por lo menos pruébalo;

que en la comprobación no quede gancho

ni hueco alguno donde quepa duda,

o teme por tu vida.

YAGO Mi noble señor…

OTELO Si la calumnias dándome tormento,

no reces más; no te remuerda nada;

horrores sobre horrores acumula;

cometes atroces crímenes que al cielo

a llanto muevan y a la tierra a espanto,

pues a tu eterna perdición no puedes

añadir pena mayor que esa.

YAGO ¡Favor, bondad celeste!

¿Sois hombre? ¿Tenéis alma y conciencia?

Quedad con Dios. Aceptad mi renuncia.

¡Necio fui en que quise hacer de mi honradez un vicio!

¡Oh, mundo infame!, advierte, advierte, oh mundo,

que es peligroso ser honrado y franco.

Gracias por la lección y desde ahora

amigo no tendré, pues el afecto

cría tamaña ofensa.

OTELO No, quédate… tú debes ser honrado.

YAGO Debiera ser prudente. Mentecata
es la honradez que se fatiga en balde.
OTELO ¡Por vida mía! Creo que mi esposa
es honrada y creo que no lo es;
que eres justo y que no lo eres pienso.
Quiero una prueba. Su nombre era refrescante
como la faz de Diana,
está ahora tiznado y negro como mi cara.
Si hay cuerdas o cuchillos,
veneno o fuego o torrentes en que ahogarse
no lo soportaré. Quiero salir de dudas.
YAGO Veo, señor, que os roe la pasión.
Me arrepiento de haberos puesto en ella.
¿Querríais salir de dudas?
OTELO ¿Querría? Claro que quiero.
YAGO Y bien podéis, mas ¿cómo convenceros?
¿Queréis, grosero espectador, mirarlos?
¿Verla tal cual?
OTELO ¡Oh, maldición! ¡Oh, muerte!
YAGO Sería, creo, empresa difícil
inducirlos a dejarse sorprender así.
Entonces… ¡Maldición! No, buen cuidado
tendrán de que jamás los miren
otros mortales ojos que los suyos.
Entonces ¿cómo, cuándo, de qué suerte?

¿Qué he de deciros? ¿Cómo convenceros?
Es imposible que veáis tal cosa
aunque estuviesen rijosos como chivos,
ardientes como monos, lujuriosos
como encelados lobos, lerdos, torpes
cual la ebria estupidez. No obstante, os digo
que si os convencen pruebas manifiestas,
indicios claros que a la puerta misma
de la verdad conduzcan, tales tengo.
OTELO Dame de su traición prueba evidente.
YAGO No me gusta el oficio.
Mas puesto que he entrado en esta causa hasta este punto,
inducido por tonta honradez y por afecto,
no vuelvo atrás. Yací con Casio ha poco
y agitado por un dolor de muelas,
no pude dormir. Hay hombres tan livianos
que en el sueño musitan sus asuntos.
Casio es uno de estos. Dormido lo oí decir:
«Dulce Desdémona, seamos cautos,
disimulemos nuestro amor». Y luego,
me cogía y me estrujaba la mano,
exclamando, «¡Oh, dulce criatura!»
y me besaba mucho, suspirando y diciendo,
«¡Maldito sino que te entregó al moro!».
OTELO ¡Oh, atroz! ¡Atroz!

YAGO Un sueño fue tan solo.

OTELO Revela empero un hecho consumado.

YAGO Fatal indicio, aun cuando un sueño fuere,

podrá servir de apoyo a otras pruebas

que poco sirven de demostración.

OTELO ¡La haré toda pedazos!

YAGO No, pero sed prudente.

Aún no vemos pruebas irrefutables.

Puede ser fiel aún. Decidme solo:

¿no habéis visto alguna vez un pañuelo

bordado con fresas en manos de vuestra esposa?

OTELO Yo se lo di; fue mi primer regalo.

YAGO No sé yo de eso, mas con tal pañuelo,

(seguro estoy que fue el de vuestra esposa)

a Casio vi limpiándose el bigote.

OTELO Si fuere ese…

YAGO Ese o cualquier otro,

contra ella habla con las otras pruebas.

OTELO ¡Tuviera el miserable cien mil vidas,

pues poca es una para mi venganza!

Ahora veo que es cierto. Mira, Yago,

de un soplo al cielo así mi amor arrojo.

¡Se acabó!

Álzate negra venganza del profundo infierno.

Renuncia, amor, tu corona y tu trono

que en mi corazón habías fijado,

al déspota del odio,

hínchate, pecho mío con tu carga

porque es de serpientes venenosas.

YAGO Con todo serenaos.

OTELO ¡Oh sangre, sangre, sangre!

Se arrodilla .

YAGO Paciencia, aún puede cambiar vuestro ánimo.

OTELO Nunca, Yago; igual que el mar del Ponto

cuya corriente helada y compulsivo curso

jamás refluye, mas constante corre

hacia el Propóntico y el Helesponto,

aun así mis impulsos sanguinarios

no han de mirar atrás en su violenta

feroz carrera, ni menguar al humilde influjo

del amor, hasta que una total y amplia venganza

no los engulla. Por ese marmóreo cielo

con el debido respeto a un voto sacrosanto

aquí lo juro.

YAGO

se arrodilla.

YAGO No os levantéis aún. ¡Atestiguadlo,

vosotros, siempre fúlgidos luceros,

vosotros, elementos que por doquier en torno

nos circundáis, atestiguad que Yago

consagra el ejercicio de su ingenio,

su corazón y manos

al servicio del ultrajado Otelo!

Cuando él lo disponga, en mí el cumplir

será deber sagrado

por sanguinaria que la empresa sea.

OTELO Te lo agradezco; no con huecas frases

sino con aceptación reconocida,

y en el instante he de ponerlo en obra.

Puedas decirme dentro de tres días

que Casio ya no vive.

YAGO Mi amigo ya está muerto;

se hará como decís. Pero dejad que ella viva.

OTELO ¡No! ¡Maldita sea! Vaya al infierno

la impúdica mujer.

Acompáñame. Voy a retirarme

a procurar los medios veloces de dar muerte

a la hermosa diablesa. Ya eres, Yago,

mi teniente.

YAGO Soy para siempre vuestro.

Salen .

ESCENA IV

Delante del castillo.

Entran DESDÉMONA*,* EMILIA *y el* BUFÓN*.*

DESDÉMONA ¿Sabes pícaro dónde se retira el teniente Casio?

BUFÓN No me atrevo a decir que se retira a ninguna parte.

DESDÉMONA ¿Cómo?

BUFÓN Es soldado, y decir que un soldado se retira es darle de puñaladas.

DESDÉMONA Vamos, ¿dónde se aloja?

BUFÓN Si os dijera dónde se aloja no haría sino mentir.

DESDÉMONA ¿Puede acaso entenderse lo que dices?

BUFÓN No sé dónde se aloja, y el buscarle yo alojamiento y decir que se aloja aquí o se aloja allá, sería mentir con mi propia garganta.

DESDÉMONA ¿Puedes inquirir de él e informarte religiosamente?

BUFÓN Voy a catequizar al mundo en busca suya, es decir a hacer preguntas y contestaré según las respuestas.

DESDÉMONA Búscalo, dile que venga acá, y anúnciale que he movido a mi esposo a favor suyo, y espero que todo salga bien.

BUFÓN Lo que me mandáis no excede los límites de la comprensión humana, y por tanto voy a acometer la empresa.

Sale .

DESDÉMONA ¿Do habré perdido ese pañuelo, Emilia?

EMILIA Señora, no lo sé.

DESDÉMONA Mejor quisiera,

créeme, haber perdido mi bolsa

repleta de cruzados. Si no fuese

mi noble moro de alma franca, libre

de la bajeza propia del celoso,

sería suficiente para hacerlo

pensar mal.

EMILIA ¿No es celoso?

DESDÉMONA ¿Quién? ¿Él? Me parece que el sol donde ha nacido

extrajo de su ser tales humores.

Entra OTELO.

EMILIA Ved que llega.

DESDÉMONA No lo dejaré ahora

hasta que llame a Casio. ¿Cómo estáis mi señor?

OTELO Muy bien querida esposa. (*Aparte* .) ¡Cuánto cuesta

disimular! ¿Qué tal estás, Desdémona?

DESDÉMONA Bien, mi buen señor.

OTELO Dame acá tu mano.

Esta mano está húmeda, señora.

DESDÉMONA No ha sentido la edad ni conocido el dolor.

OTELO Denota un pecho liberal, fecundo.

Ardiente, ardiente y húmeda. Requiere

recogimiento, ayuno y oraciones,

penitencia y devotos ejercicios,

pues hay en ella un diablo sudoroso y joven

que a veces se rebela. Mano tierna

y franca.

DESDÉMONA Podéis decirlo en verdad,

porque fue esa mano la que os dio mi corazón.

OTELO ¡Mano tan liberal! Antiguamente

eran los corazones los que daban las manos.

Hoy la moderna heráldica requiere

dar las manos sin dar los corazones.

DESDÉMONA No entiendo nada de eso. ¿Olvidas tu promesa?

OTELO ¿Qué promesa, paloma?

DESDÉMONA Mandé por Casio para hablar contigo.

OTELO Un cruel, tenaz catarro me molesta.

Préstame tu pañuelo.

DESDÉMONA Aquí está, señor.

OTELO El que yo te di.

DESDÉMONA No lo traigo conmigo.

OTELO ¿No?

DESDÉMONA No, de veras, señor.

OTELO Eso es una falta. Ese pañuelo

se lo dio a mi madre una gitana,

que era una maga que podía leer

casi los pensamientos de la gente.

Y díjole que mientras lo guardara

la haría atractiva y sometería

enteramente a mi padre con su amor;

mas si lo perdía o lo regalaba,

sería a los ojos de mi padre odiosa

e iría su inclinación a otras mujeres.

Diómelo al morir con el consejo

que se lo diese yo a mi esposa cuando

el hado me la diere.

Así lo hice y ten mucho cuidado;

guárdalo como la niña de tus ojos,

pues tal desgracia sería perderlo o regalarlo

que con nada se puede comparar.

DESDÉMONA ¿Es posible?

OTELO Es cierto, hay magia en su tejido.

Una sibila que su altivo curso

vio recorrer al sol doscientas veces,

hizo el bordado en su furor profético,

y los gusanos que la seda hilaron

estaban consagrados. Fue teñido

en momia por los diestros preparada

de corazón de virgen.

DESDÉMONA ¿Será cierto?

OTELO Certísimo: por tanto no lo pierdas.

DESDÉMONA ¡Ojalá no lo hubiera visto entonces!

OTELO ¡Cómo! ¿Por qué?

DESDÉMONA ¿Por qué hablas con sobresalto y enojo?

OTELO ¿Acaso lo perdiste?

¿Desapareció? ¿Se extravió? ¡Responde!

DESDÉMONA ¡El cielo nos proteja!

OTELO ¿Qué dices?

DESDÉMONA No está perdido, y si lo hubiera acaso…

OTELO ¿Cómo?

DESDÉMONA Te digo que no lo he perdido.

OTELO Tráelo; déjame verlo.

DESDÉMONA Bien podría

pero ahora no quiero.

Esto es un ardid para esquivar mi pretensión.

Te suplico que repongas a Casio.

OTELO Tráeme el pañuelo. A sospechar empiezo.

DESDÉMONA Vamos, vamos.

Nunca hallarás un hombre más capaz.

OTELO ¡El pañuelo!

DESDÉMONA Mas háblame de Casio.

OTELO ¡El pañuelo!

DESDÉMONA Un hombre que por siempre

fincó en tu protección su buena suerte,

que mil peligros compartió contigo…

OTELO ¡El pañuelo!

DESDÉMONA Sin duda no eres justo.

OTELO ¡Quita!

Sale .

EMILIA ¿No está celoso este hombre?

DESDÉMONA Nunca lo he visto así.

Seguramente algún hechizo esconde

ese pañuelo. ¡Qué infeliz soy que lo he perdido!

EMILLIA Ni en un año ni en dos se conoce bien a un hombre.

Estómagos son ellos, cuyo pasto

somos nosotras. Ávidos nos comen,

y cuando ya están hartos nos eructan.

Ved donde vienen Casio y mi marido.

Entran CASIO *y* YAGO.

YAGO No hay otro modo; ella debe hacerlo.

Mira, qué dicha; ve a importunarla.

DESDÉMONA ¿Qué tal, buen Casio? Di, ¿qué nuevas traes?

CASIO Mi antigua petición, señora. Os ruego,

que merced a vuestros virtuosos medios,

pueda yo nuevamente existir

y ser participante del afecto

de aquel a quien con mi mejor servicio

honro de corazón.

No quiero ya sufrir mayor retraso.

Si es mi ofensa tan grave que no basten

pasado celo, no pesar presente,

ni propósito de futuros méritos

a rescatarme a su amistad pasada,

será haberlo sabido mi ganancia.

Me revestiré entonces a fuerzas

de resignación y me encerraré

en otro camino para pedir

limosnas a la suerte.

DESDÉMONA ¡Ay, tres veces

noble Casio! Por ahora mis ruegos

desentonan; mi esposo no es mi esposo,

y si de rostro como de humor mudado hubiese,

nunca lo conociera. Así me den amparo

los santos todos como a favor tuyo

le he dicho cuanto pude

y puéstome en el blanco de su enojo

por hablarle con tanta libertad.

Debes ser paciente por ahora.

Haré lo que pueda hacer y aún más

de lo que osaría hacer por mí misma.

Que eso te baste.

CASIO ¿Está enojado el general?

DESDÉMONA Salió de aquí apenas

y ciertamente desasosegado.

YAGO ¿Será posible? He visto los cañones

hacer saltar sus filas en el aire,

y cual demonios de su propio brazo

arrebatarle a su mismo hermano…

¿Y puede estar airado?

Debe ser cosa de importancia entonces.

Iré a buscarlo. Motivo habrá si está enojado.

DESDÉMONA Hazlo así, te ruego. Seguramente

un asunto de Estado, ya sea de Venecia,

o alguna trama oculta ahora revelada,

aquí en Chipre, ha turbado su claro entendimiento,

y en tal caso, coléricos los hombres,

riñen por cosas ínfimas, aun cuando

las grandes causas de su enojo sean.

Pues en efecto, si nos duele un dedo,

este mal comunica

esa sensación a los otros miembros.

No debemos pensar que los hombres

sean dioses, ni esperar de ellos atenciones

como el día de la boda. Bien merezco,

Emilia, que me riñas.

Torpe soldado soy, estaba

denunciando a mi alma su aspereza,

pero encuentro ahora que he sobornado

yo misma al testigo, culpándolo falsamente.

EMILIA Quiera el cielo que sean

asuntos de Estado como creéis,

y no vana opinión

o celosa sospecha que os ataña.

DESDÉMONA ¡Calla por Dios! Jamás le di motivo.

EMILIA Así no se convencen los celosos.

No por tener motivo tienen celos,

sino son celosos porque son celosos.

Es un monstruo engendrado en sí, nacido

de sí mismo.

DESDÉMONA ¡Ahuyente el cielo ese monstruo del alma de Otelo!

EMILIA Amén, señora.

DESDÉMONA Iré en su busca, Casio no te alejes.

Si lo encuentro propicio, promoveré tu causa

y haré lo más posible por lograrla.

CASIO Humilde doy las gracias a vuestra señoría.

Salen DESDÉMONA *y* EMILIA.

Entra BLANCA.

BLANCA ¡Dios te guarde, amigo Casio!

CASIO ¿A qué has venido?

¿Qué tal te va? Di, hermosa Blanca mía.

A la verdad, mi amor, me dirigía a tu casa.

BLANCA Y yo a tu alojamiento, Casio. ¿Cómo

te has alejado una semana entera?

¿Siete días y sus noches?

¿Veinte veces ocho horas y otras ocho?

¡Si las horas de ausencia del amante

son ciento sesenta y ocho veces más pesadas

que las del reloj! ¡Oh, tediosa cuenta!

CASIO Perdón, Blanca mía. He estado todo este tiempo

abrumado por pensamientos de plomo.

En hora más propicia, sabré saldar la deuda.

Dulce Blanca, cópiame esta labor.

Le da el pañuelo de DESDÉMONA.

BLANCA Dime, Casio, ¿de dónde salió esto?

Ha de ser un recuerdo de alguna nueva amiga.

A tu sentida ausencia le hallo causa:

¿En esto estás? ¡Muy bien!

CASIO ¡Calla, mujer!

¡Con tus viles sospechas vete al diablo

que te las inspiró! Tienes celos ahora

de que esto sea de alguna amante, algún recuerdo.

No a fe mía, Blanca.

BLANCA ¿Pues de quién es entonces?

CASIO Yo tampoco sé. Lo hallé en mi recámara.

Me gusta el bordado, y antes que lo reclamen,

como es muy probable,

quisiera que copiaras el dibujo.

Tómalo y hazlo, y por ahora déjame.

BLANCA ¿Por qué dejarte?

CASIO Al general aguardo

y no me recomienda, ni deseo,

que me halle acompañado de una mujer.

BLANCA ¿Pero por qué?

CASIO No porque no te quiera.

BLANCA Mas porque no me quieres.

Te ruego, acompáñame un poco y dime

si te veré esta noche.

CASIO Muy corta es la distancia que puedo acompañarte,

porque aguardo aquí, mas pronto nos veremos.

BLANCA Muy bien: tengo que acomodarme a las circunstancias.

Salen .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Delante del castillo.

Entran OTELO *y* YAGO.

YAGO ¿Y qué pensáis de eso?

OTELO ¿Pensar, Yago?

YAGO Darse un beso en secreto…

OTELO ¡Un beso ilícito!

YAGO O regodearse con su amigo una hora más

sin malicia alguna.

OTELO ¿Regodearse sin malicia?

¡Eso es hipocresía contra el diablo!

Los que tal hacen sin maligno intento

dejan que tiente su virtud el diablo

y ellos tientan al cielo.

YAGO Así es que no hacen nada, es pecado venial;

pero si yo le doy a mi esposa un pañuelo…

OTELO ¿Y qué?

YAGO Señor, es suyo, y siendo suyo,

pienso que puede dárselo a cualquiera.

OTELO También es guardiana de su honor.

¿Puede dar eso?

YAGO Su honor, señor mío,

es esencia invisible. En muchos casos

lo presume la que jamás lo tuvo.

Pero en cuanto al pañuelo…

OTELO ¡Vaya, con cuánto gusto lo habría olvidado!

Dijiste… ¡Oh, regresa a mí memoria

como cuervo ominoso a una cosa infectada!

Él tenía mi pañuelo…

YAGO ¿Qué hay con eso?

OTELO Por cierto nada bueno.

YAGO ¿Y si dijera

que fui testigo yo de vuestro ultraje?

¿O que lo oí decir… (pues hay bribones

que han, por sus ruegos importunos

y por aparentar mucha pasión,

persuadido o ablandado a alguna dama,

y hasta contarlo todo no descansan…)?

OTELO ¿Dijo él alguna cosa?

YAGO Sí, señor.

Estad tranquilo empero: nada dijo

que no desmentirá.

OTELO ¿Qué dijo, Yago?

YAGO Bueno, dijo que estuvo… No sé cómo…

OTELO ¿Qué, qué?

YAGO Que se había acostado.

OTELO ¿Con ella?

YAGO Con ella, encima de ella, como sea.

OTELO ¡Acostado con ella…! ¿Encima de ella? ¡Dormido con ella! ¡Eso es asqueroso! ¡El pañuelo…! ¡Confesiones…! ¡El pañuelo…! ¡Que confiese y sea ahorcado luego…! No: ahorcarlo primero y que luego confiese… ¡Tiemblo solo al pensarlo! La naturaleza no se revestiría de la mera sombra de una pasión sin algún fundamento. ¡No son vanas palabras las que así me estremecen! ¡Puf! Narices, orejas, labios. ¿Será posible? ¡Confesión! ¡El pañuelo! ¡Oh, demonio!

Cae en un paroxismo .

YAGO Obra, ponzoña mía, sigue obrando.

Así se atrapa al crédulo sin seso,

y así más de una dama casta y digna,

sin culpa alguna pierde fama y honra.

¿Qué hay? ¡Eh, mi señor!

¡Mi señor, digo! ¡Otelo!

Entra CASIO.

CASIO ¿Qué pasa?

YAGO Que el general ha sufrido un ataque.

Este es el segundo. Tuvo otro ayer.

CASIO Frótale bien las sienes.

YAGO No, espérate.

El letargo debe seguir su curso

porque si no, empieza a echar espuma por la boca,

y le acomete bárbara locura.

Mira, ya se mueve. Retírate un rato,

volverá pronto en sí. Cuando se vaya

quiero decirte algo importante.

Sale CASIO.

¡Mi general! ¿No os duele la cabeza?

OTELO ¿Te burlas de mí?

YAGO ¿De vos? ¿Burlarme?

No lo permita el cielo. ¡Quiero veros

llevar vuestra suerte como hombre!

OTELO Un cornudo es un monstruo, una bestia.

YAGO Pues muchas bestias debe haber entonces

en ciudad populosa,

y muchos monstrüos civilizados.

OTELO ¿Lo confesó?

YAGO Sed hombre, general,

tened presente que cualquier barbudo

uncido al yugo, tira con vos en una yunta.

Existen muchos vivos que noche a noche yacen

en lechos prostituidos que juran serles propios.

Vuestro caso es mejor.

¡Oh, es despecho infernal, archiburla del diablo,

besar a una bribona en tálamo tranquilo

y suponerla casta! Preferible saber,

y sabiendo lo que soy, sabré lo que ella es.

OTELO Discurres bien; es cierto.

YAGO Apartaos un rato. Tan solo sed paciente.

Mientras vos estabais abrumado con la pena

(pasión indigna de hombre semejante),

vino Casio. Yo me ingenié para despedirlo

y excusé vuestro arrobo,

mas le dije que volviera aquí a hablar conmigo,

lo cual me prometió. Solo escondeos,

notad los gestos, y el desdén y escarnio

pintado en cada rasgo de su cara;

porque yo haré que cuente nuevamente

en dónde, cómo, cuánto y cuántas veces

gozó y ha de gozar de vuestra esposa.

Os lo digo, notad solo sus gestos;

pero tened paciencia,

sino diré que sois pura pasión

y no hombre cabal.

OTELO ¿Me escuchas, Yago?

Me hallarás muy astuto en mi paciencia,

mas luego, ¿lo oyes?, sanguinario.

YAGO Bueno,

no está mal eso, pero sedlo a tiempo.

Ahora retiraos.

OTELO *se esconde* .

Le preguntaré a Casio por Blanca,

una infeliz que vende sus favores

para comprarse pan y vestimenta.

Es una criatura que adora a Casio.

Tal es el castigo de la ramera:

engatusar a muchos

y ser por uno engatusada luego.

Cuando él oye hablar de ella no puede refrenarse

de reír en exceso. Aquí viene.

Entra CASIO.

Cuando sonría, enloquecerá Otelo,

e interpretar deben sus torpes celos

las sonrisas de Casio, su gesto y ligereza

de la peor manera. ¿Qué tal, teniente?

CASIO Muy mal, desde que os oigo saludarme

con ese tratamiento cuya falta

me mata.

YAGO Trabajad bien a Desdémona,

y lo obtendréis sin duda.

Bajando la voz .

Ahora, que si el asunto estuviera

en manos de Blanca, ¡qué aprisa lo lograríais!

CASIO ¡Ay! ¡Pobre miserable!

OTELO ¡Mira cómo se ríe!

YAGO Nunca vi a mujer amar así.

CASIO ¡Ay infeliz! Creo que en verdad me quiere.

OTELO Finge negarlo y se carcajea.

YAGO Casio, escuchad.

OTELO Ahora lo importuna

para que cuente todo. ¡Bien! ¡Bien dicho!

YAGO Pues ¿no asegura que os casáis con ella?

¿Es esa vuestra intención?

CASIO ¡Ja, ja! Bobadas.

OTELO ¿Triunfas, romano? ¿Triunfas?

CASIO ¡Casarme yo con ella! ¿Con una cortesana?

Por favor tenle un poco de caridad a mi buen tino, no lo creas tan demente. ¡Ja, ja, ja!

OTELO Eso, eso, eso: así se ríen los que triunfan.

YAGO De veras, circula el rumor de que os casaréis con ella.

CASIO ¡Por favor di la verdad!

YAGO Soy un canalla si no es cierto.

OTELO ¿Conque me la has jugado? ¡Vaya!

CASIO Esto es lo que la necia anda diciendo. Está convencida de que me casaré con ella; pero es por su propio enamoramiento y locura, no porque yo le haya prometido nada.

OTELO Yago me hace señas: ahora comienza a contar la historia.

CASIO Acaba de estar aquí; me sigue a todas partes. El otro día estaba yo platicando en la playa con algunos venecianos, y se acerca la mocosa, y por esta mano, se me echó al cuello de este modo…

OTELO Exclamando como quien dice, «Oh, querido Casio». Su gesto lo da a entender.

CASIO ¡Y me abraza, y me soba, y se echa a llorar, y me sacude y me jala! ¡Ja, ja, ja!

OTELO Ahora le va a decir cómo se lo llevó a mi alcoba. Veo esas narices tuyas, pero no el perro al que se las voy a echar.

CASIO Es menester que la deje.

YAGO ¡Por vida mía, mira dónde viene!

Entra BLANCA.

CASIO Es otra tal fuina y qué perfumada. ¿Qué pretendes con andarme persiguiendo?

BLANCA ¡Que te persigan el diablo y su madre! ¿A qué vino el darme este pañuelo hace poco? ¡Valiente boba fui yo en tomarlo…! ¿Conque quieres que te copie el bordado? ¡Lindo cuento que te lo encontraras en tu cuarto y no supieras quién lo dejó ahí! Será recuerdo de alguna querida, ¿y yo debo copiar el bordado? Anda, dáselo a tu muñequita; venga de donde viniere no voy a copiar ningún bordado.

CASIO ¿Qué te pasa, Blanca mía? ¿Qué es esto?

OTELO ¡Vive el cielo! ¿No es ese mi pañuelo?

BLANCA Si quieres, puedes venir esta noche; si no, ven cuando se te antoje.

Sale .

YAGO Síguela, síguela.

CASIO Tengo que hacerlo, si no va a vociferar por las calles.

YAGO ¿Vas a cenar ahí?

CASIO Sí, esa es mi intención.

YAGO Bien, puede que te vaya a ver ahí, porque quiero hablar contigo.

CASIO Te ruego que vengas, ¿sí?

YAGO Bueno, iré.

Sale CASIO.

OTELO ¿Qué muerte le daré, Yago?

YAGO ¿Notasteis cómo se reía de su delito?

OTELO ¡Oh, Yago!

YAGO ¿Y visteis el pañuelo?

OTELO ¿Era el mío?

YAGO El vuestro, por esta mano. ¡Y ved en lo que estima a la tonta de vuestra esposa! Ella se lo regaló y él se lo da a su meretriz.

OTELO ¡Quisiera estarme matándolo nueve años! ¡Una mujer tan excelente, tan bella, tan deliciosa!

YAGO No; debéis olvidar eso.

OTELO Sí, hay que dejarla que perezca, se pudra y se condene esta noche, porque no vivirá. No, se ha vuelto mi corazón de piedra. Cuando me lo golpeo me lastima la mano. Oh, no hay en el mundo criatura más adorable. Es digna de yacer junto a un emperador y mandarle como esclavo.

YAGO No, os estáis apartando del camino.

OTELO ¡Maldita sea! Solo digo lo que es. ¡Qué manos para manejar la aguja! ¡Qué diestra en la música! Es capaz de amansar a un oso con su canto. ¡Tan llena de ingenio y ocurrente!

YAGO Todo eso la hace peor.

OTELO ¡Ay sí! ¡Mil y mil veces peor! Y de condición tan amable.

YAGO Sí, demasiado amable.

OTELO No, eso es cierto. ¡Pero qué lástima, Yago! ¡Oh Yago, qué lástima!

YAGO Si estáis tan prendado de su perfidia, dadle patente para que os ultraje, porque si a vos no os toca en lo vivo, a nadie le importará un comino.

OTELO ¡La haré trizas…! ¡Ponerme los cuernos!

YAGO ¡Es asqueroso de su parte!

OTELO ¡Y con mi oficial!

YAGO ¡Eso todavía es peor!

OTELO Consígueme un veneno esta noche, Yago. No le pediré explicaciones, no sea que su belleza me desarme. Esta noche, Yago.

YAGO No lo hagáis con veneno, estranguladla en su lecho… el mismo que ha contaminado.

OTELO Bien, bien. Me place esa justicia. ¡Muy bien!

YAGO Y en cuanto a Casio, dejad que corra de mi cuenta. Sabréis más a medianoche.

OTELO ¡Excelente! (*Suena una trompeta* .) ¿Qué trompeta es esa?

YAGO Apuesto a que es algo de Venecia.

Entran LUDOVICO, DESDÉMONA

y acompañamiento .

Es Ludovico, que viene de parte del duque. Y mirad, vuestra esposa viene con él.

LUDOVICO ¡Dios os guarde, digno general!

OTELO A vos, de todo corazón, señor.

LUDOVICO Os saludan el duque y los senadores de Venecia.

Le da una carta .

OTELO Beso el instrumento de sus órdenes.

Abre la carta y lee .

DESDÉMONA ¿Y qué noticias tienes, buen primo Ludovico?

YAGO Encantado de veros, señor.

Muy bienvenido a Chipre.

LUDOVICO Os lo agradezco. ¿Cómo está el teniente Casio?

YAGO Vive, señor.

DESDÉMONA Primo, ha ocurrido entre él y mi señor

un rompimiento extraño, mas todo saldrá bien

con vuestra mediación.

OTELO ¿Estás segura de eso?

DESDÉMONA ¿Señor?

OTELO (*Lee* .) «Cúmplase sin falta, pues de otra suerte…»

LUDOVICO No te llamó. Está muy ocupado

en el escritorio. Pero ¿hay discordia

entre el señor y Casio?

DESDÉMONA Una desdichada división. Me alegraría

mucho reconciliarlos

porque quiero bien a Casio.

OTELO ¡Fuego, pez y azufre!

DESDÉMONA ¿Señor?

OTELO ¿Estás en tu juicio?

DESDÉMONA ¿Qué, está molesto?

LUDOVICO Tal vez la carta lo haya perturbado

porque creo que le ordenan que regrese

y que delegue su gobierno en Casio.

DESDÉMONA A fe, cuánto me alegro.

OTELO ¿De veras?

DESDÉMONA ¿Mi señor?

OTELO Me alegro… de verte loca.

DESDÉMONA ¿Por qué, mi amado dueño?

OTELO ¡Demonio!

Le pega .

DESDÉMONA No me merezco esto.

LUDOVICO Señor, nadie en Venecia lo creería,

aunque jurara yo lo que vi. Es un exceso.

Llora. Pedidle perdón.

OTELO ¡Oh, demonio, demonio!

Si la tierra rebosara de lágrimas

de mujer, cada gota que derrama

un cocodrilo sería. ¡Fuera, fuera

de mi vista!

DESDÉMONA Me voy para no ofenderos.

LUDOVICO En verdad, qué dama tan obediente.

Llamadla, os ruego, general.

OTELO ¡Señora!

DESDÉMONA ¿Mi dueño?

OTELO ¿Qué queréis de ella, señor?

LUDOVICO ¿Quién, yo?

OTELO Sí, vos. ¿No me pedisteis que la hiciera volver?

¡Oh sí! Dará mil vueltas

y seguirá adelante; y vuelta y vuelta.

Sabe llorar también y es sumisa.

Oh, muy sumisa… Sigue con tu lloro…

Respecto a esto, señor… ¡Qué pasión tan fingida…!

Se me ordena que regrese… ¡Tú vete!

Mandaré por ti enseguida… Señor,

obedezco el mandato y volveré a Venecia.

¡Vamos, fuera de aquí…!

Sale DESDÉMONA.

Ocupará Casio mi lugar. Señor, esta noche

os convido a cenar. Muy bienvenido a Chipre.

¡Oh, monos y cabrones!

Sale.

LUDOVICO ¿Es este el noble moro a quien todo el Senado

tiene en tan alta estima?

¿Es esta el alma en quien las pasiones

nunca hacen mella, cuya virtud sólida

no podía rozar la bala del accidente

ni herir el dardo del azar?

YAGO Está muy cambiado.

LUDOVICO ¿Está en sus cabales? ¿O se le ha trastornado el juicio?

YAGO Es tal como es. No puedo censurarlo

ni decir lo que debería ser.

Si no es lo que debiera,

¡quiera el cielo que fuese lo que ha sido

y ser podría!

LUDOVICO ¡Cómo! ¿Pegarle a su mujer?

YAGO A fe que eso no estuvo bien. Con todo,

ojalá supiera yo que ese golpe fue el peor.

LUDOVICO ¿Lo tiene por costumbre?

¿O es que le alteró la sangre ese despacho

viniendo a provocar tal demasía?

YAGO ¡Ay, ay!

No sería honrado de mi parte hablar

sobre aquello que he visto y he sabido.

Lo observaréis vos mismo y sus acciones

daranle a conocer de tal manera

que las palabras sobran.

Seguidle y observad en lo que para.

LUDOVICO ¡Cuán otro lo juzgaba! A fe, lo siento.

Salen .

ESCENA II

Una sala del castillo.

Entran OTELO *y* EMILIA.

OTELO ¿No has visto nada entonces?

EMILIA Ni oído, ni siquiera sospechado.

OTELO Sí, has visto a Casio y a ella juntos.

EMILIA Mas entonces no vi mal en ello, aunque oí

cada sílaba de las que hablaron entre ellos.

OTELO ¿No se secretearon nunca?

EMILIA Jamás, señor.

OTELO ¿No te ordenaron que te alejaras?

EMILIA Nunca.

OTELO En busca de sus guantes, su abanico,

de su antifaz o de otra cosa.

EMILIA Nunca.

OTELO Es extraño.

EMILIA Me atrevo a jurar que es honrada

y apuesto el alma en ello. Si creéis lo contrario,

desechad tal idea… engaña vuestro pecho.

Si algún bellaco os infundió tal duda,

sobre él lance la maldición de la serpiente

el cielo, pues si ella no es honrada,

casta y fiel, no existe hombre venturoso,

y hasta la más pura de las esposas

es detestable como la calumnia.

OTELO Dile que venga acá. Anda, ve luego.

Sale EMILIA.

Dice bastante, pero es una simple alcahueta

que no puede revelar otra cosa.

Es una ayudante astuta, como un gabinete

con chapa y llave de infames secretos,

y con todo, se arrodilla y reza. Yo la he visto.

Entran DESDÉMONA

y EMILIA.

DESDÉMONA ¿Qué desea mi dueño?

OTELO Ven, querida.

DESDÉMONA ¿Qué me queréis?

OTELO Te quiero ver a los ojos.

Mírame al rostro.

DESDÉMONA ¿Qué ocurrencia horrible…?

OTELO (*A* EMILIA.) Vete a tu puesto, dueña. Deja a solas

a los que quieren procrear y cierra bien la puerta.

Tose o da una señal si alguno viene.

¡A tus enredos, pronto, ya despacha!

Sale EMILIA.

DESDÉMONA De hinojos te lo ruego: di, ¿qué piensas?

Entiendo que hay furor en tus palabras,

pero no las palabras.

OTELO ¿Tú, quién eres?

DESDÉMONA Tu esposa, mi dueño: tu esposa leal y honesta.

OTELO Ven, júralo y vete al infierno, a no ser que

al semejarte a los ángeles del cielo

el demonio mismo tema agarrarte.

Por lo tanto condénate dos veces.

Jura que eres honrada.

DESDÉMONA El cielo bien lo sabe.

OTELO Bien sabe que eres falsa como el diablo.

DESDÉMONA ¿Con quién, señor? ¿Con quién? ¿Cómo soy falsa?

OTELO ¡Oh, Desdemóna! ¡Aparta, aparta! ¡Vete!

DESDÉMONA ¡Ay, día funesto! Dime, ¿por qué lloras?

¿Soy yo el motivo de esas lágrimas, mi dueño?

Si por ventura piensas que mi padre

fue el instrumento de que te llamaran

no me culpes a mí. Si lo perdiste

perdilo yo también.

OTELO Pluguiera al cielo

probarme en la aflicción, hubiéranme llovido

crudas desdichas y baldón sin tasa

en la desnuda frente,

hundirme en la pobreza hasta los labios,

cautivarme a mí y a mis mejores esperanzas,

y hallaría en algún sitio de mi alma

una gota de paciencia; pero ¡ay, trocarme

en blanco para que el escarnio apunte

contra mí su lento e implacable dedo…!

Con todo, aun podría soportar eso.

Empero allí, do atesoré mi afecto,
do he de vivir, o de perder la vida,
la fuente de que brota mi existencia
o por jamás se seca su corriente,
¡ser arrojado de ella o contemplarla
como pozo do asquerosos sapos
copulen y engendren! ¡Vuelve aquí tu semblante,
Paciencia, oh tierno querubín de labios rojos;
sí mira aquí, y torvo rostro pon como el infierno!
DESDÉMONA Espero que me estime fiel y honrada
mi noble esposo.
OTELO Honrada cual las moscas
que en el verano el matadero infestan
y que apenas nacidas se inseminan con un soplo.
¡Oh, mala hierba hermosa que tan dulce hueles,
que los sentidos se embriagan en ti!
¡Quisiera Dios nunca hubieras nacido!
DESDÉMONA ¡Ay! Pues ignorante, ¿qué pecado cometí?
OTELO ¿Papel tan blanco, tan precioso libro,
se hizo para escribir en él «ramera»?
¿Qué cometió? ¿Cometió? ¡Oh, pecadora pública,
en fraguas se trocaron mis mejillas,
reduciendo a cenizas la modestia,
si solo relatara yo tus hechos!
¿Cometiste? El cielo se tapa las narices,

la Luna cierra los ojos, el lascivo viento,

que besa todo lo que encuentra, está escondido

en los profundos antros de la Tierra

para no oírlo. ¿Qué has cometido?

¡Infame prostituta!

DESDÉMONA Por el cielo, me ultrajas.

OTELO ¿No eres prostituta?

DESDÉMONA No, tan cierto

como que soy cristiana.

Si preservar este vaso para mi dueño

libre de todo contacto odioso, desleal

e impuro es no ser prostituta, no lo soy.

OTELO ¿Qué, no eres una puta?

DESDÉMONA No, así Dios me ayude.

OTELO ¿Es posible?

DESDÉMONA ¡Oh cielo, apiádate de nosotros!

OTELO Entonces perdonadme,

os tomé por la astuta cortesana

que se casó allá en Venecia con Otelo…

Entra EMILIA.

¡Y tú, dueña, que tienes el oficio

contrario al de san Pedro

y guardas las puertas del infierno…

¡Tú, tú, sí, tú! Ya terminó lo nuestro.

Toma este dinero por tu trabajo,

dale vuelta a la llave y guárdanos el secreto.

Sale .

EMILIA ¡Ay! ¿Qué es lo que se está imaginando este hombre?

¿Cómo os sentís? ¿Qué tal estáis señora?

DESDÉMONA A fe, medio dormida.

EMILIA Oh señora,

¿qué sucede con mi señor?

DESDÉMONA ¿Con quién?

EMILIA Con mi señor, señora.

DESDÉMONA ¿Y quién es tu señor?

EMILIA Pues el vuestro, el mismo.

DESDÉMONA Ninguno tengo. No me hables, Emilia.

No puedo llorar ni dar otra respuesta

sino con lágrimas. Tú esta noche tiende

mi cama con las sábanas nupciales.

Recuérdalo y llama aquí a tu esposo.

EMILIA ¡Oh, qué mudanzas vemos!

Sale .

DESDÉMONA Es justo que me trate así, muy justo.

¿Cómo me habré portado que así clava

la mínima censura en mi enorme falta?

Entran YAGO *y* EMILIA.

YAGO ¿Qué ordena la señora? ¿Cómo estáis?

DESDÉMONA Lo ignoro. El que a un niño enseña lo hace

con blandos modos y tareas fáciles.

Reconvenirme pudo de tal suerte,

pues como un niño soy si me regañan.

YAGO ¿Pues qué pasó, señora?

EMILIA Ay, Yago, mi señor llamola puta,

y vertió sobre ella tal enojo

y tan pesados términos,

que un corazón leal no lo soporta.

DESDÉMONA ¿Merezco ese nombre, Yago?

YAGO ¿Qué nombre, señora?

DESDÉMONA El que ella dijo que me dijo mi esposo.

EMILIA Llamola prostituta. Un mendigo borracho

no habría dicho a su amasia tal insulto.

YAGO ¿Por qué lo hizo?

DESDÉMONA No sé. Estoy segura de no serlo.

YAGO ¡No lloréis, no lloréis, oh día funesto!

EMILIA ¿Renunció a tantos nobles casamientos,

a su padre, a su patria, a sus amigas

para que la llamen prostituta?

¿No es para hacer llorar?

DESDÉMONA Es mi desdichada suerte.

YAGO ¡Maldito sea por ello!

¿De dónde sacó semejante idea?

DESDÉMONA Solo Dios sabe, Yago.

EMILIA Que me ahorquen si algún villano sempiterno,

algún bellaco intrigante y mequetrefe,

algún miserable mentiroso y lisonjero,

no ha discurrido esta calumnia para obtener

algún empleo. Que me maten si no es así.

YAGO No existe un hombre así; es imposible.

DESDÉMONA Si tal hubiere, lo perdone el cielo.

EMILIA Un dogal lo perdone,

y que el infierno mismo roa sus huesos.

¡Mira que llamarla prostituta! ¿A quién trata?

¿Dónde, cuándo o cómo?

¿Quién viera nunca el más ligero indicio?

Ha sido engañado el moro por algún bribón

más que infame, por algún pillo vil

y redomado, por algún miserable.

¡Oh cielos, descubrid a esa gentuza

y colocad un látigo en cada mano honrada

para arrear desnuda a esa canalla

por todo el mundo, desde el levante hasta el ocaso!

YAGO Habla más bajo.

EMILIA ¡Viles! De esa laya,

sin duda alguna el pícaro sería

que te volteó el juicio con las costuras

para fuera y te hizo

que sospecharas de mí con el moro.

YAGO ¡Estás loca, ya basta!

DESDÉMONA ¡Ay, Dios mío! ¿Qué deberé hacer, Yago,

para conquistar de nuevo a mi dueño?

Buen amigo, ve a verlo, pues por la luz del cielo,

no sé cómo lo perdí. Aquí me arrodillo,

y si alguna vez faltó a su amor mi pecho,

de palabra, de pensamiento o de obra real,

o si mis ojos, mis oídos u otro cualquiera

de mis sentidos encontró deleite

en cuerpo alguno que no fuera el suyo,

si no lo quiero cual lo quise siempre,

y siempre lo querré, aunque me arroje

lejos de sí al divorcio miserable,

huye de mí, consuelo. Mucho puede

el desamor, la falta de cariño,

que bien podrán acabar mi vida, mas no pueden

corromper mi amor.

Decir no puedo «adúltera»; me inspira

horror[20] ahora pronunciar esa palabra;

y a merecer tal nombre, cometiendo

el acto vil, no me indujera el conjunto

todo de vanidad que el mundo encierra.

YAGO Tened calma: esto es solo un humor pasajero.

Los asuntos de estado lo preocupan

y os regaña entonces.

DESDÉMONA Si solo fuera eso…

YAGO Es solo eso, os lo garantizo.

Suenan trompetas .

Oíd cómo llaman a cenar estos instrumentos.

Aguardan los mensajeros de Venecia.

Entrad y no lloréis; saldrá bien todo.

Salen DESDÉMONA *y* EMILIA.

Entra RODRIGO.

¿Qué tal, Rodrigo?

RODRIGO No veo que obres justicia conmigo.

YAGO ¿Qué hay en contra de ello?

RODRIGO Cada día me evades con algún pretexto, Yago, y tal como lo veo ahora, alejas de mí todas las oportunidades en vez de darme el menor asomo de esperanza. Estoy decidido a no aguantarlo más, ni tampoco me siento inclinado a soportar en paz lo que ya he sufrido como un tonto.

YAGO ¿Quieres escuchar una cosa, Rodrigo?

RODRIGO Es que ya te he oído mucho, y lo que dices no se compagina con lo que haces.

YAGO Tus cargos son de lo más injusto.

RODRIGO Pero muy ciertos. He gastado todos mis bienes. Las joyas que te di para que se las dieras a Desdémona habrían bastado para corromper a una monja. Me dijiste que las había recibido, y en cambio me devolviste esperanzas consoladoras de pronta consideración y agradecimiento, pero no veo ningunas.

YAGO Bien; adelante. Muy bien.

RODRIGO ¡Bien, adelante! No puedo adelantar hombre, ni nada va muy bien sino por el contrario, muy mal, y por mi vida, empiezo a darme cuenta de que estoy haciendo el papel del tonto.

YAGO Muy bien.

RODRIGO Te digo que no está bien. Me presentaré personalmente a Desdémona: si me devuelve mis joyas, renunciaré a mi pretensión y me arrepentiré de mis solicitaciones ilícitas; si no, puedes estar seguro que te exigiré satisfacción a ti.

YAGO ¿Ya terminaste?

RODRIGO Sí, y no he dicho nada que no me proponga hacer.

YAGO Pues ahora veo que tienes carácter, y a partir de este instante finco mejor opinión de ti de la que tuve antes. Venga esa mano, Rodrigo. Tienes razón en juzgarme mal, mas sin embargo protesto que he obrado contigo rectamente en este asunto.

RODRIGO Pues no se nota.

YAGO Concedo en verdad que no se nota, y que tus sospechas no carecen de discernimiento y agudeza. Pero mira, Rodrigo: si de veras tienes en ti lo que me imagino y creo ahora más que nunca (decisión, valor y denuedo), demuéstralo hoy en la noche. Si la noche siguiente no gozas a Desdémona, sácame de este mundo con traición y tiende lazos contra mi vida.

RODRIGO Bueno… ¿de qué se trata? ¿Se halla dentro de lo razonable y factible?

YAGO Mira: acaba de llegar una embajada de Venecia mandando que ocupe Casio el lugar de Otelo.

RODRIGO ¿Es cierto eso? Entonces Otelo y Desdémona regresan enseguida a Venecia.

YAGO Oh no, él se va a Mauritania y se lleva consigo a la hermosa Desdémona. A menos que su permanencia aquí se prolongue por algún accidente, y en ese caso ninguno puede ser mejor que quitar a Casio de en medio.

RODRIGO ¿Qué quieres decir con quitarlo de en medio?

YAGO Pues hacerlo incapaz de ocupar el lugar de Otelo: saltándole la tapa de los sesos.

RODRIGO ¡Y eso es lo que quieres que yo haga!

YAGO Sí, si te atreves a procurarte una ventaja y volver por tu derecho. Cena esta noche con una meretriz y yo iré ahí a verlo. Todavía no tiene noticia de su honroso cargo. Si tú lo espías cuando salga de ahí (que yo me arreglaré que sea entre las doce y la una), puedes acometerlo a mansalva. Yo estaré cerca para secundar tu ataque, y entre los dos caerá muerto. Ven, no te quedes ahí, estupefacto, sino acompáñame. Yo te haré ver tan claro la necesidad de darle muerte, que te verás obligado a dársela. Ya llegó la hora de la cena, y la noche avanza. Manos a la obra.

RODRIGO Es menester que me des alguna razón más para eso.

YAGO Quedarás satisfecho.

Salen .

ESCENA III

Otra sala del castillo.

Entran OTELO, LUDOVICO, DESDÉMONA, EMILIA

y acompañamiento .

LUDOVICO No os molestéis ya más, señor, os ruego.

OTELO Con perdón vuestro, me sentará bien dar un paseo.

LUDOVICO Buenas noches, señora. Os doy las gracias.

DESDÉMONA Vuestra señoría es muy bienvenida.

OTELO ¿Queréis pasear, señor?

Oh, Desdémona…

DESDÉMONA ¿Señor?

OTELO Vete a acostar al instante. Volveré enseguida.

Despide a tu camarera. Haz lo que te digo.

DESDÉMONA Sí, señor.

Salen OTELO, LUDOVICO *y acompañamiento.*

EMILIA ¿Qué tal se porta ahora?

Parece que está más blando que antes.

DESDÉMONA Dijo que sin tardanza volvería

y me ordenó que me metiera al lecho

y también dijo que te despidiera.

EMILIA ¿Que me despidierais?

DESDÉMONA Me dio esa orden;

por tanto, buena Emilia,

dame mi ropa de dormir y vete.

Ahora no debemos contrariarlo.

EMILIA Sí… ¡Ojalá nunca lo hubierais visto!

DESDÉMONA Tal no quisiera yo: lo quiero tanto,

que hasta su mal humor, su enojo y ceño

(por favor desabróchame)

tienen gracia y firmeza.

EMILIA Puse las sábanas que dijisteis en la cama.

DESDÉMONA Da lo mismo. ¡A fe, qué tontos pensamientos tenemos!

Si me muero antes que tú, por favor amortájame

en una sábana de esas.

EMILIA Callad,

¡qué disparate!

DESDÉMONA Mi madre tuvo una doncella llamada Bárbara.

Estaba enamorada y el que amaba

se volvió loco y la abandonó.

Solía cantar la canción del sauce,

que era antigua, pero expresaba su desventura

y murió cantándola. Esta noche esa canción

recurre a mi mente y evitar no puedo

inclinar la cabeza y cantarla

como la pobre Bárbara. Por favor termina.

EMILIA ¿Voy a buscar su bata?

DESDÉMONA No, desabrocha aquí.

EMILIA Es muy apuesto Ludovico. Es muy guapo.

DESDÉMONA Y habla bien.

EMILIA Conozco una dama en Venecia que hubiera caminado descalza hasta Palestina con tal de obtener un beso de sus labios.

DESDÉMONA (*Canta* .)

La pobre cuitada estaba sentada

junto a un sicomoro;

decía y suspiraba: «¡Oh, sauce frondoso!».

La frente en la rodilla y con la mano

oprime el pecho insano

cantando al sauce fúnebre y lloroso.

La fuente iba a su lado rebullendo

sus quejas repitiendo

cantando al sauce y su verdor frondoso.

Su llanto baña y mueve el duro suelo

a compasión y duelo…

Habla .

Ten guárdame esto…

Canta .

Cantando al sauce fúnebre y lloroso.

Habla .

Date prisa; no tarda en venir.

Canta .

Tejed de verde sauce una guirnalda.

No lo culpéis, pues su desdén apruebo.

Habla .

La letra no es así. ¡Calla! ¿Quién llama?

EMILIA Es el viento.

DESDÉMONA (*Canta* .)

Le dije yo a mi amor que era inconsistente.

¿Qué contestó mi amante?

Cantad al sauce y su verdor frondoso.

Si me miro en otro espejo

busca tú otro cortejo.

Habla .

Ya vete; buenas noches. Me arden los ojos.

¿Presagia eso llanto?

EMILIA ¡Bah!, no es señal de nada.

DESDÉMONA Eso dicen. ¡Oh, los hombres, los hombres!

¿Crees en conciencia, Emilia, que hay mujeres

capaces de engañar a sus maridos

de tan vil modo?

EMILIA Tales hay, sin duda.

DESDÉMONA ¿Lo harías tú por todo el mundo, Emilia?

EMILIA ¿Y vos no?

DESDÉMONA Yo no, por la luz del cielo.

EMILIA Ni yo por la luz del cielo.

Podría hacerlo a oscuras.

DESDÉMONA ¿Lo harías tú por todo el mundo?

EMILIA El mundo es una cosa inmensa: es un gran precio

por un pequeño vicio.

DESDÉMONA A fe que no lo harías.

EMILIA En verdad pienso que lo haría y que lo desharía cuando lo hubiera hecho. No lo haría por un anillo doble, ni por cantidades de lino, ni por vestidos, enaguas, gorras o regalos triviales. ¿Pero por todo el mundo…? Pues ¿qué mujer no haría cornudo a su marido para hacerlo luego monarca? Yo arrostraría el purgatorio por ello.

DESDÉMONA ¡Pues que me maten, si por todo el mundo

hiciera yo a mi esposo tal agravio!

EMILIA Ay, pues el agravio no sería agravio mas que para el mundo y recibiendo el mundo a cambio, sería un agravio en un mundo que os pertenece, y podríais bien pronto repararlo.

DESDÉMONA Pues yo no creo que haya así ninguna.

EMILIA Sí, más de una docena, e incluso sobrarían para llenar el

mundo por el cual se atrevieran.

Mas pienso que la culpa es del marido

si peca la mujer.

Aflojan en el cumplimiento de sus deberes

y van a derramar nuestros tesoros

en los regazos extraños, o estallan

en mezquinos celos y nos sujetan,

o nos golpean o nos escatiman el gasto

por despecho.

Sentimos resentimiento y aunque somos buenas

a veces nos vengamos. Que sepan los maridos

que las esposas tienen como ellos sentidos:

ven y huelen y tienen paladar

para lo agrio y lo dulce igual que ellos.

Al cambiarnos por otras ¿qué es lo que hacen?

¿No es deleite? Así lo considero.

¿Y la pasión lo nutre? Creo que sí.

¿Los rinde su flaqueza? Sí, también.

¿Y no tenemos nosotras apetitos,

flaquezas y pasiones cual los hombres?

Pues que nos traten bien o de otro modo

los males que hacen sírvenos de ejemplo.

DESDÉMONA Buenas noches, ¡Dios séame propicio

y engendre el mal en mí virtud, no vicio!

Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Una calle.

Entran YAGO *y* RODRIGO.

YAGO Ponte aquí tras este promontorio, que ahora viene.

Desnuda tu espadín y vete al bulto.

¡Pronto, pronto, nada temas! Yo estaré a tu espalda.

Nos salvas o nos pierdes, piensa en eso

y mantén firme tu resolución.

RODRIGO Estate cerca por si fallo el golpe.

YAGO Aquí detrás. Valor y ponte en guardia.

Se retira .

RODRIGO No siento devoción por esta empresa,

mas me ha dado razones convincentes.

Tan solo es uno menos. Salga mi espada y muera.

YAGO He frotado esta pústula a lo vivo

y se irrita. Ahora bien, si él mata a Casio

o Casio lo mata a él, o si se matan ambos,

de todos modos yo salgo ganando.

Si vive Rodrigo, ha de exigirme

la restitución de todo el oro y de las joyas

que le he sonsacado con el pretexto

de ablandar a Desdémona.

No puede ser. Si Casio sobrevive,

su limpio proceder a todas horas

afeará mi vida. Por otra parte,

pudiera descubrirme el moro a Casio

y en gran peligro viérame por eso.

Que muera pues… ¡Chitón! Ya oigo que viene.

Entra CASIO.

RODRIGO Conozco bien sus pasos; es él. ¡Muere villano!

Tira una estocada a CASIO.

CASIO Fatal me hubiera sido esa estocada,

mas mi jubón está mejor forrado

de lo que supones. Probaré el tuyo.

Desenvaina y hiere a RODRIGO.

RODRIGO ¡Oh, soy muerto!

YAGO *hiere a* CASIO *por detrás*

en la pierna y sale.

CASIO ¡Baldado quedo por siempre! ¡Auxilio!

¡Al asesino! ¡Oh! ¡Al asesino!

Entra OTELO.

OTELO Es la voz de Casio. Yago cumple su palabra.

RODRIGO ¡Oh, qué villano soy!

OTELO (*Aparte* .) No hay duda de ello.

CASIO ¡Oh, auxilio! ¡Luces! ¡Un cirujano!

OTELO Es él. ¡Valiente Yago, honesto y justo,

que en tu nobleza cual si propio fuera

sientes el agravio de tu amigo!

Lecciones me das. ¡Chula! Ha muerto tu querido,

y tu maldita suerte se apresura.

Voy para allá, adúltera.

Ya de mi corazón están borrados

esos encantos, esos ojos tuyos.

He de purgar tu mancillado lecho

con roja sangre de tu torpe pecho.

Sale .

Entran LUDOVICO *y* GRACIANO.

CASIO ¿Qué sucede? ¿No hay guardia ni transeúntes?

¡Prended al asesino!

GRACIANO Es alguna desgracia. Las voces dan espanto.

CASIO ¡Auxilio!

LUDOVICO ¡Escucha!

RODRIGO ¡Oh miserable malvado!

LUDOVICO Dos o tres gimen. La noche está oscura.

Serán voces fingidas. Será muy peligroso

prestar auxilio sin llevar escolta.

RODRIGO ¿No viene nadie? Me moriré sangrando entonces.

Vuelve a entrar YAGO

medio desnudo con una luz .

LUDOVICO Escucha.

GRACIANO Aquí viene uno en camisa con luz y con armas.

YAGO ¿Quién está ahí? ¿Qué voz es esa que pide auxilio?

LUDOVICO No sabemos.

YAGO ¿No oísteis gritos?

CASIO ¡Aquí, aquí!

¡Por el cielo ayúdenme!

YAGO ¿Qué sucede?

GRACIANO Creo que este es el alférez de Otelo.

LUDOVICO Ciertamente el mismo. Un sujeto muy valiente.

YAGO ¿Quién es el que tan lastimero grita?

CASIO ¿Yago? Heme aquí maltrecho y malherido.

Préstame ayuda.

YAGO ¡Cielos, mi teniente!

¿Quién cometió tamaña fechoría?

CASIO Creo que uno de ellos anda por aquí

y no puede evadirse.

YAGO ¡Oh, villanos traicioneros!

¿Qué? ¿Están ahí? Vengan a ayudarnos.

RODRIGO ¡Por Dios, favor!

CASIO Aquel es uno de ellos.

YAGO ¡Oh, miserable asesino! ¡Oh, infame!

Apuñala a RODRIGO.

RODRIGO ¡Maldito Yago! ¡Oh, perro desalmado!

YAGO ¿Matar en las tinieblas, bandidos sanguinarios?

¡Qué silencio reina en la ciudad! ¡Al asesino!

¡Al asesino! ¿Quiénes sois vosotros?

¿Sois gente de paz o venís a armar contienda?

LUDOVICO Juzgadnos con arreglo a nuestras obras.

YAGO ¿El señor Ludovico?

LUDOVICO El mismo.

YAGO Con perdón vuestro. Ved aquí a Casio

herido por villanos.

GRACIANO ¡Casio!

YAGO ¿Cómo estás, hermano?

CASIO Tengo la pierna partida en dos.

YAGO ¡No lo permita el cielo!

¡Luz, señores! Voy a vendarlo con mi camisa.

Entra BLANCA.

BLANCA ¿Qué sucede? ¿Quién es el que gritaba?

YAGO ¿Quién es el que gritaba?

BLANCA ¡Oh, amado Casio!

¡Oh, Casio, Casio mío!

YAGO ¡Notoria prostituta!

¿Sospechas, Casio, quién te ha agredido?

CASIO No sé.

GRACIANO Yo siento hallaros de este modo.

He venido a buscaros.

YAGO Prestadme una liga.

Eso es. ¡Oh, quién tuviera una litera

para llevarlo a casa suavemente!

BLANCA ¡Ay, se desmaya! ¡Oh, Casio, Casio mío!

YAGO Caballeros todos, sospecho que esta basura

ha tenido parte en esta infamia.

Tened paciencia un rato, amigo Casio.

Dadme una luz. ¿De quién será esta cara?

Ay, de mi amigo y querido paisano

Rodrigo. ¿No…? ¡Claro! ¡Oh, cielos, de Rodrigo!

GRACIANO Rodrigo el de Venecia.

YAGO Sí, el mismo.

¿Lo conocisteis vos?

GRACIANO Muy bien, por cierto.

YAGO Señor Graciano, mil perdones pido.

Sírvanme de excusa estos sangrientos accidentes

que descortés me han hecho con vosotros.

GRACIANO Me alegro de veros.

YAGO ¿Cómo estás, Casio?

¡Oh, una litera, una litera!

GRACIANO ¿Conque Rodrigo?

YAGO Sí, es él; es él.

Traen una litera.

Eso es, la litera.

Que por favor alguien se lo lleve con cuidado.

Voy a buscar al cirujano del general.

(*A* BLANCA.) En cuanto a vos, señora,

ahorraos vuestro trabajo.

El que yace aquí, Casio, era mi amigo.

¿Qué encono existía entre vosotros?

CASIO Ninguno en lo absoluto, ni yo conozco a ese hombre.

YAGO (*A* BLANCA.) ¿Mudáis de color…? Llevadlo dentro.

CASIO *es introducido en una habitación.*

Esperad, caballeros. ¿Estáis pálida, señora?

¿No advertís espanto en su mirada?

Si le claváis la vista pronto sabremos más.

Miradla bien. Examinadla con cuidado.

¿Lo veis, señores? El delito acusa

aunque la lengua calle.

Entra EMILIA.

EMILIA Ay, ¿qué ocurre?

¿Qué ha sucedido, esposo?

YAGO Que Casio fue asaltado en las tinieblas

por Rodrigo y otros que han huido.

A él lo han medio matado y Rodrigo está muerto.

EMILIA ¡Ay, pobre caballero! ¡Pobre Casio!

YAGO He ahí los frutos de la vida airada.

Por favor, Emilia, pregunta a Casio

dónde cenó esta noche.

Qué, ¿tembláis por eso?

BLANCA Cenó en mi casa, pero no tiemblo por eso.

YAGO ¿En vuestra casa? ¿Sí? Venid conmigo.

EMILIA ¡Oh vergüenza! ¡Vergüenza de ti, puta!

BLANCA No soy puta, sino una mujer de vida honesta

igual que vos que me insultáis.

EMILIA ¿Qué? ¿Yo?

¡Vergüenza de bribona!

YAGO Vamos a ver curar a Casio, caballeros.

Venid, señora, debéis contarnos otra historia.

Emilia, corre, ve a la ciudadela

y dile a mi señor y a mi señora lo que ha sucedido.

¿Quieres adelantarte? (*Aparte* .) En esta noche oscura

he de colmar mi dicha o desventura.

Salen .

ESCENA II

Dormitorio en el castillo.

Entra OTELO *con una luz.* DESDÉMONA

aparece dormida en una cama .

OTELO Esta es la causa, esta es la causa, alma mía,

no dejéis que os la nombre, estrellas castas:

esta es la causa. Mas no derramaré su sangre

ni heriré esa piel suya más blanca que la nieve

y tersa cual alabastro sepulcral.

Con todo, morir debe o engañará a otros hombres.

Mato esta luz, y luego mato aquella.

Si te extingo, utensilio flameante,

y me arrepiento, devolverte puedo

tu luz primera; si la tuya extingo,

oh tú, eximio modelo de la excelsa natura,

no sé dónde hallar el fuego de Prometeo

que tu lumbre pueda encender de nuevo.

Cuando arranco la rosa,

no puedo renovar su lozanía:

fuerza es que se marchite.

Te aspiraré en el árbol, oh aliento perfumado,

que casi persuades a la justicia

a destrozar su espada.

¡Un beso… y otro más! Después de muerta

quédate así y yo tras de matarte te amaré.

Un beso más, el último…

La huele y enseguida la besa .

Tan dulce y tan fatal no lo hubo nunca.

Llorar debo, mas son lágrimas crueles.

¡Esta pena es celestial; donde más ama, hiere!

Ya despierta.

DESDÉMONA ¿Quién está ahí? ¿Otelo?

OTELO Sí, Desdémona.

DESDÉMONA ¿Queréis venir al lecho, señor mío?

OTELO ¿Rezaste esta noche, Desdémona?

DESDÉMONA Sí, señor.

OTELO Si algún crimen recuerdas del que aún

no estés reconciliada con el cielo

para obtener perdón, pídelo ahora.

DESDÉMONA Ay, señor mío, ¿qué me queréis decir con eso?

OTELO Hazlo y sé breve. Me retiro en tanto.

No querría matar tu almas sin que estés preparada.

No lo permita el cielo; no quiero matar tu alma.

DESDÉMONA ¡Cómo! ¿Hablas de matar?

OTELO Sí.

DESDÉMONA ¡Entonces

que el cielo se apiade de mí!

OTELO Amén,

de todo corazón.

DESDÉMONA Si eso dices, espero que no me matarás.

OTELO ¡Hum!

DESDÉMONA Te temo sin embargo,

pues eres terrible cuando los ojos

revuelves de ese modo.

Por qué deba temer lo ignoro,

pues no sé que exista delito en mí.

Mas no obstante lo siento, tengo miedo.

OTELO Piensa en tus pecados.

DESDÉMONA Son amores que te tengo.

OTELO Sí, y por eso mueres.

DESDÉMONA Es absurda esa muerte que mata por amar.

¿Por qué te muerdes iracundo el labio?

Te estremece todo alguna pasión sanguinaria.

Presagios son; pero espero, espero

que a mí no se dirijan.

OTELO Silencio, estate quieta.

DESDÉMONA Lo haré, mas ¿qué sucede?

OTELO El pañuelo aquel que yo amaba y que te di,

tú se lo diste a Casio.

DESDÉMONA Juro que no, por mi alma y por mi vida.

Haz que venga y pregúntale.

OTELO Cuidado,

querida; cuidado con perjurar

en tu lecho de muerte.

DESDÉMONA ¿Yo? Mas no para morir tan pronto.

OTELO Sí, enseguida. Por tanto confiesa

francamente tu crimen,

pues con negar tus culpas una a una

con juramento, no lograrás echar por tierra

ni aplacar el firme convencimiento

bajo cuyo peso gimo agobiado.

Vas a morir.

DESDÉMONA Entonces

apiádate Dios de mí.

OTELO Digo amén.

DESDÉMONA Y tú también te apiades.

Yo nunca en mi vida te ofendí, nunca amé a Casio,

sino con esa estima

que por lo general permite el cielo.

Jamás le di tu prenda.

OTELO ¡Cielo santo!

¡Yo mismo vi en sus manos mi pañuelo!

¡Perjura, cambias mi corazón en piedra

y me haces que llame asesinato

lo que pensé que fuera sacrificio!

Yo mismo vi el pañuelo.

DESDÉMONA Lo habrá encontrado entonces.

Yo nunca se lo di. Dile que venga,

deja que confiese la verdad.

OTELO La ha confesado.

DESDÉMONA ¿Qué ha confesado, señor?

OTELO Que se ha servido de ti.

DESDÉMONA ¿Cómo, de modo ilícito?

OTELO Sí.

DESDÉMONA Es imposible

que diga tal mentira.

OTELO No, su boca está muda.

Corrió por cuenta del honrado Yago.

DESDÉMONA ¡Oh! ¡Mi temor lo dice! ¿Cómo? ¿Ha muerto?

OTELO Si todos sus cabellos vidas fueran

para todos tendría apetito mi venganza.

DESDÉMONA Ay, ha sido traicionado; estoy perdida.

OTELO ¡Oh, pérfida! ¿Lo lloras en mis barbas?

DESDÉMONA ¡Oh, destiérrame, dueño mío, mas no me mates!

OTELO ¡Quita, ramera!

DESDÉMONA Mátame mañana,

mas déjame vivir solo esta noche.

OTELO Si forcejeas…

DESDÉMONA ¡Solo media hora!

OTELO Cuando hay que hacerlo nada me detiene…

DESDÉMONA ¡Solo en tanto que rece una oración!

OTELO ¡Ya es demasiado tarde!

DESDÉMONA ¡Oh, Dios…! ¡Dios…! ¡Dios…!

La ahoga .

EMILIA (*Dentro*) ¡Señor, señor! ¡Por Dios, señor abridme!

OTELO ¿Qué ruido es ese? ¿No está muerta? ¿No está bien muerta?

Yo que soy cruel, pero también piadoso

no quiero alargar tu sufrimiento.

Así, así.

EMILIA (*Dentro*) ¡Abrid, señor!

OTELO ¿Quién llega?

EMILIA (*Dentro*) ¡Oh, mi buen señor, dejad que os diga una palabra!

OTELO Es Emilia… un momento… Está muerta.

Parece que viene a hablar de la muerte de Casio.

Hacía mucho ruido. ¡Ja! ¿Ya no se müeve?

Quieta como una tumba. ¿Le abro? ¿Será bueno?

Creo que se mueve otra vez. No… ¿Qué será mejor?

Si entra, seguro querrá hablar con mi mujer.

¡Mi mujer, mi mujer! ¿Qué mujer? ¡No tengo mujer!

¡Oh insoportable, oh tremenda hora!

Pienso que debe haber un gran eclipse

de sol y luna, y que espantado el orbe

debiera abrir el seno estremecido.

EMILIA (*Dentro* .) ¡Oh, mi buen señor, os lo suplico,

dejad que os hable!

OTELO De ti ya me olvidaba. Pasa, Emilia.

Despacio… voy. Corramos las cortinas…

¿En dónde estás? (*Abre la puerta* .)

Entra EMILIA.

¿Qué te sucede? Dime.

EMILIA Por Dios, señor, allá han matado a uno.

OTELO ¿Ahora mismo?

EMILIA Sí, señor; ahora.

OTELO Es culpa de la luna.

Llega más cerca que antes de la tierra

y enloquece a los hombres.

EMILIA Casio dio muerte, señor, a un joven veneciano

llamado Rodrigo.

OTELO ¿Rodrigo muerto

y Casio muerto también?

EMILIA No, Casio no está muerto.

OTELO ¿No ha muerto Casio? Entonces el crimen

desentona, y la dulce venganza

áspera se vuelve.

DESDÉMONA ¡Injusta, injustamente asesinada!

EMILIA Señor, ¿qué grito es ese?

OTELO ¿Ese? ¿Cuál?

EMILIA ¡Ay, esa fue la voz de mi señora!

(*Recorre las cortinas de la cama* .)

¡Auxilio, auxilio, auxilio! ¡Oh, señora

hablad otra vez! ¡Dulce Desdémona!

¡Dulce señora, hablad!

DESDÉMONA Muero inocente.

EMILIA ¿Quién cometió esta fechoría?

DESDÉMONA Nadie, yo misma. Adiós.

Encomiéndame a mi bondadoso dueño…

¡Adiós!

Muere .

OTELO Pues ¿cómo se halla muerta?

EMILIA Ay, ¿quién sabe?

OTELO La oíste decir a ella misma que no fui yo.

EMILIA Ella lo dijo. Tengo que decir la verdad.

OTELO Es una mentirosa que se hunde en el averno.

Yo fui quien la mató.

EMILIA ¡Más ángel ella!

¡Más negro diablo vos!

OTELO Se había dado a la impudicia y era una puta.

EMILIA Tú la calumnias y eres un demonio.

OTELO Fue falsa como el agua.

EMILIA Como el fuego

violento y rudo fuiste tú que falsa

dices que era. Fue leal como el cielo.

OTELO Casio la sedujo. Pregúntaselo a tu marido.

Sería yo condenado hasta el fondo del infierno

a no haber procedido a tal extremo

con justa causa. Tu marido lo sabía todo.

EMILIA ¿Mi marido?

OTELO Tu marido.

EMILIA ¿Que era falsa?

¿Que a la fe conyugal había faltado?

OTELO Sí, con Casio. Si hubiera sido leal,

aun cuando quisiera crear el cielo

otro mundo como este

de un crisólito entero y sin mancilla,

no la habría trocado por él.

EMILIA ¿Mi esposo?

OTELO Él mismo fue quien me advirtió primero.

Es hombre honrado que aborrece el fango

que se adhiere a las acciones inmundas.

EMILIA ¡Mi marido!

OTELO ¿A qué viene esa redundancia mujer? Tu esposo.

¡Señora, la maldad se ha burlado del amor!

EMILIA ¿Mi marido dijo que era falsa?

OTELO Él, mujer;

digo que tu marido, el fiel y honrado Yago.

EMILIA ¡Si tal ha dicho, púdrase su alma perniciosa

un grano cada día!

¡Miente desde lo más hondo de su alma!

¡Estaba ella muy prendada de su asquerosa compra!

OTELO ¡Por vida…!

EMILIA Haz lo que quieras.

Esta acción es tan indigna del cielo

cual tú indigno de ella.

OTELO ¡Mejor cállate!

EMILIA Mayor que tu poder para dañarme

es mi valor para aguantar el daño.

¡Oh, crédulo! ¡Estúpido! ¡Imbécil como el lodo!

¡Valiente acción!

La amenaza con su espada .

Me río de tu espada.

Te daré a conocer aunque me obligues

a perder diez vidas. ¡Auxilio, auxilio!

¡El moro ha dado muerte a mi señora!

¡Asesino, asesino!

Entran MONTANO*,* GRACIANO *y* YAGO*.*

MONTANO ¿Qué sucede? ¿Qué pasa, general?

EMILIA Oh, ¿ya viniste, Yago? Bien la has hecho

que los hombres pueden poner sus crímenes

sobre tu cabeza.

GRACIANO ¿Mas qué sucede?

EMILIA Desmiente a este villano si eres hombre.

Afirma que dijiste que su esposa

le había sido infiel. Tal no dijiste;

sé que no eres tan malvado. Habla,

porque mi corazón va a estallar.

YAGO Yo le dije lo que pensaba y nada más

de lo que él halló ser probable y cierto.

EMILIA ¿Mas acaso dijiste que era falsa?

YAGO Sí tal.

EMILIA Pues le dijiste una mentira,

¡una odiosa, infernal mentira!

¡Por mi alma una mentira, una mentira pérfida!

¿Ella infiel con Casio? ¿Dijiste Casio?

YAGO Con Casio, sí mujer. Ya cállate.

EMILIA Estoy decidida a hablar y no me callaré.

Mi señora yace aquí asesinada en su lecho.

TODOS ¡Dios no lo permita!

EMILIA Y tus informes

fueron causa del crimen.

OTELO No os asombréis, señores,

en verdad es cierto.

GRACIANO ¡Qué extraña verdad!

MONTANO ¡Oh, acto monstruoso!

EMILIA ¡Perfidia, perfidia, perfidia!

No me cabe duda, la sospecho, la olfateo.

¡Oh, qué infamia! ¡La sospeché ya entonces!

¡Me mataré de pena!

¡Oh, perfidia, perfidia!

YAGO ¿Qué, te has vuelto loca?

Vete a casa, te lo mando.

EMILIA Buenos caballeros,

dadme licencia de hablar.

Debería obedecerlo, mas no ahora.

Quizá, Yago, ya nunca vuelva a casa.

OTELO *se deja caer en el lecho* .

OTELO ¡Oh, oh, oh!

EMILIA Sí, déjate caer y ruge, pues has matado

la criatura más inocente y dulce

que alzó jamás la vista.

OTELO (*Levantándose* .) ¡Oh, fue impura!

Apenas os conozco, tío. Postrada yace

ahí vuestra sobrina, cuyo aliento en verdad

hace poco cortaron estas manos.

Sé que esta acción parece cruel y horrible.

GRACIANO Pobre Desdémona, me alegro mucho

de que esté muerto ya su padre. Tu matrimonio

le fue golpe mortal, cuyo acerbo dolor

tronchó el caduco hilo de vida.

Si viviera ahora, este espectáculo

lo haría cometer un acto desesperado…

Sí, lejos de sí ahuyentaría a su ángel bueno

convirtiéndose en réprobo.

OTELO ¡Da lástima! No obstante, Yago sabe

que mil veces el acto vergonzoso

con Casio cometió: le dijo él mismo,

y compensó ella sus trabajos amorosos

con el testimonio y prenda de su amor

que yo le di primero. En mano de él lo vi:

era un pañuelo, un recuerdo antiguo

que mi padre le había dado a mi madre.

EMILIA ¡Dios clemente! ¡Poderes celestiales!

YAGO ¡Silencio, calla!

EMILIA ¡No, se sabrá todo!

¿Callarme yo? No.

Fuerza es que hable libre como el viento.

Deja que cielos, hombres y demonios,

que todo el mundo abomine de mí.

No obstante voy a hablar.

YAGO Sé cuerda y vete a casa.

EMILIA No me iré.

YAGO *trata de herir a* EMILIA.

GRACIANO ¿Cómo? ¿La espada desnudáis contra una hembra?

EMILIA ¡Moro estúpido! Ese pañuelo de que hablas

lo hallé yo por azar y se lo di a mi esposo,

porque a menudo con gran insistencia

(mas de la que en verdad correspondía

a tal bagatela) me pidió que lo hurtara.

YAGO ¡Oh, ramera miserable!

EMILIA ¿Dárselo ella a Casio?

¡Ay no! Yo me lo encontré y se lo di a mi esposo.

YAGO ¡Mientes, basura!

EMILIA ¡No, no, por el cielo!

¡No miento, caballeros!

¡Oh, asesino imbécil! ¡Oh, mentecato!

¿Qué tenías tú que hacer con esa santa?

OTELO *se lanza sobre* YAGO,

el cual hiere a su mujer y huye.

OTELO ¿No hay otros truenos en el cielo sino aquellos

que sirven para el rayo?

¡Atroz villano!

GRACIANO Ya la mujer cae,

seguramente que la ha matado.

EMILIA Sí, sí; ponedme al lado de mi ama.

GRACIANO Se ha ido, pero su esposa ha muerto.

MONTANO ¡Canalla vil! Tomad vos esta espada

que he recogido al moro.

Venid, la puerta vigilad por fuera,

no lo dejéis pasar; antes matadle.

Yo iré detrás de Yago, maldito miserable.

Salen MONTANO *y* GRACIANO.

OTELO Ya ni valor me queda;

cualquiera puede quitarme la espada.

¿Por qué el honor ha de sobrevivir

a la integridad? Piérdase todo.

EMILIA ¿Qué presagiaba tu canción, señora?

Escúchame, si aún me oyes. Quiero morir

con música, cantando como el cisne.

Canta .

Sauce, sauce, sauce…

¡Moro, era casta…! Te amaba, moro cruel.

¡Posea mi alma la dicha suprema

como digo la verdad!

Así hablando como pienso, ¡ay! muero…

Muere .

OTELO Tengo en esta recámara otra arma:

una hoja toledana, y duro temple

le dio el arroyo helado.

Oh, aquí está… Es preciso que salga,

noble tío…

GRACIANO (*Dentro* .) Te costará muy caro si lo intentas.

No tienes arma, y fuerza es que sucumbas.

OTELO Entra pues aquí dentro y dame oído,

o así como estoy, sin armadura, he de atacarte.

Entra GRACIANO.

GRACIANO Pues ¿qué acontece?

OTELO Mira, tengo un arma.

Nunca una mejor pendió del muslo de un soldado.

Más de una vez con este débil brazo

y esta hoja bien templada penetré

por entre obstáculos veinte veces superiores

a esa resistencia que me opones.

Mas vana presunción,

pues ¿quién podrá oponerse a su destino?

Ahora es distinto.

No tengas miedo, aunque me veas armado.

Ha llegado el final de mi jornada,

de mi navegación término y límite.

¿Te echas atrás temblando? Miedo inútil.

Agita solo un junco contra el pecho de Otelo

y este se retira. ¿Adónde habría de ir?

¿Mas cómo te ves ahora, oh desventurada?

¡Pálida cual tu camisa! Cuando juntos

comparezcamos el día de la cuenta

esa mirada tuya al alma mía

despeñará del cielo

para que la arrebaten los demonios.

Helada estás, mi bien, cual tu pureza.

¡Oh, maldito soy; sí, maldito esclavo!

¡Ahuyentadme a latigazos, demonios,

de esta visión celestial!

¡Arrebatadme sin reposo entre los vientos!

¡Tostadme con azufre!

¡En hondas simas de fuego líquido bañadme!

¡Desdémona, Desdémona, ay, muerta!

Entran LUDOVICO*,* MONTANO *y oficiales que traen a* YAGO *prisionero y a* CASIO *en una litera* .

LUDOVICO ¿Dónde está ese imprudente infortunado?

OTELO Este es aquel que Otelo fue. Miradle.

LUDOVICO ¿En dónde está ese áspid? Que avance ese malvado.

OTELO Los pies le miro; pero es cuento aquello.

Si eres demonio, no puedo matarte.

Hiere a YAGO.

LUDOVICO Arrancadle la espada.

YAGO Sangro, mas no estoy muerto.

OTELO Y pena no me da: quiero que vivas,

pues el morir es dicha a juicio mío.

LUDOVICO Tú que tan noble, Otelo, un tiempo fuiste,

preso en los lazos de un villano aleve,

¿qué podremos decirte?

OTELO Cualquier cosa,

seré si os place un asesino honrado,

pues nada he hecho por odio, sino por amor.

LUDOVICO En parte confesó ya su delito

el miserable. ¿Consentiste tú

en la muerte de Casio?

OTELO Sí.

CASIO Jamás os di motivo, querido general.

OTELO Así lo creo y te pido perdón.

Pregunta por favor a ese semidiablo

por qué tendió esa trampa a mi alma y a mi cuerpo.

YAGO Nada me preguntéis, pues no respondo.

Lo que sabéis, sabéis.

A partir de este momento no hablaré palabra.

LUDOVICO ¿Qué? ¿Ni para rezar?

GRACIANO Te obligará el tormento a abrir los labios.

OTELO Harás mejor.

LUDOVICO Entenderéis, señor, lo que ha ocurrido,

lo cual, creo, no sabéis aún. He aquí una carta

hallada en el bolsillo del difunto Rodrigo,

y aquí otra: una de ellas revela

cómo quedó encargado de dar muerte

Rodrigo a Casio.

OTELO ¡Ah, bárbaro!

CASIO ¡De lo más pagano y desalmado!

LUDOVICO Hay otra carta llena de reproches

que fue hallada también en su bolsillo,

y esta, según parece, Rodrigo proponía

enviar al miserable,

pero quizá en ese punto Yago

sus dudas satisfizo.

OTELO ¡Oh, perro pernicioso!

¿Y cómo viniste, Casio, a hallar ese pañuelo

que fue de mi mujer?

CASIO Hallelo en mi recámara,

y él mismo ha poco confesó que en ella

de intento lo extravió

para que surtiese el efecto deseado.

OTELO ¡Qué necio y torpe fui!

CASIO La carta de Rodrigo a más contiene

reconvenciones en que a Yago afea

el haberlo excitado a desafiarme

en el cuerpo de guardia, a cuya riña

debí el perder mi puesto. Y dijo ha poco

él mismo, tras parecer por largo tiempo muerto

que Yago fue quien lo azuzó y quien

lo dejó mal herido.

LUDOVICO (*A* OTELO.) Forzoso es que esta alcoba

abandonéis y nos sigáis al punto.

Habéis perdido ya poder y mando

y Casio manda en Chipre.

En lo que toca a este miserable,

si existe alguna crueldad refinada

que lo hiciere padecer mucho y por largo tiempo,

suya será. Vos en prisión estrecha

quedaréis hasta que la naturaleza

de vuestra falta se dé a conocer

al Estado veneciano. Vamos, conducidle.

OTELO Un momento: una palabra o dos

antes de partir. Servicios presté,

quizá no pocos, al Estado, y ellos lo saben.

Mas no se hable de eso.

Os ruego que en vuestras cartas, cuando relatéis

estos sucesos desafortunados,

habléis de mí cual soy, sin disculparme,

sin agravar, malévolos, mi culpa.

Habéis de hablar entonces

de uno que amó sin juicio, pero mucho,

de uno que no era dado a los celos, pero que,

forzado a recelar,

dejóse arrebatar de la locura;

de uno cuya mano, cual la del indio ignorante,

aventó a la basura una perla más valiosa

que toda su tribu; de uno cuyos ojos rendidos,

aunque poco habituados a derretirse en llanto,

ya lágrimas derrama tan aprisa

cual árboles de Arabia su curativa goma.

Dejad eso anotado y referid también

como en Alepo un día en que un maligno turco

con turbante golpeaba a un veneciano

e insultaba a la República,

agarré de la garganta al perro circunciso

y le di muerte… así.

Se da una puñalada .

LUDOVICO ¡Oh, conclusión sangrienta!

GRACIANO Toda palabra sobra.

OTELO Besarte quise antes de matarte…

No de otro modo dándome la muerte,

para morir besándote.

Besa a DESDÉMONA

y muere.

CASIO Ya me lo temía, pero pensé

que no tenía armas.

Era de alma muy noble.

LUDOVICO Y tú, perro espartano,

más cruel que la angustia, el mar o el hambre,

contempla la trágica carga de este lecho:

he aquí tu obra.

Nos emponzoña el objeto la vista. Cubridlo.

Guarda la casa, Graciano, y toma en herencia

la fortuna del moro.

A CASIO.

Señor gobernador, a vos compete

el dar castigo a este infernal villano,

la hora, el sitio, el tormento, ¡que sea duro!

Me embarcaré enseguida y al Estado

con pena haré saber tan triste caso.

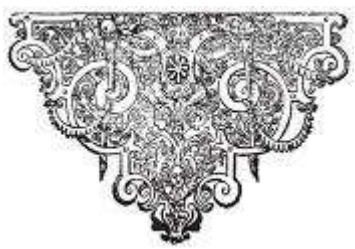
EL REY LEAR

versión de

Vicente Molina Foix

Escrita hacia 1605, fue representada en la corte en diciembre de 1606. La historia textual de *El rey Lear* es la más compleja del canon shakespeariano. Aquí las diferencias entre la versión del Cuarto publicado en 1608 y el texto del Primer Folio de 1623 parecen insalvables, hasta el punto de que Stanley Wells y Gary Taylor en *The Oxford Shakespeare. The Complete Works* (Oxford, Oxford University Press, 1988) incluyen las dos versiones íntegras, como obras independientes. El Cuarto se titula *La verdadera crónica histórica de la vida y la muerte del rey Lear y de sus tres hijas* y contiene unos trescientos versos que no están en el Primer Folio de 1623, donde la obra aparece titulada simplemente como *La tragedia del rey Lear* , que a su vez contiene unos cien versos que no están en el Cuarto y otros mil con problemáticas variantes. Durante mucho tiempo, se instituyó la tradición de editar una versión que fundía el Primer Folio y el Cuarto, como hizo admirablemente R. A. Fokes en su edición: *King Lear, The Arden Shakespeare* (Londres, Thomas Nelson and Sons Ltd., 1997).

Últimamente, sin embargo, los modernos editores se inclinan por seguir el texto del Primer Folio y añadir al final los pasajes omitidos del Cuarto. En la traducción que aquí publicamos, Vicente Molina Foix sigue principalmente el Primer Folio pero añade también los trescientos versos del Cuarto, entre los que se cuentan algunos de los más célebres de toda la obra de Shakespeare.



DRAMATIS PERSONAE

LEAR, rey de Bretaña

GONERIL, hija mayor de Lear

Duque de ALBANY, su marido

REGAN, hija segunda de Lear

Duque de CORNWALL, su marido

CORDELIA, hija menor de Lear

Rey de FRANCIA, pretendiente de Cordelia

Duque de BORGOÑA, pretendiente de Cordelia

Conde de KENT

Conde de GLOUCESTER

EDGAR, hijo del conde de Gloucester

EDMOND, hijo bastardo del conde de Gloucester

CURAN, un cortesano

OSWALD, sirviente de Goneril

Un ANCIANO, vasallo de Gloucester

El BUFÓN de Lear

Un CABALLERO

Un HERALDO

Dos CAPITANES

Un SIRVIENTE del duque de Cornwall

CABALLEROS, oficiales, MENSAJEROS, soldados, SIRVIENTES

PRIMER ACTO

ESCENA I

Un patio en el castillo del rey LEAR.

Entran KENT, GLOUCESTER *y* EDMOND.

KENT Yo pensaba que el rey tenía más predilección por el duque de Albany que por Cornwall.

GLOUCESTER Eso nos pareció siempre a todos. Pero ahora, al dividir su reino, no se trasluce a cuál de los duques aprecia más. Las particiones están tan igualadas que, por mucho que las sopesaran, ninguno de los dos podría preferir la mitad del otro.

KENT Mi señor, ¿no es este tu hijo?

GLOUCESTER Su procreación estuvo a mi cargo, señor, y tantas veces me he avergonzado de reconocerle que ahora ya no me hace mella.

KENT No puedo concebir por qué.

GLOUCESTER Pues la madre del muchacho bien que pudo. Después de lo cual se le redondeó el vientre, y tuvo un hijo en la cuna antes que un marido en la cama. ¿Hueles la fechoría?

KENT No quisiera verla enmendada, siendo tan bello el fruto.

GLOUCESTER Tengo otro hijo, señor, ajustado a la ley, casi un año mayor que este, aunque no por eso lo aprecio más. Este mozo vino con cierta frescura al mundo antes de ser llamado, pero su madre era guapa. Lo pasamos bien mientras lo hacíamos, y hay que reconocérselo al muy rufián. ¿Conoces a este noble caballero, Edmond?

EDMOND No, mi señor.

GLOUCESTER El conde de Kent. Recuérdale en adelante como mi honorable amigo.

EDMOND Estoy a vuestra disposición, señor.

KENT Tendrás mi afecto, y procuraré conocerte mejor.

EDMOND Yo, señor, me aplicaré en merecerlo.

GLOUCESTER Nueve años ha estado por el mundo, y pronto volverá a partir.

Suenan trompetas .

Llega el rey.

Entran el rey LEAR*, los duques de* CORNWALL *y* ALBANY*,*

GONERIL*,* REGAN*,* CORDELIA *y sirvientes* .

LEAR Gloucester, acompaña hasta aquí a los señores de Francia y Borgoña.

GLOUCESTER Sí, Majestad.

Sale .

LEAR Mientras tanto expondré mi intención más recóndita.

Acercadme ese mapa. Sabed que he partido

en tres el reino; es mi deseo firme librar de cargas

mi vejez, cediéndolas a fuerzas más jóvenes,

mientras yo, aliviado, me arrastro hacia la muerte.

Cornwall, mi hijo, y tú, Albany,

hijo no menos fiel, es hoy mi voluntad

anunciar las diferentes dotes de mis hijas,

evitando así las futuras disputas.

Los príncipes de Francia y de Borgoña

—rivales por la mano de mi hija más joven—

llevan un largo tiempo de amoroso cortejo en esta corte,

y ahora tendrán respuesta. Decidme, hijas,

—puesto que me despojo hoy de poder,

posesiones y deberes del reino—

¿cuál de vosotras diremos que me quiere más?

Que recaiga la gratificación más amplia

allí donde el carácter compite con el mérito.

Goneril, primogénita, habla primero.

GONERIL Señor, os quiero por encima de las palabras;

sois más amado que el aire, la vista, y el ser libre;

más que cualquier precioso y raro don;

no menos que una vida grata y hermosa, honrada y sana;

más de lo que amó hijo alguno o padre fue amado;

con un amor que corta el aliento y hace inútil el habla;

os amo mucho más que quien mucho ama.

CORDELIA (*Aparte* .) ¿Qué va a decir Cordelia? Ama y no hables.

LEAR (*A* GONERIL.) De todo el territorio entre esta línea y esa,

rico en umbrosos bosques y tierras de labor,

en caudalosos ríos y extensos pastos,

te hago dueña. Para ti y los tuyos serán

perpetuamente. ¿Qué dice mi segunda hija,

la muy amada Regan, mujer de Cornwall?

REGAN Con el mismo metal que mi hermana fui hecha,

y tanto como ella me precio. Noto en mi alma

que sus palabras nombran mi amor como es;

pero se queda corta, pues enemiga soy

de cualquier otro goce

que las más finas normas del sentimiento profesan,

y solo encuentro yo felicidad en el amor

de Vuestra Alteza.

CORDELIA (*Aparte* .) Pobre Cordelia, entonces.

O quizá no, pues pesa más mi amor

que mi lengua, estoy segura.

LEAR (*A* REGAN.) Para ti y los tuyos, en herencia,

quedará este tercio de nuestro bello reino,

no menos placentero, amplio o valioso

que el por mí otorgado a Goneril.

Y ahora tú, mi alegría, aunque menor, no menos.

La hierba de Borgoña y el viñedo de Francia

por tu amor compiten. ¿Qué dirás por ganar

una porción más rica que tus hermanas? Habla.

CORDELIA Nada, mi señor.

LEAR ¿Nada?

CORDELIA Nada.

LEAR Nada saldrá de nada. Habla otra vez.

CORDELIA Infeliz de mí, que no puedo sacar

el corazón a la boca. Amo a Su Majestad

como debo. No más, no menos.

LEAR Cordelia, ¿qué es esto? Enmienda tus palabras,

no sea que estropees tus bienes.

CORDELIA Mi buen señor,

vos me habéis engendrado, alimentado, amado,

y yo como es debido pago esas deudas

os amo, os respeto, os obedezco.

¿Por qué tienen marido mis hermanas,

si solo a vos os quieren? En mi boda,

aquel con quien contraiga esponsales de mí obtendrá

la mitad de mi amor, una mitad de entrega y deber.

Nunca habré de casarme como ellas,

para amar a mi padre solamente.

LEAR ¿Es eso lo que dice tu corazón?

CORDELIA Sí, mi señor.

LEAR ¿Tan joven como es y ya tan duro?

CORDELIA Tan joven, mi señor, y tan sincero.

LEAR Pues la sinceridad entonces será tu dote.

Por el sagrado brillo del sol,

por la noche y los misterios de Hécate,

por todos los designios de los astros

que nos hacen nacer y morir,

renuncio aquí y ahora a mi cariño,

a todo parentesco y vínculo de sangre.

Una extraña serás en mi alma

desde hoy y por siempre. El bárbaro escita,

o el que su hambre sacia

devorando a su prole, en mí encontrarán

tanta piedad, consuelo y cobijo

como tú, que fuiste una vez hija mía.

KENT Mi buen señor…

LEAR Quieto, Kent.

No te pongas entre el dragón y su ira.

Más que a nadie la quise, y descansar soñé

mecido en sus brazos. (*A* CORDELIA.) ¡Fuera, y que no te vea!

Mi paz sea mi tumba ahora que a la hija quito

el corazón del padre. Llamad al rey de Francia. ¿No os movéis?

Llamad al de Borgoña.

(*Sale un sirviente o varios* .)

Cornwall y Albany,

incorporad su tercio a las dotes de mis dos hijas.

Que la despose el orgullo, que ella llama franqueza.

Yo os confiero igualitariamente mi poder,

privilegio y todos los grandiosos atributos

que acompañan la majestad. En cuanto a mí,

habitaré por turno un mes con cada uno,

y dispondré de cien caballeros

que mantendréis vosotros. Tan solo me reservo

el tratamiento propio de un rey. La potestad,

la hacienda y el resto de los decretos,

serán, amados hijos, asunto vuestro; y para confirmarlo,

partid entre los dos esta corona.

KENT Regio Lear,

siempre por mí honrado como rey,

como padre amado, como señor seguido,

como gran protector tenido en mis plegarias…

LEAR El arco está muy tenso; evita el dardo.

KENT Que salga disparado, aunque su punta

cruce mi pecho. Kent será descortés

con un Lear loco. ¿Qué vas a hacer, anciano?

¿Crees que el deber ha de tenerle miedo al habla

cuando el poder se rinde al halago? Franqueza y honor son aliados

cuando la majestad delira. Conserva el mando,

y, meditándolo bien, modera

este terrible arrebato. Con mi vida respondo de este parecer:

tu hija menor no te ama menos,

ni falta corazón a quien por hablar bajo

no hace sonidos huecos.

LEAR Por tu vida, Kent, ¡no sigas!

KENT Mi vida siempre fue la de un peón apostado

frente a tus rivales, y no temo perderla

si es por salvarte.

LEAR ¡Fuera de mi vista!

KENT Mira bien, Lear, y déjame que siga siendo

el verdadero blanco de tus ojos.

LEAR ¡Por Apolo…!

KENT Por Apolo, mi rey, en vano invocas a tus dioses.

LEAR (*Llevando la mano a la espada* .)

¡Villano! ¡Descreído!

ALBANY Y CORDELIA Conteneos, señor.

KENT (*A* LEAR.) Mata a tu médico, y su estipendio dale

a la enfermedad. Revoca tu donación,

o mientras quede en mi garganta un clamor

te diré que haces mal.

LEAR Óyeme bien, traidor; ¡por tu lealtad debida, óyeme!

Ya que quieres que rompa mi promesa,

algo que nunca hice, y con orgullo anormal

te pones entre mi dictamen y mi ejecución,

algo intolerable para mi rango y estado,

tendrás tu recompensa; mi poder la sanciona.

Cinco días te doy para que encuentres

amparo a los desastres del mundo,

pero al sexto vuelve tu odiada espalda

a nuestro reino. Si al séptimo se hallara

tu desterrado cuerpo en mis dominios,

el momento será de tu muerte. ¡Vete!

Por Júpiter, que esto no lo revocaré.

KENT Adiós digo a mi rey; si sigues en el yerro,

la libertad se aleja, aquí queda el destierro.

A CORDELIA.

Que los dioses te den refugio, dulce doncella:

justamente hablaste, y tu razón fue bella.

A GONERIL *y* REGAN.

Que los hechos confirmen vuestra proclama,

pues pruebas ha de dar quien tanto jura que ama.

De vos, amados príncipes, Kent se ha de despedir,

y en una tierra extraña su camino seguir.

Sale.

Trompetas. Vuelven GLOUCESTER *con el rey de* FRANCIA*,*

el duque de BORGOÑA *y sirvientes* .

GLOUCESTER El rey de Francia y el duque de Borgoña, Majestad.

LEAR Mi señor de Borgoña,

a ti hablaré antes, rival del rey de Francia

por nuestra hija. ¿Cuál es la dote mínima

que por ella requieres sin renuncia

a conseguir su amor?

BORGOÑA Majestad,

ni yo deseo más de lo ofrecido,

ni tú menos darás.

LEAR Noble Borgoña,

en mucho la estimaba cuando me era cara;

pero su precio cayó. Ahí la tienes.

Si de tu agrado es algo

de su exigua figura, o toda ella,

con mi disgusto añadido, y nada más,

ahí está, tuya es.

BORGOÑA No tengo respuesta.

LEAR ¿Con todos sus defectos, sin un amigo,

por mi odio recién adoptada,

con mi maldición por dote y con mi anatema,

la tomas o la dejas?

BORGOÑA Discúlpame, señor.

En tales términos la elección no es propicia.

LEAR Déjala pues. Las potestades saben

que te he nombrado toda su riqueza. En cuanto a ti, gran rey,

Al rey de FRANCIA.

no quisiera apartarme de tu afecto

haciéndote casar con mi odio. Te suplico por eso

que no malgastes tu amor en esa infame

de la que siente vergüenza

la misma Naturaleza.

FRANCIA Extraño es

que quien hasta hace poco era tu mejor bien,

objeto de tu elogio, alivio de tu edad,

la más querida por ti, haya incurrido en algo

tan monstruoso que de un soplo

despojada se vea de tu favor. O bien su ofensa es

hasta tal punto inhumana,

que de un monstruo es, o tu anunciado cariño

manchado está; creer eso de ella

exige tanta fe que mi razón

no la deja, sin un milagro, brotar.

CORDELIA (*A* LEAR.) Ruego a Su Majestad,

si es porque no tengo palabras melosas ni labia

para hablar y no cumplir —con lo que mis propósitos

los llevo a cabo sin hablar antes—, que hagáis saber

que no es baldón, ni crimen ni vicio,

desatada lujuria ni deshonra,

lo que me ha quitado vuestro favor,

sino el carecer de lo que me hace más rica:

un ojo buscón y una lengua

que soy feliz no teniendo, aunque el no tenerla

me haya hecho perder vuestro aprecio.

LEAR Mejor habría sido

que no nacieras a que tan poco me contentaras.

FRANCIA ¿No es más que esto? ¿Un carácter parsimonioso

que muchas veces deja sin decir

lo que quería expresar? Mi señor de Borgoña,

¿qué dices a esta dama? El amor no es amor

si se mezcla con miramientos

ajenos a lo esencial. ¿La tomarás?

Su dote es ella misma.

BORGOÑA Buen rey,

concédele el tercio que propusiste,

y aquí mismo haré de Cordelia

duquesa de Borgoña.

LEAR Nada. Lo he jurado. Me afirmo.

BORGOÑA Lamento entonces que al perder así a un padre

perdéis marido.

CORDELIA Quede tranquilo el de Borgoña.

Si su amor es riqueza y rango,

no seré su esposa.

FRANCIA Gentil Cordelia, riquísima por pobre;

por negada, valiosa; y odiada, más amada:

yo os quiero a vos y a vuestras virtudes.

Si legítimo es, tomo el desecho.

Mostrando hacia ella el corazón tan frío

de amor y de respeto hacéis arder el mío.

Esta hija sin dote, rechazada por ti,

reinará sobre Francia como ya reina en mí.

Todos los nobles juntos de la Borgoña aguada

no podrían compraros, preciosa y despreciada.

Despedíos, Cordelia, de quien os ha ofendido.

Fuera de aquí hallareis lo que aquí habéis perdido.

LEAR Tuya es, rey de Francia, para ti la tendrás,

que yo no tengo hija, y nunca querré más

ver ese rostro suyo. Marchad sin dilación;

de mí no esperéis amor ni bendición.

Ven, noble señor de Borgoña.

Suenan trompetas .

Salen todos excepto el rey de FRANCIA *y las hermanas* .

FRANCIA Despedíos de vuestras hermanas.

CORDELIA Joyas de nuestro padre: con los ojos mojados

Cordelia os deja. Sé muy bien lo que sois,

mas como hermana odio decir el verdadero

nombre de vuestras faltas. Amadle bien.

A vuestro corazón manifiesto lo encomiendo.

Si yo contara aún con su favor

confiarlo querría a un lugar mejor.

Así os digo adiós.

REGAN No nos marques cuál es nuestro deber.

GONERIL Que tu empeño sea

complacer a tu esposo, quien te ha tomado

como limosna de la Fortuna. Has desobedecido;

si él no te da su amor, te da tu merecido.

CORDELIA El tiempo siempre expone la doblez de la astucia;

lo que al principio cubre, de vergüenza lo ensucia.

Que seáis muy prósperas.

FRANCIA Venid, gentil Cordelia.

Salen el rey de FRANCIA *y* CORDELIA.

GONERIL Hermana, mucho tengo que hablarte sobre lo que de cerca nos atañe a las dos. Creo que nuestro padre partirá esta noche.

REGAN Cierto, y lo hará contigo. El mes próximo vendrá con nosotros.

GONERIL Ya has visto lo inconstante que es su edad. Sobradamente hemos podido hoy comprobarlo. Siempre quiso más a nuestra hermana, y el desecharla así es una cruda muestra de su escaso juicio.

REGAN Son los achaques de su vejez; aunque él siempre se conoció mal a sí mismo.

GONERIL En sus mejores y más firmes años ya era impetuoso; por eso hemos de esperar de su edad no solo los defectos desde hace tiempo arraigados en su carácter, sino también los desordenados caprichos que la vejez colérica y enfermiza trae consigo.

REGAN Aún tendremos más arranques irrefrenables como el del destierro de Kent.

GONERIL La ceremonia de su despedida del rey de Francia está pendiente. Te pido que unamos fuerzas. Si nuestro padre continúa ejerciendo así su autoridad, esta renuncia última de su voluntad no nos traerá más que perjuicios.

REGAN Pensar en ello es lo conveniente.

GONERIL Habremos de hacer algo, y en caliente.

Salen .

ESCENA II

En el castillo del conde de GLOUCESTER.

Entra el bastardo EDMOND.

EDMOND Mi diosa eres tú, Naturaleza. Solo a tu ley
consagro mis servicios. ¿Por qué tendría yo
que contagiarme de la costumbre, dejando
que el escrúpulo de las gentes me prive de lo mío,
solo porque llegué doce o catorce lunas
más tarde que mi hermano? ¿Bastardo? ¿Vil?
¿Son mis miembros menos rotundos,
mi mente más mezquina, más falsa mi apariencia
que la del hijo de una mujer honesta? ¿Por qué dicen entonces
que somos viles? ¿Vileza? ¿Bastardía? ¿Vil yo?
¿Vil el que, siendo el deseo furtivo,
a la naturaleza exige más esfuerzo y ardor
que los que en un tedioso, sórdido, rendido lecho,
ayudan a crear una tribu de lerdos
engendrados entre bostezos? Pues bien,
a ti, legítimo Edgar, te he de quitar las tierras.
Nuestro padre ama tanto al bastardo
como al legítimo. ¡Qué bonita palabra, legítimo!
Bien, mi legítimo, si esta carta logra su fin

y mi intriga prospera, Edmond el vil

igualará al legítimo… Trepo, medro.

¡Dioses, a ver si los bastardos os levantan!

Entra GLOUCESTER.

EDMOND *lee una carta* .

GLOUCESTER Kent desterrado, y colérico se fue el Francés.

Y anoche partió el rey, con su poder rebajado,

y reducido a un subsidio. Todo lo hizo

como si le picara un aguijón. Edmond, tú aquí. ¿Qué ocurre?

EDMOND Nada, con vuestra venia.

GLOUCESTER ¿Por qué te afanas tanto en guardar esa carta?

EDMOND No hay novedad, mi señor.

GLOUCESTER ¿Qué papel era ese que leías?

EDMOND No es nada, mi señor.

GLOUCESTER ¿No? ¿Por qué entonces esa necesidad de meterla con tan tremenda presteza en tu bolsillo? Lo que nada es no necesita nunca esconderse. Vamos, déjame ver. Si resulta ser nada no necesitaré anteojos.

EDMOND Os ruego que me dispenséis, señor. Es una carta de mi hermano que aún no he podido terminar, pero por lo que llevo leído no me parece apta para vuestra contemplación.

GLOUCESTER Dame esa carta, caballero.

EDMOND Igual ofensa es quedársela que entregarla. Su contenido, por lo que pude entender, es reprochable.

GLOUCESTER Veremos, veremos.

EDMOND Espero, en justificación de mi hermano, que la haya escrito solo como una prueba o examen de mi virtud.

Le entrega la carta a GLOUCESTER.

GLOUCESTER (*Lee* .) «Estos preceptos de venerar la edad nos amargan el mundo en nuestros años mejores, apartándonos de nuestra fortuna hasta que la vejez nos impide saborearla. Empiezo a encontrar inútil y vana esa esclavitud que nos hace sufrir la tiranía de una vejez más poderosa por nuestra conformidad que por su fuerza. Reúnete conmigo, para que te hable más de todo esto. Si nuestro padre quisiera dormir hasta que yo le despertase, tú disfrutarías de la mitad de sus rentas, manteniendo todo el afecto de tu hermano, Edgar.» ¡Ah, conspiración! «Dormir hasta que yo le despertase, disfrutarías de la mitad de sus rentas.» ¡Mi hijo Edgar! ¿Ha tenido él mano para escribir esto, corazón y seso para concebirlo? ¿Cuándo te ha llegado? ¿Quién la trajo?

EDMOND Nadie me la trajo, mi señor. Fue arrojada astutamente por la ventana de mi aposento, donde yo la encontré.

GLOUCESTER ¿Sabes si la letra es la de tu hermano?

EDMOND Si la materia fuese buena, juraría que es la suya. Pero en este caso me alegraría pensar que no lo es.

GLOUCESTER Es la suya.

EDMOND Es su mano, señor, pero confío en que su corazón no esté dentro.

GLOUCESTER ¿Nunca antes te sondeó sobre este asunto?

EDMOND Nunca, mi señor. Pero a menudo le he oído afirmar la conveniencia de que, cuando los hijos se hacen adultos y los padres decaen, el padre estuviera bajo custodia del hijo, quien administraría sus rentas.

GLOUCESTER ¡Ah, canalla, canalla, la misma opinión de su carta! ¡Aborrecible canalla, desnaturalizado, execrable, bestial canalla, peor que las bestias! Ve a buscarle. Haré que lo arresten. ¡Abominable canalla! ¿Dónde está?

EDMOND No lo sé con certeza, mi señor. Si tenéis a bien suspender vuestra indignación contra mi hermano hasta que podáis obtener de él un mejor testimonio de sus intenciones, tomaréis un camino seguro; mientras que si actuáis violentamente contra él, equivocándoos sobre sus propósitos, se abriría un boquete en vuestro honor, que rompería en pedazos el corazón de su obediencia. Apuesto mi vida a que él escribió esto para probar mi afecto hacia vos, sin otra intención peligrosa.

GLOUCESTER ¿Eso crees?

EDMOND Si vuestro honor lo juzga apropiado, os situaré donde podáis escucharnos hablar de ello, y esa garantía auditiva os dará satisfacción. Que sea sin tardar, esta misma noche.

GLOUCESTER No puede ser tal monstruo…

EDMOND Y no lo es, seguro.

GLOUCESTER No con su padre, que tanto le ama. ¡Dioses del cielo! Edmond, búscale, penetra en él con rodeos; hazlo por mí. Y dispón el asunto según tu propio criterio. Renunciaría a todos mis cargos con tal de llegar a la resolución debida.

EDMOND Ahora mismo empezaré a buscarle, conduciré el asunto con los medios que encuentre, y os pondré al tanto.

GLOUCESTER Estos recientes eclipses del sol y la luna no nos presagian nada bueno. Por mucho que la razón natural pueda explicarlos de una forma u otra, nuestra naturaleza siente el azote de sus consecuencias. El amor se enfría, la amistad se derrumba, los hermanos se separan; hay motines en las ciudades; discordia en los campos; traición en los palacios; y el vínculo de padre e hijo queda roto. Este canalla mío cumple la predicción: el hijo contra el padre. También el rey se desvía del curso natural: el padre contra el hijo. Nuestros mejores años han pasado. Maquinaciones, falsedad, traiciones y los trastornos más calamitosos nos acompañarán turbadoramente a la tumba. Encuentra a ese canalla, Edmond; nada perderás con ello. Ve con cuidado. Y Kent, tan noble, tan sincero, desterrado, ¡por el delito de honradez! Es extraño.

Sale .

EDMOND Así de extraordinariamente fatuo es el mundo: cuando la suerte nos funciona mal —a menudo por los excesos de nuestra propia conducta— culpamos de nuestros desastres al sol, la luna y las estrellas, como si fuéramos canallas por necesidad, idiotas por impulso celeste, granujas, ladrones y tramposos por la preponderancia de las esferas, borrachos, mentirosos y adúlteros por una forzosa obediencia al influjo planetario, y todas las maldades las hiciésemos por un empujón divino. ¡Admirable escapatoria de ese gran putañero que es el hombre: endilgar a los astros su inclinación lasciva! Mi padre se acopló con mi madre bajo el rabo del Dragón, y mi natividad se produjo bajo la Osa Mayor, y de ello se sigue que yo soy malo y lujurioso. ¡Un carajo! Yo sería quien soy aunque la más virginal estrella del firmamento hubiera resplandecido sobre mi bastardía.

Entra EDGAR.

Aquí llega, como el acabose de las antiguas comedias. Haré mi papel con melancolía canallesca y suspiros al estilo de un loco de Bedlam.

Lee un libro .

Ah, estos eclipses presagian estos quiebros. Fa, sol, la, mi.

EDGAR Vaya, hermano Edmond, ¿en qué seria reflexión andas metido?

EDMOND Pienso, hermano, en una predicción que leí el otro día acerca de lo que va a venir después de estos eclipses.

EDGAR ¿Te ocupas de esas cosas?

EDMOND Te aseguro que los efectos descritos desgraciadamente se

cumplen; relaciones desnaturalizadas entre padre e hijo, muerte,

hambre, disolución de viejas amistades, divisiones en el Estado,

amenazas y maldiciones al rey y a sus nobles, sospechas infundadas, destierro de los amigos, dispersión de las tropas, rupturas

nupciales y no sé cuántas cosas más.

EDGAR ¿Hace mucho que tienes fe en la astrología?

EDMOND ¿Cuándo viste a mi padre por última vez?

EDGAR La noche pasada.

EDMOND ¿Hablaste con él?

EDGAR Sí, dos horas seguidas.

EDMOND ¿Os despedisteis en buenos términos? ¿No advertiste disgusto en sus palabras o sus gestos?

EDGAR No, ninguno.

EDMOND Trata de recordar en qué has podido ofenderle, y mi ruego es que evites su presencia hasta que con un poco de tiempo se atenúe el ardor de su disgusto; en este instante está tan enfurecido que tu persona sería perjudicial para calmarle.

EDGAR Algún canalla ha querido hacerme daño.

EDMOND Ese es mi temor. Te pido que te contengas y te alejes hasta que el arranque de su furia vaya a menos; y, como decía, retírate conmigo a mis aposentos, donde, oportunamente, haré que oigas lo que dice nuestro padre. Te lo pido, ve. Esta es mi llave. Si has de salir, ve armado.

EDGAR ¿Armado?

EDMOND Hermano, te aconsejo lo mejor que sé. No sería sincero diciendo que se te quiere bien. Te he contado lo que he visto y oído, pero

pálidamente, sin reflejar el verdadero semblante de su horror. Te lo ruego, vete.

EDGAR ¿Sabré de ti pronto?

EDMOND En este asunto estoy a tu servicio.

Sale EDGAR.

Un padre cándido y un hermano sincero,

tan instintivamente ajeno a la maldad

que ninguna recela; su estúpida bondad

no pone trabas a mis manejos. Veo claro el asunto.

Lo que al nacer no tuve, lo tendré con astucia.

Si a mí me es propicia, no hay acción que sea sucia.

Sale .

ESCENA III

En el castillo del duque de ALBANY.

Entran GONERIL *y* OSWALD*, su sirviente* .

GONERIL ¿Es cierto que mi padre pegó a mi sirviente

por regañar a su bufón?

OSWALD Sí, mi señora.

GONERIL Día y noche me ofende. A cualquier hora

incurre en uno u otro agravio

que a todos nos enfrenta. No voy a soportarlo.

Alborotan sus caballeros, y él mismo

nos reprende por naderías. Cuando regrese de la caza

no quiero hablar con él. Dile que estoy enferma.

Y si al servirle muestras descuido

harás bien; por esa falta respondo yo.

Suenan cuernos de caza .

OSWALD Ahí llega, mi señora. Le oigo.

GONERIL Sed todo lo holgazanes que queráis,

tú y los demás criados. Quiero que se plantee la cuestión.

Si no le agrada, que vaya con mi hermana,

que acerca de eso piensa como yo.

¡Ocioso anciano,

que aún querría ejercer los poderes

a los que renunció! Por mi vida que es cierto:

los viejos chochos son como niños; hay que tratarles

a veces con halagos, mas si yerran, reñirles.

Recuerda lo que he dicho.

OSWALD Bien, mi señora.

GONERIL Y a sus caballeros miradles aún peor.

Las consecuencias no importan. Díselo a tu gente.

De ello sacaré oportunidades,

que me permitan hablar claramente.

Escribiré a mi hermana enseguida, para que en esto me siga.

Dispón la cena.

Salen .

ESCENA IV

En el mismo castillo .

Entra KENT*, disfrazado* .

KENT Si consigo también apropiarme de un acento

que pueda disipar mi voz, mi noble acción

quizá alcance el buen fin

por el que yo arranqué mi apariencia. Tú, desterrado Kent,

si puedes ser sirviente donde se te condena,

tal vez tu señor, que tanto amaste,

te encuentre en pleno esfuerzo.

Cuernos de caza.

Entra LEAR *con caballeros y sirvientes* .

LEAR No me hagáis esperar la cena ni una pizca. Traédmela.

Sale un sirviente. A KENT.

Vaya, ¿quién eres tú?

KENT Un hombre, señor.

LEAR ¿Cuál es tu profesión? ¿Y qué buscas aquí?

KENT Yo hago profesión de ser lo que parezco, de servir lealmente a quien en mí confíe, de amar al que es honrado, de conversar con el que es sabio y dice poco, de temer el juicio divino, de luchar si no hay otro recurso y de no comer pescado.

LEAR ¿Quién eres?

KENT Alguien de corazón sincero, y tan pobre como el rey.

LEAR Si como súbdito eres tan pobre como de rey es él, sí que eres pobre. ¿Qué quieres?

KENT Servir.

LEAR ¿Y a quién servirías?

KENT A vos.

LEAR ¿Es que me conoces?

KENT No, pero hay algo en vuestro semblante que me anima a llamaros mi señor.

LEAR ¿Y qué es?

KENT Autoridad.

LEAR ¿Qué sabes hacer?

KENT Puedo guardar un secreto si es honorable, cabalgar, correr, estropear un cuento raro al contarlo y dar un recado sencillo francamente. Estoy capacitado para lo que los hombres corrientes pueden hacer; y lo mejor que tengo es la diligencia.

LEAR ¿Cuántos años tienes?

KENT Ni tan pocos, señor, como para enamorarme de una mujer solo porque cante, ni tantos como para enloquecer por ella sin más ni más. Cuarenta y ocho llevo a mis espaldas.

LEAR Sígueme. Estarás a mi servicio, si después de la cena no has dejado de gustarme. De momento te tendré a mi lado. ¡Eh, la cena, la cena! ¿Dónde está ese canalla de mi bufón? Ve y trae aquí a mi bufón.

Sale un sirviente. Entra OSWALD.

Eh, tú, caballerete, ¿dónde está mi hija?

OSWALD Si no os importa…

Sale .

LEAR ¿Qué ha dicho? Que vuelva ese pánfilo.

Sale un CABALLERO.

¿Dónde está mi bufón? Me parece que todo el mundo duerme.

Vuelve el CABALLERO.

¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está ese perro faldero?

CABALLERO Mi señor, ha dicho que vuestra hija no está bien.

LEAR ¿Y por qué el ganapán no acudió cuando le llamé?

CABALLERO Mi señor, me contestó del modo más rotundo que no quería.

LEAR ¿Que no quería?

CABALLERO Mi señor, no sé lo que estará pasando, pero en mi opinión Su Majestad ya no recibe las ceremoniosas atenciones a las que estaba

acostumbrado. Esa notable merma en el buen trato se muestra tanto en la servidumbre como en el propio duque y en vuestra hija.

LEAR Ah, ¿eso te parece?

CABALLERO Perdonadme, señor, si me equivoco, pero mi deber no puede callar cuando veo agraviada a Su Majestad.

LEAR No haces sino recordarme lo que yo mismo pienso. He percibido últimamente un asomo de negligencia, que achaqué más a mi puntillosa suspicacia que a una intención deliberada de descortesía. Tengo que pensarlo. Pero ¿dónde está mi bufón? Llevo dos días sin verle.

CABALLERO Desde que mi joven señora partió hacia Francia, el bufón, señor, está muy desfallecido.

LEAR No sigas, también yo lo he notado. Ve a decirle a mi hija que quiero hablar con ella.

Sale un sirviente .

Y tú, llama a mi bufón.

Sale otro sirviente. Vuelve OSWALD.

Ah, vos, caballero, sí, vos, venid aquí; ¿quién soy yo, caballero?

OSWALD El padre de mi señora.

LEAR ¿El padre de mi señora? ¡El lacayo de mi señor, puto hijo de perra, esclavo, perro sin casta!

OSWALD Perdón, señor, pero no soy ninguna de esas cosas.

LEAR ¿Por qué me lanzas esas miradas, bribón?

LEAR *le golpea* .

OSWALD No toleraré vuestros golpes, señor.

KENT ¿Y las zancadillas tampoco, despreciable jugador de pelota?

Le hace caer con el pie .

LEAR (*A* KENT.) Gracias, amigo mío. Me has servido bien, y tendrás mi afecto.

KENT (*A* OSWALD.)Vamos, caballero, levántate y márchate. Yo te pondré en tu sitio. Fuera, fuera de aquí. Si quieres medir otra vez en el

suelo tu desmañada figura, quédate; si no, vete de aquí. ¿Hay sensatez en ti? Así.

Sale OSWALD.

LEAR Te lo agradezco, amable granuja.

Entra el BUFÓN.

Ten una señal por tus servicios.

Le da dinero a KENT.

BUFÓN Yo también quiero contratarle. (*A* KENT.) Acepta mi gorro.

LEAR Ah, mi precioso granuja, ¿cómo estás?

BUFÓN (*A* KENT.) Harías mejor aceptando mi gorro.

KENT ¿Por qué, jovencito?

BUFÓN ¿Por qué? Porque has tomado el partido del que cayó en

desgracia. (*A* KENT.) *Si* no te pones donde el sol más calienta, vas a quedarte helado enseguida. Vamos, coge mi gorro. Mira, este ha desterrado a dos de sus hijas y a la tercera la hizo feliz sin querer. Si vas a seguirle necesitas mi gorro. (*A* LEAR.) ¡Caramba, abuelo! Ojalá tuviese yo dos gorros y dos hijas.

LEAR ¿Por qué, jovencito?

BUFÓN Si les diera todas mis posesiones, me quedarían los gorros. Aquí está el mío; pide otro a tus hijas.

LEAR Cuidado, caballero: el látigo.

BUFÓN A la verdad la encierran como a un perro en la perrera. Y le dan de azotes mientras la Reina de las Perras se queda junto al fuego echando tufo.

LEAR ¡Esa pestilente irritación es para mí!

BUFÓN Déjame, mi señor, que te enseñe un dicho.

LEAR Adelante.

BUFÓN Fíjate bien, abuelo:

Más de lo que luzcas siempre tendrás, menos de lo que sepas contarás, menos de lo que tengas prestarás,

más que ir andando, cabalgarás,

más aprende, y menos confiarás,

a un solo dado no apostarás.

Si abandonas mujeres y bebida,

y de casa no buscas la salida,

más larga y mejor tendrás la vida,

y podrás disfrutarla sin medida.

KENT Eso es como nada, bufón.

BUFÓN Entonces es como lo que dice un abogado al que no pagas: nada me diste para que hablara por ti. ¿No puedes obtener algo de nada, abuelo?

LEAR Pues no, jovencito. Nada sale de nada.

BUFÓN (*A* KENT.) Por favor, dile tú que a eso se eleva la renta de sus tierras. Nunca creerá a un bufón.

LEAR Un amargo bufón.

BUFÓN Muchacho, ¿sabes la diferencia entre un bufón dulce y uno amargo?

LEAR No, dímela tú.

BUFÓN *Canta* .

Al señor que te dio aquel consejo

de dejar la corona y el reinado,

verle querría yo en tu pellejo,

y a ti en el papel de ese pasmado.

Al amargo bufón, del que es dulce

solo podemos distinguirlo así:

vestido de colores va el uno allí,

viene, hacia tu sitio, el otro aquí.

LEAR ¿Me estás llamando bobo, muchacho?

BUFÓN Has renunciado al resto de tus títulos. Pero ese te viene de nacimiento.

KENT (*A* LEAR.) No es una completa bobería, mi señor.

BUFÓN Por supuesto que no. Los caballeros y los potentados no me lo permiten. Si yo tuviera su monopolio, ellos querrían participar, y las damas, tampoco ellas me dejarían la bobería entera para mi solo. Abuelo, dame un huevo, y yo te daré dos coronas.

LEAR ¿Qué coronas serían esas?

BUFÓN Pues, si yo rompo el huevo por la mitad y me como lo de dentro, quedarán dos coronas de huevo. Cuando tú partiste tu corona por la mitad y regalaste las dos partes, cargaste con el burro a cuestas para pasar sobre el fango. Poca mollera había en tu coronilla calva cuando te desprendiste de la de oro. Si estoy hablando de estas cosas como los bobos, que azoten al primero que lo diga.

Canta .

Los bufones están en decadencia

cuando al sabio le falta erudición

y en vez de elucubrar lo que es esencia

imita, como un mono, la lección.

LEAR ¿Desde cuándo tienes tú la costumbre de cantar tanto?

BUFÓN La practico, abuelo, desde que convertiste a tus hijas en tus madres; pues cuando les entregaste la vara y te bajaste los calzones,

Canta .

lloraron muy contentas de alegría,

y yo canturreaba de aflicción:

juegos de niño el rey solo quería,

y ser de los bufones la atracción.

Abuelo, te pido que busques a un maestro para que enseñe a mentir a tu bufón. Me gustaría aprender a mentir.

LEAR Miente, y te haré azotar.

BUFÓN Me sorprende la afinidad entre tú y tus hijas. Ellas me azotan si digo la verdad, tú me azotas si miento, y a veces me dan azotes por guardar silencio. Sería cualquier otra cosa antes que bufón; y sin embargo no me gustaría ser tú, abuelo. Te has pelado en dos la mollera y no dejaste nada en medio. Aquí viene una de las cáscaras.

Entra GONERIL.

LEAR Hija mía, ¿por qué llevas ese fruncido en la frente? Últimamente arrugas mucho el ceño.

BUFÓN Qué bien te iba cuando no tenías que preocuparte de su ceño. Ahora eres un cero sin nada delante. Hasta yo soy más que tú. Yo soy un bufón; tú no eres nada. (*A* GONERIL.) Sí, claro, cierro la boca; así me lo ordena tu rostro, aun sin decir nada.

Canta .

Tan, tan, tan.

Miga y corteza arrancas al pan,

nada te queda, nada más te dan.

Ahí tienes una vaina sin guisantes.

GONERIL (*A* LEAR.) Señor, no solo este bufón tan consentido;

otros de vuestro séquito insolente

a todas horas riñen e incordian,

con peleas groseras e intolerables.

Yo creí, mi señor, que haciéndooslo saber

habría enmienda firme, pero me temo,

por lo que últimamente decís y hacéis,

que tal conducta apoyáis, y al permitirla,

la atizáis; si así fuera, tendrá castigo

la falta, y un escarmiento raudo,

acciones que, en pos del bien común,

podrían resultar un agravio

indigno de vos, mas la necesidad

dirá que son medidas prudentes.

BUFÓN Ya sabes, abuelo, que

Canta .

su nido le pidió el cuco al tordo

y luego lo tragó, para estar gordo;

así que se apagó la vela, y nos hemos quedado oscurecidos.

LEAR (*A* GONERIL.) ¿Eres tú mi hija?

GONERIL Quisiera que usarais la razón,

de la que estáis sobrado, desechando

esas actitudes que últimamente

os llevan a no ser el que sois.

BUFÓN ¿No notará el burro que es el carro el que tira del caballo?

Canta .

¡Arre, muchacha, yo sí te quiero!

LEAR ¿Alguno de vosotros me conoce? Este no es Lear.

¿Anda Lear así, habla así? ¿Dónde están sus ojos?

O su mente flojea, o su juicio

está en letargo… ¿Despierto? No es eso.

¿Quién me puede decir quién soy?

¿La sombra de Lear? Querría saberlo,

porque fiando en la razón, el saber y el rango,

podría yo engañarme y creer que tengo hijas.

BUFÓN Que harán de ti un padre obediente.

LEAR ¿Cómo os llamáis, gentil dama?

GONERIL Este estupor que fingís tiene todo el sabor

de vuestras últimas travesuras. Os suplico

que entendáis bien mi intención; siendo ya viejo

y venerable, deberíais ser cuerdo.

Cien caballeros y pajes os sirven,

y son tan disolutos, tan osados y broncos,

que, contagiada por ellos, nuestra corte

parece una posada ruidosa. La gula y la lujuria

hacen de este palacio digno

una taberna o burdel. Tanta vergüenza clama

remedio rápido. Esto desea quien

tomará si no lo que ruega:

menguad un poco el séquito,

y los hombres que sigan sirviéndoos

que sean adecuados a vuestra edad,

y sepan lo que son y quién sois.

LEAR ¡Demonios del Averno!

¡Ensillad mis caballos, reunid a mis hombres!

Salen algunos .

Indecente bastarda, no te molestaré.

Pero me queda otra hija.

GONERIL Golpeáis a mi gente, y vuestra chusma estruendosa

trata a los señores como criados.

Entra ALBANY.

LEAR ¡Maldito el que tarde se arrepiente!

¿Es voluntad tuya? Habla, señor. Preparad mis caballos.

Salen algunos .

Ingratitud, demonio con un alma de mármol,

cuando en un hijo te muestras das más pavor

que los monstruos del mar.

ALBANY Moderaos, señor, os lo ruego.

LEAR (*A* GONERIL.) Rapaz odiosa, has mentido.

Los hombres de mi séquito son de una rara calidad,

conocen bien las normas del deber,

y con sumo celo defienden

la honra de su nombre. ¡Falta minúscula,

por qué afeaste tanto a Cordelia!

Como una palanca arrancaste mi ser natural

de su sitio, sacando todo amor de mi corazón,

para añadir amargura. ¡Oh, Lear, Lear, Lear!

Golpea esta puerta por la que entró tu locura

Se golpea la cabeza .

y tu buen juicio salió. ¡Idos, idos los míos!

ALBANY Señor, soy inocente, por ignorante,

de lo que os ha alterado.

LEAR Espero que así sea, señor.

Naturaleza, óyeme; escucha bien, diosa amada:

suspende tus designios si es que querías

hacer a esta criatura fértil.

Lleva la esterilidad a su vientre.

Seca los órganos de la reproducción,

y que nunca su degradado cuerpo alumbre

un niño que le dé honra. Si ha de engendrar,

haz que su hijo sea de hiel, y viva para

darle el más perverso y cruel tormento.

Que con arrugas marque su frente joven,

en sus mejillas abra surcos de lágrimas,

desprecie y haga burla de sus desvelos

de madre, para que sienta…

para que ella sienta

que un hijo ingrato hiere más que el colmillo

de una serpiente. ¡Vámonos, vámonos!

Salen LEAR*,* KENT *y sus sirvientes* .

ALBANY Por nuestros dioses, ¿qué ha motivado esto?

GONERIL No te angusties averiguándolo;

que su estado de ánimo vaya donde

le lleve el desvarío.

Vuelve LEAR.

LEAR Cómo, ¿cincuenta de mis hombres de golpe?

¿En dos semanas?

ALBANY ¿De qué se trata, señor?

LEAR Te lo diré. (*A* GONERIL.) ¡Vida y muerte! Me avergüenza

que así puedas batir mi virilidad,

y que estas cálidas lágrimas incontenibles

te hagan digna de ellas. ¡Sobre ti caiga el rayo!

¡Las profundas heridas de mi maldición paterna

te desgarren! Ojos seniles,

si volvéis a llorar por esto os arrancaré,

y, con el agua que derramáis, os tiraré,

para ablandar el barro. Que sea así.

Tengo otra hija,

y de su ternura y consuelo estoy seguro.

Cuando sepa esto de ti, con sus uñas

desollará tu cara de loba. Aún verás

cómo vuelvo a recuperar el rango

del que tú me creías despojado.

Sale .

GONERIL ¿Te das cuenta?

ALBANY No puedo ser tan parcial, Goneril,

pese al amor que te tengo…

GONERIL Ya basta, te lo ruego. ¡Que venga Oswald!

Y tú, más bribón que bufón, sigue a tu amo.

BUFÓN Lear, abuelo Lear,

espera, y no te dejes al bufón.

Quien a su hija abraza

y a una zorra da caza,

no olvide la tenaza.

Cuélguelas en la plaza,

que el bufón las enlaza.

Sale .

GONERIL Ese hombre está bien aconsejado… ¿Cien caballeros?

Sería muy sagaz y seguro dejarle

cien caballeros dispuestos, y así cada quimera,

cada murmuración, antojo, queja o manía,

podría locamente respaldarlos con sus armas,

poniendo nuestras vidas en vilo. ¡Oswald, he dicho!

ALBANY Quizá te excedas en tus temores.

GONERIL Mejor es que excederse en la confianza.

Prefiero eliminar el mal que temo

a estar siempre temiéndolo. Conozco su carácter.

Le he escrito a mi hermana con lo que dijo.

Si le mantiene, y a sus cien caballeros,

después de explicarle lo impropio…

Vuelve OSWALD.

¡Vaya, Oswald!

¿Ya has escrito la carta a mi hermana?

OSWALD Sí, mi señora.

GONERIL Vete a caballo, con más jinetes.

Infórmala en detalle de mis temores,

y añádele tus propias razones

para darle más solidez. Vete ya,

y vuelve sin demora.

Sale OSWALD.

No, no, mi señor,

esta lechosa y mansa actitud que muestras,

aunque no la condeno, permíteme decir

que te traerá más reproche por inconciencia

que elogio por dañina tibieza.

ALBANY Lo que alcancen tus ojos, incapaz soy de ver.

Buscando el bien, a veces, el mal puedes hacer.

GONERIL Nada, pues…

ALBANY Bien, bien, veremos qué ocurre.

Salen .

ESCENA V

En el patio del castillo de ALBANY.

Entran LEAR*,* KENT*, disfrazado, y el* BUFÓN.

LEAR (*A* KENT.) Ve por delante a Gloucester con estas cartas. Dale a mi hija solo la información que responda a lo que la carta le haga preguntar. Si no te esmeras en la prontitud, llegaré antes que tú.

KENT No dormiré, señor, hasta haber entregado la carta.

Sale .

BUFÓN Si la gente tuviera los sesos en los talones, ¿no cabría el peligro de los sabañones?

LEAR Sí, muchacho.

BUFÓN Entonces alégrate. Tu cerebro nunca tendrá que ir en chancletas.

LEAR ¡Ja, ja, ja!

BUFÓN Verás qué bien se conduce contigo tu otra hija, pues aunque se parece a esta de aquí como una manzana verde a una dulce, yo sin embargo puedo decir lo que puedo decir.

LEAR ¿Qué puedes decir, muchacho?

BUFÓN Te dejarán ambas un sabor tan parecido como el de dos manzanas igual de verdes. ¿A que no sabes por qué tenemos la nariz en medio de la cara?

LEAR No.

BUFÓN Pues porque así los ojos están uno a cada lado de la nariz, y lo que no se puede oler, puede husmearse.

LEAR Fui injusto con ella.

BUFÓN ¿Sabes cómo fabrica su concha la ostra?

LEAR No.

BUFÓN Yo tampoco; pero te puedo decir por qué el caracol tiene casa.

LEAR ¿Por qué?

BUFÓN Porque ha de meter ahí la cabeza, para no dársela a sus hijas y dejarse los cuernos sin tapadera.

LEAR Obraré contra mi carácter. ¡Yo, un padre tan dulce! ¿Están mis caballos listos?

BUFÓN Tus burros se encargan de ellos. La que es buena es la razón por la que las siete estrellas solo son siete.

LEAR Porque no son ocho.

BUFÓN Claro que sí; serías un buen bufón.

LEAR Volver a hacerse con ello por la fuerza. ¡Monstruo de ingratitud!

BUFÓN Si fueses mi bufón, abuelo, te daría una paliza por hacerte viejo antes de tiempo.

LEAR ¿Cómo es eso?

BUFÓN No debiste hacerte viejo antes de hacerte sabio.

LEAR ¡No me dejéis enloquecer, cielos benignos!

Mantenedme cuerdo. No quiero enloquecer.

Entra el primer CABALLERO.

¿Qué, están listos los caballos?

CABALLERO Listos, mi señor.

LEAR (*Al* BUFÓN.) Vamos, muchacho.

BUFÓN La doncella que ahora ríe de mi partida,

ya no será doncella si esto tiene salida.

Salen .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

En el castillo del conde de GLOUCESTER.

Entran el bastardo EDMOND *y* CURAN*, separadamente* .

EDMOND Dios te guarde, Curan.

CURAN Y a vos, señor. He estado con vuestro padre, y le anuncié que el duque de Cornwall y su duquesa Regan llegarán aquí esta noche.

EDMOND ¿Y con qué motivo?

CURAN Lo ignoro. ¿Estáis al tanto de las noticias que corren? Me refiero a lo que se rumorea, pues no pasan de ser conversaciones al oído.

EDMOND No. Dime, ¿de qué se trata?

CURAN ¿No habéis oído nada de una posible guerra inminente entre los duques de Cornwall y de Albany?

EDMOND Ni una palabra.

CURAN No tardaréis en enteraros. Adiós, señor.

Sale .

EDMOND ¡El duque aquí esta noche! Mejor que mejor.

Esto por fuerza encaja en lo que tramo.

Aparece EDGAR *asomado a una ventana* .

Mi padre ha puesto guardia para apresar a mi hermano,

y yo tengo una cosa un tanto repulsiva

que hacer. ¡Brevedad y fortuna, ayudadme!

Hermano, unas palabras, baja. Tú, hermano.

Baja y entra EDGAR.

Mi padre vigila. Huye de aquí.

Se ha sabido dónde te escondes.

Ahora tienes la noche a tu favor.

¿Hablaste acaso contra el duque de Cornwall?

Viene hacia aquí, de noche, a toda prisa,

y, con él, Regan. ¿Has dicho algo

sobre su campaña contra el duque de Albany?

Piénsalo bien.

EDGAR Ni una palabra, seguro.

EDMOND Mi padre ya se acerca. Perdóname.

Fingiré que levanto la espada contra ti.

Desenvaina. Simula defenderte. Y hazlo bien.

Dando voces .

Ríndete, y ven ante mi padre. ¡Luz, aquí!

A EDGAR.

Huye, hermano. ¡Antorchas, antorchas! Ahora, adiós.

Sale EDGAR.

Si me hago sangre daré a entender

que lo intenté con fiereza.

Se corta el brazo .

Hay borrachos

que llegan más lejos por juego. (*Dando voces* .) ¡Padre, padre!

¡Detenedle! ¡Aquí, socorro!

Entran GLOUCESTER *y criados con antorchas* .

GLOUCESTER Edmond, ¿dónde está el canalla?

EDMOND Estaba aquí en la sombra, con su espada en alto,
mascullando hechizos malignos, y conjurando a la luna como su dueña propicia.

GLOUCESTER Pero ¿dónde está?

EDMOND Mirad, señor, lo que sangro.

GLOUCESTER ¿Dónde está el canalla, Edmond?

EDMOND Escapó por allí, cuando de ningún modo pudo…

GLOUCESTER ¡Perseguidle! Id tras él.

Salen

algunos sirvientes .

¿De ningún modo, qué?

EDMOND Persuadirme de que os asesinara.

A eso le respondí que los dioses se vengan

del parricida lanzándole sus rayos,

y le hablé del lazo múltiple y fuerte

que une al hijo y al padre. En fin, señor,

al ver él la firmeza con la que me oponía

a su intención monstruosa, hizo un furioso gesto

y con su espada presta de lleno alcanzó

mi cuerpo inerme, hiriéndome en el brazo;

mas cuando vio que mi ánimo, seguro de luchar

por lo justo, vibrante se alzaba en su contra,

o espantado quizá por mis voces,

de pronto salió huyendo.

GLOUCESTER Por muy lejos que vaya,

nunca en esta tierra habrá de estar él libre;

y si hallado, será ajusticiado. El honorable duque,

mi caudillo y señor, llega esta noche.

Con su autoridad proclamaré

que quien le encuentre merecerá nuestra gratitud

si trae al vil cobarde a la hoguera;

y a quien le esconda, muerte.

EDMOND Quise yo disuadirle de su intento,

y viéndole tan lanzado, con palabras de enojo

le amenacé con descubrirle. Él respondió:

«Tú, mísero bastardo, crees que si a ti

me enfrento, cuentas con confianza, virtud o valor

que a tus palabras den fe? No, lo que yo negara

—y eso voy a hacer, aunque mi propia letra

enseñes— lo achacaría todo

a tu inducción, enredo y malas artes;

y supones que el mundo es de idiotas

si no pensaran que el lucro de mi muerte

es un copioso y sobrado hálito

que a procurarla te empuja».

GLOUCESTER ¡Raro y tenaz canalla!

¿Que negaría su carta, dijo?

Suenan trompetas .

Son las trompetas del duque. No sé por qué viene.

Cerraré los puertos. El canalla no escapará.

El duque ha de permitírmelo; enviaré

su retrato aquí y allá, para que

en todo el reino se sepa de él; y buscaré el modo

de que tú, legítimo y leal muchacho,

puedas tener mis tierras.

Entran CORNWALL*,* REGAN *y criados* .

CORNWALL ¿Qué hay, noble amigo? Desde que he llegado,

y acabo de hacerlo, oigo noticias raras.

REGAN Si es cierto, toda venganza es poca

para penar al culpable. ¿Cómo te encuentras, señor?

GLOUCESTER Ay, señora, mi viejo corazón está roto, roto.

REGAN ¿Quiso el ahijado de mi padre quitarte la vida?

¿Ese a quien él dio nombre, tu Edgar?

GLOUCESTER ¡Ay, mi señora, la vergüenza querría ocultarlo!

REGAN ¿No acompañaba él a los caballeros ruidosos

que a mi padre atendían?

GLOUCESTER No lo sé, mi señora. Es terrible, terrible.

EDMOND Sí, mi señora, iba con esa banda.

REGAN No me sorprende, entonces, su mala disposición.

Ellos le habrán urgido a matar al anciano,

y así tener y derrochar sus bienes.

Esta misma noche mi hermana

contra ellos me ha prevenido, y de tal forma

que si a mi casa vienen a alojarse,

no estaré allí.

CORNWALL Ni yo, por cierto, Regan.

Me dicen, Edmond, que a tu padre has servido

filialmente.

EDMOND Era mi deber, señor.

GLOUCESTER Descubrió su artimaña, y al tratar

de prenderle recibió esta herida que veis.

CORNWALL ¿Se le persigue?

GLOUCESTER Sí, mi buen señor.

CORNWALL Si le apresan, no habrá que temer nunca más

que haga daño. Seguid vuestro propósito

haciendo libre uso de mi poder. Y tú, Edmond,

digno de tanto elogio en este día

por tu obediencia y virtud, serás de los nuestros.

Mucho necesitamos temples tan fieles.

Te tomo a mi cargo.

EDMOND Os serviré, señor,

lealmente, cuanto menos.

GLOUCESTER (*A* CORNWALL.) Agradezco en su nombre vuestro favor.

CORNWALL No sabes por qué hemos venido hasta aquí…

REGAN Tan a destiempo, enfilando los ojos de la negra noche…

Motivos de algún peso, noble Gloucester,

nos llevan a hacer uso de tu consejo.

Nuestro padre, y también nuestra hermana, han escrito

sobre unas rencillas, y creí inadecuado

responder desde nuestra casa. Los mensajeros aguardan

para llevar de aquí los despachos. Viejo amigo nuestro,

confórtate y concédenos

tu necesario parecer sobre estos asuntos,

que al instante habrá de ser aplicado.

GLOUCESTER Yo os sirvo, señora.

Vuestras nobles personas sean bienvenidas.

Trompetas .

Salen .

ESCENA II

Ante el castillo del conde de GLOUCESTER.

Entran KENT*, disfrazado, y* OSWALD*, por lados opuestos* .

OSWALD Ten buen amanecer, amigo. ¿Eres de la casa?

KENT Sí.

OSWALD ¿Dónde podemos dejar los caballos?

KENT En la ciénaga.

OSWALD Te lo ruego, sé amable conmigo y dímelo.

KENT No soy amable contigo.

OSWALD Entonces no te haré caso.

KENT Si estuvieras en mi redil bucal ya me encargaría yo de que me

hicieses caso.

OSWALD ¿Por qué me tratas así? No te conozco.

KENT Yo a ti sí te conozco.

OSWALD ¿Y cómo me conoces?

KENT Como bellaco, bribón, comedor de desechos, vil, orgulloso, vano, mendicante bellaco con tres trajes, cien libras y calzas de lanilla sucias; un truhán con hígado de azucena, litigante, bastardo, pendiente del espejo, rastrero y melindroso; un siervo cuyos bienes caben en un baúl; alguien que por prestar un servicio haría de rufián, y no es más que el compuesto de bellaco, mendigo, cobarde y alcahuete, hijo y heredero de

una perra sin casta, y alguien a quien golpearé hasta que los aullidos sean clamorosos si niegas una sola sílaba de lo que te he sumado.

OSWALD ¿Qué tipo de monstruo eres, para injuriar así a alguien que ni te es conocido ni te conoce?

KENT ¡Tú sí que eres un descarado ruin, por negar que me conoces! Dos días hace que te puse la zancadilla y te di de golpes ante el rey. Desenvaina, truhán; aunque es de noche, la luna brilla.

Desenvaina su espada .

¡Haré contigo una sopa para que moje sus rayos la luna, hijo de puta, impúdico frecuentador de barberos, desenvaina!

OSWALD Vete. Nada tengo que ver contigo.

KENT Desenvaina, bribón. Traes cartas contra el rey, y estás del lado del fantoche de doña Vanidad frente a la realeza de su padre. Desenvaina, truhán, o te hago tajadas las pantorrillas. ¡Desenvaina, bribón, venga!

OSWALD ¡Socorro, un crimen, socorro!

KENT ¡Ataca, lacayo! ¡No huyas, rufián! ¡No huyas, remilgado lacayo!

OSWALD ¡Socorro, un crimen, un crimen!

Entran el bastardo EDMOND *y después* CORNWALL*,*

REGAN*,* GLOUCESTER *y sirvientes* .

EDMOND A ver, ¿qué sucede? Separaos.

KENT También con vos, jovenzuelo. Venid aquí, si os place, y os daré carnada. Vamos, Su joven Señoría.

GLOUCESTER ¿Armas? ¿Espadas? ¿Qué sucede aquí?

CORNWALL Quietos, por vuestra vida. El que vuelva a atacar, morirá. ¿Qué sucede?

REGAN Son los mensajeros de mi hermana y del rey.

CORNWALL ¿Cuál es vuestra rencilla? Hablad.

OSWALD Me falta el aliento, señor.

KENT No es extraño, con lo que has atizado tu valentía, bribón cobarde. La Naturaleza te niega; a ti te hizo un sastre.

CORNWALL Eres un tipo extraño. ¿Un sastre que hace a un hombre?

KENT Un sastre, señor. Un entallador o un pintor no le habrían hecho tan mal, aunque solo llevaran dos años en el oficio.

CORNWALL Y ahora dime, ¿cómo empezó la disputa?

OSWALD Este anciano rufián, señor, a quien he perdonado la vida en atención a las canas de su barba…

KENT Hijo de puta, eres solo una zeta, la letra inútil. (*A* CORNWALL.) Señor, si me lo permitís, patearé a este incontenible canalla hasta que no sea más que argamasa para blanquear las paredes de una letrina. (*A* OSWALD.) ¿Así que perdonarme las canas de mi barba, eh, papamoscas?

CORNWALL Acabad de una vez.

Tú, embrutecido bribón, ¿no conoces el respeto?

KENT Sí, señor, pero la ira tiene prerrogativas.

CORNWALL ¿Por qué estás airado?

KENT Porque un patán como este lleve espada,

faltándole el honor. Es de esos truhanes sonrientes

que, como ratas, roen los sagrados vínculos

imposibles de deshacer por lo prietos, y halagan las pasiones

alzadas en el ánimo de sus amos;

aceite son del fuego, nieve para los fríos del alma,

afirman, niegan, giran su pico de ave

según cambie el humor de sus señores,

pues, como perros, no saben más que seguir.

(*A* OSWALD.) ¡La peste caiga sobre tu cara epiléptica!

¿Ríes de mis palabras como si fuera yo un bufón?

Ganso, si te agarro en los campos de Sarum,

voy a llevarte graznando a Camelot.

CORNWALL ¿Estás loco, o qué, anciano?

GLOUCESTER (*A* KENT.) ¿Cómo empezó la riña?

Dilo.

KENT No hay contrarios que se aborrezcan más

que yo y este bellaco.

CORNWALL ¿Por qué le llamas bellaco?

¿Cuál es su falta?

KENT Su semblante no es de mi agrado.

CORNWALL Quizá tampoco lo sea el mío, ni el de él o ella.

KENT Señor, mi oficio es ser claro:

he visto en otro tiempo rostros mejores

que ninguno de los que veo ahora mismo

sobre los hombros aquí presentes.

CORNWALL Este es un individuo

que, alabado por su llaneza, finge

una insolente crudeza, y así deforma

lo que en ella es natural. Él no adula, no;

recto y sincero, él solo dice verdades.

Si le creen, bien; si no, habla claro.

Conozco a estos bellacos, cuya franqueza

abriga más mañas y perversos fines

que los de veinte estúpidos siervos

cumpliendo su deber puntillosamente.

KENT Señor, de buena fe, con muy sincera verdad,

con la venia de vuestra altísima posición,

cuyo influjo, como corona de un fuego ardiente

sobre la frente de Febo centelleante…

CORNWALL Qué significa esto?

KENT Que dejo mi dialecto, tan desaprobado por vos. Señor, yo sé que no soy un adulador. El que os engañó con acentos de franqueza fue francamente un bellaco, algo que yo no seré, aunque me gane vuestro disgusto si me pedís que lo sea.

CORNWALL (*A* OSWALD.) ¿Qué ofensa le hiciste?

OSWALD Ninguna.

Su señor el rey tuvo a bien hace poco

golpearme por un malentendido,

y este, en connivencia, para halagar su disgusto,

me echó una zancadilla por detrás; caído yo, me insultó, me agravió,

y tantos atributos viriles se puso

ensalzándose, que recibió elogios del rey

por atacar a quien se había rendido,

y encarnizado en su horrenda proeza

desenvainó de nuevo contra mí.

KENT Estos cobardes truhanes

se burlarían hasta de Áyax.

CORNWALL ¡Traed el cepo!

Viejo y terco canalla, provecto fanfarrón,

yo te enseñaré.

KENT Soy demasiado anciano para aprender.

No saquéis el cepo para mí. Sirvo al rey,

y por su encargo vine hasta vos.

Poco respeto y una osada malicia

mostraréis a la persona y rango de mi señor

prendiendo a su mensajero.

CORNWALL ¡Traed el cepo!

Por mi vida y honor que allí se quedará hasta el mediodía.

REGAN ¿El mediodía! Hasta el fin del día, señor, y la noche entera.

KENT Señora, si fuera el perro de vuestro padre

no me trataríais así.

REGAN Te trato como eres, su lacayo.

Traen el cepo .

CORNWALL Este tiene la misma catadura

que los que mencionó nuestra hermana. Venga, el cepo.

GLOUCESTER Permitidme rogaros que no lo hagáis.

Grande es su falta, y el buen rey su señor

por ello le reprobará. El castigo que proponéis

solo se aplica a los más viles y despreciables

pillos por hurtos y delitos comunes.

El rey tomará a mal sin duda

ser estimado en tan poco que a su mensajero

se le retiene así.

CORNWALL Yo respondo por ello.

Ponen a KENT *en el cepo* .

REGAN Mi hermana acogería mucho peor

ver a sus caballeros golpeados e injuriados

por conducir sus asuntos. Metedle las piernas.

CORNWALL ¡Vayámonos, señor!

Salen todos menos GLOUCESTER *y* KENT.

GLOUCESTER Siento pena por ti, amigo. Lo quiere el duque,

cuyo talante, todo el mundo lo sabe,

no admite altos ni trabas. Rogaré por ti.

KENT No lo hagas, señor. He pasado en vela el duro viaje.

Ahora dormiré un rato, y después silbaré.

La suerte de un buen hombre puede recaer en sus pies.

¡Que tengas un buen día!

GLOUCESTER En eso yerra el duque; mal será recibido.

Sale .

KENT Mi buen rey, esto confirma el dicho:

el favor de los cielos dejas

para quemarte al sol.

Saca una carta .

Acércate, fanal de este orbe inferior,

y acogido a tus rayos pueda yo

examinar esta carta. Solo en la desdicha

se ve algún milagro. Sé que es de Cordelia,

que ha sido por fortuna informada

de mi encubierta andanza, y hallará tiempo

para esta tremenda situación, buscando

enmienda al daño. Desvelados y exhaustos ojos,

aprovechad el peso del párpado para no ver

este indigno hospedaje. Buenas noches, Fortuna;

sonríe otra vez; gira tu rueda.

Se duerme .

Entra EDGAR.

EDGAR He oído proclamar que se me busca,

y por el útil hueco de un árbol

rehuí la cacería. No hay puertos libres,

ningún lugar sin guardia ni vigilancia extrema

a la espera de mi captura. Mientras pueda escapar

estoy a salvo, y he pensado adoptar

el aspecto más pobre y vil jamás tenido

por la penuria, ni cuando, despreciando al hombre,

lo asemejó a las bestias. Me ensuciaré la cara,

me pondré en la cintura un paño, anudaré mi pelo como un duende,

y exhibiendo mi desnudez haré frente

a los vientos y azotes del cielo.

El campo me ha mostrado ejemplos previos

de mendigos chiflados que a grandes voces

se clavan en los brazos tiesos y mortecinos

agujas, palos, clavos y puntas de romero,

y gracias a esta imagen terrible sacan limosna,

con hechizos lunáticos, a veces con plegarias,

en pobres granjas, en molinos, apriscos

y aldeas míseras. ¡Pobre Tom! ¡Pobre loco!

Mas eso algo es. Siendo Edgar, soy poco.

Sale .

Entran LEAR*, el* BUFÓN *y el primer* CABALLERO.

LEAR Es extraño que de este modo salgan de casa

sin enviar de vuelta a mi emisario.

CABALLERO Por lo que sé,

no tenían antes de anoche intención ninguna

de desplazarse.

KENT (*Despertando* .) Salud, noble señor.

LEAR ¡Vaya! ¿Haces de esta ignominia un pasatiempo?

KENT No, mi señor.

BUFÓN Ja, ja, ¡lleva unas ligas duras! Por la cabeza se ata a los caballos, por el cuello a los osos y a los perros, por la cintura a los monos, por las piernas a los hombres. Cuando un hombre es demasiado ligero de piernas, ha de llevar calzas de madera.

LEAR ¿Quién se ha engañado tanto sobre tu condición

para ponerte ahí?

KENT Él y ella a la vez:

vuestro hijo e hija.

LEAR No.

KENT SÍ.

LEAR Te digo que no.

KENT Y yo que sí.

LEAR No, no, nunca lo harían.

KENT Sí, lo han hecho.

LEAR Por Júpiter, no.

KENT Por Juno, sí.

LEAR No se atreverían,

no podrían, no lo harían. Peor que el crimen es
un ultraje tan rudo al respeto.
Explícame con la más llana brevedad cómo
pudiste merecer o te impusieron ellos este trato,
siendo enviado nuestro.
KENT Mi señor, estaba yo
confiándoles vuestra carta bajo su techo,
y antes de alzarme del suelo, donde mis rodillas
rendían honores, llegó un correo humeante
cocido en su prisa, medio ahogado, resollando
saludos de Goneril, su señora,
y entregó unas cartas, pese a la intromisión,
que al momento leyeron; visto el contenido
llamaron a la servidumbre, montaron a caballo,
me ordenaron seguirles y esperar
una respuesta a su antojo, me miraron fríamente;
y al encontrar aquí al otro mensajero,
cuya acogida vi que envenenó la mía
—era el mismo necio que acababa
de revelar tanta insolencia con Su Alteza—
mostrándome más bruto que sabio, desenvainé.
Puso a todos en pie con sus gritos cobardes.
Vuestro hijo e hija juzgaron que este abuso
merece la ignominia aquí sufrida.

BUFÓN El invierno no ha terminado aún si los gansos salvajes vuelan hacia allá.

Canta .

Si el padre es andrajoso

de él su hijo se olvida,

mas si es poderoso

bien que el hijo le cuida.

Fortuna, gran ramera,

con pobres no se esmera.

Pero así y todo tus hijas te van a cargar con más pesos de los que puedas contar en un año.

LEAR ¡Ah, cómo sube este mal materno a mi corazón!

Desciende, *Hysterica passio,* pena rampante.

Tu esfera está abajo. ¿Dónde está esa hija?

KENT Dentro, señor, con el conde.

LEAR No me sigáis; quedaos aquí.

Sale .

PRIMER CABALLERO (*A* KENT.) ¿No hiciste ninguna afrenta más que la que has contado?

KENT Ninguna.

¿Cómo es que el rey viene con tan poca gente?

BUFÓN Si te hubieran puesto en el cepo por esa pregunta, te lo habrías merecido.

KENT ¿Por qué, bufón?

BUFÓN Te vamos a mandar a la escuela de la hormiga, para que te enseñe que en invierno no se trabaja. Todos los que se guían por su olfato se dejan conducir por sus ojos, salvo los ciegos, y no hay una nariz entre veinte que no olfatee al que apesta a podrido. Cuando una gran rueda va colina abajo, suéltala, no sea que te rompas el cuello siguiéndola; pero si algún grande va hacia arriba, déjate llevar por él.

Cuando un sabio te dé mejor consejo, devuélveme el mío. Yo querría que solo los bellacos lo siguieran, ya que lo da un bufón.

Canta .

Quien busca la ganancia

y sirve a la apariencia,

muy rápido se ausenta

si estalla la tormenta.

Yo me quedo, por bobo,

mientras escapa el listo,

más sagaz que un lobo.

El bobo sí es un cristo.

KENT ¿Dónde aprendiste eso, bufón?

BUFÓN En el cepo no, bobo.

Entra LEAR *con* GLOUCESTER.

LEAR ¿Que se niegan a hablarme? ¿Que están enfermos, cansados,

y viajaron toda la noche? Meras argucias,

signos de deserción e insurgencia.

Arguye tú una respuesta mejor.

GLOUCESTER Amado señor,

ya conocéis el carácter fiero del duque,

lo inconmovible y terco que es

en sus derroteros.

LEAR ¡Venganza, peste y muerte le confundan!

¿«Fiero»? ¿Qué carácter es ese? Gloucester, Gloucester,

quiero hablar con el duque de Cornwall y su mujer.

GLOUCESTER Ya les he informado, mi señor.

LEAR ¿«Les has informado»? ¿Tú entiendes lo que digo, buen hombre?

GLOUCESTER Sí, mi señor.

LEAR El rey quiere hablar con Cornwall; el amado padre querría con su hija hablar, exige, aguarda servicio. ¿Están «informados» de esto? Por mi candente sangre. ¿«Fiero»? El «fiero» duque. Dile al fogoso duque… No, aún no. Quizá no se encuentre bien. La enfermedad hace incumplir el deber al que la salud nos obliga. No somos nosotros si la naturaleza, agobiada, exige al alma sufrir con el cuerpo. Tendré paciencia; rechazo mi impulsivo deseo de tomar los malsanos síncopes del enfermo por los del sano. Muerte a mi potestad, ¿por qué le han puesto ahí? Esto me persuade de que la lejanía del duque y ella solo es artimaña. Traedme a mi sirviente. Decid al duque y a su mujer que he de hablarles ahora, enseguida. Ordenadles que vengan a oírme, o tocaré a la puerta de su alcoba el tambor hasta que mate al sueño a quejas.

GLOUCESTER Me gustaría veros a bien.

Sale .

LEAR ¡Este corazón mío! ¡Mi corazón rebelde! Ahora, quieto.

BUFÓN Grítale, abuelo, como la damisela a las anguilas al echarlas vivas en la masa. Les daba mamporros en la coronilla con un palo, y gritaba «¡Quietas, quietas, retozonas!». Su hermano era uno que, por pura amabilidad con su caballo, le ponía manteca al heno.

Entran GLOUCESTER, CORNWALL, REGAN *y sirvientes* .

LEAR Buenos días a ambos.

CORNWALL Os saludo, Majestad.

KENT *es liberado* .

REGAN Me alegra ver a Su Alteza.

LEAR Te creo, Regan. Y sé las razones

para creerte. Si no te alegrases

repudiaría el túmulo de tu madre,

por ser sepulcro de adúltera. (*A* KENT.) Ah, ¿estás libre?

De eso hablaremos más tarde.

Sale KENT.

Amada Regan,

tu hermana es mala cosa. Ah, Regan, como un buitre,

de aquí no saca los afilados dientes de su crueldad.

Se señala el corazón .

Apenas puedo hablarte. No creerías

con qué depravación… ¡Oh, Regan!

REGAN Os pido paciencia, señor. Antes confío

en que no sepáis apreciar sus méritos

que en la cicatería de su deber.

LEAR Dime, ¿cómo es eso?

REGAN No puedo creer que mi hermana descuide

en lo más mínimo su obligación. Mi señor, si tal vez

ha frenado el fragor de vuestros hombres,

es tal su fundamento y buen fin

que toda culpa le quitan.

LEAR Tiene mis maldiciones.

REGAN Mi señor, sois viejo.

Vuestra naturaleza está al borde

de alcanzar su confín. Deberíais ser gobernado y guiado

por alguna lumbrera que discierna vuestro estado

mejor que vos mismo. Por eso os ruego

que regreséis con mi hermana;

decid que la ofendisteis.

LEAR ¿Pedirle perdón?

¿No ves cómo cuadra a esta casa?

Se arrodilla .

«Querida hija, confieso que soy viejo.

La edad no es necesaria. De rodillas suplico

que me otorguéis ropa, comida y cama.»

REGAN Ya basta, mi señor. Son unas triquiñuelas muy feas.

Volved con mi hermana.

LEAR (*Poniéndose en pie* .)

Nunca, Regan.

Redujo mi séquito a la mitad.

Me miró sombríamente, en pleno corazón

me golpeó con su lengua, que es de serpiente.
¡Caiga sobre su ingrata crisma todo el cúmulo
de las venganzas del cielo! ¡Aires malignos, dejad
lisiados sus tiernos huesos!
CORNWALL Vamos, señor, vamos.
LEAR Clavad, raudos rayos, en sus altivos ojos
vuestro fuego más cegador. Brumas que el fuerte sol
absorbe del pantano, infectad su belleza
con estragos y llagas.
REGAN ¡Dioses benditos!
Lo mismo querréis para mí cuando os dé un pronto.
LEAR No, Regan. Nunca tendrás mi maldición.
Tu natural, que arraiga en la ternura, no dejará
que seas áspera. Sus ojos son feroces; los tuyos
consuelan y no abrasan. No está en ti
desairar mis deseos, reducir mi séquito,
lanzar frases ligeras, escatimar mis rentas,
y, en conclusión, echar el cerrojo
para impedir mi entrada. Tú conoces mejor
las leyes naturales, el vínculo filial,
las maneras corteses, la gratitud debida.
No has olvidado la mitad del reino
que yo te otorgué.
REGAN Mi buen señor, al asunto.
LEAR ¿Quién puso a mi hombre en el cepo?

Suenan trompetas .

CORNWALL ¿Qué trompeta es esa?

Entra OSWALD.

REGAN Reconozco la de mi hermana. Confirma la llegada

que anunció en su carta. (*A* OSWALD.) ¿Está aquí tu señora?

LEAR Este lacayo tiene un orgullo prestado

que el malsano favor de su dueña cobija.

(*A* OSWALD.) ¡Fuera, infeliz, de mi vista!

OSWALD ¿Qué quiere decir Su Alteza?

Entra GONERIL.

LEAR ¿Quién puso a mi criado en el cepo? Confío, Regan,

en que no lo supieras. ¿Quién llega? ¡Oh, cielos,

si amáis a los ancianos, si vuestro terso reino

permite la obediencia, si también vosotros sois viejos,

asumid esta causa! Bajad a defenderme.

(*A* GONERIL.) ¿No te avergüenza ver esta barba?

Ah, Regan, ¿le das la mano?

GONERIL ¿Por qué no la mano, señor? ¿En qué ofendí?

No es ofensa todo lo que el descaro piensa

y la chochez llama así.

LEAR ¡Qué fuerte eres, pecho!

¿Aguantarás aún? ¿Por qué pusieron a mi sirviente en el cepo?

CORNWALL Yo lo metí allí, señor; pero su alboroto

aún merecía menos miramientos.

LEAR ¿Tú? ¿Fuiste tú?

REGAN Sois débil, padre, tratad de parecerlo.

Si hasta que expire vuestro plazo de un mes

volvéis a residir con mi hermana,

sin la mitad del séquito, venid luego a mí.

Estoy fuera de casa, y sin las provisiones

precisas para albergaros.

LEAR ¿Volver con ella, despidiendo a cincuenta hombres?

No, antes abjuro de vivir bajo techo,

y escojo la amistad del lobo y el búho,

afrontando la hostilidad del viento

con el duro aprieto de la penuria. ¿Volver con ella?

Tanto me da ir de rodillas ante el trono

del bravo rey de Francia, que sin dote tomó a la más joven,

y suplicar subsidio, como un vasallo,

para seguir esta rastrera vida. ¿Volver con ella?

Pídeme antes que sea lacayo y burro de carga

de este aborrecible camarero.

GONERIL A vuestra elección, señor.

LEAR No me hagas enfurecer, hija mía.

No te incomodaré, niña. Adiós.

Nunca más nos veremos, ni nos encontraremos.

Aun así eres sangre mía, carne mía, hija mía…

O a lo mejor un mal que hay en mi carne,

y a la fuerza debo llamar mío. Eres un tumor,

una úlcera pestilente o carbunco incrustado

en mi estragada sangre. Pero no te repruebo.

Que el oprobio llegue cuando quiera, sin llamarlo yo.

No pido al dios del trueno que te fulmine,

ni iré con cuentos tuyos al alto juez Júpiter.

Enmiéndate si puedes; mejora a tu gusto.

Yo puedo ser paciente, y puedo estar con Regan,

yo y mis cien caballeros.

REGAN No diría yo tanto.

No os esperaba aún, ni estoy provista

para una digna acogida. Escuchad a mi hermana, señor.

Los que pongan razón en vuestra pasión

habrán de concluir que sois viejo, y así pues…

Ella sabe, además, lo que hace.

LEAR ¿Hablas en serio?

REGAN Me atrevo a asegurarlo, señor. Cincuenta hombres, ¿qué?

¿No está bien? ¿Por qué necesitáis más,

o esa cantidad, cuando el gasto y el riesgo

se oponen a tal número? ¿Cómo podrían tantos

vivir bien avenidos bajo un techo

con dos autoridades? Difícil es, casi imposible.

GONERIL ¿Acaso no podríais ser atendido, señor,

por los sirvientes de ella, o por los míos?

REGAN ¿Por qué no, mi señor? Si con vos se mostrasen dejados,

podríamos regularlos. Si venís conmigo

—y ahora percibo el peligro— os ruego que traigáis

tan solo veinticinco; a ninguno más

daré admisión o cobijo.

LEAR Os lo di todo.

REGAN Y en buena hora lo disteis.

LEAR Os nombré guardianas, depositarias,

mas me dejé el derecho a que me sirviera

tal número. ¿Y ahora debo ir a ti

con veinticinco? ¿Es eso lo que has dicho, Regan?

REGAN Y lo repito, señor. Conmigo, ni uno más.

LEAR Las criaturas perversas se ven favorecidas

cuando otras son más perversas. No ser el peor

alcanza un rango encomiable. (*A* GONERIL.) Iré contigo.

Tus cincuenta son veinticinco dos veces,

y tu amor dobla el suyo.

GONERIL Oídme, mi señor.

¿Por qué necesitáis veinticinco, diez o cinco

hombres en una casa donde más del doble

tiene orden de atenderos?

REGAN ¿Qué necesidad ni de uno solo?

LEAR ¡No apliquéis la razón a la necesidad! Los mendigos más míseros

tienen en su penuria cosas superfluas.

Si a la naturaleza dais solo lo necesario,

la vida humana vale no más que la animal. Eres una dama.

Si lo único lindo es ir bien abrigado,

no hay necesidad natural en lo que llevas,

lindo y de poco abrigo. Lo que se necesita…

Cielos, dadme aguante, es lo que necesito.

Dioses, aquí me veis, pobre y viejo,

tan cargado de penas como de años, por ambos afligido.

Si subleváis vosotros el corazón de ellas

contra su padre, no hagáis de mí un bobo

que sumiso lo sufre. Prestadme una ira noble,

y no dejéis que el llanto, arma de las mujeres,

manche mi rostro viril. No, monstruosas brujas,

tomaré tal venganza contra vosotras

que el mundo entero… Haré tales cosas…

Qué han de ser, aún no sé; pero serán

el pánico de la tierra. Creéis que voy a llorar.

No, no lloraré. Para el llanto tengo plenos motivos.

Tormenta lejana .

Pero este corazón se romperá en cien mil trozos

antes de que yo llore. ¡Ah, bufón, voy a enloquecer!

Salen LEAR*,* GLOUCESTER*, el* CABALLERO *y el* BUFÓN.

CORNWALL Recojámonos. Va a haber una tormenta.

REGAN Esta casa es pequeña. El viejo y su gente

no van a caber bien.

GONERIL Es culpa suya;

perdió la calma, que se trague ahora su necedad.

REGAN A él en particular yo le recibiría con gusto,

mas ni a uno solo de sus hombres.

GONERIL También es mi intención.

¿Dónde está el conde de Gloucester?

CORNWALL Salió detrás del viejo.

Entra GLOUCESTER.

Ya vuelve.

GLOUCESTER El rey ha montado en cólera.

CORNWALL ¿Hacia dónde va?

GLOUCESTER Pidió caballos, para ir no sé adónde.

CORNWALL Que siga su camino. Él es su propio guía.

GONERIL (*A* GLOUCESTER.) De ninguna manera le pidas que se quede.

GLOUCESTER Es que la noche avanza, y los fuertes vientos se encrespan rudamente. En muchas millas a la redonda apenas hay un arbusto.

REGAN Señor, para los tercos

el daño que ellos mismos se causan

es la mejor escuela. Cerrad vuestras puertas.

Le atiende un séquito de despechados,

y con lo fácil que es dando oído a embustes,

la cordura hace temer lo que ellos puedan inflamar en él.

CORNWALL Cerrad vuestras puertas, señor. Es una noche atroz.

Mi Regan aconseja bien. Salgamos de la tormenta.

Salen .

TERCER ACTO

ESCENA I

En campo abierto.

Sigue la tormenta.

Entran KENT*, disfrazado, y el primer* CABALLERO*,*

cada uno por su lado .

KENT ¿Quién está ahí, además del tiempo repugnante?

CABALLERO Uno con el ánimo tan desapacible

como el tiempo.

KENT Te conozco. ¿Dónde está el rey?

CABALLERO En liza con los torvos elementos;

al viento le ha pedido llevar la tierra al mar

o hacer crecer las rizadas aguas en la orilla,

para que así las cosas cambien o cesen.

Se arranca el pelo blanco,

que las violentas ráfagas, con rabia ciega,

atrapan en su furia, y toman por nada;

quiere, en su pequeño mundo de hombre, más tormentoso ser

que el viento y la lluvia pugnando de acá para allá.

Esta noche, cuando la osa esquilmada se guarece,

el león y el lobo al que le gruñen las tripas

mantienen seco el pelaje, él corre descubierto,

gritando «todo o nada».

KENT ¿Pero quién está con él?

CABALLERO Tan solo el bufón, tratando de abatir con burlas

las penas que han herido su corazón.

KENT Señor, sí te conozco,

y con la garantía de mi percepción me atrevo

a encomendarte algo íntimo. Hay discordia,

aunque le siguen tapando la faz

con mutuas cautelas, entre los duques de Albany y Cornwall,

que tienen —y quién entronizado en lo más alto

por sus astros no los tiene— criados, no otra cosa parecen,

los cuales son espías de Francia y especuladores

de informes sobre nuestro estado; lo que se ha visto,

sean bufidos o enredos de los duques,

o el duro freno que los dos han puesto

al viejo y tierno rey; o algo más hondo,

de lo que estas cosas quizá no son sino accesorios.

Pero lo cierto es que desde Francia llegan fuerzas

a este reino disperso; enteradas

de nuestra negligencia, ocupan posiciones secretas

en nuestros puertos mejores, a punto ya

de desplegar su bandera. Ahora, lo tuyo:

si mi palabra te da tanto pie como

para ir veloz a Dover, encontrarás allí

quienes te agradezcan el justo relato

de ese enloquecedor e inhumano pesar

del que el rey, con motivo se duele.

Soy un caballero de alcurnia y casta,

y con cierto saber y garantía te ofrezco

este despacho.

CABALLERO Volveré a hablar contigo.

KENT No lo hagas.

Para confirmar que soy mucho más

que mi facha, abre esta bolsa, y saca

su contenido. Si ves a Cordelia,

—y lo harás, no hay temor— muéstrale este anillo,

y ella te dirá quién es ese

que tú aún no conoces. ¡Maldita tormenta!

Voy a buscar al rey.

CABALLERO Dame la mano. ¿No tienes nada más que decir?

KENT Pocas palabras, pero de más alcance que el resto:

cuando encontremos al rey —y en ese afán

tú por allí, yo por aquí— quien primero tope con él

una voz dará al otro.

Salen por lados opuestos .

ESCENA II

En el mismo lugar. Sigue la tormenta.

Entran LEAR *y el* BUFÓN.

LEAR ¡Soplad, vientos, reventaos las mejillas! ¡Rugid, soplad,

diluvios y huracanes, chorreando

hasta empapar las torres y ahogar sus altos gallos!

Sulfúreas centellas, que cruzáis como ideas

y precedéis al rayo que parte en dos al roble,

chamuscad mis canas; y tú, batiente trueno,

aplana con tus golpes el grueso orbe del mundo,

rompe el molde de la naturaleza, echa por tierra el germen

que crea al hombre ingrato.

BUFÓN Ay, abuelo, mejor que te salpique la saliva untuosa del cortesano en lugar seco que esta lluvia aquí fuera. Sé bueno, abuelo,

entra, pide la bendición a tus hijas. Hace una noche que no se

apiada ni de sabios ni de bobos.

LEAR Que retumbe tu panza; escupe, fuego; lluvia, chorrea.

Lluvia y viento, rayo y llamas, no sois hijas mías.

No os acuso, elementos, de inclemencia.

Nunca os di un reino, ni fuisteis de mi prole.

No me debéis adhesión. Descargad pues

vuestro horrible deleite. Soy vuestro esclavo, vedme,

un viejo inútil, pobre, débil, vejado,

pero aun así os declaro cancilleres serviles,

que a dos funestas hijas unís vuestras escuadras,

en la altura engendradas contra una cabeza

tan vieja y blanca como la mía. ¡Ah, qué repugnante!

BUFÓN El que tiene casa donde meter la cabeza algo tiene dentro de

la cabeza.

Canta .

Quien con el rabo casa

y no con la cabeza,

la ladilla le arrasa;

casó con la pobreza.

Los que a su pie conceden

lo que al alma le quitan,

a su sueño le pueden

los callos que le irritan.

Porque nunca ha habido una mujer bella que no haga monerías ante el espejo.

Entra KENT*, disfrazado* .

LEAR No, seré el dechado de la paciencia.

No diré nada.

KENT Quién va?

BUFÓN Pardiez, pues aquí van la majestad y el rabo, o sea, un sabio y un bufón.

KENT (*A* LEAR). Ay, señor, ¿estáis aquí? Ni a quienes gusta la noche

noches como esta gustan. Los cielos iracundos

incluso aterran a los que las tinieblas recorren,

haciéndolos quedarse en su cubil. Desde que hombre soy

no recuerdo haber oído chispear tanto al fuego,

tan hórrido estallido de truenos, tan rugientes

gemidos de viento y lluvia. No puede el ser humano

acarrear esa aflicción y miedo.

LEAR Dejemos a los dioses,

que este atroz torbellino mueven sobre nosotros,

dar con sus enemigos. Tiembla, felón

que en tus adentros guardas delitos silenciados,
por ley no fustigados; escóndete, mano sangrienta,
tú, perjuro, y tú, simulador de la virtud
e incestuoso; hazte pedazos, fullero
que al abrigo de una apariencia correcta
practicaste el asesinato; culpas bien recluidas,
rasgad el envoltorio que os encubre y pedid gracia
a estos temibles justicias. Contra mí
se ha pecado más de lo que pequé.
KENT Cómo, ¿vais sin cubrir?
Mi buen señor, cerca hay una choza.
Algún amparo os dará contra la tormenta.
Reposad allí mientras yo a ese duro lugar
—más duro que las rocas en las que se levanta,
y al que hace poco, preguntando por vos,
me negaron entrada— vuelvo para exigir
la atención que escatiman.
LEAR Mi mente está revuelta.
(*Al* BUFÓN.) Vamos, muchacho. ¿Cómo estás? ¿Tienes frío?
Yo sí tengo frío. ¿Dónde está esa cabaña?
Extrañas son las artes de la necesidad,
que convierten lo vil en lo precioso. Vayamos a tu choza.
Pobre bufón bellaco, hay parte de mi pecho
que aún se apiada de ti.
BUFÓN *Canta.*

Si algo en la mollera

tienes yo de ti no lloraría;

conténtate con tus bienes,

y que llueva cada día.

LEAR Cierto, muchacho. (*A* KENT.) Vamos, llévame a esa choza.

Salen LEAR *y* KENT.

BUFÓN Qué noche más buena para enfriar a una cortesana. Diré una profecía antes de irme:

Cuando el cura predica y él no reza;

cuando agua se mezcla a la cerveza;

cuando a un noble le atañe una chorrera,

y el novio, no el hereje, va a la hoguera,

entonces es que hay gran confusión

en este reino nuestro de Albión.

Cuando aplique la ley siempre justicia,

y no exista ni deuda ni avaricia;

cuando en la lengua perezca la injuria

y ladrones no haya por penuria;

cuando sea la usura cosa neta,

y una iglesia sufrague una alcahueta,

entonces será el tiempo, si lo ves,

en que el andar se haga con los pies.

Esta profecía la hará Merlín; yo vivo por delante de su tiempo.

Sale .

ESCENA III

En el castillo del conde de GLOUCESTER.

Entran GLOUCESTER *y* EDMOND.

GLOUCESTER Ay, ay, Edmond, no me gusta este trato desnaturalizado. Cuando solicité su venia para darle auxilio, me quitaron el uso de mi propia casa, exhortándome bajo pena de despecho perpetuo a no hablar de él, rogar por él o darle algún tipo de apoyo.

EDMOND ¡Qué cosa más brutal y desnaturalizada!

GLOUCESTER Bueno, no digas nada. Hay discordia entre los duques, y algo peor que eso. Recibí esta noche una carta de la que es peligroso hablar; la he guardado en mi alcoba. Esas ofensas que el rey padece ahora serán vengadas con creces. Algunas fuerzas ya han tomado tierra. Debemos inclinarnos por el rey. Iré a buscarle y en secreto le confortaré. Tú ve y habla con el duque, para que mi acto de caridad no sea percibido por él. Si pregunta por mí, estoy enfermo y en la cama. Aunque muera por ello —y no se me amenaza con menos— mi antiguo señor el rey ha de ser socorrido. Se aproximan cosas extrañas, Edmond; te ruego que tengas cuidado.

Sale .

EDMOND De esta deferencia, que te fue prohibida, sabrá

enseguida el duque, y de la carta también.

Esto se merece algo bueno, y me hará ganar

lo que mi padre pierde: su propiedad entera.

Cuando el viejo decae la juventud prospera.

Sale .

ESCENA IV

En campo abierto, ante una choza. Entran LEAR*,* KENT*, disfrazado, y el* BUFÓN.

KENT Este es el lugar, señor. Entrad, mi noble señor.

La tiranía de la noche al raso no la soporta

nuestra naturaleza.

Sigue la tormenta .

LEAR Déjame a solas.

KENT Entrad ahí, mi noble señor.

LEAR ¿Quieres romperme el corazón?

KENT Antes me rompería el mío. Entrad, mi noble señor.

LEAR Te parece gran cosa que esta pugnaz tormenta

nos invada la piel; así es para ti,

mas donde arraiga una gran dolencia

la menor no se siente. De un oso escaparías,

mas si huyendo llegaras al rugiente mar

al oso le harías cara. Cuando el alma no pesa,

el cuerpo siente. La tempestad de mi alma

quita a mis sentidos todas las emociones

salvo la que ahí late: ingratitud filial.

¿No es como si la boca desgarrara

la mano que la alimenta? Daré un castigo cabal.

No, no voy a llorar más. ¿En una noche así

dejarme fuera? Que siga el aguacero, aguanto.

¡En semejante noche! Ay, Regan, Goneril,

vuestro anciano padre, que con el corazón os dio todo…

Por ahí se va a la locura. He de evitarla.

Ya basta.

KENT Mi buen señor, entrad.

LEAR Entra tú, te lo pido. Busca acomodo.

La tormenta me impediría ponderar

lo que más me duele; pero entraré.

(*Al* BUFÓN.) Ea, muchacho, ve primero. (*Se arrodilla* .) Tú,

[miseria pelada…

vamos, entra ya. Voy a rezar, y después a dormir.

Sale el BUFÓN.

Pobres mendigos desnudos, allí donde estéis,

recibiendo el azote de la cruel tormenta,

¿cómo os defenderán vuestra carne famélica y pelada cabeza,

vuestros andrajos rotos y raídos

de un tiempo como este? Ah, qué poco

me he preocupado de esto. Toma un remedio, boato,

déjalo todo y siente lo que los pobres sienten,

haz que a ellos les caiga lo superfluo,

mostrando un cielo más justo.

Entran el BUFÓN *y* EDGAR

con trazas de mendigo lunático, en la choza .

EDGAR ¡Braza y media! ¡Braza y media! ¡Pobre Tom!

BUFÓN No entres, abuelo. Hay un espíritu. ¡Socorro, socorro!

KENT Dame la mano. ¿Quién va?

BUFÓN Un espíritu, un espíritu. Dice que se llama Pobre Tom.

KENT ¿Quién eres, tú que estás ahí refunfuñando en la cabaña? Déjate ver.

EDGAR (*Apareciendo* .) Atrás, un demonio inmundo me va rondando. A través del espino afilado sopla el viento. ¡Hum! Vete a tu cama fría y caliéntate allí.

LEAR ¿Le diste todo a tus hijas, y por eso estás así?

EDGAR ¿Quién le da algo al Pobre Tom?; a él el demonio inmundo le ha llevado a través de hogueras y llamas, por remansos y rápidos, sobre ciénagas y tremedales; le ha puesto cuchillos bajo la almohada y sogas

en la balconada, veneno de ratas junto a la sopa; le metió orgullo en el cuerpo para que montara un corcel bayo que le llevase al trote por puentes de cuatro pulgadas, persiguiendo a su propia sombra como a un traidor. ¡Benditas sean tus cinco potencias mentales, pero Tom tiene frío! Brrr, brrr, brrr. Bendito seas contra los vendavales, las estrellas maléficas y el contagio. Dale una limosna al Pobre Tom, burlado por el demonio inmundo. Ahora mismo podría yo tenerle aquí, y allí, y luego allí y allí.

Sigue la tormenta .

LEAR ¿A esta situación le llevaron sus hijas?

(*A* EDGAR.) ¿No te quedaste nada? ¿Se lo diste todo?

BUFÓN Bueno, conservó un paño, si no estaríamos todos avergonzados.

LEAR ¡Todas las plagas que en el aire oscilante cuelgan fatídicas

sobre las culpas del hombre se posen en tus hijas!

KENT Señor, no tiene hijas.

LEAR ¡Muerte, traidor! Nada salvo unas hijas ingratas

podría someter a un humano a tal bajeza.

(*A* EDGAR.) ¿Es costumbre que padres desechados

tan poca piedad tengan de su carne?

Juicioso castigo, pues esta misma carne

engendró a esas hijas con pico de pelícano.

EDGAR Pelífalo sube mucho al monte de los Pelifalos; pío, pío, pío, pío.

BUFÓN Esta noche fría nos volverá a todos bobos o locos.

EDGAR Cuidado con el demonio inmundo; honrarás a tus padres; dirás solo palabras justas; no jurarás en vano; no desearás a la mujer legítima de tu semejante; no serás orgulloso en el atavío. Tom tiene frío.

LEAR ¿Qué eras tú antes?

EDGAR Un hombre servidor, orgulloso de alma y cabeza, que me rizaba el pelo, llevaba guantes de dama en el gorro, cumplía los anhelos del corazón de mi dueña, y hacía con ella lo que se hace a oscuras; decía más juramentos que palabras, y los rompía ante la plácida cara del cielo; yo era uno que se dormía imaginando lujurias y se despertaba

para hacerlas. Amé profundamente el vino, dadivosamente los dados, y en mujeres, tuve más concubinas que el Gran Turco. De alma, falso; de oído, chismoso; de mano, sanguinario; en pereza, un puerco, en cautela, un zorro, en gula, un lobo, en rabia, un perro, en matanza, un león. No entregues tu mísero corazón a las mujeres por un taconeo de zapatos o un crujir de sedas. No dejes tu huella en los burdeles, tu mano en las enaguas, tu pluma en el registro de los prestamistas, y desafía al demonio inmundo. Sopla aún el viento a través del espino, haciendo hu, hummm, hu, hummm. ¡Delfín, hijo mío! *Cessez,* hijo; dejadle que trote.

Sigue la tormenta .

LEAR Mejor estarías en la tumba que respondiendo a los excesos del cielo con tu cuerpo sin cubrir. El hombre, ¿no es más que esto? Observadle bien. Tú no le debes seda al gusano, cuero a la fiera, lana a la oveja, perfume al gato de algalia. Y aquí estamos nosotros tres, artificiales; tú eres la cosa en sí. El hombre desguarnecido no es más que ese animal pobre, desnudo y bifurcado que tú eres. ¡Fuera, fuera, cosas prestadas! Vamos, desabotonadme.

Entra GLOUCESTER *llevando una antorcha* .

BUFÓN Te pido, abuelo, que no te enfades. Es una necia noche para ponerse a nadar. Una hoguera en un campo desierto es como el corazón de un viejo lascivo: una pequeña brasa y todo el resto del cuerpo frío. Mirad, aquí viene una hoguera andante.

EDGAR Ese es el inmundo demonio Lenguarazicapado. Sale al toque de silencio y camina hasta que canta el primer gallo. Da telaraña al ojo, deja bizco y pone el labio leporino; pudre el trigo tierno y lastima a las pobres criaturas de la tierra.

Canta .

El páramo recorre el santo curativo,

encuentra allí a la bruja con su barba de chivo;

le pide que se baje

y le da este mensaje:

¡Fuera de aquí, hechicera!

KENT (*A* LEAR.) ¿Cómo os encontráis, Majestad?

LEAR ¿Quién es ese?

KENT (*A* GLOUCESTER.) ¿Quién va? ¿Qué buscáis?

GLOUCESTER ¿Quiénes sois? ¿Y vuestros nombres?

EDGAR Pobre Tom, el que se come a la rana nadadora, al sapo, al renacuajo, al lagarto de pared y al de agua; el que, enfurecido, cuando hace estragos el demonio inmundo, come de ensalada boñigas, se traga ratas de estiércol y carroña de perros, bebe la verde capa de la alberca quieta; al que azotan de aduar en aduar, y ponen en el cepo, castigan y encarcelan; tuvo tres gabanes para la espalda y seis camisas para el cuerpo,

monta un caballo airoso y va con armamento;

mas el ratón, la rata, y el gusano más lento

siete años han sido de Tom el alimento.

Cuidado con el que me sigue. Quieto, Smulkin; ¡tú, demonio inmundo, quieto!

GLOUCESTER (*A* LEAR.) ¿Es que Su Majestad no encontró mejor

compañía?

EDGAR El Príncipe de las Sombras es un caballero.

Unas veces le llaman Modo y, otras Mago.

GLOUCESTER (*A* LEAR.)

Nuestra propia carne y sangre, señor, están tan envilecidas que odian a quien las engendra.

EDGAR El Pobre Tom tiene frío.

GLOUCESTER (*A* LEAR.) Venid conmigo. Mi deber no tolera cumplir

en todo las duras órdenes de vuestras hijas.

Aunque el mandato fue cerrar mis puertas

dejándoos en poder de esta noche despótica,

yo me he aventurado a salir y llevaros

a donde mesa y fuego están a punto.

LEAR Antes déjame hablar con este filósofo.

(*A* EDGAR.) ¿Cuál es la causa del trueno?

KENT Aceptad, mi señor, lo que os ofrece; id a la casa.

LEAR Voy a decirle unas palabras a este erudito tebano.

(*A* EDGAR.) ¿A qué dedicas tus estudios?

EDGAR A evitar al demonio y a matar sabandijas.

LEAR Quiero preguntarte una cosa en privado.

Conversan aparte .

KENT (*A* GLOUCESTER.) Insistid una vez más en que os acompañe.

Su mente está alterada.

GLOUCESTER ¿Y puedes reprochárselo?

Sigue la tormenta .

Sus hijas quieren que muera. ¡Ah, el bueno de Kent,

dijo que así sería, y ahora sufre destierro!

El rey se vuelve loco, dices; pues bien, amigo,

yo casi estoy ya loco. Tuve un hijo,

ahora proscrito de mi linaje; quiso quitarme

la vida hace poco, muy poco. Yo le amaba, amigo;

ningún padre amó más a un hijo. Por decirte verdad,

la pena me ha turbado la mente. ¡Qué noche esta!

(*A* LEAR.) Os ruego, Majestad…

LEAR ¡Ah, te pido la venia, señor!

(*A* EDGAR.) Noble filósofo, dame tu compañía.

EDGAR Tom tiene frío.

GLOUCESTER Entra, buen hombre, en la choza; ahí tendrás calor.

LEAR Eso, entremos todos.

KENT Por aquí, señor.

LEAR ¡Con él!

Estaré tranquilo con mi filósofo.

KENT (*A* GLOUCESTER.)

Dadle gusto, señor; dejad que lleve a ese hombre.

GLOUCESTER Tú irás con él.

KENT (*A* EDGAR.) Vamos, caballerito. Ven con nosotros.

LEAR (*A* EDGAR.) Vamos, noble ateniense.

GLOUCESTER Nada de palabras, nada de palabras.

Chitón.

EDGAR Ante la torre está Roldán el joven,

y siempre con la misma canción esa:

«nada huele mejor que sangre inglesa».

Salen .

ESCENA V

En el castillo del conde de GLOUCESTER.

Entran CORNWALL *y* EDMOND.

CORNWALL Obtendré mi venganza antes de partir de aquí.

EDMOND El modo en que se me pueda censurar, señor, por poner antes la lealtad que la naturaleza, me da cierto temor cuando lo pienso.

CORNWALL Ahora advierto que no solo por su propensión al mal quiso tu hermano matarle, sino que le llevó a darle lo merecido la provocación de su propia y reprobable ruindad.

EDMOND ¡Qué pérfida es mi suerte, que hace que me arrepienta de ser justo! Esta es la carta de la que habló, prueba de que es uno de los que informan en provecho de Francia. ¡Ojalá no fuese esto traición, o yo no el denunciante!

CORNWALL Acompáñame a ver a la duquesa.

EDMOND Si lo que contiene este papel es cierto, os esperan grandes empresas.

CORNWALL Cierto o falso, ha hecho de ti conde de Gloucester. Averigua dónde está tu padre, para que le podamos prender.

EDMOND (*Aparte* .) Si le encuentro consolando al rey, eso hará más sólidas sus sospechas. (*A* CORNWALL.) Voy a perseverar en la vía de mi lealtad, aunque el conflicto entre ella y mi sangre me duela.

CORNWALL Pondré mi confianza en ti, y tú encontrarás en mi afecto un padre más cariñoso.

Salen .

ESCENA VI

En el interior de un cobertizo cercano al castillo de GLOUCESTER.

Entran GLOUCESTER *y* KENT*, disfrazado* .

GLOUCESTER Mejor aquí que en descampado; acéptalo con agradecimiento. Trataré de acomodarla mejor con todo lo que encuentre. No tardaré en volver.

KENT Las fuerzas de su mente no han podido resistir la ansiedad; ¡los dioses recompensen vuestra gentileza!

Sale GLOUCESTER.

Entran LEAR*,* EDGAR*, como mendigo lunático, y el bufón* .

EDGAR Frateretto me llama, y me dice que Nerón está de pesca en el Lago de las Sombras. Reza, inocente, y cuídate del demonio inmundo.

BUFÓN Por favor, abuelo, dime si un loco es un caballero o un hacendado.

LEAR ¡Un rey, un rey!

BUFÓN No, es un hacendado que tiene un hijo caballero; pues un hacendado ha de estar loco para consentir que su hijo sea caballero antes que él.

LEAR ¡Si mil de esos cayeran con sus picas al rojo bufando sobre ellas!

EDGAR El demonio inmundo me muerde la espalda.

BUFÓN Loco está el que confía en la mansedumbre de un lobo, el aguante de un caballo, el amor de un muchacho o la promesa de una puta.

LEAR Hágase pues. Las voy a procesar a continuación.

(*A* EDGAR.) Vos sentaos ahí, juzgador sapientísimo.

(*Al* BUFÓN.) Y vos, docto señor, aquí. Y ahora vosotras, zorras…

EDGAR ¡Ved dónde está, mirando fijamente! ¿Quieres ojos para el agujero de la señora?

Canta .

Sal del arroyo, niña, y ven a mí.

BUFÓN *Canta* .

Su barquita hace aguas,

y no tiene palabras;

¡por eso no se atreve a llegar a ti!

EDGAR El demonio inmundo obsesiona a Tom con voz de ruiseñor. Brincobailo pide a gritos dos arenques frescos desde la barriga de Tom. No graznes, ángel negro; para ti no tengo comida.

KENT ¿Cómo os sentís, señor? No estéis tan aturdido: ¿por qué no os echáis a descansar sobre los cojines?

LEAR Antes quiero ver el pleito. Traed a sus testimonios.

(*A* EDGAR.) Vos, jurisconsulto con toga, tomad asiento;

(*al* BUFÓN.) y vos, su camarada de equidad,

a su lado en el banco. (*A* KENT.) Eres juez delegado,

siéntate tú también.

EDGAR Vamos a repartir justicia.

¿Duermes o estás en vela, feliz pastor?

Tus ovejas, en el trigal;

con un soplido solo de tu boca,

no tendrán las ovejas mal.

Ronroneo, el gato es gris.

LEAR Procesad a ella primero; es Goneril. Juro ante esta honorable asamblea que le dio una patada al pobre rey, su padre.

BUFÓN Acércate, señora. ¿Te llamas Goneril?

LEAR No puede negarlo.

BUFÓN Te pido perdón, creí que eras una banqueta.

LEAR Y aquí hay otra, cuyo mirar tortuoso divulga

de qué materia está hecho su corazón. ¡Detenedla!

¡Armas, espada, fuego! ¡Corrupción en la sala!

Juzgador falaz, ¿por qué la dejaste escapar!

EDGAR ¡Benditas sean tus cinco potencias mentales!

KENT (*A* LEAR.) ¡Por piedad, señor! ¿Dónde está la paciencia

que tanto presumíais de mantener?

EDGAR (*Aparte* .) Mis lágrimas se ponen tan de su lado

que mi impostura malogran.

LEAR Incluso los perrillos,

Truco, Albino, y Cuerdo, ya lo veis, me ladran.

EDGAR Tom les va a plantar cara. ¡Largo, chuchos!

Sean tus dientes amarillos,

o envenenen tus colmillos,

seas mastín o descastado,

perro de caza o castrado,

de jauría, o de collar,

Tom aullar te hará, y llorar,

pues mi cara así plantando

los perros huyen ladrando.

Brrr. Brrr. ¡*Cessez!* Vámonos de vigilia, por las ferias y mercados. Pobre Tom, el cuerno se te ha secado.

LEAR Pues que le hagan la anatomía a Regan; a ver qué tiene en su corazón. ¿Hay alguna causa natural que produzca estos duros corazones? (*A* EDGAR.) Y a ti, caballero, te incorporo como uno de mis cien, aunque no me gusta el estilo de tus ropajes. Tú dirás que son persas; pero habrá que cambiarlos.

KENT Ahora, señor, echaos aquí y descansad un poco.

LEAR No hagáis ruido, no hagáis ruido. Corred las cortinas. Así, así. Cenaremos por la mañana.

Duerme .

BUFÓN Y yo me iré a la cama al mediodía.

Entra GLOUCESTER.

GLOUCESTER (*A* KENT.) Acércate, amigo. ¿Dónde está el rey mi señor?

KENT Aquí, señor, pero no le molestéis; la razón le ha abandonado.

GLOUCESTER Mi buen amigo, te pido que lo lleves en brazos.

Me he enterado de una conjura para matarle.

Hay una litera dispuesta. Ponle en ella

y dirígete a Dover, donde hallarás protección

y buena acogida. Llévate a tu señor.

Si te distraes media hora, su vida,

con la tuya y las de quienes le amparan,

sin duda están perdidas. Llévatelo,

y sígueme, pues voy a darte enseguida

algunos víveres.

KENT (*A* LEAR.) El hombre hostigado duerme.

Este reposo quizá ha sido el bálsamo de tus nervios rotos,

que, si no lo permite la oportunidad,

difícil cura tienen. (*Al* BUFÓN.) Ayúdame a cargar con tu señor;

no te quedes atrás.

GLOUCESTER Vamos, vámonos.

Salen todos excepto EDGAR.

EDGAR Cuando vemos al grande tener más sufrimiento,

pensar es más difícil que lo nuestro es tormento.

Quien a solas padece, padece en su cabeza,

disfrutar no pudiendo de fiesta y ligereza.

Mas la mente supera toda su agonía

si recibe consuelo; su dolor, compañía.

La pena que ahora sufro no me es tan doliente,

pues si a mí me hace pobre, al rey hace sirviente.

Hijas crueles, cruel padre. Y ahora, Tom, has de irte.

Procura oírlo todo, y solo descubrirte

cuando la opinión falsa, que a ti te ha zaherido,

revoque sus infamias y te dé lo debido.

¡Pase lo que pase esta noche, que el rey escape ileso!

Y tú a escondidas, a escondidas.

Salen .

ESCENA VII

Dentro del castillo de GLOUCESTER.

Entran CORNWALL*,* REGAN*,* GONERIL*, el bastardo* EDMOND

y SIRVIENTES.

CORNWALL (*A* GONERIL.)Parte rápidamente junto a tu esposo. Muéstrale esta carta. Los ejércitos de Francia han desembarcado. (*A los sirvientes* .) Buscad al traidor Gloucester.

Salen algunos sirvientes .

REGAN Ahórcale al instante.

GONERIL Arráncale los ojos.

CORNWALL Dejadle en manos de mi descontento. Edmond, ve en compañía de nuestra hermana. No es adecuado que contemples las represalias que habremos de tomar contra tu traicionero padre. Avisa al duque, con quien vas a reunirte, para que se prepare con celeridad; lo mismo haremos nosotros. Nuestros mensajeros irán llevándonos información pronta. (*A* GONERIL.) Adiós, querida hermana. (*A* EDMOND.) Adiós, conde de Gloucester.

Entra OSWALD.

¿Y bien? ¿Dónde está el rey?

OSWALD El conde de Gloucester le ha llevado fuera de aquí.

Treinta y cinco o treinta y seis de sus caballeros,

que fueron rebuscándole con fervor, a las puertas le hallaron,

y, junto a algún asalariado más del conde,

van con él hacia Dover, donde se jactan

de tener amigos bien armados.

CORNWALL Trae los caballos para tu señora.

Sale OSWALD.

GONERIL Adiós, mi querido señor, y tú, hermana.

CORNWALL Adiós, Edmond.

Salen GONERIL *y* EDMOND.

A los sirvientes .

Id a buscar al traidor Gloucester.

Maniatadle como a un ladrón; traedlo a mi presencia.

Salen otros sirvientes .

Aunque no puedo sentenciarle a muerte

conforme a la ley, mi autoridad le hará una reverencia

a mi ira, y podrán los hombres

criticarlo pero no contenerlo.

Entran unos sirvientes

con GLOUCESTER.

¿Quién viene ahí, el traidor?

REGAN Zorro ingrato; él es.

CORNWALL Atadle bien esos brazos de corcho.

GLOUCESTER ¿Qué os proponéis, señores? Amigos míos, considerad que sois mis invitados. No juguéis suciamente conmigo.

CORNWALL (*A los sirvientes* .) Atadle os digo.

REGAN ¡Apretad fuerte! ¡Asqueroso traidor!

GLOUCESTER Vos sí sois una dama sin compasión, yo nada de eso.

CORNWALL (*A los sirvientes* .) Atadle a esta silla. (*A* GLOUCESTER.) Ya verás, canalla…

REGAN *le tira de la barba* .

GLOUCESTER Por los dioses clementes, es cosa muy innoble

tirarme de la barba.

REGAN Tan blanca, y tamaño traidor.

GLOUCESTER Dama perversa,

los pelos que arrancáis de mis mejillas

volverán a crecer para acusaros. Sois mis huéspedes.

No debierais desarreglar mi acogedor semblante

con manos de bandido. ¿Qué vais a hacer?

CORNWALL A ver, señor, ¿qué cartas has tenido últimamente de Francia?

REGAN Responde llanamente: sabemos la verdad.

CORNWALL ¿Qué confabulación tienes con los traidores recién llegados a nuestro reino?

REGAN En cuyas manos
has puesto al rey lunático. Habla.

GLOUCESTER He tenido una carta llena de conjeturas,
enviada por alguien que es neutral,
y no un oponente.

CORNWALL Astuto.

REGAN Y falso.

CORNWALL ¿Adónde has enviado al rey?

GLOUCESTER A Dover.

REGAN ¿Por qué a Dover? ¿No se te ordenó, bajo peligro de…?

CORNWALL ¿Por qué a Dover? Deja que responda a eso.

GLOUCESTER Estoy amarrado a la estaca, y he de aguantar el acoso.

REGAN ¿Por qué a Dover?

GLOUCESTER Por no ver cómo le arrancabais con vuestras duras uñas
los febles ojos de anciano, ni a vuestra hermana fiera
clavando en carne ungida sus colmillos de jabalí.
Ante una tormenta como la que él sufrió destapado
en una negra noche infernal, el mar habría subido
para apagar los fuegos astrales.
Y no, el pobre anciano contribuyó a la lluvia del cielo.

Si en esa hora sombría un lobo hubiese aullado a tus puertas,

habrías dicho: «Guardián, quita el cerrojo;

me adhiero a las crueldades». Pero aún he de ver

a la venganza alada alcanzando a estas hijas.

CORNWALL Ver tú eso, nunca. Vosotros, agarrad la silla.

En estos ojos tuyos voy a ensartar los pies.

GLOUCESTER ¡Venga en mi ayuda aquel que tenga idea

de llegar a viejo! ¡Qué cruel! ¡Por los dioses!

CORNWALL *le saca un ojo a* GLOUCESTER *y lo pisa* .

REGAN (*A* CORNWALL.) Una parte se burlará de la otra; el otro, también.

CORNWALL (*A* GLOUCESTER.) Si ves a la venganza…

SIRVIENTE Deteneos, mi señor.

Os he estado sirviendo desde niño,

mas nunca os serviré mejor que al pediros ahora

que os detengáis.

REGAN ¿Cómo, perro, cómo?

SIRVIENTE Si tuvieseis barba en la cara

tiraría de ella por esta reprimenda. (*A* CORNWALL.) ¿Qué queréis hacer?

CORNWALL ¡Mi siervo!

SIRVIENTE Pues bien, adelante, arriesgaos a la ira.

Desenvainan y luchan .

REGAN (*A otro sirviente* .) Dame tu espada. ¡Un gañán sublevándose!

Toma una espada y se la clava por la espalda .

SIRVIENTE (*A* GLOUCESTER.) Ah, me han matado. Mi señor, os queda un ojo

para ver cómo le escarmientan.

REGAN *vuelve a clavarle la espada* .

¡Ah!

Muere .

CORNWALL Evitemos entonces que siga viendo. ¡Fuera, vil gelatina!

Le saca el otro ojo a GLOUCESTER.

¿Dónde está ahora el lustre?

GLOUCESTER Todo oscuro y desolado. ¿Dónde está mi hijo Edmond?

Edmond, reaviva la hoguera del instinto

en desquite de este acto horrible.

REGAN ¡Vete, traidor canalla!

Llamas al que te odia. Él fue

quien primero nos indicó tu traición,

y es demasiado recto para apiadarse de ti.

GLOUCESTER ¡Ah, mis dislates! Entonces Edgar fue denigrado.

¡Dioses benignos, perdonádmelo a mí, y a él favorecedle!

REGAN (*A los sirvientes* .) Sacadle a empujones hasta la puerta, y que encuentre

el camino a Dover con la nariz.

Salen sirvientes con GLOUCESTER.

¿Qué te sucede, mi noble esposo? ¿Cómo estás?

CORNWALL Tengo una herida. Sígueme, esposa mía.

(*A los sirvientes* .) Expulsad al canalla sin ojos. Y echad

a ese siervo al estercolero. Regan, sangro mucho.

En mala hora llega esta herida. Dame tu brazo.

Salen CORNWALL *llevado por* REGAN.

SEGUNDO SIRVIENTE

Si este hombre sale bien librado, ya no me importará

hacer cualquier maldad.

TERCER SIRVIENTE Si ella vive mucho,

y encuentra al fin la muerte por la vía usual,

monstruos se volverán las mujeres.

SEGUNDO SIRVIENTE Sigamos al viejo conde, y que ese chiflado

le lleve adonde quiera. Su traviesa locura

cualquier cosa hacer deja.

TERCER SIRVIENTE Yo en su rostro llagado aplicaré una cura

con clara de huevo y vendas. ¡Y el cielo le proteja!

Salen cada uno por su lado .

CUARTO ACTO

ESCENA I

En campo abierto .

Entra EDGAR *como mendigo lunático* .

EDGAR Mejor así, sabiéndome humillado,

que seguir humillado y halagado. Lo peor,

lo que la suerte trata con desdén más soez,

mantiene una esperanza, vive sin miedo.

El cambio deplorable es desde lo mejor;

de lo peor se pasa al júbilo. Bienvenido, pues,

aire insubstancial que en mis brazos recibo.

Este infeliz que soplando has llevado a lo peor

no debe nada a tus ráfagas.

Entra GLOUCESTER*, llevado por un anciano* .

Pero, ¿quién viene?

¿Mi padre con sus ojos fuera? ¡Mundo, mundo, qué mundo!

Solo por tus raros vuelcos, que odioso te hacen,

aceptamos llegar a la vejez.

EDGAR *se aparta* .

ANCIANO (*A* GLOUCESTER.) Mi señor,

vasallo he sido vuestro y de vuestro padre

ochenta años.

GLOUCESTER Vete, vete de aquí, amigo mío, márchate.

Tus consuelos no pueden darme ningún bien;

y a ti podrían hacerte mal.

ANCIANO No podéis ver el camino.

GLOUCESTER Yo no tengo camino, y por eso no me hacen falta ojos.

Solía tropezar cuando veía. Es muy frecuente

que los bienes nos hagan confiados, y la carencia

vaya en ganancia nuestra. Querido hijo Edgar,

alimento del odio de tu engañado padre…

Si solo por el tacto alcanzara yo a verte

diría que otra vez ojos tengo.

ANCIANO ¿Qué pasa? ¿Quién va?

EDGAR (*Aparte* .) ¡Ay, dioses! ¿Quién decir puede: «Llegué a lo peor»?

Peor estoy de lo que nunca he estado.

ANCIANO (*A* GLOUCESTER.) Es Tom, el pobre loco.

EDGAR (*Aparte* .) Y aún peor podré estar. Lo peor no ha llegado

mientras pueda decirse: «Esto es lo peor».

ANCIANO (*A* EDGAR.) ¿Dónde vas, hombre?

GLOUCESTER ¿Es un mendigo?

ANCIANO Loco y también mendigo.

GLOUCESTER Algo de razón tiene, o no mendigaría.

Anoche en la tormenta a alguien vi como él,

y me hizo pensar que el hombre es un gusano. Vino entonces

mi hijo a mi mente, pese al poco apego

que mi mente tenía por él. He sabido después más cosas.

Para los dioses somos como moscas para los niños traviesos;

nos matan por divertirse.

EDGAR (*Aparte* .) ¿Cómo pudo suceder?

Mal oficio tener que hacer bufonadas ante la pena,

para enojo de uno y otros.

Avanza .

Bendita sea Su Señoría.

GLOUCESTER ¿Es el que va desnudo?

ANCIANO Sí, mi señor.

GLOUCESTER Márchate. Si en atención a mí

quisieras alcanzarnos a una o dos millas de aquí

en el camino de Dover, hazlo por tu antiguo afecto,

y algo de abrigo trae para esta desnuda alma,

a quien voy a pedir que me guíe.

ANCIANO Pero si está loco, señor.

GLOUCESTER La plaga de este tiempo es que a los ciegos guíen los locos.

Haz lo que te pido; o lo que a ti te plazca.

Por encima de todo, vete.

ANCIANO Le traeré las mejores galas que tengo,

y que pase lo que pase.

Sale .

GLOUCESTER ¡Tú, el que va desnudo!

EDGAR El Pobre Tom tiene frío. (*Aparte* .) No puedo encubrirlo más.

GLOUCESTER Ven aquí, buen hombre.

EDGAR (*Aparte* .) Pero he de hacerlo.

(*A* GLOUCESTER.) Santos sean vuestros suaves ojos; sangran.

GLOUCESTER ¿Sabes ir a Dover?

EDGAR A caballo y a pie, saltando tapias y cruzando puertas. El miedo le ha quitado su buen sentido al Pobre Tom. Los dioses os protejan, hijo de hombre justo, del demonio inmundo.

Cinco demonios han entrado a la vez en el pobre Tom: Obidicut el de la lujuria, Duendebailo el príncipe del mutismo, Mago el del robo, Modo el del crimen, Lenguarazicapado el de burlas y muecas, el que a continuación posee a mozas de servicio y damas de honor. Así que, os protejan bien, Su Señoría.

GLOUCESTER Toma mi bolsa, tú a quien el cielo aciago

ha sometido a sus golpes. El ser yo desdichado

te hace a ti el más feliz. Cielos, actuad así siempre.

Y que el hombre superfluo que de placer se nutre

y vuestra ley esclaviza, que se niega a ver

porque sentir no puede, sienta rápidamente vuestro poder.

Así el reparto repararía el exceso,

y habría suficiente para todos. ¿Conoces Dover?

EDGAR Sí, Su Señoría.

GLOUCESTER Hay un acantilado cuyo saliente cabo

con terror mira al profundo mar preso.

Llévame de tu mano a su margen,

y daré remedio a la miseria que sufres

con algo de valor que tengo conmigo. Desde aquel lugar

no me hará falta guía.

EDGAR Dadme el brazo.

El Pobre Tom os guiará.

Salen, EDGAR *guiando a* GLOUCESTER.

ESCENA II

Ante el castillo del duque de ALBANY.

Entran GONERIL *y el bastardo* EDMOND *por una puerta,*

y el mayordomo OSWALD *por otra* .

GONERIL Bienvenido, señor. Me asombra que mi manso esposo no haya salido a esperarnos. (*A* OSWALD.) Y bien, ¿dónde está tu amo?

OSWALD Dentro, mi señora; mas no es el hombre que era.

Le hablé del desembarco del ejército;

se puso a sonreír. Le dije que veníais;

me respondió «Lo peor». Cuando le informé

de la traición de Gloucester y del leal

servicio de su hijo me llamó tonto,

diciéndome que todo lo ponía yo del revés.

Lo más desagradable le parece grato;

lo agradable, insultante.

GONERIL (*A* EDMOND.) No sigas adelante, entonces.

Es su ánimo acobardado por el terror

que no se atreve a entrar en acción. No siente las afrentas

que a responder le fuerzan. Nuestros deseos del viaje

pueden efectuarse. Vuelve con mi cuñado, Edmond.

Activa su recluta y conduce sus tropas.

Yo cambiaré en casa los atributos, y pondré la rueca

en manos de mi esposo. Este criado fiel

nos mantendrá en contacto. No tardarás mucho en oír,

si te arriesgas a obrar en tu propio favor,

la orden de una mujer y ama. Ponte esto. Ahorra palabras.

Inclina la cabeza. Si este beso fuese capaz de hablar

levantaría tu ánimo a las alturas.

Le besa .

Deja que en ti madure, y vete en paz.

EDMOND Soldado tuyo soy hasta la muerte.

GONERIL Mi muy amado Gloucester.

Sale EDMOND.

¡Ah, qué diferencia de hombre a hombre!

Tú te has ganado los favores de una mujer;

un bobo usurpa mi cuerpo.

OSWALD Señora, aquí llega mi señor.

Entra ALBANY.

GONERIL ¿Merezco ser tratada peor que un perro?

ALBANY Tú, Goneril,

no mereces ni el polvo que el rudo viento

sopla en tu cara. Le temo a tu carácter.

Una naturaleza que desdeña su origen

no puede estar segura de sus propios límites.

Quien voluntariamente se arranca y se desgaja

de lo que le da savia, por fuerza ha de secarse,

y tener uso nocivo.

GONERIL No sigas. La lección es idiota.

ALBANY La bondad y el saber al vil parecen viles;

el sucio saborea solo lo que es como él. ¿Qué has hecho?

Tigresas, y no hijas, ¿qué habéis llevado a cabo?
A un padre y anciano abnegado,
que hasta un oso cautivo lamería en reverencia,
habéis vuelto loco, degeneradas, bárbaras.
¿Cómo aguantó mi cuñado que lo hicierais…
un hombre, un príncipe por él beneficiado?
Si los cielos no envían pronto sus visibles espíritus
para poner freno a estos agravios viles,
llegará pronto el día
en que el ser humano se devore a sí mismo,
como los monstruos del piélago.
GONERIL Hombre de hígado blanquecino,
que en la mejilla soportas golpes, en la cabeza escarnios;
tu cara no tiene ojos para discernir
tu honor de tu ignominia… ni ves que solo un bobo
se apiada del canalla castigado
antes de hacer el daño; ¿dónde están tus tambores?
Francia extiende su enseña en nuestras quietas tierras,
sus yelmos emplumados tu poder ya amenazan,
mientras tú, tonto de la moral, sin moverte exclamas
«Ay, ¿por qué harán esto?»
ALBANY Mírate, diablo.
La deformidad del demonio se muestra en él
menos horrible que en la mujer.
GONERIL ¡Bobo presuntuoso!

ALBANY Forma desfigurada que a ti misma te encubres, no pongas
por vergüenza cara de monstruo. Si a mí me fuese lícito
permitir que estas manos a mi sangre obedezcan,
ellas están dispuestas a dislocar tus huesos
y desgarrar tu carne. Por demonio que seas,
los rasgos de mujer te escudan.
GONERIL Pon tu hombría a la sombra, y así se enfría.
Entra un mensajero .
ALBANY ¿Alguna noticia?
MENSAJERO Ay, mi señor, el duque de Cornwall ha muerto;
le mató un criado cuando iba a sacarle
el otro ojo a Gloucester.
ALBANY ¿Los ojos de Gloucester?
MENSAJERO Un criado mantenido por este, en un rapto de pena,
se opuso a tal acción, y dirigió su espada
contra el gran señor, el cual, enfurecido,
cayó sobre él, y, con otros, le dejó muerto,
no sin esa dañina herida que después
se lo ha llevado a él también.
ALBANY Eso demuestra que estáis ahí arriba,
justicieros, y podéis vengar velozmente
nuestros ínfimos crímenes. ¡Pero pobre Gloucester!
¿Perdió el otro ojo?
MENSAJERO Los dos, señor, los dos.
Esta carta, señora, pide una respuesta rápida.

Es de vuestra hermana.

GONERIL (*Aparte* .) Por un lado esto me agrada;

mas al ser viuda, y con mi Gloucester junto a ella,

todas las ilusiones que he fabricado podrían desplomarse

sobre mi vida, haciéndola odiosa. Por otro lado

la noticia no es tan acerba. La voy a leer para responderla.

Sale con OSWALD.

ALBANY ¿Dónde estaba su hijo cuando le sacaron los ojos?

MENSAJERO Viniendo hacia aquí con mi señora.

ALBANY Aquí no está.

MENSAJERO No, mi señor. Le encontré cuando él regresaba.

ALBANY ¿Conoce él esta abyección?

MENSAJERO Sí, mi señor; él fue quien le denunció,

y se marchó a propósito para dejar

vía más libre al castigo.

ALBANY Gloucester, yo vivo

para agradecerte el amor que has mostrado al rey,

y para vengar tus ojos. Ven por aquí, amigo.

Dime qué más sabes.

Salen .

Entran KENT *disfrazado y el primer* CABALLERO.

KENT ¿El por qué se ha marchado tan repentinamente el rey de Francia no lo sabes?

CABALLERO Algún asunto de Estado que dejó sin concluir,

y se ha tenido en cuenta después de que él partiera;

algo tan peligroso y temible para el reino

que requirió necesariamente su asistencia personal.

KENT ¿A quién ha dejado como general?

CABALLERO Al mariscal de Francia monsieur la Far.

KENT ¿Mostró la reina algo de pena incitada por tus cartas?

CABALLERO Sí, señor. Las tomó y leyó en mi presencia,

y de vez en cuando una gruesa lágrima

corría por su mejilla suave. Parecía la reina

de sus emociones, que, como rebeldes,

sobre ella querían reinar.

KENT La conmovieron, entonces.

CABALLERO Sin desquiciarla. La calma y el pesar rivalizaban

en darle la expresión más bella. Habrás visto

lluvia y sol a la vez; risueña y llorosa,

ella era igual, de mejor manera. Su feliz sonrisa,

jugando con los labios carnosos, parecía ignorar

a los huéspedes de sus ojos, que se marchaban de allí

como perlas caídas de los diamantes. En resumen,

el pesar sería una alhaja muy deseada

si a todos agraciase tanto.

KENT ¿Y nada dijo su voz?

CABALLERO En verdad, una o dos veces exhaló la palabra «padre»,

resollando como si le oprimiese el corazón.

Y gritó «¡Hermanas, hermanas, baldón de las mujeres, hermanas,

Kent, padre, hermanas, cómo, en la tormenta, en la noche,

no se puede creer en la piedad!». Enjugó después
el agua bendita de sus celestes ojos,
y, dominado el llanto, de allí se alejó presurosa
para enfrentarse sola a su pena.
KENT Los astros,
esos astros que están encima son los que rigen nuestro temperamento,
o no podrían un mismo macho y hembra engendrar
tan distinta prole. ¿No volviste a hablar con ella?
CABALLERO No.
KENT ¿Fue eso antes de que el rey regresara?
CABALLERO No, después.
KENT Bien, amigo, el pobre y triste Lear está en la ciudad,
y a veces, cuando no desafina, recuerda
por qué vinimos aquí, y de ningún modo
consiente en ver a su hija.
CABALLERO ¿Por qué, señor?
KENT Una vergüenza suprema no le deja en paz: su dureza,
que la privó de sus bendiciones, la empujó a trances
en tierra extraña, dando él lo que por derecho era de ella
a unas hijas con alma de perro. Tanto envenena esto
su ánimo que una flagrante vergüenza
le aparta de Cordelia.
CABALLERO ¡Pobre señor!
KENT ¿No sabes nada de las tropas de Albany y Cornwall?
CABALLERO Sí, están en pie de guerra.

KENT Bien, te llevaré ante nuestro señor Lear,

y te quedarás cuidando de él. Un motivo serio

me va a ocultar algún tiempo bajo un disfraz.

Cuando se sepa quién soy de verdad no lamentarás

haberme dado tu confianza. Ahora te pido

que vengas conmigo.

Salen .

ESCENA III

En el campamento francés en Dover. Entran, con tambores

y estandartes, la reina CORDELIA*,* CABALLEROS *y soldados* .

CORDELIA ¡Sí, es él! Se le acaba de ver,

tan loco como el mar iracundo, cantando a voces,

coronado de vulgar fumaria y de maleza,

de bardana, cicuta, ortigas, mastuerzo,

cizaña y otras inútiles hierbas crecidas

entre el trigo que da sustento. Que salga una centuria,

y no quede un palmo en las mieses del campo sin rastrear;

traedlo ante mis ojos.

Salen algunos .

¿Puede el saber del hombre

restaurar su razón dañada?

Quien le auxilie tendrá todos mis bienes tangibles.

CABALLERO Existen modos, señora.

Nuestra ama de cría natural es el sosiego,

y eso a él le falta. Para producírselo

hay pociones muy efectivas, capaces

de cerrar el ojo angustiado.

CORDELIA ¡Benditas fórmulas,

inéditos remedios de la tierra,

brotad con mis lágrimas, para asistir y curar

la congoja de este hombre bueno! Buscad, buscadle,

antes de que su desmandado furor disipe una vida

que no sabe cómo guiarse.

Entra un mensajero .

MENSAJERO Hay noticias, señora.

Las tropas británicas marchan hacia aquí.

CORDELIA Era sabido; nos hemos preparado

para darles recibimiento. Ah, padre querido,

tus asuntos son los que me ocupan;

por eso el rey de Francia se apiadó

de mi duelo y mi llanto importuno.

No es la inflada ambición lo que nos mueve al combate,

sino amor, sincero amor, y hacer justicia a nuestro anciano padre.

¡Que pronto pueda verle y oírle!

Salen .

ESCENA IV

En el castillo de GLOUCESTER*. Entran* REGAN *y* OSWALD.

REGAN ¿Pero avanzan las tropas de mi hermano?

OSWALD Sí, mi señora.

REGAN ¿Y va él en persona?

OSWALD Refunfuñando mucho, señora.

Vuestra hermana es mejor soldado.

REGAN ¿No habló lord Edmond con tu señor en casa?

OSWALD No, mi señora.

REGAN ¿Qué dirán las cartas que le escribió mi hermana?

OSWALD No lo sé, señora.

REGAN La verdad es que de aquí salió aprisa por algo grave.

Fue una gran negligencia dejar vivo a Gloucester

tras sacarle los ojos. Allí donde llega subleva

contra nosotros los ánimos. Edmond, supongo, se ha ido,

apiadado de su infortunio, a resolverle

la noche de su vida, y también para averiguar

la fuerza del enemigo.

OSWALD Debo ir tras él, señora, con esta carta.

REGAN Nuestro ejército parte mañana. Quédate aquí.

Los caminos son peligrosos.

OSWALD No puedo.

Mi señora insistió en que cumpliera este encargo.

REGAN ¿Por qué ha de escribirle a Edmond? ¿No podías

trasmitir su recado de palabra? Es probable…

algo hay. No sé qué. Te voy a querer bien:

déjame abrir la carta.

OSWALD Yo preferiría…

REGAN Sé que tu señora no ama a su esposo.

De eso estoy segura, y cuando estuvo aquí recientemente

lanzaba extraños guiños y miradas locuaces

al noble Edmond. Sé lo entrañable que eres para ella.

OSWALD ¿Yo, señora?

REGAN Hablo con conocimiento. Sé que lo eres.

Te aconsejo por tanto que tomes nota de esto.

Mi esposo ha muerto. Edmond y yo lo hablamos,

y él le viene mejor a mi mano

que a la de tu señora. Puedes deducir lo demás.

Si le encuentras, te ruego que le des esto,

y cuando a tu señora le hayas dicho todo

deséale, te lo pido, que invoque a su cordura.

Y ahora, adiós.

Por si algo llegas a oír de ese ciego traidor:

quien acabe con él será ascendido.

OSWALD Querría encontrármelo, señora. Y mostrar

de quién soy partidario.

REGAN Que tengas suerte.

Salen por separado .

ESCENA V

En las cercanías de Dover. Entra EDGAR*, disfrazado de campesino,*

guiando con un bastón al ciego GLOUCESTER.

GLOUCESTER ¿Cuándo llegaré a la cumbre del cerro?

EDGAR Estáis subiendo por ella. Ya veis lo que nos cuesta.

GLOUCESTER A mí me parece tierra llana.

EDGAR Horriblemente empinada.

Escuchad, ¿oís el mar?

GLOUCESTER No, la verdad.

EDGAR Entonces es que el dolor de vuestros ojos

os estropea los otros sentidos.

GLOUCESTER Puede que sea eso.

Encuentro tu voz cambiada, y hablas

con mejor expresión y más enjundia que antes.

EDGAR Estáis muy engañado. En nada he cambiado

más que en la ropa.

GLOUCESTER Yo creo que hablas mejor.

EDGAR Venid, señor, este es el sitio. No os mováis. ¡Qué mareo

y terror da bajar los ojos tan al fondo!

Los cuervos y los grajos que entre tierra y mar vuelan

apenas llegan al tamaño de escarabajos. A mitad de la roca

cuelga alguien cogiendo hinojo, ¡oficio horrendo!

No me resulta más grande que su cabeza.

Los pescadores que van por la playa

parecen ratones, y la alta nave anclada allá lejos

reducida queda a una barca, la barca a una boya

tan pequeña que no se ve. Las olas rumorosas

que frotan los ociosos guijarros sin número

no pueden, desde tan alto, oírse. No voy a mirar más,

o el cerebro me dará vueltas y la vista endeble

me hará caer de cabeza abajo.

GLOUCESTER Ponme donde tú estás.

EDGAR Dadme la mano. Estáis ahora a un pie
del margen extremo. Ni por todo lo que hay bajo el cielo
daría yo aquí botes.
GLOUCESTER Suéltame la mano.
Ten, amigo, otra bolsa; dentro hay una joya
que bien vale la estimación de un pobre. ¡Las hadas y los dioses
han de hacértela más lucrativa! Aléjate.
Dime adiós, y que yo te oiga marchar.
EDGAR Adiós entonces, mi buen señor.
Se queda a un lado .
GLOUCESTER De todo corazón.
EDGAR (*Aparte* .) El que juegue yo así con su desespero
es por curarle.
GLOUCESTER (*Arrodillándose* .) ¡Dioses omnipotentes,
a este mundo renuncio, y ante vuestra mirada
resignado me quito la aflicción!
Si pudiera más tiempo soportarla, sin caer
en disputas con vuestra voluntad invencible,
la mecha que aún queda de mi execrable vida
ardería hasta el fin. ¡Si Edgar vive, bendecidle!
Y ahora, amigo, adiós.
EDGAR Ya me he ido, señor. Adiós.
GLOUCESTER *cae hacia adelante* .
(*Aparte* .) Mas no sé si el engaño puede hurtar
el tesoro de la vida, cuando es la misma vida

la que consiente el robo. De haber estado donde pensaba él

ahora ni pensamientos tendría. ¿Vivo o muerto?

(*A* GLOUCESTER.) Eh, señor, es a vos, amigo; señor, ¿me oís? Decid algo.

(*Aparte* .) Podría estar muerto de verdad. Mas no, revive.

(*A* GLOUCESTER.) ¿Quién sois, señor?

GLOUCESTER Vete, y déjame morir.

EDGAR De no haber sido gasa, plumas, aire,

al caer desde tanta altura

os habríais roto como un huevo. Pero respiráis,

tenéis materia sólida, no sangráis, habláis, estáis sano.

Diez mástiles uno sobre otro no llegan a la altura

de la que habéis caído en perpendicular.

Milagro es que viváis. Decid algo más.

GLOUCESTER Pero ¿he caído, o no?

EDGAR Desde la horrenda cima de este confín calizo.

Mirad a lo alto. De tan lejos no se puede ver ni oír

a la alondra de voz chirriante. Pero mirad hacia arriba.

GLOUCESTER Ay, no tengo ojos.

¿Han privado a la angustia del beneficio

de darse fin con la muerte? Algún consuelo había

cuando el infortunio podía burlar la ira del tirano,

frustrando su voluntad arrogante.

EDGAR Dadme el brazo.

Arriba, así. ¿Cómo va? ¿Sentís las piernas? Estáis en pie.

GLOUCESTER Demasiado bien, demasiado bien.

EDGAR Esto supera lo extraordinario.

¿Qué era aquella cosa que se apartó de vos

en la cresta del risco?

GLOUCESTER Un mendigo de lo más desafortunado.

EDGAR Desde aquí abajo creí que sus ojos eran

dos lunas llenas. Tenía mil narices,

altos y curvos cuernos como el mar rizado.

Era un demonio. Por tanto, hombre dichoso,

piensa que te han salvado los dioses más ilustres,

que se honran de hacer lo que el hombre no puede.

GLOUCESTER Ya recuerdo. Desde ahora soportaré

el dolor hasta que él mismo grite:

«Basta, basta», y muera. La cosa de que hablas

la tomé por un hombre. A menudo decía

«El demonio, el demonio». Él me guió al lugar.

EDGAR Da reposo y alivio a tus pensamientos.

Entra LEAR

loco y coronado de flores y maleza .

Pero ¿quién viene?

El sano juicio nunca vestiría así

a su dueño.

LEAR No, no pueden prenderme por llorar. Soy el rey en persona.

EDGAR ¡La imagen rompe el alma!

LEAR A este respecto la naturaleza está por encima del arte. Ahí tienes la paga de alistamiento. Ese hombre maneja el arco como un pajarero. Ténsalo del todo. ¡Mira, mira, un ratón! Quita, quita, esta cuajada frita basta. Ahí os dejo mi guante. Tendrá que responder ante un gigante. Que vengan las picas pintas. ¡Ay, bien voló el pájaro, en el blanco, en el blanco! ¡Psiiiú! Dadme la contraseña.

EDGAR Mejorana dulcísima.

LEAR Pasa.

GLOUCESTER Conozco esa voz.

LEAR ¡Ah! ¿Goneril con barba blanca? Me vinieron con zalamerías como el perro, y me dijeron que ya tenía pelos blancos en la barba antes de que me salieran los pelos negros. Decir «sí» y «no» a todo lo que yo decía «sí» y «no» es mala teología. Cuando una vez la lluvia me dejó empapado, y el viento me hizo tiritar, cuando el trueno no quiso apaciguarse pidiéndoselo yo, ahí supe lo que eran, a qué olían. Vaya, no son hombres de palabra. Me dijeron que yo lo era todo; y es mentira, no estoy a prueba de fiebres.

GLOUCESTER Esa voz singular la recuerdo bien.

¿No es el rey?

LEAR Sí, rey de cuerpo entero.

GLOUCESTER *se arrodilla* .

¡Ved cómo tiembla el súbdito cuando le miro!

A ese le perdono la vida. ¿Cuál fue tu delito?

¿Adulterio? No morirás. ¡Morir por adulterio!

No, el gorrión lo hace, y la mosca irisada

fornica ante mi vista. Todos a copular más,

ya que el hijo bastardo de Gloucester

fue con su padre más bueno que mis hijas,

engendradas en sábanas legítimas.

A ello, lujuria, en el revoltijo,

pues me faltan soldados. Mirad a esa dama modosa,

cuya cara presagia hielo en sus bajos,

que aparenta virtud, y agita la cabeza

si se nombra el placer.

Ni la comadreja ni el caballo cebado lo hacen

con más ruidosas ganas. Centauros son

de cintura abajo, pero todo mujer encima.

Solo hasta el talle pertenece a los dioses;

lo inferior es del demonio. Allí está el infierno, allí la oscuridad, allí el abismo sulfuroso, ardor, quemazón, hedor, extinción. Buah, buah, buah; ¡uff, uff! Boticario, dame una onza de almizcle, endulza mi imaginación.

Hay un dinero para ti.

GLOUCESTER ¡Ah, dejad que os bese la mano!

LEAR Deja que antes la limpie; huele a mortalidad.

GLOUCESTER ¡Pequeña vida en ruinas! También el vasto mundo se deshará en la nada. ¿Sabéis quién soy?

LEAR Recuerdo tus ojos muy bien. ¿Me haces

guiños? No, ciego Cupido, por mucho que lo intentes no voy a amar.

Lee este desafío. Fíjate solo en su escritura.

GLOUCESTER Aunque fueran tus letras soles, no podría verlas.

EDGAR (*Aparte* .) Si esto me lo contasen no lo creería; pero así es, y mi corazón se rompe.

LEAR (*A* GLOUCESTER.) Lee.

GLOUCESTER Sí, ¿con el hueco de los ojos?

LEAR ¡Ah!, ¿ahí me quieres llevar? ¿Ni ojos en la cara, ni ningún

dinero en la bolsa? Tus ojos están huecos, tu bolsa vacía; y aun

así ves cómo va el mundo.

GLOUCESTER Lo veo sintiéndolo.

LEAR Qué, ¿estás loco? Un hombre puede ver cómo va el mundo sin ojos; mira con tus oídos. Verás cómo aquel juez reprende a ese vulgar ladrón. Pon el oído; cámbialos de lugar, y, adivina adivinanza, ¿quién es el juez, quién el ladrón? ¿Has visto a un perro de granja ladrar a un mendigo?

GLOUCESTER Sí, señor.

LEAR Si el pobre hombre huye del chucho, ahí puedes ver una gran figura de autoridad. Al perro se obedece si tiene un cargo.

Tú, esbirro canalla, detén tu mano sangrienta.

¿Por qué azotas a esa puta? Desnuda tú tu espalda.

Ardes en el deseo de hacer con ella lo mismo

por lo que la fustigas. El usurero ahorca al ratero.

Por los harapos salen los grandes vicios;

togas y mantos lo tapan todo. Pon al pecado coraza de oro,

y la férrea lanza de la justicia sin herir se rompe;

ármalo con andrajos: la caña de un pigmeo lo atraviesa.

Nadie hizo ofensa, nadie, nadie digo. Yo los autorizo.

Dame crédito, amigo, que puedo sellar

los labios del acusador. Ponte ojos de vidrio,

y, como un farsante de la política, aparenta

ver lo que no ves. ¡Vamos, vamos, vamos, vamos!

Quítame las botas. ¡Más fuerte, más fuerte! Así.

EDGAR (*Aparte* .) Ah, substancia y despropósito mezclados.

¡Razón en la locura!

LEAR Si vas a llorar por mi suerte, ten mis ojos.

Te conozco muy bien: tu nombre es Gloucester.

Debes tener paciencia. Llorando vinimos al mundo.

Ya sabes que la primera vez que se aspira el aire

lloramos y gemimos. Te haré un sermón. Atiende.

GLOUCESTER ¡Ay, qué lastimoso día!

LEAR (*Se quita la corona de maleza* .)

Al nacer lloramos por haber llegado

a este gran tablado de locos. Y es un buen cadalso.

Sería una treta sutil herrar con fieltro

un tropel de caballos. Voy a probarlo.

Y cuando a hurtadillas me acerque a los yernos,

¡entonces a muerte, a muerte, a muerte, a muerte, a muerte, a muerte!

Entra un CABALLERO.

PRIMER CABALLERO Ah, aquí está. Prendedle. (*A* LEAR.) Señor, vuestra hija muy amada…

LEAR ¿Nadie me libera? Cómo, ¿prisionero? Yo sí soy

el simple bufón de la fortuna. Tratadme bien.

Se os dará el rescate. Que me traigan cirujanos;

tengo partido el seso.

PRIMER CABALLERO Se os dará lo que sea.

LEAR ¿Nadie me secunda? ¿Yo en solitario?

Esto es para que un hombre no sea sino lágrimas,

y sus ojos sirvan para regar jardines,

sí, y asentar el polvo de otoño.

Expiraré sin recato, como un recién casado ufano. Sí,

estaré jovial. Vamos, vamos, soy un rey.

¿Lo saben los señores?

PRIMER CABALLERO Sois de la realeza, y os obedecemos.

LEAR Entonces no se ha perdido todo. Vamos, si lo queréis,

tendréis que correr. ¡Hala, hala, hala, hala!

Sale corriendo .

PRIMER CABALLERO En el bribón más ruin verlo daría pena,

en un rey quita el habla. Tenéis una hija

que a la naturaleza redime de la maldición total

acarreada por las otras dos.

EDGAR Salud, noble señor.

PRIMER CABALLERO Los dioses te acompañen. ¿Qué deseas?

EDGAR ¿Sabéis algo, señor, de una batalla próxima?

PRIMER CABALLERO Seguro es y sabido; todo el que entiende de voces lo ha oído.

EDGAR Pero, hacedme el favor,

¿el otro ejército está cerca o lejos?

PRIMER CABALLERO Cerca, y a paso veloz. Se espera divisar

el cuerpo de la tropa en una hora.

EDGAR Gracias, señor. Eso es todo.

PRIMER CABALLERO Aunque la reina esté aquí por una causa singular,

su ejército avanza.

EDGAR Gracias, señor.

Sale el CABALLERO.

GLOUCESTER Dioses siempre clementes, quitadme el aliento.

No dejéis que mi ángel malo vuelva a tentarme

con morir antes de que os plazca.

EDGAR Bien rezasteis, anciano.

GLOUCESTER Y tú, buen señor, ¿quién eres?

EDGAR Un hombre muy pobre, sometido a golpes de la suerte,

y a quien las hondas penas conocidas

le inculcan la compasión. Dadme la mano,

yo os llevaré a un refugio.

GLOUCESTER (*Levantándose* .) Gracias sinceras.

Que los dones y la bendición del cielo

también os traigan bien.

Entra OSWALD.

OSWALD ¡La recompensa anunciada! ¡Muy oportuno!

A tu rostro sin ojos forma le dio la carne

para traerme suerte. Viejo traidor aciago,

haz un breve recuento de tu vida. La espada

que acabará contigo ya se levanta.

GLOUCESTER Pues que tu mano amable

ponga en ella la fuerza suficiente.

OSWALD (*A* EDGAR*, que se interpone*) ¿Cómo te atreves, insolente labriego,

a dar apoyo a un declarado traidor? Vete de aquí,

no sea que su suerte infecta también

se adueñe de ti. Suéltale el brazo.

EDGAR Zeñor, no lo voy a zoltar zin maz razón.

OSWALD Suéltalo, patán, o estás muerto.

EDGAR Zeguiz vuestro camino, zeñor, y dejaz paso a loz pobrez. Zi me pudiezen quitar la vida con bravataz, haze maz de don zemanaz que no

eztaría aquí. No os acerquéis al anciano. Os lo advierto, alejaoz, o probaremoz si es máz dura vuestra calabaza o mi garrote; os soy muy sincero.

OSWALD ¡Aparta, inmundicia!

EDGAR Oz voy a mondar loz dienten, señor. Venga, no me importan laz estocadaz.

EDGAR *le derriba* .

OSWALD Me has matado, villano. Ten mi bolsa, canalla.

Si quieres prosperar, entierra mi cuerpo,

y da las cartas que llevo encima

a Edmond, conde de Gloucester. Búscale

en las filas inglesas. ¡Ah, muerte a destiempo! ¡Muerte!

Muere .

EDGAR Te conozco bien: un servicial canalla,

tan complaciente con los vicios de tu señora

como la maldad misma lo desearía.

GLOUCESTER Cómo, ¿está muerto?

EDGAR Sentaos, anciano. Descansad.

GLOUCESTER *se sienta* .

Veamos estos bolsillos. Las cartas de que habló

pueden ser aliadas mías. Ha muerto, y solo siento

que su verdugo no fuese otro. Veamos.

Gentil lacre, permíteme; cortesía, no lo reproches.

Para saber qué piensa el enemigo, su corazón rasgamos;

más lícito rasgar sus papeles.

Lee una carta .

«Nuestras promesas recíprocas no han de olvidarse. Tendrás muchas oportunidades de eliminarle. Si tu voluntad no falla, lugares y ocasiones se presentarán en abundancia. Nada se consigue si él vuelve como vencedor; sería entonces yo la prisionera, y mi cárcel su lecho, de cuya repulsiva tibieza líbrame, ocupando el sitio para tus expansiones. Tu — esposa querría decir— sierva afectuosa, que por ti todo lo suyo arriesga, Goneril.»

Qué espacio inabarcable el de una mujer en celo.

¡Intrigas para asesinar a su decente esposo,

y mi hermano de substituto! Aquí en la arena

te enterraré, mensajero impío

de asesinos lascivos, y a su debido tiempo

este atroz papel arrojaré a los ojos

del duque a quien traman matar. Le agradará oír

lo que de ti y tu muerte yo le puedo decir.

Sale con el cadáver .

GLOUCESTER El rey está loco. ¡Qué dura es mi vil razón,

pues me mantiene en pie con sentimientos lúcidos

de mi dolor inmenso! Mejor que desvariase,

y así mis pensamientos estarían truncados de mis penas,

Tambores a lo lejos .

perdiendo el dolor, en la alucinación,

conciencia de sí mismo.

Entra EDGAR.

EDGAR Dadme la mano.

Creo oír a lo lejos el golpe del tambor.

Vamos, anciano, os alojaré con un amigo.

Salen, EDGAR *guiando a* GLOUCESTER.

ESCENA VI

En el campamento francés en Dover.

Entran CORDELIA, KENT, *disfrazado,*

y el primer CABALLERO.

CORDELIA Ah, mi buen Kent, ¿cómo podré vivir y llegar

a igualar tu bondad? Demasiado breve será mi vida,

y todos los intentos de medirme fallarán.

KENT El agradecimiento, señora, es un pago excesivo.

Mi relato coincide con la humilde verdad,

sin añadir ni acortar, solo como fue.

CORDELIA Vístete mejor.

Esta indumentaria es el recuerdo de aquellos malos momentos.

Quítatela, te lo ruego.

KENT Disculpadme, señora.

Darme a conocer reduciría el propósito que tengo.

La recompensa que pido es que no me reconozcáis

hasta que la ocasión y yo lo creamos idóneo.

CORDELIA Sea entonces así, mi buen señor.

¿Cómo está el rey?

PRIMER CABALLERO Duerme aún, mi señora.

CORDELIA Dioses benévolos,

curad la enorme grieta de su dañado ser;

afinad los sentidos disonantes y horrísonos

de este padre cambiado por sus hijos.

PRIMER CABALLERO ¿Su Majestad desea

que despertemos al rey? Ha dormido mucho.

CORDELIA Haced lo que os dicte el juicio, y obrad

según ordene vuestra voluntad. ¿Está vestido?

PRIMER CABALLERO Sí, mi señora. En su pesado sueño

le pusimos ropa limpia.

Entra LEAR*, dormido, en una silla*

llevada por sirvientes .

Estad junto a él, señora, cuando le despertemos.

No dudo de su moderación.

CORDELIA Muy bien.

PRIMER CABALLERO Os lo ruego, acercaos. ¡Más alta esa música!

CORDELIA ¡Ah, querido padre, ponga la curación

vuestro remedio en mis labios, y que este beso

repare el daño violento que mis hermanas

causaron a vuestra nobleza!

KENT ¡Amada y dulce princesa!

CORDELIA Aunque no hubieseis sido su padre, esas blancas guedejas

exigían de ellas piedad. ¿Es este un rostro

para desafiar los vientos belicosos,

hacerle frente al trueno profundo y su tremendo rayo

bajo el golpe terrible y súbito

del relámpago que cruza raudo, montar guardia (carne de cañón)

con este casco tan ralo? El perro de mi enemigo, aunque me hubiese mordido,

tendría esa noche

un sitio ante mi hogar.

¿Y a vos, pobre padre, no os importó

cobijaros entre puercos y astrosos truhanes

sobre unas briznas de paja húmeda? ¡Ay, ay,

milagro es que vida y razón no se os acabaran

a un tiempo! (*Al* CABALLERO.) Ya despierta. Háblale.

PRIMER CABALLERO Hacedlo vos, señora; es mejor.

CORDELIA (*A* LEAR.)

¿Cómo está mi regio señor? ¿Cómo se siente Su Majestad?

LEAR Me perjudicas sacándome de la tumba.

Sois un alma bendita, pero yo estoy atado

a una rueda de fuego, por eso mis lágrimas

escaldan como plomo fundido.

CORDELIA ¿Me conocéis, señor?

LEAR Eres un espíritu, ya lo sé. ¿Dónde ocurrió tu muerte?

CORDELIA (*Al* CABALLERO.) Aún; sigue aún divagando.

CABALLERO Está recién despierto. Dejadle solo un rato.

LEAR ¿Dónde he estado? ¿Dónde estoy? ¿Luce hermoso el día?

Estoy muy confundido. Podría hasta morir de compasión

viendo a otro en mi estado. No sé qué decir.

No podría jurar que estas manos son mías. Veamos:

siento el pinchazo del alfiler. Querría estar seguro

de mi condición.

CORDELIA (*Arrodillándose* .) Miradme, señor,

y poned las manos sobre mí para bendecirme.

No debéis arrodillaros.

LEAR Sin burlas, te lo ruego.

Soy un viejo chocho muy bobo,

y paso de los ochenta,

ni una hora menos ni más; y siendo claro,

temo que mi cabeza no esté bien del todo.

Debería conocerte, creo, y conocer a este hombre;

pero estoy dudoso, ya que ignoro por completo

qué sitio es este; y con todo mi ahínco

no recuerdo estas ropas; ni tampoco sé

dónde me albergué anoche. No te rías de mí,

pero, tan cierto como que soy hombre, creí que esta dama

era mi hija, Cordelia.

CORDELIA Y lo soy, lo soy.

LEAR ¿Mojan tus lágrimas? Doy fe de que sí. No llores, te lo pido.

Si tienes un veneno para mí, lo beberé.

Sé que no me quieres; pues tus hermanas,

yo lo recuerdo, me maltrataron.

Tú tienes motivo; ellas no lo tienen.

CORDELIA Ningún motivo, ningún motivo.

LEAR ¿Estoy en Francia?

KENT En vuestro propio reino, señor.

LEAR No me hagas trampa.

PRIMER CABALLERO Estad tranquila, señora. Su gran furor ya veis

que se extinguió en él. Pero hay peligro

haciéndole recobrar el tiempo perdido.

Instadle a entrar.

No le molestéis hasta que esté más sosegado.

CORDELIA (*A* LEAR.) ¿Desea Su Alteza pasear?

LEAR Habrás de soportarme. Y te suplico que olvides

y perdones. Soy viejo y tonto.

Salen

Permanecen KENT *y el primer* CABALLERO.

PRIMER CABALLERO ¿Se confirma, señor, la verdad de que al duque de Cornwall lo asesinaron así?

KENT Con certeza, señor.

PRIMER CABALLERO ¿Quién conduce a su gente?

KENT Según cuentan,

el hijo bastardo de Gloucester.

PRIMER CABALLERO Se dice que Edgar,

el hijo desterrado, está con el conde de Kent

en Alemania.

KENT La información varía.

Ahora hay que estar vigilantes. Las fuerzas del reino

avanzan sin tardanza.

PRIMER CABALLERO El resultado

va a ser sangriento. Adiós, señor.

Sale .

KENT El punto que a mi vida ponga final

la batalla de hoy lo hará bueno o fatal.

Sale .

QUINTO ACTO

ESCENA I

En el campamento británico cerca de Dover.

Entran, con tambores y estandartes, EDMOND*,* REGAN*,*

caballeros y soldados .

EDMOND Entérate por el duque si persiste en su intención última,

o algo ocurrido después le aconseja

cambiar lo marcado. Está lleno de dejación

y reproches propios. Trae su firme deseo.

Sale uno, o varios .

REGAN El criado de mi hermana sin duda tuvo un percance.

EDMOND Es de temer, señora.

REGAN Y ahora, mi grato señor,

ya sabes que yo pretendo tu bien.

Sinceramente dime —mas sé sincero al hablar—

¿no amas a mi hermana?

EDMOND Con amor honesto.

REGAN ¿Pero nunca has tomado el camino de su esposo

hasta el lugar ilícito?

EDMOND Esa idea os ofusca.

REGAN Presumo que te uniste, apechugado, a ella,

en toda la extensión de la palabra ella.

EDMOND Por mi honor, señora, no.

REGAN Jamás se lo toleraré. Mi querido señor,

no tengas familiaridad con ella.

EDMOND No temáis de mí.

Ella y su esposo el duque…

Entran, con tambores y estandartes, ALBANY*,*

GONERIL *y soldados* .

GONERIL (*Aparte* .) Antes perder la batalla a que por mi hermana

le pierda yo a él.

ALBANY (*A* REGAN.) Amantísima hermana, bienhallada eres.

(*A* EDMOND.) Señor, he oído esto: que el rey está con su hija,

junto a otros a quienes el rigor de nuestro gobierno

forzó a la protesta. Nunca puse valor

sin poder poner honra. De este asunto

nos atañe que Francia invade nuestra tierra;

pero el rey, con otros que yo temo, muestra audacia.

Graves y justas causas se enfrentan.

EDMOND Señor, habláis noblemente.

REGAN ¿Por qué razonar tanto?

GONERIL Formad una alianza contra el enemigo;

estas riñas domésticas y privadas

aquí no corresponden.

ALBANY Decidamos pues con los guerreros insignes

nuestro proceder.

EDMOND En un instante

os haré compañía en vuestra tienda.

Sale con sus hombres .

REGAN ¿Hermana, vienes con nosotros?

GONERIL No.

REGAN Sería muy conveniente. Te ruego que vengas.

GONERIL (*Aparte* .) ¡Ah, ya sé el misterio! (*A* REGAN.) Iré.

Entra EDGAR *disfrazado de campesino* .

EDGAR (*A* ALBANY.)

Si alguna vez os dignasteis hablar con alguien tan pobre,

oídme unas palabras.

ALBANY (*A los otros* .) Os daré alcance.

Salen los dos ejércitos .

Habla.

EDGAR Antes de entrar en combate, abrid esta carta.

Si obtenéis victoria, que la trompeta llame

al que os la trajo. Aunque parezco desvalido,

soy capaz de traer a un campeón que pruebe

lo que en ella se afirma. Si perdéis,

los negocios del mundo para vos tendrán fin,

y la maquinación cesa. Que la fortuna os ame.

ALBANY Quédate hasta que lea la carta.

EDGAR Se me prohibió hacerlo.

Cumplido el tiempo, solo con que el heraldo llame,

aquí estaré de nuevo.

ALBANY Adiós, entonces.

Voy a examinar tu papel.

Sale EDGAR. *Entra* EDMOND.

EDMOND El enemigo está a la vista; disponed vuestras tropas.

Ofrece a ALBANY *un papel* .

Este es el cálculo del verdadero número de sus fuerzas,

tras una atenta exploración; pero ahora urge

vuestra rapidez.

ALBANY Cumpliremos con la ocasión.

Sale .

EDMOND A estas dos hermanas he jurado amor,

y una recela de la otra como de la víbora

el que fue mordido. ¿Con cuál de ellas me quedo?

¿Las dos…? ¿Una…? ¿O ninguna? De ninguna podré gozar

si las dos siguen vivas. Quedarme con la viuda

es exasperar, poner furiosa, a Goneril su hermana,

y difícilmente conseguiré mis designios

estando vivo su esposo. De momento, aprovechemos

su compostura en la batalla, y al acabar,

la que quiera librarse de él que invente

el modo veloz de suprimirlo. En cuanto a

la clemencia que él pretende para Cordelia y Lear,

ganada la batalla, y ellos en poder nuestro,

nunca verán su perdón; si quiero mejorar

mi situación, he de obrar y no argumentar.

Sale .

ESCENA II

En las proximidades del campo de batalla. Se oyen trompetas.

Entran con tambores y estandartes

LEAR, CORDELIA *y sus soldados; salen. Entra* EDGAR *disfrazado*

de campesino y guiando a GLOUCESTER.

EDGAR Aquí, anciano, y que la sombra de este árbol

os dé buena acogida; rogad porque triunfe el bien.

Si vuelvo a vuestro lado

os traeré consuelo.

GLOUCESTER Vayan contigo todas las bendiciones.

Sale EDGAR.

Trompetas y toque de retirada.

Entra EDGAR.

EDGAR Nos vamos. Dadme la mano. Vámonos.

El rey Lear perdió, él y su hija están presos.

Dadme la mano. Deprisa.

GLOUCESTER No iré más lejos, señor. Un hombre puede pudrirse

aquí mismo.

EDGAR Cómo, ¿malos pensamientos otra vez? Los hombres han de sufrir

el irse de este mundo como el venir a él.

Todo es estar a punto. Vamos.

GLOUCESTER También eso es verdad.

Sale EDGAR *guiando a* GLOUCESTER.

ESCENA III

En el mismo lugar .

Entra EDMOND*, triunfal, con tambores y estandartes;* LEAR *y* CORDELIA *como prisioneros; soldados, un capitán* .

EDMOND Que algunos oficiales se los lleven. Vigiladles bien
hasta que sepamos la voluntad suprema
de quienes han de sentenciarlos.

CORDELIA (*A* LEAR.) No somos los primeros
que al querer lo mejor sufrieron lo peor.
Por vos, rey oprimido, me encuentro abatida;
si no arrostraría yo misma el rostro hostil de la falaz fortuna.
¿No veremos a esas hijas ni a esas hermanas?

LEAR No, no, no, no. Ven, vamos a la prisión.
Cantaremos los dos solos como aves enjauladas.
Cuando pidas mi bendición, caeré de rodillas
para pedirte perdón; así hemos de vivir,
y rezar, y cantar, y contar viejos cuentos, y reír
del fulgor de las mariposas, y oír hablar a pobres truhanes
de lo que pasa en la corte, hablando tú y yo con ellos
sobre quién pierde y quién gana, quién está en gracia, quién en desgracia,
y arrogándonos el misterio de las cosas
como si fuésemos espías de un dios; y duraremos más
dentro de la prisión que las facciones y sectas del poderoso,
crecidas y decrecientes según la luna.

EDMOND (*A los soldados* .) Lleváoslos.

LEAR Sobre estos sacrificios, mi Cordelia,

los mismos dioses echan incienso. ¿Te he recuperado?

Para separarnos tendrán que traer un tizón del cielo

y con fuego hacernos salir como a los zorros. Seca tus ojos.

La depravación las devorará, carne y piel,

sin que lleguen a hacernos llorar. Las veremos antes morir de hambre. Ven.

Salen todos excepto EDMOND *y el capitán* .

EDMOND Ven aquí, capitán. Escucha.

Toma esta nota. Sígueles hasta la prisión.

Ya te he dado un ascenso; si cumples

estas instrucciones, te abrirás camino

a nobles riquezas. Aprende una cosa: el hombre es

como son los tiempos. Un corazón tierno

no va bien con la espada. Tu importante misión

no admite réplica. Di que la vas a hacer,

o medra de otro modo.

CAPITÁN La haré, mi señor.

EDMOND Pues a ello, y llámate «feliz» cuando la termines.

Fíjate, he dicho al instante, y has de hacerlo

como te lo indico.

CAPITÁN No sé tirar de un carro,

ni comer avena. Si es trabajo de hombre lo haré.

Sale el capitán .

Suenan trompetas. Entran ALBANY, GONERIL, REGAN,

tambores, trompetas y soldados .

ALBANY Hoy has mostrado, señor, tu vena valiente,
y te guió bien la suerte. Tenéis cautivos
a los que fueron rivales en este reñido día.
Yo te los reclamo, y serán tratados
según sus méritos y nuestra salvaguarda
con igualdad determinen.
EDMOND Señor, creí apropiado
enviar al viejo y miserable rey
a un presidio con vigilancia,
pues su edad tiene encantos, y más aún su rango,
para poner de su lado el corazón de la plebe
y volver las lanzas de los nuestros contra los ojos
de quienes les mandamos. Envié con él a la reina,
por las mismas razones, y estarán listos
mañana, o más adelante, para comparecer
allí donde tengáis el juicio. Ahora mismo
sudamos y sangramos. El amigo perdió al amigo,
y en el ardor, las disputas más dignas son maldecidas
por aquellos que sienten su punzada.
La causa de Cordelia y de su padre
requiere un sitio más apropiado.
ALBANY Con tu permiso, señor,
en esta guerra te considero un súbdito,
no un hermano.
REGAN Así es como me gusta agraciarle.

No deberías, creo, haber hablado tanto

sin antes preguntar mis deseos. Él mandó nuestras fuerzas,

en representación de mi persona y rango,

y esa proximidad le deja en situación

de decirse hermano tuyo.

GONERIL Menos fogosidad.

Por sus propias gracias sobresale él

más que por tus dádivas.

REGAN Investido por mí

con mis derechos, a los mejores iguala.

ALBANY Si se casara contigo alcanzaría lo sumo.

REGAN A menudo las burlas se hacen profecías.

GONERIL Vaya, vaya.

El ojo que te dijo eso solo miraba torcido.

REGAN Me encuentro mal, señora, si no te respondería

con todos mis redaños. (A EDMOND.) General,

toma mis soldados, mis presos, mi patrimonio.

Dispón de ellos, de mí. Tuya es la ciudadela.

Sea el mundo testigo de que te hago

mi amo y señor.

GONERIL ¿Te propones gozar de él?

ALBANY El ponerle obstáculo no reside en tu voluntad.

EDMOND Ni en la vuestra, señor.

ALBANY Sí, mala sangre.

REGAN (*A* EDMOND.) Que suene el tambor y proclame tuyos mis títulos.

ALBANY Alto ahí, atended a razones. Edmond, te arresto

por alta traición, y tu delito atañe

a esta serpiente bruñida. (*A* REGAN.) Tu propuesta,

gentil hermana, la prohíbo en interés de mi esposa.

Pues está prometida también a este caballero,

y yo, su marido, rechazo tus amonestaciones.

Si quieres casarte, hazme a mí el amor.

Mi señora está apalabrada.

GONERIL ¡Un entremés!

ALBANY Estás armado, Gloucester. Que llamen las trompetas.

Si nadie acude a probar contra ti

tus muchas y atroces traiciones manifiestas,

ahí va mi reto.

Arroja un guante .

Ni pan comeré

hasta mostrar con tu sangre que eres todo

lo que aquí te he llamado.

REGAN ¡Enferma, estoy enferma!

GONERIL (*Aparte* .) Es que si no, nunca me fiaría de las pócimas.

EDMOND (*A* ALBANY*, arrojando un guante* .)

Esa es mi respuesta. Sea quien sea

el que traidor me llama, miente como un canalla.

Suenen ya las trompetas. Que venga el que se atreva;

frente a él, frente a vos, —¿frente a quién no?—, mantendré

con firmeza mi honor y mi verdad.

ALBANY ¡Un heraldo, aquí!

EDMOND ¡Un heraldo, aquí, un heraldo!

Entra un heraldo .

ALBANY (*A* EDMOND.) Confía en tu valor solo, pues tus soldados,

en mi nombre alistados, en mi nombre

tomaron su licencia.

REGAN La enfermedad se extiende dentro de mí.

ALBANY No está bien. Llevadla a mi tienda.

Sale uno o más con REGAN.

Ven aquí, heraldo. Que toquen las trompetas,

y lee esto.

SEGUNDO CAPITÁN ¡Tocad, trompetas!

Suenan trompetas .

HERALDO (*Lee*) «Si algún hombre de rango o graduación en las filas del ejército desea sostener que Edmond, supuesto conde de Gloucester, es un consumado traidor, que se presente al tercer toque de trompeta. Él está resuelto a defenderse.»

Primer toque .

Otra vez.

Segundo toque .

Otra vez.

Tercer toque .

Una trompeta responde dentro. Entra EDGAR*, armado* .

ALBANY (*Al heraldo* .) Pregúntale sus propósitos, por qué se deja ver al toque de esta trompeta.

HERALDO (*A* EDGAR.) ¿Quién sois?

Decid vuestro nombre, vuestro rango, y por qué respondéis a este emplazamiento.

EDGAR Mi nombre, sabedlo, se perdió,

roído por el diente de la traición y agusanado.

Aun así soy tan noble como el adversario

al que vengo a afrontar.

ALBANY ¿Quién es ese adversario?

EDGAR ¿Quién responde por Edmond, conde de Gloucester?

EDMOND Él mismo. ¿Qué tienes que decirle?

EDGAR Desenvaina la espada,

y si mis palabras ofenden a un corazón noble

tu arma te hará justicia. Aquí está la mía.

Desenvaina su espada .

Mira, tiene el privilegio de mi honor,

de lo que juré profesar. Yo afirmo,

no obstante tu vigor, posición, juventud y eminencia,

pese a tu espada triunfal y recién forjada fortuna,

tu valor y coraje, que eres un traidor,

falaz con tus dioses, con tu hermano y tu padre,

conspirador contra este alto príncipe ilustre,

y desde la extrema punta de tu cabeza

hasta llegar al polvo que hay bajo tus pies,

tan traidor como un sapo infecto. Di que no,

y esta espada, este brazo, y mi mejor ánimo se dispondrán

a probar en tu corazón, al que le hablo,

que has mentido.

EDMOND Con sensatez preguntaría tu nombre,

pero como tu aspecto es digno y marcial,

y tu boca respira cierto aire respetable,

lo que en toda justicia podría exigir

por las leyes de caballería lo desdeño y deniego.

Te relanzo a la cara todas esas traiciones,

y el corazón te aplasten con su infernal mentira,

mas como aquellas fluyen y apenas hieren,

esta espada mía les dará vía rápida

al lugar de su eterno reposo. Hablad, trompetas.

Trompetas. Luchan. EDMOND *cae vencido* .

TODOS ¡Perdonadle la vida! ¡Perdonadle!

GONERIL Es una treta, Gloucester.

El código de armas no te obligaba a luchar

con un rival sin nombre. No estás vencido,

sino engañado y burlado.

ALBANY Cierra la boca, señora,

o con este papel yo te la taparé.

(*A* EDMOND.) Mira, señor, eres peor que cualquier insulto:

lee tu propia vileza.

(*A* GONERIL.) No lo rompas, mujer. Veo que lo conoces.

GONERIL Y qué si lo conozco, mía es la ley, no tuya.

¿Quién me puede enjuiciar por ello?

Sale .

ALBANY ¡Qué monstruosidad!

¿Sabías tú de este papel?

EDMOND No me preguntes lo que sé.

ALBANY Id tras ella. Está desesperada. Contenedla.

Sale uno o varios .

EDMOND Todo aquello de lo que me acusáis, lo he cometido,

y más, mucho más. El tiempo lo mostrará.

Es cosa del pasado, como yo. (*A* EDGAR.) ¿Pero quién eres tú,

que tan afortunado fuiste contra mí? Si eres noble

te perdono.

EDGAR Vamos a intercambiar la indulgencia.

Mi sangre no es menos noble que la tuya, Edmond.

Y si lo fuera más, aún más me has ofendido.

Se quita el casco .

Me llamo Edgar, y de tu padre soy hijo.

Los dioses son justos, y hacen de nuestros vicios placenteros

instrumentos con que atormentarnos.

El oscuro y lascivo lugar donde te engendró

le ha costado los ojos.

EDMOND Hablas con razón. Es cierto.

La rueda dio toda la vuelta. Aquí me hallo.

ALBANY (*A* EDGAR.) Me pareció que hasta tus andares presagiaban

una nobleza regia. Déjame abrazarte.

Que el dolor parta mi corazón si alguna vez

te odié a ti o a tu padre.

EDGAR Lo sé, honorable príncipe.

ALBANY ¿Dónde has estado oculto?

¿Cómo supiste las desventuras de tu padre?

EDGAR Cuidándolas, mi señor. Oíd un breve cuento,

¡y que mi corazón reviente una vez contado!

Al huir de la proclama sangrienta

que me seguía de cerca (¡ah, nuestra dulce vida,

que hace preferir el dolor de una muerte día a día

al morir de repente!) aprendí a ponerme

ropas de loco, adoptando un semblante

que hasta los perros miraban mal; así vestido

encontré a mi padre con sus sangrantes anillos,

que habían ya perdido sus preciosas piedras; fui su guía,

llevándole, mendigando por él, evitándole el desespero;

nunca —¡qué error!— le revelé quién era

hasta hace media hora, cuando tomé las armas.

Inseguro, aun confiando en el triunfo,

su bendición le pedí, y de principio a fin

le conté nuestro peregrinaje; pero su corazón cascado

—demasiado débil para aguantar el conflicto—,

entre dos emociones extremas, gozo y dolor,

reventó sonriente.

EDMOND Tus palabras me han conmovido,

y es posible que hagan bien. Pero sigue hablando;

pareces tener algo más que decir.

ALBANY Si hay más, más deplorable, guárdatelo,

pues estoy a punto de fundirme en llanto

oyendo esto.

EDGAR Esto habría parecido concluyente

a quienes no les gustan las penas; pero ampliar

más otra haría muy excesivo lo mucho,

colmando el límite.

Mientras yo me quejaba a gritos llegó un hombre

que, viéndome en ese estado pésimo,

rehuyó mi abominable compañía; mas al descubrir

quién era el que sufría tanto, con sus fuertes brazos

me agarró el cuello rugiendo como para

romper los cielos; se echó sobre mi padre,

contando la historia más triste de sí mismo y de Lear

que jamás un oído oyera, y al relatarla

su dolor se hizo fuerte, y el hilo de su vida

empezó a quebrarse. Dos veces sonó entonces la trompeta,

y allí le dejé en un pasmo.

ALBANY ¿Pero quién era?

EDGAR Kent, señor, el desterrado Kent, que con un disfraz seguía

a su enemistado rey, haciéndole servicios

impropios de un esclavo.

Entra un CABALLERO *con un cuchillo ensangrentado* .

CABALLERO ¡Socorro, socorro! ¡Ah, socorro!

EDGAR ¿Socorrerte, cómo?

ALBANY Habla, amigo.

EDGAR ¿Qué significa este cuchillo con sangre?

CABALLERO Está caliente, humeante.

Acaba de salir de su pecho… ¡Ay, está muerta!

ALBANY ¿Muerta quién? Habla, amigo.

CABALLERO Vuestra esposa, señor, vuestra esposa; y su hermana,

que ella envenenó. Lo ha confesado.

EDMOND Estaba prometido a ambas; ahora nos desposamos

los tres de golpe.

EDGAR Aquí llega Kent.

Entra KENT *sin disfraz* .

ALBANY Traed sus cuerpos, estén vivos o muertos.

Sacan los cuerpos de GONERIL *y* REGAN.

Este juicio del cielo, que nos estremece,

no nos mueve a lástima. Ah, ¿es él?

(*A* KENT.) La ocasión no permite las ceremonias

que la mera cortesía exige.

KENT He venido a dar

a mi señor y rey las buenas noches para siempre.

¿No está aquí?

ALBANY ¡Enorme olvido el nuestro!

Di, Edmond: ¿dónde está el rey, y dónde está Cordelia?

¿Has visto qué imagen, Kent?

KENT Ay, ¿y esto por qué?

EDMOND Sin embargo, Edmond fue querido.

Una envenenó a la otra por mí,

y después se mató.

ALBANY Así es. Cubrid sus rostros.

EDMOND Suspiro por mi vida. Quiero hacer algo bueno,

pese a mi carácter. Enviad a alguien,

y hacedlo en breve, al castillo; pues mi mandato era

matar a Lear y a Cordelia.

Vamos, que llegue a tiempo.

ALBANY ¡Corre, corre, sí, corre!

EDGAR ¿Hacia quién, señor? ¿Quién recibió el oficio? Enviad

la señal de vuestra remisión.

EDMOND ¡Bien pensado! Toma mi espada. El capitán,

dásela al capitán.

EDGAR Ve deprisa, por tu vida.

Sale el CABALLERO.

EDMOND (*A* ALBANY.) Tiene órdenes de mí y de vuestra esposa

de ahorcar a Cordelia en prisión, y echar

la culpa de que se matara

al propio desespero.

ALBANY ¡Los dioses la defiendan! Lleváoslo por el momento.

Salen varios llevando a EDMOND.

Entra LEAR *con* CORDELIA *en brazos seguidos por el caballero* .

LEAR ¡Aullad, aullad, aullad, aullad! Ah, sois hombres de piedra.

Si tuviera vuestras lenguas y ojos, los usaría

hasta rajar la bóveda del cielo. Se ha ido para siempre.

Yo sé cuándo alguien vive y cuándo ha muerto.

Está muerta como la tierra.

La deja en el suelo .

Dejadme un espejo.

Si su aliento enturbia o mancha el azogue,

entonces es que vive.

KENT ¿Es este el fin prometido?

EDGAR ¿O un simulacro de ese horror?

ALBANY Caída y término.

LEAR La pluma se mueve. Está viva. Si así es,

una suerte será que redime todas las penas

por mí sufridas.

KENT (*Arrodillándose* .) ¡Ah, mi buen señor!

LEAR Te lo ruego, vete.

EDGAR Es el noble Kent, vuestro amigo.

LEAR Asesinos, traidores, que la peste os lleve.

Podría haberla salvado; se ha ido para siempre.

Cordelia, Cordelia: espera un poco. ¿Eh?

¿Qué has dicho? Su voz siempre fue suave,

dulce y tenue, una cosa excelente en la mujer.

Maté al siervo que te estaba ahorcando.

CABALLERO Es cierto, señores, lo hizo.

LEAR ¿Lo hice o no, amigo?

En otros tiempos les habría hecho brincar

con mi cortante alfanje. Ahora soy viejo,

y esos mismos quites me desbaratan. (*A* KENT.) ¿Quién eres?

Mis ojos no están muy bien, te lo digo sin rodeos.

KENT Si la fortuna se jacta de dos a los que amó y odió,

aquí vemos a uno de ellos.

LEAR La visión es mortecina.

¿No eres tú Kent?

KENT El mismo, vuestro servidor Kent.

¿Dónde está vuestro sirviente Cayo?

LEAR Es una buena persona, eso te lo digo yo.

Siempre al ataque, y muy veloz. Está muerto y podrido.

KENT No, mi buen señor, aquel hombre soy yo…

LEAR Eso pronto lo veré.

KENT El que desde vuestro primer cambio y deterioro

siguió vuestros penosos pasos.

LEAR Sé bienvenido aquí.

KENT Ni yo ni ningún otro. Todo es oscuro, triste, y aciago.

Vuestras hijas mayores destruyeron sus vidas,

y han muerto desesperadas.

LEAR Sí, eso creo yo.

ALBANY No sabe lo que dice; y es inútil

que a él nos presentemos.

Entra un MENSAJERO.

EDGAR Muy ineficaz.

MENSAJERO (*A* ALBANY.) Edmond ha muerto, mi señor.

ALBANY Eso es solo una pequeñez…

Señores, nobles amigos, sabed mi intención.

Cualquier posible alivio a esta grandeza arruinada

le será dispensado; en cuanto a mí, mientras viva

este anciano monarca, mi poder absoluto

le cedo;

A EDGAR *y* KENT.

a vosotros lo que es vuestro,

sumando a ello lo que vuestras nobles acciones

de sobra han merecido. Todos los amigos probarán

el fruto de su virtud, y todos los enemigos

el cáliz de sus culpas… ¡Ah, mirad, mirad!

LEAR Y quien me hacía reír, en la horca. ¿Nada de vida, nada, nada?

¿Por qué un perro, un caballo, una rata, tienen vida,

y tú ni un suspiro? Ya no volverás.

Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca.

(*A* KENT.) Te lo ruego, desabróchame este botón. Gracias, señor.

¿Lo estás viendo? Mírala. Mira, sus labios.

Mira eso, mira eso.

Muere .

EDGAR Se desmaya. (*A* LEAR.) ¡Mi señor, mi señor!

KENT (*A* LEAR.) Rómpete, corazón, rómpete, te lo pido.

EDGAR (*A* LEAR.) Abrid los ojos, mi señor.

KENT No pongáis traba a su alma. Sí, dejadle ir. Solo quien le odie

seguiría estirándole en el potro

de este cruel mundo.

EDGAR Ya nos ha dejado.

KENT Lo prodigioso es que aguantara tanto.

Su vida la usurpaba.

ALBANY Lleváoslo de aquí. Ahora nuestra tarea es

el dolor general. (*A* EDGAR *y* KENT.) Amigos de mi alma, los dos juntos

excluid de este reino los sangrientos asuntos.

KENT Tengo un viaje inmediato que realizar:

me llama mi señor; no me puedo negar.

EDGAR El peso de un cruel tiempo debemos asumir,

diciendo lo que es cierto, no lo que hay que decir.

Los más viejos pasaron penas que los jóvenes no veremos.

Ni tanto como ellos nosotros viviremos.

Salen con una marcha fúnebre

llevando los cuerpos .

MACBETH

versión de

Agutín García Calvo

Escrita probablemente en 1606 y representada en el Globe en abril de 1611. La única versión existente es la del Primer Folio de 1623, bastante limpia de impresión y cuya brevedad hace pensar a muchos editores que se trata de una versión compuesta a partir del guión teatral, que a menudo suprimía muchos pasajes del manuscrito original.

DRAMATIS PERSONAE

DUNCAN, rey de Escocia.

MALCOLM, su hijo

DONALBAIN, su hijo

MACBETH, general del ejército del rey

BANQUO, general del ejército del rey

MACDUFF, noble de Escocia

LENNOX, noble de Escocia

ROSS, noble de Escocia

MENTEITH, noble de Escocia

ANGUS, noble de Escocia

CAITHNESS, noble de Escocia

FLEANCIO, hijo de Banquo

SIGUARDO, conde de Northumberland, general de las fuerzas inglesas

El JOVEN SIGUARDO, su hijo

SEYTON, oficial a las órdenes de Macbeth

HIJO de Macduff

Un MÉDICO inglés

Un MÉDICO escocés

SOLDADOS

Un PORTERO

Un ANCIANO

LADY MACBETH

LADY MACDUFF

DAMA al servicio de Lady Macbeth

HÉCATE

Tres BRUJAS

Nobles, caballeros, oficiales, soldados, asesinos, sirvientes y mensajeros

Escena: Escocia e Inglaterra

PRIMER ACTO

ESCENA 1

Campo abierto. Trueno y relámpago.

Entran tres BRUJAS.

PRIMERA BRUJA ¿Cuándo volvemos a vernos?

¿En lluvia? ¿En rayos? ¿En truenos?

SEGUNDA BRUJA Cuando pierdan, cuando ganen

la batalla, cuando acaben

tremolina y barahúnda.

TERCERA BRUJA Antes de que el sol se hunda.

PRIMERA BRUJA ¿Dónde el lugar?

SEGUNDA BRUJA Junto al brezal.

TERCERA BRUJA Allí con Macbeth iremos a dar.

PRIMERA BRUJA ¡Ya voy, Beche Gris!

SEGUNDA BRUJA Gran Sapo nos llama. ¡Ea ya!

LAS TRES Hermoso es lo feo y es feo lo hermoso:

volar por la niebla y el aire apestoso.

Salen .

ESCENA II

Campamento cerca de Forres. Trompeteo dentro.

Entran DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENNOX*,*

con acompañantes. Les sale al encuentro

un sargento herido .

DUNCAN ¿Qué hombre es aquel ensangrentado? Acaso traiga,
según su estado anuncia, las últimas noticias
de la revuelta.
MALCOLM Este es aquel sargento
que como audaz y buen soldado peleó
por no dejarme caer preso. ¡Eh, bravo amigo,
salud! Da cuenta al rey de cómo andaba, cuando
la dejaste, la refriega.
SARGENTO Estaba aún dudosa,
como dos nadando, que se aferran uno a otro
y sofocan sus poderes. Al cruel Macdónwald
(digno de ser traidor como es, pues para ello
todas las vilezas pululantes de natura
hacen enjambre en él) las Islas del Oeste
le abastecen de canallas y de carne de horca;
y Fortuna, sonriendo a su maldito intento,
se mostró puta de traidores; todo en vano:
que Macbeth el Bravo (bien merece tal apodo),
despreciando la fortuna, haciendo remolino
con su espada humeante de sangrientos hechos,
como un querido del Valor,
tajó camino hasta dar cara al miserable;
que no estrechó su mano ni le dijo adiós,
hasta rajarlo del ijar a la quijada;
y su cabeza hincó en nuestra empalizada.

DUNCAN ¡Oh, mi esforzado primo! ¡Digno caballero!

SARGENTO Tal como en donde el sol inicia sus destellos

tormentas de naufragio y recios truenos rompen,

tal de aquel salto, en que debió nacer la calma,

se hincha el tumulto. Atiende, rey de Escocia, atiende.

No bien justicia, armada de valor, forzara

a aquellos saltimbanquis a volver la espalda,

cuando el señor Noruego, atento a la ventaja,

con armas bien bruñidas y hombres de refresco

lanzóse a un nuevo ataque.

DUNCAN ¿No les dio eso miedo

a mis caudillos, a Macbeth y a Banquo?

SARGENTO Sí,

como al águila el gorrión, como al león la liebre.

Os digo, por mi fe, que ambos eran como

cañones atracados con recarga: tanto

dobles redoblan golpes sobre el enemigo;

si no ansiaban bañarse en vaho de las heridas

o bien conmemorar un Gólgota segundo,

no sé que diga.

Pero estoy flojo: auxilio gritan estos tajos.

DUNCAN Tal tus palabras te honran como tus heridas:

ambas saben a honor. Buscadle cirujanos.

Sale el sargento acompañado .

¿Quién viene allí?

Entra ROSS.

MALCOLM El noble par de Ross.

LENNOX ¡Qué ansia le brilla en la mirada! Tal se muestra

como quien trae nuevas sin par.

ROSS ¡Dios salve al rey!

DUNCAN ¿De dónde vienes, noble par?

ROSS De Faif, gran rey,

donde insultan al cielo banderas noruegas

y hielan con su soplo a nuestra gente. Toda

Noruega, en número aplastante, y apoyada

por ese, el más perjuro de entre los traidores,

barón de Cáudor, se arrojó a funesto asalto;

hasta que el novio de Belona, en furia armado,

ante él se puso como imagen de su espejo,

filo a rebelde filo, brazo contra brazo,

doblegando su arrogante aliento; y, concluyendo,

cayó en nosotros la victoria.

DUNCAN ¡Gran ventura!

ROSS Conque ahora

Suenón el rey noruego pide componenda;

ni le consentíamos entierro de sus hombres,

hasta que en la isla de San Colme desembolse

diez mil ducados para nuestras arcas.

DUNCAN No más el par de Cáudor burlará las cuentas

de nuestro fondo. Ve, proclama al punto

su muerte, y a la vez

saluda con su título a Macbeth.

ROSS Veré que así se haga.

DUNCAN Lo que él perdió, el noble par Macbeth lo gana.

Salen .

ESCENA III

Un brezal. Trueno. Entran las tres BRUJAS.

PRIMERA BRUJA ¿Dónde has estado, hermana?

SEGUNDA BRUJA Matando cerdo.

TERCERA BRUJA Hermana, y tú ¿dónde?

PRIMERA BRUJA Tenía una mujer de marinero

castañas en el halda,

roe que roe y que te roe. «Dame» dije:

«¡Arredro, bruja!»,

me grita la piojosa culo-gordo.

Su marido se ha ido a bordo

de un galeón a Samarcanda.

Ah, pero yo en una ceranda

allá bogaré,

y allí, como rata rabona,

roeré, roeré, y roeré.

SEGUNDA BRUJA Un viento he de darte.

PRIMERA BRUJA Gentil de tu parte.

TERCERA BRUJA De mí otro tendrás.

PRIMERA BRUJA Yo tengo todos los demás,

y los puertos donde pujan,

y en qué puntos se arrebujan

en el mapa del piloto.

Voy, lo seco igual que paja:

día ni noche el sueño baja

el telón sobre su ojo.

Vivirá como un despojo.

Flaco, yerto, hediondo, ruin,

nueve veces nueve noches

de mareo y de trajín;

y aunque el barco no se hunda,

tumbo y tunda tremebunda.

Mirad lo que tengo.

SEGUNDA BRUJA A ver, a ver.

PRIMERA BRUJA El pulgar

de un marino que al tornar

fuese a pique de una vez.

Tambor dentro .

TERCERA BRUJA ¡Tambor, tambor!

Ahí viene Macbeth.

LAS TRES Las hermanas mano en mano,

postas sobre mar y llano,

giran al redor redor.

Tres por mí, por ti otras tres,

y aun tres más, que nueve es.

¡Silencio! El conjuro

urdido está.

Entran MACBETH *y* BANQUO.

MACBETH Día tan malo y tan hermoso nunca he visto.

BANQUO ¿Cuánto nos quedará hasta Forres? ¿Qué son esas,

todas ajadas y revueltas en harapos?

No se parecen a vecinos de la tierra,

y con todo, en ella están. ¿Vivís? ¿Sois cosa a quien

se pueda preguntar? Parece que entendéis,

pues cada una, al oír, posa un mugriento dedo

sobre los labios ruines; debéis ser mujeres,

pero esas barbas me prohiben que interprete

que tal seáis.

MACBETH Hablad, si es que podéis: ¿qué sois?

PRIMERA BRUJA ¡Salud a ti, Macbeth! ¡Salud, barón de Glamis!

SEGUNDA BRUJA ¡Salud a ti, Macbeth! ¡Salud, barón de Cáudor!

TERCERA BRUJA ¡Salud a ti, Macbeth! Serás un día rey.

BANQUO Señor, ¿a qué te asustas y temer pareces

cosa que tan bien suena? En nombre de la fe,

¿sois fantasías o sois eso realmente

que semejáis por fuera? A mi noble compañero

saludáis con su presente gracia y alto anuncio

de otro título y esperanza de realeza,

que absorto lo ha dejado: a mí ¿no váis a hablarme?

Si podéis ver en la semilla de los tiempos

y predecir qué grana prenderá y cuál no,

habladme pues a mí, que no imploro ni temo

vuestro favor ni vuestros odios.

PRIMERA BRUJA ¡Salud!

SEGUNDA BRUJA ¡Salud!

TERCERA BRUJA ¡Salud!

PRIMERA BRUJA Menor que Macbeth, y más grande.

SEGUNDA BRUJA No tan feliz, pero más feliz.

TERCERA BRUJA Reyes criarás, sin serlo tú.

Conque ¡salud, Macbeth y Banquo!

PRIMERA BRUJA ¡Banquo y Macbeth, salud!

MACBETH Esperad,

adivinas a medias, y decidme más.

Sé, por muerte de Sínel, que soy barón de Glamis;

pero ¿cómo de Cáudor? El de Cáudor vive,

próspero caballero. Y eso de ser rey

no cae dentro del campo que la fe divise;

no más que el ser de Cáudor. ¡Eh!, decid de dónde

sacáis tan raros acertijos, o por qué

en este páramo os cruzáis a nuestro paso

con saludo agorador. ¡Habladme, os conjuro!

Las brujas se desvanecen .

BANQUO La tierra tiene, igual que el agua, sus burbujas,

y eso son ellas. ¿Dónde se han desvanecido?

MACBETH En el aire, y el aparente cuerpo se fundió

como soplo en el viento. ¡Hubieran esperado!

BANQUO ¿Hubo algo aquí como eso de que ahora hablamos?

¿O será que hemos comido de esa raíz loca

que mete presa la razón?

MACBETH Reyes serán tus hijos.

BANQUO Rey serás tú mismo.

MACBETH Y también barón de Cáudor. ¿No era así su cuento?

BANQUO Con esa misma letra y música. ¿Quién anda?

Entran ROSS

y ANGUS.

ROSS El rey, Macbeth, ha recibido sonriente

las nuevas de tu triunfo; y cuando va leyendo

tu personal arrojo frente a los rebeldes,

su asombro y su alabanza se disputan cuál

ser tuyo más o ser de él; callado en tanto,

al revisar el resto de este mismo día,

te encuentra entre las recias filas de noruegos,

sin miedo alguno a cuantos alzabas tú mismo

fantasmas de la muerte. Como granizo espesos,

mensaje tras mensaje, cada cual traía

tus glorias en la gran defensa de su reino,

y ante él las derramaba.

ANGUS Se nos ha enviado

a darte, en nombre de nuestro soberano, gracias;

solo a ser tus heraldos ante su presencia,

mas no a pagarte.

ROSS Y por primicias de un honor mayor, me encarga

saludarte de su parte por barón de Cáudor;

y así, a tal título, ¡salud, ilustre par!;

pues él es tuyo.

BANQUO ¿Qué? ¿Dirá el diablo verdades?

MACBETH El par de Cáudor vive: ¿cómo tú me vistes

prestada ropa?

ANGUS Vive aún el que era Cáudor;

mas bajo duro juicio arrastra ya una vida

que ha merecido bien perder. Si anduvo en tratos

con los noruegos o si guarneció al rebelde

de oculta ayuda y de favor, o si con ambos

laboró en ruina de su patria, no lo sé;

pero una alta traición, probada y confesada,

lo ha derribado.

MACBETH (*Aparte* .) Glamis, y señor de Cáudor;

lo mayor, detrás. (Mil gracias por vuestras molestias.)

¿No tienes esperanza en ver tus hijos reyes,

pues las que a mí me dieron el feudo de Cáudor

no menos les prometen?

BANQUO Eso, bien creído,

podría encandilarte a ti hasta la corona,

tras el feudo de Cáudor. Pero es tan extraño…

Y a veces, por ganarnos para nuestro daño,

los ministros de las tinieblas nos dicen verdades,
nos atrapan con honestas menudencias, para
en lo más hondo traicionarnos. Primos, unas
palabras, por favor.
MACBETH (*Aparte* .) Dos verdades se han dicho
por prólogo feliz para la acción bullente
de este drama imperial. (Ah, gracias, caballeros).
(*Aparte* .) ¿Puede esta sobrenatural solicitación
ser mala? No. ¿Puede ser buena? No. Si mala,
¿por qué me ha dado las primicias de mi suerte
fundándose en verdad?: ya soy señor de Cáudor.
Si es buena pues, ¿por qué me rindo a tentaciones
cuya espantable traza eriza mis cabellos
y hace a mi corazón batir con mis costillas
contra uso natural? Horrores de presente
menores son que horrendas imaginaciones;
mi pensamiento, cuyo asesinato aún
no es más que un fantasma, tal sacude y turba
mi puro estado de hombre que el poder de obrar
ahogado está en sospecha, y solo es algo aquello
que nada es.
BANQUO Ved cómo está el amigo absorto.
MACBETH (*Aparte* .) Si el sino me hace rey, que el sino me corone
sin mover yo mano.
BANQUO Honores nuevos le han caído

como traje recién hecho, solo al molde justo

gracias al uso.

MACBETH (*Aparte* .) ¡Venga lo que venga al cabo!

El tiempo y hora pasan por el mar más bravo.

BANQUO Noble Macbeth, estamos a vuestra demanda.

MACBETH Os pido gracia: mi cerebro boto andaba

ajetreado con asuntos olvidados.

Amables caballeros, vuestras atenciones

escritas quedan donde vuelvo cada día

la hoja para leerlas. Vamos donde el rey.

Piensa en lo que ha ocurrido, y ya con más despacio,

tras haberlo en tanto sopesado, ve que hablemos

de corazón entre nosotros.

BANQUO Muy gustoso.

MACBETH Pues hasta entonces, basta. Vamos pues, amigos.

Salen .

ESCENA IV

Forres. El palacio. Trompeteo .

Entran DUNCAN, MALCOLM, DO NALBAIN,

LENNOX *y acompañantes* .

DUNCAN ¿Se ha hecho ya justicia en Cáudor? ¿No han tornado

aún los que mandé con tal misión?

MALCOLM Mi dueño,

no han regresado aún; pero he podido hablar

con uno que lo vio morir: él ha contado

que confesó bien a las claras sus traiciones,
suplicó el perdón de vuestra alteza, y que dio muestras
de hondo arrepentimiento. Nada de su vida
le ha hecho tanto honor como el dejarla: ha muerto
como uno que ha estudiado bien para su muerte,
para arrojar su más querida posesión
como una cáscara sin nuez.
DUNCAN No hay arte alguna
de descubrir en una cara las marañas
del pensamiento: él era un caballero en quien
fundé una entera fe.
Entran MACBETH*,* BANQUO*,*
ROSS *y* ANGUS.
¡Oh, esclarecido primo!
El pecado de mi ingratitud aun ahora mismo
pesaba sobre mí: tan lejos has llegado
que el ala más ligera de la recompensa
lenta es para alcanzarte. Ojalá hubieras menos
merecido, y la desproporción de pago y gracias
sería a favor mío. Solo he de decirte
que tu deuda es más que más que toda paga pague.
MACBETH El servicio y lealtad que os debo, con cumplirse,
se pagan a sí mismos: toca a vuestra alteza
acoger nuestros deberes; y nuestros deberes
son a tu estado y trono hijos y criados,

que no hacen más que deben al hacerlo todo

a vuestro amor y vuestra honra.

DUNCAN ¡Bienvenido!

He empezado a sembrarte, y labraré de modo

que estés de mieses bien colmado. Noble Banquo,

que no menos ganaste, y no se debe menos

clamar que así lo hiciste, déjame abrazarte

y guardarte en mi pecho.

BANQUO Si en tu pecho crezco,

tuya es la cosecha.

DUNCAN Mis inmensos gozos,

caprichosos en su hartura, quieren disfrazarse

con raptos de pesadumbre. Hijos, parientes, pares,

y vosotros, los que estáis más cerca a mí, sabedlo:

vamos a reafirmar nuestra corona sobre

Malcolm, nuestro mayor, a quien desde ahora nombro

por príncipe de Cúmberland; honor que debe

no sin compaña revestirlo a él solo, sino

que enseñas de nobleza como estrellas brillen

sobre cuantos lo merezcan. Y de aquí, a Inverness,

para enlazarnos más a vos.

MACBETH Lo que resta, no es trabajo propio a vuestra alteza:

yo mismo heraldo quiero ser, y hacer gozosos

los oídos de mi esposa con vuestra llegada.

Licencia, y a tus pies.

DUNCAN ¡Mi valeroso Cáudor!

MACBETH (*Aparte* .) ¡Él, príncipe de Cúmberland! He aquí un peldaño

que o tropiezo y caigo en él, o tengo que saltarlo;

pues a mi paso está. Esconded vuestros destellos,

estrellas: luz no vea mi hondo y negro afán.

No osa el ojo ver la mano; ah, pero ¡sea

lo que le aterre al ojo cuando hecho lo vea!

Sale .

DUNCAN Verdad, mi noble Banquo, es todo un valiente,

y de sus altas alabanzas me alimento:

es para mí un banquete. Vamos en pos de él,

cuya atención se ha adelantado a aparejarnos

la bienvenida. Es un pariente sin igual.

Trompeteo.

Salen .

ESCENA V

Inverness. Castillo de Macbeth .

Entra LADY MACBETH *leyendo una carta* .

LADY MACBETH «Me salieron al encuentro el día de la victoria, y he podido comprobar con toda certidumbre que había en ellas algo más que ciencia humana. Cuando ardía en deseos de preguntarles más aún, se trocaron en aire y en el aire se desvanecieron. Pasmado estaba todavía de maravilla tal, cuando llegaron de parte del rey mensajeros saludándome “Barón de Cáudor”, con el título que antes las fatídicas hermanas me habían saludado, mientras me remitían adelante en el tiempo con aquello de “¡Salud al rey que habrás de ser!”. De todo esto he tenido por bueno hacerte sabedora, mi más querida compañera de grandeza, porque no pierdas nada del derecho a regocijarte, al ser ignorante de la grandeza que te está prometida. Recuéstala sobre tu corazón, y hasta pronto.»

Glamis tú eres, y eres Cáudor, y serás
lo que te prometen. Pero temo a tu carácter:
demasiado está nutrido de piedad humana
para coger la vía corta. Sí, querrías
ser grande, no estás falto de ambición: te falta
maldad para servirla. Lo que ardiente ansías
lo ansías puro. No querrías ser tramposo,
mas sí ganar con trampa. ¡Hubiera en ti, gran Glamis,
algo que gritara «Así has de hacer si has de tenerlo,
aun lo que hacerlo temes más que no deseas
que quede sin hacer»! Ah, ven aquí deprisa,
ven, que derrame yo mi espíritu en tu oreja
y que corrija con el brío de mi lengua
cuanto te aparta del dorado redondel
con que el hado y la ayuda sobrenatural
parece haberte coronado.
Entra un MENSAJERO.
¿Qué noticias?
MENSAJERO El rey viene esta noche.
LADY MACBETH ¿Cómo? Tú estás loco:
¿no está tu amo con él? El cual, si fuera cierto,
me habría dado aviso para que aprestara.
MENSAJERO Permitid, es cierto: nuestro par está llegando:
un compañero mío se le ha adelantado;
que, casi sin resuello, apenas ha tenido

para dar voz a su mensaje.

LADY MACBETH ¡Agasajadle!:

trae grandes nuevas.

Sale el MENSAJERO.

Hasta el cuervo ya enronquece

graznando la fatal entrada de Duncan

bajo mis almenas.

¡Acudid, espíritus que servís a las ideas

de muerte, despojadme aquí de sexo, y desde

la coronilla hasta los pies llenadme a tope

de negra crueldad! ¡Tornad mi sangre espesa,

cerrad la entrada y paso a los remordimientos,

que ningún compungido asomo de ternura

turbe mi fiera decisión, ni deje tregua

de ella a su efecto! Aquí en mis pechos mujeriles

¡trocad la leche en hiel, ministrantes del crimen,

dondequiera que en vuestras invisibles formas

sirváis al mal del mundo! ¡Ven, espesa noche,

arrebújate en el pardo humo del infierno,

que mi agudo puñal no vea qué hoyo hace,

ni a través del manto de la sombra atisbe el cielo

gritando «¡Tente, tente!».

Entra MACBETH.

¡Glamis! ¡Noble Cáudor!

¡Más grande que ambos saludado en lo futuro!

Tu carta más allá me ha transportado de este
ignorante presente, y ya lo siento ahora
en el instante el porvenir.
MACBETH Mi amor más caro,
Duncan viene esta noche aquí.
LADY MACBETH Y ¿cuándo marcha?
MACBETH Mañana, creo, a lo que piensa.
LADY MACBETH ¡Ah, nunca nunca
verá sol tal mañana!
Tu faz, mi noble par, es libro en que los hombres
leer pueden raros temas. Para engañar al tiempo,
muéstrate igual al tiempo: lleva bienvenidas
en ojos, manos, lengua; hazte flor sumisa,
pero sé la sierpe bajo ella. Al que se acerca
hay que atenderle bien; y tú debes dejar
bajo mi cargo el gran negocio de esta noche,
que a todas nuestras noches y días venideros
dará único dominio y soberanos fueros.
MACBETH Luego hablaremos más.
LADY MACBETH Solo, mirada clara:
mudar el gesto amable ya temor declara.
Déjame el resto a mí.
Salen .
ESCENA VI
Delante del castillo de Macbeth. Oboes y antorchas .

Entran DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, BANQUO, LENNOX, MACDUFF, ROSS, ANGUS *y acompañantes* .

DUNCAN El sitio del castillo es delicioso; el aire

ágil y dulcemente se insinúa y gana

los serenos sentidos.

BANQUO Ese veraniego

huésped de las iglesias, el vencejo, prueba

con su amoroso anidamiento que aquí el cielo

galanamente alienta: no hay cornisa, friso,

arbotante o nicho acogedor donde ese pájaro

no haya colgado casa y criadora cuna:

donde ellos crían más y anidan, tengo visto

que es fino el aire.

Entra LADY MACBETH.

DUNCAN Vedla, vedla, nuestra noble

hospedadora. Un amor que nos persigue

a veces es nuestro tormento, y aun con todo

por ser amor lo agradecemos. Os enseño

con esto cómo a Dios debéis pedirle que

nos premie por vuestras molestias, y por vuestro

tormento darnos gracias.

LADY MACBETH Todo nuestro obsequio

dos veces hecho punto a punto y aún doblado

sería pobre y simple empleo, a competir

contra esas largas y altas honras con que vuestra

majestad agobia nuestra casa. Por las viejas,

por las últimas dignidades sobre ellas derramadas,

a rezar por vos quedamos.

DUNCAN ¿Dónde el par de Cáudor?

Íbamos pisándole los talones, con intento

de estar aquí a atenderle; pero es buen jinete,

y su gran amor, afilado igual que sus espuelas,

le ha aguijado a este hogar delante de nosotros.

Hermosa y noble castellana, somos vuestros

huéspedes esta noche.

LADY MACBETH Vuestros siervos siempre

tienen a los suyos, a sí mismos, cuanto es suyo,

presto en lista a rendir a vuestra alteza cuentas,

y devolveros lo que es vuestro.

DUNCAN Vuestra mano.

Guiadme a mi anfitrión. Le amamos altamente

y no hemos de cesar para con él en gracias.

Permitidme, castellana.

Salen .

ESCENA VII

Oboes y antorchas. Entra un maestre de sala y diversos criados con platos y servicio, y pasan por la escena. Después entra MACBETH.

MACBETH Si quedara hecho ya cuando se hiciera, entonces

bien fuera hacerlo al punto. Si el asesinato

echara red a las consecuencias, y atrapara

su logro en su remate…, que ese golpe solo
pudiera ser el todo aquí y el fin de todo…
Pero aquí, desde esta orilla y escollos del tiempo,
hemos de saltar a la otra vida. Y aun en casos
como este aquí sufrimos juicio, si enseñamos
lección sangrienta, que, aprendida, torna en daño
de su inventor. Justicia equitativa ofrece
los fármacos de nuestra copa emponzoñada
a nuestros propios labios. El está en mi casa
bajo una doble fe: primero, como deudo
y vasallo suyo, fuerte lo uno y lo otro en contra
de la acción; después, como su hospedador, que debe
cerrar la puerta a su asesino, y no la daga
sacar yo mismo. Y además, es que este Duncan
ha usado de su poder tan mansamente, ha sido
tan claro en su alto cargo, que esas sus virtudes
reclamarán como ángeles de trompetera lengua
condena en firme de su desaparición;
y piedad, como un desnudo crío recién nacido
a lomos de la tromba, o querubín celeste
cabalgando en las ciegas postas de los aires,
hará estallar la horrenda acción en todo ojo,
tanto que el llanto anegue el viento. No hallo espuela
que aguije los ijares de mi intento, más que
rampante ambición, que salta sobre sí misma

y cae sobre el otro.

Entra LADY MACBETH.

¿Qué? ¿Tú aquí? ¿Qué pasa?

LADY MACBETH Casi ha cenado ya. ¿Por qué has dejado el sitio?

MACBETH ¿Qué, preguntó por mí?

LADY MACBETH Ya puedes suponerte.

MACBETH No más debemos ya seguir con este asunto.

Me acaba de colmar de honores, y he ganado

dorada nombradía en toda laya de hombres;

que habría hoy que lucirla en su más nuevo lustre,

y no tan pronto arrinconarla.

LADY MACBETH ¿Estaba ebria

la esperanza en que te armabas? ¿Ha dormido luego

y despierta ahora a ver con rostro verde y pálido

lo que tan de grado hizo? Desde este momento

así hago cuenta de tu amor. ¿Estás miedoso

de ser en tus acciones y tu esfuerzo el mismo

que eres en tu deseo? ¿O quieres tener eso

que estimas tú por prenda y gala de la vida

y vivir como cobarde ante tu propia estima,

dejando al «No me atrevo» andar tras el «Quisiera»,

como el pobre gato del refrán?

MACBETH Te ruego, basta.

Me atrevo a todo lo que siente bien a un hombre;

quien más se atreve, no lo es.

LADY MACBETH ¿Qué bestia entonces
fue la que te hizo revelarme a mí esta empresa?
Cuando a ello te atrevías, fuiste entonces hombre;
y, para ser más de lo que eras, tanto más
tendrías que ser hombre. Ni lugar ni tiempo
se ofrecían aún, y tú te los buscabas:
te buscan ellos solos, y su oferta ahora
te desconcierta. He dado de mamar, y sé
qué tierno es el amor al crío que me sorbe:
pues yo, cuando a mi cara más se sonriera,
mi pezón de sus encías blandas arrancara
y sus sesos estrellara, si jurado hubiera
tal como tú has jurado en esto.
MACBETH Y ¿si fallamos?
LADY MACBETH ¡Fallar! Atornilla hasta el tope tu coraje,
y no fallamos. Cuando esté Duncan dormido
(que pronto a ello el ajetreo de este día
le invitará, y a fondo), a sus dos camarlengos
los dejaré con vino y sidra tan vencidos
que la memoria, el guarda del cerebro, sea
un humo, y el aparato de la razón tan solo
un alambique; cuando ya en un puerco sueño
sus empapadas masas como en muerte yazgan,
¿qué no podremos tú y yo llevar a cabo
sobre Duncan desvalido? ¿Qué culpa no echar

sobre sus borrachos guardias, que la pena paguen

de nuestra hazaña?

MACBETH ¡Pare solo hijos varones!

Tu denodado ardor no más que machos debe

formar en sí. ¿No va a creerse, cuando hayamos

marcado bien con sangre a los dos dormilones

de su propia alcoba, usando sus mismos puñales,

que ellos lo han hecho?

LADY MACBETH ¿Quién va a osar creer más que eso,

cuando rugir hagamos nuestro grito y duelo

sobre su muerte?

MACBETH Ya resuelto estoy, y encorvo

cada fibra de mi ser hacia el terrible golpe.

¡A ello!

Y burla al tiempo con apresto alegre y grave.

Esconda falso rostro

lo que en el falso corazón se sabe.

Salen .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Inverness. Patio del castillo de Macbeth.

Entra BANQUO*, y* FLEANCIO *con una antorcha delante de él* .

BANQUO ¿Por dónde va la noche, muchacho?

FLEANCIO Puesta la luna está; el reloj no lo he oído.

BANQUO Y se pone a las doce.

FLEANCIO Creo que es más tarde,

señor.

BANQUO Ahí va: tenme la espada. Están de ahorro

en el cielo: han apagado todas las candelas.

Ten también eso. Un toque de silencio cae

sobre mí pesado como plomo, y sin embargo

no querría ir a dormir. Poderes misericordes,

cortad en mí el maldito pensamiento, a quien

natura cede en el reposo.

Entra MACBETH

y un criado con antorcha .

Trae mi espada.

¿Quién anda ahí?

MACBETH Un amigo.

BANQUO ¿Cómo? ¿Aún en pie, señor? El rey está ya en cama.

Ha estado con agrado nunca visto, y dado

gran muestra de largueza a vuestra servidumbre;

este diamante manda a vuestra esposa, en gala

de la castellana más gentil; se ha retirado

con inmenso contento.

MACBETH Al no estar prevenidos,

hubo de servir nuestro deseo a nuestras faltas;

que, si no, por libre habría obrado.

BANQUO Está bien todo.

Soñé esta noche con las tres hermanas magas:

algo de verdad te han dicho a ti.

MACBETH No pienso en ellas.

Con todo, si encontramos hora a gusto, puede

gastarse en algún párrafo sobre este asunto,

si quieres darme un rato.

BANQUO A tu mejor placer.

MACBETH Si tú te adhieres a mi acuerdo, cuando sea,

te haré con ello honor.

BANQUO Con tal que de él no pierda

tratando de aumentarlo, sino guarde siempre

mi pecho franco y clara la lealtad debida,

escucharé propuestas.

MACBETH Buen reposo en tanto.

BANQUO Gracias, señor; lo mismo a ti.

Salen BANQUO *y* FLEANCIO.

MACBETH Ve y di a tu ama, cuando esté mi copa a punto,

que toque la campanilla. Vete tú a acostarte.

Sale el criado .

¿Es un puñal aquello que ante mí estoy viendo,
vuelto a mi mano el puño? Déjame empuñarte.
No, no te tengo, y sin embargo aún te veo.
¿No eres tú, visión fatal, también sensible
como a la vista al tacto? ¿O es que solo eres
un puñal de la mente, falsa criatura
salida del cerebro opreso de la fiebre?
Te veo aún con todo, en forma tan palpable
como este que ahora desenvaino. Tú me marcas
el rumbo de la ruta por la que iba yendo,
y una herramienta como tú es la que iba a usar.
Mis ojos ¿son la burla de los demás sentidos?;
¿o es que valdrán por todos? Sí, aún te veo,
y en tu hoja y en tu pomo gotas de una sangre
que antes ahí no estaba. No, no hay tal cosa:
es la sangrienta empresa, que a mis ojos esta
denuncia eleva. Ahora sobre medio mundo
aparente muerte reina; ensueños torvos burlan
al arropado sueño; hace el brujerío ofrendas
a la pálida Hécate; y el demacrado crimen,
puesto en alerta por su centinela, el lobo,
que aúlla su alerta, con furtivo paso, raudas
zancadas de Tarquinio, a su designio avanza

como un fantasma. Tú, segura y firme tierra,

no oigas mis pasos, vayan donde van, no sea

que hasta tus piedras parlen de mis paraderos,

quitando al tiempo su presente horror, que ahora

con él consuena. En tanto aquí amenazo, él vive:

de las palabras el ardor del hecho

frío aliento recibe.

Suena una campanilla .

Voy, y hecho está.

La campanilla nos llama a movernos.

No la oigas, Duncan, que es un tañido

que te convoca al cielo; o al infierno.

Sale .

ESCENA II

El mismo sitio.

Entra LADY MACBETH.

LADY MACBETH Lo que beodos los ha puesto audaz me ha hecho;

lo que los apagó me dio a mí fuego. ¡Sst! Oye.

Fue el búho que graznó, fatal sereno dando

sus secas «Buenas noches». Él está ahora en ello;

las puertas de par en par; y sus ahítos guardias

se mofan de su cargo

con sus ronquidos. He drogado sus brebajes,

que muerte y vida se disputan sobre ellos

si viven o si no.

MACBETH (*Dentro* .) ¿Quién anda ahí? ¡Eh! ¿Qué?

LADY MACBETH ¡Ay triste! Mucho temo que hayan despertado

y no esté hecho; la tentativa y no la acción

nos pierde. ¡Sst! Sus dagas se las puse a mano:

tiene que verlas. Si no se hubiera parecido

tanto a mi padre así en su sueño,

lo habría hecho yo.

¡Mi esposo!

Entra MACBETH.

MACBETH Lo hice, hecho está. ¿No has oído un ruido?

LADY MACBETH Oí graznar el búho y crepitar los grillos.

Tú ¿no has hablado?

MACBETH ¿Cuándo?

LADY MACBETH Ahora.

MACBETH ¿Al ir bajando?

LADY MACBETH Sí.

MACBETH ¡Escucha!

¿Quién duerme en la segunda alcoba?

LADY MACBETH Donalbain.

MACBETH (*Mirándose las manos* .) ¡Visión penosa esta!

LADY MACBETH ¡Loca ocurrencia la de decir «visión penosa»!

MACBETH Hay uno que se echó a reír en sueños; uno

gritó «¡Asesino!»; y se despertaron uno a otro;

me paré a escuchar; pero rezaron, y de nuevo

se echaron a dormir.

LADY MACBETH Hay dos que alojé juntos.

MACBETH Uno gritó «¡Válganos Dios!», y el otro «Amén»,

como si me vieran estas manos de verdugo;

ni, al oír su miedo, pude yo decir «Amén»

cuando dijeron «¡Dios nos valga!».

LADY MACBETH No ahondes tanto en ello.

MACBETH Pero ¿por qué no pude pronunciar «Amén»?

Era yo quien más necesitaba bendición,

y el «amén» quedó atascado en mi garganta.

LADY MACBETH Estos

asuntos no se deben revolver de tales

maneras, o si no, van a volvernos locos.

MACBETH Me pareció oír una voz «¡No duermas más!:

Macbeth asesina al sueño», el inocente sueño,

el sueño que desenreda el embrollado ovillo

de las preocupaciones, muerte de la vida

de cada día, baño de enconadas penas,

bálsamo del alma herida, dádiva segunda

de la gran Madre, principal manjar

en el festín del mundo.

LADY MACBETH ¿Qué es eso que dices?

MACBETH Y aún «¡No duermas más!» gritaba por la casa,

«Glamis ha muerto al sueño, y por lo tanto Cáudor

no dormirá más: Macbeth no dormirá ya más».

LADY MACBETH ¿Quién fue el que así gritaba? Ea, noble par,

aflojas tu gran fuerza al razonar de cosas
tan enfermizamente. Ve, y con algo de agua
lava ese sucio testimonio de tu mano.
¿Por qué has traído esos puñales de su sitio?
Han de estar allí tirados. Ve a llevarlos, y unta
de sangre a los dormidos guardias.
MACBETH No voy más.
Miedo me da el pensar lo que he hecho: ya a mirarlo
de nuevo no me atrevo.
LADY MACBETH ¡Ah, débil en intento!
Dame las dagas. Los durmientes y los muertos
no son sino pinturas: solo ojo de niño
teme a un diablo pintado. Si él está sangrando,
doraré con ello el rostro de los guardias: debe
parecer la culpa suya.
Sale.
Aldabonazos dentro .
MACBETH ¿De dónde esos golpes?
¿Qué pasa en mí, que así me espanta todo ruido?
¿Qué manos hay ahí? ¡Ah, me sacan los ojos!
¿Hará el piélago entero de Neptuno limpia
mi mano de esta sangre? No: más bien mi mano
la mar innumerable empurpurecerá
trocando el verde en rojo.
Vuelve LADY MACBETH.

LADY MACBETH Mis manos son de tu color; pero me afrenta

tener un corazón tan blanco.

Aldabonazos dentro .

Oigo golpes

al portón del sur. Retirémonos a nuestra alcoba.

Un poco de agua de esta acción nos limpia: mira

qué fácil es. Nos ha dejado tu firmeza

desatendidos.

Aldabonazos dentro .

¿Calla? Más aldabonazos.

Ponte el camisón, no sea que la ocasión nos llame

y nos descubra en vela. No te pierdas en

tan míseros pensamientos.

MACBETH Para conocer mi acción,

no conocerme ni a mí mismo más valiera.

Aldabonazos dentro .

¡Despierta a Duncan con tu golpe! ¡Ah, si pudieras!

Salen .

ESCENA III

El mismo sitio. Entra un PORTERO*.*

Aldabonazos dentro .

PORTERO ¡Esto es llamar a conciencia! Hombre que fuera portero del infierno, harto tendría que darle vueltas a la llave.

Aldabonazos dentro .

¡Toc, toc, toc! ¿Quién es, en nombre de Belcebú? Es un labrador, que se colgó de un pino a la espera de cosecha buena. Entra en buen hora; tráete bien de moqueros: aquí vas a sudar en gordo.

Aldabonazos dentro .

¡Toc, toc! ¿Quién es, en nombre del otro diablo? A fe, es un testigo falso, capaz de jurar en cada uno de los platillos de la balanza contra el otro; que supo muy bien engañar en nombre de Dios, y con todo no pudo engañar al cielo. ¡Eh, entra, testigo falso!

Aldabonazos dentro .

¡Toc, toc, toc! ¿Quién es? A fe, este es un sastre inglés, que viene aquí dentro por haber sisado tela de unas calzas francesas. Entra, entra, sastre: aquí podrás calentar tu plancha.

Aldabonazos dentro .

¡Toc, toc! Y así sin parar. ¿Qué eres tú? Pero este sitio está demasiado frío para infierno. No hago más de portero del demonio. Tenía pensado dar entrada a alguno de cada oficio, de todos esos que van por senda de margaritas a las eternas tracas y cohetes.

Aldabonazos dentro .

¡Ya va, ya va! Acordaos del portero, por amor de Dios.

Abre la puerta .

Entran MACDUFF *y* LENNOX.

MACDUFF ¿Era tan tarde, amigo, cuando te acostaste,

que tan tarde despiertas?

PORTERO A la verdad, señor, estuvimos de parranda hasta los segundos gallos; y el beber, señor, es gran provocador de tres cosas.

MACDUFF ¿Qué tres cosas provoca especialmente la bebida?

PORTERO Pardiez, señor, rojez de nariz, sueño y meada. Lujuria, señor, la provoca y la desprovoca: provoca el deseo, pero quita la función; así que el mucho beber puede decirse que es perjuro para con la lujuria: la crea y la estropea; la levanta y la derriba; la incita y la desanima; la hace enderezarse y la hace desenderezarse; en conclusión, le hace falsa promesa con un sueño, y cuando la ha engañado, la abandona.

MACDUFF Yo creo que la bebida te engañó a ti anoche.

PORTERO Así fue, señor, y me agarró por el cuello; pero yo le pagué trampa por trampa; y siendo, creo yo, demasiado fuerte para ella, aunque se me trabó un rato a las piernas, al fin le hice una llave y la derribé.

MACDUFF ¿Está ya tu señor en pie?

Entra MACBETH.

Le han despertado nuestros golpes; aquí viene.

LENNOX Buen día, noble par.

MACDUFF ¿Está ya el rey en pie, noble señor?

MACBETH Aún no.

MACDUFF Él me encargó llamarlo con buen tiempo. Casi

dejé escapar la hora.

MACBETH Os guiaré hasta él.

MACDUFF Sé que es molestia esta para vos muy grata;

pero, aun así, molestia.

MACBETH Trabajo en que gozamos, la fatiga cura.

Esta es la puerta.

MACDUFF Me permito ir a llamarlo;

que ese es mi humilde oficio.

Sale .

LENNOX ¿Se va hoy el rey de aquí?

MACBETH Se va: así lo ha dispuesto.

LENNOX La noche ha sido horror sin ley: donde dormíamos

el viento derribó las chimeneas; cuentan

que se oyeron quejas en el aire, extraños gritos

de muerte, profetizando con terrible acento

siniestro incendio, confusión recién salida

del huevo del funesto tiempo; el negro pájaro

graznó en la eterna noche; dicen que la tierra

tuvo fiebre y tembló.

MACBETH Fue una dura noche.

LENNOX No puede hallarle mi memoria joven otra

que le haga par.

Vuelve MACDUFF.

MACDUFF ¡Horror, horror, horror! Ni corazón ni lengua

ni concebir te pueden ni nombrar.

MACBETH ¿Qué pasa?

MACDUFF La perdición ha hecho aquí su obra maestra.

El más sacrílego asesino ha entrado a hierro

al templo ungido del Señor, y de él robado

la vida de sus muros.

MACBETH ¿Qué decís? ¿La vida?

LENNOX ¿Dices su majestad?

MACDUFF Acercaos a la estancia, y ciegue vuestros ojos

una nueva Gorgona. No me hagáis que hable:

ved, y después hablad vosotros.

Salen MACBETH *y* LENNOX.

¡Vela! ¡En vela!

¡Taña la campana alarma! ¡Crimen y traición!

¡Banquo, y tú, Donalbain! ¡Malcolm! ¡Despierta!

Sacudid el muelle sueño, remedo de muerte,

y mirad la muerte misma. ¡Arriba, arriba, y ved
la imagen del gran Juicio! ¡Malcolm, Banquo! Alzaos
como de la tumba, y como ánimas acudid
a hacer coro a este espanto. Tañe la campana.
Suena una campana .
Entra LADY MACBETH.
LADY MACBETH ¿Qué es el motivo que hace que este odioso
clarín convoque a junta a los durmientes
de la casa? Hablad. ¡Hablad!
MACDUFF Gentil señora,
no es para vuestro oído lo que puedo hablar:
el relato en un oído de mujer sería
muerte en solo caer.
Entra BANQUO.
¡Ah, Banquo, Banquo! Nuestro
real patrón ha sido muerto.
LADY MACBETH ¿Qué? ¡Ay, triste!
¿En nuestra casa?
BANQUO Harto duro en dondequiera.
Querido Duff, por gracia, contradícete
y di que no es así.
Vuelven MACBETH *y* LENNOX*, con* ROSS.
MACBETH Solo una hora hubiera muerto yo antes de esto
y feliz mi tiempo habría sido: pues desde este
momento, nada hay serio en lo mortal: no es todo

más que juguetes; gloria y gracia han muerto; el vino
de la vida está vertido, y meras heces quedan
por vanidad en la bodega.
Entran MALCOLM *y* DONALBAIN.
DONALBAIN ¿Qué es la desgracia?
MACBETH Lo eres tú, y no lo sabes.
La cabeza, el manantial, la fuente de tu sangre
cortada está; la vena misma está cegada.
MACDUFF Tu real padre ha sido muerto.
MALCOLM ¡Ah! ¿Por quién?
LENNOX Los de su guardia, al parecer, lo han hecho: estaban
por manos y por cara en sangre señalados;
también sus dagas, que encontramos sin limpiar
sobre sus almohadas; como enloquecidos,
miraban en un pasmo. Vida alguna de hombre
se les debió fiar.
MACBETH ¡Ah, y me arrepiento todavía de mi furia,
que los maté!
MACDUFF ¿Por qué lo hiciste así?
MACBETH ¿Quién puede
ser cuerdo y trastornado, quién sereno y loco,
leal y neutral en un momento? Ningún hombre.
El estallido de mi amor violento atrás
dejó más calmo juicio. Aquí, tendido Duncan,
de dorada sangre su alba piel engalonada,

sus hondas llagas como brecha de natura

para entrada de la ruina; allí, los asesinos,

pingando en los colores de su trata, dagas

embutidas en cuajarones: ¿quién se refrenara,

que tuviera un corazón capaz de amar, y en él

coraje de mostrar su amor?

LADY MACBETH ¡Ayuda, fuera, oh!

MACDUFF Atended a la señora.

MALCOLM (*Aparte a* DONALBAIN.) ¿A qué tener las lenguas,

que pueda en ello verse cargo en contra nuestra?

DONALBAIN (*Aparte a* MALCOLM.)

¿Qué cabe aquí decir, en donde nuestro sino,

metido en un barreno, puede reventar

y aquí atraparnos? ¡Vámonos de aquí! No está

aún destilado nuestro llanto.

MALCOLM (*Aparte a* DONALBAIN.) Ni esta pena

en pie de marcha está.

BANQUO Atended a la señora;

Se llevan a LADY MACBETH.

y de que escondamos nuestras míseras desnudeces,

que así sin velo sufren, reunámonos

a investigar tan cruda hazaña y conocerla

mejor. Escrúpulos y miedos nos agitan.

En la gran mano del Señor me planto: en ella,

contra el secreto fingimiento me rebelo

de la maldad traidora.

MACDUFF Así hago yo.

TODOS Así todos.

MACBETH Vistamos pronto varonil arreo, y luego

juntémonos en la gran sala.

TODOS Bien, de acuerdo.

Salen todos menos MALCOLM *y* DONALBAIN.

MALCOLM ¿Qué vas a hacer? No entremos a partir con ellos.

Mostrar la pena no sentida es un oficio

que el hombre falso cumple bien. Yo iré a Inglaterra.

DONALBAIN A Irlanda yo. Partidas nuestras suertes a ambos

mejor nos guardaran. En donde estamos, dagas

en las sonrisas hay. El más cercano en sangre

es el más sangriento.

MALCOLM Aún el tiro a muerte que ha estallado

no ha dado en tierra, y nuestra vía más segura

es esquivar el blanco. Así que ¡a caballo!

Y no tengamos más fineza en despedidas,

sino escaparnos. Donde nada ya perdona,

venia tendrá ladrón que hurta su persona.

Salen .

ESCENA IV

Por fuera del castillo de Macbeth.

Entra ROSS *con un* ANCIANO.

ANCIANO Tres veintenas y media de años bien recuerdo:

en suma tal de tiempo he visto horas de espanto,
estrañas cosas; mas esta cruda noche ha hecho
bromas de la anterior historia.
ROSS Ah, sí, buen viejo,
ya veis: el cielo, como turbado con el drama
de los hombres, amenaza su sangrienta escena:
por el reloj es día, pero negra noche
ahoga aún la errante lámpara. ¿Es soberbia
de la noche o es pudor del día, que tinieblas
celen así la faz del mundo, cuando debe
la viva luz besarla?
ANCIANO Es contra natura;
tal cual la acción que se ha cumplido. El otro martes,
un halcón que remontaba en noble altanería
fue por un búho ratonero preso y muerto.
ROSS Y caballos de Duncan (suceso el más extraño,
y cierto), hermosos y veloces, favoritos
de su casta, vueltos en bravío, sus establos
quebraron y rebeldes a obediencia huyeron,
como yendo a hacer la guerra con la raza humana.
ANCIANO Y dice que se devoraron uno a otro.
ROSS Así lo hicieron, para pasmo de mis ojos,
que los miraban.
Entra MACDUFF.
Aquí viene el buen Macduff.

¿Cómo anda el mundo hoy, señor?

MACDUFF ¿Qué? ¿No lo ves?

ROSS ¿Se sabe ya quién hizo el crimen más que odioso?

MACDUFF Los que Macbeth mató.

ROSS ¡Maldito el día! Y ¿qué

provecho en tal les iba?

MACDUFF Estaban sobornados:

Malcolm y Donalbain, los dos hijos del rey,

de en medio se han quitado, lo que sobre ellos echa

sospecha de la hazaña.

ROSS Aún más contra natura.

¡Pródiga ambición, tan presta a saquear tus propios

medios de vida! Entonces es lo más probable

que la soberanía recaerá en Macbeth.

MACDUFF Ya está nombrado, y de camino para Escóun

para la investidura.

ROSS ¿Y el cuerpo de Duncan?

MACDUFF Llevado al monte Colme,

el sagrado almacén de sus predecesores

y guarda de sus huesos.

ROSS ¿Vas tú a ir a Escóun?

MACDUFF No, primo; voy a Faif.

ROSS Bien; yo iré allá.

MACDUFF Pues bien, que veas buen suceso allí. ¡Con Dios!

Si no es que nuestras ropas viejas no nos sientan

mejor que no las nuevas.

ROSS ¡A más ver, buen viejo!

ANCIANO ¡Vaya la bendición de Dios contigo

y todos los que hagan

al malo bueno, amigo al enemigo!

Salen .

TERCER ACTO

ESCENA I

Forres. El palacio .

Entra BANQUO.

BANQUO Ahí lo tienes ya: rey, Cáudor, Glamis, todo,

tal cual las brujas prometieron; y me temo

que hayas jugado harto sucio por tal triunfo.

Ah, pero se dijo

que no se asentaría en tu posteridad,

sino que había yo de ser raíz y padre

de muchos reyes. Si ello es que sale de ellas

verdad (y en ti, Macbeth, esplende su palabra),

¿por qué, sobre la cierta fe probada en ti,

no pueden ser profetas míos igualmente

y alzarme en esperanza? Pero ¡sst!, no más.

Floreo de banda .

Entra MACBETH *como rey,* LADY MACBETH *como reina,* LENNOX, ROSS, *señores,*

damas y acompañantes .

MACBETH Aquí esta nuestro huésped principal.

LADY MACBETH Si a él

se le hubiera olvidado,

fuera como un vacío en nuestra fiesta grande,

de todo punto indecoroso.

MACBETH Celebramos esta noche una solemne cena,

y requerimos tu presencia.

BANQUO En mí disponga

vuestra real alteza, a quien mis lealtades

están con nudo el más indisoluble atadas

por siempre.

MACBETH Y esta tarde ¿sales a caballo?

BANQUO Sí, mi buen señor.

MACBETH Habríamos, si no, apreciado vuestro buen consejo,

que siempre ha sido a un tiempo grave y venturoso,

en la asamblea de hoy; pero lo oiré mañana.

¿Será el paseo lejos?

BANQUO Lo lejos, mi señor, que dé a llenar el tiempo

de aquí a la cena. Si el caballo no da más,

haré bien de pedirle en préstamo a la noche

una hora oscura o dos.

MACBETH No faltes a la fiesta.

BANQUO Señor, no faltaré.

MACBETH Oigo que nuestros sanguinarios primos paran

en Inglaterra y en Irlanda, y no confiesan

su crudo parricidio, hartando a quien les oye

de estraña fábula. Mas de esto, ya mañana,

cuando además tendremos asuntos de estado

que juntos nos reclamen. ¡A caballo, ea!

¡Adiós! Hasta esta noche

a tu regreso. Y Fleancio ¿va contigo?

BANQUO Sí, mi buen rey: el tiempo ya nos pide cuentas.

MACBETH ¡Sean vuestros corceles raudos y de andar

seguro! Así os encomendamos a sus lomos.

Ve en paz.

Sale BANQUO.

Que sea cada uno dueño de su tiempo

hasta las siete: a fin que nuestra compañía

más grata se os vuelva, nos quedamos solos

hasta la cena. En tanto ¡Dios sobre vosotros!

Salen todos menos MACBETH *y un* CRIADO.

Una palabra, amigo: ¿esperan esos hombres

a nuestras órdenes?

CRIADO Están, señor, ante las puertas de palacio.

MACBETH Tráelos ante nos.

Sale el CRIADO.

El serlo así no es nada,

sino el serlo seguro. Mi temor en Banquo

hondo está hincado; y en su majestad de porte

reina lo que es mi miedo. Es alta su osadía,

y a ese indomable temple de su espíritu

junta cordura tal que guía su valor

a obrar en salvo. No hay ninguno más que él

a cuyo ser yo tema; y bajo su censura

mi genio se apoquina, como el de Antonio dicen

bajo el de César. Se encaró con las hermanas,
la primera vez que en mí mención de rey pusieron,
y hablarle les mandó; que entonces, adivinas,
le saludaron padre de un renglón de reyes;
sobre mi sien ciñeron la corona estéril
y un infecundo cetro hundieron en mi puño,
a ser de allí arrancado por estraña mano,
sin hijo mío a sucederme. A ser así,
por la estirpe de Banquo habré manchado el alma,
por ellos he matado al generoso Duncan,
vertido enconos en la copa de mi paz
solo por ellos, y mi joya eterna dado
al común contrario de los hombres, para hacerlos
a ellos reyes: ¡tu simiente, Banquo, reyes!
Antes que eso, ven, destino, entra en mis filas,
y guíame a la ultimidad. ¿Quién anda ahí?
Vuelve el CRIADO *con dos* ASESINOS.
Ahora ve a la puerta, y guarda hasta que llame.
Sale el CRIADO.
Fue ayer cuando estuvimos conversando, ¿no?
PRIMER ASESINO Ayer, bien dice vuestra alteza.
MACBETH Bien, entonces
¿ya habéis pensado bien en mis palabras? Él
sabed que fue el que os tuvo un tiempo tan sujetos
a negra suerte; que creísteis que era nuestra

inocente persona; así os lo hice ver
en nuestra última entrevista, dándoos pruebas
de cómo bajo yugo se os metió, de cómo
se os puso trabas, cuáles medios, quién con ellos
obró, y todo, en fin, cuanto además pudiera
a una media alma y a un entendimiento lerdo
decirle «Así hizo Banquo».
PRIMER ASESINO Nos lo hicisteis ver.
MACBETH Lo hice; y fui más lejos, que es ahora el punto
de este segundo encuentro. ¿Halláis tan dominante
acaso la paciencia en vuestros caracteres
que deje que esto siga? ¿Tan evangelizados
estáis para rezar por tal buen hombre y por
su estirpe? ¿Él, cuya grave mano os ha bajado
hasta la fosa, y a los vuestros para siempre
mendigos hecho?
PRIMER ASESINO Somos hombres, mi señor.
MACBETH Sí, estáis catalogados como hombres;
como lebreles, galgos y mastines, chuchos
callejeros, de aguas y de lanas, perros-lobos,
sabuesos, todos se constriñen bajo el nombre
de perros: la ringlera en orden de valores
distingue al lento, al rápido, al astuto, al lerdo,
al buen guardián, al cazador, a cada uno
según el don que naturaleza generosa

ha puesto en él, por donde gana el añadido
de una particular mención en la etiqueta
que inscribe igual a todos. Tal también los hombres.
Pues bien, si en el catálogo ocupáis un puesto
del rango no más bajo de humanidad, decidlo,
y yo encomendaré este asunto a vuestros pechos,
cuya ejecución os libra de vuestro enemigo
y os amarra a nuestro amor y gracia, que arrastramos
con achaques en su vida una salud que fuera
perfecta en muerte de él.
PRIMER ASESINO Mi rey, yo soy un hombre
que viles golpes de este mundo y bofetadas
lo tienen tan quemado, que me importa un bledo
qué ultraje al mundo vaya a hacerle.
SEGUNDO ASESINO Y yo soy otro
tan harto de miseria, hundido de desgracias,
que bien pondré mi vida a cualquier carta, a riesgo
de arreglarla o de acabar con ella.
MACBETH Os consta a ambos
que Banquo fue vuestro enemigo.
LOS DOS ASESINOS Así es, señor.
MACBETH También lo es mío; y tan cruel distancia entre ambos
que cada minuto de su ser va acometiendo
al siguiente de mi vida; y aunque yo podría
barrerlo en descarado imperio de mi vista

y justificarlo a voluntad, no debo hacerlo
a causa de amistades, suyas como mías,
cuyo amor no es bien que pierda, sino su caída
llorar tras empujarlo a ella; y de eso viene
que así le esté la corte haciendo a vuestra ayuda,
velando el caso al ojo público, por varias
razones y de peso.
SEGUNDO ASESINO Mi señor, haremos
lo que nos encomiendes.
PRIMER ASESINO Aunque nuestras vidas…
MACBETH Vuestro ánimo destella en vuestra faz. En plazo
de una hora a lo más
os avisaré de dónde estaros al acecho,
os presentaré al perfecto espía de su tiempo,
al momento justo. Que ha de hacerse en esta noche,
y un poco aparte del palacio. Pensad siempre
que exijo estar del acto en limpio. Ah, y con él,
por no dejar rebaba y tachas en la obra,
su hijo Fleancio, que le tiene compañía,
y cuya ausencia me es no menos esencial
que la de su padre, debe entrar bajo los hados
de esa hora oscura. Decidid aparte. Al punto
yo volveré.
LOS DOS ASESINOS Señor, estamos decididos.
MACBETH Pronto os haré llamar. Quedáos ahí dentro.

Salen los ASESINOS.

Resuelto está. Tu alma, Banquo, ya alza el vuelo:

si el cielo va a ganar,

será esta noche cuando gane el cielo.

Sale .

ESCENA II

El palacio.

Entran LADY MACBETH *y un* CRIADO.

LADY MACBETH ¿Se ha ido Banquo de la corte?

CRIADO Mi dueña, sí, pero a la noche está de vuelta.

LADY MACBETH Ve y dile al rey que espero que me otorgue espacio

para un breve recado.

CRIADO Así lo haré, mi dueña.

Sale .

LADY MACBETH Nada se tiene, todo se ha gastado,

cuando el deseo lo logramos sin contento.

Mejor es ser aquello que uno destruía

que por la destrucción morar en casa

de dudosa alegría.

Entra MACBETH.

¿Qué es esto, mi señor? ¿A qué te apartas solo,

haciendo a ideas negras tus acompañantes,

gastando un pensamiento que debió haber muerto

con esos en quien piensa? Cosas sin remedio

sean cosas sin cuidado. Hecho está lo hecho.

MACBETH Fue darle un tajo a la serpiente, no matarla:
sanará, y será ella misma, mientras nuestra pobre
maldad sigue en peligro de su antiguo diente.
Pero ¡quiebre el quicio de la esfera, húndase un mundo
y el otro, antes que untar nuestro manjar en miedo
y dormir en la aflicción de esos terribles sueños
que la noche nos agitan! ¡Antes con los muertos,
que, por ganar la paz, mandamos a su paz,
que no yacer en este potro de la idea,
en desmayo sin reposo! Está en su tumba Duncan:
tras la vaga fiebre de la vida, él duerme bien;
traición en él ha hecho todo el mal que puede:
ni acero ni ponzoña,
maldad de dentro, ejército de fuera, nada
puede alcanzarle ya.
LADY MACBETH ¡Ah, vamos,
mi dulce dueño! Alisa tu fruncido gesto;
sé jovial y claro con tus huéspedes hoy noche.
MACBETH Lo seré, mi amor; y así también, te ruego, selo.
Tus atenciones se dirijan sobre Banquo;
dele preferencia con tus ojos y tu lengua.
¡Ah, malseguros, mientras que lavar debamos
nuestro esplendor en esa profusión de halagos,
y hacer de nuestras caras máscaras de nuestros
corazones, disfrazando lo que son!

LADY MACBETH Debías

dejarte de eso.

MACBETH Ah, llena de alacranes mi alma está, mi esposa,

mi amor: sabes que Banquo y su Fleancio viven.

LADY MACBETH Pero el don de la vida no es eterno en ellos.

MACBETH Hay un consuelo, sí: aún son atacables.

Conque estate risueña: hoy, antes que el murciélago

despliegue el enclaustrado vuelo, que al conjuro

de la negra Hécate el acorazado grillo

con adormecida grita taña el soñoliento

repique de la noche, estará cumplido un hecho

de espeluznante marca.

LADY MACBETH ¿Qué es lo que ha de hacerse?

MACBETH Sé inocente del conocimiento, prenda mía,

hasta que el hecho aplaudas. Ven, cegadora noche,

véndale el tierno ojo al compasivo día

y con tu invisible ensangrentada mano borra

y desgarra en tiras este poderoso lazo

que me tiene pálido. La luz se espesa; el cuervo

de vuelo va al graznante bosque, y ya los bienes

del día a declinar y adormecerse empiezan,

mientras los agentes negros de la noche bullen

alertos a la presa. Te maravillan mis palabras;

pero mantente en calma.

Cosas que mal empiecen

solo a fuerza de mal se fortalecen.

Conque, te lo ruego, ven conmigo.

Salen .

ESCENA III

Campo cerca del palacio .

Entran tres ASESINOS.

PRIMER ASESINO Pero ¿quién te dio orden de juntarte con nosotros?

TERCER ASESINO Macbeth.

SEGUNDO ASESINO No hay por qué desconfiar de él,

pues explica nuestro cargo y qué es lo que ha de hacerse

en sentido justo.

PRIMER ASESINO Bien, pues ponte con nosotros.

El Oeste aún relumbra con alguna estría

de día; ahora el viajero retrasado aprisa

espolea por ganar a tiempo la posada;

y va llegando cerca el tema

de nuestra espera.

TERCER ASESINO ¡Eh, callad! Siento caballos.

BANQUO (*Dentro* .) ¡Eh, luz! Alumbra aquí.

SEGUNDO ASESINO Así que es él: el resto

de los anotados para espera ya se encuentran

en el palacio.

PRIMER ASESINO Sus caballos andan lejos.

TERCER ASESINO Casi a una milla. Pero él, según costumbre

de todo el mundo, de aquí a las puertas de palacio,

se lo hace de paseo.

SEGUNDO ASESINO ¡Luz! ¡Allí una luz!

Entra BANQUO *y* FLEANCIO

con antorcha .

Es él.

PRIMER ASESINO ¡Alerta a ello!

BANQUO Habrá lluvia esta noche.

PRIMER ASESINO ¡Abajo ya!

Se echan sobre BANQUO.

BANQUO ¡Traición! ¡Ah! ¡Huye, buen Fleancio, huye, huye!

Tú me vengarás. ¡Ah, esclavo!

Muere.

FLEANCIO *escapa* .

TERCER ASESINO ¿Quién apagó la luz?

PRIMER ASESINO ¿No era esa la manera?

TERCER ASESINO Solo ha caído uno: el hijo huyó.

SEGUNDO ASESINO Perdimos

la mejor mitad de nuestro asunto.

PRIMER ASESINO Bien,

vámonos, y digamos cuánto queda hecho.

Salen .

ESCENA IV

Sala en el palacio. Banquete preparado .

Entran MACBETH *y* LADY MACBETH, ROSS, LENNOX,

señores y acompañantes .

MACBETH Sabéis ya vuestro rango. Así sentíos. Al primero
y al último, cordiales bienvenidas.
SEÑORES Gracias, majestad.
MACBETH Yo en persona iré a unirme con la compañía,
y haré de humilde huésped. Nuestra hospedadora
guarda el sitial de honor. Pero al mejor momento
su bienvenida solicitaremos.
LADY MACBETH Dala por mí, señor, a todos los amigos,
pues que mi corazón les dice bienvenidos.
Asoma el PRIMER ASESINO *a la puerta* .
MACBETH Ya ves que ellos te pagan con cordiales gracias.
Están iguales ambos lados. Me sentaré
aquí en el medio. Sed generosos en alegría.
Al punto iré con cada cual bebiendo en brindis
en torno de la mesa.
Acercándose a la puerta .
Hay sangre en tu cara.
PRIMER ASESINO De Banquo entonces.
MACBETH Mejor está fuera de ti que dentro de él.
¿Despachado pues?
PRIMER ASESINO Señor, cortado el cuello: eso hice yo por él.
MACBETH Eres el mejor entre los cortacuellos. Claro
que también es bueno el que hizo igual por su Fleancio:
si fuiste tú, no tienes par.
PRIMER ASESINO Mi muy real señor,

Fleancio se ha escapado.

MACBETH Vuelve entonces mi espasmo. Habría, si no, sido

entero como mármol, firme como peña,

tan franco y general como el aire envolvente;

pero así, enjaulado, preso, confinado, atado

a duda y miedo burladores. Pero Banquo

¿está seguro?

PRIMER ASESINO Sí, mi buen rey: seguro aguarda en una zanja,

con veinte tajos bien cavados en la testa,

el menor, una muerte.

MACBETH Bien; gracias por eso.

Allí la sierpe adulta yace; el viborezno

que se escurrió naturaleza tiene

que con el tiempo criara veneno,

sin dientes por ahora. Quita de ahí: mañana

nos oiremos de nuevo.

Sale el ASESINO.

LADY MACBETH Mi real señor,

no das brindis al gozo. Al traste va la fiesta

que a menudo no recibe, mientras se celebra,

fianza de que se da con gusto. Para comer,

mejor en casa; fuera, es salsa del manjar

la cortesía.

MACBETH ¡Dulce recordadora! Ahora,

¡que buena digestión le siga al apetito

y a ambos salud!

LENNOX Plega a su majestad sentarse.

Entra el ánima de BANQUO

y se sienta en el sitio de MACBETH.

MACBETH Tendríamos bajo este techo la honra toda

de la patria, a estar presente la gentil persona

de nuestro Banquo; que ojalá más bien se deba

reprenderle de descortesía que lamentarlo

por accidente.

ROSS Mi señor, su ausencia vierte

mancilla en su promesa. Plega a vuestra alteza

honrarnos con su augusta compañía.

MACBETH Está

la mesa llena.

LENNOX Aquí hay un sitio reservado,

señor.

MACBETH ¿En dónde?

LENNOX Aquí, mi noble rey. ¿Qué turba a vuestra alteza?

MACBETH ¿Quién de vosotros ha hecho esto?

SEÑORES ¿Qué señor?

MACBETH No podrás decir que yo lo he hecho. ¡No sacudas

sobre mí tu crencha ensangrentada!

ROSS Caballeros,

alcémonos: su alteza no está bien.

LADY MACBETH Sentaos,

nobles amigos. A mi señor le da esto a veces,

ya desde su juventud. Guardad, os ruego, el sitio.

El ataque es momentáneo; fijándoos en él mucho,

le irritaréis y alargaréis el padecimiento.

Comed, y no atendáis a él. ¿Eres un hombre?

MACBETH ¡Ah, sí, y valiente, para osar mirar a aquello

que al diablo espantaría!

LADY MACBETH ¡Ah, linda broma! Esto

es la pintura mera de tu miedo; es esto

la daga trazada en aire que, a lo que decías,

te guió hasta Duncan. ¡Ah!, esos sustos y repentes,

máscaras del miedo verdadero, bien caerían

con un cuento del ama al fuego del invierno

testimoniado por su abuela. ¡Tal vergüenza!

¿Por qué haces esas muecas? Cuando todo es hecho,

tú miras ¿qué?: una silla.

MACBETH ¡Mira, por favor! ¡Atiende! ¡Ahí! ¿Qué dices?

¡Bah, qué me importa! Si haces señas, vamos, habla.

Si osarios y sepulcros nos devuelven fuera

los que enterramos, ¡sean nuestras sepulturas

buches de milanos!

Se desvanece el ánima .

LADY MACBETH ¿Qué, pelele de la locura?

MACBETH Si estoy aquí, aquí lo he visto.

LADY MACBETH ¡Oh, qué bochorno!

MACBETH Sangre se ha derramado antes de ahora, en tiempos
que no había humana ley purgado aún el goce
de la vida; sí, y después también se han cometido
asesinatos demasiado espeluznantes
al oído. Ya ha pasado el tiempo aquel que un hombre
al reventársele la sesera se moría,
y fin; pero ahora se alzan otra vez con veinte
seguras muertes en la testa, y nos arrojan
de nuestro asiento. Más pasmoso aún es esto
que lo es el crimen mismo.
LADY MACBETH Mi gentil señor,
tus ilustres huéspedes te reclaman.
MACBETH Os olvido.
No os asombréis de mí, mis mas nobles amigos:
tengo una estraña enfermedad, que es nada para
quien me conoce. ¡Venga: amor, salud a todos!
Después me sentaré. Echa vino, y hasta el borde.
Brindo a la alegría general de la mesa entera,
y a nuestro caro amigo Banquo, que nos falta.
¡Así estuviera aquí! ¡A vosotros y a él mi copa,
y todo para todos!
SEÑORES ¡Honra y homenaje!
Vuelve a entrar el ánima .
MACBETH ¡Atrás! ¡Fuera de mi vista! ¡Escóndate la tierra!
Tus huesos son sin tuétano, tu sangre fría;

no tienes chispa de mirada en esos ojos

que clavas sobre mí.

LADY MACBETH Ved esto, honrados pares,

como cosa de costumbre: nada es más que eso;

solo que estropea la alegría de la hora.

MACBETH A lo que se atreve un hombre, a eso yo me atrevo.

Acércate en figura de áspero oso ruso,

de armado rinoceronte, como tigre hircana;

trae cualquier traza menos esa, y firmes, nunca

mis nervios temblarán; o sé de nuevo vivo,

y rétame a salir al yermo espada en mano:

si temblando paro entonces, tenme por el rorro

de una doncella. ¡Fuera, sombra espeluznante!

¡Burla irreal, fuera!

Se desvanece el ánima .

Bueno. Ya. En yéndose,

vuelvo a ser un hombre. Por favor, seguid sentados.

LADY MACBETH Has trastocado el regocijo, roto el gozo

de la reunión con alboroto tan pasmoso.

MACBETH ¿Pueden ser cosas tales

y sobrevenirnos como nube de verano

sin mayor asombro nuestro? Hacéis que aun yo me sienta

extraño al sentimiento al que obedezco, cuando

pienso ahora que podéis mirar visiones tales

reteniendo el natural carmín en la mejilla,

mientras la mía encala el miedo.

ROSS ¿Qué visiones,

señor?

LADY MACBETH Os ruego, no le habléis;

se pone cada vez peor;

le irritan las preguntas. Basta, y buenas noches;

no os paréis a aguardar el orden de salida:

partid sin más.

LENNOX Buena noche, y pronta mejoría

a su majestad.

LADY MACBETH A todos, muy felices noches.

Salen todos menos MACBETH *y* LADY MACBETH.

MACBETH Sí, tendrá sangre. Sangre, dicen, pide sangre.

Piedras se ha sabido que se mueven y hablan árboles;

agüeros y relaciones descifradas han

revelado por urracas, chovas y cornejas

al más secreto agente del sangriento hecho.

¿Qué es de la noche?

LADY MACBETH Riñendo casi con el alba a quién es quién.

MACBETH ¿Qué dices de que Macduff rehúse su persona

a mi alto requerimiento?

LADY MACBETH ¿Le has mandado aviso,

señor?

MACBETH Lo oigo al paso. Pero mandaré.

No hay uno de ellos que en su casa no mantenga

un criado a mis espensas. Quiero ir mañana,

y temprano quiero ir, a las hermanas brujas:

mas han de hablar; pues ya a saber estoy resuelto

por los peores medios lo peor. A mi derecho

dará paso toda causa. Estoy metido en sangre

hasta tan hondo que, si no entro más al vado,

volver tan duro fuera como atravesar.

Extrañas cosas tengo en la cabeza

que bajar quieren a las manos,

que es fuerza que ejecute

antes que nadie su secreto escrute.

LADY MACBETH Te falta la sazón de toda vida, el sueño.

MACBETH ¡Vamos, al sueño! Mi alucinación

es el temor novicio

que necesita aún duro ejercicio.

Casi somos niños en el crimen.

Salen .

ESCENA V

Un páramo. Trueno.

Entran las tres BRUJAS *yendo al encuentro de* HÉCATE.

PRIMERA BRUJA ¡Eh, eh! ¿Qué pasa, Hécate? Pareces enojada.

HÉCATE Y ¿no hay motivo, cabras viejas,

insolentes que sois, pendejas?

¿Cómo tanta desfachatez

tuvisteis para con Macbeth

meteros de esa suerte
en trama y tráficos de muerte?
Y el ama yo de vuestro oficio,
centro de todo maleficio,
nunca llamada a entrar a parte
en la gloria de nuestro arte?
Y lo que es peor, cuanto habéis hecho,
fue por un hijo sin provecho,
que, airado y fatuo, como todos
mira solo a sus acomodos,
no al vuestro. Mas de todos modos,
tratad de hacer de vuestra ofensa
reparación y recompensa:
ahora huid por senda y monte,
y junto al pozo de Aqueronte
buscadme al alba: allí el indino
va a ir a averiguar su sino.
Redomas aprestad y ungüento
y ensalmos y cuanto haga al cuento.
Al aire voy: la noche pienso
gastar en un designio inmenso:
fatal empresa soberana
cumplida debe estar mañana
antes que el cuco dé la una.
Allá de un cuerno de la luna

destila un vaporoso

rocío poderoso;

antes que llegue al suelo,

lo habré cogido al vuelo;

por magas mañas destilado,

será en espíritus trocado

de tal virtud, que su ilusión

lo arrastrará a la perdición;

escupirá al destino fuerte,

despreciará a la muerte;

sus esperanzas más allá

de todo juicio llevará

y de merced y de favores;

y bien sabéis que los peores

enemigos del hombre son

soberbia y despreocupación.

Música y canto dentro:

«Vuelve ya, ven acá, Hécate, Hécate, ven acá.»

¿Oís? Me llaman. Mi pequeño duende allí

montado en una niebla aguarda ya por mí.

Sale .

PRIMERA BRUJA ¡Vamos, deprisa, vamos! Va a volver muy pronto.

Salen .

ESCENA VI

Forres. El palacio.

Entran LENNOX *y otro* NOBLE.

LENNOX No han hecho mis palabras más sino atinar
con vuestro pensamiento, que podrá más lejos
interpretar. Tan solo digo que las cosas
se han producido extrañamente. El dulce Duncan,
llorado por Macbeth; pues claro, a fe: ¡si estaba muerto!
Luego el leal y bravo Banquo dio un paseo
demasiado tarde; al cual podéis, si se os antoja,
decir que lo mató Fleancio; pues Fleancio
huyó. No debe uno pasear muy tarde.
Y ¿quién puede evitar pensar cuán monstruoso
fue por parte de Malcolm y de Donalbain
matar a su clemente padre? ¡Acción nefanda!
¡Cómo le dolió a Macbeth! ¿No fue en piadosa rabia
derecho a degollar a aquellos dos precitos
que yacían presos de bebida en torpe sueño?
¿No fue una noble acción? ¡Oh, sí!, y también prudente,
porque irritado habría a todo pecho vivo
el oírles denegarlo. Así que él, ya digo,
lo ha llevado todo bien; y a haber tenido, pienso,
a los hijos del buen Duncan bajo su cerrojo
(lo que, plega al cielo, no será), ya hubieran visto
lo que es matar a un padre; oh sí, y también Fleancio.
Pero ¡a callar!, que por alguna frase clara
y por haberle rehusado su asistencia

a la fiesta del tirano, oigo que Macduff
vive en desgracia. Mi señor, ¿podríais vos
decir dónde se halla?
NOBLE El hijo del buen Duncan,
de quien este usurpa los derechos de nacimiento,
vive en la corte inglesa, y se ve acogido
del muy piadoso rey Eduardo con tal gracia
que la malquerencia de la fortuna nada puede
menguar de su alta honra. Allí Macduff se ha ido
a pedir al santo rey que en su socorro alce
al de Nortumberlandia y al feroz Siguardo,
que con la ayuda de estos (y la de lo Alto
para coronar la obra) demos nuevamente
manjar a nuestras mesas, sueño a nuestras noches,
quitemos de los banquetes las sangrientas dagas,
rindamos fiel honor, tengamos libres honras,
todo lo que ahora aquí añoramos. Y el relato
tanto ha indignado al rey que ya se está poniendo
en pie de guerra.
LENNOX Y él ¿mandó a Macduff recado?
NOBLE Lo hizo, y con un rotundo «No, señor, yo no»
sombrío el mensajero vuélvesenos de espaldas
rezongando, como quien dice «Os pesará del tiempo
que me carga tal mensaje».
LENNOX Y eso bien debiera

avisarle de prudencia, y mantener distancia
cuanta su juicio le prevenga. ¡Un santo ángel
vuele a la corte de Inglaterra, y le revele
su mensaje antes que venga!; que retorne pronto
alada gracia a nuestra tierra atormentada
bajo maldita mano.
NOBLE Mandaré con él
mis oraciones.
Salen .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Una caverna. En medio, una caldera hirviendo. Trueno.

Entran las tres BRUJAS.

PRIMERA BRUJA Tres veces maulló el gato pinto.

SEGUNDA BRUJA Tres veces y una chilló el erizo.

TERCERA BRUJA Harpía nos grita «Es la hora, la hora».

PRIMERA BRUJA Alrededor de la caldera

gira y gira, compañera;

en su entraña venenosa

echa y echa cosa y cosa.

Sapo, que en tus huras frías

días treinta y uno habías

trasudado tu pringote,

ve el primero a hervir al pote.

TODAS Doble, doble afán y brea,

y el tizón chisporrotea

y el caldero borbotea.

SEGUNDA BRUJA Pingo de lombriz del barro,

hierve y cuece en el cacharro;

ojo azul de lagartija,

zancarrón de sabandija,

lana de murciego,

lengua de oso ciego,

dardo de serpiente,

viboreño diente,

piel de sanguijuela

y ala de mochuela,

para ensalmo sin piedad,

para daño sempiterno,

como caldo del infierno

rebullid, borbotead.

TODAS Doble, doble afán y brea,

y el tizón chisporrotea

y el caldero borbotea.

TERCERA BRUJA Verde escama de dragón

y colmillo de león,

grasa de una momia vieja,

buche y cuajos y molleja

de un hambriento tiburón,

leche enjuta

de cicuta

arrancada en noche oscura,

y asadura

de un judío que blasfema,

hiel de cabra, brote y yema

que del tejo

despellejo

en eclipse de la luna,

punta de nariz moruna,

labio grueso

de un gitano en hurto preso,

dedo de bebé asfixiado

al parirlo que ha arrojado

una malamadre al foso,

espesad, haced viscoso

el potaje en que os pongo.

Y ahora añádele el mondongo

de una tigre, y ya está ahíta

de ingredientes la marmita.

TODAS Doble, doble afán y brea,

y el tizón chisporrotea

y el caldero borbotea.

SEGUNDA BRUJA Enfriarlo con la sangre

de un gorila, y ya se hizo

cierto y bueno nuestro hechizo.

Entra HÉCATE

a unirse con las otras tres .

HÉCATE ¡Muy bien! Alabo vuestro arte,

y tendréis todas vuestra parte.

Ahora cantando en torno al pote

como las hadas id al trote

para encantar vuestro guisote.

Música y canto:

«Espíritus negros y blancos, / genios del fuego y el mar, /

juntaos, juntaos, juntaos, / vosotros que os podéis juntar».

HÉCATE *se retira al fondo* .

SEGUNDA BRUJA Por el picor de mi pulgar,

algo siniestro aquí va a entrar.

¡Ábrete, Enrique,

quienquiera que pique!

¡Ábrete, Roque,

quienquiera que toque!

Entra MACBETH.

MACBETH ¿Qué es esto, negros trasgos de la medianoche?

¿Qué es lo que hacíais?

TODAS Una acción sin nombre.

MACBETH Yo aquí os conjuro, por aquello a que servís,

de doquiera que el saber os venga, respondedme:

así los vientos desatéis para que choquen

contra las iglesias, aunque espumajosas olas

engullan y trastornen cuanto flota en ellas,

y el trigo en mies se arrase y se descuaje el bosque

y se hundan templos sobre las testas de sus guardias,

así palacios y pirámides retuerzan

su frontón a sus cimientos, aunque los tesoros

de gérmenes de natura rueden todos juntos,

hasta que la destrucción enferme, respondedme

a lo que os pregunto.

PRIMERA BRUJA Habla.

SEGUNDA BRUJA Pide.

TERCERA BRUJA Respondemos.

PRIMERA BRUJA Y di, ¿querrás mejor oírlo de nuestras bocas

o de nuestros amos?

MACBETH Convocadlos, que los vea.

PRIMERA BRUJA Echa ahí dentro sangre aleve

de una cerda que sus nueve

lechoncillos devoró;

y la grasa que sudó

en la horca un asesino

echa al fuego.

TODAS Oh, ser divino,

ven de abajo o ven de arriba,

y muestra el poder que en ti viva.

Trueno. Primera aparición:

una cabeza con yelmo .

MACBETH Dime, genio desconocido…

PRIMERA BRUJA Él sabe tus intrigas:

escucha lo que hable, pero nada digas.

PRIMERA APARICIÓN

¡Macbeth, Macbeth, Macbeth! ¡Guárdate de Macduff!,

¡atento al par de Faif! Soltadme: ya es bastante.

Se hunde .

MACBETH Quienquier que seas, por tu buen aviso, gracias.

Acertaste a pulsar la cuerda de mi miedo.

Pero aún una palabra…

PRIMERA BRUJA No admite que se le mande. Aquí está otro, más

poderoso que el primero.

Trueno. Segunda aparición:

un niño ensangrentado .

SEGUNDA APARICIÓN ¡Macbeth, Macbeth, Macbeth!

MACBETH Tuviera tres oídos, y con tres te oyera.

SEGUNDA APARICIÓN Sé cruel, audaz, resuelto; ríete a placer

del poder del hombre: pues ningún parido por mujer

podrá a Macbeth dañar.

Se hunde .

MACBETH ¡Vive pues, Macduff! ¿Qué falta me hace a mí temerte?

Con todo, me aseguraré con doble llave,

y le haré firmar al sino. No, no vivirás:

que pueda al miedo de blanco corazón decirle

que miente, y duerma pese al trueno.

Trueno. Tercera aparición:

un niño coronado, con un árbol en la mano .

¿Qué es ese

que se alza como retoño de monarca y porta

sobre el entrecejo niño el redondel y cúspide

de la soberanía?

TODAS ¡Escucha, pero no le hables!

TERCERA APARICIÓN Ten brío de león y orgullo y no te apure

quién ruja o quién se irrite o dónde se conjure:

jamás será Macbeth vencido hasta que el gran

bosque de Bírnam al alto monte Dunsinán

no suba contra él.

Se hunde .

MACBETH Lo cual jamás será:

¿quién va a empujar a un bosque, cómo arrancara

su raíz de tierra el árbol? ¡Buena nueva esta!

Rebelión mortal, no te alces hasta que la foresta

de Bírnam se alce, y ya Macbeth en su alto asiento

vivirá su arriendo a vida y pagará su aliento

al tiempo y la mortal costumbre. Pero aún tiemblo

una cosa por saber: decid, si a tanto alcanza

vuestro arte: ¿reinará jamás la descendencia

de Banquo en este reino?

TODAS No quieras más saber.

MACBETH ¡A mí ha de complacérseme! Negadme esto,

y eterna maldición os caiga! A ver, que sepa:

¿por qué se hunde esa caldera? ¿Y este ruido?

Oboes .

PRIMERA BRUJA ¡Mostraos!

SEGUNDA BRUJA ¡Mostraos!

TERCERA BRUJA ¡Mostraos!

TODAS ¡Eh, mostráos a sus ojos!

¡Su ánima llenad de enojos!

¡Como sombras venid!

¡Como sombras partid!

Aparición de ocho reyes,

el último con un espejo en la mano;

detrás, el ánima de BANQUO.

MACBETH Te pareces mucho al ánima de Banquo: ¡abajo!

Tu corona abrasa mis pupilas. Y tu pelo,

tú, el otro de la sien ceñida de oro, es como

el del primero. Y un tercero como el segundo.

¡Cochinas brujas!

¿Por qué me enseñáis esto? ¡Un cuarto! ¡Fuera, ojos!

¿Qué, se va a estirar la serie hasta el tambor del Juicio?

¡Todavía otro! ¡El séptimo! Ya no veo más.

Y aún el octavo surge; el cual trae un espejo

donde me muestra a muchos más. Y algunos veo

que portan doble globo y triple cetro blanden.

¡Visión horrible! Ahora veo que es verdad:

pues Banquo inudrido en sangre sobre mí sonríe

y ya por suyos los señala.

Se desvanecen las apariciones .

¿Qué? ¿Es así?

PRIMERA BRUJA Sí, rey, así. Pero ¿por qué

queda Macbeth en pasmo tal?

Vamos, hermanas, démosle

buen ánimo, ofrezcámosle

la flor de nuestro festival.

El aire encantaré hasta hacer

trocarse en música su onda,

mientras bailáis la bufa ronda.

Que diga este gran rey por vida

que bien cumplimos el deber

de darle nuestra bienvenida.

Música. Danzan las brujas,

y luego se desvanecen, junto con HÉCATE.

MACBETH ¿En dónde están? ¿Se han ido? ¡Que esta aciaga hora

maldita quede por jamás en el calendario!

¡Entrad! ¡Eh, ahí fuera!

Entra LENNOX.

LENNOX ¿Qué dispone vuestra gracia?

MACBETH ¿Viste a las hermanas hechiceras?

LENNOX No, señor.

MACBETH ¿No pasaron a tu lado?

LENNOX No, en verdad, señor.

MACBETH ¡Apestado sea el aire por el que cabalgan,

y condenados los que en ellas creen! He oído

el galope de un caballo. ¿Quién cayó por ahí?

LENNOX Son dos o tres, señor, que ahí os traen noticia

de que Macduff huyó a Inglaterra.

MACBETH ¡Huyó a Inglaterra!

LENNOX Sí, mi buen rey.

MACBETH Ah, tiempo, te adelantas a mi terrible hazaña.

Nunca al propósito volandero se le alcanza

si no va el hecho al par con él. Desde este instante

las primicias de mi corazón serán primicias

de mi mano. Y aun ahora, para coronar

el pensamiento con la acción, pensado y hecho:

sorprenderé el castillo de Macduff: en Faif

haré mi presa; daré al filo de la espada

a su esposa y a sus críos, toda triste alma

que en su linaje guarde traza de su brío.

Y nada de fanfarronadas de payaso:

hecho estará antes que el propósito esté frío.

¡No más visiones! ¿Dónde están esos caballeros?

Vamos, llévame donde estén.

Salen .

ESCENA II

Fife. Castillo de Macduff .

Entra LADY MACDUFF*, su hijo y* ROSS.

LADY MACDUFF ¿Qué es lo que ha hecho para hacerle desterrarse?

ROSS Señora, has de tener paciencia.

LADY MACDUFF Él no ha tenido.

Su huida fue locura: cuando nuestros hechos

no, nos denuncian de traidores nuestros miedos.

ROSS ¿Qué sabes tú si fue su miedo o su prudencia?

LADY MACDUFF ¡Prudencia! ¿Abandonar su esposa, sus pequeños,
y sus mansiones y sus títulos en sitio
de donde él mismo se va huyendo? No nos quiere;
le falta el pálpito natural: porque hasta el pobre
reyezuelo, el más menudo de las aves, sabe
luchar, sus crías en el nido, contra el búho.
Todo es el miedo y nada es el amor; lo mismo
que es mísera la prudencia cuando así su huida
va contra toda la razón.
ROSS Mi amada prima,
te lo ruego, estudia tú en ti misma; que tu esposo
noble es, juicioso, cuerdo, y es quien mejor sabe
las vueltas de la ocasión. No oso hablar ya más;
pero fieros son los tiempos, cuando se es traidor
sin saberlo ni uno mismo: que un rumor cogemos
de dónde habemos de temer, y aún no sabemos
lo que temer, mas sobre bravo mar flotamos
a todo rumbo y soplo. Y basta, me despido;
no ha de ser largo hasta que vuelva a estar aquí:
llegado el mal al fondo, ha de cesar, o arriba
tornar a ser lo que antes fue. Mi bella prima,
mis bendiciones sobre ti.
LADY MACDUFF Él tiene padre,
y es huérfano de padre.
ROSS Soy tan mentecato

que si me quedo más, sería mi vergüenza

y tu incomodo. Me despido ya sin más.

Sale .

LADY MACDUFF Buen hombre, eh: tu padre ha muerto.

Y tú ¿qué harás ahora? ¿Cómo vivirás?

HIJO Como los pájaros, madre.

LADY MACDUFF ¿Qué? ¿De moscas y gusanos?

HIJO Pues sí, de lo que encuentre; así es como hacen ellos.

LADY MACDUFF ¡Mi pobre pajarito!, y ¿nunca temerías

ni red ni liga, el lazo ni la trampa?

HIJO ¿Por qué, mamá? A los pajaritos pobres

no se les va a cazar.

Mi padre no está muerto, con todo lo que digas.

LADY MACDUFF Sí, muerto está. ¿Qué harás para tener un padre?

HIJO Pues ¿qué harás tú para tener marido?

LADY MACDUFF Bah, yo puedo comprarme

veinte en cualquier mercado.

HIJO Entonces, los comprarías para revenderlos.

LADY MACDUFF ¡Hablas con tanta gracia!; pero, vaya,

con demasiada gracia para ti.

HIJO Madre, mi padre ¿fue un traidor?

LADY MACDUFF Sí, eso es lo que fue.

HIJO ¿Qué es un traidor?

LADY MACDUFF Pues uno

que jura y miente.

HIJO Y ¿serán traidores todos los que hagan eso?

LADY MACDUFF Todo el que hace eso es un traidor,

y hay que colgarlo.

HIJO ¿Hay que colgar a todos

los que juran y mienten?

LADY MACDUFF Uno por uno a todos.

HIJO Y ¿quién los va a colgar?

LADY MACDUFF Pues los hombres honrados.

HIJO Entonces, los mentirosos deben de estar tontos:

porque mentirosos hay bastantes para poder

a los hombres honrados y colgarlos ellos.

LADY MACDUFF ¡Vaya!, que Dios te guarde, pobre monicaco.

Pero, a ver, ¿qué harás para tener un padre?

HIJO Si hubiera muerto,

llorarías por él; si no llorabas,

era buena señal

de que pronto tendría un padre nuevo.

LADY MACDUFF Mi pobre parlanchín, ¡qué cosas dices!

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO ¡Dios guarde, hermosa dama! No os soy conocido,

aunque yo de vuestro rango y honra estoy bien cierto.

Me temo que un peligro se os acerca aprisa.

Si queréis de un hombre llano recibir consejo,

que no se os halle aquí: huid con vuestros niños.

Asustaros de este modo, entiendo, es harto rudo:

trataros aún peor cruel fiereza fuera,

la cual de vos está harto cerca. ¡El cielo os guarde!

No me atrevo a quedarme más.

Sale .

LADY MACDUFF ¿Adónde voy a huir?

No he hecho daño alguno. Pero ya me acuerdo

que estoy en este triste mundo, en que hacer daño

a menudo es meritorio, y hacer bien a veces

cuenta por locura peligrosa. Ay, entonces,

¿a qué ando aquí sacando ese argumento mujeril

de que no he hecho daño alguno?

Entran unos ASESINOS.

¿Qué son esas caras?

PRIMER ASESINO ¿Dónde está su marido?

LADY MACDUFF En parte alguna, espero, tan desconfesada

que lo pueda gente como vosotros encontrar.

PRIMER ASESINO Es un traidor.

HIJO ¡Mientes, villano, oreja-peluda!

PRIMER ASESINO ¡Cómo, birria!

Apuñalándolo .

¡Ah, huevas de traición!

HIJO Me ha matado, madre.

¡Escapa, te lo pido!

Muere.

Sale LADY MACDUFF *gritando «¡Al asesino!».*

Salen los ASESINOS *persiguiéndola* .

ESCENA III

Inglaterra. Ante el palacio del rey. Entran MALCOLM *y* MACDUFF.

MALCOLM Busquemos una desolada sombra en donde
vaciar en llanto nuestros tristes pechos.

MACDUFF Antes,
empuñemos la mortal espada, y como buenos,
montemos sobre nuestro hundido patrimonio.
Cada nueva mañana nuevas viudas gimen,
nuevos huérfanos sollozan, nuevas pesadumbres
le restallan en la cara al cielo, que resuena
como si sufriera con Escocia y aüllara
sílaba de dolor.

MALCOLM Lloraré por lo que crea;
lo que sepa creeré, y lo que pueda remediar,
cuando se deje el tiempo contentar, lo haré.
Lo que habéis hablado, acaso sea así. Al tirano,
cuyo solo nombre llaga nuestra lengua, un tiempo
se le tuvo por honrado. Bien le habéis querido.
Hasta hoy no os ha tocado. Joven soy; mas algo
sacaríais de él a costa mía; y es cordura
ofrecer un inocente tierno corderillo
para aplacar a un dios airado.

MACDUFF Yo no soy traidor.

MALCOLM Pero Macbeth lo es. Bien puede un natural

honesto y virtuoso recular en caso
de algún encargo regio. Mas os pido excusas:
lo que vos seáis, no pueden nunca trastocarlo
mis pensamientos. Son los ángeles aún claros,
aunque cayó el más claro; aun cuando use el ceño
de la gracia toda cosa vil, aún la gracia
debe parecer lo que ella es.
MACDUFF Las he perdido
mis esperanzas.
MALCOLM Puede que en el mismo sitio
donde yo encontré mis dudas. ¿Cómo es que dejasteis
tan desatentadamente a vuestra esposa y niño,
tan ricas prendas, lazos del amor tan fuertes,
sin despediros de ellos? Os lo ruego,
no hagáis a mis recelos ser vuestras afrentas,
sino mi salvaguardia. Bien podéis ser justo,
piense yo lo que piense.
MACDUFF ¡Sangra, sangra,
mi pobre tierra! Fuerte tiranía, asienta
seguro tu cimiento, pues que la virtud
no osa hacerte frente; gasta tus ultrajes:
refrendado está tu título. Dios os guarde, príncipe.
No fuera yo el villano que pensáis por todo
el ámbito que la garra del tirano abarca
y el rico Oriente encima.

MALCOLM No os ofendáis:
no hablo en sospecha cierta contra vos. Yo pienso
que nuestra patria se está hundiendo bajo el yugo,
y llora, y sangra, y cada día nueva llaga
se añade a sus heridas. Pienso yo asimismo
que habría manos que se alzaran por mis fueros;
y aquí de su majestad inglesa oferta tengo
de algunos buenos miles. Mas con todo eso,
cuando haya hollado la cabeza del tirano
o clavádola en mi espada, aún mi pobre patria
más vicios que antes tuvo va a tener y más
sufrir por modos tan diversos como nunca
bajo el que le suceda.
MACDUFF ¿Quién sería ese?
MALCOLM Yo mismo es el que digo: en quien conozco todos
los esquejes del vicio tan arraigados
que, cuando estén brotados, ya Macbeth, tan negro,
puro como nieve parecerá, y el pobre estado
lo juzgará por un cordero, al compararlo
con mi maldad sin lindes.
MACDUFF Ni aun en las legiones
del infierno un diablo se hallará tan condenado
que a Macbeth rebase en males.
MALCOLM Es cruel, lo admito,
lujurioso y avariento y falso y desleal,

violento, retorcido, untado en todo vicio
que tenga nombre. Pero no, no hay fondo
a mi rijosidad: vuestras esposas, hijas,
matronas y doncellas, nunca colmarían
el pozo de mi lujuria, y mi ansia saltaría
todos los castos diques que se levantaran
frente a mi voluntad. Mejor Macbeth que un hombre
tal para reinar.
MACDUFF La intemperancia desmedida
en lo natural es una tiranía; ha sido
desaloje prematuro de felices tronos,
caída de cien reyes. Mas ni en eso temas
cargar con lo que es tuyo: puedes dar salida
en rica anchura a tus placeres, y con todo
mostrarte frío, con vendarle el ojo al mundo.
Hay hartas damas complacientes: nunca puede
haber en vos tal buitre que devore tantas
como se dedicaran a la realeza, al verla
inclinada de ese lado.
MALCOLM Junto a eso, crece
en mi tan mal trabada condición codicia
tal, tan irrestañable que, de verme rey,
despojo haría de los nobles por sus tierras,
sus joyas buscaría o la mansión de otro,
y mi acrecentamiento salsa me sería

para darme aún más hambre, al punto que urdiría
injustos pleitos a los buenos y leales
a tal de hundirlos por mi pro.
MACDUFF Sí, tal codicia
más hondo agarra, echa raíz más perniciosa
que la lujuria, flor de estío, y fue ella espada
que a reyes nuestros degolló. Mas no temáis:
abastos tiene Escocia que vuestra ansia colmen,
solo de lo vuestro. Todo eso es tolerable,
con otras gracias compensado.
MALCOLM Pero yo
ninguna tengo: gracias que en un rey bien caen,
justicia, veracidad, templanza, fe constante,
bondades, humildad, piedad, perseverancia,
devoción, valor, paciencia, fortaleza,
no tengo asomo de ellas; pero abundo en todo
reparto de los varios crímenes, que ejerzo
por mil maneras. Sí, a tener poder, yo haría
la dulce leche de la concordia derramarse
al infierno, alborotar la paz universal,
turbarse toda unión en tierra.
MACDUFF ¡Ah, Escocia, Escocia!
MALCOLM Si es bueno un hombre así para gobernar, tú, dilo:
yo soy según he dicho.
MACDUFF ¡Para gobernar!

No, ni para vivir. ¡Ah, patria miserable,
con un bastardo rey de cetro ensangrentado,
¿cuándo volverás a ver tus días de salud,
pues que el renuevo más derecho de tu trono
por su propio entredicho queda denigrado
y reniega de su casta? Fue tu real padre
rey el más santo; aquella reina que te diera
a luz, más tiempo de rodillas que de pie
cada día que vivió moría. ¡Dios te guarde!
Los mismos vicios que recitas contra ti
me han desterrado a mí de Escocia. ¡Ah, corazón,
tu esperanza acaba aquí!
MALCOLM Macduff, pasión tan noble,
hija de integridad, de mi alma ya ha barrido
todo negro escrúpulo, conciliado mis pensamientos
a tu honra y buena fe. El diabólico Macbeth
por muchas de esas mañas ha intentado hacerse
conmigo en mano, y cuerda precaución me libra
de apresurada credulidad. ¡Mas Dios arriba
medie entre tú y yo! Pues desde ahora mismo
aquí a tu guía me encomiendo, y me desdigo
de las denigraciones de mí mismo; abjuro
de las culpas y mancillas que he sobre mí echado
por extrañas a mi natural. No he ni aun trato
tenido con mujer; ni he perjurado nunca;

apenas si lo mío propio he codiciado;
mi fe jamás he roto; no traicionaría
ni al diablo con su socio; y gozo en la verdad
no menos que en la vida: mi primer embuste
fue este sobre mí. Lo que en verdad yo soy
tuyo es y de mi pobre patria disponerlo.
Que allá, por cierto, antes de tú llegar, el viejo
Siguardo con diez miles de hombres aguerridos,
ya en ello puestos, se aprestaban a partir.
Ahora iremos juntos. Y ¡tan cierta sea
la suerte de los buenos como lo es la causa
de nuestra fiel contienda! ¿Cómo estás callado?
MACDUFF Tan bien, y malvenidas cosas tantas juntas
les cuesta concordarse.
Entra un MÉDICO.
MALCOLM Bien, luego más. (*Al* MÉDICO.) Decidme, ¿va a salir el rey?
MÉDICO Sí, mi señor: hay una turba de almas míseras
que aguardan a su cura. Su dolencia deja
la práctica del arte vana; pero al toque
del rey (tal santidad el cielo dio a su mano)
en un momento sanan.
MALCOLM Gracias pues, doctor.
Sale el MÉDICO.
MACDUFF ¿Qué enfermedad decía?
MALCOLM Aquí se llama el mal:

gran obra de milagro en este buen monarca;
que a menudo aquí, desde mi estancia en Inglaterra.
le he visto hacerlo. Cómo solicita al cielo,
él lo sabrá;
pero a gente visitada de una estraña plaga,
hinchados y ulcerosos, lástima a la vista,
desesperación del arte médica, él los cura,
colgando un sello de oro en torno de sus cuellos,
cargado de sagrados rezos; y se dice
que a sus reales descendientes les trasmite
la sanadora bendición. Con esa rara
virtud, tiene un celeste don de profecía,
y gracias varias que en su trono cuelgan lleno
de gracia lo declaran.
Entra ROSS.
MACDUFF Ved: ¿quién viene ahí?
MALCOLM Paisano mío; pero no lo reconozco.
MACDUFF Mi siempre amable primo, ¡bienvenido acá!
MALCOLM Ya lo conozco. ¡Santo Dios, disipa pronto
la niebla que nos vuelve extraños uno a otro!
ROSS Amén, señor.
MACDUFF Escocia ¿está en el mismo sitio?
ROSS ¡Ah, pobre, pobre patria! Casi temerosa
de conocerse ya a sí misma; ya no puede
llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba;

en donde nada, salvo aquel que nada sabe,
se ve por caso sonreír; donde suspiros,
gemidos y alaridos que los aires rajan,
se dan, no se oyen; y el dolor feroz parece
vulgar desmayo; apenas, al tocar a muerto,
se pregunta ya por quién; las vidas de los buenos
se agostan antes que la flor de sus sombreros,
muriendo aun antes de que enfermen.
MACDUFF ¡Oh, relato
harto atildado, pero harto verdadero!
MALCOLM ¿Cuál es el duelo mas reciente?
ROSS El que una hora
cumplió ya silba al que lo cuenta: cada minuto
criando está uno nuevo.
MACDUFF ¿Cómo está mi esposa?
ROSS Pues bien.
MACDUFF ¿Mis hijos todos?
ROSS Todos bien también.
MACDUFF ¿No ha dado aquel tirano en asaltar su paz?
ROSS No: bien en paz estaban cuando los dejé.
MACDUFF No seas avaro de palabra: ¿en qué anda ello?
ROSS Cuando hacia acá partía a acarrear noticias
tan pesadas de cargar, corría allí rumor
de mucho bravo amigo que se había alzado;
de lo que a mi fe le dio más testimonio el ver

las tropas del tirano en armas. Es ahora
el tiempo de acudir. Tus ojos en Escocia
alzarían hueste, harían luchar a las mujeres
a arrancarse su agria pena.
MALCOLM Así esto les consuele,
ya vamos hacia allá: la majestad inglesa
nos ha prestado al buen Siguardo y diez mil hombres;
más veterano y gran soldado no hay ninguno
que dé la cristiandad.
ROSS ¡Pudiera ese consuelo
pagarlo yo en igual moneda! Pero palabras
traigo que mejor aullarlas en el desierto aire,
donde oído no las apresara.
MACDUFF ¿A quién le atañen?
¿A la causa común?; ¿o es un dolor privado,
debido a un solo pecho?
ROSS No hay un alma noble
que algún pesar no tome en él; pero la parte
mayor te toca solo a ti.
MACDUFF Pues que ello es mío,
no me lo escondas: ponlo en mi poder al punto.
ROSS Que tus oídos no desprecien a mi lengua
por siempre, que los va a llenar del más horrendo
son que han oído nunca.
MACDUFF ¡Hum! Voy adivinando.

ROSS Han sorprendido tu castillo, esposa y niños
ferozmente degollado. Relatar el cómo
fuera, sobre la matanza de esa cacería,
añadir la muerte tuya.
MALCOLM ¡Cielos piadosos!
¡Ah, hombre! No eches sobre los ojos el sombrero;
da palabras a la pena: duelo que no habla
zumba en el cargado pecho y a estallar lo fuerza.
MACDUFF ¿También mis niños?
ROSS Madre, niños, siervos, todo
lo que hallarse pudo.
MACDUFF ¡Y hube yo de estar ausente!
Mi esposa ¿muerta?
ROSS Ya lo he dicho.
MALCOLM Ten consuelo:
hagamos medicina de nuestra venganza
para curar esta mortal dolencia.
MACDUFF Él
no tiene hijos. ¿Todos mis preciosos? ¿Todos
has dicho? ¡Ah, gavilán de infierno! ¿Cómo?
¿Todos mis polluelos lindos con su pita a un solo
traidor zarpazo?
MALCOLM Responde a ello como un hombre.
MACDUFF Así lo haré.
Pero debo también sentirlo como un hombre.

No puedo menos de recordar que hubo cosas
que eran las más caras para mí. ¿Miraba el cielo,
y no acudió en su ayuda? Pecador Macduff,
por ti los han abatido a todos. Una nada
que soy, no por sus culpas, sino por las mías
cayó el estrago en ellos. ¡Paz les dé ahora el cielo!
MALCOLM Sea esto piedra de afilar tu espada; el duelo
se trueque en furia; no te embote el corazón:
te lo azuce.
MACDUFF Oh, bien podría
con mis ojos de mujer hacer, y con mi lengua
retar y provocar. Pero, ah, benditos cielos,
abreviad todo intermedio: echadnos frente
a frente a mí y al diablo aquel de Escocia ya; ponedlo
bajo el alcance de mi espada: si se escapa,
¡también Dios lo perdone!
MALCOLM Suena el son a hombre.
Ven, vamos ante el rey. La tropa está ya lista:
solo nuestra despedida falta. Está Macbeth
maduro para el vareo, y el poder de arriba
nos pone a ello de herramienta. Toma cuanto
pueda darte alegría.
Larga es la noche que no encuentra nunca día.
Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Dunsinane. Antesala en el castillo .

Entra un MÉDICO *y una* DAMA *camarera* .

MÉDICO Dos noches he velado junto con vos, pero no puedo percibir verdad en vuestro informe. ¿Cuándo es la última vez que anduvo en sueños?

DAMA Desde que su majestad salió en campaña, la he visto levantarse de su lecho, echarse una bata encima, abrir su gabinete, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leerlo, después sellarlo, y otra vez volverse a la cama; y todo ese tiempo sin embargo en el más profundo sueño.

MÉDICO ¡Gran perturbación en la naturaleza, recibir a un tiempo el beneficio del sueño y efectuar los actos de las vigilias! En esa agitación soñolienta, aparte de andar y las demás ejecuciones de actos, ¿qué cosa, en cualquier momento, le habéis oído decir?

DAMA Cosas, señor, de que no daré cuenta a sus espaldas.

MÉDICO A mí podéis dármela, y mucho hace al caso que lo hagáis.

DAMA Ni a vos ni a ningún otro, no teniendo testigos que confirmen mis palabras.

Entra LADY MACBETH

con un velón .

Ved ahí: aquí viene. Esa es su propia manera; y, por vida mía, completamente dormida. Observadla: poneos a un lado.

MÉDICO ¿Cómo se ha hecho con esa luz?

DAMA Pues claro: la tenía a la cabecera; tiene una luz de continuo; son sus órdenes.

MÉDICO Ya veis: sus ojos están abiertos.

DAMA Sí, pero están cerrados a la sensación.

MÉDICO ¿Qué es lo que hace ahora? Mirad, cómo se restriega las manos.

DAMA Es un gesto acostumbrado en ella, hacer así como que se lava las manos: la he visto seguir en ello sin parar un cuarto de hora.

LADY MACBETH Todavía hay aquí una mancha.

MÉDICO ¡Atención! Está hablando. Voy a tomar nota de lo que salga de ella, a fin de apoyar mi rememoración más firmemente.

LADY MACBETH ¡Fuera, maldita mancha! ¡Fuera, digo! Una, dos: bien, pues es hora de hacerlo. El infierno es tenebroso. ¡Va, mi señor, va! ¡Un soldado, y con miedo! ¿A qué hemos de temer quién lo sepa, cuando nadie puede pedir cuentas a nuestro poder? Con todo, ¿quién habría pensado que el viejo tenía tanta sangre en su cuerpo?

MÉDICO ¿Os dais cuenta de eso?

LADY MACBETH El barón de Faif tenía una esposa: ¿dónde está ahora ella? ¿Qué? ¿No van a quedar estas manos nunca limpias? ¡Basta de eso, mi señor, basta ya de eso! Lo echas todo a perder con esos espasmos.

MÉDICO ¡Vaya, hombre, vaya! Ya nos hemos enterado de lo que no debíamos.

DAMA Ella ha hablado lo que no debía, de eso estoy segura. ¡Sabe Dios lo que habrá ella sabido!

LADY MACBETH Aquí sigue el olor este de sangre: todos los aromas de la Arabia no perfumarán esta mano pequeña. Ah, ah, ah.

MÉDICO ¡Qué suspiros esos! Harto cargado está ese corazón.

DAMA No querría en mi pecho un corazón así ni por la majestad de su persona entera.

MÉDICO Bien, bien, bien.

DAMA ¡Plega a Dios, señor, que así sea!

MÉDICO Esta enfermedad escapa a los límites de mi práctica. Con todo, he conocido quienes han andado en sueños que han muerto santamente en su lecho.

LADY MACBETH Lávate las manos; ponte la ropa de dormir; no te pongas tan pálido. Otra vez más te lo digo: Banquo está enterrado: no puede salir de su sepultura.

MÉDICO ¿También eso?

LADY MACBETH ¡A la cama, a la cama! Se oyen golpes en el portón. Ven, ven, ven; ven, dame tu mano. Lo que está hecho no puede deshacerse. A la cama, a la cama, a la cama.

Sale .

MÉDICO ¿Se irá a la cama ahora?

DAMA Sí, derecha.

MÉDICO Feos rumores andan por ahí. Los actos

contra natura males contra natura crían.

La mente enferma sobre las sordas almohadas

descarga sus secretos. ¡Dios, oh Dios, a todos

perdónanos! Vigílela. Todo instrumento

de daño aparte de sus manos, y con todo,

no quite ojo de ella. Bien, y buenas noches.

Mi mente ha derrotado y ha pasmado

mi vista. Pienso, y no me atrevo a hablar.

DAMA Buenas noches, doctor.

ESCENA II

El campo cerca de Dunsinane. Tambores y banderas.

Entran MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS, LENNOX *y soldados* .

MENTEITH La tropa inglesa cerca está: la guía Malcolm

con su tío Siguardo y con el buen Macduff;

venganza en ellos arde: que sus caras causas

harían, a sangrar y alzar sañuda alarma,

a un muerto revivir.

ANGUS Junto al bosque de Bírnam

los hemos de encontrar: por esa ruta vienen.

CAITHNESS ¿Quién sabe si Donalbain se halla con su hermano?

LENNOX De seguro, mi señor, que no: yo tengo lista

de los nobles todos: está el hijo de Siguardo

y mucho imberbe joven, que hacen hoy alarde

de las primicias de su hombría.

MENTEITH Y el tirano

¿qué hace?

CAITHNESS Fortifica a fondo Dunsinane.

Quién dice que está loco, quién, que le odia menos,

lo llaman brava furia; pero ya, de cierto,

no puede sujetar su alborotado bando

en cinto de ordenanza.

ANGUS Ahora es cuando siente

pegársele a las manos sus secretos crímenes;

revueltas cada minuto le echan su fe rota

en cara; a los que manda solo el mando mueve,

nada el amor. Ahora siente que su título

le cuelga flojo, como manto de gigante

sobre un ladrón enano.

MENTEITH ¿A quién así le extraña

que su hostigado nervio piafe y se encabrite,

si todo lo que en él hay dentro se maldice

a sí mismo por estar allí?

CAITHNESS Pues bien, marchemos

a rendir obediencia al que en verdad se debe,

buscar al médico de nuestra mala dicha,

y con él, verter en purgamiento de esta tierra

cada gota de nuestra sangre.

LENNOX O cuanta baste al menos

a rociar de gala

la regia flor y ahogar la hierba mala.

¡En marcha ya hacia Bírnam!

Salen, al paso .

ESCENA III

Dunsinane. Una sala en el castillo .

Entran MACBETH*, el* MÉDICO *y servidores* .

MACBETH No me traigas ya más partes. ¡Que se larguen todos!

Hasta que el bosque de Bírnam trepe a Dunsinane,

no ha de teñirme el miedo. ¿Qué es el niño Malcolm?

¿No ha nacido de mujer? Los espíritus que saben

toda conexión mortal así me han proclamado:

«Macbeth, no temas: nadie por mujer parido

tendrá en ti poder nunca. Así que, falsos pares,

huid, mezclaos con los lúbricos ingleses:

el alma que me mueve, el corazón que porto

nunca aflojarán con duda o temblarán de miedo.

Entra un CRIADO.

¡Vuélvate el diablo negro, tú, cara de natas!

¿Dónde has sacado tal facha de ganso?

CRIADO Vienen

diez mil…

MACBETH ¿Gansos, villano?

CRIADO Mi señor, soldados.

MACBETH ¡Ve y pínchate la cara y tu miedo tiñe en rojo,

hígados de lila! ¿Qué soldados, mamarracho?

¡Muerte a tu alma! Esas mejillas de mortaja

abogadas son del miedo. ¿Qué soldados, cara

de requesón?

CRIADO La fuerza inglesa, con vuestra venia.

MACBETH ¡Quita ahí tu cara!

Sale el CRIADO.

¡Seyton! Se me encona el alma

cuando considero ¡Seyton, digo! que este asalto

me va a hacer por siempre alegre o desbancarme ahora.

He vivido ya buen trecho: el curso de mi vida

se inclina hacia la mustia, la amarilla hoja;

y lo que a la vieja edad acompañar debía,

como honra, amor, respeto, multitud de amigos,

no he de esperarlo, sino en su lugar insultos,

no en alto, pero en hondo, honor de boca, un soplo

que de grado el pobre corazón rehusaría,

y no se atreve. ¡Seyton!

Entra SEYTON.

SEYTON ¿Qué es lo que manda vuestra gracia?

MACBETH ¿Qué más nuevas?

SEYTON Todos los informes, mi señor, se han confirmado.

MACBETH Lucharé hasta que me raspen la carne de los huesos.

Dame la armadura.

SEYTON Todavía no hace falta.

MACBETH Quiero ponérmela. Manda al campo más caballos;

barre la comarca toda en torno; ahorca a aquellos

que osen hablar de miedo. Dame la armadura.

¿Cómo va, doctor, vuestra paciente?

MÉDICO Señor, no tanto enferma como perturbada

por una presurosa serie de fantasmas

que impiden su reposo.

MACBETH Cúrala de eso.

¿No puedes asistir a un alma contagiada,

arrancar de la memoria una arraigada pena,

borrar las turbias escrituras del cerebro,

y con algún suave antídoto de olvido

limpiar el prieto pecho de la dañosa flema

que carga el corazón?

MÉDICO Ahí debe el paciente

ser quien se asista él mismo.

MACBETH ¡Échala a los perros

la medicina! No me sirve para nada.

Ea, ponme la armadura. Mi bastón de mando.

Seyton, ve allá. Doctor, los nobles se me escapan.

¡Ea, hombre, acaba! Si pudierais vos, doctor,

drenar de pus mi tierra, hallar su enfermedad,

purgarla y darle firme y prístina salud,

os había de aplaudir hasta que el eco mismo

a su vez os aplaudiera. ¡Tira de él, te digo!

¿Qué sen o qué ruibarbo o hierba purgativa

barrería de ahí a esos ingleses? ¿Sabes de ellos?

MÉDICO Sí, mi señor: vuestro real preparativo

nos da alguna noticia.

MACBETH Tráete eso en pos mía.

No he de temer ni muerte ni ningún desmán

hasta que trepe el bosque de Bírnam hasta Dunsinán.

MÉDICO (*Aparte* .) Me viera de Dunsinán a salvo y a distancia,

que tarde aquí me hacía a mí volver ganancia.

Salen .

ESCENA IV

Campo cerca del bosque de Bírnam.

Tambor y banderas. Entran MALCOLM*, el viejo* SIGUARDO *y su hijo,* MACDUFF*,* MENTEITH*,* CAITHNESS*,* ANGUS*,* LENNOX*,* ROSS *y* SOLDADOS*, al paso* .

MALCOLM Primos, confío en que está cerca y pronto el día

que a salvo esté la casa.

MENTEITH No nos caben dudas.

SIGUARDO ¿Qué bosque es ese ahí delante?

MENTEITH Es el bosque

de Bírnam.

MALCOLM Que cada soldado de él desgaje
una rama y ante sí la lleve: de ese modo
oscureceremos nuestro número y haremos
errar la exploración que informe de nosotros.
SOLDADOS Así se hará.
SIGUARDO No hay más noticias del tirano
sino que arrogante espera quieto en Dunsinane
aguantar a nuestro asedio.
MALCOLM Es toda su esperanza.
Pues, donde la ocasión de hacerlo se ha ofrecido,
grandes y chicos lo han abandonado, y nadie
ya más le sirve que forzados pechos, cuyo
corazón también se ha ido.
MACDUFF Esperen nuestras justas
censuras al suceso cierto, y revistamos
ardiente empeño militar.
SIGUARDO Se acerca el tiempo
que con debida contabilidad nos pruebe
lo que se asiente en nuestro haber y nuestro debe.
La especulación refiere inciertas esperanzas:
golpes arbitran resultado y seguranzas.
Hacia lo cual ¡guerra adelante!
Salen, al paso .
ESCENA V
Dunsinane. Dentro del castillo.

Entran MACBETH, SEYTON *y soldados, con tambor y banderas* .

MACBETH Colgad nuestras banderas fuera en la muralla.

El grito sigue «Vienen». Nuestra fortaleza

echará un asedio a risa. Ahí se estén tirados

hasta que hambre y calentura se los coman.

De no haberlos reforzado aquellos que debían

ser nuestros, bien habríamos podido al paso

salirles bravos, pecho a pecho, y en derrota

mandarlos para casa atrás.

Grito de mujer dentro .

¿Qué ruido es ese?

SEYTON Es grito de mujeres, mi señor.

Sale .

MACBETH Lo he olvidado casi ya el sabor del miedo.

Ha habido un tiempo en que mi nervio habría helado

un chillido en la noche, y mi pellejo y pelo

a un relato siniestro se encrispaba como

si tuviera vida. Estoy de horrores empachado:

familiar a mi cruenta mente, ya el espanto

no puede estremecerme.

Vuelve SEYTON.

¿Dónde era ese grito?

SEYTON La reina, mi señor, ha muerto.

MACBETH Debería

haber muerto más tarde: habría habido entonces

un tiempo para tal palabra como esa.
Mañana, y mañana, y mañana, avanza
escurriéndose a pasitos día a día, hasta
la sílaba final del tiempo computado,
y todos nuestros ayeres han alumbrado, necios,
el camino a la polvorienta muerte. ¡Fuera, fuera,
breve candelilla! No es la vida más que una
andante sombra, un pobre actor que se pavonea
y se retuerce sobre la escena su hora, y luego
ya nada mas de él se oye. Es un cuento
contado por un idiota, todo estruendo y furia,
y sin ningún sentido.
Entra un MENSAJERO.
Vienes a usar la lengua: ¡pronto ya tu historia!
MENSAJERO Mi muy real señor,
he de informar de lo que afirmo que lo he visto,
pero no sé cómo hacerlo.
MACBETH Vamos, hombre, habla.
MENSAJERO Según estaba en centinela sobre el cerro,
miro hacia Bírnam, y de pronto, se me antoja,
empezó a moverse el bosque.
MACBETH ¡Vil y mentiroso!
MENSAJERO ¡Padezca vuestra rabia, si ello no es así!
Lo podéis a menos de tres millas ver que avanza:
os lo digo, una arboleda andando.

MACBETH Como mientas,

en el árbol más a mano vivo colgarás

hasta que te seque el hambre. Si tu cuento es cierto,

me importa un bledo que hagas tú por mí otro tanto.

Ya tiro atrás de mi resolución, y empiezo

a dudar de los equívocos del diablo,

que miente con verdad: «¡Sin miedo hasta que el bosque

de Bírnam suba a Dunsinán!», y ahora un bosque

viene hacia Dunsinán. ¡A armarse, a armarse y fuera!

Si lo que afirma sale cierto, no hay lugar

ni para escapar de aquí ni para aquí quedar.

Empiezo a estar de sol cansado, y bien quisiera

que el estado del mundo aquí se deshiciera.

¡Toca campana al arma! ¡Sopla, viento! ¡Ruina

ven y hazlo todo escombros!

Al menos moriremos

con el arnés sobre los hombros.

Salen .

ESCENA VI

Dunsinane. Delante del castillo. Tambor y banderas. Entran MALCOLM*, el viejo* SIGUARDO*,* MACDUFF *y su ejército, con ramas* .

MALCOLM Ya estamos cerca; arrojad esas hojosas capas,

y mostraos como sois. Tú, valeroso tío,

con mi primo, y noble hijo tuyo, iréis al frente

de nuestro primer cuerpo; el buen Macduff y nos

a cargo tomaremos lo demás que reste,

de acuerdo al orden que hemos puesto.

SIGUARDO ¡Bien os vaya!

Solo que la tropa del tirano hoy encontremos,

¡que nos apaleen si dar batalla no sabemos!

MACDUFF ¡Que hablen nuestras trompetas todas, y hablen fuerte!,

heraldos clamororsos ante sangre y muerte.

Salen .

ESCENA VII

Otra parte del campo. Trompeteo.

Entra MACBETH.

MACBETH Me han atado a una estaca.

Huir no puedo, pero, como el oso,

habré de combatir al ruedo. ¿Quién es ese

que no ha nacido de mujer? A tal como ese

debo temer, o a nadie.

Entra SIGUARDO EL JOVEN.

SIGUARDO EL JOVEN ¿Cuál es tu nombre?

MACBETH Ha de asustarte solo oírlo.

SIGUARDO EL JOVEN Ah, no, así te llames nombre más quemante

que cualquiera del infierno.

MACBETH Mi nombre es Macbeth.

SIGUARDO EL JOVEN Ni el diablo mismo habría pronunciado un título

más odioso a mi oreja.

MACBETH No, ni más temido.

SIGUARDO EL JOVEN Mientes, tirano aborrecido: con mi espada

te probaré que mientes.

Luchan, y cae SIGUARDO EL JOVEN.

MACBETH Habías tú nacido de mujer.

Pero yo me río de la espada y hago escarnio

de toda arma blandida

por hombre al que mujer le dio la vida.

Sale.

ECENA VIII

Trompeteo .

Entra MACDUFF.

MACDUFF Por aquí es el ruido. ¡Muestra ya tu faz, tirano!

Si alguno te da muerte y no por golpe mío,

las ánimas de mi mujer y de mis niños

me rondarán sin tregua. No puedo ir hiriendo

a unos míseros patanes que su brazo alquilan

para cargar palos de lanza: o tú, Macbeth,

o si no, mi espada sin proeza, intacto el filo,

volverá a su vaina. Por ahí debes de andar:

porque ese gran estruendo de hombre de alto rango

parece anuncio. ¡Tráeme a dar con él, Fortuna!,

y no te pido nada más.

Sale. Trompeteo.

ESCENA IX

Entran MALCOLM

y el viejo SIGUARDO.

SIGUARDO Por aquí, señor. Sin fuerza ríndese el castillo;

la gente del tirano lucha en ambos bandos;

los pares bravamente cumplen en la liza;

el día casi solo se confiesa vuestro,

y poco hay que hacer.

MALCOLM Enemigos hemos encontrado

lidiando a nuestro lado.

SIGUARDO Entrad, señor, en el castillo.

Salen. Trompeteo .

ESCENA X

Otra parte del campo.

Entra MACBETH.

MACBETH ¿Por qué iba a hacer la escena del bufón romano

y morir sobre mi propia espada? En tanto vivo,

mejor en ellos caen que en mí las cuchilladas.

Entra MACDUFF.

MACDUFF ¡Vuelve aquí, perro del infierno, vuelve!

MACBETH De los hombres todos solo a ti te he rehuido.

Ve, torna atrás. Mi alma harto está cargada

de sangre ya de ti.

MACDUFF Palabras yo no tengo:

mi voz está en mi espada, monstruo más sangriento

que vocablos puedan proclamarte.

MACBETH En vano te fatigas:

tan fácil te sería el intajable aire
marcar de tu viva espada como hacerme sangre:
caiga tu hoja en yelmos vulnerables: tengo
una hechizada vida, que ceder no debe
a nadie de mujer parido.
MACDUFF Pierde fe en tu hechizo,
y el ángel a quien has hasta hoy servido sepa
decirte que a Macduff del vientre de su madre
se le arrancó a destiempo.
MACBETH ¡Maldita sea la lengua que al decirme eso
así ha castrado mi mejor porción de hombre!
Y jamás se crea en tales diablos equilibristas,
que nos la juegan con ambiguo entendimiento,
que guardan la promesa para nuestro oído
y la quebrantan para nuestra esperanza. No
lucharé contigo.
MACDUFF Entonces, ríndete, cobarde,
y vive a ser el espectáculo del tiempo:
te pondremos, como a nuestros monstruos más extraños,
pintado en un pendón, y escrito por debajo
«Pasen y vean al tirano».
MACBETH No me rindo,
a besar la tierra ante los pies del niño Malcolm,
azuzado por la maldición de la canalla.
Aunque el bosque de Bírnam suba a Dunsinane

y estés tú enfrente, no parido por mujer,

haré el último intento. Ante mi cuerpo planto

mi noble escudo. ¡Da, Macduff!, y mal reviente

el que primero grite «Basta, tente».

Salen luchando. Trompeteo.

ESCENA XI

Toque de retirada. Floreo de clarines. Entran, con tambor y banderas, MALCOLM*, el viejo* SIGUARDO*,* ROSS*, los otros pares y soldados* .

MALCOLM ¡Ojalá estuvieran aquí salvos los amigos

que de menos echo!

SIGUARDO Algunos tienen que caer.

Con todo, por lo que aquí veo, tan gran día

como este se ha comprado bien barato.

MALCOLM Faltan

Macduff y vuestro noble hijo.

ROSS Vuestro hijo,

señor, pagado ha su deuda de soldado;

vivió el tiempo no más de ser un hombre: al punto

que hubo su hombría confirmado su proeza,

en el inconmovible puesto en que luchaba

murió sin más como hombre.

SIGUARDO Entonces ¿está muerto?

ROSS Sí, y retirado ya del campo. Vuestra causa

de pena no se mida por su valor, que entonces

sin fin sería.

SIGUARDO ¿Están delante sus heridas?

ROSS De frente, sí.

SIGUARDO Pues bien: ¡soldado de Dios sea!

Tuviera tantos hijos como pelos tengo,

no querría para ellos muerte más hermosa.

Y ya, tañido está su toque.

MALCOLM Él merece

más duelo, y yo lo haré por él.

SIGUARDO No más merece:

dicen que partió bien y que saldó su cuenta;

así que ¡Dios con él! Ahí llega más consuelo.

Vuelve MACDUFF*,*

con la cabeza de MACBETH.

MACDUFF ¡Salve a ti, rey! Pues eres rey: vela ahí hincada

la cabeza del usurpador. Libre está el tiempo.

Te veo aquí engastado en perlas de tu reino,

que repiten en sus almas mi salutación;

cuyas voces solicito en alto con la mía:

¡Salve, rey de Escocia!

TODOS ¡Salve, rey de Escocia!

Floreo de clarines .

MALCOLM No gastaremos prolijidad de tiempo, antes

de echar las cuentas con el amor de cada uno,

y hacer saldo con vosotros. Pares y parientes,

desde hoy sed condes, los primeros que a tal honra

nombrara nunca Escocia. Lo que hacer nos queda,

que ha de plantarse de renuevo con su tiempo,

como hacer volver a los amigos desterrados

que el lazo huyeron de la atenta tiranía,

como sacar a luz a los sangrientos pinches

del muerto carnicero y su diablesca reina,

que, según se cree, por propias y violentas manos

se quitó la vida, eso y cuanto haga al caso

que a nos competa, con la gracia de la Gracia

lo cumpliremos en razón, lugar y tiempo.

Así que a todos gracias y una a cada uno;

a quienes ya dejamos invitados

a vernos en Escoune coronados.

Floreo de clarines.

Salen .

ANTONIO Y CLEOPATRA

versión de

María Enriqueta González Padilla

Escrita hacia 1606, fue inscrita en el registro de publicaciones en mayo de 1608, aunque no se conserva ningún Cuarto. Fue quizá representada en la corte en la Navidad de 1606 o de 1607. El único texto existente es el del Primer Folio de 1623, aparentemente basado en una transcripción del manuscrito original de Shakespeare.

DRAMATIS PERSONAE

Marco ANTONIO, triunviro

Octavio CÉSAR, triunviro

LÉPIDO, triunviro

CLEOPATRA, reina de Egipto

Sexto POMPEYO o POMPEYO, rebelde contra los triunviros

DEMETRIO, seguidor de Antonio

FILÓN, seguidor de Antonio

Domicio ENOBARBO, seguidor de Antonio

VENTIDIO, seguidor de Antonio

SILIO, seguidor de Antonio

EROS, seguidor de Antonio

CANIDIO, seguidor de Antonio

ESCARO, seguidor de Antonio

DERCETAS, seguidor de Antonio

EUFRONIO, maestro de escuela, embajador de Antonio

OCTAVIA, seguidor de César

MECENAS, seguidor de César

AGRIPA, seguidor de César

Taurus, seguidor de César

DOLABELA, seguidor de César

TIDIAS, seguidor de César

Galo, seguidor de César

PROCULEYO, seguidor de César

CHARMIAN, del séquito de Cleopatra

IRAS, del séquito de Cleopatra

ALEXAS, del séquito de Cleopatra

MARDIÁN (eunuco), del séquito de Cleopatra

SELEUCO, del séquito de Cleopatra

DIÓMEDES, del séquito de Cleopatra

MENAS, seguidor de Pompeyo

MENÉCRATES, seguidor de Pompeyo

VARRIO, seguidor de Pompeyo

MENSAJEROS

Un ADIVINO

SIRVIENTES de Pompeyo

Un NIÑO cantor

Un CAPITÁN del ejército de Antonio

CENTINELAS y GUARDIAS

Payaso (LABRIEGO)

Eunucos, asistentes, capitanes, soldados, sirvientes

PRIMER ACTO

ESCENA I

Alejandría. Sala del palacio de Cleopatra.

Entran DEMETRIO *y* FILÓN.

FILÓN Cierto, pero estos amoríos bobos

de nuestro general rebasan la medida.

Aquellos soberbios ojos suyos,

que como los de un Marte armado,

brillaban sobre rangos y desfiles guerreros,

se doblegan hoy y vuelven

su devoción y oficio a una frente morena.

Su corazón de jefe, que en las refriegas

de las grandes batallas

ha hecho que estallen las hebillas

sobre su pecho, reniega de su temple

y se convierte en fuelle y abanico

para enfriar el ardor de una gitana.

Trompetería. Entran ANTONIO*,* CLEOPATRA*, sus damas,* CHARMIAN *e* IRAS*, y el séquito; los eunucos abanican a* CLEOPATRA.

¡Mira dónde vienen! Fíjate bien

y verás en él a uno de los tres pilares

del mundo transformado

en el bufón de una prostituta.

Mira y observa.

CLEOPATRA Si de veras es amor, dime cuánto.

ANTONIO Muy pobre es el amor que se calcula.

CLEOPATRA Fijaré límite hasta dónde puedas amarme.

ANTONIO Entonces necesitas descubrir

Un nuevo cielo y una tierra nueva.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Hay noticias de Roma, buen señor.

ANTONIO ¡Oh, qué lata…! Sé breve.

CLEOPATRA No, óyelas, Antonio.

Quizá Fulvia esté enojada y quién

sabe si el casi imberbe César te haya enviado

sus poderosas órdenes: «Haz esto o aquello;

apodérate de tal o cual reino

o libera el otro.

Hazlo, o de lo contrario te condenaremos».

ANTONIO ¿Cómo, amor mío?

CLEOPATRA ¿Puede ser? No, es muy probable.

No debes permanecer aquí. Tu dimisión

te viene de César; por tanto, obedece, Antonio.

¿Dónde está el citatorio de Fulvia? ¿El de César

quiero decir, o el de ambos?

¡Venga el mensajero! Como que reino en Egipto,

te sonrojas, Antonio, y esa sangre tuya

rinde homenaje a César;

o si no, tus mejillas se avergüenzan

cuando Fulvia te regaña con su voz chillona.

¡El mensajero!

ANTONIO ¡Deja que Roma en el Tíber se disuelva

y que el inmenso arco

del ordenado imperio se desplome!

¡Aquí está mi lugar!

Arcilla son los reinos y el fango

de la tierra alimenta lo mismo hombres y bestias.

Lo noble de la vida consiste en esto

La besa .

cuando una pareja, cuando dos seres

pueden hacerlo; y conmino al mundo,

so pena de castigo, a que declare

que no hay quien nos iguale.

CLEOPATRA ¡Grandísima mentira!

¿Por qué casarse con Fulvia si no la amaba?

Pasaré por estúpida sin serlo.

Antonio será el mismo.

ANTONIO Pero inspirado por Cleopatra.

Por el amor y por sus horas dulces,

no perdamos el tiempo en discusiones.

Que ni un minuto de nuestras vidas

transcurra sin placer ahora.

¿Qué diversión tendremos esta noche?

CLEOPATRA Oír a los embajadores.

ANTONIO Quita,

reina pendenciera, a quien todo le sienta bien:

regañar, reír, llorar;

en quien toda pasión se esfuerza por convertirse

en ti, hermosa y admirable.

Ningún mensajero sino tú misma,

e iremos solos esta noche a vagabundear

y observar las costumbres de la gente.

¡Ven, reina mía! Eso querías anoche.

(*Al* MENSAJERO.) No nos digas nada.

Salen ANTONIO *y* CLEOPATRA *con sus respectivos séquitos* .

DEMETRIO ¿Vale tan poco César ante Antonio?

FILÓN Señor, a veces no es Antonio,

sino que desmerece de la dignidad

que debiera siempre acompañar a Antonio.

DEMETRIO ¡Cuánto lamento que dé la razón

a la maledicencia vulgar que habla así de él

en Roma, mas espero que mañana se corrija!

¡Que la pases bien!

Salen .

ESCENA II

Alejandría. Otra sala del palacio. Entran ENOBARBO

y otros oficiales romanos, un ADIVINO, CHARMIAN, IRAS, MARDIÁN *el eunuco y* ALEXAS.

CHARMIAN Señor Alexas, encantador Alexas, Alexas que superas todo, Alexas casi absoluto, ¿dónde está el adivino que tanto alabaste ante la

reina? ¡Oh, que pudiera yo conocer ese esposo que dices debe coronar sus cuernos con guirnaldas!

ALEXAS ¡Adivino!

ADIVINO ¿Qué quieres?

CHARMIAN ¿Es este el hombre? ¿Eres tú, señor, el que conoce las cosas?

ADIVINO En el libro infinito de lo oculto

puedo leer un poco.

ALEXAS Preséntale tu mano.

ENOBARBO Traigan pronto el banquete; mucho vino

para brindar a la salud de Cleopatra.

Entran sirvientes con vino y manjares y se retiran .

CHARMIAN (*Presenta la mano al* ADIVINO.)

Buen señor, dame buena suerte.

ADIVINO Yo no hago, sino predigo.

CHARMIAN Por favor entonces, predíceme una.

ADIVINO Llegarás a ser mucho mejor de lo que eres.

CHARMIAN Quiere decir que engordaré.

IRAS No, te pintarás cuando estés vieja.

CHARMIAN ¡No permitas que tenga arrugas!

ALEXAS No turbes su presciencia. Pon atención.

CHARMIAN ¡Calla!

ADIVINO Darás más amor del que recibas.

CHARMIAN Preferiría calentarme el hígado con vino.

ALEXAS No, óyelo.

CHARMIAN ¡Bueno pues, alguna suerte estupenda! Deja que una mañana me case con tres reyes y que enviude de los tres. Déjame tener

un hijo a los cincuenta al que Herodes, el de la judería, rinda homenaje. Descubre que me casaré con Octavio César y que seré compañera de mi ama.

ADIVINO Vivirás más que la señora a quien sirves.

CHARMIAN ¡Oh, perfecto! Me gusta la vida larga más que los higos.

ADIVINO Has visto y probado antes mejor suerte que la que se te avecina.

CHARMIAN Entonces quizá mis hijos no tendrán nombres. Por favor, ¿cuántos chicos y chicas debo tener?

ADIVINO Si cada uno de tus deseos tuviera vientre, y fuera fértil cada deseo, un millón.

CHARMIAN ¡Lárgate, tonto! Te perdono por hechicero.

ALEXAS Crees que solo la almohada es confidente de tus secretos.

CHARMIAN No, ven y dile a Iras su suerte.

ALEXAS Queremos todos saber nuestras suertes.

ENOBARBO La mía y la mayor parte de todas las demás será irnos a acostar borrachos esta noche.

IRAS (*Presentando la mano* .) He aquí una palma que presagia castidad si no presagia otra cosa.

CHARMIAN Igual que la creciente del Nilo presagia el hambre.

IRAS ¡Cállate, loca compañera de lecho! ¡Tú no puedes predecir!

CHARMIAN No, si una palma sudorosa no pronostica fecundidad, no puedo rascarme la oreja.[21] Por favor adivínale solo una suerte de día de trabajo.

ADIVINO Las suertes de ustedes son parecidas.

IRAS ¿Pero cómo, cómo es eso? ¡Dame algunos detalles!

ADIVINO He dicho.

IRAS ¿No tengo ni una pulgada de mejor suerte que ella?

CHARMIAN Bueno, si tuvieras una pulgada de suerte mejor que yo, ¿dónde la escogerías?

IRAS Donde no fuera la nariz de mi marido.

CHARMIAN ¡Los cielos enmienden nuestros peores pensamientos! ¡Alexas… veamos su suerte, su suerte! ¡Hazlo que se case con una mujer que no funcione, dulce Isis, te lo suplico, y que se muera también, y dale otra peor, y deja que vaya de peor en peor hasta que la peor de todas lo siga riéndose a su tumba, cincuenta veces cornudo! Buena Isis, escúchame esta oración aunque me niegues cosas de más peso; buena Isis, te lo suplico!

IRAS Amén. ¡Querida diosa, escucha la oración del pueblo! Porque si parte el alma ver a un hombre guapo casado con una mujer disoluta, así también es una pena mortal contemplar que un cochino sinvergüenza no sea cornudo. Por lo tanto, querida Iris, guarda el decoro y dale la suerte que se merece.

CHARMIAN Amén.

ALEXAS Mira pues, si estuviera en su mano convertirme en cornudo, se convertirían en putas solo por eso.

Entra CLEOPATRA.

ENOBARBO Silencio, aquí viene Antonio.

CHARMIAN Él no, la reina.

CLEOPATRA ¿Han visto a mi señor?

ENOBARBO No, señora.

CLEOPATRA ¿No estaba aquí?

CHARMIAN No, señora.

CLEOPATRA Estaba dispuesto a divertirse, pero de pronto

lo asaltó un pensamiento romano, ¡Enobarbo!

ENOBARBO ¿Señora?

CLEOPATRA Búscalo y tráelo acá.

Sale ENOBARBO.

¿Dónde está Alexas?

ALEXAS Aquí a vuestro servicio. Mi señor se acerca.

Entra ANTONIO *con un* MENSAJERO.

CLEOPATRA No queremos verlo. Vengan con nosotros.

Salen todos excepto ANTONIO

y el MENSAJERO.

MENSAJERO Fulvia, tu esposa, salió primero al campo

de batalla.

ANTONIO ¿Contra mi hermano Lucio?

MENSAJERO Sí, pero terminó la guerra pronto

y las circunstancias los amistaron,

uniendo ambos sus fuerzas contra César,

cuyo mejor éxito en la guerra

al primer encuentro los arrojó de Italia.

ANTONIO Bien. ¿Qué hay de peor?

MENSAJERO Las malas nuevas por naturaleza

infectan a quien las trae.

ANTONIO Si conciernen al necio o al cobarde. Continúa.

Para mí lo pasado terminó.

Soy así. A quien me diga la verdad

aunque oculte la muerte en su relato,

lo escucho como si me adulara.

MENSAJERO Labieno,

(y es dura la noticia)

con su ejército de partos se ha anexado Asia.

Desde el Éufrates ondeó su triunfante bandera,

desde Siria hasta Lidia y hasta Jonia,

mientras que…

ANTONIO «Antonio», quieres decir.

MENSAJERO ¡Oh, señor!

ANTONIO Ve al grano; no atenúes la opinión general;

nombra a Cleopatra tal como la llaman en Roma;

búrlate con las palabras de Fulvia

y reprocha mis faltas con tan cabal licencia,

como tienen poder de hacerlo

tanto la verdad como la malicia.

Oh, producimos malas hierbas

cuando se quedan quietas nuestras mentes vivaces,

y nuestras faltas, cuando nos las señalan,

son como nuestro laboreo. Hasta la vista,

que te vaya bien.

MENSAJERO A vuestras órdenes.

ANTONIO De Siciona ¿qué noticias? Que venga acá.

MENSAJERO SEGUNDO El nombre de Siciona…

ANTONIO ¿Hay alguno aquí?

MENSAJERO SEGUNDO Espera vuestras órdenes.

ANTONIO Que se presente.

Sale el MENSAJERO SEGUNDO.

Debo romper estas fuertes cadenas egipcias

o perderme en una pasión extravagante.

Entra otro MENSAJERO *con una carta* .

MENSAJERO TERCERO Fulvia tu esposa ha muerto.

ANTONIO ¿Dónde murió?

MENSAJERO TERCERO En Siciona.

La duración de su enfermedad,

junto con los demás detalles serios

que te importa conocer, aquí están contenidos.

ANTONIO Déjame.

Sale el MENSAJERO TERCERO.

¡Se ha ido un alma grande! Yo así lo deseaba.

Lo que nuestro desprecio muchas veces

lanza lejos de nos,

querríamos que fuera otra vez nuestro.

El placer del momento

al descender en el rodar de la Fortuna,

se convierte en lo opuesto de lo que era.

Es buena ya que se fue.

La mano que la empujó bien quisiera

hacerla regresar.

Debo romper ya con la fascinación de esta reina.

Mi ociosidad incuba

mil perjuicios además de los que ya conozco.

¡Hola, Enobarbo!

ENOBARBO ¿Qué desea mi señor?

ANTONIO Debo irme pronto de aquí.

ENOBARDO Daremos muerte entonces a todas nuestras mujeres. Ya hemos visto qué funesto les es cualquier desaire. Si permiten nuestra partida, muerte es la palabra adecuada.

ANTONIO Debo irme.

ENOBARDO Ante una ocasión apremiante, hay que dejarlas perecer. Sería una lástima desecharlas sin motivo, aunque comparadas con una gran causa deben estimarse en nada. Al oír Cleopatra el menor rumor sobre esto, muere al instante. Ya la he visto morir veinte veces por cosas mucho más banales. Creo que existe tal vitalidad en la muerte, que comete algún acto de amor en ella, tal es la rapidez con que se muere.

ANTONIO Es más astuta de lo que a un hombre pueda ocurrírsele.

ENOBARDO Ay, no señor, sus pasiones no están formadas de otra cosa que de la más fina esencia del amor puro. No podemos llamar a sus chaparrones y ventoleras suspiros y lágrimas; son tormentas y tempestades más fuertes de lo que pueden reportar los almanaques Eso no puede ser astucia en ella. Si lo fuere, puede producir aguaceros igual que Júpiter.

ANTONIO ¡Ojalá no la hubiera visto nunca!

ENOBARBO ¡Oh, señor, en ese caso habría usted dejado de ver una obra maestra! De no haber tenido esa bendición su viaje habría desmerecido.

ANTONIO Fulvia ha muerto.

ENOBARBO ¿Señor?

ANTONIO Fulvia ha muerto.

ENOBARBO ¿Fulvia?

ANTONIO Ha muerto.

ENOBARBO Pues señor, ofrezca usted a los dioses un sacrificio de acción de gracias. Cuando place a sus deidades quitarle a un hombre su esposa, le muestran que son los sastres de la tierra; con este consuelo, que cuando los trajes viejos están usados, hay quienes los hagan nuevos. Si no hubiera más mujeres que Fulvia, entonces habría usted sufrido de verdad una desgracia, y el suceso tendría que lamentarse. Esta pena está coronada de consuelo, su vestido viejo trae una falda nueva, y en verdad viven en una cebolla las lágrimas que deben regar este dolor.

ANTONIO El negocio que inició ella en el estado no permite mi ausencia.

ENOBARBO Y el negocio que ha iniciado usted aquí no puede pasarse sin usted, especialmente el de Cleopatra, que depende en lo absoluto de su permanencia.

ANTONIO No más respuestas frívolas. Que tus oficiales

queden avisados de lo que nos proponemos.

Haré saber a la reina la causa

de esta súbita partida, pues no solo

es la muerte de Fulvia

con sus urgentes motivos la que nos reclama,

sino también las cartas

de muchos amigos influyentes en Roma

que nos solicitan la vuelta. Sexto Pompeyo

ha desafiado a César y domina

el imperio del mar. Nuestra voluble gente,

cuyo afecto nunca se adhiere a quien lo merece

hasta que ya pasaron sus merecimientos,

empieza a trasladar a Pompeyo el Grande

y sus triunfos a su hijo el cual,

grande en nombre y en poder,

y más grande aún en valor y energía,

se alza como mejor soldado,

cualidad que, de persistir,

pueden peligrar los límites del mundo.

Depende de la crianza

el que, como el pelo de un caballo,

se tenga solo vida y no veneno de serpiente.

Informa a los que están bajo tus órdenes

que es nuestra voluntad partir pronto de aquí.

ENOBARBO Así lo haré.

Salen .

ESCENA III

Alejandría. Otra sala del palacio. Entran CLEOPATRA*,*

CHARMIAN*,* ALEXAS *e* IRAS.

CLEOPATRA ¿Dónde está?

CHARMIAN No lo he visto desde hace rato.

CLEOPATRA (*A* ALEXAS.) Ve dónde está, quién anda con él, qué hace.

Yo no te envié. Si lo hallas triste,

di que estoy bailando. Si alegre, infórmale

que me enfermé súbitamente. Pronto y regresa.

Sale ALEXAS.

CHARMIAN Señora, creo que si lo amara usted de veras,

no seguiría ese método

para hacer que le correspondiera.

CLEOPATRA ¿Qué debo hacer

que no hago?

CHARMIAN Complacerlo en todo; no contrariarlo en nada.

CLEOPATRA Me instruyes como tonta; el modo de perderlo.

CHARMIAN No lo provoque tanto.

Le aconsejo que tenga más cuidado.

el tiempo hace que odiemos

lo que tanto tememos.

Entra ANTONIO.

Pero aquí viene Antonio.

CLEOPATRA Estoy enferma y triste.

ANTONIO Siento mucho anunciarte mi propósito…

CLEOPATRA Ayúdame a salir, Charmian. ¡Me voy a caer!

No puede esto durar.

Las fuerzas de la naturaleza

no pueden soportarlo.

ANTONIO Ahora, mi queridísima reina…

CLEOPATRA Hazte un poco más allá, por favor.

ANTONIO ¿Qué sucede?

CLEOPATRA Leo en tus ojos que has recibido buenas noticias.

Qué, ¿dice la casada

que puedes irte? Ojalá no te hubiera dado

permiso de venir.

Que no diga que yo te tengo aquí.

No tengo ningún poder sobre ti. Eres suyo.

ANTONIO Bien saben los dioses…

CLEOPATRA ¡Jamás fue reina

tan duramente traicionada!

Mas desde el principio vi plantadas las traiciones.

ANTONIO Cleopatra…

CLEOPATRA ¿Cómo puedo pensar que seas sincero y mío,

aunque estremezcas jurando a los dioses

en sus tronos, si has sido falso con Fulvia?

¡Locura escandalosa dejarse atrapar

por esos juramentos de dientes para fuera

que al pronunciarse se rompen!

ANTONIO Dulcísima reina…

CLEOPATRA No, no busques pretexto para irte,

sino di adiós y vete. Cuando pedías quedarte,

era entonces tiempo de hablar; no hablaste entonces.

La eternidad estaba en nuestros labios

y en nuestros ojos; la felicidad

en la curva de la frente;

ninguna parte de nosotros mismos

era tan pobre que desmereciera

de la estirpe celeste. Así sigue,

o tú, el más grande soldado de la tierra,

te has vuelto el más grande mentiroso.

ANTONIO ¿A qué viene esto, señora?

CLEOPATRA Quisiera tener tu altura. ¡Sabrías entonces

que hubo un corazón en Egipto!

ANTONIO Escucha, reina.

La imperiosa necesidad de las circunstancias

requiere mis servicios algún tiempo,

mas mi corazón queda por entero

contigo en prenda. Nuestra Italia

centellea con la espada de la guerra civil.

Sexto Pompeyo se aproxima a las puertas de Roma;

el equilibrio de los dos poderes domésticos

engendra escrupulosas facciones;

los que antes eran odiados,

fortalecidos ahora, se hacen bien queridos;

Pompeyo, el condenado,

enriquecido con los honores de su padre,

se insinúa rápidamente

en los corazones de los que no han prosperado

bajo el presente gobierno,

cuyo número se vuelve amenazador

y la paz, hastiada de descanso, quiere purgarse

mediante cualquier cambio desesperado.

Mi asunto personal, y el que más debe

tranquilizarte sobre mi partida,

es la muerte de Fulvia.

CLEOPATRA Aunque la edad no puede librarme de la tontera,

me libra de la puerilidad.

¿Puede morir Fulvia?

ANTONIO Mira esto.

Le da la carta .

Muerta está, reina mía,

y lee en tu ocio soberano las conmociones

que levantó, y al final, sobre todo,

ve cuándo y cómo murió.

CLEOPATRA ¡Oh falsísimo amor!

¿En dónde están los vasos sagrados

que debías llenar con agua de pesares?

Ahora veo, veo en la muerte de Fulvia,

cómo será recibida la mía.

ANTONIO No me riñas, sino prepárate a conocer

los designios que tengo,

que serán o cesarán según tú me aconsejes.

Por el fuego que vitaliza el limo del Nilo,

parto de aquí como tu soldado y tu sirviente,

a hacer la paz o la guerra como tú decidas.

CLEOPATRA ¡Córtame este lazo, Charmian ven!

Pero no; déjalo. Enfermo pronto

o me alivio según Antonio me ame.

ANTONIO Reprímete, preciosa reina mía,

y rinde testimonio al amor del que sostiene

una prueba honorable.

CLEOPATRA Eso aprendí de Fulvia.

Por favor vuélvete y llora por ella;

luego dime adiós, y di que las lágrimas

le pertenecen a la reina de Egipto.

Bien, ahora representa una escena

de excelente disimulo, y haz que se vea

como perfecto honor.

ANTONIO ¡Basta, me enardeces la sangre!

CLEOPATRA Puedes hacerlo aún mejor; pero ya está bien.

ANTONIO Pues te juro por mi espada…

CLEOPATRA Y por tu rodela.

Progresa, pero aún no es lo mejor.

Mira por favor, Charmian,

que bien este romano hercúleo

hace el papel de enojado.

ANTONIO Me voy, señora.

CLEOPATRA Una palabra cortés, señor.

Señor, usted y yo debemos separarnos,

pero no es eso.

Señor, usted y yo hemos amado,

pero tampoco es eso,

bien lo sabe usted. Es algo que quisiera…

¡Oh, mi falta de memoria es Antonio mismo

y todo se me ha olvidado!

ANTONIO Si no fuera porque su realeza

tiene por súbdito la frivolidad,

la tomaría por la frivolidad personificada.

CLEOPATRA Es un parto laborioso llevar

semejante frivolidad

tan cerca del corazón

como Cleopatra lo hace.

Mas perdone, señor, pues me matan mis gracias

si usted no las mira con agrado.

Su honor lo llama lejos de aquí;

por tanto hágase sordo a mi locura

¡y que todos los dioses lo acompañen!

¡Que en su espada se asienten laureles de victoria,

y se deshoje un triunfo placentero

ante sus pies!

ANTONIO Vengan, vámonos.

De tal modo se ausenta y permanece

nuestra separación,

que al quedarte tú aquí te vas conmigo,

y yo, al partir contigo permanezco.

¡Vamos!

Salen .

ESCENA IV

Roma. Aposento en casa de César. Entran Octavio CÉSAR

leyendo una carta, LÉPIDO *y gente de su séquito* .

CÉSAR Puedes ver, Lépido, y saber desde ahora,

que no es un vicio natural en César

odiar a nuestro gran competidor.

Estas son las noticias: pesca, bebe

y gasta en orgías las lámparas de la noche;

no es más viril que Cleopatra

ni la reina de Tolomeo

más femenina que él; con trabajo dio audiencia

o quiso reconocer siquiera tener socios.

Ahí encontrarás un hombre

que es el resumen de todas las faltas

que extravían al género humano.

LÉPIDO No puedo creer que haya

males suficientes para oscurecer

todas sus perfecciones.

En él las faltas parecen estrellas en el cielo,

más luminosas por la negrura de la noche;

hereditarias, más que adquiridas;

no lo que quiere ser, sino lo que no puede cambiar.

CÉSAR Eres demasiado indulgente.

Concedamos que no hay nada malo

en revolcarse en el lecho de Tolomeo,

en dar un reino por pasar un rato alegre,

en sentarse a esperar el turno

de beber con un esclavo,

en tambalearse al mediodía por las calles

y en darse puñetazos

con pelados que huelen a sudor.

Di que esto le va bien

(y conste que su dignidad

debe ser de veras excepcional

para que estas cosas no lo ensucien).

Sin embargo, no debe Antonio de ningún modo

excusar sus faltas, cuando tenemos nosotros

que soportar el peso de su ligereza.

Si solo llenara con voluptuosidad sus ocios,

la indigestión y la sífilis

bastarían a cobrárselo.

Pero perder el tiempo que a rebato de tambor
lo llama a dejar sus juegos, y que le habla tan alto
como está su posición y la nuestra,
merece regaño, como reñimos a los muchachos
que a sabiendas, empeñan su experiencia
por el placer del momento
rebelándose así contra el buen juicio.
Entra un MENSAJERO.
LÉPIDO Aquí hay más noticias.
MENSAJERO Se han cumplido tus órdenes y cada hora,
nobilísimo César,
recibirás informes sobre lo que sucede.
Pompeyo se hace fuerte en el mar
y parece ser bien querido
de los que tan solo temían a César.
Los descontentos se dirigen a los puertos
y el rumor presenta a Pompeyo
como muy agraviado.
CÉSAR No debí esperar menos.
La Historia nos enseña,
desde el origen del primer estado,
que el hombre no fue bien visto en el poder
hasta que estuvo en él, y que el hombre caído
que no fue nunca amado ni digno de amor,
se convierte en querido

desde que se le echa de menos.
La multitud, cual caña vagabunda
en la corriente, va y viene obedeciendo
la cambiante marea,
hasta pudrirse con el movimiento.
Entra otro MENSAJERO.
MENSAJERO SEGUNDO César, te traigo nuevas
de que Menécrates y Menas, piratas famosos,
se sirven del mar que surcan y hieren
con quillas de todas clases. Hacen en Italia
incursiones violentas… las regiones costeras
palidecen de solo pensarlo,
y llevados de entusiasmo los jóvenes
se rebelan. Ningún navío puede asomarse
pues es capturado en cuanto se le descubre.
El nombre de Pompeyo perturba más
que si hubiera que darle batalla.
CÉSAR ¡Deja Antonio
tus lascivas francachelas!
En una ocasión que fuiste derrotado en Módena,
donde mataste a Hircio y a Pansa, cónsules,
te siguió el hambre los talones,
y aunque criado con gran delicadeza,
peleaste con ella con paciencia
mayor que los salvajes.

Bebiste orina de caballo y agua
del charco amarillento
que habría causado vómito a las bestias.
Tu paladar se avino a la mora más agria
del vallado más inculto. Sí, como el ciervo
cuando la nieve cubre el pastizal,
ramoneaste las cortezas de los árboles.
Se dice que en los Alpes
comiste de una carne tan extraña,
que murieron algunos tan solo de mirarla.
Y todo esto… (hiere tu honor que ahora lo diga)
lo sobrellevaste como un soldado
cuya mejilla no se enjuntó siquiera.
LÉPIDO Es una lástima.
CÉSAR Deja que pronto sus vergüenzas
lo conduzcan a Roma.
Ya es hora de que nos mostremos juntos
en el campo de batalla, y para ello
reunamos el consejo de inmediato.
Es en nuestros ocios donde Pompeyo medra.
LÉPIDO Mañana, César, estaré provisto
para informarte justo lo que por mar y tierra
puedan ahora enfrentar mis fuerzas.
CÉSAR Lo cual será también negocio mío
hasta ese encuentro. Adiós.

LÉPIDO Adiós, señor. Lo que en el ínterin sepa

de lo que pasa, le ruego me lo haga saber.

CÉSAR No hay duda de ello. Sé que es mi obligación

Salen por diferentes puertas .

ESCENA V

Alejandría. Una estancia en el palacio. Entran CLEOPATRA*,*

CHARMIAN*,* IRAS *y* MARDIÁN.

CLEOPATRA ¡Charmian!

CHARMIAN ¿Señora?

CLEOPATRA (*Bosteza* .) Ah, ah.

Dame a beber mandrágora.

CHARMIAN ¿Para qué, señora?

CLEOPATRA Para que pueda yo pasar dormida

este largo intervalo en que mi Antonio está lejos.

CHARMIAN Piensa usted mucho en él.

CLEOPATRA ¡Oh, es traición!

CHARMIAN Confío que no, señora.

CLEOPATRA ¡Tú, eunuco Mardián!

MARDIÁN ¿Qué desea su alteza?

CLEOPATRA No oírte cantar ahora. No me agrada

lo que hace un eunuco. Bueno es que tú,

carente de semilla, no tengas pensamientos

que vuelen lejos de Egipto. ¿Posees afectos?

MARDIÁN Sí, graciosa señora.

CLEOPATRA ¿De veras?

MARDIÁN No de hecho, señora, pues nada puedo hacer

sino lo que de veras es honesto.

Con todo, tengo terribles pasiones y pienso

en lo que hizo Venus con Marte.

CLEOPATRA Oh, Charmian,

¿dónde crees que esté ahora? ¿De pie o sentado?

¿O anda caminando? ¿O va a caballo?

¡Oh, feliz corcel que llevas el peso de Antonio!

Marcha altivo, corcel, pues ¿sabes a quién llevas?

Al Semiatlas de la tierra,

al brazo y borgoñota de los hombres.

¿Está hablando consigo o murmurando,

«¿Dónde está mi serpiente del viejo Nilo?»

porque así me llama? Ahora me alimento

con el más delicioso veneno. ¿Piensa en mí

que estoy negra por los pellizcos amorosos de Febo

y arrugada muy hondo por el tiempo?

¡Oh César de ancha frente, cuando aún vivías

y estabas aquí, era yo un bocado de rey!

Y el gran Pompeyo fijaba y hacía crecer

sus ojos en mi frente. Ahí anclaba su vista

y querría morir mirando a quien era su vida.

Entra ALEXAS.

ALEXAS ¡Salve, soberana de Egipto!

CLEOPATRA ¡Qué distinto eres tú de Marco Antonio!,

pero viniendo de él tan poderoso elixir

te ha dorado con su tinte.

¿Qué tal va mi gallardo Marco Antonio?

ALEXAS Lo último que hizo, cara reina,

fue besar (último de muchos besos repetidos)

esta perla oriental.

A mi pecho se adhiere su discurso.

CLEOPATRA De ahí debe arrancarlo mi oído.

ALEXAS «Buen amigo», me dijo,

«Di que el firme romano envía a la gran egipcia

este tesoro de una ostra, y que a sus pies,

para reparar tan mezquino obsequio,

añadiré mil reinos a su opulento trono.

Todo el Oriente, dile, la llamará señora.»

Enseguida asintió con la cabeza,

y gravemente montó un corcel guerrero

que relinchó tan fuerte,

que lo que quise decir lo ensordeció la bestia.

CLEOPATRA Y dime, ¿estaba triste o alegre?

ALEXAS Como la estación del año, entre los extremos

de calor y frío, no estaba ni triste ni alegre.

CLEOPATRA ¡Oh, simetría perfecta! Observa,

observa, buena Charmian, así es él, toma nota.

No estaba triste, porque no quería

que sus ojos dejaran de brillar

sobre los que modelan sus miradas

por las suyas; tampoco estaba alegre,

lo que parecía decirles que sus recuerdos

quedaban en Egipto con su gozo;

sino en medio de los dos. ¡Oh, mezcla celestial!

Ya estés alegre o triste,

el exceso de ambas cosas te conviene

como a ningún otro hombre.

¿Hallaste mis correos?

ALEXAS Sí, señora,

a veinte diferentes mensajeros.

¿Por qué enviarlos tan seguido?

CLEOPATRA El que nazca el día

en que me olvide de escribirle a Antonio

morirá limosnero. Trae tinta y papel, Charmian.

Bienvenido, mi buen Alexas. ¿Acaso, Charmian,

quise yo tanto alguna vez a César?

CHARMIAN ¡Oh, ese espléndido César!

CLEOPATRA ¡Que se atragante otra exclamación igual!

Di, «el espléndido Antonio!».

CHARMIAN ¡El valiente César!

CLEOPATRA ¡Por Isis, voy a sacarte sangre de los dientes

si osas comparar otra vez con César

a mi hombre de hombres!

CHARMIAN Con perdón suyo,

solo canto como usted lo hacía.

CLEOPATRA En mis días de ensalada

cuando estaba verde de juicio y fría de sangre.

¡Venir a repetirme lo que decía yo entonces!

Pero vamos, pronto, tráeme tinta y papel.

¡Recibirá él diario un saludo distinto

o despoblaré Egipto!

Salen .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Aposento en casa de Pompeyo. Entran POMPEYO*,*

MENÉCRATES *y* MENAS.

POMPEYO Si los poderosos dioses son justos

han de apoyar los hechos de los hombres más justos.

MENÉCRATES Sabe, gran Pompeyo,

que lo que retrasan no lo niegan.

POMPEYO Mientras solicitamos a los pies de sus tronos,

lo que solicitamos se consume.

MENÉCRATES Ignorantes como somos, pedimos a menudo

lo que nos perjudica, lo cual ellos,

sabiamente por nuestro bien nos niegan;

así hallamos provecho al perder nuestras súplicas.

POMPEYO A mí me irá bien.

El pueblo me quiere y la mar es mía.

Como luna en cuarto crece mi poder

y mi esperanza augura que va a llenar.

Marco Antonio está sentado festejando en Egipto

y no hará la guerra fuera de ahí.

César recauda dinero mas pierde en cambio afectos;

Lépido adula a ambos y por ambos

es adulado; mas no quiere a ninguno,

ni él le importa a nadie.

MENAS César y Lépido

están en el campo de batalla conduciendo

un poderoso ejército.

POMPEYO ¿Por quién sabes esto? Es falso.

MENAS Por Silvio, señor.

POMPEYO Sueña. Sé que ambos están en Roma

a la espera de Antonio.

¡Que todos los encantos del amor,

lúbrica Cleopatra, suavicen tus marchitos labios!

Deja que la hechicería

se una a la belleza y la lascivia a ambas.

En un campo de fiestas encadena al libertino;

mantén vaporizando su cabeza.

Que los cocineros epicúreos

agucen su apetito

con salsas libres de empalago para que el sueño

y el exceso de comida adormezcan su honor

hasta el letargo del Leteo…

Entra VARRIO.

¡Hola, Varrio! ¿Qué ocurre?

VARRIO Es totalmente cierto lo que voy a decirte.

Esperan de un momento para otro

a Marco Antonio en Roma.

Desde que salió de Egipto ya ha viajado un rato.

POMPEYO Podría haber prestado gustoso oído
a un asunto menos serio. Nunca pensé, Menas,
que ese enamorado glotón se pusiera el casco
para una guerra tan mezquina. Su militancia
vale la de los otros dos. Pero elevemos
la opinión que de nosotros tenemos
en tanto que nuestro levantamiento
puede arrancar del regazo de la viuda egipcia
a ese Antonio que nunca se sacia de lascivia.
MENAS No puedo esperar que César y Antonio
vuelvan a verse con buenos ojos. Su mujer,
que ya está muerta, ofendió a César;
su hermano le hizo la guerra, si bien creo
que no fue instigado por él.
POMPEYO No sé, Menas,
hasta dónde enemistades menores
puedan conducir a una más grande.
Si no nos hubiésemos alzado contra todos ellos,
es evidente que deberían enfrentarse
unos con otros, porque han abrigado
motivo suficiente para sacar la espada.
Pero hasta dónde el temor a nosotros
pueda aglutinar sus divisiones y parchar
sus mezquinas querellas, aún no lo sabemos.
¡Que sea como lo quieran los dioses!

Es cuestión de muerte o vida

jugarnos esta partida.

Ven, Menas.

Salen .

ESCENA II

Habitación en casa de Lépido .

Entran ENOBARBO *y* LÉPIDO.

LÉPIDO Buen Enobarbo, es un acto noble

que te honrará bastante

pedirle a tu capitán que use

lenguaje suave y apacible.

ENOBARBO Le pediré

que responda tal como él es. Si César lo irrita,

mire Antonio a César por encima del hombro

y hable tan recio como Marte.

¡Por Júpiter, si fuera yo el dueño

de la barba de Antonio,

hoy no me la rasuraría!

LÉPIDO No es hora

de desahogos personales.

ENOBARBO Todos los tiempos

sirven para el asunto que va a surgir en ellos.

LÉPIDO Mas deben ceder los asuntos pequeños

a los grandes.

ENOBARBO No, si los pequeños salen primero.

LÉPIDO Es pasión tu discurso;

mas te ruego que no atices el fuego.

Aquí llega Antonio.

Entran ANTONIO *y* VENTIDIO.

ENOBARBO Y allá César.

Entran CÉSAR, MECENAS *y* AGRIPA.

ANTONIO Si llegamos a un buen arreglo aquí,

hay que ir a Partia. Escucha, Ventidio.

CÉSAR No sé, Mecenas. Pregúntale a Agripa.

LÉPIDO Nobles amigos,

lo que nos reúne es de primera importancia;

no dejemos que una actitud fútil nos divida.

Que lo que haya estado mal se escuche afablemente.

Cuando debatimos a gritos

nuestras triviales diferencias,

cometemos asesinato

queriendo cicatrizar las heridas.

Por tanto, nobles socios,

aunque no sea más que porque os lo suplico

encarecidamente, tocad los puntos álgidos

con los más dulces términos,

y no se mezcle iracundia en la discusión.

ANTONIO Muy bien dicho. Aunque estuviéramos

ante nuestros ejércitos dispuestos a pelear,

no obraría de otra manera.

CÉSAR Bienvenido a Roma.

ANTONIO Gracias.

CÉSAR Siéntate.

ANTONIO Siéntate tú primero.

CÉSAR Pues bien, en ese caso…

CÉSAR *se sienta; después* ANTONIO.

ANTONIO He sabido que tomas a mal
cosas que no lo son,
o que en todo caso no te conciernen.

CÉSAR Sería digno de risa
si por nada o por poca cosa me diera yo
por ofendido, sobre todo contigo
más que con cualquier hombre del mundo.
Más todavía si te nombrara con desprecio
alguna vez, cuando el pronunciar tu nombre
no me concerniera.

ANTONIO Mi estancia en Egipto, César,
¿qué te importaba a ti?

CÉSAR No más que lo que mi residencia en Roma
podría ser para ti en Egipto. Mas si tú ahí,
intrigabas contra mi autoridad,
tu estancia en Egipto podría ser
asunto mío.

ANTONIO ¿Y qué entiendes por «intrigar»?

CÉSAR Bien puedes colegir mi pensamiento

por lo que sucedió aquí. Tu esposa y tu hermano
me hicieron la guerra y tú eras el pretexto
de su hostilidad, su palabra de consigna.
ANTONIO Estás equivocado a ese respecto.
Mi hermano nunca me tomó como pretexto.
Me informé y tengo conocimiento de los hechos
por algunas noticias verídicas
de gente que sacó la espada por ti.
¿Acaso no desacreditaba mi autoridad
tanto como la tuya,
y hacía la guerra contra mi inclinación
puesto que nuestra causa era la misma?
De esto mis cartas ya antes te satisficieron.
Si quieres provocar una querella,
aunque tienes causa de sobra para hacerlo,
no deberá ser esta.
CÉSAR Tú te alabas
achacándome defectos de juicio,
pero solo apañas tus excusas.
ANTONIO ¡No, para nada!
Sé que no podía dejar de ocurrírsete
(lo sé de cierto)
el pensamiento de que yo, tu socio,
en la causa contra la que él peleaba,
no podía ver con buenos ojos esas guerras

que turbaban mi propia paz. En cuanto a mi esposa,
quisiera que tuvieras una con semejante temple.
La tercera parte del mundo te pertenece,
y fácilmente puedes llevarlo con un bridón,
pero no a una mujer así.
ENOBARBO ¡Ojalá todos tuviéramos tales esposas
para que los hombres fueran a la guerra
con las mujeres!
ANTONIO Tan indomable como era, César,
con pena admito que su alzamiento,
producto de su impaciencia (que no carecía
de astucia política tampoco)
te haya causado tanta inquietud.
En cuanto a eso, debes concederme
que no podía evitarlo.
CÉSAR Te escribí
cuando te dabas al libertinaje
en Alejandría.
Te metiste mis cartas al bolsillo
y negaste audiencia a mi mensajero
con sarcasmos y burlas.
ANTONIO Señor mío,
me abordó esa vez antes de ser admitido.
Acababa yo de festejar a tres reyes
y no era el que sería por la mañana.

Pero al día siguiente hablé con él
de cómo me había sentido,
lo que equivalía a pedirle perdón.
Que ese muchacho no entre para nada
en nuestra disputa; si contendemos,
ponlo ya fuera de discusión.
CÉSAR Has quebrantado
el artículo de tu juramento,
cosa que nunca tendrás lengua para reprocharme
a mí.
LÉPIDO ¡Calma, César!
ANTONIO No, Lépido; déjalo que hable.
Es sagrado el honor a que ahora se refiere,
suponiendo que yo faltara a él.
Mas continúa, César:
«El artículo de mi juramento…»
CÉSAR De prestarme auxilio y armas
cuando te los demandara,
los cuales me negaste.
ANTONIO Descuidé enviarlos, más bien,
y eso cuando horas de intoxicación
me privaban del conocimiento de mí mismo.
Tanto como pueda me mostraré arrepentido
ante ti, pero mi honradez
no empobrecerá mi grandeza, ni mi poder

operará sin ella.

Verdad es que Fulvia, para sacarme de Egipto,

te hizo la guerra aquí, por lo cual

yo, el ignorante motivo de ello,

pido perdón como conviene a mi honor

humillarse en tales circunstancias.

LÉPIDO Es noble lo que ha dicho.

MECENAS Hagan el favor de no insistir más

en sus mutuos agravios. Olvidarlos

sería recordar que la coyuntura actual

habla de que estén unidos.

LÉPIDO Bien dicho, Mecenas.

ENOBARBO O si quieren prestarse por lo pronto un afecto recíproco, podrían devolvérselo cuando ya no oigan hablar de Pompeyo. Ya tendrán tiempo de reñir cuando no tengan otra cosa que hacer.

ANTONIO Eres solo un soldado. No digas más.

ENOBARBO Casi había olvidado que la verdad debe guardar silencio.

ANTONIO Ofendes a la asamblea; por tanto ya no hables.

ENOBARBO Prosigan. Me quedaré mudo como piedra.

CÉSAR No me disgusta tanto el fondo, sino el estilo

de su discurso; pues no puede ser

que prevalezca nuestra alianza

siendo nuestros caracteres tan distintos

en su modo de obrar. Con todo, si supiera

qué aro puede mantenernos estrechamente unidos,

iría a buscarlo de un extremo al otro del mundo.

AGRIPA Dame permiso, César…

CÉSAR Habla, Agripa.

AGRIPA Tienes una hermana de parte de madre,

la admirada Octavia. El gran Marco Antonio

está ahora viudo.

CÉSAR No lo menciones, Agripa.

Si Cleopatra te oyera, merecería

tu temeridad un reproche.

ANTONIO No estoy casado. Déjame oír

lo que Agripa tenga que decir.

AGRIPA Para guardarlos en perpetua amistad,

para hacerlos hermanos y unir sus corazones

con nudo indisoluble, tome Antonio

a Octavia como esposa,

cuya belleza reclama como esposo

nada menos que al mejor de los hombres;

cuya virtud y universales gracias

proclaman lo que ninguna otra cosa

puede expresar. Por este matrimonio

todas las pequeñas sospechas que ahora

parecen grandes, y todos los grandes temores

que ahora amenazan con sus peligros

nada serán entonces.

Las verdades serían rumores

en tanto que ahora los casi rumores

son verdades. El amor de ella hacia ambos
os ataría el uno al otro y os granjearía
los corazones de todos
los que ella arrastrara tras sí.
Perdonen lo que he dicho,
que no es un pensamiento repentino
sino meditado,
rumiado por mi afecto.
ANTONIO ¿Quiere hablar César?
CÉSAR No, hasta que oiga cómo le cae a Antonio
lo que acaba de decirse.
ANTONIO ¿Qué poder tiene Agripa
para que esto se realice?
CÉSAR El poder de César
y su ascendiente sobre Octavia.
ANTONIO ¡Que nunca sueñe yo
en poner impedimento a este buen propósito
que parece tan halagüeño!
¡Dame la mano, apoya este acto de gracia,
y un corazón fraterno gobierne nuestros afectos
y dirija nuestros grandes designios!
CÉSAR He ahí mi mano.
Te lego una hermana a quien hermano alguno
amó tan tiernamente. ¡Deja que viva
para unir nuestros reinos y nuestros corazones;

y que nuestro afecto nunca se divida!

LÉPIDO ¡Felizmente, amén!

ANTONIO No pensaba sacar la espada contra Pompeyo

porque ha tenido grandes e inusitadas

muestras de cortesía conmigo últimamente.

Debo darle las gracias

para que no me acuse de tener mala memoria,

y tras eso, desafiarlo.

LÉPIDO El tiempo apremia.

Sea Pompeyo buscado por nosotros;

o de lo contrario él nos buscará.

ANTONIO ¿Dónde se encuentra?

CÉSAR Por el monte Miseno.

ANTONIO ¿Qué fuerzas tiene en tierra?

CÉSAR Grandes y crecientes, pero en el mar

es amo absoluto.

ANTONIO Tal se rumora.

¡Que no hayamos conversado con él!

Démonos prisa a hacerlo. Sin embargo,

antes de tomar las armas despachemos

el negocio de que hemos hablado.

CÉSAR Con mucho gusto,

y te invito a saludar a mi hermana

a cuya casa te conduciré enseguida.

ANTONIO No nos prives de tu compañía, Lépido.

LÉPIDO Oh, noble Antonio, ni siquiera la enfermedad

me detendría.

Trompetería. Salen todos excepto ENOBARBO*,*

AGRIPA *y* MECENAS.

MECENAS Bienvenido de Egipto, señor.

ENOBARBO ¡El digno Mecenas, la mitad del corazón de César!

¡Agripa, mi honorable amigo!

AGRIPA ¡Buen Enobarbo!

MECENAS Tenemos motivo de alegría al ver que las cosas se han arreglado tan bien. Usted la pasó muy bien en Egipto.

ENOBARBO Sí, señor, confundíamos el día pasándolo dormidos y hacíamos cortas[22] las noches bebiendo.

MECENAS Ocho jabalíes salvajes rostizados enteros para almorzar y solo doce comensales. ¿Es cierto eso?

ENOBARBO Oh, eso no fue sino una mosca comparada con un águila. [23] Tuvimos muchos más motivos de festejo que en realidad no lo merecían.

MECENAS Es una dama irresistible si su reputación le hace justicia.

ENOBARBO Desde su primer encuentro con Marco Antonio, cautivó su corazón y se lo metió en la bolsa. Fue sobre el río Cidno.

AGRIPA Ahí apareció en efecto, a no ser que se lo haya imaginado así mi informante.

ENOBARBO Les contaré cómo fue.

La barca en que iba sentada, cual bruñido trono,

resplandecía sobre el agua; la popa era de oro batido,

las velas, de púrpura, y tan perfumadas,

que los vientos languidecían de amor por ellas;

los remos eran de plata y se movían al compás

de la armonía de las flautas,

haciendo que el agua que golpeaban

los siguiera más aprisa, como enamorada de sus golpes.

En cuanto a su persona, toda descripción se queda corta.

Reclinada en su pabellón, hecho de brocado de oro,

excedía la pintura de esa Venus

donde vemos que la imaginación

sobrepuja a la naturaleza.

A cada lado de ella

había hermosos niños con hoyuelos,

cual sonrientes cupidos,

que agitaban abanicos de variados colores.

Su viento parecía dar brillo

a las delicadas mejillas que iban refrescando,

y hacer lo que ellos deshacían.

AGRIPA ¡Oh, qué extraordinario para Antonio!

ENOBARBO Sus mujeres, como las nereidas,

otras tantas sirenas, iban pendientes de sus miradas,

y hacían graciosas inclinaciones.

El timón va dirigido por una

que parece sirena.

El velamen de seda se infla con los toques

de esas manos süaves como flores

que hábilmente desempeñan su oficio.

Desde la barca un raro e invisible perfume

embriaga los sentidos

en las riberas adyacentes.

La ciudad arroja su gente sobre ella,

y Antonio queda solo

sentado en su trono en la plaza pública

silbando al aire que,

si hubiera podido hacer un vacío,

se habría marchado también a mirar a Cleopatra

dejando un hueco en la naturaleza.

AGRIPA ¡Maravillosa egipcia!

ENOBARBO Al desembarcar, Antonio le envió un mensaje

y la invitó a cenar.

Ella respondió que mejor sería

que él fuera su huésped

e insistió que aceptara. Nuestro cortés Antonio,

que nunca dijo «No» a mujer alguna,

tras de hacerse rasurar diez veces, va a la fiesta,

y ahí en pago el corazón entrega

solo por lo que come con los ojos.

AGRIPA ¡Oh, regia cortesana!

Hizo que el gran César pusiera a dormir su espada.

Él sembró en ella, y ella le dio fruto.

ENOBARBO La vi una vez saltar cuarenta pasos

en público por la calle,

y tras quedarse sin aliento,

habló y jadeó de un modo

que convirtió en perfección el defecto

y exhaló, de la falta de respiro,

un poder seductor.

MECENAS Ahora Antonio debe dejarla completamente.

ENOBARBO ¡Nunca! No querrá.

La edad no puede marchitarla

ni arranciar la costumbre su variedad infinita.

Otras mujeres empalagan los apetitos

que alimentan, pero ella más los despierta

cuanto más los satisface;

convierte en sí las cosas más viles, de tal modo

que los santos sacerdotes la bendicen

cuando está rijosa.

MECENAS Si la belleza, la sabiduría

y la modestia pueden asentar

el corazón de Antonio, Octavia es para él

una bendita lotería.

AGRIPA Vámonos.

Buen Enobarbo, hágase mi huésped

mientras está aquí.

ENOBARBO Humildemente, señor,

le doy las gracias.

Salen .

ESCENA III

Salón en el palacio de César. Entran ANTONIO *y* CÉSAR *con* OCTAVIA *en medio de ellos* .

ANTONIO El mundo y mis grandes deberes alguna vez
me arrancarán de tus brazos.

OCTAVIA Entretanto
ante los dioses habrán de inclinarse
mis rodillas para pedir por ti.

ANTONIO Buenas noches, César. Octavia mía,
no leas mis faltas en lo que el mundo dice.
No he seguido siempre la línea recta,
pero en el porvenir todo se hará
según la regla. Buenas noches, mi señora.

OCTAVIA Buenas noches.

Salen CÉSAR *y* OCTAVIA*.*

Entra el ADIVINO.

ANTONIO ¿Qué tal, bribón? ¿Quisieras estar en Egipto?

ADIVINO Ojalá nunca hubiera venido yo de allá
ni tú tampoco.

ANTONIO Dime si puedes el motivo.

ADIVINO Mi intuición me lo dicta, mas lo oculta mi lengua.
Pero apresúrate a volver a Egipto.

ANTONIO Dime,
¿a quién elevará más alto la fortuna,
a mí o a César?

ADIVINO A César.

Por lo tanto, Antonio, no te quedes a su lado.
Tu demonio, el espíritu que te protege,
es noble, valiente, elevado e incomparable,
mientras que el de César no.
Mas cerca de él se asusta tu ángel
como si estuviera dominado; por lo tanto
pon distancia suficiente entre los dos.
ANTONIO No me hables más de eso.
ADIVINO Solo a ti te lo digo; a ti solo.
A cualquier juego que juegues con él,
perderás de seguro.
Por su suerte natural te vence,
pase lo que pase. Se empaña tu lustre
si él brilla junto a ti. Te lo repito,
tiene miedo tu espíritu
de gobernarte cuando él se aproxima,
pero si está lejos, es noble.
ANTONIO Vete.
Dile a Ventidio que quisiera hablarle.
Sale el ADIVINO.
Debe ir a Partia. Sea lo que fuere,
ha dicho lo cierto. Hasta los dados
lo obedecen, y en deportes mi mejor destreza
sucumbe ante su suerte.
Si jugamos albures él me gana;

sus gallos siempre vencen a los míos,

aunque yo lleve ventaja,

lo mismo que sus codornices a las mías

encerradas en un aro y como sea.

Me iré a Egipto. Aunque hago este casamiento

por lograr la paz,

en Oriente se halla mi placer.

Entra VENTIDIO.

Acércate, Ventidio.

Debes ir a Partia. Tu nombramiento está listo.

Sígueme y recíbelo.

Salen .

ESCENA IV

Roma. Una calle. Entran LÉPIDO*,* MECENAS *y* AGRIPA.

LÉPIDO Ya no se molesten. Por favor apresúrense

a seguir a sus generales.

AGRIPA No más que Marco Antonio

bese a Octavia, partimos.

LÉPIDO Adiós pues,

hasta que los vea con traje de soldados

que les sentará admirablemente a los dos.

MECENAS Según calculo el viaje,

llegaremos al Monte antes que usted, Lépido.

LÉPIDO El camino de ustedes es más corto;

mis planes me fuerzan a dar un rodeo.

Me llevarán dos días de ventaja.

MECENAS Y AGRIPA ¡Buen éxito, señor!

LÉPIDO Adiós.

ESCENA V

Alejandría. Sala del palacio. Entran CLEOPATRA*,* CHARMIAN*,*

IRAS *y* ALEXAS.

CLEOPATRA Denme un poco de música…

música; alimento espiritual

de los que vivimos del amor.

TODOS ¡Música, pronto!

Entra MARDIÁN*, el eunuco* .

CLEOPATRA No, déjenla. Vamos a los billares. Ven, Charmian.

CHARMIAN Me duele el brazo. Juegue mejor con Mardián.

CLEOPATRA Lo mismo juega una mujer con un eunuco

que con otra mujer.

(*Al* EUNUCO.) Ven, ¿quieres jugar conmigo?

MARDIÁN Haré lo que pueda,

señora.

CLEOPATRA Aunque haya insuficiencia, si hay buena voluntad,

el actor puede disculparse. Mas ya no quiero.

Denme mi caña de pescar. Iremos al río.

Ahí, mientras escucho mi música lejana,

engañaré a los peces de oscuras aletas.

Con mi anzuelo curvo traspasaré

sus viscosas mandíbulas,

y cuando los saque imaginaré

que cada uno es Antonio y diré, ¡Ajá, ya te atrapé!

CHARMIAN Fue muy divertido el día

en que los dos apostaron a quién

pescaría más; cuando el buzo de mi señora

prendió al anzuelo de Antonio un pescado salado,

que él con entusiasmo sacó del agua.

CLEOPATRA ¿Aquel día? ¡Oh, qué tiempos aquellos!

Me reí de él hasta hacerle perder la paciencia,

y por la noche me reí de nuevo

para devolvérsela, y la mañana siguiente

antes de las nueve, lo embriagué

hasta hacerlo meterse en la cama;

luego le eché encima mis diademas y mis mantos

mientras que me ceñía su espada filipense.

Entra un MENSAJERO.

¡Oh, de Italia! ¡Rellename

con fecundas noticias los oídos

que tan largo tiempo han estado estériles!

MENSAJERO Señora, señora…

CLEOPATRA ¡Ha muerto Antonio!

Si eso dices, villano, das muerte a tu señora;

mas si está bueno y libre, si así me lo describes,

hay oro, y mis más azules venas

para que las beses;

la mano que reyes han tocado con sus labios

y temblando han besado.

MENSAJERO Lo primero, señora, es que está bien.

CLEOPATRA Tendrás más oro.

Mas fíjate, villano, que solemos

decir que los muertos están bien. Sal con eso

y este oro que te dé lo haré fundir

para echarlo por tu garganta aviesa.

MENSAJERO Que me oiga primero la señora.

CLEOPATRA Bien, prosigue; oiré.

Pero tu rostro no augura nada bueno

si Antonio está libre y también sano.

¡Tan agrio semblante para anunciar

buenas noticias! Si no está bien

debías haber venido como Furia,

coronado de víboras,

no como hombre normal.

MENSAJERO ¿Queréis oírme?

CLEOPATRA Ganas dan de pegarte antes de oírte.

Mas si me dices que Antonio vive, que está bien

y reconciliado con César, no cautivo suyo,

haré caer una lluvia de oro

y una granizada de ricas perlas sobre ti.

MENSAJERO Se encuentra bien, señora.

CLEOPATRA ¡Muy bien dicho!

MENSAJERO Y es amigo de César.

CLEOPATRA ¡Eres un hombre honrado!

MENSAJERO César y él son más amigos que nunca.

CLEOPATRA Lábrate una fortuna a costa mía.

MENSAJERO Mas con todo, señora…

CLEOPATRA No me gusta ese «con todo». Atenúa

sus buenos precedentes…

¡Fuera ese «con todo»! Ese «con todo»

es como un carcelero que traerá

algún monstruoso malhechor. Te ruego, amigo,

abre ya tu paquete a mis oídos,

bueno y malo juntos. Es amigo de César,

goza de salud, dices, y dices que es libre.

MENSAJERO ¿Libre, señora? No dije yo tal cosa.

Está ligado a Octavia.

CLEOPATRA ¿Por qué vínculo?

MENSAJERO Por el mejor vínculo; el del lecho.

CLEOPATRA Estoy pálida, Charmian.

MENSAJERO Señora, se ha casado con Octavia.

CLEOPATRA ¡Que caiga sobre ti la más infecciosa peste!

Le pega .

MENSAJERO ¡Paciencia, buena señora!

CLEOPATRA ¿Qué dices?

Le pega de nuevo .

¡Vete de aquí, miserable villano,

o te patearé los ojos como pelotas!

¡Te arrancaré el pelo de la cabeza!

Lo arrastra de un lado para otro .

¡Serás azotado con un látigo de alambre

y sumergido en salmuera

hasta que te escueza todo el cuerpo

lentamente como encurtido!

MENSAJERO Bondadosa señora,

yo traigo noticias, no hice el enlace.

CLEOPATRA Niégalo y te daré una provincia,

una fortuna espléndida.

Bastarán los golpes que has recibido

para reconciliarte por encolerizarme,

y te daré además cualquier regalo

que mendigue tu condición humilde.

MENSAJERO Se ha casado, señora.

CLEOPATRA ¡Bribón, ya has vivido demasiado!

Saca un puñal .

MENSAJERO No, entonces echaré a correr.

¿Qué intenta, señora? Yo no he cometido falta.

Sale .

CHARMIAN Conténgase ya, buena señora. Él es inocente.

CLEOPATRA Hay inocentes que no se libran de los rayos.

¡Deshágase Egipto en el Nilo

y vuélvanse serpientes las creaturas benignas!

Llama al esclavo. Aunque estoy furiosa,

no lo morderé. Llámalo.

CHARMIAN Tiene miedo de venir.

CLEOPATRA No le haré ningún daño.

Sale CHARMIAN.

Carecen de nobleza estas manos que golpean

a un inferior a mí,

cuando no tengo otro motivo

que el que me doy yo misma.

Entra de nuevo el MENSAJERO

con CHARMIAN.

Ven acá.

Aunque sí sea honrado, nunca es bueno

traer malas noticias. Dale a la buena nueva

un ejército de lenguas, pero las malas nuevas

deja que se relaten ellas mismas

cuando se hagan sentir.

MENSAJERO He cumplido mi deber.

CLEOPATRA ¿ Se ha casado?

No puedo aborrecerte más que antes

si dices sí otra vez.

MENSAJERO Está casado, señora.

CLEOPATRA ¡Los dioses te confundan! ¿Sigues aún con eso?

MENSAJERO ¿Debo mentir, señora?

CLEOPATRA ¡Querría que lo hicieras,

aunque la mitad de mi Egipto se hundiera

y se transformara en una cisterna

de escamosas serpientes!

¡Vamos, vete de aquí!

Si tuvieras la cara de Narciso

me serías de lo más repugnante.

¿Se ha casado?

MENSAJERO Ruego me perdone la señora.

CLEOPATRA ¿Se ha casado?

MENSAJERO No se ofenda pues no quiero ofenderla.

Castigarme por lo que me pregunta

parece injusto. Se ha casado con Octavia.

CLEOPATRA Pues que su falta te convierta en maldito

aunque no hayas hecho lo que declaras.

¡Lárgate de aquí!

Las mercancías que has traído de Roma

son demasiado caras para mí.

Que se te queden en las manos y te arruinen.

Sale el MENSAJERO.

CHARMIAN Tenga paciencia su alteza.

CLEOPATRA Al alabar a Antonio he despreciado a César.

CHARMIAN Muchas veces, señora.

CLEOPATRA Y ya quedé pagada.

Condúceme fuera de aquí.

¡Me desmayo! ¡Oh, Iras, Charmian! No importa quién.

Busca al muchacho, buen Alexas, y dile

que te describa la persona de Octavia,

su edad, sus inclinaciones, y que no se olvide

del color de su pelo. Tráeme respuesta pronta.

Sale ALEXAS.

¡Que parta para siempre! Pero no, que no parta…

Aunque esté pintado por un lado como Gorgona,

por el otro es un Marte. (*A* IRAS.) Dile a Alexas

que me venga a decir qué tan alta es ella.

Ten compasión de mí, Charmian, pero no me hables.

Condúceme a mi alcoba.

Salen .

ESCENA VI

Cerca de Misena. Trompetería. Entran por un lado

POMPEYO *y* MENAS *con tambores y trompetas; por el otro,*

CÉSAR, LÉPIDO, ANTONIO, ENOBARBO, MECENAS, AGRIPA

y soldados marchando .

POMPEYO Yo tengo tus rehenes y tú los míos

y hablaremos antes de pelear.

CÉSAR Es conveniente

que empleemos primero las palabras,

y por tanto hemos enviado por delante

nuestras propuestas por escrito;

si las has meditado, haznos saber

si volverás a la vaina tu descontenta espada

y llevarás de regreso a Sicilia
esa juventud audaz que de otro modo
va a perecer aquí.
POMPEYO ¡Salud a ustedes tres,
mandatarios únicos de este vasto universo,
agentes principales de los dioses!
No sé si mi padre desee tener vengadores
teniendo un hijo y tantos amigos,
puesto que Julio César,
que en Filipos se apareció al buen Bruto,
los vio ahí a ustedes, tratando de vengarlo.
¿Qué fue lo que movió al pálido Casio
a conspirar, y qué hizo
al tan honorable y honrado romano, Bruto,
acompañado de los otros que iban armados
y que cortejaban la hermosa libertad,
a ensangrentar el Capitolio?
¿No fue sino que querían que un hombre
fuese solo tal, tan solo un hombre?
Y eso es lo que me ha hecho aparejar mi flota,
bajo cuyo peso espumajea embravecido
el océano, y de la que intento servirme
para flagelar la ingratitud
que la maligna Roma
arrojó sobre mi noble padre.

CÉSAR Un momento.

ANTONIO No puedes asustarnos, Pompeyo, con tus velas.

Ya te haremos frente en el mar. En tierra sabes

cuánto te superamos en número.

POMPEYO Cierto es que en tierra nos superan ustedes

a mí y a los de la casa de mi padre;

pero puesto que el cuclillo no hace su propio nido,

quédate en ella hasta que puedas.

LÉPIDO Sírvete decirnos

(pues esto no viene a cuento) qué te parecen

las ofertas que te hemos hecho.

CÉSAR Ese es el punto.

ANTONIO Y no te hagas del rogar, sino sopesa

lo que te convenga.

CÉSAR Y lo que se siga

para poder lograr mejor fortuna.

POMPEYO Me han ofrecido Sicilia y Cerdeña

y debo limpiar el mar de piratas;

y enviar luego medidas de trigo a Roma.

Convenido esto, despedirnos

sin mellar las espadas ni abollar los escudos.

CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO Esa es nuestra oferta.

POMPEYO Sepan entonces

que vine aquí dispuesto a aceptar esa oferta,

pero Marco Antonio me impacientó.

Aunque pierda la alabanza de ello al referirlo,

debes saber que cuando César y tu hermano

contendían, tu madre vino a Sicilia

y halló cordial bienvenida.

ANTONIO Lo supe, Pompeyo,

y estoy bien preparado para darte

las liberales gracias que te debo.

POMPEYO Dame la mano. Nunca pensé encontrarte aquí.

ANTONIO Los lechos en Oriente son suaves,

pero te agradezco que me reclames aquí

más pronto de lo que yo pensaba,

porque gano con ello.

CÉSAR Has cambiado desde que te vi la última vez.

POMPEYO No sé qué cuentas arroje a mi cara

la áspera Fortuna,

pero a mi pecho no vendrá jamás

a hacer mi corazón vasallo suyo.

LÉPIDO ¡Bien hallado aquí!

POMPEYO Tal espero, Lépido.

Así que estamos de acuerdo.

Pido que nuestro convenio se escriba

y se selle entre nosotros.

CÉSAR Es lo primero que hay que hacer.

POMPEYO Antes de partir nos festejaremos mutuamente,

y echemos suertes a ver quién comienza.

ANTONIO Seré yo, Pompeyo.

POMPEYO No, Antonio, acepta la suerte.

Pero primero o último,

tu excelente cocina egipcia sacará el premio.

He sabido que engordó Julio César

de tanto festín allá.

ANTONIO Has sabido demasiado.

POMPEYO Mis intenciones son buenas.

ANTONIO Y buenas sean tus palabras.

POMPEYO Pues eso es lo que he oído.

Y también supe que Apolodoro llevó…

ENOBARBO ¡Basta ya de eso! La llevó.

POMPEYO ¿A quién, me haces favor?

ENOBARBO A cierta reina en un colchón a César.

POMPEYO Ah, ya te reconozco. ¿Cómo te va, soldado?

ENOBARBO Bien, y me irá mejor porque veo

que hay cuatro fiestas delante.

POMPEYO Déjame estrechar tu mano.

Se dan las manos .

No te he olvidado jamás.

Te he visto combatir y te he envidiado.

ENOBARBO Señor, yo nunca quise mucho a usted,

pero lo he alabado cuando bien merecía

diez veces más elogios de los que le prodigaba.

POMPEYO Sé franco a tu placer. No te sienta mal.

Los invito a todos a bordo de mi galera.

¿Quieren pasar, señores?

CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO Muéstranos el camino.

POMPEYO Vengan.

Salen todos excepto ENOBARBO *y* MENAS.

MENAS (*Aparte* .) Tu padre, Pompeyo, no habría hecho jamás ese

tratado. (*A* ENOBARBO.) Usted y yo nos hemos conocido, señor.

ENOBARBO Creo que en el mar.

MENAS Así es, señor.

ENOBARBO Usted la ha hecho bien por mar.

MENAS Y usted por tierra.

ENOBARBO Alabaré a cualquiera que me alabe, aunque no se puede negar lo que he hecho por tierra.

MENAS Ni lo que yo he hecho por mar.

ENOBARBO Sí, hay algo que puede usted negar por su propia seguridad: ha sido un gran ladrón de mar.

MENAS Y usted de tierra.

ENOBARBO En eso niego mis servicios terrestres.[24] ¡Pero dame la mano, Menas! Si nuestros ojos tuvieran autoridad, podrían captar besándose a dos ladrones.

MENAS Las caras de todos son honradas, sean lo que fueren sus manos.

ENOBARBO Pero nunca hay una mujer hermosa que tenga cara honrada.

MENAS No es calumnia. Roban los corazones.

ENOBARBO Vinimos aquí a combatir con ustedes.

MENAS Por mi parte, lamento que esto se haya convertido en bebida. Pompeyo hoy despide riendo su fortuna.

ENOBARBO Si es así, de seguro no la recuperará llorando.

MENAS Lo ha dicho usted, señor. No esperábamos ver aquí a Marco Antonio. Dígame, ¿se ha casado con Cleopatra?

ENOBARBO La hermana de César se llama Octavia.

MENAS Cierto, señor. Era la esposa de Cayo Marcelo.

ENOBARBO Pero ahora es la esposa de Marco Antonio.

MENAS ¿Qué dice, señor?

ENOBARBO La verdad.

MENAS Entonces están César y él unidos para siempre.

ENOBARBO Si me viera yo forzado a predecir lo que resulte de esta unión, no predeciría tal cosa.

MENAS Creo que la conveniencia de este propósito influyó más en el matrimonio que el amor de las partes.

ENOBARBO Eso creo yo también. Pero verá usted cómo el lazo que parece atar su amistad será el que la estrangule. Octavia es piadosa, fría y de trato apacible.

MENAS ¿Quién no querría tener una esposa así?

ENOBARBO El que no es así, como es el caso de Marco Antonio. Volverá a su platillo egipcio. Entonces los suspiros de Octavia atizarán el fuego en César, y, como dije antes, lo que hace la fuerza de su unión, vendrá a ser la primera causa de su desacuerdo. Antonio satisfará su apetito donde él está. Solo se casó por conveniencia.

MENAS Bien puede ser. Venga usted conmigo. Tengo un brindis que ofrecerle.

ENOBARBO Lo aceptaré. Hemos entrenado nuestros gaznates en Egipto.

MENAS Venga, vamos.

ESCENA VII

A bordo de la galera de Pompeyo cerca de Misena. Música.

Entran dos o tres SIRVIENTES *con un postre y vino* .

SIRVIENTE PRIMERO Van a venir aquí, hombre. Las plantas de algunos están ya muy desarraigadas; el menor viento del mundo las tumbará.

SIRVIENTE SEGUNDO Lépido está muy colorado.

SIRVIENTE PRIMERO Lo han hecho beber las sobras.

SIRVIENTE SEGUNDO Cuantas veces se pican en su amor propio, les grita, «¡Basta!», los reconcilia con sus exhortaciones y se reconcilia él con la bebida.

SIRVIENTE PRIMERO Pero levanta mayor guerra entre él y su prudencia.

SIRVIENTE SEGUNDO Vaya, a eso se reduce tener un nombre entre la gente notable. Preferiría yo tener una caña que me sirviera de algo que una lanza que no pudiera levantar.

SIRVIENTE PRIMERO Ser llamado a una alta esfera y no verse mover en ella es como tener agujeros donde deberían estar los ojos, lo cual es un desastre para los cachetes.

Toque de trompetas. Entran CÉSAR*,* ANTONIO*,* POMPEYO*,*

LÉPIDO*,* AGRIPA*,* MECENAS*,* ENOBARBO*,* MENAS *con algunos*

capitanes y un NIÑO *cantor* .

ANTONIO Proceden así, señor: miden el flujo del Nilo

por ciertas escalas en los obeliscos.

Saben según la altura, la profundidad

o la medianía, si seguirán

la sequía o la abundancia.

Entre más alto sube el Nilo, más promete.

Cuando refluye, desperdiga el grano

el sembrador sobre el limo y el fango,

y pronto la cosecha llega.

LÉPIDO ¿Tienen ustedes allá serpientes extrañas?

ANTONIO Sí, Lépido.

LÉPIDO Su serpiente egipcia nace del lodo por la acción del sol, lo mismo que sus cocodrilos.

ANTONIO Efectivamente.

POMPEYO ¡Siéntense y venga vino! ¡A la salud de Lépido!

Se sientan y beben .

LÉPIDO No estoy tan bien como podría, pero nunca me quedaré fuera.

ENOBARBO (*Aparte* .) No hasta que te duermas. Me temo que estarás dentro hasta entonces.

LÉPIDO No, de veras, he oído que las *pirámises* de los Tolomeos son estupendas. Sin contradicción lo he oído decir.

MENAS (*Aparte a* POMPEYO.) Una palabra, Pompeyo.

POMPEYO (*Aparte a* MENAS.) Dímela al oído, ¿de qué se trata?

MENAS (*Susurra a su oído* .) Te ruego, capitán, dejes tu asiento y me oigas decirte una palabra.

POMPEYO (*Aparte a* MENAS.) Espera un poco… ¡Este brindis por Lépido!

LÉPIDO ¿Qué clase de animal es tu cocodrilo?

ANTONIO Tiene la forma de sí mismo, y es tan ancho como su anchura. Es justo tan alto como es y se mueve con sus propios órganos. Vive con lo que lo alimenta y cuando los elementos de que se compone se disuelven, transmigra.

LÉPIDO ¿De qué color es?

ANTONIO También de su propio color.

LÉPIDO Es una serpiente extraña.

ANTONIO Así es y sus lágrimas son húmedas.

CÉSAR ¿Quedará satisfecho con esta descripción?

ANTONIO Sí, con el brindis que Pompeyo le hace; si no, es un verdadero epicuro.

POMPEYO (*Aparte a* MENAS.)

Ve a que te ahorquen. ¿Decirme qué? ¡Basta!

Haz lo que te mando.

¿En dónde está esa copa que he pedido?

MENAS (*Aparte a* POMPEYO.) Si por atención al mérito quieres oírme, levántate de tu asiento.

POMPEYO (*Aparte a* MENAS.) Creo que estás loco. ¿Qué pasa?

Se levanta y da algunos pasos con MENAS.

MENAS Siempre me he quitado el sombrero ante tu suerte.

POMPEYO Me has seguido con mucha fe.

¿Qué más quieres decirme?

Alégrense señores.

ANTONIO Estas arenas movedizas, Lépido,

evítalas, porque te hundes.

MENAS ¿Quieres ser el amo de todo el mundo?

POMPEYO ¿Qué dices?

MENAS ¿Quieres ser el amo de todo el mundo?

Por segunda vez.

POMPEYO ¿Cómo será eso?

MENAS No más piénsalo,

y aunque me juzgues pobre, soy el hombre

que te dará el mundo entero.

POMPEYO ¿Has bebido mucho?

MENAS No, Pompeyo, no he tocado la copa.

Tú eres, si te atreves, el Júpiter terrestre.

Todo lo que el océano encierra

o cubre el cielo, es tuyo, si quieres.

POMPEYO Muéstrame cómo.

MENAS Estos tres copartícipes del mundo,

estos tres socios, están en tu barco.

Déjame cortar el cable, y cuando naveguemos,

córtales el pescuezo y el mundo será tuyo.

POMPEYO Ah, debías haberlo hecho sin hablar de ello.

En mí, es villanía;

en ti, habría sido buen servicio. Debes saber

que no es mi provecho lo que guía mi honor;

sino mi honor el que lo guía a él.

Arrepiéntete de haber dejado a tu lengua

traicionar tu intención.

Si lo hubieses hecho sin yo saberlo,

lo hubiera hallado bien hecho después,

mas debo condenarlo ahora. Desiste y bebe.

Regresa con los otros .

MENAS (*Aparte* .) Por eso

ya nunca seguiré tu menguada suerte.

Quien busca y no acepta lo que una vez le ofrecen,

ya no lo hallará jamás.

POMPEYO ¡A la salud de Lépido!

ANTONIO Llévenlo a tierra. Yo hago el brindis por él; Pompeyo.

ENOBARBO ¡A tu salud, Menas!

MENAS ¡Felicidades, Enobarbo!

POMPEYO Llena hasta que no se vea la copa.

ENOBARBO (*Apunta con el dedo al que carga a* LÉPIDO.)

He ahí un sujeto vigoroso, Menas.

MENAS ¿Por qué?

ENOBARBO ¿No ves, hombre, que lleva a cuestas

la tercera parte del mundo?

MENAS La tercera parte entonces está borracha.

¡Ojalá así estuviese todo

para que caminara sobre ruedas!

ENOBARBO ¡Tú bebe! ¡Aumenta el tambaleo!

MENAS ¡Ven!

POMPEYO Esto no es aún una fiesta en Alejandría.

ANTONIO Va para allá. ¡Choquen las copas, vamos!

¡Salud a César!

CÉSAR Mejor podría abstenerme.

Es tarea monstruosa lavarme el cerebro

y que se me ponga más turbio.

ANTONIO Sé hijo del tiempo.

CÉSAR «Poséelo», más bien

es mi respuesta.

Pero prefiero ayunar de todo cuatro días

que beber tanto en uno.

ENOBARBO Ah, mi bravo emperador,

¿bailamos ahora las bacanales egipcias

y celebramos la bebida?

POMPEYO Hagámoslo, buen soldado.

ANTONIO Vengan, cójanse todos de las manos

hasta que triunfante el vino adormezca

nuestros sentidos

en el suave y delicado Leteo.

ENOBARBO Cójanse todos de las manos.

Atronen los oídos con música ruidosa

mientras que los coloco; luego, que cante el niño,

y cada cual responda el estribillo

tan fuerte que le exploten los costados.

Suena la música.

ENOBARBO *les junta las manos. El* NIÑO *canta* .

NIÑO

¡Ven tú, oh, monarca del vino,

rollizo Baco de ojos guiñadores!

En tus cubas se ahoguen nuestros cuidados

y con tus uvas

nuestros cabellos queden coronados.

TODOS ¡Llena las copas y que gire el mundo!

¡Llena las copas y que gire el mundo!

CÉSAR ¿Qué más quieren? Buenas noches, Pompeyo.

Buenas noches, hermano.

Vayamos a tierra. Esta ligereza hace

que frunzan el ceño nuestros asuntos serios.

Amables señores, salgamos. Ved qué encendidas

están nuestras mejillas. El forzudo Enobarbo

es más débil que el vino, y hasta mi propia lengua

mutila lo que dice.

Esta orgía salvaje nos desfigura a todos.

¿Qué necesidad hay de más palabras?

Buenas noches. Venga tu mano, Antonio.

POMPEYO Voy a probarte en tierra.

ANTONIO Aceptado: dame la mano.

POMPEYO Antonio, te quedaste con la casa de mi padre.

Pero ¿qué importa? Somos amigos. Baja al bote.

ENOBARBO Cuidado con caerse.

Salen todos menos ENOBARBO *y* MENAS.

Yo no iré a tierra, Menas.

MENAS No, a mi camarote. ¡Estos tambores,

estas trompetas, las flautas! ¿Qué pasa?

Dejen que Neptuno oiga el adiós estrepitoso

que damos a estos grandes personajes.

¡Toquen y que los ahorquen! ¡Ya toquen!

Trompetería con tambores .

ENOBARBO ¡Bravo, dice él! ¡Ahí va mi gorro!

MENAS ¡Bravo! ¡Venga, noble capitán!

Salen .

TERCER ACTO

ESCENA I

La llanura de Siria. Entra triunfante VENTIDIO *con* SILIO

y otros romanos, oficiales y soldados; el cadáver de PACORRO *es llevado delante* .

VENTIDIO Ahora, flechera Partía, ya estás castigada

y ahora la Fortuna favorable ha querido

hacerme vengador

de la muerte de Marco Craso.

Lleven delante de nuestro ejército

el cuerpo del hijo del rey. Tu Pacorro,

Orodes, paga por Marco Craso.

SILIO Noble Ventidio,

en tanto que tu espada está aún caliente

con sangre de los partos, persigue a los fugitivos.

Espoléalos a través de Media,

de Mesopotamia y de los refugios donde

huyen los derrotados.

Así tu gran capitán, Antonio,

hará que subas en carros triunfales

y colocará guirnaldas sobre tu cabeza.

VENTIDIO Oh, Silio, Silio, ya he hecho bastante.

Un subordinado, fíjate bien,

puede realizar hazañas

que resulten demasiado grandes.
Porque sábelo, Silio,
es mejor el dejar un hecho a medias
que terminarlo y adquirir por ello
renombre excesivo cuando el jefe a quien servimos
está ausente. César y Antonio ganaron siempre
más por medio de sus lugartenientes
que en persona. Sosio, uno de mi rango en Siria,
lugarteniente suyo,
por rápida acumulación de gloria
perdió el favor que tenía.
Quien hace en la guerra más de lo que puede hacer
su capitán, viene a ser capitán
de su capitán; y la ambición,
esa virtud del soldado, prefiere perder
que ganar lo que pueda opacarla.
Podría yo hacer más para bien de Antonio,
pero lo ofendería, y la ofensa
haría perecer mi hazaña.
SILIO Posees, Ventidio, aquello
sin lo cual un soldado apenas se distingue
de su espada. ¿Le escribirás a Antonio?
VENTIDIO Le haré saber humildemente lo que en su nombre,
esa mágica palabra de la guerra,
hemos realizado.

Cómo con sus banderas y bien pagadas legiones

hemos echado exhausta del campo de batalla

la nunca hasta ahora vencida caballería

de Partía.

SILIO ¿En dónde está él ahora?

VENTIDIO Se propone ir a Atenas,

donde, con la prisa que nos permita

la impedimenta que arrastramos,

nos presentaremos ante él.

¡Adelante! ¡Desfilen!

Sale .

ESCENA II

Roma. Antecámara en el palacio de César. Entra AGRIPA

por una puerta y ENOBARBO *por la otra* .

AGRIPA Qué, ¿ya se separaron los hermanos?

ENOBARBO Despacharon a Pompeyo. Ya se fue.

Los otros tres están sellando el tratado.

Octavia llora por irse de Roma;

César está triste y Lépido

desde la fiesta de Pompeyo,

como dice Menas, sufre de anemia mujeril.

AGRIPA ¡Ese noble Lépido!

ENOBARBO Sí, muy fino.

¡Oh, cómo ama a César!

AGRIPA ¡No, pero cuán tiernamente adora a Marco Antonio!

ENOBARBO ¿César? ¡Pues es el Júpiter humano!

AGRIPA Y ¿qué es Antonio? ¡El dios de Júpiter!

ENOBARBO ¿Habla usted de César? ¡Oh, es incomparable!

AGRIPA ¡Oh, Antonio! ¡Oh, Fénix de Arabia!

ENOBARBO Si quiere alabar a César, no más diga César.

AGRIPA En verdad les rindió excelentes alabanzas.

ENOBARBO Pero prefiere a César. Con todo, quiere a Antonio.

¡Uy! ¡Los corazones, las lenguas, las figuras,

los escribas, los bardos, los poetas no pueden

pensar, expresar, figurar, escribir, cantar, medir

su amor por Antonio! Pero en cuanto a César,

arrodíllate, arrodíllate y sorpréndete.

AGRIPA Quiere a los dos.

ENOBARBO Son su excremento y él su escarabajo.

Trompeta dentro .

Nos llaman a montar a caballo.

Adiós, noble Agripa.

AGRIPA Buena suerte, noble soldado. Adiós.

Entran CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO *y* OCTAVIA.

ANTONIO No más.

CÉSAR Me separas aquí de una gran parte de mí mismo.

Trátame bien en ella.

Hermana, prueba que eres una esposa

como mis pensamientos te imaginan,

y por quien pueda yo poner la mano en la lumbre.

Noble Antonio,

no dejes que este modelo de virtud

que se coloca entre nosotros

como cemento de nuestro afecto

para mantenerlo en pie,

se convierta en ariete

para destruir su fortaleza.

Porque mejor fuera habernos querido

sin esta intermediaria

si no es justamente apreciada por ambas partes.

ANTONIO No me ofendas con esa desconfianza.

CÉSAR He dicho.

ANTONIO No encontrarás, aunque seas curioso,

el menor motivo para lo que pareces temer.

Protéjante los dioses

y hagan que los corazones romanos

sirvan tus designios. Nos despedimos.

CÉSAR Adiós, queridísima hermana; que te vaya bien.

Que los elementos te sean propicios

y llenen tu ánimo de alegría. Que te vaya bien.

OCTAVIA ¡Mi noble hermano!

Llora .

ANTONIO Abril está en sus ojos;

es la primavera del amor

y estos los aguaceros que lo traen.

Muéstrate alegre.

OCTAVIA Vela por la casa de mi esposo y…

CÉSAR ¿Qué, Octavia?

OCTAVIA Te lo diré al oído.

Se aparta a cuchichear con CÉSAR.

ANTONIO Su lengua no obedece al corazón,

ni puede el corazón dirigir la lengua…

tal como el plumón del cisne que flota

sobre la marea alta

y a ningún lado se inclina.

ENOBARBO (*Aparte a* AGRIPA.) ¿Va a llorar César?

AGRIPA (*Aparte a* ENOBARBO.) Tiene una nube en el rostro.

ENOBARBO (*Aparte a* AGRIPA.) Estaría mal si fuera caballo;

con mayor razón siendo hombre.

AGRIPA (*Aparte a* ENOBARBO.) Pero Enobarbo,

cuando Antonio halló muerto a Julio César,

gimió casi hasta rugir; y lloró cuando en Filipos

encontró muerto a Bruto.

ENOBARBO (*Aparte a* AGRIPA.) Es cierto que aquel año tenía catarro.

Se lamentaba sobre lo que de buena gana

había destruido, créalo,

hasta que yo también lloré.

CÉSAR No, dulce Octavia,

siempre tendrás noticias mías.

El tiempo no borrará tu recuerdo

de mi pensamiento.

ANTONIO Vamos, ya vamos.

Mira, te abrazo

Lo abraza .

y ahora te suelto

y te encomiendo a los dioses.

CÉSAR ¡Adiós, sean felices!

LÉPIDO ¡Que todas las estrellas iluminen

su venturoso viaje!

CÉSAR Adiós, adiós.

Besa a OCTAVIA.

ANTONIO Adiós.

Trompetería. Salen .

ESCENA III

Alejandría. Una sala del palacio. Entran CLEOPATRA*,*

CHARMIAN*,* IRAS *y* ALEXAS.

CLEOPATRA ¿Dónde está el tipo ese?

ALEXAS Temeroso de venir.

CLEOPATRA Anda, anda.

Entra el MENSAJERO *como antes* .

Ven para acá.

ALEXAS Señora,

Herodes de Judea

no osa mirar a su majestad

sino cuando está de buen humor.

CLEOPATRA ¡Tendré yo la cabeza de ese Herodes!

¿Pero cómo, cuando Antonio está ausente,

si él es el que hubiera podido dar la orden

de traérmela? Acércate.

MENSAJERO ¡Graciosa majestad!

CLEOPATRA ¿Viste tú

a Octavia?

MENSAJERO Sí, temida reina.

CLEOPATRA ¿Dónde?

MENSAJERO Señora mía, en Roma.

La contemplé de frente cuando era conducida

entre su hermano y Marco Antonio.

CLEOPATRA ¿Es tan alta como yo?

MENSAJERO No, señora.

CLEOPATRA ¿La oíste hablar? ¿Tiene voz aguda o grave?

MENSAJERO Señora, la oí hablar. Tiene voz grave.

CLEOPATRA Tanto mejor. No la querrá mucho tiempo.

CHARMIAN ¿Quererla? ¡Oh, Isis! Es imposible.

CLEOPATRA Así lo creo, Charmian. Enana y de voz gruesa.

¿Qué majestad hay en su paso? Recuerda,

si miraste alguna vez la majestad.

MENSAJERO Se arrastra.

Se mueva o se quede quieta es la misma.

Muestra un cuerpo más que una vida,

una estatura más que una persona que respira.

CLEOPATRA ¿Es cierto eso?

MENSAJERO O no tengo don de observación.

CHARMIAN Tres en Egipto no pueden rendir

tan buen informe.

CLEOPATRA Es muy inteligente,

me doy cuenta. No hay nada en ella aún.

Tiene buen juicio el chico.

CHARMIAN Excelente.

CLEOPATRA Adivina su edad, te ruego.

MENSAJERO Señora,

era viuda.

CLEOPATRA ¿Viuda? Oye esto Charmian.

MENSAJERO Creo que tiene treinta.

CLEOPATRA ¿Y conservas su rostro en la memoria?

¿Es largo o redondo?

MENSAJERO Redondo hasta la imperfección.

CLEOPATRA La mayor parte también son tontas, si así son.

Su pelo, ¿de qué color?

MENSAJERO Castaño, señora,

y su frente tan estrecha como hecha a propósito.

CLEOPATRA Aquí hay oro para ti.

No debes tomar a mal mi rudeza anterior.

Te emplearé de nuevo. Ya veo que eres

muy apropiado para este asunto.

Ve a prepararte. Ya nuestras cartas están listas.

Sale el MENSAJERO.

CHARMIAN Es un hombre excelente.

CLEOPATRA Así es en verdad.

Me arrepiento de haberlo maltratado.

Veo que según él esta criatura

no es gran cosa.

CHARMIAN Para nada, señora.

CLEOPATRA Ha visto majestad el hombre y debe saber.

CHARMIAN ¿Que ha visto majestad?

¡Si no que nos defienda Isis,

tras de servir a usted por tanto tiempo!

CLEOPATRA Tengo otra cosa aún que preguntarle,

mi buena Charmian; pero poco importa;

tú me lo traerás adonde escribo.

Todo puede salir bien todavía.

CHARMIAN Se lo garantizo, señora.

Salen .

ESCENA IV

Atenas. Sala en casa de Antonio.

Entran ANTONIO *y* OCTAVIA.

ANTONIO No, no, Octavia; no es tan solo eso.

Eso sería excusable;

eso y mil ofensas más de parecida importancia.

Pero ha emprendido nuevas guerras contra Pompeyo,

ha hecho su testamento y lo ha leído en público,

se ha expresado de mí con poco aprecio,

y cuando no podía dispensarse

de hacer mi elogio, lo ha hecho en términos fríos

y sin fuerza, sin hacerme justicia.

No lo hizo cuando pudo haberlo hecho,

o lo hizo de dientes para fuera.

OCTAVIA ¡Oh, mi buen señor,

no creas todo, o si debes creerlo,

no le des importancia.

Nunca hubo mujer más infeliz

si esta división ocurre,

que en medio de ambas partes se encontrara

rogando por las dos.

Los buenos dioses se burlarán de mí enseguida

cuando ruegue, «¡Bendigan a mi esposo y señor!»

«¡Triunfe mi esposo, triunfe mi hermano!»

una plegaria destruye a la otra;

para nada existe término

medio entre tales extremos.

ANTONIO Buena Octavia,

deja que se incline lo mejor de tu afecto

al que mejor se empeñe en preservarlo.

Si pierdo mi honor, me pierdo a mí mismo.

Más valiera no ser tuyo que pertenecerte

así tan sin corona. Pero ya que lo has pedido,

tú misma vas a estar entre nosotros.

Entretanto, señora,

haré preparativos de una guerra

que eclipsará a tu hermano. Apresúrate,

para que veas cumplidos tus deseos.

OCTAVIA Gracias, señor. ¡Que el poderoso Júpiter

me haga a mí, tan débil, sí, tan débil,

su reconciliadora! Las guerras entre ustedes

serían como si se hendiera el mundo

y los muertos soldaran la hendidura.

ANTONIO Cuando descubras quién empezó esto

vuelve hacia ese lado tu disgusto,

pues no pueden ser tan parecidas nuestras faltas

que pueda moverse tu afecto al parejo de ellas.

Prepara tu partida;

escoge quien te acompañe y no repares

en gasto alguno en lo que te plazca.

Salen .

ESCENA V

Alejandría. Aposento en casa de Antonio .

Entran, encontrándose, ENOBARBO *y* EROS.

ENOBARBO ¿Qué hay, amigo Eros?

EROS Han llegado extrañas nuevas.

ENOBARBO ¿De qué, hombre?

EROS César y Lépido le han hecho la guerra a Pompeyo.

ENOBARBO Eso ya es viejo. ¿Qué resultó?

EROS Tras emplear a Lépido en las guerras contra Pompeyo, César le ha negado su título de colega; no le permitió participar en la gloria de la acción. No parando en ello, lo acusa de cartas que anteriormente le había escrito a Pompeyo, y bajo esta acusación, lo hace detener. Así es que el pobre triunviro está preso hasta que la muerte lo libere.

ENOBARBO Entonces, mundo, tienes dos mandíbulas no más,

y arroja entre ellas toda la comida que tengas.

La una hará pedazos a la otra.

¿Dónde está Antonio?

EROS Se pasea así en el jardín

pateando la avalancha que se le viene encima;

y grita, «¡Estúpido Lépido!» y amenaza

la garganta de aquel oficial suyo

que asesinó a Pompeyo.

ENOBARBO Nuestra flota está lista.

EROS Para Italia y contra César. Algo más, Domicio:

mi señor desea verte enseguida.

Mis nuevas podrían haber esperado.

ENOBARBO No será nada, pero sea. Llévame

con Antonio.

EROS Sí, vamos.

Salen .

ESCENA VI

Roma. Aposento en casa de César .

Entran AGRIPA, MECENAS *y* CÉSAR.

CÉSAR Despreciando a Roma, ha hecho todo eso y más

en Alejandría. Fue así la cosa:
en la plaza del mercado, subidos
en una tribuna plateada,
Cleopatra y él en sillas de oro
fueron públicamente entronizados.
Al pie estaban sentados Cesarión,
a quien llaman hijo de mi padre,
y toda la bastarda descendencia
que la lujuria desde entonces
entre ellos ha engendrado.
Le dio a ella la posesión de Egipto
y la hizo, de la Baja Siria, Lidia y Chipre,
reina absoluta.
MECENAS ¿Eso a la vista del público?
CÉSAR En la gran plaza donde se ejercitan.
A sus hijos ahí los proclamó
reyes de reyes. La Gran Media, Partía y Armenia
se las dio a Alejandro; le asignó a Ptolomeo
Siria, Cilicia y Fenicia. Ella,
con los vestidos de la diosa Isis,
apareció ese día,
y antes así ya había dado audiencia
según dicen.
MECENAS Que se entere Roma de todo esto.
AGRIPA La cual, asqueada ya de su insolencia,

retirará de él su buena voluntad.

CÉSAR El pueblo lo sabe y ha recibido

sus acusaciones.

AGRIPA ¿A quién acusa?

CÉSAR A César. Se queja de que habiendo despojado

de Sicilia a Sexto Pompeyo, no le hayamos dado

su parte de la isla. Luego dice

que me prestó algunas embarcaciones

que no fueron devueltas. Por último se enoja

de que Lépido fuera desposeído

del triunvirato, y siendo así, de que detengamos

todos sus ingresos.

AGRIPA Señor, eso merece

una respuesta.

CÉSAR Ya está redactada

y partió el mensajero.

Le he dicho que Lépido se había vuelto

demasiado cruel, que abusaba

de su alta dignidad y merecía este cambio.

De lo que yo he conquistado le doy una parte,

pero luego en Armenia

y en otras de sus conquistas exijo lo mismo.

MECENAS Nunca cederá en eso.

CÉSAR Ni debo yo ceder tampoco en esto.

Entra OCTAVIA *con su séquito* .

OCTAVIA ¡Salve, César, señor mío! ¡Salve, querido César!

CÉSAR ¡Quién dijera que habría de llamarte repudiada!

OCTAVIA No me has llamado así ni hay motivo.

CÉSAR ¿Por qué vienes así furtivamente?

No llegas como la hermana de César.

La esposa de Antonio debe tener un ejército

por ujier, y los relinchos de los caballos

para anunciarla mucho antes de que aparezca.

Los árboles del camino deberían estar llenos

de curiosos, impacientes por lo que aún no ven.

No, el polvo levantado por las tropas

debía haber ascendido

hasta la bóveda celeste. Pero llegas

a Roma como muchacha del mercado,

y has evitado la demostración de nuestro afecto,

que al no manifestarse,

corre el peligro de enfriarse.

Debíamos haber ido a tu encuentro

por mar y tierra, y en cada etapa

darte un recibimiento cada vez mejor.

OCTAVIA Buen señor, a venir así no fui forzada,

sino que lo hice por mi propia voluntad.

Mi señor, Marco Antonio,

sabiendo que te preparabas para la guerra,

informó de ello a mi apesadumbrado oído,

por lo que imploré su venia para regresar.

CÉSAR Lo cual enseguida te concedió,

ya que eres tú un estorbo entre él y su lujuria.

OCTAVIA No digas eso.

CÉSAR Tengo puestos los ojos en él

y sus asuntos me llegan con el viento.

¿Dónde está ahora?

OCTAVIA En Atenas.

CÉSAR No,

mi ultrajadísima hermana. Cleopatra

le ha hecho señas para que se reúna con ella.

Le ha entregado su imperio a una ramera

y están ahora poniendo en pie de guerra

a los reyes de la tierra.

Han coaligado a Boco, rey de Libia,

a Arquelao de Capadocia,

a Filadelfo, rey de Paflagonia,

al rey de Tracia, Adalas,

al rey Mauco de Arabia,

al rey del Ponto, a Herodes de Judea,

a Mitrídates, rey de Comagena,

a Polemón y a Amintas,

reyes de Media y Licaonia,

y a una mucho más larga lista de cetros.

OCTAVIA ¡Ay de mí, desgraciada,

que tengo el corazón partido entre dos amigos
que mutuamente se hacen daño!
CÉSAR Eres muy bienvenida.
Tus cartas evitaron un rompimiento
hasta que me di cuenta
de cómo te agraviaban,
y del peligro que corríamos por negligencia.
No dejes que te agobien las circunstancias
que pesan ahora sobre tu dicha,
sino deja que las cosas predeterminadas
por el destino sigan sin lamentación
su curso. ¡Bienvenida a Roma!
Nadie me es tan querida como tú.
Has sido ofendida más allá de todo límite
y para hacerte justicia los supremos dioses
hacen de nosotros sus ministros.
Está a gusto, y sé siempre bienvenida.
AGRIPA ¡Bienvenida señora!
MECENAS ¡Bienvenida, querida señora!
En Roma cada corazón la ama
y la compadece. Solo el adúltero Antonio,
sin medirse en sus abominaciones,
la despide, y entrega
su potente mandato a una prostituta
que hace gala de él en contra nuestra.

OCTAVIA ¿Es posible?

CÉSAR Y muy cierto.

Bienvenida hermana. No pierdas la paciencia,

¡mi hermana querida!

Salen .

ESCENA VII

El campamento de Antonio cerca de Accio, en la costa noroeste de Grecia. Entran CLEOPATRA *y* ENOBARBO.

CLEOPATRA Te lo haré saber, no lo dudes.

ENOBARBO ¿Pero por qué, por qué, por qué?

CLEOPATRA Te has pronunciado

contra mi presencia en esta guerra

y dicho que no es conveniente.

ENOBARBO ¿Lo es acaso?

CLEOPATRA ¿No está declarada contra nosotros?

¿Por qué no habremos de estar ahí en persona?

ENOBARBO Bueno, podría yo replicar

que si nos sirviéramos a la vez

de caballos y de yeguas,

el caballo no serviría de nada.

Las yeguas llevarían un soldado

y su caballo.

CLEOPATRA ¿Qué es lo que dices?

ENOBARBO Que la presencia de usted va a turbar a Antonio,

a distraer su corazón, su cerebro y su tiempo

de los cuales no puede prescindir.

Se le acusa ya de ligereza

y se dice en Roma que Fotino,

un eunuco y las doncellas de usted

dirigen esta guerra.

CLEOPATRA ¡Húndase Roma

y púdranse las lenguas que hablan contra nosotros!

Es mucho el gasto que hacemos en la guerra,

y como jefe de mi reino

debo mostrarme aquí como si fuera hombre.

No digas nada en contra:

no me quedaré atrás.

Entran ANTONIO *y* CANIDIO.

ENOBARBO No, ya terminé.

Aquí viene el emperador.

ANTONIO ¿No es raro, Canidio,

que desde Trento y Brindisi

haya podido tan rápido cortar

el mar Jónico y apoderarse de Torina?

¿Ya lo sabes, querida?

CLEOPATRA No hay quien admire tanto la celeridad

como los negligentes.

ANTONIO Muy buena reprensión.

Honraría a los hombres más valientes

oírse así vituperar por su indolencia.

Canidio, combatiremos por mar.

CLEOPATRA Por mar… ¿Qué otra cosa?

CANIDIO ¿Por qué va a hacer eso mi señor?

ANTONIO Porque nos desafía a ello.

ENOBARBO Igual lo ha desafiado mi señor

a singular combate.

CANIDIO Sí, y a librar esa batalla en Farsalia,

donde César combatió a Pompeyo,

pero él se sacude estas ofertas

que no le traen ventaja,

y lo mismo debiera hacer usted.

ENOBARBO Sus barcos no están bien equipados,

sus marinos son arrieros, segadores,

gente reclutada por la fuerza.

En la armada de César

están aquellos que lucharon con Pompeyo.

Sus barcos son ligeros; los de usted, pesados.

Ninguna desgracia va a ocurrirle por negarse

a combatir por mar

estando listo para hacerlo en tierra.

ANTONIO En el mar, en el mar.

ENOBARBO Dignísimo señor, desperdicia usted así

la absoluta superioridad que posee en tierra;

divide su ejército que consiste ante todo

de infantes experimentados en la guerra;

hace a un lado sus afamados conocimientos;

abandona el camino que ofrece garantías

y se entrega al azar y a la casualidad

en vez de la certeza.

ANTONIO Combatiré por mar.

CLEOPATRA Tengo sesenta veleros. César no me aventaja.

ANTONIO Quemaremos el sobrante de la flota

y con el resto, bien equipados,

desde las alturas de Accio

batiremos a César

cuando se acerque. Pero si fallamos,

podemos luego hacerlo en tierra.

Entra un MENSAJERO.

¿Tu asunto?

MENSAJERO Es cierta la noticia; lo han avistado.

César ha tomado a Tonina.

ANTONIO ¿Puede estar él ahí en persona? Es imposible.

Es extraño que sus fuerzas sí estén. Canidio,

mandarás en tierra nuestras diecinueve legiones

y nuestros doce mil jinetes. Nos embarcaremos.

¡Vamos, mi Tetis!

Entra un SOLDADO.

¿Qué hay, noble soldado?

SOLDADO Oh, Alteza, no combata usted por mar;

no se fíe de esas tablas podridas.

¿Duda usted de esta espada y de mis heridas?

Deje que se mojen los egipcios y fenicios.

Nosotros solemos vencer parados en tierra

y luchando pie con pie.

ANTONIO Bueno, bueno, ya vete.

Salen ANTONIO, CLEOPATRA

y ENOBARBO.

SOLDADO Por Hércules, creo tener la razón.

CANIDIO Sí, soldado. Pero sus acciones

ya no dependen de ella.

De modo que nuestro jefe se deja llevar

y somos soldados de las mujeres.

SOLDADO Usted manda en tierra las legiones

y toda la caballería, ¿no?

CANIDIO Marco Octavio, Marco Justeio,

Publícola y Celio están en el mar,

pero nosotros nos quedamos todos en tierra.

La rapidez de César supera toda imaginación.

SOLDADO Mientras estaba aún en Roma,

hizo salir sus tropas por destacamentos

de modo de confundir a los espías.

CANIDIO ¿Sabe usted quién es su lugarteniente?

SOLDADO Dicen que un tal Tauro.

CANIDIO Lo conozco muy bien.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO El emperador llama a Canidio.

CANIDIO Gestando nuevas está la hora presente

y cada instante pare alguna.

Salen .

ESCENA VIII

Una llanura cerca de Accio .

Entran CÉSAR*,* TAURO*, oficiales y otros* .

CÉSAR ¡Tauro!

TAURO ¿Sí, señor?

CÉSAR No ataques por tierra; mantente intacto;

no presentes batalla

hasta que hayamos terminado por mar.

No excedas las instrucciones de este pergamino.

Nuestra suerte depende de este trance.

ESCENA IX

Otra parte de la llanura. Entran ANTONIO *y* ENOBARBO.

ANTONIO Coloquemos nuestros escuadrones

en aquel lado de la colina,

mirando los batallones de César,

desde donde podremos distinguir

el número de sus barcos

y obrar en consecuencia.

Salen .

ESCENA X

Otra parte de la llanura. Entran CANIDIO *con su ejército de tierra atravesando un lado del escenario, y* TAURO*, el lugarteniente de César, por el otro lado.*

Cuando se retiran se oye el estrépito de una batalla naval.

Rebato. Entra ENOBARBO.

ENOBARBO ¡Perdido, perdido, todo está perdido!

¡No puedo seguir viendo!

La Antoniada, barco almirante egipcio

con todas sus sesenta naves,

huyen y dan vuelta al timón.

Me estallan los ojos de mirarlo.

Entra ESCARO.

ESCARO ¡Dioses y diosas!

¡Todo el sínodo completo de ellos!

ENOBARBO ¿De qué te agitas?

ESCARO Por simple estupidez hemos perdido

la mayor parte del mundo.

Hemos dado el beso de despedida

a reinos y provincias.

ENOBARBO ¿Qué tal se ve la batalla?

ESCARO De nuestra parte

como signos de peste declarada

donde la muerte es cierta.

Esa impúdica jaca de Egipto

a quien la lepra alcance,

en medio de la pelea,

cuando la ventaja aparecía

como un par de gemelos, pareja de ambos lados,

o más bien era mayor la nuestra…

de pronto, cual si le picara un tábano,

como vaca en junio, iza las velas y huye.

ENOBARBO La he visto.

De verlo mis ojos se enfermaron

y no pude aguantar mirarlo más.

ESCARO Al darse la vuelta,

la noble ruina de su magia, Antonio,

cierra su ala marina, y como pato alocado,

huye tras ella.

Nunca vi acción tan vergonzosa.

La experiencia, la virilidad, el honor, nunca antes

así se traicionaron.

Entra CANIDIO.

CANIDIO Nuestra fortuna en el mar ha perdido el aliento

y se hunde lamentablemente.

Si hubiese sido nuestro general

el que solía, todo habría salido bien.

¡Nos ha dado ejemplo de que huyamos

huyendo cobardemente él mismo!

ENOBARBO ¿Conque esas tenemos?

Entonces de veras buenas noches.

Han huido hacia el Peloponeso.

Es fácil llegar ahí y esperar lo que suceda.

CANIDIO Le entregaré a César mis legiones

y mi caballería. Ya seis reyes

me enseñan el modo de rendirme.

Yo seguiré aún la suerte maltrecha de Antonio

aunque la razón me diga que me es contrario el viento.

Salen por una puerta CANIDIO *y por la otra* ESCARO *y* ENOBARBO.

ESCENA XI

Tenaro, al sur del Peloponeso .

Entra ANTONIO *con algunos sirvientes* .

ANTONIO ¡Escuchen! La tierra me prohíbe

que siga hollándola. Le da vergüenza sostenerme.

Estoy tan retrasado en el mundo,

que he perdido el camino para siempre.

Tengo un barco cargado de oro. Tómenlo

y repártanlo entre ustedes.

Huyan luego y hagan las paces con César.

TODOS ¿Huir? Nosotros no.

ANTONIO Yo mismo he huido y he enseñado a los cobardes

a correr y mostrar las espaldas.

Váyanse, amigos. Yo mismo he resuelto

hacer algo para lo que no los necesito.

Váyanse. Mi tesoro está en la bahía.

Tómenlo. Oh, he hecho lo que ahora

me avergüenzo de mirar.

Hasta mis cabellos se amotinan

pues los blancos reprochan a los negros

su precipitación, y estos a aquellos

su temor y enamoramiento.

Váyanse, compañeros.

Tendrán cartas mías para algunos amigos

que les abrirán paso. Por favor no estén tristes

ni respondan que eso les repugna.

Adopten el consejo que les dicta

mi desesperación. Abandonen

al que a sí mismo se abandona.

Vamos a la playa de inmediato.

Quiero darles posesión del barco del tesoro.

Déjenme, les ruego, un poco… por favor ahora.

Hagan lo que les digo.

Ya no tengo poder para dar órdenes;

por lo tanto, les ruego. Ya los veré más tarde.

Salen los sirvientes. ANTONIO *se sienta.*

Entra CLEOPATRA *conducida por* IRAS *y* CHARMIAN. EROS *la sigue* .

EROS Vamos, buena señora. Confórtelo.

IRAS Hágalo, querida reina.

CHARMIAN Hágalo. ¿Qué otra cosa puede hacer?

CLEOPATRA Déjenme sentarme. ¡Oh, Juno!

ANTONIO ¡No, no, no, no, no!

EROS ¿Ve usted quién está aquí, señor?

ANTONIO ¡Oh, vergüenza, vergüenza!

CHARMIAN ¡Señora!

IRAS ¡Señora, oh majestad!

EROS ¡Señor, señor!

ANTONIO Sí, señor, sí. Él en Filipos

manejó su espada como bailarín,

mientras yo hería

al flaco y arrugado Casio, y fui yo

quien dio muerte al loco de Bruto.

Él solo servía de lugarteniente mío

y no tenía experiencia

en las bravas maniobras de la guerra.

Con todo ahora… Mas no importa.

CLEOPATRA Ah, ayúdenme.

EROS ¡La reina, mi señor! ¡La reina!

IRAS Acérquesele señora; háblele.

La vergüenza le impide ser quien es.

CLEOPATRA Bien, entonces sosténganme. ¡Oh!

EROS Noble señor, levántese. La reina avanza.

Su cabeza declina y la muerte

se apoderará de ella a menos

que su ayuda la rescate.

ANTONIO He manchado mi reputación.

Una huida por demás innoble.

EROS ¡Señor, la reina!

ANTONIO ¿Adónde me has llevado, Egipto? Mira
cómo oculto mi vergüenza de tus ojos
viendo lo que he dejado atrás
destruido por el deshonor.
CLEOPATRA ¡Oh, mi señor, mi señor;
perdona mis asustadizas velas!
No creí que me fueras a seguir.
ANTONIO Egipto, tú bien sabías que las fibras
de mi corazón estaban atadas a tu gobernalle
y que me arrastrarías tras de ti.
Conocías tu completo imperio
sobre mi espíritu y que una señal tuya
podría apartarme del mandato de los dioses.
CLEOPATRA ¡Oh, perdón, perdón!
ANTONIO Ahora debo
hacerle a ese muchacho
humildes proposiciones. Barajar
y revolverme en los subterfugios
de la bajeza, yo que, con la mitad del mundo,
jugaba a mi placer,
haciendo y derribando las fortunas.
Tú sabías hasta qué punto eras
mi conquistadora, y que mi espada,
debilitada por mi afecto,
lo obedecería no importándole el motivo.

CLEOPATRA ¡Perdón, perdón!

ANTONIO No viertas ni una lágrima, te digo.

Sola una de ellas vale

todo lo ganado y lo perdido. Dame un beso.

Con eso me compenso.

Enviamos a nuestro preceptor. ¿Ha regresado?

Oh, querida, me siento pesado como plomo.

¡Algo de vino ahí dentro y nuestras viandas!

Ya sabe la fortuna que más la despreciamos

cuanto peor sus golpes soportamos.

Salen .

ESCENA XII

El campamento de César en las afueras de Alejandría .

Entran CÉSAR, AGRIPA, DOLABELA, TIDIAS *y otros* .

CÉSAR Hagan que se presente

el que viene de parte de Antonio. ¿Lo conocen?

DOLABELA Se trata del maestro de sus hijos,

prueba de que está desplumado, cuando envía acá

una pluma tan pobre de sus alas,

siendo que tenía reyes de sobra

como mensajeros apenas hace unas lunas.

Entra el EMBAJADOR *de Antonio* .

CÉSAR Aproxímate y habla.

EMBAJADOR Humilde como soy, vengo de parte de Antonio.

No hace mucho tiempo

era yo tan insignificante en sus asuntos
cual rocío de la mañana en la hoja de mirto
si se compara con el inmenso mar.
CÉSAR Sea. Expón tu mensaje.
EMBAJADOR Te saluda como amo de su suerte
y pide residir en Egipto,
lo cual, si no le concedes,
rebaja su petición y te suplica
le permitas respirar entre el cielo y la tierra
y vivir cual simple particular en Atenas.
Esto por lo que toca a él. Luego Cleopatra
reconoce tu grandeza, se somete a tu poder
y solicita de ti para sus herederos
la corona de los Tolomeos
sujeta ahora al azar de tu gracia.
CÉSAR En cuanto a Antonio,
no tengo oídos para su demanda.
A la reina no le niego ni audiencia
ni satisfacción, con tal que de Egipto
expulse a su deshonrado amante
o lo prive ahí de la vida. Si esto hace,
no será desoída. Así para ambos.
EMBAJADOR ¡La Fortuna te acompañe!
CÉSAR Ábranle paso entre la tropa.
Sale EUFRONIO.

A TIDIAS.

Es el momento de poner a prueba tu elocuencia.

Apresúrate. Separa a Cleopatra de Antonio.

Promete en nombre nuestro

lo que ella requiere y añade otras ofertas

de tu propia invención.

Las mujeres no son fuertes en su mejor fortuna,

mas la necesidad hará perjura

a la vestal inmaculada.

Pon a prueba tu astucia, Tidias.

Establece la remuneración

por tus trabajos,

que nos respetaremos como ley.

TIDIAS Voy a ello, César.

CÉSAR Observa cómo soporta Antonio su desgracia

y qué conjeturas de su actitud que revele

por sus movimientos lo que piensa hacer.

TIDIAS Así se hará, César.

Salen .

ESCENA XIII

Alejandría, sala del palacio.

Entran CLEOPATRA, ENOBARBO, CHARMIAN *e* IRAS.

CLEOPATRA ¿Qué haremos, Enobarbo?

ENOBARBO Cavilar y morir.

CLEOPATRA ¿Es la culpa nuestra o de Antonio?

ENOBARBO Solo de Antonio que quiso que su deseo

fuera señor de su razón.

¿Qué importa que hubiera usted huido

de ese gran espectáculo bélico

si hasta los bandos contrarios se espantaban

los unos de los otros?

¿Qué necesidad tenía de seguirla?

El prurito de su pasión no debía entonces

haber cercenado su honor militar

en el instante en que la mitad del mundo

disputaba con la otra y él estaba en medio.

Fue una vergüenza no menos que una derrota

correr tras sus banderas fugitivas

y dejar no más mirando a su flota.

CLEOPATRA Silencio, te lo ruego.

Entran ANTONIO *y* EUFRONIO.

ANTONIO ¿Es esa su respuesta?

EUFRONIO Sí, señor.

ANTONIO ¿La reina entonces será complacida

con tal que nos entregue?

EUFRONIO Eso dice.

ANTONIO Deja que ella lo sepa.

Envíale al niño César esta cabeza canosa

y él te colmará hasta el borde

con principados hasta donde lo pidan

tus deseos.

CLEOPATRA ¿Esa cabeza, señor?

ANTONIO ¡Vuelve a verlo! Dile que lleva encima

la rosa de la juventud,

de la que el mundo espera algo muy especial.

Su moneda, sus naves, sus legiones

pueden ser de un cobarde,

porque sus subordinados pueden triunfar

sirviendo a un niño igual que mandados por César.

Lo reto por lo tanto

a hacer a un lado todas sus alegres ventajas

y a venir a medirse conmigo,

así acabado como estoy,

espada contra espada,

nosotros solos. Le escribiré. Sígueme.

Salen ANTONIO *y* EUFRONIO.

ENOBARBO (*Aparte* .) ¡Sí, ya parece que César,

rodeado de un ejército triunfante,

va a poner en riesgo su porvenir

para presentarse como espectáculo

contra un espadachín!

Ya veo que los juicios de los hombres

son solo una parte de sus fortunas

y que las circunstancias exteriores

arrastran tras ellas a la personalidad

para que ambas se deterioren juntas.

¿Cómo puede soñar conociendo la medida

de las cosas, que César,

rebosante de poder, va a responderle a él

desprovisto de fuerza? César, has conquistado

también su buen sentido.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE Un mensajero de parte de César.

CLEOPATRA ¡Cómo! ¿Sin mayor ceremonia?

Vean, mujeres mías;

puede que se tapen la nariz

frente a la rosa deshojada

los que se arrodillaban ante su capullo.

Hazlo pasar.

Sale el SIRVIENTE.

ENOBARBO (*Aparte* .) Mi honradez y yo ya comenzamos a reñir.

La lealtad que se profesa a los locos

convierte nuestra fe en tontería.

Sin embargo, el que sea capaz

de seguir con fidelidad a un amo caído,

conquista al que conquistó a su amo,

y gana renombre en la Historia.

Entra TIDIAS.

CLEOPATRA ¿Cuál es la voluntad de César?

TIDIAS Escúchela en privado.

CLEOPATRA Todos son amigos. Habla con franqueza.

TIDIAS Quizá sean también amigos de Antonio.

ENOBARBO Los necesita tanto como César los tiene,

o no tiene necesidad de nosotros.

Si a César le place, nuestro amo

dará la bienvenida a su amistad.

En cuanto a nosotros ya sabes

que somos de quien él es, y ese es César.

TIDIAS Bueno. Por consiguiente, ilustre reina,

César le ruega que no considere

en qué caso se halla, sino que piense

que él es César.

CLEOPATRA Continúa. ¡Qué regio de su parte!

TIDIAS Él sabe que usted sigue unida a Antonio

no por amor, sino porque le teme.

CLEOPATRA ¡Oh!

TIDIAS Él por tanto deplora

las heridas hechas a su honor

y las ve como ultrajes forzados,

no merecidos.

CLEOPATRA Él es un dios y sabe

lo que es verdaderamente justo.

Mi honor no fue cedido, fue solo conquistado.

ENOBARBO (*Aparte* .)

Para estar seguro de eso, le preguntaré a Antonio.

Señor, señor, ¿estás tan desplomado,

que debemos dejarte que te hundas,

pues hasta la que más quieres te abandona?

Sale .

TIDIAS ¿Debo decirle a César lo que espera de él?

Porque no quiere sino oírla desear

para conceder. A él le agradaría mucho

que hiciera usted un báculo de su fortuna

para apoyarse en él.

Pero lo llenaría de contento

saber por mí que ha dejado a Antonio

y que se pone bajo su protección,

señor como es de todo el mundo.

CLEOPATRA ¿Cómo te llamas?

TIDIAS Mi nombre es Tidias.

CLEOPATRA Oh, bondadoso mensajero, dile al gran César

esto de mi parte:

beso su mano conquistadora.

Dile que me apresuro

a poner mi corona a sus pies

y a arrodillarme ahí, hasta que de su aliento,

que todos obedecen,

escuche la suerte de Egipto.

TIDIAS Es su mejor partido. Cuando se hallan en pugna

la sabiduría y la fortuna,

si la primera se atreve solo a lo que puede,

ningún azar puede quebrantarla.

Permítame depositar en su mano

la expresión de mi respeto.

CLEOPATRA (*Le ofrece la mano* .) A menudo el padre de tu César,

cuando meditaba conquistar reinos,

posó sus labios en ese indigno sitio

e hizo encima llover besos.

Entran ANTONIO *y* ENOBARBO.

ANTONIO ¿Favores? Por Júpiter tonante,

¿quién eres tú, fulano?

TIDIAS Solo uno que cumple

el mandato del hombre más poderoso

y más digno de ser obedecido.

ENOBARBO (*Aparte* .) Vas a ser azotado.

ANTONIO (*Llama a sus sirvientes* .) ¡Avanza ahí…! ¡Ah, buitre…!

¡Dioses y diablos!

Mi autoridad se diluye a simple vista.

Últimamente cuando yo gritaba: ¡Vengan!

los reyes corrían a la arrebatiña

como niños que se lanzan a recoger un premio

y me decían: ¿Cuál es su voluntad?

Entra un SIRVIENTE.

¿No tienes oídos? Todavía soy Antonio.

¡Llévense a este mandilón de aquí y azótenlo!

ENOBARBO (*Aparte* .) Es mejor jugar con un leoncillo

que con un viejo león moribundo.

ANTONIO ¡Luna y estrellas! Aunque se tratara

de veinte de los más grandes tributarios

que acatan a César, si los hallara

tan insolentes con la mano de esta…

¿Cómo se llama desde que fue Cleopatra?

Azótenlo, muchachos, hasta que como un niño

lo vean fruncir el rostro

y llorar recio implorando clemencia. ¡Llévenselo de aquí!

TIDIAS Marco Antonio…

ANTONIO Arrástrenlo y cuando esté bien azotado

tráiganlo otra vez. El mandilón de César

nos llevará un recado para él.

Salen los sirvientes con TIDIAS.

Estabas medio marchita antes de conocerte.

¿He dejado sin usar mi lecho en Roma,

renunciando a engendrar una prole legítima

por medio de una joya de mujer

para ser ultrajado

por la que pone sus ojos en viles parásitos?

CLEOPATRA Buen señor…

ANTONIO Siempre has sido voluble,

pero cuando nos endurecemos en el vicio,

¡oh, qué miseria!

Los sabios dioses nos ciegan, avientan al fango
nuestro claro juicio y nos hacen adorar
nuestros errores, riéndose de nosotros
mientras caminamos a nuestra confusión.
CLEOPATRA Oh, ¿a esto hemos llegado?
ANTONIO Te hallé como un bocado
frío en el plato del difunto César…
No, eras las sobras de Cneo Pompeyo,
además de las otras horas cálidas
desconocidas por el rumor público
que hayas pasado lujuriosamente.
Estoy seguro de que aunque puedas sospechar
qué es la continencia, ignoras lo que es.
CLEOPATRA ¿A qué viene todo esto?
ANTONIO ¡Permitirle a un lacayo que recibe propinas
y va diciendo que «Dios se lo pague»,
tener familiaridad con tu mano,
que es mi compañera de placer, el sello real
y la fiadora de nobles corazones!
¡Quisiera estar sobre la colina de Basán
para mugir más recio que la horda cornuda!
Porque tengo motivo salvaje,
y proclamarlo con moderación
sería como si el que está con la soga al cuello
agradeciera al verdugo tener mano hábil con él.

Entra un sirviente con TIDIAS.

¿Ya está azotado?

SIRVIENTE Sí, con fuerza, señor.

ANTONIO ¿Gritó y pidió perdón?

SIRVIENTE Imploró clemencia.

ANTONIO (*A* TIDIAS.) Si vive tu padre, que se arrepienta
de que no hubieras sido tú su hija,
y laméntate de seguir a César
en su triunfo, pues has sido azotado
por haberlo seguido. De ahora en adelante,
que la blanca mano de una dama te dé fiebre;
échate a temblar cuando la veas.
Regresa con César; cuéntale cómo te he tratado.
No dejes de decirle lo mucho que me irrita;
porque se muestra conmigo altivo y desdeñoso,
fijándose en lo que soy y no en lo que fui.
Me irrita, cosa fácil de hacer en este tiempo
en que las estrellas que solían conducirme
han dejado vacías sus órbitas
y lanzado sus fuegos al abismo del infierno.
Si le desagrada mi discurso y lo que he hecho,
dile que ahí está Hiparco,
mi esclavo liberto, a quien puede a placer
azotar, ahorcar o torturar como le plazca
para corresponderme. Eso dile.

¡Fuera de aquí con tus cardenales! Lárgate.

Sale TIDIAS *con el* SIRVIENTE.

CLEOPATRA ¿Ya terminaste?

ANTONIO Ay, nuestra luna terrestre se ha eclipsado

y solo presagia la caída de Antonio.

CLEOPATRA Debo aguardar su tiempo.

ANTONIO ¿Para adular a César debes hacerle guiños

a quien le ata las agujetas?

CLEOPATRA ¿Aún no me conoces?

ANTONIO ¿Tienes corazón de hielo conmigo?

CLEOPATRA ¡Ay, querido, si así fuere,

de mi corazón helado engendre el cielo granizo

y lo envenene en su fuente;

que el primer pedrusco caiga en mi cuello

y al deshilarse disuelva mi vida.

Que golpee a Cesarión el que siga

hasta que por grados la memoria de mi vientre,

junto con la de todos mis valientes egipcios,

al derretirse esta tormenta de perdigones,

yazgan sin sepultura

y las moscas y mosquitos del Nilo

los entierren, haciendo presa de ellos!

ANTONIO Quedo satisfecho.

César ha acampado en Alejandría

donde lucharé contra su fortuna.

Nuestras tropas terrestres han resistido bien;

nuestra armada se recompone y está a flote

amenazando con gallardía.

¿En dónde has estado, corazón mío?

¿Me oyes, señora?

Si regreso una vez más del campo de batalla

a besar estos labios,

apareceré en pleno vigor.

Yo y mi espada nos ganaremos nuestra crónica.

Hay esperanza todavía.

CLEOPATRA ¡Qué estupendo es mi señor!

ANTONIO Triplicaré mis nervios, mi corazón, mi aliento

y lucharé sin piedad. Porque cuando mis horas

eran felices y afortunadas,

las gentes me rescataban sus vidas

con una broma. Pero ahora

apretaré los dientes y enviaré a las tinieblas

a todo el que me detenga. Ven,

celebremos otra noche de orgía.

Llamen a todos mis capitanes deprimidos.

Una vez más que llenen nuestras copas.

Burlémonos de la campana de medianoche.

CLEOPATRA Es día de mi cumpleaños.

Había pensado pasarlo tristemente,

mas como mi señor

es Antonio de nuevo, yo seré Cleopatra.

ANTONIO Todavía la pasaremos bien.

CLEOPATRA ¡Llámenle a mi señora todos sus capitanes!

ANTONIO Hagan eso; hablaremos con ellos

y esta noche haré que el vino rezume

por sus cicatrices. Ven, reina mía,

todavía hay savia en ello. La siguiente vez

que combata, haré que la muerte me ame,

porque competiré

hasta con su guadaña pestilente.

Salen todos menos ENOBARBO.

ENOBARBO Ahora opacará al relámpago.

Estar furioso es no tener miedo

a fuerza de tenerlo, y en ese estado

la paloma picoteará al milano;

y vuelvo a ver que una disminución

del cerebro de nuestro capitán

reaviva sus ánimos.

Cuando el valor devora a la razón,

se traga la misma espada con la que combate.

Buscaré la manera de dejarlo.

Sale .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Campamento de César delante de Alejandría .

Entran CÉSAR*,* AGRIPA *y* MECENAS *con parte del ejército.*

CÉSAR *está leyendo una carta .*

CÉSAR Me llama niño y me regaña

cual si tuviera poder de echarme de Egipto.

Golpeó con varas a mi mensajero

y me reta a combate personal,

de César contra Antonio.

Conviene que este viejo rufián sepa

que tengo otras maneras de morir;

entretanto me causa risa su desafío.

MECENAS César debe pensar

que cuando alguien tan grande comienza a enfurecerse,

es porque lo vienen cazando hasta que caiga.

No le dejes respiro, sino ahora

aprovéchate de esta su locura.

Jamás la cólera atina a cuidar de sí misma.

CÉSAR Que nuestros principales jefes sepan

que nos proponemos librar mañana

la última de tantas batallas.

Algunos hay en nuestras filas que sirvieron

últimamente a Marco Antonio

y que podrán cogerlo. Vean que esto se haga

y festejen al ejército.

Tenemos con qué hacerlo

y se han ganado el agasajo. ¡Pobre Antonio!

Salen .

ESCENA II

Alejandría. Una sala del palacio. Entran ANTONIO, CLEOPATRA,

ENOBARBO, CHARMIAN, IRAS, ALEXAS *y otros* .

ANTONIO ¿No quiere batirse conmigo, Domicio?

ENOBARBO No.

ANTONIO ¿Por qué no?

ENOBARBO Cree que siendo veinte veces de mejor fortuna,

vale veinte contra uno.

ANTONIO Mañana, soldado,

combatiré por mar y tierra. O sobrevivo,

o bañaré mi honor moribundo en la sangre

que lo haga revivir. ¿Pelearás bien?

ENOBARBO Combatiré gritando «No hay cuartel».

ANTONIO ¡Bien dicho! ¡Vamos!

Llamen a los sirvientes de mi casa.

Sale ALEXAS.

Seamos esta noche pródigos en la comida.

Entran tres o cuatro SIRVIENTES.

Dame la mano.

Has sido muy honrado; lo mismo tú,

tú y tú y tú. Me han servido bien

y reyes han sido sus compañeros.

CLEOPATRA (*Aparte a* ENOBARBO.) ¿Qué significa esto?

ENOBARBO (*Aparte a* CLEOPATRA.)

Es una de esas rarezas que el dolor descarga de la mente.

ANTONIO Y tú también eres honrado.

Quisiera yo volverme muchos hombres,

y todos ellos encerrados en Antonio,

a fin de poder hacerles un servicio

tan excelente como el que ustedes me han prestado.

TODOS LOS SIRVIENTES ¡Ni los dioses lo permitan!

ANTONIO Bien, buenos amigos,

sírvanme esta noche. No me escatimen las copas

y trátenme como cuando mi imperio

era también su camarada

y soportaba mi mandato.

CLEOPATRA (*Aparte a* ENOBARBO.) ¿Qué quiere decir?

ENOBARBO (*Aparte a* CLEOPATRA.) Que quiere hacer llorar a sus sirvientes.

ANTONIO Atiéndanme esta noche.

Quizá sea este el fin de sus servicios.

A lo mejor ya no me ven más, o si lo hacen,

seré una sombra mutilada. Quizá mañana

sirvan a otro amo. Yo los miro

como quien se despide.

Honrados amigos míos, no los doy de baja,

sino que, como un amo

casado con su buen servicio,

me quedo hasta la muerte.

Sírvanme dos horas esta noche; más no pido,

¡y que los dioses se lo recompensen!

ENOBARBO ¿Qué intenta usted, señor, con dar este disgusto?

Mírelos, lloran, y yo como un asno,

tengo ojos de cebolla. ¡Qué vergüenza!

No nos vuelva usted mujeres.

ANTONIO ¡Oh, oh!

¡Que ahora me lleve la bruja si eso quise hacer!

¡Crezca la hierba de gracias donde esas gotas caigan!

Queridos amigos míos, toman mis palabras

de un modo demasiado doloroso,

pues hablé para consolarlos; quise

verlos alumbrar esta noche con antorchas.

Sepan, amigos, que abrigo albricias

para mañana, y quiero conducirlos

más bien adonde espero

hallar vida victoriosa que muerte honorable.

Vamos a cenar, vengan y ahoguen la tristeza.

Salen .

ESCENA III

Alejandría. Delante del palacio.

Entran por una puerta el SOLDADO PRIMERO *y por otra el* SOLDADO SEGUNDO.

SOLDADO PRIMERO Buenas noches, hermano. Mañana es el día.

SOLDADO SEGUNDO De algún modo se decidirán las cosas.

Que la pases bien.

¿No oíste nada extraño por las calles?

SOLDADO PRIMERO Nada. ¿Qué nuevas hay?

SOLDADO SEGUNDO Quizá solo sea un rumor. Que pases buena

noche.

SOLDADO PRIMERO Buenas noches.

Entran otros dos soldados .

SOLDADO SEGUNDO Soldados, velen con atención.

SOLDADO TERCERO Y ustedes también. Buenas noches, buenas noches.

Los soldados se colocan en las cuatro esquinas del escenario .

SOLDADO SEGUNDO Aquí estamos. Y si mañana

asiste la suerte a nuestra flota,

tengo la absoluta convicción

de que resistirán nuestras tropas.

SOLDADO PRIMERO Es un ejército valeroso y lleno de ímpetu.

Música de oboes bajo el escenario .

SOLDADO SEGUNDO ¡Silencio! ¿Qué ruido es ese?

SOLDADO PRIMERO ¡Escuchen, escuchen!

SOLDADO SEGUNDO ¡Oh!

SOLDADO PRIMERO Música en el aire.

SOLDADO TERCERO Bajo tierra.

SOLDADO CUARTO Buen signo, ¿no?

SOLDADO TERCERO No.

SOLDADO PRIMERO ¡Silencio, digo! ¿Qué podría esto significar?

SOLDADO SEGUNDO Es el dios Hércules a quien Antonio amaba

y que lo abandona ahora.

SOLDADO PRIMERO Avancen. Veamos si los otros guardias

oyen lo mismo que nosotros.

Van al otro puesto .

SOLDADO SEGUNDO ¿Qué hay, camaradas?

TODOS (*Hablan a la vez* .) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Oyen esto?

SOLDADO PRIMERO Sí. ¿No les parece extraño?

SOLDADO TERCERO ¿Escuchan, camaradas? ¿Escuchan?

SOLDADO PRIMERO Sigan el ruido hasta donde se pueda.

Veamos qué pasa.

TODOS De acuerdo. Es extraño.

Salen .

ESCENA IV

Alejandría. Sala en el palacio de Cleopatra. Entran ANTONIO

y CLEOPATRA *con* CHARMIAN *y otros servidores* .

ANTONIO ¡Eros! ¡Mi armadura, Eros!

CLEOPATRA Duérmete otro rato.

ANTONIO No, mi amor. ¡Eros! ¡Ven, mi armadura, Eros!

Entra EROS *con la armadura* .

Ven, muchacho, ponme la armadura.

Si hoy la suerte no nos favorece,

será porque la retamos.

CLEOPATRA No, yo te ayudo.

¿Para qué sirve esto?

ANTONIO Déjalo, déjalo.

Tú eres la armera de mi corazón.

¡Mal, mal! ¡Este, este!

CLEOPATRA ¡Ah sí! Quiero ayudar. Así debe ser.

ANTONIO ¡Bien, bien!

Ahora triunfaremos. ¿Ves, muchacho?

Ve a prepararte.

EROS Enseguida, señor.

CLEOPATRA ¿No quedó bien abrochada?

ANTONIO ¡Sí, perfectamente!

El que la desabroche

antes que queramos quitárnosla

para dormir, va a oír una tormenta.

No maniobras bien, Eros, y mi reina

es un escudero más hábil que tú.

Ya termina. Oh, amor,

si hoy pudieras verme en la batalla y entendieras

esa regia ocupación,

verías un buen obrero en su tarea.

Entra un OFICIAL *armado* .

¡Muy buenos días, seas bienvenido!

Traes cara de hombre que sabe su encargo guerrero.

Nos levantamos pronto para lo que nos place

y hallamos deleite en ello.

OFICIAL Más de mil, señor,

por temprano que sea, están ya revestidos

y lo esperan en la puerta.

Trompetería y aclamaciones en el exterior.

Entran CAPITANES *y* SOLDADOS.

CAPITÁN La mañana está hermosa. ¡Buen día, general!

SOLDADOS ¡Buenos días, general!

ANTONIO Suena bien esta música, muchachos.

Esta mañana, como el espíritu de un joven

que quiere sobresalir, comienza muy a tiempo.

A CLEOPATRA.

Así, así. Ven, dame eso. De este lado.

Está bien.

Sé dichosa, señora. No importa qué suceda,

este es un beso de soldado.

La besa .

Reprochable y muy digno de censura

sería detenerse en más largos cumplidos.

Te dejaré ahora cual si fuera de acero…

Ustedes, que van a pelear, síganme de cerca.

Los llevaré a ello. Adiós.

Salen todos menos CLEOPATRA *y* CHARMIAN.

CHARMIAN ¿Quiere usted retirarse a su recámara?

CLEOPATRA Condúceme. Se aleja con aire muy valiente.

¡Oh! ¡Que él y César pudieran decidir

esta gran guerra en combate singular!

En ese caso Antonio… pero ahora…

Bueno, vamos.

Salen .

ESCENA V

El campamento de Antonio cerca de Alejandría. Suenan las trompetas .

Entran ANTONIO *y* EROS*. Un* SOLDADO *les sale al encuentro* .

SOLDADO ¡Que los dioses hagan este día feliz para Antonio!

ANTONIO ¡Ojalá tú y tus heridas me hubieran convencido

de combatir en tierra!

SOLDADO Si así lo hubieras hecho,

los reyes rebeldes y ese soldado

que te dejó esta mañana,

aún seguirían tras tus talones.

ANTONIO ¿Quién me abandonó en la mañana?

SOLDADO ¿Quién?

Uno que estuvo siempre cerca de ti.

Llama a Enobarbo y no te escuchará,

o desde el campamento de César va a decirte,

«No quiero nada contigo».

ANTONIO ¿Qué dices?

SOLDADO Señor, se fue con César.

EROS Señor, no se llevó su baúl y su tesoro.

ANTONIO ¿Se ha ido?

SOLDADO Claro que sí.

ANTONIO Anda, Eros, envíale su tesoro. Hazlo.

No te detengas ni un punto. Te lo encargo.

Dale por escrito (y yo lo firmaré)

un afectuoso adiós y mis saludos.

Dile que ojalá nunca encuentre otro motivo

para cambiar de amo.

¡Oh, mi mala suerte ha corrompido

a los hombres honrados!

Date prisa… ¡Enobarbo!

Salen .

ESCENA VI

Campamento de César frente a Alejandría. Trompetería.

Entran AGRIPA*,* CÉSAR*,* ENOBARBO *y* DOLABELA.

CÉSAR Sal, Agripa, y empieza la batalla.

Mi voluntad es que Antonio sea cogido vivo.

Hazlo saber.

AGRIPA Así lo haré, César.

Sale .

CÉSAR Ya se acerca el tiempo de la paz universal.

Si este resulta ser un día próspero,

el mundo, en los tres ángulos,

libre ostentará el ramo de olivo.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Ya llegó Antonio al campo de batalla.

CÉSAR Ve a decirle a Agripa que ponga a los desertores

en la vanguardia,

para que Antonio parezca gastar toda su furia

contra sí mismo.

Salen todos menos ENOBARBO.

ENOBARBO Alexas se rebeló y fue a Judea

con encargos de Antonio. Ahí persuadió

al gran Herodes que se inclinara a César

y abandonara a Antonio, su señor.

En pago de ello, César lo ha mandado ahorcar.

Canidio y otros desertores tienen empleo,

pero no gozan de confianza. He hecho mal,

de lo cual me acuso tan dolido,

que no tendré ya gusto en nada.

Entra un SOLDADO *de César* .

SOLDADO Enobarbo, Antonio

te ha mandado todo tu tesoro,

y un regalo además.

El mensajero llegó a la hora de mi guardia

y está ahora en tu tienda descargando sus mulas.

ENOBARBO Te lo regalo todo.

SOLDADO No te burles, Enobarbo. Te digo la verdad.

Mejor dale un salvoconducto al que lo trajo

para que salga del campamento.

Tengo que atender mi trabajo

o yo mismo lo habría hecho.

Tu emperador sigue siendo un Júpiter.

Sale .

ENOBARBO Yo solo soy el mayor villano de la tierra,

y siento que lo soy más que ninguno. ¡Oh, Antonio,

mina de generosidad!

¿Cómo habrías pagado mi buen servicio

cuando mi infamia con oro la coronas?

Se me hincha el corazón

y si el veloz pensamiento no lo hace estallar,

un medio más rápido derribará al pensamiento,

pero siento que este bastará a hacerlo.

¿Pelear yo contra ti?

No, iré a buscar alguna fosa donde morir.

Le cuadra la más sucia al final de mi vida.

Sale .

ESCENA VII

Un campo de batalla entre los dos campamentos. Rebato.

Tambores y trompetas. Entran AGRIPA *y otros* .

AGRIPA ¡Retírense! Nos hemos aventurado mucho.

El mismo César ha tenido que combatir,

y el peso que debemos sostener excede lo que esperábamos.

Salen .

ESCENA VIII

Rebato. Entran ANTONIO *y* ESCARO *herido* .

ESCARO ¡Oh, mi general, esto es combatir de veras!

Si lo hubiéramos hecho así al principio

los habríamos hecho huir con las cabezas vencidas.

ANTONIO Estás sangrando mucho.

ESCARO Aquí tuve una herida que parecía T,

pero ahora se convirtió en H.

ANTONIO Ya se retiran.

ESCARO Los batiremos hasta que se metan

en los agujeros de las letrinas.

Aún tengo lugar para seis heridas más.

Entra EROS.

EROS Están batidos, y nuestra ventaja

equivale a una victoria cabal.

ESCARO Hagámosles muescas en las espaldas

y atrapémoslos como si fueran liebres, por detrás.

Es un gusto zurrar a un fugitivo.

ANTONIO Te recompensaré una vez porque me consuelas

con esa tu alegría,

y diez veces por tu estupendo valor.

¡Ven conmigo!

ESCARO Te sigo cojeando.

Salen .

ESCENA IX

Alejandría. Rebato. Entra de nuevo ANTONIO *marchando;*

ESCARO *con otros* .

ANTONIO Los hemos batido hasta el campamento.

Que corra alguno e informe a la reina

sobre nuestras proezas.

Mañana antes que nos mire el sol,

derramaremos la sangre que hoy se ha escapado.

Doy a todos las gracias,

porque con fuerte brazo han peleado,

no como quien sirve una causa cualquiera,

sino como si le fuera propia a cada uno

como a mí. Se han mostrado todos Héctores.

Entren a la ciudad; abracen a sus esposas,

a sus amigos; cuéntenles sus hazañas

mientras que ellos con lágrimas de gozo

lavan la sangre cuajada de sus heridas

y besan hasta curar sus cuchilladas

que hablan de honor.

Entra CLEOPATRA.

Alabaré tus acciones ante esta gran maga.

¡Que te llenen de dicha sus agradecimientos!

A CLEOPATRA.

¡Oh tú, luz del mundo,

enlaza con tus brazos mi cuello

cubierto de armadura!

¡Salta hasta mi corazón, coraza y todo

y cabalga triunfante

sobre sus exultantes latidos!

Se abrazan .

CLEOPATRA ¡Señor de los señores!

¡Oh, valor infinito! ¿Regresas sonriente

e intacto de la gran celada que te puso el mundo?

ANTONIO Ruiseñor mío, los hemos batido

hasta sus lechos. Mira, niña,

aunque el gris se mezcle con nuestro castaño joven,

todavía tenemos un cerebro

que nutre nuestros nervios,

y que puede conquistar uno a uno

los objetivos de la juventud.

Contempla aquí este hombre.

Concédele a sus labios el favor de tu mano.

Ella le tiende la mano a ESCARO.

Bésala, mi guerrero. Ha combatido hoy

como si un dios que odiara al género humano

hubiera adoptado su figura.

CLEOPATRA Te daré, amigo, una armadura de oro.

Era de un rey.

ANTONIO Le ha merecido aunque estuviera repujada

de carbúnculos, como el carro de Febo.

Dame la mano. Marchemos alegres

por toda Alejandría.

Llevemos nuestros escudos abollados

con orgullo, como a quien pertenecen.

Si fuera capaz nuestro gran palacio

de albergar a este ejército,

cenaríamos todos juntos brindando

por la suerte de mañana

que promete tener regios peligros.

¡Ensordezcan, trompetas, el oído

de la ciudad con su broncíneo estrépito!

¡Mézclenlo con el rataplán de nuestros tamboriles

para que cielo y tierra resuenen juntos

aplaudiéndonos cuando nos acerquemos!

ESCENA X

El campamento de César. Entran un CENTINELA *y sus compañeros de guardia. Luego* ENOBARBO.

CENTINELA Si no nos relevan de aquí a una hora,

debemos volver al cuerpo de guardia.

La noche está clara y dicen

que nos alinearemos en batalla

como a las dos de la mañana.

GUARDIA PRIMERO La última jornada nos fue cruel.

ENOBARBO Oh, sé testigo mío, noche…

GUARDIA SEGUNDO ¿Qué hombre es este?

GUARDIA PRIMERO Mantente cerca y escúchalo.

Se hacen a un lado .

ENOBARBO Seme testigo, oh, bendita luna,

cuando los desertores reciban en la Historia

memoria odiosa,

de que el pobre Enobarbo

ante tu faz se arrepintió.

CENTINELA ¿Enobarbo?

GUARDIA SEGUNDO ¡Silencio! Escuchen.

ENOBARBO Oh, reina de la melancolía,

derrama sobre mí

la humedad venenosa de la noche

para que, aunque la vida se rebele

a mi voluntad, ya no se adhiera a mí.

Arroja mi corazón contra la dura piedra

para que, al secarse por la pena,

en polvo se convierta y ponga fin

a todos mis sucios pensamientos. ¡Oh, Antonio,

tanto más noble que infame es mi rebeldía,

perdóname en el secreto de tu corazón,

pero deja que el mundo me tenga en su registro

como un desertor que abandonó a su amo!

¡Oh Antonio, oh Antonio!

Se deja caer .

GUARDIA PRIMERO Hablemos con él.

CENTINELA Escuchémoslo, porque lo que dice

puede interesarle a César.

GUARDIA SEGUNDO Sí, eso es, pero ya se durmió.

CENTINELA Se desmayó más bien, pues lo que dijo

es tan malo que no conduce al sueño.

GUARDIA PRIMERO Vamos a acercarnos.

GUARDIA SEGUNDO ¡Despierte, señor! ¡Despierte! Háblenos.

GUARDIA PRIMERO ¿Nos oye, señor?

CENTINELA Ya lo agarró la mano de la muerte.

Tambores a lo lejos .

¡Escuchen! Los tambores

despiertan gravemente a los que duermen.

Llevémoslo al cuerpo de guardia,

es hombre de valía. Ya terminó nuestro turno.

GUARDIA PRIMERO Vamos pues. Todavía puede volver en sí.

ESCENA XI

El campo de batalla en los alrededores de Alejandría.

Entran ANTONIO *y* ESCARO *con el ejército* .

ANTONIO Hoy sus preparativos son por mar;

no les agradamos en tierra.

ESCARO Por mar y tierra, señor.

ANTONIO Quisiera que lucharan en el fuego o en el aire;

también ahí los combatiríamos.

Pero haremos lo siguiente: nuestra infantería

se quedará con nos en las colinas

que rodean la ciudad.

La orden para el mar ya ha sido dada;

la flota ya salió del puerto.

Mejor podremos mirar desde arriba

y descubrir su empresa.

Salen .

ESCENA XII

El campo de batalla fuera de Alejandría.

Entra CÉSAR *con su ejército* .

CÉSAR A menos que seamos atacados

no haremos movimiento alguno en tierra,

lo que presumo, no tendremos que hacer,

porque su mejor fuerza

ha salido a tripular sus galeras.

¡A los valles, y conservemos la posición

más ventajosa!

Salen .

ESCENA XIII

Rebato a lo lejos como anuncio de batalla marítima.

Entran ANTONIO *y* ESCARO.

ANTONIO Todavía no se encuentran.

Desde donde se alza aquel pino podré ver todo.

Enseguida vuelvo contigo para decirte

cómo parece que saldrán las cosas.

Sale .

ESCARO Las golondrinas han hecho sus nidos

En las naves de Cleopatra. Los augures
dicen que no saben, que no pueden predecir;
miran ceñudos, y no osan comunicar
lo que han averiguado.
Antonio se halla a la vez valiente y abatido,
y con sobresalto, su desgastada fortuna
le da esperanza y temor
de lo que tiene y de lo que no tiene.
Entra ANTONIO.
ANTONIO ¡Todo está perdido!
Esta sucia egipcia me ha traicionado.
Mi flota se ha rendido al enemigo
y allá están lanzando sus gorras al aire
y festejando juntos como amigos
ha mucho separados.
¡Tres veces ramera! Eres tú quien me ha vendido
a este novicio, y mi corazón
solo a ti te hace la guerra.
¡Diles a todos que huyan!
Porque cuando me vengue de mi hechicera
habré terminado. ¡Diles a todos que huyan!
¡Vete ya!
Sale ESCARO.
¡Oh sol, ya no veré más tu salida!
Antonio y la fortuna aquí se separan.

Aquí mismo se estrechan las manos

por última vez. ¡Llegar todo a esto!

Los corazones que me seguían

lamiéndome los talones como perros falderos

a los que les cumplí sus deseos, se derriten

y dejan caer su dulzor sobre el floreciente César.

¡Ya está descortezado el pino

que sobresalía entre todos! Estoy traicionado.

¡Oh, alma embustera de Egipto,

potente hechizo cuyos ojos

daban la señal de mis guerras

y el toque de mis retiradas,

cuyo pecho era mi corona,

mi bien supremo; cual auténtica gitana

me ha engañado con su falso juego

y me ha llevado al fondo de la ruina!

¡Eh, Eros, Eros!

Entra CLEOPATRA.

¡Ah, bruja, atrás!

CLEOPATRA ¿Por qué está tan furioso mi señor

con su bien amada?

ANTONIO Desaparece

o te daré tu merecido y opacaré

el triunfo de César.

¡Deja que te lleve y te alce

ante las aclamaciones de los plebeyos!

¡Ve en pos de su carro como la más grande mancha

de todo tu sexo; que te exhiban,

monstruo espantoso, por cualquier moneda,

por unos cuantos centavos,

y que la paciente Octavia te arañe todo el rostro

con sus uñas afiladas!

Sale CLEOPATRA.

Haces bien en irte,

si quieres vivir. Pero mejor hubiera sido

que cayeras bajo mi furia, porque una muerte

te habría evitado otras muchas. ¡Oh, Eros!

traigo encima la túnica de Neso.

Mas tú, Alcides, antepasado mío,

enséñame tu rabia. Que lance yo a Licas

a los cuernos de la luna, y con esas manos

que han agitado tu pesado mazo

aniquila mi desdichado ser.

La bruja morirá.

Me ha vendido al jovenzuelo romano

y he caído en su trampa. ¡Merece morir, Eros!

Sale .

ESCENA XIV

Alejandría. Sala del palacio.

Entran CLEOPATRA, CHARMIAN, IRAS *y* MARDIÁN.

CLEOPATRA ¡Vengan en mi ayuda, mujeres mías!

Oh, está más loco que Telamón

por su escudo; el jabalí de Tesala

en su rabia, nunca echó tanta espuma.

CHARMIAN ¡Al monumento! Enciérrese ahí

y mándele decir que ha muerto.

No estallan más de dolor al separarse

el alma y el cuerpo que la creatura

al separarse de la grandeza.

CLEOPATRA ¡Al monumento!

Mardián, ve y dile que me he dado muerte

y que lo último que atiné a decir fue «Antonio»,

y díselo, te ruego, lastimeramente.

Ve, Mardián, y ven a comunicarme

cómo toma mi muerte. ¡Al monumento!

Salen .

ESCENA XV

Alejandría. Otra sala del palacio.

Entran ANTONIO *y* EROS.

ANTONIO ¿Todavía me contemplas, Eros?

EROS Sí, noble señor.

ANTONIO A veces vemos una nube

que parece un dragón,

un vapor a veces como un león o un oso,

una citadela con sus torres,

una roca suspendida,

una montaña bifurcada

o un promontorio azul con árboles encima

que se inclinan hacia el mundo y engañan los ojos

con puro aire. ¿Has visto tú estas señales?

Son mascaradas de la oscura tarde.

EROS Sí, mi señor.

ANTONIO Lo que ahora es un caballo, con solo pensarlo,

al cambiar la nube de figura,

se vuelve indistinto, como el agua en el agua.

EROS Así es, mi señor.

ANTONIO Pues sí, mi buen muchacho,

ahora a tu capitán le sucede lo mismo.

Aquí estoy yo, Antonio.

Con todo, no puedo conservar

esta forma visible, muchacho.

He hecho estas guerras por Egipto, y la reina,

cuyo corazón creí poseer,

porque ella tenía el mío

(al que yo, mientras fue mío anexé

un millón más que ahora ya perdí),

ella, Eros, ha falseado naipes

con César, y trocado mi gloria

por el triunfo de un enemigo.

No, no llores, gentil Eros.

Aún quedamos nosotros

para terminar con nosotros mismos.

Entra MARDIÁN.

¡Oh, tu vil señora!

¡Me ha robado mi espada!

MARDIÁN No, Antonio.

Mi señora te amaba y su suerte se unía

del todo con la tuya.

ANTONIO ¡Lárgate, eunuco impúdico! ¡Silencio!

Me ha traicionado y tendrá que morir.

MARDIÁN La muerte es una deuda

que solo se paga una vez,

y ya la ha liquidado.

Ya se ha hecho lo que tú pretendías hacer.

Lo último que dijo fue «¡Antonio,

nobilísimo Antonio!».

Luego, al decirlo, rompió un quejido

el nombre de Antonio, que se dividió

entre su corazón y sus labios.

Exhaló el último suspiro

con tu nombre enterrado así en ella.

ANTONIO ¿Ha muerto entonces?

MARDIÁN Sí, ha muerto.

ANTONIO Desármame, Eros.

La larga tarea de la jornada

se ha cumplido y debemos dormir.

A MARDIÁN.

Bien pagado queda tu trabajo

con que salgas de aquí sano y salvo. Vete.

Sale MARDIÁN.

¡Ya quita, quítame esto!

EROS *lo desarma* .

El escudo de las siete envolturas de Ajax

no puede resistir el bombardeo

de mi corazón. ¡Oh, pártanse, costados míos!

¡Corazón, sé una vez más fuerte que tu continente;

y haz estallar tu frágil envoltura!

¡Aprisa, Eros, aprisa! Ya no soy soldado.

¡Despréndanse ya, piezas abolladas,

que noblemente llevé! Déjame solo un poco.

Sale EROS.

Te alcanzaré, Cleopatra, y lloraré

hasta obtener tu perdón. Así debe de ser,

porque ahora es tortura lo que dure.

Puesto que la antorcha está apagada,

recuéstate y ya no te extravíes.

Ahora todo esfuerzo estropea lo que hace…

Sí, la fuerza misma se enreda

con el esfuerzo. Pon pues el sello

y todo está acabado.

¡Eros!… Ya voy, reina mía… ¡Eros!

Espérame.

Donde las almas se recuestan sobre flores

iremos cogidos de la mano,

y nuestro porte airoso

llamará la atención de los espíritus.

A Dido y a Eneas les faltarán seguidores,

y todos se vendrán tras de nosotros.

¡Ven, Eros, ven!

Entra EROS.

EROS ¿Qué desea mi señor?

ANTONIO Desde que murió Cleopatra,

he vivido en tanto deshonor, que los dioses

detestan mi bajeza. Yo, que con mi espada

dividí en cuartos el mundo,

que con mis barcos construí ciudades

sobre la verde espalda de Neptuno,

me acuso de faltarme el valor de una mujer;

mi ánimo es menos noble que el de aquella

que con su muerte acaba de decirle a César,

«Soy la conquistadora de mí misma».

Tú me juraste, Eros,

que cuando se presentara el momento,

(el cual de veras se presenta ahora),

en que viera tras de mí

la persecución inevitable de la desgracia
y el horror, obedeciendo mis órdenes
me darías muerte. Hazlo. Ha llegado el momento.
No me hieres a mí; triunfas de César.
Vuelva el color a tus mejillas.
EROS ¡Que los dioses me libren!
¿Voy a hacer yo lo que los dardos de Partía,
aunque enemigos, fallaron en el blanco
y no pudieron?
ANTONIO Eros,
¿querrías tú asomarte a una ventana
en la gran Roma y ver
a tu amo así con los brazos atados,
doblegando la cerviz sometida,
subyugada su faz por penetrante vergüenza,
mientras que sentado en su carruaje
el afortunado César precediéndolo
se mofara de quien lo seguía?
EROS No querría verlo.
ANTONIO Ven entonces. Porque con esta herida
debo quedar curado.
Saca tu espada de hombre honrado
que usaste para el bien de tu país.
EROS ¡Perdóneme, señor!
ANTONIO Cuando te hice libre, ¿no juraste

entonces hacer esto cuando te lo ordenara?

Hazlo enseguida, ¿o tus servicios anteriores

son todos accidentes sin propósito?

¡Saca tu espada y avanza!

EROS Desvíe de mí entonces ese noble semblante

en que está contenido todo el honor del mundo.

ANTONIO (*Volviendo la cabeza* .) ¡Ahí, así!

EROS Ya desenvainé mi espada.

ANTONIO Entonces

déjala hacer enseguida aquello

para lo que la sacaste.

EROS Mi querido amo,

mi capitán y mi emperador, déjeme decirle

adiós antes de que le haga esta herida cruel.

ANTONIO De buena gana, hombre. Adiós.

EROS Adiós, gran jefe. ¿Debo herir ahora?

ANTONIO Ahora, Eros.

EROS ¡Pues entonces ahí está!

Se mata .

Así me libro de la pena

de la muerte de Antonio.

ANTONIO ¡Tres veces más noble que yo mismo!

¡Me enseñas, oh, valiente Eros,

que soy yo quien debe hacer lo que tú no has podido!

Mi reina y Eros con su audaz ejemplo

me aventajan en nobleza

en los anales de la Historia. Mas yo seré

como un novio en mi muerte

y correré hacia ella como al lecho

de mi amada. ¡Vamos! Eros, tu amo

muere pupilo tuyo. Hacer esto

Se deja caer sobre su espada .

lo aprendí de ti. ¿Cómo? ¿No muero?

¿No muero? Vengan guardias. ¡Oh, despáchenme!

Entran DERCETAS *y algunos guardias* .

GUARDIA PRIMERO ¿Qué ruido es ese?

ANTONIO He hecho mal las cosas, amigos. Pongan fin

a lo que yo he comenzado.

GUARDIA SEGUNDO La estrella ha caído.

GUARDIA PRIMERO Y ha terminado el tiempo.

TODOS ¡Ay, desgracia!

ANTONIO Hiérame de muerte el que me ame.

GUARDIA PRIMERO ¡Yo no!

GUARDIA SEGUNDO ¡Ni yo!

GUARDIA TERCERO ¡Ni nadie!

Salen todos menos DERCETAS.

DERCETAS Tu muerte y tu fortuna

son señal de que huyan tus amigos.

Con mostrarle a César esta espada

y darle la noticia ganaré su favor.

Toma la espada de ANTONIO.

Entra DIÓMEDES.

ANTONIO ¿Estás ahí, Diómedes? Saca tu espada y dame

heridas suficientes para matarme.

DIÓMEDES Soberano señor,

mi ama Cleopatra me envía a ti.

ANTONIO ¿Cuándo te envió?

DIÓMEDES Ahora mismo, señor.

ANTONIO ¿En dónde está?

DIÓMEDES Encerrada en su monumento.

Presintió ahí lo que iba a suceder,

porque cuando vio (cosa que no será jamás)

que sospechabas que se había entendido con César,

y que tu furia no se apaciguaba,

te mandó decir que había muerto,

pero temiendo luego cómo te afectaría,

me ha enviado a declarar la verdad, pero he llegado,

me temo, demasiado tarde.

ANTONIO Sí, demasiado tarde, buen Diómedes.

Llama a mi guardia, te suplico.

DIÓMEDES ¡Eh!

La guardia del emperador. ¡La guardia, eh!

¡Vengan, su señor los llama!

Entran cuatro o cinco de la guardia de Antonio .

ANTONIO Llévenme, amigos,

adonde está Cleopatra.

Es el último servicio que les pido.

GUARDIA PRIMERO ¡Oh, y cómo estamos tristes, señor,

de que no pueda usted sobrevivir

a todos sus fieles seguidores!

TODA LA GUARDIA ¡Oh, día funesto!

ANTONIO No, buenos amigos,

no le den al cruel destino el gusto

de honrarlo con su dolor.

Den la bienvenida a lo que viene a castigarnos

y de ese modo lo castigaremos,

aparentando sobrellevarlo alegremente.

Levántenme ustedes ahora, amigos míos,

y reciban por todo mi agradecimiento.

Salen llevando a ANTONIO *y a* EROS.

ESCENA XVI

Alejandría. Un monumento funerario. En la parte superior se hallan CLEOPATRA, CHARMIAN *e* IRAS.

CLEOPATRA Oh, Charmían, ya nunca saldré de aquí.

CHARMIAN Consuélese, señora.

CLEOPATRA No, no quiero.

Todo suceso extraño y terrible

es bienvenido, pero despreciamos

todo consuelo. El tamaño de nuestra pena,

proporcionado a su causa, debe ser tan grande

como lo que lo engendra.

Entra DIÓMEDES *y se acerca a la base del monumento* .

¿Qué hay, ha muerto?

DIÓMEDES La muerte se cierne sobre él, pero no ha muerto.

Asómese del otro lado del monumento;

su guardia lo ha llevado ahí.

ANTONIO*, llevado por sus guardias, se acerca a la base*

del monumento .

CLEOPATRA ¡Oh, sol, quema la gran esfera en que te mueves!

¡Quede en tinieblas la movediza orilla del mundo!

¡Oh, Antonio, Antonio, Antonio!

¡Ayuda, Charmian! ¡Ayuda, Iras, ayuda!

¡Ayuden, amigos, allá abajo!

¡Vamos a subirlo acá!

ANTONIO ¡Silencio!

No es el valor de César el que ha vencido a Antonio,

sino el de Antonio el que ha triunfado de sí mismo.

CLEOPATRA Así debía de ser: nadie más que Antonio

debía vencer a Antonio.

¡Pero qué desgracia que así suceda!

ANTONIO ¡Muero, reina de Egipto, muero! Solo

pido un respiro aquí a la muerte hasta

que de muchos miles de besos

deposite el último mísero en tus labios.

CLEOPATRA No me atrevo, querido.

Querido señor, perdóname, no me atrevo

por miedo a que me apresen.

El triunfo imperial del afortunado César

jamás se adornará conmigo.

Si puñales, drogas o serpientes

tienen filo, efecto y aguijón, estoy a salvo.

Tu esposa Octavia, de frígidos ojos

y juicio impasible, no tendrá el honor

de insultarme con su mirada.

Pero ven, ven, Antonio… Ayúdenme, mujeres mías…

Tenemos que subirte.

¡Auxílienme, buenas amigas!

Empiezan a levantarlo .

ANTONIO ¡Dense prisa, que me muero!

CLEOPATRA ¡Vaya que es ejercicio! ¡Cuánto pesa mi señor!

Nuestras fuerzas han quedado agotadas.

Tal es el peso. Si tuviera yo

el poder de Juno, Mercurio, el de las fuertes alas,

te subiría y te pondría al lado de Júpiter.

Pero sube aquí cuando menos. Nunca fueron cuerdos

los deseosos. Oh, ven, ven, ven.

Izan a ANTONIO *hasta donde está* CLEOPATRA.

Sé bienvenido. No mueras antes de vivir.

Resucita con mis besos. Si tuvieran mis labios

ese poder, los gastaría en ese servicio.

Lo besa .

TODA LA GUARDIA ¡Triste espectáculo!

ANTONIO Muero, reina de Egipto, muero.

Dame algo de vino y déjame hablar un poco…

CLEOPATRA No, déjame hablar a mí y maldecir tan fuerte,

que esa pícara embustera, la Fortuna,

rompa su rueda, irritada por mis insultos…

ANTONIO Solo una palabra, dulce reina:

procura salvar tu honor y tu vida con César.

CLEOPATRA No van juntos los dos.

ANTONIO Escúchame querida.

No confíes en nadie cerca de César

sino en Proculeyo.

CLEOPATRA En mis manos y en mi decisión voy a confiar,

no en los que rodean a César.

ANTONIO No te entristezcas ni lamentes

el triste cambio de mis últimos días,

sino alegra tus pensamientos alimentándolos

con mi anterior fortuna,

cuando vivía como el mayor príncipe

del mundo, el más noble;

y en cómo ahora no muero sin honor,

ni me quito el yelmo cobardemente

ante mi compatriota,

sino que romano soy, valientemente vencido

por un romano. Ahora mi alma

me abandona. No puedo más.

CLEOPATRA ¡Oh, el más noble de los hombres!

¿Quieres morirte? ¿No piensas en mí?

¿Quedaré sola en este triste mundo,

que en tu ausencia no es mejor que una pocilga?

Vean, mujeres mías,

la corona de la tierra se derrite. ¡Mi señor!

Muere ANTONIO.

Oh, marchita queda la guirnalda de la guerra,

caída está la estrella polar de los soldados;

están ahora al nivel de los hombres

mozalbetes y muchachas;

lo incomparable ya no existe

y no queda ya nada de notable

bajo la visitadora luna.

Se desmaya .

CHARMIAN ¡Oh, calma, señora!

IRAS Ha muerto también nuestra soberana.

CHARMIAN ¡Majestad!

IRAS ¡Señora!

CHARMIAN ¡Oh, señora, señora, señora!

IRAS ¡Reina de Egipto! ¡Emperatriz!

CLEOPATRA *se mueve* .

CHARMIAN Calma, calma, Iras.

CLEOPATRA Nada más que una mujer, subyugada
por tan pobres pasiones,
como la chica que ordeña y que hace
los oficios más humildes.
Justo sería que lanzara yo mi cetro
contra los ofensivos dioses para decirles
que este mundo igualaba al suyo
antes de que nos robaran nuestra joya.
Todo no es más que nada. La paciencia es estúpida
y en perro rabioso se ha convertido la impaciencia.
¿Es pecado entonces precipitarse
en la secreta morada de la muerte
antes de que la muerte se atreva a visitarnos?
¿Cómo están, mujeres mías? ¡Vamos, cobren ánimo!
¿Qué es eso, Charmian? ¡Oh, mis nobles niñas!
¡Ah, mujeres, mujeres! Se extingue nuestra lámpara,
ya se apagó. Tengan valor, buenas gentes.
Vamos a enterrarlo, y luego haremos
lo que es noble y valiente
según la costumbre romana,
y haremos que se envanezca la muerte
de llevarnos. Vamos pues.
Esta envoltura de esa alma grande está ahora fría.
¡Oh, mujeres, mujeres! Amigos no tenemos
sino la decisión y el fin más breve.

Salen, llevando el cuerpo de ANTONIO.

QUINTO ACTO

ESCENA I

El campamento de César en las afueras de Alejandría.

Entra CÉSAR *con su consejo de guerra:* AGRIPA, DOLABELA,

MECENAS, PROCULEYO, *Galo y otros* .

CÉSAR Ve a verlo, Dolabela, mándale que se rinda.

Dile que estando derrotado,

son ridículas las pausas que se toma.

DOLABELA Así lo haré, César.

Sale .

Entra DERCETAS *con la espada de Antonio* .

CÉSAR ¿Qué significa esto?

¿Y quién eres tú que te atreves

a aparecer así ante nos?

DERCETAS Me llamo Dercetas.

Serví a Marco Antonio, el hombre más digno

de ser servido.

Mientras estuvo en pie y habló fue mi amo,

y gasté mi vida en diezmar a los que lo odiaban.

Si te place tomarme a tu servicio,

lo que fui para él seré para César.

Si no te place, te entrego mi vida.

CÉSAR ¿Qué es lo que dices?

DERCETAS Digo, oh, César, que Antonio ha muerto.

CÉSAR El derrumbe de una cosa tan grande

debía haber causado mayor estrépito.

El orbe debía haber lanzado leones

a las calles de las ciudades

y ciudadanos a sus guaridas.

La muerte de Antonio no es la de un simple individuo;

su nombre encerraba la mitad del mundo.

DERCETAS Ha muerto, César, no por mano

de la justicia pública,

ni por asesino contratado,

sino que la misma mano que grabó su honor

en los hechos que llevó a cabo

con el valor que el corazón le daba,

le partió el corazón. Esta es la espada;

la he robado de su herida. Mírala manchada

con su noble sangre.

CÉSAR (*Apuntando a la espada* .) Mírenla con tristeza, amigos.

Los dioses me castiguen,

pero son nuevas que hacen llorar

los ojos de los reyes.

AGRIPA Y es extraño

que la naturaleza nos obligue a lamentar

nuestras acciones más tenaces.

MECENAS En él se equilibraban los defectos

y los méritos.

AGRIPA Nunca espíritu tan singular fue timón

de un ser humano. Pero ustedes, dioses,

nos dan algunos defectos para hacernos hombres.

César está conmovido.

MECENAS Teniendo tan espacioso espejo frente a él,

no puede dejar de verse a sí mismo.

CÉSAR Oh, Antonio, te he perseguido hasta aquí;

pero sangramos nuestros cuerpos para echar fuera

nuestras enfermedades.

Debí por fuerza mostrarte este día funesto

o asistir al tuyo. No podíamos

habitar juntos en la extensión del universo.

Mas con todo, déjame lamentar

con lágrimas tan potentes como la sangre

de los corazones que tú, mi hermano,

mi colega en las más altas empresas,

mi socio imperial, amigo y compañero

en el frente de batalla,

brazo de mi propio cuerpo, y corazón

en donde se alumbraban mis pensamientos,

que nuestras estrellas, irreconciliables,

hayan dividido hasta este punto

nuestras semejanzas. Óiganme, buenos amigos…

Entra un egipcio .

Pero os lo diré en mejor ocasión.

El negocio de este hombre se le sale

por los ojos; oiremos lo que tiene que decir.

¿Quién eres?

EGIPCIO No más que un pobre egipcio todavía.

La reina, mi señora,

confinada en lo único que posee,

su monumento, desea tener información

de tus intentos, para poder prepararse

para el camino que se le forzará a seguir.

CÉSAR Dile que tenga buen ánimo. Pronto

tendrá noticias por nuestros emisarios

de lo que honorable y bondadosamente

decidiremos para ella. Porque César

no puede dejar de ser benévolo.

EGIPCIO ¡Que así

te conserven los dioses!

Sale .

CÉSAR Ven acá, Proculeyo. Ve y dile

que no nos proponemos ultrajarla.

Consuélala según lo requiera su dolor,

no sea que, en su grandeza, nos derrote

con algún golpe mortal. Porque su vida en Roma

haría eterno nuestro triunfo. Ve

y lo más pronto que puedas tráenos

lo que diga y cómo la encuentras.

PROCULEYO Voy allá, César.

CÉSAR Acompáñalo, Galo.

Salen PROCULEYO

y Galo .

¿Dónde está Dolabela

para que secunde a Proculeyo?

TODOS MENOS CÉSAR ¡Dolabela!

CÉSAR Ya déjenlo, porque ahora recuerdo

en qué está ocupado. Estará listo a tiempo.

Vengan conmigo a mi tienda, donde podrán ver

con qué repugnancia vine a esta guerra,

con qué calma y moderación

procedí siempre en todas mis cartas.

Vengan conmigo y vean

lo que puedo mostrarles al respecto.

Salen .

ESCENA II

Alejandría. Dentro del monumento de Cleopatra.

Entran CLEOPATRA*,* IRAS *y* CHARMIAN.

CLEOPATRA Mi desolación empieza a crearme mejor vida.

Ser César no es más que miseria.

No siendo él la Fortuna, solo es su sirviente,

el ministro de su voluntad. Y es cosa grande

hacer aquello que pone fin a toda obra,

que encadena los accidentes y pone un cerrojo

a todo cambio, que duerme y no paladea

ya nunca el estiércol,

nodriza del mendigo y de César.

Entra PROCULEYO.

PROCULEYO César envía saludos a la reina de Egipto

y te pide reflexiones qué demandas justas

deseas que él te conceda.

CLEOPATRA ¿Cómo te llamas?

PROCULEYO Mi nombre es Proculeyo.

CLEOPATRA Antonio

me habló de ti y me indicó

que podía tenerte confianza, pero yo

no me cuido mucho de ser engañada,

pues no necesito confiar en nadie.

Si tu amo desea tener a una reina

como su pordiosera,

debes decirle que la majestad,

para guardar el decoro, no debe

mendigar menos que un reino.

Si gusta concederme al conquistado Egipto

para mi hijo, me dará tanto de lo mío

como me arrodillaré a darle las gracias.

PROCULEYO Ten buen ánimo, has caído en manos

de un príncipe. No temas nada.

Dirígete libremente a mi señor,

que está tan lleno de buena voluntad,

que desborda sobre todo el que la necesita.

Déjame informarle de tu gentil sumisión

y encontrarás un conquistador

que solicitará ayuda al que se arrodille

a pedirle gracia.

CLEOPATRA Por favor dile

que soy vasalla de su fortuna y reconozco

la grandeza que ha conquistado. Hora con hora

aprendo la doctrina de la obediencia

y con gusto lo vería en persona.

PROCULEYO Le diré eso, querida señora.

Consuélate porque sé que tu pena

inspira compasión al que fue causante de ella.

Entran Galo y algunos soldados romanos .

A los soldados .

Ya ven cuán fácilmente puede ser sorprendida.

Guárdenla hasta que venga César.

IRAS ¡Oh, excelsa reina!

CHARMIAN ¡Oh, Cleopatra, ya estás cogida, majestad!

CLEOPATRA Pronto, pronto, manos hábiles.

Saca una daga .

PROCULEYO ¡Deténte, noble dama, detente!

La desarma .

No te hagas tanto daño,

pues eres socorrida, no traicionada en esto.

CLEOPATRA ¡Cómo, ni aún siquiera la muerte

que libra del sufrimiento a los perros?

PROCULEYO Cleopatra,

no injuries la generosidad de mi señor

tratando de matarte. Deja que el mundo vea

la perfección de su nobleza que tu muerte

le impediría demostrar.

CLEOPATRA ¿Dónde estás, oh Muerte?

¡Ven acá, ven! ¡Ven y llévate una reina

que vale más que muchos niños y pordioseros!

PROCULEYO ¡Moderación, señora!

CLEOPATRA Señor, no comeré carne, ni beberé, señor,

y si fuere preciso decir cosas triviales,

no hablaré tampoco.

Arruinaré esta habitación mortal

haga lo que haga César. Sepa usted, señor, que yo

no estaré maniatada en la corte de su amo

ni castigada jamás con la sobria mirada

de la insípida Octavia.

¿Me alzarán acaso para exponerme

a la reprobación de la plebe romana?

¡Mejor que una zanja en Egipto

sea para mí apacible tumba!

¡Mejor yazga yo desnuda en el lodo del Nilo

para que los mosquitos

depositen sobre mí sus huevos

y me vuelvan aborrecible!

¡Se conviertan más bien las altas pirámides

de mi país en un patíbulo

de donde me cuelguen con cadenas!

PROCULEYO Llevas estos pensamientos de horror

más allá de lo que lo justifica

la conducta de César.

Entra DOLABELA.

DOLABELA Proculeyo,

ya sabe mi amo César lo que has hecho,

y manda por ti. En cuanto a la reina,

yo la tomaré bajo mi custodia.

PROCULEYO Me agrada lo que dices, Dolabela.

Trátala amablemente.

A CLEOPATRA.

A César le diré lo que te plazca,

si quieres servirte de mí.

CLEOPATRA Di que quiero morir.

Sale PROCULEYO *con Galo y los soldados* .

DOLABELA Nobilísima emperatriz, ¿has oído

hablar de mí?

CLEOPATRA No puedo asegurarlo.

DOLABELA Seguro me conoces.

CLEOPATRA Poco importa, señor, lo que yo sepa

o haya oído. Ustedes se ríen

cuando los muchachos o las mujeres

cuentan sus sueños. ¿Es tal tu costumbre?

DOLABELA No te entiendo, señora.

CLEOPATRA Soñé que había otro emperador: Antonio.

¡Oh, si pudiera tener un sueño semejante

solo por ver un hombre parecido!

DOLABELA Si tú quisieras…

CLEOPATRA Era el cielo su rostro, en que estaban tachonados

el sol y la luna que seguían su curso

y alumbraban la pequeña O, la tierra.

DOLABELA Creatura soberana…

CLEOPATRA Sus piernas abarcaban el océano;

su brazo levantado ponía cimera al mundo;

su voz poseía las propiedades

de las armoniosas esferas; eso,

respecto a sus amigos; pero cuando quería

domeñar y hacer temblar el orbe,

era un rayo tonante.

Por lo que hace a su generosidad,

no existía invierno en él; era un otoño

que más crecía cuanto más se cosechaba.

Delfines parecían sus placeres:

mostraban el lomo por encima

del elemento en que vivían. Reyes y príncipes

marchaban en su séquito; reinos e islas eran

cual monedas de plata

que caían de sus bolsillos.

DOLABELA Cleopatra…

CLEOPATRA ¿Piensas que pudo haber habido o podrá haber

un hombre semejante al que he soñado?

DOLABELA No, gentil señora.

CLEOPATRA ¡Mientes en los oídos mismos de los dioses!

Pero si existió o pudo existir

alguno semejante,

rebasará la dimensión del sueño.

A la Naturaleza le faltan materiales

para competir con las extrañas

formas de la imaginación;

con todo, imaginar un Antonio

era una obra maestra,

en que la Naturaleza vencía

a la imaginación

reduciendo los sueños a la nada.

DOLABELA Óyeme, buena señora.

Tu pérdida es tan grande como tú,

y tu pena está a la altura de ella.

Que no obtenga yo nunca el éxito que busque

si no es verdad que siento, por reflexión del tuyo,

un dolor que hiere mi corazón de raíz.

CLEOPATRA Te lo agradezco.

¿Sabes qué piensa hacer conmigo César?

DOLABELA Me repugna enterarte

de lo que ya quisiera que supusieses.

CLEOPATRA No, dime por favor.

DOLABELA Aunque es honorable…

CLEOPATRA Me llevará encadenada a su triunfo.

DOLABELA Así lo hará, señora, lo sé.

Trompetería. Entran CÉSAR*,* PROCULEYO*, Galo,* MECENAS

y otros del séquito .

TODOS ¡Hagan sitio aquí! Llega César.

CÉSAR ¿Quién es la reina de Egipto?

DOLABELA Es el emperador, señora.

CLEOPATRA *se arrodilla* .

CÉSAR Levántate. No te arrodilles.

Te ruego que te levantes.

Levántate, reina de Egipto.

CLEOPATRA Señor, los dioses

lo quieren así. Debo obedecer

a mi amo y señor.

Se pone de pie .

CÉSAR No abrigues pensamientos sombríos.

La memoria de las ofensas que nos hiciste,

aunque escritas en carne propia,
no queremos recordarlas sino como cosas
hechas por azar.
CLEOPATRA Único señor del universo,
no puedo presentar tan bien mi causa
que pruebe mi inocencia,
sino que confieso haber sucumbido
a las fragilidades que desde antes
han avergonzado a nuestro sexo.
CÉSAR Cleopatra,
bueno es que sepas que estamos dispuestos
a excusar más que a castigar tus faltas.
Si te conformas con nuestros propósitos,
que son para ti de lo más benévolo,
hallarás beneficio en este cambio;
pero si tratas, siguiendo el camino de Antonio,
que yo aparezca como si fuera cruel,
te privarás de mi benevolencia
y expondrás a tus hijos a la ruina,
de la que los preservaré si te fías de mí.
Voy a partir.
CLEOPATRA ¡Y a cualquier lugar del universo que te plazca!
Tuyo es, y nosotros, cual escudos de armas
y signos de victoria, estaremos colgados
en el sitio que tú quieras. Toma esto, señor.

Le da un papel .

CÉSAR Ustedes me aconsejarán en todo lo que concierna

a Cleopatra.

CLEOPATRA He ahí la relación

del dinero, los objetos de plata,

y joyas que poseo.

Está valuado exactamente sin incluir

las bagatelas. ¿Dónde está Seleuco?

Entra SELEUCO.

SELEUCO Aquí, señora.

CLEOPATRA Este es mi tesorero.

Déjenlo que diga, bajo su cuenta y riesgo,

que no he reservado nada para mí.

Di la verdad, Seleuco.

SELEUCO Señora,

preferiría sellar mis labios,

que a cuenta y riesgo mío decir lo que no es cierto.

CLEOPATRA ¿Pues qué me he reservado?

SELEUCO Lo que bastaría para comprar

lo que has declarado.

CÉSAR No te sonrojes, Cleopatra. Apruebo

tu cordura.

CLEOPATRA ¡Mira, César! ¡Contempla

qué pronto halla seguidores la pompa!

Los míos lo serán tuyos ahora,

y si intercambiáramos fortunas,

los tuyos serían míos.

La ingratitud de este Seleuco me vuelve loca.

¡Oh, esclavo, tan indigno de fiar

como el amor comprado! ¡Qué!, ¿retrocedes?

¡Volverás aquí te lo aseguro!

¡Te arrancaría los ojos, aunque tuvieran alas!

¡Esclavo! ¡Villano desalmado! ¡Perro!

¡Oh, qué bajeza la tuya!

CÉSAR Buena reina,

permítenos interceder.

CLEOPATRA ¡Oh, César, qué lacerante vergüenza es esta

que, estando tú aquí a visitarme,

haciéndole el honor de tu grandeza

a alguien tan humilde, mi propio criado aumente

la suma de mis desgracias

con la adición de su maldad!

Admite, buen César, que yo me haya reservado

algunas bagatelas femeninas,

objetos insignificantes,

como aquellos con los que agasajamos de

ordinario a los amigos, y admite

que haya separado algún recuerdo

más valioso para Livia y Octavia,

a fin de ganarme su mediación.

¿Es eso para que se me descubra

por parte de quien yo he mantenido?

¡Oh, dioses! Esto me hiere

encima de la caída que sufro.

A SELEUCO.

Por favor vete,

o mostraré las llamaradas de mi ira

a través de las cenizas de mi mala suerte.

Si hombre fueras, piedad de mí tendrías.

CÉSAR Retírate, Seleuco.

Sale SELEUCO.

CLEOPATRA Sépase que nosotros, los más grandes,

somos juzgados mal por cosas que otros hacen,

y cuando caemos, soportamos la pena

merecida por otros. Somos dignos de lástima.

CÉSAR Cleopatra,

no ponemos en la lista de nuestras conquistas

ni lo que te has reservado ni lo que reconoces.

Que siga siendo tuyo;

dispón de ello a tu placer, y cree

que César no es mercader que trafique contigo

en cosas que han vendido mercaderes.

Cobra ánimo por tanto;

que no te aprisionen tus pensamientos.

No, querida reina, porque intentamos

disponer de ti como tú misma aconsejes.

Aliméntate y duerme.

Nuestra solicitud y piedad están contigo

al grado de que quedamos como amigo tuyo.

Por consiguiente, adiós.

CLEOPATRA ¡Mi amo y señor!

CÉSAR No tal, adiós.

Trompetería. Sale CÉSAR *con su séquito* .

CLEOPATRA Me halaga, hijas mías, me halaga,

para que no sea noble conmigo misma.

Pero escúchame, Charmian.

Le habla en secreto .

CHARMIAN Acabemos, noble señora.

Han terminado ya los días brillantes

y nos debemos a la oscuridad.

CLEOPATRA Regresa pronto. Ya he dado las órdenes

y todo está preparado. Anda, tráelo aprisa.

CHARMIAN Así lo haré, señora.

Entra DOLABELA.

DOLABELA ¿Dónde está la reina?

CHARMIAN Miradla, señor.

Sale .

CLEOPATRA ¡Dolabela!

DOLABELA Tal como juré a instancias tuyas,

lo cual me obliga el afecto

religiosamente obedecer, te digo esto:

César ha decidido que su viaje

se haga por Siria, y dentro de tres días,

te enviará por delante

a ti y a tus hijos. Aprovecha esta noticia.

Así satisfago tu deseo y mi promesa.

CLEOPATRA Quedo deudora tuya, Dolabela.

DOLABELA Y yo tu servidor. Adiós, buena reina.

Debo unirme con César.

CLEOPATRA Adiós y gracias.

Sale DOLABELA.

Ahora, Iras, ¿qué piensas de esto?

Como muñeca egipcia

serás exhibida en Roma igual que yo.

Artesanos vulgares,

con delantales grasientos, reglas y martillos,

nos alzarán para que nos vean.

En la nube de su pesado aliento

que apesta a comida corriente,

nos envolverán, y nos veremos forzadas

a aspirar su vaho.

IRAS ¡No lo permitan los dioses!

CLEOPATRA Esa es la verdad, Iras. Insolentes lictores

nos tratarán como rameras,

y ruines cancioneros

harán coplas desafinadas sobre nosotros.

Agudos comediantes improvisadamente

nos pondrán en escena

y presentarán nuestras fiestas alejandrinas.

Ahí Antonio aparecerá borracho

y yo veré algún jovenzuelo de voz chillona

hacerla de Cleopatra e imitar mi grandeza

con la postura de una prostituta.

IRAS ¡Oh, dioses, dioses!

CLEOPATRA No, es cierto.

IRAS Yo nunca lo veré,

porque estoy segura de que mis uñas

son más fuertes que mis ojos.

CLEOPATRA Pues ese es el modo

de burlar sus preparativos y de vencer

sus más absurdos intentos.

Entra CHARMIAN.

¡Hola, Charmian!

Háganme aparecer, mujeres mías,

como una reina. Vayan a buscar

mis mejores atuendos.

De nuevo voy al Cidno, a encontrar a Marco Antonio.

Ve, amable Iras. Ahora, Charmian,

démonos prisa de verdad y terminemos,

y cuando hayas cumplido este encargo,

tendrás permiso para divertirte

hasta el día del juicio.

Trae nuestra corona y todo.

Salen IRAS *y* CHARMIAN*. Ruido dentro* .

CLEOPATRA ¿De qué es ese ruido?

Entra un guardia .

GUARDIA Aquí está un labriego

que a toda costa quiere ver a su majestad.

Le trae higos.

CLEOPATRA Déjalo pasar.

¡Con qué pobre instrumento

podemos realizar tan noble acción!

Me trae la libertad y ya no tengo nada

de mujer en mí. Ahora, de pies a cabeza

soy firme como el mármol.

Ya la inconstante luna no es planeta mío.

Entra el GUARDIA *con el* LABRIEGO *que trae una canasta* .

GUARDIA Este es el hombre.

CLEOPATRA Retírate y déjalo.

Sale el GUARDIA.

¿Traes la viborita del Nilo

que mata y no hace sufrir?

LABRIEGO Sí, aquí está; pero no quisiera que usté la tocara porque su picadura es inmortal. Los que mueren de ella rara vez o nunca se alivian.

CLEOPATRA ¿Recuerdas alguno que haya muerto por eso?

LABRIEGO Muchos; hombres y mujeres también. Oí decir de una de ellas apenas ayer… Una mujer muy honrada, pero algo dada a mentir, lo cual no debe hacerlo una mujer si no es por honradez… Cómo murió de la picadura y qué dolor sentiría. De veras, dio muy buenos informes de la víbora; pero el que crea todo lo que dicen no se salvará nunca con la mitad de lo que hacen. Pero esto no falla, que la víbora es una víbora rara.

CLEOPATRA Sal de aquí: adiós.

LABRIEGO Le deseo a usté que goce mucho la víbora.

Pone la canasta en el suelo .

CLEOPATRA Adiós.

LABRIEGO Debe pensar esto; mire que la víbora hará lo suyo.

CLEOPATRA Sí, sí. Adiós.

LABRIEGO Fíjese que la víbora no es de fiar más que cuando la cuidan personas prudentes; porque en verdá, es que no es buena la víbora.

CLEOPATRA No te preocupes. Se la vigilará.

LABRIEGO Muy bien. No le dé nada, se lo ruego, porque no vale la pena de que la alimenten.

CLEOPATRA ¿Me comerá?

LABRIEGO Debe usté creer que no soy tan simple que no sepa que a una mujer no se la come ni el mismo diablo. Sé que una mujer es plato para dioses si el diablo no hace de ella la salsa. Pero de veras, estos mismos diablos, hijos de puta, hacen mucho daño a los dioses con sus mujeres, porque de cada diez que hacen los dioses, los diablos echan a perder cinco.

CLEOPATRA Bueno, ya vete. Adiós.

LABRIEGO Sí, de veras. Le deseo que goce mucho con la víbora.

Sale .

Entran IRAS *y* CHARMIAN *con un vestido, una corona y otras joyas* .

CLEOPATRA Dame el vestido, ponme la corona.

Dentro de mí siento ansias inmortales.

Ahora nunca más

el zumo de las uvas de Egipto

mojará estos labios.

Las mujeres la visten .

¡Aprisa, aprisa, buena Iras! ¡Pronto!

Me parece que oigo a Antonio que me llama.

Lo veo que se levanta a elogiar

mi noble acción. Oigo cómo se burla

de la suerte de César

que los dioses dispensan a los hombres

para excusar después su ira. ¡Ya voy, esposo!

¡Ahora mi valor pruebe el derecho a ese nombre!

Soy fuego y aire; mis otros elementos

abandono a la vida más grosera.

Qué, ¿han terminado?

Vengan entonces y reciban

el último calor que hay en mis labios.

Adiós, querida Charmian. Iras, mi largo adiós.

La besa. IRAS *cae y muere* .

¿Tengo el áspid en mis labios? ¿Caes?

Si la naturaleza y tú tan suavemente

se separan, el golpe de la muerte

es el pellizco de un amante

que duele y se desea. ¿Estás aún inmóvil?

Si así te desvaneces, le declaras al mundo

que no vale la pena despedirse de él.

CHARMIAN ¡Disuélvanse, nube espesa y lluvia,

para que pueda yo decir

que los mismos dioses lloran!

CLEOPATRA Esto demuestra cuán cobarde soy.

Si ella encuentra primero al rizado Antonio,

él le hará preguntas y le dará ese beso

cuya posesión es para mí el cielo.

Al áspid, aplicándolo a su pecho .

Ven, mortal asesino,

y con tu aguda lanceta deshaz de una vez

este nudo intrincado de la vida.

Pobre tonto venenoso, enójate

y despacha. ¡Oh, si pudieras hablar,

podría oír cómo llamarás asno a César

por falta de estrategia.

CHARMIAN ¡Oh, tú, estrella de Oriente!

CLEOPATRA ¡Calma, calma!

¿No ves al niño que tengo al pecho

que mama a la nodriza hasta dormirse?

CHARMIAN ¡Oh, rómpete, rómpete!

CLEOPATRA Tan dulce como el bálsamo,

tan blando como el aire, tan suave…

¡Oh, Antonio…!

Sí, voy a tomarte también.

Se aplica otro áspid en el brazo .

¿Por qué habría yo de permanecer?

Muere .

CHARMIAN ¿En este mundo vil? Por tanto, adiós.

Jáctate ahora, Muerte, que en tu seno reposa

una mujer incomparable. ¡Ciérrense ya,

dulces párpados, y que el dorado Febo

nunca más sea contemplado por tan regios ojos!

Se ha torcido tu corona. La compondré

y me pondré a jugar.

Entra la GUARDIA *con precipitación* .

GUARDIA PRIMERO ¿Dónde está la reina?

CHARMIAN Habla quedo. No la despiertes.

GUARDIA PRIMERO César ha mandado…

CHARMIAN Un mensajero muy lento.

Se aplica el áspid .

¡Oh, ven pronto! ¡Despacha! Comienzo a sentirte.

GUARDIA PRIMERO Ven, acércate… No anda todo bien.

César ha sido engañado.

GUARDIA SEGUNDO Ahí está Dolabela enviado por César.

Llámalo.

Sale un guardia .

GUARDIA PRIMERO ¿Qué ha pasado aquí, Charmian? ¿Está bien

hecho esto?

CHARMIAN Está bien hecho y como conviene a una princesa

que descendía de tantos reyes soberanos.

¡Ah, soldado!

Muere. Entra DOLABELA.

DOLABELA ¿Qué sucede aquí?

GUARDIA SEGUNDO Todas muertas.

DOLABELA César,

tus temores han sido justos. Tú mismo vienes

en persona a ver cumplido el terrible acto

que tanto intentaste prevenir.

Entra CÉSAR *con su séquito* .

TODOS MENOS CÉSAR ¡Abran paso a César!

DOLABELA Oh, señor, eres un certero augur

pues lo que bien temías ha sucedido.

CÉSAR Valerosa al final

adivinó nuestros propósitos,

y como verdadera reina,

tomó su propia decisión.

¿De qué modo murieron? No las veo sangrar.

DOLABELA ¿Quién fue el último que estuvo con ellas?

GUARDIA PRIMERO Un simple labriego que le trajo higos.

Esta era su canasta.

CÉSAR Envenenada entonces.

GUARDIA PRIMERO Oh, César, esta Charmian vivía hace un instante.

Estaba de pie y hablaba. La hallé

arreglando la corona de su ama muerta.

Se levantó temblando y se desplomó de pronto.

CÉSAR ¡Oh, noble flaqueza!

Si hubieran ingerido algún veneno,

se notaría la hinchazón exterior,

pero parece dormida, cual si quisiera

atrapar otro Antonio

en la irresistible red de su encanto.

DOLABELA Aquí en su pecho hay un pequeño brote

de sangre, y algo hinchado, lo mismo que en su brazo.

GUARDIA PRIMERO Es la huella de un áspid, y estas hojas de higo

tienen baba en ellas como la de los áspides

en las cuevas del Nilo.

CÉSAR Muy probablemente así murió,

pues me dijo su médico

que había hecho infinitas investigaciones

sobre modos sencillos de morir.

Levanten su cama y lleven a sus siervas

fuera del monumento.

Será enterrada junto con su Antonio.

Ninguna tumba de la tierra encerrará

una pareja tan famosa.

Tragedias como esta hieren a sus autores

y su historia no es menos digna de compasión

que gloriosa para quien la lamenta.

Nuestro ejército acompañará este funeral

con grande pompa, y enseguida, a Roma.

Ven, Dolabela, ocúpate del orden

riguroso de esta solemnidad.

Salen todos y los guardias llevan los cadáveres .

TIMÓN DE ATENAS

versión de

Nicolás Suescún

Se trata de una obra de difícil datación, probablemente escrita entre 1607 y 1608. Presenta similitudes estilísticas con *El rey Lear* . Durante mucho tiempo se consideró, debido a su brevedad y a sus inconsistencias, una obra inacabada, aunque la crítica contemporánea parece haber consensuado la idea de que se trata de una obra escrita en colaboración con Thomas Middleton. La única versión es la del Primer Folio de 1623.

DRAMATIS PERSONAE

TIMÓN de Atenas

Un POETA

Un PINTOR

Un JOYERO

LUCILIO, uno de los sirvientes de Timón

Un VIEJO ATENIENSE

Un COMERCIANTE

Un mercero

VENTIDIO, uno de los falsos amigos de Timón. Señor y senador de Atenas

ALCIBÍADES, un capitán ateniense. Señor y senador de Atenas

APEMANTO, un filósofo recalcitrante. Señor y senador de Atenas

Alguien vestido como CUPIDO en la mascarada

Damas vestidas como amazonas en la mascarada

FLAVIO, mayordomo de Timón

FLAMINIO, sirviente de Timón

SERVILIO, sirviente de Timón

Otros sirvientes de Timón

Un BUFÓN

Un PAJE

CAFIS, sirviente de los acreedores de Timón

SIRVIENTE DE ISIDORO, sirviente de los acreedores de Timón

Dos SIRVIENTES DE VARRÓN, sirvientes de los acreedores de Timón

LÚCULO, señor adulador

LUCIO, señor adulador

SEMPRONIO, señor adulador

SIRVIENTE DE LÚCULO

SIRVIENTE DE LUCIO

Tres EXTRANJEROS, uno llamado HOSTILIO

SIRVIENTE DE TITO, otro sirviente de los acreedores

SIRVIENTE DE HORTENSIO, otro sirviente de los acreedores

SIRVIENTE DE FILOTO, otro sirviente de los acreedores

FRINIA, prostituta de Atenas

TIMANDRA, prostituta de Atenas

Los bandidos, LADRONES

SOLDADO del ejército de Alcibíades

Mensajeros, criados, soldados

Escena: Atenas, casa de Timón, bosque, afueras de la ciudad

PRIMER ACTO

ESCENA I

Entran el POETA *por una puerta, el* PINTOR *portando una pintura por otra puerta, seguidos por el* JOYERO*, el* COMERCIANTE *y el mercero a través de varias puertas* .

POETA Buenos días, señor.

PINTOR Me alegra que esté bien.

POETA Hace mucho no lo veía, ¿cómo va el mundo?

PINTOR Se gasta, señor, a medida que sigue.

POETA Sí, eso es bien sabido. Pero ¿qué hay

en particular de raro, de extraño,

que no figure en la múltiple historia?

¡Veamos qué nos trae la abundancia, cuya magia

potente a todos estos espíritus convoca!

Se encuentran el COMERCIANTE *y el* JOYERO.

El mercero cruza el escenario y sale .

Conozco al comerciante.

PINTOR Yo los conozco a ambos; el otro es un joyero.

COMERCIANTE (*Al* JOYERO.) Ah, es un digno señor.

JOYERO Claro, sin duda alguna.

COMERCIANTE Es un hombre incomparable, ejercitado,

se diría, en una bondad incansable y continua,

como nadie en el mundo.

JOYERO (*Mostrando una joya* .) Traje una joya…

COMERCIANTE Déjeme verla, le ruego. ¿Es para Timón, señor?

JOYERO Si llega a cubrir su valor. Porque si no…

POETA (*Para sí* .) «Cuando alabamos al vil por recompensa,

se mancha la gloria de esos felices versos

en que cantamos el bien con propiedad.»

COMERCIANTE (*Al* JOYERO.) Tiene una bella forma.

JOYERO Y es muy brillante, y diáfana, mire usted.

PINTOR (*Al* POETA.) ¿Está usted concentrado en una obra,

un poema dedicado al gran señor?

POETA Algo que me vino por casualidad.

Mi poesía es como el caucho

que brota de la corteza

que lo nutre.

No surge el fuego del pedernal

sino al golpearlo, pero mi suave llama

se autogenera, y cual corriente vuela

sobre cada orilla que persigue.

¿Pero qué tiene usted ahí?

PINTOR Un cuadro, señor. ¿Cuándo sale su libro?

POETA En cuanto me haya presentado, señor.

Veamos su obra.

PINTOR (*Mostrando la pintura* .) Es una buena obra.

POETA Así es; está muy bien lograda, es excelente.

PINTOR Tampoco tanto.

POETA Es admirable. ¡Cómo la gracia comunica

la condición de ese hombre!

¡Qué poder mental el que despiden sus ojos!

¡Qué gran imaginación sugieren los labios!

Y aunque mudo el gesto, permite interpretarlo.

PINTOR Es una bonita imitación de la vida.

Mire esta pincelada. ¿Le parece buena?

POETA Yo diría que es maestra de la naturaleza;

un conflicto artificial vive en los trazos,

más animado incluso que la vida misma.

Entran algunos senadores .

PINTOR ¡Qué gentío el que sigue a este señor!

POETA Los senadores de Atenas. ¡Hombre feliz!

PINTOR Y, mire, ¡vienen más!

Los senadores cruzan el escenario,

y salen .

POETA Observe esta afluencia, esta marea de visitantes.

En esta cruda obra he dado forma a un hombre,

a quien este mundo inferior abraza y celebra

con amplia cortesía. Mi libre discurrir no se detiene

en un punto en especial; se desplaza en un vasto

mar de cera: ni rastro de malicia intencional

infecta una sola coma en el curso que llevo,

sino que este se remonta como el vuelo del águila,

atrevido, hacia delante, sin dejar huella.

PINTOR ¿Cómo entender eso?

POETA Se lo revelaré.

Vea cómo gentes de condición cualquiera,

y de cualquier índole, tanto las locuaces

y evasivas como las graves y austeras,

ofrecen sus servicios al señor Timón.

Su gran fortuna, dependiente de su naturaleza

buena y generosa, somete y apropia para su amor

y atención toda clase de corazones;

sí, desde el adulador con cara de espejo

hasta Apemanto, a quien nada gusta más

que aborrecerse; aun él se hinca de rodillas,

y se va en paz, más rico tras una seña de Timón.

PINTOR Vi que estaban hablando.

POETA He imaginado, señor,

a la Fortuna, entronizada en una colina

elevada y hermosa. En la base del monte

hay filas de hombres de todos los rangos,

de natural diverso, que en el seno de esta esfera

se esfuerzan por multiplicar sus posesiones.

En medio de ellos, fijos todos los ojos

en aquella dama soberana, a uno le he otorgado

el cuerpo de Timón, a quien Fortuna hace señas

con su mano de marfil, gracia que de inmediato

convierte a los rivales en sus criados y esclavos.

PINTOR Concepto que sin duda da en el blanco.

Pienso que el trono, esa fortuna y esta colina,
este único hombre señalado entre los demás,
inclinando la cabeza contra empinada ladera
para ascender hacia la felicidad,
expresarían bien nuestra propia profesión.
POETA Así es, pero permítame seguir: todos
los que anteriormente eran sus compañeros,
más ricos algunos, desde ese mismo instante
siguen sus pasos, atestan sus salones,
riegan sus oídos con susurros de devoción,
hacen sagrados incluso sus estribos,
y a través de él beben el aire libre.
PINTOR Muy cierto, ¿y qué les sucede?
POETA Cuando la Fortuna,
a causa de sus caprichos y cambios de humor,
rechaza desdeñosa a su reciente amado,
sus seguidores, afanados tras él hacia la cima
del monte, hasta de rodillas y con las manos,
dejan que se desplome, sin que uno solo acompañe
sus declinantes pasos.
PINTOR Cosa es esa común.
Mil pinturas alegóricas podría yo mostrarle,
confirmando estos súbitos golpes de la Fortuna,
más preñadas que las palabras. Pero hace bien
en demostrarle al señor Timón que ojos humildes

han visto los pies sobre la cabeza.

Suenan las trompetas.

Entra TIMÓN *luciendo una vistosa joya con un* MENSAJERO *de Ventidio; lo asiste* LUCILIO *y otros sirvientes.*

TIMÓN *se dirige cortésmente a todos los peticionarios, luego habla con el* MENSAJERO.

TIMÓN ¿Preso me dice usted?

MENSAJERO Adeuda cinco talentos;

sus medios son escasos, sus acreedores

de lo más estricto. Desea una honorable carta

suya para quienes lo han encerrado, fallando

la cual cancela del todo su tranquilidad.

TIMÓN ¡El noble Ventidio! No soy yo de esa pelambre

que se deshace de un amigo cuando él más lo necesita.

Lo conozco bien, es caballero que merece ayuda,

y la tendrá: cancelaré la deuda y lo liberaré.

MENSAJERO Su señoría lo compromete para siempre.

TIMÓN Salúdelo de mi parte; le enviaré su rescate

y, ya libre, ruéguele por favor que venga a verme.

No es suficiente ayudar al débil a levantarse,

después hay que apoyarlo. Que le vaya bien.

MENSAJERO Sea toda la felicidad para su señoría.

Entra un VIEJO ATENIENSE.

VIEJO ATENIENSE Permítame hablarle, señor Timón.

TIMÓN Con toda libertad, buen padre.

VIEJO ATENIENSE Tiene usted un sirviente de nombre Lucilio.

TIMÓN Así es. ¿Qué le sucede?

VIEJO ATENIENSE Dígale que venga, por favor, nobilísimo Timón.

TIMÓN ¿Nos sirve aquí, o no? ¡Lucilio!

LUCILIO Aquí estoy a sus órdenes, señor.

VIEJO ATENIENSE Este sujeto, señor Timón, este siervo suyo,
frecuenta mi casa de noche. Soy un hombre
desde la niñez inclinado al ahorro, y mis bienes
ameritan un heredero de mejor crianza
que uno que sostiene los platos.

TIMÓN Bueno, ¿y que más?

VIEJO ATENIENSE Solo tengo una hija,
y ningún pariente a quien pueda dejar lo que tengo.
La muchacha es hermosa, joven pero ya casadera,
y la he criado con gran costo para inculcarle
las mejores cualidades. Este hombre suyo pretende
que la ama. Le ruego, noble señor, que se una a mí
para prohibirle verla; yo, por mi cuenta,
hablé con él. Fue en vano.

TIMÓN Es un hombre honrado.

VIEJO ATENIENSE Por lo tanto ha de serlo, Timón. Su honradez
será su propia recompensa, pero no mi hija.

TIMÓN ¿Ella lo ama?

VIEJO ATENIENSE Ella es joven y maleable:
nuestras propias pasiones pasadas nos enseñan
lo veleidosa que es la juventud.

TIMÓN (*A* LUCILIO.) ¿Amas a la muchacha?

LUCILIO Sí, mi buen señor, y ella me acepta.

VIEJO ATENIENSE Si falta mi consentimiento para su matrimonio,

escogeré mi heredero (¡testigos sean los dioses!)

entre los mendigos del mundo, y nada le daré a ella.

TIMÓN ¿Y cuál sería la dote si se une a igual marido?

VIEJO ATENIENSE Por el momento, tres talentos; después todo.

TIMÓN Este caballero mío me ha servido largo tiempo.

Me esforzaré un poco para aumentar su fortuna,

por solidaridad humana. Entréguele a su hija,

y pondré en la balanza lo que usted le concede,

para igualar el peso.

VIEJO ATENIENSE Nobilísimo señor,

que su honor sea la garantía, y ella es suya.

TIMÓN Le doy mi mano; mi honor en la promesa queda.

VIEJO ATENIENSE A su señoría doy humildes gracias.

Ojalá jamás acceda a bienes

o a fortuna no debida a usted.

Salen LUCILIO *y el* VIEJO ATENIENSE.

POETA (*Presentándole un poema a* TIMÓN.)

Reciba mi trabajo, y deseo a su señoría

muchos años de vida.

TIMÓN Gracias, ya lo atiendo. No se vaya.

Al PINTOR.

¿Qué tiene usted ahí, amigo mío?

PINTOR Una obra pictórica, que ruego su señoría acepte.

TIMÓN Bienvenida es la pintura.

La pintura se aproxima al hombre natural:

pues, como el deshonor trafica con la naturaleza

del hombre, este es solo apariencia;

y estas figuras con el pincel trazadas

son exactamente lo que expresan.

Me gusta su obra, y lo va a comprobar,

espere hasta saber de mí.

PINTOR ¡Que los dioses lo protejan!

TIMÓN Que le vaya bien, caballero. Deme la mano.

Tenemos que cenar.

Al JOYERO.

Señor,

el elogio ha perjudicado a su joya.

JOYERO ¿Cómo, mi señor? ¿Menospreciada?

TIMÓN Pura saciedad de alabanzas,

me arruinaría si la pagara según la ensalzan.

JOYERO Está evaluada, señor mío, por lo que darían

los vendedores; pero como usted bien sabe,

las cosas de igual valor, aunque de diferentes

propietarios, son apreciadas por quien las luce.

Debe creerme, señor mío, que si usted la usara

mejoraría la joya.

TIMÓN Estupenda broma es esa.

COMERCIANTE No, mi buen señor; él usa el lenguaje corriente

que comparte toda la humana especie.

Entra APEMANTO.

TIMÓN Miren quién ha llegado. ¿Desean ser reprendidos?

JOYERO Si es con su señoría, podremos soportarlo.

COMERCIANTE De él no se salvará nadie.

TIMÓN Buenos días, tierno Apemanto.

APEMANTO Deja tus buenos días, hasta que yo sea tierno,

tú, perro de Timón, y estos canallas honestos.

TIMÓN ¿Por qué les dices canallas? ¿No los conoces?

APEMANTO ¿No son ellos atenienses?

TIMÓN Sí.

APEMANTO No me arrepiento, entonces.

JOYERO ¿Usted me conoce, Apemanto?

APEMANTO Sabes que sí, te llamo por tu nombre.

TIMÓN Eres orgulloso, Apemanto.

APEMANTO Más que todo de no ser como Timón.

TIMÓN ¿Adónde vas?

APEMANTO A romperle la crisma a un ateniense honrado.

TIMÓN Por un hecho así podrías morir.

APEMANTO Cierto, si de acuerdo con las leyes no hacer nada significa la muerte.

TIMÓN ¿Qué piensas de este cuadro, Apemanto?

APEMANTO Lo mejor, por lo ingenuo.

TIMÓN ¿No ha trabajado bien quien lo pintó?

APEMANTO Trabajó mejor quien hizo al pintor, y sin embargo es una porquería de obra.

PINTOR Eres un perro.

APEMANTO Tu madre es de mi especie. ¿Qué será ella, si yo soy un perro?

TIMÓN ¿Cenarás conmigo, Apemanto?

APEMANTO No, no como señores.

TIMÓN De hacerlo, se enojarían las damas.

APEMANTO ¡Ah! Ellas comen señores, por eso se les infla la barriga.

TIMÓN Concepto lascivo es ese.

APEMANTO Si así lo concibes, que los dolores sean tuyos.

TIMÓN ¿Qué opinión tienes de esta joya, Apemanto?

APEMANTO No tasa buena como la de la honradez, que al hombre no le cuesta un ochavo.

TIMÓN ¿Cuánto piensas que vale?

APEMANTO No vale la pena ni pensar en ella. ¿Qué hay, poeta?

POETA ¿Qué hay, filósofo?

APEMANTO Mientes.

POETA ¿No lo eres?

APEMANTO Sí.

POETA Entonces no miento.

APEMANTO ¿No eres un poeta?

POETA Sí.

APEMANTO Entonces mientes. Mira nada más tu última obra, en la que pretendes que él es un hombre de valía.

POETA No es pretensión, es cierto.

APEMANTO Sí, es de valía para ti, pues paga tu trabajo. Aquel a quien le encanta que lo adulen, vale lo que el adulador. ¡Cielos, si yo fuera un señor!

TIMÓN ¿Qué harías entonces, Apemanto?

APEMANTO Lo mismo que hace Apemanto ahora, odiar al señor con toda el alma.

TIMÓN ¿Cómo, a ti mismo?

APEMANTO Sí.

TIMÓN ¿Por qué razón?

APEMANTO No me fue augurado ser señor. ¿No eres tú comerciante?

COMERCIANTE Sí, Apemanto, lo soy.

APEMANTO ¡Que el comercio te destruya, si no lo hacen los dioses!

COMERCIANTE Si lo hace el comercio, también los dioses.

APEMANTO El comercio es tu dios: ¡que tu dios te destruya!

Suenan las trompetas .

Entra un MENSAJERO.

TIMÓN ¿Qué trompetas son esas?

MENSAJERO Es Alcibíades, con veinte jinetes que le siguen.

TIMÓN (*A los sirvientes* .) Denle la bienvenida y tráiganlo.

Salen unos sirvientes .

Al JOYERO.

Usted tiene que cenar conmigo.

Al POETA.

No se vaya hasta que le dé las gracias.

Al PINTOR.

Cuando hayamos cenado, muéstreme su obra.

A todos .

Me alegra verlos.

Entra ALCIBÍADES *con sus jinetes.*

Eres bienvenido, Alcibíades.

APEMANTO (*Aparte* .) ¡Miren eso, miren eso!

¡Que punzantes dolores contraigan y paralicen

sus flexibles coyunturas! ¿Quién diría

que haya tan poco amor entre estos amables

canallas con todas sus zalemas? La especie humana

ha engendrado sin duda al babuino y al mono.

ALCIBÍADES (*A* TIMÓN.) Señor, has satisfecho mi vehemente anhelo,

y tu presencia sacia mi apetito.

TIMÓN Bienvenido eres, Alcibíades. Antes de separarnos,

en variados placeres gozaremos del tiempo generoso.

Te ruego que entremos.

Salen todos, menos APEMANTO.

Entran dos SEÑORES.

PRIMER SEÑOR ¿Qué hora es, Apemanto?

APEMANTO Hora de ser honrado.

PRIMER SEÑOR De eso siempre es hora.

APEMANTO Mayor tu maldición, pues siempre la descuidas.

SEGUNDO SEÑOR ¿Vas al ágape de Timón?

APEMANTO Sí, para ver la carne llenar a los canallas

y el vino calentar a los imbéciles.

SEGUNDO SEÑOR Que te vaya bien, que te vaya bien.

APEMANTO Eres un tonto por despedirte dos veces.

SEGUNDO SEÑOR ¿Por qué, Apemanto?

APEMANTO Has debido guardarte una despedida,

porque yo no pensaba despedirme.

PRIMER SEÑOR Y tú deberías ahorcarte.

APEMANTO No, no haría nada que tú me pidas; pídeselo a tu amigo.

SEGUNDO SEÑOR ¡Vete, perro pendenciero,

o soy capaz de ahuyentarte a puntapiés!

APEMANTO Volaré, como perro de los cascos de un burro.

PRIMER SEÑOR Se opone a la humanidad. Vamos, entremos

para gozar de la generosidad de Timón.

Él supera al corazón mismo de la bondad.

SEGUNDO SEÑOR Se desborda. Plutón, el dios del oro,

parece mayordomo suyo. No hay elogio

que no devuelva por siete veces su valor;

no hay regalo para él que al donante

no rinda extraordinarios intereses.

PRIMER SEÑOR Posee el carácter más noble

que haya gobernado a hombre alguno.

SEGUNDO SEÑOR ¡Que sea eterna su fortuna!

¿Entramos? Vamos.

PRIMER SEÑOR Lo acompaño.

Salen .

ESCENA II

Se oye fuerte música sonora de oboes. Se sirve un gran banquete, atienden FLAVIO *y varios sirvientes y entran* TIMÓN, ALCIBÍADES, *los senadores, los señores atenienses y* VENTIDIO, *a quien* TIMÓN *sacó de la prisión.*

Luego, el último, APEMANTO, *tal cual es, malhumorado .*

VENTIDIO Honorabilísmo Timón, los dioses han tenido

a bien recordar la edad de mi padre,

y lo han llamado a una larga paz.

Feliz se ha ido, y me ha dejado rico.

Y como por virtuosa gratitud

estoy obligado a su generoso corazón,

devuelvo a usted estos talentos, con cuya ayuda

recobré mi libertad, y le rindo homenaje

y doy las gracias.

TIMÓN De ningún modo, noble Ventidio,

sobre mi simpatía se equivoca usted.

Mi voluntad fue dárselos, y nadie de verdad

podría decir que da si recibe algo en pago.

De ser ese el juego de nuestros superiores,

no debemos atrevernos a imitarlos;

las faltas generosas son virtudes.

VENTIDIO ¡Noble espíritu!

Los señores se ponen de pie, ceremoniosos .

TIMÓN No, señores míos,

la ceremonia fue creada en un principio

para dar lustre a débiles acciones,

a huecas bienvenidas, a la bondad que se retracta,

a la piedad antes de que se muestre;

pero sobra cuando hay amistad verdadera.

Siéntense, por favor, más bienvenidos

son ustedes a mis riquezas, que mis riquezas a mí.

Se sientan .

PRIMER SEÑOR Siempre lo hemos confesado, señor.

APEMANTO ¿Confesado? Ja, ja. ¿Y nada de horca para ustedes?

TIMÓN Bienvenido, Apemanto.

APEMANTO No, no me des la bienvenida,

he venido para que me arrojes a la calle.

TIMÓN ¿No te da vergüenza? Ese genio tuyo a nadie luce,

y es muy censurable. *Ira furor brevis est* ,

se dice, señores, pero este hombre siempre

está furioso. Que se siente solo en una mesa,

porque ni le gusta estar acompañado,

ni tiene, por cierto, aptitud para ello.

APEMANTO Déjame quedarme, a cuenta y riesgo tuyo.

Vine solo a observar, te lo advierto.

TIMÓN Yo no te tengo en cuenta;

eres un ateniense, por lo tanto bienvenido.

No podría, si quisiera, taparte la boca;

ojalá la comida te mantenga en silencio.

APEMANTO Yo desprecio tu comida. Me atragantaría, pues me es imposible adularte. ¡Oh, dioses! ¡Cuántos son los hombres que se comen a Timón, y él no los ve! A mí me apena ver a tantos mojar su comida en

la sangre de un hombre, y toda la locura está en que él también los felicita.

Me asombra que los hombres osen confiar

en los hombres. Creo que deberían invitarlos

sin sus cuchillos, buenos para la carne

pero más seguros para sus vidas.

Muchos ejemplos hay de esto. El sujeto que se sienta junto a él y que comparte, al brindar en la misma copa, su pan y su aliento, es el más dispuesto a matarlo; esto es cosa probada. Si yo fuera un gran hombre, me daría miedo beber en las comidas, no sea que espíen las notas peligrosas de mi gaznate. Los grandes deberían beber con armadura al cuello.

TIMÓN (*Brindando con un señor* .)

Brindo de todo corazón, señor mío,

y que la salud dé la vuelta a la mesa.

SEGUNDO SEÑOR Que fluya por aquí, mi buen señor.

APEMANTO ¿Que fluya por aquí? Valiente compañero;

está alerta a las mareas. Esas saludes

harán que enfermen tus riquezas, Timón.

En cambio esto es demasiado débil

para inducir al pecado: el agua pura,

que jamás hundió al hombre en el lodo.

Esta y mi comida son iguales: no hay diferencia.

Demasiado arrogantes son las fiestas

para mostrar a los dioses agradecimiento.

La oración

de APEMANTO.

Dioses inmortales, no os pido lucro;

no ruego por nadie sino por mí mismo.

Concededme nunca ser tan tonto

de confiar en el juramento o compromiso de un hombre, en los lloros de una puta,

o en un perro que parece dormido,

o en un custodio de mi libre albedrío

o en mis amigos, si los necesitara.

Amén. Así que a comer se dijo:

yo como raíces, y los ricos pecan.

Come .

¡Que mucho reconforte tu buen corazón, Apemanto!

TIMÓN Capitán Alcibíades: tu corazón está ahora en el campo de batalla.

ALCIBÍADES Mi corazón siempre está a tu servicio, señor mío.

TIMÓN Tú prefieres un desayuno de enemigos que una cena con amigos.

ALCIBÍADES Si corre fresca su sangre, señor, no hay comida igual; me gustaría ver a mi mejor amigo en uno de esos festines.

APEMANTO Ojalá todos esos aduladores fueran tus enemigos, para que los mataras y me invitaras a compartirlos.

PRIMER SEÑOR (*A* TIMÓN.) Señor mío, si tuviéramos la felicidad de que por una vez usaras nuestros corazones, de manera que podamos expresar aunque sea un fragmento de nuestro celo, nos podríamos considerar satisfechos para siempre.

TIMÓN Sin duda, amigos míos, pero los mismos dioses han previsto que reciba de ustedes mucha ayuda: si no fuera así, ¿cómo serían amigos míos? ¿Por qué, entre miles, reciben ustedes ese amable nombre, si no por ser los más cercanos a mi corazón? Sobre ustedes me he dicho más a mí mismo de lo que ustedes mismos pueden hablar a favor por modestia; y en esa medida los confirmo. Oh, dioses, pienso yo: ¿para qué íbamos a necesitar amigos si no tuviéramos que recurrir a ellos? No habría seres vivos más superfluos si no los necesitáramos; parecerían armoniosos instrumentos metidos en sus estuches, guardando sus sonidos para sí. Es por ello que a menudo he deseado ser más pobre,

para acercarme más a ustedes. Nacemos para hacer beneficios; ¿y qué mejor o más apropiada riqueza nos cabe llamar nuestra que la de los amigos? ¡Ah, qué preciado consuelo el de tener tantos hermanos iguales administrando unos a otros sus riquezas! ¡Oh, alegrías borradas antes de haber nacido! Mis ojos, creo, no pueden contener las lágrimas. Para olvidar su ofensa, bebo a la salud de ustedes.

APEMANTO Lloras para hacerlos beber, Timón.

PRIMER SEÑOR La alegría nació del mismo modo en nuestros ojos, y en ese instante brotó de ellos como un niño.

APEMANTO Ja, ja, río de pensar en ese niño bastardo.

TERCER SEÑOR Palabra, señor mío, que me conmovió.

APEMANTO Mucho.

Un toque de trompeta .

TIMÓN ¿Qué significa esa trompeta?

Entra un SIRVIENTE.

¿Por qué ahora?

SIRVIENTE Un favor le pido, mi señor, hay en la puerta

unas damas que mucho desean ser recibidas.

TIMÓN ¿Unas damas? ¿Qué desean?

SIRVIENTE Viene un heraldo con ellas, señor,

cuyo oficio es anunciar sus deseos.

TIMÓN Le ruego que las haga entrar.

Entra alguien vestido como CUPIDO.

CUPIDO Os saludo, noble Timón, y a todos

cuantos disfrutan de vuestra generosidad.

Los cinco mejores sentidos os reconocen

por patrón, y vienen libremente para dar

agrado a vuestro libérrimo corazón.

Helos aquí: gusto, tacto, olfato, todos,

de vuestra mesa se levantan satisfechos.

Mas ahora vienen a recrear vuestra vista.

TIMÓN Bienvenidos todos; que sean amablemente

acogidos. ¡Que con música se les dé bienvenida!

Sale CUPIDO.

LÚCULO Muestra es esta, señor, del abundante amor que lo rodea.

Música. Entra una mascarada de damas, cantando y bailando, con traje de amazonas y laúdes en las manos .

APEMANTO ¡Caramba! Veamos el despliegue de vanidad.

¿Bailan? Son unas locas. Parecida locura

es la gloria de esta vida: como esta pompa

al lado de un poco de aceite y de raíces.

Nos volvemos tontos cuando nos divertimos,

y se nos van los halagos bebiendo a la salud

de unos hombres sobre quienes, cuando viejos,

los vomitamos con rencor y venenosa envidia.

¿Quién vive sin ser difamado o difamando?

¿Quién muere sin llevar a la tumba los rechazos

de ayuda de sus amigos? Me daría miedo

que quienes hoy bailan frente a mí,

me pisoteen un día de estos. Ha sucedido.

La gente cierra la puerta al sol poniente.

Los señores se levantan de la mesa, con muchas lisonjas a TIMÓN*; para demostrar su amistad, cada uno escoge una amazona, y todos bailan uno o dos sonoros acordes de los oboes; y se detienen* .

TIMÓN Han añadido ustedes, bellas damas, gracia

a nuestro goce; nuestro deleite, ni la mitad

de vistoso y de lucido, han adornado en bella forma;

le han dado peso y lustre, y me han entretenido

con mi propia invención. Se los agradezco.

PRIMERA DAMA Señor, su opinión es la mejor posible.

APEMANTO Sin duda, pues lo peor de ustedes es inmundo,

y sospecho yo que no podríamos tocarlo.

TIMÓN Hay una sencilla comida esperándolas,

señoras; les ruego la disfruten.

TODAS LAS DAMAS Muchísimas gracias, señor.

Salen las damas .

TIMÓN ¡Flavio!

FLAVIO ¿Señor?

TIMÓN Tráigame el cofre pequeño.

FLAVIO Sí, mi señor.

Aparte .

¡Más joyas todavía!

No existe manera de llevarle la contraria;

si no le diría con franqueza que cuando todo

haya gastado, le gustará que hubieran contrariado

sus caprichos. Lástima que la generosidad

no tenga ojos en la espalda, para que los hombres

nunca se sientan desgraciados por sus decisiones.

Sale .

PRIMER SEÑOR ¿Dónde está mi gente?

SIRVIENTE Aquí, señor, a sus órdenes.

SEGUNDO SEÑOR ¡Nuestros caballos!

Sale el SIRVIENTE.

Entra FLAVIO *con el cofre* .

Se lo entrega a TIMÓN *y sale* .

TIMÓN Amigos míos, quiero decirles unas palabras.

Mire, mi buen señor, le ruego me haga el honor

de exhibir esta joya. Acéptela y lúzcala,

tenga la bondad.

PRIMER SEÑOR Son tantos los regalos, señor, que me ha hecho…

TODOS Así como a nosotros.

TIMÓN *les da joyas. Entra un* SIRVIENTE.

SIRVIENTE Señor, hay algunos nobles del Senado

que acaban de llegar de visita.

Sale el SIRVIENTE. *Entra* FLAVIO.

TIMÓN Muy bienvenidos son.

FLAVIO Le suplico, respetado señor, me permita

decirle una palabra que le atañe de cerca.

TIMÓN ¿De cerca? Entonces, te escucharé otra vez.

Por ahora preparémonos para agasajarlos.

FLAVIO Casi no sé cómo hacerlo.

Entra un SEGUNDO SIRVIENTE.

SEGUNDO SIRVIENTE Por favor, su señoría: el señor Lucio,

por la gran simpatía que siempre le profesa,

le regala cuatro caballos blancos como la leche,

con arneses de plata.

TIMÓN Los acepto con gusto. Que reciban el mejor trato.

Sale el SIRVIENTE.

Entra un TERCER SIRVIENTE.

¿Qué sucede? ¿Qué noticias me traes?

TERCER SIRVIENTE Loada sea su señoría: ese honorable caballero,

el señor Lúculo, lo invita a cazar con él mañana,

y envía a su señoría dos parejas de galgos.

TIMÓN Cazaré con él; y que sean recibidos,

mas no sin una noble recompensa.

FLAVIO (*Aparte* .) ¿Cómo acabará todo esto? Nos ordena proveer,

y dar grandes regalos, todo con un cofre vacío.

Nada sabe de su bolsa, ni me permite mostrarle

el mendigo que es su voluntad, pues no puede

realizar sus deseos. Sus promesas sobrepasan

tanto sus fondos, que todo lo que dice es deuda;

cada palabra representa una. Es tan generoso

que ahora paga interés por ello, y sus tierras

están hipotecadas todas. Ojalá me despidiera

amable antes de que salga volando a la fuerza. Más feliz

es la persona sin amigos que alimentar

que quien los tiene más perniciosos que enemigos.

Sangro por dentro por mi señor.

TIMÓN Ustedes mismos se perjudican mucho;

menosprecian demasiado sus propios méritos.

Acepte de este amigo, señor, esta nada.

SEGUNDO SEÑOR La acepto con gracias más que comunes.

TERCER SEÑOR ¡Ah, es el espíritu mismo de la generosidad!

TIMÓN Y ahora recuerdo sus elogios

al potro bayo que monté el otro día.

Suyo es, pues le gustó.

TERCER SEÑOR ¡Oh, le suplico que me perdone, señor!

TIMÓN Debe creer en lo que digo.

A nadie conozco que elogie lo que no le gusta.

El afecto de mi amigo por mí es igual

al que le tengo yo, se lo aseguro.

Los visitaré.

TODOS LOS SEÑORES Nadie es más bienvenido.

TIMÓN Mi corazón recibe con afecto

todas y cada una de las visitas,

hasta tal punto que no me basta dar;

yo quisiera donar reinos a mis amigos

y no cansarme nunca. Alcibíades,

eres soldado, por lo tanto rara vez rico;

todo lo que recibes es para ti caridad,

pues pasas tu vida entre los muertos,

y tus tierras son campos de batalla.

ALCIBÍADES Sí, mi señor, tierra mancillada.

PRIMER SEÑOR Estamos comprometidos en tal grado…

TIMÓN También yo con ustedes.

SEGUNDO SEÑOR Tan infinitamente agradecidos…

TIMÓN Y yo del todo con ustedes. ¡Luces, más luces!

PRIMER SEÑOR ¡Que la mayor felicidad, honores y fortuna

te acompañen siempre, señor Timón!

TIMÓN Quien está a órdenes de sus amigos.

Salen todos, excepto TIMÓN *y* APEMANTO.

APEMANTO ¡Qué baraúnda! ¡Cuánto despliegue de venias

y sacadas de culo! Dudo que sus piernas

valgan las sumas que les dan por ellas.

La amistad está llena de escoria;

los corazones falsos no deberían tener

nunca piernas sanas, creo.

Es así como los tontos honrados sirven

sus riquezas a las zalamerías.

TIMÓN Vamos, Apemanto, si no fueras de tan malas pulgas,

te trataría bien.

APEMANTO Nada quiero, si me sobornaras a mí también no quedaría nadie para zaherirte y más deprisa pecarías. Hace tanto que das, que temo que muy pronto te entregues en papel. ¿A qué estas fiestas, pompas y vanagloria todas?

TIMÓN Ves, otra vez dale a burlarte de la sociedad; por eso he jurado no tenerte en cuenta. Que te vaya bien, y vuelve con una música mejor.

Sale .

APEMANTO Bien, no deseas oírme ahora, no lo harás entonces. Echaré llave a la puerta de tu paraíso. ¡Ah, sordos a los consejos son los oídos de los hombres, mas no a la lisonja!

Sale .

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Entra un SENADOR *con pagarés* .

SENADOR Y últimamente, cinco mil; a Varrón y a Isidoro
les debe nueve mil, que con mi anterior suma
completan veinticinco. ¡Y todavía despilfarra
locamente! Esto no puede seguir, no va a seguir.
Si quiero oro, basta con darle a Timón el perro
de un mendigo… y el perro acuñará monedas;
si deseo vender mi caballo y comprar veinte mejores…
pues no tengo sino que dárselo a Timón,
y sin pedirle nada, con solo dárselo,
parirá para mí potros fuertes y gallardos.
No hay portero en su puerta, sino alguien que sonríe
y siempre invita a todos los que pasan. Tal cosa
no puede continuar; no existe ninguna razón
para calcular su fortuna sólida. ¡Hola, Cafis!
¡Cafis, oye!

Entra CAFIS.

CAFIS Aquí estoy, señor, ¿qué desea?

SENADOR Ponte la capa y ve deprisa a casa de Timón.
Acósalo para sacarle mi dinero. No te conformes
con un rechazo ligero, ni dejes que te tape

la boca con un «salúdame a tu amo», jugando

con el gorro en la mano derecha, en esta forma.

Dile que tengo urgentísimas necesidades,

que esta vez debo invertir lo que es mío;

ya pasaron las fechas y se vencieron los plazos,

y mi confianza en sus promesas diferidas

ha deteriorado mi crédito. Lo quiero y lo honro

pero no me voy a herniar para curarle un dedo.

Mi necesidad es inmediata, y no admitiré

que me devuelvan una pelota de palabras,

sino dineros contantes y sonantes. Vete ya,

aprémialo con la mayor porfía, pon cara exigente,

pues me temo que cuando todas las plumas vuelvan

a su propia ala, Timón, que ahora resplandece

como el fénix, será un polluelo implume. Ve.

CAFIS Voy, señor.

SENADOR (*Entregándole unos pagarés* .) Lleva los pagarés contigo y no dejes de aclarar las fechas.

CAFIS Eso haré, señor.

SENADOR Ve.

Salen separadamente .

ESCENA II

Entra FLAVIO

con muchos pagarés en la mano .

FLAVIO No le importa, no para. Es tan irresponsable

con los gastos, que ni siquiera quiere saber

cómo los mantiene, o detener el diluvio

de festejos. No hace balance de las cosas

que pierde, ni se prepara para el futuro.

Nunca hubo nadie tan insensato en su bondad.

¿Qué hacer? Nada oirá, hasta que sienta el golpe.

Lejano sonido de cuernos .

He de serle franco, ahora que vuelve de la cacería.

¡Vamos, vamos, vamos!

Entran CAFIS *por una puerta* ,

y los SIRVIENTES DE ISIDORO *y* DE VARRÓN *por otra* .

CAFIS Buenas tardes, Varrón. ¿Qué, vienes por dinero?

SIRVIENTE DE VARRÓN ¿No es ese también tu asunto?

CAFIS Sí. ¿Y también el tuyo, Isidoro?

SIRVIENTE DE ISIDORO Así es.

CAFIS ¡Ojalá nos pagaran a todos!

SIRVIENTE DE VARRÓN Me temo que no.

CAFIS Ahí viene el señor.

Entran TIMÓN*, con su séquito, y* ALCIBÍADES *como de cacería* .

TIMÓN Tan pronto hayamos cenado, saldremos de nuevo,

Alcibíades mío.

CAFIS *le sale al paso* .

¿Conmigo? ¿Qué desea?

CAFIS Tengo aquí, mi señor, pagarés por ciertas deudas.

TIMÓN ¿Deudas? ¿De dónde es usted?

CAFIS De aquí, de Atenas, mi señor.

TIMÓN Hable con mi mayordomo.

CAFIS Si su señoría me permite, en este mes ha pospuesto

el asunto de día en día. Debido a un gran apuro,

mi amo está obligado a recurrir a lo que es suyo,

y humildemente le suplica que, concorde

con sus demás cualidades, acceda a ser justo

con él.

TIMÓN Honrado amigo, le ruego que venga

mañana por la mañana.

CAFIS No, mi buen señor.

TIMÓN Cálmese, buen amigo.

SIRVIENTE DE VARRÓN Yo soy sirviente de Varrón, mi buen señor.

SIRVIENTE DE ISIDORO (*A* TIMÓN.)

Y yo de Isidoro, que humildemente le solicita

un pronto pago.

CAFIS (*A* TIMÓN.) Si estuviera al corriente

de las necesidades de mi amo, señor…

SIRVIENTE DE VARRÓN (*A* TIMÓN.)

El plazo, mi señor, con pena de embargo,

se venció hace unas seis semanas, o más.

SIRVIENTE DE ISIDORO (*A* TIMÓN.)

Su mayordomo, señor, siempre se disculpa,

y por eso me enviaron para hablar directamente

con su señoría.

TIMÓN Déjenme respirar. Sigan por favor, señores,

se lo ruego; en un momento los atiendo.

Salen ALCIBÍADES *y el séquito de* TIMÓN.

A FLAVIO.

Venga acá. Dígame, le ruego,

¿qué pasa en el mundo, que ahora me encuentro

con ruidosas exigencias de pagos, pagarés vencidos,

incumplimiento de largas deudas sobre mi honor?

FLAVIO (*A los* SIRVIENTES) Por favor, caballeros, no es este el momento

para estas cuestiones. Dejen su apremio

para después de la comida, así podré hacer

que mi señor comprenda por qué no se les paga.

TIMÓN Hagan eso, amigos.

A FLAVIO.

Encárguese de que sean bien atendidos.

Sale

Entran APEMANTO *y el* BUFÓN.

CAFIS Esperen, esperen, ahí viene el bufón con Apemanto: divirtámonos un rato con ellos.

SIRVIENTE DE VARRÓN ¡Que lo ahorquen! Nos va a fastidiar.

SIRVIENTE DE ISIDORO ¡Que le caiga la sarna a ese perro!

SIRVIENTE DE VARRÓN ¿Cómo vas, tonto?

APEMANTO ¿Dialogas con tu sombra?

SIRVIENTE DE VARRÓN No, hablo contigo.

APEMANTO No, sino contigo mismo. (*Al* BUFÓN.) Vamos.

SIRVIENTE DE ISIDORO (*Al* SIRVIENTE DE VARRÓN.) Ya el tonto se te trepó en los hombros.

APEMANTO No, tú estás sobre tus piernas; todavía no te le has trepado.

CAFIS (*Al* SIRVIENTE DE ISIDORO.) ¿Quién es el tonto ahora?

APEMANTO El que hizo la última pregunta. ¡Pobres tunantes, empleados de usureros, alcahuetes entre el oro y la necesidad!

TODOS LOS SIRVIENTES ¿Qué somos, Apemanto?

APEMANTO Asnos.

TODOS LOS SIRVIENTES ¿Por qué?

APEMANTO Por preguntarme qué son, y no saberlo ustedes mismos. Háblales, bufón.

BUFÓN ¿Cómo están, caballeros?

TODOS LOS SIRVIENTES Muchas gracias, buen tonto. ¿Cómo está tu mujer?

BUFÓN Ahora mismo está poniendo agua a hervir para escaldarlos a ustedes, gallinas. ¡Cómo quisiéramos verlos en Corinto!

APEMANTO Bien; muchas gracias.

Entra un PAJE *con dos cartas* .

BUFÓN Miren, ahí viene el paje de mi mujer.

PAJE Ah, ¿cómo está, mi capitán? ¿Qué hace en esta sabia compañía? ¿Y tú, Apemanto?

APEMANTO Ojalá tuviese una vara en la boca, para que mi respuesta te aprovechara.

PAJE Te ruego, Apemanto, léeme los destinatarios de estas cartas: no sé cuál es cuál.

APEMANTO ¿No sabes leer?

PAJE No.

APEMANTO Poco saber morirá el día en que te ahorquen. Esta es para el señor Timón; esta para Alcibíades. Anda, naciste bastardo y morirás alcahuete.

PAJE Te criaron perro, y como un perro morirás de hambre. No respondas, me voy.

Sale .

APEMANTO Y así huyes de la influencia benéfica. Bufón, iré contigo a ver al señor Timón.

BUFÓN ¿Me dejarás allí?

APEMANTO Si Timón se queda en casa. (*A los* SIRVIENTES.) ¿Ustedes tres sirven a tres usureros?

TODOS LOS SIRVIENTES Sí. Ya quisiéramos que nos sirvieran ellos.

APEMANTO También yo lo querría, sería la mejor jugada que un verdugo le haya hecho a un ladrón.

BUFÓN ¿Ustedes son empleados de usureros?

TODOS LOS SIRVIENTES Sí, tonto.

BUFÓN Creo que no hay usurero que no tenga por sirviente a un tonto; mi mujer lo es, y su tonto soy yo. Cuando las personas van a pedirle prestado a sus amos, se acercan tristes y se van alegres; pero cuando entran alegres a casa de mi señora, se van tristes. ¿Cuál es la razón?

SIRVIENTE DE VARRÓN Yo te podría dar una.

BUFÓN Hazlo, entonces, para tenerte por putañero y canalla, pese a lo cual no serás menos estimado.

SIRVIENTE DE VARRÓN ¿Qué es un putañero, tonto?

BUFÓN Un tonto bien vestido, y en algo parecido a ti. Es un espíritu; a veces se aparece como un señor, a veces como un abogado, a veces como un filósofo, con dos piedras más que la suya, que es artificial. Muy a menudo es como un caballero; y por lo general se mete en todas las apariencias que el hombre adopta y deja entre los ochenta y los trece.

SIRVIENTE DE VARRÓN No eres tonto del todo.

BUFÓN Ni tú del todo sabio. Te falta tanto de inteligencia como a mí de tontería.

APEMANTO Esa respuesta habría sido digna de Apemanto.

Entran TIMÓN *y* FLAVIO.

TODOS LOS SIRVIENTES A un lado, a un lado; ahí viene el señor Timón.

APEMANTO Ven conmigo, bufón, ven.

BUFÓN No siempre sigo al amante, al hermano mayor y a la mujer; a veces sigo al filósofo.

Salen APEMANTO *y el* BUFÓN.

FLAVIO (*A los* SIRVIENTES.)No se alejen, les ruego, ya hablo con ustedes.

Salen los SIRVIENTES.

TIMÓN Me asombra que no me hayas explicado antes

mi situación con claridad, de modo que hubiera podido

calcular mis gastos y medir acorde mis recursos.

FLAVIO Se negaba a escucharme. En muchos momentos propicios

le propuse…

TIMÓN Vamos, tal vez solo escogió esos momentos

en que lo rechacé por no estar dispuesto,

y esa renuencia mía le dio autoridad para excusarse.

FLAVIO Ah, mi buen señor,

a menudo le llevé mis cuentas, y se las mostré;

las tiraba y decía que le bastaba mi honradez.

Cuando a cambio de un nimio regalo me pedía

que devolviera tanto más, yo meneaba la cabeza,

y lloraba: sí, contra el dictado de los buenos

modales le he rogado que cerrara más la mano.

No fue raro soportar reproches nada suaves

cuando le hacía notar el reflujo de sus finanzas

y el enorme flujo de sus deudas. Bienamado señor,

aunque ahora me escucha demasiado tarde, queda tiempo:

si calculamos por lo alto sus pertenencias

nos faltaría la mitad para pagar sus deudas actuales.

TIMÓN Que se vendan todas mis tierras.

FLAVIO Todas están hipotecadas,

algunas vencidas y perdidas, y las que quedan

ni de lejos llenarán la boca de sus deudas presentes.

El futuro se acerca deprisa. ¿Cómo defendernos

entretanto, y qué cálculos hay a largo plazo?

TIMÓN Mis tierras se extendían hasta Lacedemonia.

FLAVIO ¡Oh, mi buen señor, el mundo es solo una palabra:

si todo fuera suyo para darlo en un soplo,

qué pronto desaparecería!

TIMÓN Es cierto lo que dices.

FLAVIO Si sospecha de mi administración, o falsedad,

enfrénteme a los auditores más acuciosos,

para ponerme a prueba. Que los dioses

me bendigan, pero cuando escandalosos comensales

atestaban nuestras cocinas y dependencias,

cuando las bodegas lloraban ebrios derrames

de vino, cuando todos los cuartos resplandecían

con luces y se estremecían con músicas y cantos,

he llorado a la par de la pródiga canilla de un tonel.

TIMÓN Por favor, no siga.

FLAVIO ¡Cielos, he dicho, qué generosidad la de mi amo!
¡Cuántos pródigos bocados han deglutido
esta noche esclavos y labradores!
¿Quién no es devoto a Timón? ¿Qué corazón,
qué cabeza, qué espada, qué fuerza, qué fondos
no son del señor Timón, del noble, digno y grande
Timón, de Timón el regio? Ah, cuando falten fondos
para comprar estos elogios, se desvanecerá
el aliento con que se hacen. Lo ganado en fiestas,
pronto se pierde; basta una nube de lluvia invernal,
para que esas moscas busquen abrigo.
TIMÓN Vamos, no me sermonees más.
Nunca en mi vida tuve un pensamiento ruin.
He dado sin prudencia, pero no innoblemente.
¿Por qué lloras? ¿Es posible que te falte juicio
como para pensar que me harán falta amigos?
Libra tu corazón de temores. Si aprovecho
las fuentes del amor que me profesan y pruebo,
con préstamos, las promesas de los corazones,
podré usar a mis anchas las fortunas de sus dueños
de la misma manera que logré hacerte hablar.
FLAVIO Benditos sean sus pensamientos.
TIMÓN Y en cierta forma estas carencias me coronan.
Las tengo por bendiciones,
pues gracias a ellas pondré a prueba a mis amigos.

Ya verás cómo te equivocas sobre mi fortuna.

Soy rico en amigos. ¡Oigan! ¡Flaminio! ¡Servilio!

Entran FLAMINIO*,* SERVILIO

y otro SIRVIENTE.

TODOS LOS SIRVIENTES Mi señor, mi señor.

TIMÓN Los voy a mandar a varios lugares:

A SERVILIO.

usted donde el señor Lucio,

A FLAMINIO.

usted a casa del señor Lúculo

(hoy estuve cazando con su señoría),

Al TERCER SIRVIENTE.

y usted donde Sempronio.

Apelen a su amistad; y díganles lo orgulloso

que estoy de haber encontrado la ocasión

para usarlos como fuente de dinero.

Pídanles cincuenta talentos.

FLAMINIO Como diga, señor.

Salen los SIRVIENTES.

FLAVIO ¿Los señores Lucio y Lúculo? ¡Hum!

TIMÓN Y usted, señor, vaya con los senadores,

de quienes, incluso para mayor prosperidad

del estado, merezco que me escuchen: ruégueles

que me envíen de inmediato mil talentos.

FLAVIO Fui atrevido, pues sabía que esa

era la forma más normal con ellos

y utilicé su sello y su nombre;

pero menearon la cabeza, y aquí me tiene,

no más rico que al irme.

TIMÓN ¿Es verdad? ¿Es posible?

FLAVIO Respondieron con única y colegiada voz

que están en rojo, faltos de fondos,

impotentes para hacer lo que desean, que lo lamentan;

que habrían deseado… pero no saben…

que una naturaleza noble puede desencajarse…

que todo sea para lo mejor… que lástima,

y así, con intención de abordar otros asuntos graves,

después de miradas repelentes y frases incompletas,

y saludos a medias, y esas señas heladas,

me dejaron petrificado y sin palabras.

TIMÓN ¡Dioses, recompensadlos! Sonría, le ruego.

La ingratitud de esos ancianos es hereditaria;

tienen la sangre coagulada, fría, apenas corre.

Por falta de calor benévolo no son bondadosos;

la naturaleza, al acercarse de nuevo a la tierra,

se adapta, lenta y pesada, para el viaje.

Vaya a casa de Ventidio. Le ruego, no esté triste;

es usted fiel y honrado (lo digo con franqueza),

ninguna culpa se le puede atribuir.

Ventidio acaba de enterrar a su padre,

a cuya muerte ha heredado una gran fortuna.
Cuando era pobre, y estaba preso y sin amigos,
lo liberé con cinco talentos. Dele saludos
míos, suplíquele entender que una gran necesidad
acosa a su amigo, quien le pide lo recuerde
devolviéndole esos cinco talentos. Ya con ellos,
entréguelos a quienes cobran las deudas vencidas.
Nunca diga o piense que la suerte de Timón
puede naufragar en medio de sus amigos.
FLAVIO Ojalá pudiera no pensar tal cosa.
Ese pensamiento es enemigo de la generosidad;
siendo desprendido, piensa que los demás lo son.
Salen separadamente .

TERCER ACTO

ESCENA I

Entra FLAMINIO*, con una caja bajo la capa, a la espera de hablar con* LÚCULO.

Lo atiende un sirviente de parte de su amo .

SIRVIENTE DE LÚCULO Ya le hablé de usted a mi señor; baja a verlo.

FLAMINIO Gracias, señor.

Entra LÚCULO.

SIRVIENTE DE LÚCULO Aquí está mi señor.

LÚCULO (*Aparte* .) ¿Uno de los empleados del señor Timón? Seguro es un regalo. Pues me cae bien: anoche soñé con una fuente y una jarra de plata… Flaminio, honrado Flaminio, es usted respetuosamente bienvenido. (*A su sirviente*) Tráeme vino.

Sale el sirviente .

¿Y cómo está ese honorable, perfecto y liberal caballero de Atenas, su muy generoso y buen señor y amo?

FLAMINIO De salud, señor, está bien.

LÚCULO Me alegra mucho, señor, que esté bien de salud. ¿Y qué tiene ahí, bajo la capa, mi estimado Flaminio?

FLAMINIO La verdad es que nada, señor, fuera de una caja vacía, que en nombre de mi amo vengo a suplicar a su señoría se sirva llenar; pues teniendo gran y urgentísima necesidad de cincuenta talentos, me ha enviado para que su señoría se los proporcione, sin duda alguna de su inmediata ayuda al respecto.

LÚCULO Vaya, vaya: ¿«sin duda alguna», dijo? Ay, qué buen señor, y caballero noble, si no fuera por tener casa de tanto despilfarro. A menudo y muchas veces he cenado con él y le he hablado de eso, y he vuelto a comer con él para hacer que gaste menos, y sin embargo no acogía ningún consejo, no se sentía advertido por mis visitas. Cada persona tiene un defecto, la liberalidad es el suyo. Se lo he dicho, pero nunca logré que la desechara.

Vuelve el SIRVIENTE*, con el vino* .

SIRVIENTE Por favor, su señoría, aquí está el vino.

LÚCULO Flaminio, he notado que siempre eres sensato. (*Bebiendo* .) Brindo por ti.

FLAMINIO Su señoría me halaga.

LÚCULO En ti he observado siempre un ánimo amable y servicial, digno de ti, pues sabes lo que es razonable y puedes aprovechar el tiempo, si este te favorece. (*Bebiendo* .) ¡Virtudes tuyas todas! (*A su* SIRVIENTE.) Vete, granuja.

Sale el SIRVIENTE.

Acércate, honrado Flaminio. Tu amo es un caballero munificente: pero tú eres prudente y sabes de sobra, aunque acudas a mí, que esta no es época de prestar dinero, sobre todo en aras de la pura amistad, sin garantía. (*Le da unas monedas* .) Aquí tienes tres sueldos, buen muchacho, y hazte el de la vista gorda, di que no me viste. Que te vaya bien.

FLAMINIO ¿Es posible que el mundo esté tan diferente, viviendo en él los mismos que vivíamos?

Le tira las monedas a LÚCULO.

¡Vuela, maldita bajeza, donde quien te adora!

LÚCULO Ah, veo ya que eres un tonto, apenas criatura de tu amo.

Sale .

FLAMINIO ¡Que estas monedas sean de las que han de escaldarte!

¡Que fundidas en tu gaznate sean tu condena,

amigo no, sino peste de amigo! ¿Tiene la amistad

tan débil y lechoso el corazón que se cuaja

en menos de dos noches? ¡Oh, dioses! Siento la furia

de mi amo. Este esclavo de su honor lleva dentro

manjares suyos: ¿por qué han de serle útiles

y nutrirlo, cuando todo él, entero, se ha vuelto

veneno? ¡Ah, que solo males le produzcan,

y cuando esté enfermo de muerte, que ninguna parte

de su cuerpo sustentada por mi amo tenga el poder

de rechazar el mal, y más bien prolongue su agonía!

Sale .

ESCENA II

Entra LUCIO*, con tres extranjeros* .

LUCIO ¿Quién, el señor Timón? Él es muy buen amigo mío, y honorable caballero.

PRIMER EXTRANJERO Sabemos que no es menos, aunque no nos conozca. Pero una cosa le puedo decir, señor mío, la cual sé de rumores que corren por ahí: las horas felices del señor Timón son ahora cosa del pasado, y su hacienda se agota.

LUCIO Ni de riesgo, no, no crean; es imposible que no tenga dinero.

SEGUNDO EXTRANJERO Pero en esto puede creer, señor mío. Hace muy poco, uno de sus empleados acudió al señor Lúculo, para pedirle prestados unos cuantos talentos, y por cierto que con gran apremio, y demostrando que la causa era pura necesidad, y sin embargo le fueron negados.

LUCIO ¿Cómo?

SEGUNDO EXTRANJERO Le digo que le fueron negados, señor mío.

LUCIO ¡Qué caso extraño! Por los dioses que me da vergüenza. ¿Rechazado ese hombre honorable? Muy poco honor hubo en ello. Por mi parte, debo confesar que he recibido de él pequeños favores, tales como dinero, vajillas, joyas y bagatelas así, nada comparado con lo de Lúculo; pero si no hubiera cometido el error de enviar donde él, sino a mi casa, nunca le habría negado los talentos necesarios para aliviar su situación.

Entra SERVILIO.

SERVILIO (*Aparte* .) Mira, qué buena suerte, allí está mi señor; he sudado para encontrar a su señoría. (*A* LUCIO.) ¡Honorable caballero!

LUCIO ¡Servilio! Afectuosamente lo recibo, señor. Que le vaya bien; saludes mías a su honrado y virtuoso señor, mi exquisito amigo.

SERVILIO Por favor su señoría, mi señor le ha enviado…

LUCIO ¿Cómo? ¿Qué ha enviado? Estoy tan obligado con él; siempre está enviando cosas. ¿Cómo piensa que se lo podría agradecer? ¿Qué ha enviado ahora?

SERVILIO Solo le ha enviado razón de su actual necesidad, señor mío: suplicando a su señoría que se sirva remediarla con los talentos requeridos.

LUCIO Sé que su señoría solo se está riendo de mí.

No puede querer cincuenta talentos ni… quinientos.

SERVILIO Pero entre tanto desea menos, mi señor. De no ser justificada su urgencia, no insistiría con tanta firmeza.

LUCIO ¿Habla en serio, Servilio?

SERVILIO Por mi vida que es cierto, señor.

LUCIO ¡Qué mala bestia fui al hundirme en un momento tan propicio para demostrar cuán honorable soy! ¡Qué infortunio el sucedido, que ayer tuviera que hacer ciertas adquisiciones, escasas ellas ante el gran honor deshecho! Servilio, que los dioses sean testigos, no puedo actuar; más bestia aún, repito. Yo mismo estaba a punto de recurrir al señor Timón, de lo cual pueden dar fe estos caballeros; solo que ahora no lo haría, no, no podría, por toda la riqueza de Atenas. Dé usted a su buen señor mil saludes mías, y espero que su señoría tenga de mí el mejor concepto, aunque no pueda ahora prestarle ese servicio. Y dígale de mi parte que cuento entre mis mayores penas la de no poder complacer a tan honorable caballero. Buen Servilio, ¿llegará su amistad al punto de repetirle mis palabras exactas?

SERVILIO Así será, señor.

LUCIO Procuraré hacerle un gran favor, Servilio.

Sale SERVILIO.

Es verdad lo que decían; Timón está seco.

Y quien es rechazado una vez,

difícilmente se repondrá.

Sale .

PRIMER EXTRANJERO ¿Te has fijado, Hostilio?

SEGUNDO EXTRANJERO ¡Ay, demasiado bien!

PRIMER EXTRANJERO Pues tal es la esencia del mundo, y de la misma tela es el placer de todo adulador. ¿Quién puede llamar amigo al que pica del mismo plato? Que yo sepa, Timón ha sido el padre de este señor, y con su bolsa le ha sostenido el crédito; ha apoyado su hacienda. Y hasta con dinero de Timón ha pagado él los sueldos a su gente. Jamás bebe sin que sus labios toquen la plata de Timón, ¡y sin embargo vean qué monstruo es el hombre cuando revela su figura ingrata! Le niega lo que, comparado con lo que tiene, es como lo que da al mendigo el dadivoso.

SEGUNDO EXTRANJERO Gime la religión ante algo así.

PRIMER EXTRANJERO Por mi parte, nunca disfruté de la compañía de Timón, ni recibí de él ningún regalo para marcarme como amigo suyo. Sin embargo, por su noble y recto carácter, sus ilustres virtudes y su honrada conducta, afirmo, tanto aprecio su espíritu, que le habría donado más de la mitad de mi fortuna. Pero veo que los hombres deben prescindir de la piedad, pues el interés se impone a la conciencia.

Salen .

ESCENA III

Entra el tercer SIRVIENTE *de Timón con* SEMPRONIO*,*

otro amigo de Timón .

SEMPRONIO ¿Por qué tiene que molestarme a mí…? ¡Hum!
¿Más que a ningún otro? Podía acudir al señor Lucio,
o a Lúculo; y ahora Ventidio, el que sacó de la cárcel,
también está rico. Todos ellos le deben sus bienes.

SIRVIENTE Señor mío, todos fueron puestos a prueba y resultaron
de vil metal, pues todos lo rechazaron.

SEMPRONIO ¿Cómo? ¿Lo rechazaron?
¿Ventidio y Lúculo lo rechazaron? ¿Y acude a mí?
¿Tercero? ¡Hum! Eso demuestra bien poco aprecio
y juicio en él. ¿He de ser yo su último recurso?
Sus amigos, como médicos, prosperan al desecharlo;
¿debe el remedio correr por mi cuenta? Con esto
me hace gran humillación; estoy furioso, ni siquiera
está al tanto de mi sitio entre sus amigos.
No veo sentido en ello, pues bien habría podido
buscarme a mí primero, ya que tengo presente
que fui el primero en recibir regalos suyos.
¿Y tan mal piensa de mí, ahora, para creer
que seré el último en retribuirlo? Pues no:
sería el hazmerreír de los amigos, y los señores
me tendrían por tonto. Habría preferido darle
tres veces esa suma, si considerando mi carácter
hubiera acudido a mí primero. Pero vuelva ya,
y a las evasivas de ellos añada esta respuesta:

quien menosprecia mi honor no verá mis monedas.

Sale .

SIRVIENTE Excelente: su señoría es un villano bondadoso. El diablo ignoraba lo que hacía cuando hizo político al hombre; se bloqueó a sí mismo; pero no puedo dejar de pensar que las maldades del hombre al final lo librarán. ¡Con qué decencia procura este señor parecer ruin! Toma modelos virtuosos para ser maligno, como aquellos que con celo cálido y ardiente incendiarían reinos enteros: de tal carácter es su amistad política.

Y era él la mayor esperanza de mi señor.

Ahora han huido todos; solo quedan los dioses.

Hoy, muertos sus amigos, las puertas que nunca

se cerraron con llave en años de abundancia,

deberán salvaguardar a su dueño. Y es esto todo

lo que el más generoso proceder permite:

quien no puede guardar su riqueza

debe al menos conservar su casa.

Sale .

ESCENA IV

Entran dos SIRVIENTES DE VARRÓN*, que se encuentran con otros, todos sirvientes de los acreedores de Timón, para esperar que este salga. Luego entran* SIRVIENTES DE LUCIO*,* TITO *y* HORTENSIO.

PRIMER SIRVIENTE DE VARRÓN ¡Afortunado encuentro! Buenos días, Tito y Hortensio.

SIRVIENTE DE TITO Lo mismo te deseamos, bondadoso Varrón.

SIRVIENTE DE HORTENSIO ¡Lucio! ¿Cómo? ¿Estamos todos aquí juntos?

SIRVIENTE DE LUCIO Así es, y creo que el mismo asunto

nos ha traído a todos: el mío es el dinero.

SIRVIENTE DE TITO Lo mismo que el suyo es el nuestro.

Entra un SIRVIENTE DE FILOTO.

SIRVIENTE DE LUCIO ¡Y también aquí el señor Filoto!

SIRVIENTE DE FILOTO Buenos días a todos.

SIRVIENTE DE LUCIO

Bienvenido, buen hermano. ¿Qué hora piensas que es?

SIRVIENTE DE FILOTO Pujando por las nueve.

SIRVIENTE DE LUCIO ¿Ya tan tarde?

SIRVIENTE DE FILOTO ¿Y mi señor no se ha dejado ver?

SIRVIENTE DE LUCIO Todavía no.

SIRVIENTE DE FILOTO Me extraña, habría debido brillar a las siete.

SIRVIENTE DE LUCIO Sí, pero ahora sus días son más cortos:

ten en cuenta que el curso de un pródigo

es como el del sol, mas no, como el de este, repetible.

Temo que reina un profundo invierno en la bolsa

del señor Timón; o sea que por más profundo

que se llegue, muy poco será lo que se encuentre.

SIRVIENTE DE FILOTO En eso comparto tus temores.

SIRVIENTE DE TITO Te mostraré cómo interpretar un hecho extraño.

¿Tu señor te envía ahora por dinero?

SIRVIENTE DE HORTENSIO Muy cierto.

SIRVIENTE DE TITO Y luce joyas que son regalo de Timón,

por las cuales yo estoy esperando dinero.

SIRVIENTE DE HORTENSIO Contra mi voluntad.

SIRVIENTE DE LUCIO Nota lo extraño que parece:

Timón, en esto, deberá pagar más de lo que debe.

Es como si tu señor llevara ricas joyas

y mandara a cobrar lo que costaron.

SIRVIENTE DE HORTENSIO

Me enfada esta misión, los dioses son testigos.

Sé que mi señor ha gastado parte de la riqueza de Timón,

y ahora su ingratitud lo hace peor que un robo.

PRIMER SIRVIENTE DE VARRÓN

Sí, lo mío son tres mil coronas. ¿Cuánto lo tuyo?

SIRVIENTE DE LUCIO Cinco mil.

PRIMER SIRVIENTE DE VARRÓN Es mucho, y parecería por esa suma

que la confianza de tu señor era mayor que la del mío;

de lo contrario serían seguramente iguales.

Entra FLAMINIO.

SIRVIENTE DE TITO Uno de los hombres del señor Timón.

SIRVIENTE DE LUCIO ¿Flaminio? Señor, una palabra. Le ruego que me diga, ¿saldrá pronto mi señor?

FLAMINIO No, por cierto que no.

SIRVIENTE DE TITO

Esperamos a su señoría. Por favor comuníqueselo.

FLAMINIO No necesito decírselo; él sabe que ustedes

son demasiado persistentes.

Entra FLAVIO*, cubierto con una capa* .

SIRVIENTE DE LUCIO

¡Ja! ¿No es ese su mayordomo con la cara tapada?

Se va envuelto en una nube. Llámenlo, llámenlo.

SIRVIENTE DE TITO (*A* FLAVIO.) Señor, ¿me oye?

SEGUNDO SIRVIENTE DE VARRÓN (*A* FLAVIO.) Con su permiso, señor…

FLAVIO ¿Qué quieres preguntarme, amigo?

SIRVIENTE DE TITO Esperamos aquí ciertos dineros.

FLAVIO ¡Ay! Si el dinero fuera tan cierto como su espera,

sería harto seguro. ¿Por qué no presentaron

sus sumas y sus cuentas cuando sus falsos

señores compartían los manjares de mi señor?

Entonces podían sonreír y adularlo por sus deudas,

y zamparse los intereses en las jetas glotonas.

Solo ustedes se perjudican molestándome así.

Déjenme pasar tranquilo. Créanme, mi señor y yo

estamos acabados: yo ya no tengo más qué contar,

ni él qué gastar.

SIRVIENTE DE LUCIO Sí, pero esa respuesta no nos sirve.

FLAVIO Si no sirve, no es tan baja como ustedes,

que les sirven a unos canallas.

Sale .

PRIMER SIRVIENTE DE VARRÓN ¿Cómo? ¿Qué rezonga su señoría cesante?

SEGUNDO SIRVIENTE DE VARRÓN No importa qué, es pobre, y esa es venganza de sobra. ¿Quién habla más libremente que el que no tiene casa donde meter la cabeza? Esos son los que pueden burlarse de los grandes edificios.

Entra SERVILIO.

SIRVIENTE DE TITO ¡Ah, aquí está Servilio! Ahora tendremos una respuesta.

SERVILIO Si pudiera suplicarles, caballeros, que se presentaran a alguna otra hora, me harían un gran favor. Pues les digo con franqueza que mi señor se inclina asombrosamente al descontento. Lo ha abandonado su carácter alegre, está bastante mal de salud y no sale de su cuarto.

SIRVIENTE DE LUCIO

Muchos se encierran en sus cuartos sin estar enfermos;

pero si tan mal de salud está él que no puede salir,

creo yo que con mayor razón debería pagar sus deudas,

para así despejar el camino hacia los dioses.

SERVILIO ¡Buenos dioses!

SIRVIENTE DE TITO Señor, no podemos aceptar eso como respuesta.

FLAMINIO (*Desde dentro* .) ¡Socorro, Servilio! ¡Mi señor, mi señor!

Entra TIMÓN*, airado* .

TIMÓN ¡Cómo! ¿Mis puertas se oponen a mi paso? Siempre

he sido libre. ¿Y debe mi casa ser mi enemigo

carcelero, mi prisión? ¿El sitio de mis agasajos

me muestra ahora, como toda la humanidad,

un corazón de hierro?

SIRVIENTE DE LUCIO Muéstrasela ahora, Tito.

SIRVIENTE DE TITO Señor, aquí está mi cuenta.

SIRVIENTE DE LUCIO Aquí está la mía.

SIRVIENTE DE HORTENSIO Y la mía, señor.

LOS DOS SIRVIENTES DE VARRÓN Y las nuestras.

SIRVIENTE DE FILOTO Todas nuestras cuentas.

TIMÓN Derríbenme con ellas, clávenme por la cintura.

SIRVIENTE DE LUCIO Ay, mi señor…

TIMÓN Corten mi corazón en sumas.

SIRVIENTE DE TITO La mía son cincuenta talentos.

TIMÓN Cuenten mi sangre.

SIRVIENTE DE LUCIO Cinco mil coronas, señor.

TIMÓN Cinco mil gotas pagan eso. ¿Cuál es la suya?

¿Y la suya?

PRIMER SIRVIENTE DE VARRÓN Mi señor…

SEGUNDO SIRVIENTE DE VARRÓN Mi señor…

TIMÓN Desgárrenme, tómenme,

los dioses caigan sobre ustedes.

Sale .

SIRVIENTE DE HORTENSIO Palabra, noto que nuestros amos pueden despedirse de su dinero; de estas deudas bien se puede decir que son desesperadas, porque el deudor está loco.

Salen .

ESCENA V

Entran TIMÓN *y* FLAVIO.

TIMÓN Hasta mi aliento se han llevado esos esclavos.

¿Acreedores? ¡Diablos!

FLAVIO Mi querido señor…

TIMÓN ¿Y qué si fuera así?

FLAVIO Mi señor…

TIMÓN Así quiero que sea. ¡Mi mayordomo!

FLAVIO Aquí estoy, mi señor.

TIMÓN ¿Tan oportuno? Ve, invita de nuevo

a todos mis amigos,

a Lucio, a Lúculo, a Sempronio, a todos.

Agasajaré a esos bribones una vez más.

FLAVIO Oh, mi señor, es solo por su alma trastornada

que habla así; no queda ni para poner una modesta mesa.

TIMÓN Por eso no te preocupes.

Ve, te lo encomiendo, invítalos a todos.

Da paso una vez más a esa marea de canallas;

mi cocinero y yo nos encargamos.

Salen .

ESCENA VI

Entran tres SENADORES *por una puerta* .

PRIMER SENADOR Señorías, mi voto es vuestro;

su delito es de sangre. Es preciso que muera.

Nada hace más temerario al pecado que la piedad.

SEGUNDO SENADOR Muy cierto; la ley lo aplastará.

Entra ALCIBÍADES *con su séquito* .

ALCIBÍADES ¡Honor, salud y compasión para el Senado!

PRIMER SENADOR ¿Qué decís, capitán?

ALCIBÍADES Apelo humildemente a vuestras virtudes,

pues la piedad es la virtud de la ley,

y solo los tiranos la practican con crueldad.

El tiempo y la fortuna han querido caer

pesadamente sobre un amigo mío, que por hervirle

la sangre metió un pie en la ley, marisma sin fondo

para quienes por descuido se arrojan en ella.

Él es un hombre, si hacemos a un lado su destino,
de virtudes discretas; no mancilló, cobarde,
el hecho (honor que lo rescata de su falta),
mas con noble furia y ánimo justo, viendo herida
de muerte su reputación, se enfrentó a su enemigo;
y con tan sensato y sobrio dominio controló su ira,
aún no agotada, cual simple prueba de un argumento.
PRIMER SENADOR Caéis en una estricta paradoja: tratáis de hacer
que una acción fea parezca bella. Tan forzadas
son vuestras palabras como si se propusieran
hacer del homicidio una premisa, y así convertir
una disputa en el máximo grado del valor,
siendo aquella un valor bastardo, que vino al mundo
recién nacidas las sectas y facciones. Valiente
es aquel que puede soportar sabiamente lo peor
que pueda vivir el hombre, y hacer de los agravios
su exterior, para llevarlos como la ropa, con descuido,
y nunca preferir sus crímenes a su corazón,
al punto de ponerlo en peligro. Si los delitos
son demonios que nos obligan a matar,
¡qué insanía arriesgar la vida por el mal!
ALCIBÍADES Vuestra señoría…
PRIMER SENADOR Es imposible hacer que grandes faltas parezcan
puras; vengarse no es valor, lo es aguantar.
ALCIBÍADES Señorías, entonces, con vuestra venia, perdonadme

si os hablo como capitán que soy. ¿Por qué se exponen
los tontos en las batallas, y no soportan las amenazas
todas? ¿Por qué no lo consultan con la almohada
y dejan, sin oponerse, que los enemigos les corten
tranquilamente la garganta? Si tanto es el valor
de aguantar, ¿por qué luchamos contra los extranjeros?
Pues entonces, si aguantar es lo importante,
más valientes son las mujeres que se quedan en casa;
y si lo cuerdo fuera lo sabio, el asno sería
más capitán que el león, y el hombre en cadenas
más sabio que el juez. Oh, señorías, os pido
que seáis tan bondadosos y compasivos como sois
poderosos. ¿Quién no condenará la precipitación
a sangre fría? Matar, concedo, es el extremo
arrebato del delito; pero en defensa propia,
piadosamente visto, es lo más justo. Irreverente
es caer en la ira, ¿pero qué hombre no se enfurece?
Contrapesad, por lo menos, el crimen con esto.
SEGUNDO SENADOR Habláis en vano.
ALCIBÍADES ¿En vano? Sus servicios
en Lacedemonia y en Bizancio
son suficiente rescate de su vida.
PRIMER SENADOR ¿Qué queréis decir?
ALCIBÍADES Pues deseo deciros, señorías, que ha cumplido bien
con su deber, matando a muchos de vuestros enemigos.

¡Con qué valor se comportó en el último conflicto,

repartiendo heridas abundantes!

SEGUNDO SENADOR Se ha excedido en abundancia de ellas.

Es pendenciero jurado; tiene un defecto

que a menudo lo abruma y aprisiona su valor.

Perdería el control aun no habiendo enemigos.

Se sabe que en su furia bestial ha cometido ultrajes,

y que promueve fracciones; nos han informado

sobre su vida corrupta y su peligrosa embriaguez.

PRIMER SENADOR Que muera.

ALCIBÍADES ¡Duro destino! Habría podido morir en la guerra.

Señorías, no por ninguna de sus cualidades

(aunque su brazo derecho justificaría una vida

sin deudas con nadie) sino para conmoveros,

asignadle mis propios méritos, y juntadlos;

y pues en vuestra digna vejez

amáis la seguridad, en justa retribución

os daré en prenda mis victorias.

Si por este crimen él debe su vida a la ley,

que la guerra la reciba en valiente sangría,

pues si la ley es estricta, la guerra no lo es menos.

PRIMER SENADOR Estamos por la ley: ha de morir. No insistáis,

so pena de irritarnos. Amigo o hermano,

condena su propia sangre al vertir la de otro.

ALCIBÍADES ¿Ha de ser así? No puede ser.

Señorías, os suplico que penséis quién soy.

SEGUNDO SENADOR ¿Cómo?

ALCIBÍADES Llamadme a vuestra memoria.

TERCER SENADOR ¿Qué?

ALCIBÍADES No puedo sino pensar que vuestra edad

me ha olvidado; de otro modo no podría

caer tan bajo para apelar y verme negada

tan vulgar gracia. Mis heridas claman ante vosotros.

PRIMER SENADOR ¿Os enfrentáis a nuestra cólera? Os lo digo

en pocas palabras, pero de amplio efecto:

os desterramos para siempre.

ALCIBÍADES ¿Desterrarme? ¡Desterrad vuestra chochez

desterrad la usura, que deshonra al Senado!

PRIMER SENADOR Si tras el brillo de dos soles Atenas os alberga,

esperad un juicio más severo; y para no aumentar

nuestra ira, que él sea ejecutado de inmediato.

Salen los senadores y asistentes .

ALCIBÍADES ¡Los dioses les conserven la vejez

lo bastante para que vivan apenas en los huesos,

y no pueda verlos nadie! Estoy peor que loco.

He mantenido a raya a sus enemigos mientras

ellos contaban sus monedas y prestaban sus dineros

a altos intereses; y yo, por mi parte, rico

solo en grandes heridas. ¿Y todo, para esto?

¿Es este el bálsamo que el Senado usurero

vierte en las heridas del capitán? ¡El destierro!

No me viene mal. No me incomoda ser desterrado;

es causa digna de mi encono y furia; me da licencia

de atacar a Atenas. Animaré a mis tropas descontentas

y me haré de seguidores. Es honra tener el mayor

número de enemigos; el soldado debe soportar

los ultrajes tan poco como los dioses.

Sale .

ESCENA VII

Entran varios amigos de Timón, entre ellos LÚCULO*,* LUCIO*,* SEMPRONIO *y otros señores y senadores por diferentes puertas* .

PRIMER SEÑOR Buenos días para usted, señor.

SEGUNDO SEÑOR Lo mismo le deseo. Creo que el otro día este honorable señor solo trató de probarnos.

PRIMER SEÑOR En eso me había quedado pensando cuando nos encontramos. Espero que no haya caído tan bajo como hizo parecer poniendo a prueba a sus varios amigos.

SEGUNDO SEÑOR No debe de ser así, lo demuestra su nuevo banquete.

PRIMER SEÑOR Yo creo lo mismo. Me envió una invitación urgente, que yo debía rechazar por tener muchos compromisos; pero tanto imploró que los pospuse, y tengo que presentarme.

SEGUNDO SEÑOR Lo mismo sucedió conmigo, pues tenía entre manos varios negocios, y él no quiso aceptar mis excusas. Siento haber estado sin fondos cuando envió pedirme un préstamo.

PRIMER SEÑOR Sabiendo cómo van sus cosas ahora, tengo la misma sensación de pena.

SEGUNDO SEÑOR Todos sienten lo mismo. ¿Cuánto quería que usted le prestara?

PRIMER SEÑOR Mil piezas.

SEGUNDO SEÑOR ¡Mil piezas!

PRIMER SEÑOR ¿Y usted?

SEGUNDO SEÑOR Envió por mí, señor… aquí viene.

Música sonora .

Entran TIMÓN *y su séquito* .

TIMÓN Mi corazón es suyo, caballeros. ¿Y cómo se encuentran?

PRIMER SEÑOR No podíamos estar mejor, con las buenas noticias de su señoría.

SEGUNDO SEÑOR Las golondrinas no vienen con el verano tan presto como nosotros donde su señoría.

TIMÓN (*Aparte* .) Ni más presto se van con el invierno; tales los hombres, aves de verano. (*A todos* .) Caballeros, nuestra cena no recompensará su larga espera. Entretanto, alimenten sus oídos con la música, si es que pueden disfrutar el áspero sonido de las trompetas; pero sentémonos ya a la mesa.

PRIMER SEÑOR Espero que su señoría no me guarde rencor por haberle devuelto el mensajero con las manos vacías.

TIMÓN Ah, señor mío, no se preocupe por ello.

SEGUNDO SEÑOR Mi noble señor…

TIMÓN Ah, mi buen amigo, ¿qué le pasa?

Traen una mesa y asientos .

SEGUNDO SEÑOR Honorabilísimo señor, estoy casi enfermo de vergüenza, porque el otro día cuando su señoría me pidió ayuda era yo un desgraciado mendigo.

TIMÓN No piense en ello, señor.

SEGUNDO SEÑOR Si hubiera enviado dos horas antes…

TIMÓN No permita usted que tal cosa pese en su memoria… Vamos, sirvan todo al mismo tiempo.

Entran sirvientes

con fuentes cubiertas .

SEGUNDO SEÑOR Todas las fuentes están cubiertas.

PRIMER SEÑOR Manjar de reyes, les garantizo.

TERCER SEÑOR No lo duden, si el dinero y la estación lo permiten.

PRIMER SEÑOR ¿Cómo está usted? ¿Qué noticias hay?

TERCER SEÑOR Desterraron a Alcibíades, ¿ya lo saben?

PRIMER Y SEGUNDO SEÑOR ¿Desterrado Alcibíades?

TERCER SEÑOR Así es, pueden estar seguros.

PRIMER SEÑOR ¿Cómo? ¿Cómo?

SEGUNDO SEÑOR ¿Por qué? Le ruego que nos diga.

TIMÓN Respetados amigos, ¿quieren acercarse?

TERCER SEÑOR Les contaré después. Está próximo el noble festín.

SEGUNDO SEÑOR Sigue siendo el mismo de siempre.

TERCER SEÑOR ¿Durará? ¿Durará?

SEGUNDO SEÑOR Quién sabe, el tiempo lo dirá… y entonces…

TERCER SEÑOR Entiendo.

TIMÓN Cada cual a su asiento, con tanta premura como hacia los labios de la amada. Su dieta será igual en cada sitio. No conviertan esto en uno de esos banquetes formales donde la comida se enfría mientras los comensales se ponen de acuerdo en el primer puesto. Siéntense, siéntense. Los dioses exigen nuestro agradecimiento.

Se sientan .

Vosotros, grandes bienhechores, esparcid el agradecimiento sobre nuestra reunión. Haceos alabar por vuestros propios dones; mas reservad algo para dar, no sea que vuestras deidades encuentren el desprecio. Prestad a cada hombre lo bastante, de manera que nadie tenga que prestar a nadie; pues si vuestras deidades tuviesen que pedir prestado a los hombres, los hombres os abandonarían. Haced que el banquete sea más amado que el anfitrión. Que en ninguna reunión de veinte falte una veintena de villanos. Que cuando doce mujeres se sienten a la mesa, haya una docena de ellas tal como son. En cuanto al resto de vuestros enemigos, oh dioses (los senadores de Atenas, junto con la hez del pueblo), que lo que haya de malo en ellos sea pasto de vuestra destrucción. Y a mis amigos aquí presentes, por ser nada para

mí, en nada los bendigáis, y a nada sean bienvenidos… ¡Destapen, perros, y a lamer!

Destapan los platos,

llenos de agua hirviendo y piedras .

ALGUNOS SEÑORES ¿Qué quiere decir su señoría?

OTROS SEÑORES No sé.

TIMÓN ¡Que nunca vean mejor festín,

caterva de amigos bocones!

Humo y agua tibia es lo perfecto para ustedes.

Este es el último de Timón, quien, guarnecido

y emperifollado por sus zalemas, las lava ahora

y esparce en sus caras su fétida infamia.

Les echa agua en la cara .

¡Odiados vivan, y mucho, sonrientes siempre,

melosos, detestables parásitos, destructores corteses,

lobos afables, osos humildes, incautos de la fortuna,

ávidos golosos, moscas del tiempo, arrodillados

esclavos de gorra en mano, pedorros, muñecos de reloj!

¡Que el morbo infinito de hombres y bestias

los cubra a todos de pústulas y llagas!

Un señor hace ademán de irse .

¿Cómo, ya se va? ¡Calma, tómese primero

su medicina… usted también, y usted!

Los golpea .

Esperen, les voy a prestar dinero, no a pedírselo.

Salen los señores, dejando gorras y capas .

¿Cómo? ¿Todos se afanan? No más festejos

en que no sean huéspedes bienvenidos los villanos.

¡Arde, casa! ¡Húndete, Atenas!

¡Odiados sean por Timón desde ahora

el hombre y la humanidad entera!

Entran los senadores

y otros señores .

PRIMER SEÑOR ¿Qué es esto, señores míos?

SEGUNDO SEÑOR ¿Entiende usted qué clase de furia lo asalta?

TERCER SEÑOR ¡Aprisa! ¡Ha visto mi gorra?

CUARTO SEÑOR No encuentro mi túnica.

PRIMER SEÑOR Es que está loco, y solo lo mueve el vaivén de sus caprichos. El otro día me dio una joya, y ahora se la ha sacado a mi sombrero. ¿Vio usted mi joya?

TERCER SEÑOR ¿Vio usted mi gorra?

SEGUNDO SEÑOR Aquí está.

CUARTO SEÑOR Y aquí está mi túnica.

PRIMER SEÑOR No nos quedemos aquí.

SEGUNDO SEÑOR El señor Timón está loco.

TERCER SEÑOR Lo siento en los huesos.

CUARTO SEÑOR Un día nos da diamantes, y al siguiente piedras.

Salen .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Entra TIMÓN.

TIMÓN Déjame que me vuelva para verte.

¡Oh, muralla que circundas a estos lobos,

húndete en la tierra y no cerques más a Atenas!

¡Matronas, volveos lascivas!

¡Abandonad a los hijos, obediencia!

¡Esclavos, tontos, arrancad al grave y rugoso

Senado de su escaño, y gobernad en su lugar!

¡Oh, verde virginidad,

convertíos en este instante en la peor inmundicia!

¡Y que sea ante la mirada de los padres!

¡Hombres en bancarrota, no cedáis, y en vez de devolver,

sacad vuestros cuchillos y cortadle el cuello

a los acreedores! ¡Robad, siervos!

Insumisos bandidos son vuestros venerables amos,

que roban apelando a las leyes.

¡Criada, a la cama de vuestro amo,

que vuestra ama está en el burdel!

¡Adolescente, quítale a tu padre

viejo y renqueante su muleta almohadillada,

y rómpele con ella la cabeza!

¡Que la piedad, el temor, la religión de los dioses,

la paz, la justicia, la verdad, el respeto familiar,

el reposo nocturno y la buena vecindad,

la instrucción, los modales, los oficios,

las ocupaciones, las jerarquías, las tradiciones,

las costumbres y las leyes

degeneren en sus confusos contrarios,

y que después la confusión siga reinando!

¡Pestilencias propias del hombre,

cernid sobre Atenas, madura ya para el colapso,

vuestras fiebres potentes e infecciosas!

¡Fría ciática, tulle a nuestros senadores,

para que les flaqueen las piernas

tan cojas como sus costumbres!

¡Lujuria y licencia, penetrad en las mentes

y médulas de nuestros jóvenes,

para que naden a contracorriente de la virtud,

y se ahoguen en un mar de excesos!

¡Rasquiñas, ampollas,

sembrad en todos los cuerpos atenienses,

y que una lepra general sea vuestra cosecha!

¡Que un aliento afecte a otro

y que su alianza y amistad sean veneno y nada más!

Se arranca las ropas .

De ti solo tomaré mi desnudez, ciudad odiosa.

¡Y toma esto también, con fecundas maldiciones!

Timón se va al bosque, donde la bestia peor

le será más tierna que los hombres.

Que los dioses destruyan (¡oídme, buenos dioses!)

a los atenienses, dentro y fuera de los muros.

¡Y entre más vida, conceded a Timón

más odio a los hombres, pequeños y grandes! Amén.

Sale .

ESCENA II

Entra FLAVIO,

con dos o tres SIRVIENTES.

PRIMER SIRVIENTE Oye, senescal, ¿dónde está nuestro amo?

¿Estamos, sin nada, abandonados?

FLAVIO ¡Ay de nosotros, compañeros! ¿Qué puedo decirles?

Que los justos dioses sean testigos:

estoy tan pobre como ustedes.

PRIMER SIRVIENTE ¿Caída una casa como esta? ¿Un amo tan noble

derribado, perdido todo, y ni un solo amigo

solidario para dar una mano a su fortuna?

SEGUNDO SIRVIENTE Así como damos la espalda al camarada

arrojado a la tumba, así sus íntimos se escabullen

hacia fortunas enterradas, dejando con él

promesas solemnes como bolsas vacías; y él mismo,

pobre, mendigo condenado a la intemperie,

camina como el desprecio, solo, enfermo de la pobreza

que todos rehúyen… pero mira, otros compañeros.

Entran otros SIRVIENTES.

FLAVIO Todos instrumentos rotos de una casa arruinada.

TERCER SIRVIENTE Pero nuestros corazones lucen todavía la librea
de Timón, lo veo en nuestras caras; camaradas aún,
sirviendo igual en el dolor. La barca hace agua
y nosotros, pobres marineros en la fatal cubierta,
oímos la amenaza de las grandes olas; rumbo aparte
tendremos que seguir en este océano de aire.

FLAVIO Buenos camaradas: con ustedes compartiré
el resto de mi dinero. En cualquier parte
que nos encontremos, seamos camaradas en nombre
de Timón. Fruncidas las caras, como si fuera un campanazo
fúnebre por la fortuna del amo, digamos:
«Hemos visto mejores días». Tome algo cada uno.

Les da dinero .

No, pongan las manos. Ni una palabra más; ricos
en dolor y pobres para el camino, nos separamos.

Se abrazan y los SIRVIENTES *se marchan,*
cada cual por su lado .

¡Ah, la cruel desgracia que nos trae la gloria!
¿Quién no quisiera estar exento de bienes,
si la riqueza lleva a la miseria y al desprecio?
¿Quién quisiera ser burlado así por la gloria,
y vivir ensueños de amistad, para tener la pompa

y cuanto procuran los bienes pintado apenas
como el lustre falaz de sus amigos? ¡Pobre
y honrado señor, abatido por su propio corazón
y arruinado por su bondad! ¡Insólita, rara sangre
la de un hombre cuyo mayor pecado es practicar
el bien en demasía! ¿Quién entonces osará
ser incluso la mitad de bueno? Pues la largueza,
que hace a los dioses, a los hombres los arruina.
Mi querido señor, bendito para ser el más maldito,
rico solo en desgracias: tu gran fortuna es ahora
tu mayor pena. ¡Ay, buen señor! Airado huyó
de tan ingrato nido de amigos monstruosos, para vivir
sin comida ni lo que pueda obtenerla. Preguntaré
por él, y cumpliré siempre sus deseos con empeño.
Mientras yo tenga oro, seré su mayordomo.
Sale .

ESCENA III

Entra TIMÓN *saliendo de su cueva*
en el bosque, medio desnudo .

TIMÓN ¡Oh, bendito sol, dispensador de vida,
extraed de la tierra la humedad podrida,
infectad el aire bajo el orbe de vuestra hermana!
A los hermanos gemelos de un mismo vientre,
apenas distintos por concepción, morada y nacimiento:
probadlos con fortunas diferentes,

y que el mayor desprecie al menor.

Ni pueda índole alguna, asediada por todas las plagas,

soportar gran fortuna,

como no sea menospreciando la naturaleza.

Elevad a ese mendigo, despojad a este señor.

Los senadores soportarán el desprecio heredado,

y los mendigos honores de nacimiento.

Sea la falta de los pastos que engordan

el cuerpo del hermano,

la indigencia que enflaquece al otro.

¿Quién osa, quién se atreve a levantarse

en su prístina humanidad y proclamar:

«Este hombre es un adulador»?

Si uno lo es, todos lo son, pues cada escalón

de la fortuna ha sido allanado por el anterior.

La docta calva se inclina ante el imbécil dorado.

Todo es circunloquio. Nada está en su nivel,

solo la recta infamia, en nuestras malditas naturalezas.

¡Sean pues aborrecidos los festejos, sociedades, multitudes!

Timón desdeña a su semejante; o sea a sí mismo.

¡Que la destrucción desgarre a la humanidad!

Tierra, bríndame raíces.

Cava .

Y con el veneno más potente deleita el paladar

de quien busque algo mejor de ti.

Encuentra oro .

¿Qué hay aquí? ¿Oro? ¿Oro amarillo, reluciente,

precioso? No, dioses, no soy devoto que ruegue en vano:

¡raíces, cielos cristalinos!

Pues mucho de esto hará negro lo blanco,

feo lo bello, mal lo correcto, bajo lo noble,

viejo lo joven, cobarde lo valiente.

¡Ah, dioses! ¿Por qué esto? ¿Para qué, dioses?

Pues esto desplazará de vuestra vera a sacerdotes

y servidores, y quitará la almohada

de debajo de la cabeza de los hombres fuertes.

Este esclavo amarillo unirá y partirá religiones,

bendecirá a los malditos,

hará que sea adorada la blancuzca lepra,

y pondrá a los ladrones, con títulos, aprobación

y reverencias, en los escaños entre los senadores.

Es él quien casa de nuevo a la ajada viuda,

quien perfuma y embalsama cual para día de abril

a la que haría vomitar a los leprosos y las llagas.

Vamos, maldita tierra, ramera vulgar de la humanidad

que siembras la discordia entre las hordas de hombres,

yo te haré actuar según tu naturaleza cierta.

Se oye una marcha a lo lejos .

¡Ja! ¡Tambores! Estás vivo, pero te sepultaré.

Entierra parte del oro .

Seguirás adelante, vigoroso ladrón,

cuando tus gotosos guardianes ya no se tengan en pie.

Conserva otra parte.

Pero tú, quédate para cerrar el trato.

Entra ALCIBÍADES*, con tambores y pífanos, y actitud militar;*

y FRINIA *y* TIMANDRA.

ALCIBÍADES Eh, ¿quién eres? Habla.

TIMÓN Una bestia como tú.

¡Que el cáncer consuma tu corazón por exponerme

de nuevo a la mirada de los hombres!

ALCIBÍADES ¿Cómo te llamas?

¿Tan odioso es el hombre para ti,

que también eres hombre?

TIMÓN Yo soy *misántropos* , y odio a la humanidad.

En cuanto a ti, mucho desearía que fueras un perro,

para poder amarte un tanto.

ALCIBÍADES Te conozco bien,

pero ignoro y desconozco lo que te ha sucedido.

TIMÓN También yo te conozco,

y fuera de conocerte nada más deseo saber.

Sigue tus tambores, y pinta la tierra

con la sangre de los hombres: ¡Gules! ¡Gules!

Los cánones religiosos, las leyes civiles son crueles,

¿qué ha de ser la guerra, entonces?

Esta, tu maligna puta, es más destructiva

que tu espada, con todo y su angélico aspecto.

FRINIA ¡Que se te pudran los labios!

TIMÓN Como no voy a besarte,

la podredumbre volverá a los tuyos.

ALCIBÍADES ¿Cómo es posible tal cambio en el noble Timón?

TIMÓN Como hace la luna, por falta de luz que dar.

Pero renovarme no pude yo como la luna:

no hubo soles para pedir luz prestada.

ALCIBÍADES Noble Timón, ¿qué favor puedo hacerte como amigo?

TIMÓN Ninguno; sostener mi opinión solamente.

ALCIBÍADES ¿Y cuál es?

TIMÓN Prométeme tu amistad, mas no cumplas la promesa.

¡Si me la prometes, que los dioses te maldigan,

pues eres un hombre! ¡Y si no cumples la promesa,

que te destruyan, pues eres hombre aún!

ALCIBÍADES Algo he oído hablar de tus desgracias.

TIMÓN Las viste cuando yo era próspero.

ALCIBÍADES Las veo frente a mí, aquel era un tiempo feliz.

TIMÓN Como el tuyo ahora, en brazos de un par de rameras.

TIMANDRA ¿Y este es el amado de Atenas,

tan aclamado por todo el mundo?

TIMÓN ¿Tú eres Timandra?

TIMANDRA Sí.

TIMÓN Sigue siendo puta. No te aman quienes te usan.

Da enfermedades a quienes te dejan su lujuria.

Emplea tus horas lúbricas,

sazona a esos esclavos para los baños de vapor;

reduce a los jóvenes de rosadas mejillas

a la abstinencia de los baños y las dietas.

TIMANDRA ¡Muérete, monstruo!

ALCIBÍADES Perdónalo, dulce Timandra, pues el juicio se le ahoga

y se pierde en medio de las calamidades. Poco es el oro

que tengo en los últimos tiempos, espléndido Timón,

y esta carencia causa a mis tropas diario descontento.

He oído y lamentado la forma en que la maldita Atenas,

desechando tus méritos, olvidando tus grandes acciones,

cuando de no haber sido por tu espada y tu fortuna

los estados vecinos la hubieran pisoteado…

TIMÓN Te ruego que batas tus tambores y te marches.

ALCIBÍADES Soy tu amigo, querido Timón, te compadezco.

TIMÓN ¿Cómo puedes compadecerte de alguien a quien molestas?

Preferiría estar solo.

ALCIBÍADES Entonces, que te vaya bien; aquí hay oro para ti.

TIMÓN Guárdalo, no puedo comérmelo.

ALCIBÍADES Cuando haya reducido a la orgullosa Atenas

a un montón de ruinas…

TIMÓN ¿Le haces la guerra a Atenas?

ALCIBÍADES Sí, Timón, y con motivo.

TIMÓN ¡Que en tu conquista los dioses los destruyan a todos,

y a ti después, cuando la hayas conquistado!

ALCIBÍADES ¿Y por qué a mí, Timón?

TIMÓN Porque por matar villanos,

naciste para conquistar mi país. Guarda tu oro.

Le da oro a ALCIBÍADES.

Vete. Aquí tienes oro. Sigue. Sé plaga universal,

como cuando Júpiter, en el mórbido aire, hace flotar

su veneno sobre una ciudad de muchos vicios.

Que tu espada no perdone a nadie.

No te compadezcas del venerable anciano

de barba blanca: es un usurero.

Remata en mi nombre a la falsa matrona:

solo sus ropas son honestas; es una alcahueta.

Y no dejes que las mejillas de la virgen

ablanden tu cortante espada, pues esas lechosas tetas,

que a través de las rejas de su corpiño

perforaban los ojos de los hombres,

no figuran en la lista de la compasión;

regístralas como horribles traidoras.

No perdones al bebé, cuyas sonrisas y hoyuelos

agotan la piedad de los tontos.

Considéralo como un bastardo,

al que un ambiguo oráculo ha decretado

que le sea cortada la garganta,

y destrózalo sin remordimientos. Haz juramento

contra las objeciones. Blinda tus oídos y tus ojos,

para que no los toque un solo aullido
de madres, doncellas y bebés, ni la visión
de un sacerdote sangrante en santas vestiduras.
Aquí tienes oro para pagarle a tus soldados.
¡Siembra tremenda destrucción y, agotada tu furia,
destrúyete a ti mismo! No digas nada, márchate.
ALCIBÍADES ¿Todavía tienes oro?
TIMÓN Suficiente para que una puta abjure de su oficio,
y para hacer pudiente a una alcahueta.
Mantengan siempre sus delantales arriba, rameras.
No pueden jurar, aunque sé que jurarán,
jurarán terriblemente hasta dar temblores
y escalofríos a los dioses que las oigan.
Prescindan de jurar; confío en su oficio.
Sigan siendo putas; y con aquel
cuyo piadoso aliento trate de convertirlas,
sean putas firmes, sedúzcanlo, quémenlo;
hagan prevalecer su fuego enfermo
sobre el humo sano, y no cambien de ropa.
Pero que los seis meses de dolores
sean para ustedes muy diferentes,
y les reparen el techo de las calvas molleras
con despojos de los muertos (nada importa
que algunos hayan sido ahorcados).
Úsenlos, engañen con ellos. Putas siempre,

píntense hasta que un caballo

pueda hundirse en el lodo de sus caras.

¡Y que caiga la peste en sus arrugas!

FRINIA Y TIMANDRA Bueno, más oro.

¿Y ahora qué? Créanos, por oro haremos lo que sea.

TIMÓN Consuman hasta ahuecar los huesos de los hombres;

quiébrenles las canillas y embótenles las espuelas.

Hagan que se quiebre la voz del abogado

y así no pueda alzar falsas demandas,

ni pronunciar sus equívocos chillones.

Ulceren al sacerdote falso que impreca,

contra los placeres de la carne.

Abajo las narices, que queden desnarigados;

arrebátenle el caballete a quien husmea

el interés general para provecho propio.

Vuelvan calvo al rufián de cabellos crespos,

y hagan sufrir al ileso fanfarrón de la guerra.

Inféstenlos a todos, y que sus acciones derroten

y sequen la fuente de toda erección. Más oro, vean.

¡Condenen a los demás,

y que el oro las condene a ustedes;

y la zanja sea tumba de todos!

FRINIA Y TIMANDRA

A más consejos, más dinero, generosísimo Timón.

TIMÓN Primero, a más putas, más daños; ya les di las arras.

ALCIBÍADES ¡Que batan los tambores y hacia Atenas! Adiós,

Timón. Si tengo éxito te visitaré de nuevo.

TIMÓN Si algo espero yo con ansia es no volver a verte.

ALCIBÍADES Nunca te hice mal.

TIMÓN Sí, hablaste bien de mí.

ALCIBÍADES ¿Y dices que eso es hacerte mal?

TIMÓN A diario les sucede a los hombres.

Vete de una vez… y llévate tus perras.

ALCIBÍADES No hacemos sino ofenderlo. ¡Que batan los tambores!

Salen todos al son de tambores y pífanos,

salvo TIMÓN.

TIMÓN ¡Que la naturaleza aún esté hambrienta,

enferma como está por la crueldad del hombre!

Madre común,

si cuyo vientre inmensurable concibe prolífico,

y cuyo seno infinito nos alimenta a todos;

cuya mismísima esencia, de la que se pavonea

tu orgulloso hijo, el arrogante hombre,

engendra al negro sapo y al áspid azul,

a la dorada salamandra y a la venenosa

serpiente sin párpados, y a todas las demás

aborrecidas estirpes bajo el claro cielo,

donde brilla el fuego vivificante de Hiperión:

dad al que odia a todo hijo de hombre

solo una pobre raíz de tu abundoso seno.

Resecad vuestro fértil y prolífico vientre;

que no produzca más al hombre ingrato.

Sed pródiga en tigres, dragones, lobos y osos;

llenaos de monstruos nuevos, que vuestra enhiesta faz

no haya mostrado nunca

a las marmóreas mansiones del espacio.

Encuentra una raíz .

¡Ah, una raíz, gracias mil! Secad vuestras savias,

viñas y campos por el arado hendidos,

de los que el hombre ingrato saca

pociones alicoradas y aceitosos bocados

con los que engrasa su intelecto puro,

y pierde el juicio del todo…

Entra APEMANTO.

¿Otro hombre? ¡Maldito, maldito!

APEMANTO Me dijeron que viniera aquí. Me cuentan

que adoptas mis costumbres y las pones en práctica.

TIMÓN Será porque no tienes un perro al que pueda imitar.

¡Que te atrape la tisis!

APEMANTO Esto es solo una infección de tu naturaleza,

flaca melancolía indigna de un hombre

y surgida de un cambio de fortuna.

¿Para qué esta pala, este lugar,

esa ropa de esclavo, y esas miradas cavilosas?

Tus aduladores aún visten sedas, beben vino,

duermen a sus anchas. Abrazan a sus contagiadas
y aromáticas amantes y olvidan que Timón existió
alguna vez. No hagas avergonzar este bosque,
fingiendo tú la profesión de cínico. Adula ahora,
e intenta prosperar con lo mismo que te destruyó.
Híncate de rodillas y permite que el aliento
del hombre que halagues te haga caer la gorra;
elogia su viciosa estirpe y di que es excelente.
Justo lo mismo que te decían. Prestaste tus oídos,
como un mesero que da la bienvenida a los bellacos
y a todo el que llega. Justo es que seas
ahora un canalla; si de nuevo tuvieras riquezas,
deberían ser de los bribones. Y no copies mi figura.
TIMÓN Si fuera como tú, me tiraría a la basura.
APEMANTO Ya te desechaste a ti mismo, siendo como tú mismo:
loco tanto tiempo, ahora eres un tonto. ¿Piensas pues
que por ser helado el viento, tu bullicioso chambelán
te va a poner a calentar la camisa? ¿Que estos árboles
húmedos, que han vivido más que el águila, te seguirán
de cerca para hacer tu voluntad con prisa?
Que el frío arroyo, encostrado de hielo, te servirá
una bebida caliente para aliviar los excesos
de tu trasnochada? Llama a esas criaturas que, desnudo
el cuerpo, viven bajo los innúmeros castigos de los cielos,
y cuyos troncos sin techo se exponen a los elementos

en pugna: pídeles que te adulen. Ah, ya más que…

TIMÓN Eres un payaso. Vete.

APEMANTO Ahora te quiero más que nunca.

TIMÓN Y yo te odio más.

APEMANTO ¿Por qué?

TIMÓN Adulas a la miseria.

APEMANTO Yo no te adulo, apenas digo que eres un desgraciado.

TIMÓN ¿Por qué me buscas?

APEMANTO Para fastidiarte.

TIMÓN Siempre trabajo de villanos ese, o de bufones.

¿Te gusta hacerlo?

APEMANTO Claro.

TIMÓN ¿Cómo, también eres un canalla?

APEMANTO Si adquirieras estos hábitos ásperos y fríos

para castigar tu orgullo, todo estaría bien;

pero lo haces a la fuerza. Serías de nuevo cortesano

si no fueras ahora mendigo. La miseria voluntaria

vive más que la incierta pompa, es coronada antes.

Una se está llenando siempre, y nunca se colma;

la otra se colma a placer. Descontento,

la mejor situación se vive en zozobra y con locura;

la peor de las peores, con contento.

Siendo tú miserable deberías querer morirte.

TIMÓN No por lo que diga quien es más miserable aún.

Eres un esclavo, a quien la Fortuna nunca

abrazó con su favores, sino que te crió perro.
Si, como nosotros, hubieras subido desde los pañales
los dulces escalones que concede este mundo fugaz
a quienes, libres, pueden mandar pasivas servidumbres,
te habrías entregado a una licencia desmedida,
habrías derrochado tu juventud en lujuriosos lechos
y jamás aprendido los helados preceptos del respeto,
por ir en pos de la presa azucarada que tenías delante.
Pero yo… para quien el mundo era una confitería propia,
obedientes las bocas, las lenguas, los ojos, los corazones
de los hombres (más de los que nunca habría podido ocuparme,
pues, como hojas al roble, se adherían a mí, incontables,
que con un roce del invierno cayeron de las ramas
dejándome desnudo, expuesto a todas las tormentas…)
para mí, hecho solo a lo mejor, esto es agobiante.
Tu vida empezó en medio del sufrimiento,
el tiempo te ha endurecido en él.
¿Por qué odiar a los hombres?
Nunca te adularon. ¿Y qué les diste tú?
De maldecir a alguien, tendría que ser a tu padre,
ese pobre guiñapo que por inquina
inyectó en una mendiga una sustancia, y te compuso,
pobre bribón por herencia. Así, pues, ¡vete!
De no haber nacido el peor de los hombres,
en estos tiempos serías adulador y canalla.

APEMANTO ¿Todavía orgulloso?

TIMÓN Sí, de no ser tú.

APEMANTO Y yo de no haber sido pródigo.

TIMÓN Yo de serlo todavía.

Si toda mi riqueza estuviera encerrada en ti,

te daría permiso para colgarte. Vete.

¡Si toda la vida de Atenas estuviera en esto!

Me la comería así.

Come una raíz .

APEMANTO (*Ofreciéndole comida* .) Ten, mejoraré tu comilona.

TIMÓN Mejora primero mi compañía: retírate.

APEMANTO Así, faltando la tuya, mejoraré la mía.

TIMÓN De ese modo no la arreglas, más bien la dañas;

si no es así, ojalá que así fuera.

APEMANTO ¿Qué quisieras mandar a Atenas?

TIMÓN A ti, en un torbellino.

Si quieres, cuéntales que tengo oro; mira si tengo.

APEMANTO Aquí el oro no sirve de nada.

TIMÓN Sirve más y es más leal;

aquí duerme, y no hace daño prestado.

APEMANTO ¿Dónde pasas la noche, Timón?

TIMÓN Bajo lo que está sobre mí.

¿Dónde comes de día, Apemanto?

APEMANTO Donde encuentre comida mi estómago;

o, más bien, donde como.

TIMÓN ¡Que el veneno fuera obediente,

y supiera mi deseo!

APEMANTO ¿Adónde lo enviarías?

TIMÓN A sazonar tus platos.

APEMANTO Nunca has conocido el punto medio de la humanidad; solo los dos extremos. Cuando estabas entre oropeles y perfumes, se burlaban de ti por ser demasiado elegante; ahora, en harapos, nada tienes, y te desprecian por lo contrario. Aquí tienes un níspero, cómetelo.

TIMÓN No me alimento con lo que odio.

APEMANTO ¿Odias los nísperos?

TIMÓN Sí, porque se parecen a ti.

APEMANTO Y si desde antes hubieras odiado a los entrometidos, ahora te amarías mejor a ti mismo. ¿Has conocido a algún pródigo amado por sus verdaderos recursos?

TIMÓN ¿De quién, sin esos recursos de que hablas, supiste alguna vez que lo amaran?

APEMANTO De mí mismo.

TIMÓN Te comprendo; tienes medios suficientes para mantener a un perro.

APEMANTO ¿Qué cosas del mundo se parecen más a tus aduladores?

TIMÓN Se parecen más las mujeres, pero los hombres… los hombres son la adulación misma. ¿Qué harías tú con el mundo, Apemanto, si estuviera en tu poder?

APEMANTO Dárselo a las bestias, para que se libre de los hombres.

TIMÓN ¿Y te dejarías caer en la destrucción de los hombres, para ser una bestia entre las bestias?

APEMANTO Sí, Timón.

TIMÓN Bestial ambición; ojalá los dioses te la concedan. Si fueras un león, el zorro te engañaría; si fueras cordero, el zorro te comería; si fueras el zorro, sospecharía de ti el león cuando el asno te acusara por azar; si fueras el asno, tu torpeza te atormentaría, y solo seguirías siendo desayuno del lobo; si fueras el lobo, te acongojaría tu avidez, y

con frecuencia tendrías que arriesgar tu vida por la cena; si fueras el unicornio, te destruirían el orgullo y la ira y harían de tu propio ser la conquista de tu furia; si fueras un oso, te mataría el caballo; si fueras un caballo, el leopardo te avasallaría; si fueras un leopardo, serías pariente cercano del león, y las manchas de tu allegado serían los jueces de tu vida. Tu seguridad dependería toda de que te alejaras, tu defensa de que te ausentaras. ¿Qué bestia podrías ser, que no dependiera de otra bestia? ¡Y qué bestia eres ya, si no ves lo que perderías al transformarte!

APEMANTO Si está en tu capacidad complacerme hablando, creo que esta vez has acertado. La comunidad de Atenas se ha convertido en una selva de bestias.

TIMÓN Vaya, ¿ha roto el asno los muros, que te encuentras fuera de la ciudad?

APEMANTO Allí vienen un poeta y un pintor. ¡Que la plaga de la compañía caiga sobre ti! Yo temo contagiarme, y me alejo. Te veré de nuevo cuando no sepa qué más hacer.

TIMÓN Cuando no haya nada viviente más que tú, serás bienvenido. Preferiría ser el perro de un mendigo que Apemanto.

APEMANTO Eres el tonto más tonto del mundo.

TIMÓN ¡Lástima, no estás lo bastante limpio para escupirte!

APEMANTO Que te lleve la peste. Eres tan malo que no puedo ni maldecirte.

TIMÓN A tu lado todos los villanos son puros.

APEMANTO Todo lo que dices es lepra.

TIMÓN Es porque te nombro a ti. Te pegaría si no me infectara las manos.

APEMANTO ¡Así mi lengua te las pudra!

TIMÓN ¡Vete de aquí, engendro de perro sarnoso! Me mata la cólera de ver que sigues viviendo. De solo verte pierdo el sentido.

APEMANTO ¡Ojalá revientes!

TIMÓN Vete de aquí, bribón aburrido.

Le tira una piedra .

APEMANTO ¡Bestia!

TIMÓN ¡Esclavo!

APEMANTO ¡Sapo!

TIMÓN ¡Bribón, bribón, bribón!

Me enferma este mundo falso,

y de cuanto produce solo amaré lo necesario.

Por eso, Timón, prepara ya tu tumba;

yace donde la leve espuma del mar

pueda golpear tu lápida a diario:

haz tu epitafio para que yo en la muerte

pueda reírme de las vidas de los otros.

Mirando el oro .

¡Oh, tú, dulce regicida

y precioso divorcio entre el hijo natural y el padre,

brillante corruptor del más puro lecho de Himeneo,

valiente Marte, galante siempre joven,

fresco, amado y delicado, cuyo resplandor

derrite la nieve sagrada en el regazo de Diana!

¡Tú, dios visible, que sueldas estrechamente

los contrarios y haces que se besen;

que hablas en todas las lenguas y con cualquier objeto!

¡Oh, piedra de toque de los corazones,

piensa que tus esclavos, los hombres, se rebelan,

y haz con tu poder que se enfrenten y se inmolen,

para que en el mundo imperen las bestias!

APEMANTO ¡Ojalá pasara eso! Pero no pasará hasta que yo esté

muerto. Voy a contar que tienes oro. Pronto te acosarán multitudes.

TIMÓN ¿Multitudes?

APEMANTO Sí.

TIMÓN Muéstrame tus espaldas, te lo ruego.

APEMANTO Vive, y ama tu miseria.

TIMÓN Tú vive así mucho tiempo, y muere así.

¡Por fin me deja en paz!

Entran los LADRONES.

APEMANTO ¡Más cosas como hombres! Come, Timón, y aborrécelos.

Sale .

PRIMER LADRÓN ¿Dónde tendrá el oro? Será algún pobre resto, alguna nimia sobra de su excedente. La pura falta de oro y el alejamiento de sus amigos lo arrastraron a esta melancolía.

SEGUNDO LADRÓN Dice la gente que tiene un tesoro inmenso.

TERCER LADRÓN Probémoslo. Si no le importa, nos lo dará fácil. Si lo esconde con codicia, ¿cómo lo cogemos?

SEGUNDO LADRÓN Es verdad, pues no lo lleva encima. Está oculto.

PRIMER LADRÓN ¿No es ese él?

SEGUNDO LADRÓN ¿Dónde?

SEGUNDO LADRÓN Así lo describen.

TERCER LADRÓN Es él, yo lo conozco.

TODOS LOS LADRONES (*Avanzando* .) Salve, Timón.

TIMÓN ¿Cómo? ¿Ladrones?

TODOS Soldados, no ladrones.

TIMÓN Ambas cosas, también, e hijos de mujeres.

TODOS No somos ladrones, sino hombres muy necesitados.

TIMÓN Su mayor necesidad es que necesitan comer mucho.
¿Para qué precisan eso? He aquí que la tierra tiene
raíces; en una milla a la redonda brotan cien arroyos;
las encinas dan bellotas, los rosales, escaramujos.
Bondadosa ama de casa, la naturaleza,
les sirve en cada arbusto una cena completa.
¿Necesitar? ¿Por qué necesitar?
PRIMER LADRÓN No podemos vivir de hierba, de agua y de bayas
como las bestias, las aves o los peces.
TIMÓN Tampoco de las mismas bestias, las aves y los peces;
deben comer hombres. Pero yo he de agradecerles
que sean ladrones manifiestos,
que no trabajan en oficios más dignos;
pues se roba sin límites en profesiones exclusivas.
(*Dándoles oro* .) Ladrones bellacos, aquí tienen oro.
Vayan, chupen la sangre sutil de la uva,
hasta que las fiebres altas hagan espuma
de su sangre hirviente, y escapen así a la horca.
No confíen en el médico; sus antídotos son
veneno, y mata más que lo que ustedes roban.
Tomen tanto riquezas como vidas. Hagan maldades;
háganlas, puesto que afirman hacerlas, como obreros.
Les daré ejemplos de robo: el sol es un ladrón,
que con superior atracción roba al vasto océano.
La luna es ladrona consumada,

que arrebata al sol su pálido fuego.

El mar es un ladrón, cuyo empuje líquido

disuelve a la luna en lágrimas de sal.

Ladrona es la tierra, que se alimenta y procrea

con una mezcla robada a todos los excrementos.

Cada cosa es ladrona.

Las leyes, su freno y su látigo,

tienen un poder inconmensurable de robar.

No se amen a sí mismos; róbense unos a otros.

Aquí tienen más oro. Degüellen.

Ladrón será todo el que encuentren.

Vayan a Atenas, saqueen las tiendas:

nada pueden robar que no pierdan ladrones.

No roben menos por causa de esto que les doy,

y que el oro los destruya de todos modos. Amén.

TERCER LADRÓN Al convencerme de seguirla, como por magia casi me ha persuadido de dejar mi profesión.

PRIMER LADRÓN Es por odio a la humanidad que así nos aconseja, para que no prosperemos en nuestro menester.

SEGUNDO LADRÓN Le creeré como se cree a un enemigo, y abandonaré mi oficio.

PRIMER LADRÓN Primero esperemos a que haya paz en Atenas. No hay tiempo tan miserable en que no pueda un hombre ser honesto.

Salen los LADRONES.

Entra FLAVIO*, caminando hacia* TIMÓN.

FLAVIO ¡Oh, dioses! ¿No es aquel hombre despreciado

y decrépito mi señor? ¿Tan decaído y débil?

¡Oh, monumento y maravilla de buenas obras

mal concedidas! ¡Qué alteración del honor

ha obrado esta desesperada carencia! ¡Qué cosa

más vil sobre la tierra que esos amigos capaces

de llevar las más nobles almas a los fines más bajos!

¡Qué exquisitamente se aviene con estos tiempos,

cuando se desea que el hombre ame a sus enemigos!

¡Que nunca vaya yo a amar, sino más bien halague

a quienes quieran hacerme daño

y no a quienes lo hacen de verdad!

TIMÓN *lo ve* .

Ya me ha visto: le expresaré mi honesto pesar,

y le diré que por ser aún mi señor le sirvo

con mi vida… ¡Mi queridísimo amo!

TIMÓN ¡Aléjate! ¿Quién eres?

FLAVIO ¿Me ha olvidado, señor?

TIMÓN ¿Por qué preguntas eso?

He olvidado a todos los hombres.

Si concedes ser hombre, pues, te he olvidado.

FLAVIO Soy un pobre y honrado sirviente suyo.

TIMÓN Entonces no te conozco.

Nunca tuve a mi lado hombres honrados.

¡Sí!, cuantos tuve a mi servicio eran canallas

que servían comida a los villanos.

FLAVIO Los dioses son testigos: nunca un pobre mayordomo

sintió más pena que yo por su arruinado amo,

como lo demuestran mis ojos.

TIMÓN ¿Cómo? ¿Estás llorando?

Acércate; entonces te amo: eres una mujer,

y repudias a los hombres de piedra,

cuyos ojos nunca dan más que risas y lujuria.

La piedad duerme. ¡Extraños tiempos estos,

que lloran con la risa, y no con el llanto!

FLAVIO Le suplico que me reconozca, buen señor mío,

para que acepte mi condolencia,

Le ofrece dinero .

y para que mientras dure esta magra riqueza

me conserve aún como su mayordomo.

TIMÓN ¿Tuve yo un mayordomo tan fiel, tan justo,

tan servicial ahora? Esto casi suaviza

mi feroz carácter. Déjame mirar tu cara…

He aquí un hombre nacido sin duda de mujer.

Perdonad mi completa y absoluta precipitación,

¡oh, dioses siempre serenos! Proclamo

que hay un hombre honrado. No os equivoquéis,

solo uno (os invoco) y es un mayordomo.

Con cuánto gusto odiaría a toda la humanidad,

¡y ahora te redimes tú! A todos, salvo a ti,

derribo con mis maldiciones. Te creo más honrado

que prudente. De haberme afligido y traicionado,

tendrías más pronto otro trabajo; pues muchos llegan
al segundo amo sobre los despojos del primero.
Pero dime la verdad, pues por seguro que esté
siempre debo dudar: ¿no es este afecto solapado,
codicioso, de usurero, como de rico que regala
esperando en retorno veinte veces su valor?
FLAVIO No, dignísimo amo, cuyo corazón alberga duda
y sospechas, ¡ay!, pero demasiado tarde.
Cuando era anfitrión dadivoso habría debido temer
tiempos de falsedad. ¡A menos riquezas, más sospechas!
Yo le demuestro, sabe el cielo, solo lealtad,
afecto y deber a su incomparable corazón,
y cuidado de su alimento y su vida; y créame,
mi muy honrado señor, que cambiaría beneficios
propios, esperados o presentes, por un único deseo:
que poder y riquezas tuviera usted ahora
para así recompensarme siendo rico de nuevo.
TIMÓN Mira, y así es. Ten, solitario hombre honrado,
Le da oro a FLAVIO.
toma. Los dioses en mi miseria me han dado
un tesoro. Ve, vive rico y feliz, pero
con esta condición: ¡apártate de los hombres!
Ódialos a todos, maldícelos a todos,
no seas caritativo con ninguno.
Antes que socorrer al mendigo,

deja que su carne se desprenda de sus huesos.

Da a los perros lo que niegues a los hombres;

que las prisiones los traguen y las deudas los agosten;

¡que sean como árboles secos,

y que las enfermedades laman su sangre hipócrita!

Adiós, y prospera.

FLAVIO Amo, déjeme quedarme, para consolarlo.

TIMÓN Si detestas las maldiciones, no te quedes;

vuela, mientras tengas suerte y estés libre:

nunca veas a los hombres, y que nunca yo te vea.

Salen .

TIMÓN *hacia su cueva,* FLAVIO *en otra dirección* .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Entran el POETA *y el* PINTOR.

PINTOR Por lo que he oído del lugar, no estamos muy lejos de donde vive.

POETA ¿Qué pensar de él? ¿Será cierto el rumor de que está lleno de oro?

PINTOR Es cierto. Alcibíades lo dijo; a Frinia y Timandra les dio oro. También enriqueció, y no poco, a unos pobres soldados perdidos. Y dicen que a su mayordomo le dio una suma enorme.

POETA ¿Entonces esa bancarrota suya ha sido solo para probar a sus amigos?

PINTOR Solo eso. Lo verás en Atenas creciendo como palma entre los más grandes. Por eso no es un error ofrecerle amistad en esta supuesta desgracia suya: demostrará nuestra honradez, y es muy posible que colme el esfuerzo de nuestros propósitos, si es exacto y verdadero lo que se dice de su riqueza.

POETA ¿Qué tienes ahora para presentarle?

PINTOR De momento, nada fuera de mi visita; pero voy a prometerle una obra excelente.

POETA Yo también tengo algo que ofrecerle. Le hablaré de un intento mío que pronto tendrá en sus manos.

PINTOR Es la mejor opción.

TIMÓN *sale de su cueva, sin ser visto* .

Prometer es la moda misma de esta época; abre el apetito de la esperanza. Llevar a cabo una acción es cosa bien poco delicada; y, salvo con gentes más sencillas y llanas, hacer lo que se dice ya no es costumbre. Prometer es más cortesano y elegante; actuar es una especie de legado o testamento que demuestra el muy torcido juicio de quien lo hace.

TIMÓN (*Aparte* .) Excelente artista, no puedes pintar un hombre tan malo como tú mismo.

POETA Estoy pensando en lo que diré sobre lo que le estoy preparando. Debe ser una representación de él mismo; una sátira contra la molicie de la prosperidad, con una revelación de las infinitas adulaciones anejas a la juventud y la opulencia.

TIMÓN (*Aparte* .) ¿Necesitas hacer de villano en tus propias obras?

¿Fustigar tus defectos propios en los demás? Hazlo, tengo oro

para ti.

POETA (*Al* PINTOR.) Vamos, busquémoslo. Llegar demasiado tarde

sería un crimen contra nuestra propia fortuna, mediando la ganancia.

PINTOR Eso es verdad. Cuando se puede aprovechar el día antes

de que la noche sepulte las cosas en la oscuridad, encuentra uno

lo que desea, bajo la luz libre y gratuita. Venga.

TIMÓN (*Aparte* .) Daré un rodeo para encontrarlos. ¡Qué dios el oro,

adorado en un templo más vil que una pocilga!

Tú eres quien apareja el barco y surca la espuma,

quien asienta en el esclavo la lela reverencia.

A ti la adoración, ¡y que tus eternos santos,

que solo a ti obedecen, sean coronados con plagas!

Conviene que salga a su encuentro.

Avanza a su encuentro .

POETA ¡Salve, dignísimo Timón!

PINTOR ¡Nuestro noble último amo!

TIMÓN ¿Había visto yo en mi vida a dos hombres honrados?

POETA Señor, por haber gozado a menudo de su libérrima

generosidad, al saber que se había retirado,

abandonado por sus amigos, para cuyo ingrato

carácter (¡oh, aborrecidos espíritus!) no bastan

todos los látigos del cielo… Sí, usted,

¡cuya estelar nobleza les dio vida e influencia!…

Atónito, no puedo cubrir ni con todas las palabras

el monstruoso cuerpo de tamaña ingratitud.

TIMÓN Que vaya desnuda: más fácil la verán los hombres.

Honrado es usted,

y por ser como es los hace ver y conocer mejor.

PINTOR Él y yo nos hemos paseado

bajo el gran diluvio dulce de sus dones.

TIMÓN Sí, ustedes son hombres honrados.

POETA Hemos venido a ofrecerle nuestros servicios.

TIMÓN ¡Hombres honradísimos!

¿Cómo, en qué forma corresponderles?

Pueden comer raíces y beber agua fría, ¿cierto?

AMBOS Cuanto podamos hacer, lo haremos, para servirlo.

TIMÓN Sí son honrados. Han oído decir que tengo oro;

estoy seguro de ello. Digan la verdad; son honrados.

POETA Eso dicen, mi noble señor, pero no es

por eso que vinimos a verlo mi amigo y yo.

TIMÓN ¡Hombres buenos y honrados!

(*Al* PINTOR.) Usted dibuja los mejores retratos de Atenas;

sin duda es el mejor:

logra el más fiel simulacro de la vida.

PINTOR Quizá, señor mío.

TIMÓN Así es, señor, tal como digo. (*Al* POETA.) Y en cuanto
a su invención, sus versos desbordan de una materia
tan elegante y fina, que está usted pintado en su arte.
Pero a pesar de todo, amigos míos de honradez nata,
debo decirles que adolecen de un pequeño defecto.
Tengan en cuenta, eso sí, que no es tan monstruoso
y que tampoco deseo que pujen mucho por corregirlo.
AMBOS Le suplicamos, honorable señor, que nos lo revele.
TIMÓN Lo tomarán a mal.
AMBOS Con el mayor agradecimiento, señor nuestro.
TIMÓN ¿De verdad?
AMBOS No lo dude, digno señor.
TIMÓN Ambos a la vez confían siempre en un canalla
que los engaña miserablemente.
AMBOS ¿Lo cree usted?
TIMÓN Sí, y lo oyen poner la trampa, lo ven fingir,
saben de su crasa hipocresía, lo aman, lo alimentan,
lo albergan en su corazón; mas pueden estar seguros
de que se trata de un villano consumado.
PINTOR No conozco a nadie así.
POETA Yo tampoco.
TIMÓN Miren, yo los quiero mucho. Les daré oro;
líbrense en mi nombre de esos villanos, ahórquenlos,
acuchíllenlos, ahóguenlos en una letrina,
destrúyanlos de alguna forma, y vuelvan a verme.

Les daré suficiente oro.

AMBOS Díganos sus nombres, señor nuestro,

con el fin de que sepamos quiénes son.

TIMÓN Usted por allá y usted por aquí, pero ambos parejas;

cada uno aparte, separado y solo,

pero un villano redomado les hace compañía.

(*Al* PINTOR.) Si donde está no hay dos villanos,

no se le acerque. (*Al* POETA.) Si no quiere vivir

donde un villano, abandónelo. ¡Fuera, váyase!

Lo golpea .

Aquí tienen oro; por oro vinieron, esclavos.

Golpea al PINTOR.

Usted tiene una obra para mí;

aquí tiene el pago, ¡fuera!

Golpea al POETA.

Usted es un alquimista; haga oro con esto.

¡Huche, perros sarnosos!

Salen el POETA *y el* PINTOR *por su lado,*

y TIMÓN *se retira a su cueva* .

ESCENA II

Entran FLAVIO *y dos senadores* .

FLAVIO Es inútil que quieran hablar con Timón,

pues está empeñado en estar íngrimo solo

y en que nada con aspecto de hombre,

fuera de sí mismo, sea su amigo.

PRIMER SENADOR Llévanos a su cueva. Hablar con Timón
es función nuestra, y promesa a los atenienses.
SEGUNDO SENADOR En todo tiempo igual no son los hombres
los mismos, sin embargo. El tiempo y las penas
lo han fraguado: si el tiempo, con mano
más justa, le ofrece la riqueza de los tiempos
idos, puede rehacer al hombre del pasado.
Llévanos adonde él, suceda lo que suceda.
FLAVIO Aquí es su cueva.
(*Llamándolo* .) ¡Paz y contento, señor Timón!
¡Timón! Asómese y hable con estos sus amigos.
Los atenienses, por embajada de dos miembros
de su ilustre Senado, lo saludan.
Hable con ellos, noble Timón.
TIMÓN *sale de su cueva* .
TIMÓN ¡Tú, sol que solazas, quema! Habla y que te cuelguen.
Por cada palabra verdadera una ampolla;
y por cada una de mentira, hasta la raíz
cauteriza la lengua, y consúmela al hablar.
PRIMER SENADOR Digno Timón…
TIMÓN Tan poco de ustedes, como ustedes de Timón.
PRIMER SENADOR Los senadores de Atenas os saludan, Timón.
TIMÓN Les doy las gracias, y les enviaría de vuelta
una plaga, si pudiera pillarla para ellos.
PRIMER SENADOR Olvida cuánto lamentamos nosotros mismos

su caso. Los senadores, en consenso de simpatía,
le imploran que regrese a Atenas; tienen en mente
altos cargos vacantes, para gozo y provecho de usted.
SEGUNDO SENADOR Confiesan que el olvido en que lo tuvieron
fue demasiado general y grosero; mas el cuerpo social,
que rara vez se retracta, sintiendo en sí mismo
la ausencia de la ayuda de Timón, tiene conciencia
empero de su propia contumacia al negar tal ayuda
a Timón, y nos envía para hacer declaración de su
arrepentimiento, con una recompensa más jugosa
de lo que su ofensa pueda pesar, hasta el último gramo…
Sí, tan cuantiosas cantidades y sumas de simpatía
y de riqueza que borrarán todo error atribuible
a ellos, grabando en usted las cifras de su amor,
de tal modo que así pueda leerlas siempre.
TIMÓN Me hechizan, me sorprenden, lloro casi.
Préstenme un corazón de tonto y unos ojos de mujer,
y lloraré por esos consuelos, dignos senadores.
PRIMER SENADOR Acepte en consecuencia regresar con nosotros,
para tomar el mando de nuestra Atenas, su Atenas
y la nuestra. Se lo recibirá con agradecimiento,
se le concederá poder absoluto, y con su autoridad
conservará su renombre. Así rechazaremos pronto
el fiero asedio de Alcibíades, quien, cual jabalí
demasiado salvaje, desarraiga la paz de su patria.

SEGUNDO SENADOR Y ante las murallas de Atenas blande

su amenazante espada.

PRIMER SENADOR Por lo tanto, Timón…

TIMÓN Bien, señor, eso haré; por lo tanto, eso haré, así.

Si Alcibíades mata a mis compatriotas,

que Alcibíades sepa esto de Timón,

que a Timón le importa un bledo.

Pero si saquea a la bella Atenas,

si coge de las barbas a nuestros virtuosos ancianos,

si entrega nuestras vírgenes a la mácula de la guerra

oprobiosa, bestial, irracional, háganle entonces saber

(y díganle que Timón lo dice,

piadoso de ancianos y jóvenes)

que solo puedo decirle que no me importa,

y que lo interprete tan mal como quiera…

Y no se preocupen ustedes por sus cuchillos

mientras tengan gargantas para responder.

En cuanto a mí, no hay navaja en el campo sublevado

que no considere tan digna de mi amor

como los más reverenciados cuellos de Atenas.

Así, pues, los dejo bajo la protección

de los dioses benévolos,

como a ladrones bajo tutela de sus carceleros.

FLAVIO (*A los senadores* .) No se queden; es inútil.

TIMÓN Bien, yo estaba escribiendo mi epitafio;

mañana se podrá ver.

La larga enfermedad de mi salud y de mi vida

empieza ahora a enmendarse,

y la nada me entrega todas las cosas.

Vayan, sigan viviendo.

Que Alcibíades sea su plaga, y ustedes de él,

y que vivan así lo suficiente.

PRIMER SENADOR Hablamos en vano.

TIMÓN Y sin embargo amo a mi país,

y no soy de esos que, como dice el rumor,

se alegran del naufragio común.

PRIMER SENADOR Eso está bien dicho.

TIMÓN Saluden en mi nombre a mis amados compatriotas.

PRIMER SENADOR

Esas palabras adornan sus labios al pasar por ellos.

SEGUNDO SENADOR Y penetran entre aplausos en nuestros oídos

como grandes vencedores por sus puertas.

TIMÓN Salúdenlos de mi parte y díganles que para curarles

sus pesares, los temores a golpes hostiles,

los dolores, las pérdidas, las penas de amor

y otras angustias inevitables que el frágil barco

de la naturaleza lleva en el incierto viaje de la vida,

les haré un pequeño favor:

enseñarles cómo evitar la ira del fiero Alcibíades.

PRIMER SENADOR Mucho me place esto; volverá usted.

TIMÓN Aquí en mi cercado crece un árbol

que me invita a cortarlo para mi propio uso,

y que debo talar pronto;

díganle a mis amigos, díganle a Atenas,

en orden jerárquico,

desde el más grande hasta el más pequeño,

que quien quiera poner fin a su aflicción

se afane por venir antes de que mi árbol

La vida de Timón de Atenas

haya sentido el hacha… ¡Y que de él se cuelgue!

Les ruego llevarles este saludo mío.

FLAVIO No lo disturben más, siempre lo encontrarán así.

TIMÓN No vengan más a verme. Díganle a Atenas

que Timón ha levantado su mansión perdurable

sobre la playa del salado oleaje,

que una vez al día la cubrirá, turbulento y crecido.

Que vengan aquí, y que mi lápida sea su oráculo.

Labios, suelten cuatro palabras,

y que el lenguaje acabe.

¡Que la peste y la infección enderecen lo torcido!

¡Que las tumbas sean las únicas obras de los hombres,

y la muerte su ganancia!

Sol, oculta tus rayos. El reino de Timón ha terminado.

Sale ,

retirándose a su cueva .

PRIMER SENADOR

El rencor está inseparablemente unido a su carácter.

SEGUNDO SENADOR Nuestra esperanza en él ha muerto. Regresemos

y recurramos por fuerza mayor a cualquier otro medio

que en nuestro grave peligro nos quede.

PRIMER SENADOR Debemos apresurarnos.

Salen .

ESCENA III

Entran dos senadores,

con un MENSAJERO.

TERCER SENADOR Lo que has descubierto es doloroso.

¿Tan numerosas son sus filas como informas?

MENSAJERO He calculado por lo bajo; además,

su rápido avance indica que pronto estará aquí.

CUARTO SENADOR Si no traen a Timón corremos gran peligro.

MENSAJERO Me encontré con un correo, viejo amigo mío

con el que, aunque estemos en campos opuestos,

prevaleció nuestro antiguo afecto

y nos hizo hablar de nuevo como amigos.

Iba a la cueva de Timón con carta de Alcibíades

solicitando su cooperación en la campaña

contra nuestra ciudad, causada en parte por él.

Entran los otros senadores .

TERCER SENADOR Aquí vienen nuestros hermanos.

PRIMER SENADOR No hablemos de Timón, no esperéis nada de él.

Se oye el tambor del enemigo, y sus terribles

y rápidas maniobras llenan el aire de polvo.

Entremos a prepararnos. Nuestra es la caída,

me temo; la trampa, el enemigo.

Salen .

ESCENA IV

Entra un SOLDADO *en el bosque*

buscando a TIMÓN.

SOLDADO Según todo lo descrito este debe ser el lugar.

¿Hay alguien aquí? ¡Diga algo! ¿Nadie responde?

Descubre una lápida .

¿Qué es esto? Timón seguro ha muerto. No puedo leer

lo que hay en su tumba. Tomaré con cera la leyenda.

Nuestro capitán es ducho en escrituras. Intérprete viejo,

aunque joven en años, frente a la orgullosa Atenas

cuya caída es su ambición, ha levantado sus tiendas.

Sale .

ESCENA V

Suenan las trompetas.

Frente a Atenas, entra ALCIBÍADES *con sus fuerzas* .

ALCIBÍADES Anuncia a esta cobarde y lasciva ciudad

nuestra pavorosa llegada.

Suena un toque de parlamento,

los senadores aparecen en la muralla .

Hasta ahora habéis sobrevivido,

colmando vuestras vidas de toda clase de licencias,
y haciendo de vuestras voluntades la medida
de la justicia; hasta ahora, yo mismo
y quienes dormitaban a la sombra de vuestro poder
hemos vagado terciadas las armas y en vano
nos hemos quejado de nuestros sufrimientos.
Maduro es ya el momento para que el tuétano humillado,
fuerte ya en su dueño, grite, de por sí: «¡No más!».
Ahora palpitará el corazón de los ofendidos sin voz
sentados sobre vuestros cómodos escaños,
y vuestro arrogante desprecio
jadeará de miedo en hórrida huida.

PRIMER SENADOR

Noble joven: cuando tus primeras quejas eran pura
imaginación, antes de que tuvieras poder o nosotros
motivo de temor, enviamos por ti
para ungir con bálsamo tus cóleras
y borrar nuestra ingratitud con numerosas muestras
de la amistad que te profesamos.

SEGUNDO SENADOR

En la misma forma, con humilde mensaje y con promesas
concretas, halagamos al transformado Timón
hacia el amor a nuestra ciudad. No fuimos todos crueles,
ni todos merecemos el común flagelo de la guerra.

PRIMER SENADOR Estas murallas nuestras no fueron levantadas

por las manos de quienes te agraviaron;
ni son ellos tales que por sus propias faltas
deban caer estas altas torres, monumentos y edificios.
SEGUNDO SENADOR Ni viven quienes fueron la causa primordial
de tu exilio; la vergüenza de no haber sido
en nada precavidos rompió sus corazones.
Entra marchando en la ciudad, noble caballero,
con banderas desplegadas. Por ejecución
de cada diez como impuesto de muerte, si la venganza
tiene hambre de esos bocados que natura odia,
toma el décimo predestinado, y por el azar
de unos dados marcados, mata a quien ellos señalen.
PRIMER SENADOR No todos te han ofendido. Y no es equitativo
vengarse en los que son por los que fueron.
Entonces, amado compatriota, trae tus tropas,
pero deja tu cólera fuera. Perdona a tu cuna ateniense
y a esos parientes tuyos que bajo la tempestad
de tu ira deben caer con quienes sí te ofendieron.
Cual pastor, acércate al rebaño y sacrifica
a los infectados, pero no los mates a todos juntos.
SEGUNDO SENADOR Lo que deseas, deberías imponerlo más
con una sonrisa que con los tajos de tu espada.
Basta que pongas un pie en nuestras fortificadas puertas,
y se abrirán. Así enviarás antes tu benévolo corazón,
para advertirnos que entras como amigo.

SEGUNDO SENADOR Arroja el guante,

o si no cualquier otra prenda de tu honor,

en garantía de que emplearás la guerra

para tu desagravio, y no para nuestra ruina.

Todo tu ejército se alojará seguro en la ciudad,

hasta que hayamos colmado todos tus deseos.

ALCIBÍADES Así las cosas, aquí tenéis mi guante. Bajad

a abrir las puertas, a salvo de mi ataque.

De los enemigos de Timón y de los míos solo caerán

aquellos que vosotros señaléis para ser sancionados.

Y con el fin de calmar vuestros temores

con mis nobles propósitos, ningún hombre

saldrá de su cuartel o infringirá el curso

de la justicia regular, so pena de recibir

el más duro castigo de vuestra ley penal.

AMBOS SENADORES Muy nobles son tus palabras.

ALCIBÍADES Bajad, y mantened la vuestra.

Suenan las trompetas. Salen los senadores.

Entra un SOLDADO.

SOLDADO Mi noble general, Timón ha muerto; está enterrado

al borde mismo del mar, y en su lápida

hay esta inscripción que traje en cera, cuyo blando

molde será el intérprete de mi pobre ignorancia.

ALCIBÍADES *lee el epitafio* .

ALCIBÍADES «Yace aquí un mísero cadáver,

privado de su mísera alma.

No busquéis mi nombre. ¡La peste os consuma,

malvados infelices que quedáis!

Aquí yazgo yo, Timón,

que en vida odié a los hombres.

Pasa y maldice a tus anchas.

Pasa, sí, y no te pares.»

Bien expresa esto tus sentimientos postreros.

Aunque aborreciste nuestros humanos sufrimientos

y despreciaste la marea de nuestros cerebros

y esas otras goticas que de la mezquina naturaleza

caen, tu rica imaginación te enseñó, sin embargo,

a hacer que, por tus faltas perdonadas, llorara

el vasto Neptuno sobre tu baja tumba para siempre.

Ha muerto el noble Timón;

su recuerdo crecerá con el tiempo.

Entran los senadores por las puertas.

Hacedme entrar en vuestra ciudad,

y usaré mi espada como ramo de olivo,

para que la guerra engendre la paz,

y la paz ponga fin a la guerra,

y así prescriban ambas,

curandera la una de la otra.

¡Que batan los tambores!

Tambores.

Salen por las puertas .

CORIOLANO

versión de

María Enriqueta González Padilla

Escrita entre 1607 y 1608, contiene referencias a los rigores del invierno de 1607, cuando el Támesis se heló. El único texto es el reproducido en el Primer Folio de 1623, aparentemente compuesto a partir del manuscrito de Shakespeare o de la transcripción de un escriba.

DRAMATIS PERSONAE

Cayo MARCIO, después Cayo Marcio CORIOLANO

TITO Larcio, general en guerra con los volscos

COMINIO, general en guerra con los volscos

MENENIO Agripa, amigo de Coriolano

SICINIO Veluto, tribuno del pueblo

Junio BRUTO, tribuno del pueblo

El JOVEN MARCIO, hijo de Coriolano

Un HERALDO romano

NICANOR, un romano

Tulo AUFIDIO, general de los volscos

LUGARTENIENTE de Aufidio

CONSPIRADORES con Aufidio

ADRIANO, un volsco

VOLUMNIA, madre de Coriolano

VIRGILIA, esposa de Coriolano

VALERIA, amiga de Virgilia

Senadores romanos y volscos, patricios, ediles, lictores, soldados, ciudadanos, mensajeros, sirvientes y otros acompañantes

Escena: Roma y sus alrededores; Corioles y sus alrededores; Ancio

PRIMER ACTO

ESCENA I

Calle de Roma. Entra un grupo de ciudadanos amotinados

con palos, garrotes y otras armas .

CIUDADANO PRIMERO Antes de que sigamos adelante, déjenme hablar.

TODOS Habla, habla.

CIUDADANO PRIMERO ¿Están todos resueltos a morir más que a perecer de hambre?

TODOS ¡Resueltos! ¡Resueltos!

CIUDADANO PRIMERO Primero, ya saben que Cayo Marcio es enemigo principal de la gente.

TODOS ¡Lo sabemos! ¡Lo sabemos!

CIUDADANO PRIMERO Matémoslo, y tendremos grano al precio que nos conviene. ¿Hay veredicto?

TODOS No se hable más de ello. Que se haga. ¡Vamos, vamos!

CIUDADANO SEGUNDO Una palabra, buenos ciudadanos.

CIUDADANO PRIMERO Se nos considera ciudadanos pobres; a los patricios, ricos. Lo que la autoridad ya no puede consumir, nos aliviaría a nosotros. Si nos cedieran siquiera lo que les sobra, mientras todavía está bueno, pensaríamos que nos tratan humanitariamente, pero creen que salimos demasiado caros. La flacura que nos aflige, reflejo de nuestra miseria, es como un inventario para hacer la cuenta de su abundancia. Nuestro sufrimiento es ganancia para ellos. Venguemos esto con nuestras picas, antes que nos convirtamos en esqueletos. Porque los dioses saben que digo esto con hambre de pan, no con sed de venganza.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Quieren proceder ustedes especialmente contra Cayo Marcio?

TODOS Contra él primero. Es un verdadero perro contra la clase baja.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Tienen ustedes en cuenta los servicios que ha prestado a la patria?

CIUDADANO PRIMERO Claro que sí, y con gusto lo alabaría por ello, si con su orgullo no quedara él bien pagado.

CIUDADANO SEGUNDO No, pero no hables con malicia.

CIUDADANO PRIMERO Te digo que lo que con tanta fama ha realizado, lo ha hecho con ese fin. Aunque algunos contemporizadores se contenten con decir que lo hizo por la patria, en realidad lo hizo por dar gusto a su madre, y en parte para sentirse orgulloso, que lo está, a la altura de su virtud.

CIUDADANO SEGUNDO Lo que no puede evitar en su naturaleza, lo tomas tú por vicio. De ningún modo debes decir que es ambicioso.

CIUDADANO PRIMERO Suponiendo que así sea, no me falta de qué acusarlo. Tiene defectos en demasía hasta para cansarse de repetirlos.

Gritos dentro .

¿Qué gritos son estos? El otro lado de la ciudad se ha sublevado. ¿Qué estamos haciendo aquí platicando? ¡Al Capitolio!

TODOS ¡Vengan, vengan!

CIUDADANO PRIMERO Calma, ¿quién viene aquí?

Entra MENENIO *Agripa* .

CIUDADANO SEGUNDO El respetable Menenio Agripa, uno que siempre ha querido bien al pueblo.

CIUDADANO PRIMERO Es muy honrado; ¡ojalá todos los otros fueran así!

MENENIO ¿Qué traéis entre manos compatriotas?

¿Donde vais

con garrotes y con palos? ¿Qué pasa? Hablad,

os lo ruego.

CIUDADANO PRIMERO Nuestro negocio no es desconocido para el Senado. Hace quince días que tuvieron indicios de lo que intentábamos hacer, y que ahora con hechos les demostraremos. Dicen que los

solicitantes pobres tienen muy fuerte el aliento; ahora sabrán que tenemos también fuertes los brazos.

MENENIO ¡Pero maestros, buenos amigos y honrados vecinos míos! ¿Queréis arruinaros?

CIUDADANO PRIMERO No podemos señor, porque arruinados estamos.

MENENIO Amigos, os digo yo que los patricios tienen

por vosotros la solicitud más bondadosa.

Por lo que hace a vuestros sufrimientos y carencias

en esta sequía, igual podríais

golpear el cielo con vuestros garrotes,

como alzarlos en contra del Estado romano,

cuyo curso seguirá el camino que ha tomado

destruyendo a su paso mil obstáculos

de envergadura más potente que la que nunca

manifestarse pueda en vuestra oposición.

En cuanto a la sequía, son los dioses,

no los patricios, quienes la producen,

y ayudaros deben vuestras rodillas,

no vuestros brazos ante ellos. Ay,

sois llevados por la calamidad

a donde peor la encontraréis; y calumniáis

a los conductores del Estado, que cual padres

por vosotros se preocupan, cuando

los maldecís como enemigos.

CIUDADANO PRIMERO ¿Que se preocupan por nosotros? ¡Vaya que es cierto! Nunca se han preocupado por nosotros. Nos dejan morir de hambre mientras sus trojes están atestadas de trigo; proclaman edictos sobre la usura para apoyar a los usureros; revocan diariamente

cualquier decreto justo que se dé en contra de los ricos y promulgan diariamente nuevos reglamentos lacerantes para encadenar y reprimir a los pobres. Si las guerras no nos devoran, lo harán ellos; y en eso consiste todo el amor que nos profesan.

MENENIO Preciso es confesar

o que sois en extremo maliciosos,

o que puede pensarse que estáis locos.

Voy a contaros un bonito cuento;

es probable que ya lo hayáis oído,

pero como se ajusta a mi propósito,

una vez más me atrevo a machacarlo.

CIUDADANO PRIMERO Bien, lo escucharé, señor; mas sin embargo, no debéis pretender entretener nuestra desgracia con un cuento; pero si os place, contadlo.

MENENIO Aconteció una vez

que todos los miembros del cuerpo se rebelaron

contra el estómago; su acusación

fue que este

permanecía así en medio del cuerpo

como un pozo, inactivo y de balde,

almacenando siempre la comida,

sin soportar nunca trabajo alguno

como los otros, mientras los demás instrumentos

veían, oían, discurrían, instruían,

caminaban, sentían

y, colaborando unos con otros, subvenían

a los apetitos e inclinaciones comunes

de todo el cuerpo. El estómago respondió…

CIUDADANO PRIMERO Y bien, señor, ¿qué respuesta dio el estómago?

MENENIO Señor, voy a decíroslo.

Con una especie de sonrisa que no salió

nunca de los pulmones,

sino una sonrisa así… pues mirad,

puedo hacer que el estómago sonría

y también que hable, burlonamente

les replicó a los miembros descontentos,

a las partes rebeldes

que envidiaban lo que recibía; justo así,

con gran acierto, igual que vosotros

difamáis a vuestros senadores,

por no ser

lo que vosotros sois…

CIUDADANO PRIMERO Vuestra respuesta del estómago… ¿cuál fue?

Es como si la regia cabeza coronada,

el ojo vigilante,

el corazón consejero, el brazo,

soldado nuestro, la pierna, que es nuestro corcel,

la lengua, que nos sirve de trompeta,

y otras fortificaciones y ayudas pequeñas

de nuestra fábrica humana…

MENENIO ¡Qué pues!

¡Por vida mía que es hablantín este sujeto!

¡Bueno! ¡Qué pues!

CIUDADANO PRIMERO Fueran reprimidos

por el voraz estómago que es

la cloaca del cuerpo.

MENENIO Bien ¿y qué?

CIUDADANO PRIMERO Los órganos dichos, si se quejaron,

¿qué pudo contestarles el estómago?

MENENIO Os lo diré si es que queréis prestarme

un poco (pues poca tenéis) de vuestra paciencia

por un momento, y oiréis la respuesta

del estómago.

CIUDADANO PRIMERO Mucho tiempo os tomáis.

MENENIO Tomad nota, buen amigo;

vuestro respetabilísimo estómago

era muy pausado, no irreflexivo

como sus acusadores,

y contestó de esta manera: «Verdad es», dijo,

«incorporados amigos míos, que recibo

yo primero, el alimento todo

con que os sustentáis; y eso, es justo,

porque soy depósito y almacén

de todo el cuerpo. Mas si recordáis,

lo despacho

por los ríos de vuestra sangre hasta la corte

incluso, el corazón, y a la sede del cerebro;

y por intermedio de los pasillos

y oficinas[25] del hombre, los nervios

más potentes

y las pequeñas venas inferiores

de mí reciben la suficiencia natural

con la que viven. Y aunque

todos a la vez, vosotros mis buenos amigos»,

esto dice el estómago, fijaos.

CIUDADANO PRIMERO Sí, señor, bueno, bueno.

MENENIO «Aunque a la vez todos no puedan ver

lo que le reporto a cada uno, sin embargo,

bien puedo hacer la cuenta de que todos

de regreso recibís de mí la fina harina

de todo, y que me dejáis solo el salvado.»

¿A esto qué decís?

CIUDADANO PRIMERO Que fue una respuesta. ¿Mas qué aplicación le dais?

MENENIO Los senadores de Roma son el buen estómago;

vosotros sois los miembros revoltosos.

Examinad sus disposiciones y cuidados;

digerid rectamente las cosas que conciernen

al bienestar de los plebeyos y encontraréis

que no existe

ningún beneficio público que recibáis

que no proceda o venga de ellos

a vosotros;

de ningún modo de vosotros mismos.

¿Qué pensáis vos, dedo gordo del pie

de esta asamblea?

CIUDADANO PRIMERO ¿Yo el dedo gordo del pie? ¿Y por qué el dedo gordo?

MENENIO Porque aun siendo uno de los más bajos, más viles y más pobres

de esta sabia revuelta, te[26] adelantas

a todos. Tú, villano,

que tienes la sangre más ruin, corres delante

a cobrar alguna ventaja. Mas aprestad

vuestros palos y vuestras cachiporras;

Roma y sus ratas están a punto de enfrentarse.

Una parte debe salir perdiendo.

Entra Cayo MARCIO.

¡Salud,

noble Marcio!

MARCIO Gracias.

¿Qué sucede, villanos descontentos,

que a fuerza de rascaros

la pobre sarna de vuestra opinión

os hacéis costras?

CIUDADANO PRIMERO Siempre recibimos

de vos buenas palabras.

MARCIO El que quiera dirigirte a ti buenas palabras

adulará de modo

por demás aborrecible. ¿Qué es lo que pedís,
perros callejeros, que no queréis
ni la guerra ni la paz? La una os asusta;
os vuelve arrogantes la otra. El que a vosotros
se confía,
cuando debiera hallaros leones, os halla liebres;
gansos, en vez de zorros.
No sois más de fiar, no,
que el carbón encendido sobre el hielo
o el granizo en el sol.
Vuestra virtud consiste en honrar a aquel a quien
sojuzga su delito,
y en maldecir por ello a la justicia.
Quien merece grandeza, merece vuestro odio,
y vuestras inclinaciones son cual apetito
de enfermo
que con más ansia desea lo que acrece más
su mal. El que depende de vuestro favor nada
con aletas de plomo
y derriba robles con juncos. ¡Que os ahorquen!
¿Fiarse de vosotros? A cada instante
cambiáis de opinión, llamando noble al que ha poco
aborrecíais y vil al que teníais por héroe.
¿Qué sucede, que en varios sitios de la ciudad
protestáis contra el noble Senado

que con licencia de los dioses os tiene a raya
para que no os devoréis los unos a los otros?
¿Qué es lo que pretenden?
MENENIO Grano al precio que ellos fijen,
del que afirman está bien provista la ciudad.
MARCIO ¡Que los ahorquen! ¡Afirman!
Se sientan junto al fuego y presumen conocer
lo que acontece en el Capitolio: quiénes tienen
probabilidades de subir; quiénes
de prosperar o de venirse abajo;
forman bandos y unen
posibles matrimonios,
fortaleciendo partidos o debilitando
los que no son de su agrado bajo sus zapatos
remendados.
¿Conque dicen que hay grano de sobra?
Si la nobleza dejara de lado
su conmiseración y me dejara
usar mi espada, haría un montón
con miles de estos esclavos despedazados,
que subiera tan alto como pudiera yo
alzar mi lanza.
MENENIO No, estos ya están
casi completamente convencidos,
porque aunque en gran manera carecen de discreción,

son también sumamente pusilánimes.

Pero dime, ¿qué dice la otra banda?

MARCIO Ya se disolvieron. ¡Que los ahorquen!

Argüían que estaban hambrientos y gemían

consignas: que «el hambre quebranta muros»

y «hasta los perros comen». Que «la carne

se hizo para la boca del hombre»

y que «los dioses no envían el grano

solo para los ricos».

Con estos jirones de frases desahogaban

sus quejas, que al ser contestadas, y concedérseles

una petición, por cierto muy extraña,

capaz de quebrantar el corazón de los nobles

y hacer palidecer al denodado poder,

lanzaron al aire sus gorros cual si quisieran

colgarlos de los cuernos de la luna,

gritando su emulación.

MENENIO ¿Qué se les concedió?

MARCIO Cinco tribunos elegidos por ellos mismos

para defender su sabiduría vulgar.

Uno es Junio Bruto; otro, Sicinio Veluto

y no sé quién más. Por vida mía que la plebe

habría primero demolido la ciudad

que haberme arrancado semejante concesión.

Con el tiempo crecerá su poder

y se aventurará a argumentos más atrevidos

para justificar la insurrección.

MENENIO Esto es extraño.

MARCIO (*A la plebe* .) ¡Lárguense a su casa, fragmentos!

Entra apresuradamente

un MENSAJERO.

MENSAJERO ¿Dónde está Cayo Marcio?

MARCIO Aquí, ¿qué ocurre?

MENSAJERO Señor, la noticia

es que los volscos se han levantado en armas.

MARCIO Me alegro de ello. Así podremos dar salida

a nuestro podrido exceso. Mirad,

nuestros más ilustres patricios.

Entran SICINIO *Veluto y Junio* BRUTO*;*

COMINIO*,* TITO *Larcio y otros senadores* .

SENADOR PRIMERO

Marcio, es verdad lo que últimamente nos decíais,

que los volscos se han levantado en armas.

MARCIO Tienen un jefe, Tulio Aufidio, que os dará que hacer.

Peco al envidiar su nobleza, y si no fuera

yo lo que soy, solo él desearía ser.

COMINIO ¡Se ve que habéis combatido el uno contra el otro!

MARCIO Si se hubieran cogido de las barbas

las dos mitades de este mundo, y él

estuviera de mi parte, me rebelaría

para hacerle la guerra solo a él.

Es un león que me precio de cazar.

SENADOR PRIMERO Entonces, noble Marcio,

prestad vuestro servicio a Cominio en esta guerra.

COMINIO Me lo habéis prometido.

MARCIO Así es,

señor, y lo sostengo.

Y tú, Tito Larcio, de nuevo me verás

golpeándole la cara a Tulo.

¿Qué, estás tullido? ¿Por qué te zafas?

TITO No, Cayo Marcio. Me apoyaré en una muleta

y pelearé con la otra antes

de volver atrás en este asunto.

MENENIO ¡Bien nacido!

SENADOR PRIMERO Vuestra compañía al Capitolio, donde sé

que están esperando nuestros más grandes amigos.

TITO (*A* COMINIO.) Abrid la marcha.

(*A* MARCIO.) Seguid a Cominio;[27]

nosotros iremos después de vos respetando

vuestro rango.

COMINIO Sí, noble Marcio.

SENADOR PRIMERO (*A los ciudadanos* .) Váyanse a casa, ¡pronto!

MARCIO No, dejad que nos sigan.

Los volscos tienen mucho trigo. Llevad allá

a estas ratas a roer sus graneros.

Respetables amotinados, vuestro valor

promete mucho; por favor seguidnos.

Salen .

Los ciudadanos se escabullen. SICINIO *y* BRUTO

permanecen en el escenario .

SICINIO ¿Hubo jamás hombre más altanero

que este Marcio?

BRUTO No tiene igual.

SICINIO Cuando fuimos escogidos tribunos

de la gente…

BRUTO ¿Te fijaste en su labio y en su mirada?

SICINIO ¡No, sus burlas!

BRUTO Cuando se alebresta no perdona ni a los dioses.

SICINIO Se burla hasta de la mansa luna.

BRUTO ¡Que las presentes guerras lo devoren!

De tan valiente se ha vuelto altanero.

SICINIO Una naturaleza así, estimulada

por el buen éxito, despreciará hasta la sombra

en que pisa

al mediodía. Me pregunto cómo

su insolencia se aviene a que Cominio

le dé órdenes.

BRUTO La gloria a la que aspira,

de la cual es favorito, no puede durar

ni lograrse mejor que un sitio más abajo

que el primero,

porque así, lo que no resulte bien,

será por culpa del general, aunque este haga

lo imposible,

y la inconstante crítica irá gritando entonces

a propósito de Marcio:

«¡Si él hubiera dirigido el asunto…!».

SICINIO Además, si las cosas salen bien,

la opinión, ya tan apegada a Marcio,

despojará a Cominio de sus méritos.

BRUTO Ven. Serán para Marcio

la mitad de los honores de Cominio

aunque Marcio no los haya ganado;

y todas sus faltas serán honores

para Marcio,

aunque él, en verdad, nada merezca.

SICINIO Vámonos ya de aquí y averigüemos

cómo se está despachando el asunto,

y en qué forma,

además de sus singularidades,

se conduce en la presente ocasión.

BRUTO Sí, vamos.

Salen .

ESCENA II

Corioles. El Senado. Entra Tulo AUFIDIO

con algunos senadores .

SENADOR PRIMERO Por lo tanto, vuestra opinión, Aufidio,

es que los romanos se han enterado

de nuestras deliberaciones, y están al tanto

de qué tácticas seguimos.

AUFIDIO ¿Y no es la vuestra?

¿Qué planes ha habido en este país

que pudieran realizarse en firme

sin que antes los romanos tuvieran

conocimiento de ellos?

No han pasado siquiera cuatro días

desde que de allá tuve noticias. Estas son

las mismísimas palabras. Y creo

que aquí traigo la carta.

Sí, aquí está: «Han reclutado fuerzas,

pero no se sabe si es hacia el este

o hacia el oeste. Es muy grande la miseria,

la plebe se ha sublevado, y se rumora

que Cominio, Marcio, vuestro viejo enemigo

(que es más odiado de Roma que de vosotros),

y Tito Larcio, que es un romano muy valiente,

son los tres

que dirigen estos preparativos

donde fuere que sea su destino.

Lo más probable es que sea contra vosotros.

Estad preparados».

SENADOR PRIMERO Nuestro ejército se halla en campaña;

nunca habíamos dudado para nada

que Roma no estuviese dispuesta a respondernos.

AUFIDIO Ni pensasteis que fuese una locura

mantener ocultos vuestros audaces designios

hasta que hubieran de manifestarse

por sí mismos, los cuales, al estarse incubando,

al parecer se volvieron patentes a Roma.

Debido a este descubrimiento, nos hallaremos

limitados en nuestro propósito que era

apoderarnos de varias ciudades

antes casi de que supiera Roma

que estábamos en pie de guerra.

SENADOR SEGUNDO Ilustre Aufidio,

tomad posesión de vuestro cargo; daos prisa

a reuniros con vuestras tropas. Dejadnos solos

para defender a Corioles.

Si vienen a ponernos sitio, para romperlo

traed a vuestro ejército;

pero creo que veréis que no apuntan

contra nosotros.

AUFIDIO Oh, ni duda os quepa de eso;

hablo de cosas ciertas.

Inclusive algunos destacamentos

de su ejército

están ya en marcha y aquí se dirigen.

Me despido de vuestras señorías.

Si por suerte Cayo Marcio y yo nos encontramos,

es cosa entre ambos ya jurada

que pelearemos hasta el final,

hasta que uno de los dos quede muerto.

TODOS ¡Que os asistan los dioses!

AUFIDIO ¡Y guarden a vuestras señorías sanos

y salvos!

SENADOR PRIMERO Adiós.

SENADOR SEGUNDO Adiós.

TODOS Adiós.

Salen .

ESCENA III

Roma. Aposento en casa de Marcio.

Entran VOLUMNIA *y* VIRGILIA*, madre y esposa de Marcio,*

respectivamente. Se sientan en dos taburetes a coser .

VOLUMNIA Te ruego, hija, que cantes o te expreses de modo más optimista. Si mi hijo fuera mi esposo, yo me regocijaría más con la ausencia en que conquistara gloria, que con los abrazos de su lecho en que mayor cariño me mostrara. Cuando era todavía niño tierno y el único fruto de mis entrañas; cuando la juventud con su apostura atraía hacia él todas las miradas; cuando ni por un día de rogativas reales se resignaría una madre a privarse de su vista ni una hora, yo, considerando cuánto le convenía el honor a su persona (el cual no quedaría en otra cosa que en retratos para colgar en la pared, a menos que el renombre lo hiciera valer) consentí en dejarlo buscar el peligro donde tuviera probabilidades de encontrar la fama. Lo envié a una guerra cruel de la cual volvió con la frente coronada de roble. Te digo,

hija, que no exulté más de júbilo cuando supe que mi hijo era varón, que luego cuando vi por primera vez que había demostrado que era hombre.

VIRGILIA Pero si hubiera muerto en el empeño, señora, ¿qué hubiera sucedido entonces?

VOLUMNIA Entonces su buen nombre habría sido mi hijo, y en él hubiera hallado yo mi descendencia. Óyeme, porque lo digo muy sinceramente: si tuviera yo una docena de hijos, todos iguales en mi amor, y ninguno menos querido que tu marido, mi buen Marcio, preferiría que once murieran noblemente por su patria, a que uno solo engordara voluptuosamente en la inacción.

Entra una SIRVIENTA.

SIRVIENTA La señora Valeria ha venido a visitaros, señora.

VIRGILIA Os ruego que me deis licencia de retirarme.

VOLUMNIA En verdad, no harás tal.

Me parece que escucho hasta aquí el tambor de tu esposo;

que lo veo coger a Aufidio por los cabellos

y derribarlo, y a los volscos, que como niños,

huyen de él como de un oso.

Me parece

que lo veo golpear el suelo con el pie

gritando así: «¡Adelante, cobardes:

entre temores fuisteis engendrados

aunque en Roma nacisteis!».

Su ensangrentada frente con su mano

limpiando entonces, avanza como un segador

cuya tarea es troncharlo todo

o perder su jornal.

VIRGILIA ¿Su ensangrentada frente?

¡Oh, Júpiter, que no haya sangre!

VOLUMNIA ¡Ah, quita allá, tonta! ¡Mejor le queda

la sangre a un hombre que el oro a su trofeo!

Los pechos de Hécuba

cuando amamantaba a Héctor no parecían

tan hermosos como la frente de Héctor

cuando escupía sangre sobre la espada griega

despectivamente. Dile a Valeria

que estamos dispuestas a darle la bienvenida.

Sale la SIRVIENTA.

VIRGILIA ¡Que los cielos libren a mi señor

del cruel Aufidio!

VOLUMNIA Bajo su rodilla

doblará él la cabeza de Aufidio

y pisará su cuello.

Entra VALERIA *con su ujier*

y la SIRVIENTA.

VALERIA ¡Mis señoras, que ambas tengáis muy buenos días!

VOLUMNIA ¡Amable señora!

VIRGILIA ¡Qué gusto ver a vuestra señoría!

VALERIA ¿Como estáis las dos? No hay duda de que sois muy caseras. ¿Qué estás cosiendo aquí? ¡Lindo bordado, a fe mía! ¿Cómo está tu hijito?

VIRGILIA Favor que me hace vuestra señoría; bien, buena señora.

VOLUMNIA Prefiere ver espadas y oír un tambor, que mirar a su maestro de escuela.

VALERIA ¡Doy mi palabra que es hijo de su padre! Juraré que es un niño precioso. A fe mía, lo estuve viendo el miércoles pasado por espacio de media hora; tiene un aire muy decidido. Lo vi correr detrás de una

mariposa dorada, y luego que la atrapó, la dejó suelta otra vez y tornó a perseguirla; dio una maroma o dos, se levantó y la atrapó de nuevo; no sé si la caída le causó rabia o qué, porque apretó los dientes y la despedazó. ¡La hizo pedacitos, os lo aseguro!

VOLUMNIA ¡Como lo hacía su padre!

VALERIA No hay duda, vamos, que es un excelente muchachito.

VIRGILIA ¡Un travieso, señora!

VALERIA Vamos, dejad a un lado vuestra costura. Quiero que esta tarde juguéis conmigo al ama de casa ociosa.

VIRGILIA No, señora. Yo no saldré de casa.

VALERIA ¿Fuera de casa no?

VOLUMNIA ¡Claro que sí! ¡Claro que sí!

VIRGILIA De veras no, con vuestro permiso. No traspondré el umbral hasta que mi señor regrese de la guerra.

VALERIA ¡Bah! Te encierras sin ninguna razón. Ven; debes visitar a la buena señora que está por dar a luz.

VIRGILIA Le deseo que se recupere pronto y la visitaré con mis oraciones; pero no puedo ir a verla.

VOLUMNIA ¿Por qué, me haces favor?

VIRGILIA No es por ahorrarme trabajo ni por falta de afecto.

VALERIA Te gustaría ser otra Penélope; sin embargo dicen que todo el cáñamo que ella hiló en ausencia de Ulises no sirvió para otra cosa que para llenar a Itaca de palomillas. Ven. Quisiera que tu tela fuera tan sensible como tu dedo, para que te apiadaras de ella y dejaras de picarla. Ven, irás con nosotras.

VIRGILIA No, buena señora, perdonadme; de veras, no saldré.

VALERIA Vaya, vamos de veras, y te daré excelentes noticias de tu esposo.

VIRGILIA Ay, buena señora; todavía no puede haber ningunas.

VALERIA Verdaderamente, no estoy bromeando contigo. Llegaron noticias de él anoche.

VIRGILIA ¿De veras, señora?

VALERIA En serio, es verdad; se las oí a un senador. Pasa esto: los volscos tienen un ejército contra el cual ha marchado el general Cominio, con una parte de nuestro ejército romano. Tu señor y Tito Larcio han puesto sitio a la ciudad de Corioles; no dudan de vencerla y acabar pronto la guerra. Esto es cierto, te doy mi palabra, y por tanto te ruego que nos acompañes.

VIRGILIA Os ruego que me excuséis, buena señora. De aquí en adelante os obedeceré en todo.

VOLUMNIA Dejadla sola, señora; tal como está, nos echará a perder el gusto.

VALERIA Pues de veras creo que sí. Que la pases bien entonces. Venid, buena señora… Te ruego, Virgilia, que eches fuera de casa tu melancolía y vengas con nosotras.

VIRGILIA No, de una vez por todas, señora; en verdad no debo. Os deseo que os divirtáis mucho.

VALERIA Pues hasta luego entonces.

Salen .

ESCENA IV

Delante de Corioles.

Entran MARCIO, TITO *Larcio con tambor y banderas, oficiales y soldados. Se les acerca un* MENSAJERO.

MARCIO Ahí vienen las noticias. Apuesto

que ya ocurrió el encuentro.

TITO Mi caballo contra el tuyo que no.

MARCIO Hecho.

TITO Bien. Convenido.

MARCIO Dime: ¿ya se ha encontrado

nuestro general con el enemigo?

MENSAJERO Se mantienen

a la vista uno del otro, pero no han hablado

todavía.

TITO Por lo consiguiente el buen caballo es mío.

MARCIO Te lo compro.

TITO Pero no lo vendo ni lo regalo.

Te lo presto

durante los próximos cincuenta años.

Convoca a la ciudad.

MARCIO ¿Qué tan lejos están estos dos ejércitos?

MENSAJERO Como a una milla y media.

MARCIO Oiremos entonces

su rebato y ellos el nuestro. Ahora, Marte,

te suplico que nos des presteza en la maniobra

para que con espadas humeantes

podamos ir de aquí a socorrer

a nuestros amigos que combaten en el campo.

Ven, avanza y deja oír tu toque.

Suena un toque de parlamento.

Aparecen dos senadores y otras personas

sobre las murallas .

¿Se halla Tulo Aufidio dentro de vuestras murallas?

SENADOR PRIMERO No, ni ninguno que os tema a vosotros

más que él,

lo cual es menos que nada.

Suena un tambor a lo lejos .

Escuchad,

vuestros tambores hacen salir a nuestros jóvenes.

Vamos a demoler nuestras murallas

antes de que nos acorralen; y nuestras puertas,

que parecen aún estar cerradas,

están solo sostenidas con cañas;

se abrirán solas. Oíd, allá en la lejanía…

Toque de guerra lejano .

Es Aufidio. Escuchad el ruido que produce

al perforar vuestro ejército.

MARCIO ¡Están luchando!

TITO Su estruendo nos sirva de información.

¡Presto ya, las escalas!

Entra el ejército de los volscos .

MARCIO No nos temen;

al contrario, salen de la ciudad.

Colocad ahora vuestros escudos

encima de vuestros corazones, y luchad

con corazones más sólidos que los escudos.

Avanza, bravo Tito.

Nos desdeñan más de lo que podemos creer,

lo que me hace sudar de rabia. ¡Venid, amigos;

al que retroceda, lo tomaré por volsco,

y sentirá el filo de mi espada!

Toque de guerra. Los romanos se ven obligados

a retroceder a sus trincheras.

ESCENA V

Entra MARCIO*, echando maldiciones* .

MARCIO ¡Todas las plagas del sur caigan sobre vosotros,

vergüenza de Roma! ¡Manada de…!

¡Que úlceras y llagas os recubran,

para que podáis ser aborrecidos

antes que vistos, y os infectéis unos a otros

aun contra el viento y a una milla!

Corazones de ganso con figura de hombres,

¿cómo habéis huido de unos esclavos

que batirían los monos? ¡Plutón y el infierno!

¡Todos heridos por detrás! ¡Rojas las espaldas

y pálidas las caras

por la huida y la angustia del miedo!

¡Reaccionad y volved a la carga,

o por los fuegos celestes que dejaré yo

al enemigo y os haré a vosotros la guerra!

¡Alerta! ¡Adelante!

¡Si os mantenéis firmes, los batiremos

hasta donde están sus mujeres, igual que ellos

a nosotros hasta nuestras trincheras. ¡Seguidme!

Nuevo toque de guerra

mientras MARCIO *sigue a los de Corioles*

hasta las puertas de la ciudad .

¡Así que ahora están las puertas abiertas!

¡Ahora probad que sois buen apoyo!

¡Es para los seguidores que las abre

la fortuna, no para los que huyen!

¡Miradme y haced vosotros lo mismo!

MARCIO *atraviesa las puertas* .

SOLDADO PRIMERO ¡Qué atrevimiento! Yo no.

SOLDADO SEGUNDO Ni yo.

MARCIO *queda encerrado dentro.*

Continúa el toque de guerra .

SOLDADO PRIMERO Ved, lo han encerrado.

TODOS Al caldero, no cabe duda.

Entra TITO *Larcio* .

TITO ¿Qué ha pasado con Marcio?

TODOS Muerto, señor, sin duda.

SOLDADO PRIMERO Pisándoles los talones a los que huían

entró con ellos; los cuales, de improviso,

cerraron las puertas. Está él solo

para enfrentarse a toda la ciudad.

TITO ¡Oh, noble compañero,

que sensible,

a su insensible espada sobrepuja,

y cuando esta se doblega, se mantiene enhiesto!

¡Solo has quedado, Marcio!

Un carbunclo íntegro igual de grande que tú,

no sería una joya tan preciada.

Tú eras soldado cual Catón quería,

no fiero y terrible solo en las acometidas,

sino que, con tus miradas ceñudas

y con el atronador sonido de tus gritos,

hacías que se estremecieran tus enemigos,

como si el mundo estuviera trémulo de fiebre.

Entra MARCIO *sangrando, asediado por el enemigo* .

SOLDADO PRIMERO ¡Mirad señor!

TITO ¡Es Marcio!

¡Rescatémoslo o resistamos como él!

Combaten y entran todos a la ciudad .

ESCENA VI

Calle de Corioles.

Entran algunos romanos con despojos .

ROMANO PRIMERO Esto me lo llevo a Roma.

ROMANO SEGUNDO Y esto.

ROMANO TERCERO ¡Que le caiga morriña! ¡Creí que era plata!

Toque de guerra que continúa a lo lejos .

Entran MARCIO *y* TITO *Larcio*

con una trompeta .

MARCIO ¡Mira estos merodeadores que estiman su tiempo

cual si fuera una dracma partida!

¡Cojines, cucharas de plomo, armas

de a centavo,

justillos que los verdugos enterrarían

con los que los llevaban…

con todo arramblan estos viles esclavos

aun antes de que el combate termine!

¡Abajo con ellos…! ¡Y escucha, qué ruido hace

el general! ¡Arremetamos contra él!

¡Ahí está el hombre que mi alma aborrece:

Aufidio, acribillando a nuestros romanos!

Por lo tanto, valiente Tito, toma

tropas suficientes para tener bien segura

la ciudad,

mientras que yo, con los que tengan ánimo,

me apresuro a socorrer a Cominio.

TITO Sangras, noble señor.

Violento en demasía fue tu primer combate

para un segundo arranque.

MARCIO No me alabéis, señor;

esta tarea aún no me hace entrar en calor.

Hasta luego. La sangre que derramo

me es más saludable que peligrosa.

Me presentaré así delante de Aufidio

y combatiré con él.

TITO Y que ahora

se enamore de ti la bella diosa Fortuna,

y que sus más poderosos encantos

desvíen la espada de tu enemigo.

¡Que la prosperidad sea tu paje,

valeroso caballero!

MARCIO ¡Y no menos tuyo,

entre los que ella pone más alto!

Así es que hasta la vista.

Sale MARCIO.

TITO ¡Nobilísimo Marcio!

(*A un romano* .)

Ve tú a tocar la trompeta en la plaza

y convoca allí

a los magistrados de la ciudad,

donde conozcan nuestras intenciones.

¡Vamos!

Salen .

ESCENA VII

Cerca del campamento de Cominio.

Entra COMINIO *en plan de retirada con los soldados* .

COMINIO Tomad aliento, amigos míos. ¡Buena pelea!

Como romanos hemos combatido;

ni imprudentes en nuestros ataques, ni cobardes

en la retirada. Creedme, buenos señores,

cargarán de nuevo contra nosotros.

Mientras combatíamos,

a intervalos

mensajeras rachas de viento nos informaron

de los ataques de nuestros amigos.

¡Que los dioses de Roma dirijan su buen éxito

como nosotros deseamos el nuestro,

para que nuestras fuerzas,

al encontrarse con una sonrisa

en cada frente, puedan ofreceros

un sacrificio de gratitud!

Entra un MENSAJERO.

¿Tus noticias?

MENSAJERO Que los ciudadanos de Corioles han salido

y han dado batalla a Tito y a Marcio.

Vi a nuestro ejército rechazado a sus trincheras

y me vine luego.

COMINIO Aunque digas la verdad,

creo que mientes. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

MENSAJERO Señor, más de una hora.

COMINIO No hay ni una milla; ha poco oímos sus tambores.

¿Cómo pudiste perder una hora

en una milla y traer tan tarde

tus noticias?

MENSAJERO Espías de los volscos me persiguieron

de manera que me vi forzado a dar la vuelta

tres o cuatro millas a la redonda;

de otro modo,

hace media hora que habría yo

traído mi mensaje.

Entra MARCIO.

COMINIO ¿Quién viene allá que parece como si estuviera

desollado? ¡Oh, dioses,

tiene la figura de Marcio, y yo lo he visto

así antes!

MARCIO ¿Llego demasiado tarde?

COMINIO El pastor no distingue mejor entre los truenos

y el tamboril de lo que yo distingo

el sonido de la lengua de Marcio

de la de cualquiera.

MARCIO ¿Llego demasiado tarde?

COMINIO Sí, si no venís cubierto de la sangre

de otros sino de la vuestra.

MARCIO ¡Oh! Dejadme abrazaros entre mis brazos

como cuando me casé. Tan alegre

en mi corazón como cuando se celebraron

nuestras bodas

y las antorchas al lecho nupcial

me conducían.

COMINIO Flor de los guerreros,

¿cómo se halla Tito Larcio?

MARCIO Como un hombre ocupado en decretos. Condenando

a algunos a la muerte, a otros al destierro;

rescatando a este, o indultando o amenazando

a aquel. Tomando posesión de Corioles

en nombre de Roma, como si fuera

un galgo zalamero en la traílla,

para dejarlo suelto a voluntad.

COMINIO ¿En dónde está el esclavo que me dijo

que os habían batido

hasta las trincheras? ¿En dónde está?

Decidle que venga.

MARCIO Dejadlo en paz;

dijo la pura verdad; pero por lo que hace

a nuestros gentileshombres (la grey plebeya)

¡que les caiga la peste! ¡Tribunos para ellos!

El ratón nunca se retrae tanto del gato

como huían ellos de los bellacos

peores que ellos.

COMINIO Pero vos, ¿cómo vencisteis?

MARCIO ¿Me permitirá el tiempo decíroslo? Creo que no.

¿Dónde está el enemigo? ¿Sois ya dueños del campo?

Si no, ¿qué os detiene de serlo?

COMINIO Marcio, hemos luchado con desventaja,

y nos retiramos para lograr nuestro propósito.

MARCIO ¿Cómo está su línea de combate?

¿Sabéis de qué lado

han puesto a sus hombres de confianza?

COMINIO A lo que sospecho, Marcio,

sus bandas de vanguardia son antiates[28]

de su entera confianza.

Al frente de ellos, Aufidio,

de quien esperan todo.

MARCIO Os suplico,

por todas las batallas en que hemos peleado,

por toda la sangre que hemos derramado juntos,

por los votos que hemos hecho de amistad eterna,

que me lancéis en el acto en contra de Aufidio

y de sus antiates; que no perdáis

ni un momento, sino que,

oscureciendo el aire con espadas blandidas

y con flechas,

probemos suerte ahora mismo.

COMINIO Aunque desearía

que fuerais conducido a un dulce baño

y que se os aplicaran bálsamos, no me atrevo

nunca a rechazar vuestra petición.

Elegid a aquellos que mejor puedan

secundar vuestra empresa.

MARCIO Serán los que mejor voluntad tengan.

Si hubiere alguno aquí

(pecado será dudarlo) que guste

este color de que me veis cubierto;[29]

si alguno estima en menos su persona
que su buena reputación; si está convencido
alguno de que una muerte valiente
es compensación de una mala vida,
y que su patria le es más amada que sí mismo,
que ese o todos los que así piensen,
hagan señales para expresar que están dispuestos.
Todos gritan y blanden sus espadas.
Lo levantan en hombros y lanzan al aire sus gorros .
¡Dejadme! ¿Me convertís en espada?
Si estas demostraciones no son tan solo externas,
¿quién de ustedes no vale cuatro volscos?
No hay ninguno que no pueda oponer al gran Aufidio
un escudo tan firme como el suyo.
Cierto número debo escoger de entre vosotros,
aunque a todos quedo agradecido. Los demás
llevarán el peso en otro combate,
cuando así lo exijan las circunstancias.
Servíos desfilar, y rápidamente,
yo seleccionaré para mi tropa
los hombres que estén mejor dispuestos.
COMINIO Desfilad, camaradas:
aceptad esta demostración y con nosotros
en todo tendréis parte.
Salen .

ESCENA VIII

A las puertas de Corioles. Tras de poner guardia en la ciudad, TITO *Larcio, dirigiéndose con tambor y trompeta hacia donde están* COMINIO *y Cayo* MARCIO*, entra con un* TENIENTE*,*

soldados y un explorador .

TITO Eso es; dejad las puertas guardadas.

Ejecutad mis órdenes

tal y como os las he dado. Si envío por ellas,

despachad en auxilio nuestro esas centurias.

Bastará el resto para una corta ocupación.

Si perdemos el campo,

no podemos conservar la ciudad.

TENIENTE Por nosotros no temáis ningún descuido, señor.

TITO Que venga nuestro guía

y nos conduzca al campamento romano.

Salen .

ESCENA IX

Campo de batalla entre los campamentos volsco y romano. Toque de guerra. Entran MARCIO *y* AUFIDIO *por lados opuestos* .

MARCIO No combatiré con nadie más que contigo,

porque te aborrezco más que a un perjuro.

AUFIDIO Nuestro odio es igual. No tiene toda el África

una sierpe que yo aborrezca más

que tu fama y envidia. Mide bien tu distancia.

MARCIO ¡Muera esclavo del otro el primero

que desista,

y que los dioses luego lo condenen!

AUFIDIO Si huyo, Marcio, persígueme a gritos

como a una liebre.

MARCIO No hace ni tres horas

Tulo, combatí solo dentro de las murallas

de tu Corioles, e hice lo que me vino en gana.

No es mía esta sangre en la que me ves así teñido.

Para vengarte disloca hasta arriba

tu poder.

AUFIDIO Si el Héctor fueras

que el flagelo fue de tu cacareada estirpe,

no te me escaparías aquí.

Luchan y algunos volscos vienen en auxilio de AUFIDIO*.*

MARCIO *los acosa hasta rechazarlos y dejarlos sin aliento* .

¡Oficiosos, no valientes, me habéis avergonzado

con esas vuestras malditas ayudas!

Salen .

ESCENA X

El campamento romano. Ruido de armas. Toque de retirada. Trompetería. Entran por un lado COMINIO *y algunos romanos; por el otro,* MARCIO*, con el brazo en cabestrillo y otros romanos* .

COMINIO Si te repasara tus hazañas de este día,

en tus mismos hechos no creerías,

mas he de referirlas donde los senadores

mezclen las sonrisas con las lágrimas; donde

las oigan grandes patricios que se encojan de hombros

y al fin se llenen de admiración; donde

las damas asustadas,

pero de gusto estremecidas, quieran

saber más; donde los apáticos tribunos,

que junto con los infectos plebeyos

aborrecen tus glorias, a pesar suyo exclamen:

«Estamos agradecidos a los dioses

porque tiene nuestra Roma un soldado así».

Sin embargo,

solo un bocado de esta fiesta has alcanzado,

pues antes habías comido hasta saciarte.

Entra TITO *Larcio con su tropa de regreso de la persecución* .

TITO ¡Oh, general!

aquí está el corcel, nosotros el caparazón.

Si hubieras visto…

MARCIO Ya basta, te ruego.

Mi madre, que goza de privilegio

para exaltar su sangre,

me causa pena cuando me alaba.

He hecho lo mismo que vosotros habéis hecho,

o sea lo que puedo; impulsado

por mi patria, al igual que vosotros.

El que tan solo haya puesto por obra

su propósito

ha logrado más que yo.

COMINIO No seréis

la tumba de vuestro merecimiento.

Roma debe conocer el valor de los suyos.

Sería un encubrimiento aun peor que un robo,

y no menos que una difamación,

ocultar vuestras hazañas y callar aquello

que, proclamado hasta la cúspide y la cima

del elogio, parecería solo modestia.

Por tanto os ruego (en señal de lo que sois,

no para recompensar lo que habéis hecho)

que me escuchéis delante del ejército.

MARCIO Traigo sobre mí algunas heridas y me punzan

al oírse recordadas.

COMINIO Pues si no lo fueran,

bien podrían infectarse por la ingratitud

y con muerte curarse.

De todos los caballos, de los cuales ya hemos

hecho buena y abundante reserva,

de todo el tesoro recogido en este campo

y en la ciudad, os hacemos entrega del diezmo,

para que lo toméis

conforme a vuestra voluntad, antes del reparto

común.

MARCIO Gracias, mi general, mas no puedo hacer

que mi corazón consienta en admitir soborno

para pagarle a mi espada. Rechazo este premio

y me atengo a mi parte

igual que los que contemplaron el hecho.

Largo toque de trompetas. Todos gritan «¡Marcio! ¡Marcio!» y lanzan al aire sus gorras y sus lanzas. COMINIO *y* TITO *Larcio permanecen con la cabeza descubierta* .

¡Que estos mismos instrumentos que profanáis

ya nunca más resuenen!

¡Cuando los tambores y las trompetas

se vuelvan sicofantes

en el campo de batalla, rebosen las cortes

y las ciudades todas de adulación hipócrita!

¡Cuando el acero se vuelva tan blando

como la seda del parásito, dejad

que este se convierta en obertura[30]

para la guerra! ¡Basta ya, digo!

Porque no me he lavado

la nariz que me sangró, o vencido

a algún miserable enclenque, lo cual

sin que nadie tomara nota de ello,

muchos otros aquí lo han hecho, me proclamáis

con aclamaciones hiperbólicas,

como si yo gustara de que lo poco que hago

se nutriera de elogios sazonados

con mentiras.

COMINIO Es que sois demasiado modesto,

más cruel con vuestra buena fama que agradecido
con nosotros que os presentamos tal cual sois.
Con vuestra venia, si contra vos mismo
os habéis irritado,
como a alguno que intenta hacerse daño
os pondremos esposas,
para razonar luego con vos tranquilamente.
¡Por lo tanto, que se sepa
en todo el mundo, como lo sabemos nosotros,
que Cayo Marcio obtiene
la guirnalda de esta guerra, en prueba de lo cual,
le regalo mi noble corcel,
bien conocido en todo el campamento,
con todos los arreos
que le corresponden; y desde ahora,
por lo que hizo en Corioles,
con el mayor aplauso y fervor del ejército,
lo llamaremos Marcio Cayo Coriolano!
¡Noblemente llevad este título por siempre!
Música.
Toque de trompetas y tambores .
TODOS ¡Marcio Cayo Coriolano!
CORIOLANO Iré a lavarme,
y veréis, cuando esté limpia mi cara,
si me sonrojo o no;

con todo, os doy las gracias.

Intento montar vuestro corcel y en todo tiempo

lucir con humildad sobre mi cresta

vuestro excelente título

hasta donde más me sea posible.

COMINIO Por tanto a mi tienda, donde antes de descansar

escribiremos a Roma sobre nuestro triunfo.

Vos, Tito Larcio, debéis regresar a Corioles.

De ahí enviadnos a Roma a los mejores,

con quienes podamos negociar para su bien

y para el nuestro.

TITO Lo haré así, señor.

CORIOLANO Los dioses ya comienzan a burlarse de mí;

yo que hasta ahora rehusara los dones

más principescos, me veo obligado

a mendigar de mi general.

COMINIO Dadlo

ya por concedido. ¿De qué se trata?

CORIOLANO En cierta ocasión estuve aquí en Corioles

hospedado en casa de un hombre pobre.

Se portó bien conmigo.

Me pidió auxilio. Lo vi prisionero.

Pero en ese momento Aufidio estaba

a mi alcance, y la ira ahogó

en mí la piedad. Os ruego que deis

a mi pobre huésped la libertad.

COMINIO ¡Oh, súplica excelente!

Aunque se tratara del verdugo de mi hijo,

quedaría tan libre como el viento.

Liberadlo, Tito.

TITO ¿Y cómo se llama, Marcio?

CORIOLANO Por Júpiter, no me acuerdo. Estoy fatigado,

sí, y tengo cansada la memoria.

¿No tenemos vino aquí?

COMINIO Entremos en la tienda.

Se está resecando la sangre de vuestro rostro

y es hora ya de prestarle atención.

Venid pronto.

Salen .

ESCENA XI

El campamento de los volscos. Toque de guerra. Cornetas. Entra ensangrentado Tulo AUFIDIO *con dos o tres soldados* .

AUFIDIO ¡La ciudad está tomada!

SOLDADO PRIMERO ¡Se habrá rendido en buenas condiciones!

AUFIDIO ¡Condiciones!

Quisiera ser romano, porque en verdad no puedo,

siendo volsco,

ser lo que soy. ¿Condiciones?

¿Puede acaso haber buenas condiciones

en un tratado para aquella parte

que está a merced de la otra? Cinco veces, Marcio,
he peleado contigo, y las mismas
me has vencido, y bien creo harías otro tanto
si nos enfrentáramos tan seguido
como comemos. ¡Por los elementos,
que si me encuentro otra vez con él,
barba con barba, es mío, o soy suyo!
Esta rivalidad mía ahora
no tiene ya el honor que antes tenía;
porque si antes intentaba yo
aplastarlo limpiamente en igualdad de fuerzas,
pura espada con espada, ahora
lo despacharé como sea, como la furia
o la maña puedan apoderarse de él.
SOLDADO PRIMERO ¡Es el demonio!
AUFIDIO Mucho más audaz,
aunque no tan astuto. Mi valor
se emponzoña solo por el eclipse
que sufre por su causa, y por él
saldrá de órbita.
Ni el sueño, ni el santuario,
el andar desnudo o enfermo; ni el templo
ni el Capitolio, ni los rezos
de los ministros, ni las horas de sacrificio,
impedimentos todos contra la ira cruel,

alzarán sus podridos privilegios

o costumbres contra mi odio a Marcio.

Donde lo halle, aunque sea en mi propia casa,

bajo la custodia de mi hermano, incluso ahí,

contra la ley de la hospitalidad,

lavaré en su corazón mi mano fiera.

Ve tú a la ciudad; inquiere cómo está ocupada,

y quiénes son los que de Roma sean rehenes.

SOLDADO PRIMERO ¿Y vos no iréis?

AUFIDIO Me aguardan en el bosque

de los cipreses. Te ruego (se halla al sur

de los molinos de la ciudad), tráeme ahí

nuevas de cómo anda el mundo para que yo pueda,

a su paso, espolear mi caballo.

SOLDADO PRIMERO Así lo haré, señor.

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Roma, plaza pública.

Entra MENENIO *con los dos tribunos del pueblo,*

SICINIO *y* BRUTO.

MENENIO El augur me dice que tendremos noticias esta noche.

BRUTO ¿Buenas o malas?

MENENIO No conforme a los votos de la gente que no quiere a Marcio.

SICINIO La naturaleza les enseña a las fieras a conocer a sus amigos.

MENENIO Por favor, ¿a quién aman los lobos?

SICINIO Al cordero.

MENENIO Sí, para comérselo, como los hambrientos plebeyos harían con el noble Marcio.

BRUTO En verdad que es un cordero que bala como oso.

MENENIO Es un oso en verdad, que vive como cordero. Vosotros dos sois viejos. Decidme una cosa que voy a preguntaros.

BRUTO Bien, señor.

MENENIO ¿En qué vicio anda escaso Marcio que vosotros no tengáis en abundancia?

BRUTO En ninguna falta anda escaso; está bien abastecido de todas.

SICINIO Especialmente de orgullo.

BRUTO Y de jactancia por encima de todas.

MENENIO Pues qué extraño. ¿Sabéis cómo sois juzgados vosotros aquí en la ciudad, es decir por nosotros, los del partido de la derecha? ¿Lo sabéis?

AMBOS Pues ¿cómo somos juzgados?

MENENIO Dado que habláis ahora de orgullo, ¿no os enojaréis?

AMBOS No, no, señor, no.

MENENIO Pues después de todo no importa que la ladroncilla de ocasión que se me ofrece os robe una buena dosis de paciencia. Soltad las riendas de vuestra inclinación y enojaos tanto como os venga en gana, cuando menos si se os antoja poneros así. Acusáis a Marcio de ser orgulloso.

BRUTO No lo hacemos nosotros solos, señor.

MENENIO Ya sé que es poco lo que podéis hacer solos, porque vuestras ayudas son numerosas; de lo contrario vuestras obras se volverían demasiado enclenques. Vuestras habilidades son demasiado infantiles para hacer mucho solos. Habláis de orgullo. ¡Oh, si pudierais voltear los ojos a las nucas de vuestros cuellos y hacer siquiera una inspección interna de vosotros mismos! ¡Oh, si pudierais!

AMBOS ¿Qué pasaría entonces, señor?

MENENIO Pues que entonces descubriríais un par de magistrados desprovistos de mérito, orgullosos, violentos, tercos (alias, tontos), como no los hay en Roma.

SICINIO Menenio, vos sois muy bien conocido también.

MENENIO Yo soy conocido como un patricio que sigue su humor, y que gusta de una copa de vino caliente sin mezcla alguna de agua del Tíber; reputado por no ser muy bueno en prestar oídos a la primera queja que oye, premioso y como yesca ante cualquier provocación insignificante; que se aviene mejor con la grupa de la noche, que con la frente de la mañana. Lo que pienso, lo digo, y gasto mi malicia en palabras. Al encontrarme con dos estadistas tales como vosotros (no puedo llamaros Licurgos) si la bebida que me dais no le sienta bien a mi paladar, pues hago gestos al probarla. Puedo decir que vuestras señorías han presentado bien el asunto, puesto que encuentro el asno metido en la mayor parte de las sílabas que pronunciáis. Y aunque debo de conformarme con sobrellevar a los que dicen que sois hombres graves y dignos de respeto, mienten a morir los que dicen que tenéis buena cara. Si vosotros veis esto en el mapa de mi microcosmos, ¿se sigue que también yo soy muy conocido? ¿Qué daño pueden vuestras ciegas perspicacias recoger de mi carácter si yo también soy muy conocido?

BRUTO Vamos, señor, vamos, ya os conocemos bastante bien.

MENENIO Ni me conocéis a mí, ni a vosotros mismos ni a nada. Andáis ambiciosos de los saludos y de las reverencias de unos pobres bellacos. Gastáis la tarde entera en oír un proceso entre una vendedora de naranjas y un vendedor de espitas, y posponéis luego esa controversia

de a tres peniques para un segundo día de audiencia. Cuando estáis oyendo un asunto entre una parte y otra, si os sucede por acaso que os ataque un retortijón, hacéis visajes como mimos, sacáis la bandera roja contra toda paciencia, y pidiendo a gritos una bacinilla, dejáis a un lado la controversia sin resolver y más enredada por haberla oído vosotros. La paz que ponéis en la causa se reduce a llamar bellacos a las dos partes. De verdad que sois extraños.

BRUTO Vamos, vamos, ya se sabe que vos sois un burlón más agudo en la mesa que consejero útil en el Capitolio.

MENENIO Hasta nuestros sacerdotes tienen que volverse burlescos si se topan con sujetos tan ridículos como vosotros. Cuando lo que decís viene más a propósito, no vale la pena de que meneéis las barbas; y vuestras barbas no merecen ni siquiera la honrosa tumba de servir de relleno a un cojín de remendón o de que las sepulten en la albarda de un asno. Con todo, os dedicáis a repetir que Marcio es orgulloso, y conste que estimándolo muy por lo bajo, vale más que todos vuestros predecesores a partir de Deucalión, aunque por ventura algunos de los mejores hayan sido verdugos hereditarios. Buenas tardes a vuestras señorías. Soportar por más tiempo vuestra conversación me infectaría el cerebro, siendo como sois los que pastoreáis a los brutos plebeyos. Me permitiré despedirme de vosotros.

BRUTO *y* SICINIO *se hacen a un lado* .

Entran VOLUMNIA*,* VIRGILIA *y* VALERIA.

¿Qué tal ahora, mis tan bellas como nobles damas? (A que la luna, si fuera terrestre, no sería tan noble), ¿a quién buscáis tan deprisa con los ojos?

VOLUMNIA Honorable Menenio, mi joven Marcio se aproxima; por amor de Juno, vámonos.

MENENIO ¡Cómo! ¿Viene Marcio de regreso?

VOLUMNIA Sí, noble Menenio, y con el más rotundo buen éxito.

MENENIO ¡Toma mi gorra, Júpiter! ¡Te doy gracias! ¡Qué gusto! ¿Marcio de regreso?

VIRGILIA Y VALERIA ¡Sí, es verdad!

VOLUMNIA Ved: aquí está una carta suya; el Estado tiene otra; y creo que hay otra en casa para vos.

MENENIO Haré que hasta mi propia casa baile esta noche. ¿Una carta para mí?

VIRGILIA Sí, así es, hay una carta para vos; yo la vi.

MENENIO ¡Una carta para mí! Eso me da una fortuna de siete años de salud, en los cuales me reiré del médico. La más soberana receta de Galeno será solo empiricútica,[31] y comparada con este preventivo, de no mejor resultado que una purga de caballo. ¿No está herido? Solía volver herido a casa.

VIRGILIA ¡Ay no, no, no!

VOLUMNIA Oh, sí, está herido; doy gracias por ello a los dioses.

MENENIO Yo también, si no es mucho. ¿Trae en el bolsillo una victoria? Las heridas le quedan bien.

VOLUMNIA En las sienes. Menenio, regresa por tercera vez a su patria con la corona de roble.

MENENIO ¿Ha metido en cintura a Aufidio?

VOLUMNIA Tito Larcio escribe diciendo que pelearon juntos, pero que Aufidio se escapó.

MENENIO Y en buena hora para él, se lo garantizo; si hubiera persistido, no querría yo haber estado tan aufiduciado por todos los cofres que haya en Corioles y el oro que ellos contengan. ¿Ya sabe el Senado todo esto?

VOLUMNIA Buenas señoras, vámonos. Sí, sí, sí. El Senado tiene cartas del general, donde le da a mi hijo todo el crédito de la guerra. Con esta campaña sobrepasó doblemente sus anteriores hazañas.

VALERIA De veras, se dicen de él cosas estupendas.

MENENIO ¡Estupendas! Claro que sí, y no sin que le hayan costado caras.

VIRGILIA ¡Que los dioses nos concedan que sean ciertas!

VOLUMNIA ¡Ciertas! ¡Puh! ¡Claro!

MENENIO ¿Ciertas? Juraré que son ciertas. ¿En dónde está herido? (*A los tribunos* .) ¡Que Dios guarde a vuestras señorías! Marcio ya viene de regreso; y tiene nuevos motivos para estar orgulloso. (*A* VOLUMNIA.) ¿En dónde está herido?

VOLUMNIA En el hombro y en el brazo izquierdos. Tendrá grandes cicatrices que mostrar al pueblo cuando se presente para obtener el

puesto que se merece. Recibió, en el rechazo de Tarquino, siete heridas en el cuerpo.

MENENIO Una en el cuello y dos en el muslo; de las que yo sepa, son nueve.

VOLUMNIA Llevaba, antes de la última campaña, veinticinco heridas encima.

MENENIO Ahora son veintisiete; cada cuchillada fue la tumba de un enemigo.

Grito y toque de trompetas .

¡Oíd, las trompetas!

VOLUMNIA Estos son los ujieres de Marcio. Lleva el estrépito delante de él, pero deja lágrimas detrás.

La muerte, ese tenebroso espíritu,

en su nervudo brazo se reclina,

y los humanos mueren

cuando, después de ser empujada por su brazo,

declina.

Música. Toque de trompetas.

Entran el general COMINIO *y* TITO *Larcio; en medio de los dos avanza* CORIOLANO *coronado con una guirnalda de roble; luego capitanes, soldados y un* HERALDO.

HERALDO Sabe, oh Roma, cómo, sin ayuda de nadie,

combatió Marcio solo

en el recinto de Corioles, conquistando ahí

con gran gloria un nombre que añadir a Cayo Marcio.

Con honor

a estos seguirá el de Coriolano.

¡Bienvenido seas a Roma, ilustre Coriolano!

Trompetería .

TODOS ¡Bienvenido seas a Roma, ilustre Coriolano!

CORIOLANO ¡Basta! Esto ofende mis sentimientos.

Por favor, ya basta.

COMINIO Ved, señor, a vuestra madre.

CORIOLANO ¡Oh! Ya sé que a todos los dioses has rogado

porque yo prosperara.

Se arrodilla .

VOLUMNIA No, mi valiente soldado, levántate;

mi gentil Marcio, noble Cayo y

por el honor debido a tus proezas

nombrado ahora… ¿Cómo?

¿Coriolano debo llamarte? Mas…

oh, tu esposa…

CORIOLANO ¡Ah, mi gracioso silencio, salve!

¿Habrías reído si en un féretro

hubiera regresado,

tú que lloras al contemplar mi triunfo?

Ay, querida,

así traen los ojos las viudas en Corioles

y las madres que quedaron sin hijos.

MENENIO ¡Ahora, que los dioses te coronen!

CORIOLANO ¿Aún estás vivo?

(*A* VALERIA.) Mi dulce señora, perdón.

VOLUMNIA No sé adónde volverme. ¡Oh, bienvenido a casa!

¡Bienvenido general! ¡Y bienvenidos todos!

MENENIO ¡Un ciento de miles de bienvenidas!
Podría llorar y podría reír; me siento
alegre y enternecido a la vez. ¡Bienvenido!
¡Que una maldición corroa en la mera raíz
el corazón de aquel que no se sienta
dichoso de mirarte!
Sois tres a quienes Roma debe idolatrar;
sin embargo, como bien saben muchos,
tenemos algunos viejos manzanos silvestres
y agrios aquí en casa
que prefieren no dejarse injertar
de simpatía por vosotros. ¡Mas sois no obstante
bienvenidos, guerreros!
Llamaremos a la ortiga, ortiga,
y tontera las faltas de los tontos.
COMINIO Siempre acertado.
CORIOLANO Siempre, siempre Menenio.
HERALDO Abrid paso ahí, y prosigamos.
CORIOLANO (*A* VOLUMNIA *y a* VIRGILIA.) Vuestra mano, y la tuya.
Antes de que en nuestra casa repose
la cabeza, es justo que visite
a los buenos patricios,
de quienes he recibido no solo saludos,
sino también honores renovados.
VOLUMNIA He vivido

hasta ver bien cumplidos mis deseos

y los planes de mi imaginación;

solo hay una cosa que me falta, que no dudo

que Roma te confiera.

CORIOLANO Madre, sábete

que prefiero servirlos a mi modo

que gobernar con ellos a su estilo.

COMINIO ¡En marcha al Capitolio!

Música. Cornetas. Salen en cortejo como han venido .

BRUTO *y* SICINIO *se adelantan* .

BRUTO Todas las lenguas lo proclaman, y los que tienen

la vista fatigada se ponen anteojos

para verlo.

Como enajenada, la parlanchina nodriza

deja llorar al bebé mientras de él platica.

La fregona de la cocina prende

su rebozo más preciado en torno

de su grasiento cuello,

y se encarama sobre los muros para verlo;

todos los tabancos, saledizos y ventanas

están llenos de gente; los techos bien repletos

y los caballetes encabalgados

con tipos de las más diversas clases

de acuerdo todos en el propósito de verlo.

Flámenes,[32] que rara vez en público se muestran,

se aprietan entre las muchedumbres de plebeyos,
y bufan por conquistar un sitio vulgar.
Nuestras veladas matronas exponen
el combate de blanco y damasquino
de sus mejillas cuidadosamente
maquilladas al caprichoso riesgo
de los ardorosos besos de Febo.
Un alboroto tal,
como si el dios quienquiera que lo guía
se hubiese introducido sutilmente
en sus facultades humanas,
y dádole un aspecto rebosante de gracia.
SICINIO De golpe, te garantizo, será cónsul.
BRUTO Entonces puede nuestro oficio irse a dormir
mientras dure su poder.
SICINIO No puede con templanza transportar sus honores
desde donde debía empezar hasta el final,
sino que perderá los que ha ganado.
BRUTO Eso es un consuelo.
SICINIO No dudes que los plebeyos,
a quienes representamos, olviden
a causa de su ya antigua inquina,
estos nuevos honores con el menor motivo,
y no dudes tampoco que él se los dé,
pues para dárselos es orgulloso.

BRUTO Lo oí jurar que si se postulaba

para cónsul,

no aparecería jamás en la plaza pública,

ni se revestiría

el raído traje de la humildad;

ni mendigaría, mostrando como es costumbre

sus heridas al pueblo, para solicitar

sus malolientes votos.

SICINIO Así es.

BRUTO Eso fue lo que dijo.

Oh, mejor antes renunciaría que lograrlo,

a no ser a petición que le hicieran

los patricios

y por deseo de los aristócratas.

SICINIO No anhelo otra cosa que el que se aferre

a esa resolución

y que la ponga en práctica.

BRUTO Es muy probable que lo haga así.

SICINIO Será para él entonces, tal como deseamos,

una ruina segura.

BRUTO Así debe suceder; o nuestra autoridad

se encamina a su fin.

Debemos recordarle a la gente

con qué odio los ha mirado siempre;

cómo, si pudiera, los habría convertido

en mulas; amordazado a sus abogados
y privádolos de sus libertades,
considerándolos, por lo que hace
a su capacidad
y poder de acción, de no mayor ánimo
ni aptitud
en este mundo, que los camellos en la guerra,
los cuales reciben su pienso solo
para llevar la carga,
y golpes duros para sucumbir bajo ella.
SICINIO Esto, como dices, bien insinuado,
alguna vez en que su desbordante insolencia
lastime a la gente (caso que no ha de faltar
si se le pone en la ocasión, lo cual
es más fácil que azuzar a los perros
en pos de los corderos),
será el fuego que encienda su rastrojo seco;
y sus llamas lo oscurecerán ya para siempre.
Entra un MENSAJERO.
BRUTO ¿Qué sucede?
MENSAJERO Os mandan llamar del Capitolio.
Se cree que Marcio será el nuevo cónsul.
He visto a los mudos apiñarse para verlo,
y a los ciegos para oírlo hablar. A su paso
las matronas arrojaban guantes; las señoras

y doncellas, mascadas y pañuelos;

los nobles se inclinaban ante él,

como si fuera la estatua de Júpiter,

y los plebeyos causaban aguacero y trueno

con sus gorros y sus aclamaciones.

Nunca vi nada igual.

BRUTO Vayamos al Capitolio

y llevemos

ojos y oídos para este momento,

pero corazones para lo que pueda suceder.

SICINIO Estoy contigo.

Salen .

ESCENA II

Roma. El Capitolio.

Entran dos empleados a colocar cojines. [33]

EMPLEADO PRIMERO Aprisa, aprisa; ya están aquí casi. ¿Cuántos pretenden el consulado?

EMPLEADO SEGUNDO Tres, según dicen; pero se cree que de todos, Coriolano se lo llevará.

EMPLEADO PRIMERO Es un sujeto valiente, pero tiene un orgullo espantoso y no quiere a los plebeyos.

EMPLEADO SEGUNDO A fe que ha habido muchos grandes hombres que han adulado al pueblo aunque no lo hayan amado nunca; y muchos de ellos que el pueblo ha amado sin saber por qué. Por tanto, si aman, no saben por qué y si odian no lo hacen por mejores motivos. Por consiguiente, el que a Coriolano no le importe si lo aman o lo odian, pone de manifiesto el conocimiento cierto que él tiene de sus inclinaciones, y con su noble indiferencia se los hace ver con toda claridad.

EMPLEADO PRIMERO Si no le importara el que lo quisieran o no, fluctuaría indiferentemente entre hacerles bien o mal; pero busca su odio con mayor empeño del que ellos pueden devolvérselo, y no deja sin hacer nada de lo que pueda descubrirlo cabalmente como su adversario. Ahora bien, el parecer como si buscara la malquerencia y animosidad del pueblo es tan malo como lo que le disgusta, el adularlos para ganar su afecto.

EMPLEADO SEGUNDO Ha merecido bien de la patria, y no se ha elevado por los peldaños fáciles de los que, habiendo sido flexibles y corteses con el pueblo, se quitaban el sombrero ante él nada más para tener su estima y buena opinión; sino que él ha plantado su honor ante sus ojos y sus hechos en sus corazones con tal fuerza, que si las lenguas callaran, y no lo confesaran, sería una especie de injuria ingrata. Y decir lo contrario sería una maldad que, dándose a sí misma el mentís, arrancaría la reprobación y el reproche de todos los que lo oyeran.

EMPLEADO PRIMERO Basta; dejémoslo; es un hombre valioso. Hazte a un lado, que ya vienen.

Toque de trompetas. Entran los patricios y los tribunos del pueblo precedidos de lictores; [34] *el cónsul* COMINIO*,* CORIOLANO*,* MENENIO *y varios senadores.*

Luego SICINIO *y* BRUTO *que ocupan puestos aparte.*

CORIOLANO *permanece de pie* .

MENENIO Puesto que hemos decidido ya sobre los volscos,

y enviar por Tito Larcio, solo resta,

como punto principal de esta nueva reunión,

premiar los nobles servicios de aquel

que así ha luchado por su patria. Servíos pues,

reverendos y graves senadores,

rogar al actual cónsul, último general

en nuestros bien hallados triunfos, que nos informe

un poco sobre la heroica acción llevada a cabo

por Marcio Cayo Coriolano, a quien tenemos

aquí, tanto para darle las gracias,

como para conferirle honores que sean dignos

de su persona.

CORIOLANO *se sienta* .

SENADOR PRIMERO Hablad, buen Cominio.

Nada omitáis por miedo a ser prolijo,

y más bien

hacednos creer que este nuestro Estado

es deficiente para dar la paga,

que nosotros escasos en alargarla.

A los tribunos .

Magistrados del pueblo,

solicitamos vuestra benévola audiencia,

y de acuerdo

con vuestra afectuosa disposición ante los plebeyos,

que les comuniquéis más adelante

lo que aquí suceda.

SICINIO Hemos sido convocados

para una grata misión, y nuestros corazones

se sienten inclinados a honrar y enaltecer

a quien es objeto de nuestra reunión.

BRUTO Lo cual haremos con mayor agrado

si él no se olvida de tener al pueblo

en más estima de la que hasta ahora

le ha concedido.

MENENIO ¡Tal no viene al caso!

Mejor hubiera querido que permanecierais

en silencio. ¿Os place oír hablar a Cominio?

BRUTO Con muchísimo gusto;

mas sin embargo, fue más pertinente

mi observación, que el reproche que vos le habéis dado.

MENENIO Ama a vuestro pueblo,

mas no vengáis a exigirle que sea

su compañero de lecho. Hablad,

honorable Cominio.

CORIOLANO *se levanta y hace intento de salir* .

No, quédate en tu sitio.

SENADOR PRIMERO Sentaos, Coriolano; no os avergoncéis nunca

de oír el relato de vuestras nobles acciones.

CORIOLANO Con el perdón de vuestras señorías,

antes querría curarme de nuevo

las heridas,

que oíros relatar cómo las he recibido.

BRUTO Señor, espero que no hayan sido mis palabras

las que os hagan dejar vuestro asiento.

CORIOLANO Ah, no, señor, mas con frecuencia, cuando los golpes

me hacían resistir, he huido de las palabras.

No me habéis adulado, por lo tanto

no me habéis herido; en cuanto a vuestra plebe,

la estimo en lo que vale.

MENENIO Siéntate, por favor.

CORIOLANO Preferiría dejarme rascar la cabeza

al sol mientras sonara el rebato,

que quedarme aquí sentado ocioso

para oír

cómo mis naderías se convierten

en monstruos.

Sale CORIOLANO.

MENENIO Oh, magistrados del pueblo,

¿Acaso podrá él

lisonjear vuestra multiplicante huevera,

donde entre mil hay uno bueno, cuando,

como veis ahora, mejor prefiere

arriesgar en aras del honor todos sus miembros

que prestar uno de sus oídos al elogio?

Proceded, buen Comino.

COMINIO Me faltará la voz.

Los hechos de Coriolano no deben

proclamarse débilmente.

Está reconocido que el valor

es la virtud más importante, y la que más

dignifica al que la posee. Si fuere así,

no podrá nuestro hombre

ser comparado con ninguno en este mundo.

A los dieciséis años, cuando el rey Tarquino

avanzó con sus huestes contra Roma,

fue él quien combatió más que ninguno.
Nuestro entonces dictador, de quien hoy hago
encomioso recuerdo,
lo vio luchar, cuando con su amazónico mentón,[35]
expulsó a los barbudos que lo acometían;
puesto a horcajadas sobre un romano derrumbado,
dio muerte, aún delante del cónsul,
a tres opositores, e hizo frente
al mismo Tarquino y lo golpeó en la rodilla.
En los gloriosos hechos de ese día,
en que hubiera podido conducirse
como mujer en escena,
demostró ser el héroe
del combate,
y en recompensa de ello fue su frente
coronada de roble.
Virilmente iniciado así su aprendizaje,
creció como la mar, y desde entonces
arrebató en el choque de diecisiete encuentros
a todos los guerreros la guirnalda.
En cuanto a esto, en y delante de Corioles,
permitidme deciros que no puedo
alabarlo cumplidamente. Contuvo ahí
a los que huían, y con su singular ejemplo
forzó a los cobardes a convertir

en juego su terror.
Cual hierbas marinas ante el avance
de un navío,
obedecían todos y caían delante
de su tajamar. Su espada, sello de la muerte,
donde marcaba, hendía. De pies a cabeza
era un manchón de sangre,
cada uno de cuyos movimientos seguía el ritmo
de moribundos gritos.
Traspasó solo las fatales puertas
de la ciudad, y las dejó pintadas
con los colores del implacable hado.
Sin auxilio de nadie,
salió de ellas, y reforzado de improviso,
aplastó a Corioles como un planeta.
Entonces todo fue suyo. Cuando poco a poco
el estrépito de la guerra empezó
a traspasar sus atentos oídos,
de inmediato su redoblado ímpetu
revivió lo que en su cuerpo estaba fatigado,
y se apresuró al combate, para perseguir
a sangre y fuego las vidas humanas
como si se tratara
de una interminable carnicería;
y hasta que no proclamamos ya nuestros

lo mismo la ciudad que el campo, no se detuvo

para dar algún respiro a su jadeante pecho.

MENENIO ¡Digno varón!

SENADOR PRIMERO Difícilmente podrá su talla

ceñirse a los honores

que para él tenemos preparados.

COMINIO De una patada rechazó el botín

y miró los objetos preciosos cual si fueran

la más vulgar basura de este mundo.

Ambiciona aún menos

de lo que la miseria misma puede ofrecerle,

da por bien pagadas sus hazañas con el gusto

de verlas realizadas, y se siente dichoso

de gastar su tiempo con emplearlo.

MENENIO Es de veras noble. Decidle que entre.

SENADOR PRIMERO Llamad a Coriolano.

EMPLEADO Aquí está.

Entra CORIOLANO.

MENENIO El Senado, Coriolano, tiene mucho agrado

de hacerte cónsul.

CORIOLANO Les debo por siempre

mi vida y mis servicios.

MENENIO Resta entonces

que tú hables con el pueblo.

CORIOLANO Os ruego:

permitid que pase yo por alto esa costumbre;

porque no puedo ponerme la toga,

mostrarme desnudo y suplicarles

que en nombre de mis heridas me ofrezcan sufragios.

Servíos darme dispensa de este requisito.

SICINIO Señor, el pueblo debe dar su voto;

y no omitirán ni un punto de la ceremonia.

MENENIO No los fuerces a ello.

Te ruego avenirte a la costumbre y aceptar,

como han hecho tus predecesores, el honor

junto con la forma.

CORIOLANO Es un papel

que no he de poder representar sin sonrojarme,

del que bien podría eximirse al pueblo.

BRUTO (*A* SICINIO.) Fíjate en eso.

CORIOLANO Presumirles que hice

esto o aquello, y mostrarles las cicatrices

sin dolor que debiera yo ocultar,

como si las hubiera recibido

solo por lucrar sus votos.

MENENIO No insistas en ello.

Os encargamos, tribunos del pueblo,

nuestra decisión ante la gente, y deseamos,

a nuestro nuevo cónsul,

toda clase de dichas y de honores.

SENADORES ¡Toda dicha y honor a Coriolano!

Toque de cornetas.

Salen todos, excepto BRUTO *y* SICINIO.

BRUTO Ya ves cómo intenta tratar al pueblo.

SICINIO ¡Ojalá que adivinen su propósito!

Les pedirá como si despreciara

lo que les pide, y que es derecho de ellos

dárselo.

BRUTO Ven, vamos a informarles lo que aquí

ha sucedido. Sé que en el mercado

nos esperan.

Salen .

ESCENA III

Roma. La plaza del mercado.

Entran varios ciudadanos .

CIUDADANO PRIMERO De una vez por todas, si pide nuestros votos, no debemos negárselos.

CIUDADANO SEGUNDO Podemos hacerlo, si queremos, señor.

CIUDADANO TERCERO Por nosotros mismos tenemos poder para hacerlo, pero es un poder del que no tenemos poder para servirnos. Porque si nos muestra sus heridas y nos relata sus hazañas, tenemos que prestarle nuestras lenguas a esas heridas y hablar por ellas. Así es que si él nos dice cuáles fueron sus nobles acciones, debemos nosotros también decirle que estamos noblemente reconocidos por ellas. La ingratitud es monstruosa, y el ser ingrata la multitud puede hacer de la multitud un monstruo; del cual, siendo nosotros miembros, nos vendría a convertir a nosotros en sus miembros monstruosos.

CIUDADANO PRIMERO Y para que no piensen mejor de nosotros, poca cosa se necesita; porque ya una vez nos alzamos en demanda de grano, y él no vaciló en llamarnos muchedumbre monstruo de las mil cabezas.

CIUDADANO TERCERO Así nos han llamado muchos; no porque nuestras cabezas sean, unas castañas, otras negras, otras rubias, algunas calvas, sino porque nuestros espíritus son de diversos colores. Y creo en verdad, que si todos nuestros espíritus salieran del mismo cráneo, volarían al este, al oeste, al norte y al sur, y su consentimiento de volar todos en la misma dirección sería volar al instante a todos los puntos del compás.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Tú crees? ¿Adónde piensas que volaría mi espíritu?

CIUDADANO TERCERO No, tu espíritu no puede salir tan rápido como el de otro hombre. Está encajado bien macizo en un bloque; pero si estuviera libre, seguro volaría al sur.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Por qué para allá?

CIUDADANO TERCERO Para perderse en la niebla, donde después de derretirse en tres de sus partes con el rocío corrompido, la cuarta regresaría por deber de conciencia a ayudarte a conseguir esposa.

CIUDADANO SEGUNDO Tú siempre con tus bromas. Síguele, síguele.

CIUDADANO TERCERO ¿Están ustedes resueltos a darle sus votos? Pero no importa: la mayoría decide. Yo digo que si se inclina a la gente, nunca hubo un hombre que lo mereciera más.

Entran CORIOLANO *con una toga humilde*

y MENENIO.

Aquí llega, y con una toga humilde: fíjense en cómo se porta. No debemos quedarnos todos juntos, sino irnos acercando a él de uno en uno, de dos en dos o de tres en tres. Debe de hacer sus peticiones en particular, con lo cual cada uno de nosotros recibe honor individualmente, al darle nuestros votos con nuestras propias lenguas. Por tanto síganme, y yo les indicaré cómo acercársele.

TODOS De acuerdo, de acuerdo.

Salen los ciudadanos .

MENENIO Pues no, señor; no estás en lo justo. ¿Que no sabes

que los hombres más valiosos lo han hecho?

CORIOLANO ¿Qué debo decir? «Os ruego, señor…» ¡Mala peste!

No puedo obligar a mi lengua a seguir el paso.

«¡Ved, señor, mis heridas!

Me las hice por servir a la patria

cuando algunos entre vuestros hermanos

pegaban de gritos y escapaban

del ruido de nuestros propios cañones.»

MENENIO Oh, dioses, no debes hablar de eso;

debes ayudarles para que piensen en ti.

CORIOLANO ¿Para que piensen en mí? ¡Que los cuelguen!

Quisiera que me olvidaran como los preceptos

que nuestros sacerdotes desperdician en ellos.

MENENIO Echarás todo a perder. Yo te dejo.

Por favor, habla con ellos,

con buen tino, por favor.

CORIOLANO Sí, pidiéndoles

que se laven la cara, y que traigan

limpios los dientes.

Sale MENENIO.

Bueno, aquí viene un par.

Entran

dos ciudadanos .

¿Sabéis la causa, señor, por la que estoy aquí?

CIUDADANO PRIMERO Sí, señor; decidnos qué os da razón para ello.

CORIOLANO Mis propios merecimientos.

CIUDADANO SEGUNDO ¿Vuestros propios merecimientos?

CORIOLANO Sí, pero no mis propios deseos.

CIUDADANO PRIMERO Cómo, ¿no vuestros propios deseos?

CORIOLANO No, señor, nunca fueron mis deseos molestar a los pobres con mis demandas.

CIUDADANO PRIMERO Debéis pensar, que si os damos algo, esperamos sacar provecho de vos.

CORIOLANO Bueno, entonces, decidme, ¿qué precio le ponéis al consulado?

CIUDADANO PRIMERO El precio es solicitarlo con buen modo.

CORIOLANO ¡Con buen modo! Os ruego que me lo deis. Heridas tengo que enseñaros que os haré ver en particular. Vuestro voto, señor: ¿qué decís?

CIUDADANO SEGUNDO Lo tendréis, noble señor.

CORIOLANO Trato hecho, señor. Por todos quedan solicitados dos buenos votos. Ya recibí vuestra limosna; adiós.

CIUDADANO PRIMERO Pero esto está raro.

CIUDADANO SEGUNDO ¡Siquiera no se lo hubiera dado todavía…! pero no importa.

Salen los dos ciudadanos.

Entran otros dos ciudadanos .

CORIOLANO Os lo suplico: puede que os venga bien que sea yo cónsul; traigo puesta la toga de costumbre.

CIUDADANO TERCERO Habéis merecido bien de la patria y no habéis merecido bien.

CORIOLANO ¿Y ese enigma?

CIUDADANO CUARTO Habéis sido el azote de sus enemigos y una vara para sus amigos; en verdad no habéis querido al pueblo común y corriente.

CORIOLANO Por lo mismo debéis considerarme más virtuoso en cuanto no he sido corriente en mis afectos. Estoy resuelto, señor, a adular al pueblo, mi hermano jurado, para lograr de ellos una estimación más profunda. Es esa una condición que juzgan ellos noble; y puesto que la sabiduría de juicio consiste en preferir mi sombrero a mi corazón, practicaré la inclinación de cabeza más insinuante y me quitaré el sombrero del modo más fingido; o sea, señor, que imitaré el sortilegio de

quienes se han vuelto populares y se lo obsequiaré generosamente a quienes lo deseen. Por consiguiente, os niego que sea yo cónsul.

CIUDADANO CUARTO Esperamos hallar en vos un amigo, y por lo tanto, sinceramente os damos nuestros votos.

CIUDADANO TERCERO Habéis recibido muchas heridas por la patria.

CORIOLANO No confirmaré vuestro conocimiento mostrándolas. Tendré en mucho vuestros votos y ya no os molestaré más.

AMBOS ¡De todo corazón, señor, que los dioses os hagan muy dichoso!

Salen

los ciudadanos .

CORIOLANO ¡Sus muy amables votos!

Mejor fuera morir o hambre pasar,

que habiendo merecido, venir a mendigar.

¿Por qué en toga lupina estar aquí

pidiendo a zutano y a mengano, al que viniere,

que sus fútiles votos me conceda?

Pues la costumbre así lo ha establecido,

ha de ser, por lo mismo, mantenido.

Intacto el polvo se amontonaría

sobre el tiempo anticuado, y el error

igual que una montaña crecería

demasiado alto

para que la verdad sobresaliera

y dominar pudiera.

Por consiguiente, antes de hacer el tonto así,

dejemos que el empleo y la dignidad

recaigan en quien cosas semejantes

se atreva a soportar.

La mitad del camino he recorrido;

y pues lo primero ya he sufrido,

andaré lo demás.

Entran

otros tres ciudadanos .

Aquí vienen más votos.

¡Vuestros votos! Por vuestros votos he combatido,

por vuestros votos he velado; llevo por ellos

dos docenas de heridas. Tres veces seis batallas

he visto y oído; por vuestros votos

he hecho tantas cosas, grandes unas,

pequeñas otras. ¡Vuestros votos, porque en verdad

quisiera yo ser cónsul!

CIUDADANO QUINTO Se ha conducido con nobleza y no puede pasar sin el voto de todos los hombres de bien.

CIUDADANO SEXTO Por lo tanto, dejad que sea cónsul. ¡Que los dioses le concedan alegría y lo hagan buen amigo del pueblo!

TODOS Amén, amén. ¡Dios te salve, noble cónsul!

Salen

los tres ciudadanos .

CORIOLANO ¡Valiosos votos!

Entra MENENIO *con* BRUTO *y* SICINIO.

MENENIO Has permanecido el tiempo fijado

y los tribunos

te adjudican los sufragios del pueblo.

Solo resta

que revestido con las insignias oficiales,

te reúnas

de inmediato con el Senado.

CORIOLANO ¿Ya ha concluido?

SICINIO Habéis satisfecho ya el requisito

de la petición. El pueblo os acepta,

y ha sido convocado a acudir luego

a vuestra aprobación.

CORIOLANO ¿Dónde? ¿En el Senado?

SICINIO Sí, ahí, Coriolano.

CORIOLANO ¿Puedo cambiarme estos vestidos?

SICINIO Podéis, señor.

CORIOLANO Es lo que voy a hacer enseguida, y tan luego

me reconozca a mí mismo, me dirigiré

al Senado.

MENENIO Yo voy contigo. ¿Queréis venir?

BRUTO Nosotros aguardamos a la gente aquí.

SICINIO Hasta luego.

Salen CORIOLANO *y* MENENIO.

Ahora ya lo tiene, y por lo que parece,

creo que sí le entusiasma bastante.

BRUTO Con ánimo orgulloso llevó su ropa humilde.

¿Quieres despedir a la gente?

Entran los plebeyos .

SICINIO ¡Hola, maestros! ¿Habéis elegido a ese hombre?

CIUDADANO PRIMERO Ya tiene nuestros votos, señor.

BRUTO Pedimos a los dioses que pueda merecer

vuestra adhesión.

CIUDADANO SEGUNDO Así sea, señor.

A lo que mi humilde persona pudo ver,

se burlaba de nosotros al solicitar

nuestros votos.

CIUDADANO TERCERO Cierto, bien que se mofaba.

CIUDADANO PRIMERO No, es su modo de hablar. No se burlaba.

CIUDADANO SEGUNDO Todos nosotros, menos tú, decimos

que nos trató con desdén. Debía habernos mostrado

sus marcas de mérito, las heridas

sufridas por la patria.

SICINIO Pues eso es lo que hizo, estoy seguro.

TODOS No, no; nadie las vio.

CIUDADANO TERCERO Dijo tener heridas que podía mostrarnos

en privado,

y agitándonos así su sombrero con desprecio,

«Querría ser cónsul», dijo; «la costumbre antigua

solo con vuestros votos lo permite.

Vuestros votos, pues.» Cuando se los dimos,

¿qué nos dijo?

«Gracias por vuestros votos, muchas gracias;

vuestros muy amables votos; ahora
que me habéis dejado vuestros votos, más no tengo
que ver con vosotros.» ¿No fue eso una burla?
SICINIO Pero ¿o fuisteis ciegos para verlo,
o es que ya viéndolo os habéis conducido
como niños tontos, que se los habéis dado?
BRUTO ¿No podríais quizá haberle dicho
lo que ya se os había instruido,
que cuando no tenía poder y era tan solo
un mísero sirviente del Estado,
era vuestro enemigo, y siempre hablaba
muy en contra de vuestras libertades
y de los privilegios que tenéis
en el cuerpo social;
y que llegando él a un lugar de gran influencia
y poder en asuntos oficiales,
si persiste con toda su malicia
en mostrarse
enemigo tenaz de los plebeyos,
vuestros votos
se convertirían en maldiciones
contra vosotros mismos?
Debíais haber dicho que, lo mismo
que sus heroicos hechos no pedían
otra cosa que aquello que solicitaba,

por interés de vuestros votos pensara
en vosotros, y trocara su odio
en afecto hacia vosotros,
quedando como vuestro amistoso intercesor.
SICINIO Haberle dicho esto,
tal como se os había aconsejado,
habría sondeado su ánimo y puesto a prueba
su inclinación, y arrancádole, bien
una promesa favorable, la cual podríais
hacer valer ante él en llegando
la ocasión, o bien,
irritado su natural quisquilloso,
que no fácilmente sobrelleva
ninguna condición que lo sujete.
Así, enfureciéndolo,
habríais sacado la ventaja de su cólera
para no elegirlo.
BRUTO ¿Pues que no habéis notado
el abierto desdén
con que ha solicitado vuestro apoyo
cuando lo quería,
y acaso pensáis que su menosprecio
no os estará hiriendo
cuando tenga poder para aplastaros?
¿O qué, vuestros cuerpos no tenían corazón

dentro de vosotros? ¿O acaso teníais lenguas

para gritar en contra

de vuestro buen juicio?

SICINIO ¿Habéis antes rechazado

al que os pedía y ahora, al que no pedía,

sino que se burlaba, le otorgáis el favor

de vuestros codiciados votos?

CIUDADANO TERCERO Aún podemos

rechazarlo; no está confirmado todavía.

CIUDADANO SEGUNDO ¡Y lo rechazaremos!

Para eso recogeré yo quinientos votos.

CIUDADANO PRIMERO Yo dos veces quinientos

y sus amigos para redondearlos.

BRUTO Partid de aquí al instante y decid

a esos amigos que han elegido

un cónsul que les arrebatará

sus libertades, y no les dejará más voz

que la de los perros,

que tan a menudo reciben golpes

por ladrar, aunque para ello se les mantenga.

SICINIO Dejad que se reúnan

y revoquen con más maduro juicio

vuestra ciega elección. Haced hincapié en su orgullo

y en el antiguo odio que os tiene.

No olvidéis además con qué desdén

llevó la humilde toga;

cómo, vestido con este traje, os despreció,

pero que vuestro afecto, pensando en sus servicios,

disipó de vosotros el temor

de su comportamiento en tales circunstancias.

Lo cual, con gran escarnio y ligereza

manejó él conforme al inveterado odio

que os profesa.

BRUTO Echadnos a nosotros, tribunos,

la culpa, que trabajamos, no habiendo

ningún impedimento,

para que por él dierais vuestros votos.

SICINIO Decid que lo elegisteis más por mandato nuestro

que por vuestra propia inclinación;

decid que vuestros ánimos, preocupados más bien

por lo que debíais hacer, y no

por lo que procedía,

a fuerza os hicieron nombrarlo cónsul.

BRUTO No, no nos disculpéis:

decid que os dimos lecciones sobre cuán joven

estaba aún cuando empezó a servir a la patria,

cuánto tiempo continuó, y de qué estirpe viene:

la noble casa de los Marcio: de la que vino

ese Anco Marcio, hijo de la hija de Numa,

rey que fue aquí después del gran Hostilio,

de la casa a la que también pertenecieron
Publio y Quinto, los que, por acueductos,
nos hicieron llegar aquí nuestra mejor agua;
y que Censorino, tal sobrenombre se le daba
y noblemente así era llamado,
habiendo sido dos veces censor,[36]
fue asimismo su gran antepasado.
SICINIO A uno, que así desciende,
y que además merece
por su conducta personal quedar elevado
en un muy alto puesto, lo hemos recomendado
a vuestra atención; pero vosotros descubristeis,
al comparar su conducta actual con su pasado,
que es vuestro enemigo decidido,
y revocáis ahora
vuestra precipitada aprobación.
BRUTO Decid que eso nunca lo habríais hecho
(insistid siempre en ello)
si no hubiera sido por presión nuestra;
y enseguida,
en cuanto hayáis reunido a los vuestros,
id al Capitolio.
TODOS Así lo haremos.
Casi todos
se arrepienten de su elección.

Salen los plebeyos .

BRUTO Dejémoslos ir;

mejor será esta rebelión poner en riesgo,

que esperar sin duda a que brote otra mayor.

Si dado su carácter se enfurece

por el rechazo, observemos y aprovechémonos

de su enojo.

SICINIO Al Capitolio, pues;

llegaremos ahí antes que el flujo de la gente;

y esto parecerá

obra suya, como en parte lo es,

si bien nosotros lo hemos incitado.

Salen .

TERCER ACTO

ESCENA I

Roma. Una calle. Toque de trompetas.

Entran CORIOLANO*,* MENENIO*,* COMINIO*,* TITO *Larcio, senadores y patricios* .

CORIOLANO ¿Entonces Tulo Aufidio ha arremetido de nuevo?

TITO Sí, señor; y eso nos hizo llegar

a un arreglo más aprisa.

CORIOLANO Entonces

los volscos están como al principio preparados

para, cuando la ocasión les sea favorable,

precipitarse nuevamente contra nosotros.

COMINIO Están tan agotados, señor cónsul,

que mientras vivamos, difícilmente veremos

flotar nuevamente sus banderas.

CORIOLANO ¿Viste a Aufidio?

TITO Vino a verme con un salvoconducto,

y se desató en maldiciones contra los volscos

por haber dejado que la ciudad

se rindiera

tan cobardemente. Se ha retirado a Ancio.

CORIOLANO ¿Habló de mí?

TITO Sí, señor.

CORIOLANO ¿Qué y cómo?

TITO Cuántas veces se había enfrentado con vos

espada con espada;

y que os aborrecía más que a todas las cosas

de este mundo; que arriesgaría toda su fortuna

a una pérdida irreparable

con tal de ser llamado

vuestro vencedor.

CORIOLANO ¿Y vive en Ancio?

TITO En Ancio.

CORIOLANO Quisiera tener motivo

para buscarlo ahí. Para desafiar su odio

cara a cara.

Bienvenido a la patria.

Entran SICINIO *y* BRUTO.

Ved, estos son los tribunos del pueblo,

las lenguas de la boca vulgar. Yo los desprecio

porque se revisten de autoridad

a ciencia y paciencia de la nobleza.

SICINIO Alto ahí.

CORIOLANO ¡Ja! ¿De qué se trata?

BRUTO Será peligroso avanzar más. ¡Alto!

CORIOLANO ¿Por qué este cambio?

MENENIO ¿El motivo?

COMINIO ¿Qué, no fue aprobado por patricios y plebeyos?

BRUTO No, Cominio.

CORIOLANO ¿Que recibí votos infantiles?

SENADOR PRIMERO Tribunos, abrid paso. Se dirige a la plaza.

BRUTO La gente está furiosa contra él.

SICINIO Deteneos,

o todo se convertirá en tumulto.

CORIOLANO ¿Son estas vuestras piaras?

¿Deben tener voto estos que lo dan ahora

y enseguida reniegan de sus lenguas?

¿Cuáles son vuestros cargos?

Siendo como sois sus bocas, ¿por qué

no gobernáis sus dientes?

¿No los habéis azuzado vosotros?

MENENIO Ten calma, ten calma.

CORIOLANO Es cosa hecha adrede; un complot

para doblegar la voluntad de la nobleza.

Tolerad solo esto

y viviréis con los que ni pueden gobernar,

ni jamás ser gobernados.

BRUTO No lo llaméis complot.

El pueblo grita que os habéis burlado de él,

y que hace poco, cuando se les dio

trigo gratis,

reclamasteis, y llenasteis de insultos

a los que intercedían por el pueblo, llamándolos

oportunistas, aduladores

y enemigos de la nobleza.

CORIOLANO Pero si eso

ya se sabía desde antes.

BRUTO Pero no todos

lo sabían.

CORIOLANO ¿Se los habéis informado después?

BRUTO ¿Qué? ¿Informarles yo?

CORIOLANO Sois capaces de hacerlo.

BRUTO Mejor que vos en lo que sí conviene.

CORIOLANO ¿Por qué ser cónsul entonces? Por esas nubes,

dejadme desmerecer tanto como vosotros

y volverme a mi vez tribuno, colega vuestro.

SICINIO Mostráis de sobra aquello que provoca

la agitación del pueblo. Si queréis

llegar al fin propuesto,

debéis con mejor modo preguntar el camino,

del que os habéis desviado;

ni ser jamás tan noble como un cónsul,

ni pretender unciros con él para tribuno.

MENENIO Tened calma.

COMINIO El pueblo está engañado; incitado.

Este malentendido no le conviene a Roma;

ni merece

Coriolano este vergonzoso estorbo

traidoramente puesto en el camino franco

de su mérito.

CORIOLANO ¡Venir hoy a hablarme de trigo!

Esto fue lo que dije y voy a repetirlo.

MENENIO ¡Ahora no; no ahora!

SENADOR PRIMERO No en este acaloramiento, señor, ni ahora.

CORIOLANO Por mi vida que sí.

Que mis nobles amigos me perdonen.

En cuanto a la voluble y maloliente

muchedumbre, que vean en mí al que no adula,

y que ahí se miren. Repito que al complacerlos,

fomentamos contra nuestro Senado

la cizaña de la rebeldía, la insolencia,

la sedición, que hemos arado nosotros mismos,

sembrado y esparcido,

al mezclarlos con nosotros, la élite,

que no carecemos de virtud, ni de poder,

si no es en la medida que se los otorguemos

a estos limosneros.

MENENIO Bueno, basta.

SENADOR PRIMERO Os rogamos que ya no digáis más.

CORIOLANO ¡Cómo que no!

Así como derramé mi sangre por mi patria,

sin temor a ninguna fuerza extraña,

así, hasta desfallecer, mis pulmones

lanzarán denuestos contra esa sarna

de la que nos avergonzaría estar cubiertos,

y la que, sin embargo,

procuramos adquirir del modo más seguro.

BRUTO Habláis de la gente como si fuerais

un dios para castigarlos, no un hombre

con sus mismas flaquezas.

SICINIO Sería bueno hacérselo saber a la gente.

MENENIO ¿Qué? ¿Su cólera?

CORIOLANO ¡Cólera! Si estuviera yo

tan tranquilo como el sueño de la medianoche,

por Júpiter que sería esa mi opinión.

SICINIO Pues es una opinión

que se habrá de quedar como veneno

y no emponzoñará más.

CORIOLANO ¡Que se habrá de quedar!

¿Oís a este Tritón de la pecera?

¿Notáis su absoluto «habrá»?

COMINIO Se salió de la norma.

CORIOLANO «¡Se habrá de quedar!»

Oh, buenos, pero insensatos patricios:

y vosotros,

graves, pero imprudentes senadores,

¿le habéis dado poder a esta Hidra

para elegir a este magistrado, que con

su perentorio «habrá»,

que no son otra cosa que el cuerno y el estrépito
del monstruo,
no carece de arrestos
para deciros que desviará vuestra corriente
a una zanja
y que se apropiará vuestro canal?
Si tiene poder, humillad entonces
vuestra ignorancia; mas si no lo tiene,
sacudid vuestra peligrosa condescendencia.
Si sabios sois,
no procedáis cual vulgares idiotas;
si no lo sois, dejadlos
sentarse en sitiales a vuestro lado.
Vosotros sois plebeyos, si ellos son senadores,
máxime cuando al mezclarse los votos
de unos y de otros,
el suyo venga a dar el sabor predominante.
Ellos elegirán su magistrado,
magistrado que como él, oponga
su «habrá»,
a una asamblea más solemne que ninguna
de las que jamás hayan fruncido
el entrecejo en Grecia.
¡Por Júpiter mismo! Eso envilece a los cónsules;
y me duele el alma de saber cómo,

cuando se enfrentan dos autoridades,

ninguna de las cuales es suprema,

cuán pronto

surge la confusión en la brecha que se abre

entre ambas

y cómo la una derriba a la otra.

COMINIO Bueno, vayamos a la plaza pública.

CORIOLANO Quienesquieran que hayan dado ese consejo

de repartir de balde

el trigo almacenado, como solía hacerse

alguna vez en Grecia…

MENENIO Bueno, bueno,

ya no hablemos de eso.

CORIOLANO Aunque allá gozaba más el pueblo

de poder absoluto,

afirmo que fomentaron la desobediencia

y nutrieron la ruina del Estado.

BRUTO ¿Por qué ha de darle el pueblo sus sufragios

a uno que así habla de sus votos?

CORIOLANO Yo les daré mis razones mucho más valiosas

que sus votos.

Ellos saben que el grano no es una recompensa

de parte nuestra, pues que están seguros

que nunca prestaron a cambio ningún servicio.

Al presionarlo a ir a la guerra,

justo cuando el ombligo del Estado
estaba en peligro, no querían ni siquiera
atravesar las puertas.
No era esta la clase de servicio
que ameritara que se les diera trigo gratis.
Estando ya en la guerra,
sus motines y revueltas, en los que mostraron
más arrojo, no hablan en su favor.
La acusación que a menudo han hecho
en contra del Senado
por motivos siempre injustificados,
para nada pudo ser el origen
de nuestra generosa donación.
Y bien: ¿qué resta entonces?
¿Cómo podrá este pecho múltiple digerir
las mercedes del Senado? Dejad
que expresen sus acciones
lo que serían sus palabras: «Les requerimos
que nos lo concedieran,
y como somos los más numerosos,
por puro temor
condescendieron a nuestra demanda».
Así es como envilecemos la índole
de nuestras atribuciones, y hacemos
que la plebe

califique de miedo nuestra solicitud,
lo que con el tiempo derribará
las puertas del Senado,
e introducirá a los cuervos para que picoteen
a las águilas.
MENENIO Basta ya.
BRUTO Basta en demasía.
CORIOLANO ¡No, oíd aún más!
¡Que cuanto pueda invocarse como juramento
tanto en lo humano como en lo divino,
selle mi conclusión!
Esta doble autoridad,
en que una parte desdeña con razón, mientras
la otra insulta sin ningún motivo;
en que la nobleza, título y sabiduría
no pueden decidir nada sino por el sí
o el no
de la ignorancia general, llevará por fuerza
al descuido de las necesidades reales
y a dar paso entretanto
a una frívola inestabilidad.
Al empantanarse así la decisión, se sigue
que todo queda sin decidir. Por consiguiente
os ruego a vosotros, que queréis ser
menos tímidos

que prudentes; que amáis
la parte fundamental del Estado
más de lo que teméis su cambio; que preferís
una vida noble a una vida larga,
y que queréis sacudir con una medicina
peligrosa un cuerpo que sin ella
habrá seguramente de morir,
arrancadle de inmediato la lengua
a la multitud; no la dejéis lamer el dulce
que es su veneno. Vuestro deshonor mutila
el recto juicio, y despoja al Estado
de esa unidad que le es necesaria
al no tener el poder de ejecutar el bien
que quisiera, por el mal que lo oprime.
BRUTO Ya ha dicho bastante.
SICINIO Ha hablado como traidor,
y tendrá que pagar
como pagan los traidores.
CORIOLANO ¡Oh, tú miserable,
que el despecho te ahogue! ¿Qué puede hacer el pueblo
con estos tribunos tarados? Por depender
de ellos fracasa en obedecer
a la autoridad más respetable.
Se les eligió durante una rebelión, cuando
lo que hacía ley no era la razón,

sino la necesidad. Dejad que en mejor hora,

la razón se declare necesaria

y dad al traste con todo su poder.

BRUTO ¡Traición manifiesta!

SICINIO ¿Será cónsul este? ¡No!

BRUTO ¡Los ediles, ahora!

Entra un edil .

SICINIO Ve a llamar al pueblo;

Sale el edil .

en cuyo nombre yo mismo te arresto

como reformador peligroso y enemigo

del bien público. Y te conmino a que obedezcas

y que me sigas para responder

de lo que has dicho.

CORIOLANO ¡Quita allá, cabrón!

SENADORES Y PATRICIOS ¡No! Nosotros seremos sus

fiadores.

COMINIO Anciano, retira las manos.

CORIOLANO ¡Apártate, cochino,

o te saco los huesos de la ropa!

SICINIO ¡Auxilio, ciudadanos!

Entra una turba de plebeyos

con los ediles .

MENENIO ¡Más respeto de ambas partes!

SICINIO Aquí está el que quería quitaros todo el poder.

BRUTO ¡Prendedlo, ediles!

PLEBEYOS ¡Abajo con él, abajo con él!

SENADOR SEGUNDO ¡Armas, armas, armas!

Agitación general en torno a CORIOLANO.

TODOS ¡Oh, tribunos! ¡Patricios! ¡Ciudadanos!

¡Qué pasa! ¡Sicinio! ¡Bruto! ¡Coriolano!

¡Calma! ¡Calma! ¡Calma! ¡Un momento!

MENENIO ¡Pero qué sucede! ¡Estoy sin aliento!

El caos se nos viene encima, no puedo hablar.

¡Vosotros, tribunos, hablad a la gente!

¡Paciencia, Coriolano!

¡Háblales, buen Sicinio!

SICINIO ¡Plebeyos, oídme!

¡Silencio!

PLEBEYOS Oigamos a nuestro tribuno. ¡Silencio! ¡Calma!

¡Que hable, que hable, que hable!

SICINIO Estáis a punto de perder vuestras libertades.

Marcio quiere arrebataros todo. Marcio, sí,

a quien hace poco nombrasteis cónsul.

MENENIO ¡No, no, no!

Ese no es modo de apagar, sino de encender.

SENADOR PRIMERO De echar por tierra la ciudad y arrasarlo todo.

SICINIO ¿Qué cosa es la ciudad si no es el pueblo?

PLEBEYOS Cierto. La ciudad es el pueblo.

BRUTO Fuimos

instituidos magistrados del pueblo

con el consentimiento de todos.

PLEBEYOS Y lo sois.

MENENIO Como tales actuáis.

COMINIO Ese es el modo de echar abajo la ciudad,

de derrumbar el techo

hasta los cimientos, y de enterrar

todo lo que aún se halla claramente en pie,

en pilas y en montones de ruinas.

SICINIO Esto merece la muerte.

BRUTO O mantenemos nuestra autoridad

o la dejamos perder. Declaramos aquí

en nombre del pueblo, por cuya potestad

fuimos elegidos, en favor suyo, que Marcio

merece de inmediato la muerte.

SICINIO Por lo tanto

apoderaos de él y llevadlo

a la roca Tarpeya, y desde ahí lanzadlo

a la destrucción.

BRUTO ¡Aprehendedlo, ediles!

PLEBEYOS ¡Ríndete, Marcio, ríndete!

MENENIO Escuchadme una palabra. Os ruego,

tribunos; escuchadme tan solo una palabra.

EDILES ¡Silencio, silencio!

MENENIO Sed lo que parecéis; realmente amigos

de vuestra patria y proceded con mesura

a lo que queréis reivindicar con tal violencia.

BRUTO Señor, esos procedimientos fríos,

que se asemejan a prudentes auxilios,

son muy venenosos en los casos en que el mal

es violento. Agárrenlo

y llévenlo a la roca.

CORIOLANO *saca su espada* .

CORIOLANO No moriré aquí.

Entre vosotros hay algunos

que me han visto pelear.

¡Venid y probad en vosotros mismos

lo que me habéis visto hacer!

MENENIO ¡Abajo esa espada!

Tribunos, retiraos un momento.

BRUTO ¡Agárrenlo!

MENENIO ¡Socorred a Marcio, socorredlo!

¡Vosotros que sois nobles, socorredlo,

jóvenes y viejos!

PLEBEYOS ¡Abajo con él, abajo con él!

Estalla la lucha, y los tribunos, los ediles y el pueblo

son rechazados y se retiran .

MENENIO ¡Vete, vete a tu casa! ¡Vamos, rápido,

o todo se echará a perder!

SENADOR SEGUNDO Váyase pronto.

CORIOLANO Permaneced firmes. Tenemos tantos amigos

como enemigos.

MENENIO ¿Será necesario

llegar a eso?

SENADOR PRIMERO ¡Que no lo permitan los dioses!

Te ruego, noble amigo, vete a casa.

Déjanos curar este caso.

MENENIO Que es una llaga

para todos que tú mismo no puedes tratar.

Vete, te lo suplico.

COMINIO Venid, señor, con nosotros.

CORIOLANO Ojalá fueran bárbaros,

como en verdad lo son, aunque nacidos

en camada en Roma, y no romanos,

lo que no son, aunque paridos

bajo el pórtico del Capitolio.

MENENIO ¡Vete! No expreses tu noble enojo con palabras.

Ya habrá mejor ocasión.

CORIOLANO En limpia lid podría

yo batir

a cuarenta de ellos.

MENENIO Yo mismo podría hacerme cargo de un par

de los mejores; sí,

los dos tribunos.

COMINIO Mas ahora la desigualdad

rebasa todo cálculo;

y la hombría se llamará locura

cuando se enfrente a un edificio tambaleante.

¿Queréis iros antes de que regrese la plebe

cuya rabia

cual corriente detenida arrasa y sumerge

lo que antes

iba sosteniendo?

MENENIO Por favor vete.

Probaré si mi viejo ingenio sirve de algo

a los que de ello poco tienen; esto debe

parcharse luego con paño del color que sea.

COMINIO Sí, venid.

Salen CORIOLANO*,* COMINIO *y otros* .

PATRICIO Este hombre ha estropeado su fortuna.

MENENIO Su naturaleza es demasiado noble

para el mundo;

ni a Neptuno adularía por su tridente

ni a Júpiter por su potente trueno.

Trae el corazón en la boca; lo que su pecho

forja, debe expresarlo

su lengua, y estando iracundo olvida

haber oído nunca de la muerte

el nombre. (*Ruido dentro* .) ¡Bonita tarea nos resta!

PATRICIO ¡Quisiera que estuvieran en la cama!

MENENIO ¡Quisiera que estuvieran en el Tíber!

Por los mil demonios, ¿que no podía

hablarles cortésmente?

Entran BRUTO *y* SICINIO

con el populacho .

SICINIO ¿Dónde está esta víbora

que querría despoblar la ciudad

y convertirse a sí mismo en cada hombre?

MENENIO Respetables tribunos…

SICINIO Será precipitado

desde la roca Tarpeya con mano implacable.

Ha resistido a la ley, y por lo consiguiente

la ley habrá de negarle otro juicio

que no sea el de la severidad

del poder público que a tal punto ha aniquilado.

CIUDADANO PRIMERO Entenderá que los nobles tribunos

son las bocas del pueblo y que nosotros

somos sus manos.

PLEBEYOS ¡Seguro que sí!

MENENIO ¡Señor, señor!

SICINIO ¡Silencio!

MENENIO No declaréis exterminio completo

donde tan solo podéis cazar con restricciones.

SICINIO Señor, ¿cómo es que habéis ayudado a perpetrar

esta fuga?

MENENIO Dejadme hablar. Así como conozco
la valía del cónsul,
puedo también enumerar sus defectos.
SICINIO ¡Cónsul!
¿Qué cónsul?
MENENIO El cónsul Coriolano.
BRUTO ¿Cónsul él?
PLEBEYOS ¡No, no, no!
MENENIO Si con la licencia de los tribunos
y también vuestra, buena gente, lograse yo
hacerme oír, pediría que me permitieseis
una palabra o dos,
lo cual no os causará mayor perjuicio
que el tiempo que empleéis en escucharlas.
SICINIO Hablad brevemente pues, porque estamos
decididos
a acabar con este traidor viperino.
Echarlo de aquí sería crearnos
un peligro,
y mantenerlo, nuestra muerte cierta.
Se ha decretado por tanto que esta noche muera.
MENENIO ¡Pues que los buenos dioses no permitan
que nuestra ilustre Roma,
cuya gratitud a sus ameritados hijos
está inscrita

en el propio libro de Júpiter, como madre

desnaturalizada

devore ahora a sus propias crías!

SICINIO Es un mal que debe erradicarse.

MENENIO Es un miembro

que tan solo un mal padece: fatal, extirparlo;

curarlo, fácil. ¿Qué le ha hecho a Roma

que sea digno de muerte?

La sangre que ha derramado matando

a nuestros enemigos

(la cual, me atreveré a afirmar es en muchas onzas

más que la que ahora tiene) vertiola

por su patria; y hacer que por la patria

pierda la que le resta, sería para todos

los que tal cosa hiciéramos o tal permitiéramos,

una vergüenza hasta el fin del mundo.

SICINIO Eso es absurdo.

BRUTO Absolutamente torcido.

Cuando amó a su patria, esta lo honró.

SICINIO Cuando se gangrena el pie, su servicio anterior

ya no se toma en cuenta por lo que antes valía.

BRUTO Ya no escuchemos más:

id a buscarlo en su casa y sacadlo de ahí,

no sea que su mal, siendo de naturaleza

infecciosa, se extienda.

MENENIO Una palabra más;
una palabra. Esta rabia de pie de tigre,
cuando encuentre el perjuicio que ocasiona
su precipitación irreflexiva,
atará,
aunque ya tarde, pesos de plomo a sus talones.
Proceded conforme a derecho, no sea que surjan
facciones en que los romanos mismos
saqueen a la gran Roma.
BRUTO Si eso fuera así…
SICINIO ¿Pero qué decís? ¿No hemos ya palpado
su desobediencia? ¿Nuestros ediles golpeados,
y nosotros también objeto de resistencia?
¡Vamos!
MENENIO Tened en cuenta esto: ha sido educado
en la guerra desde que pudo sacar espada,
y está mal habituado al lenguaje pulido.
La harina y el salvado arroja juntos
sin hacer distinción.
Con vuestro permiso iré a él, y trataré
de que venga
donde responda en paz, y como exige la ley,
al supremo peligro.
SENADOR PRIMERO Dignísimos tribunos,
aqueste es el proceso humanitario;

resultará cualquier otro camino

demasiado sangriento,

y no será posible prevenir el resultado.

SICINIO Noble Menenio, fungid vos entonces

como representante de este pueblo.

Maestros, deponed las armas.

BRUTO Pero

no volváis a casa. Reuníos en el mercado.

Ahí os esperaremos,

donde, si no traéis a Marcio, procederemos

como habíamos dicho.

MENENIO Yo os lo traeré. (*A los senadores* .) Mas permitidme solicitar

vuestra compañía. Debe venir

o se seguirá lo peor.

SENADOR PRIMERO Vayamos por él.

Salen .

ESCENA II

Aposento en la casa de Coriolano .

Entra CORIOLANO *con algunos patricios* .

CORIOLANO Que cruja todo sobre mi cabeza,

que me ofrezcan la muerte sobre el potro,

arrastrado por caballos salvajes,

o que apilen

diez cerros sobre la roca Tarpeya

para que el precipicio se ahonde más allá

del alcance de la vista; con todo

seguiré siendo lo mismo con ellos.

PATRICIO Optáis por lo mejor.

CORIOLANO Me extraña que mi madre no apruebe mi conducta,

ella que acostumbraba

llamarlos criados vestidos de jerga,

cosas hechas para ser compradas y vendidas

en unos cuantos centavos, y para mostrarse

con las cabezas descubiertas en la asamblea;

para bostezar y callarse y maravillarse

cuando alguno siquiera de mi rango

se levantara a hablar de la paz o de la guerra.

Entra VOLUMNIA.

De vos estoy hablando.

¿Por qué queréis que sea más suave?

¿Querríais que traicionara mi naturaleza?

Decid más bien que soy

el que aparento ser.

VOLUMNIA Ah, señor, señor, señor,

quisiera que os hubierais revestido

bien de vuestro poder

antes de haberlo desgastado.

CORIOLANO Eso no importa.

VOLUMNIA De sobra habríais sido el que sois

empeñándoos menos en serlo.

Menos contrariadas habrían sido

vuestras inclinaciones,

si no les hubierais mostrado adónde

os inclinabais antes de que tuvieran fuerza

para contrariaros.

CORIOLANO ¡Que los ahorquen!

VOLUMNIA ¡Sí, y los quemen también!

Entra MENENIO *con los senadores* .

MENENIO Vamos, ya, vamos, has sido demasiado brusco;

un tanto brusco. Debes volver y repararlo.

SENADOR PRIMERO No queda otro remedio, a menos que

nuestra ciudad se parta por en medio

y perezca.

VOLUMNIA Haz caso, por favor.

Yo tengo un corazón tan poco condescendiente

como el tuyo,

pero un cerebro también que me lleva

a aprovechar mejor mi enojo.

MENENIO Tenéis razón,

noble señora. Antes de que él se doblegara

así ante la plebe,

me revestiría yo la armadura

que apenas puedo soportar, si no fuera que

el paroxismo del momento actual

lo exige como medicina para el Estado.

CORIOLANO ¿Qué debo hacer?

MENENIO Volver con los tribunos.

CORIOLANO Bueno y luego qué, y luego qué.

MENENIO Retractarte de lo que dijiste.

CORIOLANO ¿Ante ellos?

No puedo hacerlo ante los dioses. ¿Deberé hacerlo

ante ellos?

VOLUMNIA Eres demasiado radical; aunque en eso

no puedas pecar de exceso de nobleza,

sino cuando se trata

de situaciones extremas. Te he oído decir

que el honor y la táctica,

como amigos inseparables, caminan juntos

en la guerra.

Admitido esto, dime, en la paz

¿qué podrán perder una y otra para no

poder combinarse ahí?

CORIOLANO ¡Bah! ¡Bah!

MENENIO Excelente argumento.

VOLUMNIA Si es honor en la guerra fingir lo que no eres,

lo cual, para tus mejores fines, utilizas

como táctica,

¿por qué habrá de ser mejor o peor

que esta acompañe en la paz al honor

lo mismo que en la guerra,

puesto que en ambas es igualmente necesaria?

CORIOLANO ¿Por qué me apremias así?

VOLUMNIA Porque te incumbe ahora

hablarle a la gente, no de acuerdo con tu propia

convicción, ni según lo que te dictan

tus impulsos,

sino con palabras que tu lengua haya aprendido

de memoria,

aunque sean fingidas, y con sílabas

que no estén de acuerdo con tu criterio.

Esto, en lo absoluto, no es para ti

mayor deshonra que el tomar con buenas palabras

una plaza, lo que de otra manera te expondría

al azar de la fortuna y de la efusión

de sangre. Yo encubriría mi naturaleza

ahí donde

mi buena fortuna y mis amigos en peligro

pidieran que lo hiciera con honor.

Yo soy en esto tu esposa, tu hijo,

estos senadores, los nobles; y tú prefieres

mostrarles a los patanes vulgares cómo puedes

fruncir el ceño,

que ofrecerles una zalamería

para ganar su afecto

y defender lo que se arruinaría

por falta de ella.

MENENIO ¡Ilustre dama!

ven, acompáñanos; habla con tino;

lograrás así remediar no solo

el gran peligro del momento, sino la pérdida

del pasado.

VOLUMNIA Te ruego pues, hijo mío, ve ahora

gorra en mano,

y tras de extenderla así, hazte a ellos

besando las piedras con tus rodillas,

(porque en estos asuntos

los ademanes son elocuentes, y los ojos

de los ignorantes saben más que los oídos)

doblando la cabeza que a menudo

corrija así tu corazón altivo,

te mostrarás humilde cual la mora

que bien madura no resiste que la manoseen.

O diles que tú eres su soldado,

que por haberte criado en las batallas,

no has adquirido el estilo amable que, confiesas,

más apropiado sería que usaras, y que ellos

exigieran al reclamar su afecto,

pero que en verdad habrás de hacerte en adelante

suyo, hasta donde tu persona y aptitud

te lo permitan.

MENENIO En cuanto hagas esto,

tal y como ella te lo indica, serán tuyos

sus corazones, pues tan liberales

son en perdonar

cuando ello se les solicita,

como en decir palabras sin sentido.

VOLUMNIA Te lo ruego,

ve y déjate gobernar, aunque sé

que prefieres

perseguir al enemigo en un lago de fuego

que adularlo en un tocador de dama.

Entra COMINIO.

Aquí viene Cominio.

COMINIO He estado en la plaza; señor, es bueno

que os hagáis de un vigoroso partido

o que os defendáis con la mansedumbre

o con la huida. Ya estalló la furia.

MENENIO Solamente con palabras corteses.

COMINIO Creo que bastará,

si puede resignarse a ello.

VOLUMNIA Sí, debe hacerlo

y lo hará.

Te ruego, di que sí, y parte enseguida.

CORIOLANO ¿Debo de mostrarles

mi cabeza descubierta? ¿Que mi lengua

despreciable haga que mi noble corazón
soporte una mentira? Bien: lo haré.
Sin embargo, ojalá que se tratara solo
de esta pieza de barro, para que lo hicieran polvo
y lo echaran al viento. ¡Pero a la plaza pues!
Me habéis impuesto ahora tal papel,
que no lo representaré jamás al natural.
COMINIO Vamos, vamos, que os daremos ayuda.
VOLUMNIA Te ruego, hijito mío, que así como dijiste
que primero que nada mis elogios
te hicieron soldado, así para recibir
mi elogio ahora, hagas un papel
que nunca habías hecho antes.
CORIOLANO Bien, debo hacerlo.
¡Que me abandone mi naturaleza
y se apodere de mí algún espíritu
prostituido! ¡Que mi grito de guerra
que armonizaba con mi tambor se convierta ahora
en una flauta débil
como un eunuco, o en el murmullo virginal
que arrulla a los párvulos!
¡Que las sonrisas de viles rufianes
planten su tienda en mis mejillas, y que las lágrimas
de los escolares se apoderen de los globos
de mis ojos!

¡Que la lengua del mendigo se asome
por mis labios, y que mis rodillas bien armadas,
que no se habían doblado sino en el estribo,
se dobleguen como las de aquel que ha recibido
una limosna!
No lo haré, porque no quiero dejar de rendir honor
a mi propia franqueza,
ni que los ademanes de mi cuerpo
le enseñen a mi mente
una bajeza esencial.
VOLUMNIA Como gustes entonces.
Suplicarte a ti es para mí mayor deshonra
que tú a ellos. Que se arruine todo; que tu madre
mejor sienta tu orgullo
en vez de temer tu peligrosa obstinación,
porque con un corazón tan grande como el tuyo
me burlo de la muerte.
Haz lo que quieras. Tu valor es mío;
de mí lo mamaste, pero a ti mismo
debes el orgullo.
CORIOLANO Por favor cálmate. Mira, madre,
iré a la plaza pública. Ya no me regañes.
Para comprar su afecto,
me haré charlatán; les estafaré
los corazones y volveré a casa

como el ídolo adorado de todos

los oficiales de Roma. Mira, ya me voy.

Saluda a mi mujer.

Regresaré cónsul, o no vuelvas a confiar

en lo que pueda hacer

mi lengua en el oficio

de adulador.

VOLUMNIA Haz lo que más te plazca.

Sale .

COMINIO ¡En marcha! Los tribunos os aguardan.

Preparaos

a contestarles con dulzura, puesto que ellos,

según he oído, están ya armados

con acusaciones más graves de las que pesan

sobre vos.

CORIOLANO La consigna

es «con dulzura». Os ruego, partamos.

Dejadlos pues que me acusen con sus invenciones.

Les contestaré con mi honor.

COMINIO Sí, pero

con dulzura.

CORIOLANO Bien, que sea con dulzura entonces.

¡Con dulzura!

Salen .

ESCENA III

Roma. La plaza del mercado.

Entran SICINIO *y* BRUTO.

BRUTO En este punto cárgale la mano, en que ha asumido

poderes dictatoriales. Si se zafa en eso,

haz valer su inquina contra el pueblo y que el botín

tomado a los antiates nunca fue distribuido.

Entra un EDIL.

¿Qué hay? ¿Va a venir?

EDIL Sí, va a venir.

BRUTO ¿Quién lo acompaña?

EDIL El viejo Menenio y los senadores que

siempre lo han favorecido.

SICINIO ¿Tienes una lista

de cuántos votos hemos conseguido

de acuerdo con el escrutinio?

EDIL Sí la tengo;

está a punto.

SICINIO ¿La ordenaste por tribus?

EDIL Así es.

SICINIO Reúne de inmediato aquí a la gente,

para que cuando me oigan decir, «Así será»

en virtud del derecho

y de la fuerza del pueblo, ya sea

para muerte, multa o destierro, que luego entonces,

si digo multa, que ellos griten, «multa»,

y si muerte,

que griten, «muerte»; haciendo hincapié

en nuestra antigua prerrogativa y en la fuerza

que dimana

de la justicia de la causa.

EDIL Se los haré saber.

BRUTO Y cuando entonces

empiecen a gritar, que para nada

se detengan, sino que, con un clamor confuso

hagan prevalecer la ejecución inmediata

de la sentencia que pronunciemos.

EDIL Está bien.

SICINIO Haz que estén firmes y preparados a acatar

esta consigna en cuanto

hayamos de dársela.

BRUTO Ve enseguida.

Sale el EDIL.

Tú hazlo enojar inmediatamente.

Está acostumbrado a vencer y a contradecir

a sus anchas.

Una vez irritado, no puede refrenársele

para que se modere; dice entonces

lo que trae en el corazón, y ahí es en donde

se nos hará quebrarle el cuello.

SICINIO Bueno,

aquí viene.

Entran CORIOLANO*,* MENENIO *y* COMINIO *con otros* .

MENENIO Con calma, te lo ruego.

CORIOLANO Sí, como un hostelero

que por un mísero centavo aguanta

que lo llamen rufián hasta el cansancio.

¡Que los venerables dioses mantengan a Roma

en seguridad, y que los sitiales

de la justicia,

ocupados por hombres de valer,

implanten la concordia entre nosotros,

llenen nuestros vastos templos con demostraciones

de paz, y no nuestras calles con guerras.

SENADOR PRIMERO ¡Amén, amén!

MENENIO Noble deseo.

Entra el EDIL *con los plebeyos* .

SICINIO Acérquense, plebeyos.

EDIL Escuchen a sus tribunos. ¡Atiendan!

¡Silencio, digo!

CORIOLANO ¡Primero oídme hablar a mí!

AMBOS TRIBUNOS Bien, decid. ¡Silencio, eh!

CORIOLANO ¿Ya no se me harán

más cargos que el presente?

¿Se decidirá aquí todo?

SICINIO Yo os pregunto

si os sometéis a los votos del pueblo,

si reconocéis a sus magistrados,

y consentís sufrir

la censura legal por las faltas que se prueben

contra vos.

CORIOLANO Sí consiento.

MENENIO Oídlo, ciudadanos:

dice que consiente. El servicio que en las guerras

ha prestado,

tenedlo en cuenta. Pensad en las heridas

que en su cuerpo lleva, las cuales se abren

como tumbas

en un camposanto.

CORIOLANO Solo rasguños de zarzas,

cicatrices que provocan risa.

MENENIO Además

tened en cuenta que cuando no habla

como ciudadano, lo encontraréis como soldado.

No estiméis sus más ásperos acentos

como voces de malquerencia, sino

como os digo, lenguaje de soldado,

y no de quien os aborrece.

COMINIO Bueno, ya basta.

CORIOLANO ¿Qué ha pasado para que, tras de ser

elegido unánimemente cónsul,

sea yo deshonrado, al extremo

de que enseguida me destituyáis?

SICINIO Respondednos.

CORIOLANO Hablad pues: es justo; debo hacerlo.

SICINIO Os acusamos de que habéis tramado

arrebatar a Roma

todos sus poderes habituales, por lo que

sois traidor a su gente.

CORIOLANO ¡Cómo! ¿Traidor?

MENENIO ¡No, con calma! ¡Tu promesa!

CORIOLANO ¡Que las llamas del más profundo infierno

envuelvan a este pueblo!

¿Llamarme traidor él? ¡Tú, injurioso tribuno!

Aun cuando en tus ojos se posaran veinte mil muertes,

y empuñaras

en tus manos otros tantos millones,

y en tu lengua mendaz sumaras ambos,

te diría que mientes,

con la misma franqueza con que imploro

a los dioses.

SICINIO ¿Oís esto, plebeyos?

PLEBEYOS ¡A la roca, llevémoslo a la roca!

SICINIO ¡Silencio!

¿Para qué añadir más cargos a la acusación?

Lo que le habéis visto hacer y oído decir,

golpeando a vuestros magistrados y a vosotros

maldiciéndoos, y con sus ataques

oponiéndose a la ley y desafiando aquí

a aquellos cuya alta potestad

debe juzgarlo, solo esto, tan criminal

y trascendente, merece la muerte

más rigurosa.

BRUTO Mas como ha servido

bien a Roma…

CORIOLANO ¿Qué murmuras de servicio?

BRUTO De lo que sé, hablo.

CORIOLANO ¿Tú?

MENENIO ¿Es esta la promesa que le hiciste a tu madre?

COMINIO Os ruego que escuchéis.

CORIOLANO No quiero saber más.

Dejad que decreten contra mí pena de muerte

en la escarpada Tarpeya, o el exilio errante,

el despellejamiento, colgado boca abajo

con solo un grano al día, hasta que me consuma,

no compraré su clemencia a costa

de una palabra amable,

ni refrenaré mi cólera con todo cuanto

puedan darme,

aunque para ello bastara desearles

buenos días.

SICINIO Por cuanto de su parte a menudo ha mostrado su mala voluntad al pueblo, buscando medios de arrebatarle el poder, y por cuanto últimamente le ha manifestado hostilidad, y eso no en presencia de la temible justicia, sino en contra de los ministros que la imparten, en nombre del pueblo, y con la potestad que como tribunos ejercemos, nosotros desde este mismo instante lo desterramos de la ciudad, a riesgo de precipitarlo de la roca Tarpeya si osa alguna vez volver a entrar por las puertas de Roma. En nombre del pueblo, digo que así será.

PLEBEYOS ¡Así será, así será! ¡Que se vaya!

¡Queda desterrado y así será!

COMINIO ¡Oídme, señores, y amigos del pueblo!

SICINIO Ya está sentenciado: no hay más que oír.

COMINIO Dejadme hablar.

Yo he sido cónsul y puedo mostrar

las heridas que por Roma he sufrido

de sus enemigos. Amo el bien de nuestra patria

con respeto más tierno, más sagrado

y más profundo que mi propia vida,

el honor de mi esposa bien amada,

el fruto de su vientre,

y tesoro de mis riñones; si por lo tanto

pudiera decir…

SICINIO Ya sabemos por dónde vais.

¿Decir qué?

BRUTO Ya no hay más que decir,

sino que queda desterrado como enemigo

del pueblo y de su patria.

¡Así será!

PLEBEYOS ¡Así será, así será!

CORIOLANO ¡A vosotros,

jauría de perros callejeros cuyo aliento

aborrezco como las miasmas de los pantanos

más pestilentes; cuyo afecto estimo

como los esqueletos

de insepultos muertos que me corrompen

el aire! ¡Yo os destierro!

¡Y permaneced aquí con vuestra incertidumbre!

¡Que todo débil rumor estremezca

vuestros corazones! ¡Y que vuestros enemigos

con el meneo de sus penachos os avienten

a la desesperación! ¡Continuad

ejerciendo el poder

de desterrar a vuestros defensores,

hasta que a la larga vuestra ignorancia,

que no aprende hasta que no experimenta,

haciendo excepción solo de vosotros,

por siempre vuestros propios enemigos,

os entregue, cautivos vergonzantes,

a alguna nación que os haya conquistado

sin combatir siquiera!

Despreciando la ciudad por causa vuestra,

le vuelvo así la espalda.

¡Hay un mundo en cualquier parte!

Salen CORIOLANO, COMINIO, MENENIO *y todos*

los otros senadores y patricios .

EDIL ¡El enemigo del pueblo se ha ido, se ha ido!

PLEBEYOS ¡Nuestro enemigo ha sido desterrado! ¡Ja, ja!

Todos gritan y lanzan sus gorros al aire .

SICINIO Id a verlo trasponer las puertas y seguidlo

como él os ha seguido con total desprecio.

Dadle su merecido.

Que un guardia nos escolte

por la ciudad.

PLEBEYOS ¡Vengan, vengan! ¡Veámoslo salir

por las puertas! ¡Vengan!

¡Que los dioses guarden a nuestros nobles tribunos!

¡Vengan!

Salen .

CUARTO ACTO

ESCENA I

Ante una puerta de la ciudad.

Entran CORIOLANO, VOLUMNIA, VIRGILIA, MENENIO,

COMINIO, *con varios jóvenes patricios* .

CORIOLANO Vamos, dejad vuestras lágrimas. Un breve adiós.

La bestia de las múltiples cabezas

con embestidas me expulsa. No madre,

¿dónde está tu antiguo valor? Solías decir

que las situaciones extremas ponen a prueba

el espíritu;

que las almas vulgares

pueden soportar las vicisitudes vulgares,

que cuando el mar está en calma, todos los navíos

pueden flotar con facilidad; que los reveses

de la fortuna, cuando son más duros,

requieren del noble herido una noble destreza.

Solías abrumarme

de preceptos que debieran volver invencible

el corazón que supo retenerlos.

VIRGILIA ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos!

CORIOLANO Vamos, mujer,

te suplico.

VOLUMNIA ¡Ahora, que la peste roja azote
a todos los oficios de Roma, y que perezcan
las artes!
CORIOLANO ¡Vamos, vamos!
Se me amará cuando no se me encuentre.
No, madre. Recobra ya aquel espíritu
que solías tener cuando me decías
que si hubieras sido la esposa de Hércules,
habrías realizado seis de sus trabajos,
y ahorrádole a tu esposo otros tantos sudores.
No te entristezcas, Cominio. Adiós.
Adiós, esposa mía, madre mía.
Me seguirá yendo bien. Y tú viejo
y leal Menenio, más saladas son tus lágrimas
que las de un joven y veneno para tus ojos.
Mi antiguo general,
te he visto impasible, y has contemplado
a menudo
espectáculos crudos que endurecen el alma.
Diles a estas afligidas mujeres
que es tan necio llorar los golpes inevitables
como reírse de ellos.
Madre mía, bien sabes
que siempre mis peligros han sido tu solaz;
y no lo pongas en duda, que aunque parto solo,

igual que un dragón,

cuyo pantano lo vuelve temible y famoso

aunque no se le vea,

así tu hijo se sobrepondrá

a la vulgaridad,

a no ser que sea atrapado con añagazas

y traición.

VOLUMNIA Hijo mío,

el primero, ahora, ¿adónde irás?

Lleva contigo al buen Cominio un tiempo;

decide bien qué vas a hacer en vez de exponerte

a los peligrosos riesgos que se te presenten

en el camino.

VIRGILIA ¡Oh, los dioses!

COMINIO Te seguiré

durante un mes; juntos decidiremos

el lugar de tu estancia,

para que puedas recibir noticias

de nosotros,

y nosotros tuyas. De esa manera,

cuando el tiempo ofrezca motivo para llamarte,

no tendremos que mandar buscar a un hombre solo

por todo el ancho mundo,

ni desperdiciar la ocasión que siempre se pierde

en ausencia del que la necesita.

CORIOLANO No; adiós.

Tú ya llevas encima muchos años,

y estás harto de las vicisitudes de la guerra

para andar de un lado para otro como alguien

que está todavía entero. Acompáñame solo

hasta cruzar la puerta.

Venid, mi amada esposa,

mi madre queridísima,

y amigos míos de acrisolada nobleza.

Cuando haya partido, decidme adiós

y sonreíd. Venid pues, os lo ruego.

Mientras yo permanezca en este mundo,

oiréis siempre hablar de mí, pero nunca

oiréis cosa alguna que no concuerde

con lo que antes fui.

MENENIO Palabras tan dignas

como el oído puede escuchar. Vamos,

no lloremos ya. Si al menos pudiera

quitarme siete años

de estos mis viejos brazos y piernas, por los dioses,

te acompañaría paso por paso.

CORIOLANO Dame la mano. Ven.

Salen .

ESCENA II

Una calle cerca de la puerta.

Entran los dos tribunos, SICINIO *y* BRUTO *con el* EDIL.

SICINIO Despídelos a todos;

ya se fue y no llevaremos más allá las cosas.

Los nobles están molestos, y salta a la vista

que se aliaron con él.

BRUTO Puesto que hemos

mostrado nuestra fuerza,

aparentemos mayor humildad

ya con la cosa hecha

que cuando se estaba haciendo.

SICINIO Ordénales

volver a casa. Diles que su gran enemigo

ya se fue,

y que conservan su antiguo poder.

BRUTO Que regresen a casa.

Sale el EDIL.

Aquí viene su madre.

Entran VOLUMNIA*,* VIRGILIA *y* MENENIO.

SICINIO Saquémosle la vuelta.

BRUTO ¿Y por qué?

SICINIO Dicen que está furiosa.

BRUTO Ya nos vieron:

tú sigue caminando.

VOLUMNIA ¡Ah, qué bueno que os encuentro! ¡Que todas las plagas

que atesoran los dioses os paguen vuestro afecto!

MENENIO ¡Silencio, silencio, no habléis tan fuerte!

VOLUMNIA Si el llanto no me lo impidiera, oiríais algo…

Y lo oiréis. (*A* BRUTO.) ¿Queréis iros?

(*A* SICINIO.) Os quedaréis también.

VIRGILIA ¡Que otro tanto pudiera yo decirle

a mi esposo!

SICINIO ¿Que pertenecéis al género humano?

VOLUMNIA Sí, imbécil; ¿es eso una vergüenza?

Fíjense nada más en este imbécil.

¿No fue mi padre un hombre?

Como zorra,

tuviste la astucia de desterrar

al que había dado más golpes a favor de Roma

que palabras hayas tú pronunciado jamás.

SICINIO ¡Oh, los cielos benditos!

VOLUMNIA Sí, más golpes magnánimos que tú

palabras discretas; y eso por el bien de Roma.

¡Déjame que te diga… pero no! ¡Mejor vete!

No, quédate tú también: quisiera que mi hijo

estuviera en Arabia, y con su buena espada

en la mano, y tu tribu delante de él.

SICINIO ¿Y qué entonces?

VOLUMNIA ¡Entonces!

Pondría fin a tu posteridad

con bastardos y todo.

¡Qué hombre tan bueno; cuántas heridas

ha sufrido por Roma!

MENENIO ¡Vamos, vamos, silencio!

SICINIO Quisiera que hubiera continuado con su patria

igual que como empezó, y que no hubiera él mismo

desatado el noble nudo que había tejido.

BRUTO Yo también quisiera eso.

VOLUMNIA ¡Yo también quisiera!

Fuisteis vosotros los que incitasteis a la plebe,

felinos, que con tanto acierto podéis juzgar

de su valía, como soy yo capaz de hacerlo

de esos misterios que el cielo no quiere

que la tierra conozca.

BRUTO Vámonos, por favor.

VOLUMNIA Sí, señor, ya váyase por favor.

Ha hecho usted una estupenda obra.

Pero antes de que se despida, escuche esto:

tan alto como excede el Capitolio

a la casa más humilde de Roma,

así mi hijo (que es el esposo

de esta dama, esta que aquí veis),

a quien desterrasteis,

os excede a todos.

BRUTO Bueno, bueno, os dejamos.

SICINIO ¿Para qué estar aquí sufriendo a una

que no está en sus cabales?

Salen los tribunos .

VOLUMNIA ¡Que mis oraciones os acompañen!

¡Quisiera que los dioses no tuvieran

otra cosa que hacer que confirmar

mis maldiciones! ¡Ojalá pudiera

encontrarlos al menos una vez cada día

para desahogar mi corazón

de lo que tanto lo abruma!

MENENIO Les habéis hablado

claro y tenéis razón, a fe mía.

¿Queréis cenar conmigo?

VOLUMNIA La cólera es mi comida. Ceno de mí misma

y alimentándome me mato de hambre.

Venid, vámonos.

Deja estos débiles lloriqueos

y como yo, laméntate con ira,

igual que Juno.

Salen VOLUMNIA *y* VIRGILIA.

MENENIO ¡Vamos!

Sale .

ESCENA III

Camino real entre Roma y Ancio.

Entran NICANOR, *un romano, y* ADRIANO, *un volsco* .

NICANOR Os conozco bien señor, y vos me conocéis a mí; creo que vuestro nombre es Adriano.

ADRIANO Así es, señor; en verdad no me acuerdo de vos.

NICANOR Soy romano, y mis servicios, como los vuestros, están como vos mismo en contra de ellos. ¿Me reconocéis ahora?

ADRIANO ¿Nicanor? ¿No?

NICANOR El mismo, señor.

ADRIANO Teníais más barba cuando os vi la última vez, pero vuestra lengua pone de manifiesto vuestro rostro. ¿Qué nuevas hay en Roma? Tengo instrucciones del Estado volsco de buscaros ahí; me habéis ahorrado un día de camino.

NICANOR Hubo extraños levantamientos en Roma: el pueblo en contra de los senadores, los patricios y los nobles.

ADRIANO ¡Hubo! ¿Ya terminaron entonces? Nuestro Estado no lo cree así; se halla en una intensa preparación bélica y espera caer sobre ellos en lo más álgido de su división.

NICANOR La llamarada más fuerte ya pasó, pero cualquier cosita puede encenderla de nuevo. Porque los nobles han tomado tan a pecho el destierro de ese valioso Coriolano, que están propensos a quitarle todo el poder al pueblo y arrancarle sus tribunos para siempre. Esto está ardiendo en el rescoldo, os lo aseguro, y está casi a punto de un estallido violento.

ADRIANO ¿Coriolano desterrado?

NICANOR Desterrado, señor.

ADRIANO Seréis bienvenido con esta información, Nicanor.

NICANOR Ahora es su gran oportunidad. He oído decir que el momento más propicio para corromper a una esposa es cuando ha tenido un disgusto con su marido. Vuestro noble Tulo Aufidio hará un buen papel en estas guerras, dado que su gran rival, Coriolano, no está siendo solicitado por su patria.

ADRIANO No le resta otra cosa. Soy sumamente afortunado de haberos encontrado así por casualidad. Habéis puesto fin a mi negocio y con gusto os acompañaré a casa.

NICANOR Entre esta hora y la cena os optaré las más extrañas cosas de Roma, que apuntan todas al bien de sus adversarios. ¿Decís que ya tenéis un ejército preparado?

ADRIANO Huy sí, uno estupendo: con los centuriones y sus tropas enrolados por separado y recibiendo su pago, y listos para ponerse en marcha con no más de una hora de anticipación.

NICANOR Me alegro de tener noticia de su presteza, y creo que yo soy el que va a ponerlos en acción. Así es que, señor, qué buen encuentro el vuestro, y me alegro mucho de vuestra compañía.

ADRIANO Me habéis quitado el trabajo de encima, señor; así es que yo tengo el mejor motivo para alegrarme de la vuestra.

NICANOR Bueno, pues vayamos juntos.

Salen .

ESCENA IV

Ancio, enfrente de la casa de Aufidio.

Entra CORIOLANO *con traje pobre, disfrazado*

y con el rostro cubierto .

CORIOLANO Hermosa ciudad es esta de Ancio.

Ciudad, yo fui el que hice a tus viudas.

Más de un heredero de estos bellos edificios

he oído yo quejarse y sucumbir

ante mis embates. Por lo tanto,

desconóceme; no sea que tus mujeres

con asadores y tus muchachos con piedras,

en mezquina batalla me den muerte.

Entra un CIUDADANO.

Dios os guarde, señor.

CIUDADANO Y a vos.

CORIOLANO Indicadme, si os place, dónde vive

el gran Aufidio. ¿Está hoy en Ancio?

CIUDADANO Así es, y festeja a los nobles

del Estado en su casa esta noche.

CORIOLANO Por favor,

¿cuál es su casa?

CIUDADANO Esta, la que tenéis delante.

CORIOLANO Gracias, señor. Adiós.

Sale el CIUDADANO.

¡Oh, mundo, tus traicioneras mudanzas!

Los amigos que acaban de jurarse

amistad constante, y cuyos dos pechos

no parecen tener sino un solo corazón,

y cuyas horas, cuya cama, cuya comida

y ejercicio transcurren siempre juntos,

unidos como quien dice en amor

inseparable, en una hora,

y por una bagatela, estallan

en la más acerba enemistad.

Así también los más encarnizados

enemigos,

cuyos ímpetus y maquinaciones

han interrumpido su sueño para atraparse

el uno al otro, por algún azar,

una vil triquiñuela que no vale un comino,

se convierten en amigos queridos

y entrelazan sus designios. Lo mismo haré yo:

aborrezco el lugar donde nací

y pongo mi amor en esta ciudad enemiga.

Entraré: si me mata, hará justicia;

si me acepta, serviré a su país.

Sale .

ESCENA V

Sala en casa de Aufidio. Música.

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE PRIMERO ¡Vino, vino, vino! ¡Qué servicio hay aquí! Creo que nuestros compañeros están dormidos.

Sale .

Entra un SIRVIENTE.

SIRVIENTE SEGUNDO ¿Dónde está Coto? Mi amo lo llama. ¡Coto!

Entra CORIOLANO.

CORIOLANO Buena casa: la fiesta huele bien, pero yo no me parezco a un invitado.

Entra el primer SIRVIENTE.

SIRVIENTE PRIMERO ¿Qué queréis, amigo? ¿De dónde sois? Aquí no hay lugar para vos: haced el favor de salir.

Sale .

CORIOLANO No merezco mejor trato al ser Coriolano.

Entra el segundo SIRVIENTE.

SIRVIENTE SEGUNDO ¿De dónde sois, señor? ¿Tiene el portero ojos en la cara, que deja entrar a tales individuos? Salid de aquí por favor.

CORIOLANO ¡Vete!

SIRVIENTE SEGUNDO ¿Vete? ¡Váyase usted!

CORIOLANO ¡Qué latoso eres!

SIRVIENTE SEGUNDO Y vos, ¡qué atrevido! Voy a traer quien hable con vos enseguida.

Entra un tercer SIRVIENTE.

Se encuentra con el primero .

SIRVIENTE TERCERO ¿Qué sujeto es este?

SIRVIENTE PRIMERO El tipo más extraño que haya yo visto jamás. No puedo sacarlo de la casa. Por favor llama a mi amo a que hable con él.

Se retira .

SIRVIENTE TERCERO ¿Qué tiene usted que hacer aquí, amigo? Por favor salga de casa.

CORIOLANO Permitidme quedarme solamente.

No haré daño a este hogar.

SIRVIENTE TERCERO ¿Qué sois?

CORIOLANO Un caballero.

SIRVIENTE TERCERO Extraordinariamente pobre.

CORIOLANO En efecto, eso soy.

SIRVIENTE TERCERO Por favor, pobre caballero, ocupad otro sitio. Aquí no hay lugar para vos; salid por favor. Andad.

CORIOLANO Cumple tu función, quítate y engorda con las sobras frías.

Le da un empujón .

SIRVIENTE TERCERO ¡Cómo! ¿No queréis? Por favor dile a mi amo qué invitado tan extraño tiene aquí.

SIRVIENTE SEGUNDO Claro que sí.

Sale .

SIRVIENTE TERCERO ¿Dónde vives?

CORIOLANO Bajo la bóveda.

SIRVIENTE TERCERO ¿Bajo la bóveda?

CORIOLANO Sí.

SIRVIENTE TERCERO ¿Dónde está eso?

CORIOLANO En la ciudad de los cuervos y los milanos.

SIRVIENTE TERCERO ¿En la ciudad de los cuervos y los milanos? ¡Qué asno es este! ¿Entonces vives también con las cornejas?

CORIOLANO No, yo no sirvo a tu amo.

SIRVIENTE TERCERO ¡Cómo, señor! ¿Os metéis con mi amo?

CORIOLANO Sí, es un servicio más honrado que meterme con tu ama. Hablas, hablas. Ocúpate de trinchar. ¡Vámonos!

Lo arroja a golpes. Sale el tercer SIRVIENTE.

Entra AUFIDIO *con el segundo* SIRVIENTE.

AUFIDIO ¿Dónde está ese individuo?

SIRVIENTE SEGUNDO Aquí, señor; ya lo habría echado a golpes como a un perro, de no haber temido perturbar a los señores que están ahí dentro.

Se retira .

AUFIDIO ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? ¿Tu nombre?

¿Por qué no hablas? Habla, hombre: ¿Cómo te llamas?

CORIOLANO (*Descubriéndose* .) Si Tulo, aún no me reconoces,

o si aun viéndome, no me tomas por quien soy,

la necesidad me obliga a decir mi nombre.

AUFIDIO ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLANO Un nombre poco musical

a los oídos volscos, y a los tuyos,

de sonido ingrato.

AUFIDIO Dime, pues, ¿cuál es tu nombre?

Tienes aspecto temible y tu rostro

lleva el sello de mando.

Aunque esté desgarrado tu velamen,

ostenta nobleza tu bajel. ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLANO Prepárate a fruncir el ceño. ¿Aún

no me conoces?

AUFIDIO No te conozco.

¿Tu nombre?

CORIOLANO Mi nombre es Cayo Marcio que te ha hecho

particularmente a ti, y a los volscos todos

mucho daño y perjuicio, como atestiguar puede

el sobrenombre que uso: Coriolano.

El penoso servicio, los peligros extremos

y las gotas de sangre

vertidas por mi ingrato país, no son pagadas

sino con este sobrenombre, buen memorial

y testimonio del odio y disgusto

que hacia mí debes sentir. Solo ese nombre resta.

La crueldad e inquina de la plebe,

toleradas por nuestros cobardes nobles, que

a una me abandonaron todos,

devoró lo demás y consintió

en que por voz de esclavos fuese yo echado a gritos

de Roma. Este extremo me ha traído a tu casa,

no con la esperanza, no (no me malinterpretes),

de salvar mi vida; porque si hubiese temido

la muerte, de cuantos hombres viven en el mundo
a ti sería al que más habría eludido;
sino por simple encono,
para hacer cabal desquite de aquellos
que me han desterrado, aparezco ante ti.
Por lo tanto, si abrigas entrañas de venganza
que quieran vindicar
tus agravios particulares y poner fin
a esas vergonzosas cicatrices que se ven
por todo tu país,
apresúrate, y pon mi desgracia
al servicio de tus propósitos. Empléala
de tal modo,
que mis vengativos servicios para ti sean
beneficios,
porque me propongo pelear contra
mi gangrenada patria con la furia
de todos los demonios infernales.
Mas si sucediere que no te atrevas
a hacer esto, y que ya estés cansado
de probar nueva fortuna, entonces
en una palabra, yo también estoy
fastidiado de vivir, y os ofrezco
mi garganta a ti y a tu antigua inquina;
no degollar la cual

probaría que eres un necio, puesto que siempre
te he perseguido con odio, y he derramado
mil toneles de sangre del pecho de tu patria,
por lo que no puedo sobrevivir
sino para tu vergüenza, a menos
que ello sea para servirte.
AUFIDIO ¡Oh, Marcio, Marcio!
Cada palabra que ahora has dicho ha arrancado
de mi corazón una raíz de antiguo odio.
Si Júpiter desde aquella nube profiriera
cosas divinas y dijese: «Eso es verdad»,
no le creería más
que ahora a ti, nobilísimo Marcio.
Permite que mis brazos rodeen ese cuerpo
contra el que mi veteada lanza veces ciento
se quebró despostillando a la luna
con sus astillas. Aquí abrazo el yunque
de mi espada,
y lucho con tanto ardor y nobleza
por tu amor,
como con brío ambicioso contendí
contra tu valor. Sábete primero que amaba
a la doncella con quien me casé;
jamás un hombre exhaló suspiros más sinceros;
pero ahora que te miro aquí, noble criatura,

mi corazón transportado palpita
con más fuerza que cuando vi a mi amada
convertida en mi esposa trasponer mis umbrales.
¡Pero tú, Marte! Te participo que tenemos
un ejército en pie,
y que de nuevo me había propuesto
arrancar a tajos el escudo de tu brazo
o perder el mío con ello. Doce diferentes
veces por completo me has vencido;
desde entonces, por la noche he soñado
en encuentros
entre tú y yo. En mi sueño juntos
hemos caído al suelo, quitándonos los cascos,
apretándonos las gargantas, y despertaba
medio muerto y sin nada.
Noble Marcio,
aunque no tuviéramos otra causa
de querella contra Roma, sino que de ahí
has sido desterrado,
nos levantaríamos todos, desde los doce
hasta los setenta, y derramando la guerra
en las entrañas de la ingrata Roma,
cual diluvio audaz la venceríamos.
Oh sí, ven, pasa, y estrecha las manos
de nuestros amistosos senadores,

que están aquí ahora despidiéndose de mí

que estoy preparado contra vuestros territorios,

aunque no exactamente contra Roma.

CORIOLANO ¡Me sois propicios, dioses!

AUFIDIO Por lo tanto, soberano señor,

si quieres dirigir la ejecución

de tus propias venganzas,

asume la mitad de mi mandato,

y establece conforme a tu experiencia,

puesto que bien conoces la fuerza y la flaqueza

de tu país, tus propios planes: si golpear

las puertas de Roma, o visitarlos

con rudeza en lugares remotos,

para asustarlos, antes de destruirlos.

Pero entra.

Voy a presentarte primero a aquellos

que habrán de dar el sí a tus deseos.

¡Mil bienvenidas! Y más como amigo

que como enemigo (¡vaya que sí lo fuiste, Marcio!).

¡Tu mano: y seas muy bienvenido!

Salen CORIOLANO *y* AUFIDIO*. Se adelantan los dos criados .*

CRIADO PRIMERO Aquí ha ocurrido un cambio extraño.

CRIADO SEGUNDO Por mi mano, me dieron ganas de haberle pegado con un garrote; y sin embargo, ya mi pensamiento me decía que sus ropas daban de él informes falsos.

CRIADO PRIMERO ¡Y qué brazo tiene! Me dio la vuelta con el dedo y el pulgar, como quien echa a bailar un trompo.

CRIADO SEGUNDO No, adiviné por su cara que había algo en él. Pensé que tenía, señor, una clase de cara que no sé cómo llamarla.

CRIADO PRIMERO Sí, tenía eso, que se veía como… que me ahorquen si no pensé que era más de lo que podía pensar.

CRIADO SEGUNDO Y yo también, lo juro. Simplemente es el hombre más raro del mundo.

CRIADO PRIMERO Ya lo creo, pero tú conoces un soldado más grande que él.

CRIADO SEGUNDO ¿Quién? ¿Mi amo?

CRIADO PRIMERO Cierto. Eso ni se discute.

CRIADO SEGUNDO Vale seis como él.

CRIADO PRIMERO Bueno, eso tampoco: pero lo considero el mejor soldado de los dos.

CRIADO SEGUNDO A fe mía, mira, no puede uno decir eso; para la defensa de una ciudad, nuestro general es excelente.

CRIADO PRIMERO Sí, y para un asalto también.

Entra el CRIADO TERCERO.

CRIADO TERCERO ¡Oh, esclavos! ¡Os puedo dar noticias, noticias, bribones!

CRIADOS PRIMERO Y SEGUNDO ¿Qué, qué, qué? ¡Dánoslas!

CRIADO TERCERO De entre todas las naciones, no querría yo ser romano; preferiría estar condenado.

CRIADOS PRIMERO Y SEGUNDO ¿Por qué? ¿Por qué?

CRIADO TERCERO Pues porque aquí está el que solía aporrear a nuestro general, Cayo Marcio.

CRIADO PRIMERO ¿Por qué dices «aporrear a nuestro general»?

CRIADO TERCERO No digo «aporrear a nuestro general»; pero siempre estuvo a la altura de él.

CRIADO SEGUNDO Vamos, somos compañeros y amigos: siempre fue mucho para él. Yo se lo he oído decir a él mismo.

CRIADO PRIMERO De hecho fue mucho para él, para decir la pura verdad. Delante de Corioles lo picoteó y lo dejó lleno de agujeros como carne lista para el carbón.

CRIADO SEGUNDO Y si hubiera sido dado al canibalismo, lo hubiera asado y se lo hubiera comido también.

CRIADO PRIMERO ¿Y qué más?

CRIADO TERCERO Pues que aquí dentro lo tienen en tanto, como si fuera hijo y heredero de Marte; lo sientan en la cabecera de la mesa; no se le hace ninguna pregunta por parte de cualquiera de los senadores, sin que ellos mantengan la calva descubierta delante de él. Nuestro mismo general lo trata como una querida, se santifica con su mano y levanta al cielo los ojos con sus discursos. Pero el fondo del asunto es que nuestro general ha quedado partido por en medio, y no es más que la mitad de lo que era ayer; porque el otro tiene la mitad, a solicitud y concesión de toda la mesa. Irá, dice, y jalará de las orejas al portero de Roma. Va a segarlo todo delante de él y a dejar limpio el paso.

CRIADO SEGUNDO Y tan capaz de hacerlo como cualquiera que me imagine.

CRIADO TERCERO ¿De hacerlo? Lo hará; porque vea usted, señor, tiene tantos amigos como enemigos; los cuales amigos, señor, como quien dice, no se atreven, vea usted, señor, a manifestarse, como quien dice, amigos suyos, mientras él esté en «directitud».

CRIADO PRIMERO ¡Directitud! ¿Qué es eso?

CRIADO TERCERO Pero cuando vean, señor, que levanta el penacho y que el hombre está lleno de vigor, saldrán de sus madrigueras como conejos después de llover, y le harán fiestas.

CRIADO PRIMERO ¿Pero cuándo empieza eso?

CRIADO TERCERO Pues mañana, hoy, ahora mismo; vais a oír batir el tambor esta tarde. Es como quien dice parte de la fiesta, y habrá de ejecutarse antes de que se limpien los labios.

CRIADO SEGUNDO Pues entonces tendremos el mundo revuelto otra vez. Esta paz no sirve para nada sino para enmohecer el hierro, multiplicar los sastres y producir compositores de baladas.

CRIADO PRIMERO A mí denme guerra, digo. Supera a la paz tanto como el día a la noche. Es animada, mete ruido y da mucho que hablar. La paz es una verdadera apoplejía, un letargo; embotada, sorda,

amodorrada, insensible, productora de más hijos bastardos de lo que es la guerra destructora de hombres.

CRIADO SEGUNDO Así es, y como la guerra en cierto modo puede llamarse raptora, no se puede negar que la paz es una gran fabricante de cornudos.

CRIADO PRIMERO Sí, y hace a los hombres odiarse unos a otros.

CRIADO TERCERO Con razón, porque entonces se necesitan menos unos a otros. La guerra a toda costa. Espero ver a los romanos valer tan poca cosa como los volscos. ¡Ya se están levantando, ya se están levantando!

CRIADOS PRIMERO Y SEGUNDO ¡Adentro, adentro, adentro, adentro!

Salen .

ESCENA VI

Roma. Una plaza pública.

Entran los tribunos .

SICINIO No oímos hablar de él, ni necesitamos temerlo;

sus remedios no sirven

en la paz y tranquilidad

actuales del pueblo, otrora tan febrilmente

agitado. Aquí es donde hacemos sonrojar

a sus amigos, porque el mundo marcha bien,

ya que, aunque ellos mismos tuvieron que sufrir,

preferirían que muchedumbres descontentas

obstruyeran las calles

antes que ver a nuestros artesanos

cantar en sus talleres y atender

alegremente sus ocupaciones.

BRUTO En buena hora estuvimos firmes.

Entra MENENIO.

¿Es este Menenio?

SICINIO Sí es, sí es.

Oh sí, últimamente se ha vuelto amabilísimo.

¡Salud, señor!

MENENIO ¡Salud a los dos!

SICINIO Pues no se echa de menos mayor cosa

a vuestro Coriolano,

a no ser por parte de sus amigos.

La república

se mantiene y se mantendrá igual

por mucho que le pese.

MENENIO Va bien todo, y mucho mejor iría

si hubiera contemporizado.

SICINIO ¿En dónde está,

habéis sabido?

MENENIO No, nada he sabido.

Su madre y su esposa nada han sabido de él.

Entran tres o cuatro ciudadanos .

TODOS ¡Que los dioses os guarden a los dos!

BRUTO Buenas tardes a todos, buenas tardes a todos.

CIUDADANO PRIMERO Nosotros, nuestras esposas e hijos,

de rodillas debemos de rogar

por vosotros dos.

SICINIO Vivid y prosperad.

BRUTO Adiós, buenos vecinos. Ojalá Coriolano

os hubiera querido cual nosotros.

TODOS ¡Que los dioses os guarden!

AMBOS TRIBUNOS Adiós, adiós.

Salen los ciudadanos .

SICINIO Estamos en un tiempo

más grato y venturoso que cuando esos sujetos

corrían por esas calles proclamando el caos.

BRUTO Cayo Marcio era un oficial valioso

en la guerra,

pero insolente, dominado por el orgullo,

más ambicioso de lo que se pueda pensar,

muy egoísta.

SICINIO Y aspirante a un poder supremo

sin participación.

MENENIO Yo no lo creo.

SICINIO Pues así lo habríamos comprobado

para desgracia de todos, si hubiera

resultado cónsul.

BRUTO Los dioses lo han impedido

y Roma permanece sana y salva sin él.

Entra un EDIL.

EDIL Honorables tribunos,

hay un esclavo a quien hemos puesto prisionero,

que informa que los volscos,

con dos fuerzas distintas,

han entrado por los territorios romanos,

y con el máximo furor guerrero

destruyen cuanto hallan a su paso.

MENENIO Es Aufidio,

el que, al saber del destierro de nuestro Marcio,

muestra otra vez al mundo sus cuernos,

que estaban enconchados cuando Marcio

defendía a Roma, y no osaban ni una vez

asomarse.

SICINIO Vamos, ¿para qué habláis de Marcio?

BRUTO Id y ved que azoten al que trae tales rumores.

No puede ser que los volscos se atrevan

a atacarnos.

MENENIO ¿Que no puede ser? Tenemos noticias

de que muy bien puede ser y tres ejemplos de ello

han acontecido en el transcurso de mi vida.

Pero averiguad

con el sujeto antes de castigarlo dónde

supo esto, no sea que os ocurra que azotéis

vuestra información, y que golpeéis

al mensajero que os advirtió ser cautelosos

ante lo que se debe temer.

SICINIO No me habléis de eso.

Sé que no puede ocurrir.

BRUTO No es posible.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Con mucha preocupación los nobles

se dirigen al Senado. Les llegan noticias

que alteran sus semblantes.

SICINIO Es culpa del esclavo:

azotadlo delante de la gente;

lo que anuncia, solo un rumor.

MENSAJERO Sí, señor, el rumor del esclavo se confirma,

y ha llegado otro más, más alarmante.

SICINIO ¿Más alarmante qué?

MENSAJERO Se dice abiertamente

por parte de muchos (qué tan probable sea

no lo sé)

que Marcio, unido con Aufidio, trae un ejército

contra Roma,

y jura una venganza tan completa,

como para incluir tanto la cosa

más reciente como la más antigua.

SICINIO ¡Es muy probable!

BRUTO Propalado solo

para que los más débiles puedan desear

que el buen Marcio regrese.

SICINIO ¡Así mismo es la cosa!

MENENIO Esto no es creíble:

él y Aufidio no pueden

conciliar sus absolutos extremos.

Entra un segundo MENSAJERO.

MENSAJERO SEGUNDO Se os llama del Senado.

Un temible ejército dirigido

por Cayo Marcio, aliado con Aufidio,

devasta nuestros territorios. Han arrasado,

consumido con fuego y saqueado todo

lo que han hallado en su camino.

Entra COMINIO.

COMINIO ¡Oh,

buena la habéis hecho!

MENENIO ¿Qué nuevas, qué nuevas hay?

COMINIO Habéis ayudado a ultrajar

a vuestras propias hijas,

y a que caigan derretidos los techos de plomo

fundido sobre vuestras cabezas; a mirar

deshonradas

a vuestras esposas en vuestras mismas narices.

MENENIO ¿Qué noticias, qué noticias?

COMINIO Vuestros templos quemados hasta los cimientos,

y esos vuestros privilegios en los que descansabais,

reducidos a un agujero de berbiquí.

MENENIO Por favor vuestras noticias ahorra.

Me temo que muy buena la habéis hecho.

¿Por favor las noticias?

Pues si Marcio se ha unido con los volscos…

COMINIO ¡Sí…!

Es su dios. Los conduce como un objeto

hecho por una deidad diferente

a la naturaleza,

que modelara mejor a los hombres;

y ellos unánimes lo siguen contra nosotros

estúpidos, con no menor confianza

que los muchachos cuando persiguen mariposas

veraniegas,

o los carniceros cuando matan a las moscas.

MENENIO ¡Buena labor habéis hecho vosotros

y vuestros hombres de mandil; vosotros,

que confiabais tanto en el voto de los obreros

y en la voz de los que mastican ajos!

COMINIO ¡Va a sacudir a Roma sobre vuestras orejas

como Hércules

la fruta madura! ¡Buena labor habéis hecho!

BRUTO ¿Mas es cierto esto, señor?

COMINIO Sí, palideceréis antes de oír otra cosa.

Las comarcas todas de buen grado se rebelan

y las que osan resistir son objeto de burla

por su valiente ignorancia

y perecen

en su lealtad estúpida. ¿Y quién
podrá culparlo? Vuestros enemigos
y los suyos
han descubierto algo en él.
MENENIO Pues estamos
todos perdidos, a menos que se compadezca
de nosotros este noble varón.
COMINIO ¿Y quién se lo rogará? Los tribunos
por vergüenza
no pueden hacerlo; el pueblo merece tanto
su compasión, como el lobo la de los pastores.
Por lo que hace
a sus mejores amigos, si dicen,
«sé bueno con Roma», le harían ruego
igual al de aquellos que merecieran
su odio, y que en ello
se mostraran como enemigos.
MENENIO ¡Cierto!
Si anduviera él poniéndole a mi casa
el hachón encendido
que habría de consumirla, no tendría yo
cara de decir: «¡Por favor, detente!».
¡Qué bien habéis embrollado las cosas,
vosotros y vuestras maniobras! ¡Bien
que habéis maniobrado!

COMINIO Habéis acarreado

tal pánico sobre Roma, que nunca

se sintió ella tan desvalida.

AMBOS TRIBUNOS No digáis

que nosotros lo acarreamos.

MENENIO ¡Cómo!

¿Fuimos nosotros? Nosotros lo amábamos,

pero como bestias y patricios pusilánimes,

cedimos ante vuestras muchedumbres

que lo abuchearon hasta sacarlo

de la ciudad.

COMINIO Me temo que tendrán

que rugir para que regrese a ella.

Tulo Aufidio,

segundo en renombre entre los hombres, obedece

sus indicaciones cual si fuera su oficial.

La desesperación

es la única política, fuerza y defensa

que Roma puede poner en obra contra ellos.

Entra un tropel de ciudadanos .

MENENIO Aquí vienen las muchedumbres.

¿Y está Aufidio con él?

Vosotros sois los que contaminabais

el aire lanzando vuestros gorros malolientes

y grasosos al abuchear ante el exilio

de Coriolano. Él avanza ahora,

y no habrá ni un cabello

de la cabeza de un soldado que no se vuelva

un látigo. A tantos mentecatos

como de entre vosotros lanzasteis vuestros gorros

al aire, os derribará, y recompensará.

No importaría que nos convirtiera

a todos en carbón:

lo hemos merecido.

CIUDADANOS Ciertamente;

hemos oído espantosas noticias.

CIUDADANO PRIMERO Por lo que a mí respecta, cuando dije destiérrenlo, dije que era una lástima.

CIUDADANO SEGUNDO Y yo lo mismo.

CIUDADANO TERCERO Y lo mismo yo; y a decir verdad, lo mismo muchos de nosotros. Lo que hicimos, lo hicimos buscando lo mejor, y aunque voluntariamente consentimos en su destierro, sin embargo fue contra nuestra voluntad.

COMINIO Muy buenos estáis con vuestros sufragios.

MENENIO Y buen trabajo habéis hecho, vosotros

y vuestra jauría. ¿Nos vamos al Capitolio?

COMINIO Ah, sí, ¿qué otra cosa?

Salen COMINIO *y* MENENIO.

SICINIO Ahora pues, maeses. Váyanse a casa;

no desmayen. Estos son de su partido

que vería con gusto ser verdad

aquello que pretenden temer. Váyanse a casa

y no muestren señales de temor.

CIUDADANO PRIMERO ¡Que los dioses sean buenos con nosotros! Vengan, maeses. Vámonos a casa. Yo siempre dije que estábamos equivocados cuando lo desterramos.

CIUDADANO SEGUNDO Lo mismo todos nosotros. Pero vengan, vámonos a casa.

Salen los ciudadanos .

BRUTO No me gustan estas nuevas.

SICINIO Ni a mí.

BRUTO Vamos al Capitolio.

La mitad de mi fortuna

con tal de probar que todo fue mentira.

SICINIO Vámonos, por favor.

Salen .

ESCENA VII

Campamento cerca de Roma. Entra AUFIDIO *con su* LUGARTENIENTE.

AUFIDIO ¿Que corren todavía

a unirse al romano?

LUGARTENIENTE No sé qué magia tendrá, pero

vuestros soldados lo emplean como bendición

antes de la comida;

su plática a la hora de la mesa

y su acción de gracias al final;

y vos, señor, quedáis oscurecido por ello,

incluso entre los vuestros.

AUFIDIO No puedo evitarlo ahora, a menos

que, por usar los medios para ello,
deje cojo el pie de nuestro proyecto.
Se maneja con mayor arrogancia
aún con mi persona, de lo que esperé que haría
cuando lo recibí.
Con todo, su naturaleza en eso
no es variable,
y excusar debo lo que no puede remediarse.
LUGARTENIENTE Sin embargo, señor,
por lo que a vos respecta,
(me refiero a lo particular) quisiera yo
que no hubierais compartido con él
el mando, y que, o bien
hubierais tomado por cuenta vuestra
la acción, o bien se la hubierais dejado
a él solo.
AUFIDIO Ya te entiendo; y puedes estar cierto
de que, cuando venga a rendir sus cuentas,
no sabe lo que puedo alegar en contra suya.
Aunque parezca, y así él lo juzgue,
y no sea ello menos aparente
a los ojos del vulgo,
que todo lo hace con limpieza, y que demuestra
buen manejo
en lo que toca a nuestro Estado volsco;

que pelea cual dragón y que vence
tan pronto saca espada, sin embargo,
ha dejado de hacer una cosa que le hará
romperse la cabeza, o pondrá
en riesgo la mía cuando lleguemos
a rendir cuentas.
LUGARTENIENTE Decidme, os ruego, señor,
¿creéis que se apoderará de Roma?
AUFIDIO Todas las plazas se le rinden antes
de que les ponga sitio,
y los nobles de Roma están con él.
Los senadores y patricios también lo quieren;
los tribunos no son militares, y su gente
tan precipitada será para perdonarlo,
como fue apresurada
para expulsarlo de ahí. Creo que será
para Roma como el quebrantahuesos
para el pez,
que lo aprisiona por soberanía
de la naturaleza.
Primero fue para ellos un servidor fiel,
pero no pudo llevar sus honores
con ecuanimidad, bien haya sido
por orgullo,
que como consecuencia del éxito continuo,

siempre daña al hombre afortunado,
bien por falta de juicio en el aprovechamiento
de las ocasiones de que era dueño;
o bien por su naturaleza, el no ser más
que una sola cosa, sin moverse
del casco a la investidura, sino disponiendo
la paz con la misma rudeza y garbo
con que administraba la guerra. Solo uno de estos
(aunque tenía condimentos de todos ellos,
no todos ni enteros, porque hasta ahí
me atrevo a absolverlo), lo hicieron temer, odiar,
y por consiguiente desterrar. Pero posee
un mérito que acalla todo esto al expresarlo.
Así es como nuestras virtudes dependen
del juicio del momento, y el poder
que se recomienda a sí mismo no encuentra tumba
tan evidente como la tribuna
en que exalta sus hazañas. Un fuego
ahuyenta a otro fuego; un clavo saca otro clavo;
los derechos sucumben ante otros derechos;
la fuerza ante la fuerza se desploma.
Ven, vámonos de aquí.
Cayo, cuando ya sea tuya Roma,
tú serás el más mísero de todos.
Pronto entonces yo me adueñaré de tu persona.

Salen .

QUINTO ACTO

ESCENA I

Roma. Plaza pública.

Entran MENENIO*,* COMINIO*,* SICINIO*,* BRUTO *y otros* .

MENENIO No, yo no iré. Ya oísteis lo que le ha respondido
al que antes fue su general, que lo amaba
con especial afecto.
Me llamaba padre, ¿pero de qué sirve eso?
Id vosotros
que lo desterrasteis. Caed de hinojos
una milla
antes de llegar a su tienda, y aproximaos
a implorar clemencia. No; si oyó de mala gana
hablar a Cominio, yo mejor me quedo en casa.
COMINIO Hizo como si no me conociera.
MENENIO ¿Lo oís?
COMINIO Con todo, me llamó
una vez por mi nombre.
Le recordé nuestra vieja amistad
y la sangre que juntos
hemos derramado. A «Coriolano»
no quiso responder;
prohibió todos los nombres.

Es una especie de nada, sin título,

hasta no forjarse un nombre ígneo

después de incendiar a Roma.

MENENIO ¡Vaya que habéis hecho

un buen trabajo!

¡Un par de tribunos que han demolido

a Roma para que se abarate el carbón!

¡Noble recuerdo!

COMINIO Le recordé que era propio

de reyes perdonar cuando menos se esperaba.

Replicó que era petición vacía

de parte de un Estado

hacia aquel que había soportado su condena.

MENENIO Muy bien. ¿Podría acaso decir menos?

COMINIO Me atreví a despertar su estimación

hacia sus amigos íntimos. Me respondió

que no podía esperar a entresacarlos

de entre la paja infecta y podrida.

Dijo que sería tontera por uno o dos

pobres granos, dejarla sin quemar

y permitir que siguiera ofendiendo el olfato.

MENENIO ¿Por uno o dos pobres granos? Yo soy uno de ellos.

Su madre, su esposa e hijo y este bravo amigo

también. Nosotros somos esos granos;

vosotros, la paja infecta que hedéis

más allá de la luna.

Debemos ser quemados a causa de vosotros.

SICINIO No, por favor, no perdáis la calma. Si rehusáis

ayudar en este desastre sin precedentes,

no nos echéis en cara

nuestra aflicción. A buen seguro, si os ofrecéis

a interceder por vuestra pobre patria,

vuestra lengua elocuente,

más que el ejército que en un instante

podamos armar, puede detener

a nuestro compatriota.

MENENIO No, yo no mediaré.

SICINIO Por favor, id a verlo.

MENENIO ¿Qué debo hacer?

BRUTO Ensayad únicamente

lo que pueda influir vuestra amistad cerca de Marcio

en bien de Roma.

MENENIO Bueno, y supongamos

que Marcio me despacha

como despachó a Cominio, sin querer oírme.

¿Entonces qué? ¿Regresar

como amigo rechazado, herido

en el corazón por su indiferencia?

Digamos que así sea…

SICINIO Entonces vuestra buena voluntad

merecerá la gratitud de Roma

en la medida que tuvisteis buena intención.

MENENIO Voy a intentarlo. Creo que me oirá.

Con todo,

ese labio mordido y ese «hum»

para el buen Cominio mucho me descorazonan.

No se le ha entrevistado en buen momento;

no había comido. Y es que cuando nuestras venas

no se han llenado, se enfría la sangre,

y entonces nos enfurruñamos en la mañana

y no somos capaces de dar o perdonar;

pero cuando hemos abarrotado estos tubos,

y esos vehículos de nuestra sangre

con vino y alimento,

tenemos el alma más obsequiosa

que cuando ayunamos como sacerdotes.

Por lo tanto lo estaré espiando hasta que esté

alimentado de acuerdo a mi requerimiento,

y lo abordaré entonces.

BRUTO Vos conocéis el camino que lleva

a su benevolencia, y no podréis perderos.

MENENIO A fe mía, lo pondré a prueba, pase

lo que pase, y antes de mucho tiempo

sabré a qué atenerme.

Sale .

COMINIO No lo escuchará jamás.

SICINIO ¿No?

COMINIO Os digo

que está sentado en un sitial de oro,

los ojos enrojecidos como si quisiera

incendiar a Roma, y su resentimiento es

como el carcelero de su piedad.

Me arrodillé ante él,

y en tono apenas audible me dijo:

«Levántate», y así me despidió

con un ademán mudo de su mano.

Por escrito lo que pensaba hacer

lo mandó decir después, y también,

lo que no haría, estando ya comprometido

a sus condiciones. Así es que toda esperanza

es vana, si no es por su noble madre

y su mujer, quienes, según he oído,

intentan implorar clemencia para su patria.

Por consiguiente vámonos de aquí,

y con nuestros corteses ruegos apresurémoslas.

Salen .

ESCENA II

El campamento volsco delante de Roma .

Centinelas en sus puestos. Entra MENENIO.

CENTINELA PRIMERO ¿De dónde sois?

CENTINELA SEGUNDO ¡Alto, media vuelta atrás!

MENENIO Vigiláis como hombres; está bien.

Mas, con vuestro permiso, soy magistrado público,

y vengo a hablar con Coriolano.

CENTINELA PRIMERO ¿De dónde?

MENENIO De Roma.

CENTINELA PRIMERO No podéis avanzar; debéis volveros:

nuestro general no quiere oír nada de allá.

CENTINELA SEGUNDO Veréis vuestra Roma abrasada en llamas antes de que os entrevistéis con Coriolano.

MENENIO Buenos amigos míos,

si habéis oído a vuestro general

platicar de Roma y de sus amigos ahí,

apuesto de seguro que mi nombre

ha llegado ya a vuestros oídos. Es Menenio.

CENTINELA PRIMERO Aun cuando sea así, retiraos.

La virtud de vuestro nombre no es válida aquí.

MENENIO Te digo, camarada,

que tu general es amigo mío. He sido

el libro de sus buenas acciones en las cuales

los hombres han leído su fama incomparable,

agrandada aun, si cabe, pues yo

siempre he brindado apoyo a mis amigos,

entre los cuales él

es el más importante, con toda la amplitud

que puede permitir

la verdad sin deterioro. No solo,

sino que a veces, como bolo en piso

resbaloso,

he caído más allá de la meta,

y en alabanza suya,

casi he dado sello de verdad a la falsía.

Por tanto, camarada,

debo tener permiso de pasar.

CENTINELA PRIMERO A fe mía, señor, si habéis dicho tantas mentiras a su favor, como habéis proferido palabras en el vuestro, no debéis pasar de aquí; no, aunque fuera tan virtuoso mentir como es virtuoso vivir castamente. Por lo tanto, retiraos.

MENENIO Te ruego, camarada, que recuerdes que mi nombre es Menenio, siempre partidario del bando de vuestro general.

CENTINELA SEGUNDO Pues aunque hayáis sido su embustero, como decís haberlo sido, yo soy uno que, diciendo la verdad bajo sus órdenes, debo decir que no podéis pasar. Por lo tanto retiraos.

MENENIO ¿Puedes decirme si ya comió? Porque yo no querría hablar con él hasta después de la comida.

CENTINELA PRIMERO ¿Sois romano, verdad?

MENENIO Sí, lo mismo que tu general.

CENTINELA PRIMERO Entonces debéis aborrecer a Roma igual que él. ¿Podéis esperar, después de haber echado fuera de vuestras puertas a su verdadero defensor, y en un arrebato de ignorancia popular entregado a vuestro enemigo vuestro escudo, hacer frente a sus venganzas con los fáciles lamentos de las viejas, las manos virginales de vuestras hijas, o con la temblorosa intercesión de un viejo chocho como el que parecéis ser? ¿Podéis pensar en apagar el próximo incendio en que vuestra ciudad está a punto de abrasarse, con un soplo tan débil como este? No, estáis engañado; por tanto regresad a Roma y preparaos para vuestra ejecución. Estáis condenados; nuestro general ha jurado dejaros fuera de todo alivio y perdón.

MENENIO Villano, si tu capitán supiera que yo estoy aquí, me trataría con miramiento.

CENTINELA PRIMERO Bah, mi capitán no os conoce.

MENENIO Quiero decir tu general.

CENTINELA PRIMERO Mi general no se preocupa de vos. Atrás, os digo; andad, no sea que os saque vuestra media pinta de sangre. ¡Atrás! Es lo más que podéis obtener. ¡Atrás!

MENENIO No camarada, camarada…

Entra CORIOLANO *con* AUFIDIO.

CORIOLANO ¿Qué sucede?

MENENIO Ahora, tú, compañero, voy a dar el recado a cuenta tuya; ahora sabrás la estima en que se me tiene. Ahora verás que un Juan Lanas de centinela no puede tener poder para prohibirme el acceso a mi hijo Coriolano. Nada más imagina por mi trato con él si no estás en peligro de ser ahorcado, o de alguna muerte más larga de contemplar y más cruel de sufrir. Mira ahora lo que va a pasar y desmáyate por lo que va a sucederte.

(*A* CORIOLANO.) ¡Que los gloriosos dioses celebren perpetuamente consejo para tu bienestar personal y que no te amen menos de lo que te ama tu viejo padre Menenio! Oh, hijo mío, hijo mío, estás preparando fuego contra nosotros. Mira, aquí hay agua para apagarlo. Casi no me sentía movido a venir a ti, pero como me han asegurado que nadie sino yo podía conmoverte, he sido empujado fuera de tus puertas con suspiros, y te conjuro que perdones a Roma y a tus suplicantes paisanos. Que los buenos dioses aplaquen tu cólera, y vuelvan lo que reste de ella contra este criado; este que, como tarugo, me ha negado acceso a ti.

CORIOLANO ¡Fuera!

MENENIO ¡Cómo! ¿Fuera?

CORIOLANO Esposa, madre, hijo no conozco.

Mis negocios se hallan al servicio de otros.

Aunque soy el dueño personal de mi venganza,

mi perdón radica en pechos volscos.

La intimidad que tuvimos el olvido ingrato

la emponzoñará, sin que la compasión sienta

cuánta fue.

Por tanto márchate. Más duros son mis oídos

a tus peticiones que vuestras puertas

contra mis embates. Ello no obstante,

toma contigo esto;

lo escribí por ti, y lo habría enviado.

Le da una carta .

Otra palabra, Menenio, no te oiré decir.

Aufidio, este hombre

era bien querido por mí en Roma:

sin embargo, ya ves.

AUFIDIO Mantienes el ánimo constante.

Salen CORIOLANO *y* AUFIDIO.

Quedan solos la guardia y MENENIO.

CENTINELA PRIMERO Y ahora, señor, ¿es vuestro nombre Menenio?

CENTINELA SEGUNDO Ya veis que es un conjuro con mucha fuerza. Ya sabéis el camino a casa de regreso.

CENTINELA PRIMERO ¿Ya veis cómo nos han regañado por ningunear vuestra grandeza?

CENTINELA SEGUNDO ¿Qué motivo creéis que tenga yo para desmayarme?

MENENIO A mí no me importan ni el mundo ni vuestro general. Con objetos como vosotros, apenas puedo pensar que exista alguno. ¡Sois tan despreciables! El que desea la muerte por su propia mano, no la teme de otro. Dejad que vuestro general haga lo peor. En cuanto a vosotros, sed lo que sois por mucho tiempo; ¡y que vuestra miseria aumente con la edad! Os digo a vosotros lo que a mí me dijeron: ¡Fuera!

Sale .

ESCENA III

La tienda de Coriolano.

Entran CORIOLANO *y* AUFIDIO *con otros* .

CORIOLANO Mañana plantaremos nuestro ejército

delante de las murallas de Roma.

Tú, que en esta campaña eres mi socio,

debes decir a los señores volscos

con cuánta franqueza he dirigido

este asunto.

AUFIDIO Sí, solo sus propósitos

has tenido en cuenta, cerrados los oídos

a la súplica universal de Roma,

sin admitir jamás

ninguna insinuación secreta, no,

ni de aquellos amigos que creían

estar seguros de ti.

CORIOLANO Este último viejo,

que despaché con el corazón partido a Roma,

me amaba más que un padre;

a decir verdad, me divinizaba.

Mandármelo fue el último recurso que tuvieron,

y por su antiguo afecto,

aunque me he mostrado agrio con él,

de nuevo he vuelto a ofrecer las primeras

condiciones, que rechazaron antes,

y que no pueden aceptar ahora;

solo para honrarlo a él que creía

poder hacer más, he cedido un poco.

Ni a embajadas de Estado

ni a amigos particulares, de ahora en más

les prestaré oídos.

Gritos fuera .

¿Pero qué voz es esta?

¿Acaso me sentiré tentado a quebrantar

mi juramento en el instante mismo

en que lo hago? No, de ningún modo.

Entran VIRGILIA, VOLUMNIA, VALERIA, *el* JOVEN MARCIO *y acompañantes* .

Mi esposa viene por delante; luego,

el honorable molde

en el cual este tronco fue formado;

y de su mano el nieto de su sangre.

¡Mas fuera afecto! ¡Rompe todo lazo

y privilegio de natura! Deja

hoy que sea virtud ser obstinado.

¿Cuánto vale esa actitud suplicante?

¿O esos ojos de paloma que a los dioses

pueden volver perjuros? Me derrito

y no soy de barro más resistente que otros.

Mi madre se inclina, cual si el Olimpo

ante una colina suplicante se doblara;

y mi vástago trae una cara de intercesión

que la naturaleza poderosa

a gritos me ordena no desoír.

Que los volscos

aren Roma y devasten Italia:

no seré yo tan ganso que obedezca el instinto,

sino que me mantendré cual si un hombre fuera

el autor de sí mismo

y no conociera otros parientes.

VIRGILIA ¡Señor y esposo mío!

CORIOLANO Estos ojos

ya no son los que tenía yo en Roma.

VIRGILIA El dolor

que así ante vos nos muestra tan cambiadas,

os hace pensar eso.

CORIOLANO Como actor bobo, he olvidado ahora

mi papel

y pierdo el hilo, hasta hacer el más espantoso

ridículo. Oh, carne de mi carne,

perdona mi crueldad, pero no digas

que por esa razón perdone a Roma.

¡Ay, un beso

largo como mi exilio, dulce cual mi venganza!

Pues por la celosa reina del cielo,

ese beso me traje de ti, querida, y mi labio fiel

virginalmente lo ha conservado desde entonces.

¡Oh, dioses! Hablo como charlatán

y a la más noble madre de este mundo

dejo de saludar. ¡Húndete rodilla mía

en el suelo!

Se arrodilla .

Muestra más la huella de tu indeleble deber

que la de otros hijos.

VOLUMNIA ¡Levántate, bendito!

Mientras que sin almohadón más suave

que el pedernal ante ti me arrodillo,

e indebidamente manifiesto mi respeto

tal como este todo el tiempo se ha confundido

entre madre e hijo…

Se arrodilla .

CORIOLANO ¿Qué es esto? ¿Tus rodillas ante mí?

¿Ante el hijo regañado? ¡Oh, dejad entonces

que las piedrecillas de la hambrienta playa toquen

el cielo! ¡Dejad entonces que el viento

amotinado golpee los altivos cedros

contra el ardiente sol,

asesinando al imposible para hacer,

lo que no puede ser, trabajo fácil!

VOLUMNIA Tú eres mi guerrero;

yo ayudé a formarte. ¿No conoces a esta dama?

CORIOLANO La noble hermana de Publícola,

la luna de Roma, casta como el carámbano

que la escarcha cuaja de la nieve más pura,

y que cuelga

en el templo de Diana, ¡Querida Valeria!

VOLUMNIA (*Mostrando al* JOVEN MARCIO.) Este es un pobre compendio tuyo,

que con la interpretación madura de los años

podrá aparecer como tú, todo entero.

CORIOLANO (*A su hijo* .) ¡Que el dios de los guerreros

con cabal consentimiento del supremo Júpiter,

llene tus pensamientos de nobleza,

a fin de que puedas mostrarte invulnerable

al deshonor,

y mantenerte firme en la guerra,

como una gran boya en el mar que aguanta

todos los ventarrones y que salva

a los que la miran!

VOLUMNIA Arrodíllate muchacho.

CORIOLANO ¡Ese es mi muchacho valiente!

VOLUMNIA Pues él mismo,

tu esposa, esta dama y yo venimos

a suplicarte…

CORIOLANO ¡Os lo ruego, calma!

O si insistís en pedir, recordad antes esto:
aquello que he jurado
no conceder, no deberá jamás
ser tomado por vosotros como negativa.
No me ordenéis retirar mis soldados
o capitular otra vez con los artesanos
de Roma. No me digáis que parezco
desnaturalizado. No queráis
mitigar mis cóleras y venganzas
con vuestras frías razones.
VOLUMNIA ¡Oh, basta, ya basta!
Nos has dicho que no vas a concedernos nada:
pues ya no tenemos otra cosa que pedirte
sino la que has negado. Sin embargo,
pediremos, para que si no atiendes
nuestra petición, la culpa pueda recaer
en tu dureza. Por tanto, escúchanos.
CORIOLANO Aufidio, y vosotros, volscos, oíd:
porque en privado no queremos saber de Roma
nada. ¿Vuestra petición?
VOLUMNIA Si no habláramos
y permaneciéramos silenciosas,
nuestros vestidos y el estado de nuestros cuerpos
revelarían la vida que hemos llevado
desde tu exilio. Reflexiona contigo mismo

cuánto más infelices que todas las mujeres
vivientes hoy hemos venido aquí;
puesto que tu vista que debería
hacer que nuestros ojos
lloraran de júbilo, y nuestros corazones
bailaran de contento, nos constriñe
a llorar y a estremecernos de miedo
y de dolor, haciendo que la madre,
la esposa y el hijo, vean al hijo,
al esposo y al padre, desgarrando
las entrañas de su patria. Y para nosotros,
pobres, tu odio es funesto, pues nos impide
implorar a los dioses, lo cual es un alivio
del que todos disfrutan a excepción de nosotros;
porque ¿cómo podemos, ay, cómo podemos
por nuestra patria orar,
a la cual estamos ligados junto
con tu victoria, a la cual estamos ligados?
O deberemos, ay, perder la patria,
nuestra amada nodriza,
o perderte a ti, nuestro consuelo en la patria.
Debemos arrostrar
una desgracia manifiesta, aunque se cumpla
nuestro deseo, y sea quien fuere
el que triunfe.

Porque o deberás tú como extranjero
ser conducido en cadenas
a través de nuestras calles, o de lo contrario,
desfilar triunfante sobre las ruinas
de tu patria y llevarte la palma
de haber valientemente derramado
la sangre de tu esposa y de tus hijos.
En cuanto a mí, oh hijo,
me propongo no aguardar la fortuna
hasta que terminen estas guerras.
Si no puedo persuadirte de que más bien muestres
un noble perdón a las dos partes, en lugar
de procurar el fin de una, no marcharás
tan presto al asalto de tu patria que a pisar,
no lo dudes ni un punto,
el vientre de la madre que te trajo a este mundo.
VIRGILIA Sí, y el mío,
que te dio este hijo para conservar tu nombre
vivo a través del tiempo.
JOVEN MARCIO A mí
no me pisará. Me escaparé hasta que sea
más grande; y lucharé entonces.
CORIOLANO Para evitar ternuras de mujer,
su cara y la del niño no hay que ver.
He estado aquí ya demasiado tiempo.

Se levanta .

VOLUMNIA No, no te alejes así de nosotros.

Si fuera de tal modo

que nuestra petición tuviera por objeto

salvar a los romanos

destruyendo así a los volscos a quienes sirves,

podrías condenarnos

como venenosas a tu honor. Pero

no, nuestra petición

es que los reconcilies: en tanto que los volscos

puedan decir «Tal clemencia hemos demostrado»,

los romanos, «Tal hemos recibido»,

y que cada cual respectivamente

te aclame gritando: «¡Bendito seas

por lograr la paz!». Bien sabes, ilustre hijo mío,

que el fin de la guerra es incierto; pero una cosa

es cierta, que si conquistas a Roma,

el beneficio que por ello recogerás

habrá de ser un nombre cuya repetición

será acompañada de maldiciones

y reseñada en las crónicas de este modo:

«Era noble el hombre, mas en su última empresa,

lo borró todo; destruyó su patria y su nombre

permanece odioso para la edad

futura». Háblame, hijo mío. Has aspirado

a las perfecciones del honor para imitar
las gracias de los dioses,
rasgar con truenos las amplias mejillas
del aire, y sin embargo, descargar tu rayo
sulfuroso sobre una simple encina.
¿Por qué no hablas? ¿Piensas
que sea honroso para un hombre noble
recordar para siempre los agravios?
Hija: háblale tú.
No le importa mi llanto.
Habla tú, niño. Acaso tu infancia
lo conmueva mejor de lo que puedan
hacerlo nuestras razones. No hay hombre en el mundo
que esté más obligado con su madre;
y sin embargo me deja hablar sola
como si estuviera en los cepos. Nunca en la vida
has tenido con tu querida madre
ninguna atención, cuando ella, pobre gallina,
no deseando una segunda cría,
con sus cloqueos te empujaba a los combates
y te recibía de regreso salvo en casa
rebosante de honores.
Di que mi petición es injusta y recházame,
mas si no fuere así,
es que no eres sincero, y los dioses

te castigarán por haberme escatimado
la obediencia que en derecho a una madre
le corresponde… Se aparta. Señoras,
de rodillas:
avergoncémoslo con nuestras genuflexiones;
más orgullo tiene su nombre de Coriolano
que poder nuestras súplicas
para conmoverlo. De rodillas. Se acabó.
Esto es lo último. Por tanto nos volveremos
a Roma y moriremos entre nuestros vecinos.
Vamos, míranos.
Este niño que no puede expresar
lo que desea, pero que se hinca
y tiende las manos para solidarizarse,
razona con mayor fuerza nuestra petición
de la que tú tienes para negársela…
Venid, vámonos de aquí. Este hombre
tuvo una volsca por madre. Su esposa
está en Corioles, y su hijo se le parece
por casualidad. No obstante, despídenos.
Me quedaré en silencio
hasta que nuestra ciudad esté envuelta
en llamas, y entonces hablaré un poco.
CORIOLANO (*Estrecha en silencio la mano de ella* .)
¡Oh, madre, madre! ¿Qué habéis hecho? Mirad, los cielos

se abren; los dioses miran abajo

y se ríen de esta escena antinatural.

¡Oh, madre mía, madre,

oh! Habéis conquistado para Roma

una feliz victoria; mas para vuestro hijo,

creedlo, oh, creedlo,

en forma demasiado peligrosa,

si no mortal de plano, habéis prevalecido.

Mas venga lo que viniere. Aufidio,

aunque no puedo cumplir en la guerra,

forjaré una paz conveniente. Ahora, Aufidio,

¿si estuvieras tú en mi lugar, le habrías

puesto a una madre menos atención?

¿O concedídole menos, Aufidio?

AUFIDIO Me he sentido conmovido ante ello.

CORIOLANO Me atrevo

a jurar que sí. Ved, señor: no es tan poca cosa

hacer que viertan compasión mis ojos.

Pero, mi buen señor, aconsejadme,

qué paz queréis hacer.

Por mi parte,

no iré a Roma; regresaré con vos;

y os lo suplico, respaldadme en esta causa.

¡Oh, madre! ¡Oh, esposa!

AUFIDIO (*Aparte* .)

¡Cuánto me alegro de que hayas hecho en tu interior

esa distinción entre tu clemencia

y tu honor.

Con eso recobraré la fortuna que tenía.

CORIOLANO (*A* VOLUMNIA *y* VIRGILIA.)

Sí, hasta pronto; beberemos juntos;

y vosotras de regreso seréis

mejores testigos que las palabras

de un tratado que en condiciones igualitarias

haremos contrasellar por una y otra parte.

Vamos, entrad con nosotros. Señoras,

bien merecéis que se os erija un templo.

Todas las espadas de Italia juntas

con sus armas

confederadas no habrían podido

lograr esta paz.

Salen .

ESCENA IV

Roma. Una plaza pública .

Entran MENENIO *y* SICINIO.

MENENIO ¿Veis aquella esquina del Capitolio, aquella piedra angular?

SICINIO Sí, ¿qué tiene?

MENENIO Si fuera posible que la sacarais de lugar con vuestro dedo meñique, habría alguna esperanza de que las señoras romanas, especialmente su madre, pudieran convencerlo. Pero yo digo que no hay esperanza de ello; nuestras gargantas están condenadas y aguardan la ejecución.

SICINIO ¿Es posible que un poco de tiempo pueda hacer cambiar los sentimientos de un individuo?

MENENIO Hay diferencia entre una oruga y una mariposa; sin embargo, la mariposa primero fue oruga. Este Marcio, de hombre ha llegado a convertirse en dragón: tiene alas; es más que un ser rampante.

SICINIO Amaba tiernamente a su madre.

MENENIO Lo mismo a mí; pero ahora ya no se acuerda mejor de su madre que un caballo de ocho años de la suya. La aspereza de su fisonomía vuelve agrias hasta a las uvas maduras. Cuando camina, se mueve como una máquina y el suelo se encoge bajo su paso. Es capaz de agujerear un corsé con su mirada, habla como si fuera toque mortuorio y su «hum» es un ariete. Está sentado con tanta majestad como si fuera un Alejandro y lo que manda ejecutar queda terminado con solo su mandato. No le falta para ser dios más que la eternidad y un cielo para servirle de trono.

SICINIO Sí, la clemencia, si vuestra descripción es fiel.

MENENIO Lo pinto tal como es. Prestad atención a la clemencia que su madre va a traernos de parte suya. No existe más clemencia en él que leche en un tigre macho; ya lo verá nuestra pobre ciudad; y todo es obra vuestra.

SICINIO ¡Que los dioses sean buenos con nosotros!

MENENIO No, en este caso los dioses no serán buenos con nosotros. Cuando lo desterramos, no les tuvimos respeto, y al regresar él a retorcernos el cuello, ellos no nos respetarán.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO Señor, si queréis salvar vuestra vida,

huid a vuestra casa.

Los plebeyos se han apoderado del tribuno,

vuestro compañero. Lo traen de aquí para allá,

jurando a una, que si las señoras romanas

no nos dan alivio,

harán que perezca con muerte lenta.

Entra un segundo MENSAJERO.

SICINIO ¿Qué noticias traes?

MENSAJERO SEGUNDO ¡Buenas noticias!

¡Buenas noticias! Las damas han prevalecido.

Los volscos se retiran y se va

Marcio. Día más feliz no ha visto nunca Roma,

no, ni aun el día de la expulsión de los Tarquinos.

SICINIO Amigo, ¿estás seguro que sea esto cierto?

¿De veras?

MENSAJERO SEGUNDO Tan cierto como sé que el sol es fuego.

¿En dónde habéis estado escondido que dudáis

de ello? Nunca bajo un arco se lanzó así

la marea henchida como los reconfortados

por las puertas.

¡Pero escuchad! ¡Las trompetas, salterios,

sacabuches y pífanos,

tamboriles y címbalos y los clamorosos

romanos hacen danzar el sol! ¡Escuchadlos!

Gritos dentro .

MENENIO ¡Qué buena noticia! Iré al encuentro

de las damas. Esta Volumnia vale

una ciudad entera de cónsules, patricios,

senadores; mar y tierra enteros

de tribunos iguales a vosotros.

Muy bien habéis orado hoy. Ni un céntimo

habría yo ofrecido esta mañana

por diez mil de vuestras gargantas. ¡Oíd no más

cómo se regocijan!

Aplausos y música .

SICINIO Ante todo,

que los dioses te bendigan por estas noticias;

luego acepta mi reconocimiento.

MENSAJERO SEGUNDO Señor, todos tenemos

grandes motivos para estar muy agradecidos.

SICINIO ¿Ya están cerca de la ciudad?

MENSAJERO SEGUNDO A punto de entrar.

SICINIO Iremos a su encuentro

para que aumente el regocijo.

Salen .

ESCENA V

Entran dos senadores y cruzan el escenario con VOLUMNIA*,* VIRGILIA*,* VALERIA *y otros patricios* .

SENADOR PRIMERO Mirad a nuestra patrona, la que nos da vida.

Convocad ya a todas vuestras tribus,

y alabad a los dioses

y haced fogatas en señal de triunfo.

Esparcid flores ante ellas y revocad

el escándalo que desterró a Marcio;

hacedlo volver con la bienvenida

de su madre. Gritad:

¡Bienvenidas, señoras, bienvenidas!

TODOS ¡Bienvenidas, señoras!

¡Bienvenidas!

Salen .

ESCENA VI

Ancio. Plaza pública.

Entra Tulo AUFIDIO *y algunos acompañantes* .

AUFIDIO Id a informar a los señores de la ciudad

que estoy aquí. Entregadles este documento.

Cuando lo hayan leído,

rogadles que acudan al mercado, donde yo,

inclusive ante sus propios oídos,

y ante los de los comunes, certificaré

que es auténtico.

El que acuso según esto ha pasado

las puertas de la ciudad, y pretende

presentarse ante el pueblo, esperando

con palabras quedar limpio. Partid.

Salen los acompañantes .

Entran tres o cuatro conspiradores del partido de Aufidio .

Muy bienvenidos.

CONSPIRADOR PRIMERO ¿Cómo está mi general?

AUFIDIO Como alguien

con su propia limosna

envenenado, y muerto con su caridad.

CONSPIRADOR SEGUNDO

Nobilísimo señor, si os mantenéis bien firme
en el mismo proyecto
del cual quisisteis que fuéramos participantes,
os quitaremos de encima vuestro gran peligro.
AUFIDIO Señor, a la verdad,
nada puedo deciros. Debemos proceder
de acuerdo con el pueblo.
CONSPIRADOR TERCERO El pueblo permanecerá indeciso
mientras entre vosotros
exista contienda. Mas la caída de uno
hará al que sobreviva heredero de todo.
AUFIDIO Lo sé, y mi pretexto
para derribarlo me parece muy legítimo:
yo lo elevé y comprometí mi honor
por su lealtad; mas al verse exaltado así,
ha regado su nueva planta con el rocío
de la adulación, seduciendo de esta manera
a mis amigos; para lo cual ha doblegado
su carácter, nunca antes conocido
sino por rudo, indómito y soberbio.
CONSPIRADOR TERCERO Señor, su terquedad
cuando se postulaba para cónsul,
lo que perdió por no querer rendirse…
AUFIDIO De eso quería hablar.
Al ser desterrado por ello, vino a mi casa

y ofreció su garganta a mi cuchillo;
yo lo acogí; y lo hice mi socio
en el servicio, condescendiendo en todo
a sus deseos. No solo lo dejé escoger
entre mis regimientos
para realizar sus planes mis hombres mejores
y más jóvenes, sino que serví
con mi misma persona sus propósitos
ayudándolo a cosechar la fama
que acabó por apropiarse,
mostrando incluso cierto orgullo en fabricarme
ese perjuicio; hasta que al fin yo parecía
su subalterno, no su socio, y él
me recompensaba con su favor
cual si hubiese
sido yo su mercenario.
CONSPIRADOR PRIMERO Así fue, señor:
el ejército se maravillaba de ello;
y al final,
cuando podía haberse apoderado de Roma,
y que nosotros esperábamos tanta gloria
como botín…
AUFIDIO Exacto: por lo cual
lo apretaré con toda la fuerza de mis músculos.
Por unas cuantas gotas de llanto femenino,

que valen tanto como las mentiras,

vendió la sangre y el esfuerzo de nuestra empresa.

Por lo tanto morirá, y yo he de renovarme

con su caída. ¡Pero escuchen!

Suenan tambores y trompetas con fuertes gritos de la gente .

CONSPIRADOR PRIMERO A vuestro pueblo natal habéis entrado

sin que nadie la bienvenida os ofreciera;

en tanto que él regresa rompiendo

el aire con estrépito.

CONSPIRADOR SEGUNDO Y los pacientes imbéciles a cuyos hijos

dio muerte, a una desgarran sus viles gaznates

glorificándolo.

CONSPIRADOR TERCERO Por consiguiente

en la ocasión propicia,

antes de que hable o conmueva a la gente

con lo que quiera decir, hacedle sentir bien

vuestra espada, la cual secundaremos nosotros.

Cuando esté tendido cuan largo es,

vuestra versión de su historia enterrará la suya

y sus razones junto con su cuerpo.

AUFIDIO No digáis más. Ya llegan los señores.

Entran los magistrados de la ciudad .

TODOS LOS MAGISTRADOS ¡Sois muy bienvenido a la patria!

AUFIDIO No lo merezco. Mas, nobles señores,

¿acaso habéis leído la carta que os he enviado?

TODOS LOS MAGISTRADOS Sí.

MAGISTRADO PRIMERO Y mucho lo lamentamos. Todas sus faltas

precedentes no habrían podido dar motivo,

creo, sino a ligeras penas; pero acabar

por donde debía haber comenzado,

y sacrificar las ventajas de nuestras levas,

recompensándonos con lo mismo que gastamos,

y celebrando un armisticio donde debía

haber habido capitulación,

eso no admite excusa.

AUFIDIO Se acerca: ya lo escucharéis.

Entra CORIOLANO *marchando a tambores*

batientes y banderas desplegadas,

seguido de la gente del pueblo .

CORIOLANO ¡Salve, señores! Heme ya de vuelta

como servidor vuestro, no más contaminado

por el amor de mi patria que cuando partí,

pero manteniéndome como siempre

a vuestras soberanas órdenes. Sabed pues

que venturosamente he conducido

vuestras guerras, abriéndome paso a sangre y fuego

hasta las puertas mismas de Roma.

Nuestro botín que a casa hemos traído

de sobra compensa en más de una tercera parte

los gastos de esta acción.

Hemos firmado la paz con tanto más honor
para vosotros, antiates, que afrenta
para los romanos, y hacemos entrega aquí,
suscrito por patricios y por cónsules,
y junto con el sello del Senado,
de lo que hemos concluido.
AUFIDIO ¡No lo leáis, señores,
mas decidle a este traidor que en el más alto grado
se ha excedido en sus poderes!
CORIOLANO ¿Traidor?
¡Cómo!
AUFIDIO ¡Sí, traidor, Marcio!
CORIOLANO ¡Marcio!
AUFIDIO ¡Sí, Marcio! ¡Cayo Marcio!
¿Crees que voy a honrarte con ese robo,
el nombre que robaste, Coriolano, en Corioles?
Ved, señores y jefes del Estado,
pérfidamente ha traicionado vuestra empresa,
y entregado,
por unas cuantas lágrimas saladas,
la ciudad de Roma que os pertenecía; sí
«vuestra ciudad», repito, a su esposa y a su madre,
rompiendo así su juramento y resolución
igual que un hilo de seda podrido,
sin admitir para nada consejo de guerra.

Ante las lágrimas de su nodriza,
entre llanto y gimoteo cedió
la victoria que nos correspondía,
tanto que los pajes enrojecieron de verlo
y los hombres resueltos se miraban
con estupor unos a otros.
CORIOLANO ¿Oyes esto, Marte?
AUFIDIO No nombres al dios, niño llorón.
CORIOLANO ¡Ah!
AUFIDIO ¡Basta!
CORIOLANO ¡Inconmensurable embustero,
acabas de volver mi corazón
demasiado grande para lo que lo contiene!
¡Niño! ¡Oh, esclavo! Perdonadme, señores;
esta es la primera vez que me veo obligado
a reñir.
Vuestro juicio, graves magistrados,
debe darle el mentís a este perro;
y su propia conciencia,
que lleva en ella impresas mis señales,
y que debe soportar que yo la golpee
hasta la tumba, se unirá también
para hacerle tragar el mentís.
MAGISTRADO PRIMERO Calma
los dos; dejadme hablar.

CORIOLANO ¡Hacedme trizas, volscos,

adultos y muchachos!

¡Teñid vuestros puñales todos en mi sangre!

«¡Niño!» ¡Perro traidor!

Si habéis escrito con exactitud

vuestros anales, ahí estará cómo

yo, igual que águila en palomar,

ahuyenté a vuestros volscos en Corioles.

Yo solo lo hice, «¡Niño!».

AUFIDIO Pero señores,

¿vais a permitir que este impío fanfarrón,

ante vuestros propios ojos y oídos,

os haga recordar

su ciega fortuna que ha sido vuestra vergüenza?

CONSPIRADORES ¡Que perezca por ello!

CIUDADANOS ¡Háganlo pedazos! ¡Mátenlo pronto!

¡Asesinó a mi hijo! ¡A mi hija!

¡Mató a mi primo Marco! ¡Asesinó a mi padre!

MAGISTRADO SEGUNDO ¡Calma! ¡Nada de ultrajes! ¡Calma! El hombre es noble

y su fama abarca todo el orbe de la tierra.

Sus últimas faltas contra nosotros

recibirán juiciosa atención. Detente, Aufidio,

y no turbes la paz.

CORIOLANO ¡Que pudiera apoderarme de él,

con seis Aufidios o más, su tribu toda,

para esgrimir mi espada justiciera!

AUFIDIO ¡Villano insolente!

CONSPIRADORES ¡Mátenlo, mátenlo, mátenlo, mátenlo!

AUFIDIO *y los conspiradores sacan sus espadas*

y dan muerte a MARCIO *que cae.*

AUFIDIO *se pone de pie sobre su cadáver* .

MAGISTRADOS ¡Deténganse, deténganse, deténganse!

AUFIDIO Mis nobles señores, dejadme hablar.

MAGISTRADO PRIMERO ¡Oh, Tulo, has ejecutado un acto

que hará llorar al valor!

MAGISTRADO TERCERO No lo piséis. ¡Señores,

permaneced quietos!

Envainad vuestras espadas.

AUFIDIO ¡Señores,

cuando sepáis (cosa que no es posible ahora

en medio de esta furia provocada por él)

el mortal peligro a que la vida de este hombre

os exponía, os alegraréis

de que haya sido liquidado así.

En cuanto plazca a vuestras excelencias

convocarme al Senado,

os probaré que soy vuestro servidor leal

o me someteré

a todo el rigor de vuestra censura.

MAGISTRADO PRIMERO Llevaos de aquí su cuerpo y llorad por él.

Que sea honrado como el más noble cadáver

que jamás heraldo alguno haya seguido

a su urna.

MAGISTRADO SEGUNDO Su propia impaciencia releva a Aufidio

de gran parte de la culpa. Saquemos de ello

el mejor partido posible.

AUFIDIO Se ha disipado

mi cólera, y estoy lleno de pena.

Levantadlo.

Que tres de los soldados principales ayuden.

Yo seré uno de ellos.

Bate tú el tambor con un toque fúnebre.

Llevad vuestras picas con las puntas hacia abajo.

Aunque en esta ciudad

dejó numerosas viudas y huérfanos

que hasta este momento lloran el daño,

guardaremos de él noble memoria.

Ayudad.

Salen llevando el cuerpo de Marcio.

Suena una marcha fúnebre .

WILLIAM SHAKESPEARE ha sido considerado unánimemente el escritor más importante de la literatura universal. Se mantiene que nació el 23 de abril de 1564 y que fue bautizado, al día siguiente, en Stratford-upon-Avon, Warwickshire. Su llegada a Londres se ha fechado hacia 1588. Cuatro años después de su llegada a la metrópoli, ya había logrado un notable éxito como dramaturgo y actor teatral, éxito que pronto le valió el mecenazgo de Henry Wriothesley, tercer conde de Southampton. Con solo haberse dedicado a la poesía, Shakespeare ya habría pasado a la historia por poemas como *Venus y Adonis* , *La violación de Lucrecia* o los sonetos. Sin embargo, si hay un campo en el que Shakespeare realizó grandes y trascendentales logros fue en el teatro; no en vano es el responsable principal del florecimiento del teatro isabelino, uno de los mascarones de proa de la incipiente hegemonía mundial de Inglaterra. A lo largo de su carrera escribió, modificó o colaboró en decenas de obras teatrales, de las cuales podemos atribuirle plenamente treinta y ocho, que perviven en nuestros días gracias a su genio y su talento. William Shakespeare murió, habiendo conocido el favor público y el éxito económico, el 23 de abril de 1616 en su ciudad natal.

Notas

Introducción

[1] La más reciente biografía de Marlowe es: Park Honan, *Christopher Marlowe. Poet & Spy* , Oxford, Oxford University Press, 2005. <<

[2] Véase James Shapiro, *Contested Will. Who Wrote Shakespeare?* , Londres, Faber & Faber, 2010. <<

[3] Acerca de la leyenda de que Shakespeare nunca emborronaba sus manuscritos y no tachaba ningún verso, Ben Jonson, en *Discoveries* , un libro de citas y reflexiones, escribió: «¡Ojalá hubiera tachado cientos!». <<

[4] Al parecer, el hecho de que no se hiciera mención a sus libros y manuscritos se explica por la costumbre isabelina de acompañar los testamentos de un inventario que, en el caso de Shakespeare, se ha perdido. <<

[5] John Aubrey (1626-1697) fue un anticuario inglés que se dedicó a escribir apuntes biográficos de personajes relevantes de la historia inglesa en su monumental *Brief Lives* , publicado por primera vez en 1813. Hay una selección en castellano: John Aubrey, *Vidas breves* , Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2010. <<

[6] Hay noticia de una obra perdida de Shakespeare, *Cardenio* , que se cree fue escrita a medias por John Fletcher y Shakespeare y que los King’s Men estrenaron en 1613. La obra desarrollaba la historia de un personaje de la primera parte de *Don Quijote* , que había sido traducida al inglés por Thomas Shelton en 1612. En 1727, Lewis Theobald publicó una obra titulada *Double Falsehood* que decía estaba basada en tres manuscritos, entre ellos el perdido *Cardenio* . La historia parece que últimamente ha merecido crédito por parte de los especialistas, pues la prestigiosa colección Arden de las obras de Shakespeare la ha incluido en su canon y la Royal Shakespeare Company la interpretó en 2011. <<

[7] Samuel Pepys, *Diarios* , Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 101. Traducción de Norah Lacoste. <<

[8] *Hamlet* , V, ii, pp. 423 de este volumen. <<

[9] *Sueño de noche de verano* , V, i, p. 390 del volumen *Comedias* de esta edición. <<

[10] *El rey Lear* , V, iii, p. 674 de este volumen. <<

Tragedias

[11] «A las almas de nuestros hermanos.» *(N. del T.)* <<

[12] «A cada quien lo suyo.» *(N. del T.)* <<

[13] «Sea bueno o malo.» *(N. del T.)* <<

[14] «He nacido entre sombras en las regiones de la Estigia.» *(N. del T.)* <<

[15] «Dominador de los grandes cielos, / ¿con tanta calma oyes los crímenes, con tanta calma los consideras?» *(N. del T.)* <<

[16] «El hombre de vida recta y libre de crímenes / no necesita la jabalina ni el arco del moro.» *(N. del T.)* <<

[17] «Astrea ha abandonado la tierra.» *(N. del T.)* <<

[18] «A Júpiter.» «A Apolo.» «A Marte.» *(N. del T.)* <<

[19] Juego de palabras con «content», cabida o capacidad de un recipiente. *(N. de la T.)* <<

[20] Hay aquí un juego de palabras intraducible entre *whore* , «prostituta», y *abhor* , «aborrecer». *(N. de la T.)* <<

[21] «No soy mujer veraz.» Tener comezón en las orejas es disfrutar del gusto tradicional de las mujeres por oír novedades. *(N. de la T.)* <<

[22] *Light* , «ligeras» en el doble intraducible sentido de licenciosas y brillantes. *(N. de la T.)* <<

[23] De acuerdo con el refrán inglés: «Las águilas no cazan moscas». *(N. de la T.)* <<

[24] *Land service* , «servicio militar», que aquí hace juego de palabras por contraste con servicio naval. *(N. de la T.)* <<

[25] *And through the cranks and offices of man; cranks* puede significar «pasillos»; *offices* significa las partes de una casa o los edificios adheridos a ella, destinados especialmente al trabajo y al servicio

domésticos, lo que daría actualidad burocrática a esta imagen. *(N. de la T.)* <<

[26] Shakespeare usa primero *you* y luego *thou* , lo que justifica que cambiemos de «vos» al tuteo. *(N. de la T.)* <<

[27] El trato mutuo de Marcio y Tito requiere a veces el tuteo y a veces no. *(N. de la T.)* <<

[28] Habitantes de Ancio, la ciudad principal de los volscos donde reside Aufidio. *(N. de la T.)* <<

[29] La sangre que mana de las heridas que recibió Marcio en Corioles. *(N. de la T.)* <<

[30] *Overture* . Sigo la edición Penguin respecto a esta palabra y a su interpretación: «punta de lanza». Otros editores usan coverture en vez de overture. *(N. de la T.)* <<

[31] *Empicuritic* , palabra acuñada por Shakespeare por afinidad a *pharmaceutic* . Las recetas de Galeno y de Hipócrates, los más afamados médicos de la Antigüedad, eran serias y científicas comparadas con el empirismo de los charlatanes al que alude aquí Menio. *(N. de la T.)* <<

[32] *Flamens* , «sacerdotes». *(N. de la T.)* <<

[33] Los cojines eran símbolo de dignidad administrativa. *(N. de la T.)* <<

[34] *Lictors* , asistentes de los magistrados romanos que llevaban las *fasces* , o sea un manojo de varas en medio de las cuales había un hacha, y que representaban la autoridad de los cónsules. *(N. de la T.)* <<

[35] *With this amazonian chin* , imberbe, como los indios del Amazonas. Shakespeare no se cuida del anacronismo. *(N. de la T.)* <<

[36] *Censor* , magistrado romano que guardaba la lista oficial de ciudadanos y cuidaba la moral pública. *(N. de la T.)* <<